

CLASE PRIMERA. DE LAS ESCRITURAS. (C,G,S)*

PRIMER SERMÓN. Sobre lo que está escrito, Gén. I, 1, En el principio creó Dios el cielo y la tierra; y Juan I, 1, En el principio era el Verbo: contra los Maniqueos. Calumnias de los Maniqueos contra la Ley antigua.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Quien recuerda su deuda y la sentencia apostólica, donde se dice, No debáis nada a nadie, sino amaros unos a otros (Rom. XIII, 8), debe obligarse a sí mismo a pagarla. Y en verdad, por más que el terror de los cobradores pese sobre los deudores, la caridad exige mucho más intensamente, ya que quita el peso del temor de la cobranza y impone una mayor vergüenza. Recuerdo haber prometido a vuestra Caridad que no faltaría nuestra respuesta, en la medida en que el Señor se digne concederlo, contra las necias y perniciosas calumnias de los Maniqueos, que acechan al Antiguo Testamento. Prestad atención, pues, y ved los lazos serpenteantes, y apartad vuestros cuellos del yugo de Cristo. Se atreven a presentar tales engaños a los incautos, diciendo que las Escrituras del Nuevo y del Antiguo Testamento se contradicen, de modo que no se pueden retener ambas con una sola fe: y tratando de persuadir que los mismos principios del libro del Génesis y del Evangelio según Juan son enemigos entre sí, como si se enfrentaran desde frentes opuestas.

CAPÍTULO II.

2. Moisés dice, afirman, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, y no menciona al Hijo, por quien fueron hechas todas las cosas: mientras que Juan dice, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. ¿Es esto contrario, o más bien son ellos mismos contrarios a sí mismos, que prefirieron reprochar con ceguera lo que no entienden, en lugar de buscarlo con piedad? ¿Qué dirán cuando responda que el mismo principio es el Hijo de Dios, en quien el Génesis habla de que Dios creó el cielo y la tierra? ¿Acaso no podré probar esto, cuando sé que tengo testigos del mismo Nuevo Testamento, al que quieran o no, se someten con el cuello quebrado de su soberbia? Pues el Señor dice a los judíos incrédulos: Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí: porque él escribió de mí (Juan V, 46). ¿Por qué, entonces, no he de entender al mismo Señor, en quien Dios Padre creó el cielo y la tierra? Porque, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, lo escribió Moisés, de quien se afirma con la voz del mismo Señor que escribió sobre él. ¿Acaso no es también él mismo el principio? No debe haber duda al respecto, cuando el Evangelio habla, donde los judíos, al preguntarle al Señor quién era, él respondió, Principio, porque también os hablo (Juan VIII, 25). He aquí en qué principio creó Dios el cielo y la tierra. Dios, pues, creó el cielo y la tierra en el Hijo, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin quien no se hizo nada: de modo que, concordando el Evangelio con el Génesis, según el consenso de ambos Testamentos, mantengamos la herencia, y dejemos las calumnias litigiosas a los herejes desheredados.

CAPÍTULO III.

3. De ningún modo debe perturbar vuestra prudencia el hecho de que, aunque el evangelista Juan no dijo, Todas las cosas en él fueron hechas, sino, Todas las cosas por él fueron hechas; no leamos en el Génesis, Por el principio creó Dios el cielo y la tierra, sino, En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Pues el Apóstol dice, Para mostrarnos el misterio de su voluntad según su beneplácito, que propuso en él para la dispensación de la plenitud de los tiempos,

reunir todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están en la tierra, en él (Efes. I, 9 y 10). Así como aquí escuchas que dice, en él, para que entiendas también, por él; así en lo que dice Juan, Todas las cosas por él, también te ves obligado a entender en él. Y así como aquí no se me quita el entendimiento, por el cual entiendo que todas las cosas fueron hechas en él, cuando leo por él; así en el Génesis, cuando leo que en él fueron hechas el cielo y la tierra, ¿quién me prohíbe entender también por él? A menos que los Maniqueos trasladen la disputa de los dos Testamentos, y la establezcan entre los bienaventurados testigos del Nuevo Testamento, es decir, entre Pablo y Juan: porque aquel dice, en él; este, Y por él. Pero nosotros, así como no creemos que Pablo y Juan sean contrarios entre sí; así también los obligamos a confesar la concordia de Moisés y Pablo.

4. Y puesto que así como estos dos están de acuerdo entre sí, así también Juan consiente con ambos; porque dijo, por él, de tal manera que no prohíbe entender en él.

CAPÍTULO IV.

Todas las escrituras divinas están en paz entre sí. Pero como suele suceder, que cuando miramos las nubes que pasan en la oscuridad de la noche, nuestra vista se turba por su oscuridad, de modo que las estrellas parecen moverse en dirección contraria; así estos herejes, porque no encuentran paz en la nube de su error, les parece que la Escritura divina está en discordia.

CAPÍTULO V.

5. Tal vez digan que no se dice del Verbo de Dios, En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Supongamos que no se refiere al principio, que es el único Hijo de Dios; sino que se entienda que se dice en el principio del tiempo lo que está escrito, En el principio creó Dios el cielo y la tierra: no porque ya existiera el tiempo antes de que existiera alguna criatura (pues nadie diría que el tiempo es coeterno con Dios, quien es el creador de los tiempos), sino que cuando el cielo y la tierra comenzaron a existir, comenzó a existir el tiempo. Si, pues, alguien lo entiende así, reconociendo al menos la diferencia entre la criatura y el Creador, para no decir que lo que hizo es coeterno con Dios que lo hizo; ciertamente, al menos en esa palabra brillará el número de personas, donde se dice, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y, Hizo Dios al hombre a imagen de Dios (Gén. I, 26, 27). Aunque incluso si no apareciera, y bajo la apelación de unidad se insinuara la Trinidad a los entendidos; no por eso el principio del Génesis debería parecer contrario al principio del Evangelio a los prudentes: pues no pudo parecerlo sino a los imprudentes. Tenemos en las Escrituras innumerables ejemplos de tales locuciones. El mismo Señor hablando dice: Pero yo os digo, no juréis en absoluto, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies (Mat. V, 34 y 35). ¿Acaso porque allí no se nombra a sí mismo, tal vez negarán que Cristo está sentado en el cielo? También dice el Apóstol, ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero a él, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas: a él sea la gloria por los siglos de los siglos (Rom. XI, 33-36). Aquí tampoco se hace mención del Hijo por nombre. El Apóstol dice que hay un solo Dios y Señor, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas. ¿Por qué, entonces, eligieron a Moisés para oponerlo al evangelista Juan, pero no quisieron oponerle al apóstol Pablo? Porque evidentemente querían persuadir a los ignorantes de que los dos Testamentos son contrarios; para usar uno como testigo y rechazar el otro.

Esto es lo que profesa su error. Pues si hubiera otro, cuyo furor igualmente demente intentara mostrar a los ignorantes que el mismo Nuevo Testamento es contrario a sí mismo; ¿qué otra cosa haría, sino que, así como estos proponen a Moisés y Juan como enemigos y contendientes, así aquel propondría a Pablo y Juan como enemigos y contendientes? Pero así como la fe más sincera y verdadera recomienda la concordia de Pablo y Juan; y en lo que el bienaventurado Pablo dice, De él, y por él, y en él son todas las cosas, enseña a entender no solo al Padre, sino también al Hijo y al Espíritu Santo: así, contemplando la paz de Moisés y Juan, en lo que Moisés dijo, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, si se toma el principio como del tiempo, no reconoce otra cosa en lo que se dice, Dios, sino la unidad de la Trinidad; o si se toma el principio en el que Dios creó el cielo y la tierra, acepta sin vacilar al mismo Hijo. Hay muchas otras cosas que podríamos recordar según estas reglas de locución de las Escrituras divinas: pero para no sobrecargar la memoria de vuestra Santidad, bastará con haber recordado estas. Os exhortamos a buscar las demás por vosotros mismos, o a prestar atención cuando se leen las Escrituras, y a considerar y tratar entre vosotros con concordia. Convertidos, etc.

SEGUNDO SERMÓN. Sobre la tentación de Abraham por Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe y piedad de Abraham. La piedad notoria de nuestro padre Abraham nos ha sido recordada por la reciente lectura: y es en verdad tan maravillosa, que no se puede pensar que haya corazón tan olvidadizo que alguna vez pueda escaparse de ella. Sin embargo, no sé cómo, cada vez que se lee, afecta las mentes de los oyentes como si estuviera ocurriendo en ese momento. Gran fe, gran piedad, no solo en Dios, sino también en su único hijo, a quien el padre no creyó que le sucediera nada malo, cualquiera que fuera el mandato de quien lo creó. Pues Abraham podía ser padre de su hijo según la operación de la carne; pero no creador y hacedor, según la operación de la majestad. Y en verdad, como dice el Apóstol, Isaac no nació de Abraham según la carne, sino por la promesa (Gál. IV, 23): no porque no lo hubiera engendrado en la carne, sino porque lo recibió de una suma desesperación; y si no hubiera estado presente Dios prometiendo, nada tan anciano se habría atrevido a esperar de las entrañas de su anciana esposa como descendencia. Pero creyó que nacería, y no lloró que moriría. Su mano derecha fue elegida para el sacrificio, para que muriera; cuyo corazón fue elegido para la fe, para que naciera. Abraham no dudó en creer cuando se le prometió; no dudó en ofrecer cuando se le exigió: ni la religión del creyente fue contraria a la devoción del obediente. Esto digo, Abraham no se dijo a sí mismo, Dios me habló: cuando prometió un hijo, creí que Dios me daría descendencia; ¿y qué clase de descendencia? Para que me dijera, En Isaac te será llamada descendencia (Gén. XXI, 12): y no sea que así me sea llamada descendencia en Isaac, que mi hijo muera antes que yo, En tu descendencia, dice, serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). ¿El mismo que me prometió un hijo, exige que lo mate? No se hizo una cuestión a sí mismo como de palabras contrarias y adversas de Dios prometiendo un hijo que nacería, y luego diciendo, Mata a tu hijo: sino que había en su corazón una fe siempre inquebrantable, y de ningún modo deficiente. Pues Abraham pensó que Dios, que dio que naciera de ancianos quien no existía, podía también restaurarlo de la muerte. Pues lo que ya había hecho Dios era más grande, cuando quien no existía, después de tanta desesperación, veía que se le daba un hijo, y si consultas la debilidad humana, imposible. Así que añadió ánimo a la fe; no creyó que algo fuera imposible para el Creador. Quien, como había creído, recibió al hijo, creyó después al mandato de Dios: ya en el hijo recibido había probado a Dios. Creyó que recibiría al hijo, creyó que lo mataría. En todo fiel, en ningún lugar cruel. Llevó al hijo al lugar del sacrificio: incluso armó su mano derecha con

el cuchillo. Consideras quién golpea, y a quién golpea: considera quién manda. Piadoso, pues, Abraham obedeciendo: ¿qué de Dios mandando? No sea que a los débiles, no digo a las almas sacrílegas, les desagrade el mismo que mandaba. Pero si agrada quien obedecía, ¿cómo desagrade quien mandaba? Porque si Abraham hizo bien obedeciendo; mucho mejor, y mucho más, de manera incomparable, Dios mandando.

CAPÍTULO II.

2. Dios tentando a Abraham no debería desagradar a los Maniqueos. Tal vez se busque el sacramento. Pues no en vano Dios mandaría esto, ni debe tomarse carnalmente, lo que leído tal vez ha conmovido los corazones de algunos menos entendidos. Tentó, dice, Dios a Abraham (Gén. XXII, 1). ¿Es Dios tan ignorante de las cosas, tan desconocedor del corazón humano, que al tentar al hombre lo descubra? De ninguna manera: sino para que el mismo hombre se descubra a sí mismo. Primero, pues, hermanos, por aquellos que se oponen a la Ley antigua, a la Escritura santa; porque algunos, no entendiendo, prefieren exaltar lo que no entienden, que buscar para entender; y no se hacen humildes inquisidores, sino soberbios calumniadores: por estos, pues, que quieren aceptar el Evangelio, y rechazar la Ley antigua; pensando que pueden estar en el camino de Dios, y caminar rectamente con un solo pie; porque no son Escribas instruidos en el reino de Dios, que sacan de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52): por estos tales, pues, no sea que algunos se oculten aquí, o aunque no estén aquí, tengan los presentes que responder a tales, brevemente debe resolverse esta cuestión. Decimos a tales, aceptáis el Evangelio, no aceptáis la Ley: pero nosotros decimos, que el mismo que es el misericordioso dador del Evangelio, fue también el terrible legislador de la Ley. Pues con la Ley aterrorizó, con el Evangelio sanó a los convertidos, a quienes para que se convirtieran había aterrorizado con la Ley. El emperador dio la ley, y se cometieron muchas cosas contra la ley; la ley que dio el emperador, no conocía sino castigar a los pecadores: quedaba, pues, que para perdonar sus delitos, viniera él mismo con indulgencia, quien había enviado la ley. Pero ¿qué dice el corazón perverso, porque dice que acepta el Evangelio, pero rechaza la Ley? ¿Por qué la rechaza? Porque está escrito, dice, Tentó Dios a Abraham. ¿Yo adoraré a un Dios que tienta? Adora a Cristo, a quien tienes en el Evangelio. Él te llama a entender la Ley. Pero porque no han pasado a Cristo, han permanecido en su fantasía. Pues no adoran a Cristo, como se predica en el Evangelio; sino como ellos mismos se lo han imaginado. Por eso, sobre el velo de su necedad natural, añaden otro velo de opinión perversa. ¿Y cuándo a través de un doble velo podrá verse lo que brilla en el Evangelio?

CAPÍTULO III.

¿Te desagrade un Dios que tienta, te desagrade un Cristo que tienta. Pero cuando te agrade un Cristo que tienta, te agrade un Dios que tienta. Pues Cristo es el Hijo de Dios, Dios, y con el Padre Cristo es un solo Dios. ¿Dónde, pues, leemos a Cristo tentando? El Evangelio habla: dice a Felipe, ¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Y sigue el Evangelista: Esto decía, tentándole: porque él sabía lo que iba a hacer (Juan VI, 5 y 6). Ahora vuelve tu mente a Dios tentando a Abraham. Pues esto decía también Dios, tentando a Abraham: porque él sabía lo que iba a hacer. Se reconoce a Cristo tentador, se reconoce a Dios tentador: corríjase el hereje tentador. Pues no tienta el hereje como tienta Dios. Dios tienta, para abrir al hombre: el hereje tienta, para cerrarse a Dios.

3. El propósito de la tentación de Dios. Sepa, pues, vuestra Caridad, que con la tentación Dios no busca conocer algo que antes no sabía; sino que al tentar, es decir, al interrogar, se

manifieste lo que está oculto en el hombre. Pues el hombre no se conoce a sí mismo como el Creador; ni el enfermo se conoce a sí mismo como el médico. El hombre enferma; él sufre, el médico no sufre; y del que no sufre, espera oír el que sufre. Por eso en el Salmo clama el hombre: Límpiame de mis ocultos, Señor (Sal. XVIII, 13). Porque hay en el hombre cosas ocultas para el mismo hombre en quien están; y no salen, ni se manifiestan, ni se descubren, sino en las tentaciones. Si Dios cesa de tentar, el maestro cesa de enseñar. Pero Dios tienta, para enseñar; el diablo tienta, para engañar. Sin embargo, a menos que el tentado le dé lugar, la tentación es vana y debe ser rechazada con burla. Por eso el Apóstol: Ni deis lugar al diablo (Efes. IV, 27). Los hombres dan lugar al diablo por sus concupiscencias. Pues los hombres no ven al diablo, con quien luchan: pero tienen fácil remedio. Vénzanse a sí mismos interiormente, y triunfan sobre él exteriormente. ¿Por qué decimos esto? Porque el hombre no se conoce a sí mismo, sino que en la tentación aprende a conocerse. Pero cuando se ha conocido, no se descuide. Pues si se descuidaba a sí mismo oculto, no se descuide conocido.

4. ¿Qué decimos, pues, hermanos? Y si Abraham se conocía a sí mismo, nosotros no conocíamos a Abraham. O debía ser manifestado a sí mismo, para que supiera de dónde dar gracias; o a nosotros, para que supiéramos qué pedir al Señor, o qué imitar en el hombre.

CAPÍTULO IV.

¿Qué nos enseña, pues, Abraham? Para decirlo brevemente, que no antepongamos a Dios lo que Dios da. Por ahora, a la letra de los hechos, antes de tratar el misterio oculto, es decir, lo que se oculta en este misterio, donde se ordenó a Abraham matar a su único hijo. Por tanto, ni siquiera aquello que Dios te concede como algo grande, lo antepongas a quien lo concedió; y cuando quiera retirártelo, no te sea despreciable: porque Dios debe ser amado gratuitamente. Pues ¿qué premio más dulce de Dios, que el mismo Dios?

5. Dios se dice que aprende cuando hace que aprendamos. Así, una vez cumplida la obediencia devota de Abraham, escucha de Dios: "Ahora sé que temes a Dios" (Gén. XXII, 12). Esto se entiende en el sentido de que Dios hizo que Abraham se diera a conocer a Él. Como cuando habla el profeta (hablo a los cristianos, o a aquellos que progresan en la escuela de Dios; no son cosas nuevas ni desconocidas las que digo, sino las más comunes y manifiestas para vuestra Santidad junto con nosotros), cuando habla el profeta, ¿qué decimos? Decimos claramente: "Dijo Dios". También decimos: "Dijo el profeta". Y ambos son correctos, y ambos se encuentran en la autoridad. Y los Apóstoles entendieron así a los Profetas, al decir: "Dijo Dios". Y en otro lugar: "Dijo Isaías". Ambos son verdaderos, porque ambos los encontramos en las Escrituras. Que el cristiano me resuelva la cuestión que acabo de proponer; y se resolverá a sí mismo la que propuse un poco antes. ¿Cómo? Porque lo que el hombre dice por don de Dios, Dios lo dice: según aquello, "No sois vosotros los que habláis" (Mat. X, 20), y lo demás; y de nuevo, "He aquí, yo Pablo os hablo" (Gál. V, 2); y de nuevo, "Cristo que habla en mí" (II Cor. XIII, 3).

CAPÍTULO V.

Por tanto, hermanos, trasladad esta regla a aquello que a veces parecía tortuoso, y será recto.

6. Esperanza en Dios. Miremos todos a Él, para que alimente nuestras almas hambrientas, Él que tuvo hambre por nosotros; que se hizo pobre siendo rico, para que con su pobreza nos enriqueciera (II Cor. VIII, 9). Oportunamente le cantamos hace poco: "Todos esperan de ti,

para que les des su alimento a su tiempo" (Sal. CIII, 27). Si todos, nosotros también. No será, pues, que si vamos a dar algo bueno en el discurso, lo daremos nosotros, sino aquel de quien todos recibimos; porque todos esperamos de Él. Es el momento, que dé: pero hagamos lo que dijo, para que dé; es decir, esperemos en Él, miremos a Él con el corazón: porque así como los ojos del cuerpo y los oídos están hacia nosotros, así los ojos del corazón y los oídos están hacia Él. Con el oído del corazón abierto, escuchad el gran sacramento. Todos los sacramentos de las Escrituras divinas son ciertamente grandes y divinos: sin embargo, hay algunos más destacados y más importantes, que desean nuestra máxima atención, y que sobre todo edifican a los caídos, sacian a los hambrientos: que no se sacian de tal manera que se hastían; sino que hay una saciedad sin hastío, que expulsa la necesidad, no asume el desprecio. ¿A quién no conmueve que se le ordene inmolar a su único hijo, a quien se le había prometido? Y sobre todo, el hecho realizado de la manera que hemos escuchado, hace que las mentes estén atentas para buscar que se exponga el sacramento.

CAPÍTULO VI.

7. Las figuras de las Escrituras se adhieren a hechos verdaderamente ocurridos. Sin embargo, antes que nada, hermanos, en el nombre del Señor, os advertimos, tanto como podemos, y os ordenamos, que cuando escuchéis exponer el sacramento de la Escritura que narra lo que ha sucedido, primero creáis que lo que se ha leído ocurrió tal como se ha leído; para que no, al quitar el fundamento del hecho, busquéis construir en el aire. Nuestro padre Abraham era un hombre fiel en aquellos tiempos, creyente en Dios, justificado por la fe, como dice la Escritura, tanto la antigua como la nueva (Gén. XV, 6; Rom. IV, 3, y Gál. III, 6). Recibió un hijo de Sara su esposa, ya en la vejez de ambos, de una gran desesperación, pero según el hombre. Pero, ¿qué no se debe esperar de Dios, para quien nada es difícil: que hace lo grande como lo pequeño; que resucita a los muertos como crea a los vivos? Si el pintor hace con la misma habilidad un ratón que un elefante (obras diferentes, pero una sola habilidad); cuánto más Dios, que dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5). ¿Qué hace difícil, quien hace con la palabra? Con la misma facilidad creó a los Ángeles más allá de los cielos, con la misma facilidad las luminarias en los cielos, con la misma facilidad los peces en el mar, con la misma facilidad los árboles y los animales en la tierra: con la misma facilidad lo grande que lo pequeño. A quien, por tanto, le fue facilísimo hacer todo de la nada, ¿es de admirar que diera un hijo a los ancianos? Así pues, Dios tenía a esos hombres o a esos hombres en aquel tiempo, y los hizo tales heraldos del Hijo venidero, que no solo en lo que decían, sino también en lo que hacían, o en lo que les sucedía, se buscara a Cristo, se encontrara a Cristo. Todo lo que la Escritura dice de Abraham, tanto ocurrió como es profecía: como dice el Apóstol en cierto lugar, "Está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, y otro de la libre: que son en alegoría. Estos son, pues, los dos Testamentos" (Gál. IV, 22, 24).

CAPÍTULO VII.

8. La historia de Isaac es tanto verdadera como figurativa. Por tanto, ya no decimos imprudentemente que Isaac nació de Abraham, y significó algo. Así como, al ser ordenado inmolar a su hijo, obedece a Dios, lo lleva al lugar, llega en tres días, deja a sus dos siervos con el asno, él mismo va adonde Dios había ordenado; levanta la leña en el altar, levanta al hijo sobre la leña. Antes de que el hijo llegue al lugar del sacrificio, lleva la leña sobre la que será levantado. Luego, cuando ya estaba a punto de ser herido, suena una voz para que se le perdone: y no obstante, no se retira sin sacrificio y sin derramamiento de sangre. Aparece un carnero enredado en un arbusto por los cuernos, es inmolado, se lleva a cabo el sacrificio.

Una vez realizado el sacrificio, se dice a Abraham: "Haré tu descendencia como las estrellas del cielo y la arena del mar; y tu descendencia poseerá las ciudades de sus enemigos; y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque escuchaste mi voz" (Gén. XXII, 17 y 18). Observa, pues, cuándo se hizo, y cuándo se hace la conmemoración de ese hecho. Cuando dice aquel Carnero, "Han horadado mis manos y mis pies", y lo demás. Cuando se llevó a cabo aquel sacrificio en el Salmo, entonces en el mismo Salmo se dijo: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones" (Sal. XXI, 17, 28 y 29). Si se acordarán, se dijo, se prefiguró en algún momento, lo que ya vemos que se realiza.

CAPÍTULO VIII.

9. Justificación por la fe sin obras. Veamos, pues, cómo se ha cumplido, y de dónde se ha cumplido, con qué sacrificio precedente se ha cumplido lo que se dijo a Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones". Felices las naciones, que no lo escucharon, y ahora leyendo creyeron, lo que creyó aquel que lo escuchó. Porque Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios (Santiago II, 23). Lo que creyó a Dios, en su corazón, está solo en la fe: pero el hecho de que llevó a su hijo para ser inmolado, que armó su mano derecha sin temor, que ya lo iba a herir, si no fuera detenido por la voz, es ciertamente una gran fe, y una gran obra: y Dios alabó esa obra, cuando dijo: "Porque escuchaste mi voz". ¿Por qué, entonces, dice el apóstol Pablo: "Concluimos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley" (Rom. III, 28); y en otro lugar dice: "Y la fe que obra por el amor" (Gál. V, 6)? ¿Cómo la fe obra por el amor; y cómo se justifica el hombre por la fe sin las obras de la Ley? ¿Cómo? Prestad atención, hermanos. Alguien creyó, recibió los sacramentos de la fe en el lecho, y murió: le faltó tiempo para obrar. ¿Qué decimos? ¿Que no fue justificado? Claramente decimos que fue justificado, creyendo en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5). Por tanto, este fue justificado, y no obró; y se cumple la sentencia del Apóstol que dice: "Concluimos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley". El ladrón que fue crucificado con el Señor, creyó con el corazón para justicia, confesó con la boca para salvación (Id. X, 10). Pues la fe que obra por el amor, aunque no tenga en qué obrar exteriormente, se guarda ferviente en el corazón. Pues había algunos en la Ley, que se gloriaban de las obras de la Ley, que tal vez no hacían por amor, sino por temor; y querían parecer justos, y ser preferidos a los Gentiles, que no habían hecho la obra de la Ley. Pero el Apóstol, predicando la fe a los gentiles, cuando vio que aquellos que se acercaban al Señor, eran justificados por la fe, para que ya los que habían creído obraran bien, no porque merecieran creer por haber obrado bien, exclamó seguro, y dijo: Porque el hombre puede ser justificado por la fe sin las obras de la Ley: para que aquellos no fueran justos, que lo que hacían, lo hacían por temor; cuando la fe obra por el amor en el corazón, aunque no salga al exterior en la obra.

SERMON III Sobre Agar e Ismael

FRAGMENTO. Cómo los herejes y cismáticos pertenecen a Agar e Ismael.

El Antiguo Testamento pertenece propiamente a los judíos. Pues se prometían beneficios carnales, porque no se comprendían los espirituales. Aquel reino terrenal, y la vida terrena completamente derribada, entregada a la sujeción de los enemigos. Todo lo esperaban carnalmente del Señor, y por estas cosas le servían. Pregúntese a los cristianos, si ahora no hay tales. Tales pertenecen al Antiguo Testamento. Pues no pregunto el nombre, sino la vida.

De tales son la herejía y el cisma. Huyó de la presencia de Sara aquella, y Sara la afligía. ¿Qué de extraño? La afligía corporalmente. Si alguna aflicción ha sufrido la parte de Donato, la sufrió por su soberbia Agar, la sierva, de Sara. Escuche Agar la voz del Ángel: "Vuelve a tu señora" (Gén. XVI, 6, 9). Pero como entonces el que nació según la carne, perseguía al que nació según el espíritu; así también ahora. No encontramos corporalmente perseguido a Isaac por Ismael: pero solo porque el Apóstol dijo persecución. Nota allí donde dijo: "Pero como entonces el que nació según la carne, perseguía al que nació según el espíritu; así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la sierva y a su hijo: porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la libre" (Gál. IV, 29, 30). Por tanto, donde dice eso la Escritura, allí busquemos. ¿Qué dice en el Génesis? Y sucedió que, cuando Ismael jugaba con Isaac, los vio jugando. ¿Quién persiguió? ¿A quién persiguió? Los vio jugando Sara, y dijo: "Echa fuera a la sierva y a su hijo". ¿Por qué? Porque los vio jugando. Pero aquel juego Pablo lo llama persecución: porque aquel juego era burla. Si es burla, es seducción y engaño. Todo juego de niños es una simulación de un negocio mayor: y cuando el mayor juega con el menor, como para seducirlo, sabiendo que tiene otros negocios que atender, y simula ciertas cosas al niño, es decir, al débil, jugando con él. Ismael era mayor, y fortalecido en la malicia: pero jugando con el niño Isaac, lo seducía, y hacía ciertas trampas de juego con el débil. La madre notó que aquel juego era persecución. Así entendiendo Sara, la madre, aquel juego dijo: "Echa fuera a la sierva y a su hijo: porque no será heredero el hijo de la sierva con mi hijo Isaac" (Gén. XXI, 9, 10). Y la Iglesia dice: Echa fuera las herejías y sus hijos: porque no serán herederos los herejes con los católicos. Pero ¿por qué no serán herederos? ¿Acaso no nacieron de la simiente de Abraham? ¿Y cómo tienen el Bautismo de la Iglesia? Tienen el Bautismo: la simiente de Abraham haría heredero, si la soberbia no lo excluyera de la herencia. Naces con la misma palabra, con el mismo Sacramento; pero no llegas a la misma herencia de la vida eterna, a menos que hayas regresado a la Iglesia católica. Naces de la simiente de Abraham; pero hijo de la sierva estás fuera por la soberbia.

SERMON IV Sobre Jacob y Esaú. Pronunciado en la fiesta de San Vicente mártir.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El saber espiritual es dado por el Espíritu Santo. Recordamos que somos deudores de la lectura de ayer: pero así como nosotros debemos el sermón, así también vosotros debéis la audiencia. Y la lectura ciertamente suena carnalmente: pero quien ha recibido el Espíritu de Dios, sabe espiritualmente. Pues dijo el Apóstol: "Saber según la carne, es muerte" (Rom. VIII, 6). Y para esto prometió el Señor el Espíritu de verdad, el Paráclito. Por tanto, como prometió, y envió, para que cada uno que ya ha recibido ese Espíritu, no sea siervo de los placeres temporales, sino señor del cuerpo hecho y siervo del Creador, se dirija en el camino de los preceptos de Dios: que sus pasos no vacilen, ni sus ojos titubeen; sino que progresa con la intención de la fe, para que llegue a aquello que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9): lo que se cree antes de que se vea, para que cuando venga, quien creyó no sea confundido.

CAPÍTULO II.

Por tanto, preste atención el que camina en esperanza, esperando lo que aún no tiene, creyendo lo que aún no ve, amando a quien aún no se adhiere. Pero el ejercicio del alma en la fe, en la esperanza y en la caridad, lo hace idóneo para recibir lo que ha de venir.

2. Pedro, sabiendo carnalmente, era débil. La fortaleza de él y de todos los mártires proviene del Espíritu Santo. Cuando, pues, Pedro aún sabía carnalmente, turbado por la pregunta de una sierva, negó al Señor tres veces. Pues el médico había predicho al enfermo lo que iba a suceder en él: quien enfermo no conocía la caída de su enfermedad, y el enfermo había presumido más de sí mismo; pero el verdadero médico lo veía. Pues había dicho que moriría con el Señor y por el Señor (Mat. XXVI, 69-75, 31-35). Pero aún no podía, porque era débil. Pero cuando después vino el Espíritu Santo enviado del cielo, y confirmó a aquellos en quienes vino; lleno de confianza espiritual, comenzó ya verdaderamente a estar preparado para morir por aquel a quien antes había negado. Con esta confianza se llenaron todos los mártires, manteniendo la fe recta, no muriendo ni sufriendo por una fe falsa, por un vano fantasma, por una esperanza vana, por una cosa incierta; sino por la promesa de la verdad, teniendo por cierto que quien prometió es poderoso para cumplir; despreciaron todas las cosas presentes, ardieron en las futuras, que cuando les sean presentes, no serán pasadas.

CAPÍTULO III.

3. Esaú representa a los carnales, Jacob a los espirituales. El espiritual espera la vida de los Ángeles. Recordad, pues, los que estuvisteis presentes ayer, los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, cómo el mayor es preferido al menor (Gén. XXV y XXVII): para que pertenezcáis a Jacob, no améis a Esaú. Pero será Esaú, quien quiera vivir carnalmente, o esperar cosas carnales en el futuro siglo. Sea, pues, viviendo carnalmente, y gozando de tales cosas en este tiempo, y esperando tales cosas de Dios, como las tienen también los malos, y poniendo toda su felicidad en eso de lo que se alegran también los inicuos; o ciertamente despreciando esto presente, y esperando tal en el futuro; es carnal, teniendo una fe carnal, una esperanza carnal, una caridad carnal. Pero la fe espiritual es, creer que tu Señor es protector temporalmente, para que llegues a aquello que no será temporal; y esperar que tendrás la vida de los Ángeles, no en corrupciones de la carne, no en placeres y deleites, no en fornicaciones y embriagueces y en el gozo de banquetes carnales, no en la soberbia de las posesiones de dominio terrenal; sino solamente como viven los Ángeles.

CAPÍTULO IV.

4. La vida de los Ángeles es bienaventurada por la visión de Dios. Pero los Ángeles viven en el gozo, no de la criatura, sino del Creador. Pues el gozo de la criatura es cualquier cosa que se ve: el gozo del Creador es lo que no se ve con los ojos del cuerpo, sino con la mirada purificada de la mente. Bienaventurados los de limpio corazón. ¿A qué visión son bienaventurados? Porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Pues no penséis, hermanos, que los Ángeles se alegran porque ven la tierra, o el cielo, o cualquier cosa que hay en ellos. No se alegran porque ven el cielo y la tierra; sino porque ven a aquel que hizo el cielo y la tierra.

5. Dios no es algo corpóreo, ni algo que pueda ser formado por nuestra imaginación. Pero aquel que hizo el cielo y la tierra, no es ni cielo, ni tierra; ni puede ser pensado como algo terrenal, ni como algo celestial, ni como algo corpóreo o espiritual: no es eso Dios. No te hagas un hombre grande y hermoso: Dios no está circunscrito por la forma humana; no está contenido en un lugar, no está limitado por el espacio. No te hagas un Dios de oro: eso no es Dios. Pues el oro, del que quieres hacerte un Dios, Dios mismo lo hizo; y eso es débil, porque está en la tierra. No te propongas que Dios es algo tal como ves en el cielo, ni la luna, ni el sol, ni las estrellas, ni cualquier cosa que brille y resplandezca en el cielo: eso no es Dios. Pero tampoco, por tanto, te parezca que Dios es como el sol, porque el sol es como una rueda, no un espacio de luz inmenso; y te digas a ti mismo, Entonces Dios es de luz infinita e

inmensa: como si extendieras el sol mismo, y lo hicieras no tener fin, ni aquí ni allá, ni arriba ni abajo; y sin embargo, te propongas una luz inmensa como Dios: eso tampoco es Dios. Dios ciertamente habita en luz inaccesible (I Tim. VI, 16): pero tal luz no es una rueda, ni puede ser conocida por los ojos de la carne.

CAPÍTULO V.

6. Qué pensar cuando se dice Dios. Critica al error de los maniqueos. Pero si puedes ver qué es la verdad, qué es la sabiduría, qué es la justicia, cómo se dice, Acérquense a Él y serán iluminados (Salmo XXXIII, 6): cómo es esa luz verdadera, de la que Juan dice, Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; cómo Juan el Bautista no era la luz verdadera. Pues Juan el evangelista dice, No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz (Juan I, 9, 8). No solo Juan el Bautista no era la luz verdadera, sino que tampoco Pablo era la luz verdadera, ni Pedro era la luz verdadera, ni ninguno de los apóstoles era la luz verdadera. En efecto, la luz verdadera es la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Ellos, en cambio, eran luces porque eran iluminados. Pues también los ojos de nuestra carne se llaman luces; y cada uno jura, Por mis luces. ¿Qué son estas luces? Si falta el sol, si falta la luna o la lámpara, ciertamente permanecen en tinieblas. Donde están las luces, ven delante de sí, guían a los pies, si son luces: y sin embargo, son luces. ¿Por qué son luces? Porque pueden recibir la luz. En efecto, cuando la luz es introducida, tu frente no la siente, ni tu oído, ni tu olfato, ni tu mano, ni tu pie: solo los miembros en ti que se llaman ojos, solo ellos sienten la luz introducida. En ausencia de la luz se oscurecen: pero cuando la luz es introducida, solo ellos se iluminan, es decir, porque solo ellos sienten la luz. En verdad, también los demás miembros tuyos se iluminan; pero para que puedan ser vistos, no para que puedan ver. Pues la luz que surge, o que es introducida, baña todos los miembros; los ojos, para que vean; los demás, para que sean vistos. Así todos los santos fueron iluminados, para que vieran, y para que lo que veían, lo predicaran. Por eso se les dijo, Ustedes son la luz del mundo (Mateo V, 14). Pero luz, no luz verdadera. ¿Por qué? Porque era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre. Dijo a todo hombre: si hablara de este sol, no diría, A todo hombre; porque este sol no es visto solo por los hombres. Lo ven también los animales, y los más pequeños insectos, y las moscas ven este sol: pero aquella luz que es Dios, nadie la ve, sino aquellos de quienes se dice, Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios.

CAPÍTULO VI.

7. Cómo debe pensarse la luz que es Dios. Intenten pensar, hermanos, en la luz de la verdad, la luz de la sabiduría, cómo está presente en todas partes para todos: intenten pensar en la luz de la justicia; pues está presente para todo el que piensa. ¿Qué es lo que piensa? Quien quiere vivir injustamente, peca. Abandona la justicia: ¿se disminuye? Se vuelve hacia la justicia: ¿qué? ¿aumenta? La abandona, la deja intacta: se vuelve hacia ella, la encuentra intacta. ¿Qué es entonces la luz de la justicia? ¿Surge de oriente y va hacia occidente? ¿O hay otro lugar de donde surge, o a donde va? ¿No está presente en todas partes? Ciertamente, el hombre que está en occidente, si quiere vivir justamente, es decir, según la justicia, ¿acaso le falta a él a quien mirar y ver según esa justicia? Nuevamente, si estando en oriente quiere vivir justamente, es decir, según esa misma justicia, ¿acaso le falta a él? Pues allí está la justicia: está presente para el que vive justamente. Según su regla ven cómo deben vivir justamente también ellos: así como los justos al vivir bien la ven, así también los injustos al vivir mal no la ven. Pues aquel vive justamente, cuando la ve; y aquel la ve, para dirigir sus actos según ella: porque si no dirige sus actos según la regla de la justicia, cae en el error de la iniquidad.

Porque, por tanto, pudo estar presente para este que estaba allí, no está en ningún lugar, y está en todas partes: así la justicia, así la sabiduría, así la verdad, así la castidad. Intenten, por tanto, ver tal luz: pero no pueden, la agudeza de la mente titubea; purifíquese, para que vea.

CAPÍTULO VII.

Para que se purifique y vea, crea, para que merezca ser purificado. Lo que, por tanto, no pueden ver, pospónganlo, para que sean curados, y puedan ver.

8. Qué tipo de felicidad debe esperarse en el futuro siglo. Los dos Testamentos. Sin embargo, no piensen en algo en el futuro siglo como lo que ahora ven: porque si piensan en algo así, y aman algo así; quieren ir con el mundo fuera del mundo, quieren llevarse el mundo con ustedes. No estarán allí estas cosas. Habrá allí una cierta luz, de la cual esto rocía no sé qué, que ahora entendemos, y nos alegramos. Pero si tenemos la bendición del rocío del cielo, tenemos la abundancia de la fertilidad de la tierra: así es bendecido Jacob (Gén. XXVII, 28): a él pertenezcamos, y no vivamos carnalmente. Porque cada uno comienza a vivir carnalmente, por eso se dice que el mayor es Esaú (Gén. XXV, 23). Se dicen dos Testamentos en la Ley, uno Viejo, y otro Nuevo. El Viejo tenía promesas temporales, pero significaciones espirituales. Atienda su Caridad. Si se prometió a los judíos la tierra de la promesa, la tierra de la promesa significa algo espiritualmente: si se prometió a los judíos la ciudad de paz Jerusalén, el nombre de la ciudad Jerusalén significa algo: si se dio a los judíos la circuncisión de la carne, significa alguna circuncisión espiritual: si se ordenó a los judíos observar un día de sábado de los siete días, significa el descanso espiritual, que no tiene tarde. Pues también en esos siete días, en el Génesis en todos los días se dijo, Fue la tarde (Gén. I): en el séptimo día no se dice, Fue la tarde. El séptimo día que no tiene tarde, nos significa el descanso eterno, donde no hay ocaso. Si se dieron sacrificios carnales a los judíos, a través de las víctimas de los animales todos significan sacrificios espirituales.

CAPÍTULO VIII.

Por lo tanto, quienes así entendieron, como si se les diera algo presente por grande, y no buscaron nada futuro, ni pudieron entender espiritualmente lo que se hacía carnalmente, pertenecen al hijo mayor, pertenecen al Viejo Testamento.

9. Diferencia y consonancia del Testamento Viejo y Nuevo. Pues el Viejo Testamento es una promesa figurada: el Nuevo Testamento es una promesa entendida espiritualmente. Pues aunque Jerusalén que estaba en la tierra, pertenece al Viejo Testamento, tiene una imagen de Jerusalén que está en el cielo, y pertenece al Nuevo Testamento. La circuncisión carnal pertenece al Viejo Testamento: la circuncisión del corazón pertenece al Nuevo Testamento. El pueblo es liberado según el Viejo Testamento de Egipto: el pueblo es liberado según el Nuevo Testamento del diablo. Los perseguidores egipcios y el Faraón persiguen a los judíos que salen de Egipto: los pecados de ellos y el diablo, príncipe de los pecados, persiguen al pueblo cristiano. Pero así como los egipcios persiguen a los judíos hasta el mar; así los pecados persiguen a los cristianos hasta el Bautismo.

CAPÍTULO IX.

El desierto es el mundo para el cristiano. Atiendan, hermanos, y vean: los judíos son liberados por el mar, los egipcios son sepultados en el mar: los cristianos son liberados en la remisión de los pecados, los pecados son borrados por el Bautismo. Salen después del Mar

Rojo, y caminan por el desierto: así también los cristianos después del Bautismo aún no están en la tierra de la promesa, sino que están en esperanza. Este siglo, sin embargo, es un desierto; y verdaderamente para el cristiano es un desierto después del Bautismo, si entiende lo que ha recibido. Si no solo se hacen en él signos corporales, sino si también en el corazón hay un efecto espiritual, entiende que este mundo es un desierto para él, entiende que vive en peregrinación, desea la patria. Mientras, sin embargo, desea, está en esperanza. Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿qué espera? Pero si lo que no vemos, esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Esta paciencia en el desierto hace que espere algo: si ya se cree en la patria, no llega a la patria: si ya se cree en la patria, permanece en el camino: para que no permanezca en el camino, espere la patria, desee la patria, para que no se desvíe. Pues se presentan tentaciones: así después del Bautismo se presentan. Pues así como no solo eran enemigos de los judíos los egipcios, que los perseguían desde Egipto (pues ellos eran enemigos pasados, como cada uno es perseguido por su vida pasada y sus pecados pasados con su príncipe el diablo), sino que surgieron en el desierto, quienes querían impedir el camino; y se luchó con ellos, y fueron vencidos: así después del Bautismo, cuando el cristiano comienza a caminar el camino de su corazón en la esperanza de las promesas de Dios, no se desvíe. Pues se presentan tentaciones sugiriendo algo diferente, los placeres de este mundo, otra vida, para desviar a cada uno del camino, y apartarlo de su propósito. Pero si con este deseo vences estas sugerencias, los enemigos son vencidos en el camino, y el pueblo es llevado a la patria.

CAPÍTULO X.

10. Lo que le sucedió al pueblo israelita como figuras nuestras. Escucha al Apóstol, porque estas cosas fueron figuras nuestras. No quiero, dice, que ignoren, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube. Si estuvieron bajo la nube, estuvieron bajo la oscuridad. ¿Qué significa, estuvieron bajo la oscuridad? Que no entendían espiritualmente lo que se hacía con ellos corporalmente. Y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, y todos comieron el mismo alimento espiritual. Pues se les dio maná en el desierto (Éxodo XVI, 13), así como a nosotros se nos da la dulzura de las Escrituras, para que perseveremos en este desierto de la vida humana. Y saben qué tipo de maná reciben los cristianos, a quienes el mismo Salmo dice, Gusten y vean qué dulce es el Señor (Salmo XXXIII, 9). Y todos, dice, comieron el mismo alimento espiritual. ¿Qué significa, el mismo? Que significa lo mismo. Y todos bebieron la misma bebida espiritual. Y presta atención a cómo explicó una cosa, y calló las demás: Porque bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo. Pero estas cosas fueron figuras nuestras (1 Cor. X, 1-6). Fueron exhibidas a ellos, pero fueron figuras nuestras: porque a ellos se les exhibían corporalmente, a nosotros se nos significaban espiritualmente. Por lo tanto, aquellos que las mantuvieron corporalmente, pertenecen al Viejo Testamento.

CAPÍTULO XI.

11. Qué figuraban Isaac y Rebeca en la bendición de Jacob. A la Iglesia pertenecen todos los santos. Ya vean porque Isaac había envejecido. ¿De quién representaba Isaac cuando quiso bendecir a su hijo mayor (Gén. XXVII, 1)? Ya había envejecido: donde hay vejez, hay antigüedad; por la vejez entiendo la antigüedad; y por la antigüedad entiendo el Viejo Testamento. Este Viejo Testamento, porque ellos no lo entendían, que estaban bajo la nube, por eso se dice que los ojos de Isaac se oscurecieron. La oscuridad de los ojos del cuerpo de Isaac significa la oscuridad de las mentes de los judíos: la vejez de Isaac significa la antigüedad del Viejo Testamento. ¿Qué entonces, hermanos? Sin embargo, quiere bendecir al

hijo mayor Esaú. La madre amaba al menor, y el padre al mayor, como primogénito: pues igual justicia para ambos, pero había mayor amor hacia el primogénito. Quiere él bendecir al mayor, porque el Viejo Testamento prometía primero al pueblo. Las promesas no hablan sino a los judíos: parece prometerles a ellos, parece prometerles todo a ellos. Son llamados de Egipto, son liberados de los enemigos, son llevados por el mar, son alimentados con maná, reciben el Testamento, reciben la Ley, reciben las promesas, reciben la misma tierra de la promesa. No es de extrañar que él quisiera bendecir primero al hijo mayor: pero bajo la figura del mayor se bendice al menor. Pues la madre representa a la Iglesia. Pero entiendan la Iglesia, hermanos, no solo en aquellos que después de la venida y nacimiento del Señor comenzaron a ser santos; sino que todos los que fueron santos, pertenecen a la misma Iglesia. Pues no es que no pertenezca a nosotros el padre Abraham, porque él fue antes de que Cristo naciera de la Virgen, y nosotros tanto después, es decir, después de la pasión de Cristo nos hicimos cristianos: cuando el Apóstol dice que somos hijos de Abraham, imitando la fe de Abraham (Rom. IV, 12; Gál. III, 7). Por lo tanto, nosotros al imitarlo somos admitidos en la Iglesia, ¿y lo vamos a excluir a él de la Iglesia? Esta Iglesia se significa en Rebeca, esposa de Isaac: esta Iglesia estaba en los santos incluso en los Profetas, que entendían el Viejo Testamento, porque aquellas promesas carnales significaban algo espiritual. Si espiritual, entonces espirituales al hijo menor: porque primero es carnal, y después espiritual.

CAPÍTULO XII.

12. Los carnales de la Iglesia están en la suerte de Esaú. Ya ayer adelantamos a su Santidad, que Esaú se dice el hijo mayor, porque nadie se hace espiritual, sino a partir del carnal: pero si persevera en la prudencia de la carne, siempre será Esaú: si, sin embargo, se hace espiritual, es el hijo menor; pero ese menor será mayor: pues aquel precede en tiempo, este en virtud. Pues cuando Jacob coció lentejas, Esaú deseó recibirlas, antes de que viniera a esta bendición: y él le dijo, Dame tus primogenituras, y te daré las lentejas que cocí (Gén. XXV, 31). Vendió sus primogenituras al menor: aquel tomó el placer temporal, aquel tomó la dignidad eterna. Por lo tanto, quienes sirven a los placeres temporales en la Iglesia, comen lentejas. Que ciertamente coció Jacob, pero no las comió Jacob: pues los ídolos más bien habían prevalecido en Egipto. La lenteja es alimento de Egipto. Por las lentejas se significan todos los errores de los Gentiles. Porque, por tanto, la Iglesia más eminente y manifiesta en el hijo menor de los Gentiles iba a ser significada, se dice que Jacob coció lentejas, y Esaú las comió. Pues dejaron los ídolos las Naciones, que adoraban; pero los judíos servían a los ídolos, pues convertidos de corazón a Egipto, eran llevados por el desierto; y cuando sus enemigos fueron muertos en el mar, y sus enemigos fueron sepultados por las olas, desearon hacer un ídolo, porque no vieron a Moisés (Éxodo XXXII, 1), y no entendieron que Dios estaba presente con ellos; pero teniendo esperanza en la presencia del hombre, no vieron con los ojos al hombre, y comenzaron a pensar que Dios no estaba allí, cuando él solo a través de Moisés hacía tantas cosas. Buscaron al hombre con los ojos de la carne, porque no tenían ojos del corazón, de donde ver a Dios en Moisés. Perdieron, por tanto, su primacía, porque convertidos de corazón a Egipto comieron lentejas.

CAPÍTULO XIII.

Entiendan. El pueblo cristiano es; pero en ese pueblo cristiano aquellos tienen la primacía, que pertenecen a Jacob: pero quienes viven carnalmente, creen carnalmente, esperan carnalmente, aman carnalmente, aún pertenecen al Viejo Testamento, no aún al Nuevo; aún están en la suerte de Esaú, no aún en la bendición de Jacob.

13. Bendición del menor bajo la apariencia del mayor. Atienda su Santidad. Quería, por tanto, bendecir al hijo mayor Isaac anciano con ojos oscuros, porque el Viejo Testamento estaba dirigido a los judíos. Lo que el Viejo Testamento no era entendido por ellos, por eso se dice que los ojos de Isaac estaban oscuros. Como dije, hermanos, habla al mayor, pero la bendición llega al menor. Pues esta madre, que se entiende en todos los santos, es decir, la Iglesia, que entendió la profecía, ella misma da consejo al hijo menor, y le dice: Yo misma escuché a tu padre diciendo a tu hermano: Ve, y tráeme caza, para que coma, y te bendiga mi alma, antes de que muera. Ahora, hijo, escúchame. Y le dio consejo para que fuera, y trajera dos cabritos del rebaño cercano; y su madre los preparara, como le gustaba a su padre; y comiera, y bendijera a su hijo menor en ausencia del mayor. Pero él temió, y dijo: Mi hermano es velludo, pero yo soy liso; no sea que me toque y palpe mi padre, y entienda que soy Jacob, y adquiera no bendición, sino maldición. Pero ella: Ve, dijo, hijo, escúchame: tu maldición sobre mí sea (Gén. XXVII, 6-13). Fue, y trajo dos cabritos: fueron preparados, y los presentó a su padre: y como predijo, porque no lo reconocía en la voz, lo tocó, encontró los pelos; porque su madre había cubierto sus brazos con pieles de cabritos: creyó que era el mayor, y lo bendijo. En la bendición pensaba en el mayor, y la bendición llegaba al menor.

CAPÍTULO XIV.

¿Qué es, por tanto, que bajo la apariencia del mayor se bendice al menor, sino que bajo las figuras del Viejo Testamento prometidas al pueblo de los judíos, llega la bendición espiritual al pueblo de los cristianos? Atiendan, hermanos: ellos oyen la tierra de la promesa, nosotros también la oímos: como si la Escritura pareciera hablar a los judíos de la tierra de la promesa, y a nosotros llega el entendimiento de la tierra de la promesa, que decimos a Dios, Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Salmo CXLI, 6). Pero para que dijéramos esto, la madre nos enseñó, es decir, en los santos la misma Iglesia en los Profetas nos enseña, cómo entendamos espiritualmente esas promesas carnales.

14. Los pecados ajenos deben ser soportados pacientemente. Pero no podría llegar a nosotros la bendición, si ya purificados de los pecados por el nacimiento de la regeneración, soportamos los pecados de otros con tolerancia. Pues la madre engendró a ambos hijos. Atiendan, hermanos: engendró a uno velludo, al otro liso. Los pelos significan los pecados, la lisura significa la mansedumbre, es decir, la limpieza de los pecados. Se bendicen dos hijos: porque la Iglesia bendice dos tipos. Así como Rebeca dio a luz a dos, se generan en el útero de la Iglesia dos, uno velludo, otro liso: cuya diversidad hemos expuesto. Pues hay hombres que ni siquiera después del Bautismo quieren dejar sus pecados, y quieren hacer lo que antes hacían. Por ejemplo, si cometían fraudes, quieren seguir defraudando: si juraban en falso, quieren seguir perjurando: si engañaban con astucias a los inocentes, quieren seguir engañando: si pensaban en homicidios, siguen pensando lo mismo: si fornicaban, si se embriagaban, siguen haciendo lo mismo. He aquí Esaú nacido velludo. ¿Qué hace Jacob? Se le dice por la madre: Ve, que te bendiga tu padre. Y dice, Temo, no me acercaré. Pues hay hombres en la Iglesia, que temen mezclarse con los pecadores, no sea que por la asociación con los pecadores en la unidad se manchen, y perezcan por herejías y cismas.

15. Cómo Jacob sin engaño, y con engaño. ¿Qué se dice entonces de este velludo Esaú, que no se comportó bien en casa? Pues también se dice de ellos: Era él un cazador agreste, pero Jacob vivía sin engaño en casa (Gén. XXV, 27). Por eso lo amaba su madre, quien sentía su dulce convivencia. Él es Jacob, quien después fue llamado Israel, cuando luchó con el ángel: y esto en un gran misterio. Bendecido, fue llamado Israel (Gén. XXXII, 28): por eso, porque

era sin engaño. Prestad atención, hermanos míos, y ved cuán sin engaño fue. Cuando el Señor vio a Natanael, porque sabía cómo era, dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). Si, por tanto, este es un israelita porque no hay engaño en él; ciertamente en Israel no había engaño. ¿Qué significa entonces lo que se dice, Vino tu hermano con engaño y se llevó la bendición (Gén. XXVII, 35)? La Escritura lo alaba sin engaño viviendo en casa: el Señor también da testimonio de que era sin engaño, cuando dice de Natanael, He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. ¿Qué significa entonces cuando se dice, Se acercó con engaño y se llevó la bendición?

CAPÍTULO XVI.

16. Qué significa tener pieles de cabrito. Consideremos por un momento qué significa el engaño; y veamos qué debe hacer Jacob. Lleva los pecados ajenos, y los lleva con tolerancia aunque sean ajenos: esto es tener pieles de cabrito: es decir, lleva pacientemente lo ajeno, no se aferra a lo suyo. Así todos los que por la unidad de la Iglesia toleran los pecados ajenos, imitan a Jacob. Porque también Jacob está en Cristo: ya que Cristo está en la descendencia de Abraham. Pues se ha dicho, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Nuestro Señor Jesucristo, que no cometió pecado alguno, llevó los pecados ajenos: ¿y quién se niega a llevar pecados ajenos, a quien se le han perdonado los pecados? Así pues, Jacob pasa a Cristo después de los pecados ajenos, es decir, las pieles de cabrito. ¿Y qué es el engaño?

17. Vino él tarde, y trajo lo que su padre había ordenado; y encontró a su hermano bendecido en su lugar: y no es bendecido con otra bendición. Porque esos dos hombres eran dos pueblos: una bendición significa la unidad de la Iglesia. Sin embargo, esos dos pueblos son los que son Jacob. Pero de otro modo, dos pueblos pertenecientes a Jacob están figurados. Pues nuestro Señor Jesucristo, que vino a los judíos y a los gentiles, fue rechazado por los judíos, que pertenecían al hijo mayor: sin embargo, eligió a algunos, que pertenecían al hijo menor, que espiritualmente comenzaron a desear y entender las promesas del Señor, no carnalmente aquella tierra, que deseaban recibir; sino deseando aquella ciudad espiritual, donde nadie nace carnalmente; porque allí nadie muere carnalmente, nadie espiritualmente.

CAPÍTULO XVII.

18. Dos cabritos, dos pueblos. Así pues, cuando comenzaron a desear esto, comenzaron a pertenecer a Jacob, quienes creyeron en Cristo, y se formó el rebaño del Señor en la misma Judea. Pero ¿qué dice el Señor sobre ese rebaño? Tengo otras ovejas, que no son de este redil: voy, las traeré, y habrá un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16). ¿Qué otras ovejas tiene el Señor Jesucristo, sino de los gentiles? Las ovejas de los gentiles se unieron a las ovejas judías. Pues de los judíos son los apóstoles. De allí eran también los quinientos hermanos, que vieron al Señor después de la resurrección (I Cor. XV, 6). De allí era el mismo Natanael, a quien el Señor dio testimonio, en quien no había engaño. De allí eran los ciento veinte, que cuando estaban en la casa, vino el Espíritu Santo, para llenarlos, que había prometido a los discípulos. De allí eran tantas miles de personas, que leemos en los Hechos de los Apóstoles bautizadas en el nombre de Cristo, de aquellos que crucificaron a Cristo (Hech. I, II, y IV). Así pues, de allí eran las ovejas, y muchas ovejas; pero no solas: el Señor tenía otras de los gentiles. Esos dos pueblos, como viniendo de diferentes lugares, también se significan por dos paredes. Pues vino la Iglesia de los judíos de la circuncisión; vino la Iglesia de los gentiles de la incircuncisión: viniendo de diferentes lugares, se unieron en la casa. Por eso el Señor es llamado la piedra angular: pues dice el Salmo, La piedra que desecharon los

edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22); y dice el Apóstol, Cristo Jesús mismo siendo la principal piedra del ángulo (Efes. II, 20). Donde está el ángulo, se unen dos paredes: en el ángulo, dos paredes, a menos que vengan de diferentes lugares, no se encuentran: pues si vienen de un solo lado, no forman ángulo. Así pues, los dos cabritos, son los dos pueblos, son los dos rediles, son las dos paredes; son los dos ciegos que estaban sentados en el camino (Mat. XX, 30); son las dos barcas en las que se recogieron los peces (Luc. V, 7). En muchos lugares de las Escrituras se entienden dos pueblos: pero son uno en Jacob.

CAPÍTULO XVIII.

19. Por qué los pueblos son cabritos. ¿Por qué cabritos, dirá alguien? Sabéis que los cabritos son pecadores: pues a la izquierda estarán los cabritos, y a la derecha los corderos (Mat. XXV, 33). Pero los que perseveren siendo cabritos, esos estarán a la izquierda. Pues si no fueran primero cabritos, no diría el Señor: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores. Pues cuando el Señor convivía con pecadores, y comía con publicanos, los judíos como corderos, es decir, como justos, y más bien por soberbia machos cabríos, le reprocharon al Señor como un crimen, más bien dijeron a sus discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores? Respondiendo el Señor, ¿cómo se defendió? No necesitan médico los sanos, sino los enfermos: no he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mat. IX, 11-13). Llama pues a los cabritos, pero para que no perseveren siendo cabritos. Pues Jacob los mató, y preparó de ellos un banquete para su padre; es decir, para la comprensión espiritual, que en aquella bendición debía entenderse, aunque se figuraba en el hijo mayor: para esto fueron muertos los cabritos, y comidos, y pasaron a un solo cuerpo. Así se matan los pecados en los pecadores, y pasan muertos al único cuerpo de la Iglesia: de la cual la Iglesia Pedro llevaba la figura, cuando se le dijo, Mata y come (Hech. X, 13). Así pues, aquel agreste, este en casa, manso: aquel mayor, este menor: a aquel parecían dirigirse las bendiciones, a este llegaban. Se dirigían a aquel, porque las promesas carnales se prometían a los judíos: a este llegaban, porque debían entenderse espiritualmente, y recibirse por los cristianos. La bendición no llegaría a este, si no llevara los pecados, que él ya no cometía.

CAPÍTULO XIX.

20. Los pecados ajenos deben llevarse de tal manera que se corrijan. Caridad. Entienda pues vuestra Santidad, cómo deben llevarse los pecados. Pues hay quienes creen llevar los pecados, y callan a los pecadores: ya esta simulación es detestable. Lleva al pecador, no para que ame el pecado en él, sino para que persigas el pecado por él. Ama al pecador, no en cuanto es pecador, sino en cuanto es hombre. Como si amas al enfermo, persigues la fiebre: pues si perdonas la fiebre, no amas al enfermo. Di pues lo que es verdad a tu hermano, no calles. ¿Qué otra cosa hacemos, sino deciros lo que es verdad? No mientas; di abiertamente la verdad: pero hasta que se corrija, llévalo. En diferentes tiempos pudieron hacerse la matanza de los cabritos y el llevar las pieles: sin embargo, significan una cosa que puede hacerse en un solo tiempo. Pues al mismo tiempo el justo reprende a los pecadores, que es matar a los cabritos; y soporta misericordiosamente sus pecados, que es llevar las pieles. En cuanto dependía de él, mató a los cabritos, mató a los pecadores: pero llevaba los pecados ajenos, y los llevaba con tolerancia; mereció ser bendecido: porque la caridad todo lo soporta. Esa caridad estaba en la madre, y la madre llevaba la figura de esa caridad: que era la figura de todos los santos, llevaba la figura de la caridad; porque no son santos, sino los que tienen caridad. Pues ¿de qué sirve, si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad? He venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviera toda la fe, de tal

manera que trasladara montes, pero no tengo caridad, nada soy. Y si supiera todos los misterios, y toda profecía, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 7, 1-3). ¿Qué clase de caridad es entonces, que sola mucho aprovecha, sin la cual las demás cosas no aprovechan nada? Así pues, esa caridad da consejo, y el hijo de la caridad obedece.

CAPÍTULO XX.

21. Isaac entendió la figura en el engaño de Jacob. ¿Qué consejo da? Que tome él las pieles de cabrito, y se acerque al padre. El padre busca al mayor, y bendice al menor: el Antiguo Testamento mira a los judíos por la letra, y por su comprensión espiritual los cristianos son bendecidos en él. Preste atención vuestra Santidad, gran misterio, gran sacramento. Dice Isaac, Vino tu hermano con engaño, de un hombre sin engaño. Sin duda Isaac, como era con espíritu profético, sabía lo que se hacía, y él mismo actuaba figuradamente; todo lo pone en gran altura de sacramentos: pues si no supiera lo que hacía, se enojaría con su hijo que lo engañaba. Viene el mayor, y dice, He aquí, padre; come: como me ordenaste, he hecho. Dice él: ¿Quién eres tú? Respondió: Yo soy tu hijo mayor Esaú. ¿Y quién es, dice, aquel de quien ya he comido; y lo he bendecido, y será bendito (Gén. XXVII, 31-33)? Parecía enojarse, esperaba de la boca de ese Esaú alguna maldición sobre su hermano: cuando espera él la maldición, este confirma la bendición. ¡Oh enojarse! ¡Oh indignarse! Pero conocía el misterio, y la ceguera de sus ojos corporales significaba la ceguera de la mente de los judíos: pero los ojos de su corazón veían la altura de los misterios.

CAPÍTULO XXI.

22. Engaño, no engaño. Vino, dice, tu hermano con engaño, y se llevó la bendición. Decíamos: ved qué es con engaño: este engaño, no es engaño. ¿Cómo el engaño no es engaño? ¿Cómo la piedra no es piedra? ¿Cómo se dice mar, y no es mar? porque significa otra cosa: así se dice piedra, y no es piedra; porque significa otra cosa. Se dice monte, y no es monte: se dice león de la tribu de Judá el Señor Jesucristo, y no es león: se dice cordero, y no es cordero: se dice ganado, y no es ganado: se dice becerro, y es otra cosa. Así se dice engaño, y no es engaño. ¿Por qué se dice entonces engaño, busquemos. ¿Por qué se dijeron todas esas cosas, busquemos. ¿Por qué se dijo león? Por la fortaleza. ¿Por qué se dijo piedra? Por la firmeza. ¿Por qué se dijo cordero? Por la inocencia. ¿Por qué se dijo becerro? Por la víctima. ¿Por qué se dijo monte? Por la grandeza. ¿Por qué maná? Por la dulzura. ¿Por qué entonces engaño? Veamos ya qué es el engaño, y encontremos por qué se dijo engaño. Pues sabemos qué es piedra: y sin embargo se dice de un hombre absurdo y duro piedra, y de un hombre robusto e inmóvil se dice piedra; y para alabanza de allí tomaste la firmeza, y para vituperio la dureza. Sabemos en la piedra la firmeza, y hemos recibido a Cristo como piedra: Pero la piedra era Cristo (I Cor. X, 4). En el león conocemos la fortaleza: y sin embargo el león también se ha nombrado al diablo. En el engaño, ¿qué conocemos, para recibir en figura el engaño, como se recibe el monte, como se recibe el león, como se recibe el cordero, como se recibe la piedra, y las demás cosas?

CAPÍTULO XXII.

23. Qué es el engaño en Jacob. Jacob es defendido de la mentira. ¿Qué es entonces el engaño? El engaño es cuando se hace una cosa, y se simula otra. Cuando, por tanto, hay una cosa en la intención, y otra en los hechos, se dice engaño. El engaño, por tanto, en propiedad es reprehensible, como la piedra en propiedad. Quien diga que la piedra es Cristo en propiedad,

blasfema: como quien diga que el becerro es Cristo en propiedad, blasfema. El becerro en propiedad es un animal; en figura, víctima: en propiedad la piedra es tierra endurecida; en figura, firmeza. El engaño en propiedad es fraude; en figura, la misma figura. Pues toda lectura o locución figurada y alegórica, parece sonar una cosa carnalmente, otra insinuar espiritualmente. Por tanto, llamó a esta figura con el nombre de engaño. ¿Qué es entonces, Vino con engaño, y se llevó tu bendición? Porque lo que se hacía estaba figurado, por eso se dijo, Vino con engaño. Pues no confirmaría la bendición a un hombre engañoso, a quien se le debía una justa maldición. No era, por tanto, verdadero aquel engaño: especialmente porque no mintió diciendo, Yo soy tu hijo mayor Esaú: pues ya había pactado con su hermano, y le había vendido sus primogenituras. Esto dijo tener al padre, lo que había comprado al hermano: lo que él había perdido, había pasado a este. Pues el honor del primogénito no estaba excluido de la casa de Isaac: el honor del primogénito estaba allí; no estaba en aquel que lo había vendido: ¿dónde estaba, si no estaba en el menor? Por eso, sabiendo esto en misterio Isaac, confirmó la bendición, y dice al hijo: ¿Qué te haré? Y él: Bendíceme también a mí, padre: pues no tienes una sola bendición (Gén. XXVII, 37, 38). Pero Isaac sabía que había una.

CAPÍTULO XXIII.

24. La bendición de Jacob. ¿Por qué una? Vendrá el Espíritu Santo, para que diga, y entendáis. Veamos esas bendiciones, qué bendición recibió Jacob, y qué bendición recibió Esaú. El mismo Isaac a Jacob: ¿Eres tú mi hijo Esaú? Respondió Jacob: Yo. Y dijo: Acércame, y comeré de tu caza, hijo, y te bendecirá mi alma, antes de que muera; pero acércame un beso. A él no lo besó: la bendición de este comenzó con la paz. ¿Por qué confirmó la paz con un beso? Porque también él por la paz llevaba los pecados ajenos. Y se acercó, y lo besó: y olió el olor de su vestido. Pues tenía la estola de su hermano: es decir, la dignidad de los primogénitos, que él había perdido, este tenía. En este ya olía bien, lo que aquel había perdido mal. Olió el olor de su vestido, y lo bendijo, y dijo: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, que el Señor ha bendecido. Tomó el olor del vestido, y dijo el olor del campo. Entiende a Cristo en el misterio interior, y entiende el vestido de Cristo la Iglesia.

CAPÍTULO XXIV.

25. Una cosa significada de muchas maneras. Entiende vuestra Santidad. Pues una cosa se significa de muchas maneras: es decir, la Iglesia, que significan esos dos cabritos, la misma significa este vestido. Porque una cosa se significa de muchas maneras, que nada de esto es por esencia, todo por figura. Un cordero no puede ser un león; un león no puede ser un cordero: pero nuestro Señor Jesucristo pudo ser tanto león como cordero: pero porque ni león ni cordero por esencia, y león y cordero por figura. Así los cabritos no pueden ser un vestido, y un vestido no puede ser cabritos: pero la Iglesia, porque ni cabritos ni vestido por esencia, y cabritos y vestido es por figura; y cualquier otra cosa que pueda decirse.

CAPÍTULO XXV.

26. La Iglesia es un campo. Olió sus vestidos, y dijo: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido. Este campo, es la Iglesia. Probemos que el campo es la Iglesia. Escucha al Apóstol diciendo a los fieles: Sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III, 9). No solo el campo es la Iglesia, sino también el agricultor es Dios. Escucha al mismo Señor: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, y mi Padre es el labrador

(Juan XV, 1 y 5). En este campo, trabajando el obrero, y esperando la recompensa eterna, el mismo Apóstol no se atribuye nada, sino lo que conviene al obrero. Yo, dice, planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 6 y 7). ¿Cómo guardó la humildad, para que perteneciera a Jacob, para que al mismo campo, es decir, la Iglesia, no perdiera la estola, cuyo olor era como el olor de un campo lleno, y pasara a la soberbia de Esaú, entendiéndolo carnalmente y lleno de orgullo? Huele pues el campo del vestido del hijo: pero no es el campo algo por sí mismo, por eso añadió, que el Señor ha bendecido. Y te dará el Señor del rocío del cielo de arriba, y de la abundancia de la tierra, y multitud de grano y vino: y te servirán las naciones, y serás señor de tu hermano, y te adorarán los hijos de tu padre. Quien te maldiga, maldito será; y quien te bendiga, bendito será (Gén. XXVII, 19-29). Esta es la bendición de Jacob: si no se bendijera también a Esaú, no habría cuestión: también él es bendecido, pero no con la misma bendición; sin embargo, no está completamente ajeno a esta.

CAPÍTULO XXVI.

27. La bendición de Esaú. Escuchemos entonces cómo se bendice a Esaú; y veamos qué diferencia hay entre los hijos espirituales de la Iglesia, y los carnales; entre aquellos que viven espiritualmente, y aquellos que siempre se deleitan en los placeres carnales. Respondiendo Isaac, dijo a Esaú: ¿Quién entonces cazó para mí caza, y me la trajo? bendito sea. Y sucedió que cuando Esaú oyó las palabras de Isaac su padre, exclamó con gran voz, y dijo: Bendíceme también a mí, padre. Y le dijo: Vino tu hermano con engaño, y tomó tu bendición.

28. Jacob suplantación. — Y dijo Esaú: Justamente se llama su nombre Jacob. Suplantación se llama Jacob. Y tampoco esta suplantación es vana: porque se toma en figura, como el engaño. Pues ya no había tanta malicia en el hermano, como para querer suplantar a su hermano. Entonces fue llamado suplantador, cuando al nacer tomó con la mano el talón de su hermano: entonces fue llamado suplantador (Gén. XXV, 25). Pero la suplantación de los carnales es la vida de los espirituales.

CAPÍTULO XXVII.

Porque todos los carnales, cuando en la Iglesia envidian a los espirituales, son suplantados y se vuelven peores. Escucha al Apóstol diciendo esto mismo, especialmente porque allí recordó el olor que aquí expresó Isaac, diciendo: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, que el Señor ha bendecido. Dice entonces el Apóstol: Somos buen olor de Cristo en todo lugar: y añadió: A unos ciertamente olor de vida, para vida; a otros olor de muerte, para muerte: y para esto, ¿quién es suficiente? (II Cor. II, 15, 16), es decir, para entender cómo somos olor de muerte para la muerte de los hombres, sin culpa nuestra. Pues caminan sus caminos espirituales, no saben otra cosa que vivir bien: y quienes envidian a los que viven inocentemente, cometen graves pecados, por los cuales Dios los castiga; y se convierte para ellos en olor de muerte, lo que es para otros olor de vida. Pues el mismo Señor primero se hizo buen olor para vida de los creyentes, y mal olor para muerte de los perseguidores. Porque muchos creyeron en Él, los judíos envidiaron, y cometieron tan gran crimen al matar al inocente, al Santo de los santos: que si no lo hubieran hecho, el buen olor de Cristo no les habría servido para muerte. Por tanto, Esaú fue suplantado en la bendición del padre.

29. Nuevamente sobre la bendición de Esaú. Respondió Isaac, y le dijo: Señor tuyo lo hice: pues Esaú no pudo recibir otra cosa que lo dicho: Y todos sus hermanos le servirán: ¿qué te haré a ti, hijo? Y Esaú dijo a su padre: Bendíceme también a mí. Cuando Isaac fue forzado: es decir, cuando fue obligado. Gran cosa, gran sacramento, ojalá lo entendamos: obligado bendice, y sin embargo bendice; y lo que bendice es verdad, pero sin embargo obligado bendice. ¿Qué es esto? Presten atención. Veamos la misma bendición, y entendamos qué es bendecir obligado.

CAPÍTULO XXVIII.

30. En la bendición, qué es propio, qué es común a Jacob y Esaú. Respondió Isaac (ciertamente el padre de Esaú no lo besó), y le dijo: He aquí que de la fertilidad de la tierra será tu habitación, y del rocío del cielo arriba. Dijo esto también a él, de la fertilidad de la tierra, y del rocío del cielo: esto es común a Jacob y Esaú. ¿Qué es propio de Jacob? Las naciones te servirán. ¿Qué es propio de Jacob? Todos tus hermanos te servirán: y quien te bendiga, será bendito; y quien te maldiga, será maldito. También este tiene algo propio, que no se dijo a Jacob: Y vivirás de tu espada, y servirás a tu hermano. Pero para no quitar el libre albedrío (ya lo dijimos ayer), añadió: Pero será, cuando quites y rompas el yugo de tu cuello. ¿Qué es, Pero será, cuando quites y rompas el yugo de tu cuello? (Gén. XXVII, 39, 40). Es libre para ti, si quieres, convertirte: no como si fueran dos, sino uno Jacob. Pues todos los que se convierten de Esaú, pertenecen a Jacob. La similitud hace uno, la disimilitud hace diversidad. ¿Qué entonces? Del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra, ambos tienen. Las naciones te servirán y tus hermanos y los hijos de tu padre, solo Jacob tiene. Pero de tu espada vivirás, solo Esaú. Tienen algo en común, algunas cosas cada uno.

31. Escrituras y Sacramentos comunes a buenos y malos. Hay malos en la Iglesia pertenecientes a Esaú: porque también ellos son hijos de Rebeca, hijos de la madre Iglesia, nacidos de su vientre, y peludos en pecados carnales perseverantes, nacidos sin embargo de su vientre. Tienen pues del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra: del rocío del cielo todas las Escrituras, toda palabra divina: de la fertilidad de la tierra, todos los Sacramentos visibles; pues el Sacramento visible pertenece a la tierra. Todas estas cosas las tienen en común en la Iglesia tanto los buenos como los malos. Pues también ellos tienen y participan de los Sacramentos: y lo que los fieles saben, del trigo y del vino. Y tienen del rocío del cielo: porque sobre todos descende la palabra de Dios del cielo. Viene la palabra de Dios, y riega: pero quién riega, y qué riega, atiende. Pues también a ellos riega y a ellos, buenos y malos: pero ellos convierten la buena lluvia en raíz de espinas; ellos en cambio atraen la lluvia al buen fruto. Pues el Señor llueve sobre el sembrado y sobre las espinas; pero al sembrado llueve para el granero, a las espinas para el fuego: y sin embargo es una sola lluvia. Así la Palabra de Dios a todos riega. Que cada uno vea qué raíz tiene; que cada uno vea a dónde lleva la buena lluvia: si la lleva para generar espinas, ¿acaso por eso la lluvia de Dios debe ser acusada? Antes de que llegue a la raíz, esa lluvia es dulce; dulce es la palabra de Dios, hasta que llega al corazón malo, y convierte a su fraude la lluvia de Dios, la convierte en hipocresía, la convierte en raíces de malas concupiscencias, en sus perversidades y depravaciones. Comienza a generar espinas, pero de la buena lluvia: pues tiene del rocío del cielo. Y puesto que no se excluyen todos los malos de los Sacramentos de Dios, tiene también de la fertilidad de la tierra, lo que saben aquellos que ya quisieron ser partícipes de los misterios de los fieles.

CAPÍTULO XXIX.

32. Todas las naciones sujetas a los espirituales. Aunque estas cosas pertenecen a ambos, sin embargo no pertenecen todas las naciones sino a los espirituales, porque ellos pertenecen a la Iglesia, que ha llenado todo el orbe de la tierra. Presten atención, hermanos, y discernan cuanto puedan, o cuanto el Señor les dé. Todo espiritual ve que la Iglesia en todo el orbe de la tierra es una, verdadera, católica, y no se atribuye nada a sí misma, y tolera los pecados de los hombres, a quienes no puede purgar de la era del Señor, antes de que venga aquel último aventador, que no puede ser engañado, para purgar su era, y enviar el trigo al granero, y dar la paja para ser quemada (Mat. III, 13): porque él tiene que excluir la paja, y separar del trigo, y preparar el granero para el trigo, y el fuego para la paja. Así que porque sabe, tolera a los pecadores que serán separados al final. Por todas las naciones los pecadores y todos los carnales están mezclados con los espirituales, y les sirven: pero los espirituales no sirven; porque de ellos los espirituales progresan, mientras ellos decaen. Presten atención, hermanos míos; diré, si puedo, y no temeré, no callaré: pues me urge decirlo: aunque tal vez algunos se enojen conmigo; pero que me perdonen, pues temo, como dije; que perdonen mi temor. Cristo no temió a nadie: pero nosotros temiendo a Cristo no perdonamos, no sea que mientras no queremos contristar a tales, él no nos perdone. Lo que quiero decir, dignense escuchar, y presten atención con mucha atención. Ambos recibieron del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra, Jacob y Esaú; ambos tienen lo que ya dijimos, lo que sabemos, lo que ustedes saben: pero para que las naciones le sirvan, no lo recibió sino Jacob; porque los carnales en la Iglesia en todo el orbe de la tierra no sirven sino a los espirituales. ¿Por qué? Porque de ellos los espirituales progresan. Pues por eso los hombres carnales son llamados siervos: y aunque hagan lo que no quieren, sin embargo la mala conversación de los carnales aprovecha a los espirituales; porque de esa misma conversación progresan, y por la tolerancia son coronados.

CAPÍTULO XXX.

33. Por qué las naciones no están sujetas a los carnales. Atienda vuestra Santidad lo que decimos. Pero a Esaú no se le dieron las naciones: porque todos los carnales, que están en la Iglesia, o están divididos, o son fáciles de dividir. He aquí que la parte de Donato se hizo de allí, de allí es, de los mismos carnales que piensan carnalmente. Eran carnales: pero porque buscaron su honor, o perdieron la paciencia, encontraron una entrada, y se dividieron: amaron su honor, le dieron mucho, se hincharon de soberbia, no tuvieron tolerancia, es decir, no tuvieron caridad. Pues está escrito: La caridad todo lo tolera, todo lo soporta; no tiene envidia, no se envanece, no obra con indecencia (I Cor. XIII, 7, 4). Así que cualquier otra cosa que tuvieran, porque no tenían aquello por lo cual aprovecha lo que se tiene, se dividieron. Y cuantas herejías o cismas se han hecho, se han hecho por estos carnales. O bien pensaron carnalmente, e hicieron para sí imágenes de sus fantasmas, y erraron, y la fe católica los reprendió; y cuando fueron reprendidos, fueron excluidos por su propio peso: o encontrando para sí disputas y rencillas con los hombres, se dividieron. ¿Quiénes se dividieron entonces, sino aquellos a quienes pertenece aquella espada, de la que se dijo, En tu espada vivirás? No porque la espada no se tome en buen sentido: pues así como se dijeron aquellas cosas superiores, es decir, cómo se toma aquella piedra, tanto para la firmeza por Cristo, como para la reprensión por el necio; cómo se dijo león de Cristo por una cosa, y se dijo león del diablo por otra: así se toma la espada a veces en buen sentido, a veces en mal sentido. Pero aquí no sin causa no se dio a Jacob, sino a Esaú: a menos que algo de misterio se signifique en la espada. Así como el mismo servicio no es ajeno al misterio; es decir, lo que se dijo, Servirás a tu hermano: pues también esto se dijo en gran misterio.

CAPÍTULO XXXI.

34. Contra los cismáticos. Por tanto, hermanos, los que se dividen, ellos tienen la espada de la división, y en su espada mueren, y en su espada viven. Pero porque el Señor dijo la verdad, Quien a espada hiere, a espada morirá (Mat. XXVI, 52); vean a ellos, hermanos míos, que se han cortado de la unidad, en cuántos pedazos han sido cortados. Ustedes saben cuántas partes hizo la parte de Donato, ni creo que vuestra Santidad ignore, porque quien a espada hiere, a espada morirá. Se le dijo, En tu espada vivirás. Así también aquellos que no se apartaron de la Iglesia, y son tales, como si estuvieran fuera. Pues quienes aman sus honores en la Iglesia, son completamente tales; quienes aman en la Iglesia sus comodidades temporales, también ellos son paja; pero falta el viento, por eso no vuelan de la era: esto es lo que digo brevemente, falta la tentación, pues volarían de la era. De hecho, cuando la Iglesia hace algo contra ellos, ¿cómo fácilmente se cortan? ¿cómo fácilmente se recogen afuera, y no quieren dejar su principado? ¿cómo quieren morir por ese principado? ¿cómo quieren tener bajo ellos a las multitudes, y no dejar a las multitudes a la unidad de Cristo? ¿cómo quieren hacer sus ovejas, que no compraron con su sangre, y por eso las tienen por viles, porque no las compraron? ¿Qué necesidad hay de discutir más sobre esto? Observen a ellos por toda la Iglesia, vean a tales, tanto a los que están dentro, como a los que, encontrando una ocasión, volaron de la era, y quieren llevarse consigo los granos; pero los granos verdaderos y llenos toleran la paja, y permanecen en la era hasta el fin, hasta que venga el último aventador: así como aquel con pieles de cabritos toleró pecados ajenos, y mereció recibir la bendición paterna.

CAPÍTULO XXXII.

35. Bendición extorsionada. Pero, ¿por qué Isaac bendijo con reproche? Pues ya por necesidad, ya obligado su padre le dijo: He aquí que de la fertilidad de la tierra será tu habitación y del rocío del cielo. Y para que no te creas bueno, En tu espada vivirás, y a tu hermano servirás. Pero para que no desesperes de ti, porque puedes corregirte, Pero será, cuando quites y rompas el yugo de tu cuello. He aquí que de la fertilidad de la tierra y del rocío del cielo recibirá; pero Isaac con reproche le lanza la bendición, no se la da. ¿No sucede ahora en la Iglesia a los hombres malos, que quieren perturbar la Iglesia, que son tolerados por la necesidad de la misma paz, que son admitidos, que tienen Sacramentos comunes? Y a veces se sabe que son malos, y tal vez no pueden ser convencidos para que se enmienden y sean degradados; para que sean excluidos, para que sean excomulgados, no pueden ser convencidos. Si alguien insiste, a veces se va a las rupturas de la Iglesia. Se ve obligado el gobernante de la Iglesia a decir como: He aquí que de la fertilidad de la tierra será para ti, y del rocío del cielo: usa los Sacramentos, para ti comes juicio, para ti bebes juicio: Porque quien come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (I Cor. XI, 29). Sabes que eres admitido por la necesidad de la paz de la Iglesia, no tienes en el corazón sino perturbaciones y divisiones. Por eso en tu espada vivirás: pues en lo que recibes del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra, no vivirás allí; pues no te deleita, ni es dulce para ti el Señor. Pues si esto te deleitara, y el Señor te fuera dulce, imitarías la humildad del Señor, no la soberbia del diablo. [Aunque pues recibas el misterio de la humildad del Señor del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra, sin embargo no dejas la soberbia del diablo; a quien nada le hago, que siempre se alegra con disensiones y sediciones.] Aunque tengas esta comunión del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra; sin embargo en tu espada vives, o te alegras o te aterras con sediciones y disensiones. Cambia pues, y quita el yugo de tu cuello.

CAPÍTULO XXXIII.

36. Epílogo, sobre la lucha contra el diablo tomando ejemplo de los mártires. Natalicio del mártir Vicente. Estas cosas, hermanos, por la magnitud de los misterios tal vez pocas; por el tiempo sin embargo y por nuestras fuerzas y por las tuyas muchas han sido dichas: y si tal vez esta cuestión no ha sido discutida más claramente, sin embargo se han tocado grandes misterios, que después si se tratan, se encuentran. Den perdón tanto a la estrechez del tiempo, como a nuestras fuerzas, y a su capacidad. Si quieren captar más, crezcan: si quieren crecer, vivan bien. Pues quien no quiere vivir bien, no quiere crecer. Estas viandas les ha ofrecido el Señor nuestro Dios por el natalicio de su mártir Vicente. Vicente es nombre de victoria. Pero amen, para que venzan: pues no falta la persecución; el diablo es perseguidor, nunca falta ocasión de corona: solo que el soldado de Cristo entienda la lucha, y sepa a quién vence. ¿Acaso porque no te urge un enemigo manifiesto del cuerpo, no te urge un perseguidor oculto con lascivias de la carne? ¿Cuántas cosas malas sugiere? ¿Cuántas por la codicia, cuántas por el temor? ¿Con qué lascivias persuade para que vayas a los sortílegos, a los astrólogos, cuando te duele la cabeza? Quienes dejan a Dios, y van a los lazos diabólicos, son vencidos por el diablo. En cambio, si a alguien se le sugiere, tal vez para el cuerpo, hacer remedios diabólicos, de los cuales otro se dice sanado, porque al recibir de él su sacrificio, deja de perseguir el cuerpo, porque obtuvo el corazón: entonces a quien se le sugieren estos remedios malvados, y dice, Prefiero morir, que usar tales remedios; si Dios quiere, me flagela y me libera; si sabe que es necesario, que me libere; pero si sabe que debo salir de esta vida, ya sea que me entristezca, ya sea que me alegre, seguiré la voluntad del Señor. Pues después de poco tiempo, ¿con qué rostro saldré al Señor? Pues estos remedios del diablo no me dan lo que da Dios, la vida eterna. ¿Por qué entonces compro con daño de mi alma pocos días para mi cuerpo? Quien dice esto, y no va, ni aplica su corazón para hacer malos remedios, ciertamente vence. Dije una cosa como ejemplo; ciertamente ven ya cuántas cosas sugiere el diablo. Ves a aquel ciertamente languidecer, ves jadeante en el lecho, ves apenas moviendo los miembros, apenas moviendo la lengua, este cansado vence al diablo. Muchos han sido coronados en el anfiteatro luchando contra las bestias: muchos en el lecho venciendo al diablo son coronados: parecen no poder moverse, y dentro en el corazón tienen tantas fuerzas, ejercen tanta lucha. Pero donde está la lucha oculta, allí está la victoria oculta.

CAPÍTULO XXXIV.

37. Mártires a imitar. ¿Por qué dijimos estas cosas, hermanos? Para que cuando celebren los natalicios de los mártires, imiten a los mártires; y no piensen que por eso les pueden faltar ocasiones de corona, porque ahora faltan tales persecuciones. Pues tampoco ahora faltan diariamente persecuciones del diablo, ya sea por sugestión, ya sea por molestias del cuerpo. Tú solo sabe que tienes un Emperador, que ya ha precedido al cielo: te dio el camino por el cual seguir, aférrate a él. No cuando venzas, por soberbia te atribuyas, como si por tus fuerzas hubieras luchado: sino presume de aquel que dio fuerzas, para que vencieras, porque él venció al mundo (Juan XVI, 33): y siempre serás coronado, y mártir saldrás de aquí, si superas todas las tentaciones del diablo.

SERMON V. Sobre la lucha de Jacob con el ángel. Dado poco antes de Pascua.

1. Los buenos deben ser imitados, mientras que los malos deben ser tolerados hasta que se realice el juicio final. Esta regla de disciplina es especialmente necesaria para el hombre cristiano, para que escuche la palabra de Dios mientras está en este mundo, y preste atención a aquel que vino a salvar al mundo primero por misericordia, y luego a juzgar por justicia. Por eso, nuestro Señor Jesucristo se ofreció a sí mismo como ejemplo para nosotros; ya que

somos cristianos, debemos imitarlo a él o a otros que lo han imitado. Hay algunos que se llaman cristianos y no lo son, a quienes la Iglesia ha expulsado, como estiércol; tales son todas las herejías y todos los cismas, que también se comparan con sarmientos infructuosos cortados de la vid, y con pajas que el viento arrastra del campo antes de la trilla. Sin embargo, hay otros que son malos dentro de la comunión católica; a estos, el buen cristiano debe tolerar hasta el final, porque la trilla de esta era no ocurrirá sino hasta el día del juicio. Siempre les hemos cantado esto, y en el nombre de Cristo creemos que está grabado en sus corazones. ¿Acaso estas lecturas que se les leen ahora son nuevas para ustedes, y no las mismas que se repiten diariamente? Así como es necesario repetir diariamente las lecturas de Dios para que no crezcan las malas hierbas y espinas del mundo en sus corazones y ahoguen la semilla que allí se ha sembrado, así también es necesario repetir siempre la palabra de Dios para que no digan que no han escuchado lo que decimos que hemos dicho.

2. Las deudas deben ser perdonadas a los enemigos. El enemigo debe ser amado, pero también corregido. Muchos se acercan, y ahora es el momento de apresurarse en el nombre de Dios para recibir la gracia del Bautismo, creyendo que se les perdonarán todos los pecados que han cometido antes, absolutamente todos; y salir de allí sin deber nada al Señor: como aquel siervo que rendía cuentas a su señor y se encontró debiendo diez mil talentos; sin embargo, se fue sin deber nada, no porque no debiera nada, sino porque el señor, misericordioso, le perdonó todo y lo liberó de su deuda. Y sin embargo, hermanos, ¿cómo nos asustó tanto ese mismo siervo? Porque no quiso perdonar a su compañero siervo, ni siquiera diferir el pago de cien denarios, el señor le replicó los diez mil talentos que le había perdonado (Mateo XVIII, 23-34). Por lo tanto, aquellos que saldrán del Bautismo sin deber nada, y absueltos de todos los pecados, deben tener cuidado de que si alguien peca contra ellos y no quieren perdonar, no solo no se les perdonará en adelante, sino que también se les replicarán todos los pecados que les habían sido perdonados. Que nadie diga: ¿Quién hace eso, o quién lo ha hecho? Al decirse esto, los hombres mueren. Ama a tu enemigo, dice el Señor: y tú, ¿quién hace eso? Porque él mismo no lo hizo, piensa que nadie pudo hacerlo. Es una cuestión del corazón: ¿cómo ves quién lo hace? ¿Acaso no perdonó aquel que clama? Porque a veces alguien clama y ordena que se castigue a un hombre, y piensas que no ha perdonado. ¿Por qué? ¿Acaso cuando castigas a tu hijo, guardas odio en tu corazón? Entonces, es una cuestión del corazón: solo Dios ve si se ha perdonado. A veces, alguien no castiga, parece perdonar con la mano, pero en su corazón se enfurece y desea el mal para el hombre, y quiere que muera: guarda contra él mala voluntad, aunque no parezca devolverle nada corporalmente. Por el contrario, hay quienes parecen devolver algo corporalmente; pero esa corrección corporal es como amor: quiere que llegue a una buena vida; y cuanto más lo ama, más quiere corregirlo. Así también, ¿acaso Dios no nos ama? ¿No nos exhorta a amar a nuestros enemigos, para que, en la medida de lo posible, seamos semejantes a él? Porque así dijo: Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo V, 48, 45). ¿Cuánto amor hay en el Señor, cuando envió a Cristo a ser crucificado por los pecadores e impíos, y nos redimió con el precio de su sangre, siendo nosotros sus enemigos, amando lo que hizo por aquel que lo hizo! Cuando hacíamos estas cosas, Dios envió, como dice el Apóstol, a su Hijo (Gálatas IV, 4); y lo entregó para que fuera muerto por nosotros, los impíos, por otros impíos. Y si aún no se ha dado tal don a los fieles, ¿qué se reserva entonces para los fieles? Así es como Dios ama a los hombres. Consideremos, hermanos; ¿acaso no los azota? ¿acaso no los corrige? Si no los corrige, ¿de dónde viene el hambre? ¿de dónde las enfermedades? ¿de dónde las pestilencias y los males? Todas estas son correcciones de Dios. Así como él ama y, sin embargo, corrige: así también tú, si tienes a alguien bajo tu poder, aunque guardes el afecto del amor, no niegues el castigo de la corrección. Porque si lo niegas, no mantendrás el amor:

porque él morirá en sus pecados, que tal vez corregido los dejaría; y se te imputará más como verdadero odio.

3. Debemos luchar para seguir la caridad y paciencia de Cristo mediante la imitación. Que nadie diga: ¿Quién puede hacer esto? Esfuércense por cumplir esto en sus corazones; manténganse firmes, para amar. Luchen, y vencerán. Porque allí vence Cristo. ¿Contra qué luchan? Luchan contra el pecado, contra las palabras de los hombres que hablan mal: ¿Entonces no te vengas? ¿entonces permanecerás indefenso, y no le mostrarás? ¡Oh, si lo tuviera conmigo! Luchen, y venzan. Porque si Cristo hubiera querido ordenar a la tierra, cuando sufrió tanto de los judíos, que se abriera y devorara a sus perseguidores, ¿no podría hacerlo? Si entonces, quien tenía el poder, los soportó hasta que fue levantado en la cruz, y colgando en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34); tú, siervo redimido por la sangre de tu Señor crucificado, ¿no imitarás a tu Salvador? ¿Qué necesidad tenía él de sufrir tanto, cuando podía no sufrir? Porque así dijo: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para tomarla: nadie me la quita; sino que yo la pongo, y la tomaré de nuevo (Juan X, 18). Y así lo hizo. ¿Qué sucedió, hermanos? Colgaba en la cruz, como leemos en las lecturas adecuadas: y cuando vio que se cumplían en él todas las Escrituras, para que le dieran incluso vinagre, dijo: Está cumplido; e inclinó la cabeza, y entregó el espíritu; como si estuviera esperando que se cumpliera. Cuando quiso, puso su vida. Y por eso él era Dios, ellos eran hombres, que estaban crucificados junto a él. Él murió más rápido, ellos más lentamente. Y cuando se ordenó que los cuerpos fueran bajados de la cruz por el sábado, para ser sepultados, encontraron a esos ladrones vivos, y les rompieron las piernas; pero al Señor ya muerto, y sin embargo uno de ellos le perforó el costado con una lanza, y salió sangre y agua (Juan XIX, 30-34). He aquí tu precio. ¿Qué salió del costado, sino el sacramento que reciben los fieles? Espíritu, sangre y agua. El Espíritu que entregó, y la sangre y el agua que salieron de su costado. De esa sangre y agua se significa el nacimiento de la Iglesia. ¿Y cuándo salió sangre y agua del costado? Cuando Cristo ya dormía en la cruz: porque Adán en el Paraíso recibió el sueño, y así fue producida Eva de su costado. He aquí, pues, tu precio. Imita la humildad y las huellas de tu Señor, y no digas, ¿Quién hace esto? Tal vez haya cerca de ti quien no lo hace. Pero en esa multitud, si tú lo haces, se te contará como si encontraras en la era un solo grano, y pajas infinitas. Difícilmente encuentras dos granos juntos: pero entre los granos hay paja mezclada. Así, entre aquellos que quieren servir a Dios, hay ruido y multitud de hombres malos rodeándolos por todas partes; porque dondequiera que se vuelvan, no encuentran sino malos consejeros. Sé, pues, como un grano, y no te preocupes por la paja. Vendrá el tiempo en que se separará. Por eso cantamos, Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa (Salmo XLII, 1). La Iglesia lo dice gimiendo entre los pecadores. ¿Creen, hermanos, que la Iglesia quiere ser discernida de esta manera, para ser separada de las herejías como sarmientos cortados? Ya está separada de ellos. ¿Acaso la Iglesia dice así, Júzgame, Dios, y discierne mi causa, para ser segregada de la parte de Donato, o de los arrianos, o de los maniqueos? No pide ser discernida, sino de aquellos que están mezclados con ella, a quienes debe tolerar hasta el fin. Pero dice esto, Júzgame, Dios, y discierne mi causa: es decir, no sea que sea juzgada y perecida con ellos en el día del juicio. Porque ahora se ha dicho, Deja que crezcan juntos el trigo y la cizaña (Mateo XIII, 30): y ahora los malos son tolerados por los buenos, para ser separados en el día del juicio.

4. Jacob y Esaú como figuras del pueblo cristiano y judío. Y por eso Jacob, que ahora se ha leído, representa al pueblo cristiano: él es el hijo menor; porque el pueblo judío es Esaú. De Jacob ciertamente nació la nación judía, pero en figura, más bien Esaú representa a los judíos: porque el pueblo mayor fue rechazado, y el pueblo menor recibió el primado. Incluso cuando luchaban en el vientre, y la madre sufría molestias porque sus entrañas eran empujadas, dijo:

¿Por qué me pasa esto? Mejor me hubiera sido la esterilidad que sufrir esto. Se le dijo por el Señor que dos pueblos luchaban en su vientre, y dos naciones, y que el mayor serviría al menor (Génesis XXV, 22, 23). Lo que se dijo cuando estaban en el vientre, se dijo de nuevo en la bendición de Isaac, cuando bendijo al menor; pero pensaba que estaba bendiciendo al mayor. Isaac representaba la Ley. La Ley parece haber sido dada a los judíos: y el reino mismo fue dado a los cristianos. Consideren que la Ley parece prometer el reino. A los judíos se les dice, Por eso se os quitará el reino, y se dará a una nación que haga justicia (Mateo XXI, 43). Se quitará de Esaú, y se dará a Jacob. Esaú nació velludo y peludo, es decir, lleno de pecados; los pecados se adherían a él: pero para recibir el primado, Jacob recibió pieles de cabritos en los brazos; y así lo bendijo su padre, palpando sus brazos, y encontrándolos velludos. Pero esos cabellos y pecados eran llevados por Jacob, no se adherían a Jacob. Así, pues, la Iglesia de Dios lleva pecados ajenos, no propios, tolerando hasta el fin; como también el Señor Jesucristo llevó pecados ajenos. Y el padre bendijo al menor. ¿Y cómo lo bendijo? Un misterio sagrado, cómo serían. Las Escrituras quieren ojos agudos. Bendijo a su hijo menor: y parece que fue engañado como si hubiera bendecido a otro en lugar de a él. Vino aquel que había ido a cazar, trayendo lo que el padre había ordenado, y dice: Padre, come, como deseabas. Isaac dijo: ¿Quién eres tú? Y él: Soy Esaú, tu hijo mayor. Y dice: ¿Entonces tú eres Esaú? ¿Quién es entonces el que ya me trajo comida, y comí, y lo bendije, y es bendito? (Génesis XXVII, 31-40). ¡Oh, enojarse con el engañador! ¡Oh, enojarse con el impostor! Más bien, di: ¿Por qué me engañó? ¿por qué me engañó? que su hermano tome esa bendición, y que esté en maldición. ¿No clama este asunto en misterio, para que el mayor sirva al menor? Entonces él también recibe una bendición similar. Pero añadió: Serás siervo de tu hermano. Cuando él decía, ¿Acaso se han acabado las bendiciones? bendíceme también a mí; dijo, ¿Cómo puedo darte algo, cuando ya he hecho a él así? Y dijo: Bendíceme también a mí, padre. Y lo forzó, y recibió una bendición casi similar, de rocío del cielo y fertilidad de la tierra toda abundancia. Y añadió de inmediato, Y servirás a tu hermano. Y será así para ti, cuando quites su yugo de tu cuello. ¿Qué es lo que se dijo, Y será así para ti, cuando quites su yugo de tu cuello; sino que mostró que aquellos a quienes Esaú prefiguraba, serían pecadores, pero tendrían en su poder y libre albedrío, cambiar y unirse a su hermano?

5. Los judíos como siervos de los cristianos. Consideren el misterio. He aquí que el judío es siervo del cristiano. Y esto es manifiesto, y ha llenado el mundo, como ven, Jacob. Y para que sepan que estas cosas se decían del futuro, consideren la misma historia, y vean que no se cumplieron en esos dos, El mayor servirá al menor (Génesis XXV, 23). Porque se lee que Esaú fue muy enriquecido, y comenzó a reinar en toda abundancia (Génesis XXXVI, 7). Pero Jacob, para pastorear ovejas ajenas. Y cuando comenzó a regresar, y temer a su hermano, como se leía ahora, envía regalos de no sé cuántos rebaños, y envía a un siervo que diga, He aquí los regalos de tu hermano (Génesis XXXII, 18). No quiso verlo antes de apaciguarlo con regalos; y después de recibir los regalos, lo vio. Y cuando Jacob llegó a él, lo adoró desde lejos (Génesis XXXIII, 3). ¿Cómo entonces, El mayor servirá al menor, cuando el menor parece adorar al mayor? Pero por eso estas cosas no se cumplieron en la historia, para que se entiendan dichas del futuro. El hijo menor recibió el primado, y el hijo mayor perdió el primado. He aquí que Jacob ha llenado la tierra, ha tomado naciones y reinos. El emperador romano, ya cristiano, ordenó que los judíos no se acercaran a Jerusalén. Y dispersos por el mundo, se han convertido en custodios de nuestros Libros. Como los siervos, cuando van al auditorio de sus señores, llevan detrás de ellos los códices, y se sientan afuera; así se ha hecho el hijo mayor al hijo menor. Porque a veces mueven algo en las Escrituras; y de los códices de los judíos se conoce algo con certeza. Por eso, pues, están dispersos, para que nos guarden los Libros. El mayor, pues, sirve al menor. Veán con cuánta dignidad está el pueblo cristiano, y en cuánta decadencia está el pueblo judío. Cuando tal vez se atrevieron a moverse

un poco contra los cristianos, lo que les sucedió lo han escuchado en tiempos recientes. Por lo tanto, ahora es verdad, El mayor servirá al menor. ¿Cómo entonces esa bendición, Será para ti del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra? ¿Cómo al menor, así también al mayor lo bendijo. Pero al mayor se le dijo, Y serás siervo de tu hermano. Y será así, cuando quites su yugo de tu cuello. ¿Cuántos son los que han quitado el yugo de su cuello, y se han hecho nuestros hermanos? ¿Cuántos judíos han creído, consideren. Y ahora, si encuentras a un judío, y le evangelizas al Señor Jesucristo, y cree, ¿no ha quitado el yugo de su cuello? Y cuántos hicieron esto en los primeros tiempos de la fe, como leemos, de siervos se hicieron hermanos y coherederos.

6. La lucha de Jacob con el ángel. Por lo tanto, la Iglesia que dice, Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa, no quiere ser discernida de Esaú, de quien ya está separada, sino de los malos cristianos. Este Jacob, en quien se figura el pueblo cristiano, han escuchado cómo luchó con el Señor. Porque el Señor se le apareció, es decir, un ángel llevando la persona de Dios: luchó con él, y quería retenerlo y comprenderlo. Luchaba él; prevaleció, y lo retuvo; cuando lo tenía, no lo soltó hasta que fue bendecido. Que el Señor nos conceda, hermanos, explicar tan gran misterio. Lucha, prevalece; y quiere ser bendecido por aquel a quien ha prevalecido. ¿Qué es entonces que lucha, y quiere retener? Dice el Señor en el Evangelio, El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mateo XI, 12). Esto es lo que decíamos hace un momento: Lucha, para retener a Cristo, para amar al enemigo. Porque retienes a Cristo aquí, si amas al enemigo. ¿Y qué dice el mismo Señor, es decir, el ángel en la persona del Señor, cuando prevalece, y lo retiene? Tocó la parte ancha de su muslo, y se secó, y por eso Jacob cojeaba. Le dice: Suéltame, ya es de mañana. Y él: No te soltaré, a menos que me bendigas. Y lo bendijo: ¿cómo? Cambiándole el nombre. No te llamarás Jacob, sino Israel: porque has prevalecido con Dios, prevalecerás también con los hombres (Génesis XXXII, 24-28). Esta es la bendición. Vean a un hombre: por una parte se toca, y se seca; y por otra parte se bendice. Ese mismo hombre por una parte se seca, y cojea; y por otra parte se bendice, y prospera.

7. El ángel que no quiere ser retenido, ¿qué significa? ¿Qué es, entonces (decimos lo que el Señor sugiere, sin prejuicio de una mejor interpretación): qué es, "He aquí que ya viene la mañana, déjame ir"? Esto es lo que el Señor dice después de la pasión a la mujer que quería aferrarse a sus pies: "No me toques; porque aún no he subido a mi Padre" (Juan 20, 17). ¿Qué significa esto? Pues incluso cuando se leyó esa lección, alguna vez traté de cómo se diría, "No me toques; porque aún no he subido a mi Padre". ¿Por qué? ¿Nadie lo tocó corporalmente, sino hasta que subió al Padre? Aún estaba aquí, y el discípulo que no creía palpó las cicatrices. ¿Cómo, entonces, no quería ser tocado, sino porque esto se dijo figuradamente? Aquella mujer era la Iglesia: y esto es, "No me toques", no me toques carnalmente; sino como soy, igual al Padre. No me toques: porque no me tocas a mí, sino a mi carne. Pues dice en la elevación de su progreso Pablo, "Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así"; y, "Las cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas; y todo esto proviene de Dios" (2 Cor. 5, 16-18). ¿Qué significa, "Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos"? Porque cuando lo conocimos carnalmente, no pensábamos sino que era solo un hombre: pero después de que su gracia nos iluminó, entendimos que el Verbo es igual al Padre. Así que lo retenía y luchaba, como queriendo abrazar a Jacob en su forma carnal. Pero él decía, "Déjame ir"; carnalmente: porque he aquí que ya es de mañana, para que seas iluminado espiritualmente: es decir, no me consideres un hombre. Déjame, porque ya es de mañana. En la mañana de la luz de la verdad entendimos, y de la sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas. De ella disfrutarás,

cuando esta noche pase, es decir, la iniquidad de este siglo. Entonces será de mañana, cuando venga el Señor, para que lo veamos como lo ven los ángeles. Porque ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara (1 Cor. 13, 12). Mantengamos, pues, hermanos, lo que se ha dicho, "Déjame, porque ya es de mañana". Pero ¿qué dijo él, "No te dejaré, si no me bendices"? Porque el Señor nos bendice primero a través de la carne. Los fieles saben lo que reciben; porque son bendecidos a través de la carne; y saben que no serían bendecidos, si esa carne crucificada no se hubiera dado por la vida del mundo. ¿Cómo, entonces, es bendecido? Porque prevaleció contra Dios, porque lo sostuvo firmemente, y perseveró, y no soltó de sus manos lo que Adán perdió. Mantengamos, pues, fieles, lo que hemos recibido, para que merezcamos ser bendecidos.

8. Jacob bendecido y cojeando. La parte seca de Jacob significa a los malos cristianos; para que en el mismo Jacob haya tanto bendición como cojera. Es bendecido por la parte de los que viven bien, cojea por la parte de los que viven mal. Pero aún en un solo hombre están ambas cosas: habrá, sin embargo, separación y distinción después; lo que la Iglesia desea en el Salmo, diciendo: "Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa de gente impía" (Sal. 42, 1). Así es, porque el Evangelio dice, "Si tu pie te escandaliza, córtalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el fuego eterno" (Mat. 18, 8). Estos malos, por tanto, deben ser cortados al final. Ahora la Iglesia cojea, pone un pie firmemente, el otro lo tiene débil. Miren a los paganos, hermanos. A veces encuentran buenos cristianos, sirviendo a Dios, y se maravillan, y son atraídos, y creen. A veces ven a los que viven mal, y dicen: ¡He aquí los cristianos! Pero estos que viven mal pertenecen a la amplitud del muslo de Jacob tocado, que se secó. El toque del Señor es la mano del Señor corrigiendo y vivificando. Por eso, por una parte es bendecido, y por otra se seca. Y el Señor muestra a estos que viven mal en la Iglesia; porque de ahí es que está escrito en el Evangelio, que "cuando creció la hierba, aparecieron también las cizañas": porque cuando los hombres comienzan a progresar, entonces empiezan a sentir a los malos. Esto es conocido por ustedes, por el don de Dios se hace que sean reconocidos. Pero ahora las cizañas deben ser toleradas hasta el fin de la cosecha, no sea que al arrancar las cizañas, se arranque también el trigo (Mat. 13, 26, 29, 30). Pero vendrá el tiempo en que la Iglesia sea escuchada diciendo, "Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa de gente impía": cuando el Señor venga en su gloria con los santos ángeles, y se reunirán ante él todas las naciones, y los separará, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y los justos serán puestos a la derecha, y los cabritos a la izquierda: y a aquellos se les dirá, "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino"; y a estos, "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. 25, 31-41).

SERMO VI. Sobre la aparición del Señor a Moisés en la zarza.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cómo Dios apareció a Moisés.---Cuando se leyeron las santas lecturas, en lo que está escrito en la primera lectura, que nos fue recitada, prestamos atención, y lo que el Señor sugiere, procuramos compartir brevemente con vuestra Santidad: para que no tomando carnalmente los divinos misterios, no solo no progresen, sino que también decaigan. Pues lo primero que se presentó a nuestros ojos de esa lectura divina, fue que Dios apareció a Moisés. Sin embargo, aparecer por su propia sustancia, tal como es, no se digna sino a los corazones puros. Pues así está escrito en el Evangelio: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5, 8). Pero si alguna vez Dios quiso aparecer a los ojos corporales de los santos, no lo hizo por sí mismo, sino por una criatura visible y sensible, tanto como esta carne puede percibir; ya sea por una voz que suena en los oídos, o por un fuego en los

ojos, o por un ángel apareciendo en alguna forma visible, pero portando la persona de Dios. Así entendemos, hermanos, que Dios apareció a Moisés. Pues aquella majestad que hizo el cielo y la tierra, y que gobierna todo el mundo, a la cual siempre se adhieren los ángeles contemplando su belleza con mentes puras, no pudo aparecer a los ojos mortales del hombre, sino asumiendo una criatura visible y sensible, que pertenece a estos ojos visibles del cuerpo: ya que incluso la Sabiduría de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, no aparecería a los ojos humanos, si no asumiera carne humana.

CAPÍTULO II.

2. Dios apareció a Moisés por medio de un ángel. ¿Cómo, entonces, el Verbo de Dios, es decir, el Hijo de Dios, para aparecer a los ojos, asumió carne; así siempre Dios, para aparecer a los ojos de los hombres, se dignó aparecer en alguna criatura visible. Pues tienes claramente en los Hechos de los Apóstoles, que un ángel apareció a Moisés en la zarza (Hech. 7, 30). ¿Acaso esta Escritura es verdadera, y aquella es falsa? ¿O aquella es verdadera, y esta es falsa? Pero, ¿qué? Si somos cristianos, si creemos bien; ambas son verdaderas. Si, entonces, ambas son verdaderas, ¿cómo aquí Dios apareció, cómo allí se dice que apareció un ángel, sino porque aquel Espíritu, que en los Hechos de los Apóstoles dijo que apareció un ángel, expuso esta lección de cómo apareció Dios? Aquella declaración es una exposición de esta oscuridad: para que no entendieras que Dios apareció por sí mismo, allí se te expuso cómo Dios apareció por medio de una criatura, un ángel. Así, ¿por qué te sorprende que se diga, cuando aparece un ángel, "Dijo Dios"; y Dios llamó a Moisés, y se acercó al lugar; y el Señor dijo a Moisés? Porque no se atiende al templo, el ángel, sino al habitante del ángel. Pues el ángel era el templo de Dios. Si se digna habitar y hablar en un hombre, como cuando un profeta habla, se dice, "Dijo Dios"; cuánto más por medio de un ángel. Y cuando se dice, Dios dijo por medio de Isaías, ¿qué era Isaías? ¿No era un hombre portando carne, nacido de padre y madre, como todos nosotros? Y sin embargo, habla, y ¿qué decimos en sus palabras? Esto dice el Señor (Isa. 50, 1). ¿Cómo, entonces, Dios, si Isaías, sino porque Dios por medio de Isaías? Así también aquí, hablando el ángel, se dice que Dios habla. ¿Por qué, sino porque Dios por medio del ángel?

CAPÍTULO III.

3. Por qué la aparición de Dios fue hecha en la zarza. Presten atención, pues, con la cuestión resuelta también a esto, en señal de qué cosa parece haberse hecho, que apareció en la zarza: y la zarza no se quemaba, no se incendiaba: y aparecía como fuego, y no incendiaba la zarza. ¿Pensamos que la zarza significa algo bueno, siendo espinas? Pues si el fuego hubiera consumido las espinas, significaría que también la palabra del Señor dicha a los judíos habría consumido sus pecados, y la Ley habría terminado con sus iniquidades. Pues si así el fuego en la zarza, como la Ley en los judíos; así son las espinas de la zarza, como los pecados de los judíos: así este fuego no quemó las espinas, como la Ley no quemó los pecados.

4. El nombre de Dios. Pero el Señor habla a Moisés (ya conocen esas cosas, y no debemos retenerlos más tiempo, debido a la limitación del tiempo): "Yo soy el que soy: Me envió el que es". Pues cuando preguntaba el nombre de Dios, esto fue dicho: "Yo soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros". ¿Qué es esto? Oh Dios, oh Señor nuestro, ¿cómo te llamas? Soy llamado, dijo, ¿Qué es, Soy llamado? Porque permanezco para siempre, porque no puedo ser cambiado. Pues las cosas que cambian, no son, porque no permanecen. Pues lo que es, permanece. Pero lo que cambia, fue algo, y será algo: sin

embargo, no es, porque es mutable. Por tanto, la inmutabilidad de Dios se dignó a intimarse con este vocablo, "Yo soy el que soy".

CAPÍTULO IV.

5. Otro nombre de Dios. ¿Qué es, entonces, que después nuevamente dijo otro nombre para sí, cuando se decía: "Y dijo Dios a Moisés: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; este es mi nombre para siempre"? ¿Cómo allí soy llamado esto, porque soy; y he aquí aquí otro nombre, "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob"? Porque así como Dios es inmutable, hizo todas las cosas por misericordia, y se dignó el mismo Hijo de Dios asumir carne mutable, permaneciendo lo que es el Verbo de Dios, venir y socorrer al hombre. Por tanto, se revistió de carne mortal aquel que es, para que pudiera decirse, "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Éx. 3, 15).

6. Signos dados a Moisés. Luego, presten atención a los signos que dio a Moisés, cuando decía, "Si el pueblo me dice, No te envió Dios: ¿con qué signos mostraré que me enviaste? Se dijo, "Arroja la vara que tienes en tu mano: y arrojó la vara, y se convirtió en serpiente, y Moisés se horrorizó. Dijo nuevamente el Señor, "Toma su cola, la tomó, y se convirtió en vara como era. Le dio otro signo: "Mete tu mano en tu seno: y la metió. Sáquela: la sacó, y se volvió blanca como la nieve, es decir, leprosa. Pues el color blanco en la piel humana es defectuoso. Métela en el seno nuevamente: la metió, y recuperó su color. Le dio un tercer signo: "Toma agua del río, y viértela en un lugar llano: la tomó y la vertió, y se convirtió en sangre. Con estos signos te escuchará el pueblo: si no te escucha en el primero, en el segundo y en el tercero te escuchará (Éx. 4, 1-9).

CAPÍTULO V.

7. Qué significa la vara: qué la serpiente. Nosotros, lo que significan, tanto como Dios ayuda, intentemos declarar. La vara significa reino; la serpiente, mortalidad. Pues por la serpiente se ofreció la muerte al hombre. El mismo Señor se dignó asumir esa muerte. Por tanto, la vara viniendo a la tierra, tuvo la apariencia de serpiente; porque el reino de Dios, que es Cristo Jesús, vino a la tierra. Se revistió de mortalidad, que clavó en la cruz. Sabe vuestra Santidad que cuando aquel pueblo en el desierto, obstinado y soberbio, murmuró contra Dios, comenzó a ser mordido por serpientes, y a caer por esas mordeduras. En su misericordia, Dios dio un remedio, que traía sanidad presente, pero proclamaba sabiduría futura. Dijo a Moisés: "Suspende una serpiente de bronce en medio del desierto en un madero, y di al pueblo, Cualquiera que sea mordido, mire a esta serpiente. Y los hombres mordidos miraban a la serpiente, y sanaban (Núm. 21, 8, 9). Y el Señor atestigua en el Evangelio con tal signo. Pues cuando hablaba con Nicodemo, dijo: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado; para que todo aquel que en él cree, no perezca, sino que tenga vida eterna (Juan 3, 14 y 15). Pero esto es, cualquiera que sea mordido por las serpientes de los pecados, mire a Cristo, y tendrá sanidad en la remisión de los pecados.

CAPÍTULO VI.

Por tanto, hermanos, esa es la mortalidad que fue asumida por el Señor, que es necesario que tenga su cuerpo, cuyo cabeza es el hombre en el cielo. Así la Iglesia tiene mortalidad, que es la herida infligida por la persuasión de la serpiente. Pues debemos la muerte al pecado del

primer hombre: pero por ella llegaremos a la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor. Pero, ¿cuándo viene a la vida, y regresa al reino? Al final del siglo. Pues por eso tomó la cola, donde está el fin, para que lo devolviera a su estado original.

8. Qué la mano y el seno de Moisés: qué el agua. ¿Qué es esa mano? Es cierto que esa mano también significa al mismo pueblo. ¿Qué es el seno del hombre? El seno de Moisés es el secreto de Dios. Cuando el hombre estaba en el secreto de Dios, estaba intacto, y de buen color. Salió del secreto de Dios, Adán salió del paraíso, ofendiendo a Dios, y se volvió defectuoso. Por tanto, aquella mano se volvió blanca: pero regresó al seno, por el seno de nuestro Señor Jesucristo, y recuperó su color. ¿Qué, entonces, es aquella agua? Aquella agua significa sabiduría. Pues a menudo se ha puesto el agua en similitud de sabiduría: y se ha dicho, "Será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan 4, 14). Pero aquella agua de sabiduría, que en la tierra se convirtió en sangre, ¿no nos muestra el Verbo hecho carne y habitando entre nosotros? Ciertamente lo muestra. Por tanto, todos los signos y misterios del futuro pueblo, son sobre nuestro Señor Jesucristo. Y si hay otros sacramentos en los libros antiguos, ya sea que los entendamos; o no los entendamos, desean al que busca, no al que reprende. Pidamos, pues, busquemos y llamemos, para que se nos abra. A ellos se les predijeron los sacramentos futuros: nosotros vemos los presentes en la Iglesia.

SERMO VII. Sobre la lectura del Éxodo, sobre la zarza en la que había una llama y la zarza no se quemaba.

NÚM. 1.---Qué advertir sobre la aparición en la zarza. Cuando se leyó la lectura divina, un gran milagro, que había hecho a Moisés, siervo de Dios, muy atento, también nos hizo a nosotros atentos de corazón; porque también nosotros nos volvimos atentos, cómo en la zarza aparecía fuego, y la zarza no se quemaba. Luego advertimos que la sagrada Escritura primero dijo que un ángel del Señor apareció a Moisés en la zarza (Hech. 7, 30). Luego Moisés ya no hablaba como con un ángel, sino como con el Señor. Tercero, advertimos que cuando Moisés preguntaba el nombre de Dios, para tener qué decir a los hijos de Israel, preguntando cuál era el nombre de Dios, que lo había enviado a ellos, respondió: "Yo soy el que soy. Ni esto de paso, sino repitiéndolo añadió: "Dirás, pues, a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros. Finalmente, ya enunciado su nombre, aún añadió: "Esto les dirás: El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob me envió a vosotros. Y este es mi nombre para siempre (Éx. 3). De esto, lo que el Señor dona, escuchen. Son grandes, como envolturas de los misterios de Dios: que si intentamos desentrañarlos de manera adecuada y suficiente, ni las fuerzas, ni el tiempo serán suficientes.

2. Qué significa la zarza no quemada con la llama adherida. Lo que, pues, brevemente podemos decir, no en vano, no sin sentido, no sin alguna significación secreta, en la zarza había una llama, y la zarza no se quemaba. Pues la zarza es un cierto tipo de espinas: ni pudo ser puesta en alguna alabanza, lo que la tierra produjo para el pecador. Pues primeramente al hombre pecador se le dijo, "La tierra te producirá espinas y cardos (Gén. 3, 18). Ni eso mismo que la zarza no se quemaba, es decir, la llama no era comprendida, debemos pensar que es algo bueno. Pues si la llama significa algo bueno, en la que aparecía el ángel, o el Señor; de donde también cuando vino el Espíritu Santo, se les aparecieron lenguas divididas como de fuego (Hech. 2, 3); debemos ser comprendidos por este fuego, no, sin embargo, por la dureza no ser quemados. La zarza que no quemaba, el pueblo que se resistía a Dios. Por tanto, la zarza significaba al pueblo espinoso de los judíos, a quien Moisés era enviado. Y por eso la zarza no se quemaba, porque la dureza de los judíos, como dije, se resistía a la ley de

Dios. Pues si aquel pueblo no se significara por espinas, no sería coronado Cristo con espinas por él (Mat. 27, 29).

3. La opinión de algunos es que quien hablaba a Moisés era Cristo. Sin embargo, el hecho de que el mismo que hablaba a Moisés sea llamado tanto ángel del Señor como Señor es una gran cuestión, y no debe tener un afirmador temerario, sino un investigador cauteloso. Hay dos opiniones que pueden derivarse de aquí, y cualquiera de ellas que sea verdadera, ambas son según la fe. Lo que dije, cuál de ellas es verdadera; esto lo dije, qué pensó quien escribió. Pues cuando nosotros, al investigar las Escrituras, sentimos algo que el escritor tal vez no sintió; no obstante, no debemos sentir esto que se aparta de la regla de la fe, de la regla de la verdad. Por lo tanto, propongo ambas opiniones: tal vez haya una tercera que me es desconocida. De estas dos propuestas, elijan la que deseen. Algunos dicen que por eso se le llama ángel del Señor y Señor, porque era Cristo, de quien el profeta dice abiertamente que es el Ángel del gran consejo (Isaías IX, 6). Ángel es un nombre de oficio, no de naturaleza. Pues ángel en griego, que en latín se llama mensajero. Mensajero, por lo tanto, es un nombre de acción: al actuar, es decir, al anunciar algo, se le llama mensajero. ¿Quién negará que Cristo nos anunció el reino de los cielos? Luego, el ángel, es decir, el mensajero, es enviado por aquel que anuncia algo a través de él. ¿Y quién negará que Cristo fue enviado? quien tantas veces dice, No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan VI, 38); él es propiamente enviado. Pues Siloé, aquella piscina, se interpreta como Enviado. Por eso, a quien ungió los ojos con lodo, le mandó lavar su rostro allí (Juan IX, 7). Ninguna visión se abre, sino la de aquel que es purificado por Cristo. Por lo tanto, el mismo ángel, el mismo Señor.

4. En esa opinión, se debe evitar el argumento de los arrianos. Pero aquí surge algo que debe ser prevenido. No faltan herejes que dicen que las naturalezas del Padre y del Hijo son diferentes y disonantes, y que no son de una misma sustancia. Sin embargo, la fe católica cree que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, una Trinidad de una sola sustancia, inseparablemente, igualitariamente, no confundida por mezcla, no separada por distinción. Aquellos, por lo tanto, que intentan persuadir que el Hijo no es de la misma sustancia que el Padre, argumentan que el Hijo fue visto por los padres: dicen que el Padre no fue visto; pero lo invisible y lo visible son de naturaleza diferente. Y por eso, dicen, se ha dicho del Padre, A quien ningún hombre ha visto ni puede ver (1 Timoteo VI, 16). Para que aquel que fue visto no solo por Moisés, sino también por Abraham; no solo por Abraham, sino también por el mismo Adán y los demás padres, no sea considerado Dios Padre, sino más bien el Hijo, para que se entienda como criatura. La Iglesia católica no dice esto. Pero, ¿qué dice? Dios Padre, Dios Hijo; inmutable Padre, inmutable Hijo; eterno Padre, coeterno Hijo; invisible Padre, invisible Hijo. Pues si dices que el Padre es invisible, el Hijo visible; has distinguido, más bien separado las sustancias. ¿Cómo encontraste gracia, si perdiste la fe? Por lo tanto, esta cuestión se resuelve así: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, por naturaleza propia es invisible: pero apareció cuando quiso, a quien quiso; no como es, sino como quiso a quien todo sirve. Pues si tu alma, siendo invisible en tu cuerpo, para aparecer emite una voz, y la voz en la que aparece tu alma cuando hablas, no es la sustancia de tu alma; una cosa es ella, otra cosa es la voz; y sin embargo aparece, y en una cosa que ella misma no es: así también Dios, si apareció en fuego, no es fuego; si apareció en humo, no es humo; si apareció en sonido, no es sonido. Estas cosas no son Dios, sino que indican a Dios. Reteniendo esto, creemos con seguridad que pudo decirse que el Hijo que apareció a Moisés, era tanto Señor como ángel del Señor.

5. La opinión de otros es que fue un ángel quien apareció a Moisés, no Cristo. Pero aquellos que piensan que verdaderamente fue un ángel del Señor, no Cristo, sino un ángel enviado; es necesario que se les exija razón de por qué se le llamó Señor. Pues así como a aquellos que dicen que fue Cristo, se les exige por qué se le llamó ángel; así a aquellos que dicen que fue un ángel, se les exige por qué se le llamó Señor. Pero aquellos que dicen que fue Cristo, ya he mencionado cómo salen de eso, por qué se le llamó ángel, porque el profeta dijo abiertamente que el Señor Cristo es el Ángel del gran consejo. Por lo tanto, aquellos que dicen que fue un ángel, deben responder por qué se le llamó Señor. Ellos también responden: Así como en las Escrituras el profeta habla, y se dice que el Señor habla; no porque el profeta sea el Señor, sino porque el Señor está en el profeta; así también cuando el Señor se digna hablar a través de un ángel, como a través de un apóstol, como a través de un profeta, se dice correctamente tanto ángel por sí mismo, como Señor por el Dios que habita en él. Pues ciertamente Pablo era hombre, y Cristo Dios; y sin embargo, el mismo Pablo dice, ¿Queréis recibir prueba de aquel que habla en mí, Cristo? (2 Corintios XIII, 3). Y el profeta dijo, Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios (Salmo LXXXIV, 9). Quien habla en el hombre, habla en el ángel. Por eso apareció a Moisés el ángel del Señor, y dijo, Yo soy el que soy. Es la voz del habitante, no del templo.

6. La dificultad en esa opinión se disuelve. Pues si por eso era Cristo, cuando se le llamó ángel, porque era uno; ¿qué hacemos cuando tres aparecieron a Abraham? ¿Qué decimos aquí? Tres aparecieron, y Abraham, como hablando a uno, dijo, Señor. ¿Qué decimos? ¿Por qué tres? ¿Era acaso la misma Trinidad? ¿Por qué entonces Señor? Porque la Trinidad es un solo Señor, no son tres señores; y la Trinidad es un solo Dios, no tres; una sustancia, tres personas. Pues ni el Padre es el Hijo, ni el Hijo es el Padre, ni el Espíritu Santo es el Padre o el Hijo. Pero el Padre no es sino del Hijo; el Hijo no es sino del Padre; el Espíritu es del Padre y del Hijo. Aunque en esos tres algunos dicen que uno sobresalía, a quien Abraham llamaba Señor, cuando apareció con dos, como Cristo con sus ángeles. Pero, ¿qué hacemos, ya que cuando dos fueron enviados a Sodoma apareciendo al hermano de Abraham, Lot, él también reconoce la divinidad en ellos; y cuando ve a dos, los llama Señor (Génesis XVIII y XIX)? Y aquel en tres, Señor, y en dos, aquel Señor. No separemos, por lo tanto, la Trinidad y hagamos en Sodoma una dualidad, creo que entendemos mejor que nuestros padres reconocían al Señor en los ángeles, entendían al habitante en la morada; no daban gloria a los portadores, sino al que se sienta. Esta opinión la confirma no solo la Epístola a los Hebreos, donde se dice, Porque si la palabra dicha por los ángeles fue firme (Hebreos II, 2 [pues hablaba del Antiguo Testamento, recomendó que allí hablaban los ángeles; pero Dios era honrado en sus ángeles, y por los ángeles se escuchaba al habitante interior]); sino también en los Hechos de los Apóstoles, Esteban dice, reprendiendo y recriminando a los judíos, Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y oídos. Duros de cerviz, espinas no quemadas. Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo. Por eso la zarza no se quemaba, porque las llamas del Espíritu eran resistidas por las espinas de los pecados: Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo. ¿A cuál de los profetas no mataron vuestros padres? (Y de lo que se trata) que recibisteis la Ley en edictos de ángeles, y no la guardasteis (Hechos VII, 51-53). Si dijera, Ángeles, y no, de ángeles; no faltarían aquellos que dirían, Cristo es, porque se le llamó el Ángel del gran consejo. Ángel Cristo, ¿acaso ángeles Cristo? También dice el apóstol Pablo, que la simiente de Abraham fue dispensada: Dispuesta, dice, por ángeles en mano de un mediador (Gálatas III, 19).

7. El nombre propio de Dios. Ya, por lo tanto, el ángel, y en el ángel el Señor, decía a Moisés que preguntaba su nombre, Yo soy el que soy. Dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros. Ser, es un nombre de inmutabilidad. Pues todas las cosas que cambian, dejan de

ser lo que eran, y comienzan a ser lo que no eran. El verdadero ser, el ser sincero, el ser genuino, no lo tiene sino aquel que no cambia. Aquel tiene ser a quien se le dice, Cambiarás ellos y cambiarán; pero tú eres el mismo (Salmo CI, 27, 28). ¿Qué es, Yo soy el que soy, sino, Soy eterno? ¿Qué es, Yo soy el que soy, sino, No puedo cambiar? Ninguna criatura, ni el cielo, ni la tierra, ni el ángel, ni la virtud, ni los tronos, ni las dominaciones, ni las potestades. Por lo tanto, siendo este el nombre de la eternidad, es más lo que se dignó tener el nombre de misericordia. Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Aquel en sí mismo, este para nosotros. Pues si solo quisiera ser lo que es en sí mismo, ¿qué seríamos nosotros? Si Moisés entendió, más bien porque entendió, cuando se le decía, Yo soy el que soy, El que es, me envió; creyó que esto era mucho para los hombres, vio que esto distaba mucho de los hombres. Pues quien dignamente entiende esto que es y verdaderamente es, y de alguna manera, con el más verdadero resplandor de la esencia, o brevemente, como tocado por un relámpago; se ve a sí mismo muy por debajo, muy lejano, muy disímil: como aquel que dijo, Yo dije en mi éxtasis. Pues con la mente elevada vio no sé qué, que era más para él. Esto era lo que era verdadero. Dije, dice, en mi éxtasis. ¿Qué? Fui arrojado de la faz de tus ojos (Salmo XXX, 23). Por lo tanto, cuando a lo que se decía, no a lo que se veía, Moisés se veía muy desigual y casi menos capaz, inflamado por el mismo deseo de ver lo que es, decía a Dios con quien hablaba, Muéstrame a ti mismo (Éxodo XXXIII, 13, 18): como si, por lo tanto, desesperara de aquella excelencia de la esencia muy disímil, levanta al desesperado, porque vio al temeroso: como si dijera, Porque dije, Yo soy el que soy, y, El que es, me envió; entendiste qué es ser, y desesperaste de poder comprenderlo: levanta la esperanza, Yo soy el Dios de Abraham, Isaac y Jacob; así soy lo que soy, así soy el mismo ser, así soy con el mismo ser, que no quiero faltar a los hombres. Si de alguna manera podemos buscar al Señor e investigarlo, que está, de hecho, no lejos de cada uno de nosotros: porque en él vivimos, nos movemos y somos (Hechos XVII, 27, 28): alabemos, por lo tanto, inefablemente su esencia y amemos su misericordia. Amén.

SERMONIS VIII, De las diez plagas y los diez mandamientos, FRAGMENTO.

Alias en Fragmentos 2.

1. Primero, con la firmeza de los hechos colocada en el fundamento, debemos buscar el significado; no sea que, quitado el fundamento, parezca que queremos edificar en el aire. Pero lo que primero se hizo como señal, para que la vara se convirtiera en serpiente, no pertenece a las diez plagas. Pues era la entrada misma a Faraón, por la cual Moisés era recomendado para sacar al pueblo de Dios de Egipto: aún no se golpeaba a los contumaces, sino que ya se les aterraba con una señal divina. La vara significa el reino de Dios: y el mismo reino de Dios es ciertamente el pueblo de Dios. La serpiente, sin embargo, es el tiempo de esta mortalidad; pues la muerte fue ofrecida por la serpiente. Como si, por lo tanto, cayendo de la mano del Señor a la tierra, se hicieron mortales: de donde la vara arrojada de la mano se convirtió en serpiente. También los magos de Faraón hicieron lo mismo; arrojadas sus varas, se convirtieron en serpientes: pero primero la serpiente de Moisés, es decir, la vara de Moisés devoró todas las serpientes de los magos (Éxodo VII, 10-12). Entonces, finalmente, tomada por la cola, nuevamente se hizo vara, y el reino regresó a la mano. Por lo tanto, las varas de los magos son los pueblos impíos vencidos en el nombre de Cristo; cuando son transferidos a su cuerpo, como si fueran devorados por la serpiente de Moisés: hasta que el reino de Dios regrese a la mano de Dios, pero al final del siglo mortal, lo que significa la cola de la serpiente, se haga un gran signo. Han escuchado lo que deben desear: escuchen lo que deben evitar.

CAPÍTULO PRIMERO.

2. El primer mandamiento en la Ley sobre adorar a un solo Dios, No tendrás, dice, dioses ajenos delante de mí (Éxodo XX, 3). La primera plaga de los egipcios, el agua convertida en sangre (Éxodo VII, 20). Compara el primer mandamiento con la primera plaga; el único Dios de quien son todas las cosas, en similitud entiende el agua, de la cual se generan todas las cosas. ¿A qué, sin embargo, se refiere la sangre, sino a la carne mortal? ¿Qué es, por lo tanto, la conversión del agua en sangre, sino que su necio corazón fue oscurecido? Pues diciendo ser sabios, se hicieron necios: y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible (Romanos I, 21-23). La gloria del Dios incorruptible es como el agua, la semejanza de imagen de hombre corruptible es como la sangre. Y esto ciertamente ocurre en el corazón de los impíos. Pues Dios permanece inmutable. Ni porque el Apóstol también dijo, Cambiaron, por eso Dios fue cambiado.

CAPÍTULO II.

3. El segundo mandamiento, No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano (Éxodo XX, 7). Pues quien toma el nombre del Señor su Dios en vano, no será purificado. El nombre del Señor nuestro Dios Jesucristo es la verdad: pues él mismo dijo, Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Por lo tanto, la verdad purifica, la vanidad mancha. Y puesto que quien habla la verdad, habla de Dios, pues quien habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44): hablar la verdad, es hablar racionalmente; hablar vanidad, es más bien hacer ruido que hablar: con razón, porque el segundo mandamiento es el amor a la verdad, a la cual es contraria el amor a la vanidad; sin embargo, la verdad habla, la vanidad hace ruido: vean la segunda plaga contraria a este segundo mandamiento. ¿Cuál es esa segunda plaga? La abundancia de ranas (Éxodo VIII, 6). Tienes expresada la vanidad significada, si atiendes a la locuacidad de las ranas. Veán a los amantes de la verdad, no tomando en vano el nombre del Señor su Dios, hablar sabiduría entre los perfectos (1 Corintios II, 6), incluso entre los imperfectos. No hablando ciertamente lo que no pueden captar; sin embargo, no alejándose de la verdad, y yendo a la vanidad. Pues aunque los imperfectos no captan si algo ha sido discutido un poco más elevado sobre el Verbo de Dios Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas (Juan I, 1-3), y pueden captar lo que Pablo habla entre ellos como entre niños en Cristo, a Jesús Cristo, y a este crucificado (1 Corintios I, 23); sin embargo, aquello no es verdad y esto vanidad. Pero sería vanidad, si dijéramos que Cristo no cumplió la muerte, sino que la fingió; si dijéramos que aquellas heridas fueron en un fantasma, si dijéramos que la sangre no fue verdadera, sino simulada emanando de las heridas; si dijéramos que mostró cicatrices falsas, como después de heridas falsas. Pero cuando decimos que todas estas cosas son verdaderas, decimos hechos, ciertos, expresos, creemos y predicamos cumplidos; aunque no hablemos de aquella verdad sublime e inmutable, no obstante no vamos a la vanidad. Pero aquellos que contradicen esta verdad, y en su vanidad engañados engañan, son ranas que imponen tedio a los oídos, no alimento a las mentes. Escuchen, por lo tanto, a hombres que hablan racionalmente: No hay lenguas ni palabras, cuyas voces no se oigan: pero voces no vanas; porque su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Salmo XVIII, 4-5). Si también quieres entender las ranas en sentido contrario, recuerda aquel verso del Salmo: Hablaron vanidad cada uno a su prójimo (Salmo XI, 3).

CAPÍTULO III.

4. El tercer mandamiento, Recuerda el día de reposo para santificarlo (Éxodo XX, 8). En este tercer mandamiento se insinúa una cierta indicación de descanso, que es la tranquilidad del

corazón y de la mente, que hace una buena conciencia. Allí está la santificación, porque allí está el Espíritu de Dios. Por lo tanto, vean el descanso, es decir, la quietud. ¿Sobre quién, dice, reposará mi Espíritu? Sobre el humilde y tranquilo y que tiembla ante mis palabras (Isaías LXVI, 2). Por lo tanto, los inquietos se apartan del Espíritu Santo, amantes de las disputas; sembradores de calumnias, más deseosos de contención que de verdad, con su inquietud no admiten la quietud del sábado espiritual. Contra la inquietud de estos se dice, como para que tengan sábado en el corazón la santificación del Espíritu de Dios: Sé, dice, manso para escuchar la palabra, para que entiendas (Eclesiástico V, 13). ¿Qué entenderé? A Dios diciendo, Cesa de tu inquietud, no haya un tumulto en tu corazón, por la corrupción de fantasmas volando y punzándote: no haya. Así entenderás a Dios diciéndote, Descansad, y ved que yo soy Dios (Salmo XLV, 11). Tú, por tu inquietud, no quieres descansar, cegado por la corrupción de tus contenciones, exiges ver lo que no puedes. Atiende, por lo tanto, y la tercera plaga contraria a este tercer mandamiento. Nacieron mosquitos en la tierra de Egipto del lodo (Éxodo VIII, 17): son ciertas moscas pequeñísimas, inquietísimas, volando desordenadamente, irrumpiendo en los ojos, no permitiendo al hombre descansar, mientras son ahuyentadas y vuelven a irrumpir, mientras son alejadas regresan; como en verdad los vanos fantasmas del corazón de los contenciosos. Mantengan el mandamiento, eviten la plaga.

CAPÍTULO IV.

5. El cuarto mandamiento es: Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX, 12). La cuarta plaga de Egipto, que se le opone, es la de las moscas (Éxodo VIII, 24). ¿Qué es la mosca canina? Es un término griego. Es canino no reconocer a los padres. Nada es tan canino como no reconocer a quienes te engendraron. Con razón, los cachorros de los perros nacen ciegos.

CAPÍTULO V.

6. El quinto mandamiento es: No cometerás adulterio (Éxodo XX, 14). La quinta plaga es la muerte del ganado de los egipcios (Éxodo IX, 6). Comparemos: imagina a un hombre que medita en adular, no contento con su matrimonio: no quiere dominar un apetito de la carne que compartimos con los animales. Pues el acto de procrear es común a los animales; razonar e inteligir es humano. Por eso, la razón que preside en la mente debe frenar los impulsos inferiores de la carne, como un rey y señor, no soltarlos desmedidamente e ilícitamente. Por eso, incluso a los animales se les ha dado por naturaleza, por disposición del Creador, que no se muevan hacia las hembras y el apareamiento, salvo en tiempos determinados: pues el animal no se contiene por razón en otro tiempo, sino que se enfría y se adormece. El hombre, sin embargo, puede moverse siempre, porque también puede refrenar su movimiento. El Creador te dio el dominio de la razón; te concedió los preceptos de la continencia, como riendas sobre las bestias inferiores. Tienes lo que el animal no puede; y por eso esperas lo que el animal no puede. Trabajas un poco en contenerte, el animal no trabaja: pero te alegrarás siempre en la eternidad a la que el animal no llega. Si el trabajo fatiga, que el premio consuele: pues también es paciencia frenar el movimiento interior, y no soltar lo que tienes en común con el animal como si fueras un animal. Pero si te desprecias a ti mismo, y descuidas en ti la imagen de Dios en la que te hizo, vencido por el deseo de cosas insinuadas, serás como un animal, no como si te convirtieras en la naturaleza del animal, sino teniendo la forma de hombre con la semejanza de un animal, que no escucha al que dice: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo XXXI, 9). Pero tal vez eliges ser un

animal, y vagar libremente en la lujuria, sin refrenar el apetito de la carne con ninguna ley hacia la continencia. Atiende a la plaga: si no temes ser un animal, al menos teme morir.

CAPÍTULO VI.

7. El sexto mandamiento es: No matarás (Éxodo XX, 13). La sexta plaga son las úlceras en el cuerpo y las ampollas que brotan, y las quemaduras de las heridas por el polvo del horno (Éxodo IX, 10). Así son las almas homicidas; arden de ira, porque por la ira se pierde la fraternidad del homicidio. Los hombres arden de ira, y arden también de gracia: pero uno es el fervor de la salud, otro el fervor de la úlcera. Las ampollas ardientes brotan de los homicidios concebidos, y no hay salud: hierve, pero no del Espíritu de Dios. Pues también el que quiere socorrer, hierve; y el que quiere matar, hierve: aquel por el precepto, este por la enfermedad; aquel por las buenas obras, este por las úlceras purulentas. Si pudiéramos ver las almas de los homicidas, lloraríamos más que por los cuerpos putrefactos de los ulcerados.

CAPÍTULO VII.

8. Sigue el séptimo mandamiento: No robarás (Éxodo XX, 15), y la séptima plaga, el granizo en los frutos (Éxodo IX, 23, 25). Lo que sustraes contra el precepto, lo pierdes desde el cielo. Nadie tiene una ganancia injusta sin una pérdida justa. Por ejemplo, quien roba, adquiere una prenda; pero por el juicio celestial pierde la fe. Donde hay ganancia, hay pérdida; visiblemente ganancia, invisiblemente pérdida: ganancia de su ceguera, pérdida de la nube del Señor. Pues nada sucede sin providencia, queridos. ¿O pensáis realmente que lo que sufren los hombres, lo sufren con Dios dormido? Estas cosas parecen suceder al azar, las nubes se reúnen, las lluvias se vierten, el granizo cae, la tierra se sacude con truenos, se aterra con relámpagos; parecen suceder al azar, y como si no pertenecieran a la providencia divina. Contra tales pensamientos vigila aquel salmo: Alabad al Señor desde la tierra (después de que se hayan dicho alabanzas desde el cielo), dragones y todos los abismos, fuego, granizo, nieve, hielo, viento tempestuoso, que hacen su palabra (Salmo CXLVIII, 7 y 8). Por tanto, los que roban por su mal deseo exterior, son granizados por el justo juicio de Dios interiormente. Oh, si pudieran inspeccionar el campo de su corazón, ciertamente llorarían, al no encontrar allí lo que poner en la boca de su mente; y aunque en su robo encontraran lo que poner en la avidez de su vientre, habría mayor hambre del hombre interior, mayor hambre, y una plaga más peligrosa, y una muerte más grave. Muchos muertos caminan, y muchos criminales se regocijan de riquezas vanas. Finalmente, la Escritura llama al siervo de Dios rico en su interior: El hombre escondido de vuestro corazón, que es rico ante Dios (I Pedro III, 4). No rico ante los hombres, sino rico ante Dios; y donde Dios ve, allí es rico. ¿De qué te sirve, entonces, si donde el hombre no ve, robas; y donde Dios ve, eres granizado?

CAPÍTULO VIII.

9. El octavo mandamiento es: No dirás falso testimonio (Éxodo XX, 16). La octava plaga es la langosta (Éxodo X, 13), un animal dañino con sus dientes. ¿Qué quiere el falso testigo sino dañar mordiendo, y consumir mintiendo? Finalmente, el Apóstol, advirtiendo a los hombres de Dios, para que no se ataquen con falsas acusaciones, dice: Si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros (Gálatas V, 15).

CAPÍTULO IX.

10. El noveno mandamiento es: No codiciarás la mujer de tu prójimo (Éxodo XX, 17). La novena plaga son las densas tinieblas (Éxodo X, 22). Pues hay un cierto adulterio, contra el cual se ha mandado arriba, incluso en no desear la castidad de la esposa ajena. Es adúltero quien no va a la esposa ajena, solo porque no está contento con la suya. Ahora bien, no solo pecar después de la suya, sino también intentar la ajena, son verdaderamente densas tinieblas. Pues nada duele tanto en el corazón del que sufre; y quien hace esto a otro, nada querrá sufrir así. Todo hombre está más dispuesto hacia lo ajeno: pero esto no sé si hay quien lo soporte tolerablemente. Oh, densas tinieblas de los que hacen esto, de los que desean tales cosas. Verdaderamente se ciegan con un furor horrible. Pues es un furor indomable pisotear la esposa de otro.

CAPÍTULO X.

11. El décimo mandamiento es: No codiciarás ninguna cosa de tu prójimo; ni su ganado, ni su posesión, ni su siervo, ni nada en absoluto de tu prójimo codiciarás (Éxodo XX, 17). A este mal se opone la décima plaga, la muerte de los primogénitos (Éxodo XII, 29). En esta plaga, cuando busco alguna comparación, nada se me ocurre por el momento: tal vez se le ocurra algo mejor a quienes indaguen más diligentemente: a menos que se reprenda a quien guarda todas las cosas que tiene para sus herederos. Aquí, sin embargo, clama quien codicia la cosa de su prójimo, y quien roba algo de su prójimo, no puede sino robar la cosa de su prójimo. Pero sobre el robo ya se ha dado el precepto arriba; donde entiendes también el saqueo. Pues la Escritura no daría precepto sobre el robo y callaría sobre el saqueo, si no quisiera que entendieras que si es punible quitar en secreto, mucho mayor pena es arrebatarse violentamente. Quitar, pues, a quien no quiere, ya sea ocultamente o abiertamente, tiene su precepto. Pero codiciar la cosa de tu prójimo, que Dios nota en el corazón, aunque busques allí una sucesión justa, no es lícito. Finalmente, quienes desean poseer las cosas ajenas como si fuera justo, buscan hacerse herederos de los moribundos. Pues ¿qué parece más justo que poseer lo que se te ha dejado, tenerlo por derecho común? ¿Qué hace el hombre ante ti? Me ha sido dejado: lo he conseguido por herencia; leo el testamento. Nada parece más justo que esta voz de avaricia. Tú alabas como si poseyera por derecho: Dios condena al que codicia injustamente. Mira cómo eres, que desees que alguien te haga heredero. No quieres que tenga herederos. Pero en los herederos nada es más querido que el primogénito. Por tanto, serás castigado en tus primogénitos, tú que codiciando las cosas ajenas, buscas lo que no te correspondía por derecho, como si fuera una sombra de derecho. Y es fácil, hermanos, perder corporalmente a los primogénitos. Pues los hombres mueren, ya sea antes de sus padres, ya sea después de sus padres, mueren para morir: lo molesto es no perder por esta codicia oculta e injusta los primogénitos de tu corazón. Pues el primogénito en nosotros tiene la imagen de la gracia de Dios, nuevo nacido, primer nacido, entre todos como nacidos de nuestro corazón, la fe es el primogénito. Pues nadie obra bien, si no precede la fe. Todas tus buenas obras son tus hijos espirituales, pero entre ellos, para ti, el primogénito es la fe. Cualquiera que codicia ocultamente la cosa ajena, interiormente pierde la fe. Pues serás primero sin duda un simulador, obsequioso no por caridad, sino por fraude; como si amaras a aquel de quien desees hacerte heredero, amándolo buscas que muera, y para verte poseedor de su cosa, le envidias el sucesor.

CAPÍTULO XI.

12. Vamos, hermanos, habiendo recorrido los diez mandamientos y las diez plagas, comparando a los despreciadores de los mandamientos con la contumacia de los egipcios, os hemos hecho cautos, para que tengáis seguras vuestras cosas en los mandamientos de Dios;

vuestras cosas, digo, vuestras cosas del arca interior, de vuestro tesoro interior; vuestras cosas, que ni ladrón, ni salteador, ni vecino poderoso puede quitaros; donde ni polilla, ni herrumbre son de temer: con las que el rico sale incluso naufragando. Así seréis el pueblo de Dios entre los inicuos egipcios, sufriendo ellos estas cosas en el corazón, pero vosotros indemnes en vuestros hombres interiores, hasta que el pueblo sea sacado de Egipto en su propio éxodo; lo cual sucede: pues aquello sucedió una vez, esto no cesa de suceder.

13. Ninguna santificación es divina y verdadera, si no es por el Espíritu Santo. Pues no en vano se le llama propiamente Espíritu Santo; aunque el Padre es santo y el Hijo es santo, sin embargo, este nombre propio lo recibió el Espíritu, para que la tercera persona en la Trinidad se llamara Espíritu Santo. Él reposa sobre el humilde y tranquilo (Isaías LXVI, 2), como en su sábado. A esto también se le atribuye el número siete al Espíritu Santo, lo cual nuestras Escrituras indican suficientemente. Que los mejores vean cosas mejores, y los mayores cosas mayores; y que digan y expliquen algo más sutil y divino sobre este número siete: yo, sin embargo, lo que en el presente es suficiente, veo aquello, os recuerdo para que veáis, que esta razón septenaria se encuentra propiamente atribuida al Espíritu Santo; porque el séptimo día suena la santificación. ¿Y de dónde probamos que la razón septenaria del número se atribuye al Espíritu Santo? Isaías dice que el Espíritu de Dios viene sobre el fiel, sobre el cristiano, sobre el miembro de Cristo, el Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, el Espíritu de temor de Dios (Isaías XI, 2, 3). Si habéis seguido, he recorrido siete cosas, como descendiendo a nosotros el Espíritu de Dios desde la sabiduría hasta el temor, para que ascendamos desde el temor a la sabiduría: El principio de la sabiduría es el temor de Dios (Proverbios I, 7). Así, pues, el Espíritu septenario y un solo Espíritu, en operación septenaria uno. ¿Queréis algo más evidente? La Escritura santa conmemora el día festivo de Pentecostés hecho de semanas. Lo tenéis en la escritura de Tobías, donde se dice evidentemente que este día se hizo de semanas (Tobías II, 1, según los LXX). Pues siete veces siete, suman cuarenta y nueve. Pero como para volver a la cabeza: pues por el Espíritu Santo somos reunidos en unidad, no dispersados de la unidad: por eso a los cuarenta y nueve se añade uno de unidad, y se hacen cincuenta. No sin razón, pues, el Espíritu Santo vino el día cincuenta después de la ascensión del Señor. Resucitó el Señor, ascendió de los infiernos, aún no al cielo: desde aquella resurrección, desde aquella ascensión de los infiernos se cuentan cincuenta días, y vino el Espíritu Santo, en el número cincuenta como haciendo su natalicio entre nosotros. Pues el Señor conversó aquí cuarenta días con sus discípulos, el día cuarenta ascendió al cielo, y cumplidos allí diez días, como signo de los diez mandamientos, vino el Espíritu Santo; porque nadie cumple la ley sino por la gracia del Espíritu Santo. Así que, hermanos, es manifiesto que este número septenario pertenece al Espíritu Santo. Pero quien no se adhiere a la unidad de Cristo, y ladra contra la unidad de Cristo, se entiende que no tiene el Espíritu Santo. Pues las contenciones y disensiones no las hacen sino los animales, de los cuales el Apóstol dice: Pero el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios (I Corintios II, 14). Luego está escrito también en la Epístola del apóstol Judas: Estos son los que se separan a sí mismos: hablaba reprendiéndolos: Estos son los que se separan a sí mismos, animales, no teniendo el Espíritu (Judas I, 19). ¿Qué más manifiesto? ¿Qué más evidente? Con razón vengan, aunque creyendo lo mismo que nosotros, sin embargo, a recibir el Espíritu Santo, que no pueden tener mientras son enemigos de la unidad. A estos los compara el Apóstol más bien con los magos de Faraón (Teniendo, dice, apariencia de piedad, pero negando su poder) (II Timoteo III, 5), que fallaron en el tercer signo.

14. Ya veis por qué fallaron en el tercer signo. Recordad que los que se oponen a la unidad no tienen el Espíritu Santo. Pero aquellos tres primeros mandamientos en el Decálogo se entienden que pertenecen al amor de Dios, para que los otros siete se entiendan que

pertenecen al amor al prójimo; para que en las dos tablas de la Ley y los diez mandamientos, se mantengan aquellos dos como mandamientos sumarios: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza; y amarás a tu prójimo como a ti mismo: de estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40).

Refiramos, pues, los tres primeros mandamientos al amor de Dios. ¿Cuáles tres primeros? El primero, No tendrás dioses ajenos delante de mí: a lo cual se opone la plaga del agua convertida en sangre, por lo que el supremo principio del Creador se llevó a la simulación de la carne humana. El segundo mandamiento, No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano, se refiere, según creo, al reino de Dios, que es el Hijo de Dios. Pues un solo Dios y un solo Señor nuestro Jesucristo por quien son todas las cosas. Contra la palabra, las ranas: ved contra la palabra las ranas, contra la razón el ruido, contra la verdad la vanidad. El tercer mandamiento sobre el sábado, que pertenece al Espíritu Santo por la santificación, que os hemos recomendado vehementemente, tanto como hemos podido. A este mandamiento se opone la inquietud en las moscas nacidas de la corrupción, que irrumpen en los ojos. Por eso en este tercer signo fallaron, quienes enemigos de la unidad no tuvieron el Espíritu Santo: pues esto hace el Espíritu Santo como castigo. Pues una cosa hace la gracia, otra el castigo; una cosa hace llenando, otra abandonando. Finalmente, para que ya evidentemente los magos de Faraón lo confiesen, veamos cómo se llama en el Evangelio al Espíritu de Dios, veamos qué nombre recibió. Objecionando a nuestro Señor los judíos, cuando dijeron: Este no echa fuera demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios; respondió él: Si yo echo fuera demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios (Mateo XII, 24, 28): lo que otro evangelista narra así: Si yo echo fuera demonios por el dedo de Dios (Lucas XI, 20). Lo que un evangelista dijo, Espíritu de Dios; otro dijo, dedo de Dios. Por tanto, el dedo de Dios, el Espíritu de Dios. Por eso la Ley fue dada escrita con el dedo de Dios, la cual Ley fue dada en el monte Sinaí el quincuagésimo día después de la celebración de la Pascua por la muerte del cordero por el pueblo de los judíos. Se cumplen cincuenta días después de la muerte del cordero, y se da la Ley escrita con el dedo de Dios: se cumplen cincuenta días después de la muerte de Cristo, y viene el Espíritu Santo. Gracias al Señor, ocultando providencialmente, revelando suavemente. Ya ved esto también, hermanos, que los magos de Faraón lo confiesan evidéntísimamente. Fallando en el tercer signo dijeron: Este es el dedo de Dios, etc. (Éxodo VIII, 19).

SERMO IX. De las diez Cuerdas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Nuestro Señor y Dios, misericordioso y compasivo, paciente y muy misericordioso, y veraz; así como otorga largamente misericordia en el presente siglo, así amenaza severamente con el juicio en el siglo futuro. Las palabras que he dicho están escritas, y contenidas en las divinas autoridades, porque, Misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y muy misericordioso, y veraz (Salmo CI, 8, y CXLIV, 8). Mucho deleita a todos los pecadores y amantes de este siglo, porque misericordioso y compasivo es el Señor, porque paciente y muy misericordioso. Pero si amas tantas cosas suaves, teme allí también lo último que dice, Y veraz. Pues si no dijera nada más, sino, Misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y muy misericordioso; como si ya te volvieras a la seguridad e impunidad, y a la licencia de los pecados; harías lo que quisieras, usarías del siglo, ya sea cuanto se te permitiera, ya sea cuanto tu deseo ordenara: y si alguien te amonestara bien, te reprendiera y aterrara, para que te contuvieras de un flujo desmedido yendo tras tus concupiscencias, y abandonando a tu Dios; en medio de las voces del que te reprende, te opondrías, con rostro impudente, como si hubieras oído la autoridad divina, y leerías del libro del Señor: ¿Por qué me asustas sobre

nuestro Dios? Él es misericordioso, y compasivo y muy misericordioso. Para que los hombres no dijeran tales cosas, añadió una palabra al final, que dice, Y veraz; y sacudió la alegría de los que presumen mal, e introdujo el temor de los que duelen. Alegrémonos por la misericordia del Señor; pero temamos por el juicio del Señor. Perdona, mientras calla. Calla, pero no callará siempre (Isaías XLII, 14). Escucha mientras no calla en la palabra, para que no te falte escuchar cuando no callará en el juicio.

CAPÍTULO II.

2. Ahora tienes la oportunidad de preparar tu defensa. Antes del juicio final de tu Dios, prepara tu causa. No hay lugar para la presunción; cuando Él venga, no podrás presentar testigos falsos que lo engañen, ni contratarás un abogado con artimañas fraudulentas y elocuentes, ni podrás sobornar al juez de ninguna manera. ¿Qué harás entonces ante un juez al que no podrás engañar ni corromper? Sin embargo, hay algo que puedes hacer. Entonces, el mismo que será el juez de tu causa es ahora el testigo de tu vida. Hemos clamado y alabado: preparemos nuestra causa. El que es testigo de nuestras obras es también testigo de estas palabras: que no sean vanas, sino que se conviertan en lamento. Es tiempo de reconciliarse rápidamente con tu adversario. Dios es tan paciente al ver las iniquidades y no castigarlas, que el juicio será pronto. Lo que parece largo en la vida humana es breve para Dios. Pero, ¿qué consuela al mundo y a la humanidad cuando lo que parece lejano es en realidad cercano? ¿Acaso el último día de toda la humanidad está lejos, pero el último día de cada uno de nosotros está lejos? Digo esto: desde Adán han pasado muchos años, muchos años han transcurrido, y seguirán fluyendo; no tantos, pero los años pasarán hasta el fin del mundo, como han pasado antes: lo que queda parece largo (aunque no será tanto como lo que ha pasado), y sin embargo, del tiempo pasado se debe esperar el fin del tiempo restante. Hubo un día que se llamaba hoy, desde entonces hasta este hoy; ¿no se ha convertido en pasado todo lo que iba a ser futuro? Así será todo lo que queda al final. Pero aunque sea largo, aunque sea extenso, tanto como pienses, tanto como digas, tanto como imagines, tanto como no lo forma la Escritura; pero la imaginación lo alarga cuanto quieras el día del juicio; ¿acaso alargarás el último día de tu vida, el día en que saldrás de este cuerpo? Que tengas una vejez segura, si es posible: ¿pero a quién le es posible? ¿No es cierto que desde que el hombre comienza a vivir, ya puede morir? La posibilidad de la muerte comienza con la vida. En esta tierra y en la humanidad, solo aquel que aún no ha comenzado a vivir no puede morir. Por lo tanto, el día incierto debe esperarse como si fuera diario. Y si el día incierto debe esperarse como diario, reconcílate con tu adversario mientras estás con él en el camino. Esta vida se llama camino, por el cual todos pasan; y este adversario no se aparta.

CAPÍTULO III.

3. ¿Quién es este adversario? Este adversario no es el diablo: pues la Escritura nunca te exhortaría a reconciliarte con el diablo. Hay otro adversario que el hombre se hace a sí mismo: pues si él fuera el adversario, no estaría contigo en el camino. Pero este está contigo en el camino, para que te reconcilies con él. Sabe que si no te reconcilias con él en el camino, te entregará al juez, el juez al oficial, y el oficial a la cárcel (Mateo 5, 25). Estas palabras son evangélicas, las recuerdan con nosotros, ya sea quienes las han leído o quienes las han escuchado. Entonces, ¿quién es el adversario? La Palabra de Dios. La Palabra de Dios es tu adversario. ¿Por qué es adversario? Porque ordena lo contrario de lo que haces. Te dice, "Tu Dios es uno; adora a un solo Dios". Tú, dejando a un lado al único Dios como legítimo esposo del alma, deseas fornicar con muchos demonios: y lo que es más grave, no como

quien abiertamente abandona y repudia, como hacen los apóstatas; sino que, permaneciendo en la casa de tu esposo, admites a los adúlteros: es decir, como cristiano no abandonas la Iglesia, consultas a astrólogos, o arúspices, o augures, o hechiceros; como un alma adúltera que no se aparta de la casa de su esposo, permaneciendo en su matrimonio, fornicia. Se te dice, "No tomarás el nombre de tu Dios en vano". No pienses que Cristo es una criatura, porque asumió la creación por ti: y tú desprecias a aquel que es igual al Padre y uno con el Padre. Se te dice que observes espiritualmente el sábado: no como los judíos que observan el sábado con ocio carnal; quieren descansar para sus vanidades y lujurias. Sería mejor que un judío hiciera algo útil en su campo, que ser sedicioso en el teatro: y sería mejor que sus mujeres hicieran lana en el día de sábado, que bailar impudicamente todo el día en sus balcones. Pero a ti se te dice que observes espiritualmente el sábado, en la esperanza del descanso futuro que el Señor te promete. Porque quien actúa por ese descanso futuro, aunque lo que hace parezca laborioso; sin embargo, si lo refiere a la fe del descanso prometido, aún no tiene el sábado en realidad, pero lo tiene en esperanza. Pero tú quieres descansar para trabajar; cuando deberías trabajar para descansar. Se te dice, "Honra a tu padre y a tu madre". Pero tú insultas a tus padres, lo que no quieres que tus hijos te hagan. Se te dice, "No matarás". Pero tú quieres matar a tu enemigo: y tal vez no lo haces porque temes al juez humano, no porque pienses en Dios. ¿Ignoras que Él es testigo de tus pensamientos? Mientras vive aquel a quien deseas que muera, te considera homicida en tu corazón. Se te dice, "No cometerás adulterio" (Éxodo 20, 1-14): es decir, no irás a ninguna otra mujer que no sea tu esposa. Pero tú exiges esto de tu esposa, y no quieres devolverlo: y cuando deberías superar a tu esposa en virtud, ya que la castidad es una virtud; tú caes bajo un solo impulso de lujuria, y quieres que tu esposa sea victoriosa, mientras tú yaces vencido: y siendo tú la cabeza de tu esposa, ella te precede ante Dios, de quien eres cabeza. ¿Quieres que tu casa cuelgue cabeza abajo? Porque la cabeza de la mujer es el hombre: pero donde la mujer vive mejor que el hombre, la casa cuelga cabeza abajo. Si el hombre es la cabeza, debe vivir mejor y preceder en todas las buenas obras a su esposa; para que ella imite al hombre y siga a su cabeza. Así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, y se le ordena a la Iglesia que siga a su cabeza, y que camine por las huellas de su cabeza: así cada casa tiene al hombre como cabeza, y a la mujer como cuerpo (Efesios 5, 23). A donde la cabeza conduce, allí debe seguir el cuerpo. ¿Por qué entonces quiere la cabeza ir a donde no quiere que el cuerpo siga? ¿Por qué quiere ir el hombre a donde no quiere que la esposa siga? Al ordenar esto, la Palabra de Dios es adversaria. Porque los hombres no quieren hacer lo que la Palabra de Dios quiere. ¿Y qué diré, que la Palabra de Dios es adversaria porque ordena? Temo que yo mismo sea adversario para algunos, porque hablo de estas cosas. ¿Qué me importa? Que me haga fuerte quien me asusta para que hable, para que no tema las quejas de los hombres. Porque quienes no quieren guardar la castidad con sus esposas (y abundan tales), no quieren que diga estas cosas. Pero quieran o no, las diré. Porque si no los exhorto a reconciliarse con el adversario, yo permaneceré en litigio con él. Quien les ordena que hagan, nos ordena a nosotros que hablemos. Si no haciendo lo que les ordena que hagan, son sus adversarios; no diciendo lo que nos ordena que digamos, permaneceremos como sus adversarios.

CAPÍTULO IV.

4. ¿Acaso me he detenido mucho en las otras cosas que mencioné antes? Porque presumimos de vuestra Caridad, que adoráis a un solo Dios. Presumimos de la fe católica que está en vosotros, que creéis que el Hijo de Dios es igual al Padre: y no tomáis en vano el nombre del Señor vuestro Dios, pensando que el Hijo de Dios es una criatura. Porque toda criatura está sujeta a la vanidad (Romanos 8, 20). Pero creéis que es igual al Padre, Dios de Dios, Verbo con Dios, Verbo Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, luz de luz, coeterno con quien

lo engendró, uno con quien lo engendró; y creéis que este Verbo asumió la creación, de la virgen María asumió la mortalidad, y sufrió por nosotros: leemos y creemos estas cosas para ser salvados. Tampoco me he detenido en que todo lo que hacéis, lo hagáis por la esperanza futura. Porque conozco las mentes de todos los cristianos que piensan en el mundo futuro. Porque quien no piensa en el mundo futuro, y no es cristiano para recibir lo que Dios promete al final, aún no es cristiano. Ni me he detenido en donde la Palabra de Dios dice, "Honra a tu padre y a tu madre". Porque muchos honran a sus padres, y rara vez encontramos padres que se quejen de la maldad de sus hijos; aunque no faltan: pero como es raro, fue breve la exhortación. Ni quise detenerme en donde se dice, "No matarás": porque no creo que haya aquí una multitud de homicidas. Pero ese mal que se extiende ampliamente ha ocupado más, y en eso se irrita más el adversario, que clama para ser algún día amigo. Las quejas son diarias, aunque las mismas mujeres ya no se atreven a quejarse de sus maridos. Así, la costumbre que invade todo se observa como ley, de modo que tal vez incluso a las mujeres se les ha persuadido de que esto es permitido a los hombres, no a las mujeres. Suelen escuchar que las mujeres son llevadas al tribunal, que tal vez fueron encontradas con sus siervos: nunca han oído que un hombre sea llevado al tribunal porque fue encontrado con su sierva; aunque el pecado es igual. En el pecado igual, parece más inocente el hombre, no por la verdad divina, sino por la perversidad humana. Y si hoy alguien ha sufrido una esposa más severa, y que murmura más libremente, a quien ya le parecía que era permitido al hombre y escuchó en la Iglesia que no es permitido al hombre: si ha sufrido a su esposa murmurando más libremente, como dije, y diciéndole, "No es permitido lo que haces; escuchamos juntos, somos cristianos, lo que me exiges, devuélvemelo: te debo fidelidad, me debes fidelidad, ambos debemos fidelidad a Cristo; y si me engañas, no engañas a aquel a quien pertenecemos, no engañas a aquel que nos compró". Al escuchar esto y cosas similares, que no está acostumbrado, mientras no quiere ser sanado en sí mismo, se vuelve loco conmigo, se enoja, maldice; tal vez incluso diga, "¿Cómo sucedió que él vino aquí, o que mi esposa fue a la iglesia ese día?" Y creo que lo dice en su pensamiento: porque no se atreve a expresarlo libremente, ni siquiera ante su esposa. Porque si lo expresa, y lo dice, ella puede responder y decir: "¿Por qué maldices a quien aclamabas hace poco? Ciertamente somos esposos: si tu lengua está en desacuerdo, ¿cómo podrás vivir en concordia conmigo?" Nosotros, hermanos, miramos vuestros peligros, no atendemos vuestras voluntades: porque si el médico atendiera la voluntad del enfermo, nunca lo curaría. Lo que no debe hacerse, no se haga: lo que Dios prohíbe, no se haga. Quien cree en Dios, escucha de Él lo que decimos. Ciertamente, sería mejor para algunos que no quieren corregirse, que no viniéramos aquí, si íbamos a decir estas cosas; o que ya que vinimos, no las dijéramos.

5. Recuerdo que anteayer dije a vuestra Santidad, que si fuéramos músicos, o algo similar que popularmente exhibiéramos para vuestros estudios de vanidad, que ya os rogamos que abandonéis, nos habríais retenido para que os diéramos un día, y cada uno según su capacidad nos daría una recompensa. ¿Por qué caminaríamos deleitados con cantos vanos que no sirven para nada, dulces por un tiempo, amargos en el futuro? Porque con tales torpezas de canciones, los ánimos humanos son seducidos, debilitados y caen de la virtud, fluyendo hacia la torpeza; y por esas torpezas después sienten dolores, y con gran amargura digieren lo que bebieron con dulzura temporal. Por lo tanto, es mejor que os cantemos cosas amargas por un tiempo, que después se endulcen en vosotros. Y no exigimos ninguna recompensa, sino que hagáis lo que decimos: o más bien, no lo hagáis si lo decimos nosotros: pero si lo dice aquel que no teme a nadie, y por quien se hace en su nombre y en la gloria de su misericordia, que tampoco temamos a nadie; todos hemos escuchado, todos hagamos, todos reconciliémonos con nuestro adversario.

6. Imaginad que soy un músico; ¿qué más puedo cantar para vosotros? Aquí traigo un salterio, tiene diez cuerdas: esto lo cantasteis poco antes de que comenzara a hablar; mi coro fuisteis vosotros.

CAPÍTULO V.

¿No cantasteis poco antes, "Dios, cantaré un cántico nuevo para ti, en el salterio de diez cuerdas te cantaré" (Salmo 143, 9)? Ahora toco esas diez cuerdas. ¿Por qué es amarga la voz del salterio de Dios? Te cantaré en el salterio de diez cuerdas. No os canto esto que no hacéis. Porque el Decálogo de la Ley tiene diez mandamientos: estos diez mandamientos están distribuidos de tal manera que tres pertenecen a Dios, y siete pertenecen a los hombres. Tres a Dios, que ya he dicho: "Tu Dios es uno, no debes hacer ninguna imagen para Él, y no fornicarás tras otros dioses, porque Dios y Cristo, el Hijo de Dios, son uno con el Padre". Y por eso no debemos tomarlo en vano, pensando que es una criatura, es decir, una creación, por quien todas las cosas fueron hechas: porque Él es un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el Espíritu Santo, es decir, en el don de Dios, se nos promete el descanso eterno. De ahí hemos recibido ahora una prenda. Así lo dice el Apóstol: "Quien nos dio el Espíritu como prenda" (2 Corintios 1, 22). Si hemos recibido una prenda, para comenzar a estar tranquilos en el Señor y en nuestro Dios, para ser mansos en nuestro Dios, para ser pacientes en nuestro Dios; también estaremos en aquel de quien hemos recibido la prenda, en descanso eterno; que será el sábado de los sábados, por ese mismo descanso que pertenece al don del Espíritu Santo. Por lo tanto, el tercer mandamiento sobre el sábado, que dijimos, que los judíos celebran carnalmente, lo reconozcamos espiritualmente. Porque el Espíritu Santo es llamado, por eso Dios santificó el séptimo día, cuando hizo todas sus obras, como leemos en el Génesis. No tienes allí mencionada la santificación, excepto en ese día donde se dice, "Dios descansó de sus obras". Porque Dios no estaba cansado, para que se dijera, "Dios descansó de sus obras" (Génesis 2, 3): pero en esa palabra te prometió descanso a ti que trabajas; para que, porque hizo todas las cosas muy buenas, y así se dice, "Dios descansó", entiendas que también tú descansarás después de las buenas obras, y descansarás sin fin. Porque todos los días anteriores que se mencionan, es decir, los días anteriores tienen tarde: este séptimo día no tiene tarde, donde Dios santificó el descanso. Se dice allí, "Fue la mañana", para que comenzara ese día. No se dice, "Fue la tarde", para que terminara el día: sino que se dice, "Fue la mañana", para que fuera un día sin fin. Así comienza nuestro descanso, como la mañana: pero no termina, porque viviremos eternamente. Si hacemos todo por esta esperanza, observamos el sábado. Esta es la tercera cuerda de este decálogo, es decir, del salterio de diez cuerdas: porque en tres cuerdas están los mandamientos que pertenecen a Dios.

CAPÍTULO VI.

7. Si se nos dijera, "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente", y no se dijera nada sobre nuestro prójimo, no sería un decacordio, sino un tricordio. Pero como el Señor añadió, "Y amarás a tu prójimo como a ti mismo"; y lo conectó diciendo, "De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas" (Mateo 22, 37-40): toda la Ley está en dos mandamientos, en el amor a Dios y al prójimo; por lo tanto, el decálogo se refiere a dos mandamientos, es decir, al amor a Dios y al prójimo. Al primer mandamiento pertenecen tres cuerdas, porque Dios es Trinidad. Al segundo mandamiento, es decir, al amor al prójimo, pertenecen siete cuerdas: cómo vivir entre los hombres. Porque el mismo número septenario, como de siete cuerdas, comienza con el honor a los padres: "Honra a tu padre y a tu madre" (Éxodo 20, 12). Porque el hombre abre los ojos a sus padres,

y esta vida comienza con su amistad. Quien no honra a sus padres, ¿a quién podrá obedecer? Honra a tu padre y a tu madre. Y el Apóstol dice: "Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento" (Efesios 6, 2). ¿Cómo es el primero, cuando es el cuarto mandamiento, sino porque en el número septenario es el primero? En la otra tabla es el primero en el amor al prójimo. Porque por eso se dieron dos tablas de la Ley. Dios dio a su siervo Moisés en el monte dos tablas, en las cuales estaban escritos los diez mandamientos de la Ley (Éxodo 31, 18) (que es el salterio de diez cuerdas); tres en una tabla pertenecientes a Dios, siete en la otra tabla pertenecientes al prójimo. En la otra tabla, el primero es, "Honra a tu padre y a tu madre". El segundo, "No cometerás adulterio". El tercero, "No matarás". El cuarto, "No robarás". El quinto, "No darás falso testimonio". El sexto, "No codiciarás la esposa de tu prójimo". El séptimo, "No codiciarás los bienes de tu prójimo". Unamos estos a los tres que pertenecen al amor a Dios (Éxodo 20, 1-17), si queremos cantar el cántico nuevo en el salterio de diez cuerdas.

CAPÍTULO VII.

8. Preste atención, pues, vuestra Caridad, para que diga lo que el Señor sugiere. El pueblo de los judíos recibió esta Ley en el decálogo: no la observó. Y cualquiera que obedecía, lo hacía por temor al castigo, no por amor a la justicia: llevaban el salterio, pero no cantaban. Para el que canta hay placer, para el que teme hay carga. Por eso el hombre viejo o no hace, o hace por temor; no por amor a la santidad, no por deleite en la castidad, la templanza, la caridad, sino por temor. Es, pues, hombre viejo; y el hombre viejo puede cantar un cántico viejo, no uno nuevo. Pero para que cante un cántico nuevo, debe ser un hombre nuevo. Y cómo puede ser un hombre nuevo, escucha, no a mí, sino al Apóstol diciendo: Despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo. Y para que nadie pensara, cuando dijo: Despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo; que algo debía ser dejado y algo tomado, cuando mandaba cambiar al hombre, añadió y dijo: Por lo tanto, desechando la mentira, hablad la verdad (Efesios IV, 22-25). Esto es lo que dijo: Despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo: esto dijo, Cambiad de costumbres. Amabais el mundo, amad a Dios: amabais las cosas vanas de la iniquidad, los placeres temporales; amad al prójimo. Si lo hacéis por amor, cantáis un cántico nuevo: si lo hacéis por temor, lo hacéis de todos modos; lleváis el salterio, pero aún no cantáis: pero si ni siquiera hacéis esto, arrojáis el salterio mismo. Es mejor al menos llevarlo, que arrojarlo: pero nuevamente, es mejor cantar con placer, que llevar con carga. Y no se llega al cántico nuevo, sino ya cantando con placer. Porque quien lleva con temor, aún está en la vejez. Y qué es lo que digo, hermanos, prestad atención. No ha concordado con su adversario, quien aún hace con temor: teme que venga Dios y lo condene. Pues aún no le deleita la castidad, aún no le deleita la justicia; pero temiendo el juicio de Dios, se abstiene de los hechos: no condenando la concupiscencia misma, que arde en él. Aún no le deleita lo que es bueno: aún no tiene allí suavidad, para cantar un cántico nuevo; sino que teme las penas de la vejez: aún no ha concordado con su adversario.

CAPÍTULO VIII.

9. Tales hombres, a menudo son engañados por tal pensamiento, que se dicen a sí mismos: Si fuera posible, Dios no nos amenazaría, no diría tales cosas a través de sus Profetas, que aterrorizaran a los hombres; sino que antes de venir, daría indulgencia a todos, perdonaría a todos, y luego vendría, sin enviar a nadie al infierno. Ya que es injusto, quiere un Dios injusto. Dios quiere hacerte semejante a Él, y tú intentas hacer a Dios semejante a ti. Te complazca, pues, Dios tal como es, no como quieres que sea. Porque eres perverso, y quieres

a Dios tal como eres, no como es. Pero si te complace como es, serás corregido, y dirigirás tu corazón hacia esa regla, de la cual ahora estás alienado y distorsionado. Te complazca Dios tal como es, ámalo tal como es: Él no te ama tal como eres, sino que te odia tal como eres. Por eso se compeadece de ti, porque te odia tal como eres, para hacerte tal como aún no eres. Dije que te haga tal como aún no eres. Pues no te promete que te hará tal como es. Porque serás como Él es, pero de cierta manera; es decir, imitador de Dios como imagen, pero no como es la imagen del Hijo. Pues también las imágenes en los hombres son diversas. El hijo del hombre tiene la imagen de su padre, y es lo que su padre es, porque es hombre como su padre. Pero en el espejo, tu imagen no es lo que tú eres. Pues de otra manera es tu imagen en el hijo, de otra manera en el espejo: en el hijo es tu imagen según la igualdad de sustancia; en el espejo, cuanto más lejos está de la sustancia, y sin embargo es una cierta imagen tuya, aunque no tal como en tu hijo según la sustancia. Así en la criatura, no es la imagen de Dios lo que es en el Hijo, que es lo que el Padre, es decir, el Verbo de Dios por el cual fueron hechas todas las cosas. Recibe, pues, la semejanza de Dios, que perdiste por malas acciones. Pues así como en la moneda la imagen del emperador es de una manera, de otra en el hijo: pues imagen e imagen es; pero de una manera está impresa en la moneda, de otra en el hijo, de otra en el sólido de oro la imagen del emperador: así también tú eres moneda de Dios, mejor en esto, porque con entendimiento y con cierta vida eres moneda de Dios, para que sepas también de quién llevas la imagen, y a cuya imagen fuiste hecho: pues la moneda no sabe que tiene la imagen del emperador. Por tanto, como comencé a decir, Dios te odia tal como eres, pero te ama tal como quiere que seas: y por eso te exhorta a que cambies. Concuerta con Él, y comienza primero a querer bien, y a odiarte tal como eres: esto sea para ti el inicio de la concordia con la palabra de Dios, para que comiences primero a odiarte tal como eres. Cuando comiences también tú a odiarte tal como eres, como Dios te odia tal como eres, ya comienzas a amar a Dios tal como es.

10. Considera al enfermo. El enfermo se odia a sí mismo tal como está enfermo: de ahí comienza a concordar con el médico. Porque también el médico lo odia tal como está: pues por eso quiere que esté sano, porque lo odia febril: y el médico es perseguidor de la fiebre, para ser liberador del hombre. Así la avaricia, así la lujuria, así el odio, la concupiscencia, la lujuria, así la frivolidad de los espectáculos, son fiebres de tu alma, debes odiarlas con el médico: así concuerdas con el médico, te esfuerzas con el médico, y escuchas con gusto lo que ordena el médico, haces con gusto lo que ordena el médico, y con la salud ya progresando, comienzan también a deleitar los preceptos. Cuán onerosa es la comida para los enfermos cuando se recuperan: y consideran peor la hora de su recuperación que la de su acceso; y sin embargo se obligan a sí mismos concordando con el médico, y aunque de mala gana y luchando, se vencen a sí mismos para tomar algo. ¡Con cuánta avidez los sanos percibirán cosas mayores, de las cuales los enfermos apenas toman las menores! Pero ¿de dónde ha sucedido esto? Porque odiaban su fiebre, y concordaron con el médico, y juntos perseguían la fiebre el médico y el enfermo. Por tanto, cuando decimos tales cosas, no odiamos sino vuestras fiebres: más bien en nosotros la misma palabra de Dios odia vuestras fiebres, con la cual debéis concordar. Pues ¿qué somos nosotros, sino para ser liberados con vosotros, sanados con vosotros?

CAPÍTULO IX.

11. Ahora no me miréis a mí, sino a la palabra de Dios. No os enojéis con vuestro medicamento; pues no encontré otro por el cual pasar. Llegué a la quinta cuerda, hombre que toco el salterio de diez cuerdas; ¿acaso iba a omitir la quinta? Más bien la golpearé continuamente. Pues en ella veo yacer casi todo el género humano, en ella veo trabajar más.

¿Qué digo al golpearla? No cometáis adulterio tras vuestras esposas, porque no queréis que cometan adulterio tras vosotros vuestras esposas. No vayáis vosotros, donde no queréis que ellas os sigan. En vano intentáis excusaros, cuando decís: ¿Acaso voy a la esposa ajena? Voy a mi sierva. ¿Quieres que tu esposa te diga: ¿Acaso voy al hombre ajeno? Voy a mi siervo. Dices: No es esposa ajena a la que voy. ¿Acaso quieres que te digan: No es hombre ajeno al que voy? Dios no lo quiera que ella diga esto. Pues mejor te duele a ti, que te imita a ti. Pues ella es una mujer casta y santa y verdaderamente cristiana, que se duele del marido fornicador, y no se duele por la carne, sino se duele por la caridad; no porque no quiere que lo hagas, porque ella tampoco lo hace, sino porque no te conviene. Pues si por eso no lo hace, para que tú no lo hagas; si lo haces, lo hará. Pero si debe eso a Dios, si debe eso a Cristo lo que tú exiges, y por eso lo devuelve, porque Él lo ordena; y si el marido fornicar, esa mujer ofrece su castidad a Dios. Pues Cristo habla en los corazones de las buenas mujeres, habla dentro donde no escucha el marido, porque no es digno, si es tal: por tanto, Él habla interiormente, y dice, y consuela a su hija con palabras como estas: Te atormentas por las injurias de tu marido, ¿qué te ha hecho? Duele; pero no lo imites a él, para que hagas mal, sino que él te imite a ti en el bien. Pues en lo que hace mal, no lo consideres tu cabeza, sino a mí tu Dios. Pues si también en lo que hace mal es cabeza, y el cuerpo seguirá a su cabeza; ambos van por el precipicio. Pero para que no siga al mal su cabeza, manténgase al Cabeza de la Iglesia, Cristo: debiéndole a Él su castidad, rindiéndole a Él su honor, esté ausente el marido, esté presente el marido, no peca ella; porque nunca está ausente, a quien debe no pecar.

12. Haced, pues, hermanos míos, estas cosas, para que podáis concordar con el adversario. No son amargas las cosas que digo; o si son amargas, curan. Si esta poción es amarga, que se tome: porque en peligro están las entrañas, es amarga, que se beba. Es mejor una pequeña amargura en la garganta, que un tormento eterno en las entrañas. Cambiad, pues, vosotros. Cualquiera que no hacía este bien de la castidad, ya hágalo. No digáis: No se puede hacer. Es vergonzoso, hermanos míos, es deshonroso, que un hombre diga que no se puede hacer lo que hace una mujer. Es un crimen, que un hombre diga: No puedo. ¿Lo que puede una mujer, no puede un hombre? Pues ¿acaso ella no lleva carne? Fue engañada primero por la serpiente. Vuestras esposas castas os muestran que se puede hacer lo que no queréis hacer, y decís que no se puede hacer. Pero tal vez dices, que por eso ella puede hacerlo más fácilmente, porque tiene mucha custodia, el precepto de la ley, la diligencia marital, el terror también de las leyes públicas; también es un gran baluarte de su modestia y pudor. Muchas custodias hacen a la mujer más casta, que la castidad del hombre la haga su propia virilidad. Pues por eso a la mujer mayor custodia, porque mayor es su debilidad. Ella se avergüenza del hombre, ¿tú no te avergüenzas de Cristo? Tú más libre, porque más fuerte: porque fácilmente vences, por eso te has confiado. Sobre ella, tanto la diligencia del marido, como el terror de las leyes, y la costumbre de las costumbres, y mayor vergüenza: y sobre ti, solo Dios. Pues encuentras fácilmente hombres iguales, a quienes no temes avergonzarte, porque muchos lo hacen. Y tanta es la perversidad del género humano, que a veces se debe temer que el casto se avergüence entre los impúdicos. Por eso no ceso de tocar esa quinta cuerda, por esa misma costumbre perversa y la mancha de todo, como dije, el género humano. Si alguno entre vosotros comete homicidio, que Dios lo evite, queréis expulsarlo de la patria, y de inmediato, si es posible, excluirlo. Si alguno comete robo, lo odiáis, ni queréis verlo. Si alguno da falso testimonio, lo abomináis, ni os parece hombre. Si alguno codicia las cosas ajenas, se le considera ladrón e injusto. Si alguno se revuelca con sus siervas, se le ama, se le recibe con agrado; se convierten las heridas en bromas. Pero si alguno se presenta que dice ser casto, no cometer adulterio, y se sabe que no lo hace; se avergüenza de acercarse a aquellos que no son como él, para que no se burlen, para que no se rían, para que no digan que no es hombre. A

esto ha caído la perversidad humana, que se considere hombre al vencido por la lujuria, y no se considere hombre al vencedor de la lujuria. Triunfantes exultan, y no son hombres: yacen postrados, y son hombres? Si miraras, te parecería más fuerte aquel que yaciera bajo la bestia, que aquel que matara a la bestia?

13. Pero porque disimuláis la lucha interior, y os deleitan las luchas exteriores, por eso no queréis pertenecer al cántico nuevo; donde se dice, Quien enseña mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra (Salmo CXLIII, 1). Pues hay una guerra que el hombre libra consigo mismo, luchando contra las malas concupiscencias, frenando la avaricia, aplastando la soberbia, sofocando la ambición, matando la lujuria. Estas luchas las haces en secreto, y no eres vencido en público. Para esto se enseñan tus manos para la batalla, y tus dedos para la guerra. Esto no está en tus espectáculos. En esos espectáculos no es lo mismo el cazador que el citarista; uno hace una cosa el cazador, otra el citarista: en el espectáculo de Dios es uno. Toca esas mismas diez cuerdas, y matarás fieras, haces ambas cosas a la vez. Tocas la primera cuerda, por la cual se adora a un solo Dios; cayó la bestia de la superstición. Tocas la segunda, por la cual no tomas el nombre del Señor tu Dios en vano; cayó la bestia del error de las herejías impías, que pensaron eso. Tocas la tercera cuerda, donde por la esperanza del futuro descanso haces lo que haces; se mata la más cruel de todas las bestias, el amor de este mundo. Pues por amor de este mundo los hombres trabajan en todos los negocios: tú, sin embargo, en todas tus buenas obras trabaja, no por amor de este mundo, sino por el descanso eterno que Dios promete. Mira cómo haces ambas cosas a la vez, y tocas las cuerdas, y matas bestias, es decir, eres citarista y cazador. ¿No os deleitan tales espectáculos, donde no merecemos los ojos del editor, sino los ojos del Redentor? Honra a tu padre y a tu madre: tocas la cuarta cuerda, para que honres a los padres; cayó la bestia de la impiedad. No cometerás adulterio: tocas la quinta cuerda; cayó la bestia de la lujuria. No matarás: tocas la sexta cuerda; cayó la bestia de la crueldad. No robarás: tocas la séptima cuerda; cayó la bestia de la rapacidad. No darás falso testimonio: tocas la octava cuerda; cayó la bestia de la falsedad. No codiciarás la esposa de tu prójimo: tocas la novena cuerda; cayó la bestia del pensamiento adúltero. Pues una cosa es no hacer algo así fuera de la esposa, otra no desear la esposa ajena. Por eso son dos preceptos, No cometerás adulterio, y, No codiciarás la esposa de tu prójimo. No codiciarás la cosa de tu prójimo: tocas la décima cuerda; cayó la bestia de la codicia. Así, cayendo todas las bestias, seguro e inocente te mueves en el amor de Dios y en la sociedad humana. Tocando las diez cuerdas, ¿cuántas bestias matas? Pues muchas cabezas hay bajo estas cabezas. En cada cuerda no matas una sola bestia, sino rebaños de bestias. Así, pues, cantarás el cántico nuevo con amor, no con temor.

CAPÍTULO X.

14. No te digas a ti mismo, cuando tal vez quieras hacer algo lujurioso: No tengo esposa, hago lo que quiero; pues no peco tras mi esposa. Ya conoces tu precio, ya sabes a dónde te acercas, qué comes, qué bebes; más bien a quién comes, a quién bebes. Abstenete de las fornicaciones. No sea que me digas: Voy al burdel, voy a la meretriz, voy a la prostituta: no violo aquel precepto, donde se dijo, No cometerás adulterio; porque aún no tengo esposa, ni hago algo tras ella: ni violo aquel precepto, donde se dijo, No codiciarás la esposa de tu prójimo. ¿A dónde voy, en qué precepto incurro? ¿No encontramos cuerda que toquemos? ¿No encontramos cuerda? ¿Con qué nervio atamos a este fugitivo? No huya, tiene de dónde ser atado: pero que ame, y no será ligadura, sino ornamento. Pues no es ligadura, sino ornamento lo que encontramos en esas diez cuerdas. Pues los diez preceptos se refieren a esos dos, como hemos oído, para que amemos a Dios y al prójimo: y esos dos a aquel uno. Pero

uno es, Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas a otro (Tob. IV, 16). Allí se contienen los diez, allí se contienen los dos.

15. Pero dices: Si cometo un robo, hago lo que no quiero que me hagan: si mato, hago lo que no quiero que otro me haga: si no honro a mis padres, cuando quiero que mis hijos me honren, hago lo que no quiero que me hagan: si soy adúltero y hago algo semejante, hago lo que no quiero que me hagan; pues si alguien es interrogado, dice: No quiero que mi esposa haga algo así: si codicio la esposa de mi prójimo, no quiero que nadie codicie la mía; hago lo que no quiero que me hagan: si codicio la propiedad de mi prójimo, no quiero que me quiten la mía; hago lo que no quiero que me hagan: pero cuando voy a una prostituta, ¿a quién hago lo que no quiero que me hagan? Lo que es más grave, a Dios mismo. Que vuestra Santidad lo entienda. En efecto, "Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas a otro" se refiere a dos mandamientos. ¿Cómo se refiere a dos mandamientos? Si no haces a un hombre lo que no quieres sufrir de un hombre, se refiere al mandamiento del prójimo, al amor al prójimo, a las siete cuerdas: pero si lo que no quieres sufrir de un hombre, lo quieres hacer a Dios mismo, ¿qué es esto? ¿No haces a otro lo que no quieres que te hagan? ¿Te es más querido el hombre que Dios? Entonces, ¿cómo, dices, hago esto a Dios mismo? Te corrompes a ti mismo. ¿Y de dónde le hago daño a Dios, porque me corrompo a mí mismo? ¿De dónde te hace daño quien quisiera tal vez romper tu cuadro pintado, en el cual está tu imagen en tu casa, puesta vanamente para tu vana honra, sin sentir, sin hablar, sin ver? Si alguien lo rompe, ¿no es esto una afrenta para ti? Pero cuando corrompes en ti la imagen de Dios, que eres tú, a través de fornicaciones y excesos de lujuria; consideras que no te has acercado a la esposa de nadie, consideras que después de tu esposa no has hecho nada, porque no tienes esposa; y no consideras a través de lujurias y fornicaciones ilícitas de quién has violado la imagen. Finalmente, Dios que sabe lo que te es útil, que verdaderamente así gobierna a sus siervos para su utilidad, no para la suya; pues no necesita siervos como si fueran una ayuda, sino que tú necesitas la ayuda del Señor: por tanto, el mismo Señor que sabe lo que te es útil, te concedió una esposa, nada más. Esto ordenó, esto mandó, para que no caiga su templo, que has comenzado a ser, por placeres ilícitos. ¿Acaso lo digo yo? Escuchad al Apóstol: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" Esto dice a los cristianos, esto dice a los fieles: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él" (1 Cor. III, 16, 17). ¿Veis cómo amenaza? No quieres que se destruya tu casa, ¿por qué destruyes la casa de Dios? Ciertamente haces a alguien lo que no quieres que te hagan. No hay, por tanto, manera de escapar: se atrapa a aquel que pensaba que no podía ser atrapado. Pues todos los pecados de los hombres, o pertenecen a la corrupción de los vicios, o a los crímenes de hacer daño. Porque no puedes dañar a Dios en los crímenes, lo ofendes en los vicios, lo ofendes en las corrupciones, le haces daño a Él en ti. Pues le haces daño a su gracia, a su casa.

16. Si tuvieras un siervo, querrías que te sirviera tu siervo: sirve tú a tu mejor Señor, tu Dios. No hiciste a tu siervo, y tanto a ti como a tu siervo Él los hizo: quieres que te sirva con quien fuiste hecho, y no quieres servir a quien te hizo. Por tanto, cuando quieres que te sirva tu siervo hombre, y tú no quieres servir al Señor tu Dios, haces a Dios lo que no quieres que te hagan. Por tanto, ese único mandamiento contiene dos, esos dos contienen diez, esos diez contienen todo. Cantad, pues, en el salterio de diez cuerdas un cántico nuevo. Pero para que cantéis un cántico nuevo, sed hombres nuevos. Amad la justicia: tiene su propia belleza. Por eso no queréis verla, porque amáis otra cosa. Pues si no amarais otra cosa, ciertamente la veríais. ¿Por qué la veis cuando la exigís? ¿Por qué alabas la fe cuando la exigés de tu siervo? ¡Qué hermosa es la fe! Pero es hermosa cuando se exige del siervo; se ve cuando se demanda

de otro: cuando se exige de ti, no se ve. Ves el oro, no ves la fe. Así como el oro brilla a los ojos del cuerpo, así la fe brilla a los ojos del corazón. Abres los ojos del corazón a ella, cuando quieres que te la muestre tu siervo. Si te la muestra, alabas al siervo, y lo elogias, y dices: Tengo un siervo excelente, tengo un gran siervo, tengo un siervo fiel. Lo que alabas en el siervo, no lo muestras al Señor: y es más criminal, porque quieres tener un mejor siervo que tú para Dios. Dios ordena a tu siervo que sea bueno contigo. Así como ordena a tu esposa que, aunque tú cometes adulterio, no lo cometa ella: así ordena a tu siervo que, aunque tú no sirvas a tu Señor, te sirva a ti. Pero todo esto mira que sea para tu advertencia, no para tu perdición. Pues ese siervo que te sirve dignamente siendo indigno, es decir, que te sirve bien siendo indigno, y te ama fielmente, se lo debe a Dios, no a ti. Es justo, por tanto, que también tú consideres que estás bajo el Señor, a quien también él considera, para servirte. Cumple, pues, lo que está dicho, "Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas a otro" (Tob. IV, 16). Pero cuando dices "a otro", considera tanto al prójimo como a Dios. Canta en el salterio de diez cuerdas, canta un cántico nuevo: concuerda con la palabra de Dios, cuando está contigo en el camino. Concuerda con tu adversario pronto, no sea que con discordia llegues ante el juez. Si haces lo que escuchas, has concordado con él: pero si no lo haces, te peleas con él, y aún no has hecho las paces hasta que lo hagas.

CAPÍTULO XI.

17. Pero para que concordéis, absteneos de las corrupciones detestables y de las investigaciones detestables, de los astrólogos, de los arúspices, de los sortilegos, de los augures, de los sacrilegios; absteneos, en la medida de lo posible, de los espectáculos vanos. Si algunas distracciones del mundo se infiltran en el alma; ejercitaos en la misericordia, ejercitaos en las limosnas, en los ayunos, en las oraciones. Pues con estas se purifican los pecados cotidianos, que no pueden sino infiltrarse en el alma, debido a la fragilidad humana. No los desprecies, porque son menores; pero teme, porque son muchos. Prestad atención, hermanos míos. Son pequeños, no son grandes. No es una bestia como un león, que con una sola mordida rompe el cuello: pero a menudo muchas bestias pequeñas matan. Si alguien es arrojado a un lugar lleno de pulgas, ¿acaso no muere allí? No son grandes, ciertamente: pero la naturaleza humana es débil, que puede ser destruida incluso por las bestias más pequeñas. Así también los pecados pequeños: consideráis que son pequeños; tened cuidado, porque son muchos. Qué pequeñas son las granos de arena: si se echa más arena en un barco, lo hunde para que se pierda. Qué pequeñas son las gotas de lluvia: ¿acaso no llenan los ríos y derriban las casas? Por tanto, no desprecies estas cosas. Pero diréis: ¿Y quién puede estar sin ellas? Para que no digas esto (porque verdaderamente nadie puede), Dios misericordioso, viendo nuestra fragilidad, ha puesto remedios contra ellas. ¿Cuáles son los remedios? Las limosnas, los ayunos, las oraciones: estos son tres. Pero para que digas la verdad en la oración, las limosnas deben ser perfectas. ¿Cuáles son las limosnas perfectas? Que de lo que te sobra, des al que no tiene; y cuando alguien te ofende, le perdones.

18. Pero no penséis, hermanos, que se deben cometer adulterios diariamente, y que deben ser limpiados con limosnas diarias. Para esos crímenes mayores no son suficientes las limosnas diarias para limpiarlos. Una cosa es donde cambias de vida, otra cosa es donde soportas la vida. Esa debe ser cambiada: si eras adúltero, no seas adúltero: si eras fornicador, no forniques: si eras homicida, no seas homicida: si ibas al astrólogo y a otras plagas sacrílegas, ya deja de hacerlo. ¿Piensas que estas cosas, si no dejan de hacerse, pueden ser limpiadas con limosnas diarias? Hablo de esos pecados diarios, que se cometen fácilmente con la lengua, como una palabra dura, o cuando alguien cae en una risa desmedida, o en tales tonterías diarias. En las cosas permitidas hay pecados. Con la misma esposa, si se excede el modo de

tener relaciones para procrear hijos, ya es pecado. Para esto se toma esposa: pues eso también lo indican las escrituras, donde se escribe, "Con el fin de procrear hijos". Cuando quieres usar a tu esposa más de lo que la necesidad de procrear hijos requiere, ya es pecado: y esos pecados tales los limpian las limosnas diarias. En los mismos alimentos, que ciertamente están permitidos, si acaso excedes la medida, y tomas más de lo necesario, pecas. Estos son los pecados diarios que digo: pero sin embargo son pecados; y no son leves, porque son muchos. Porque son diarios y numerosos, se debe temer la ruina de la multitud, aunque no de la magnitud. Tales pecados decimos, hermanos, que pueden ser limpiados con limosnas diarias. Pero haced limosnas, y no dejéis de hacerlas. Considerad vuestra vida diaria llena de esos pecados, digo de esos pequeños.

CAPÍTULO XII.

19. Y cuando haces limosna, no la hagas con soberbia, ni ores como aquel fariseo. Pero, ¿qué dijo allí? "Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo" (Luc. XVIII, 12). Y aún no había sido derramada la sangre del Señor. Hemos recibido un precio tan grande por nosotros, y al menos no damos tanto como el fariseo. Y tienes en otro lugar al Señor diciendo claramente, "Si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. V, 20). Por tanto, ellos dan diezmos; tú si das la centésima parte, te glorías de haber hecho algo grande. Pues consideras lo que otro no hace, no lo que Dios te manda hacer. Te mides por la comparación con el peor, no por el mandato del mejor. No porque aquel no haga nada, tú haces algo grande: sino porque se alegra por algunas de vuestras mínimas obras (porque tal es vuestra esterilidad, que se alegra por lo poco), os halagáis como seguros con los mínimos granos de limosnas, y olvidáis los montones de pecados. Tal vez has sacado algo pequeño, que otro o no tuvo, o no sacó cuando lo tuvo. No consideres quién no lo hace después de ti, sino lo que Dios te manda hacer. Finalmente, ¿por qué en estos afectos mundanos no os bastan aquellos a quienes habéis superado, sino que queréis ser ricos, iguales a los más ricos que vosotros? No consideraréis a cuántos más pobres habéis superado: queréis vencer a los más ricos. Pero en las limosnas hay un límite. Aquí se dice, ¿Hasta cuándo hago? y allí no se dice, ¿A cuántos ricos soy más rico? No se consideran las necesidades de innumerables mendigos, no se miran las multitudes posteriores de pobres: pero la escasez de los pocos ricos precedentes se pone ante los ojos. ¿Por qué en la buena obra no se considera a aquel Zaqueo, que dio la mitad de sus bienes a los pobres (Luc. XIX, 8). Pero nos vemos obligados a desear que al menos se considere a aquel fariseo, que daba diezmos de todo lo que poseía.

20. No escatimes los tesoros caducos, los tesoros vanos. No aumentes el dinero bajo la apariencia de piedad. Guardo para mis hijos: gran excusa, Guardo para mis hijos. Veamos: tu padre guarda para ti, tú guardas para tus hijos, tus hijos para sus hijos, y así por todos, y nadie hará los mandamientos de Dios. ¿Por qué no gastas todo en aquel que te hizo de la nada? Quien te hizo, Él mismo te alimenta de lo que hizo, Él alimenta también a tus hijos. Pues no encomiendas mejor a tus hijos a tu patrimonio, que a tu Creador. Y ciertamente los hombres mienten. La avaricia es mala: quieren encubrirse con el nombre de piedad, y blanquearse, para que parezca que los hombres guardan por sus hijos, lo que guardan por avaricia. Pues para que sepáis que esto sucede a menudo, se dice de alguien: ¿Por qué no hace limosna? Porque guarda para sus hijos. Sucede que pierde a uno: si guardaba por sus hijos, envíe tras él su parte. ¿Por qué la retiene en el saco, y lo deja a él fuera del alma? Devuélvele lo que es suyo, devuélvele lo que le guardabas. Ha muerto, dice. Pero ha ido a Dios, su parte se debe a los pobres; se le debe a él, a quien ha ido; se le debe a Cristo, pues a Él ha ido: y Él dijo, "Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis; y lo que no

hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí no me lo hicisteis" (Mat. XXV, 40, 45). Pero, ¿qué dices? Guardo para sus hermanos. Si viviera, ¿no iba a compartir con sus hermanos? ¡Oh fe muerta! ¿Ha muerto tu hijo? Lo que digas, le debes lo que le guardabas vivo. Ha muerto mi hijo, pero sin embargo guardo la parte de mi hijo para sus hermanos. ¿Así crees que ha muerto? Si por él Cristo no ha muerto, él ha muerto: pero si hay fe en ti, tu hijo vive. Vive ciertamente; no ha muerto, sino que ha precedido. ¿Con qué cara vendrás a tu hijo que ha precedido, a quien no envías su parte al cielo? ¿O no puede ser enviada al cielo? Puede ciertamente. Escucha al mismo Señor diciendo, "Acumulad para vosotros tesoros en el cielo" (Mat. VI, 20). Si, por tanto, ese tesoro se guarda mejor en el cielo, ¿acaso no debe ser enviado al hijo, cuando si se envía, no perecerá? Se retendrá aquí donde puede perecer, no se envía allí donde Cristo es el guardián. Ciertamente lo que tienes aquí, y no quieres enviar tras tu hijo, ¿a quién lo encomiendas? ¿A tus administradores encomiendas la parte de aquel que ha precedido, y no a Cristo a quien ha precedido? ¿O es más idóneo tu procurador para ti, menos idóneo Cristo?

CAPÍTULO XIII.

21. Veis, hermanos, que es mentira lo que dicen los hombres, Guardo para mis hijos. Es mentira, hermanos míos, es mentira: los hombres son avaros. Al menos así ciertamente se ven obligados a confesar lo que no quieren, cuando se avergüenzan de callar lo que son: derramen, vomiten en confesión lo que llevan. El pecho está oprimido por la glotonería de la iniquidad; que lo vomite la confesión: pero no como un perro se vuelva al vómito. Sed cristianos. Es muy poco ser llamados cristianos. ¿Cuánto dais a los actores? ¿Cuánto dais a los cazadores? ¿Cuánto a las personas viles? Dais a quienes os matan. Pues a través de esas exhibiciones de placeres matan vuestras almas: y os volvéis locos por quién da más. Si os volvierais locos por quién guarda más, no seríais soportables. Volverse loco por quién guarda más, es de avaricia: volverse loco por quién da más, es de derroche. Ni avaro te quiere Dios, ni derrochador. Quiere que coloques lo que tienes, no que lo desperdicies. Competís por quién vence en lo peor, no dais por quién es peor. Y decís: Somos cristianos. Arrojáis vuestras cosas para el favor del pueblo, retenéis vuestras cosas contra los mandatos de Cristo. He aquí que Cristo no manda, Cristo ruega, Cristo necesita. "Tuve hambre", dice Cristo, "y no me disteis de comer" (Mat. XXV, 42). Quiso necesitar por ti, para que tuvieras donde sembrar las cosas terrenales que te dio, y cosecharas la vida eterna. No seáis perezosos y mal seguros. Corregid vuestras costumbres, redimid vuestros pecados. Y cuando hayáis hecho estas cosas, dad gracias a Dios, de quien habéis recibido vivir bien. Y dadle gracias de tal manera, que no insultéis a aquellos que aún no viven bien; sino que con vuestras costumbres los exhortéis. Haciendo estas cosas, tenéis la justicia perfecta, en cuanto se puede en esta vida. Viviendo en buenas obras, en oraciones, en ayunos, en limosnas por los pecados pequeños, y absteniéndoo de esos grandes pecados, concordáis con el adversario: y seguros decís en la oración, "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12). Pues tenéis lo que se os perdona diariamente, quienes tenéis lo que perdonáis diariamente. Así caminando seguros en el camino no temeréis los robos del diablo: porque Cristo se hizo el camino y la gran vía, por la cual conduce a la patria. Allí toda seguridad, toda paz: donde también cesarán las obras de misericordia, porque no habrá necesidad de pobres. Allí será, por tanto, el sábado de los sábados; para que lo que aquí deseamos, allí lo encontremos. Amén.

SERMO X. Sobre el juicio de Salomón entre dos mujeres prostitutas.

1. Narración de los hechos. La Escritura de los Reyes proclama el juicio admirable de Salomón entre dos mujeres que disputaban por un niño. Pues está escrito: Entonces aparecieron dos mujeres ramera ante el rey Salomón, y se presentaron ante él, y una mujer dijo: Observa, señor, yo y esta mujer habitábamos en una misma casa, y di a luz en la casa, y sucedió que al tercer día después de haber dado a luz, esta mujer también dio a luz un hijo; y estábamos solas, y no había nadie con nosotras en la casa, excepto ambas nosotras: y el hijo de esta mujer murió durante la noche, pues se acostó sobre él; y se levantó a medianoche, y tomó a mi hijo de mi lado, y lo colocó en su regazo, y a su hijo muerto en mi regazo; y me levanté por la mañana para dar leche a mi hijo, y él estaba muerto: lo observé por la mañana, y he aquí que no era mi hijo el que había dado a luz. Y la otra mujer dijo: No, sino que mi hijo es el que vive, y tu hijo es el que está muerto. Y ella dijo: No, tu hijo es el que está muerto, y mi hijo es el que vive. Y hablaron ante el Rey. Y dijo el Rey: Tú dices, Este es mi hijo que vive, y su hijo está muerto; y tú dices, No, sino que mi hijo vive, y su hijo está muerto. Y el Rey dijo: Traedme una espada. Y le presentaron una espada ante el Rey. Y dijo el Rey: Dividid al niño que vive en dos partes, y dad la mitad a esta, y la mitad a esta. Y respondió la mujer cuyo hijo vivía, y dijo al Rey, porque su compasión se conmovió por su hijo; y dijo: Observa, señor, dadle el niño, y no lo matéis. Y esta dijo: Ni para mí, ni para ella, sino divididlo. Y respondió el Rey, y dijo a la mujer que dijo, Dadlo a ella, y no lo matéis; Porque ella es su madre (III Reg. III, 16, 27). La prudencia del Rey, concedida por don divino, resplandece admirablemente en este juicio. Pues no convenía, ni era correcto juzgar que otra fuera la madre del niño, sino aquella que de algún modo lo concibió de nuevo, cuando supo que le había sido arrebatado; y lo dio a luz de nuevo, cuando lo defendió de la falsa madre; y lo parió de nuevo, cuando no permitió que fuera asesinado. Sin embargo, como suelen los antiguos Libros divinos, no solo insinúan la fidelidad del hecho, sino también el misterio futuro; debe considerarse esta Escritura, si en estas dos mujeres se nos muestra algo significativo y figurado.

2. Las dos mujeres litigantes ante Salomón, la Sinagoga y la Iglesia. La vida de los sacramentos, Cristo. Y en una primera consideración, las dos mujeres representan a la Sinagoga y a la Iglesia: pues se demuestra que la Sinagoga mató a su hijo Cristo, nacido de los judíos según la carne, durmiendo, es decir, siguiendo la luz de esta vida presente, sin entender la manifestación de la verdad en las palabras del Señor: pero también está escrito, Levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y Cristo te iluminará (Efes. V, 14). Que ambas habitaran solas en una casa no significa absurdamente que, aparte de la circuncisión y el prepucio, no se encontró en este mundo otro tipo de religión: de modo que en la persona de una mujer constituyas un tipo de hombres circuncidados bajo el culto y la ley de un solo Dios; y en la persona de la otra mujer entiendas a toda la Gentilidad de los prepucios dedicada al culto de los ídolos. Ambas fueron ramera: pues el Apóstol dice que todos, judíos y griegos, están bajo pecado (Rom. III, 23). Pues toda alma que, abandonada la eternidad de la verdad, se deleita en las inmundicias terrenales, fornicación contra el Señor. Y de la fornicación gentil viniendo la Iglesia, es evidente que no mató a Cristo: pero cómo también ella es madre de Cristo, debe considerarse. Atiende al Evangelio, y escucha al Señor diciendo, Quien haga la voluntad de mi Padre, ese es mi madre, y hermano, y hermana (Mat. XII, 50). ¿Dónde, pues, durmió esta, no para asfixiar con el sueño, sino para que pudiera serle puesto el muerto, y el vivo serle arrebatado? ¿O acaso esto es, que el mismo sacramento de la circuncisión, que entre los judíos ya había quedado muerto, porque todo lo sentían carnalmente: este sacramento de la circuncisión, que entre los judíos no vivía, quienes habían matado a Cristo, que es la vida de todos los sacramentos; ya que en él se entiende vitalmente, lo que entre los judíos se celebra visiblemente: este sacramento de la circuncisión como un cuerpo inanimado algunos judíos querían persuadir a los gentiles, que habían creído en

Cristo, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, diciendo que no podían ser salvos, a menos que fueran circuncidados (Hech. XV, 1)? Persuadían esto a los ignorantes de la Ley, como poniendo un hijo muerto en las tinieblas de la noche. Sin embargo, esa persuasión no pudo valer nada, a menos que el sueño de la necedad se infiltrara en la Iglesia de los gentiles. Como parece que el Apóstol la despierta, clamando, ¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó? y poco después, Así que sois insensatos, dice, que habiendo comenzado con el espíritu, ahora os perfeccionáis con la carne (Gál. III, 1, 3). Como si dijera: Así que sois insensatos, que habiendo tenido primero una obra espiritual viva, después de perderla, tomáis una muerta ajena. Pues el mismo Apóstol dice en otro lugar, El espíritu es vida por la justicia; y en otro lugar, Pero el ocuparse de la carne es muerte (Rom. VIII, 10, 6). Con estas y otras voces semejantes, esa madre despierta; y le llega la mañana, cuando con la palabra de Dios, es decir, con Cristo, que surgía, es decir, hablaba en Pablo, se ilumina la oscuridad de la Ley. Pues la iluminó, cuando dijo, Decidme los que queréis estar bajo la Ley, ¿no habéis oído la Ley? Pues está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, y otro de la libre: pero el que era de la esclava, nació según la carne; pero el que era de la libre, por la promesa; lo cual es una alegoría. Pues estas son dos alianzas; una ciertamente del monte Sinaí, que engendra para esclavitud, que es Agar. Pues el monte Sinaí está en Arabia, que está unido a esta, que ahora es Jerusalén: pues sirve con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre (Gál. IV, 21-26). No es de extrañar, pues, que por las obras muertas, pertenezca al que está abajo, muerto; y por las espirituales, vivo pertenezca a la Jerusalén que está arriba. Pues también los infiernos están abajo, donde pertenecen los muertos: pero los cielos están arriba, donde pertenecen los vivos. Con esta iluminación, como si fuera de mañana, la Iglesia entiende la gracia espiritual; rechazando de sí la obra carnal de la Ley, como un muerto ajeno; y reclamando para sí la fe viva, pues el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17): que ha conseguido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y por eso reconoce al hijo de tres días con certeza, y no permite que le sea arrebatado.

3. Los judíos falsamente jactándose de la gracia cristiana que les es debida. Ahora clame aquella que el Evangelio es suyo, como si le fuera debido, y generado por ella. Pues esto decían a los gentiles en la misma contienda, quienes carnalmente sintiendo, se atrevían a llamarse cristianos. Pues decían que el Evangelio había venido como deuda de su justicia. Pero no era de ellos, lo que no conocían espiritualmente. Por tanto, se llamaban cristianos, gloriándose con un nombre ajeno, como aquella que incluso se atrevía a contender por el hijo que no había parido; pues ellos, excluyendo el entendimiento espiritual de las obras de la Ley, como si hubieran expulsado el alma del cuerpo de su obra, y extinguiendo el espíritu vivo de la profecía, habían quedado en obras carnales sin vida, es decir, sin entendimiento espiritual; que también querían imponer a los gentiles, y arrebatarles el nombre cristiano, como si fuera un hijo vivo. A quienes el Apóstol refutó de tal manera, que cuanto más reivindicaban para sí la gracia cristiana como debida, tanto menos les pertenece, y se glorían como si fuera suya por derecho de obras. Pues al que obra, dice, el salario no se le cuenta como gracia, sino como deuda. Pero al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV, 4, 5). Y por eso también los excluye del número de aquellos que de los judíos han creído correctamente, y retienen la gracia viva y espiritual. ¿Qué restos del pueblo judío dice que han sido salvados, cuando la multitud fue a la perdición? Así también en este tiempo, dice, los restos por elección de gracia han sido salvados. Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia (Id. XI, 5, 6). Para que sean excluidos de la gracia, quienes reivindicaban como propio, es decir, como debido y dado por sus obras, el premio del Evangelio: como clamando la Sinagoga, Mi hijo es. Pero mentía; pues también ella lo había recibido: pero durmiendo sobre él, es decir, pensando con soberbia, lo había matado. Pero ya esta madre vigilaba, y entendía que no por

sus méritos, porque era ramera, sino por la gracia de Dios le había sido concedido el hijo, es decir, la obra de la fe evangélica, que deseaba nutrir en el seno de su corazón. Así que aquella buscaba la gloria de los hombres en un hijo ajeno: esta guardaba el afecto del amor en el suyo.

4. Cómo luchar contra la hipocresía, evitando el peligro del cisma. Sin embargo, ese juicio real entre ambas no nos advierte otra cosa, sino que luchemos por la verdad, y expulsemos la hipocresía como falsa madre, del don espiritual de la Iglesia como de un hijo vivo ajeno; y no permitamos que domine la gracia concedida a otros, que no pudo guardar la suya. Pero hagamos esto defendiendo y luchando, no hasta el peligro de la división. Pues aquella sentencia del juez, cuando ordenó dividir al niño, no es una separación de la unidad, sino una prueba de caridad. Pues el nombre de Salomón, como lo interpretan los latinos, es Pacífico. El rey pacífico no desgarró los miembros, que con unidad y concordia contienen el espíritu vital: sino que amenazando encuentra a la verdadera madre, y juzgando separa a la falsa. Si, pues, se llega a tal tentación, para que no se divida la unidad de la gracia cristiana, se nos enseña a decir, Dadle el niño, con tal que viva. Pues la verdadera madre no busca el honor de madre, sino la salvación del hijo. Dondequiera que esté, más lo poseerá el sincero amor de la madre, que la usurpación de la falsa.

5. Otra significación de las dos mujeres. También veo que estas dos mujeres en una casa significan dos tipos de personas en una Iglesia: uno de aquellos en quienes reina el verdadero amor, otro de aquellos en quienes domina la simulación. Para que consideremos a estos dos como dos mujeres, el amor y la simulación. Pues la simulación imita falsamente al amor. Y por eso el Apóstol la evita, cuando dice: El amor sin simulación (Rom. XII, 9). Aunque habiten en una casa mientras esa red evangélica está en el mar, y encierra juntos a buenos y malos peces, hasta que sea llevada a la orilla (Mat. XIII, 47, 48); sin embargo, cada una hace sus propias obras. Ambas fueron rameras; porque todos se convierten de la codicia del mundo a la gracia de Dios, y verdaderamente nadie puede gloriarse de méritos de justicia anteriores. Pero lo que la ramera fornicó, es suyo: lo que tiene un hijo, es de Dios. Pues todos los hombres son formados por un solo Dios creador. No es de extrañar, pues, que incluso en los pecados de los hombres Dios obre bien. Pues incluso de la traición de Judas el traidor, nuestro Señor obró la salvación del género humano. Pero hay una diferencia, que de cualquier pecado de alguien, cuando Dios hace algo bueno, a menudo el pecador no lo querría: no solo porque cuando peca, no peca con el ánimo con que la providencia de Dios obra justicia de su pecado (pues Judas no entregó a Cristo con el ánimo con que Cristo se dejó entregar); sino también porque el resultado de su pecado, cuando llega a algo mejor, que él no querría, lo lamenta más que se alegra. Como si alguien queriendo dar veneno a un enemigo enfermo se equivocara en la apariencia del medicamento, y ofreciera algo saludable en lugar de otra cosa; y el enfermo se sanara por el beneficio de Dios, que quiso convertir el crimen de su enemigo en salud: lo cual, sin embargo, cuando el malvado lo conoce, se angustia por la salud del hombre, que se realizó por sus manos. Pero si la ramera tiene con gusto al hijo concebido, y no impulsada por la lujuria, ni por la avaricia de una vil recompensa, expulsa de sus entrañas con una poción de aborto lo que había concebido, para que la fecundidad no contradiga al pecado; esa codicia, que se derramaba en muchos, convertida al don de Dios, ya no se llamará codicia, sino amor. Por tanto, el hijo de la ramera se entiende correctamente como la gracia de la pecadora. De la antigua vileza, el nuevo hombre nacido es la indulgencia de los pecados.

6. Los simuladores en la Iglesia, posteriores a los buenos operarios. El Señor, pues, incluso en el mismo número de discípulos, aunque eligió a todos de entre los pecadores, sin embargo,

eligió primero a los que perseverarían en el amor, que a Judas el simulador. No está escrito en qué orden fue elegido; pero sin embargo, se sabe que antes que él fueron elegidos los buenos; y no en vano se le numera el último (Id. X, 1-4). Y después de la ascensión del Señor, a todos los que estaban en un lugar, el Espíritu Santo, según la promesa del Señor enviado desde lo alto, fue infundido: de quienes comenzó la Iglesia, eran buenos, y amaban sin simulación. Después, pues, comenzó a operar la simulación en la Iglesia: y por eso el amor parió primero. Pero al tercer día es mayor el fruto del amor, para que ya pueda reconocerse la continencia, y la justicia, y la expectativa de las cosas futuras. Sin embargo, la simulación, aunque haya parido, es decir, aunque por un breve tiempo se haya alegrado con la remisión de los pecados, como oprimida por el sueño de la codicia mundana, cuando es rechazada de la esperanza de las recompensas celestiales, con el corazón pesado se hunde en el descanso terrenal, como durmiendo asfixia la indulgencia, que había merecido creyendo. Pero tales hombres prefieren gloriarse con el nombre de justicia, que alegrarse con la verdad; y la buena obra ajena, por oscuras falacias, como por la noche, intentan transferirla a sí mismos, mintiendo como si fuera un hijo vivo. No solo usurpan las buenas obras de otros, sino que también imputan sus crímenes a los buenos e inocentes, como si pusieran un hijo muerto.

7. El fraude de los simuladores en los buenos operarios. ¿Cuándo, pues, se permitirá tanto a la simulación, que con el falso nombre de justicia, sin que nadie lo impida, se glorie, y la obra espiritual viva, que ella no engendró, y que en sí misma alguna vez había engendrado, con el peso del sueño más cruel extinguió, aplique a sí misma la jactancia engañosa del nombre materno, y al imputar sus crímenes a otros, como si fuera un hijo muerto lo imponga? ¿Cuándo, pues, reinará tanto la simulación, sino cuando abundará la iniquidad, es decir, las tinieblas de los pecados prevalecerán como una noche ciega; y se enfriará el amor de muchos (Mat. XXIV, 12), es decir, la madre de la obra espiritual como de un hijo vivo dormirá? Sin embargo, porque así se enfriará el amor, que arderá con menos fervor; pues no se dijo, Se extinguirá por completo, para que no exista en absoluto: así durmió esta madre, que no mató al hijo; pero sin embargo dio lugar a las fraudes de la simulación. Pero despertada, cuando ve que la impiedad, que ella no hizo, le es imputada por aquellos que la hacen, y ve que la simulación se atreve a gloriarse en la obra espiritual de la gracia, que guardó, y se atreve a llamarse madre de la buena obra, y a ella se le llama operadora de iniquidad, implora la ayuda del Juez pacífico. Pues Salomón se interpreta como Pacífico. A quien vemos haber pronunciado dos sentencias: la primera como de quien ignora; la última con manifiesta cognición juzgando. La primera propone la contienda de la piedad; la segunda da el premio al vencedor: en la primera se prueba a la madre, en la última se alegra: en la primera llorando envía su semilla, en la segunda con júbilo recoge sus gavillas (Sal. CXXV, 6). Lo cual pertenece a dos tiempos de la Iglesia, que el Señor Cristo juez pacífico modera; uno que es ahora, otro que será en el futuro: en este somos probados, en aquel somos coronados.

8. El honor propio se desprecia para que se conserve la unidad de la Iglesia. Pero no hay mayor prueba de caridad en la Iglesia de Cristo que cuando incluso el honor mismo, que ante los hombres parece ser, se desprecia para que no se dividan los miembros del pequeño, y la debilidad cristiana no sea desgarrada por la división de la unidad. Pues el Apóstol dice que se mostró como madre a los pequeños, en quienes había realizado la buena obra evangélica; no él, sino la gracia de Dios con él. Porque aquella meretriz no podía decir de sí misma sino pecados: pero el don de la fecundidad es de Dios. Y bien dice el Señor de la meretriz: "A quien mucho se le perdona, mucho ama" (Luc. VII, 47). Dice, pues, el apóstol Pablo: "Me hice pequeño en medio de vosotros, como si una nodriza cuidara de sus hijos" (I Tes. II, 7). Pero cuando se llega al peligro de que el pequeño sea dividido, cuando la simulación reclama

para sí un falso honor y está dispuesta a romper la unidad, que la madre desprecie su honor mientras vea a su hijo íntegro y lo conserve vivo; no sea que, al reclamar con demasiada obstinación el honor debido a sus entrañas, dé lugar a la simulación para dividir los miembros débiles con la espada del cisma. Que diga, pues, la caridad materna: "Dad a él el niño. Sea por ocasión o por verdad, Cristo es anunciado" (Filip. I, 18). En Moisés clama la caridad: "Señor, o perdónales, o bórrame de tu libro" (Éxodo XXXII, 31, 32). Pero en los fariseos habla la simulación: "Si le dejamos, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y la nación" (Juan XI, 48). Pues no querían la verdad, sino tener el nombre de justicia, y deseaban retener el honor debido a los justos mediante el engaño. Sin embargo, la simulación reinante en ellos fue permitida sentarse en la cátedra de Moisés, para que pudiera decirse por el Señor: "Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen" (Mat. XXIII, 3). Para que, teniendo un falso honor, nutrieran con la verdad de las Escrituras a los pequeños y débiles. Pues la simulación tiene su crimen, por el cual extinguió al nuevo hombre, que había recibido por la gracia del donante, con el peso de su letargo: pero la leche de la fe que tiene, no es suya. Porque incluso habiendo matado al pequeño, que significa la vida renaciente, ya constituida en malos hábitos la simulación, retiene sin embargo en la memoria, como en los pechos, las palabras de la fe y la doctrina cristiana, que se transmite a todos los que vienen a la Iglesia. De esta leche podía también la falsa madre infundir al pequeño que succionaba el jugo de la verdadera fe. De ahí que la verdadera madre esté segura, cuando incluso por los simuladores en la Iglesia su pequeño es nutrido con la leche de las divinas Escrituras de la fe católica, cuando prohibida la división, la unidad está a salvo, y en la sentencia final del juez, que figura el último juicio de Cristo, la caridad probada, que por la salvación del pequeño y el fundamento de la unidad incluso cedió el honor a la simulación, para que manteniendo el amor y el abrazo de la gracia vital, disfrute del premio eterno de la madre piadosa.

SERMO XI. Sobre Elías y la viuda de Sarepta.

1. Obras de piedad a ejercitar en este tiempo. Nuestro Señor Dios, no queriendo que ninguno de nosotros perezca, cultivando su Iglesia como su campo, buscando fruto de sus árboles, antes de que llegue el tiempo del hacha, cuando será necesario cortar los árboles infructuosos, no cesa de advertirnos, para que cuando es tiempo, y con la ayuda de Dios está en nuestro poder, hagamos buenas obras. Pues cuando haya pasado el tiempo de hacer el bien, no queda sino recibir. Nadie te dirá después de la resurrección de los muertos en el reino de Dios: "Parte tu pan con el hambriento", porque no encontrarás hambriento. Nadie dirá: "Viste al desnudo", donde la túnica de todos será la inmortalidad. Nadie dirá: "Acoge al peregrino" (Isaías LVIII, 7), donde todos vivirán en su patria. Pues ahora somos peregrinos de allí. Nadie dirá: "Visita al enfermo", donde hay salud eterna. Nadie dirá: "Sepulta al muerto", donde la muerte muere. Todas estas obras de piedad no serán necesarias en la vida eterna, donde solo habrá paz y alegría eterna. Pero en este tiempo, para que sepamos cuánto nos encomienda Dios las obras de misericordia, incluso hizo que sus santos necesitaran; para que cuando aquí se hagan amigos con el mamón de iniquidad, también ellos reciban a sus amigos en las moradas eternas (Luc. XVI, 9): es decir, para que cuando los siervos de Dios, que mientras se dedican continuamente a Dios, a veces necesitan, aquellos que tienen las riquezas del mundo, den limosna, así como los hacen partícipes en la sustancia terrena, así merezcan tener parte con ellos en la vida eterna.

2. Por qué Elías es enviado a ser alimentado por una viuda pobre. Cómo se entiende el mandato de Dios. Dije esto por la lectura de los Reyes, que primero escuchamos. ¿Acaso Dios había fallado en alimentar a su siervo Elías? ¿No le servían aves porque faltaban hombres? ¿No le traía el cuervo pan por la mañana y carne por la tarde? Dios mostró, pues,

que de donde quiera y como quiera, puede alimentar a sus siervos: y sin embargo, para que una viuda religiosa pudiera alimentarlo, lo hizo necesitar. La necesidad del alma santa se convirtió en abundancia para el alma religiosa. ¿No podía Elías, por la misericordia de Dios, darse a sí mismo lo que dio a la jarra? Veis, ciertamente, y es manifiesto, que a veces los siervos de Dios no tienen para que se prueben los que tienen. Y sin embargo, aquella viuda no tenía nada: lo que le quedaba, estaba acabado, y con sus hijos iba a morir. Salió, pues, a hacer pan para sí misma, a recoger dos leños: y entonces la vio Elías. Entonces el hombre de Dios la veía, cuando ella buscaba los dos leños. Aquella mujer representaba el tipo de la Iglesia: y porque dos leños hacen la cruz, buscaba, a punto de morir, de dónde siempre viviría. Así pues, en el misterio prefigurado, Elías le habla lo que oyó: ella narra su disposición, dice que va a morir cuando consume lo que queda. ¿Dónde está, pues, lo que el Señor había dicho a Elías: "Ve a Sarepta de Sidón; allí he mandado a una viuda que te alimente"? Veis cómo manda Dios, no en el oído, sino en el corazón. ¿Acaso leemos que fue enviado algún profeta a aquella mujer, y se le dijo: "Así dice el Señor, vendrá a ti mi siervo hambriento, de lo que tienes, sírvele: no temas la escasez; yo supliré lo que des"? No leemos que esto se le haya dicho. Ni leemos que en sueños se le haya enviado un ángel, y le haya anunciado que Elías vendría hambriento, y que alguien haya advertido a aquella mujer sobre alimentarlo. Pero Dios manda de maneras maravillosas, quien habla en los pensamientos. Decimos que Dios mandó hablando en el corazón, sugiriendo lo que era necesario, persuadiendo lo que era útil al alma racional de la mujer viuda. Así también leemos en los Profetas que el Señor mandó al gusano que roiera la raíz de la calabaza (Jonás IV, 7). ¿Qué es "mandó", sino "preparó el corazón"? Por la inspiración del Señor, aquella mujer viuda tenía el corazón preparado para obedecer. Así vino, así hablaba con Elías. Quien estaba en Elías para mandar, estaba en la viuda para obedecer. "Ve", dice, "hazme primero de tu escasez; no faltarán tus riquezas". El patrimonio de la viuda era un poco de harina y un poco de aceite: este poco no faltó. ¿Quién tiene tal hacienda? La viuda alimentaba con gusto al siervo de Dios hambriento, porque su patrimonio pendía de un clavo. ¿Qué hay más feliz que esta pobreza? Si aquí recibe tales cosas, ¿qué esperará al final?

3. La recompensa de las buenas obras no debe esperarse en este tiempo. Dije esto para que no esperemos la recompensa de nuestra siembra en este tiempo en que sembramos. Aquí sembramos con trabajo la cosecha de las buenas obras, pero en el futuro recogeremos con gozo el fruto de ella; según lo que está escrito: "Iban y lloraban, echando sus semillas; pero al volver, vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas" (Sal. CXXV, 6). Pues aquello se hizo como señal, no como don. Porque si aquella viuda recibió aquí lo que alimentó al hombre de Dios, no es grande lo que sembró; porque no cosechó una gran mies. Lo que recibió es temporal, no faltó la harina, ni disminuyó el aceite, hasta que Dios dio lluvia sobre la tierra (III Reyes XVII). Y así, entonces más comenzó a necesitar, cuando Dios se dignó llover: entonces trabajaría, esperaría los frutos del campo y recogería. Pero cuando no llovía, su sustento venía fácilmente. Esta misma señal que Dios le concedió por pocos días, era señal de la vida futura, donde nuestra recompensa no sabe faltar. Nuestra harina será Dios. Así como no faltaron durante aquellos días, así Él no faltará por la eternidad. Tal recompensa esperemos, cuando hacemos el bien: no sea que alguno de vosotros sea tentado por tal pensamiento, que diga: "Alimentaré a algún siervo de Dios hambriento, para que mi jarra no falte, y en mi cuba siempre encuentre vino". No busques esto aquí. Siembra seguro, tu cosecha vendrá más tarde, vendrá más tarde: pero cuando venga, no tendrá fin.

SERMO XII. Sobre lo que está escrito en Job, cap. I, 6, "Y he aquí que vinieron los ángeles ante Dios, y el diablo en medio de ellos", etc., y sobre lo que se dice en el Evangelio, Mat. V, 8, "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios": contra los maniqueos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Calumnia de los maniqueos sobre el libro de Job. En los divinos y santos libros antiguos, confiamos que ya está suficientemente probado a vuestra prudencia, amadísimos hermanos, que los maniqueos acechan con la más fraudulenta falacia. Sin embargo, aún ofrecemos sus engaños para que sean examinados por los ojos de vuestro corazón: para que no solo los evitéis, en cuanto a vosotros concierne, sino también para que enseñéis a otros débiles y rudos en las lecturas divinas, como cada uno de vosotros pueda, a evitarlos y despreciarlos. En Job está escrito, dicen, "He aquí que vinieron los ángeles ante Dios, y el diablo en medio de ellos. Y Dios dijo al diablo: ¿De dónde vienes? Y él respondió: Rodeando toda la tierra, he venido aquí". Aquí, dicen, se demuestra que el diablo no solo vio a Dios, sino que también habló con Él. Pero en el Evangelio dice: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios"; y nuevamente dice: "Yo soy la puerta; nadie puede venir al Padre, sino por mí" (Juan X, 7, y XIV, 6). Luego añaden un razonamiento, diciendo: Si, por tanto, solo los de limpio corazón ven a Dios, ¿cómo pudo el diablo, con un corazón tan sucio e inmundo, ver a Dios? ¿O cómo entra por la puerta, es decir, por Cristo? Nuevamente, el Apóstol, dicen, testifica y confirma, diciendo que ni Principados, ni Potestades, ni Virtudes conocieron a Dios.

CAPÍTULO II.

2. Objeción calumniosa de Adimanto del Apóstol. Principados de este mundo. Mundo pecadores. Diablo príncipe del pecado. La calumnia de ellos se propone hasta aquí con estas palabras, y realmente es una cuestión que debe ser discutida por un cristiano prudente. Pero el ánimo de los proponentes de esta calumnia es para desviar a los inexpertos a creer en ellos, apartándolos de la saludable autoridad de las Escrituras. Pero primero quisiera preguntarles a estos dónde Adimanto leyó en el Apóstol; pues este es el autor de tales calumnias: quisiera, pues, que dijera dónde leyó al Apóstol testificando y confirmando, como dice, que ni Principados, ni Potestades, ni Virtudes conocieron a Dios; cuando el Señor también dice que los ángeles de los hombres creyentes ven diariamente el rostro del Padre (Mat. XVIII, 10). A menos que tal vez se refiriera a lo que el apóstol Pablo dice: "Hablamos sabiduría entre los perfectos, pero no la sabiduría de este mundo, ni de los príncipes de este mundo, que se desvanecen: sino que hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la cual está oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria" (I Cor. II, 6-8). Si este pasaje es el que este pensaba citar, ¿por qué añadió Potestades y Virtudes, que no se dice allí; y quitó "de este mundo", que sí se dice? Pero ojalá lo haya hecho por error, más que por malicia. Sin embargo, aunque el Apóstol hubiera dicho de este modo, ¿acaso por eso el diablo no pudo oír la voz de Dios? Pues está escrito que vino ante Dios: no está escrito que el diablo lo haya visto. Porque los príncipes de este mundo o se entienden como hombres soberbios, y elevados por la vana pompa de la jactancia; o el mismo diablo y sus ángeles. Pues el Señor lo llama claramente príncipe o magistrado de este mundo (Juan XII, 31): porque por el nombre de este mundo se entienden los pecadores, cuya esperanza no está sino en este mundo. Así como se dice mala casa, cuando se significan sus habitantes: así decimos este mundo malo, cuando significamos a aquellos que habitan este mundo en el corazón, es decir, cuya conversación no está en los cielos. "Porque nuestra", dice el Apóstol, "conversación está en los cielos" (Filip. III, 20). Pero al diablo sirven todos los pecados, quien por libre albedrío quiso ser príncipe del pecado; por eso se le llama príncipe de este mundo. Esta regla de inteligencia os exhorto a que la grabéis en vuestros corazones: el

Señor ayudará con ella a discernir y resolver muchas Escrituras, sobre las cuales ellos tejen los lazos de su error.

CAPÍTULO III.

3. Cómo vino el diablo ante Dios. Pues como no está escrito que el diablo vio a Dios, sino solo que vino con los ángeles ante el Señor, y oyó su voz; ¿por qué estos miserables se esfuerzan en calumniar las Escrituras sobre la visión de Dios, y en pervertir a los inexpertos? Por tanto, esta proposición de ellos se supera con una brevísima respuesta. Pues por mucha locuacidad que empleen para indagar cómo vio el diablo a Dios; respondemos: No vio el diablo a Dios. Dirán: ¿Cómo, pues, habló con Él? Aquí, en verdad, no por nosotros, sino por los hombres ciegos debe ser convencida la ceguera de su corazón. Pues aquellos que son ciegos de los ojos corporales, pueden hablar diariamente con aquellos a quienes no pueden ver. ¿Cómo, pues, vino, dicen, ante Él? Como el ciego ante el que ve, a quien él mismo no puede ver. Y estas similitudes, amadísimos hermanos, se han dicho para refutar la maldad de los hombres carnales; para que si es posible, así repelidos, conviertan sus impíos corazones a la mansedumbre de aprender. ¿Acaso Dios está contenido en un lugar, a quien toda conciencia angélica y humana tiene presente, no solo de los buenos, sino también de los malos? Sin embargo, esto es lo que diferencia, que a las buenas conciencias está presente como padre, a las malas como juez: como está escrito, "El Señor interroga al justo y al impío" (Sal. X, 6). También está escrito, "En los pensamientos del impío habrá interrogación" (Sab. I, 9). Ni más vehementemente en los oídos del cuerpo Dios interroga, que en el secreto del pensamiento, donde solo Él oye, solo Él es oído. ¿No es cierto que incluso los hombres malos, cuando dicen la verdad y no se les cree, juran y dicen: "Dios es testigo", y lo dicen muy verdaderamente? ¿Dónde, os pregunto, es testigo? ¿En la lengua, o en el corazón? ¿En el sonido de la voz, o en el silencio de la conciencia? ¿Por qué, además, a menudo se enfurecen porque no se les cree, cuando saben que dicen la verdad, sino porque no pueden abrirnos su corazón, donde Dios es testigo?

CAPÍTULO IV.

4. Dios nos habla de varias maneras. Hay muchos modos en que Dios nos habla. A veces habla por algún instrumento, como por el código de las Escrituras divinas: habla por algún elemento del mundo, como habló a los Magos por una estrella (Mat. II, 2). ¿Qué es hablar, sino significar la voluntad? Habla por la suerte, como habló sobre la ordenación de Matías en lugar de Judas (Hechos I, 26): habla por el alma humana, como por el profeta: habla por un ángel, como aceptamos que habló a algunos de los Patriarcas, Profetas y Apóstoles: habla por alguna criatura vocal y sonora, como leemos y sostenemos que se hicieron voces del cielo, cuando no se veía a nadie con los ojos. Finalmente, al mismo hombre, no desde fuera por sus oídos o ojos, sino dentro en el alma, Dios habla de varios modos: pero ya sea en sueños, como a Labán el sirio, para que no dañara a su siervo Jacob (Gén. XXXI, 24), y a Faraón sobre los siete años de abundancia y los siete de escasez se le mostró (Gén. XLI, 1-32); o tomando el espíritu del hombre, lo que los griegos llaman éxtasis, como a Pedro orando se le mostró un vaso lleno de semejanzas de criaturas de los gentiles bajado del cielo; o en la misma mente, cuando alguien entiende la majestad o la voluntad, como el mismo Pedro de aquella visión, qué quería que hiciera el Señor, lo conoció pensando en sí mismo. Pues nadie puede hacer esto, sino que con un cierto clamor silencioso de la verdad que resuena dentro de sí mismo lo reconoce. Dios también habla en la conciencia de los buenos y malos. Pues nadie puede aprobar lo que hace bien, ni desaprobado lo que peca, sino que en el mismo silencio del corazón con la voz de la verdad que alaba o clama lo reconoce. La verdad, sin embargo, es

Dios: que aunque hable de tantos modos a los hombres buenos y malos (aunque no todos a quienes habla de tantos modos, puedan también contemplar su sustancia y naturaleza), ¿quién de los hombres puede conjeturar o pensar cuántos y de qué modos la misma verdad habla a los ángeles, ya sea a los buenos, que disfrutan contemplando su inefable especie y belleza por una admirable caridad; o a los malos, que depravados por su soberbia, y ordenados por la misma verdad en los inferiores, pueden oír su voz por ciertos modos ocultos, aunque no sean dignos de ver su rostro?

CAPÍTULO V.

5. El diablo pudo escuchar la voz de Dios. Por lo tanto, amadísimos hermanos, fieles de Dios, y verdaderos hijos de la madre Católica, que nadie os engañe con alimentos venenosos, aunque aún debáis ser alimentados con leche: caminad ahora con perseverancia por la fe de la verdad; para que en el tiempo cierto y oportuno podáis llegar a la visión de esa misma verdad. Pues como dice el Apóstol, mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor; porque caminamos por fe, no por visión (II Cor. V, 6, 7). Sin embargo, la fe cristiana conduce a la visión del Padre. Por eso el Señor dice: Nadie viene al Padre, sino por mí (Juan XIV, 6). Por lo tanto, es inútil que estos pregunten cómo el diablo pudo llegar a Dios a través de Cristo. El diablo no puede alcanzar esa bienaventuranza de la contemplación, a la que la fe cristiana lleva a los de corazón puro. Sin embargo, el diablo pudo escuchar la voz de Dios hablando; así como muchos hombres que no creyeron en Cristo pudieron escuchar la voz de Dios desde el cielo diciendo: Lo he glorificado y lo glorificaré, cuando el Señor dijo: Padre, glorifica a tu Hijo (Juan XII, 28, 27).

CAPÍTULO VI.

6. Qué significa que el diablo vino ante la presencia de Dios. Lo que está escrito, que el diablo vino ante la presencia de Dios, no está escrito porque alguien pueda alguna vez escapar de la presencia de Dios, a cuyos ojos todo está sujeto, y a quien la profundidad del corazón de cualquiera está abierta: sino porque en el secreto de la creación se hicieron las cosas que la Escritura narró, por eso está escrito: Y he aquí que vinieron los ángeles ante la presencia de Dios; aunque nunca se apartan de la presencia de Dios. Pues dondequiera que son enviados, allí también está presente la presencia de Dios. Pero allí propiamente se dice la presencia de Dios, donde la visión humana no puede penetrar; como son los secretos de la conciencia. Por eso, cuando reprendemos a alguien que miente, no decimos que habló en la presencia de Dios; porque no habló lo que Dios ve en su mente, a donde el hombre no puede dirigir su mirada. Por lo tanto, como estas cosas se hicieron tan secretamente, que no podrían ser reveladas a los hombres a través de las Sagradas Escrituras, a menos que el Espíritu Santo lo revelara, se dice que se llegó a la presencia de Dios, y que allí se hicieron.

CAPÍTULO VII.

7. Cómo el diablo estuvo en medio de los ángeles. Que el diablo estuvo en medio de los ángeles, si entiendes que eran ángeles buenos, entiende al diablo en medio de ellos, como un acusado que está en medio de los alguaciles para ser escuchado por el juez. Pues la Escritura no declara qué tipo de ángeles eran. Pero si estaba en medio de ángeles malos, ¿qué tiene de extraño que el príncipe y líder esté rodeado por la multitud de sus ministros? Si tomas lo de "en la presencia de Dios" de tal manera que aquellos que vienen a la presencia de Dios no solo son vistos por Él, sino que también lo ven a Él; entonces se debe entender que el diablo

estaba en medio de ellos, pero que no vio a Dios, a quien ellos veían; de modo que incluso a través de algún santo ángel Dios habló al diablo. Sin embargo, en el libro solo está escrito: Dijo Dios. Así como en los asuntos públicos, aunque el juez hable a menudo a través de un pregonero, cuando se escriben los Actos, se menciona el nombre del juez, no el del pregonero. Así como un hombre indigno de la visión profética puede estar en medio de los profetas, para solo escuchar lo que el Señor dice a través de ellos, sin ver lo que ellos ven: así también el diablo pudo estar en medio de los santos ángeles que ven a Dios, a través de quienes escuchó la voz de Dios, a quien él no podía ver.

CAPÍTULO VIII.

8. Los maniqueos refutados por su propia doctrina. Y los artificios de los maniqueos, en cuanto a esta cuestión se refiere, veis que han sido resueltos de muchas maneras, para que ya no penséis, carísimos hermanos, que el diablo realmente habló con Dios de tal manera que también pudo ver el rostro de la verdad, que los corazones puros contemplan; o que llegó a esa contemplación de la bienaventuranza, a la que nadie puede llegar sino por el Señor Jesucristo. Sin embargo, me asombra mucho la impudencia de estos hombres, que quieren calumniarnos sobre la visión de la sustancia divina, y mienten sobre nuestras Escrituras, diciendo que el diablo vio a Dios; y tratan de suscitar tal envidia, que cualquiera que se horrorice y juzgue indigno que el diablo haya visto a Dios, se aparte completamente de la autoridad de las Escrituras divinas, por una ignorancia sospechosa que no entiende lo que está escrito: cuando ellos mismos no niegan que nuestro Señor Jesucristo es Dios, y fingen que se apareció a los hombres sin asumir un cuerpo humano.

CAPÍTULO IX.

9. Los maniqueos no niegan que Cristo fue visto por el diablo. Los ángeles aparecen a través de un cuerpo verdadero asumido.---Cuando el diablo se atrevió a tentar al Señor (Mat. IV, 1-11), cuando lo vio, ¿qué veía? Si veía su cuerpo, entonces el Señor tenía un cuerpo, lo cual los perdidos no quieren confesar. Pero si no tenía cuerpo, entonces la misma sustancia divina estaba sujeta a los ojos del diablo: la cual no ven sino aquellos que son puros de corazón, como ellos mismos nos recuerdan del Evangelio. ¡Oh ceguera importuna de los herejes! ¿Por qué acusas falsamente a nuestras Escrituras, diciendo que el diablo vio a Dios; y al negar el cuerpo de Cristo, te ves obligado a querer publicar su sustancia divina a los ojos del diablo? ¿O acaso, como suelen decir, no tenía cuerpo humano, pero se mostraba como si lo tuviera? ¿Quién, entonces, siente más verdadera y correctamente, insensatos, el que cree que Dios habló con el diablo, o el que cree que Dios no solo habló con el diablo, sino que también le mintió? Pues la Escritura recuerda que algunos ángeles aparecieron a los ojos humanos: pero ciertamente el Señor sometió la creación corporal a su potestad, de modo que la adaptaran a su voluntad. Por eso, aunque no nacieron de mujer, tuvieron un cuerpo verdadero, que podían convertir de cualquier forma en cualquier forma según la razón de su ministerio y oficio; de verdadera en verdadera. Pues cuando el Señor convirtió el agua en vino, no podemos decir que el agua era falsa, o el vino falso.

CAPÍTULO X.

10. Cómo Cristo aparecía al diablo.---Por lo tanto, todo cuerpo, cuya naturaleza y orden es mutable, al mandato del omnipotente Creador, en cualquier forma que sea transformado, no se aparta de la verdad en su género: porque por cualquier variedad que se cambie, no deja de ser cuerpo y cuerpo verdadero. Pero como estos fingen que toda naturaleza corporal no es del

omnipotente Creador Dios, sino de una cierta gente de las tinieblas, preguntamos de ellos, ¿de dónde asumió cuerpo nuestro Señor Jesucristo? Pues si dicen que no asumió ningún cuerpo, ¿qué era lo que aparecía a los ojos humanos y corporales? O era una mentira de fantasmas, lo cual es abominable creer: o si sostienen que mostró su misma sustancia divina a los ojos humanos sin asumir cuerpo alguno, y también el diablo la vio; ¿dónde queda lo que proclaman con voz calumniosa en esta cuestión, Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios? Pero si acaso dicen que la sustancia divina y propia del Señor no es tal en el Padre, como quiso mostrarse en la tierra sin asumir cuerpo alguno; ¿qué otra cosa han creído, sino que es mutable por lugares y tiempos, miserables? Pues no quieren leer, o no pueden entender fácilmente lo que se dice por el profeta, Los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán (Sal. CI, 27, 28): y lo que está escrito en las letras de la Sabiduría divina sobre la misma Sabiduría, Permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas (Sab. VII, 27).

CAPÍTULO XI.

11. Los maniqueos son urgidos, ya que el sol que consideran Dios, es visto por los malos. Según su sentido, si alguien les dice, ¿Qué os asombra, si Dios también cambió la apariencia de su divinidad, para que pudiera ser visto por el diablo, que es de corazón muy impuro, como os parece de Cristo Dios? no sé qué responderían. Porque nunca se atrevieron a decir que el Padre y el Hijo no son de una sola sustancia: y si dijieran que el Hijo es de otra sustancia, se les podría responder, ¿Cómo sabéis, entonces, si la antigua Escritura recuerda que el diablo habló con el Padre o con el Hijo? Luego preguntamos, ¿ve el diablo este sol, o no lo ve? Si lo ve, ¿cómo es entonces el sol Dios, a quien ve el diablo? Si no lo ve, sin embargo, los hombres malos lo ven; ¿cómo es entonces Dios, a quien ven los que no son puros de corazón? O si para ser visto, también él ha sido cambiado, y no es lo que parece; ¿qué si entonces vosotros mostráis una cosa, y sois otra, para que podáis no solo adorar al sol, sino también imitarlo? Y sin embargo, si les preguntas, si la sustancia divina es mutable o inmutable, no pueden sino decir inmutable, no guiados por la razón, sino confundidos por la vergüenza. Por lo tanto, queda que se vean obligados a confesar que nuestro Señor Jesucristo asumió cuerpo de otro lugar, para aparecer a los ojos humanos. Si lo confiesan, pregunto de dónde lo asumió. Si dicen de este mundo, pregunto de dónde es el cuerpo de este mundo. Inmediatamente me responden, De la gente de las tinieblas. ¡Oh maravillosa demencia! ¿Por qué, entonces, miserables, teméis el vientre de la virgen en el cuerpo del Salvador, y no teméis la gente de los demonios?

CAPÍTULO XII.

12. Por qué Cristo nació de mujer. El Hijo de Dios no fue cambiado por la encarnación. Nosotros, en verdad, profesamos que toda la naturaleza del cuerpo es del omnipotente Creador Dios: y por eso, de dondequiera que nuestro Señor asumiera cuerpo, ciertamente lo asumiría de su creación: pero prefirió nacer de mujer humildemente, quien vino a liberar la creación perdida, que cayó por la mujer. Por lo cual, queriendo llevar a ambos sexos a la esperanza de renovación y reparación, eligió el masculino en el que nacería, y el femenino por el que nacería. Pero vosotros que os horrorizáis de las entrañas castas de la virgen, elegid, os ruego, de dónde el Señor debería asumir cuerpo. Decís que todo cuerpo es sustancia de la gente de las tinieblas. Elegid, pues, como dije, de dónde el Hijo de Dios debería asumir cuerpo. ¿O habéis perdido la luz de la respuesta, porque las tinieblas os encuentran dondequiera que volváis los ojos? Pero la carne mortal, dicen, parece más inmundada. Recitadles al Apóstol, Todas las cosas son puras para los puros: y recitadles al Apóstol, Para

los impuros e infieles, nada es puro; sino que están contaminados su mente y su conciencia (Tit. I, 15). Pero si no dicen, Más inmunda; sino, Más débil: consentimos claramente; y por eso Cristo es nuestra fortaleza, porque nuestra debilidad no lo cambió. Aquí reconozco aquella voz del profeta, Los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán. Pues no solo no lo cambió en peor la debilidad de la carne, sino que por él la misma fue cambiada en mejor. Este sol corporal, que piensan que no es cuerpo (hasta tal punto que no entienden qué es el cuerpo, quienes se jactan falsamente de disputas espirituales): este sol corporal, solo porque es un cuerpo celestial, ilumina la tierra, y no se oscurece por ella; seca el agua, y no se humedece por ella; derrite el hielo, y no se enfría por ella; endurece el barro, y no se ablanda por él. Y nuestro Señor Jesucristo, Verbo del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, poder y sabiduría de Dios, presente en todas partes, secreto en todas partes, entero en todas partes, en ninguna parte encerrado, extendiéndose de un extremo al otro con fuerza, y disponiendo todas las cosas suavemente, temen los infelices, no sea que no pudiera asumir al hombre de tal manera que vivificara lo mortal, y no fuera mortalizado por ellos; santificara la carne, y no se contaminara por ella; disolviera la muerte, y no fuera atado por ella; transformara al hombre en sí, y no se transformara en hombre. Nos hemos visto obligados a discutir de otra cosa por la vacilación de algunos, y la peligrosa debilidad de la fe. Pero en cuanto a la cuestión propuesta, aunque esa Escritura (sobre la cual prefirieron tender una trampa que iluminar) no prueba que Dios fue visto por el diablo; que ellos mismos vean cómo la gente de las tinieblas pudo ver la sustancia divina, cuando antes de la lucha, que dicen que mezcló el bien y el mal, la sustancia divina aún no había asumido ningún cuerpo para ser vista por su enemigo. De lo cual reconozcan que es en vano que quieran subvertir los fundamentos de la fe católica, cuando sus fabulas ruinosas no pueden ser sostenidas por cualesquiera que sean las respuestas.

SERMO XIII. Sobre lo que está escrito en el Salmo II, 10, Erudíos, todos los que juzgáis la tierra. Pronunciado en la Mesa de San Cipriano, VI cal. jun.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué significa juzgar la tierra.---Erudíos, todos los que juzgáis la tierra. Juzgar la tierra es dominar el cuerpo. Escuchemos al Apóstol juzgando la tierra: No lucho, dice, como quien golpea el aire; sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado (I Cor. IX, 26 y 27). Escucha, pues, tierra, al que juzga la tierra; y juzga la tierra, para que no seas tierra. Pues si juzgas la tierra, serás cielo, y en ti narrarás la gloria del Señor. Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. XVIII, 2). Pero si no juzgas la tierra, serás tierra. Y si eres tierra, pertenecerás a aquel a quien se le dijo, Comerás tierra (Gén. III, 14). Escuchen, pues, los jueces de la tierra: castiguen el cuerpo, frenen las pasiones, amen la sabiduría, venzan la concupiscencia: y para que lo hagan, sean instruidos.

CAPÍTULO II.

2. El que presume de sus propias fuerzas, parece del camino justo. Confiar en el Señor. Humilde desordenado. Esta es la suma de la instrucción: Servid al Señor con temor, y regocijaos en él con temblor. Regocíjate en él, no en ti: en aquel de quien eres lo que eres, y lo que eres hombre, y lo que eres justo; si ya eres justo. Pero si piensas que de él eres hombre, pero de ti eres justo; no sirves al Señor con temor, ni te regocijas en él con temblor, sino en ti con presunción. ¿Y qué te sucederá, sino lo que sigue? No sea que se enoje el Señor, y perezcáis, dice, del camino justo. No dijo, No sea que se enoje el Señor, y no entréis en el

camino justo; sino, perezcáis del camino justo. Ya te pareces justo a ti mismo no robando lo ajeno, no adulterando, no cometiendo homicidio, no dando falso testimonio contra el prójimo, honrando al padre y a la madre, adorando a un solo Dios, no sirviendo a ídolos y demonios: de este camino perecerás, si presumes de estas cosas, si piensas que estas cosas son de ti mismo. Pues los infieles no entran en el camino justo, los soberbios perecen del camino justo. ¿Qué dice entonces? Erudíos, todos los que juzgáis la tierra. Y no sea que atribuyáis a vosotros mismos las fuerzas y el poder con que juzgáis la tierra, y creáis que las tenéis de vosotros mismos; no lo hagáis así: Servid al Señor con temor; regocijaos, no en vosotros con presunción, sino en él con temblor. No sea que se enoje el Señor, y perezcáis del camino justo, cuando se encienda de repente su ira. ¿Qué se debe hacer, entonces, para no perecer del camino justo? Bienaventurados todos los que confían en él (Sal. XI, 10-13). Si bienaventurados los que confían en él; miserables los que confían en sí mismos. Maldito es todo hombre que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). Por lo tanto, ni en ti, porque tú también eres hombre. Pues si pones tu esperanza en otro hombre, serás humildemente desordenado: pero si pones tu esperanza en ti mismo, serás peligrosamente soberbio. ¿Qué importa, entonces? Ambos son perniciosos: ninguno de ellos debe elegirse. El humildemente desordenado no se levanta: el peligrosamente soberbio se precipita.

CAPÍTULO III.

3. La buena voluntad dada por Dios, excitada por Dios. Finalmente, para que vuestra Santidad sepa que estas palabras fueron dichas para refutar y consumir ese sentido, que uno confía en sí mismo, escuchad al Apóstol diciendo estas mismas palabras, y explicando la razón por la que fueron dichas. He aquí las palabras del Apóstol: Con temor y temblor trabajad vuestra propia salvación. ¿Por qué, entonces, trabajo mi salvación con temor y temblor, si está en mi poder trabajar mi salvación? ¿Quieres escuchar por qué con temor y temblor? Porque Dios es el que obra en vosotros. Por eso con temor y temblor: porque lo que obtiene el humilde, lo pierde el soberbio. Si, pues, Dios es el que obra en nosotros, ¿por qué se dijo, Trabajad vuestra propia salvación? Porque así obra en nosotros, que también nosotros obramos: Sé mi ayudador (Sal. XXVI, 9). Designa también a sí mismo como obrero, quien invoca al ayudador. Pero la buena voluntad, dice, es mía. Lo admito, es tuya. Pero, ¿de quién fue dada, de quién fue excitada? No me escuches a mí mismo: interroga al Apóstol. Porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el obrar por su buena voluntad (Filip. II, 12, 13). ¿Qué es, entonces, lo que te arrogabas? ¿Qué es lo que ibas soberbio, y perecías? Vuelve a tu corazón, encuentra que eres malo; y para ser bueno, invoca al bueno. Pues no agrada a Dios en ti, sino lo que tienes de Dios: pero lo que tienes de ti, desagrada a Dios. Si piensas en tus bienes, ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Él es el único que no sabe sino dar. No tiene dador, quien no tiene mejor. Si tú eres inferior a él, o mejor dicho, porque eres inferior, alégrate de haber sido hecho a su imagen; para que seas hallado en él, quien te perdiste en ti. Pues no pudiste en ti, sino perderte; ni sabes encontrarte, sino que aquel que te hizo, te busque.

CAPÍTULO IV.

4. A los jueces. Sobre la mujer adúltera. Hablemos también a aquellos que, según esta comprensión visible y popular, juzgan la tierra. Juzgan la tierra los reyes, duques, príncipes, jueces: cada uno según el cargo que ha recibido en la tierra, juzga la tierra. ¿Qué significa entonces que se dice "Juzga la tierra", sino "Juzga a los hombres que están en la tierra"? Pues

si tomas la tierra propiamente, solo como la que pisas; entonces se habría dicho a los agricultores: "Vosotros que juzgáis la tierra". Pero si los reyes juzgan la tierra, y cualquiera que bajo los reyes ha recibido poder de los reyes; que también ellos sean instruidos: porque la tierra juzga la tierra; y debe temer a aquel que está en el cielo juzgando la tierra. Pues su igual juzga, el hombre al hombre, el mortal al mortal, el pecador al pecador. Si se presentara en medio aquella sentencia del Señor, "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra contra ella"; ¿no es cierto que todo el que juzga la tierra sufre un terremoto? Recordemos el pasaje evangélico. Los fariseos, tentando al Señor, trajeron ante Él a una mujer sorprendida en adulterio; pecado por el cual la pena había sido definida por la Ley, la Ley dada por Moisés, el siervo de Dios (Levítico 20, 10). Con esta complejidad engañosa y fraudulenta se acercaron los fariseos al Señor, para que si ordenaba apedrear a la mujer difamada, perdiera su mansedumbre; pero si prohibía lo que la Ley ordenaba, se le acusaría de pecar contra la Ley. Así como a los que preguntaban sobre el tributo a César, los atrapó con su propia boca, preguntando a su vez de quién era la imagen y la inscripción en la moneda. Pues ellos mismos, que habían preguntado, respondieron que la imagen era de César; Él les respondió según sus propias palabras: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Lucas 20, 22-25); para advertir que así como se devuelve a César su imagen en la moneda, se debe devolver a Dios su imagen en el hombre. Así también interrogó a los interrogadores sobre esta adúltera, y por eso juzgó a los jueces. No prohíbo, dijo, apedrear a quien la Ley ordenó apedrear; pero pregunto quiénes lo harán. No me opongo, sino que busco al ministro de la Ley. Escuchad: ¿Queréis apedrear según la Ley? El que esté sin pecado, que tire la primera piedra contra ella.

5. Consigue misericordia. Cuando escuchó esto, escribía con el dedo en la tierra, para instruir a la tierra. Cuando dijo esto a los fariseos, levantó sus ojos, miró la tierra, y la hizo temblar. Por lo tanto, cuando dijo esto, comenzó de nuevo a escribir en la tierra. Pero ellos, compungidos y temblorosos, se fueron uno tras otro. ¡Oh terremoto, donde la tierra se movió tanto que incluso cambió de lugar!

CAPÍTULO V.

Con ellos yéndose, quedaron la pecadora y el Salvador: quedaron la enferma y el médico: quedaron la miserable y la misericordia. Y mirando a la mujer, dijo: "¿Nadie te ha condenado?" Y ella: "Nadie, Señor". Pero aún estaba preocupada. Los pecadores no se atrevieron a condenar: no se atrevieron a apedrear a la pecadora, quienes al mirarse a sí mismos se encontraron semejantes. Pero la mujer aún estaba en gran peligro: porque también quedaba como juez aquel que estaba sin pecado. "¿Nadie", dijo, "te ha condenado?" Y ella, "Nadie, Señor: si tampoco tú, estoy segura". A esta preocupación el Señor respondió rápidamente con su voz: "Tampoco yo te condeno" (Juan 8, 3-11). "Tampoco yo, aunque estoy sin pecado, tampoco yo te condeno". A ellos la conciencia los detuvo de la venganza: a mí la misericordia me inclina a socorrer.

6. Palabras de Pablo sobre el poder. Prestad atención a esto, y sed instruidos, todos los que juzgáis la tierra. Todos, ciertamente, porque también debe entenderse así, como de quienes el Apóstol dice: "Toda alma esté sujeta a las potestades superiores. Porque no hay potestad sino de Dios. Las que son de Dios, están ordenadas". Quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios. Porque los príncipes no son para temor del buen obrar, sino del malo. ¿Quieres no temer a la potestad? Haz el bien, y tendrás alabanza de ella (Romanos 13, 1-3). Y si no de ella, al menos de ella. O bien actúas justamente, y la potestad justa te alabará: o bien, si la potestad injusta te condena actuando justamente, Dios justo te coronará. Por lo tanto,

mantén la justicia, vive bien: y ya sea que te condenen o te absuelvan, tendrás alabanza de ella. ¿No es cierto que aquel bendito, cuya sangre fue derramada aquí, encontró alabanza de esa misma potestad, antes de ser juzgado por ella y por quien fue visto? Confesó, permaneció en la fe: no temió la muerte, derramó su sangre, venció al diablo.

CAPÍTULO VI.

7. El juez primero en sí mismo, luego en los demás. Para que no seáis de potestad injusta, cualquiera que desee tener poder sobre los hombres; sed instruidos, para que no juzguéis perversamente, y perezcaís en el alma antes de destruir a alguien en la carne. Quieres ser juez (no puedes por méritos), o por dinero; aún no te reprendo. Tal vez desees beneficiar a los asuntos humanos, y compras para ser útil; para servir a la justicia, no escatimas en dinero. Primero sé juez en ti mismo: primero juzga sobre ti, para que desde el interior de la conciencia salgas seguro hacia el otro. Vuelve a ti mismo, obsérvate, examínate, escúchate. Ahí quiero que pruebes ser un juez íntegro, donde no buscas testigo. Quieres proceder con poder, para que otro te diga sobre otro lo que no sabes; primero juzga dentro. ¿Nada te ha dicho tu conciencia sobre ti? Si no quieres negar, ciertamente te ha dicho. No quiero escuchar qué ha dicho: tú juzga que has escuchado. Te ha dicho sobre ti lo que has hecho, lo que has recibido, lo que has pecado. Me gustaría saber qué sentencia has pronunciado. Si has escuchado bien, si has escuchado correctamente, si has sido justo al escucharte, si has subido al tribunal de tu mente, si te has colgado ante ti mismo en el potro del corazón, si has aplicado severos torturadores del temor; has escuchado bien si has escuchado así; y sin duda, al arrepentirte, has castigado el pecado. He aquí que has examinado, has escuchado, has castigado; y sin embargo, te has perdonado. Así escucha también a tu prójimo, si eres instruido como el Salmo aconseja, "Sed instruidos, todos los que juzgáis la tierra".

CAPÍTULO VII.

8. Perseguir el pecado, no al pecador. Si escuchas a tu prójimo como te escuchas a ti mismo; persigues el pecado, no al pecador: y si acaso alguien es duro para corregir sus pecados, alejado del temor de Dios; eso mismo persigues en él, eso mismo intentas corregir, eso trabajas por destruir y eliminar, para que el hombre sea salvado con el pecado condenado. Hay dos nombres, hombre y pecador: el hombre lo hizo Dios, el pecador se hizo a sí mismo el hombre: perezca lo que hizo el hombre, sea liberado lo que hizo Dios. No hasta la muerte, para que al perseguir el pecado, no pierdas al hombre. No hasta la muerte, para que haya quien se arrepienta: que el hombre no sea asesinado, para que haya quien sea corregido. Conservando en el corazón el amor del hombre hacia los hombres, sé juez de la tierra, y ama asustar, pero ama. Si te enorgulleces, enorgullécete contra los pecados, no contra el hombre. Enfurece contra lo que te desagrade también en ti; no contra aquel que fue hecho como tú. Salisteis de un mismo taller, tuvisteis un mismo artífice, un mismo barro es vuestra materia. ¿Qué pierdes al no amar a quien juzgas? Porque pierdes la justicia, pierdes al no amar a quien juzgas. Que se apliquen penas, no lo rechazo, no lo prohíbo; pero con el ánimo de amar, con el ánimo de corregir.

CAPÍTULO VIII.

9. La disciplina y corrección no deben ser descuidadas. Golpeando, piadoso; perdonando, cruel. No es que no instruyas a tu hijo. Y primero actúas para que, si es posible, sea instruido por la vergüenza y la liberalidad, se avergüence de ofender al padre, no tema como a un juez severo; te alegras de tal hijo: pero si acaso desprecia esto, aplicas también los azotes;

infundes castigo, infliges dolor, pero buscas la salvación. Muchos han sido corregidos por amor, muchos por temor: pero a través del temblor del temor han llegado al amor. Sed instruidos, los que juzgáis la tierra. Amad y juzgad. No se busca la inocencia de tal manera que se pierda la disciplina. Está escrito, "El que rechaza la disciplina, es infeliz" (Sabiduría 3, 11). Bien puede añadirse a esta sentencia, "Así como el que rechaza la disciplina, es infeliz: así el que niega la disciplina, es cruel". Me he atrevido a decir algo, hermanos míos, que me veo obligado a exponer más plenamente por la oscuridad del asunto. Repito lo que dije, "El que rechaza la disciplina, es infeliz": esto es claro. "El que no da disciplina, es cruel": sostengo firmemente, sostengo y muestro que golpeando es piadoso, perdonando es cruel; pongo un ejemplo ante los ojos. ¿Dónde encuentro que golpeando es piadoso? No voy a otros, voy al padre y al hijo: el padre, incluso cuando golpea, ama; y el niño no quiere ser golpeado: desprecia la voluntad, consulta la utilidad. ¿Por qué? Porque es padre, porque prepara la herencia, porque nutre al sucesor. He aquí que golpeando es piadoso el padre, golpeando es misericordioso. Dame al hombre que perdonando es cruel. No me alejo de las personas, las pongo ante los ojos. Pero si el niño impune e indisciplinado vive de tal manera que perece, y el padre disimula; el padre perdona, el padre teme ofender al hijo perdido con la aspereza de la disciplina, ¿no es cruel perdonando? Sed instruidos, pues, todos los que juzgáis la tierra: y juzgando bien, no esperéis recompensa de la tierra, sino de aquel que hizo el cielo y la tierra.

SERMON XIV. Sobre el versículo 14 del Salmo IX, "A ti se ha encomendado el pobre, tú serás el ayudador del huérfano". Pronunciado en Cartago en la basílica de los Novios, en domingo.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Quién es el verdadero pobre.---Hemos cantado al Señor, y hemos dicho, "A ti se ha encomendado el pobre, tú serás el ayudador del huérfano". Busquemos al pobre, busquemos al huérfano. Y no es de extrañar que aconseje buscar, a quienes vemos y sentimos que abundan tanto. ¿No están llenos de pobres todos los lugares? ¿No están llenos de huérfanos todos los lugares? Sin embargo, entre todos busco al pobre, busco al huérfano. Y primero debe mostrarse a vuestra Caridad, que lo que pensamos no es lo que buscamos. Porque los que se llaman pobres y lo son, en quienes se hacen las limosnas mandadas por Dios, de quienes confesamos que está escrito, "Guarda la limosna en el corazón del pobre, y ella intercederá por ti ante el Señor" (Eclesiástico 29, 15): este tipo de personas abunda; pero este pobre debe entenderse más profundamente. Es de ese tipo de pobre del que se ha dicho, "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mateo 5, 3). Hay pobres que no tienen dinero, que apenas encuentran el sustento diario, que dependen de las riquezas ajenas, que necesitan misericordia hasta el punto de no avergonzarse de mendigar: si de estos se ha dicho, "A ti se ha encomendado el pobre"; ¿qué hacemos nosotros, que no somos esto? Entonces nosotros, que somos cristianos, ¿no somos encomendados a Dios? ¿Y qué otra esperanza tenemos, si no somos encomendados a aquel que no nos abandona?

2. Los ricos deben evitar la soberbia. Aprended, pues, a ser pobres y a ser encomendados a Dios, oh compañeros pobres míos. El rico es, el soberbio es. Pues incluso en estas riquezas, que comúnmente se llaman riquezas, a las que se opone esta pobreza vulgar; en estas riquezas, por tanto, no hay nada que temer tanto como la enfermedad de la soberbia. Porque quien no tiene dinero, no tiene amplias posesiones; no tiene de qué enorgullecerse. Si, por tanto, quien no tiene de qué enorgullecerse, no es alabado por no enorgullecerse: quien tiene,

sea alabado si no se enorgullece. ¿Por qué, entonces, alabo al pobre humilde, que no tiene de qué enorgullecerse? ¿Quién soporta a un indigente y soberbio?

CAPÍTULO II.

Alaba al rico humilde, alaba al rico pobre. Así quiere el apóstol Pablo, quien escribiendo a Timoteo dice: "Manda a los ricos de este siglo, que no sean altivos" (1 Timoteo 6, 17). Sé lo que digo: esto mándales. Porque tienen riquezas que persuaden la soberbia, tienen riquezas en las que luchan por ser humildes. Dame a Zaqueo, que tiene grandes riquezas, jefe de publicanos, confesor de pecados, de baja estatura, de ánimo más bajo, subiendo a un árbol para ver al que pasaba, que por él colgaba en el árbol. Dame al que dice, "La mitad de mis bienes doy a los pobres". Pero eres muy rico, oh Zaqueo, eres muy rico. He aquí que darás la mitad: ¿por qué reservas la mitad? Porque "si a alguien he defraudado, le devuelvo el cuádruplo" (Lucas 19, 2-8).

3. Los pobres de la suerte de Lázaro no deben enorgullecerse. Pero me dice cualquier mendigo, cansado por la debilidad, cubierto de harapos, languideciendo de hambre; me responde y dice: A mí se me debe el reino de los cielos; porque soy semejante a aquel Lázaro, que yacía ulceroso ante la casa del rico, cuyos perros lamían sus llagas, y buscaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico: yo soy más semejante a él, dice. Es de nuestro tipo, a quien se debe el reino de los cielos; no de aquel tipo que se viste de púrpura y lino fino, y banquetea espléndidamente cada día. Porque así era aquel, ante cuya casa yacía el pobre ulceroso: y ved los destinos de ambos. Porque sucedió que murió aquel indigente, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado. Pues el pobre tal vez ni siquiera fue sepultado. ¿Y qué después? Cuando en el infierno aquel rico estaba en tormentos, levantó sus ojos, vio al pobre que había despreciado, descansando en el seno de Abraham: deseó una gota, de quien aquel una migaja; y porque amó la opulencia, no encontró misericordia.

CAPÍTULO III.

4. El pobre y el rico en la misma suerte de felicidad, si ambos son humildes. Seno de Abraham. Discernamos, pues, dice a mí, pobres y ricos: ¿por qué me exhortas a entender otras cosas? Los pobres están claros, los ricos están claros. Escúchame, pues, sobre lo que propusiste, señor pobre. Porque cuando dices que eres como aquel santo ulceroso, temo que por enorgullecerte no seas lo que dices. No desprecies a los ricos misericordiosos, a los ricos humildes; y para decirlo más rápidamente, a los ricos pobres no los desprecies. Oh pobre, sé también tú pobre; pobre, es decir, humilde. Porque si el rico se ha hecho humilde, cuánto más debe ser humilde el pobre. El pobre no tiene de qué enorgullecerse, el rico tiene con qué luchar. Escúchame, pues. Sé verdadero pobre, sé piadoso, sé humilde. Porque si te glorías de esta pobreza harapienta y ulcerosa, porque tal fue aquel que yacía indigente ante la casa del rico; consideras que fue pobre, y no consideras otra cosa. ¿Qué, dices, considero? Lee las Escrituras, y encontrarás lo que digo. Lázaro fue pobre: en cuyo seno fue llevado, fue rico. Sucedió, dice, que murió aquel indigente, y fue llevado por los ángeles. ¿A dónde? Al seno de Abraham, es decir, al secreto, donde estaba Abraham. No entendáis carnalmente, como si hubiera sido llevado al seno de la túnica de Abraham. Era seno, porque era secreto. De donde se dice, "Devuelve a nuestros vecinos en su seno" (Salmo 78, 12). ¿Qué es, "en su seno"? En sus secretos. ¿Qué es, "Devuelve en su seno"? Aflige su conciencia. Lee, o si no puedes leer, escucha cuando se lee, y ve que Abraham fue opulentísimo en la tierra, en oro, plata, familia, ganado, posesión (Génesis 13): y sin embargo, este rico era pobre, porque era humilde;

porque Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Génesis 15, 6). Fue justificado por la gracia de Dios, no por su propia presunción. Era fiel, obraba bien. Se le ordenó inmolar a su hijo; y no dudó en ofrecerle a quien había recibido, de quien había recibido (Génesis 22). Fue probado por Dios, constituido ejemplo de fe. Ya era conocido por Dios: pero debía ser mostrado a nosotros. No se enorgulleció como en sus buenas obras; porque este rico era pobre. Y para que sepas que no se enorgulleció como en sus buenas obras (pues sabía que todo lo que tenía, lo tenía de Dios; y no se gloriaba en sí mismo, sino en el Señor), escucha al apóstol Pablo: "Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios" (Romanos 4, 2).

CAPÍTULO IV.

5. El verdadero pobre en la multitud de pobres apenas se encuentra. Veis, que aunque abundan los pobres, buscamos al pobre: en la multitud buscamos, y apenas encontramos. Me encuentro con un pobre, y busco al pobre. Mientras tanto, extiende tu mano al pobre que encuentras. Con el corazón buscas, a quien buscas. Tú dices, Soy pobre como Lázaro: este humilde rico mío no dice, Soy rico como Abraham. Entonces tú te enorgulleces, él se humilla. ¿Por qué te inflas, y no imitas? Yo, dice, pobre soy llevado al seno de Abraham. ¿No ves que un pobre fue recibido por un rico? ¿No ves que un rico es el receptor del pobre? Porque si te enorgulleces contra aquellos que tienen dinero, y niegas que pertenezcan al reino de los cielos; cuando en ellos tal vez se encuentra la humildad, que en ti no se encuentra: ¿no temes que cuando mueras, Abraham te diga, Aléjate de mí, porque me has blasfemado?

6. Riquezas llenas de peligros y percederas. Advirtamos, pues, a nuestros ricos, lo que el Apóstol advirtió. No ser altivos, ni poner su esperanza en la incertidumbre de las riquezas (I Tim. VI, 17), se nos ha advertido. Esas riquezas, que creéis llenas de delicias, están más llenas de peligros. Era pobre, y dormía más seguro: el sueño llegaba más fácilmente a la dura tierra que a la cama plateada. Observad las preocupaciones de los ricos y comparadlas con la seguridad de los pobres. Pero que escuche este rico, para que no sea altivo ni ponga su esperanza en la incertidumbre de las riquezas. Use del mundo como si no lo usara. Sepa que camina por un camino y que ha entrado en estas riquezas como en una posada. Refrésquese, es un viajero: refrésquese y pase; no se lleva consigo lo que encuentra en la posada. Otro viajero vendrá, y él también lo tendrá, pero no se lo llevará. CAPÍTULO V.

Todos aquí dejarán lo que aquí adquirieron. Desnudo, dice, salí del vientre de mi madre; desnudo volveré a la tierra, el Señor dio, el Señor quitó (Job I, 21). No quitó, porque te fue dejado el pobre. Desnudo salí del vientre de mi madre; desnudo volveré a la tierra.

7. El pobre peor que el rico en deseos. Escucha a otro pobre. Nada trajimos a este mundo; y tampoco podemos llevarnos nada: teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y en muchos deseos necios y dañinos, que hundan a los hombres en la ruina y la perdición. Porque la raíz de todos los males es la avaricia: la cual algunos, al codiciarla, se desviaron de la fe y se atormentaron con muchos dolores (I Tim. VI, 7-10). ¿Quiénes son estos que se desviaron de la fe y se atormentaron con muchos dolores? Los que quieren enriquecerse. Ahora que me responda ese harapiento. Veamos si no quiere ser rico; veamos, preguntémosle si no quiere ser rico: que responda, que no mienta. Oigo la lengua, pero interrogo la conciencia. Que diga si no quiere ser rico. Pero si quiere; ya ha caído en tentación y en muchos deseos necios y dañinos. No hablo de riquezas, sino de deseos. ¿De dónde? Porque quiere ser rico. ¿Qué de eso? Muchos deseos necios y

dañinos, que hundan a los hombres en la ruina y la perdición. ¿Ves dónde estás? ¿Por qué me muestras que no tienes recursos, cuando yo demuestro que tienes tantos deseos? Ahora compara a dos. Este es rico, aquel es pobre: pero este ya es rico, no quiere serlo. Este es rico, ya sea por sus padres, o por dones y herencias. Supongamos, hagamos: es rico incluso por iniquidades. Ya no quiere añadir, ha impuesto un límite, ha fijado un límite a la codicia, ya en su corazón milita por la piedad.

CAPÍTULO VI.

8. Nuevamente se compara al pobre con el rico. Es rico, dices. Respondo, es rico. Nuevamente tú, acusador, respondes y dices, Es rico por iniquidad. ¿Qué si hace amigos con las riquezas de iniquidad? El Señor sabía lo que decía: ciertamente no se equivocaba cuando ordenaba, Haced amigos con las riquezas de iniquidad, para que ellos os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). ¿Qué si este rico hace eso? Ya ha puesto fin a la codicia, ejerce la piedad. Tú no tienes nada, pero quieres ser rico; caerás en tentación. Pero tal vez te has vuelto paupérrimo y necesitado, porque tenías algo paterno que te sustentaba, y alguna calumnia de un competidor te lo quitó. Gimes, te oigo, acusas a los tiempos: lo que gimes, si pudieras, lo harías. ¿Acaso no lo vemos? ¿Acaso no están llenos de ejemplos cotidianos? Ayer gemía porque perdía lo suyo; hoy, perteneciendo a un mayor, roba lo ajeno.

9. Verdadero pobre. Cristo pobre y rico. Hemos encontrado al verdadero pobre, hemos encontrado al piadoso humilde, que no confía en sí mismo, verdadero pobre, miembro del pobre que por nosotros se hizo pobre, siendo rico (II Cor. VIII, 9). Mira a nuestro rico, que por nosotros se hizo pobre, siendo rico; mira a ese rico: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho. Es más hacer oro que tenerlo. Eres rico en oro, plata, ganado, familia, tierras, frutos; no pudiste crear estas cosas para ti. Mira a ese rico: Todas las cosas fueron hechas por él. Mira a ese pobre: El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 3-14). ¿Quién puede pensar dignamente en sus riquezas? ¿Cómo hace lo que no se hace, cómo crea lo no creado, forma lo no formado, permanece inmutable, eterno en lo temporal? ¿Quién puede pensar dignamente en sus riquezas?

CAPÍTULO VII.

Pobreza de Cristo. Pensemos en la pobreza, no sea que incluso los pobres la captemos. Es concebido en el útero de una mujer virgen, está encerrado en las entrañas de su madre. ¡Oh pobreza! Nace en un estrecho albergue, envuelto en pañales infantiles, es colocado en un pesebre, se convierte en alimento para los animales pobres; luego el Señor del cielo y de la tierra, creador de los ángeles, hacedor y creador de todas las cosas visibles e invisibles, succiona, llora, es nutrido, crece, soporta la edad, oculta la majestad: después es apresado, despreciado, azotado, burlado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, colgado en un madero, perforado con una lanza. ¡Oh pobreza! He aquí la cabeza de los pobres que busco, de cuyo pobre miembro encontramos al verdadero pobre.

10. ¿Quién es el huérfano? Busquemos brevemente al huérfano: porque en la búsqueda del pobre nos hemos fatigado. Señor Jesús, busco al huérfano; fatigado lo busco: responde pronto, para que lo encuentre. No os llaméis padre en la tierra (Mat. XXIII, 9). El huérfano en la tierra encuentra al padre inmortal en el cielo. No os llaméis padre en la tierra. Este huérfano ha sido encontrado. Que ore este huérfano: escuchemos y sigamos su ejemplo. ¿Cuál es su oración? Porque mi padre y mi madre me dejaron. Mi padre, dice, y mi madre me dejaron: pero el Señor me recogió (Sal. XXVI, 10). Si, pues, bienaventurados los pobres de

espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3); A ti te ha sido dejado el pobre. Si mi padre y mi madre me dejaron, pero el Señor me recogió; Tú serás el ayudador del huérfano.

SERMON XV. Sobre el versículo 8 del Salmo XXV, Señor, amé la belleza de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria. Predicado en la Región tercera, en la basílica de San Pedro de Cartago.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Belleza de la casa de Dios. Iglesia viva.---Amamos la belleza de la casa de Dios y el lugar del tabernáculo de su gloria, si también nosotros mismos lo somos. ¿Cuál es, pues, la belleza de la casa de Dios y el lugar del tabernáculo de su gloria, sino su templo del que el Apóstol dice, Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Cor. III, 17)? Así como en las construcciones hechas por manos humanas, cuando se construyen elegantemente y con magnificencia, nuestra vista corporal se deleita; así cuando las piedras vivas, los corazones de los fieles, se mantienen unidas por el vínculo de la caridad, es la belleza de la casa de Dios y el lugar del tabernáculo de su gloria. Aprended, pues, lo que debéis amar, para que podáis amar. Porque quien ama la belleza de la casa de Dios, no hay duda de que ama a la Iglesia: no en las paredes y techos hechos por el arte, no en el brillo de los mármoles y los techos dorados; sino en los hombres fieles, santos, que aman a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente, y a su prójimo como a sí mismos.

CAPÍTULO II.

2. Número y sobre número. Vasijas para honor, vasijas para deshonra. Pero en la congregación cristiana, en cuanto a la participación y comunión de los Sacramentos, se han multiplicado sobre número (Sal. XXXIX, 6). Hay, pues, un número: otros sobre número. El número es, de los que el Apóstol dice, El Señor conoce a los que son suyos. Sobre número, sin embargo: Porque en una casa grande no solo hay vasijas de oro y plata, sino también de madera y barro; unas para honor, otras para deshonra (II Tim. II, 19, 20). El número, pues, vasijas para honor: sobre número, vasijas para deshonra. Si, pues, hay estos dos tipos de vasijas, ¿dudamos dónde está la belleza de la casa de Dios? Si, pues, quieres amar, haciendo lo que cantaste, la belleza de la casa de Dios y el lugar del tabernáculo de su gloria; busca vasijas para honor. Y no digas, Busqué y no encontré. Porque buscaste y no encontraste, porque lo que buscaste no fuiste tú. Lo semejante se adhiere a lo semejante, lo disímil huye de lo disímil. Si eres una vasija para deshonra, sin duda una vasija para honor te será pesada incluso para ver. ¿No oyes cómo algunos dicen de alguien, Nos es pesado incluso para ver (Sab. II, 15)? Lo que te es pesado para ver, ¿cuándo será abierto para encontrar? Porque estas vasijas son del hombre interior. No es que cuando se ve al justo, ya se le reconozca como justo. Ambos tienen el mismo aspecto, el justo y el injusto: ambos son hombres, pero no ambos son de la casa de Dios. Y si ambos se llaman cristianos, ambos son vasijas, pero no ambos para honor; sino uno para honor, otro para deshonra.

CAPÍTULO III.

3. Es de los malos usar mal de los bienes; de Dios, al contrario, usar bien de los malos. Almas adúlteras y fornicarias. ¿Acaso por las malas vasijas se debe abandonar la gran casa? Dios sabe usar, es decir, el Señor de la gran casa, tanto de las vasijas para honor como de las vasijas para deshonra. Así como es de los malos usar mal incluso de los bienes; así al

contrario de Dios usar bien incluso de los malos. ¿Cuántos bienes usan los malos? Porque toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4). ¿Cómo usan mal de ellas los malos? ¿Cómo los increpa la Escritura, diciendo, Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestras concupiscencias. ¿Qué nombre reciben estos que usan mal de los bienes de Dios? Sigue, y dice, Adúlteros. ¿Por qué adúlteros? ¿No sabéis que el amigo de este mundo se constituye enemigo de Dios (Santiago IV, 3, 4)? Adúlteros, dice. Hay almas adúlteras, hay fornicarias: examinémoslas. Las almas fornicarias son, de algún modo, prostitutas a muchos dioses falsos: las adúlteras, en cambio, unidas ya a un legítimo matrimonio, no guardan la castidad del alma a ese legítimo matrimonio. Para decirlo más claramente, el alma pagana es fornicaria, el cristiano malo es adúltero. El alma pagana fornicaria, no tiene esposo legítimo, se corrompe prostituida por diversos demonios: ¿por qué el cristiano malo es adúltero? Porque ni ama la castidad, ni abandona al esposo. No digas, pues, ¿Por qué están estos en la casa de Dios? Se te responde, Son vasijas para deshonra. Dios sabe usarlas: no se equivoca quien las creó; porque quien pudo crear, sabe ordenar: tienen en la gran casa su lugar. Si me preguntas, sin embargo, cómo Dios las usa bien: confieso que, como hombre, no puedo explicar el consejo de Dios. Porque sé que, con el apóstol Pablo, me estremezco, porque incluso él, al considerarlo, se estremeció, y estremeciéndose exclamó: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas: a él sea la gloria por los siglos de los siglos (Rom. XI, 33-36). Para nosotros, consideración, admiración, temor, exclamación: porque no hay penetración. Pero para él, ¿qué? Gloria por los siglos de los siglos. Ya sea de las vasijas para honor, ya sea de las vasijas para deshonra, a él sea la gloria por los siglos de los siglos. A unos corona, a otros condena, nunca se equivoca: a unos prueba, de otros prueba, a todos ordena.

CAPÍTULO IV.

4. Para qué los malos en el mundo. ¿Qué hacen, dice, en este mundo los hombres malos? Respóndeme, ¿qué hace la paja en el horno del orfebre? Creo que no está allí sin causa la paja, donde se purifica el oro. Veamos qué hay allí: el horno es, la paja es, el oro es, el fuego es, el artífice es: pero esas tres cosas, el oro, la paja, el fuego, en el horno; el artífice, al horno. Observa también este mundo: el mundo es un horno; la paja, los hombres malos; el oro, los hombres buenos; el fuego, la tribulación; el artífice, Dios. Observa y ve: el oro no se purifica, si la paja no se quema. Ve el oro en este mismo salmo, donde amamos la belleza de la casa de Dios; y el lugar del tabernáculo de su gloria. Ve allí el oro, ve la voz del oro; desea ser purificado: Pruébame, Señor, y examíname; quema mis riñones y mi corazón. Pruébame, dice, Señor, y examíname. Quien debería temer la tentación, pide la tentación. Pruébame, dice, Señor, y examíname. Y ve si no busca el fuego: Pruébame, y examíname; quema mis riñones y mi corazón. ¿No temes desfallecer en el fuego? No, dice. ¿Por qué? Porque tu misericordia está ante mis ojos (Sal. XXV, 2, 3). He aquí, dice, por qué digo con seguridad, Pruébame, Señor, y examíname; quema mis riñones y mi corazón: no porque sea capaz con mis fuerzas de soportar el fuego de la tentación, sino porque tu misericordia está ante mis ojos. ¿Quién me ha dado, dice, para ser oro probado, me permitirá perecer en el horno? Sin duda me envías a purificar, me expulsas purificado. El Señor guarda tu entrada y tu salida (Sal. CXX, 8). Ve la misma salida, ve la entrada al horno. Consideradlo todo gozo, hermanos míos, cuando caigáis en diversas tentaciones (Santiago I, 2). He aquí que has oído la entrada, busca la salida. Porque es fácil entrar: salir es grande. Pero no temas: Fiel es Dios. Ya que habías entrado, pensabas en la salida. Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más allá de

lo que podéis; sino que hará con la tentación también la salida. ¿Qué es la salida? Para que podáis soportar (I Cor. X, 13). Entraste, caíste; soportaste, saliste.

CAPÍTULO V.

5. Abundancia de malos, para la purificación de los buenos. Gran materia de purificación de los buenos es la abundancia de los malos. Porque en la multitud de los malos, aunque los buenos mezclados se oculten, el Señor conoce a los que son suyos. Bajo la mano de tan gran artífice, una partícula de oro en mucha paja no puede perecer. ¿Cuánta paja hay allí, cuán poco oro? Pero no temas; tan grande es el artífice, que puede purificar, no puede perder. Ve el oro del bienaventurado Apóstol en este horno del mundo cómo es probado por los peligros: para que lleguemos a las vasijas deshonradas que están dentro, de las cuales el Señor de la gran casa sabe usar bien. El Apóstol, pues, cuando era probado por los peligros, ¿qué decía? Peligros en el mar, peligros en el desierto, peligros de mi raza, peligros de los gentiles. Todo esto está fuera. Mira dentro: Peligros entre falsos hermanos (II Cor. XI, 26). Hablo, pues, al oro de Dios, hablo a las vasijas hechas para honor, hablo a los granos en la trilla del área trabajando entre la paja. A ti te digo, quienquiera que escuches, no a mí, sino a través de mí: Sé bueno, soporta el mal. No digas, ¿Quién es bueno? Más bien quiero que digas esto: porque por mucho que seas bueno, no estarás sin algún mal. Por eso se dice con toda razón, Nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19). Pero ese bueno que hace el bien, es Dios. Si, pues, Dios es bueno que hace el bien, y solo él es el buen hacedor de los bienes; ¿cómo es hacedor de los bienes, si ningún hombre es bueno? Según el pequeño módulo, pues, también el hombre es bueno. Que si no lo fuera, el mismo Señor no diría, El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas (Id. VI, 45).

CAPÍTULO VI.

6. Malos fuera y dentro que deben ser soportados.---Sé, pues, bueno, y soporta el mal. Sé simplemente bueno, y soporta el mal de dos maneras. Bueno, solo dentro: porque si no dentro, en ninguna parte bueno. Sé, pues, bueno dentro, soporta el mal tanto fuera como dentro. Fuera soporta al hereje, soporta al pagano, soporta al judío; soporta también dentro al mal cristiano. Porque los enemigos del hombre son los de su propia casa (Miqueas VII, 6). Paciente con muchos molestos dentro, te irritas, te indignas, como si ya hubiera llegado el tiempo de la ventilación. Estás en la trilla, aún estás en la trilla, el área aún se trilla; aún los granos y los manojos, cuando las naciones creen, se recogen al área. ¿Piensas que puedes estar solo trigo en el área? Te equivocas. Gime en el área, para que te regocijes en el granero. Se hacen muchas maldades por los malos cristianos: aquellos que están fuera, y no quieren ser cristianos, encuentran ocasiones para excusarse. A su exhortador para que crea, le responde esto: ¿Quieres que sea lo que es aquel y aquel? Y nombra a este y aquel: a veces dice la verdad. Pero cuando no puede encontrarse la verdad, ¿qué gran cosa es calumniar? Cuando él no teme calumniar, hace que otro sospeche lo que no ve. Tú, cuando oyes a un hombre diciendo estas cosas, tal vez porque conoces a tus hermanos malos, dices para ti mismo, Dice la verdad: Peligros entre falsos hermanos. Pero no desfallezcas; lo que él busca, sé tú. Sé un buen cristiano, para que convenzas al pagano calumniador.

CAPÍTULO VII.

7. Constancia en soportar los males internos. Pero aquel calumnia, y dice falsedades sobre los buenos, y a menudo se le cree. ¿Qué hace el oro? Por todas partes hay paja, fuego. Pon las

impurezas, no la fe: sé más puro, sé más puro por el mismo ejercicio; que te valga aquel que te quite lo que te hace más impuro, no quien oprima lo que eres oro. Porque si desfalleces, pereces en la paja: y si pereces en la paja, no eras oro, sino que fingías ser oro. El Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Pero aquellos que son malos, de los que te avergüenzas cuando estás entre los malos que están afuera, recuerda que no son en la gran casa donde estás, un vaso para honor, sino para deshonra. Te instruyó el Apóstol, que te guíe Dios. Si no hubiera malos por los que orar, ¿cuándo se nos diría, Orad por vuestros enemigos? ¿O acaso querríamos tener enemigos buenos? ¿Cómo podría ser? No tendrás un buen enemigo, a menos que seas malo: pero si eres bueno, tu enemigo no será, a menos que sea malo. Orad por vuestros enemigos. Por lo tanto, los buenos oren por los malos. Vuelve a tu corazón. Oh tú que eres purificado en este horno, si tu voz pudiera ser, Pruébame, Señor, y examíname; quema mis riñones y mi corazón: porque tu misericordia está ante mis ojos; he aquí, vuelve a tu corazón. Estás bajo Dios, vas a derramar oración; se te presenta quien te ha herido, se te presenta quien te ha oprimido, se te presenta quien te ha despojado, se te presenta quien te ha encarcelado: atiende a tu corazón, mira a tu Señor. He aquí tu enemigo malo, he aquí tu Señor bueno: tu enemigo malo te daña, ora por tu enemigo, te dice tu Señor bueno. Entre tu enemigo malo y el Señor bueno, ¿qué vas a hacer tú? ¿Orarás contra aquel, o obedecerás a este?

CAPÍTULO VIII.

8. Mandatos duros, pero grandes promesas. Aceptas por mandato de tu Señor orar por ese enemigo maligno tuyo: ¿qué vas a hacer? El Señor lo ha ordenado: ha ordenado cosas duras, pero ha prometido cosas grandes. ¿Qué cosas duras ha ordenado? Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen. Son duras: pero por las palabras de tus labios yo he guardado caminos duros (Sal. XVI, 4). ¿De dónde te viene a ti, con tus fuerzas, guardar caminos duros, sino porque tu misericordia está ante mis ojos? He aquí que ha ordenado cosas duras, amargas; mira lo que ha prometido. Orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 44, 45). Si te dijera, Ora por tu enemigo, para que seas hijo de tu padre, no sea que te desherede tu padre carnal, que te va a dejar esto, que de aquí no se va a llevar; temerías, y lo harías: se te promete por estas cosas duras, que seas hijo del Altísimo; piensa en el Padre, y reconoce la herencia. Di, pues, comienza a orar por tu gran enemigo, que te ha hecho muchos males, que ha acumulado sobre ti muchas cosas duras: comienza a orar por él, y ve cómo tu corazón litiga contigo. Lo que deseas, lo que te agrada, lo que te deleita según el hombre interior, lo que obedeces a tu Señor, y oras por tu enemigo, es oro: pero lo que, cuando comienzas a orar, tu debilidad carnal comienza a litigar contigo, esas son las impurezas, de las que Dios quiere purificarte en el horno.

CAPÍTULO IX.

9. Muchos malos para ejercitar a los buenos. Amurca, aceite. Ejercítate, pues, en medio de los males, oh bueno, si eres bueno: no de tu bondad, porque fuiste malo, sino de aquel que nunca es malo: ejercítate en medio de los males. No me digas: Al menos si fuera necesario para nuestro ejercicio que hubiera malos, que fueran pocos los malos, y muchos los buenos. ¿No te das cuenta de que si fueran pocos, no dañarían a muchos? Considera, hombre prudente, que si fueran muchos los buenos y pocos los malos, los pocos malos no se atreverían a dañar a muchos buenos. Si no se atrevieran, no ejercitarían. Ahora bien, porque son muchos los malos, los pocos buenos trabajan entre muchos malos: y cuando se trabaja, se suda; y cuando se suda, el oro se purifica. Sé, pues, para la belleza de la casa de Dios. Ya ha litigado contigo

en tu corazón la debilidad; invoca, para que venzas: que Dios esté contigo, que te ayude quien te manda. Ya has vencido tu debilidad, ya has recibido el ánimo y el fruto de orar por tu enemigo: ve qué bien es; compáralo contigo. Él medita tentaciones, tú derramas oraciones: si él daña, daña abiertamente; tú lo que oras por él, Dios lo sabe: él no cree, porque no examina tu corazón. Cuando él daña abiertamente, tú oras en secreto: en este lagar (porque la Iglesia también se compara a un lagar), ve si no es él quien daña abiertamente, la amurca que corre por lo público. La amurca corre por lo público, pero el aceite tiene pasos ocultos hacia su sede. Y cuando pasa ocultamente, aparece en grandeza. ¡Cuántos, oh hermanos míos, cuántos en este conflicto de cosas, en la malicia de este mundo, en esta abundancia de malos se han retirado, y se han convertido a Dios, y han dicho adiós al mundo, y han comenzado a donar de repente sus bienes a los pobres, quienes poco antes robaban lo ajeno! Pero muchos ladrones, invasores, despojadores aparecen públicamente; esa es la amurca que corre por las calles: pero aquellos, uno de aquí, uno de allá, con el corazón unido, avergonzándose de hacer el mal, pensando en las advertencias de Dios; despreciando la esperanza del siglo, esperando la esperanza celestial, cambiando amores y costumbres: el aceite de santidad está en el lagar, es un vaso para honor en la gran casa, es oro en el horno, es grano en el granero. Allí está la belleza de la casa de Dios.

SERMO XVI. Sobre lo que está escrito en el Salmo XXXIII, 13, ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos?

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La vida presente ni siquiera es vida. Llamando al género humano el Espíritu de Dios, ordenando qué debemos hacer, y prometiendo qué debemos esperar, primero inflama nuestra mente hacia la recompensa; para que lo que se nos ordena lo hagamos más por amor al bien, que por temor al mal. ¿Quién es el hombre, dice, que desea la vida, y ama ver días buenos? Se pregunta así quién es, como si pudiera encontrarse alguien que no lo sea. ¿Quién no desea la vida? ¿quién no ama ver días buenos? Escucha, pues, lo que sigue, cualquiera que seas que desees y amas esto, hombre; escucha lo que sigue, todo hombre: Refrena, dice, tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño. Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela (Sal. XXXIII, 13-15). De todas estas cosas, las anteriores son un mandato, la última es una promesa. Pues para que refrenemos nuestra lengua del mal, y nuestros labios no hablen engaño, nos apartemos del mal, y hagamos el bien, para que busquemos la paz, se nos ordena: pero para que la sigamos, se nos promete. ¿Qué paz es esta, sino la que el mundo no tiene? ¿Qué paz es esta, sino la que no tiene esta vida, que en comparación con esta vida ni siquiera es vida? Pues no diría de esta vida, ¿Quién es el hombre que desea la vida? y nos exhortaría con los mandamientos siguientes a retenerla o prolongarla, como si nadie la deseara. Pues también esta se desea al menos prolongada, porque no puede ser eterna: y por esta puede el hombre llegar a aquella, si así como desea que sea larga, así desea que sea buena. Pero, ¿cuánto es en esta vida, largo, lo que será alguna vez finito? Y lo que era largo, será nada: porque incluso cuando era, no se detenía; cuando se prolongaba, no aumentaba; ni crecía añadiendo, porque al venir se iba.

CAPÍTULO II.

2. Vida buena aquí a seguir. Qué significa redimir el tiempo. Cualquiera que seas, amante de la vida larga, sé más bien de la vida buena. Pues si quisieras vivir mal, la vida larga no será un verdadero bien, sino un largo mal. Pero mira cuán absurdo y perverso eres: cuando confiesas amar más la vida que la villa, prefieres tener una villa buena que una vida. Pues

para obtener una villa buena codiciando y deseando mal, haces mala la vida defraudando. Sin embargo, si se te preguntara, si se te preguntara, si preferirías carecer de una villa buena perdiéndola, o de una vida mala muriendo; responderías que, si no pudieras retener ambas, estarías más dispuesto a que te quitaran la villa. ¿Por qué, entonces, no se ama la vida de tal manera que sea también buena, que prefieres a todos tus bienes incluso mala? Ciertamente deseas que sea larga, aunque sea mala: más bien haz que sea buena, y no temas que sea breve. Pues si te preocupa, se lleva bien; si te despreocupas, pronto terminará. Le sucederá, en efecto, una vida eterna, bienaventurada sin temor, larga sin fin. De esa vida pregunta, quien dice, ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? En esta vida, sin embargo, el Apóstol nos ordena redimir el tiempo, porque los días son malos (Efes. V, 16). ¿Y qué significa redimir el tiempo, sino, cuando es necesario, incluso con la pérdida de comodidades temporales, adquirir espacios de tiempo para buscar y alcanzar lo eterno? Por eso también el Señor ordena, diciendo, Si alguien quiere litigar contigo en juicio, y quitarte tu túnica, déjale también el manto (Mat. V, 40): para que, perdiendo alguna cosa temporal, dediques a la paz lo que ibas a dedicar al pleito.

CAPÍTULO III.

3. Qué vida se propone en el Salmo. Por lo tanto, no habla el Espíritu de Dios de la vida y los días de este tiempo, diciendo, ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? lo enseñan las siguientes palabras. Pues añada tales mandamientos, que obedeciéndolos podemos tener vida y días buenos, de modo que esta vida que ahora vivimos, y estos días por esos mismos mandamientos a menudo deben perderse. Por lo tanto, si entendemos esta vida, en la que ahora estamos, en lo que se ha dicho, ¿Quién es el hombre que desea la vida? y hacemos los mandamientos que se conectan para tener esta vida; ¿qué haremos cuando alguien poderoso en malicia nos amenace con la muerte, a menos que digamos un falso testimonio? Pues si hacemos lo que aquí se ordena, Refrena tu lengua del mal, para que por este mandamiento rechacemos la falsedad del testimonio, pareceremos engañados: porque por el deseo de tener vida hemos asumido guardar el mandamiento, y más bien guardando el mandamiento la hemos perdido. Pero si entendemos la vida como eternamente bienaventurada, que después de esta Dios dará a los que le obedecen; de la que el Señor dijo a alguien, Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mat. XIX, 17): entonces, verdaderamente interrogados, ¿Quién es el hombre que desea la vida; respondemos que deseamos la vida, y si incluso bajo el mismo golpe del verdugo guardamos la verdad en el testimonio, despreciamos la muerte en el mundo, alcanzamos la vida en el cielo.

4. Los días buenos en el Salmo, no de este siglo, sino eternos, se prometen. Hablar con engaño. Entendamos esto de los días buenos. Pues si por los días de este siglo, que se dicen buenos, y no lo son, en la sepultura del corazón por los montones de banquetes, en los abismos de la lujuria y la embriaguez, en las voluptuosidades más viles de la gula: si, pues, por estos días, como por días buenos, hemos asumido el mandamiento, para que nuestros labios no hablen engaño; a menudo tales días obligan a sus amantes a hablar engaño, y tales días se niegan a quienes no hablan engaño. Pues, ¿qué otra cosa es hablar engaño, sino pronunciar con los labios algo diferente de lo que se oculta en el pecho? Para esto principalmente ha surgido el negocio de los aduladores; porque casi siempre, para no ser excluidos de las opulentas mesas y banquetes preparados, no callan la falsedad adulando; y se les excluye, si amando a Dios dicen la verdad. Por lo tanto, por estos días, que consideran buenos, para que se les ofrezcan, hablan engaño; y se les niegan, si no hablan engaño.

CAPÍTULO IV.

Por lo tanto, otros son los días buenos, de los que se nos advierte, que si amamos verlos, refrenemos nuestra lengua del mal, y no hablemos engaño. No son de este siglo esos días: no los tiene el cielo que pasará, sino el que permanecerá; no los conoce la tierra de los moribundos, sino la tierra de los vivientes. Quien los entienda y ame, refrena su lengua del mal: y si el terror de la muerte lo obliga al mal, sus labios no hablan engaño: y si los días falsamente buenos lo invitan al engaño, se aparta del mal incluso entre los bienes, hace el bien incluso entre los males; busca la paz, que no está sobre la tierra, y la sigue en aquel que hizo el cielo y la tierra.

5. Con cuánto ardor se debe buscar la paz y la vida eterna. Por lo tanto, hermanos, deseéis la vida, y améis ver días buenos donde no habrá noche: vida en la que no se tema el día malo; días buenos, en los que nunca termine la vida. Pero si amáis esta recompensa, cuidaos de no rechazar la obra, cuya es esta recompensa. Pues buscando esa paz la seguiréis: buscadla con vuestras manos de noche ante Dios, y no seréis engañados (Sal. LXXVI, 3). ¿Qué significa con vuestras manos, sino con vuestras obras? ¿Qué significa de noche, sino en tribulación? ¿Qué significa ante Dios, sino con pureza de conciencia? Viviendo así y amando esto, tendréis a Dios en contemplación, y en él vida sin deficiencia; días buenos sin oscurecimiento, paz sin disensión.

SERMO XVII. Sobre lo que se dice en el Salmo XLIX, 3, Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Juicio final. Cantamos, hermanos, Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará. La Escritura ha predicho que Dios Cristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Pues cuando vino primero a ser juzgado, fue oculto: cuando venga a juzgar, será manifiesto. Cuán oculto fue entonces, entiéndanlo de lo que dice el Apóstol: Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Entonces calló cuando fue interrogado, como también lo dice el Evangelio, y se cumple en él la profecía de Isaías que dice: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila estuvo sin voz, así no abrió su boca (Isai. LIII, 7). Vendrá, pues, manifiesto, y no callará. Por eso se dijo, No callará, porque calló cuando fue juzgado. Pues en cuanto a las voces tuyas necesarias para nosotros, ¿cuándo calló? No calló por los Patriarcas, no calló por la boca de su carne: y ahora si callara, la Escritura no hablaría. El lector sube, y él no calla. El expositor habla, si habla la verdad, Cristo habla. Si Cristo callara, yo no os diría estas cosas. Ni por vuestra boca calló: pues cuando cantabais, él hablaba. No calla, es necesario que nosotros escuchemos, pero con el oído del corazón: pues es fácil escuchar con los oídos de la carne. Con esos oídos debemos escuchar, que buscaba el mismo maestro, cuando decía: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Mat. XIII, 9). Pues, ¿quién antes de él, cuando decía estas cosas, estaba sin oídos de carne? Todos tenían oídos, y pocos tenían: no todos tenían oídos para oír, esto es, para obedecer.

CAPÍTULO II.

2. Cargo impuesto a los superiores. Voto del pastor piadoso. Cuán terriblemente habló por el profeta Ezequiel, creo que prestasteis oído, creo que escuchasteis cómo dijo, A la casa de Israel te enviaré, no te enviaré a un pueblo de lengua más alta. Pero ese pueblo no querrá escucharte, porque no quieren escucharme (Ezequiel III, 5-7). ¿Qué muestra, sino que el

mismo Dios hablaba por el Profeta? Porque en esas palabras proféticas nosotros fuimos principalmente aterrizados, es decir, los superiores que él puso para hablar a su pueblo, primero en esas palabras vemos nuestro rostro. Pues se nos mostró, sonando el lector; como un espejo donde nos miramos; y nos miramos a nosotros: mirad vosotros. He aquí que hago, lo que allí escuché. Si no adviertes, dice, al justo, si no dices al pecador, Morirás, y le muestras para que se aparte de sus iniquidades; él ciertamente morirá en sus pecados, pero su sangre la demandaré de tu mano. Pero si dices, y él desprecia, y no obedece; él morirá en sus crímenes, pero tú habrás liberado tu alma (Id. XXXIII, 8, 9). Os digo, libero mi alma. Pues estoy en gran peligro, no en peligro, sino en ruina, si callo. Pero cuando yo haya hablado, y haya cumplido mi oficio, vosotros ya mirad vuestro peligro. Pero, ¿qué quiero? ¿qué deseo? ¿qué anhelo? ¿por qué hablo? ¿por qué estoy aquí sentado? ¿por qué vivo? sino con esta intención, para que vivamos juntos con Cristo. Este es mi deseo, este es mi honor, esta es mi gloria, este es mi gozo, esta es mi posesión. Pero si no me escucháis, y sin embargo yo no he callado, liberaré mi alma. Pero no quiero ser salvo sin vosotros.

CAPÍTULO III.

3. Los pecados se vuelven insignificantes por la costumbre y no se sienten. Embriaguez. Excomunión. No desprecien, por tanto, hermanos míos, los pecados en los que tal vez ya han caído por costumbre. Todo pecado se vuelve insignificante por la costumbre y se convierte para el hombre como si no existiera: se ha endurecido, ya ha perdido el dolor. Lo que está muy podrido no duele; lo que no duele no debe considerarse sano, sino muerto. Presten atención a lo que dice la Escritura y vean allí cómo deben vivir. ¿Quién no desprecia el pecado de la embriaguez? Tal pecado abunda y se desprecia. Ya el corazón embriagado ha perdido el sentido, no siente dolor, porque tampoco tiene salud. Cuando algo se pincha y duele, o está sano, o hay alguna esperanza de salud en ello; pero cuando se toca, se pincha, se pellizca y no duele, debe considerarse muerto y ser cortado del cuerpo. Pero a veces somos indulgentes y solo sabemos hablar: somos perezosos para excomulgar, para expulsar de la Iglesia. A veces tememos que con el castigo empeore quien es castigado. Y aunque quienes son así ya están muertos en el alma, sin embargo, porque nuestro Médico es omnipotente, no debemos desesperar de ellos; sino que debemos suplicar con todas nuestras fuerzas para que el Señor se digne abrir los oídos del corazón, que se prueban cerrados. Pero, ¿acaso Él perdonará, acaso callará a quien debemos temer? Han escuchado en el mismo Salmo, hermanos míos, cuando enumeraba los pecados del pecador, decía: "Esto hiciste, y callé". Contra esto se ha dicho: "Vendrá y no callará". Su presencia no callará. Excepto que el Señor Cristo se significa, porque calló en el juicio, para que se cumpliera en Él también aquella profecía que mencioné poco antes; excepto esto, ahora Dios mismo por sí mismo el Señor Cristo calla. Ascendió al cielo y se sienta a la derecha del Padre, de donde vendrá a juzgar a vivos y muertos: mientras esté allí, hasta que venga, calla. Escuchamos su voz en los Libros, no la escuchamos de su boca. Han escuchado su voz de las santas Escrituras en este lugar: la escuchan cuando las recuerdan, y tal vez de estas cosas conversan entre ustedes.

CAPÍTULO IV.

4. Dios ve y odia a los pecadores, aunque ahora calle. Quien quiere ser escuchado por Dios, queridos, primero escuche a Dios. ¿Acaso lo escuchas cuando cometes adulterio; y piensas que te ocultas porque el hombre no te ve? Él te ve, pero calla. Cuando robas, captas los ojos de aquel a quien robas, y si lo ocultas, lo haces: si no lo haces porque temes ser visto, lo hiciste dentro, lo hiciste en el corazón; eres ladrón, y no has tomado nada: pero también tú, si

se te da la oportunidad de cumplir tu mala acción, robas, y te alegras porque calla. Escucha, pues, el Salmo: te advirtió, a ti, quienquiera que seas, que tal vez hoy estás aquí, y de noche hiciste algo, te advirtió, te dijo: "Esto hiciste y callé". ¿Sospechaste iniquidad, que sería como tú? Oh hombres, que estas palabras que voy a decir, ni las tienen en la boca ni en el corazón, son felices. ¿No es cierto que diariamente los hombres que hacen el mal, o aquellos que se arrepienten de haber hecho el bien, y con un arrepentimiento perverso derraman lo que han ordeñado; no es cierto que diariamente dicen, y murmuran entre ellos: "Verdaderamente, si estas cosas desagradasen a Dios, ¿permitiría que sucedieran, o aquellos que las hacen serían felices en la tierra?" Vemos a los rapaces, vemos a los opresores de los débiles, vemos a los expulsadores de los vecinos, vemos a los invasores violentos de los límites, vemos a los calumniadores; y sin embargo, poderosos, ricos, felices en esta tierra. Si verdaderamente Dios viera estas cosas, si se preocupara por ellas, ¿les perdonaría? Añaden también esto, que es peor: "No agradan sino los malos". Pero si sucede que alguien hace el bien, y tal vez sigue alguna tentación, inmediatamente tiene a mano: "No conviene hacer el bien; quien lo haga, no le aprovecha nada". ¿Es poco para ti que quieras hacer el mal, y maldices a los que hacen el bien? "Esto hiciste", dice, "y callé. Sospechaste iniquidad, que sería como tú". ¿Qué es, "que sería como tú"? Que así me agrada el mal, como a ti: esto sospechaste. Esto dijiste en tu corazón: pero yo escuché cuando lo dijiste en tu corazón. Lo que es peor, avanzan en estas palabras, para que ni siquiera teman ser escuchados.

CAPÍTULO V.

5. El juicio de Dios sobre los pecadores. Tiempo de arrepentimiento. Por tanto, sospechaste inicua mente, que sería como tú. Te reprenderé: como no piensas, y cuando no piensas, te reprenderé. Callo cuando haces: pero no callo cuando juzgo. Te reprenderé. ¿Qué te haré cuando te reprenda? Te pondré ante tu rostro. Ahora, cuando haces el mal, piensas que eres bueno, porque no quieres verte. Reprendes a otros, no te miras a ti mismo; acusas a otros, no piensas en ti mismo; pones a otros ante tus ojos, te pones detrás de tu espalda. Yo, cuando te reprendo, hago lo contrario; te quito de tu espalda y te pongo ante tus ojos. Te verás y te lamentarás; y ya no habrá entonces cómo corregirte. Desprecias, por tanto, el tiempo de la misericordia, vendrá el tiempo del juicio: porque tú en la iglesia me cantaste: "Misericordia y juicio cantaré para ti, Señor" (Salmo 100, 1). Sale de nuestra boca, y en todas partes las iglesias resuenan a Cristo: "Misericordia y juicio cantaré para ti, Señor". Es tiempo de misericordia, para que nos corriamos: aún no ha llegado el tiempo del juicio. Hay lugar, hay espacio: hemos pecado, corriámonos. Aún no ha terminado el camino, aún no se ha cerrado el día, aún no ha expirado; no se desespere, lo que es peor: porque debido a esos mismos pecados humanos y tolerables, y tanto más frecuentes cuanto menores, Dios ha establecido en la Iglesia, en el tiempo de la misericordia que se ha de otorgar, una medicina diaria, para que digamos: "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12): para que con estas palabras, con el rostro lavado, nos acerquemos al altar, y con estas palabras, con el rostro lavado, comulguemos con el cuerpo y la sangre de Cristo.

CAPÍTULO VI.

6. No se debe rechazar la medicina después del pecado. Pero lo que es más grave, los hombres desprecian tanto esa medicina, que no solo no perdonan cuando se peca contra ellos, sino que tampoco quieren pedir perdón cuando ellos mismos pecan. Entró la tentación, se deslizó la ira; tanto dominó la ira, cuanto pudo, que no solo tumultuó el corazón, sino que también la lengua vomitó insultos y crímenes. ¿No ves a dónde te llevó? ¿No ves a dónde te precipitó? Finalmente corrige, di: "Hice mal, pequé". No morirás si lo dices: cree, no a mí,

sino a Dios. ¿Qué soy yo? Soy un hombre, soy igual a ustedes, llevo carne, soy débil: todos creamos en Dios. Presten atención a ustedes mismos. El mismo Señor Cristo dice: "Presten atención a ustedes mismos: si tu hermano peca, repréndelo entre tú y él solo. Si te escucha, has ganado a tu hermano: si no te escucha, lleva contigo a uno o dos más. En la boca de dos o tres testigos se establecerá toda palabra. Si no los escucha, díselo a la Iglesia. Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano" (Mateo 18, 15-17). El gentil es un pagano: el pagano es aquel que no cree en Cristo. Si no escucha a la Iglesia, considéralo muerto. Pero he aquí que vive, he aquí que entra, he aquí que se signa, he aquí que se arrodilla, he aquí que ora, he aquí que se acerca al altar. Pero sea para ti como un gentil y un publicano. No mires en él signos falsos: vivo está muerto. ¿De dónde vive? ¿Cómo vive? Si le digo a alguien en su presencia: "Tú hiciste esto", responderá después: "¿Cuánto era?" Me advertiría internamente, me diría internamente que hice mal, vería internamente mi pecado: ¿por qué me reprende en público? ¿Qué si lo hice y no me corregiste? ¿Qué si lo hice y aún persistes? ¿Qué si lo hice y aún te parece que hiciste bien en tu corazón? ¿Porque Él calla, eres justo? ¿Porque Él ahora no castiga, no hiciste nada malo? ¿No temes: "Te reprenderé"? ¿No temes: "Te pondré ante tu rostro"? ¿No temes?

CAPÍTULO VII.

7. Brevedad de la vida. El hombre más frágil que el vidrio. Pero dices que el juicio está lejos. Primero, ¿quién te dijo que el día del juicio está lejos? ¿Acaso si el día del juicio está lejos, está lejos tu día? ¿De dónde sabes cuándo es? ¿No es cierto que muchos sanos se durmieron y se endurecieron? ¿No llevamos con nosotros nuestras caídas en esta carne? ¿No somos más frágiles que si fuéramos de vidrio? Porque el vidrio, aunque es frágil, si se conserva, dura mucho tiempo: y encuentras copas de abuelos y bisabuelos, en las que beben nietos y bisnietos. Tal fragilidad se ha conservado durante años. Pero nosotros, los hombres, y bajo tantas caídas diarias, caminamos frágiles; y si esas caídas repentinas no ocurrieran, sin embargo, no podríamos vivir mucho tiempo. Toda la vida humana es breve, desde la infancia hasta la vejez decrepita, toda es breve. Si Adán aún viviera y muriera hoy, ¿de qué le habría servido la longitud de su vida? A esto se añade que el mismo día, que parece servir naturalmente, es incierto cuando se ve afectado por la enfermedad. Diariamente mueren hombres: y los que viven los acompañan, celebran sus exequias, y se prometen vida a sí mismos. Nadie dice: "Me corregiré, para no ser mañana lo que es este a quien acompañé". Les agradan las palabras, yo busco hechos. No me entristezcan con sus malas costumbres: porque mi deleite no está en esta vida sino en su buena vida.

SERMON XVIII. Sobre el mismo verso del Salmo XLIX, Dios vendrá manifiesto, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El primer advenimiento de Cristo oculto, el segundo manifiesto. Los preceptos de Dios son motivo de burla para algunos. Juicio perverso de los hombres carnales. Para exhortar las mentes de su Caridad, reciban con gratitud algunas cosas del presente salmo, que el Señor nos concede. De nuestro Señor Jesucristo se profetizó en este salmo, donde hemos escuchado y cantado: "Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará". Porque el mismo Señor Cristo, nuestro Dios, Hijo de Dios, en su primer advenimiento vino oculto, en su segundo advenimiento vendrá manifiesto. Cuando vino oculto, no se dio a conocer sino a sus siervos: cuando venga manifiesto, se dará a conocer a buenos y malos. Cuando vino oculto, vino para ser juzgado: cuando venga manifiesto, vendrá para juzgar. De hecho, entonces cuando fue juzgado, calló, y de su silencio el profeta había predicho: "Como oveja fue llevada al

matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca" (Isaías 53, 7). Pero "nuestro Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará". No como calló cuando iba a ser juzgado, así callará cuando vaya a juzgar. Y ahora no calla, si hay quien escuche: pero se ha dicho: "Entonces no callará", cuando reconozcan su voz también quienes ahora la desprecian. Porque ahora, cuando se dicen los preceptos de Dios, a algunos les causan risa: y como lo que Dios prometió ahora no se muestra, y lo que amenaza ahora no se ve, lo que manda se ridiculiza. Porque ahora la felicidad que se dice de este mundo, la tienen tanto los malos como los buenos; la infelicidad que se dice de este mundo, la sufren tanto los buenos como los malos. Los hombres que creen en lo presente y no creen en lo futuro, observan que estos bienes y males de este siglo presente los tienen indistintamente buenos y malos. Si desean riquezas, ven que tienen riquezas tanto los peores hombres como los buenos hombres; también ven, si aborrecen la pobreza y las miserias de este siglo, que sufren en estas miserias no solo los buenos, sino también los malos: y dicen en su corazón que Dios no mira ni gobierna las cosas humanas, sino que nos ha dejado rodar en el fondo de este mundo sin exhibirnos ninguna providencia. Y por tanto, en ellos se produce el desprecio del precepto, porque no ven la manifestación del juicio.

CAPÍTULO II.

2. Por qué Dios ahora juzga algunas cosas, no todas. Sin embargo, incluso ahora debe cada uno prestar atención, porque cuando Dios quiere, mira y juzga, y no difiere en el momento: pero cuando quiere, difiere. ¿Y de dónde esto? Porque si nunca juzgara en el presente, no se creería que es Dios: si juzgara todo en el presente, no reservaría nada para el juicio. Porque muchas cosas se reservan para el juicio, y algunas se juzgan en el presente, para que aquellos que se difieren, teman y se conviertan. Porque Dios no ama condenar, sino salvar: y por eso es paciente con los malos, para hacer de los malos buenos. Pero dice el Apóstol que "se revelará la ira de Dios sobre toda impiedad" (Romanos 1, 18), y "Dios pagará a cada uno según sus obras". Admonesta y corrige al hombre que lo desprecia; y dice: "¿O desprecias las riquezas de su bondad y longanimidad?" Porque es bueno contigo, porque es longánime contigo, porque es paciente contigo, porque te difiere y no te quita, lo desprecias, y piensas que no hay juicio de Dios: "¿ignorando que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según la dureza de tu corazón, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras" (Romanos 2, 4-6).

3. Tesoro de obras, ya sean buenas o malas. Por tanto, lo que el hombre hace ahora, lo pone en un tesoro, pero no sabe qué recoge: como los ricos, que ponen en el tesoro de la tierra, como si supieran qué recogen, pero no saben para quién recogen. Porque, ¿quién poseerá sus riquezas después de su muerte, lo ignoran por completo: y a veces sus riquezas llegan a sus enemigos. Y por eso alguien se priva a sí mismo, no queriendo comer, para enriquecerse, para que otro de sus trabajos fluya y se deleite y se disuelva.

CAPÍTULO III.

¿Cómo, entonces, recogen sabiendo, pero no saben para quién recogen: así, al contrario, en el tesoro celestial los buenos saben qué recogen, los malos no saben qué recogen. Porque el bueno pone en el tesoro celestial todas las obras de misericordia que hizo con los hombres a quienes ayudó; y sabe que hay un guardián fiel que le guarda todo lo que deposita. Y no lo ve, pero está seguro de su tesoro, porque ni algo es robado por un ladrón, ni invadido por un enemigo, ni tomado por un enemigo y malvado y poderoso como si fuera de un vencido; sino que siempre permanecerá, porque es custodiado por el Señor poderosísimo. Porque si los

hombres confían su dinero a un siervo fiel, y están seguros; ¿sus misericordias las confían al Señor poderoso, y están preocupados? Saben, por tanto, que todo lo que depositan, todo está seguro allí: quienes son fieles, unen la fe a la potencia de su Señor. Creen que lo guarda, y encuentran lo que guarda. Porque también los hombres que recogen dinero, ¿acaso ven el mismo cofre, o siempre recogen y ponen dinero en el cofre, o lo entierran y lo guardan? No lo ven; y sin embargo, como si su conciencia supiera que está allí en el lugar donde lo pusieron. Y tal vez ya el ladrón lo ha tomado, y se alegra en vano quien lo guardó inútilmente. En el tesoro celestial, si ponemos algo, estamos seguros de la custodia del Señor, y no sufrimos ningún ladrón, ni soportamos ninguna pérdida. Los malos también ponen en el tesoro todas sus malas obras, y Dios se las guarda. Esto es lo que dijo el Apóstol: "Ateoras para ti ira en el día de la ira del justo juicio de Dios".

CAPÍTULO IV.

4. A cada uno le espera su tesoro. Los pobres son portadores para los ricos. Pero puesto que se guarda todo el mal que hacen, y no saben: cuando venga nuestro Dios manifiesto, y no callará, convocará a todas las naciones, como dice en el Evangelio, y separará, poniendo a unos a la derecha, a otros a la izquierda: y comenzará a tratar los tesoros de ambos, lo que cada uno puso para encontrar. Venid, dice, benditos de mi Padre, a los que están a la derecha, recibid el reino que os está preparado desde el principio del mundo. El reino de los cielos, reino eterno, sociedad con los ángeles, vida eterna, donde nadie nace ni muere, esto recibid. Porque cuando enviabais vuestras obras al tesoro, comprabais el reino de los cielos. Recibid el reino que os está preparado desde el principio del mundo. También les muestra sus tesoros: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me vestisteis; fui huésped, y me acogisteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí; estuve enfermo, y me visitasteis. Y ellos responden: Señor, ¿cuándo te vimos en estas necesidades, y te servimos? Y él: Cuando lo hicisteis a uno de mis más pequeños, a mí me lo hicisteis. Porque cuando lo hicisteis a uno de mis más pequeños, a mí me lo hicisteis, recibid lo que enviasteis, poseed lo que comprasteis. Porque a mí, el Salvador, por eso creísteis. Luego se volverá a los que están a la izquierda, y les mostrará sus tesoros vacíos de buenas obras: Id, dice, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. Tuve hambre, y no me disteis de comer. O si encontrasteis algo en este tesoro, o algo enviasteis, pensad, y se os devolverá. Pero nunca te vimos hambriento, dicen ellos. Y él: Cuando no lo hicisteis a uno de mis más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 31-45). Porque acaso no me lo hacíais, porque no me veíais caminar en la tierra? Tan malos sois, que si me vierais, como los judíos me crucificaríais. Hoy en día, los hombres malos, que intentan, si fuera posible, que no haya iglesias donde se les prediquen los mandamientos de Dios, ¿no matarían también a Cristo mismo, si lo encontraran viviendo en la tierra? Pero se atreverán a decir, como si él no conociera los pensamientos de los hombres: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? Y él: Cuando no lo hicisteis a uno de mis más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis. Puse a mis más pequeños necesitados en la tierra para vosotros: yo, como cabeza, estaba sentado en el cielo a la derecha del Padre, pero mis miembros trabajaban en la tierra, mis miembros necesitaban en la tierra; a mis miembros daríais, y a la cabeza llegaría lo que dierais. Y sabríais que cuando puse a mis más pequeños necesitados en la tierra para vosotros, os instituí portadores, que llevaran vuestras obras a mi tesoro: nada pusisteis en sus manos, por eso nada encontrasteis conmigo.

CAPÍTULO V.

5. Penitencia infructuosa. Entonces no callará, sino que aparecerá: por eso se dijo, No callará. Pero ahora lo dice el Lector del código, y se desprecia: lo dice de su boca el tratador o el obispo disputador, y se burla. ¿Acaso se burlará así, cuando lo diga el mismo juez poderosísimo? Cada uno recibirá lo que hizo, bueno o malo (II Cor. V, 10). Entonces dirán los hombres con penitencia tardía e infructuosa: Oh, si pudiéramos vivir de nuevo; y lo que despreciamos, escuchar y hacer! Entonces dirán aquellos, a quienes sus iniquidades colocan enfrente, como se dice en el libro de la Sabiduría: ¿De qué nos sirvió la soberbia? y ¿qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Todo pasó como sombra (Sab. V, 8, 9). Veis que se arrepentirán: pero esta penitencia es dolorosa, no sanadora. ¿Quieres tener una penitencia útil? Tenla ahora. Porque si la tienes ahora, te corregirás: cuando estés corregido, se fundirá ese tu tesoro, donde se acumulaban tus malas obras, y se llenará otro tesoro tuyo, donde se acumulen tus buenas obras. Pero tal vez convertido a Dios, morirás de inmediato, y tal vez no se encuentren obras tuyas en ese tesoro? Claro que encontrarás tus obras allí, porque está escrito, Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Dios no anota la capacidad, sino que corona la voluntad. Sabe que quisiste, y no pudiste; así te anota, como si hubieras hecho lo que quisiste. Por lo tanto, es necesario que te conviertas, para que no mueras de repente al posponerlo, y no se encuentre nada de lo que tengas en el presente, y poseas en el futuro. Convertidos al Señor, etc.

SERMON XIX. De lo que está escrito en el Salmo L, 5, Porque reconozco mi iniquidad: y en el Salmo LXXII, 1, ¡Cuán bueno es Dios con Israel, con los rectos de corazón! Pronunciado en la basílica Restituta, en el día de las Ofrendas.

1. Rogar a Dios, para que no aparte su rostro de nosotros, sino de nuestros pecados. Cantando al Señor le rogamos, para que aparte su rostro de nuestros pecados, y borre todas nuestras maldades. Pero podéis advertir, hermanos, que en el mismo salmo hemos oído, Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí. Se dice a Dios en otro lugar, No apartes tu rostro de mí (Sal. XXVI, 9): a quien dijimos, Aparta tu rostro de mis pecados. Siendo, por tanto, una sola persona el hombre y el pecador, el hombre dice, No apartes tu rostro de mí: el pecador dice, Aparta tu rostro de mis pecados. Esto se dice: No apartes tu rostro de aquel a quien hiciste; aparta tu rostro de lo que hice. Tu ojo, dice, distinga ambos, para que no perezca la naturaleza por el vicio. Tú hiciste algo, yo hice algo: lo que tú hiciste, se llama naturaleza; lo que yo hice, se llama vicio: que el vicio sea sanado, para que la naturaleza sea preservada.

2. Es propio del penitente reconocer y castigar sus propios pecados. — Mi crimen, dice, lo reconozco. Si yo lo reconozco, entonces tú perdona. Vivamos bien, y viviendo bien no presumamos de estar sin pecado: así se alabe la vida, como se pida el perdón. Sin embargo, los hombres desesperados, cuanto menos atentos están a sus propios pecados, tanto más curiosos son de los ajenos. Pues no buscan qué corregir, sino qué morder, y como no pueden excusarse a sí mismos, están dispuestos a acusar a otros. No así nos mostró este el ejemplo de orar y satisfacer a Dios, diciendo: Porque mi crimen lo reconozco, y mi pecado está siempre ante mí. No estaba este atento a los pecados ajenos: se llamaba a sí mismo; ni se acariciaba, sino que se penetraba, y descendía más profundamente en sí mismo. No se perdonaba a sí mismo: y por eso pedía sin impudencia ser perdonado. Porque el pecado, hermanos, no puede quedar impune: si el pecado queda impune, es injusto: por lo tanto, sin duda debe ser castigado. Esto te dice tu Dios: El pecado debe ser castigado o por ti, o por mí. Por lo tanto, el pecado es castigado, o por el hombre penitente, o por Dios juzgando. Por lo tanto, es castigado o por ti sin ti, o por Dios contigo. ¿Qué es la penitencia, sino su propia ira contra sí mismo? Quien se arrepiente, se enoja consigo mismo. Pues si no se hace de manera ficticia,

¿de dónde viene también el golpe en el pecho? ¿Por qué golpeas, si no te enojas? Cuando, por lo tanto, golpeas el pecho, te enojas con tu corazón, para satisfacer a tu Señor. Pues también puede entenderse así lo que está escrito, Enojaos, y no pequéis (Sal. IV, 5). Enójate porque pecaste, y castigándote a ti mismo no peques. Despierta el corazón arrepintiéndote, y esto será sacrificio a Dios.

3. A Dios se le debe aplacar con el sacrificio de un corazón contrito. La fe de los antiguos en Cristo. ¿Quieres aplacar a Dios? Conoce lo que haces contigo mismo, para que Dios se aplaca contigo. Observa en el mismo salmo: pues allí se lee, Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo habría dado; no te deleitarás en holocaustos. ¿Entonces estarás sin sacrificio? ¿No ofrecerás nada, no aplacarás a Dios con ninguna ofrenda? ¿Qué dijiste? Si quisieras sacrificio, ciertamente lo habría dado; no te deleitarás en holocaustos. Sigue, y escucha, y di, Sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios no desprecia (Sal. L, 5, 11, 18, 19). Descartando lo que ofrecías, encontraste lo que ofrecer. Pues ofrecías entre los Padres víctimas de animales, y se llamaban sacrificios. Si quisieras sacrificio, ciertamente lo habría dado. Por lo tanto, no buscas eso, y sin embargo buscas sacrificio. Tu pueblo te dice: ¿Qué ofreceré, que lo que ofrecía no ofrezco? Pues el mismo pueblo, con unos muriendo y otros naciendo, es el mismo pueblo. Los sacramentos han cambiado, no la fe. Han cambiado los signos con los que se significaba algo, no la cosa que se significaba. Por Cristo el carnero, por Cristo el cordero, por Cristo el becerro, por Cristo el macho cabrío, todo Cristo. Carnero, porque guía al rebaño: él mismo fue encontrado en los matorrales, cuando se le ordenó al padre Abraham perdonar al hijo, y sin embargo no irse de allí sin ofrecer sacrificio. E Isaac era Cristo, y el carnero era Cristo. Isaac llevaba la leña: Cristo llevaba su propia cruz. Por Isaac el carnero, no obstante por Cristo Cristo. Pero en Isaac tanto el carnero como Cristo. El carnero estaba atrapado por los cuernos en el matorral (Gén. XXII): pregunta a los judíos, de dónde entonces coronaron al Señor. Es el cordero: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I, 29). Es el toro: observa los cuernos de la cruz. Es el macho cabrío, por la semejanza de la carne del pecado. Estas cosas estaban veladas, hasta que llegara el día, y se removieran las sombras (Cant. II, 17). En el mismo Señor Cristo, no solo como Verbo, sino también como mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), también los antiguos Padres creyeron, y a nosotros nos transmitieron la misma fe predicando y profetizando. De donde dice el Apóstol, Teniendo el mismo espíritu de fe, por lo cual está escrito, Creí, por lo cual hablé. Teniendo el mismo, que tuvieron también aquellos que escribieron, Creí, por lo cual hablé. Teniendo, por lo tanto, el mismo, dice, espíritu de fe, por lo cual está escrito por los antiguos, Creí, por lo cual hablé; y nosotros creemos, por lo cual también hablamos (II Cor. IV, 13). Cuando, por lo tanto, el santo David decía así, Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo habría dado; no te deleitarás en holocaustos, entonces se ofrecían a Dios esos sacrificios, que ahora no se ofrecen. Por lo tanto, cuando cantaba, profetizaba, y despreciaba lo presente, y preveía lo futuro. No te deleitarás en holocaustos, dice. Entonces, cuando no te deleitarás en holocaustos, ¿quedarás sin sacrificio? De ninguna manera. Sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios, no desprecias. Tienes lo que ofrecer. No busques el rebaño, no prepares naves, y cruza a las provincias extremas, de donde traigas aromas: busca en tu corazón lo que sea grato a Dios. El corazón debe ser contrito. ¿Qué temes que se pierda si se rompe? Allí tienes, Crea en mí un corazón puro, Dios. Para que se cree un corazón puro, que se rompa el impuro.

4. Al hombre debe disgustarle lo que a Dios le disgusta, y viceversa. La felicidad no debe buscarse aquí. Aclamación de los oyentes. Escándalo por la felicidad de los malvados. Debemos disgustarnos cuando pecamos, porque los pecados disgustan a Dios. Y como no

estamos sin pecado, al menos seamos semejantes a Dios en esto, porque nos disgusta lo que a él. Te unes de alguna manera a la voluntad de Dios, porque te disgusta en ti lo que odia también aquel que te hizo. Pues el Artífice tuyo es él mismo: pero mira a ti mismo, y borra en ti lo que no es de su taller. Porque Dios, como está escrito, creó al hombre recto (Ecle. VII, 30). ¡Cuán bueno es Dios con Israel, con los rectos de corazón! Si, por lo tanto, eres recto de corazón, no te disgustará Dios, Dios será bueno para ti, alabarás a Dios. Sin duda, y en lo que concede, y en lo que castiga, alabarás a Dios. Pues aquel que dijo, ¡Cuán bueno es Dios con Israel! se miró a sí mismo, que alguna vez no fue recto de corazón, y Dios le disgustaba: pero después recapacitó, y vio que Dios no era perverso, sino que él no era recto: y recordando los tiempos de su depravación, y su presente corrección, dijo, ¡Cuán bueno es Dios con Israel! pero ¿con quiénes? Con los rectos de corazón. Pues ¿qué de ti? Pero mis pies casi se deslizaron, mis pasos casi resbalaron: es decir, casi caí. ¿De dónde esto? Porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores. Por lo tanto, de donde sus pies casi se deslizaron y sus pasos casi resbalaron, porque no calló, advirtió que se debía evitar. Esperaba de Dios, según el Antiguo Testamento, ignorando que allí había signos de lo futuro; por lo tanto, esperaba de Dios la felicidad de la vida presente, y en esta tierra buscaba lo que Dios guardaba para los suyos en el cielo. Quería ser feliz aquí, cuando la felicidad no está aquí. Pues la felicidad es una cosa buena y grande; pero tiene su región. De la región de la felicidad vino Cristo, y aquí ni él mismo la encontró. Fue burlado, fue reprochado, fue apresado, fue azotado, fue atado, fue golpeado con palmas, fue afectado por la contumelia de los escupitajos, fue coronado de espinas, fue colgado en el madero: al final, la salida del Señor fue la muerte. Está escrito en el Salmo (aclamaron aquellos que lo reconocieron), Y la salida del Señor fue la muerte (Sal. LXVII, 21). ¿Qué buscas aquí, siervo, la felicidad, donde también la salida del Señor fue la muerte? Por lo tanto, cuando aquel de quien comencé a hablar buscaba la felicidad en una región que no era la suya, y para obtenerla en esta vida servía a Dios, y hacía sus mandamientos, como podía; vio que esto grande, o por grande, que buscaba de Dios, y por lo cual servía a Dios, estaba en aquellos que no servían a Dios, sino que adoraban a los demonios, y blasfemaban del verdadero Dios. Lo vio, y se conmovió, como si hubiera perdido el fruto de su trabajo. Esto es lo que tuvo envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores. De hecho, tienes allí, He aquí, ellos son pecadores y abundan en el mundo, han obtenido riquezas. ¿Acaso en vano he justificado mi corazón, o he lavado mis manos entre los inocentes, y he sido azotado todo el día? Sirvo a Dios, blasfeman de Dios: ellos tienen felicidad, yo calamidad; ¿dónde está la equidad? De ahí los pies movidos, de ahí los pasos casi resbalados, de ahí el peligro cercano. Pues ve a qué peligro llegó: allí dice, Y dije, ¿Cómo sabe Dios, y hay conocimiento en el Altísimo? Ve a qué peligro llegó buscando de Dios como gran recompensa la felicidad terrenal. Aprended, por lo tanto, amadísimos, a despreciarla si la tenéis, y no decir en vuestros corazones, Yo porque sirvo a Dios, por eso me va bien. Pues verás, cómo piensas que te va bien, y a aquellos que no sirven a Dios les va bien; y se moverán tus pasos. O la tienes, sirviendo a Dios, y verás que tiene tales cosas quien no sirve a Dios; y por eso pensarás que en vano sirves a Dios, porque también aquel tiene felicidad que no sirve a Dios: o no la tienes, y mucho más acusarás a Dios, que la da a sus blasfemadores, y la niega a sus servidores. Aprended, por lo tanto, a despreciar las cosas terrenales, si queréis servir a Dios con corazón fiel. ¿La tienes? no pienses que de ahí eres bueno; sino hazte bueno de ahí. ¿No la tienes? no pienses que de ahí eres malo; sino evita el mal, por el cual no vino el bien.

5. Felicidad y recompensa de Dios que se espera. En efecto, aquel que recapacita y se reprende a sí mismo por haber comenzado a pensar mal de Dios, el pecador anhelante y contemplando la paz de los pecadores; reprendiéndose, dice: "¿Qué tengo yo en el cielo, y

qué he deseado de ti en la tierra?" (Salmo LXXII, 1-25). Ya recapacitando, ya con el corazón corregido, reconoció cuánto vale el culto a Dios: culto que había vendido por un precio vil cuando buscaba la felicidad terrenal en lugar de él. Reconoció lo que se debe a los adoradores de Dios en lo alto, donde se nos ordena tener el corazón y respondemos que lo tenemos allí: ojalá no mintamos, al menos en esa hora, al menos en ese momento, al menos en ese instante, cuando respondemos. Mirando, pues, y corrigiendo su corazón, se reprendió por haber buscado alguna vez en la tierra la felicidad terrenal, como si fuera la recompensa del culto a Dios. Pero reprendiéndose, dice: "¿Qué tengo yo en el cielo? ¿Qué tengo allí? Vida eterna, incorrupción, reino con Cristo, compañía de los ángeles; donde no hay perturbación, ignorancia, peligro, ni tentación; verdadera, cierta y firme seguridad. He aquí lo que tengo en el cielo. ¿Y de ti qué he deseado en la tierra? ¿De ti qué he deseado en la tierra? ¿Qué he deseado? Riquezas efímeras, caducas, volátiles. ¿Qué he deseado? Oro, palidez de la tierra; plata, lividez de la tierra; honor, humo del tiempo. He aquí lo que de ti he deseado en la tierra. Y porque vi esto en los pecadores, mis pies se movieron, y casi se deslizaron mis pasos. ¡Oh, cuán bueno es para los rectos de corazón! ¿Qué buscas entonces, profeta fiel? ¿Oro, plata y riquezas terrenales? ¿Vale tanto la fe de una matrona fiel como lo que tiene una meretriz? ¿Vale tanto la fe de un hombre fiel como lo que tiene un mimo, un auriga, un cazador, un ladrón? No, hermanos míos, no, que vuestra fe no valga tanto. Que Dios aparte esto de vuestros corazones. Pues, ¿cuánto vale, queréis saber? Por ella murió Cristo. ¿Por qué buscas entonces una recompensa terrenal, apegado al oro y al dinero? Haces injuria a la fe, por la cual murió Cristo. ¿Y qué es, dice? ¿Cuánto vale? Mira a aquel que dice: "¿Qué tengo yo en el cielo?" No expresó qué será aquello. Así dice: "¿Y de ti qué he deseado en la tierra?" Alabando aquello, rechazando esto, dijo ambos, ¿Qué es aquello? Lo que ojo no vio. ¿Qué es esto? Lo que el ojo fiel no ansía. ¿Qué es aquello? Lo que encontró Lázaro lleno de llagas. ¿Qué es esto? Lo que tuvo el rico engreído. ¿Qué es aquello? Lo que no puede perecer. ¿Qué es esto? Lo que no puede ser retenido. ¿Qué es aquello? Donde no habrá trabajo. ¿Qué es esto? Lo que no abandona el temor. ¿Qué tengo yo en el cielo? ¿Qué? Aquel que hizo el cielo; el precio de tu fe es tu Dios; lo tendrás a Él, Él mismo se prepara como premio para sus adoradores. Considerad, carísimos, toda la creación, el cielo, la tierra, el mar, lo que hay en el cielo, lo que hay en la tierra, lo que hay en el mar, cuán hermoso, cuán maravilloso, cuán digna y ordenadamente dispuesto. ¿Os conmueven estas cosas? Claro que sí. ¿Por qué? Porque son hermosas. ¿Quién es el que las hizo? Creo que os quedaríais asombrados si vierais la belleza de los ángeles. ¿Quién es entonces el creador de los ángeles? Él es el premio de vuestra fe. Avaros, ¿qué os basta, si Dios mismo no os basta?

6. Para vivir bien, nos conmueven los peligros cotidianos. Vivamos bien, y para que podamos hacerlo, invoquemos a aquel que lo ha mandado. No busquemos del Señor una recompensa terrenal por nuestra buena vida. Extendamos nuestra intención hacia aquellas cosas que se prometen. Pongamos nuestro corazón allí donde no puede corromperse con preocupaciones mundanas. Pasan estas cosas que ocupan a los hombres, vuelan estas; la vida humana sobre la tierra es vapor. Se suman también tantos y tan cotidianos peligros de esta misma vida frágil. Se anuncian grandes terremotos desde Oriente; algunas grandes ciudades han colapsado repentinamente. Aterrados en Jerusalén, los judíos, paganos y catecúmenos que estaban allí, todos fueron bautizados. Se dice que fueron bautizadas quizás siete mil personas. El signo de Cristo apareció en las vestiduras de los judíos bautizados. Estas cosas se anuncian con el testimonio más constante de los hermanos fieles. La ciudad de Sitifis también fue sacudida por un gravísimo terremoto, de modo que todos permanecieron quizás cinco días en los campos, y allí se dice que fueron bautizadas casi dos mil personas. Dios aterrará por todas partes, porque no quiere encontrar a quién condenar. Algo se está haciendo en este lugar. El mundo es un lugar; abundan sus presiones: sed aceite, no heces. Que cada uno se convierta a

Dios y cambie su vida. El aceite tiene un camino oculto; se dirige a sus secretos. Otro se burla, se ríe, blasfema, grita por las calles; las heces fluyen. Sin embargo, el Señor del lagar, a través de sus obreros, a través de sus santos ángeles, no cesa de trabajar. Conoce su aceite, sabe qué recibe, con qué peso de presión se filtra. Pues el Señor conoce a los que son suyos. Sed aceite, huid de las heces; apártense de la iniquidad todos los que invocan el nombre del Señor (II Tim. II, 19). No concibáis odios, o terminadlos pronto. No son de temer. ¿Temes el terremoto? ¿temes el estruendo del cielo? ¿temes las guerras? Teme también la fiebre: de repente, cuando se temen esas grandes cosas, no vienen, y de repente una pequeña fiebre se lleva al hombre. Y si el juez encuentra a alguien así, como no lo conoce, a quienes dirá: "No os conozco, apartaos de mí" (Luc. XIII, 27); ¿qué sucederá después? ¿a dónde se irá? ¿por quién se intercederá? ¿de dónde se redimirá la vida para ser restaurada? ¿Quién permitirá vivir de nuevo y corregir lo que se hizo mal? Está terminado. Pocos habéis venido: pero si habéis escuchado bien, abundáis. No os engañe quien engaña: porque no os engaña quien no engaña.

SERMO XX. Sobre el versículo 12 del Salmo L, "Crea en mí, Dios, un corazón puro": y sobre el versículo 5 del Salmo XL, "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí", etc.

1. El pecador no puede resurgir por sí mismo del pecado sin la gracia. Con voz unánime, con corazón concorde, suplicando al Señor por nuestro propio corazón, hemos dicho: "Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto en mis entrañas". De esto, manifestaremos brevemente lo que el Señor nos ha dado, en su gracia. El salmo es de un penitente, que desea recuperar la esperanza perdida, que yace por su caída, y que urge a Dios con grandes súplicas, como quien fue capaz de herirse a sí mismo, pero no de sanarse. Pues así como podemos golpear y herir nuestra propia carne cuando queremos, para que se sane buscamos al médico; no nos salvamos por nuestro propio poder, como nos herimos por nuestro propio poder: así el alma es suficiente para pecar por sí misma; para sanar lo que el pecado ha dañado, implora la mano medicinal de Dios. Por eso dice en otro salmo: "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti". Por esto dice: "Yo dije", para establecer ante los ojos que la voluntad y el libre albedrío de pecar surgen del alma, y es suficiente para perderse; pero es de Dios buscar y salvar lo que se ha herido. Pues el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). De aquí, derramando súplicas, decimos: "Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto en mis entrañas". Que el alma que ha pecado diga, para que no perezca más por desesperar, de lo que se perdió por delinquir.

2. Confesión del pecado necesaria para obtener el perdón. El pecado debe ser castigado, ya sea por el mismo pecador o por Dios. La excusa del pecado es injusta y es sugerida por el diablo. Ante todo, se debe hacer el esfuerzo de no pecar, de no hacer una cierta familiaridad y amistad con el pecado, como con una serpiente. Pues con su mordedura venenosa mata al pecador, y no es algo con lo que se deba hacer amistad: pero si por casualidad oprime al débil, o se desliza sobre el incauto, o atrapa al errante, o engaña al que va por errores, no le pese al alma confesar, ni busque excusa, sino su propia acusación. Pues también oró por esto en un salmo, y dijo: "Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios: y no inclines mi corazón a palabras malignas, para excusar excusas en pecados" (Salmo CXL, 3 y 4). ¿Alguien te persuade a pecar? Ante todo, recházalo. Pero, ¿fue persuadido? No se excuse, sino más bien acúcese. Pues también aquel que decía: "Crea en mí, Dios, un corazón puro", así comenzó: "Ten misericordia de mí, Dios, según tu gran misericordia". Un gran pecador implora gran misericordia: una gran herida desea una gran medicina. Allí se dice: "Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. Crea

en mí, Dios, un corazón puro" (Salmo L, 3, 11, 12). Dios aparta su rostro de los pecados del que confiesa y se acusa a sí mismo, y suplica la ayuda y misericordia de Dios. Pues aparta su rostro de sus pecados, no apartándose de él. A quien se le dice: "Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades", a él mismo se le dice en otro lugar: "No apartes tu rostro de mí" (Salmo XXVI, 9). Aparta cuando no advierte: pues si advierte, destruye. Por eso también los jueces, al dictar sentencia sobre los convictos, se dice que advierten. Esto pedimos que no haga Dios, es decir, que no advierta, decimos: "Aparta tu rostro de mis pecados". Que no reconozca, que perdone. Así como decimos noble al noble, no decimos ignoble al noble: así al conocedor conocedor, no decimos conocedor al que perdona. Sin embargo, si quieres que Él perdone, tú reconoce. El pecado no puede quedar impune: no debe quedar impune, no es justo. Por lo tanto, porque el pecado no debe quedar impune, que sea castigado por ti, para que no seas castigado por él. Que tu pecado te tenga como juez, no como defensor. Sube al tribunal de tu mente contra ti, y preséntate como reo ante ti. No te pongas detrás de ti, para que Dios no te ponga ante Él. Por eso dice en el mismo salmo, de donde obtiene el perdón más fácilmente: "Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí" (Salmo L, 5). Como diciendo, Porque está ante mí, que no esté ante ti; y porque yo reconozco, tú perdona. Por lo tanto, el pecado o es castigado por ti, o por Dios: pero por ti sin ti, por Dios contigo. Que te tenga a ti como castigador, para que tú tengas a Dios como defensor. Di: Yo lo hice. Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti. Yo, dice, dije. Yo no busco para excusar el pecado, quién pecó de mí, o quién me obligó a pecar. No digo, La Fortuna lo hizo. No digo, El Destino lo quiso. Finalmente, no digo, El Diablo lo hizo. Pues también el mismo diablo tiene el poder de persuadir, finalmente de aterrorizar; incluso de infligir graves molestias, si se le permite: se debe pedir al Señor la virtud, para que no seduzcan las cosas atractivas, o para que no rompan las duras. Que nos conceda contra las seducciones y amenazas del enemigo, dos virtudes, contener y soportar: contener las pasiones, para que no seduzcan las cosas prósperas; soportar los terrores, para que no rompan las adversas. Y cuando supe, dice, que nadie puede ser continente, si Dios no lo concede (Sab. VIII, 21). Por eso decía: "Crea en mí, Dios, un corazón puro"; y, "¡Ay de los que han perdido la paciencia!" (Eclo. II, 16). No busques a nadie para acusar, para que no encuentres un acusador del que no puedas defenderte. Pues también nuestro enemigo el diablo se alegra cuando es acusado: y quiere que lo acuses; quiere que de ti reciba cualquier acusación que quieras, mientras tú pierdes la confesión. Contra esta astucia exclama aquel: "Yo dije, Señor". En vano me acecha el enemigo; conozco sus astucias: captura mi lengua, quiere que diga, El Diablo lo hizo. Yo dije, Señor. Con estas astucias seduce las almas, y las aparta de la medicina de la confesión; o persuadiéndoles que se excusen, y busquen a quienes acusar; o persuadiéndoles que, porque ya han pecado, y gravemente han pecado, piensen que ya no pueden ser sanados; o persuadiéndoles que Dios perdona todo rápidamente, para que el hombre no se corrija.

3. Tanto la desesperación como la esperanza de la impenitencia son causa de perdición. Ved cuán grandes son las cosas contra las que debe vigilar el corazón del penitente. Para que no se excuse acusando a otro, que le venga a la mente: "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti". Para que no perezca por desesperar, de modo que porque ha pecado, y gravemente ha pecado, piense que ya no puede ser sanado; y se entregue a las pasiones, arrastrado por todas las concupiscencias. Hace lo que le place, aunque no le esté permitido. Y si no lo hace, no lo hace donde teme a los hombres. Con un ánimo casi gladiatorio, porque desespera de la vida, hace lo que puede para saciar su concupiscencia y pasión, como devoto a la víctima. Tales perecen por desesperación. Contra estos, por ellos, es decir, contra tales pensamientos de ellos, la Escritura vigilante dice: "En el día en que el impío se convierta y haga justicia, olvidaré todas sus iniquidades" (Ezequiel XVIII, 21, y

XXXIII, 14, 15). De nuevo, el alma recreada, si cree en estas palabras, del mal de la desesperación, encontrará otra trampa, para que el alma que no pudo perecer por desesperación, perezca por esperanza. ¿Y quién es el que perece por esperanza? He aquí cómo propongo a uno que diga en su corazón: Ya Dios ha prometido perdón a todos los que se apartan de los pecados, en cualquier hora que se conviertan, olvidará todas sus iniquidades: entonces haré lo que quiera; cuando quiera me convertiré, y se borrará lo que haya hecho. ¿Qué diremos? ¿que no cuando se convierta, cuida Dios del penitente? ¿perdona Dios todos los pecados pasados? Si lo negamos, contradicimos la indulgencia divina: nos oponemos a las palabras proféticas, resistimos a los divinos oráculos. No es esto de un fiel dispensador.

4. No se debe diferir la conversión. El hombre quiere que todo lo suyo sea bueno, excepto la vida. Recurre, y me dice alguien: ¿Darás entonces licencia a los pecados, para que los hombres hagan lo que quieran, con la promesa de perdón, con la promesa de impunidad cuando se conviertan? Aflojan las riendas para pecar: se lanzan con gran ímpetu, sin que nadie los detenga, con la esperanza de los desesperados. ¿Acaso la Escritura vigilante contra los desesperados no vigilaría contra los que esperan mal? Escucha su vigilancia contra la mala y perversa esperanza: "No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día: porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá" (Eclo. V, 8 y 9). ¿Qué dices entonces, mal esperador? Si desesperas, pereces; si esperas, pereces. ¿Dónde estará para ti un lugar seguro, para que te libres de ambas trampas, y te establezcas en el camino recto, sirviendo a Dios, compadeciéndote de tu alma, agradando a Dios? Desesperabas mal, escuchaste: "En el día en que el impío se convierta, olvidaré todas sus iniquidades". Comenzabas a esperar mal, escuchaste: "No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día". Por todas partes te ha rodeado la providencia de Dios misericordiosamente. ¿Qué dices? Dios me prometió indulgencia; cuando me convierta, me la dará. Claro que la dará, cuando te conviertas; pero ¿por qué no te conviertes? Porque cuando me convierta, la dará. Sin duda la dará cuando te conviertas; pero ¿cuándo es ese cuando? ¿Por qué no es hoy, por qué no cuando me escuchas? ¿por qué no cuando clamas? ¿por qué no cuando alabas? Que mi clamor sea ayuda para ti: que tu clamor sea testigo contra ti. ¿Por qué no hoy? ¿por qué no ahora? Mañana, dice; Dios me prometió indulgencia. ¿Te prometes a ti mismo el mañana? O si acaso, si me lees del libro sagrado, como te prometió indulgencia al convertido, así te prometió el día de mañana, difiere también el mañana. ¿No puso esto primero en el terror medicinal, no dijo esto cuando te increpaba: "No difieras de día en día: porque de repente vendrá su ira"? Pero, por supuesto, hombre sabio, temes no tener más de dos días de buena vida. Si habrá un día de mañana, que lo haya también hoy; y que sean dos días. Pues si no habrá un día de mañana, el de hoy te encontrará seguro: pero si habrá un día de mañana, se añadirá al de hoy. Pero tú deseas tener una vida larga, y no temes tener una vida mala. Quieres vivir mucho tiempo, y vivir mal. Buscas un largo mal, ¿por qué no más bien un largo bien? ¿Qué es lo que no quieres tener bueno? ¿Será solo la vida la que en ti incurre en mal? Si te pregunto qué tipo de ropa buscas, respondes Buena; qué tipo de casa, Buena; qué tipo de esposa, Buena; qué tipo de hijos, Buenos; qué tipo de hogar, Bueno; solo la vida mala. Y antepones la vida a todos tus bienes, y entre todos tus bienes solo quieres la vida mala. Pues todos aquellos bienes que buscabas buenos, ropa, casa, villa, y demás, estás dispuesto a dar por tu vida. Si alguien te dijera: O me das todos tus bienes, o te quito la vida: estás dispuesto a dar todos tus bienes, y aun así mantener esa vida mala. ¿Por qué no quieres que sea buena, por la cual das todos tus bienes malos? He aquí que se ha quitado la excusa, que esté la acusación, para que no encuentre condenación.

Después del sermón.

5. Los presbíteros ministrantes de la palabra de Dios. Exhortamos a vuestra Caridad, para que no os pese escuchar diligente y atentamente a los presbíteros que ministran las palabras de Dios. Pues nuestro Señor Dios es la misma verdad que escucháis, hable quien hable; y nadie es mayor entre vosotros, sino quien sea menor. Por lo tanto, debíamos hablar primero según la costumbre, y vosotros hacedlo por amor.

SERMO XXI. Sobre lo que está escrito en el Salmo LXIII, 11, "El justo se alegrará en el Señor".

1. La alegría de los piadosos en Dios incluso en esta vida.---Se alegrará el justo en el Señor, y esperará en Él, y se gloriarán todos los rectos de corazón. Esto ciertamente lo cantamos con voz y boca. Estas palabras las dijo al Señor tanto la conciencia como la lengua cristiana: Se alegrará el justo en el Señor, no en el mundo. La luz ha surgido para el justo, dice en otro lugar, y para los rectos de corazón, alegría (Salmo 96, 11). Buscando de dónde proviene la alegría, aquí escuchas: Se alegrará el justo en el Señor. La luz ha surgido para el justo, dice en otro lugar; y en otro lugar, Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón (Salmo 36, 4). ¿Qué se nos indica? ¿Qué se nos da? ¿Qué se nos ordena? ¿Qué se nos concede? Que nos alegremos en el Señor. ¿Quién se alegrará en algo que no ve? ¿Acaso vemos al Señor? Esto lo mantenemos en promesa: ahora, sin embargo, caminamos por fe, mientras estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor; por fe, no por vista (II Cor. 5, 6-7). Entonces llegaremos a la vista, cuando se cumpla lo que también dice Juan: Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (I Juan 3, 2). Entonces, por tanto, habrá gran y perfecta alegría, y entonces habrá pleno gozo, donde ya no la esperanza nos alimenta, sino la realidad nos nutre. Sin embargo, incluso ahora, antes de que la realidad misma venga a nosotros, antes de que llegemos a la realidad misma, alegrémonos en el Señor. Porque no tiene poca alegría la esperanza, cuya realidad vendrá después. Y en estas cosas temporales, en la alegría, no del Señor, sino del mundo, algunos aman muchas cosas, y aún no han llegado a lo que aman: y sin embargo, el ardor en la esperanza corre, aún no posee la realidad. Por ejemplo, amas el dinero; no lo amarías si no lo esperases: amas a una esposa, no casada, sino aún por casar; y tal vez se ama a la que se va a casar, pero se tendrá odio a la casada. ¿Por qué esto? Porque no apareció casada tal como se imaginaba en la mente que sería al casarse. Sin embargo, Dios no se vuelve despreciable presente, se ama ausente. Por mucho que la mente humana exagere el bien que es Dios, actúa menos, y está muy por debajo; y es necesario que el hallazgo supere lo que la mente formaba. Por tanto, amaremos más cuando veamos, si pudimos amar incluso antes de ver. Ahora, por tanto, amamos en esperanza. Por eso, dice, se alegrará el justo en el Señor. Y de inmediato, porque aún no ve, y esperó en Él.

2. Ahora nos acercamos a Dios con humildad y caridad. Sin embargo, tenemos las primicias del Espíritu, y tal vez de otra manera, nos acercamos a Aquel a quien amamos; y lo que ávidamente vamos a comer y beber, ahora, aunque de manera limitada, lo probamos y gustamos. ¿Cómo probamos esto? Porque Dios, a quien se nos ordena amar, en quien se nos ordena alegrarnos, no es oro, ni plata, ni tierra, ni cielo, ni esta luz del sol, ni cualquier cosa que brille desde el cielo, ni cualquier cosa que resplandezca desde la tierra bañada en luz. Dios no es ningún cuerpo, es espíritu. Por eso, dice, los que adoran, deben adorar en espíritu y en verdad (Juan 4, 22). No en algún lugar del cuerpo, porque no es cuerpo: no como en un monte alto, para que por la altura del monte pienses que te acercas a Dios. El Señor es ciertamente excelso, pero mira a los humildes; y a los excelsos los conoce desde lejos (Salmo

137, 6); a los humildes no desde lejos. Ciertamente es excelsos, y si a los excelsos los conoce desde lejos por su altura, ¿cuánto más, dirá alguien, se ha alejado su altura de los humildes? No es así. Porque Dios es excelsos, y mira a los humildes. ¿Cómo los mira? El Señor está cerca de todos los que tienen el corazón quebrantado (Salmo 33, 19). No busques, por tanto, un monte alto, desde donde te parezca estar más cerca. Si te ensalzas, se aleja de ti; si te humillas, se inclina hacia ti. El publicano estaba de lejos, y por eso Dios se acercaba más fácilmente a él: ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo (Lucas 18, 13), y ya tenía consigo al que hizo el cielo. ¿De dónde, entonces, nos alegramos en el Señor, si el Señor está tan lejos de nosotros? Para que no esté lejos, y para que esté lejos, tú lo haces. Ama, y se acercará: ama, y habitará. El Señor está cerca, no os inquietéis por nada (Filipenses 4, 5-6). ¿Quieres ver cómo, si amas, estará contigo? Dios es caridad (I Juan 4, 8). ¿Por qué vuelan lejos y ampliamente las fantasías de tu pensamiento, y te dices a ti mismo, ¿Qué crees que es Dios? ¿Cómo crees que es Dios? Cualquier cosa que imagines, no es: cualquier cosa que comprendas con el pensamiento, no es. Porque si Él fuera, no podría ser comprendido por el pensamiento. Pero para que recibas algo por el gusto, Dios es caridad. Me dirás, ¿Qué crees que es la caridad? La caridad es con la que amamos. ¿Qué amamos? Un bien inefable, un bien benéfico, el creador de todos los bienes. Que Él te deleite, de quien tienes todo lo que te deleita. No digo el pecado: porque el pecado solo no lo tienes de Él. Excepto el pecado, de Él tienes todo lo demás que tienes.

3. El pecado mismo no se ama, sino que el amor desordenado de la criatura es pecado. No pienses, por tanto, que cuando dije, Que Él te deleite, de quien tienes todo lo que te deleita, se entienda el pecado, y digas: Mira, el pecado me deleita; ¿acaso tengo el pecado de Dios? Mira primero si tal vez no te deleita el pecado, sino otra cosa donde cometes pecado. Amando, por tanto, la criatura desordenadamente, contra el uso honesto, contra lo lícito, contra la ley y la voluntad del mismo Creador, amando la criatura pecas. No amas el pecado mismo: pero amando mal lo que amas, te enredas en el pecado. Buscas el cebo en la red, y sin saberlo te alimentas del pecado; y así lo defiendes: Si es pecado beber mucho, ¿por qué el Señor instituyó el vino? Si es pecado amar el oro, soy amante del oro, no del Creador: el Creador del oro es Dios; ¿por qué creó lo que es malo amar? Así con las demás cosas que amas mal, en las que hay toda lujuria, donde se cometen muchas atrocidades: atiende, observa, considera, porque toda criatura de Dios es buena, y allí no hay pecado, sino porque usas mal. Escucha esto, oh hombre. Dices, ¿por qué Dios instituyó lo que me prohíbe amar? No lo hubiera instituido, y no habría lo que yo amara; no hubiera instituido la criatura, que me ordena no amar; y no habría lo que amara, y amando sería condenado. Si la misma criatura que amas mal porque no te amas pudiera tener voz, te respondería: No quisieras que Dios me hiciera, para que no hubiera lo que amaras; ahora, por tanto, ve cuán injusto eres, y en tus mismas palabras se te descubre muy injusto: quisieras que Dios te hiciera, que está sobre ti, y no quisieras que hiciera otro bien. Lo que Dios te hizo, es bueno: pero hay otros grandes bienes, otros pequeños bienes; otros bienes terrenales, otros bienes espirituales, otros bienes temporales: todos, sin embargo, buenos, porque el bueno hizo cosas buenas. Por eso en un lugar de las Escrituras divinas se dice, Ordenad en mí la caridad (Cantar de los Cantares 2, 4). Dios te hizo algo bueno, bajo Él hizo algo inferior y bajo ti; estás bajo otro, estás sobre otro: no dejes el bien superior, para inclinarte al bien inferior. Sé recto, para que seas alabado: porque serán alabados todos los rectos de corazón. ¿De dónde pecas, sino porque tratas desordenadamente las cosas que has recibido para uso? Sé bien usando las cosas inferiores, y serás recto disfrutando del bien superior.

4. Contra aquellos que anteponen la criatura a Dios. Ahora escucha, y examina tus propios conocimientos: e interroga a ti mismo que tratas, y a las cosas que tratas. Mira si en tu

negocio antepones la plata al oro, el plomo a la plata, el polvo al plomo; ¿no serías juzgado por todos tus socios, si acaso eres comerciante, como el más demente, y serías apartado de su sociedad, y serías llamado dañino, y tal vez incluso necesitarías ser curado de la cabeza? ¿Qué otra cosa dirían todos tus socios, cuando dijeras: La plata es más valiosa que el oro, o la plata es mejor que el oro? ¿No clamarían estas cosas: Insensato, te engañas; ¿qué te pasa, cuando antepones la plata al oro? Y nadie te dirá: ¿Qué te pasa, cuando antepones el oro a Dios? ¿Cómo, dice, antepongo el oro a Dios? Si por una cierta demencia antepusiera la plata al oro, por eso se me llama demente, porque de dos especies, que ambas veo, que ambas contemplo, que ambas toco con la mano, antepongo la más vil a la más valiosa: ¿cómo antepongo el oro a Dios? Veo el oro, no veo a Dios. Ni de esto te excusarás. ¿Por qué amas la plata? Porque es valiosa, porque vale mucho. ¿Por qué más el oro? Porque es más valioso. La plata es valiosa, el oro es más valioso: Dios es la misma caridad.

5. La fe, aunque tal vez no se vea, es amada por todos. Mira, diré algo del don de Dios, para convencerte más rápidamente, de cómo antepones el oro a Dios; aunque veas el oro, no veas a Dios; y por eso no te parece que antepones, porque nadie quiere anteponer lo que ve a lo que no ve. Mira, digo algo. ¿Qué te parece? ¿La fe es plata? ¿Es oro? ¿Es moneda? ¿Es ganado? ¿Es tierra? ¿Es cielo? Nada de esto es, y sin embargo es algo. No solo es algo, sino que es algo grande. Por ahora no hablo de aquella fe superior, por la cual eres llamado fiel, acercándote a la mesa de tu Señor, respondiendo con fe las palabras de fe: por ahora aparto un poco esa. Hablaré de aquella fe, que incluso vulgarmente se llama fe: no la gran fe que te manda tu Dios, sino la que tú exiges de tu siervo. Digo esa, porque también esa te la manda tu Señor, para que no defraudes a nadie, guardes la fe en el negocio, guardes la fe a tu esposa en el lecho. Y esa fe te la manda tu Dios. ¿Qué es esta fe? Ciertamente no la ves: si no la ves, ¿por qué cuando te la rompen llamas? Con tu clamor te convengo de que la ves. Decías: ¿Cómo antepongo el oro a Dios? Veo el oro, no veo a Dios. Mira, ves el oro, no ves la fe. O lo que es más cierto, ves la fe; pero cuando la exiges, la ves; cuando se te exige, no quieres verla. Con los ojos abiertos llamas, Devuelve la fe que prometiste: con los ojos cerrados llamas, No te prometí nada. En ambos casos abre los ojos. Injusto, no pierdas la fe, sino la misma iniquidad: lo que exiges, devuelve.

6. La fe es honrada en el siervo. Llevas a tu siervo a la iglesia para manumitirlo. Se hace silencio, se lee tu libelo, o se lleva a cabo tu deseo. Dices que liberas a tu siervo, porque te ha guardado la fe en todo. Esto es lo que amas, esto es lo que honras, esto es lo que premias con la libertad: haces lo que puedes; lo haces libre, porque no puedes hacerlo eterno. Tu Señor clama a ti, y en tu siervo te convence: te dice en tu corazón, Llevaste a tu siervo de tu casa a mi casa; quieres devolverlo libre de mi casa a tu casa: ¿por qué sirves mal en mi casa? Le das lo que puedes; te prometo lo que puedo: haces libre al que te guarda la fe; yo te hago eterno, si me guardas la fe. ¿Qué más argumentas contra mí en tu mente? Devuelve a tu Señor lo que alabas en tu siervo. ¿O acaso te arrogas tanto, que te consideras digno de tener un siervo fiel, al que dices, Compré; y yo no soy digno de tener un siervo fiel, al que creé? Esto te dice tu Señor dentro, donde nadie escucha, sino tú; y Él mismo te habla, quien dice la verdad. ¿Qué cosa más verdadera que esta locución? No te hagas el sordo. Mira, amas la fe en tu siervo; ciertamente no ves la fe: ¿por qué la amas en otro, y todo lo que dije en otro, y en el siervo que compraste con dinero, no obstante, no lo creaste? Tu Señor trata contigo con doble vínculo. Y te creó, y te compró. Antes de que existieras, te dice, te hice; cuando por ti mismo estabas vendido bajo pecado, te redimí. Para manumitir a tu siervo, rompes sus tablillas: Dios no rompe tus tablillas. Tus tablillas son el Evangelio donde está la sangre, con la que fuiste comprado: permanecen, cada día se recitan, se te recuerda tu condición, se te recuerda tu precio.

7. La fe debida a Dios por los siervos comprados con su sangre. Si tu siervo, al que liberas, no te exhibiera la fe, ni se hiciera digno de tu manumisión guardando la fe, y lo encontraras en algunos fraudes en tu casa, ¿qué clamarías? ¿Mal siervo, no me guardas la fe? ¿No sabes que te compré? ¿No sabes que numeré mi sangre por ti? Clamas cuanto puedes, y golpeas el cielo con voces envidiosas: Di mi sangre por ti, mal siervo. Y todos los que escuchan: Dice la verdad. Si se atreviera a responderte así el mismo siervo, no te avergonzarías si te dijera: ¿Qué sangre, te pregunto, diste por mí? cuando me compraste, ni siquiera te sangraste. Pero llamas a tu dinero tu sangre. Tanto amas tu dinero, que lo llamas tu sangre. De tu voz te convence tu Señor. Llamas a tu dinero tu sangre, y por eso exiges la fe de tu siervo comprado, porque por él diste, no ciertamente sangre, sino moneda, o oro: recuerda lo que te di. Lee tus tablillas, si no recuerdas; lee por ti la muerte de tu Salvador, la lanza del que lo hirió, el precio de tu Redentor. Un hombre vivo puede, como dije, dar su sangre con una vena perforada, y sin embargo vivir: más es lo que te dice tu Señor: no de mí vivo fue exprimida la sangre, con mi sangre te compré; añadido, Con mi muerte te compré. ¿Qué tienes que decir? Devuelve la fe a tu Señor, que exiges de tu siervo. Ves el oro, ves también la fe: no la exigirías, si no la vieras; no la alabarías, si no la vieras; no la premiarías con libertad, si no la vieras: pero ves el oro con los ojos de la carne, ves la fe con los ojos del corazón. Cuanto mejores son los del corazón, tanto mejor es lo que ves con los ojos del corazón. Sin embargo, a esta fe, que te manda tu Señor, antepones el oro, y no devuelves lo que se te confió, y dices, No me diste nada: o a quien no le confiaste, dices, Devuelve lo que te confié. No das lo que recibiste, reclamas lo que no diste. Mira, adquiere, así toma, y acumula para ti lodo. ¿Por qué presionas, diciendo, Da, lo que no confiaste; negando lo que recibiste en confianza? Toma, recoge ganancias dañinas: mira, llenaste el arca, adquiriste mucho oro; examina el arca del corazón, perdiste la fe.

8. Alegría en Dios y en los bienes eternos que ha dado. Es recto de corazón quien alaba el castigo del padre. — Vuelve, pues, si has sentido algo, si te has sonrojado, si has corregido lo que era torcido y desviado: vuelve, deléitate en el Señor, alégrate en el Señor. Alégrate en lo que el Señor ha mandado, para que te alegres en el Señor. Alégrate en la fe, alégrate en la esperanza, alégrate en la caridad, alégrate en la misericordia, alégrate en la hospitalidad, alégrate en la castidad. Todas estas cosas son buenas, tesoros del hombre interior; gemas, no de tu cofre, sino de tu conciencia. Ama ser rico con estas riquezas, que no puedes perder ni siquiera en un naufragio; de modo que si sales desnudo, estarás lleno. Así sales y eres recto de corazón, para que seas alabado, no reprochando a tu Señor si algo te sucede en este mundo, y alabando el castigo del Padre, cuya herencia esperas. Huye bajo la mano del que corrige. No te apartes de la disciplina, porque quien te corrige no puede errar. Sabe qué hacer contigo quien te hizo. ¿Acaso piensas que tu artífice es tan inexperto que supo hacerte, pero olvida qué hacer contigo? Antes de que existieras, pensó en ti: pues si no hubiera pensado en ti, nunca habrías existido. Por tanto, pensó en ti antes de que existieras, para que existieras; y ahora que existes, permaneces, vives, y le sirves, ¿te despreciará y te menospreciará? Dices que te ha despreciado: ya he orado, y no me ha escuchado. ¿Qué, si pedías algo que, si lo hubieras recibido, te habría perjudicado? He llorado ante Él, y no me ha dado. Oh niño insensato, ¿en qué has llorado? Para que recibieras felicidad carnal, felicidad temporal, felicidad terrenal. ¿Qué, si esa felicidad que deseabas y pedías, y por la que llorabas, te hubiera precipitado? Hace tiempo hablaba de tu siervo, ahora toma un ejemplo de tu hijo. Tu pequeño hijo llora ante ti para que lo subas a tu caballo: ¿acaso lo escuchas? ¿acaso lo atiendes? ¿Eres duro, o más bien misericordioso? Dime, ¿con qué propósito lo haces? Ciertamente, este es un propósito de caridad, ¿quién lo duda? Guardas toda la casa para el

adulto, pero no subes al pequeño que llora al caballo. Todo lo que tienes, tanto la casa como lo que hay en ella, el campo y lo que hay en el campo, lo guardas para él; y sin embargo, no subes al pequeño que llora al caballo. Llore cuanto quiera, llore todo el día; no lo escuchas, y no lo escuchas por misericordia, y si lo escucharas, serías cruel. Mira, pues, piensa que tu Señor te hace esto cuando pides cosas inapropiadas y no las recibes. Tal vez la escasez te instruya, y la abundancia te corrompa. Buscas la abundancia de la corrupción, cuando tal vez la escasez de la instrucción es necesaria. Deja a tu Dios, que sabe qué darte, qué quitarte. Pues si te da lo que pides mal, tal vez te lo da enojado. Escucha ejemplos de la Ley. A los israelitas que deseaban las concupiscencias del vientre y la garganta, los escuchó enojado (Éxodo XVI): a Pablo diciendo, Quitá de mí el aguijón de la carne, no lo escuchó propicio (II Cor. XII, 7-9).

9. Deleite de los piadosos en Dios al perder los bienes terrenales. Por eso, deléitate en el Señor, alégrate en el Señor, no en el mundo. En el Señor se alegraba aquel que, habiendo perdido toda la alegría del mundo, le quedaba el Señor en quien alegrarse: le quedaba en la ira una alegría simple, perfecta e inmutable de su corazón. Lo que poseía, lo tenía, no era poseído; pero era poseído por el Señor: pisoteaba aquello, de Él dependía: cuando le quitaron lo que pisoteaba, se aferró a Aquel de quien dependía. He aquí lo que es alegrarse en el Señor. El Señor dio, el Señor, mira la alegría, el Señor quitó: ¿acaso se quitó a sí mismo? Lo que dio, lo quitó; quien dio, se ofreció a sí mismo; se alegra en el Señor. Por tanto, el Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). ¿Por qué desagrada al siervo lo que agradó al Señor? Perdí el oro, dice, perdí la familia, perdí el ganado, perdí todo lo que tenía: de quien lo tengo, no lo perdí. Perdí lo que había dado; no perdí a Aquel de quien soy. Mi deleite es Él, mis riquezas son Él. Pero, ¿por qué? Porque no era perverso, no estaba cabeza abajo, no descuidó a Aquel que está sobre él, y amó lo que está debajo de él. Esa es la perversidad de usar mal la criatura.

10. Uso del oro, cuál es malo, cuál es bueno. ¿Por qué acusas al que dio el oro, cuando justamente se te acusa de amar mal el oro? Ten oro, te dice Dios, te lo di, úsalo bien. Quieres adornarte con oro; adorna más bien el oro: quieres honor, quieres decoro del oro; da decoro al oro, no seas deshonra del oro. El oro lo tiene el libertino, el fornicador, el lujurioso: organiza juegos pomposos, da regalos insensatos a los actores; no da a los pobres hambrientos: no es decoro del oro. ¿Acaso quien observa esto correctamente no dice, Me duele el oro que cayó en él; oh, si yo lo tuviera! Y tú, si tuvieras oro: ahora dices, Me duele el oro que cayó en él; oh, si yo lo tuviera! ¿qué harías? Acogería a los peregrinos, alimentaría a los necesitados, vestiría a los desnudos, redimiría a los cautivos. Hablas bien antes de tenerlo: mira que hables cuando lo tengas. Si eres así, el oro será tu adorno. Si usas el oro de esta manera, porque amas más a quien creó el oro, serás recto, amando más lo superior, usando correctamente lo inferior; y te deleitarás en el Señor, justo te alegrarás en el Señor. No habrá en ti acusación del Creador, sino acción de gracias al Redentor.

SERMO XXII. Sobre el versículo 3 del Salmo LXVII, Como se desvanece el humo, desvanezcan, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El profeta usando la figura del que desea, significa la certeza de su visión. Hemos oído, y hemos temblado, lo que en la voz del Salmo está profetizado. Dice: Como se desvanece el humo, desvanezcan; como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la faz de Dios. No dudo, hermanos míos, que los corazones de todos ustedes se han conmovido,

ni que la conciencia de nadie ha permanecido intrépida bajo estas palabras. ¿Quién se gloriará de tener un corazón casto? ¿o quién se gloriará de estar limpio de pecado? Y por tanto, cuando la Escritura dice, Como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la faz de Dios (Prov. XX, 9), ¿quién no tiembla, quién no salta de miedo? ¿Qué haremos, entonces, o qué esperanza tenemos? Pues no en vano se cantan estas cosas; o acaso cuando el Profeta dice estas cosas, ¿las desea para los hombres, y no más bien prevé que vendrán? En las palabras aparece la figura del que desea, pero se entiende la presciencia del que anuncia. Pues así como algunas cosas en la Escritura de los Profetas se narran como hechas en el pasado, cuando se predicen como futuras: así algunas se dicen como deseadas por el que desea; pero quienes entienden correctamente lo que oyen, reconocen la visión del que anuncia. Sin embargo, estos Salmos fueron dichos y escritos mucho antes del nacimiento de la encarnación del Señor. No antes de Dios Cristo, sino antes de Cristo nacido de la virgen María. Pues ciertamente el padre Abraham fue mucho antes del rey David, en cuyo tiempo estos Salmos fueron cantados. Pero el Señor dijo, Antes de Abraham yo soy (Juan VIII, 58). Él es el Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas: pero Él, llenando a los Profetas, predijo por ellos que vendría en carne. Y a su encarnación pertenece la pasión. Pues no pudo sufrir lo que está escrito en el Evangelio, sino en la carne mortal y pasible que llevaba. Y allí ciertamente se lee cómo, cuando el Señor fue crucificado, quienes lo crucificaron dividieron sus vestiduras entre sí, y cuando encontraron en ellas una túnica tejida de arriba abajo, no quisieron rasgarla, sino que echaron suertes sobre ella; para que a quien le tocara, le llegara íntegra (Juan XIX, 23, 24): lo cual significaba la caridad, que no puede dividirse. Por tanto, cuando en el Evangelio se narran ya como hechos, mucho antes, muchos años antes, en el Salmo, cuando se predijeron como futuras, se cantaron como hechas y pasadas. Horadaron, dice, mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos. Ellos mismos me miraron y me observaron: dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Salmo XXI, 17-19). Todo se dice como pasado, y se predice como futuro. Así como en las palabras del tiempo pasado se significan hechos futuros; así en la figura del que desea, se debe entender la mente del que predice. Así también sobre Judas, el traidor del Señor, el profeta parece desearle lo que predice que vendrá. Y sobre los mismos judíos, Dice, Sea su mesa un lazo, y una trampa, y un escándalo (Salmo LXVIII, 23). Lo cual sin duda se expone como predicho sobre ellos: así como sobre Judas lo que bajo la misma figura se predijo, el apóstol Pedro lo recuerda (Hechos I, 20).

CAPÍTULO II.

2. En la figura del profeta que desea, se debe entender la aprobación del decreto divino. No sin razón las cosas que han de venir se dicen como pasadas. Pues para Dios son tan ciertas, que ya se consideran hechas; y el profeta parece decir como deseando lo que prevé con certeza que vendrá: mostrando nada más, en mi opinión, que no debe desagradar a nosotros la sentencia conocida de Dios, que ha establecido fija e inmutable. Y por eso en los Hechos de los Apóstoles, cuando un profeta llamado Ágabo predijo que el apóstol Pablo sufriría mucho en Jerusalén por los judíos, y hasta llegaría a ser encadenado, cuando al oír esto los hermanos querían disuadirlo y retenerlo para que no fuera allí: ¿Qué hacéis, dijo, perturbando mi corazón? Pues yo estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir por el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Hechos XXI, 13, 14). Y así, cuando los hermanos vieron la inmutable constancia del hombre para soportar todo, dijeron, Hágase la voluntad del Señor. ¿Acaso porque dijeron, Hágase la voluntad de Dios, desearon al Apóstol que sufriera tales cosas, y no más bien sometieron devotamente su mente al sublime y divino decreto? Así también el Profeta cuando dice, Como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los

pecadores ante la faz de Dios, ve esto con certeza inminente a los pecadores, y le agrada lo que Dios ha establecido, para no desagradar a Dios mismo.

CAPÍTULO III.

3. De qué maneras Dios nos llama al arrepentimiento. El castigo de Dios es nuestra advertencia. Arrepentimiento infructuoso y fructuoso. ¿Qué haremos, entonces, hermanos, sino que, mientras hay tiempo, cambiemos de vida, y corrijamos nuestras acciones, si son malas? Para que lo que sin duda vendrá a los pecadores, no nos encuentre sobre quienes venga: no porque no seremos, sino para que no nos encuentre tales como se ha predicho que vendrá. Por eso se amenaza con venir como juez, para no encontrar a quienes castigar cuando venga. Por eso lo cantan los Profetas, para que nos corrijamos. Si quisiera condenar, callaría. Nadie que quiera herir dice, Observa. Todo, hermanos, lo que hemos oído a través de las Escrituras, es la voz de Dios diciendo, Observa. Y todo lo que sufrimos, las tribulaciones en esta vida, es el castigo de Dios que quiere corregirnos, para no condenarnos al final. Son como duros, molestos, horribles cuando se narran, lo que cada uno sufre gravemente en esta vida: pero en comparación con el fuego eterno no son pequeños, sino nada. Ya sea que seamos castigados, o cuando otros son castigados, somos advertidos por el Señor. Todas estas cosas, hermanos, que en esta vida nos inflige el Señor, son advertencias y estímulos para nuestra corrección. Pero vendrá el fuego eterno, del cual se dirá a aquellos que serán colocados a la izquierda, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). Entonces algunos harán penitencia. Pues está escrito en un libro de Sabiduría: Dirán entre sí, haciendo penitencia, y gimiendo por la angustia del espíritu, ¿De qué nos sirvió la soberbia? ¿y qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Todo eso pasó como una sombra (Sab. V, 3, 8, 9). Allí habrá penitencia, pero infructuosa: habrá penitencia, pero con dolor, sin medicina. Ahora es fructuosa la penitencia, cuando la corrección es libre. Arrepiéntete a la voz de la Escritura. Pues a la voz del juez presente, te arrepentirás en vano. Entonces ya dictará sentencia: y no habrá qué reprochar, cuando dicte sentencia. Pues no ha callado antes de la sentencia. No te ha diferido, sino para que te corrigieras: ya que permitió al ladrón en la cruz cambiarse. Pues entonces el ladrón colgado con el Señor, creyó en Cristo (Lucas XXIII, 40-43), cuando los discípulos titubearon sobre Él. Los judíos despreciaron al que resucitaba muertos, no lo despreció el ladrón colgado con Él en la cruz. No hay, pues, qué decir al final al Señor, No me permitiste vivir bien; o, No me diste tiempo para corregirme; o, No me mostraste qué desear, qué evitar.

CAPÍTULO IV.

Vean que no calla, vean que difiere, vean que persuade, exhorta, amenaza. Ha establecido su palabra en lo alto; se recita por todo el mundo a todo el género humano. Ya no hay quien diga, No supe, no oí. Se cumple lo que se dijo en el Salmo, Ni hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 7). Ahora, pues, su calor está en su palabra: cámbiate ahora por su calor, y no te derritas como cera por su fuego.

4. La fe en el juicio futuro se fortalece con tantas otras predicciones cumplidas. La sangre de los mártires, semilla. Pues eso, hermanos míos, vendrá algún día, lo que ahora los impíos ríen, lo que ahora los burladores desprecian, lo que piensan que se canta falsamente; algún día vendrá. Si no han venido tantas cosas como se han predicho; desesperemos también de que eso venga algún día: pero si todo lo que se ha predicho sobre la Iglesia ya lo vemos cumplido, y golpea incluso los ojos de los ciegos; ¿qué dudamos de que también eso vendrá? Cuando se decía que la Iglesia de Cristo estaría por todo el mundo, lo decían unos pocos, y

muchos se reían. Ahora ya se ha cumplido lo que se predijo tanto tiempo antes: la Iglesia se ha difundido por todo el mundo. Hace miles de años se prometió a Abraham, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 18). Cristo vino de la simiente de Abraham, ya todas las naciones han sido bendecidas en Cristo. Se predijeron cismas y herejías: las vemos. Se predijeron persecuciones: fueron hechas por reyes que adoraban ídolos. Por esos ídolos, contra el nombre de Cristo, la tierra se llenó de mártires. Se sembró la semilla de la sangre, surgió la cosecha de la Iglesia. Y no en vano la Iglesia oró por sus enemigos: creyeron incluso los que perseguían. También se predijo que esos ídolos serían derribados por el nombre de Cristo: pues también encontramos esto en las Escrituras. Hace pocos años los cristianos leían eso, y no lo veían; aún esperaban que eso sucediera, y así se fueron: no lo vieron, pero creyendo que sucedería, se fueron al Señor: en nuestros tiempos también se ven esas cosas. Todo lo que se predijo antes sobre la Iglesia, lo vemos cumplido: ¿solo el día del juicio no vendrá? ¿Solo eso se predice, y no vendrá? ¿Somos tan duros y de corazón de piedra, que leemos las Escrituras, y vemos que todo lo que está escrito ha sucedido literalmente, y de lo que queda dudamos? ¿Cuánto queda, en comparación con lo que ya vemos cumplido? ¿Dios ha mostrado tantas cosas, y nos va a defraudar de lo que queda?

CAPÍTULO V.

Vendrá el juicio que dará según los méritos, a los buenos cosas buenas, a los malos cosas malas. Seamos buenos, y esperemos al juez con seguridad.

5. Dios es justo y misericordioso. Hermanos míos, escúchenme especialmente ahora que hablo. No quiero contar contigo lo pasado: cámbiate desde hoy, que mañana te encuentre diferente. Pero con nuestra perversidad queremos a Dios tan misericordioso, que no sea justo. Otros, en cambio, como confiando en su justicia, quieren que sea justo, pero no misericordioso. Dios se muestra en ambos aspectos, presta ambos; ni su misericordia anula su justicia, ni su justicia quita su misericordia. Es misericordioso y justo. ¿Cómo probamos que es misericordioso? Perdona ahora a los pecadores, da perdón a los que confiesan. ¿Cómo probamos que es justo? Porque vendrá el día del juicio, que ahora difiere, no quita; y cuando venga, dará según los méritos. ¿Acaso quieren que se dé a los que se apartan lo que se dará a los que se convierten? Hermanos, ¿les parece justo que Judas sea puesto donde fue puesto Pedro? Y él también sería puesto allí, si se hubiera corregido. Pero desesperando del perdón, prefirió atarse el cuello, que suplicar la clemencia del Rey.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VI.

6. Cambiado el reo, se cambia el juez. Por tanto, hermanos, como había comenzado a decir, no hay motivo para reprochar a Dios. No habrá nada que podamos decir contra Él cuando venga a juzgar. Que cada uno considere sus pecados y los enmiende ahora que hay tiempo. Que el dolor sea fructífero, que el arrepentimiento no sea estéril. Es como si Dios dijera: He anunciado la sentencia, pero aún no la he pronunciado; he advertido, no he fijado. ¿Por qué temes, si he dicho que si cambias, yo también cambiaré? Pues está escrito que Dios se arrepiente (Gén. VI, 6). ¿Acaso se arrepiente Dios como un hombre? Porque está dicho: Si os arrepentís de vuestros pecados, también me arrepentiré de todos los males que pensaba haceros (Jerem. XVIII, 8). ¿Acaso Dios se arrepiente como si hubiera errado? Pero en Dios,

el arrepentimiento se refiere al cambio de sentencia. No es injusto, sino justo. ¿Por qué justo? Porque el reo ha cambiado, el juez ha cambiado la sentencia. No temas. La sentencia ha cambiado, no la justicia. La justicia permanece íntegra: porque quien es justo debe perdonar al que ha cambiado. Así como no perdona al obstinado, perdona al que ha cambiado. Él es el rey de la indulgencia, quien es el dador de la ley. Envío la ley, vino con indulgencia. La ley te hizo reo, te absuelve quien dio la ley. Más bien, no te absuelve: porque absolver es juzgar al inocente: más bien perdona los pecados al convertido. Todos son reos, quienes están envueltos en sus pecados. Nadie desee ser absuelto: todos pidamos perdón. El perdón se da al que ha cambiado: y estaremos seguros cuando escuchemos: Como se derrite la cera ante el fuego, así perecerán los pecadores ante la faz de Dios.

CAPÍTULO VII.

7. Que el pecador perezca, para que el hombre no perezca. Ciertamente, hermanos, que ahora perezcan los pecadores, y no perecen los pecadores. Si comienzan a vivir justamente, ciertamente perecerán los pecadores, pero no perecerán los hombres. Hombre pecador, son dos nombres: hombre es un nombre, y pecador es otro nombre. En estos dos nombres entendemos que uno de ellos lo hizo Dios, el otro lo hizo el hombre. Pues Dios hizo al hombre, el hombre se hizo pecador a sí mismo. ¿Por qué entonces tiembblas, cuando Dios te dice: Que los pecadores perezcan de mi presencia? Esto te dice Dios: Que perezca en ti lo que tú hiciste, y conserve lo que yo hice. Y ahora arde el fuego en el calor de la palabra, la cosa está en el fervor del Espíritu Santo, como dijimos hace un momento, porque está escrito en otro salmo: No hay quien se esconda de su calor. El apóstol dice que el Espíritu Santo es el calor, Fervientes en el espíritu (Rom. XII, 11). Por tanto, en lugar de la faz de Dios, pon por ahora la Escritura de Dios: derrítete por ella; arrepíentete cuando escuches estas cosas sobre tus pecados. Pero cuando te arrepientes, y cuando te atormentas bajo el calor de la palabra, cuando incluso las lágrimas corren, ¿no te encuentras semejante a la cera que se derrite y corre como en lágrimas? Ahora, pues, haz lo que temes en el futuro, y no tendrás nada que temer en el futuro: solo no te desvanezcas como el humo.

CAPÍTULO VIII.

8. Como el humo se desvanecen, quienes defienden sus pecados. Pues tienes allí puesto ambos: tal vez no sin razón, porque también hay diferencia de pecados. En esa sola palabra el Salmo puso ambos: Como se desvanece el humo, desvanezcan; y como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la faz de Dios. ¿Quiénes son los que se desvanecen como el humo? ¿Quiénes son, sino los soberbios, que no confiesan sus pecados, sino que los defienden? ¿Por qué se comparan con el humo? Porque el humo se eleva, se alza como al cielo: pero cuanto más alto llega, tanto más fácilmente se desvanece y desaparece. Considerad de nuevo lo que dije. El humo es más sólido cerca del fuego y de la tierra; aún no se ha desvanecido así, aún no se ha dispersado en los vientos: pero cuanto más se eleva, más se atenúa, se desvanece y desaparece. Porque el soberbio se alza así contra Dios, como el humo contra el cielo; queda que así se desvanezca, y como dispersado en los vientos por la vanidad de su altivez, perezca; como desaparece el humo elevado, inflado de magnitud hinchada, no sólida. Así es el humo: ves una gran masa; tienes algo que ver, y no tienes algo que sostener. Tal castigo, hermanos, detestemos sobre todo, y no defendamos nuestros pecados: y si aún los cometemos, no los defendamos. Someteos a Dios, y golpead así vuestros pechos, para que incluso los que quedan, no se hagan. Esforzaos por no hacerlos, y si es posible, no hagáis ninguno: pero si no es posible que no hagáis ninguno, que permanezca al menos esa piadosa confesión. Habrá entonces consideración de su

misericordia, para que al esforzarte por eliminar todo, y en cuanto te ayude eliminando, de los que te quedan en el camino encontrado y en el esfuerzo comprendido, fácilmente perdona: solo procura avanzar, no retroceder. Si el último día no te encuentra vencedor, al menos te encuentre luchando, no capturado y sometido.

CAPÍTULO IX.

9. La misericordia de Dios, cuán grande hacia el hombre. La misericordia de Dios es abundantísima, y su benevolencia es generosa, quien nos redimió con la sangre de su Hijo, cuando por nuestros pecados no éramos nada. Pues Él hizo algo grande, cuando creó al hombre a su imagen y semejanza. Pero porque quisimos ser nada pecando, y llevamos la herencia de la mortalidad de nuestros padres, y nos convertimos en masa de pecado, masa de ira: sin embargo, le agradó redimirnos por su misericordia a tan alto precio; dio por nosotros la sangre de su Unigénito nacido inocente, viviendo inocente, muriendo inocente. Quien nos redimió a tan alto precio, no quiere que perezcan los que compró. No compró para perder, sino compró para vivificar. Si nuestros pecados nos superan, Dios no desprecia su precio. Dio un gran precio. Sin embargo, no nos halaguemos tanto con su misericordia, si no hemos luchado contra nuestros pecados; ni si hemos cometido algunos especialmente graves, esperemos que la misericordia sea tal que se una a la iniquidad. ¿Acaso también a aquellos que no hicieron nada, como vivirían corregidos, sino que permanecieron en la obstinación y dureza de su corazón, defendiendo sus pecados, los pondrá allí donde puso a los santos mártires, donde puso a los santos Apóstoles, Profetas, Patriarcas, y a sus fieles que bien se merecieron de Él, sirviéndole, caminando en castidad, modestia, humildad, haciendo limosnas, perdonando lo que sufrieron de alguien? Tal es el camino de los justos, tal es el camino de los santos que tienen a Dios como Padre, que tienen a la Iglesia como madre, sin ofender ni a aquel padre, ni a esta madre, sino viviendo en el amor de ambos padres, y apresurándose hacia la herencia eterna, sin haber ofendido al padre, sin haber ofendido a la madre, se da a cada uno la herencia.

CAPÍTULO X.

10. Dos padres para la vida, y dos para la muerte. Porque dos padres nos engendraron para la muerte, dos padres nos engendraron para la vida. Los padres que nos engendraron para la muerte son Adán y Eva; los padres que nos engendraron para la vida son Cristo y la Iglesia. Y mi padre que me engendró para la muerte fue Adán; y mi madre fue Eva. Nacimos según esta prole de la carne, por don de Dios; porque también este don no es de otro, sino de Dios: y sin embargo, hermanos, ¿cómo nacimos? Ciertamente para morir. Los predecesores engendraron sucesores para sí: ¿acaso engendraron para sí con quienes vivir aquí siempre? Sino que, como quienes van a morir, engendraron para sí quienes les sucedieran. Pero Dios Padre y la madre Iglesia no engendran para esto: engendran para la vida eterna, porque ellos mismos son eternos. Y tenemos la herencia prometida por Cristo, la vida eterna. Según que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14), nutrido creció, padeció, murió y resucitado recibió la herencia del reino de los cielos. En ese hombre recibió la resurrección y la vida eterna, en ese hombre recibió: pero en el Verbo no recibió; porque permanece inmutablemente desde la eternidad hasta la eternidad. Porque, por tanto, recibió la resurrección y la vida eterna esa carne, que resucitó y vivificada ascendió al cielo, esto nos ha sido prometido. Esperamos esa herencia, la vida eterna. Pues aún no todo el cuerpo ha recibido; porque la cabeza está en el cielo, los miembros aún están en la tierra: ni solo la cabeza recibirá la herencia, y el cuerpo será dejado: todo Cristo recibirá la herencia; todo según el hombre, es decir, cabeza y cuerpo. Somos, por tanto, miembros de Cristo, esperemos

la herencia: porque cuando todas estas cosas hayan pasado, recibiremos ese bien que no pasará, y escaparemos de ese mal que no pasará; porque ambos son eternos. Pues no prometió algo eterno a los suyos, y algo temporal amenazó a los impíos. Así como prometió vida, felicidad, reino, herencia eterna sin fin a los santos; así amenazó con fuego eterno a los impíos. Si lo que prometió aún no amamos, al menos temamos lo que amenazó.

SERMON XXIII. Sobre el versículo 24 del Salmo LXXII, Tenuisti manum dexterarum mearum: y sobre la visión de Dios. Pronunciado en la basílica de Fausto.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El oficio de los doctores es peligroso, la condición de los oyentes es más segura. Lo que hemos cantado al Señor, creamos que se nos ha propuesto para hablar: de aquí se haga nuestro sermón para vosotros. Y a quien dijimos, Tenuisti manum dexterarum mearum, y en tu voluntad me guiaste, y con gloria me asumiste; Él mismo asuma nuestros corazones a un entendimiento más claro, y ayude con su misericordia y gracia a mí que hablo, a vosotros que juzgáis. Aunque por la comodidad de pronunciar la voz parezcamos estar en un lugar más alto; sin embargo, en ese mismo lugar más alto vosotros juzgáis, y nosotros somos juzgados. Se nos llama doctores, pero en muchas cosas buscamos un doctor: ni queremos ser tenidos por maestros. Pues el magisterio es peligroso y está prohibido, diciendo el mismo Señor, No queráis ser llamados maestros; uno es vuestro maestro, Cristo (Mat. XXIII, 10). Por tanto, el magisterio es peligroso; el discipulado es seguro. Por eso el Salmo dice, A mi oído darás gozo y alegría (Sal. L, 10). Pues es más seguro el oyente de la palabra, que el que la pronuncia. Por eso él está seguro, y lo escucha, y se alegra con la voz del esposo (Juan III, 29).

CAPÍTULO II.

2. Todos condiscípulos bajo Cristo maestro. Oficio de los oyentes hacia los doctores. Y porque el Apóstol había asumido la persona de doctor por necesidad, ved lo que dice: Con temor y mucho temblor estuve entre vosotros (I Cor. II, 3). Es más seguro, por tanto, que tanto nosotros que hablamos, como vosotros que escucháis, sepamos que somos condiscípulos bajo un solo maestro. Es completamente más seguro, y esto conviene, que no nos escuchéis como maestros, sino como condiscípulos vuestros. Ved, pues, que se nos ha impuesto la preocupación, donde se dice, Hermanos, no queráis ser muchos maestros; porque en muchas cosas ofendemos todos. ¿Quién no tiembla, cuando el Apóstol dice, Todos? ¿Qué sigue? Quien no ofende en palabra, este es un hombre perfecto (Santiago III, 1 y 2). ¿Quién se atreverá a decir que es perfecto? Quien está y escucha, no ofende en palabra. Pero quien habla, aunque (lo cual es difícil) no ofenda, sin embargo sufre y teme ofender. Por tanto, debéis ser no solo oyentes de los que hablan, sino también compasivos de los que temen: para que en lo que decimos verdad, ya que toda verdad es de la verdad, no nos alabéis a nosotros, sino a Él; y donde como hombres ofendemos, roguéis a Él por nosotros.

CAPÍTULO III.

3. Las Escrituras sagradas adaptadas a la debilidad de los pequeños. Las Escrituras sagradas son verdaderas, son veraces, son inculpables. Toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para exhortar, para instruir (II Tim. III, 16). No hay, por tanto, motivo para acusar a la Escritura, si nosotros, tal vez, al no entenderla, nos desviamos en algo. Cuando la entendemos, somos rectos: pero cuando no la entendemos y somos torcidos,

dejamos la Escritura recta: pues no la torcemos siendo torcidos; sino que ella permanece recta, para que volvamos a ella corregidos. Sin embargo, para ejercitarnos, la misma Escritura en muchos lugares habla como carnalmente, aunque siempre sea espiritual. Pues la ley, como dice el Apóstol, es espiritual; pero yo soy carnal (Rom. VII, 14). Aunque, por tanto, ella sea espiritual, sin embargo, a menudo con los carnales camina como carnalmente. Pero no quiere que permanezcan carnales. Porque también una madre ama nutrir al pequeño, pero no ama que permanezca pequeño. Lo tiene en su regazo, lo cuida con sus manos, lo consuela con caricias, lo nutre con leche: hace todo para el pequeño; pero desea que crezca, para no hacer siempre tales cosas. Ved al Apóstol: pues mejor lo miramos a él, quien no se desdenó de llamarse también madre, donde dice, Me hice pequeño entre vosotros, como nodriza que cuida a sus hijos (I Tes. II, 7). El Apóstol, con el genuino y piadoso afecto de caridad, asumió la persona de nodriza, diciendo, cuida; y de madre, añadiendo, a sus hijos. Pues hay nodrizas que cuidan, pero no a sus hijos: también hay madres que dan a nodrizas, no cuidando a sus hijos. El mismo, por tanto, nutridor y cuidador en otro lugar dice, lo que recordé hace poco, Con temor y mucho temblor estuve entre vosotros.

CAPÍTULO IV.

4. ¿Qué clase de personas eran, para que él estuviera con temor y mucho temblor entre ellos? Como a pequeños, dice, en Cristo os di leche para beber, no alimento sólido; porque aún no podíais: pero ni ahora aún podéis; porque sois carnales (I Cor. III, 1, 2). A quienes llama carnales, sin embargo los llama pequeños en Cristo; así reprende, para no rechazar. Y carnales, y pequeños en Cristo: no quiere, sin embargo, que sean carnales, a quienes llama pequeños en Cristo: desea que sean espirituales, juzgando todas las cosas, y que no sean juzgados por nadie. Pues el hombre animal, como él mismo dice, no percibe las cosas del Espíritu de Dios: porque para él es necedad, y no puede entender, porque se juzga espiritualmente. El espiritual juzga todas las cosas; pero él mismo no es juzgado por nadie. El mismo dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos. ¿Para qué, entonces, hablas, si entre perfectos (I Cor. II, 14, 15, 6)? ¿Qué necesidad hay de que hables a un hombre perfecto? Pero busca en qué es perfecto. Tal vez no encuentro un concedor perfecto, pero ya encuentro un oyente perfecto. Por tanto, es perfecto también el oyente, mente ya capaz, a quien el alimento sólido no le causa perturbación, no le produce indigestión. ¿Quién es este, y lo alabaremos? No dudo, sin embargo, que haya algunos espirituales, bien oyentes, bien juzgadores: entre ellos no me esfuerzo. O bien soy encontrado carnal, y misericordiosamente actúa conmigo: o bien capta lo que digo, y se congratula conmigo.

CAPÍTULO V.

5. Entender no es sino sentir la verdad. Equivocarse sobre Dios, peligroso; mentir, mortal. He aquí que ahora he asumido las palabras del salmo que acabamos de cantar: Tenuisti manum dexterarum mearum. Da un oyente carnal; ¿qué pensará, sino que Dios apareció en forma humana, le tomó la mano derecha, no la izquierda, y lo condujo a su voluntad, y lo asumió a donde quiso? Si esto entiende, más bien si esto piensa, nunca entiende. Pues quien entiende, entiende la verdad. Pero quien piensa lo falso, no entiende. Por tanto, si esto piensa un hombre carnal, que la naturaleza y sustancia de Dios está distinguida por miembros, determinada por forma, circunscrita por cantidad, permaneciendo en un lugar, moviéndose localmente, según lo que se dice, ¿A dónde iré de tu espíritu? y ¿a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás (Sal. CXXXVIII, 7, 8): si en el cielo Él, si en la tierra Él, si en el infierno está presente; ¿qué hace ahora ese pequeño? Si escucha, busque con la Samaritana montes y templos a donde quiera ir a Dios, a

Jerusalén, al monte de Samaria (Juan IV, 20): no al templo visible, no se apresure, no busque algún templo a donde ir a Dios. Él mismo sea templo, y Dios vendrá a él. No desprecia, no rehúye, no desdeña: más bien se digna. Si no desdeña, escucha al que promete: escucha por ahora dignándose al prometer, no desdeñando al amenazar. Vendremos, dice, a él, yo y el Padre. A aquel que antes llamó su amante, su obediente a sus preceptos, su guardián de su mandato, su amante de Dios, su amante del prójimo. Vendremos, dice, a él, y haremos morada en él (Juan XIV, 23).

CAPÍTULO VII.

7. El corazón fiel no es un templo estrecho para Dios. El temor tiene estrecheces, el amor amplitud. No es estrecho el corazón fiel, para el cual fue estrecho el templo de Salomón. Pues él mismo, al construirlo, dijo: "Si el cielo de los cielos no te basta" (II Crón. VI, 18). Y ciertamente "el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros" (I Cor. III, 17). Porque nosotros, dice en otro lugar, "somos el templo del Dios vivo". ¿Y cómo lo pruebas, como si se le dijera? Como está escrito, dice, "Habitaré en ellos". Si un gran protector te dijera: Habitaré contigo, ¿qué harías? Si la casa fuera estrecha, sin duda te inquietarías, te aterrarías por completo, desearías que no sucediera. No querías estar en estrecheces recibiendo a alguien grande, cuya llegada tu humilde casa no podría contener. No temas la llegada de tu Dios, no temas el afecto de tu Dios: no te estrecha cuando viene; al contrario, al venir te ensanchará. Pues para que sepas que te ensanchará, no solo prometió su llegada, "Habitaré en ellos", sino también esa misma amplitud, añadiendo, "Y caminaré" (II Cor. VI, 16). Esa amplitud, si amas, la ves. El temor tiene tormento, por lo tanto tiene estrecheces: y por eso el amor tiene amplitud. Mira la amplitud de la caridad: "Porque la caridad de Dios ha sido derramada", dice, "en nuestros corazones" (Rom. V, 5).

CAPÍTULO VIII.

8. La dilatación del corazón por la caridad, que también se llama arras y prenda. En qué se diferencian las arras de la prenda. Pero tú le buscabas un lugar. Que el mismo habitante lo ensanche: "Porque la caridad ha sido derramada en nuestros corazones", no obstante, no de nosotros, sino "por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". Si la caridad ha sido derramada en nuestros corazones, y Dios es caridad (I Juan IV, 8); he aquí que ya por una pequeña prenda Dios camina en nosotros. Pues hemos recibido una prenda. ¿Qué es aquello, cuyo prenda es tal? Aunque los códigos que tienen arras están mejor que los que tienen prenda. Los intérpretes quisieron decir la misma cosa. Sin embargo, hay alguna diferencia en el uso del lenguaje entre arras y prenda. Pues cuando se da una prenda, cuando se ha dado por lo que la prenda fue dada, la prenda se retira. No dudo que muchos de ustedes lo hayan entendido. No lo veo, pero por la conversación, porque hablan entre sí, siento que quienes lo entendieron quieren explicarlo a quienes aún no lo han entendido. Por lo tanto, lo diré un poco más claramente, para que llegue a todos. Recibes, por ejemplo, un libro de tu amigo; para que te lo dé, das alguna prenda: cuando devuelvas lo que recibiste, por lo que diste la prenda, él tendrá lo que devuelvas, tú recibirás la prenda: pues no tendrá ambas cosas.

CAPÍTULO IX.

9. La caridad se llama más propiamente arras que prenda. ¿Qué, entonces, hermanos? Si Dios ha dado ahora la caridad como prenda por su Espíritu Santo, cuando devuelva la cosa misma, por la cual dio la prenda prometida, ¿se nos quitará la prenda? De ninguna manera. Sino que

lo que dio, eso lo cumplirá. Por lo tanto, mejor arras que prenda. Pues a veces preparas, por ejemplo, dar el precio por esa cosa que tienes por un contrato de buena fe, de ese mismo precio das algo; y será arras, no prenda; lo que debe cumplirse, no lo que debe retirarse. Ahora, entonces, entiende. Si encuentro a un amante, tiene arras, y por las arras desea la plenitud. Considere las mismas arras: pues eso se cumplirá, de lo que se dieron las arras. Considéralo, discútelo en ti mismo, obsérvalo, pregúntale sobre esa plenitud que no ves: no sea que desees otra cosa en la plenitud, que lo que está en lo que recibiste. Tal vez Dios va a dar oro, va a completar la plenitud del oro, y de oro dio las arras. Teme no desear plomo en lugar de oro. Mira, entonces, las arras; si puedo persuadirte para que mires: Dios es caridad.

CAPÍTULO X.

10. La fuente de la caridad es el sumo bien. De allí tenemos algo, de allí hemos sido rociados, de allí hemos sido asperjados. ¿Qué rocío es tal, como la fuente? Rociado con este rocío, pero ardiendo hacia la fuente, di a tu Dios: "Porque contigo está la fuente de la vida". En este rocío nació el deseo, en la fuente serás saciado. Allí está lo que nos basta. Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas. ¿Por qué deseamos como gran cosa esos beneficios de Dios, que también concede a las bestias? Son ciertamente sus beneficios, ¿quién lo duda? ¿De quién es la salvación, aunque sea mínima, sino de aquel de quien se ha dicho, "Del Señor es la salvación" (Sal. III, 9).

CAPÍTULO XI.

11. Bienes propios de los piadosos. Pero dice el mismo salmo, "Hombres y bestias salvarás, Señor, como se ha multiplicado tu misericordia, Dios" (Sal. XXXV, 10, 8, 7). Tienes una misericordia tan múltiple, que no solo llega a los hombres, sino también a las bestias. Tienes una misericordia tan poderosa, que haces que tu sol salga sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). ¿No reciben tus santos nada peculiar de ti, nada propio que el impío no reciba? Claro que reciben: escucha lo que sigue. Ya había dicho, "Hombres y bestias salvarás, Señor, como se ha multiplicado tu misericordia, Dios": añadió y dijo, "Pero los hijos de los hombres". ¿Qué dijiste poco antes? ¿No eran hombres los hijos de los hombres? "Hombres", dice, "y bestias salvarás, Señor: pero los hijos de los hombres". ¿Qué, entonces? Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas. Esto no con las bestias. ¿Por qué, entonces, estos y aquellos hombres? ¿No son también hombres los hijos de los hombres? Ciertamente, los hijos de los hombres son hombres. ¿De dónde, entonces, esta distinción, sino porque hay un hombre que no era hijo de hombre? Hombre no hijo de hombre, Adán: hombre hijo de hombre, Cristo. Así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). ¿Buscan la salvación con las bestias quienes mueren, y no morirán para vivir: y no buscan la salvación con los hijos de los hombres, para no morir nunca?

CAPÍTULO XII.

Esta distinción ha sido aclarada. Aquellos pertenecen a los hombres, estos hijos de los hombres al Hijo del nombre.

12. Hombres e hijos de los hombres, ¿de dónde se distinguen? ¿Qué sigue, entonces? Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas. He aquí que espero, he aquí que la esperanza: pero lo que se ve, no es esperanza (Rom. VIII, 24). Por lo tanto, lo que se promete en el futuro, embriagará. Se embriagarán de la abundancia de tu casa. Temo que, así como

poco antes buscaba miembros del cuerpo en Dios, así en su embriaguez piense en la saciedad, no de bienes inefables, sino de la embriaguez de banquetes carnales. Sin embargo, digamos, piense lo que pueda, si no puede más, no se aleje del seno, pero crezca. Sigamos, y quienes podamos, cuanto podamos, deleitémonos espiritualmente. Se embriagarán, dice, de la abundancia de tu casa, y con el torrente de tu delicia los harás beber. ¿Con qué vino? ¿Con qué mosto? ¿Con qué onda? ¿Con qué miel? ¿Con qué néctar? ¿Preguntas con qué? "Porque contigo está la fuente de la vida" (Sal. XXXV, 7-10). Bebe, si puedes, la vida. Prepara la conciencia, no la gula; la mente, no el vientre. Si has escuchado, si has entendido; si has amado, cuanto has podido, ya has bebido de allí.

CAPÍTULO XIII.

13. La caridad se ama, pero no se siente. Presta atención a lo que has bebido. Has bebido caridad. Si la conoces, Dios es caridad (I Juan IV, 8). Si, por lo tanto, has bebido caridad, dime en qué lugar has bebido. Si la conoces, si la has visto, si amas, ¿de dónde amas? Pues cualquier cosa que ames bien, la amas con caridad. Pero, ¿cómo con caridad? ¿O qué amas, que amas la caridad? Entonces, si amas, ¿de dónde amas? Vino a ti, y la conoces, y la ves: y no se ve en un lugar, ni se busca con ojos corporales, para que se ame más intensamente; ni se escucha con palabras; y cuando vino a ti, no se sentía su paso. ¿Acaso alguna vez sentiste las plantas de la caridad caminando en tu corazón? ¿Qué es, entonces? ¿De quién es esto, que ya está en ti, y no es captado por ti? Así aprende a amar a Dios.

CAPÍTULO XIV.

14. Cómo Dios apareció aquí a Moisés. Pero caminó en el paraíso (Gén. III, 8), pero fue visto junto al encinar de Mambré (Gén. XVIII, 1), pero habló con Moisés en el monte Sinaí cara a cara. ¿Y qué de eso? He aquí que quien se ve en un lugar, no se siente su paso. ¿Quieres escuchar al mismo Moisés, para que no me hagas, aunque deseo nutrirte, un niño inquieto que causa tedio? ¿Quieres, entonces, escuchar al mismo Moisés? Ciertamente hablaba con Dios cara a cara. ¿A quién, entonces, le decía, sino a aquel con quien hablaba, "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame a ti mismo" (Éx. XXXIII, 11, 13)? Hablaba con él cara a cara, como alguien habla con su amigo, y le dice, "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame a ti mismo claramente". ¿Qué veía, y qué sabía? Si no era él, ¿cómo se le dice, "Muéstrame a ti mismo"? No podemos decir que no era él. Si no fuera él, le diría, Muéstrame a Dios. Cuando dice, entonces, "Muéstrame a ti mismo", manifiesta que era él mismo, a quien quería que se le mostrara. Hablaba con él cara a cara, como alguien habla con su amigo. ¿Quieres, entonces, escuchar? Si entiendes, Dios se aparecía a Moisés oculto. Pues si no se apareciera, no habría con quien hablar cara a cara diciendo, "Muéstrame a ti mismo". Pero si no se ocultara, no seguiría buscando ver al mismo. Si, entonces, entiendes, si comprendes, Dios puede aquí aparecer y ocultarse al mismo tiempo; aparecer en apariencia, ocultarse en naturaleza.

CAPÍTULO XV.

15. Dios apareció sin cambiarse a sí mismo en la forma que quiso. Esto, si lo has entendido como has podido; cuida que no te entre la idea de que Dios, para aparecer, convierte su naturaleza en la forma que quiere. Dios es inmutable, no solo el Padre, sino el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). El mismo Verbo Dios es inmutable, como Dios con quien está Dios. No pienses en ninguna persona con detrimento, ni con cambio. Pues Dios es el Padre de las luces, "en quien no hay cambio, ni sombra de variación" (Santiago I, 17). Si, entonces, es

inmutable, preguntas, ¿qué es esa forma, en la que como quiso, a quien quiso, apareció, caminando, sonando, o incluso mostrándose a los mismos ojos corporales? Me preguntas qué es, de dónde hace Dios su presencia; como si ya pudiera explicar de dónde hizo el mundo, de dónde hizo el cielo, de dónde hizo la tierra, de dónde te hizo a ti. Ya veo, respondes, del barro. He aquí que tú del barro: ¿de dónde el barro? Respondes, de la tierra. Pero, creo, no de esa tierra que otro hizo; sino de esa tierra que hizo quien hizo el cielo y la tierra. ¿De dónde, entonces, esa misma tierra? Dijo, y fueron hechas (Sal. CXLVIII, 5). Bien, respondes excelentemente, reconoces: Dijo, y fueron hechas: no busco más. Pero así como cuando tú dices, Dijo, y fueron hechas; yo no busco más: así tampoco busques más, cuando digo, Quiso, y apareció.

CAPÍTULO XVI.

16. Dios será visto por los hijos tal como es. Apareció, como juzgó conveniente; se ocultó, como era. El verdadero afecto no se ve, no se ve el amor, no se ve la dilección. De esa prenda arda en lo que ardía también Moisés, quien al que veía, le decía, "Muéstrame a ti mismo". Si, entonces, buscamos esto, somos sus hijos. Pues somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). No como fue visto junto al encinar de Mambré, no como fue visto por Moisés, para que aún le digamos, "Muéstranos a ti mismo": sino que le veremos tal como es. ¿Por qué mérito? Porque somos hijos de Dios. Y esto no por nuestros méritos, sino por la gracia de su misericordia. Pues "una lluvia voluntaria separando, Dios, a tu heredad: y se debilitó", no presumiendo de sí misma ver lo que no ve, sino creyendo lo que desea ver: "tú, sin embargo, la perfeccionaste" (Sal. LXVII, 10). Por lo tanto, la heredad perfecta de él y sus hijos, le veremos tal como es.

CAPÍTULO XVII.

17. Los pacificadores son hijos de Dios. Pero, ¿qué dijo el Señor de los hijos? Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. V, 9). Por lo tanto, de cuestiones tan ocultas y difíciles, si entendemos menos, busquemos pacíficamente. No se infle uno por otro contra otro (I Cor. IV, 6). Pues si tenéis celo amargo, y contiendas entre vosotros; no es esa sabiduría descendente de lo alto; sino terrena, animal, diabólica (Santiago III, 14, 15). Por lo tanto, somos hijos de Dios; y reconocemos que somos sus hijos, y no somos reconocidos, a menos que seamos pacificadores. Pues de dónde veremos a Dios no tendremos, si conteniendo en nosotros mismos extinguimos el ojo.

18. Dios no será visto sino por los pacificadores. Presta atención a lo que dice, por qué hablo temiendo y temblando. Seguid la paz con todos, y la santificación, sin la cual nadie podrá ver a Dios (Hebr. XII, 14). ¿Cómo ha aterrorizado a los amantes? No ha aterrorizado sino a los amantes. ¿Acaso dijo, Seguid la paz con todos, y la santificación, que quien no tenga, será arrojado al fuego, será atormentado con fuego eterno, será entregado a torturadores incansables? Y son verdaderas, y no dijo estas cosas.

CAPÍTULO XVIII.

Quiso que fueras amante del bien, no temeroso del mal: y de eso mismo que deseabas, de allí te aterrorizó. Verás a Dios: por eso desprecias, por eso riñes, por eso provocas disturbios. Seguid la paz con todos, y la santificación, sin la cual nadie podrá ver a Dios. ¿Qué necios serían dos queriendo ver el sol naciente, si discutieran entre sí, por qué parte va a salir, y

cómo podría ser visto, y nacida entre ellos la controversia litigaran, litigando se golpearan, golpeándose extinguieran sus ojos, para que no pudieran ver ese amanecer! Por lo tanto, para que podamos ver a Dios, limpiemos nuestros corazones con fe, sanemos con caridad, afirmemos con paz: porque eso mismo por lo que nos amamos mutuamente, ya es de aquel a quien deseamos ver.

SERMON XXIV. Sobre el versículo 2 del Salmo LXXXII, Dios, ¿quién es como tú?

1. Se congratula con los fieles de Dios celosos contra los ídolos. Gracias al Señor nuestro Dios, y abundancia de alabanza a ese Dios, a quien conviene el himno en Sion. Gracias a él, a quien con devoción de corazón y boca hemos cantado, "Dios, ¿quién es como tú?" porque sentimos su santa caridad enraizada en nuestros corazones: porque lo teméis como Señor, lo amáis como Padre. Gracias a él, que es deseado antes de ser visto, y se siente presente, y se espera futuro. Gracias a él, cuyo temor no es disipado por el amor, cuyo amor no es impedido por el temor. A él bendecimos, a él honramos, por nosotros y en nosotros. Pues el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III, 17). Ya veis cuánto vive él, o cómo vive, cuando las piedras de su templo viven así. Considerad, hermanos, qué decís, y a quién decís, "Dios, ¿quién es como tú?" Que todo el corazón, que toda lengua obediente, que toda conciencia devota, que toda segura diga, "Dios, ¿quién es como tú?" Pues le dice, de quien no se avergüenza. Esto es digno, esto conviene a las piedras vivas.

2. La piedad de los cristianos hacia los paganos. Pues las piedras muertas ojalá sientan en sí la misericordia de las piedras vivas. No digo las piedras con las que se levantan estas construcciones, ni en las que trabaja el hierro de los artesanos, ni las que el hombre esculpió para que sean dioses; más bien, el hombre las esculpió para que sean llamadas y no sean; no digo esas piedras muertas: sino que llamo piedras muertas a los hombres, a quienes los dioses son semejantes. Las piedras vivas son, a quienes el apóstol Pedro se dirige, y dice: "Y vosotros, hermanos, como piedras vivas, sois edificados como templo santo de Dios" (I Pedro II, 5). Ojalá, entonces, hermanos míos, las piedras muertas sientan la misericordia en sí de las piedras vivas. ¿Qué nos afanamos? ¿Qué recorreremos con la angustia o amplitud de nuestro corazón? ¿Qué cuidamos, qué estudiamos, sino liberar una piedra de otra piedra? Pues las piedras vivas tienen ojos y ven, tienen oídos y oyen, tienen manos y obran, tienen pies y caminan: pues conocen a su hacedor. Pero las piedras muertas, conocen sus piedras, atienden a sus dioses, los adoran, y son conocidas; ofrecen sacrificio, y ellos mismos se convierten en sacrificio al diablo. Lo que ellos, hermanos, si tuvieran ojos para ver, y oídos para oír, ¿cuánto sería ver cumplirse las profecías de Cristo? ¿Cuánto sería atender a los códigos verídicos, y oráculos, pero no engañosos? Pero, ¿por qué no ven? ¿Por qué no oyen? Porque aquí también la profecía dice, "Sean semejantes a ellos los hombres que los hacen, y los que confían en ellos" (Sal. CXIII, 8). ¿Entonces desesperados y desesperanzados? De ninguna manera. ¿Y qué se debe esperar de las piedras muertas? ¿Qué pensáis, sino lo que ya tenemos escrito, "Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham" (Mat. III, 9)?

3. En verdad, el hombre no debe compararse con Dios, mucho menos con el ídolo de Hércules, cuyo título es refutado. Por lo tanto, amadísimos, ya que sabéis a qué Dios hemos dicho, Dios, ¿quién es semejante a ti? de quien no nos avergonzamos, cuyo título no leemos en piedra, sino que llevamos en el corazón: cuyo nombre es conocido por todos, vive en los creyentes, habita en los súbditos, derrota a los soberbios: ya que sabemos a quién hemos dicho, Dios, ¿quién es semejante a ti? no nos muevan al odio hacia sí mismos los hombres, a quienes Dios hizo, sino que nos mueva al odio hacia sí mismos todo lo que en el hombre bien

hecho por Dios, el mismo hombre hizo mal. Hombre es un solo nombre. Busco al artífice de esta criatura, es Dios. ¿Acaso es Dios solo creador del hombre? ¿No es también creador del ganado, del pez, del ave, del ángel, del cielo, de la tierra, de los astros, del sol, de la luna, y de todos los creados y ordenados arriba y abajo, de los más bajos y los más altos, unidos por el vínculo de la unidad; no es Dios el artífice de todos ellos? Pero al hombre lo hizo a su imagen y semejanza (Gén. I, 26, 27). Se dice que el hombre es alguna semejanza, ¿y cuánta a cuánto? ¿qué a quién? ¿el hombre a Dios? ¿Qué es el hombre, sino que te acuerdas de él (Sal. VIII, 5)? Digamos, pues, a la imagen y semejanza de él hecho, a nuestro Dios digamos, Dios, ¿quién es semejante a ti? Pues añadió, Recuerda que somos polvo (Sal. CII, 14). Así estás lejos de la semejanza de Dios. Hombre hecho a la semejanza de Dios: pero esa semejanza dista tanto, que no es digno compararla. Y sin embargo, el corazón del hombre, el corazón del cristiano, que no puede decir, Al hombre dios; lee con gusto, Al Hércules dios. El título no habla, pero se lee, Al Hércules dios. ¿De quién se ha dicho? Que él mismo diga de quién se ha dicho. Ambos mudos, ambos insensatos: sobre la mentira, bajo la ficción. Título que acusa al escritor, confunde al adorador. Título que no recomienda la piedra dios, sino que indica al hombre necio. Título que impone el nombre de dios a la ficción, y borra el nombre del adorador del libro de los vivientes. ¿Qué parte del sentido siente en sí?

4. Cómo se pide que Dios no calle ni se ablande. Porque, sin embargo, Dios es capaz de levantar de estas piedras hijos de Abraham, que atiendan allí lo que hizo en el hombre. Ese mismo Dios, a quien hemos dicho, Dios, ¿quién es semejante a ti? que atienda en el mismo hombre lo que hizo, borre lo que por el mismo hombre fue hecho contra él, quien hizo al hombre. Que hiera y sane, que mate y vivifique. Pues a quien dijo, Señor, ¿quién es semejante a ti, a él consecuentemente añadió, No calles, ni te ablandes, Dios. ¿Qué pues? En este cántico, hermanos míos, ¿hemos provocado a la ira a Dios, a quien hemos dicho, No calles, ni te ablandes, Dios? ¿Acaso no fue él quien envió, o él mismo quien vino, y dijo, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Manso y humilde de corazón el Hijo de Dios, Cristo. ¿Qué pues? Él dijo, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: ¿y nosotros le hemos dicho, No calles, ni te ablandes, Dios? Pero que nos responda: Oh hombre, ¿es poco que tú no aprendas de mí a ser manso, y quieres enseñarme a no ser manso? Ved, hermanos, prestad atención, ayudadnos, para que salgamos en su nombre (ayudadnos con piadosa intención, con casta oración) de estas angustias. Las palabras divinas parecen litigar: se cree que suenan contrarias, a menos que esté presente el entendimiento, y recibamos de aquel mismo, a quien hemos dicho, Dios, ¿quién es semejante a ti? lo que él mismo dijo, Te daré entendimiento (Sal. XXXI, 8), recibámoslo. Sabemos esto: Mi paz os doy (Juan XIV, 27). Dice Cristo, para que los cristianos tengan paz entre sí. ¿Cómo imitarán? ¿cómo oirán, si las mismas palabras divinas no pueden tener paz entre sí? Prestad atención, ved como una resonancia de contrarios. Venid a mí; y, Aprended de mí. ¿Qué? primero, ¿quién llama? ¿a quién llama? ¿a qué llama? Oye quién llama. Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. He aquí quién llama. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Porque nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mat. XI, 25-28). Grande magnitud, e inefable altura. Todas las cosas me han sido entregadas, dice, por mi Padre. Solo reconozco, por solo soy reconocido. ¿Qué, nosotros quedamos? ¿no reconocemos? ¿Y dónde está, A quien el Hijo quiera revelarlo?

5. El celo de algunos fieles contra los ídolos. Vuestro ánimo y el fervor de la fe, y el ardor de la caridad, y la abundancia del celo de la casa de Dios, apareció en vuestras voces, que

tuvieron como testigos claros de vuestro corazón. Permitid que aparezca también el fervor de algunos fieles de Dios, por quienes sois gobernados, en torno a esta vuestra voluntad. Vosotros, hermanos, sois el pueblo de Dios, como él mismo dijo, y las ovejas de su prado (Sal. XCIV, 7). Tenéis en el nombre de Dios pastores, siervos del pastor y miembros del pastor. El ánimo y la voluntad de la multitud para hacer cualquier cosa puede aparecer en estas voces: pero el cuidado de unos pocos por vosotros, no debe mostrarse con voces, sino con hechos. Por lo tanto, hermanos, ya que lo que os correspondía, lo habéis cumplido aclamando; permitid que se os pruebe, si también lo que nos corresponde a nosotros, lo cumplimos actuando. Os hemos probado; probadnos, si después de estas voces, testigos de vuestro corazón y fervor, hemos sido negligentes en hacer lo que debe hacerse. Lejos de nosotros que vosotros seáis hallados probos, y nosotros reprobos. Pero ya que la voluntad de actuar sobre aquello por lo que habéis aclamado, es una y la misma, tanto vuestra como nuestra; el modo de actuar no puede ser igual: creemos, amadísimos, que por eso es necesario, que la voluntad sea recibida de vosotros; el consejo para cumplir vuestra voluntad sea esperado de nosotros. Para que los miembros de Cristo no discuerden, que todos los que están en su cuerpo cumplan sus oficios: que el ojo, colocado en lo alto, haga lo que corresponde al ojo; el oído, lo que corresponde al oído; la mano, lo que corresponde a la mano; el pie, lo que corresponde al pie; para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que los mismos miembros se preocupen unos por otros (I Cor. XII, 25). Nos alegramos, pues, y congratulamos a vuestra Caridad, porque obedecisteis al santo señor y nuestro colega, vuestro obispo, en lo que os habló por la mañana. Seguid esto, no os apartéis de este camino, para que no caigáis. Pues Dios ayuda mucho lo que queréis, si hacéis lo que él manda. ¿Qué es, pues, como había comenzado a decir, todo hombre? ¿o qué es la vida de los hombres, que, como está escrito, es vapor que aparece por un poco (Santiago IV, 15)? Considerad, pues, hermanos, vuestra fragilidad, vuestra humildad, la condición de la carne, los rápidos tránsitos de este siglo; y ved que os irá bien, si toda vuestra esperanza está en aquel, en quien solo puede firmemente colocarse. ¿Y cómo estará allí nuestra esperanza, si no obedecemos sus preceptos?

6. Se congratula con los ciudadanos, porque no quieren que los dioses romanos, derribados en Roma, permanezcan en Cartago. ¿Acaso decimos, No queráis lo que queréis? Más bien damos gracias por querer lo que Dios quiere. Pues para que toda superstición de los paganos y gentiles sea borrada, Dios lo quiere, Dios lo mandó, Dios lo predijo, Dios ya comenzó a cumplirlo, y en muchos lugares de la tierra ya lo ha completado en gran parte. Si nuestra voluntad comenzara desde esta ciudad, para que aquí primero buscarais abolir las supersticiones de los demonios; tal vez sería un arduo trabajo, no obstante, no desesperado: pero ahora, si estas cosas se han hecho eficazmente donde comenzaron a hacerse, y no había precedentes ejemplos; ¿cuánto más eficazmente en el nombre del Señor, con la ayuda de su diestra, creemos que aquí también puede hacerse, cuando ya se anuncian ejemplos precedentes? Sin duda aquí clamasteis: Como Roma, así también Cartago. Si en la cabeza de los gentiles el asunto precedió, ¿no seguirán los miembros? Considerad, hermanos, prestad atención en los mismos libros de los gentiles, escuchad de ellos, en quienes han quedado restos de esa infelicidad; ya sea escuchando, ya sea leyendo, conoced sus letras: y ved que ellos y estos dioses son llamados romanos. Por lo tanto, estos dioses son llamados romanos. Y cuando los cristianos eran obligados, por el furor de los paganos, a adorarlos, y al rehusar, soportaban su crueldad hasta el derramamiento de sangre; toda la culpa de los mártires, cuya sangre se derramaba, parecía ser porque no querían adorar a los dioses romanos, porque rechazaban las ceremonias hacia los dioses romanos, porque no suplicaban a los dioses romanos; y todo el ímpetu, toda la envidia no se hacía, sino por el nombre de los dioses romanos. Si, pues, los dioses romanos han fallado en Roma, ¿por qué han permanecido aquí?

Por lo tanto, hermanos, prestad atención a esto, he dicho esto, prohibid esto. Dioses romanos, dioses romanos, dioses romanos. Si, pues, los dioses romanos han fallado en Roma, ¿por qué han permanecido aquí? Si pudieran caminar, dirían que huyeron de allí hacia aquí. Pero no huyeron: permanecieron allí, en Roma. Aquel que alguna vez fue llamado dios Hércules, ya no está en Roma. Aquí, sin embargo, incluso quiso tener barba dorada. Me equivoqué claramente, porque dije, Quiso tener. ¿Qué quiere una piedra insensata? Él, pues, no quiso nada, no pudo nada. Pero quienes quisieron dorarlo, se avergonzaron de haberlo afeitado. Por lo tanto, alguna sugerencia se deslizó al nuevo juez. ¿Qué hizo? No hizo ciertamente que la piedra fuera honrada por un cristiano; sino que el cristiano se mezclara con esa superstición para afeitarlo: no inclinó a obedecer; sino que movió a vengar. Hermanos, creo que fue más ignominioso para Hércules que le afeitaran la barba, que que le cortaran la cabeza. Lo que, pues, fue puesto con el error de ellos, fue quitado con la deshonra de ellos. Hércules suele ser llamado dios de la fortaleza: toda su virtud está en la barba. Resplandeció para su mal; lo que no brillaba con la luz del Señor, no brillaba por la luz, sino por el bosque.

7. Dios, al enojarse, es manso. Callen, pues, vean ahora, a qué Dios leen los fieles y dicen, Dios, ¿quién es semejante a ti? No calles, ni te ablandes, Dios. Esto había asumido, cómo no se ablanda, no derribando a los hombres, sino los errores. No se ablanda, por lo tanto se enoja: si es manso, por lo tanto también se compadece. Se enoja y se compadece: se enoja para herir, se compadece para sanar; se enoja para mortificar, se compadece para vivificar. En un solo hombre hace estas cosas. No como si a unos mortificara, a otros vivificara: sino que en los mismos se enoja, y es manso. Se enoja con los errores, se ablanda con las costumbres corregidas. Yo heriré, y yo sanaré: yo mataré, y yo haré vivir (Deut. XXXII, 39). A un solo Saulo, después Pablo, lo derribó y lo levantó: derribó al infiel, levantó al fiel; derribó al perseguidor, levantó al predicador. Si no se enoja, ¿de dónde fue afeitada la barba de Hércules? Pues hizo esto por sus fieles, por sus cristianos, por las potestades ordenadas por él y ya sometidas al yugo de Cristo. Por lo tanto, hermanos, recibid esto con ánimo dispuesto; y en la ayuda del Señor, esperad ya más prósperamente lo demás.

SERMO XXV. Del versículo 12 del Salmo XCIII, Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Evangelio es la ley del Nuevo Testamento. Las promesas de la ley antigua deben entenderse espiritualmente. Al cantar a Dios, le dijimos, Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas. Por lo tanto, sonó el Evangelio de Dios, Zaqueo hizo limosnas. Aprended. Pues, ¿qué mejor ley de Dios, que el santo Evangelio? Pues la ley del Nuevo Testamento, de la cual oísteis cuando se leía el profeta: He aquí vienen días, dice el Señor, y consumiré sobre la casa de Jacob un nuevo Testamento: no según el Testamento que establecí con sus padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto (Jer. XXXI, 31 y 32). El Testamento allí prometido, aquí entregado; prometido por el Profeta, entregado por el Señor de los Profetas. Aquel Testamento que se llama Antiguo, leed, y ved. La ley de Dios fue dada también entonces, leed, o escuchad cuando se lee, y ved qué se prometió allí. Se te prometió tierra de tierra; tierra que fluye leche y miel; pero sin embargo tierra. No obstante, si entendemos espiritualmente (cuando aquella tierra no fluyó leche y miel), hay otra tierra que fluirá leche y miel; aquella tierra de la que se dice, Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). Pues esta es la tierra de los moribundos.

CAPÍTULO II.

¿Buscáis leche y miel? Gustad y ved cuán dulce es el Señor (Sal. XXXIII, 9). Su gracia está significada con el nombre de leche y miel: es dulce y nutritiva. Esta gracia, en el Antiguo Testamento figurada, en el Nuevo revelada.

2. La servidumbre de la ley antigua, cuando se adora a Dios por cosas terrenales. Por lo tanto, aquella Ley, para aquellos que piensan carnalmente, y buscan tales recompensas de Dios, y quieren adorar a Dios por lo que allí se promete, mereció oír del apóstol Pablo, que engendra para servidumbre (Gál. IV, 24). ¿Por qué? Porque es entendida carnalmente por los judíos. Pues entendida espiritualmente, es Evangelio. Por lo tanto, engendra para servidumbre. ¿A quiénes? A quienes sirven a Dios por bienes terrenales. Cuando los tienen, dan gracias; cuando faltan, blasfeman. Pues quienes sirven a Dios por ellos, no pueden servir de corazón verdadero. Pues atienden a aquellos que no sirven a nuestro Dios: pues los ven tener por lo que ellos sirven a Dios; y dicen en su corazón, ¿De qué me sirve que sirva a Dios? ¿Acaso tengo tanto, como aquel que blasfema diariamente? Ora, y tiene hambre; blasfema, y eructa. Quien atiende a estas cosas, es hombre; es hombre del Antiguo Testamento. Pero quien en el Nuevo Testamento adora a Dios, debe esperar una nueva herencia, no la antigua. Si esperas una nueva herencia, pasa la tierra, pisa las cumbres de los montes; esto es, desprecia la altivez de los soberbios.

CAPÍTULO III.

Arriba el corazón. Pero cuando desprecies y pises, sé humilde, para que no caigas desde la altura. Oye, Arriba el corazón: pero hacia el Señor, no contra el Señor. Todos los soberbios tienen el corazón arriba, pero contra el Señor. Pero si quieres tener verdaderamente el corazón arriba; tenlo hacia el Señor. Pues si tienes el corazón arriba hacia el Señor, él sostiene tu corazón, para que no caiga en la tierra.

3. Los días malignos desde el inicio del pecado. Bienaventurado, pues, el hombre, Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor. He aquí hablo, he aquí clamo, he aquí expongo. ¿Quiénes me oyen? Sé quiénes me oyen: Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor; a quien Dios habla en el corazón, y cuando yo callo, él es bienaventurado a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas. ¿Qué sigue? Hasta aquí hemos cantado: Y de tu ley le enseñas. Para que lo mitiges de los días malignos, hasta que se cave fosa al pecador. Él es el hombre que es instruido por el Señor, él es quien de la ley de Dios aprende del Señor, quien es mitigado de los días malignos, hasta que se cave fosa al pecador. Oíd qué significa. Los días son malignos. ¿Acaso aquí, desde que fuimos expulsados del Paraíso, vivimos días malignos? Y nuestros mayores lloraron sus días, y sus abuelos lloraron sus días. Ningún hombre ha encontrado agradables los días que ha vivido. Pero a los posteriores les agradan los días de los mayores: y a ellos, a su vez, les agradaban aquellos días que ellos no sentían, y por eso les agradaban. Pues lo que está presente, tiene un sentido agudo. No digo, se acerca más; sino que toca el corazón diariamente. Cada año solemos decir cuando sentimos frío, Nunca hizo tal frío: Nunca hizo tales calores. Siempre hace el mismo que hace. Pero bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor: para que lo mitiges de los días malignos, hasta que se cave fosa al pecador.

CAPÍTULO IV.

4. Días malignos de dónde. Días malignos. ¿Acaso son malignos estos días, que agita el círculo del sol? Hacen días malignos los hombres malignos: y así está casi todo el mundo.

Entre las multitudes de los malignos gime la escasez de los justos. Volvamos a los mismos justos. Son malignos aquellos, y hacen días malignos: ¿qué los mismos justos? ¿no están en días malignos también en sí mismos, además de lo que sufren de los hombres malignos, entre quienes gimen? Y en sí mismos, digo, cuando están, atiendan a sí mismos, descendan en sí mismos, bien se consideren; encuentran en sí mismos días malignos. No quieren guerra, quieren paz: ¿y quién no? Y cuando todos no quieren guerra, y todos quieren paz, vuelve a sí mismo los ojos y quien vive justamente, y encuentra guerra en sí mismo. Pregunta de mí qué guerra. Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas. He aquí el hombre pregunta de mí, qué guerra padece en sí el justo; enséñale de tu ley, hable el Apóstol: La carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). ¿Y dónde arrojo la carne, si suena guerra; si, lo que Dios no quiera, el enemigo irrumpe? Huye el hombre, y lleva consigo su guerra, a dondequiera que va. No digo, si es malo: ciertamente si es bueno, si vive justamente, encuentra en sí lo que dice el Apóstol, La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. En esta guerra, ¿cómo son buenos los días?

CAPÍTULO V.

5. Los días malos benefician a los piadosos para encontrar días buenos. Por lo tanto, los días son malos: pero seamos apaciguados. ¿Qué significa, Seamos apaciguados? No nos enojemos con el juicio divino. Digámosle: Es bueno para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones (Salmo CXVIII, 71). Me expulsaste del paraíso, me arrojaste de la bienaventuranza: estoy en aflicción, estoy en gemido, mi gemido no está oculto de ti. Pero es bueno para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones. En los días malos aprendo a buscar días buenos. ¿Cuáles son los días buenos? No los busques ahora: créeme, más bien créeme conmigo, no los encontrarás. Pasarán los días malos, y vendrán los buenos: pero los buenos vendrán para los buenos, y para los malos serán peores.

6. Condición propuesta para los días buenos. Y también yo os pregunto, ¿Quién es el hombre que desea la vida? Sé que todos vuestros corazones me responden, pues ¿quién es el hombre que no desea la vida? Añado, ¿Y ama ver días buenos? Todos respondéis, ¿Quién no ama ver días buenos? Respondéis bien; deseáis la vida, deseáis días buenos. Ciertamente cuando decía, ¿Quién es el hombre que desea la vida? todo hombre me responde, Yo. ¿Quién es el hombre que desea ver días buenos? ¿No dice cada uno de vosotros en silencio, Yo? Escucha lo que sigue: Refrena tu lengua del mal (Salmo XXXIII, 13, 14). Ahora di, Yo. Buscas el perdón: ahora te encontraré.

CAPÍTULO VI.

Pasaron las cosas pasadas: tu lengua fue maligna, fuiste murmurador, fuiste acusador, fuiste calumniador, fuiste maldiciente; todo esto fuiste. Que estas cosas pasen con los días malos: no pases tú con los días malos. Hay algo a lo que aferrarte, para que no pases. La condición humana corre como un río: los días malignos corren como un río. Aférrate al madero, para que no seas arrastrado. He aquí que el río corre. Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne, como la flor de la hierba. Se precipita, pasa, la hierba se seca, la flor cae. ¿A qué me aferro? La palabra del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6-8).

7. La paz que se debe seguir según se prescribe. Por lo tanto, refrena tu lengua del mal, y tus labios para que no hablen engaño. Tú que deseabas la vida, o deseas la vida y días buenos, apártate del mal y haz el bien. Busca la paz, que todos deseamos tanto en esta mortalidad de

la carne, como en esta fragilidad de la carne, y en esta vanidad tan engañosa. Todos buscad la paz. Busca la paz, y síguela (Salmo XXXIII, 15). ¿Dónde está? ¿A dónde la sigo? ¿Por dónde pasó? ¿Por dónde pasó, para que la siga? Pasó por ti, pero no permaneció en ti. ¿A quién le digo? Al género humano: no a cada uno de vosotros, sino al género humano. La paz misma pasó por el género humano: mientras pasaba, el ciego clamó en la lectura de ayer. ¿Y a dónde fue? Primero ve qué es la paz, y ve a dónde fue, y síguela. ¿Qué es la paz? Escucha al Apóstol; hablaba de Cristo, Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno (Efesios II, 14). Por lo tanto, la paz es Cristo. ¿A dónde fue? Fue crucificado, y sepultado, resucitó de entre los muertos, ascendió al cielo. He aquí a dónde fue la paz.

CAPÍTULO VII.

Arriba el corazón. ¿Cómo la sigo? Arriba el corazón. Escucha cómo la sigues. Diariamente lo escuchas brevemente, cuando se te dice, Arriba el corazón; piensa más profundamente en ello, y la seguirás. Sin embargo, escucha también más ampliamente, para que sigas la verdadera paz, tu paz, la paz que por ti soportó la guerra; la paz, que mientras soportaba la guerra por ti, oró por los enemigos de la paz, y dijo colgando, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 46). Era guerra, y la paz manaba del madero. Manaba, pero después, ¿qué? Ascendió al cielo, Busca la paz. ¿Y cómo la sigues? Escucha al Apóstol: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Colosenses III, 1-4).

CAPÍTULO VIII.

He aquí los días buenos, deseémoslos: para esto vivamos, para esto oremos, para esto demos limosnas.

8. Cristo debe ser vestido y acogido en el pobre. Ya he aquí, con la ayuda de Dios, es invierno: pensad en los pobres, cómo Cristo sea vestido desnudo. Cuando se leía el Evangelio, ¿acaso no todos bendijimos a Zaqueo, cuando Cristo lo miró en el árbol atento para verlo pasar? Pues ¿cuándo esperaría tenerlo habitando en su casa? Cuando le dijo, Baja, Zaqueo; hoy es necesario que me quede en tu casa (Lucas XIX, 5); escuché vuestros gemidos de gratitud. Como si todos estuvierais en Zaqueo, y hubierais recibido a Cristo; así dijo el corazón de todos vosotros, ¡Oh bienaventurado Zaqueo! El Señor entró en su casa. ¡Oh bienaventurado! ¿Acaso nos puede suceder así a nosotros? Ya Cristo está en el cielo. Recítame, Cristo, el Nuevo Testamento: hazme bienaventurado con tu ley. Recita, para que sepas que no te falta la presencia de Cristo. Escucha al que juzgará: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40). Cada uno de vosotros espera recibir a Cristo sentado en el cielo: miradlo yaciendo bajo el pórtico; miradlo hambriento, miradlo sufriendo frío, miradlo necesitado, miradlo peregrino. Haced lo que soléis, haced lo que no soléis. Crece la doctrina, crezcan las buenas obras. Alabáis la siembra, mostrad la cosecha. Amén.

SERMON XXVI. Sobre las palabras del Salmo XCIV, Venid, adoremos y postrémonos ante él, lloremos ante el Señor que nos hizo, etc. Y sobre las palabras del Apóstol a los Gálatas, cap. 2, Porque si por la Ley la justicia, etc., y cap. 3, Porque si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar: y a los Romanos, cap. 9, Oh hombre, ¿quién eres tú, etc., y cap. 11, ¡Oh profundidad! etc. Contra la herejía de los Pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El hombre creado por Dios, no es abandonado por Dios cuando le ruega. El Salmo que cantamos a Dios, y nos exhortamos mutuamente, para que lo adoremos, y nos postremos ante él, y lloremos ante el Señor que nos hizo, nos advierte buscar con algo más de diligencia, qué significa lo que dice, El que nos hizo. Pues que el hombre fue creado por Dios, ningún hombre lo duda, salvo el ingrato. Sabemos, porque así leemos, y así creemos, que Dios hizo al hombre, entre muchas cosas que hizo, a su imagen (Génesis I, 26, 27). Esta es la primera condición del hombre, esta es la primera creación humana. Sin embargo, no creo que el Espíritu Santo haya querido recordarnos esto como algo grande en este salmo, cuando dice, Lloremos ante el Señor que nos hizo: pues en otro lugar dice, Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos (Salmo XCIX, 3). De lo cual, como dije, ningún cristiano duda: porque no solo Dios creó al primer hombre, de quien todos los hombres, sino que Dios hoy crea a cada hombre; él que dijo a uno de sus santos, Antes de que te formara en el vientre, te conocí (Jeremías I, 5). Primero, pues, creó al hombre sin hombre, ahora crea al hombre del hombre. Sin embargo, ya sea al hombre sin hombre, ya sea al hombre del hombre, Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. Por lo tanto, a este primer y fácil sentido de estas palabras, pero sin embargo verdadero, adoremos a él, hermanos, y postrémonos ante él, y lloremos ante el Señor que nos hizo. Pues no hizo y abandona: no se preocupó por hacer, y no se preocupa por custodiar. Lloremos ante el Señor que nos hizo: porque no lloramos cuando nos hizo, y sin embargo nos hizo. ¿Quién, pues, hizo antes de ser rogado, abandona cuando es rogado? Como si el hombre dudara si sería escuchado al orar, la Escritura le advirtió, cuando dice, Lloremos ante el Señor que nos hizo. Ciertamente escucha a los que hizo: ciertamente no puede no cuidar a los que hizo.

CAPÍTULO II.

2. Error de los pelagianos, que dicen que fueron hechos hombres por Dios, pero justos por ellos mismos. Sin embargo, con un entendimiento más profundo, y, según creo, más útil, el Espíritu Santo vio a algunos diciendo o que dirían que Dios los hizo hombres, pero que ellos mismos se hacen justos: los previó, los advirtió, y los revocó de esta altivez, diciendo, Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. ¿Por qué añadió, Y no nosotros a nosotros mismos, cuando bastaba con decir, Él nos hizo? sino porque quiso advertir sobre esa creación, donde los hombres dicen, Nosotros nos hicimos a nosotros mismos; es decir, para que fuéramos justos, nos hicimos justos con libre voluntad: cuando fuimos creados, recibimos el libre albedrío; para que seamos justos, lo hacemos con libre albedrío. ¿Por qué invocamos aún a Dios, para que nos haga justos, lo que tenemos en nuestro poder, para que nos hagamos justos nosotros mismos? Escuchad, escuchad: tanto justos como injustos, Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. El primer hombre fue creado en naturaleza sin culpa, en naturaleza sin vicio: fue creado recto, no se hizo recto a sí mismo. ¿Qué se hizo a sí mismo, es conocido: cayendo de la mano del alfarero fue quebrado. Pues lo gobernaba él que lo había hecho, quiso abandonar a quien lo había hecho; Dios lo permitió, como diciendo, Que me abandone, y se encuentre a sí mismo, y con su miseria pruebe que nada puede sin mí.

CAPÍTULO III.

3. ¿Qué puede el libre albedrío sin Dios? De esta manera, pues, quiso Dios mostrar al hombre qué puede el libre albedrío sin Dios. ¡Oh mal libre albedrío sin Dios! Experimentamos qué puede sin Dios. Por eso nos hicimos miserables, porque experimentamos qué puede sin Dios.

Experimentados, pues, finalmente, conozcamos, y venid, adoremos a él, y postrémonos ante él. Venid, adoremos, y postrémonos ante él, y lloremos ante el Señor que nos hizo; para que nos restaure perdidos por nosotros mismos, quien nos hizo. He aquí que el hombre fue hecho bueno, y por libre albedrío fue hecho malo: ¿cuándo hará el hombre malo un hombre bueno por libre albedrío abandonando a Dios? No pudo conservarse bueno siendo bueno, ¿y hará el malo a sí mismo bueno? Siendo bueno, no se conservó bueno; y siendo malo dice, ¿Me hago bueno? ¿Qué haces malo, que percaste bueno, si no te restaura quien permanece bueno?

4. Lo que somos como hombres, lo somos por el autor que es Dios. Gracia de la creación. Elección de Dios. — Él, pues, nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. Nosotros somos su pueblo y ovejas de su prado (Salmo XCIV, 6, 7). He aquí que nos hizo hombres su pueblo, quien nos hizo. Pues no éramos ya su pueblo cuando fuimos creados hombres. Ved, hermanos míos, y prestad atención a las palabras de este mismo Salmo, de dónde dijo, Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. De aquí dijo, Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos, para que seamos su pueblo y ovejas de su prado. Él nos hizo. Pues también los paganos nacen, y todos los impíos, todos los adversarios de su Iglesia, para que nacieran, él los hizo. Pues no otro Dios los creó. Los que nacen de los paganos, por él fueron hechos, por él fueron creados; y no son su pueblo ni ovejas de su prado.

CAPÍTULO IV.

La naturaleza es común a todos, no la gracia. No se considere la naturaleza como gracia: pero incluso si se considera gracia, que se considere gracia porque también fue concedida gratuitamente. Pues el hombre que no era, no mereció ser. Si lo mereció, ya era: pero aún no era. Por lo tanto, quien mereciera, no era; y sin embargo fue hecho: ni fue hecho como bestias, ni como árbol, ni como piedra; sino que fue hecho a imagen de su Creador. ¿Quién dio este beneficio? Dios que era, y desde la eternidad era. ¿A quién lo dio? Al hombre que aún no era. Lo dio quien era, lo recibió quien no era. ¿Y quién pudo hacer esto, sino quien llama a las cosas que no son, como si fueran (Romanos IV, 17)? De quien dice el Apóstol, Quien nos eligió antes de la fundación del mundo (Efesios I, 4). Nos eligió antes de la fundación del mundo: en este mundo fuimos hechos, ni el mundo existía cuando fuimos elegidos. ¡Inefables, maravillosas cosas, hermanos míos! ¿Quién podría explicarlo? ¿quién al menos podría pensar en lo que explica? Son elegidos los que no son: ni se equivoca quien elige, ni elige en vano. Sin embargo, elige, y tiene elegidos, a quienes creará para ser elegidos: pero los tiene en sí mismo, no en su naturaleza, sino en su presciencia.

5. Si somos fieles, somos por la gracia de Dios. Por lo tanto, no os ensoberbeczáis: somos hombres; Él nos hizo. Y somos fieles; si es que lo somos, cuando disputamos contra la gracia: pero he aquí que somos fieles; incluso fieles, incluso justos, porque el justo vive por la fe (Romanos I, 17), Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. Pregunto qué nos hizo. Dirás, Hombres. No hablaba de eso el Salmo, eso lo sabemos, eso es conocido, eso es evidente: ni necesitamos gran doctrina para saber que hombres él nos hizo.

CAPÍTULO V.

Pero ve de qué hablaba: Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. ¿Qué nos hizo, sino lo que somos? ¿Qué somos? Nosotros. He aquí lo que somos. ¿Qué? Su pueblo y ovejas de su prado. Él nos hizo su pueblo, él nos hizo ovejas de su prado. Quien envió a la oveja inocente a ser sacrificada, hizo ovejas de lobos. Esta es la gracia. Excepto aquella gracia común de la naturaleza, por la cual fuimos hechos hombres, y no fuimos dignos, porque no fuimos:

excepto aquella gracia, esta es la mayor gracia por la cual fuimos hechos su pueblo y ovejas de su prado, por Jesucristo nuestro Señor.

6. Gracia. Pero alguien dice: Por Jesucristo fuimos hechos, para que también fuéramos hombres. Así es, por Jesucristo también fueron hechos los paganos. Pues los paganos, no para que fueran paganos, sino para que fueran hombres, por Jesucristo fueron hechos. ¿Quién es Jesucristo, sino en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios? Esto era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas (Juan I, 1-3). Por lo tanto, también los paganos deben a él que fueron creados hombres; y tanto más deben ser castigados, porque abandonaron a quien los hizo, y adoraron lo que ellos mismos hicieron.

CAPÍTULO VI.

7. Gracia de Cristo mediador. Mediador. Excepto, pues, aquella gracia, por la cual fue creada la naturaleza humana (esta es común a cristianos y paganos), esta es la mayor gracia, no que por el Verbo fuimos creados hombres, sino que por el Verbo hecho carne fuimos hechos fieles. Pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, en el principio era el Verbo. Aún no era el hombre Cristo Jesús, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mundo mismo no era, cuando Dios era el Verbo. Todas las cosas por él fueron hechas, y el mundo por él fue hecho. Por lo tanto, cuando nos hizo, para que fuéramos hombres, aún no era hombre. Más bien, el Apóstol encomienda esta gracia a los cristianos, donde dice, Pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres. No dice, Cristo Jesús; para que no pienses que se dijo según el Verbo; sino que añadió, hombre: Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Timoteo II, 5). ¿Qué es mediador? Por quien nos uniríamos, por quien seríamos reconciliados: porque por nuestros propios pecados estábamos separados, estábamos en la muerte, estábamos completamente perdidos. No era Cristo hombre, cuando fue creado el hombre: para que el hombre no pereciera, él fue hecho hombre.

CAPÍTULO VII.

8. La herejía pelagiana naciente es temida, y simula admitir la gracia de Dios. Estas cosas nos vemos obligados a discutir a menudo contra la nueva herejía que intenta surgir: porque queremos que estéis firmes en el bien, y completos en el mal. Pues esta es su disputa, cuando comenzaron a surgir, y a disputar contra la gracia, atribuyendo mucho no a la libertad del hombre, sino a la debilidad; y elevando al miserable hombre caído, para que no pueda levantarse con la mano extendida desde arriba. Disputando, pues, contra la gracia a favor del libre albedrío, hicieron una ofensa a los oídos piadosos y católicos. Comenzaron a ser temidos, comenzaron a ser evitados como un peligro cierto, comenzó a decirse de ellos que disputaban contra la gracia: y encontraron tal argumento para revelar esta envidia. No, dice, no disputo contra la gracia de Dios. ¿Cómo lo pruebas? Por el mismo hecho, dice, no disputo contra la gracia de Dios, porque defiendo el libre albedrío. Ved la agudeza, pero de vidrio. Parece brillar con vanidad, pero se rompe con la verdad. Prestad atención a cuán agudamente parece haber sido concebido lo que quisieron decir. Por el mismo hecho, dice, porque defiendo el libre albedrío del hombre, y digo que el libre albedrío es suficiente para que sea justo, no digo sin la gracia de Dios. Se levantaron los oídos de los piadosos: ya quien escucha esto, comienza a regocijarse. Gracias a Dios. No defiende el libre albedrío sin la gracia de Dios. Pues hay libre albedrío, pero nada vale sin la gracia de Dios. Si, pues, defienden el libre albedrío no sin la gracia de Dios, ¿qué mal dicen? Expón, pues, a nosotros, oh maestro, qué gracia dices. Cuando digo, dice, el libre albedrío del hombre; ve que digo del hombre. ¿Y

luego qué? ¿Quién creó al hombre? Dios. ¿Quién le dio el libre albedrío? Dios. Si, pues, Dios creó al hombre, y Dios le dio al hombre el libre albedrío; ¿a qué gracia se debe lo que el hombre puede con el libre albedrío, sino a la de quien lo creó con libre albedrío? Y esto como si fuera agudamente dicho por ellos.

9. La gracia de Cristo debe ser admitida como necesaria, más allá de la naturaleza y la ley. ¿Para qué fue dada la ley? Sin embargo, hermanos míos, vean cómo predicán esa gracia general por la cual el hombre fue creado, por la cual somos humanos: y ciertamente somos humanos junto con los impíos, pero no somos cristianos con los impíos. Por tanto, queremos que prediquen esta gracia por la cual somos cristianos, queremos que la reconozcan; queremos que prediquen de la que el Apóstol dice: No hago vana la gracia de Dios. Porque si la justicia viene por la ley, entonces Cristo murió en vano (Gálatas II, 21). Veán de dónde lo dijo el Apóstol. Habló de la ley: Si la justicia viene por la ley, entonces Cristo murió en vano. Porque la justicia no venía de la ley, por eso Cristo murió, para que por la fe sean justificados aquellos que no podían ser justificados por la ley. Porque si, dice, se hubiera dado una ley que pudiera dar vida, entonces la justicia vendría ciertamente de la ley: lo que también recordamos ayer (Serm. 156): pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa; promesa, no predicción: quien prometió, él mismo lo hace: para que la promesa, dice, se diera a los creyentes por la fe en Jesucristo. Miren cómo nos encontró la gracia del Salvador, a quienes ni la ley pudo sanar. ¿Por qué entonces se dio la ley, si la naturaleza era suficiente? Y sin embargo, ni la ley pudo ser suficiente, tan débil era la naturaleza misma: se dio la ley, pero no una que pudiera dar vida. ¿Por qué entonces se dio la ley? La ley, dice el Apóstol, fue dada por causa de la transgresión (Gálatas III, 21, 22, 19): fue puesta por causa de la transgresión, para hacerte transgresor. ¿Por qué, para hacerme transgresor? Porque Dios conocía tu soberbia: sabía que decías, ¡Oh, si hubiera alguien que me enseñara! ¡Oh, si hubiera alguien que me mostrara! Aquí la ley te dice, No codiciarás. Conociste la ley que dice, No codiciarás. Surgió la concupiscencia que no conocías; pues estaba en ti, pero no se sabía: comenzaste a intentar vencer lo que estaba en ti, y apareció lo que estaba oculto. Soberbio, por la ley te hiciste transgresor: reconoce la gracia y sé su alabador.

CAPÍTULO IX.

10. Herejía de los maniqueos sobre el autor de la antigua ley. Pero, preguntas, ¿quién dio la ley? Porque hay hombres vanos, y peor aún, impíos, que dicen que la ley fue dada por otro, y la gracia por nuestro Señor Jesucristo; como si la ley fuera mala, como si la ley fuera perversa, y la gracia recta: y quieren distinguir así los dos Testamentos, diciendo que el Antiguo Testamento es de no sé qué príncipe de las tinieblas; pero el Nuevo Testamento del Señor Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. Escucha al mismo Apóstol Pablo. Si por eso piensas que la ley fue dada por otro, no por Dios, porque por ella te hiciste transgresor; escucha al mismo Apóstol alabador de la ley. Así que, dice, la ley es santa, y el mandamiento santo: añade, y justo; añade aún, y bueno. ¿Lo que es bueno, dice, se me hizo muerte? De ninguna manera: sino que el pecado aparezca como pecado (Romanos VII, 7, 12 y 13). Pues era pecado, pero el pecado estaba oculto. ¿Cuándo estaba oculto el pecado? Cuando aún no te resistía como adversario. Comenzaste a intentar, y apareció quien te tenía. Cuando lo seguías, no sentías la cadena: buscaste refugio, y apareció el vínculo; quisiste huir, y comenzaste a ser arrastrado. Porque comenzaste a ser arrastrado, que te ayude quien no está atado. ¿Quién no está atado, sino quien dijo, Si encontráis en mí pecado, decidlo (Juan VIII, 46)? ¿Quién no está atado, sino quien dijo, Viene el príncipe del mundo, y en mí no encontrará nada? ¿Por qué me matará, no encontrará nada: porque la muerte se debe justamente al pecado. ¿Por qué

entonces mueres? Para que todos sepan, dice, que hago la voluntad de mi Padre (Juan XIV, 30, 31). Él mismo libera, quien no está atado: él mismo libera a los muertos, quien es libre entre los muertos.

CAPÍTULO X.

11. Insuficiencia de la ley dada; necesidad de la gracia figurada en Eliseo. Pero él mismo envió la ley. Por su siervo la ley, por sí mismo la gracia. Observa a Eliseo en un gran y alto misterio, como profeta, anunciando con sus acciones, no solo con sus palabras. El hijo de su huésped había muerto. ¿Qué significaba el niño muerto, sino Adán? Se anunció al santo profeta, quien en la profecía llevaba el tipo de nuestro Señor Jesucristo: envió a su siervo con su bastón, y le dijo, Ve, ve, ponlo sobre el niño muerto. Fue, como siervo obediente. El profeta sabía lo que había hecho. Puso el bastón sobre el muerto, no se levantó. Porque si se hubiera dado una ley que pudiera dar vida, ciertamente la justicia vendría de la ley. Por tanto, la ley no pudo dar vida. Vino él mismo, el grande al pequeño, el salvador al salvado, el vivo al muerto: vino él mismo. ¿Y qué hizo? Contrajo sus miembros juveniles, como vaciándose a sí mismo, para tomar la forma de siervo (Filipenses II, 7). Contrajo, pues, sus miembros juveniles, se adaptó al pequeño, para hacer nuestro cuerpo de humillación conforme al cuerpo de su gloria (Filipenses III, 21). Así que en este tipo de Cristo proféticamente expresado, el muerto fue resucitado (2 Reyes IV, 18-37), como el impío fue justificado.

CAPÍTULO XI.

12. Gracia de los cristianos. Que se predique esta gracia, esta es la gracia de los cristianos por el hombre Mediador, por el que sufrió y resucitó, quien ascendió al cielo, y llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Esta, digo, gracia sea predicada, contra esta gracia no se dispute por los ingratos. El bastón profético no fue suficiente para el muerto: ¿sería suficiente la naturaleza muerta? Y esta por la cual fuimos creados, aunque no hayamos leído que se llame así, sin embargo, porque fue dada gratuitamente, confesemos que es gracia. Pero mostremos que esta por la cual somos cristianos es mayor: presten atención. Antes de que fuéramos creados, no merecíamos nada bueno; y por eso la gracia por la cual fuimos creados, no merecíamos nada bueno. Si entonces es grande la gracia cuando no merecíamos nada bueno; ¿cuánta es la gracia, cuando merecíamos tanto mal? Quien aún no existía, no merecía bien; el pecador merecía mal. Aún no existía quien fue hecho, aún no existía; pero tampoco había ofendido. Aún no existía, y fue hecho: ofendió, y fue salvado. Quien aún no existía, no esperaba nada; fue hecho: pero al caer esperaba condenación, y fue liberado. Esta es la gracia por Jesucristo nuestro Señor. Él nos hizo, y antes de que existiéramos, él mismo nos hizo; y hechos y caídos, él mismo nos hizo justos, y no nosotros mismos.

CAPÍTULO XII.

Si alguna nueva criatura en Cristo, la vieja ha caído, la nueva ha sido hecha.

13. Masa de perdición, de la cual fuimos elegidos. Elección de la masa de perdición inescrutable. Había una masa de perdición de Adán, a la cual solo se le debía castigo: de allí se hicieron vasos de honor de la misma masa. Porque el alfarero tiene poder sobre el barro, de la misma masa. ¿Qué masa? Ciertamente ya había perecido, ciertamente a esa masa se le debía justa condenación. Alégrate, porque tú escapaste: escapaste de la muerte debida, y encontraste la vida no debida. El alfarero tiene poder sobre el barro, de la misma masa hacer un vaso para honor, otro para deshonra. Pero dices, ¿Por qué me hizo a mí para honor, y a

otro para deshonra? ¿Qué responderé? Escucharás a Agustín, quien no escuchaste al Apóstol diciendo, Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? (Romanos IX, 21, 20). Nacieron dos pequeños: si buscas lo debido, ambos tienen la masa de perdición. Pero, ¿por qué la madre lleva a uno a la gracia, y al otro la madre durmiendo lo asfixia? Me dirás qué mereció aquel que es llevado a la gracia, qué mereció aquel a quien la madre durmiendo asfixia. Ambos no merecieron nada bueno: pero el alfarero tiene poder sobre el barro, de la misma masa hacer un vaso para honor, otro para deshonra. ¿Quieres discutir conmigo? Más bien, maravíllate conmigo, y exclama conmigo, ¡Oh profundidad de las riquezas! Ambos temamos, ambos clamemos, ¡Oh profundidad de las riquezas! Ambos concordemos en el temor, para no perecer en el error. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Escudriña lo inescrutable, haz lo imposible, corrompe lo incorruptible, ve lo invisible.

CAPÍTULO XIII.

14. La gracia excluye todo mérito precedente.---Inescrutables son sus juicios, has escuchado, te basta: e ininvestigables sus caminos. ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado? ¿Quién le dio primero, cuando todo lo recibió gratuitamente? ¿Quién le dio primero, para que le sea recompensado? Si el Señor quisiera recompensar, nada más que el castigo debido habría recompensado. No dieron nada, para que les fuera recompensado. Los salvará por nada (Salmo LV, 8). ¿Quién le dio primero, como por sus propios méritos? ¿Quién le dio primero, quién precedió a la gracia, que se da gratuitamente? Si algún mérito precede a la gracia, ya no se da gratuitamente, sino que se devuelve por deuda. Pero si no se da gratuitamente, ¿por qué se llama gracia? ¿Quién entonces le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Romanos XI, 33, 36). ¿Cuáles ciertamente, sino todos los bienes que de él recibimos, y recibimos para ser buenos? Porque todo buen regalo, y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio. Porque tú has cambiado para peor: en quien no hay cambio, él mismo ayuda. En quien no hay, ni sombra de variación (Santiago I, 17): porque tú yaces en las tinieblas de tu noche. De él, pues, todo: nadie le dio primero algo, nadie exige deuda. Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios (Efesios II, 8).

CAPÍTULO XIV.

15. No debemos arrogarnos nada. Pero me inquieta, dices, que aquel perece, aquel es bautizado: me inquieta, me inquieta como hombre. Si quieres escuchar la verdad, también me inquieta porque soy hombre. Pero si tú también eres hombre, y yo soy hombre; ambos escuchemos al que dice, ¡Oh hombre! Si ciertamente nos inquietamos porque somos hombres, el mismo Apóstol se dirige a la naturaleza humana débil y frágil, diciendo: ¡Oh hombre, quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice la cosa formada al que la formó, Por qué me hiciste así? (Romanos IX, 20). Si pudiera hablar el animal, y decirle a Dios, ¿Por qué hiciste a este hombre, y a mí animal? ¿No te indignarías justamente y dirías, Oh animal, quién eres tú para responder a Dios? Y tú eres hombre, pero para Dios eres animal: ¡y ojalá seas su animal y oveja de su prado! Reconoce los beneficios del pastor, y no sigas a los lobos del error. Éramos lobos: Fuimos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios II, 3): pero murió la oveja, y nos hizo ovejas. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado, no de este o aquel, sino del mundo (Juan I, 29). Por tanto, nada nos arrogamos, hermanos míos, de lo que somos, si en su fe somos algo, por poco que sea, no nos arrogamos nada; para que no perdamos lo que hemos recibido: sino que en lo que hemos recibido, le

demos gloria, lo honremos, él mismo riegue sus semillas. ¿Qué tendría nuestra tierra, si él no hubiera sembrado? Pero también da la lluvia, no abandona lo que ha sembrado. El Señor dará suavidad, y nuestra tierra dará su fruto (Salmo LXXXIV, 13). Convertidos al Señor, etc.

SERMO XXVII. Sobre el título y los primeros versículos del Salmo XCV: y sobre las palabras del Apóstol a los Romanos IX, Tendré misericordia de quien tendré misericordia, etc. Contra los Pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Casa de Dios, que ahora se edifica. Así como la puerta introduce en la casa, así el título del Salmo introduce en el entendimiento. Se preanuncia así: Cuando la casa se edificaba después de la cautividad. Preguntas qué casa, el Salmo ya te lo indica: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. He aquí qué casa. Cuando toda la tierra canta un cántico nuevo, es la casa de Dios. Cantando se edifica, creyendo se funda, esperando se levanta, amando se perfecciona. Ahora, pues, se edifica: pero al final del siglo se dedica. Concurran, pues, las piedras vivas al cántico nuevo, concurran y se adapten en la estructura del templo de Dios: reconozcan al Salvador, reciban al habitante.

2. Cautividad, de la cual somos liberados por Cristo. Se ha dicho qué casa: se debe decir después de qué cautividad. Y esto te lo indica el Salmo; sigue un poco: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, bendecid su nombre, anunciad de día en día su salvación. Anunciad entre las naciones sus maravillas, en todos los pueblos su gloria. Porque todos los dioses de las naciones son demonios. He aquí bajo cuya cautividad yacía la casa.

CAPÍTULO II.

Desde la primera transgresión del primer hombre, todo el género humano nacido con la obligación del pecado, el diablo victorioso lo poseía. Si no estuviéramos bajo cautividad, no necesitaríamos Redentor. Vino a los cautivos no cautivo: vino a los cautivos a redimirlos sin tener en sí cautividad, es decir, iniquidad, pero llevando en carne mortal nuestro precio. Porque si no tuviera carne mortal, ¿de dónde en el Verbo la sangre, que derramaría por los cautivos? Pero aquel que vino a nuestra cautividad con semejanza de carne de pecado (Romanos VIII, 3), no vino con carne de pecado. Pues era semejanza de carne de pecado: verdadera carne, pero semejante a carne de pecado; verdadera carne, pero no carne de pecado. Aquel, pues, que así vino, ¿quién era? Anunciad de día en día. He aquí quién era. De día en día era, Dios de Dios era, luz de luz era: pero el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 14); majestad oculta, debilidad aparente, para que muera la debilidad, y se mantenga la majestad.

3. En Dios que de quien quiere tiene misericordia, no hay iniquidad. Si, pues, todo el mundo estaba bajo cautividad, bien se dijo, Tendré misericordia de quien tendré misericordia, y mostraré misericordia a quien tendré misericordia. Porque si todo el mundo estaba bajo cautividad, todo el mundo en pecado, todo el mundo justamente destinado al castigo, pero en parte liberado por misericordia, ¿quién dirá a Dios, Por qué condenas al mundo? ¿Cómo se acusa al juez Dios, cuando se condena al mundo culpable? Eres culpable: si consideras lo que debes, se llama pena; ni cuando se te exige lo debido, se reprende justamente al cobrador. Se reprendería al cobrador, si exigiera lo indebido: pero cuando exige lo debido, ¿quién reprenderá al cobrador, aunque espere al donador?

CAPÍTULO III.

De quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece. Me dices, pues: ¿Por qué se queja aún? pues ¿quién ha resistido a su voluntad? ¡Oh hombre, quién eres tú para responder a Dios? ¿Quién es él, atiende: quién eres tú, atiende. Él es Dios, tú hombre. Pero parece que hablas justicia, y ¿se ha secado aquella fuente de justicia? Si hablas justo, ¿de dónde te viene? O hablas injusto, y debes callar: o hablas justo, y no tienes sino de la fuente de justicia: pero ¿quién es la fuente de justicia, sino Dios? Por tanto, pon primero el fundamento de la fe: ¿Acaso hay iniquidad en Dios? (Romanos IX, 14-20). Puede ocultarse de ti la equidad, no puede haber iniquidad allí.

4. Por qué Dios de quien quiere tiene misericordia, el hombre no puede comprender. Esperas de mí tal vez que te diga, por qué de quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece. ¿Esperas de mí, hombre? Si tú también eres hombre y yo soy hombre, ambos escuchemos, ¡Oh hombre, quién eres tú para responder a Dios! Pues mejor es la ignorancia fiel, que la ciencia temeraria. Dios me dice, por el Apóstol Cristo habla, ¡Oh hombre, quién eres tú para responder a Dios! ¿Y yo me indigno, porque no conozco la justicia de Dios? Si soy hombre, no me indigne: supere al hombre, si puedo, y alcance la fuente. Pero aun si la alcanzo, no se lo diré al hombre: que él también supere, y alcance conmigo. Y ¿quién es, dices, que el hombre supere al hombre? ¿Acaso no reprocha el Apóstol a algunos, y dice, Pues cuando decís, Yo de Pablo, yo de Apolo, ¿no sois hombres? (I Corintios III, 4). ¿Qué quería que hicieran aquellos a quienes reprochaba que eran hombres? Eres hombre, perteneces a Adán. Pertenece al Hijo del hombre.

CAPÍTULO IV.

5. Cómo todo esto fue hecho conocido a los Apóstoles. Y tal vez te dice: Ya no os llamaré siervos, sino amigos; porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV, 15). Pero esto se lo dijo a los discípulos, a aquellos Apóstoles, a ellos se lo dijo: no debemos entristecernos porque aún no somos así. Y sin embargo, ¿cómo les dijo esto a ellos, Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer? Creo que lo dijo en esperanza, no aún en realidad: creo que se refería a lo que iba a hacer, no a lo que ya había hecho. ¿Y cómo se prueba esto, cuando él dice, Os lo he dado a conocer; no dice, Os lo daré a conocer? Porque en las Escrituras se dicen algunas cosas en pasado que se entienden en futuro. ¿Cómo se dicen en pasado, cuando se entienden en futuro? Han horadado, dice, mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos (Salmo XXI, 17 y 18). Aún no había sucedido, y se anunciaba como hecho lo que iba a suceder. Nos salvó por el lavacro de la regeneración (Tito III, 5). Pero en otro lugar él mismo dice: En esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza. En esperanza fuimos salvados, no decimos sino en pasado: y porque en esperanza fuimos salvados, aún no en realidad, todavía es futuro lo que esperamos. Pues ya vemos y tenemos: pero aún no es realidad, sino esperanza. Porque lo que uno ve, dice, ¿qué espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Y sin embargo, fuimos salvados, y sin embargo aún esperamos y aguardamos la salvación, aún no la tenemos. Así también el Señor dijo a los discípulos, Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer. Si esto ya se había hecho, ¿por qué en otro lugar les dice: Aún tengo muchas cosas que deciros; pero no las podéis llevar ahora (Juan XVI, 12)? Ciertamente, Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer: pero cuando dice, No las podéis llevar ahora, y dice, Tengo que deciros; lo difiere, no lo quita. Por una esperanza

cierta, porque sin duda sabía que lo iba a hacer, ante él se contaba como hecho: y por eso decía, Os lo he dado a conocer.

CAPÍTULO V.

6. La equidad de Dios, cuya misericordia se cree ahora, hasta que después se vea. La señal de la cruz. Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: porque caminamos por fe, y no por vista (II Cor. V, 6 y 7). En la medida en que se nos da, mantengamos la fe, y no dudemos de la justicia de Dios. No creamos en absoluto que hay iniquidad en él, para no caer en un gran abismo de impiedad. Y cuando con fe perfecta hayamos sostenido que no hay iniquidad en él; y si ahora no la vemos, es decir, la equidad que está en él: que termine el camino, y lleguemos a la patria; no puede verse en el tiempo de la fe, se verá en el tiempo de la vista. Ahora caminamos por fe, entonces por vista. ¿Qué es por vista? Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3). Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). El que me ama, dice, guarda mis mandamientos; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré. ¿Y qué le darás? Y me manifestaré a él (Id. XIV, 21). Esta será la vista, cuando haga lo que dijo, Y me manifestaré a él. Allí verás la equidad de Dios, allí sin código leerás en el Verbo. Por tanto, cuando lo veamos tal como es, ya pasará nuestra peregrinación: después nos regocijaremos con el gozo de los Ángeles. ¿Qué es este camino? Es la fe. Por tu fe Cristo se hizo deforme, pero Cristo permanece hermoso. Hermoso en forma más que los hijos de los hombres se verá después de la peregrinación.

CAPÍTULO VI.

Pero ahora, ¿cómo se ve por la fe? Y lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura: pero su rostro era despreciado, y su posición deforme, esto es su virtud: despreciado y deforme era su posición, hombre puesto en la plaga, y sabiendo llevar las enfermedades (Isaías LIII, 2, 3). La deformidad de Cristo te forma. Porque si él no hubiera querido ser deforme, tú no habrías recuperado la forma que perdiste. Colgaba, pues, en la cruz deforme: pero su deformidad era nuestra belleza. En esta vida, pues, mantengamos a Cristo deforme. ¿Qué es Cristo deforme? Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo (Gálatas VI, 14). Esta es la deformidad de Cristo. ¿Acaso dije que sé algo entre vosotros, sino el camino? Este es el camino, creer en el crucificado. Llevamos la señal de esta deformidad en la frente: no nos avergoncemos de esta deformidad de Cristo. Mantengamos este camino, y llegaremos a la vista. Cuando lleguemos a la vista, veremos la equidad de Dios: y ya no habrá allí que decir, ¿Por qué a este se le ayuda, y a este no? ¿por qué este fue llevado por la gobernación de Dios para ser bautizado; pero aquel, aunque vivió bien como catecúmeno, murió de repente y no llegó al Bautismo? ¿y aquel que vivió mal, como lujurioso, como adúltero, como actor, como cazador, enfermó, fue bautizado, partió, el pecado fue condenado en él, el pecado fue borrado en él? Busca méritos; no encontrarás sino castigo: busca gracia; ¡Oh profundidad de las riquezas! Pedro niega, el ladrón cree, ¡Oh profundidad de las riquezas!

7. Los juicios de Dios en el misterio de la gracia, no deben ser investigados por la razón, sino seguidos con admiración. ¿Crees que podemos investigar esto, que el bienaventurado Apóstol temió? Y al contemplar tal profundidad y altura, tembló y exclamó, ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!

CAPÍTULO VII.

¿Qué había dicho antes para llegar a esta exclamación? Había dicho algo que, si no se cree en Dios, porque no hay iniquidad en Dios, se juzgará iniquo. Hablaba a los gentiles, a los fieles sobre los judíos: Como vosotros, dice, no creísteis en Dios, ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos: así también estos no creyeron en vuestra misericordia, para que también ellos alcancen misericordia. Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos. (Rom. XI, 30, etc.) De esto habló después Pablo. ¿Y cuál es esta razón de la equidad y justicia de Dios, encerrar a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos? Tú buscas la razón, yo temo la altura. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! Tú razona, yo admire; tú discute, yo crea; veo la altura, no llego a la profundidad. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! ¿Acaso va a exponerlo? ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿o quién le dio primero, para que se le recompense? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas; a él sea la gloria por los siglos de los siglos (Id. 33-36). Descansó, porque encontró admiración: nadie me pregunte la razón de los ocultos. Él dice, Inescrutables son sus juicios; ¿y tú vienes a escudriñar? Él dice, Ininvestigables son sus caminos; ¿y tú vienes a investigar? Si vienes a escudriñar lo inescrutable, y a investigar lo ininvestigable; cree, ya estás perdido. Es como querer escudriñar lo inescrutable e investigar lo ininvestigable, como querer ver lo invisible y hablar lo inefable. Por tanto, que se edifique la casa: cuando llegue a la dedicación, entonces tal vez encontrará la razón más clara de estos ocultos.

SERMO XXVIII. Sobre el versículo 3 del Salmo CIV, Alégrese el corazón de los que buscan al Señor.

1. Alegrarse de corazón en Dios. De todas las palabras divinas, hablemos más bien de esto con la ayuda del Señor, que hemos escuchado al final: Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Pues oportunamente también estamos ayunando de vientres. Se alegrará nuestro corazón, si con las mentes tenemos hambre. Cuando se presentan cosas agradables en nuestros banquetes, se alegran las gargantas de los que buscan alimento: cuando se presentan cosas variadas y bellamente pintadas a nuestros ojos, se alegran los ojos de los que buscan ver algo luminoso: se alegran los oídos de los que buscan canto: se alegra el olfato de los que buscan un olor agradable. Por tanto, Alégrese el corazón de los que buscan al Señor.

2. Dios es luz, olor y alimento para el corazón. Alimento de la mente que restaura sin agotarse. Sin duda, cada cosa que se ofrece a nuestros diversos sentidos, deleita a cada sentido. Pues ni el sonido deleita la vista, ni el color el oído. Pero para nuestro corazón, el Señor es luz, y voz, y olor, y alimento: y por eso es todo, porque no es nada de esto; y por eso no es nada de esto, porque es el creador de todo esto. Es luz para nuestro corazón, a quien decimos: En tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). Es sonido para nuestro corazón, a quien decimos: Darás a mi oído gozo y alegría (Salmo L, 10). Es olor para nuestro corazón, de quien se dice: Somos buen olor de Cristo (II Cor. II, 15). Pero si buscáis alimento, porque ayunáis: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo V, 6). Del mismo Señor Jesucristo se dijo que se hizo para nosotros justicia y sabiduría (I Cor. I, 30). He aquí las viandas preparadas: Cristo es justicia, nunca falta, no es preparado por cocineros para nosotros, ni traído de partes lejanas como frutas extranjeras por comerciantes: es alimento que siente todo el que tiene gargantas sanas, es alimento del hombre interior. Recomendándose a sí mismo dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51). Es alimento que restaura, sin agotarse: es alimento que se consume, y no se consume: es alimento que sacia a los hambrientos, y permanece íntegro. Cuando os retiréis de aquí a

vuestras mesas, no comeréis nada semejante. Porque habéis venido a este banquete, comed bien: pero cuando os vayáis, digerid bien. Pues bien come y mal digiere, quien oye la palabra de Dios y no la hace: no lleva jugo útil, sino que eructa crudo con indigestión y fastidio.

3. La luz de los ojos es alimento, alimenta a muchos sin disminuirse. Y no os maravilléis de que nuestros corazones se alimenten así, para que se restauren, y no disminuyan de donde se restauran. Dios dio tal alimento a los ojos corporales nuestros. Pues esta luz es alimento de los ojos; con ella se alimentan nuestras luces, y si alguien ha estado mucho tiempo en tinieblas, como ayunando, desfallecen. Pues los hombres han perdido los ojos sentados en tinieblas, ni algo ha caído en los ojos, ni alguien los ha golpeado, ni ha fluido humor ajeno, ni polvo, ni humo: se saca al hombre después de las tinieblas, y no ve lo que veía: sus ojos han muerto de hambre; desfallecieron por no tomar su alimento, esto es, la luz. Ved, pues, lo que propuse, qué clase de alimento es para nuestros ojos. Esta luz es vista por todos, alimenta los ojos de todos; y la vista del que ve se restaura, y la luz permanece íntegra. Si dos ven, permanece igual; si muchos ven, permanece igual: el rico ve, el pobre ve, es igual para todos. Nadie pone límites en ella, se llena la pobreza del pobre, queda vacía la avaricia del rico. ¿Acaso el que tiene más, ve más, o alargando el oro priva al pobre, y compra para sí lo que ve, para que aquel no tenga? Si tal es el alimento para nuestros ojos, ¿qué es el mismo Dios para nuestras mentes?

4. El sonido y el entendimiento de la voz llegan a muchos sin división. Y el sonido es un cierto alimento para los oídos, ¿y qué tal es? De estos sentidos corporales conjeturemos los inteligibles de la mente. He aquí que hablo a vuestra Caridad: están presentes los oídos, están presentes las mentes. Nombré dos cosas, oídos y mentes; y en lo que hablo, hay dos cosas, sonido y entendimiento: se llevan juntos, llegan juntos al oído; el sonido permanece en el oído, el entendimiento descende al corazón. Pero primero observemos del mismo sonido cuánto más excelso debemos amar el entendimiento. El sonido es como el cuerpo, el entendimiento es como el alma. Pero el sonido, tan pronto como golpea el aire y toca el oído, pasa, ni se revoca, ni aún suena. Pues así como las sílabas se suceden precediendo y siguiendo, la segunda no suena, si la primera no ha pasado. Sin embargo, así como algo transitorio tiene un gran milagro. Pues si os pusiera pan a vosotros hambrientos, no llegaría a cada uno; dividiríais entre vosotros todo lo que pusiera, y cuanto más fuerais, tanto menos tendríais. Pero ahora pronuncio un discurso, no dividís entre vosotros las palabras y las sílabas, ni cortáis mi discurso, para que uno tome esta parte, otro aquella, y así, en partes y porciones, llegue a cada uno lo que digo: sino que uno lo oye todo, dos lo oyen todo, muchos lo oyen todo, y cuantos vengan lo oyen todo; y basta para todos, y es íntegro para cada uno: se prepara tu oído para oír, ni lo priva el oído vecino ajeno. Si esto sucede con la palabra sonora, ¿qué sucede con el Verbo omnipotente? Pues así como esta nuestra voz es toda para los oídos de todos los oyentes, y es toda para cada uno; ni son tantas mis voces como vuestros oídos, sino una voz llena muchos oídos, no dividida, sino toda para todos: así pensad en el Verbo de Dios todo en los cielos, todo en la tierra, todo en los ángeles, todo con el Padre, todo con la Virgen, todo en la eternidad, todo en la carne, todo en los infiernos, cuando visitó, todo en el paraíso, donde trasladó al ladrón. Esto dije del sonido.

5. Del entendimiento. ¿Qué, si digo algo del entendimiento? ¿cuánto menos es que el Verbo de Dios? Pues pronuncio un sonido; pero cuando lo he pronunciado, ya no lo revoco, pero si quiero ser oído, pronuncio otro sonido, y cuando este ha pasado, pronuncio otro, o seguirá el silencio: pero el entendimiento lo pronuncio hacia ti, y lo retengo en mí; y encuentras lo que oíste, y no pierdo lo que dije. Ved cuán verdaderas son estas cosas, y alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Pues el Señor es la misma verdad principal. El entendimiento, pues,

permaneciendo en mi corazón, migra al tuyo, ni abandona el mío. Pero cuando el entendimiento está en mi corazón, y quiero que esté también en el tuyo, busco por dónde pase a ti como vehículo el sonido; y tomo el sonido, y como lo pongo el entendimiento, y lo pronuncio, y lo produzco, y enseño y no pierdo. Si pudo hacer esto mi entendimiento con mi voz, ¿no pudo el Verbo de Dios con su carne? Pues el Verbo de Dios, Dios con Dios, sabiduría de Dios permaneciendo inmutablemente con el Padre, para proceder a nosotros, buscó la carne como sonido, y se insertó en ella, y procedió a nosotros, y no se apartó del Padre. Entended, sabed lo que habéis oído, pensad cuánto es y qué es, y sentid cosas mayores de Dios. Él supera toda luz, supera todo sonido, supera todo entendimiento. Es deseable, y hacia él se debe aspirar con amor, para que se alegre el corazón de los que buscan al Señor.

SERMO XXIX. Sobre el versículo 1 del Salmo CXVII, Confesad al Señor, porque es bueno. Predicado en Cartago, en la basílica Restituta, el día de Pentecostés en las Vigilias.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Bueno por sí solo es Dios, de quien los demás son buenos. Se nos ha advertido, y por el Espíritu de Dios se nos ha mandado, que confesemos al Señor: y se ha dicho la causa de confesar al Señor, porque es bueno. Se dice brevemente, lo que se piensa profundamente. Confesad, dice, al Señor. Y como si preguntáramos, ¿Por qué? se responde, Porque es bueno. ¿Qué más buscas, o si buscas otra cosa, que el bien? Tal es la fuerza del bien, que los malos también buscan el bien. Pero otras cosas que se dicen buenas, tienen de algún bien el ser buenas: pero si buscamos de dónde tienen todas las cosas buenas el ser buenas; recordemos lo que se dijo, Y Dios hizo todo, y he aquí que era muy bueno (Gén. I, 31). Por tanto, no habría ningún bien, si no hubiera sido hecho por el bien. ¿Y por qué bien? Por el que nadie hizo. Por tanto, no habría ningún bien, si no hubiera sido hecho por el bien que no fue hecho. El cielo es bueno, pero hecho bueno: los ángeles son buenos, pero hechos buenos: las estrellas son buenas, el sol y la luna, la alternancia de la noche y el día, los cambios de las estaciones, los ciclos de los siglos, el curso de los años, los brotes de las hierbas y los árboles, la naturaleza de los animales, y entre todas estas cosas la criatura que alaba al hombre; todas son buenas, pero hechas buenas; y buenas por Dios, no por sí mismas. El que hizo estas cosas, es sobre todo bueno: porque nadie lo hizo bueno, sino que es bueno por sí mismo. Ni obstante, no es bueno solo para sí, sino también para nosotros. Confesad, pues, al Señor, porque es bueno.

CAPÍTULO II.

2. Confesión doble, de alabanza y de penitencia. La confesión es de alabanza o de penitencia. Son poco instruidos aquellos que, al escuchar la palabra confesión en las Escrituras, piensan que solo puede referirse a los pecados y de inmediato golpean su pecho, como si ya se les estuviera instando a confesar sus pecados. Pero para que vuestra Caridad sepa que la confesión no se refiere solo a los pecados, escuchemos a aquel de quien no podemos dudar que no tenía pecado alguno, exclamando y diciendo: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra. ¿Quién dijo esto? Aquel que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II, 22): quien solo pudo decir verdaderamente: He aquí que viene el príncipe del mundo, y en mí no encontrará nada (Juan XIV, 30). Y sin embargo, confiesa. Pero este confesor es un alabador, no un pecador. Escucha, pues, qué confiesa, escucha las alabanzas: y esa alabanza es nuestra salvación. ¿Qué confiesa el Hijo sin pecado a Dios Padre? Te confieso, dice, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños (Mateo XI, 25). Alabó al Padre por haber

ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, es decir, a los soberbios y arrogantes; y por haberlas revelado a los pequeños, es decir, a los débiles y humildes.

CAPÍTULO III.

3. La confesión de los pecados es necesaria para la salvación. Pero lo que es cierto es que la confesión de los pecados también es saludable. De ahí que hayamos escuchado en el Salmo que se leyó primero: Pon, Señor, una guardia en mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios, para que mi corazón no se incline a palabras malignas, para excusar excusas en los pecados (Salmo CXL, 3 y 4). Ruega a Dios que ponga una guardia en su boca: y explica de qué tipo de guardia se trata. Hay personas que abundan mucho; que cuando comienzan a ser acusadas, corren a excusarse. Excusarse es buscar causas y tejer argumentos para que el pecado no parezca pertenecerles. Uno dice, el Diablo me hizo hacerlo; otro dice, la Fortuna me hizo hacerlo; otro, fui obligado por el Destino: nadie se culpa a sí mismo. Cuando quieres ser tu propio excusador, tu acusador se regocija sobre ti. ¿Quieres hacer algo que duela y aflija a tu acusador, es decir, al diablo? Haz lo que has escuchado, haz lo que has aprendido; y di a tu Dios: Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo XL, 5). Yo, dice, yo dije: no el diablo, no la fortuna, no el destino. Yo dije: no me excuso, sino que me acuso. Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma. ¿De qué está enferma? Porque he pecado contra ti.

4. Ambas confesiones, de alabanza y de pecado, son debidas a Dios. Confesad, pues, al Señor, porque es bueno. Si quieres alabar, ¿qué alabas con más seguridad que lo bueno? Si quieres alabar, si quieres tener una confesión de alabanza, ¿qué alabas con más seguridad que lo bueno? Si quieres confesar tus pecados, ¿a quién más seguro que al bueno? Confiesas a un hombre, porque es malo, y eres condenado: confiesas a Dios, porque es bueno, y eres purificado. Si atiendes a la confesión de alabanza, cualquier cosa que vayas a alabar copiosamente, tu intención está ocupada en mostrar que lo que alabas es bueno. Las cosas buenas se alaban correctamente, así como las malas se vituperan correctamente. Brevemente se te ha dicho la alabanza de tu Señor Dios, Él es bueno.

CAPÍTULO IV.

Si tú también eres bueno, alaba de dónde eres bueno: si eres malo, alaba de dónde serás bueno. Porque si eres bueno, de Él eres bueno: si eres malo, de ti eres malo. Huye de ti, y ven a Aquel que te hizo: porque huyendo de ti, te sigues a ti mismo; y siguiéndote a ti, te aferras a Aquel que te hizo.

5. El hombre malo quiere todas las cosas buenas excepto a sí mismo. ¿Cuántas cosas buenas buscas, hombre malo? Ciertamente eres malo: dime, ¿qué deseas sino lo bueno? Buscas un caballo, solo bueno; buscas una finca, solo buena; buscas una casa, solo buena; buscas una esposa, solo buena; una túnica solo buena, un calzado solo bueno: solo tu alma mala. ¿No eres contrario a ti mismo, que buscas cosas buenas, siendo malo? Si buscas cosas buenas, primero sé tú mismo lo que buscas. Pero si siendo malo has encontrado muchas cosas buenas, ¿de qué te sirve, si tú te has perdido? Amad vuestras almas buenas: odiad vuestras almas malas. Pero amando a Aquel de quien viene todo bien, seréis buenos. Odiando vuestras malas, elegid lo bueno.

CAPÍTULO V.

6. El pecado debe ser castigado o por Dios o por el hombre penitente. ¿Qué es odiar tus males? Confesar tus pecados con arrepentimiento. Todo penitente, confesando sus pecados con arrepentimiento, se enoja consigo mismo; y de alguna manera, arrepintiéndose, se venga de lo que le desagrada. Dios odia el pecado. Si tú también odias en ti lo que Dios odia, al menos por alguna voluntad te unes a Dios, mientras odias en ti lo que Dios odia. Sé severo contigo mismo, para que Dios interceda por ti y no te condene. El pecado, sin duda, debe ser castigado: al pecado se le debe castigo, condenación. El pecado debe ser castigado, o por ti, o por Él mismo. Si es castigado por ti, entonces será castigado sin ti: si no es castigado por ti, será castigado contigo. Confesad, pues, al Señor, porque es bueno. Alabad cuanto podáis, amad cuanto podáis: derramad vuestros corazones ante Él, Dios nuestro ayudador (Salmo LXII, 9); porque es bueno.

SERMON XXX. Sobre las palabras del Salmo CXVIII, Dirige mis pasos, etc. Y del Apóstol, Rom. VII, La ley es espiritual, pero yo soy carnal, etc. Contra los Pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Dominio de la iniquidad sobre el hombre antes de la gracia. Sin duda, hermanos, deseaba evitar una carga pesada y un yugo grave de iniquidad quien decía a Dios: Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad (Salmo CXVIII, 133). Veamos, pues, cuándo la iniquidad domina al hombre; para que entendamos qué hemos escuchado al orar, y qué hemos orado también nosotros al responder. Todos, al santo Salmo, según creo, hemos respondido con un corazón devoto y veraz, orando y diciendo a nuestro Señor Dios: Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad. De este pésimo dominio hemos sido redimidos con preciosa sangre. ¿Y de qué servía haber recibido la Ley que manda y amenaza, y no ayuda, para estar bajo ella culpables antes de la gracia de Dios? En vano amenaza la Ley, cuando la iniquidad domina. La Ley no es corporal, no es carnal: pero como Dios es espíritu quien dio la Ley, sin duda la Ley es espiritual. Pero ¿qué dice el Apóstol? Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado. No te maravilles, pues, oh vendido al pecado, si te domina aquel a quien has sido vendido. Escucha al apóstol Juan: El pecado es iniquidad (I Juan V, 17). Contra tal señora invocamos al Señor, a quien decimos: Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad.

CAPÍTULO II.

2. Cautiverio del hombre por el pecado. El vendido clama, el redentor escucha. El mismo hombre se vendió por libre albedrío bajo el dominio de la iniquidad, y recibió como precio un pequeño placer del árbol prohibido. Él mismo clama, Dirige mis caminos, que yo torcí: Dirige mis pasos, que yo mismo pervertí con mi albedrío: dirige según tu palabra. ¿Qué significa, dirige según tu palabra? Que mis pasos sean rectos, porque recta es tu palabra. Yo, dice, estoy torcido bajo el peso de la iniquidad, pero tu palabra es la regla de la verdad: corrige, pues, a mí, torcido por mí mismo, como a una regla, es decir, a la palabra recta. Por tanto, Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad. Me vendí, redímeme: me vendí por mi albedrío, redímeme con tu sangre. En el vendedor se avergüence la soberbia, en el redentor se glorié la gracia. Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6).

3. El adversario de la gracia es refutado por la experiencia de su propia debilidad. La Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo: no hago lo que quiero. No hago lo que quiero, dice el carnal: no acusa a la Ley, sino a sí mismo. Pues

la Ley espiritual no tiene culpa: el carnal vendido incurre en culpa. No hace lo que quiere: cuando quiere no puede, porque cuando podía no quiso. Por querer mal, perdió el poder hacer el bien; y ya cautivo habla, y dice cautivo: No hago lo que quiero. No hago lo que quiero, hago el mal que odio (Rom. VII, 14, 15). No hago lo que quiero. Y el hombre responde: Haces lo que quieres. No hago lo que quiero. Haces lo que quieres. No hago lo que quiero: créeme, hermano, no hago lo que quiero. Contradictor de la gracia, no eres árbitro de la conciencia: yo me conozco, no hago lo que quiero, y tú dices, ¿Haces lo que quieres? Nadie sabe lo que sucede en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11).

CAPÍTULO III.

4. Lucha de la carne y el espíritu. Y tú eres hombre; si no quieres creerme, atiende a ti mismo. ¿Acaso vives en este cuerpo corruptible, que pesa sobre el alma (Sab. IX, 15), de modo que la carne no concupisca contra tu espíritu, y el espíritu contra la carne? ¿No hay tal contienda en ti? ¿No hay concupiscencia de la carne que resista a la ley de tu mente? Si nada en ti resiste a otro, mira dónde está todo. Si tu espíritu no disiente de la carne que concupisca contra él, mira si acaso toda la mente consiente a la carne: mira si acaso no hay guerra, porque hay una paz perversa. Quizás consientes totalmente a la carne, y no hay contienda. ¿Qué esperanza tienes de que puedas alguna vez vencer, si aún no has comenzado a luchar? Pero si te deleitas en la ley de Dios según el hombre interior, ves otra ley en tus miembros que lucha contra la ley de tu mente (Rom. VII, 22, 23); si te deleitas en esto, en esto estás atado, eres libre en la mente, esclavo en la carne: si ya es así, compadécete más bien del hombre que dice: No hago lo que quiero. ¿No quieres que la concupiscencia que resiste a tu mente no esté en ti? Eres un hombre de mal deseo, si no quieres carecer de tal adversario. Yo, te confieso, cualquier cosa en mí que se rebele contra mi mente, y litigue conmigo con deleite contrario, cualquier cosa así en mí, quiero matarla completamente. Y si quizás con la ayuda del Señor no consiento; no quiero tener con quién litigar. Me es mucho más deseable no tener enemigo que vencer. Pues lo que la carne concupisca contra el espíritu, no es mío: ¿o acaso estoy compuesto de naturaleza contraria? Y eso es mío, y que no consienta, es mío. Una parte algo libre, resiste a los restos de la servidumbre. Quiero que todo esté sano, porque todo soy yo. No quiero que mi carne, como extraña, se separe de mí para siempre, sino que toda se sane conmigo. Si tú no quieres esto, no sé qué piensas de la carne: creo que piensas no sé qué de dónde viene, como de una nación contraria. Es falso, es herético, es blasfemo: de la mente y de la carne hay un solo artífice. Él mismo cuando creó al hombre, hizo ambos, unió ambos: sometió la carne al alma, el alma a sí mismo. Si siempre ella permaneciera bajo su Señor, siempre también esta obedecería a su señora. No te maravilles, pues, si aquella que abandonó a su superior, sufre penas por su inferior. Porque la carne concupisca contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Estas cosas, dice, se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis (Gál. V, 17). De ahí también este, No hago lo que quiero. Porque la carne concupisca contra el espíritu, y no quiero que concupisca: considero un gran logro si no consiento, pero deseo carecer de ello. Por tanto, No hago lo que quiero. Porque quiero que la carne no concupisca contra el espíritu, y no puedo: esto es lo que dije, No hago lo que quiero.

CAPÍTULO IV.

5. Falso defensor de la naturaleza ingrato al médico. ¿Por qué me calumnias aquí? Yo digo, No hago lo que quiero: y tú dices, Haces lo que quieres. ¿Por qué me calumnias? Ingrato al médico, ¿por qué calumnias al enfermo? Deja que el médico reine. Redímeme de las calumnias de los hombres, y guardaré tu ley (Salmo CXVIII, 134). Guardaré por tu redención, no por mi poder. Por eso no me atribuyo la salud que aún no tengo; porque ruego

al médico. Pero tú, defensor de la naturaleza; ojalá lo fueras, no aplicando una defensa falsa como si estuviera sana, sino rogando al médico por lo que aún no está sano: ahora bien, tú defensor de la naturaleza, o más bien su adversario, mientras alabas al Creador como si la naturaleza estuviera sana, excluyes al Salvador de la que está enferma. Quien creó, sana; quien cayó por sí mismo, levanta por sí mismo. Esta es la fe, esta es la verdad, este es el fundamento de la fe cristiana. Uno y uno: un hombre por quien la ruina, otro hombre por quien la edificación; por aquel la ruina, por este la edificación. Cayó quien no permaneció, levanta quien no cayó. Cayó aquel porque abandonó al que permanecía, el que permanece descendió al que yacía.

6. Qué hacer en la lucha de la carne y el espíritu. Si, pues, la carne concupisca contra el espíritu, para que en esto mismo no hagas lo que quieres, porque quieres que no concupisca, y no puedes; al menos mantén la voluntad en la gracia del Señor, y persevera en su ayuda: dile lo que cantaste, Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad. ¿Qué significa, no me domine toda iniquidad?

CAPÍTULO V.

Escucha al Apóstol: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal. ¿Qué significa, No reine? Para obedecer a sus deseos. No dijo, No tengas deseos malos. ¿Cómo, pues, en este cuerpo mortal, donde la carne concupisca contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, no tengo deseos malos? Haz, pues, que No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos. Aunque haya deseos, no se obedezca a ellos, para que no te domine toda iniquidad. Ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI, 12). No hagas de tus miembros armas de iniquidad, y no te dominará toda iniquidad. Pero incluso esto, que tus miembros no sean armas de iniquidad, ¿acaso te lo proporcionas con tus propias fuerzas? Esto mismo, digo, esto mismo que tus miembros no sean armas de iniquidad, ¿te lo proporcionas con tus propias fuerzas? Pues cuando tus miembros no son armas de iniquidad, hay iniquidad en tus miembros, en deseos ilícitos, pero no reina. ¿Cómo reina quien no tiene armas? Tu parte, tu carne, la concupiscencia de tu carne, se rebela contra ti con languidez. Este languor es un tirano: si quieres ser vencedor del tirano, invoca a Cristo el emperador.

7. El adversario de la gracia está bajo el yugo de la iniquidad. Pues sé lo que me ibas a decir, o lo que ahora dices para ti mismo. Cualquiera que seas aquí, y me escuchas, sé lo que la iniquidad te dice por dentro. Pues aún estás bajo el yugo de la iniquidad, cuando no reconoces el precio del Redentor. Sé lo que te dices. He aquí que mi carne concupisca contra mi espíritu, concupisca adulterio; pero no consiento, no apruebo, no decido: no solo no hago, sino que tampoco consiento hacer; no solo no perpetro exteriormente por la carne, sino que tampoco sigo con la mente al rebelde. ¿Consiento al que se opone, cedo al que lucha? No lo hago. He aquí que no me domina toda iniquidad. Así es, es verdad.

CAPÍTULO VI.

Da gracias, si es así, a quien te ha concedido que así sea. No te atribuyas esto, para que no pierdas lo que has recibido, y comiences a rogar en vano. ¿No temes, Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6)?

8. La oración de la Iglesia vence al enemigo de la gracia. ¿Entonces te aseguras de que no te domine toda iniquidad? Si esa es tu verdadera presunción, nuestra oración es vana, cuando decimos a Dios: No me domine toda iniquidad. ¿Cantaste estas palabras hoy, o no? ¿Estabas aquí cuando todos decíamos: Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad? Estabas aquí, cantaste estas palabras, creo que no lo negarás. Entonces cantaste en el pueblo de Dios y rogaste a Dios, diciendo: Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad. Si te asegurabas de esto, ¿por qué rogabas conmigo? Te tengo orando, te tengo invocando, te convenzo trabajando: escuchemos juntos al que dice: Venid a mí, todos los que trabajáis. Escuchemos y vayamos. ¿Qué significa, Vayamos? Progresemos creyendo, acerquémonos dando gracias, perseverando lleguemos. Vayamos a Él que dice: Venid a mí, todos los que trabajáis. Y tú trabajas, y yo trabajo: escuchemos a Él, vayamos a Él, ¿por qué discutimos entre nosotros? Ambos escuchemos, porque ambos trabajamos: ¿por qué discutimos entre nosotros? ¿Acaso para no escuchar al médico que llama? ¡Oh infeliz debilidad! El médico llama a sí mismo, y el enfermo se ocupa en disputas. Mira lo que dice al llamar: Venid a mí, todos los que trabajáis. ¿Dónde trabajáis, sino bajo las cargas de los pecados, sino bajo el yugo de la mala señora iniquidad? Venid, pues, a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré. Yo que os hice, os aliviaré. Yo, dice, os aliviaré: porque sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5).

CAPÍTULO VII.

9. Cristo maestro de humildad. ¿Cómo os aliviaré? Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí. ¿Qué aprendemos de ti? Te conocemos, Señor, en el principio el Verbo, el Verbo Dios, el Verbo con Dios: sabemos que todo fue hecho por ti, lo que vemos y lo que no vemos. ¿Qué aprendemos de ti? No vamos a crear otro mundo como tus discípulos, como discípulos del artífice y creador. Creaste un mundo, hiciste el cielo y la tierra: ambos los iluminaste con sus criaturas y ornamentos. ¿Qué aprendemos de ti? Aprended, dice, de mí. Cuando era en el principio Dios con Dios, os creé; esto no quiero que lo aprendáis de mí: sino que me hice lo que hice, para que no pereciera lo que hice. ¿De dónde me hice lo que hice? Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre; se humilló a sí mismo. Aprended esto de mí, pues se humilló a sí mismo, dice. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 28, 29). No os enseñe esto, dice, como si alguna vez hubierais estado en forma de Dios, no considerando el ser iguales a Dios como algo a qué aferrarse. A Él solo le era propio, no le era robo, a quien le era inherente por naturaleza. En la igualdad del Padre nació del Padre. ¿Qué hizo, sin embargo, por ti? Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre (Filipenses II, 6-8). He aquí que por ti Dios se hizo hombre, ¿y no quieres reconocerte, siendo hombre? He aquí que por ti se hizo hombre sin pecado, ¿y no quieres reconocerte con pecado? para que vengas a Él que dice: Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré.

CAPÍTULO VIII.

10. De dónde es suave el yugo de Cristo. Argumentación pelagiana.---Tomad mi yugo sobre vosotros. ¿Tomaste este yugo? ¿Lo tomaste? ¿Sientes que tienes un conductor? ¿Tomaste este yugo? Dices, Lo tomé. ¿Sientes que tienes un conductor? ¿Sientes que tienes un guía? Siento, dices. Entonces dile a Él: Dirige mis pasos según tu palabra. Te guía bajo su yugo, y bajo su carga. Para que su carga te sea ligera y su yugo suave, Él te inspiró amor. Al amante, le es suave; al que no ama, le es duro. Al amante, le es suave: el Señor dio suavidad (Salmo LXXXIV, 13). ¿O acaso porque viniste, escuchando, Venid a mí, intentas atribuirte esto

mismo, porque viniste? He aquí, dices, vine a Él por mi libre albedrío, por mi voluntad. Porque vine, me alivia: porque vine, me impone su yugo suave; quien da amor, me impone su carga ligera al amante y al que ama: todo esto lo hizo en mí; pero porque vine a Él. ¿Entonces piensas que porque viniste, te lo aseguraste a ti mismo? ¿Qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? ¿Cómo viniste? Viniste creyendo: pero aún no has llegado. Todavía estamos en el camino, hemos venido, pero aún no hemos llegado. Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor; no sea que el Señor se enoje, y perezcaís del camino justo (Salmo II, 11 y 12). Teme, no sea que al atribuirte que encontraste el camino justo, por esa misma arrogancia perezcas del camino justo. Yo, dices, vine, por mi libre albedrío vine, por mi voluntad vine. ¿Por qué te enorgulleces? ¿Por qué te ensoberbeces? ¿Quieres saber que esto también te fue concedido? Escucha al que llama: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI, 44). Convertidos al Señor, etc.

SERMON XXXI. Sobre las palabras del Salmo CXXV, 5, 6, Los que siembran con lágrimas, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sembrar con lágrimas es de todos los cristianos. El salmo que se canta al Señor parece convenir a los santos mártires: pero si somos miembros de Cristo, como debemos ser, entendamos que nos concierne a todos. Los que siembran con lágrimas, cosecharán con alegría. Iban y lloraban, llevando sus semillas: pero al volver, vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas. ¿A dónde iban, y de dónde venían? ¿Qué sembraban con lágrimas? ¿Cuáles son las semillas? ¿Qué gavillas? Iban a la muerte, venían de la muerte. Iban naciendo, venían resucitando. Sembrando buenas obras, cosechando la recompensa eterna. Nuestras semillas, entonces, son todo lo bueno que hayamos hecho, nuestras gavillas, lo que recibiremos al final. Si, por tanto, las semillas son buenas, buenas obras; ¿por qué con lágrimas, si Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7)?

2. La pasión y recompensa de los mártires predicha en el Salmo. Aquí primero vean, carísimos, cómo estas palabras se refieren especialmente a los bienaventurados mártires. Pues nadie se entregó tanto como aquellos que se entregaron a sí mismos: como dice el apóstol Pablo, Y yo mismo me gastaré por vuestras almas (II Cor. XII, 15). Se entregaron a sí mismos confesando a Cristo, y cumpliendo con su ayuda lo que se dijo: Cuando te sientes a una gran mesa, debes preparar tales cosas (Eclo. XXXI, 12). ¿Cuál es la gran mesa, sino de donde tomamos el cuerpo y la sangre de Cristo? ¿Qué significa, Debes preparar tales cosas; sino lo que el bienaventurado Juan expone: Así como Cristo puso su vida por nosotros, también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan III, 16)? He aquí cuánto se entregaron.

CAPÍTULO II.

Pero, ¿acaso perecieron, cuando recibieron seguridad del Señor incluso sobre un cabello (Lucas XXI, 18)? ¿Perece la mano, donde no perece el cabello? ¿Perece la cabeza, donde no perece el cabello? ¿Donde no perece el párpado, perece el ojo? Habiendo recibido esta gran seguridad, se entregaron a sí mismos. Por tanto, sembramos buenas obras mientras hay tiempo, como dice el Apóstol: El que siembra escasamente, escasamente cosechará (II Cor. IX, 6). Incansables, dice, mientras tengamos tiempo hagamos el bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe. Y de nuevo: Haciendo el bien, no nos cansemos; porque a su tiempo cosecharemos (Gál. VI, 10, 9). Quien se canse en la siembra, no se alegrará en la cosecha.

3. Algunos cristianos más débiles sembrando con lágrimas. ¿Por qué entonces con lágrimas, si todas nuestras buenas obras deben tener alegría? Y ciertamente se puede decir de los mártires que sembraron con lágrimas. Pues lucharon valientemente y estuvieron en grandes tribulaciones. Para que Cristo consolara sus lágrimas, los trasladó y los transfiguró en sí mismo, y dijo: Mi alma está triste hasta la muerte. Sin embargo, hermanos míos, me parece que nuestra cabeza se compadeció de sus miembros más débiles, para que no desearan de sí mismos los miembros débiles, y como es la fragilidad humana, al acercarse la muerte se turbaron, y dijeron que no pertenecen a Dios; pues si pertenecieran, se alegrarían. Por eso Cristo dijo primero: Mi alma está triste hasta la muerte. Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo XXVI, 38, 39). ¿Quién dice esto? ¿Qué poder, qué debilidad? Escuchen lo que dice: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que yo la pongo, y la vuelvo a tomar (Juan X, 18). Este poder estaba triste, cuando hacía lo que no haría, si no quisiera. Lo hizo por poder, no por condición; porque Él quiso, no porque el judío pudo. Transfiguró, pues, en sí mismo los miembros débiles de su cuerpo. Y tal vez se dijo de ellos: Los que siembran con lágrimas, cosecharán con alegría: es decir, de los más débiles. Pues no sembraba con lágrimas aquel gran pregonero de Cristo, cuando decía: Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la corona de las gavillas; me está reservada, dice, la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez (II Tim. IV, 6-8): como si dijera, Me dará la cosecha, a quien me entrego como semilla. Estas palabras, hasta donde entendemos, hermanos, son de alguien que se regocija, no de alguien que llora. ¿Acaso cuando decía esto, estaba en lágrimas? ¿No era semejante al dador alegre, a quien Dios ama?

CAPÍTULO III.

Refiramos, pues, estas palabras a los débiles, para que tampoco desearan aquellos que sembraron con lágrimas: porque aunque sembraron con lágrimas, el dolor y el gemido pasarán: la tristeza pasa con el fin, y viene la alegría sin fin.

4. Cómo todos siembran con lágrimas. Cada justo aquí llora más abundantemente. Sin embargo, carísimos, he aquí cómo me parece que lo que se dijo, Los que siembran con lágrimas, cosecharán con alegría, se refiere a todos. Iban y lloraban, llevando sus semillas: pero al volver, vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas. Escuchen si, con la ayuda del Señor, puedo explicar cómo se refiere a todos, Iban y lloraban. Desde que nacemos, vamos. ¿Quién se detiene? ¿Quién no, desde que entró en el camino, se ve obligado a caminar? El niño nace, creciendo camina: la muerte es el fin. De ahí ya se debe venir, pero con júbilo. ¿Quién no llora aquí en este mal camino, cuando el mismo niño comienza desde ahí? Sin duda, el niño cuando nace, es expulsado de las angustias del útero a la amplitud de este mundo, sale de las tinieblas a la luz: y sin embargo, viniendo de las tinieblas a la luz, puede llorar, no puede ver. [Porque esta vida es tal, que cuando aquí se goza, teme que engañe; cuando aquí se llora, ruega para escapar: y pasa la tribulación, y viene la tribulación.] Y los hombres ríen, y los hombres lloran: y lo que los hombres ríen, es para llorar. Pero uno llora su pérdida, otro llora su opresión, porque está en prisión; otro llora porque ha perdido a alguno de sus seres queridos: este por esto, aquel por aquello. ¿El justo por qué? Primero por todas estas cosas: pues el justo llora verdaderamente a los que lloran estérilmente. Lloro a los que lloran, lloro a los que ríen: porque los que lloran por cosas vanas, lloran en vano; y los que ríen por cosas vanas, ríen para su mal. Él llora en todas partes, por lo tanto, él llora más.

CAPÍTULO IV.

5. Las oraciones de los justos con gemido. Pero vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas. ¿Ves, entonces, al hombre justo, cuando hace una buena obra, estar alegre? Sí, ciertamente se alegra. Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). ¿Cuándo, entonces, llora? Cuando encomienda sus buenas obras orando. El Salmo quiso encomendar las oraciones de los santos, las oraciones de los peregrinos, las oraciones de los que trabajan en este camino, las oraciones de los que aman, las oraciones de los que gimen, las oraciones de los que suspiran por la patria eterna, hasta que al verla se sacien los que ahora están en tristeza. Porque, hermanos míos, mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6). Ninguna peregrinación desea la patria sin lágrimas. Si deseas lo que no tienes, derrama lágrimas. Pues, ¿de dónde dirás a Dios: Has puesto mis lágrimas en tu presencia (Salmo LV, 9)? ¿De dónde dirás a Dios: Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche? Han sido mi pan: han consolado al que gime, han alimentado al que tiene hambre. Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche. ¿De dónde? Mientras me dicen cada día, ¿Dónde está tu Dios (Salmo XLI, 4)? ¿Qué justo no ha tenido estas lágrimas? Quien no las ha tenido, no ha lamentado ser peregrino. ¿Con qué cara viene a la patria, quien no suspiró estando ausente? ¿No se nos dice cada día, ¿Dónde está tu Dios? Aprendan, hermanos míos, aprendan a ser de los pocos. Vivan bien, caminen el camino de Dios; y vean que escuchan, ¿Dónde está tu Dios? Serán felices cuando escuchen esto; infelices, si lo dicen. Pues cuando defendemos la fe cristiana, y se nos responde, He aquí que el nombre de Cristo se predica en todas partes, ¿por qué abundan los males? ¿Qué otra cosa se dice, sino, ¿Dónde está tu Dios? Quien escucha, gime; porque quien lo dice, perece.

CAPÍTULO V.

6. Las lágrimas de los piadosos comparadas con el llanto de los impíos. Hay lágrimas de los piadosos, hay lágrimas de los santos, que indican sus oraciones. Hace el bien, y está alegre: y llora para hacer el bien: llora porque ha hecho el bien. Llorando exige la buena obra, llorando encomienda la buena obra que ha hecho. Frecuentes, pues, son las lágrimas de los justos, pero en este camino: ¿acaso en la patria? ¿Por qué no en la patria? Porque vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas. ¿Qué recogerán, quienes no sembraron nada? Más bien recogerán, pero lo que sembraron: porque sembraron espinas, recogerán fuego; y van no del llanto al risa, como los santos, iban y lloraban, llevando sus semillas, pero al volver, vendrán con júbilo: aquellos del llanto al llanto, del llanto con risa al llanto sin risa. Pues, ¿qué les sucederá? ¿A dónde van cuando resuciten? ¿A dónde, sino a donde el Señor dijo: Atadle las manos y los pies, y echadle a las tinieblas exteriores? Vamos, ¿qué después? ¿Habrán tinieblas, y no habrá dolor? ¿Quizás palparán, pero no dolerán? ¿No verán, pero no serán atormentados? De ninguna manera. No solo habrá tinieblas, no solo se les quita la vista con la que se alegraban, sino que se les da también lo que les hará gemir eternamente. Pues no desprecies las tinieblas, oh quienquiera que seas impío, que sueles, por tus malas acciones, y por tus lascivos adulterios, no solo no temer las tinieblas, sino buscarlas, que sueles alegrarte más cuando se apaga la lámpara: no tendrás tales tinieblas donde te alegres, donde te regocijes, donde te deleites con los placeres de la carne, no serán así esas tinieblas. Pero, ¿cómo serán? Allí habrá llanto y crujir de dientes (Mateo XXII, 13). Torturador sin descanso, torturado sin descanso. Ni quien tortura se fatiga; ni quien es torturado muere. Habrá, pues, lágrimas eternas para aquellos que vivieron así, habrá gozos eternos para los santos, cuando vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas. Pues dirán en el tiempo de la cosecha a su Señor, Señor, con tu ayuda hicimos lo que ordenaste; devuelve lo que prometiste.

SERMON XXXII. Sobre el Salmo CXLIII. De Goliat y David, y sobre el desprecio del mundo.

CAPÍTULO I.

1. Medicinas en las Escrituras divinas. Dios y nuestro Señor, curando y sanando toda enfermedad del alma, ha sacado muchas medicinas de las Escrituras santas, como de ciertos armarios suyos, cuando se leían las lecturas divinas; que deben ser aplicadas a nuestras heridas por nuestro ministerio. Pues no nos profesamos ser niños del médico, por quienes se digna sanar a otros, de modo que nosotros mismos ya no necesitemos curación. Si nos dirigimos a Él, si nos ofrecemos a Él con todo el corazón para ser curados, todos seremos sanados. Se han leído muchas cosas, grandes y necesarias; aunque todas lo son: pero sin embargo, algunas están ocultas más secretamente en las Escrituras, para ejercitar a los que buscan; otras, en cambio, se ponen a la vista y en manifestación, para curar a los que desean. Este Salmo contiene grandes secretos, que si quisiéramos tratar todos uno por uno, temo que la debilidad común no lo soporte; ya sea por los calores temporales, ya sea por las fuerzas del cuerpo, ya sea por la lentitud de la inteligencia, o incluso por nuestra propia insuficiencia menos idónea. Por tanto, tomaremos de él unas pocas cosas, tanto como creemos que basta para nuestro oficio, y para la intención de vuestra Caridad.

CAPÍTULO II.

2. Título del salmo. Primero, su título es, Ad Goliam. Aquellos que no son novatos en las Escrituras divinas, que aman frecuentar esta escuela, que no odian al maestro, como niños desesperados, y prestan oído atento en la iglesia a los Lectores, y abren el receptáculo de su corazón a las corrientes de la Escritura divina; que no dentro de estos muros, se preocupan por su casa y se deleitan con cuentos domésticos, para reunirse solo para encontrar con quién hablar de cosas triviales, no con quién escuchar cosas útiles; que no aman hablar de asuntos ajenos, cuando han fallado en los suyos: quienes, por tanto, no se reúnen así, y se reúnen frecuentemente, no son novatos en este título del Salmo, que está escrito, Ad Goliam; saben quién fue Goliat. Sin embargo, por otros que ahora están atentos, pero en otro momento están menos atentos, o tal vez acostumbran a ahogar la palabra en su corazón como semilla útil con las espinas del mundo, es decir, con las preocupaciones de los negocios mundanos, narremos también estas cosas antiguas y conocidas a los atentos y estudiosos de las Letras divinas.

CAPÍTULO III.

3. Descripción de Goliat y David. Goliat fue uno de los Filisteos, es decir, de los extranjeros, que en ese tiempo guerreaban contra los hijos de Israel. En ese tiempo, el santo David, de quien es este Salterio, o más bien, por quien el Espíritu Santo ministró este Salterio, era un joven pastor de las ovejas de su padre, de tierna edad, apenas un adolescente. Sus hermanos ya eran jóvenes que servían en el ejército del rey. Llevó algo enviado por sus padres desde casa para su uso. Así, en ese tiempo en que se luchaba, fue encontrado en el ejército no como soldado, sino como servidor y hermano de los soldados. Entonces apareció este Goliat, del que se ha hecho mención, de enorme estatura, armado, también ejercitado en fuerzas, altivo en jactancia, que provocaba con soberbia al pueblo adversario a un duelo: esto es, que uno de ellos fuera elegido para salir contra él, de modo que, con dos luchando, el juicio de toda la guerra se decidiera en medio, con el pacto y acuerdo añadido de que si uno de los dos vencía, la victoria se otorgaría a toda la parte de donde provenía. El rey de ese pueblo de los judíos,

los hijos de Israel, era Saúl. Estaba angustiado, agitado, buscando en todo el ejército a alguien igual a él: pero no lo encontraba, ni en forma corporal, ni en audacia de provocación. Entonces, mientras estaba agitado, este joven David se atrevió, no confiando en sus propias fuerzas, sino en el nombre de su Dios, a salir contra él. Se informó al rey, no de la audacia de la juventud, sino de la confianza en la piedad: y el rey no lo rechazó, no lo rehusó. Entendió, al ver al joven audaz, que había algo divino en él, y que esa tierna edad no podía atreverse a tales cosas sin un impulso divino. Lo aceptó con gusto: salió contra Goliat.

CAPÍTULO IV.

4. Confianza de David en Dios. En todos, por tanto, los que estaban en esa parte de donde procedía David, no había presunción sino de Dios: pero en ellos toda la esperanza estaba en las fuerzas de un solo hombre. Pero, ¿qué es el hombre, sino lo que en este salmo se canta, El hombre es semejante a la vanidad; sus días pasan como una sombra? Por tanto, su esperanza era vana, colocada en una sombra pasajera. David, sin embargo, se armó, de modo que, aunque era inferior en edad y fuerzas, fuera igual en armas: pero las armas viejas no ayudaban, más bien cargaban a la nueva edad. Y a esto se refiere lo que también la lectura apostólica antes del canto del salmo prefiguró, diciendo: Despojaos del hombre viejo, y vestíos del nuevo (Colosenses III, 9, 10). David no quiso la vejez de las armas: las rechazó; dijo que eran pesadas, porque lo implicaban. Deseaba proceder al combate lo más expedito posible; fuerte no en sí mismo, sino en el Señor; armado no tanto con hierro, como con fe.

5. Qué misterio tienen las cinco piedras de David. Sin embargo, desechadas las armas, eligió algo con lo que luchar: y esto no sin sacramento. Pues veis como dos vidas ciertas; una en los extranjeros vieja, otra en los israelitas nueva, luchando entre sí. En aquella parte el cuerpo del diablo, en esta la prefiguración del Señor Jesucristo.

CAPÍTULO V.

Tomó cinco piedras del torrente, del río, y las puso en el vaso del pastor, donde se suele ordeñar la leche, y así salió armado (1 Samuel XVII). Las cinco piedras, era la Ley; pues la Ley se contiene en los cinco libros de Moisés. Y en esa misma Ley hay diez preceptos saludables, a los cuales sirven los demás. Por tanto, la Ley se prefigura tanto en el número cinco como en el diez. Y por eso David luchó con el número cinco, cantó con el número diez diciendo: En el salterio de diez cuerdas te cantaré. No lanzó todas las cinco piedras, sino que tomó una. Pues en el número de las piedras, mostró el número de los libros; en una piedra, la unidad de los que cumplen la Ley. Pues la unidad misma cumple la Ley, es decir, la caridad. Por eso se tomaron esas cinco piedras del río. ¿Qué significaba el río en ese tiempo?

CAPÍTULO VI.

6. Regla para entender las alegorías de la Escritura. Pues no siempre en las Escrituras se significan las mismas cosas con cosas ciertas. Y esto debe saber vuestra Santidad, por las demás reglas, para que también escuchéis al Lector con docilidad. Las cosas que se ponen alegóricamente en las Escrituras, no siempre significan esto. No siempre el monte significa al Señor, no siempre la piedra significa al Señor, no siempre el león significa al Señor, no siempre el bien, no siempre el mal; sino según los lugares de las Escrituras, a donde pertenecen las demás circunstancias de la misma lectura. Así como las letras en tantos miles de palabras y discursos se repiten, no se aumentan: las palabras son infinitas, las letras son finitas: nadie puede contar las palabras; cualquiera puede contar las letras, de donde proviene

la multitud de palabras. Cuando una letra se pone en varios lugares, y vale por el lugar, no vale una sola cosa. ¿Qué cosas tan diversas como Dios y el diablo? Sin embargo, en la cabeza, la letra D está, cuando decimos, Dios; y cuando decimos, Diablo. Así pues, como la letra vale por el lugar; yerra, y es demasiado absurdo, y dentro de un corazón infantil quien, cuando ha leído, por ejemplo, la letra D en el nombre de Dios, teme ponerla en el nombre del diablo, no sea que haga injuria a Dios: así también quien escucha las divinas Escrituras sin habilidad, para no apartarse de este mismo ejemplo, cuando escucha, por ejemplo, en alegoría puesto el río, en el lugar donde se dijo, El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 5); se dijo, sin embargo, de la inundación del Espíritu Santo, de la cual en otro lugar dice el Profeta, Se saciarán de la abundancia de tu casa, y les darás de beber del torrente de tus delicias (Salmo XXXV, 9): cuando, por tanto, ha tomado así el río en el bien, y lo ha alabado, y se ha deleitado; cuando se le dice por el lugar que el río significa a los hombres fluyentes, y dedicados a las cosas temporales, pasando con el amor de los que pasan, se espanta; porque en otro lugar había tomado el río en el bien para significar algo, y se perturba: así se hace mudo en las Escrituras, como se hace mudo en las letras, si no quiere transferir esas mismas letras a otras palabras, sino que las retiene solo en esas palabras en las que primero las aprendió.

CAPÍTULO VII.

7. Qué significan las piedras levantadas del río y puestas en el vaso pastoral. Si vuestra Santidad ha comprendido esto, se os ha dicho algo, según creemos, muy útil; y que os ayudará mucho, no solo para escuchar nuestros tratados, sino también para entender las mismas Escrituras, de las que os tratamos estas cosas. Por tanto, el río, de donde David tomó entonces cinco piedras, no significó algo bueno en ese tiempo. Sé que puede ocurrir a algunos, y significar ese río en el bien: como si alguien quisiera entender el Bautismo, para que las piedras levantadas del Bautismo, es decir, los hombres bautizados, sean fortísimos contra el diablo, que se significaba por Goliat. Sin embargo, por el número cinco, nos consta la razón, porque habíamos dicho que la Ley se significaba por el número cinco, por los cinco libros de Moisés. ¿Qué significa que fueron levantadas del río, y puestas en el vaso pastoral? Ya hemos dicho, porque en la venida de nuestro Señor Jesucristo, para que verdaderamente el diablo fuera vencido, la Ley pasó a la gracia. ¿Qué significa más la gracia que la abundancia de leche? Sin embargo, esas piedras fueron levantadas del río. El río significaba al pueblo fluido, dedicado a las cosas temporales, amando lo que pasa, y con el ímpetu de la codicia corriendo hacia el mar de este siglo; tal como era el pueblo judío antiguo. Había recibido la Ley, pero pisoteaba la Ley, y pasaba sobre la Ley, y se dirigía al mar, como el río sobre esas piedras. Pues esas piedras no habían hecho límite al río, para detener el río. Si así fueran, significarían la coerción de la Ley, y aquellos que cuando comienzan a fluir en sus placeres y codicias, al llegar a los preceptos de la Ley se detienen, y refrenan los ímpetus de sus pasiones. Sin embargo, no eran así esas piedras; sino en el río, sobre las cuales pasaba el agua, como sobre la Ley pasaba el pueblo transgresor. De allí, por tanto, el Señor tomó la Ley a la gracia: es decir, del río la tomó, y la puso en el vaso del pastor.

CAPÍTULO VIII.

8. El pueblo judío no cumplió la Ley; porque temía, no amaba. Quien quiera, por tanto, cumplir la Ley, piense en la gracia. Por eso también esos diez preceptos del salterio de diez cuerdas, son los mismos que estaban en ese pueblo antiguo: pero a ese pueblo los diez preceptos lo oprimían con temor. Pues no había en ellos caridad, que es por la gracia; sino que había temor. Los preceptos del Señor eran penosos para ese pueblo; porque no podían ser

cumplidos con amor. Lo intentaban, pero eran superados por la codicia. Cuando, por tanto, alguien ha hecho el tránsito a la gracia, no cumple otros preceptos; sino que los mismos que no podían ser cumplidos aquí, aquí se cumplen. Sin embargo, no es la fuerza de los preceptos, sino la fuerza de la gracia de Dios. Pues si esto fuera de los preceptos de la Ley, también ella los cumpliría. Quien pasa a Cristo, pasa del temor al amor, y comienza a poder con amor lo que no podía con temor; y quien temblaba en el temor, no tiembla en el amor. Por eso en los diez preceptos, porque David significa al hombre que pasa a la gracia, cuando dice, En el salterio de diez cuerdas te cantaré, ya cantar en los preceptos, esto es cumplir alegremente los preceptos.

CAPÍTULO IX.

9. Que nadie presuma de sus fuerzas. Y para que sepáis, hermanos, que la gracia lo cumple, nadie debe presumir de sus fuerzas: esto es presumir de la gracia de Dios. Pues Dios te llama, y te ordena que hagas: pero Él mismo da fuerzas, para que lo que ordena, pueda ser cumplido. Sin embargo, a ti se te debe añadir una fe capaz, para que con la inundación de la gracia te humilles, supliques a Dios, no presumas de ti mismo; te despojes de Goliat, te vistas de David. A esto se refiere lo que en el mismo salmo se dice, que ya comenzamos a recordar, ¿Qué es el hombre? Pues esto advierte, que el hombre no presuma de sí mismo. Pues ved cómo canta contra Goliat, que presumía de sí mismo; y allí encomienda a David, que era débil en los hombres, pero fortísimo en Dios. ¿Qué es el hombre? Y dice qué es el hombre: Porque te has dado a conocer a él. Esto es todo el hombre, si Dios se le da a conocer: pero si Dios no se le da a conocer, el hombre no es nada. ¿Qué es el hombre, a quien Dios no se ha dado a conocer? El hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra. Por tanto, ¿Qué es el hombre, porque te has dado a conocer a él; y el hijo del hombre, porque lo estimas? ¿Qué es, lo estimas? Te ha placido elegirlo, y constituirlo en algún lugar superior y más eminente: es de tu misericordia, no de sus méritos.

CAPÍTULO X.

10. Propio del hombre nada sino pecado y mentira. Busca qué es propio del hombre, encontrarás pecado. Busca qué es propio del hombre, encontrarás mentira. Quita el pecado, y cualquier cosa que consideres en el hombre, es de Dios. Por tanto, no ame el hombre lo que es propio. También a esto puede pertenecer lo que dice el Apóstol: Nadie busque lo que es suyo (1 Corintios X, 24). A veces los hombres escuchan eso de los Lectores, y se edifican para quitar las cosas ajenas. Importa quién te diga, No busques lo que es tuyo. A veces se dice por un mal consejero, a veces se dice por un buen maestro. Dios es un buen maestro. Cuando, por tanto, escuchas de Dios, No busques lo que es tuyo; no lo tomes así, como suele decirse. Hay algo bueno, que te advierte Dios. Lo que decíamos, busca qué es tuyo, encontrarás pecado. Por tanto, no busques el pecado, y no buscas lo tuyo: no busques la mentira, y no buscas lo tuyo. Pues la verdad es de Dios, la mentira es de ti.

CAPÍTULO XI.

11. Dos puertas al tentador diablo, la codicia y el temor. Y si el diablo alguna vez sugiere algo, retiene al que consiente, no obliga al que no quiere. Pues no seduce ni arrastra a nadie, sino a quien encuentra ya de alguna manera semejante a él. Pues lo encuentra deseando algo: y la codicia abre la puerta a la sugerencia del diablo que entra. Lo encuentra temiendo algo, aconseja que huya de lo que lo encuentra temiendo; le aconseja que adquiera lo que lo encuentra deseando: y por estas dos puertas de la codicia y el temor entra. Ciérralas, y

cumples lo que el Apóstol dijo en la lectura de hoy. No deis lugar al diablo (Efesios IV, 27). Pues allí quiso mostrar el Apóstol, que aunque el diablo entre y posea; el hombre le dio lugar, para que pudiera entrar.

12. Cristo encontró a todos culpables. Por tanto, porque el hombre no es nada a quien Dios no se ha dado a conocer y a quien Dios no estima; le da su gracia, encontrando en él lo que condenar, y perdonando todo al que confiesa, para que corone al que cree.

CAPÍTULO XII.

Pues, ¿qué encontró el Señor en los hombres cuando vino, sino lo que condenar? En verdad, hermanos, pensad y ved; ya sea en ese pueblo de los israelitas, ya sea en los gentiles, no encontró sino lo que condenar. Y por eso quiso venir humilde a los pecadores, no como juez, cuando les perdona, para primero otorgar misericordia perdonando pecados, y así después devolver severidad castigando pecados. No abusemos, es decir, no usemos mal de su misericordia, y no sintiremos su severidad. Por tanto, esto es todo el hombre, que Dios se le da a conocer, que le da su gracia, de la que presumía David: pero Goliat de sí mismo, de sus fuerzas, soberbio, altivo, inflado, primero constituyó toda la victoria de toda su parte en él solo. Y porque toda soberbia tiene impudencia de frente, en esa misma frente fue derribado por la piedra que venía. Fue vaciada la frente que tenía la impudencia de su soberbia; y venció la frente que tenía la humildad de la cruz de Cristo.

CAPÍTULO XIII.

13. Qué significa el signo de la cruz en la frente. Por eso también nosotros llevamos el mismo signo de la cruz en la frente, quien lo entiende. Esto digo, hermanos, porque muchos lo hacen, y no quieren entenderlo. Dios busca al hacedor de sus signos, no al pintor. Si llevas en la frente el signo de la humildad de Cristo, lleva en el corazón la imitación de la humildad de Cristo. Sin embargo, hermanos, él da lugar al diablo, quien le abre las puertas de la codicia o el temor: pero, ¿de qué codicia, o de qué temor? Pues también deseamos el reino de los cielos, y tememos el infierno. Pero así como esas puertas, la codicia de las cosas temporales, y el temor de las penas temporales a menudo arrastran a la maldad, y dan lugar al diablo: así la codicia de las cosas eternas, y el temor de las penas eternas hacen lugar en el corazón a la palabra de Dios.

CAPÍTULO XIV.

14. Tentación de la codicia. Brevemente, por tanto, hermanos, si queremos vivir bien, amemos más lo que promete Dios, que lo que promete este mundo; y temamos más lo que amenaza Dios, que lo que amenaza este mundo. ¿Acaso es algo grande o largo lo que hemos dicho? Viene la tentación de algún fraude, quieres cometer fraude, para adquirir dinero: Dios promete a los que no cometen fraude los reinos celestiales eternos, te vence la codicia por el dinero. Pues, ¿quién es el que no quiere los reinos celestiales? Pero querer más las cosas terrenales, esto es pecar: querer más lo que está presente, no creer lo que es futuro; querer más lo que ve el hombre, y no desear lo que promete Dios: cuando lo que ve el hombre, también puede ser quitado de los ojos, también poseído puede perderse; pero lo que promete Dios, no puede ser visto por el ojo de la carne por ahora; y cuando alguien llega a las promesas de Dios, no teme perderlo; porque nadie es más poderoso que aquel que lo dio. Así que, hermanos, adheríos con amor a las promesas de Dios; y no os vencerán las codicias del mundo.

CAPÍTULO XV.

15. Tentación del temor. De nuevo viene la tentación del temor: alguien te dice, Da falso testimonio por mí. Primero promete: pero cuando no te engaña, si acaso prefieres las promesas de Dios a la promesa de los hombres, no te vence la codicia; te tienta por la amenaza, y comienza a amenazar cosas horribles. Tal vez es poderoso en la ciudad, poderoso en el mundo, parece poder hacer lo que amenaza. Te vence el temor del mal presente: lo que también Dios podría apartar de ti, si esto le pareciera útil para ti; y si no quisiera apartarlo, deberías entender que no permitiría que te sucediera, a menos que también supiera que esto te sería útil. Dios apartó el fuego de los tres jóvenes. ¿Acaso Dios cambió, porque no apartó la espada de los mártires? El mismo fue Dios de los tres jóvenes, que fue de los Macabeos. Aquellos escaparon del fuego (Daniel III), aquellos fueron torturados con fuego (II Macabeos VII): sin embargo, ambos vencieron en el Dios eterno. Pues ni aquellos se deleitaban en esta vida temporal, ni aquellos eran quebrantados por las amenazas temporales.

CAPÍTULO XVI.

16. El mal no puede dañar verdaderamente al bueno, sino beneficiarlo. Por lo tanto, no temas al hombre que te amenaza. ¿Qué es el hombre? Se asemeja a la vanidad; sus días pasan como una sombra. O no te hará daño, y esa sombra pasará antes de que su aguijón pueda alcanzarte; porque Dios es poderoso: o si se le permite hacer daño, solo afectará a tu sombra, es decir, a tus asuntos transitorios, a tu vida temporal, a tu vida antigua. Pues hasta el último aliento de la muerte llevamos algo del hombre viejo. Puede dañar la vida temporal, pero nadie puede quitarte la vida eterna. Te quitará los impedimentos que aquí te retienen; y te unirás a Dios, a quien ya te habías ligado con esperanza y amor.

CAPÍTULO XVII.

17. El hombre malo es como una navaja afilada. Por eso, en los Salmos se dice elegantemente del hombre malo: "Como navaja afilada has hecho engaño" (Sal. LI, 4). Así se burla de él el Espíritu de Dios. ¿Qué observa en la navaja? No porque los hombres puedan ser asesinados con una navaja, sino por el propósito para el que fue hecha. La navaja fue hecha para afeitar el cabello. ¿Qué hay más superfluo en el cuerpo que el cabello? Con cuánta insistencia, con cuánto esmero, con cuánta cautela, con cuánta atención se afila para afeitar el cabello. Así también el hombre malo se aparta, piensa, repiensa, inventa, pone fraude sobre fraude, busca maquinaciones, prepara ministros, reúne testigos falsos, afila la navaja. ¿Qué hará al justo, sino afeitar lo superfluo?

CAPÍTULO XVIII.

18. La felicidad no debe ponerse en lo temporal. Así que, hermanos, si queréis estar preparados para seguir la voluntad de Dios, lo que os decimos, nos lo decimos primero a nosotros mismos; más bien, lo dice aquel que habla con seguridad: si queremos estar preparados para seguir la voluntad de Dios, no amemos estas cosas que pasan, no pensemos que esa es la felicidad que se dice en este mundo. Eso pensaban los extranjeros; ponían toda la felicidad en las cosas temporales, toda la dulzura en la sombra, no en la luz misma, no en la verdad misma. Por eso, en este salmo, que es para Goliat, prestad atención a las partes posteriores del Salmo: con palabras completamente claras y un discurso muy explícito, que

no necesita intérprete ni expositor; sino que la misericordia de Dios las ha dispuesto de tal manera que nadie diga: "Mira, lo dijo como quiso, y lo interpretó según su ingenio, lo sintió como quiso": están dispuestas de tal manera que nadie se excuse. Fueron puestas por David hablando, es decir, por la nueva vida, la vida de Cristo, la vida que nos fue dada por Cristo; burlándose de la vida antigua, de la felicidad antigua de los hombres, y de aquellos que ponen su esperanza en ella, y de aquellos que la alcanzan y se alegran en ella.

CAPÍTULO XIX.

19. La felicidad de los impíos es un escándalo para algunos. Quien pide lo superfluo no es escuchado por Dios propicio. Pues los justos parecen trabajar en este mundo, y los injustos vivir felizmente en este mundo: y como si Dios durmiera, descuidando los asuntos humanos, aquellos a menudo se exaltan por la impunidad, estos a menudo se rompen por la debilidad, y piensan que no les sirve de nada vivir bien, porque no tienen lo que parece abundar en los pecadores, los malvados y los impíos. Y mientras piden tales cosas a Dios, para que se les concedan como algo grande, están errando; y hay que tener cuidado de que no se les dé en poder de su codicia. Pues se ha dicho: "Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones" (Sal. LXXX, 13). Y Dios es más propicio cuando no escucha al que pide cosas superfluas y vanas para dárselas, sino que escucha para sanar no dándoselas. Porque, ¿quién no ve por qué los hombres buscan estas cosas? Para consumirlas en sus lujos, y en vanidades, y en espectáculos insensatos, los hombres buscan tener estas cosas de Dios.

CAPÍTULO XX.

20. Abuso de las riquezas.---Dame un hombre del mundo, que pida a Dios riquezas; se le conceden, y ve innumerables trampas de muerte que lo siguen. Oprime al pobre con ellas, el hombre mortal se enorgullece sobre otro hombre igual a él, busca honores vanos de los hombres; y para obtenerlos, les ofrece espectáculos de maldad, espectáculos de mala codicia: compra juegos y osos, dona sus bienes a los bestiarios, mientras Cristo pasa hambre en los pobres. ¿Qué necesidad hay de decir más, hermanos? Pensad vosotros mismos en lo que callamos, cuántos males hacen los hombres con las cosas superfluas, cuando les llega el fruto de ellas. ¿No es mejor, cuando tal es el hombre, que pueda usar así la abundancia de las cosas presentes, que Dios se las quite, no que se las dé? ¿No es entonces misericordia?

CAPÍTULO XXI.

21. Cómo la codicia de lo temporal es injusta para el prójimo. Y dirá: "He hecho bien, y no he tomado nada ajeno, y no me has escuchado: de lo que tengo doy al necesitado, no le quito a nadie; te pido a ti, tú dame". Como si te diera una villa, a menos que otro pierda la villa. Si se te dice: "Vende tu villa": lo rechazas como una maldición, piensas que se te ha hecho una injuria; guardas odio en tu pecho, porque lo escuchaste de un hombre, que vendieras la villa: como si pudieras comprar, a menos que otro venda. Así que lo que desees mucho comprar, y desees comprar, si es malo vender, buscas el mal para otro. Es bueno encontrar una bolsa de monedas en el camino: cuando la encuentras, dices: "Dios me la dio"; como si pudieras encontrarla, a menos que otro la pierda. ¿Por qué entonces no desees los bienes de esos tesoros, que todos pueden poseer contigo sin angustia? Deseas oro, desea justicia. No puedes tener oro, a menos que otro lo pierda: ambos podéis abrazar la justicia, y ambos os expandís.

CAPÍTULO XXII.

22. Los malos y los buenos sienten de manera diferente sobre la felicidad terrena. Volvamos al Salmo, para que vuestra Caridad entienda que son extranjeros aquellos que no consideran la felicidad más que presente. Pero te juzgas digno de que Dios te dé también estas cosas: busca cómo las usas. Si no te las dio, sabe que te beneficia que no te las dé un buen padre. Porque también tu hijo cuando llora, para que le des un cuchillo hermoso con mango dorado; por mucho que llore, no le das con qué se lastime. Señor, líbrame de la mano de los hijos de los extranjeros, cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. Y explica qué vanidad dice y qué diestra. Llama diestra de iniquidad a la felicidad de este siglo: no porque no se encuentre entre los buenos, sino que los buenos cuando la tienen, la tienen en la izquierda, no en la derecha. Tienen la felicidad perpetua en la derecha: tienen la felicidad temporal en la izquierda. Pero la codicia de las cosas eternas y de la felicidad eterna, no debe mezclarse con la codicia de las cosas temporales, es decir, de la felicidad presente y temporal. Y esto es, "Que tu izquierda no sepa lo que hace tu derecha" (Mat. VI, 5). Por lo tanto, "Su diestra es diestra de iniquidad".

CAPÍTULO XXIII.

23. El fruto de la Palabra de Dios debe ser exigido incluso al que no escucha. Escuchad ya cómo hablaron vanidad, y cómo tienen la diestra de iniquidad. Escuchemos todos, os beneficia. Escuchad, para que no digáis que no habéis escuchado: porque se dijo al siervo, "Tú darías, y yo exigiría". Y dijimos ayer, porque somos siervos dando; otro es quien exige. Nuestras hermanas, no queriendo escuchar, como si no quisieran sufrir al cobrador. En vano, hermanos míos, nadie se engañe aquí. Una cosa es no haber recibido, otra cosa es no haber querido recibir. Quien rechaza el don de Dios, es culpable de su rechazo. Pues como se dijo al siervo dispensador, "¿Por qué no diste?" (Luc. XIX, 23), así se dirá al siervo, a quien se le puso para dispensar, "¿Por qué no recibiste?" Si no hubo quien diera, te excusarás: pero si los Lectores suenan, incluso cuando los tratadores callan, y en todas partes se predica la palabra de Dios, y verdaderamente se ha dicho, "Por toda la tierra salió su sonido, y el calor de la palabra de Dios se difunde por todas partes, y no hay quien se esconda de su calor" (Sal. XVIII, 5, 7); no habrá qué decir en el juicio de Dios.

CAPÍTULO XXIV.

Hermanos, escuchemos y hagamos; si queremos tener esperanza, no nos excusemos. A menudo un mendigo pidiendo una moneda, en la puerta te canta los preceptos de Dios.

24. La felicidad mundana; y lo que parece lícito, debe ser despreciado. Escuchemos entonces: "Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad". Ved la felicidad del mundo, donde aquellos ponían su esperanza que hablaban vanidad, y cuya diestra es de iniquidad. Pues así comienza a decir: "Cuyos hijos son como plantas jóvenes establecidas". La felicidad es lícita. No dijo aquí fraudes, perjurios, robos, crímenes: dijo felicidad como de inocentes. Y si esto debe ser despreciado; ¿cómo deben ser lamentados aquellos que incluso cometen robos, que hurtan, que cometen crímenes, que homicidios, que adulterios y otras cosas que incluso esa felicidad mundana condena?

CAPÍTULO XXV.

25. Quien valora mucho la felicidad del siglo, es extranjero. Ved cómo quiere que sea el hombre de la nueva vida, cómo quiere que sea el hombre perteneciente a los vasos pastorales, y a la gracia de Dios, y a la leche con la que nos nutrimos. Prestad atención ya: "Cuyos hijos

son como plantas jóvenes establecidas; sus hijas adornadas como la semejanza de un templo". Quizás por eso las hermanas no querían escuchar. Escuchen entonces, quieran o no, y aprendan a venir al Dominico, no en la soberbia de Goliat, sino en la humildad de David. ¿Acaso estas cosas deben ser expuestas? ¿Acaso son oscuras? Hablan los hombres vanidad, y se les llama extranjeros: no pertenecen a la herencia de Cristo, al reino de aquel a quien decimos, "Padre nuestro": se les cuenta como extranjeros. ¿Y qué felicidad dicen? "Sus hijos son como plantas jóvenes establecidas": como una descendencia de descendencia. Tiene muchos hijos, muchos nietos; está seguro contra los azares de la muerte. Como si no miles de hombres a menudo un solo azar los consumiera. "Sus hijos son como plantas jóvenes establecidas". Mira, supón que los hijos son como plantas jóvenes establecidas: ¿no es cierto que a veces incluso las plantas jóvenes cercanas a los bosques son consumidas por el fuego del bosque? "Sus hijas adornadas como la semejanza de un templo". Pasemos rápidamente de esto: hay que considerar el pudor de las mujeres. Que ellas mismas, al tener, reconozcan lo que tienen, lo que nosotros al mencionar nos avergonzamos. "Sus hijas están adornadas como la semejanza de un templo". Sus bodegas están llenas, rebosando de esto en esto. Como decimos de los abundantes: No tiene dónde poner, no sabe lo que tiene. Se llena una bodega, y los frutos rebosan: las posesiones rebosan, las bodegas rebosan de esto en esto.

CAPÍTULO XXVI.

26. La soberbia de Goliat por la felicidad terrena.---Sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas. Entran pocas; paren, y salen muchas: multiplicándose en sus salidas. El año anterior eran tantas, este año son tantas. Se alegran y exultan; Goliat se hincha, y desafía con soberbia en esta felicidad: ¿Quién puede conmigo? ¿quién se atreve conmigo? Si no dicen eso los hombres a quienes abundan estas cosas, si no lo siente cada uno en sí mismo diariamente. Tiene algo más que su vecino; ¿no dice, quién puede conmigo? o si este vecino me hace una injuria, ¿no le muestro? Mira si no es Goliat desafiando a la contienda. Pero sale David, desnudo de armas bélicas, armado con pocas piedras, derribará toda soberbia, es decir, el hombre justo: como hicieron los mártires, derribaron a los injustos. Y en el tiempo en que parecían vencedores, ellos mismos eran vencidos, cuando en ellos su líder el diablo era superado.

CAPÍTULO XXVII.

27. A aquellos que se alegran de la felicidad terrena. Pero mirad esa felicidad: "Sus ovejas multiplicándose en sus salidas: sus bueyes gordos. No hay ruina de seto". Pues el seto a menudo suele ser una pared. No hay ruina de seto, ni salida: todo íntegro, todo perfecto, todo lleno. Ni clamor en sus plazas: no hay disputas, no hay tumultos. Ved qué tipo de felicidad describe como de inocentes: para que no diga cada uno, Pero esto lo dijo de aquellos que roban cosas ajenas. No se ha dicho nada de esto aquí: en otro lugar se menciona a tales. Pues es manifiesto que los malvados deben ser castigados. Y de aquí deben entender qué castigo les espera, cuando un inocente usa estas cosas con soberbia e immoderación, es reprobado por Dios, y se le cuenta entre los hijos de los extranjeros. Pues tampoco aquel rico buscaba frutos ajenos, a quien le sucedió una región en frutos, y cuando ardía, no teniendo dónde reunir frutos mundanos, y no veía a los pobres en quienes atesorar para sí en el cielo: "Destruiré", dice, "mis graneros y haré otros nuevos más grandes, y los llenaré". ¿De dónde, sino de sus propios frutos? Y diré a mi alma: "Tienes muchos bienes, sacia". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te será quitada tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será?" (Luc. XII, 16-20). Así como en el Evangelio, hermanos, se burló del hombre que se alegraba de la felicidad temporal, aunque esa felicidad era de su propio campo, no de robos ajenos: así

también en este salmo se burla de la felicidad temporal, para que el alma renovada y regenerada por la gracia del alimento, desee aquella perpetua y eterna bienaventuranza. Por eso mira cómo lo conecta: "Cuyos hijos son como plantas jóvenes establecidas; sus hijas adornadas como la semejanza de un templo. Sus bodegas llenas, rebosando de esto en esto. Sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas: sus bueyes gordos. No hay ruina de seto, ni salida, ni clamor en sus plazas. Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas". Pero, ¿quiénes lo dijeron? "Cuyos labios hablaron vanidad". Pues fueron descritos anteriormente.

CAPÍTULO XXVIII.

28. ¿Quién es el pueblo bienaventurado? Pero tú, ¿qué dices? Pues ellos dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. ¿Qué digo yo? Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Por lo tanto, ese es el pueblo bienaventurado, que por sus hijos y por sus hijas adornadas, por la gordura de los bueyes, por la fecundidad de las ovejas, por la plenitud de las bodegas, por la integridad de los edificios, por la paz y las disputas y pleitos civiles, por toda esta felicidad, quiere poseer a su Dios, para tenerlo a Él por encima de todo, quien creó todas las cosas, y diga: "Pero para mí, adherirme a Dios es bueno" (Sal. LXXII, 28): lo adore gratuitamente; lo adore cuando da estas cosas, y cuando las quita, y cuando no las da: y no tema nada tanto, como que Él mismo se quite. Por lo tanto, el pueblo cristiano, hermanos, que dice en su corazón, "Que quite lo que quiera, que no se quite a sí mismo", es bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor.

SERMO XXXIII. Del versículo 9 del mismo Salmo CXLIII, "Dios, cantaré a ti un cántico nuevo; en el salterio de diez cuerdas te cantaré".

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El cántico nuevo se canta con caridad. Porque está escrito: "Dios, cantaré a ti un cántico nuevo; en el salterio de diez cuerdas te cantaré"; el salterio de diez cuerdas, se entienden los diez mandamientos de la Ley. Pero cantar y salmodiar, suele ser tarea de los amantes. Pues el hombre viejo está en el temor, el nuevo en el amor. Así también discernimos los dos Testamentos, el viejo y el nuevo, que en alegoría dice el Apóstol que también se figuran en los hijos de Abraham, uno de la esclava, otro de la libre: "Que son", dice, "dos Testamentos" (Gál. IV, 22, 24). Pues la servidumbre pertenece al temor, la libertad al amor. Dice el Apóstol: "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre" (Rom. VIII, 15). Y Juan dice: "En la caridad no hay temor; sino que la caridad perfecta echa fuera el temor" (1 Juan IV, 18). Por lo tanto, la caridad canta el cántico nuevo. Pues aquel temor servil en el hombre viejo, puede tener el salterio de diez cuerdas, porque también a los judíos carnales se les dio esa Ley de diez mandamientos: pero no puede cantar en ella el cántico nuevo; está bajo la Ley y no puede cumplir la Ley. Lleva el instrumento mismo, no lo toca; y se carga con el salterio, no se adorna con él. Pero quien está bajo la gracia, no bajo la Ley, ese cumple la Ley: porque no es para él un peso, sino un adorno; ni es un tormento para el que teme, sino un ornamento para el que ama. Encendido por el espíritu de amor, ya canta el cántico nuevo en el salterio de diez cuerdas.

CAPÍTULO II.

2. La Ley se cumple con caridad. Pues así dice el Apóstol: "Porque el que ama al otro, ha cumplido la Ley. Porque, No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No codiciarás; y si hay algún otro mandamiento, en esta palabra se resume, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor al prójimo no hace mal. La plenitud de la Ley es la caridad" (Rom. VIII, 8-10). También el Señor, porque dijo: "No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla" (Mat. V, 17); por eso dio a sus discípulos un mandamiento tal, por el cual la Ley pudiera ser cumplida por ellos: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros" (Juan XIII, 34). No es de extrañar, entonces, si el mandamiento nuevo canta el cántico nuevo: porque, como se ha dicho, el salterio de diez cuerdas son los diez mandamientos de la Ley, y la plenitud de la Ley es el amor. Pero el Apóstol quiso recordar pocas cuerdas de allí, para que de ellas se entiendan las demás, donde dice: "Porque, No cometerás adulterio, No matarás", etc. Pues así como hay dos mandamientos de amor, de los cuales el Señor dice que toda la Ley y los Profetas dependen (Mat. XXII, 37-40), mostrando suficientemente que el amor es la plenitud de la Ley: así esos diez mandamientos fueron dados en dos tablas. Se dice que tres están escritos en una tabla, y siete en la otra. Así como esos tres pertenecen al amor de Dios, así los otros siete se asignan al amor al prójimo.

CAPÍTULO III.

3. Tres preceptos relacionados con Dios. Sábado espiritual. Sábado de sábados. El primero de estos tres es: Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el Señor es uno (Deut. VI, 4). No te harás ídolo ni semejanza alguna, ni de lo que está arriba en el cielo, ni de lo que está abajo en la tierra; y demás cosas que, dejando la fornicación de los ídolos, nos constriñen al culto del único Dios. El segundo precepto es: No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano. El tercero, sobre la observancia del sábado (Éxodo XX, 2-11). Creo que debido a la Trinidad, tres preceptos se refieren al amor a Dios. La unidad de la divinidad tiene su origen en el Padre: de ahí que el primer precepto hable principalmente del único Dios. Se nos advierte en el segundo precepto que no consideremos al Hijo de Dios como una criatura, si lo recibimos como desigual al Padre. Pues toda criatura, como dice el Apóstol, está sujeta a la vanidad (Rom. VIII, 20): allí se nos ordena no tomar el nombre del Señor nuestro Dios en vano. Ahora bien, el don de Dios, que es el Espíritu Santo, promete el descanso eterno, que está figurado en el sábado: por eso observamos el sábado espiritualmente, si no realizamos obras serviles. De estas también los judíos, incluso con un entendimiento carnal, están prohibidos en sábado. Pero si quiere entender las obras serviles espiritualmente, que escuche al Señor diciendo: Todo el que comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34).

CAPÍTULO IV.

El pecado no es solo aquello que aparece a los hombres en un acto vergonzoso o injusto; sino también si tiene apariencia de buena obra, y sin embargo se hace por recompensa temporal, no por el descanso eterno. Pues cualquier cosa que alguien haga, si lo hace con la intención de obtener un beneficio terrenal, lo hace servilmente, y por eso no observa el sábado. Dios debe ser amado gratuitamente: ni el alma puede descansar sino en aquello que ama. Sin embargo, el descanso eterno no se le da sino en el amor a Dios, que es el único eterno; y esta es la perfecta santificación, y el sábado espiritual de sábados. Por lo tanto, ya que somos santificados en el Espíritu Santo, ¿quién no se conmueve al entender el gran sacramento de que el tercer precepto de los tres relacionados con Dios es sobre el sábado? Y en todas estas cosas que la Escritura recuerda que Dios hizo en el libro del Génesis, no se dice que santificó sino el séptimo día, que significaba el sábado (Gén. II, 3).

4. Siete preceptos que conciernen al prójimo. De los siete preceptos que se atribuyen al amor al prójimo, el primero es: Honra a tu padre y a tu madre. El segundo: No matarás. El tercero: No cometerás adulterio. El cuarto: No robarás. El quinto: No darás falso testimonio. El sexto: No codiciarás la esposa de tu prójimo. El séptimo: No codiciarás los bienes de tu prójimo (Éxodo XX, 12-17). A esta distribución atestigua claramente el Apóstol, donde dice: Honra a tu padre y a tu madre; que es el primer mandamiento (Efesios VI, 2).

CAPÍTULO V.

Se pregunta, y no se encuentra en todo el Decálogo el primero: porque el primero de los diez mandamientos es aquel donde se ordena adorar al único Dios. Y por eso, lo escrito sobre honrar a los padres está en otra tabla, y es el primero, porque de ahí comienzan los preceptos que se refieren al amor al prójimo.

5. Cantar un cántico nuevo, de quién es. Los donatistas no lo cantan. Cantemos, pues, un cántico nuevo, salmodiando con el salterio de diez cuerdas. Este es el cántico nuevo, la gracia del Nuevo Testamento, que nos distingue del hombre viejo, que fue hecho primero de la tierra terrenal. Pues fue hecho del barro, y habiendo perdido la bienaventuranza, fue justamente arrojado a la miseria, porque había sido transgresor del precepto. Pero ¿qué dice en el profeta, quien da gracias a la gracia de Dios por reconciliarnos con Dios mediante el perdón de los pecados, y renovando la antigüedad pasada? Me sacó, dice, del pozo de la miseria, y del lodo del barro: y puso mis pies sobre la roca, y dirigió mis pasos: e introdujo en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios (Salmo XXXIX, 3, 4). Este es el cántico nuevo, que salmodia en el salterio de diez cuerdas. Pues nadie alaba a Dios, es decir, dice un himno, a menos que sus hechos concuerden con su boca, amando a Dios y al prójimo. Y no se consideren los rebautizadores donatistas como pertenecientes al cántico nuevo: pues no cantan el cántico nuevo, quienes han sido cortados de la Iglesia, que Dios quiso que estuviera en toda la tierra, por una impiedad soberbia. Pues en otro lugar el mismo profeta dice: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Quien, pues, no quiere cantar con toda la tierra, no apartándose del hombre viejo, no canta el cántico nuevo, ni salmodia en el salterio de diez cuerdas: porque es enemigo de la caridad, que es la única plenitud de la Ley, que decimos está contenida en los diez preceptos relacionados con el amor a Dios y al prójimo.

SERMO XXXIV. Sobre estas palabras del Salmo CXLIX, 1, 2, Cantad al Señor un cántico nuevo, su alabanza en la asamblea de los santos, etc. Sobre el cántico nuevo y la vida nueva. Pronunciado en Cartago ante los Mayores.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cantar un cántico nuevo, de quién es. Se nos ha advertido cantar al Señor un cántico nuevo. El hombre nuevo conoce el cántico nuevo. El cántico es cosa de alegría; y si lo consideramos con más atención, es cosa de amor. Quien, pues, sabe amar la vida nueva, sabe cantar el cántico nuevo. Por tanto, debemos ser advertidos sobre qué es la vida nueva, por el cántico nuevo. Pues todo pertenece a un solo reino, el hombre nuevo, el cántico nuevo, el Nuevo Testamento. Por tanto, el hombre nuevo, y cantará el cántico nuevo, y pertenecerá al Nuevo Testamento.

2. La caridad de Dios. No hay nadie que no ame: pero se pregunta qué ama. No se nos advierte, pues, que no amemos: sino que elijamos qué amar. Pero ¿qué elegimos, si no somos elegidos primero? Porque tampoco amamos, si no somos amados primero. Escuchad al apóstol Juan. Él es el apóstol que se recostaba sobre el pecho del Señor, y en esa cena bebía los secretos celestiales (Juan XIII, 23). De esa bebida, y de esa feliz embriaguez eructó, En el principio era el Verbo (Id. I, 1). ¡Humildad excelsa, y embriaguez sobria! Aquel gran eructador, es decir, predicador, entre otras cosas que bebió del pecho del Señor, también dijo esto: Nosotros amamos, porque él nos amó primero (I Juan IV, 10). Pues mucho había dado al hombre, ya que hablaba de Dios, diciendo, Nosotros amamos. ¿Quién? ¿a quién? Los hombres a Dios, los mortales al inmortal, los pecadores al justo, los frágiles al inmutable, la criatura al creador. Nosotros amamos: ¿y de dónde nos viene esto? Porque él nos amó primero. Busca de dónde al hombre amar a Dios: y no encontrarás en absoluto, sino porque Dios lo amó primero. Se dio a sí mismo a quien amamos: dio de dónde amaríamos. Pues ¿qué dio, de dónde amaríamos, escuchad más claramente por el apóstol Pablo: La caridad, dice, de Dios ha sido derramada en nuestros corazones. ¿De dónde? ¿acaso de nosotros? No. Entonces, ¿de dónde? Por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5).

CAPÍTULO II.

3. Amamos a Dios de Dios. Ídolos del corazón. Teniendo, pues, tanta confianza, amemos a Dios de Dios: más bien, porque el Espíritu Santo es Dios, amemos a Dios de Dios. Pues ¿qué más diré; amemos a Dios de Dios? Ciertamente porque dije, La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado; por eso es consecuente que, porque el Espíritu Santo es Dios, y no podemos amar a Dios, sino por el Espíritu Santo, amemos a Dios de Dios. De aquí es, pues, consecuente. Escuchad más claramente al mismo Juan: Dios es caridad; y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él permanece (I Juan IV, 8, 16). Es poco decir, La caridad es de Dios. ¿Quién de nosotros se atrevería a decir lo que se ha dicho, Dios es caridad? Lo dijo quien conocía lo que tenía. ¿Qué, pues, imagina la imaginación humana y el pensamiento volátil, y fabrica un ídolo en su corazón, componiendo como puede imaginar, no como mereció encontrar? ¿Es tal Dios? No, sino tal es. ¿Qué líneas dispones? ¿qué miembros compones? ¿qué estatura placentera formas? ¿qué belleza del cuerpo imaginas? Dios es caridad. ¿Qué color hay en la caridad? ¿qué líneas? ¿qué forma? Nada de esto vemos; y sin embargo, amamos.

4. Amor ínfimo. Me atrevo a decir a vuestra Caridad: en lo inferior atendamos, para que en lo superior encontremos. El mismo amor ínfimo y terrenal, el mismo amor sórdido y deshonesto, que persigue las bellezas del cuerpo, nos advierte algo de donde podamos elevarnos a lo superior y más puro. Alguien lascivo e impúdico ama a una mujer bellísima: ciertamente la belleza del cuerpo lo mueve, pero dentro busca la reciprocidad del amor. Pues si escucha que ella lo odia, ¿acaso no se enfría todo aquel ardor e ímpetu hacia los bellos miembros, y de lo que había intentado de algún modo retrocede, se aparta, se ofende, incluso comienza a odiar lo que amaba? ¿Acaso la forma ha cambiado? ¿No están allí todas las cosas que lo habían atraído? Están allí: y sin embargo, ardía en lo que veía, y del corazón exigía lo que no veía. Pero si sabe que es amado recíprocamente, ¿cómo arde más vehementemente? Ella lo ve a él, él la ve a ella, nadie ve el amor: y sin embargo, se ama a quien no se ve.

CAPÍTULO III.

5. Dios, cuando es amado, se tiene. Elevad vuestros corazones de esta lujuriosa codicia, para que permanezcáis en la iluminadísima caridad. No ves a Dios; ama, y lo tienes. ¿Cuántas cosas en las codicias condenables se aman, y no se tienen; se buscan sordidamente, y sin embargo no se poseen de inmediato? ¿Acaso es lo mismo amar el oro que tener oro? Muchos aman, y no tienen. ¿Acaso es lo mismo tener vastas y lujosas propiedades, que muchos aman, y no tienen? ¿Acaso es lo mismo amar el honor que tener honor? Muchos sin honor arden por tenerlo: buscan tenerlo, y a menudo mueren antes de encontrar lo que buscaban. Dios se nos ofrece de manera sencilla: nos clama, Amadme, y me tendréis; porque no podéis amarme, si no me tenéis.

6. Cantar al Señor, con palabras y con obras. Oh hermanos, oh hijos, oh retoños católicos, oh semillas santas y celestiales, oh renacidos en Cristo y nacidos de lo alto! escuchadme; más bien, a través de mí, cantad al Señor un cántico nuevo. He aquí, dices, canto. Cantas, ciertamente cantas. Te escucho: pero que la vida no contradiga a la lengua. Cantad con voces, cantad con corazones, cantad con palabras, cantad con obras: Cantad al Señor un cántico nuevo. ¿Buscáis qué cantar de aquel a quien amáis? Sin duda de aquel a quien amas, quieres cantar: buscas sus alabanzas, que cantes. Has escuchado, Cantad al Señor un cántico nuevo. ¿Buscáis alabanzas? Su alabanza en la asamblea de los santos. La alabanza de cantar, es el mismo cantor. ¿Queréis decir alabanzas a Dios? Sed vosotros lo que decís. Vosotros sois su alabanza, si vivís bien. Pues su alabanza no está en las sinagogas de los judíos, no está en la locura de los paganos, no está en los errores de los herejes, no está en los aplausos de los teatros. ¿Buscáis dónde está? Atended vosotros, sed vosotros. Su alabanza en la asamblea de los santos. ¿Buscas de qué alegrarte cuando cantas? Alégrese Israel en aquel que lo hizo: y no encuentra de qué alegrarse sino en Dios.

CAPÍTULO IV.

7. Precio con el que se compra la caridad. Bien, hermanos míos, interrogaos a vosotros mismos, examinad las celdas interiores: ved, y atended qué tenéis de caridad, y aumentad lo que encontréis. Atended a tal tesoro, para que seáis ricos por dentro. Ciertamente las demás cosas que tienen gran precio, se dicen caras; y no sin razón. Observad la costumbre de vuestro lenguaje: esto es más caro que aquello. ¿Qué significa, Es más caro, sino, es más valioso? Si se dice más caro, cualquier cosa que sea más valiosa; ¿qué es más caro que la misma caridad, hermanos míos? ¿Cuál es, creemos, su precio? ¿de dónde se encuentra su precio? Precio del trigo, tu moneda; precio de la finca, tu plata; precio de la perla, tu oro: precio de la caridad, tú. ¿Buscas, pues, de dónde poseer finca, gema, bestia: buscas de dónde comprar finca, y buscas en ti. Pero si quieres tener caridad, búscate a ti mismo, y encuéntrate. Pues ¿qué temes darte, no sea que te consumas? Más bien, si no te das, te pierdes. La misma caridad habla por la Sabiduría, y te dice algo, para que no temas lo que se ha dicho: Date a ti mismo. Pues si alguien quisiera venderte una finca, te diría, Dame tu oro: y si alguien otra cosa, Dame tu moneda, dame tu plata. Escucha lo que te dice la caridad desde la boca de la Sabiduría: Dame, hijo, tu corazón (Prov. XXIII, 26). Dame, dice: ¿qué? Hijo, tu corazón. Estaba mal, cuando era tuyo, cuando era para ti: pues por frivolidades y amores lascivos y perniciosos eras arrastrado. Quítalo de allí. ¿A dónde lo llevas? ¿dónde lo pones? Dame, dice, tu corazón. Sea mío, y no se perderá para ti. Pues mira, si quiso dejar algo en ti, de donde ames incluso a ti mismo, quien te dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. ¿Qué queda de tu corazón, de donde ames a ti mismo? ¿qué de tu alma? ¿qué de tu mente? Con todo, dice. Todo te exige, quien te hizo.

CAPÍTULO V.

Pero no te entristezcas, como si nada quedara en ti de lo que alegrarte. Alégrese Israel, no en sí mismo, sino en aquel que lo hizo.

8. Cuánto debe amarse al prójimo. Responderás, y dirás: Si nada me queda, de donde me ame; porque con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente se me ordena amar a aquel que me hizo; ¿cómo se me ordena en el segundo precepto amar al prójimo como a mí mismo? Esto es más bien de donde debes con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente al prójimo. ¿Cómo? Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XXII, 37, 39). A Dios con todo de mí: al prójimo como a mí. ¿De dónde a mí, de dónde a ti? ¿Quieres escuchar de dónde te amas? De esto te amas, porque amas a Dios con todo de ti. Pues ¿crees que a Dios le beneficia, que ames a Dios? y porque amas a Dios, ¿algo se le añade a Dios? y si tú no amas, ¿tendrá menos? Cuando amas, tú progresas: tú estarás allí, donde no pereces. Pero responderás, y dirás, ¿Cuándo no me amé? En absoluto no te amabas cuando no amabas a Dios, que te hizo. Pero cuando te odiabas, pensabas que te amabas. Pues quien ama la iniquidad, odia su alma (Salmo X, 6).

9. Oración después del sermón. Convertidos al Señor Dios Padre todopoderoso con corazón puro, a él, en cuanto puede nuestra pequeñez, demos máximas y abundantes gracias: rogando con todo el ánimo su singular mansedumbre, para que se digne escuchar nuestras oraciones en su beneplácito; también expulse al enemigo de nuestros actos y pensamientos con su poder, nos multiplique la fe, guíe la mente, conceda pensamientos espirituales, y nos conduzca a su bienaventuranza: por Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, que con él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXV. Sobre lo que está escrito en los Proverbios de Salomón, Si eres sabio, serás para ti y para tus prójimos; pero si te vuelves malo, solo sufrirás el mal. Cap. IX, V\ 12, según la LXX.

1. Las palabras divinas, si no se escuchan negligentemente, no sin razón quizás muevan aquello que está escrito, Hijo, si eres sabio, serás sabio para ti, y para tus prójimos; pero si te vuelves malo, solo sufrirás el mal. ¿Cómo puede esto entenderse correctamente? Pues así como nos alegra la buena vida del prójimo, así también nos entristece la perversa. O si esto se dice por persuasión, porque el sabio es para sí mismo, y para aquellos a quienes persuade de la sabiduría; ¿cómo si se vuelve malo, solo sufrirá el mal, cuando de las persuasiones de tales se ha dicho, Corrompen las buenas costumbres las malas conversaciones (I Cor. XV, 33)? Pues ¿qué otra cosa clama aquella voz de caridad: Si un miembro es glorificado, todos los miembros se alegran; y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (Id. XII, 26)? ¿Cómo, pues, es verdad, Hijo, si eres sabio, serás sabio para ti, y para tus prójimos; pero si te vuelves malo, solo sufrirás el mal? ¿Cómo me alegraré de su bien, si no seré malo por su mal? ¿Cómo me deleita el encontrado, que puede ser perdido para mí seguro? ¿No es cierto que si es sabio, será un miembro sano, al que los demás miembros se alegran? ¿Cómo, pues, el malo solo sufrirá el mal, cuando de manera similar los demás miembros sufren con el miembro enfermo?

2. Esta cuestión, por tanto, si no se resuelve, causará disturbios. Sin embargo, con la ayuda del Señor se resolverá, si primero mantenemos firmemente, con la certeza más absoluta, que nadie puede ser bueno por la bondad de otro, ni malo por la maldad de otro. De aquí que el Apóstol diga: "Cada uno llevará su propia carga" (Gálatas 6, 5); y en otro lugar: "Así que

cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo" (Romanos 14, 12); y nuevamente: "Examine cada uno su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo en sí mismo, y no en otro" (Gálatas 6, 4). Esto también se dice por el profeta Ezequiel: "El alma del padre es mía, el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel 18, 4). Explica todo ese pasaje de manera que muestra que los hijos malos no se benefician de la bondad de sus padres, ni los buenos son oprimidos por la maldad de ellos. Con esta sentencia verdaderísima establecida primeramente y de manera firme por nosotros mismos, queda por examinar qué deberes impartimos a los demás; distinguiendo con sumo cuidado qué efecto deseamos para nuestra salvación y qué afecto devolvemos a los prójimos. Si eres bueno, no lo eres por la bondad de otro, sino por la tuya propia: sin embargo, con esa misma bondad tuya por la que eres bueno, también te alegras con la bondad de otro, no por una bondad prestada, sino por un amor mutuo. Asimismo, si eres malo, no lo eres por la maldad ajena, sino por la tuya propia; y con esa misma maldad tuya no amas al prójimo como a ti mismo; pues ni siquiera te amas a ti mismo. En efecto, amas la iniquidad, enemiga acérrima, no traída desde fuera, sino hecha por ti mismo desde dentro: para que más fácilmente te venza, le favoreces contra ti. Así, se te demuestra abiertamente que te odias a ti mismo, cuando amas aquello por lo que eres vergonzosamente vencido. Pues no se falsea la palabra divina, que dice: "El que ama la iniquidad, odia su propia alma" (Salmo 10, 6).

3. De aquí, pues, que el bueno, con la bondad por la que es bueno, se regocija con la bondad de otro y se entristece con la maldad de otro. Y por tanto, a tal prójimo; ya que se dice más verdaderamente prójimo aquel que te atiende de cerca, es decir, te mira con misericordia; a tal prójimo, si eres sabio, serás tanto para ti como para él: no porque él sea bueno por tu bondad, sino porque será amante de tu bondad por la suya propia. Pero si resultas ser malo, no compartirás con él, sino que solo beberás los males. Pues no será malo por tu maldad, sino que será misericordioso en tu maldad. Le entristece tu malicia, pero no le sigue su pena: le causa tristeza, pero no comparte contigo la injusticia. Así, el malo no compartirá los bienes con el prójimo, sino que solo beberá los males; porque esa tristeza que el bueno tiene por ti, la tiene por su bondad y por tu maldad. Esa tristeza suya indica amor, tu perdición: te condena a ti, lo corona a él; te deprime a ti, lo eleva a él. Por eso también está escrito: "Obedeced a vuestros superiores: ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta: para que lo hagan con alegría, y no con tristeza; porque esto no os conviene" (Hebreos 13, 17). Por tanto, no os conviene que se agraven con tristeza por vosotros. Pues a ellos les conviene entristecerse por nuestra maldad. Considera, pues, buenos a los prójimos; y sé bueno, por tu propia bondad, no por la de ellos; y esa bondad no te la das a ti mismo, sino que te es impartida divinamente. Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? (1 Corintios 4, 7). Y así, si eres sabio, serás sabio para ti y para tus prójimos, quienes se alegran de tu bondad. Pero si resultas ser malo, solo beberás los males; no también ellos, para quienes es bueno entristecerse por tu maldad.

SERMON XXXVI. Sobre lo que está escrito en los Proverbios de Salomón: "Hay quienes se hacen pasar por ricos, no teniendo nada; y hay quienes se humillan, siendo ricos. La redención del alma del hombre son sus riquezas: el pobre no soporta amenazas". Cap. XIII, V. 7, 8.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Exposición de las palabras de la Escritura. La Sagrada Escritura, que se ha leído en vuestros oídos, nos ha advertido, o más bien, a través de ella, Dios nos ordena hablar con vosotros, buscar con vosotros y tratar de entender qué significa y qué quiere decir lo que se

ha leído: "Hay quienes se hacen pasar por ricos, no teniendo nada; y hay quienes se humillan, siendo ricos". No debemos pensar, ni mucho menos creer, que la Sagrada Escritura se haya preocupado de advertirnos sobre estas riquezas, con las que se inflan los soberbios, me refiero a estas visibles y terrenales, para que las consideremos de gran valor o temamos no tenerlas. Pues ¿de qué le sirve al hombre, dice alguien, que se haga pasar por rico, no teniendo nada? La Escritura lo ha señalado y reprendido. Pero tampoco es muy admirable o digno de imitarse y considerarse de gran valor aquel que parece haber puesto en alabanza, si entiendes las riquezas temporales y terrenales. Y dice: "Y hay quienes se humillan, siendo ricos". Aquel nos desagrada con razón, que no teniendo nada, se hace pasar por rico. ¿Qué? ¿Nos agrada este, que siendo rico, se humilla? Quizás nos agrada porque se humilla: sin embargo, no nos agrada porque es rico.

CAPÍTULO II.

2. La enfermedad de las riquezas, la soberbia. Aceptemos, pues, esto: no es indecoroso, ni deshonesto, ni inútil, que las Sagradas Escrituras hayan querido recomendarnos a los ricos humildes. Pues nada hay en las riquezas tan temible como la soberbia. De hecho, el apóstol Pablo advierte a Timoteo: "Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos" (1 Timoteo 6, 17). No temía las riquezas, sino la enfermedad de las riquezas. Y la enfermedad de las riquezas es una gran soberbia. Pues es un gran espíritu el que entre las riquezas no es tentado por esta enfermedad: un espíritu mayor que sus riquezas, que las vence, no deseándolas, sino despreciándolas. Es, pues, grande el rico que no se cree grande porque es rico: pero el que se cree grande por eso, es soberbio y necesitado; en la carne se hincha, en el corazón mendiga; está inflado, no lleno. Si ves dos odres, uno lleno, otro inflado; en ambos hay la misma magnitud, pero no la misma plenitud. Si miras, te engañas; si pesas, encuentras: el que está lleno, se mueve con dificultad; el que está inflado, se lleva rápidamente.

3. Ricos no de este mundo. Pobreza y riquezas de Cristo. "Manda, pues", dice, "a los ricos de este mundo". No añadiría "de este mundo", si no hubiera también ricos no de este mundo. ¿Quiénes son los ricos no de este mundo? Aquellos cuyo príncipe y cabeza es aquel de quien se dijo: "Pobre por vosotros se hizo, siendo rico". Pero si solo él, ¿de qué sirvió? Mira lo que sigue: "Para que con su pobreza vosotros os enriquecierais" (2 Corintios 8, 9). Creo que la pobreza de Cristo no nos trajo dinero, sino justicia. ¿De dónde su pobreza? Porque se hizo mortal. Por tanto, las verdaderas riquezas son la inmortalidad: allí está la verdadera abundancia, donde no hay necesidad.

CAPÍTULO III.

Porque, por tanto, no podríamos hacernos inmortales, si Cristo no se hubiera hecho mortal por nosotros; por eso "se hizo pobre, siendo rico". Y no dice: "Se hizo pobre, habiendo sido rico"; sino: "Se hizo pobre, siendo rico": asumió la pobreza, y no perdió las riquezas. Interiormente rico, exteriormente pobre. Dios oculto en riquezas, hombre visible en pobreza. Mira sus riquezas: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas". ¿Qué más rico que aquel por quien todas las cosas fueron hechas? Un rico puede tener oro, pero no puede crear. Así que, habiendo sido recomendadas estas sus riquezas, mira su pobreza: "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1, 1-3, 14). Con esta su pobreza hemos sido enriquecidos: porque con su sangre, que manó de su carne, que el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros, fue rasgado el saco de nuestros pecados. Por esa sangre hemos desechado los harapos de la iniquidad, para vestarnos con la túnica de la inmortalidad.

4. Todos los buenos fieles son ricos interiormente. Nuestro invierno y verano, ¿qué son? Todos los buenos fieles son ricos. Nadie se desprecie a sí mismo, pobre en su celda, rico en su conciencia. Pues rico en su conciencia duerme más seguro en la tierra que el rico en púrpura. Allí no lo despierta la maligna preocupación, con el corazón punzado por el crimen. Guarda las riquezas en tu corazón, que te ha conferido la pobreza de tu Señor Dios. Más bien, tenlo a él como guardián: para que no se pierda de tu corazón lo que él dio, que lo guarde él mismo que lo dio.

CAPÍTULO IV.

Todos, pues, los buenos fieles son ricos, pero no ricos de este mundo. De hecho, ni ellos mismos sienten sus riquezas; las sentirán después. Vive la raíz, pero en tiempo de invierno incluso el árbol verde parece seco. Pues en tiempo de invierno tanto el árbol que se seca como el que florece, ambos están desnudos del honor de las hojas, ambos vacíos del honor de los frutos: vendrá el verano y distinguirá los árboles: la raíz viva produce hojas, se llena de frutos; el seco permanece vacío en verano, como en invierno. Así, a aquel se le prepara el granero, a este se le aplica el hacha, para que cortado sea arrojado al fuego. Así nuestro verano es la venida de Cristo: nuestro invierno, la ocultación de Cristo: nuestro verano, la revelación de Cristo. De hecho, a los buenos y fieles árboles el Apóstol les ofrece esta alocución: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Ciertamente muertos: pero muertos en apariencia, vivos en la raíz. Pero atiende al tiempo venidero del verano, cómo sigue y dice: "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Colosenses 3, 3-4). Estos son ricos, pero no de este mundo.

5. Los ricos de este mundo no despreciados por Cristo. La vanidad y el peligro de las riquezas. Sin embargo, tampoco los ricos del mundo son despreciados. También a ellos los ganó con su pobreza, quien siendo rico, se hizo pobre por nosotros. Pues si los hubiera despreciado, y no hubiera querido tenerlos en el número de los santos, no habría mandado el Apóstol a Timoteo, como decía, que también él mandara: "Manda", dice, "a los ricos de este mundo que no sean altivos". Entre estos que son ricos en fe, hay algunos ricos de este mundo. Mándales, porque también ellos se han hecho miembros de aquel pobre. Mándales qué temer en ellos por las riquezas. Que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas.

CAPÍTULO V.

Pues el rico se enorgullece porque pone su esperanza en la incertidumbre de las riquezas. Pues si considerara prudentemente la incertidumbre de las riquezas, nunca se enorgullecería, sino que siempre temería: cuanto más rico fuera, tanto más se haría solícito, y según esta vida, no solo según aquella. Pues muchos en estas perturbaciones del siglo han sido más seguros siendo pobres. Pero muchos han sido buscados y atrapados por sus riquezas. Muchos se han lamentado de haber tenido lo que nunca pudieron conservar. Muchos se han arrepentido de no haber recibido el consejo de su Señor, quien dijo: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín destruyen, y donde los ladrones minan y roban: sino haced tesoros en el cielo". No os digo que los perdáis, sino que los trasladéis. Pues muchos no quisieron hacer esto, y se dolieron de no haber obedecido; cuando no solo perdieron lo suyo, sino que por ello también perecieron. "Manda, pues, a los ricos de este mundo que no sean altivos": y se hará en ellos lo que hemos oído en el proverbio de Salomón: "Hay quienes se

humillan, siendo ricos". Y según estas riquezas temporales puede hacerse. Sea humilde: alégrese más de ser cristiano que de ser rico. No se infle, no se ensalce: atienda al hermano pobre, no se desdeñe de ser llamado hermano del pobre. Por muy rico que sea, Cristo es más rico, quien quiso ser hermano de aquellos por quienes derramó su sangre.

CAPÍTULO VI.

6. Para qué pueden servir las riquezas. Sin embargo, para que no dijeran los ricos que no tienen qué hacer con sus riquezas, advirtió a Timoteo que también los guiara con consejo, no solo los restringiera con mandato: cuando dijo: "Ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas"; para que no pensarán que habían perdido la esperanza, añadió: "Sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para disfrutarlas": temporales para usarlas, eternas para disfrutarlas. Pero ¿qué hacer con sus riquezas? "Sean ricos", dice, "en buenas obras, que den con facilidad". Que las riquezas sirvan para esto, que no haya dificultad en dar. Pues el pobre quiere, y no puede: el rico quiere, y puede. "Que den con facilidad, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida" (1 Timoteo 6, 17-19). Pues esta vida es falsa. Engañado por la falsedad de esta vida, aquel en púrpura y lino fino despreciaba al pobre ulceroso que yacía ante su puerta. Pero aquel lamido por los perros, se preparaba un tesoro eterno en el seno de Abraham, y si no con abundante riqueza, sí con una voluntad piadosa y generosa. Pero aquel rico, que se creía grande en púrpura y lino fino, "murió y fue sepultado en el infierno". ¿Y qué encontró? Sed eterna, llamas inextinguibles. Sucedió el fuego a la púrpura y al lino fino: ardía con aquella túnica, de la que no podía despojarse. En lugar de banquetes, sequedad, y el deseo de una gota del dedo del pobre, como aquel de las migajas de la mesa del rico. Pero la escasez de aquel pasó, la pena de este permanece (Lucas 16, 19-26). Que atiendan esto los ricos de este mundo, y no sean altivos. Que den con facilidad, que compartan: que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro; donde están los verdaderos ricos, pero no de este mundo: para que alcancen la verdadera vida.

CAPÍTULO VII.

7. Ricos en las riquezas interiores. ¿Qué son nuestro invierno y verano? Quizás, pues, la Sagrada Escritura nos advirtió esto, cuando dice: "Hay quienes se hacen pasar por ricos, no teniendo nada", por los soberbios harapientos. Pues si apenas se tolera al rico soberbio, ¿quién soportará al pobre soberbio? Son mejores, pues, aquellos que se humillan, siendo ricos. Sin embargo, la Escritura testifica que habla de otras riquezas: pues añade a continuación: "La redención del alma del hombre son sus riquezas; el pobre no soporta amenazas". Debemos entender que se refiere a otro tipo de pobreza y a otras riquezas. Pues los ricos en lo alto, ricos en el corazón, llenos de fortaleza, opulentos en piedad, abundantes en caridad, son ricos consigo mismos, son ricos interiores. Pero hay quienes se hacen pasar por ricos, siendo pobres: se creen justos, siendo inicuos. Pues debemos entender esas riquezas: porque la Escritura ha abierto lo que ha dicho: "La redención del alma del hombre son sus riquezas". Por tanto, quienes no tienen la redención del alma, porque son inicuos, y quieren parecer justos, porque son hipócritas, son aquellos de quienes dice: "Hay quienes se hacen pasar por ricos, no teniendo nada": quieren parecer justos, cuando en la celda de su conciencia no tienen el oro de la justicia. Y están llenos, tanto más humildes cuanto más ricos: de quienes se ha dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mateo 5, 3).

CAPÍTULO VIII.

8. Las riquezas interiores, la fe, preferible al oro. ¿Por qué buscas, pues, riquezas que halagan los ojos humanos y carnales? El oro brilla: pero más brilla la fe. Elige qué debes tener en el corazón. Llénate interiormente, donde Dios ve tus riquezas, no el hombre. Y no porque el hombre no las vea, debes despreciar lo que tienes dentro. ¿Quieres ver que incluso a los ojos de los inicuos la fe brilla más que el oro? ¿Cómo alaba incluso el avaro amo a su siervo fiel? Dice que no hay nada más valioso que él: más bien, testimonia que no tiene precio. "Tengo un siervo", dice, "no tiene precio". ¿Esperas de qué? Quizás baila bien, o es el mejor cocinero. No: atiende a la alabanza interior. "Nada", dice, "más fiel". Te agrada, hombre, tu siervo fiel, ¿y no quieres ser siervo fiel de Dios? Atiendes que tienes a tu siervo, atiende que también tienes a tu Señor. Pudiste comprar a tu siervo, no crearlo: tu Señor te creó con su palabra, y te redimió con su sangre. Si te has despreciado a ti mismo, recuerda el precio: si también has olvidado esto, lee el Evangelio, tu instrumento. Amas la fe en tu siervo, ¿y tu Señor no la busca en el suyo? Devuelve lo que exiges. Lo que te alegras de que te devuelva el inferior, devuélvelo al superior. Amas al siervo que guarda fielmente tu oro: no desprecies al Señor que guarda misericordiosamente tu corazón. Todos, pues, tienen ojos para alabar la fe, pero cuando exigen que se les devuelva. Pues cuando se les exige a ellos, cierran los ojos, no quieren ver cuán hermosa es. O quizás, con una insensatez estúpida, no quieren devolverla para no perderla: como teme alguien devolver el dinero; pues cuando lo devuelve, no lo tendrá. No se devuelve así la fe: y se devuelve, y se tiene. Es asombroso decirlo: más bien, si no se devuelve, no se tiene.

CAPÍTULO IX.

9. Las riquezas deben gastarse en limosnas para la salvación del alma.---La redención del alma del hombre son sus riquezas. Con razón Dios reprendió a aquel vanísimo rico, para advertirnos que no lo imitemos; a quien una región fértil le trajo más turbación por la abundancia que por la escasez. Pues pensó para sí, diciendo: ¿Qué haré para almacenar mis frutos? Y cuando se sintió angustiado por la estrechez, al fin creyó haber encontrado una solución: pero era una solución vana. Esta solución no la encontró la prudencia, sino la avaricia. Dijo: Destruiré los graneros viejos y pequeños, y haré otros nuevos y más grandes, y los llenaré; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes, sacia y regójate. Le dijo: Necio, en lo que te creías sabio, necio, ¿qué has dicho? Digo a mi alma, Tienes muchos bienes, sacia. Esta noche te será quitada tu alma: lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 16-20). ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? (Mat. XVI, 26). Por eso, la redención del alma del hombre son sus riquezas. Este hombre vano y necio no tenía esas riquezas. No redimía su alma con limosnas, almacenaba frutos perecederos. Almacenaba, digo, frutos perecederos, siendo él mismo perecedero, sin dar nada al Señor a quien debía partir. ¿Con qué cara se presentará en aquel juicio, cuando comience a escuchar, Tuve hambre, y no me diste de comer? (Id. XXV, 42). Pues deseaba saciar su alma con banquetes superfluos y excesivos, despreciando con soberbia tantos vientres vacíos de los pobres. No sabía que los vientres de los pobres eran más seguros que sus graneros. Porque lo que almacenaba en sus graneros, tal vez era robado por ladrones: pero si lo almacenara en los vientres de los pobres, en la tierra se digería, pero en el cielo se guardaba más seguro. Por tanto, la redención del alma del hombre son sus riquezas.

CAPÍTULO X.

10. La pobreza del alma ante el temor de las amenazas de un alma débil. ¿Y qué sigue? El pobre no soporta las amenazas. El pobre, es decir, vacío de justicia, no teniendo dentro la plenitud del espíritu, los ornamentos espirituales, el mobiliario espiritual, y todo aquello que no se ve con los ojos, pero se percibe más con la mente: no teniendo esto dentro, no soporta las amenazas. Cuando se le dice por alguien poderoso, Di esta palabra contra mi enemigo, da falso testimonio, para que oprima y someta a quien quiero; tal vez intenta: No lo hago, no me atraigo el pecado. Niega tanto, hasta que el rico comienza a amenazar. Pero porque es pobre, no soporta las amenazas. ¿Qué significa, es pobre? No tiene las riquezas interiores que tuvieron los mártires, quienes por la verdad y la fe en Cristo despreciaron todas las amenazas del mundo. ¿Qué perdieron de su corazón, cuánto encontraron en el cielo? El pobre, por tanto, no soporta las amenazas. No puede decir al rico que lo obliga a dar falso testimonio contra alguien, No lo hago. No tiene dentro de qué responder, no está fortalecido y lleno de un tesoro interior: no hay quien diga, porque no tiene de dónde decir; no hay quien diga, ¿Qué me harás tú que amenazas? A lo sumo, quitarás lo que tengo: quitas lo que dejaré; quitas, lo que aunque no quites, tal vez perderé mientras viva: del arca interior no pierdo nada. Cuando me amenazas con quitar lo que tengo dentro, realmente quieres quitar lo que tengo dentro. Pero eso puedes quitarlo y tenerlo: si me quitas la fe amenazando, yo la pierdo, y tú no la tendrás. Por tanto, no hago lo que me incitas, no me importa lo que amenazas. Pero puedes, con tu furia, incluso expulsarme de mi patria. Me has dañado, si me expulsas a un lugar donde no puedo encontrar a mi Dios. Tal vez puedas incluso matarme. Con la caída de la casa carnal, el habitante sale ileso, y salgo seguro hacia aquel a quien sirvo con fe, y ya no te temeré más. Pues mira qué amenazas, para que diga falso testimonio: amenazas con la muerte, pero del cuerpo. Yo temo más a aquel que dijo, La boca que miente, mata el alma (Sap. I, 11). Lleno y opulento de estas riquezas interiores, responde tales o mejores cosas al que amenaza. Pero el pobre no soporta las amenazas.

CAPÍTULO XI.

11. Las verdaderas riquezas deben ser buscadas de Dios. Seamos, por tanto, ricos, y temamos ser pobres. Busquemos llenar nuestro corazón de riquezas de aquel que es verdaderamente rico. Y si acaso cada uno de ustedes entra en su corazón, y no encuentra allí estas riquezas, llame al rico: sea un mendigo piadoso ante su puerta, para que, al dar él, sea lleno de riquezas. Y verdaderamente, hermanos míos, debemos confesar nuestra pobreza, nuestra indigencia a nuestro Señor Dios. Esta confesión hacía el Publicano, que ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo. Pues no tenía con qué sustancia levantar sus ojos el hombre pecador. Atendía a su vacuidad: pero reconocía la plenitud del Señor, sabía que había llegado a la fuente sediento. Mostraba su garganta seca, piadosamente golpeaba el pecho para ser llenado: Señor, decía, golpeando su pecho, bajando los ojos a la tierra, sé propicio a mí, pecador. Digo yo, que ya era rico en alguna parte, cuando pensaba y pedía estas cosas. Pues si aún era pobre en todo sentido, ¿de dónde sacaba las gemas de esta confesión? Pero sin embargo, descendió del templo más abundante y lleno, justificado. Pero el Fariseo subió a orar, y no pidió nada. Subieron, dice, al templo a orar. Este pide, aquel no pide. Pero, ¿de dónde ora aquel? Hay quienes se creen ricos, no teniendo nada. Señor, dice, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros, como este Publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Se jactó: pero eso es inflación, no plenitud. Se creyó rico no teniendo nada: aquel se reconoció pobre ya teniendo algo. Para no decir nada más, tenía la misma piedad de la confesión. Y ambos descendieron. Pero el Publicano, dice, fue justificado más que el Fariseo: porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Luc. XVIII, 10-14).

SERMO XXXVII. Sobre la lectura de los Proverbios de Salomón, desde el lugar donde se dice, ¿Quién encontrará una mujer fuerte? etc., hasta, Y su marido será alabado en las puertas. Cap. XXXI, V. 10-31. Lo que se dice de la mujer fuerte en ese capítulo de los Proverbios, se refiere a la Iglesia.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Nos concederá, quien ha recomendado este día en sus santos, que la debilidad de nuestra voz sea suficiente para vuestra intención. Esto lo he mencionado para que os dignéis ayudarme con vuestro silencio: pues el ánimo está dispuesto hacia vosotros, pero la carne es débil. Y el mismo ánimo, cualquier gozo que haya concebido de la Escritura de Dios, lo gesta y busca darlo a luz en vuestros oídos y mentes: proporcionad en vosotros un nido para la palabra. Pues también en la Escritura se recomienda a la tórtola buscar un nido donde poner sus polluelos (Sal. LXXXIII, 4). Y esto que llevamos en las manos, la Escritura que veis, nos recomienda buscar y alabar a cierta mujer, de la cual habéis oído poco antes, cuando se leía, grande, teniendo un gran marido, aquel marido que la encontró perdida, la adornó encontrada. Según el tenor de la lectura, que me veis portar, diré algunas cosas por el momento, que el Señor sugiera. Pues es el día de los mártires: y por eso más debe alabarse a la madre de los mártires. Ya habéis comprendido quién es esta mujer: ved también que la reconozcáis cuando la lea. Todo oyente ahora, tanto como se muestra por vuestro afecto, dice en su corazón, Debe ser la Iglesia. Confirma ese pensamiento. Pues, ¿quién podría ser otra madre de los mártires? Esta es: lo que habéis entendido, eso es; de la mujer de la que queremos decir algo, es la Iglesia. No sería apropiado hablar de cualquier otra mujer. Aunque en la recitación de la pasión de los mártires hemos oído de mujeres, de las cuales podemos hablar decentemente: pero tampoco las omitimos, cuando alabamos a su madre.

CAPÍTULO II.

2. La Iglesia no puede ocultarse. Atended de quién sois miembros: mirad de quién sois hijos. ¿Quién encontrará una mujer fuerte? La fortaleza de la mujer concuerda con el día de los mártires. Pues si aquella mujer no fuera fuerte, sus miembros habrían desfallecido en la pasión. ¿Quién encontrará una mujer fuerte? Es difícil encontrarla, más bien es difícil no conocerla. ¿No es ella la ciudad en el monte, que no puede ocultarse? (Mat. V, 14). ¿Por qué, entonces, se dice, ¿Quién la encontrará? cuando debería decirse, ¿Quién no la encontrará? Pero tú ves la ciudad en el monte: pero para que fuera puesta en el monte, fue encontrada la que estaba perdida. Cuando fue iluminada, ¿quién no la ve? cuando estaba oculta, ¿quién la encontraría? Pues ella es la ciudad, y aquella única oveja, que el pastor buscó perdida, y encontrada la llevó gozoso en sus hombros (Luc. XV, 4-6). Este pastor es el monte: la oveja en sus hombros, la ciudad en el monte. Es fácil que la veas colocada en el monte: ¿cuándo la encontrarías, cuando estaba oculta entre zarzas, en las espigas de sus pecados? Pues allí buscarla es grande: allí encontrarla es maravilloso. Esta difícil búsqueda suya se encomia, cuando se dice, ¿Quién encontrará una mujer fuerte? Pues, ¿quién, porque uno; no porque ninguno. Como se dijo de su mismo marido, el león de la tribu de Judá, de quien el profeta predijo antes, Subiste recostado: ciertamente en la cruz. Subiste, es la cruz; recostado, es la muerte. ¿Qué es, Subiste, sino lo que está escrito, Y lo crucificaron? Por eso él mismo dice, Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre; para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Juan III, 14, 15). ¿Qué es, recostado? Y, inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Id. XIX, 18, 30). Cuando, por tanto, se decía, Subiste recostado; siguió, Dormiste como un león. Dormiste como un león: no huiste como un zorro. ¿Qué es, Dormiste como un león? Por poder, no por necesidad. Pero

cuando se dijo, Dormiste como un león; siguió diciendo, ¿Quién lo despertará? (Gen. XLIX, 9). ¿Quién lo despertará? pues no nadie: sino, ¿quién de los hombres? Porque solo Dios, quien lo levantó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filip. II, 9). Él mismo se despertó: por eso dice, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Y ahora cuando escucháis, ¿Quién encontrará una mujer fuerte? no penséis que se dice de la Iglesia que está oculta, sino de aquella que fue encontrada por uno, para que no ocultara a nadie. Por tanto, describase, alábese, recomiéndose, amada por todos nosotros como madre: pues es esposa de uno. ¿Quién encontrará una mujer fuerte? ¿Quién no ve a esta mujer tan fuerte? Pero ya encontrada, ya eminente, ya visible, ya gloriosa, ya adornada, ya luminosa; ya, para explicarlo rápidamente, difundida por todo el orbe de la tierra.

CAPÍTULO III.

3. Es más preciosa que las piedras preciosas, que es de tal naturaleza. ¿Qué grande es que esta mujer sea más preciosa que las piedras preciosas? Si ahora pensáis en las avaricias humanas, si las piedras preciosas se toman en su propiedad, ¿qué grande es que se encuentre más preciosa que cualquier piedra preciosa la Iglesia? No hay tal comparación: pero hay piedras preciosas en ella. Tan preciosas son estas piedras, que se dicen vivas (I Pedro II, 4, 5). Por tanto, hay piedras preciosas que la adornan: pero ella es más preciosa. Quiero recomendar algo a vuestra Caridad, tanto como entiendo, tanto como entendéis, tanto como temo, tanto como debéis temer sobre estas piedras preciosas. Hay en la Iglesia piedras preciosas, y siempre las ha habido, doctos, abundantes en ciencia y elocuencia y toda instrucción de la Ley. Claramente, estas piedras son preciosas: pero de su número algunos se han desviado del ornamento de esta mujer. Pues en cuanto a la doctrina y elocuencia de la que brilla, Cipriano era una piedra preciosa: pero permaneció en su ornamento. Donato era una piedra preciosa: pero se apartó del conjunto del ornamento. Aquel que permaneció con ella, quiso ser amado en ella: aquel que fue expulsado de ella, buscó un nombre para sí mismo fuera de ella. Aquel permaneciendo con ella, reunió para ella: aquel que se apartó, no quiso reunir, sino dispersar. Hijos malos, ¿por qué seguís a una piedra preciosa, expulsada del ornamento de esta mujer? Me respondéis, ¿Qué? ¿Acaso tú entiendes como él? ¿O hablas como él? ¿O eres tan docto como él? Sea él tan inteligente como quiera: El buen entendimiento es para todos los que lo practican (Sal. CX, 10). Sea él tan docto, tan instruido en disciplinas liberales y misterios de la Ley, es una piedra preciosa: vuelve de él a ella, Es más preciosa que las piedras preciosas. Una piedra preciosa si no está en el ornamento de esta mujer, yace en las tinieblas. Una piedra preciosa yace en cualquier lugar, yace en las tinieblas: necesitaba permanecer en el ornamento de esta mujer, y estar en el conjunto de su ornamento. Pero yo diría con confianza, las piedras preciosas se llaman así porque valen caro: ya es vil, ha perdido su precio, quien no tiene caridad. Jacte su doctrina como quiera, jacte su lengua como quiera: escuche al tasador de las verdaderas piedras de esta matrona; escuche, digo, a un inspector del ornamento. ¿Qué jacta su lengua, ya no preciosa, sino vil piedra? Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe (I Cor. XIII, 1). Es un címbalo esa piedra: ya no brilla, sino que resuena. Por tanto, aprended a tasar las piedras, comerciantes del reino de los cielos: ninguna piedra os agrade, fuera del ornamento de esta mujer. Esta que es más preciosa que las piedras preciosas, es ella misma el precio de su ornamento.

CAPÍTULO IV.

4. Confía en ella el corazón de su marido. Claramente confía, y nos enseñó a confiar. Pues recomendó la Iglesia hasta los confines de la tierra, por todas las naciones, de mar a mar. Si

esta no persevera hasta el fin, no confía en ella el corazón de su marido. Confía en ella el corazón de su marido: confía previendo, no puede ser engañado quien confía. Por tanto, no necesitará despojos. No porque no busque despojos, por eso no necesitará: sino porque abundará en muchos. No necesitará despojos. Por todas partes despoja al mundo, difundida por todas partes; arrebatada por todas partes trofeos al diablo. Pues esto le prometió su marido, a quien dice en otro salmo: Me regocijo en tus palabras, como quien encuentra muchos despojos (Sal. CXVIII, 162). ¿Cómo necesitará despojos, quien arrebatada por todas partes, arrastra por todas partes, adquiere por todas partes?

5. Pues hace el bien a su marido, y no el mal en todo tiempo. De aquí es que esta mujer despoja a las naciones, haciendo el bien a su marido, y no el mal. En todo tiempo hace el bien, y no el mal: no para sí, sino para su marido; para que quien vive, ya no viva para sí, sino para aquel que murió por todos, y resucitó (II Cor. V, 15). Por tanto, hace el bien a su marido, hace el bien ante Dios: le sirve a él, le es devota a él; lo ama a él, siempre busca agradarle a él. No se adorna a sí misma, ni para sus propios ojos, ni para los ojos ajenos. No es de las que se complacen a sí mismas, no es de las que buscan lo suyo: Pues hace el bien a su marido. Pero quienes se hacen el bien a sí mismos, todos buscan lo suyo, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 21).

CAPÍTULO V.

6. Encontrando lana y lino, hizo útil con sus manos. El santo sermón describe a esta matrona como tejedora de lana y lino. Se nos pregunta, sin embargo, qué es la lana, qué es el lino. Creo que la lana es algo carnal, el lino es espiritual. Me atrevo a conjeturar esto a partir del orden de nuestras vestiduras: pues las vestiduras interiores son de lino; las de lana, exteriores. Lo que hacemos con la carne, está a la vista: lo que hacemos con el espíritu, está en secreto. Obrar con la carne, y no obrar con el espíritu, aunque parezca bueno, no es útil. Obrar con el espíritu, y no obrar con la carne, es de perezosos. Encuentras a un hombre extendiendo la mano para dar limosna al pobre, pero sin pensar en Dios allí, sino deseando agradar a los hombres: puede parecer una vestidura de lana, no tiene la interior de lino. Encuentras a otro diciéndote, Me basta con adorar a Dios en mi conciencia, adorar a Dios; ¿qué necesidad tengo de ir a la iglesia, o de unirme visiblemente a los cristianos? quiere tener lino sin la túnica de lana. No conoce, ni recomienda tales obras esta mujer. Deben decirse y enseñarse las cosas espirituales sin las carnales: pero quienes las reciben, deben tanto retener las espirituales, como no obrar carnalmente las carnales. Esta mujer encontró lana y lino, e hizo útil con sus manos. Esta lana y este lino, están en las Escrituras sagradas. Muchos encuentran, pero no quieren hacer algo útil con sus manos. Encontró, e hizo. Cuando escucháis, encontráis: cuando vivís bien, hacéis. Encontrando lana y lino, hizo útil con sus manos. Ved a aquella a quien se le dice: Extiende a la derecha y a la izquierda; pues tu descendencia heredará las naciones: no hay por qué escatimar, extiende más tus cuerdas (Isa. LIV, 3, 2). Vedla: Se ha hecho como un barco, donde el comerciante desde lejos acumula riquezas para sí. Las riquezas de esta mujer, son las alabanzas de su marido. Ved cuán desde lejos acumula riquezas para sí: Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, es alabado el nombre del Señor (Sal. CXII, 3).

CAPÍTULO VI

7. Se levanta durante la noche y da alimento a su casa y trabajo a sus siervas. Se levanta durante la noche: ¿qué significan las noches? No la oprimen, no la obligan a yacer en

tinieblas. Incluso en las noches se levanta: las noches son tribulaciones. Pero quien es así, se levanta incluso en la noche y progresa en las tribulaciones. Y dio alimento a su casa: durante la noche se mostró digna de imitación; enseñó haciendo lo que dijo que se debía hacer; y entonces les dio alimento. ¿Quién come en la noche? Sin duda, incluso entonces dio alimento. Porque a aquellos a quienes dio, siempre tienen hambre. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5,6). Desde la noche, mi espíritu vela por ti, Dios (Is 26,9). A medianoche me levantaba para alabarte (Sal 118,62). Estos alimentos nocturnos abundan en la casa de esta mujer. Allí nadie padece hambre ni palpa a tientas buscando qué comer: allí arde la lámpara de la profecía. Pero ¿acaso se debe comer y estar ocioso? Porque la que dio alimento a su casa, también dio trabajo a sus siervas. ¿Estas siervas son tuyas o de su marido? ¿O porque son de su marido, también lo son de ella? ¿O bien ella misma es muchas siervas? Porque aunque sea señora de la casa, no debe desdeñar ser sierva. Que contemple el precio por el cual fue comprada, que ame a su Señor. Que reconozca, digo, que es sierva, y no tema su condición. Pues no desdeña aquel hacer esposa a la que compró a tan alto precio. Y toda buena esposa llama “señor” a su marido. No sólo lo llama así, sino que así lo siente, así lo expresa, así lo lleva en el corazón, así lo proclama con su boca, y considera los documentos matrimoniales como prueba de su compra. Es, pues, sierva, dando trabajo a las siervas. Es sierva: porque es hijo suyo el que dice: Yo soy tu siervo y el hijo de tu sierva (Sal 115,16).

CAPÍTULO VII

8. Querías saber qué hace con esas obras, incluso nocturnas; escucha lo que hace: Observando el campo, lo compró. Observando, no en el presente, sino mirando al futuro, compró ese campo: lo observó con fe, con esperanza. Por eso también se levanta de noche. Porque si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rm 8,25). Soportando toda tribulación: porque mira al campo que compra. Por esto se la llama mujer fuerte. ¿Qué son esas noches comparadas con aquel campo? Pues la leve tribulación momentánea (cuando nos levantamos de noche) produce en nosotros un peso eterno de gloria incomparable (cuando tenemos el corazón puesto en ese campo), no mirando las cosas que se ven, sino las que no se ven. Porque las que se ven son temporales; las que no se ven son eternas (2 Co 4,17-18). ¿Cómo es ese campo? ¿Cuál es su hermosura? Deseemos ardientemente poseerlo. ¿No es acaso de él que dijo Dios: La hermosura del campo está conmigo? (Sal 49,11).

9. Observando el campo, lo compró. Donde lo compró, allí tiene el campo. ¿Dónde el campo? Donde lo compró. Donde puso su tesoro, para que se cumpliera: Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt 6,21). Observando el campo, lo compró. ¿Con qué lo compró? Para que no desesperes ni suspires sin actuar, ese campo no ama al amante perezoso. Allí, cuando llegues, tal vez descanses y ya no tengas que trabajar. Porque ese campo no es como éste donde Adán, con el sudor de su rostro, comía su pan (Gn 3,19). Pero ahora, para llegar a contemplar ese campo, prepárate los medios para comprarlo. ¿Qué hacer? Reúne el precio. Eso es lo que hace esta mujer. Mira si está en silencio el texto. Cuando se dice: Observando el campo, lo compró; parece que preguntarás: ¿Con qué lo compró?

CAPÍTULO VIII

Plantó una heredad con el fruto de sus manos. Estas eran las obras que daba a sus siervas, para plantar con el fruto de sus manos una posesión eterna. Esa posesión es la futura. Esto se insinúa con la palabra “observando”.

10. Ciñó con fortaleza sus lomos, y fortaleció sus brazos. Verdaderamente fuerte. Mira si no es sierva. ¡Cuán devotamente sirve, cuán preparada está! Para que las ondulaciones de las

concupiscencias carnales no obstaculicen su labor, se ciñe los lomos, para no pisar nada superfluo mientras se apresura en su trabajo. Allí está la castidad de esta mujer, ceñida con el cinturón del precepto, y siempre lista para toda buena obra. Ciñó con fortaleza sus lomos, y fortaleció sus brazos, no se agotará. ¿Por qué? Probó que es bueno trabajar. ¿Dónde está el gusto que saborea esto? Los hombres huyen del trabajo como si fuera amargo: por miedo a probarlo, no saben qué amar. La buena conciencia hace buena la obra. Y ¿qué hay más dulce, hermanos, que una buena conciencia? Si no la tienes, punza; todo te es amargo. Prueba, entonces, prueba, y verás cuán bueno sabe, cuánto te deleitará, y cómo después no querrás parar hasta acabarlo todo. Probó que es bueno trabajar.

11. Su lámpara no se apaga en la noche. Nadie enciende una lámpara y la pone bajo el clemín (Mt 5,15). Tú encenderás mi lámpara, Señor (Sal 17,29). Su lámpara es su esperanza. A ella se orienta todo lo que hace el hombre, todo bien que hace lo dirige a la esperanza. Y en la noche arde esa lámpara. Porque lo que no vemos, lo esperamos: por eso es noche. Pero si no vemos ni esperamos: es noche y la lámpara no arde. ¿Qué hay más desdichado que tales tinieblas? Para que no desfallezcamos en las tinieblas, y con paciencia esperemos lo que no vemos, que nuestra lámpara arda toda la noche. Porque el que nos habla cada día la Palabra, es como quien vierte aceite, para que la lámpara no se apague.

12. Extiende sus manos hacia lo útil. ¿Cuánto extiende sus manos? Desde el mar hasta el mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Sal 71,8), hasta donde ha llegado. Por eso no en vano se dijo: Extiende a derecha e izquierda (Is 54,3). Extiende sus manos, pero hacia lo útil.

CAPÍTULO IX

13. También fortaleció sus brazos en el huso. No hablando del aceite, sino de aquel instrumento del telar que se llama huso. Sobre este huso, que el Señor dona, hablaré: pues estas labores no son ajenas a los hombres. Escuchad lo que significa: Fortaleció sus brazos en el huso. Pudo decir “en la rueca”, pero dijo huso, quizás no sin razón. Aunque se pueda entender también literalmente sobre el tejido como buena obra, propia de una mujer casta, diligente y activa; sin embargo, amados míos, yo no callaré lo que entiendo de este huso. Todo aquel que vive en buenas obras en la santa Iglesia, no como negligente sino como cumplidor de los mandatos de Dios, no sabe qué hará mañana, pero sí lo que ha hecho hoy. Teme por el trabajo futuro, se alegra del pasado: y para perseverar en buenas obras, vela; no sea que, siendo negligente en lo futuro, pierda lo pasado. Pero al orar al Señor, en toda súplica suya, no tiene conciencia firme de lo que hará, sino de lo que ha hecho. Entonces, si esto lo veis conmigo como verdadero, observad en el tejido estos dos instrumentos: la rueca y el huso. En la rueca está la lana aún envuelta, que debe ser hilada y pasada al huso. Lo que está en la rueca es el futuro; lo que está recogido en el huso es el pasado. Tu obra, pues, está en el huso, no en la rueca. En la rueca está lo que harás; en el huso, lo que has hecho. Mira entonces si tienes algo en el huso, donde se fortalezcan tus brazos. Allí estará tu conciencia firme, allí dirás seguro a Dios: Da, porque di; perdona, porque perdoné; haz, porque hice. No pides recompensa sino por lo hecho, no por lo que harás. Así que en todo lo que trabajas, que tu alma esté toda puesta en el huso. Porque lo que cuelga de la rueca debe pasar al huso; pero lo que está en el huso, no debe volver a la rueca. Mira, pues, lo que haces, para tener algo en el huso, para que tus brazos se fortalezcan en él, para que todo se recoja en el huso, para que el huso tenga algo que te consuele, que te confirme, que te dé confianza al orar y esperar las promesas.

CAPÍTULO X

14. ¿Y qué debo hacer?, podrías decir: ¿qué me mandas tener en el huso? Escucha lo que sigue: Abrió sus manos al pobre. ¡Ea!, que no nos avergüence enseñar este santo arte del tejido. Mirad: si alguien tiene la bolsa llena, el granero lleno, la despensa llena: todo eso está

en la rueca, que pase al huso. Mirad cómo hila, o mejor dicho, cómo teje. Que todos sean instruidos, que no teman los gramáticos. Abrió sus manos al pobre, y extendió su fruto al necesitado. Las manos, al pobre; el fruto, al necesitado. Hay un pobre que busca tus manos: hay un necesitado que busca tu fruto. El que no quiere pedirte sino lo que sea útil a su necesidad, es un pobre que busca tus manos. Pero hay otro necesitado que dice: Como si no tuviéramos nada, lo poseemos todo (2 Co 6,10). No quiere que se satisfaga su necesidad con lo que tú das; sino que, como árbol del Señor que fue plantado y regado, busca tu fruto. Escucha lo que él mismo dice refiriéndose a algunos: No es que busque el don, sino que busco el fruto (Flp 4,17).

15. No se preocupa su esposo por lo que hay en la casa, cuando se demora en algún lugar. No se preocupa por lo que hay en casa, su esposo: porque el Señor conoce a los que son suyos (2 Tm 2,19). ¿Cómo va a preocuparse, si a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, también justificó; y a los que justificó, también glorificó? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rm 8,30-31). No se preocupa su esposo: conoce a los suyos, y los suyos lo conocen a Él. Cuando se demora en algún lugar. ¿Dónde se demora, sino en el lugar de donde vendrá? Se demora allí, como si tardara. Muchos ya desean su venida; y el deseo se retrasa, hasta que se complete el número de los miembros de esta matrona. Pero muchos, por su impiedad, abusan de su tardanza; y dice el siervo malo: Mi señor tarda. Y comienza a golpear a sus compañeros, y a embriagarse con los malos. Vendrá su señor el día que no espera y a la hora que no sabe, y lo separará. Porque el cuerpo de los ministros y superiores es el que reparte a sus compañeros el alimento a su tiempo. Lo separará, dice. Tiene buenos y malos, y separará a los malos de los buenos. Y pondrá su parte con los hipócritas. No todo el ministro, porque entre ellos hay quienes desean la venida del Señor. También hay de ese número del que se dice: Bienaventurado aquel siervo, a quien, cuando venga su señor, lo encuentre actuando así (Lc 12,45-46,43). Así que vendrá, y lo separará.

CAPÍTULO XI

16. Por ahora se demora en algún lugar: pero no se preocupa de lo que pasa en la casa. Porque todos están vestidos en ella. ¿Acaso su esposo, al demorarse, se preocupa por la desnudez de sus siervos, teniendo una esposa así? Están vestidos, y muy bien. ¿Queréis saber cuán bien? Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo (Gál 3,27). Todos absolutamente están vestidos en ella. Y tanto los buenos como los malos siervos están vestidos: pero los buenos están vestidos porque se revistieron de Cristo, no solo en la forma del Sacramento, sino también en la acción ejemplar, siguiendo las huellas de su Señor; los otros, en cambio, hasta el Sacramento, darán cuenta de su vestidura. Sin embargo, esa mujer no cesa, no cesa de vestir a todos: para que nadie se queje, nadie diga: No obra bien porque no estaba vestido. Mirad, entonces, cómo debéis estar vestidos. Por nuestras vestiduras también hagamos obras. Porque todos están vestidos en ella.

CAPÍTULO XII

17. ¿Y qué de su esposo? ¿Acaso quien viste a los siervos no hace nada para su esposo? Hizo a su esposo mantos dobles. Ya aclamáis: creo que reconocéis cuáles son esos mantos dobles que hace la Iglesia para su esposo. Los mantos que ella le hace son alabanzas: alabanzas de la fe, de la confesión, de la predicación. ¿Por qué dobles? Alabas a Cristo, alabas a Dios y al hombre. Alaba doblemente, y alaba sinceramente: doblemente, porque es hombre y Dios; sinceramente, para que no seas falso. Cierta mujer, en tiempos de un tal Fotino, arrancó como una piedra preciosa del ornamento de esta mujer, y eligió hacer a su esposo un manto simple y despreciable, por el cual los herejes se llaman fotinianos. Aquella dijo que Cristo era solo hombre. Por otro lado, apareció otra detestable mujer, como si también ella tejiera un manto para su esposo, pero tejía cuentos remendados. Decía: Cristo es solo Dios, no tiene nada de

humano. Eso lo dicen los maniqueos. Los fotinianos, que es solo hombre; los maniqueos, solo Dios. Unos no confiesan nada divino en el Señor; los otros, todo divino, pero tan falso, que ni siquiera reconocen lo humano. Porque si no fue hombre, entonces no murió, entonces no fue crucificado, entonces tampoco resucitó. ¿Cómo pudo resucitar si no murió? Entonces, al discípulo que dudaba, le mostró cicatrices falsas. Sin duda, aquellas cicatrices serían falsas si no hubieran precedido verdaderas heridas. Pero si hubo heridas verdaderas, hubo carne verdadera; si carne verdadera, muerte verdadera, cruz verdadera, hombre verdadero, y toda la verdad: una alabanza abundante tejida desde la rueca de esta mujer. Pero quienes temieron esos mantos dobles dignos de alabanza, quedaron dobles por la mentira. Hizo a su esposo mantos dobles. Sí, hizo mantos dobles. Confiesa a Dios, confiesa al hombre; alaba a Dios en el hombre, alaba al hombre en Dios. Tejió ese manto preciosísimo de alabanza: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. También tejió otro manto, para la convivencia diaria entre los hombres: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Jn 1,1-2.14). Hizo a su esposo mantos dobles.

CAPÍTULO XIII

18. Se hizo para sí vestiduras de lino fino y púrpura. Pues no convenía a una matrona de tan gran esposo andar desnuda o harapienta. Se hizo para sí vestiduras de lino y púrpura: de lino, por la confesión pura; de púrpura, por la gloriosa pasión. Su lino fino lo reconocemos cuando oramos; su púrpura, la alabamos por la mañana en los mártires.

19. Su esposo se hace visible en las puertas. Aquel que se demora en algún lugar, el que por tener una esposa así no se preocupa por la casa, aquel a quien ahora, demorándose, nadie ve, será visible en las puertas. Mira cuándo; ve lo que sigue: Cuando se sienta en el consejo con los ancianos de la tierra. Nada más claro; lee otra profecía: Vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo (Is 3,14). En ese consejo, es decir, en ese juicio, juzgará con los santos, a quienes se dijo: Vosotros os sentaréis en doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mt 19,28), allí será visible. Vendrá el Hijo del hombre, como Él dijo, en su majestad, y todos sus ángeles con Él (Mt 25,31). Allí estarán todos los ángeles y arcángeles del cielo, y los ángeles anunciadores de la palabra de Dios. Incluso el profeta es llamado ángel, porque ángel significa mensajero. Y: He aquí que envío mi ángel delante de ti, se dice de Juan (Mt 11,10); y: Como a un ángel de Dios me recibisteis, dice el Apóstol (Gál 4,14). Aquel, pues, que ahora se demora, del que muchos dicen: ¿Cuándo vendrá? o: ¿Quién vendrá?, será visible en las puertas, es decir, públicamente, manifiesto. En las puertas será visible: pero a unos admitirá, a otros cerrará. Su esposo será visible en las puertas, cuando se sienta en el consejo con los ancianos de la tierra. Hasta que eso suceda, que esta mujer haga lo que hacía: que trabaje, no se detenga; que espere a aquel que será visible en las puertas, no tema el santo consejo del juicio de Dios; que venga con buena conciencia, que venga gloriosa; porque sus hijos son también miembros de Él, y con su esposo juzgarán.

CAPÍTULO XIV

20. Hizo sábanas y las vendió. Bien hizo en fabricar sábanas: ¿pero por qué las vendió, si no es porque no busca el don, sino que quiere el fruto? Esta venta, hermanos, entendedla primero como gratuita. ¿Y alguien compra gratuitamente? Si lo toma gratis, no compra; si compra, da precio, no lo toma gratis. ¿Y dónde queda: Todos los sedientos, venid a las aguas, comprad sin dinero? (Is 55,1). Cuando compras, no das dinero; pero sí das algo: te das a ti mismo. Porque esas sábanas son las obras espirituales que esta mujer hace y predica por toda la tierra. Y tal vez se diga que vende, porque el Apóstol dijo: Si hemos sembrado lo espiritual en vosotros, ¿es gran cosa si cosechamos lo material? (1 Co 9,11). Pues esa es la lógica del dar y recibir: en toda venta hay una relación de dar y recibir. El Apóstol se duele de ciertos lugares donde no vendió sus sábanas: Ninguna Iglesia me ayudó en la razón de dar y recibir (Flp

4,15). Pero él que vendía así, no buscaba el don, sino el fruto: para que no penséis que era un vendedor del Evangelio. Es, sí, un comerciante de su Señor, pero más busca el precio. Porque todo lo que vende son cosas espirituales: ¿y qué busca? ¿quizá bienes materiales? Aunque estos también se deben, no eran lo que buscaba el Apóstol, que dijo: No busco lo vuestro, sino a vosotros (2 Co 12,14). Dad, pues, el precio: daos a vosotros mismos. Porque también José, en Egipto, vendía grano: y sin embargo, a los compradores los convertía en siervos del rey (Gn 42). Los que querían vivir durante aquella hambruna, tomaban el grano y se convertían en siervos. ¿Tememos ser siervos? ¡Ay de nosotros si no lo somos de Él! ¿De qué nos sirve rechazar tal Señor? Seremos esclavos del diablo, padeceremos hambre, y no escaparemos del poder del verdadero Señor. Date a ti mismo y compra para ti una sábana, es decir, un vestido espiritual. Así también el precio de cierto pan eres tú mismo. Porque si te entregas a la lujuria, ¿acaso no eres el precio que pagas, como quien compra a una ramera por deseo carnal? (cf. Pr 6,26). ¿Qué te cuesta darte a Dios y comprar para ti el pan vivo bajado del cielo, con ese mismo precio que eres tú mismo? Porque el precio de una ramera equivale al de un solo pan (Pr 6,26). Hizo sábanas y las vendió.

20. Hizo lienzos y los vendió. Bien porque hizo lienzos: ¿por qué los vendió, sino porque no busca lo dado, sino que requiere el fruto? Entended, hermanos, que esta venta es gratuita. ¿Y alguien compra gratis? Si lo toma gratis, no compra: si compra, da un precio, no lo toma gratis. ¿Y dónde está, "Los que tenéis sed, venid al agua, comprad sin dinero" (Isaías 55, 1)? Cuando compras, no das dinero; y sin embargo, compras. Si compras, das algo; pero no das dinero: te das a ti mismo. Los lienzos refiéranse a aquellas cosas de lino que son espirituales, que esta mujer hace y predica por todas las tierras. Y tal vez se deba decir que vende: porque el Apóstol dijo, "Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos lo material vuestro?" (1 Cor. 9, 11). Pues esa es la razón de lo dado y lo recibido: en toda venta se trata de lo dado y lo recibido. Sin embargo, el Apóstol se entristece contra ciertos mercados donde no vendió lienzos: "Ninguna iglesia", dice, "me comunicó en razón de lo dado y lo recibido" (Filipenses 4, 15). Pero aquel que así vendió, no busca lo dado, sino que requiere el fruto: no penséis que es un vendedor del Evangelio. Es ciertamente un mercader de su Señor, pero busca más el precio. Pues todo lo que vende, da lo espiritual: ¿y qué busca? ¿quizás lo material? También se deben estas cosas: pero no las buscaba el Apóstol, diciendo, "No busco lo vuestro, sino a vosotros mismos" (2 Cor. 12, 14). Dad, pues, el precio, daos a vosotros mismos. Pues tampoco José en Egipto no vendía trigo: y sin embargo, a los compradores los hacía siervos del rey (Gén. 42). Queriendo vivir en aquella hambre, tomaban trigo y se convertían en siervos. ¿Tememos convertirnos en siervos? ¡Ay de nosotros si no somos siervos de Él! ¿De qué nos sirve rechazar a tal Señor? Y estaremos bajo el diablo, y sufriremos hambre, y no escaparemos del poder del verdadero Señor. Daos a vosotros mismos, y comprad un lienzo, es decir, un manto espiritual. Así también el precio de cierto pan eres tú mismo. ¿Por qué? Porque te das al placer, ¿no te das a ti mismo como precio por la concupiscencia de la carne, como si compraras una prostituta? ¿Cuánto es daros a Dios, compraros el pan vivo que descendió del cielo, con el mismo precio que sois vosotros mismos? Porque el precio de la prostituta es tanto como el de un solo pan (Prov. 6, 26). Hizo lienzos y los vendió.

CAPÍTULO XV.

21. Cinturones para los cananeos. Ciñanse, trabajen, vengan, sean siervos de esta casa: para que todos estén vestidos, todos estén alimentados. Hizo cinturones, ciertamente para el trabajo: pues ella misma, haciendo obra, ciñó fuertemente sus lomos. ¿Quiénes son los cananeos? Naciones vecinas al pueblo de Israel, extranjeras. Alguna vez, los que estabais

lejos, habéis sido hechos cercanos en la sangre de Cristo. Vosotros que alguna vez erais extranjeros de los Pactos, y no teníais esperanza de la promesa, y sin Dios en este mundo, ahora sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Efesios 2, 13, 12, 19), habiendo recibido cinturones, trabajad en la casa del Señor, ya hechos domésticos de Dios de entre los cananeos, de donde era también aquella mujer ahora recitada en el Evangelio. Era cananea, no se atrevía a acercarse a la mesa de los hijos, pero como un perro buscaba las migajas. Mira cómo se ciñó para el trabajo. Su cinturón, la fe: eso alaba Él. Oh mujer, grande es tu fe (Mateo 15, 21-28).

22. Veamos lo demás. Está vestida de fortaleza y dignidad. Dignidad, como de lino fino; fortaleza, como de púrpura. Porque es fuerte, por eso en la pasión sangrienta. Y se alegró en los últimos días. Se alegró: aquí, pues, estuvo mucho tiempo afligida. Pues, ¿de dónde tendría vestiduras púrpuras sin tribulación?

23. Abrió su boca atentamente. Concédenos a nosotros, que estamos en ella, alabándola, adheridos a ella, esperando con ella y en ella a su esposo, que también nosotros abramos atentamente nuestra boca; no temerariamente, sino cautelosamente, atentamente, con solicitud. Con mucho temor y temblor estuve entre vosotros, dijo el Apóstol (1 Cor. 2, 3): como diciendo, Abrí mi boca atentamente. Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios (2 Cor. 6, 11). Abrió su boca atentamente. Y puso orden en su lengua: alabando a la criatura como criatura, al Creador como Creador, a los ángeles como ángeles, a las cosas celestiales como celestiales, a las terrenales como terrenales, a los hombres como hombres, a los animales como animales. Nada perturbado, nada desordenado. No tomando en vano el nombre del Señor su Dios, no sintiendo la sustancia de la criatura sobre el Creador: así hablando todo ordenadamente, que no anteponga lo inferior a lo superior, ni someta lo superior a lo inferior.

CAPÍTULO XVI.

Dispuso el orden de su lengua. Nada más hermoso que este orden. Por eso ella misma dice: Ordenad en mí la caridad (Cantar de los Cantares 2, 4). No actuéis desordenadamente, no perturbéis y confundáis lo que Dios ha ordenado. Ordenad en mí la caridad. Amadme como a mí, amad a Dios como a Dios: no ofendáis a Dios por mí, ni me ofendáis a mí por cualquier otro, ni a cualquier otro por mí. Ordenad en mí la caridad. Bienaventurada su hija en este orden constituida, cuya pasión celebramos hoy entre otras, poco antes escuchamos su confesión, ordenando su lengua: Honor, dice, al César como a César, pero temor a Dios. Abrió su boca atentamente, y puso orden en su lengua.

24. Conversaciones severas de sus casas. Severas, fuertes, estrictas: no hay lugar para la disolución, no ama la disolución. No come el pan de la pereza. Con razón ha adquirido tanto.

25. Aquí, pues, esta laboriosa, vigilante, solícita, castigando severamente su casa, levantándose de noche, cuidando la lámpara para que no se apague, fuerte en la tribulación, temerosa aún no habiendo recibido las promesas, fortaleciendo sus brazos en el huso, no comiendo el pan de la pereza: pero después de estos trabajos como de pobreza y necesidad secular, ¿qué será, porque se alegró en los últimos días? ¿Qué será, queréis oír? Oíd por qué esperanza arde nuestra lámpara toda la noche, escuchad ahora. Se levantaron sus hijos, y fueron enriquecidos. Ahora vivimos en pobreza, vigilamos en pobreza; y cuando morimos, dormimos en pobreza: pero nos levantaremos y seremos enriquecidos. Entonces serán enriquecidos sus hijos. Se levantaron sus hijos, y fueron enriquecidos. Compara ahora

cualquier riqueza de esta tierra, sujeta a ladrones y polillas. ¿De qué te jactas? Porque eres débil, por eso necesitas muchas cosas. Necesitas vestirme mucho, porque no puedes soportar el frío: usas animales, porque no puedes caminar con tus pies. Estas son ayudas de la debilidad, no ornamentos del poder. ¿Cuáles son aquellas riquezas de los ángeles? Tienen una sola vestidura de luz: nunca se desgasta, nunca se ensucia. Esas son las verdaderas riquezas, donde no habrá escasez, no habrá necesidad. ¿Por qué buscas esto ahora, antes de levantarte? Si eres hijo de esta mujer, atiende cuándo se te prometen las riquezas. Se levantaron sus hijos, y fueron enriquecidos. Prepárate para recibir las riquezas de la resurrección. No ames estas, para que merezcas llegar a aquellas. Se levantaron sus hijos, y fueron enriquecidos.

CAPÍTULO XVII.

26. Y su esposo la alabó. Nosotros la alabaremos, pero no de lo nuestro. Su esposo mismo la alabó. Cuando se levantaron sus hijos, y fueron enriquecidos; la miró, y la observó, y la alabó. ¿Quién no querría oír cómo la alabó? Si tan plazeramente escuchasteis cuando fue alabada por nosotros; ¿cómo escucharíamos, si pudiéramos oír cómo la alabó su esposo? La alabó en la resurrección: cuando resucitemos, escucharemos. ¿O acaso ahora no ha callado su alabanza? Esta es la misma alabanza, ella misma seguirá. Escuchemos, escuchemos cómo la alabó su esposo, viéndola ya con tanta bienaventuranza de sus hijos, ricos en la resurrección de los muertos.

27. Muchas, dice, hijas hicieron proezas. Son alabanzas con las que la alaba su esposo. Muchas hijas hicieron proezas. ¿Qué hijas, con las que se compara esta? Y no se compara. Muchas hijas hicieron proezas: pero tú las superaste. Prestad atención, os ruego: ya estamos al final de la lectura. Temo que os tenga cansados, donde más exijo atención. Escuchemos sus alabanzas. Muchas hijas hicieron proezas: pero tú las superaste, y superaste a todas. Tú, dice, superaste a todas, tú te pusiste sobre todas. ¿Cuáles son, pues, las otras hijas que hicieron proezas, que esta superó, y sobre las que esta se puso? ¿O qué proezas hicieron, o de dónde las superó esta? Pues hay hijas malas, que son las herejías. ¿Por qué hijas? Porque también ellas nacieron de esta. Pero hijas malas, hijas no por similitud de costumbres, sino por similitud de sacramentos. También ellas tienen nuestros sacramentos, tienen nuestras Escrituras, tienen nuestro Amén y Aleluya, muchas tienen nuestro Credo, muchas tienen nuestro Bautismo: por eso hijas. Pero a esta mujer, ¿queréis saber qué se dijo en otro lugar, en el Cantar de los Cantares? Como lirio entre espinas, así mi amada entre las hijas (Cantar de los Cantares 2, 2). Es extraño decir, las llamó espinas y también hijas. ¿Y esas espinas hacen proezas? Claro que sí. ¿No veis cómo también las herejías oran, ayunan, dan limosnas, alaban a Cristo? Puedo decir que hay allí falsos profetas, de los que se dijo, "Hacen muchos signos y prodigios, para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos. Mirad que os lo he dicho de antemano" (Mateo 24, 24-25). Las espinas también hacen proezas: de qué proeza se dice, "¿No comimos y bebimos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchas virtudes?" (Mateo 7, 22, y Lucas 13, 26). Comimos y bebimos, no diría de cualquier comida: sabéis de qué pudo decir, ya sea comida o bebida. Y hicimos muchas virtudes. Muchas hijas hacen proezas, no lo negamos: y las espinas tienen flor, pero no tienen fruto. Pero esta a quien se le dijo, "Tú las superaste y te pusiste sobre todas", ¿de dónde las superó, sino porque no solo tiene flor, sino también fruto?

CAPÍTULO XVIII.

28. ¿Qué fruto tiene? ¿De dónde las superó? Decídmelo. Os muestro un camino más excelente. ¿Qué camino más excelente? Porque de ahí las superó esta, de ahí se puso sobre

todas. Si hablo lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Hablar en lenguas, esas proezas pertenecen a las flores. Si supiera todos los misterios y toda la ciencia, y tuviera toda la profecía y toda la fe, de modo que trasladara montañas, (¡qué proeza!) pero no tengo caridad, nada soy. Escucha aún otras proezas, que pertenecen a la flor, no al fruto. Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (1 Cor. 12, 31, y 13, 3). Esta tiene ese camino más excelente, de donde se le dijo, "Muchas hijas hicieron proezas. Muchas hablaron en lenguas, conocieron todos los misterios, hicieron muchas virtudes, expulsaron demonios, distribuyeron sus bienes a los pobres, entregaron sus cuerpos a los fuegos. Están por debajo de ti, porque no tuvieron caridad. Pero tú las superaste y te pusiste sobre todas: no solo floreciendo, sino también abundante en fruto. Mira el mismo racimo, de dónde comienza. Cuando enumeraba las obras de la carne, "Fornicaciones", dice, "inmundicias, lujurias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, comilonas, borracheras, y cosas semejantes; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios": enumerando todas las espinas que serán arrojadas al fuego, "El fruto del Espíritu es", dice, "caridad"; y desde esta cabeza, desde esta como raíz, se tejen las demás, "Gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5, 19-23). ¿De dónde es hermoso este racimo? Porque cuelga de la caridad. Muchas hijas hicieron proezas: pero tú las superaste y te pusiste sobre todas.

CAPÍTULO XIX.

29. ¿Qué quedó en ellas? Gracias falsas, y vana apariencia de mujer. Porque si no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, y címbalo que retiñe: nada soy, de nada me sirve. Son falsas, pues, las gracias, y vana la apariencia de mujer. La mujer sabia es bendecida. Esta que buscó qué entender, que guardó el entendimiento, esta sabia, esta es bendecida: no aquellas falsas apariencias, no aquella vana gracia. La mujer sabia es bendecida. El temor del Señor, ella misma lo alaba. Ella que es bendecida, alaba algo de donde es bendecida, porque es sabia. ¿Qué alaba? El temor del Señor, por el cual fue llevada a la sabiduría. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo 110, 10): El temor del Señor, ella misma lo alaba. Laboriosa tantas noches, paciente entre tantos escándalos, previsora para esperar, fuerte para soportar, constante para perseverar: terminados los trabajos, Dadle de los frutos de sus manos. Hizo, hizo: es digna de recibir. Dadle de los frutos de sus manos. ¿Qué dadle? Venid, benditos de mi Padre. Dadle de los frutos de sus manos. ¿Qué dadle? Recibid el reino que os está preparado desde la fundación del mundo. He aquí qué dadle. ¿De qué frutos de sus manos? Porque tuve hambre, y me disteis de comer (Mateo 25, 34-35). Dadle de los frutos de sus manos.

CAPÍTULO XX.

30. ¿Y qué negocio tendrá después, terminados los trabajos? Y su esposo será alabado en las puertas. Él será el puerto de nuestros trabajos, ver a Dios, y alabar a Dios. No se dirá allí: Levántate, trabaja, viste a los siervos, vístete a ti misma, adórnate de púrpura, da comida a los siervos, cuida que la lámpara no se apague, sé solícita, levántate de noche, abre la mano al pobre, pasa del huso al huso. No habrá obras de necesidad, donde no hay necesidad. No habrá obras de misericordia, donde no hay miseria. No partes el pan al pobre, donde nadie mendiga. No recibes al peregrino, donde todos viven en su patria. No visitas al enfermo, donde todos están perpetuamente sanos. No vistes al desnudo, donde todos están vestidos de luz eterna. No entierras al muerto, donde todos viven sin término. Y sin embargo, no haciendo estas

cosas, no haces nada: pues verás a quien deseaste, y sin defecto lo alabarás. Ese será tu fruto. Entonces será aquella única que pediste: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Y qué harás allí? Que contemple la delicia del Señor (Salmo 26, 4). Y su esposo será alabado en las puertas. Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo 83, 5).

SERMON XXXVIII. Sobre las palabras del Eclesiástico II, 1-5, Hijo, al acercarte al servicio de Dios, etc. Y sobre las palabras del Salmo XXXVIII, 7, Aunque el hombre camina en imagen, etc. Sobre la continencia y la paciencia.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Dos virtudes de esta vida. Hay dos cosas que en esta vida se nos prescriben como laboriosas, contenerse y soportar. Se nos ordena contenernos de lo que en este mundo se llaman bienes, y soportar lo que en este mundo abundan como males. Aquella se llama continencia, esta se llama paciencia: dos virtudes que purifican el alma, y la hacen capaz de la divinidad. En frenar las pasiones y cohibir los placeres, para que no seduzca lo que malamente halaga, y no debilite lo que se dice próspero, necesitamos continencia: no creer en la felicidad terrena, y buscar hasta el fin la felicidad que no tiene fin. Así como es de la continencia no creer en la felicidad del mundo: así es de la paciencia no ceder a la infelicidad del mundo. Sea que estemos en la abundancia de cosas, sea en la angustia, debemos esperar al Señor, que nos dé lo que verdaderamente es bueno y agradable, y aparte de nosotros lo que verdaderamente es malo.

2. Bienes y males comunes a buenos y malos. Escándalo por la felicidad de los malos. Los bienes de Dios que promete a los justos, se guardan para el final: y los males que amenaza a los impíos, se guardan para el final. Los bienes y males que se mueven y mezclan en el mundo, no los tienen solo los buenos, ni solo los malos. Cualquier bien que digas en este mundo, lo tienen los buenos, lo tienen los malos: como la misma salud del cuerpo, la tienen los buenos y los malos. Las riquezas las encuentras tanto en los buenos como en los malos. El éxito de los hijos, vemos que es un don común de buenos y malos. Una vida larga, algunos buenos viven mucho tiempo, algunos malos también viven mucho tiempo. Y cualquier otra cosa que quieras enumerar en este mundo como buena, la encuentras mezclada entre buenos y malos. De nuevo, cualquier cosa áspera, cualquier cosa triste, la sufren tanto los buenos como los malos; hambre, enfermedades, dolores, pérdidas, opresiones, orfandades: esta es la materia común de lágrimas para todos. Es fácil, pues, ver esto, que los bienes del mundo están tanto en los buenos como en los malos, y que los males del mundo los sufren tanto los buenos como los malos. Y por eso los pies de algunos titubean en el camino de Dios, y tratan de desviarse. Muchos se desvían y se apartan, cuando han decidido y propuesto en su mente servir a Dios para abundar en bienes terrenales y evitar los males. Pues cuando se han propuesto esto, y han establecido esta recompensa de su piedad y religión; cuando ven que trabajan, y los inicuos prosperan, como si hubieran perdido la recompensa, como si los hubiera engañado quien los llamó, como si en vano les hubiera impuesto la obra quien los engañó en la recompensa, renuncian a Dios. ¿Y a dónde se vuelven los miserables, apartándose de aquel por quien fueron hechos, y adhiriéndose a lo que fue hecho? Cuando lo que fue hecho comienza a perecer, ¿dónde estará el amante del tiempo, que perdió la eternidad?

CAPÍTULO II.

3. La fe es necesaria aquí. Tiempo de fe y tiempo de visión. Por tanto, por aquellos bienes que Dios no dará sino a los buenos, y por aquellos males que no se infligirán sino a los malos, ya que al final aparecerán ambos, Dios quiere que se le crea. ¿Cuál sería la recompensa de la fe, o incluso el nombre de la fe, si ya quisieras ver lo que sostienes? No debes, por tanto, ver lo que crees; sino creer lo que verás; creer mientras no ves, para que cuando veas no te avergüences. Creámoslo, pues, mientras es tiempo de fe, antes de que sea tiempo de visión. Así lo dice el Apóstol: Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: caminamos por fe (II Cor. V, 6, 7). Caminamos, pues, por fe, mientras creemos lo que no vemos: pero tendremos la visión cuando veamos cara a cara, tal como es. El tiempo de la fe y el tiempo de la visión también los distingue el apóstol Juan en su Epístola, diciendo: Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Este es el tiempo de la fe: vean el tiempo de la visión. Sabemos, dice, que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2).

4. Tiempo de fe laborioso. El tiempo de la fe es laborioso: ¿quién lo niega? Es laborioso, pero esta es la obra cuya recompensa es. No seas perezoso en la obra cuya recompensa deseas. Pues si tú mismo hubieras contratado a un trabajador, no le pagarías antes de que trabajara. Le dirías: Hazlo, y recibe; no te diría: Dame, y lo hago. Así también Dios. ¿No engañas a tu trabajador por temor a Dios; te engañará Dios a ti, que te manda no engañar a tu trabajador? Sin embargo, lo que prometiste puedes no dar; y si no hay en tu corazón dolo de falsedad, hay sin embargo en la fragilidad humana la dificultad de la escasez. ¿Qué temer de Dios, que no puede engañar, porque es la verdad, y abunda en todo, porque hizo todo?

CAPÍTULO III.

5. La fe es el primer mandamiento. La vida del hombre decrece al crecer. Creámosle, pues, a Dios, hermanos. Este es el primer mandamiento, este es el inicio de nuestra religión y vida: tener el corazón firme en la fe, y viviendo con el corazón firme en la fe, vivir bien, abstenerse de todas las seducciones, soportar los males temporales; y mientras aquellos halagan y estos amenazan, tener el corazón inquebrantable ante ambos, para no caer en aquellos, para no romperse en estos. Teniendo, pues, continencia, teniendo también paciencia, cuando los bienes temporales hayan pasado, y los males que se infligen no existan; tendrás todo bien, no tendrás ningún mal. Por eso, ¿qué se nos ha dicho en la lectura? Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación. Humilla tu corazón, y soporta; para que al final tu vida crezca. No como ahora, sino que al final tu vida crezca: para que al final tu vida crezca. ¿Cuánto, creemos, crece? Para que sea eterna. Pues ahora la vida humana, mientras se prolonga y parece prolongarse, decrece más bien que crecer. Presten atención y vean, razonen y vean que decrece. Nació el hombre: por ejemplo, Dios le ha concedido setenta años de vida: Decimos que su vida aumenta, creciendo. ¿Aumenta, o disminuye? He aquí que de setenta años ha vivido sesenta, quedan diez: se ha disminuido lo que se había propuesto; y cuanto más vive, menos le queda. Por eso, viviendo aquí, la vida decrece, no crece. Mantén lo que Dios te prometió, para que al final tu vida crezca.

CAPÍTULO IV.

6. Trabajan por sus deseos, no quieren trabajar por las promesas de Dios. Luego sigue lo que no se ha leído: Todo lo que te sea impuesto, acéptalo, y en el dolor soporta, y en tu humildad ten paciencia. Porque en el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el

horno de la humillación (Ecli. II, 1-5). Parece duro, te has desanimado. ¿No has perdido aquello que no se agota? Muchos sufren mucho por el dinero que perece, y tú no quieres sufrir por la vida que permanece. Así rechazas trabajar por las promesas de Dios, como si no trabajaras por tus deseos. ¿Cuánto sufren por su iniquidad los ladrones? ¿Cuánto sufren por sus crímenes los perdidos, por su maldad los lujuriosos, por su avaricia los comerciantes que cruzan el mar, confiando su cuerpo y alma a los vientos y tempestades, dejando lo suyo, corriendo hacia lo desconocido? Si un juez pronuncia el exilio, es un castigo: la avaricia ordena el exilio, y es alegría. ¿Qué cosa grande te manda la sabiduría, que no podría mandarte la avaricia? Y sin embargo, cuando la avaricia manda, lo haces. Y cuando haces lo que manda la avaricia, ¿qué tendrás? Una casa llena de oro y plata. ¿No has leído, Aunque en imagen camina el hombre, sin embargo, en vano se turba; atesora, y no sabe para quién lo recoge? ¿Por qué entonces cantaste y dijiste a Dios, Escucha mis lágrimas (Sal. XXVIII, 7, 13)? ¿Por qué no escuchas con tus oídos sus palabras, de quien quieres que escuche tus lágrimas? Si acusas tu avaricia, te invitará a su sabiduría. Pero cuando aceptes el yugo de la sabiduría, ¿será laborioso? Laborioso, ciertamente: pero mira con qué fin, con qué recompensa. ¿Acaso no sabes para quién recoges lo que acumulas por la sabiduría? Lo recoges para ti. Despierta, despierta, ten el corazón de la hormiga (Prov. VI, 6). Es tiempo de verano, recoge lo que te sirva para el invierno. Cuando te va bien, entonces aprende de qué sostenerte cuando te vaya mal. Te va bien, es verano: no seas perezoso, recoge granos del campo del Señor, palabras de Dios de la Iglesia de Dios, y guárdalas dentro de tu corazón. Ahora te va bien: vendrá también cuando te vaya mal. A todo hombre le vendrá la tribulación: y aunque tenga todas las cosas terrenales, ciertamente cuando comience a morir, pasa por la tribulación a otra vida. ¿Quién es el que dice, Me irá bien, y no moriré?

CAPÍTULO V.

7. El temor a la muerte es una tribulación continua para el hombre rico. Aunque, si amas la vida, y temes la muerte, el mismo temor a la muerte es un invierno diario. Y el temor a la muerte pica más cuando nos va bien. Pues cuando nos va mal, no tememos la muerte. Cuando nos va bien, entonces tememos más la muerte. Por eso aquel rico, a quien mucho deleitaban sus riquezas (pues tenía grandes riquezas y grandes posesiones), creo que era interpelado por el temor a la muerte, y entre los placeres se consumía. Pues pensaba que dejaría aquellos bienes; había acumulado, y no sabía para quién: y deseaba algo eterno, y vino al Señor, y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Me va bien, pero se desliza lo que tengo; me va bien, pero de repente no tendré lo que tengo: dime cómo tendré lo que siempre será; dime cómo llegaré a lo que no perderé. Y el Señor le dijo: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Preguntó cuáles mandamientos. Escuchó. Respondió que desde su juventud había guardado todos. Le dijo el Señor, consejero de la vida eterna: Una cosa te falta; si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. No dijo, Pierde; sino, vende y ven, sígueme (Mat. XIX, 16-22). Aquel que se deleitaba en sus riquezas, y por eso preguntaba al Señor qué bien haría para tener la vida eterna, porque deseaba pasar de placeres a placeres, y temía dejar aquellos en los que se deleitaba, se fue triste a sus tesoros terrenales. No quiso creer al Señor que puede guardar en el cielo lo que perecerá en la tierra. No quiso ser un verdadero amante de su tesoro. Al retenerlo mal, lo perdió: al amarlo mucho, lo perdió. Pues si lo amara bien, migraría al cielo, donde él mismo lo seguiría después. Dios le mostró la casa donde migraría, no el lugar donde lo perdería: pues siguió diciendo, Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Id. VI, 21).

CAPÍTULO VI.

8. Las riquezas se ponen a salvo cuando se distribuyen. La limosna es un préstamo piadoso a Dios. Pero, ¿quieren los hombres ver sus riquezas? Hagan que las atesoren en la tierra, ¿acaso no temen que se vean sus riquezas? Las desentierran y las cubren y las tapan: y cuando las han tapado y cubierto, ¿acaso ven lo que tienen? Ni él mismo lo ve: desea que permanezcan ocultas, teme que se descubran. Quiere ser rico en apariencia, no en verdad. ¿Acaso basta tener en la conciencia lo que guarda en la tierra? ¡Oh, cuánto mayor y mejor será tu conciencia si lo guardas en el cielo! Aquí, cuando lo entierras en la tierra, temes que lo sepa tu siervo y lo robe y huya: aquí temes que te lo robe tu siervo; allí no temes, porque bien te lo guarda tu Señor. Pero tengo, dices, un siervo fiel, que lo sabe y no lo traiciona, y no lo roba. Compáralo con tu Señor. Si has encontrado un siervo fiel, ¿cuándo te ha engañado tu Señor? Aunque tu siervo no pueda robarlo, puede perderlo: tu Señor no puede ni robarlo ni perderlo, ni permite que se pierda. Te lo guarda, te queda; te libera, te hace permanecer; no te perderá, ni perderá lo que le encomiendes. Ven, dice, toma lo que has puesto en mí. Lejos de eso. No te dice eso Dios. Yo, te dice, que te prohibí prestar con usura, he tomado prestado de ti. Querías crecer con usura, y dabas al hombre para que te devolviera más, cuando recibía contento, y cuando devolvía llorando. Eso querías, y yo te lo prohibía: pues dije, Quien no da su dinero a usura (Sal. XIV, 5). Te prohibía la usura: te ordeno un préstamo, préstame a mí. Esto te dice tu Señor: Quieres dar poco, y recibir mucho: deja al hombre, que llora cuando exiges; encuéntrame a mí, que me alegro cuando devuelvo. Aquí estoy: da, y toma; en el tiempo de la devolución te lo devolveré. ¿Y qué te devolveré? Diste poco, toma mucho: diste terrenal, toma celestial: diste temporal, toma eterno: diste lo mío, tómame a mí mismo. Pues, ¿qué diste, sino de lo que recibiste de mí? ¿No te devuelvo lo que diste, quien te di de dónde dar? quien te di a ti mismo para que dieras; quien te di a Cristo a quien dar, quien te dijera, Cuando lo hiciste a uno de mis más pequeños, a mí me lo hiciste (Mat. XXV, 40). He aquí a quien das, alimenta y tiene hambre por ti: da, y necesita. Cuando da, quieres recibir: cuando necesita, no quieres dar. Cristo necesita, cuando el pobre necesita: quien está preparado para dar vida eterna a todos los suyos, en cada pobre se ha dignado recibir temporalmente.

CAPÍTULO VII.

9. Las riquezas deben enviarse al cielo. Los pobres, portadores. Y da consejo sobre dónde migrar: pues ha dado consejo sobre dónde debes migrar. Migra de la tierra al cielo, para no perder. Pues muchos han perdido lo que guardaban, y ni así han aprendido a ponerlo en el cielo. Si acaso alguien te dijera: Migra tus riquezas de Occidente a Oriente, si no quieres que perezcan; te agitarías, trabajarías, te esforzarías, atenderías cuánto tienes, verías que por la multiplicidad de tus cosas no puedes migrar fácilmente a lo lejano: y tal vez llorarías, porque te verías obligado a ir, y no encontrarías cómo llevar contigo lo que has recogido. A lugares más lejanos te ha mandado migrar, quien no dijo: Migra de Occidente a Oriente; sino, Migra de la tierra al cielo. Te agitas, como si te pareciera sufrir una mayor dificultad, y te dices: Si no encontraba bestias y naves, con las que migrar de Occidente a Oriente; ¿cómo encontraré escaleras, con las que migrar de la tierra al cielo? No te esfuerces, dice Dios, no te esfuerces: quien te hizo rico, quien te dio lo que dieras, te hizo a los pobres como portadores. Si, por ejemplo, encontraras a alguien necesitado de más allá del mar, o a donde quisieras ir, encontraras de allí a algún ciudadano sufriendo necesidad, te dirías: Este ciudadano es de donde yo quiero ir; necesita aquí, le doy lo que allí me devuelva. He aquí que el pobre necesita aquí, es ciudadano del reino de los cielos: ¿qué dudas en hacer un envío? Pues si dan quienes lo hacen, para recibir más, cuando llegan a aquellos lugares de donde es quien recibió; hagámoslo también nosotros.

CAPÍTULO VIII.

10. La fe en el corazón, como Cristo durmiendo en la nave, debe ser despertada. Esto se hace, si creemos, si despertamos la fe. Pues en vano nos turbamos. ¿Por qué nos turbamos en vano? Porque con Cristo durmiendo en la nave, casi naufragaron los discípulos. Jesús dormía, y los discípulos se turbaban. Los vientos rugían, las olas se levantaban, la nave se hundía (Mat. VIII, 23-27). ¿Por qué? Porque Jesús dormía. Así también tú, cuando las tempestades de las tentaciones rugen en este mundo, tu corazón se turba, como tu nave. ¿Por qué, sino porque duerme tu fe? Pues así dice el apóstol Pablo, que Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Efes. III, 17). Despierta, pues, a Cristo en tu corazón, que despierte tu fe, que se tranquilice tu conciencia, y se salvará tu nave. Siente, pues, que quien prometió es veraz. Aún no lo ha mostrado; porque aún no es tiempo de mostrarlo. Sin embargo, ya ha mostrado muchas cosas: prometió a su Cristo, y lo dio: prometió su resurrección, y la dio: prometió su Evangelio, y lo dio: prometió que su Iglesia se difundiría por todo el mundo, y lo dio: predijo las mismas tribulaciones y montones de calamidades en las cosas humanas, y lo mostró. ¿Cuántas cosas quedan? Se cumplen las que fueron prometidas, se cumplen las que fueron predichas: ¿y dudas que venga lo que queda? Entonces deberías temer, si no vieras lo que fue predicho. Hay guerras, hay hambres, hay destrucciones. Reino sobre reino, hay terremotos, hay acumulaciones de calamidades, abundancia de escándalos, frialdad de la caridad, abundancia de iniquidad. Todo esto léelo, fue predicho. Léelo, ve que todo lo que ves fue predicho: y cree que verás lo que aún no ha venido, contando cuántas cosas han venido. Pero tú, viendo a Dios mostrar lo que predijo, ¿no crees que dará lo que prometió? Allí debes creer, donde comenzaste a turbarte.

11. El mundo abandona a sus amantes. Si es el fin del mundo, hay que migrar del mundo, no amar al mundo. He aquí que el mundo se turba, y se ama al mundo. ¿Qué, si el mundo estuviera tranquilo? ¿Cómo te aferrarías al hermoso, quien así abrazas al feo? ¿Cómo recogerías sus flores, quien no retiras la mano de las espinas? No quieres dejar el mundo, el mundo te deja, y sigues al mundo. Limpiemos, pues, el corazón, queridos: y no perdamos la paciencia; sino que recibamos la sabiduría, y mantengamos la continencia. Pasa el trabajo, viene el descanso: pasan los falsos placeres, y viene el bien que anhela el alma fiel, por el cual arde y suspira todo peregrino en el mundo: patria buena, patria celestial, patria de la contemplación de los Ángeles; patria donde ningún ciudadano muere, donde ningún enemigo es admitido; patria donde tendrás a Dios eterno como amigo, donde no temerás a ningún enemigo.

SERMON XXXIX. De lo que está escrito en el Eclesiástico, V, 8, 9, No tardes en convertirte a Dios, ni difieras de día en día. Y de las palabras del Apóstol, I Tim. VI, 7-19, Nada trajimos a este mundo, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La conversión no debe diferirse.---Hemos escuchado, hermanos, al Señor diciendo por el profeta: No tardes en convertirte a Dios, ni difieras de día en día. Porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá. Te ha prometido que el día en que te conviertas, olvidará tus males pasados: pero, ¿acaso te ha prometido la vida del día de mañana? ¿O acaso no te la ha prometido Dios, y te la ha prometido el astrólogo, para que Dios condene a ambos, a ti y a él? Dios ha establecido sabiamente el día incierto de la muerte: cada uno debe pensar sabiamente en su último día. Es misericordia de Dios que el hombre no sepa cuándo morirá. El último día está oculto, para que se observen todos los días.

2. Desprecio del mundo. Pero el mundo retiene, las seducciones halagan por todas partes; deleita la magnitud del dinero, deleita el brillo del honor, deleita el terror del poder: deleitan estas cosas; pero escuchemos al Apóstol: Nada trajimos a este mundo, y tampoco podemos llevarnos nada. El honor debe buscarse a ti, no tú a él. Pues debes sentarte en el lugar más humilde, para que quien te invitó te haga ascender a un lugar más honorable (Luc. XIV, 10). Pero si no quiere, donde te sientas, come: porque nada trajiste a este mundo. ¿Te parece poco que comas de lo ajeno? Siéntate donde sea, y come. Dirás, De lo mío. Escucha al Apóstol: Nada trajimos a este mundo. Viniste al mundo, encontraste la mesa llena. Pero del Señor es la tierra y su plenitud (Sal. XXIII, 1).

CAPÍTULO II.

3. Qué peligrosa es la codicia de las riquezas.---Porque los que quieren, dice, hacerse ricos. No dijo, Los que son ricos; sino, Los que quieren hacerse ricos: acusó los deseos, no las posesiones. Los que quieren hacerse ricos, caen en tentación y en muchos deseos necios y dañinos, que hunden a los hombres en la ruina y la perdición. El dinero deleita, ¿no temes esto? El dinero es algo bueno, el dinero en abundancia es algo bueno. Caen en tentación: ¿no temes? Caen en muchos deseos necios y dañinos: ¿no temes? Teme a dónde conducen los deseos. ¿Qué es, a dónde conducen? Que hunden, dice, a los hombres en la ruina y la perdición. ¿Y aún estás sordo? ¿No temes la ruina y la perdición? ¿Así truena Dios, y tú duermes?

4. El gusano de las riquezas es la soberbia. Además, el Apóstol dio un consejo a aquellos que ya son ricos: "Manda", dice, "a los ricos de este mundo que no sean altivos". El gusano de las riquezas es la soberbia. Es difícil que no sea soberbio quien es rico. Quita la soberbia, y las riquezas no harán daño. Pero presta atención a lo que debes hacer con ellas, para que no quede ocioso en ti lo que Dios te ha dado. No seas altivo: elimina este vicio. Ni pongas tu esperanza en la incertidumbre de las riquezas: elimina también este vicio. Una vez que hayas eliminado estos, practica buenas obras. ¿Cuáles? Escucha: "Sean ricos", dice, "en buenas obras, no pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas". ¿Pero en qué deben poner su esperanza? En el Dios vivo que nos da todo en abundancia para disfrutar. Dios provee al pobre, y también al rico. ¿Acaso porque es rico va a llenar dos estómagos? Observa y verás que de los dones de Dios los pobres duermen satisfechos. Quien os alimenta a vosotros, también los alimenta a ellos a través de vosotros.

CAPÍTULO III.

5. Uso de las riquezas en buenas obras. Por lo tanto, no se debe amar el dinero: pero si ya se tiene, que se haga esto con él. Sean ricos, aquellos que lo tienen. ¿Pero dónde ricos? En buenas obras. "Que den con facilidad", dice, "que compartan". Aquí ya la avaricia se contrae, cuando escucha "que den con facilidad, que compartan": como si se vertiera agua fría, se endurece, cierra el seno y dice: "No pierdo mis trabajos". Infeliz, ¿no quieres perder tus trabajos? He aquí que morirás, y quien nada trajo aquí, nada puede llevarse de aquí: cuando no te lleves nada, ¿no habrás perdido todos tus trabajos? Escucha, pues, el consejo de Dios. No te asustes porque dijo: "Que den con facilidad, que compartan". Escucha lo que sigue. Espera, no cierres la puerta contra mí, ni el acceso a tu corazón; espera. ¿Quieres saber que "den con facilidad, que compartan", porque no perderás, y esto solo no perderás? "Que atesoren", dice, "para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la vida

verdadera". Por lo tanto, esta vida que te deleita es una vida falsa: como si vivieras en sueños aquí. Si aquí vives como en sueños, despertarás cuando mueras, y así no tendrás nada que encontrar en tus manos. Como si un mendigo durmiera, y en sueños le llegara una herencia; nada más feliz que él antes de despertar. Se ve a sí mismo en sueños manejando con sus manos ropas espléndidas, preciosos vasos de oro y plata, entrando en las más agradables y amplias propiedades, grandes familias a su servicio: despierta y llora. Y así como despierto acusa al hombre que lo despojó, así acusa al que lo despertó. Claramente habló de esto el Salmo: "Durmieron su sueño, y nada encontraron todos los hombres de riquezas en sus manos" (Salmo 75, 6), después de que terminaron su sueño.

CAPÍTULO IV.

6. Con qué medida y fin deben hacerse las limosnas.---Porque, por lo tanto, nada trajiste, nada te llevarás de aquí. Envía hacia arriba lo que encuentres, y no lo perderás. Da a Cristo: porque Cristo quiso recibir aquí. Da a Cristo, y no pierdes. No pierdes si encomiendas a tu siervo; ¿y pierdes si encomiendas a tu Señor? No pierdes si encomiendas a tu siervo lo que adquiriste; ¿y pierdes si encomiendas a tu Señor lo que recibiste de tu mismo Señor? Cristo quiso necesitar aquí, pero por nosotros. Todos los pobres que veis; Cristo pudo alimentarlos, como alimentó a Elías por medio del cuervo: sin embargo, también a Elías le retiró el cuervo, para que fuera alimentado por una viuda, no por Elías, sino por la viuda (1 Reyes 17, 6). Cuando, por lo tanto, Dios hace pobres, porque Él no quiere que ellos tengan; cuando hace pobres, prueba a los ricos. Pues así está escrito: "El pobre y el rico se encontraron". ¿Dónde se encontraron? En esta vida. Nació aquel, y también nació este: se encontraron, se encontraron. ¿Y quién los hizo a ambos? El Señor (Proverbios 22, 2). Al rico, para que ayudara al pobre; al pobre, para que probara al rico. Que cada uno haga según sus fuerzas: no lo haga de tal manera que él mismo sufra estrecheces. No decimos esto. Tus superfluos son necesarios para otro. Acabáis de escuchar, cuando se leía el Evangelio: "Cualquiera que dé un vaso de agua fría a uno de estos pequeños por mí, no perderá su recompensa" (Mateo 10, 42). Propuso el reino de los cielos a la venta, y quiso que su precio fuera un vaso de agua fría. Pero cuando el que hace limosnas es pobre, entonces sus limosnas deben ser un vaso de agua fría. Quien tiene más, que haga más. Aquella viuda dio de sus dos moneditas (Marcos 12, 42): Zaqueo dio la mitad de sus bienes, y para devolver sus fraudes, reservó la otra mitad (Lucas 19, 8). Las limosnas benefician a aquellos que han cambiado de vida. Das a Cristo necesitado, para redimir tus pecados pasados. Pues si das para que te sea permitido pecar siempre impunemente; no alimentas a Cristo, sino que intentas corromper al juez. Por lo tanto, haced limosnas para que vuestras oraciones sean escuchadas, y Dios os ayude a cambiar vuestra vida para mejor. Y quienes cambian esa misma vida, cámbienla para mejor; para que por las limosnas y oraciones se borren vuestros males pasados, y vengan los futuros bienes eternos.

SERMON XL. Sobre el mismo pasaje del Eclesiástico V, 8, No tardes en convertirte a Dios, etc. Sobre aquellos que difieren la conversión de día en día, de los cuales unos perecen por esperar mal, otros por desesperar.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué significa esperar al Señor. Frecuentemente, hermanos, hemos cantado con el salmista: "Espera al Señor, actúa con valentía; y se fortalecerá tu corazón, y espera al Señor" (Salmo 26, 14). ¿Qué significa "Espera al Señor"? Que recibas cuando Él dé; no exijas cuando quieras. Aún no es tiempo de dar: Él te esperó, espéralo tú. ¿Qué significa lo que dije, Él te

esperó, espéralo tú? Si ya vives justamente, si ya te has convertido a Él, si tus obras pasadas ya no te agradan, si ya has decidido elegir una vida buena y nueva; no te apresures a exigir. Él te esperó para que cambiaras tu mala vida: espéralo tú para que corone tu buena vida. Pues si Él no te hubiera esperado, no habría a quién dar. Espera, pues, porque has sido esperado.

2. Diferir la conversión, unos por esperar, otros por desesperar. Pero tú que no quieres corregirte, oh quienquiera que seas aquí que aún no quieres corregirte; como si fuera uno solo: más bien debí decir, Quienesquiera que estéis aquí. Sin embargo, tú que estás aquí, que no has decidido corregirte: hablaré como si fuera a uno solo, Quienquiera que no quiera corregirse, ¿qué te prometes? ¿Pereces por desesperar, o por esperar? Quienquiera que perezcas por desesperar, dices esto en tu corazón: Mi iniquidad está sobre mí, me consumo en mis pecados; ¿qué esperanza tengo de vivir? Escucha al profeta diciendo: "No quiero la muerte del impío; solo que el impío se convierta de su mal camino, y viva" (Ezequiel 33, 11). Quien perezcas por esperar, dices esto en tu corazón: Dios es bueno, Dios es misericordioso, perdona todo, no devuelve mal por mal. Escucha al Apóstol diciendo: "¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento?" (Romanos 2, 4).

3. Muchos difieren por esperar mal. ¿Qué queda entonces? Porque si hemos logrado algo contigo, si ha entrado en tu corazón lo que dije; veo qué me respondes. Es verdad, ni desespero para perecer por desesperar; ni espero mal para perecer por esperar. No me digo: Mi iniquidad está sobre mí, ya no tengo esperanza. Ni me digo aquello: Dios es bueno, no devuelve mal a nadie. Ni digo eso, ni digo aquello: me presiona el Profeta, me presiona el Apóstol.

CAPÍTULO II.

¿Y qué dices? Aún viviré un poco de tiempo como quiero. Estos son los que nos fatigan: son muchos, son molestos. Aún viviré un poco de tiempo como quiero, después cuando me corrija, ciertamente es verdad lo que dijo el Profeta, "No quiero la muerte del impío; solo que el impío se convierta de su mal camino, y viva". Cuando me haya convertido, borraré todos mis males: ¿por qué no añadir algo a mis placeres, y vivir cuanto quiero, como quiero, después me convertiré a Dios?

4. No se debe diferir el arrepentimiento para mañana. ¿Por qué dices esto, hermano? ¿por qué? Porque Dios prometió indulgencia, si me cambio. Veo, sé, Dios prometió indulgencia; por el santo Profeta lo promete, y por mí, su mínimo siervo, lo promete, es verdad lo que promete, lo prometió por su único Hijo. Pero ¿por qué quieres añadir días malos a días malos? Basta a cada día su malicia (Mateo 6, 34). Mal día el de ayer, malo también el de hoy, malo también el de mañana. ¿O piensas que son buenos días, cuando satisfaces tus placeres, cuando alimentas tu corazón en lujurias, cuando acechas la castidad ajena, cuando con fraude entristeces a tu prójimo, cuando niegas lo encomendado, cuando juras en falso por dinero? ¿Cuando te das un buen banquete, piensas que llevas un buen día? ¿Cómo puede ser un buen día, cuando el hombre es malo? ¿Quieres añadir días malos a días malos?

5. Se trata el mismo argumento. Te ruego, un poco, dice, se me conceda. ¿Por qué? Porque Dios me prometió indulgencia.

CAPÍTULO III.

Pero nadie te prometió que vivirás mañana. O léeme, como lees al Profeta, al Evangelio, al Apóstol, que cuando te conviertas, Dios borrará todas tus iniquidades: léeme dónde se te prometió el día de mañana, y vive mañana mal. Aunque, hermano mío, no debí decirte esto. Tal vez tu vida será larga: si será larga, que sea buena. ¿Por qué quieres tener una vida larga y mala? O no será larga; y aquella larga debe deleitarte, la que no tiene fin: o será larga; ¿y qué mal habrá, porque viviste mucho tiempo bien? ¿Tú quieres vivir mucho tiempo mal, no quieres vivir bien? Y sin embargo, nadie te prometió el día de mañana. Corrígete, escucha la Escritura: "No tardes en convertirte a Dios". Estas palabras no son mías: pero también son mías. Si amo, son mías: amad, y serán vuestras. Este sermón que ahora digo, es de la Escritura sagrada: si lo desprecias, es tu adversario. Pero escucha al Señor diciendo: "Concíliate con tu adversario pronto" (Mateo 5, 25). Escuchen todos, recito palabras de la Escritura divina. Oh mal dilatador, oh mal apetedor del mañana, escucha al Señor diciendo, escucha a la Escritura santa predicando. De este lugar soy centinela. No tardes en convertirte a Dios, ni difieras de día en día. Mira si no los vio, mira si no los observó a aquellos que dicen: Mañana viviré bien, hoy viviré mal. Y cuando llegue mañana, esto dirás. No tardes en convertirte a Dios, ni difieras de día en día. Porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá. ¿Acaso yo escribí esto? ¿Acaso puedo borrarlo? Si lo borro, temo ser borrado. Puedo callarlo: temo callarlo. Me veo obligado a predicar: aterrado, aterro. Teman conmigo, para que se alegren conmigo. No tardes en convertirte a Dios. Señor, mira que digo: Señor, sabes que me aterrorizaste, cuando se leía tu Profeta. Señor, sabes en esa cátedra mi temor, cuando se leía tu Profeta. He aquí que digo: No tardes en convertirte a Dios, ni difieras de día en día. Porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá. Pero no quiero que te pierdas.

CAPÍTULO IV.

6. Despertar al enfermo aunque no quiera. No me digas: Quiero perderme: porque yo no quiero. Es mejor, por lo tanto, mi "No quiero", que tu "Quiero". Si tu padre enfermo de letargo estuviera entre tus manos, y tú estuvieras presente, joven, al anciano enfermo, y dijera el médico: Tu padre está en peligro; este sueño es una cierta pesadez letal; obsérvalo, no lo dejes dormir; si lo ves dormir, despiértalo; si es poco despertarlo, pellízcalo; si esto también es poco, pínchalo, para que no muera tu padre: estarías presente, joven, al anciano molesto. Él, resuelto en una dulce enfermedad, iría, sus ojos cerrados por esa pesadez, tú en cambio clamarías a tu padre: No duermas. Y él: Déjame, quiero dormir. Y tú: Pero el médico dijo, Si quiere dormir, que no duerma. Y él: Te ruego, déjame, quiero morir. Pero yo no quiero, dice el hijo al padre. ¿A quién? A quien desea morir. Y sin embargo, quieres diferir la muerte de tu padre, y vivir un poco más con tu anciano padre moribundo. El Señor te clama: No duermas, para que no duermas para siempre; despierta, para que vivas conmigo, y tengas un padre que no entierres. Escuchas, y eres sordo.

7. No hay seguridad, sino de Dios.---¿Qué he hecho yo, centinela? Estoy libre, no os agravio. Sé que algunos dirán: ¿Qué quiso decirnos? Nos aterrorizó, nos agravó, nos hizo culpables. Más bien quise liberarte de la culpa. Es feo, es vergonzoso: no quiero decir malo, no quiero decir peligroso, no quiero decir destructivo: es vergonzoso que te engañe, si Dios no me engaña.

CAPÍTULO V.

El Señor amenaza con muerte a los impíos, a los más malvados, a los fraudulentos, a los criminales, a los adúlteros, a los buscadores de placeres, a sus despreciadores, a los que

murmuran de los tiempos y no cambian sus costumbres: el Señor les amenaza con muerte, les amenaza con infiernos, les amenaza con destrucción eterna. ¿Qué quieren, que yo prometa lo que Él no promete? He aquí que el procurador te da seguridad: ¿de qué te sirve, si el dueño de la casa no la acepta? Soy procurador, soy siervo: ¿quieres que te diga, Vive como quieras, el Señor no te perderá? El procurador te dio seguridad: la seguridad del procurador no vale nada. ¡Ojalá el Señor te la diera, y yo te hiciera solícito! Porque la seguridad del Señor vale, aunque yo no quiera; pero la mía no vale nada, si Él no quiere. Pero, hermanos, ¿cuál es la seguridad, ya sea mía o vuestra, sino que escuchemos atentamente y diligentemente los mandatos del Señor, y esperemos fielmente sus promesas? En esto nos fatigamos, porque somos hombres: imploramos su ayuda, gemamos hacia Él. Nuestras oraciones no sean por cosas seculares pasajeras, transitorias, y que se desvanecen como vapor: sino que nuestras oraciones sean por la misma justicia a cumplir, y santificación por el nombre de Dios: no por vencer al vecino, sino por vencer la lujuria: no por sanar la carne, sino por domar la avaricia. De esto sean nuestras oraciones: que nos ayuden internamente luchando, para que nos coronen venciendo.

SERMON XLI. Sobre lo que está escrito en el Eclesiástico XXII, 28, Guarda la fe con tu prójimo en su pobreza, para que también disfrutes de sus bienes.

1. La fe debe guardarse al amigo en su pobreza. Cuando se leían las Escrituras divinas, de cuyas sentencias todas ahora no podemos hablar, noté una sentencia, brevísima en número de palabras, pero amplísima en peso de sentido, de la cual elegí, con la ayuda del Señor, servir a esta gran expectativa de vuestra Caridad, según la mediocridad de nuestras fuerzas, y ministraros del almacén del Señor, de donde también yo vivo con vosotros. Esta es, pues, la sentencia de la que hablo: "Guarda la fe con tu prójimo en su pobreza, para que también disfrutes de sus bienes". Aceptemos esto primero como parece sonar simplemente, como pueden entenderlo todos, incluso quienes no investigan los secretos más profundos de las Escrituras divinas. "Guarda", dice, "la fe con tu prójimo en su pobreza, para que también disfrutes de sus bienes". Es verdad, dice quien lo escuchó simplemente: cuando un amigo es pobre, no se le debe romper la fe; se debe permanecer con él, y no cambiar la amistad por el cambio de fortuna; sino guardar la fe, con la voluntad firme. Pues si mi amigo, cuando era rico, fue mi amigo; cuando es pobre, ¿no es mi amigo? No él fue mi amigo, sino su oro. Pero si mi amigo fue el hombre mismo; tanto con el oro presente, como con el oro ausente, él es quien fue: ¿por qué, entonces, ahora no sea amigo, quien aunque haya perdido el tesoro, no ha perdido el ánimo? Si comprara un caballo, despojado de adornos y silla, tal vez no lo despreciaría desnudo; ¿y el amigo que me agradó vestido, me desagradó despojado? Bien, pues, la Escritura divina ordena, muy saludablemente y de manera muy adecuada a las costumbres de los hombres, "Guarda la fe con tu prójimo en su pobreza".

2. Con qué esperanza se debe guardar la fe al amigo pobre.---Para que también disfrutes de sus bienes. ¿Qué, entonces? Al acercarnos a la parte posterior de esta sentencia, ¿tendremos tal pensamiento sobre el amigo, que nos digamos: Se debe permanecer con él y guardar la fe en su pobreza, para que también disfrutemos de sus bienes? Pues será rico quien ahora es pobre, y no te admitirá a sus riquezas, cuya pobreza antes despreciaste con soberbia. Guarda, pues, la fe con él, incluso cuando es pobre, para que también disfrutes de sus bienes, cuando le lleguen las riquezas, y te alegres con él en ellas. Guarda la fe con él: es pobre, pero tiene una gran posesión, la fe. Quien preparabas con él y querías poseer la tierra, si tuviera tierra, que poseyeráis juntos, ¿cuánto más firmemente posees con él la fe? Pues tal vez tu amigo es de tal manera, que algún malvado le pueda quitar la posesión: ¿acaso podrá quitarle la fe?

¿Qué es, entonces, "Para que también disfrutes de sus bienes"? Sin duda, porque de pobre podrá hacerse rico, y disfrutarás de sus riquezas, porque no despreciaste su pobreza.

3. No por la esperanza de una futura felicidad temporal. La primera parte de esta sentencia, según este entendimiento popular, me agrada: sin embargo, confieso que la segunda parte me ofende. Pues si permaneces con un amigo en su pobreza para disfrutar de sus riquezas cuando sea rico, aún no amas al amigo, sino algo más en el amigo. La fe y la esperanza son dos buenas amigas, y la caridad es mayor que ellas. Dice el Apóstol: "Permanecen estas tres, la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad: seguid la caridad" (1 Cor. XIII, 13, XIV, 1). Pregunto entonces al amigo sobre el amigo. Dime, te ruego, ¿posees fe con él en su pobreza? Claramente, dice: pues he escuchado esto en la Sagrada Escritura, lo he guardado en mi corazón y lo he almacenado en mi memoria; lo recuerdo con gusto, y con más gusto lo hago. Pues he escuchado la santa palabra: "Posee fe con tu prójimo en su pobreza". Y yo: ¿Por qué haces esto? ¿Es por lo que sigue, "Para que también disfrutes de sus bienes"? ¿Qué esperas entonces? "Para que cuando sea rico y los bienes lleguen, me admita a sus bienes, porque no desprecié sus males". Permíteme entonces seguir preguntando un poco más. ¿Qué si aquel con quien posees fe en la pobreza nunca será rico? ¿Qué si será pobre hasta la muerte? ¿Perecerá la fe porque la esperanza fue engañada? ¿Porque no podrás poseer oro con el rico, te arrepentirás de haber poseído fe con el pobre? Si tiene sentido humano, o más bien si tiene sentido verdadero, se turbará con esta pregunta y me dirá: "Dices la verdad. Es bueno poseer fe con el prójimo; pero si dices, 'La fe se posee con el prójimo pobre para llegar a sus riquezas, para tener comunión con él en ellas', sin duda cuando este pobre muera, y no lleguen las riquezas esperadas, nos arrepentiremos de todo ese bien, y lo que bien mezclamos, mal lo derramaremos". Ves entonces que esta sentencia debe ser examinada más profundamente, no como puede entenderse vulgarmente, sino como está establecida por la autoridad divina, para insinuarnos, ordenarnos, mandarnos algo grande, donde nuestra esperanza no sea defraudada, para que no nos arrepintamos de haber poseído fe. No podrás llegar a nuestra sentencia de esa manera.

4. La historia de Lázaro y el rico muestra lo mismo. No se debe esperar la compañía del pobre en la felicidad eterna para el rico que lo ha despreciado aquí. Por lo tanto, observa a ese pobre Lázaro yaciendo ante la puerta del rico. Este pobre estaba miserablemente enfermo: ni siquiera tenía la salud del cuerpo, que es el patrimonio del pobre. También estaba lleno de llagas, y los perros lamían sus llagas. Había en esa casa un rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente todos los días, y no quería poseer fe con el pobre. Con razón el Señor Jesús, amante y dador de fe, prestó más atención a la fe misma en el pobre que al oro y las delicias en el rico: prestó más atención a la posesión del pobre que a la elevación del rico. Pues por eso nombró a ese pobre; pero juzgó que el nombre del rico debía callarse. "Había un hombre rico", dice, "que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente todos los días; pero había un pobre llamado Lázaro". ¿No parece que recitó de un libro donde encontró escrito el nombre del pobre, pero no el del rico? Pues ese libro era de los vivos y justos, no de los soberbios e inicuos. El rico era nombrado por los hombres, el pobre era callado: al contrario, el Señor nombró al pobre, calló al rico. Por lo tanto, el rico no quiso poseer fe con el pobre. Ambos murieron. Sucedió que el pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico murió y fue sepultado (pues tal vez aquel ni siquiera fue sepultado): y cuando en el infierno, como leemos, estaba en tormentos, levantó sus ojos desde lejos; y vio al pobre en el seno de Abraham, a quien había despreciado ante su puerta. No pudo tener descanso común con él, con quien no quiso tener fe común. "Padre Abraham", dijo, "envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua,

porque estoy atormentado en esta llama". Se le respondió: "Recuerda, hijo, que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro males: ahora él es consolado aquí, y tú atormentado. Y además de todo esto, hay un gran abismo entre nosotros y vosotros, para que nadie pueda pasar de nosotros a vosotros, ni de vosotros a nosotros". Vio que se le negaba la misericordia, porque él mismo la había negado. Vio que era verdad: "Juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia" (Santiago II, 13). Y quien no quiso tener misericordia del pobre en su tiempo, tardíamente tuvo misericordia de sus hermanos. "Envía entonces", dijo, "a Lázaro: tengo cinco hermanos allí, que les diga lo que aquí sucede, para que no vengan también a este lugar de tormentos". Y se le respondió: "Si no quieren venir a este lugar de tormentos, tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen". Aquel que solía burlarse de los Profetas, seguramente junto con sus hermanos: pues creo, más bien no dudo, que hablando con sus hermanos sobre los Profetas que advertían sobre el bien, prohibían el mal, aterrorizaban con los tormentos futuros, y prometían las recompensas futuras, se burlaba de todo esto, diciendo con sus hermanos: "¿Qué vida después de la muerte? ¿Qué memoria de la putrefacción? ¿Qué sentido del polvo? Todos son llevados allí, y sepultados; ¿quién ha regresado de allí y ha sido escuchado?" Recordando estas palabras tuyas, por eso quería que Lázaro regresara a sus hermanos, para que ya no dijeran: "¿Quién ha regresado de allí?" Y a esto se le respondió adecuadamente y dignamente. Pues parece que este era judío, y por eso dijo: "Padre Abraham". Por lo tanto, se le respondió de manera óptima y congruente: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán si alguien resucita de entre los muertos" (Lucas XV, 19-31). Se cumplió en los judíos, porque no escucharon a Moisés y a los Profetas, ni creyeron en Cristo resucitado. ¿No les había predicho esto antes: "Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí" (Juan V, 46)?

5. El rico despreciador del pobre, miserable al final de la vida. Por lo tanto, el rico quedó sin ayuda, terminadas las delicias temporales, en penas eternas. No hizo lo justo, escuchó lo digno. "Recuerda que recibiste tus bienes en tu vida". Por lo tanto, esta vida que ves no es tuya, "Recibiste tus bienes". Por lo tanto, estas cosas que suspiras deseando desde lejos, no son tuyas. ¿Dónde están las palabras de los ricos, y de los que adulan a los ricos, cuando ven a alguien abundando en delicias temporales, abundante en la tierra, arrebatando y acumulando tierra, y atrayendo hacia sí el plomo con el que se hunde? Pues un gran peso llevó a ese rico al infierno, y una carga pesada lo hundió hasta el fondo. Pues no había escuchado: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados. Mi yugo es suave, y mi carga es ligera" (Mateo XI, 28, 29). La carga de Cristo son alas. Con estas alas, ese pobre voló al seno de Abraham. Por lo tanto, el rico no quiso escuchar esto. Escuchó las lenguas de los aduladores. Con estas lenguas se volvió sordo a los Profetas: lenguas de los que alaban mal y dicen: "Sois únicos, vivís solos". Por lo tanto, "Recibiste tus bienes en tu vida". Pues consideraste estos como tus bienes; no creíste en otros, no esperaste otros: los recibiste en tu vida. Pues pensaste que esa era tu única vida, cuando después de la muerte no esperaste nada, no temiste nada triste. Por lo tanto, recibiste tus bienes en tu vida, Lázaro, sin embargo, males. No dijo, "Suyos"; sino, "males", que los hombres consideran, que los hombres temen, que los hombres evitan grandemente. Lázaro recibió aquí males. No recibió tus bienes entonces: pero no los perdió. Así como no se añadió "Suyos", tampoco se añadió "En su vida". Pues había otra vida suya, que esperaba en el seno de Abraham. Pues aquí estaba muerto, aquí no vivía: estaba muerto con esa muerte que dice el Apóstol: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses III, 3). El pobre soportaba males temporales. Pero Dios difería sus bienes, no los quitaba. ¿Qué deseas entonces, rico, en el infierno, que cuando disfrutabas de las riquezas, no esperaste? ¿No eres tú aquel que despreciador del pobre te burlabas del profeta Moisés? Por lo tanto, no quisiste poseer fe con el prójimo en su pobreza; ¿ahora disfrutas de sus bienes? Te burlaste de él

cuando escuchaste: "Posee fe con tu prójimo en su pobreza, para que también disfrutes de sus bienes". Ahora ves sus bienes desde lejos, y no los posees con él. Pues esos bienes estaban por venir, invisiblemente. Pues cuando no se veían, debían creerse, para que cuando se vean, no te quede el dolor de poder verlos, pero no poder tenerlos.

6. La amistad de los pobres debe comprarse con limosnas. El mamón de la iniquidad. Por lo tanto, hermanos, según me parece, esta sentencia ha sido aclarada. Debe entenderse cristianamente por los cristianos; y no poseamos fe con el prójimo pobre esperando que le vengan riquezas temporalmente, y mantengamos nuestra fe para poseerlas con él. No de ninguna manera, no así. Sino cómo, sino según el precepto de nuestro Señor: "Haced amigos con el mamón de la iniquidad, para que ellos os reciban en las moradas eternas" (Lucas XVI, 9). Pues aquí hay pobres que no tienen moradas donde nos reciban. Hacedlos amigos con el mamón de la iniquidad, es decir, con las ganancias que la iniquidad llama ganancias. Pues hay ganancias que la justicia llama ganancias: estas están en los tesoros de Dios. No despreciéis a los pobres, que no tienen a dónde regresar, que no tienen a dónde entrar. Tienen a dónde entrar, tienen moradas, y tienen eternas. Tienen a dónde desearéis en vano ser recibidos, como ese rico, si no los recibís ahora en los vuestros: porque "Quien recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo; quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y quien dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa" (Mateo X, 41 y 42). También posee fe con el prójimo en su pobreza; por eso disfrutará de sus bienes.

7. Fe en Cristo pobre. También te dice tu Señor, él mismo que siendo rico se hizo pobre: te expone mejor y más sólidamente esta sentencia. Pues tal vez sobre ese pobre que recibiste en tu casa, tu mente duda un poco y vacila, si es un hombre veraz, o tal vez un hipócrita simulador: tu mente titubea en hacer misericordia, porque no puedes ver el corazón. Hazlo también con el malo, para que llegues al bueno. Quien temió que sus buenas semillas cayeran en caminos, en espinas, en piedras, perezoso para sembrar en invierno, pasó hambre en verano. Sin embargo, tu Señor te dice, de quien ciertamente no dudas, si eres cristiano: "Por ti me hice pobre, siendo rico. Quien siendo en forma de Dios, (¿qué más rico que esa forma?) no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, (¿qué más rico que la forma de Dios? ¿qué más pobre que la forma de siervo?) hecho a semejanza de los hombres, hallado en forma como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses II, 6-8). Añade aún: tuvo sed en la cruz, recibió bebida, no de un misericordioso, sino de un insultante; y bebió vinagre en la muerte la fuente de vida. No desprecies, no contemples, no digas: "¿Entonces mi Dios se hizo hombre? ¿Entonces mi Dios fue asesinado, crucificado?" Sí, ciertamente, así es, fue crucificado. Su pobreza te es encomendada. Estaba lejos de ti: se acercó a ti con pobreza. Posee fe con tu prójimo en su pobreza. Ciertamente aquí esta sentencia no vacila, no oscurece. En lugar del nombre del prójimo, toma el nombre de Cristo, y recibe humildemente. Pues el humilde se acomoda al humilde, deseas lo alto siendo humilde: recibe humildemente, y entiende al prójimo. Pues el Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado: para que digas en tu oración, como al prójimo, como a nuestro hermano, así complacía (Salmo XXXIV, 14). Por lo tanto, una sola palabra que el Profeta añadió, nombrando al prójimo; pues la locución profética debía estar algo cubierta con el velo del sacramento, para que se buscara más deseablemente, para que se encontrara más suavemente. Donde él nombró al prójimo, tú nombra a Cristo; porque también él proféticamente nombró a Cristo así: tú nombra a Cristo, y ve la sentencia fluyendo clara, y como de la fuente de la verdad regando tu sed. Posee fe con Cristo en su pobreza, para que también disfrutes de sus

bienes. ¿Qué es, "Posee fe con Cristo"? En lo que por ti se hizo hombre, en lo que nació de una virgen, en lo que recibió injurias, en lo que fue azotado, en lo que fue colgado en el madero, en lo que fue herido con una lanza, en lo que fue sepultado: no desprecies estas cosas, no te parezcan increíbles; y así posee fe con el prójimo. Pues esta es su pobreza. ¿Qué es entonces, "Para que también disfrutes de sus bienes"? Escucha, porque él lo quiso; escucha, porque por eso vino a ti en pobreza; escucha la voz del pobre por ti, tu Señor Dios que te enriquece: ve cómo disfrutarás de sus bienes, si mantienes la fe con él en la pobreza. "Padre", dice, "quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" (Juan XVII, 24).

SERMON XLII. Sobre lo que está escrito en Isaías, cap. I, 11, "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?" Y en el Salmo CXXXIX, 1, "Líbrame, Señor, del hombre malo".

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La limosna al pobre es el sacrificio del cristiano. Dos tipos de limosnas. Yo, hermanos, tengo pocas fuerzas, pero la palabra de Dios tiene grandes fuerzas. Que prevalezca en vuestros corazones. Por lo tanto, lo que decimos lentamente, lo escucháis con atención, si obedecéis. Como a través de su nube, el Señor tronó por el profeta Isaías: si tenéis sentido, os habéis espantado. Pues claramente dijo, y estas cosas no necesitan un expositor, sino un hacedor. "¿Para qué me sirve", dice, "la multitud de vuestros sacrificios?" Pues, ¿quién ha buscado estas cosas de vuestras manos? Dios nos busca a nosotros, no nuestras cosas. Pero el sacrificio del cristiano es la limosna al pobre. Pues por esto Dios se hace propicio a los pecados. A menos que Dios se haga propicio a los pecados, ¿quién queda sino el culpable? De esos pecados y delitos, sin los cuales esta vida no se lleva, los hombres son purificados por las limosnas: que son de dos tipos, dando y perdonando; dando lo que tienes de bueno, perdonando lo que sufres de malo. Estos dos tipos de limosnas el Señor, buen maestro, que acertó la palabra sobre la tierra para que fuera fructífera y no onerosa, cuán brevemente las ha abarcado, escuchad: "Perdonad", dice, "y se os perdonará; dad, y se os dará" (Lucas VI, 37 y 38). "Perdonad, y se os perdonará", se refiere a perdonar; "dad, y se os dará", se refiere a dar. De esa limosna, en la que perdonas al hombre, no pierdes nada. Mira, inmediatamente pidió perdón, perdonaste, no perdiste nada. Regresaste a casa más amplio en caridad. Ese otro tipo de limosna, donde se nos ordena dar a los necesitados, parece gravoso: porque lo que cada uno da, eso mismo que da no tendrá.

CAPÍTULO II.

2. La medida y recompensa de las limosnas. Qué es hacer un préstamo con interés. Sin embargo, también aquí el Apóstol nos asegura, quien dijo: "Según lo que cada uno tiene, no para que haya alivio para otros y angustia para vosotros" (2 Cor. VIII, 12, 13). Que cada uno mida sus fuerzas, no busque atesorar en la tierra: dé, no se pierde lo que da. No digo, "Esto no se pierde"; sino digo, "Esto solo no se pierde". Las otras cosas que no des, y te sobran, o las pierdes mientras vives, o las dejas cuando mueres. Además, hermanos míos, mirad cuán grande es la promesa que nos exhorta: "Perdonad", dice, "y se os perdonará; dad, y se os dará". Cuando dice, "Dad, y se os dará", observa a quién lo dice. Dios lo dice al hombre, el inmortal al mortal, el gran padre de familia al mendigo. Pues no revocará lo que hemos dado. Hemos encontrado a quien prestar. Demos en usura, pero a Dios, no al hombre. Le damos a quien abunda, le damos a quien dio lo que damos. Y por cosas pequeñas, por cosas frívolas, por cosas mortales, por cosas corruptibles, por cosas terrenales, eternas, incorruptibles, sin fin permaneciendo: ¿qué más puedo decir? se promete a sí mismo, quien promete. Si lo amas,

cómpralo de él. Y para que sepas que le das a él mismo, escucha lo que dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recibisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, me visitasteis; encarcelado, vinisteis a mí". Y ellos dirán: "¿Cuándo te vimos en estas necesidades, y te servimos?" Y él: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 35-40). Da desde el cielo, recibe en la tierra. Él mismo da, él mismo recibe. Es como hacer un préstamo con interés. Aquí das, allí recibes: aquí das cosas perecederas, allí recibes cosas que permanecen sin fin.

CAPÍTULO III.

3. Hombre malo. Y siempre que dices a Dios, Líbrame, Señor, del hombre malo: pues de este modo hemos cantado. Sé con qué gemido dices, Líbrame, Señor, del hombre malo. ¿Quién en este mundo no sufre a algún hombre malo? Cuando, por tanto, dices a Dios, Líbrame, Señor, del hombre malo; así como lo dices con todo el corazón, así con ojos atentos mírate primero a ti mismo. Líbrame, Señor, del hombre malo. Haz que Dios te haya respondido, ¿De quién? dirás de Cayo, de Lucio, de no sé quién a quien sufres. Y te responde: ¿De ti mismo no me dices nada? Si te libero del hombre malo, primero debes ser liberado de ti mismo. Sufres el mal, no te sufras a ti mismo el mal. Veamos si encuentra en ti algo que pueda hacerte otro malo. ¿Qué te puede hacer el malo? Tú no seas malo. No te domine la avaricia, no te aplaste tu concupiscencia, no te triture tu ira. Estos son tus enemigos interiores. No te hagas daño a ti mismo. Veamos qué te hace el vecino malo, el patrón malo, el poderoso malo: veamos qué te hace. Que te encuentre justo, que te encuentre fiel, que te encuentre cristiano: ¿qué te va a hacer? Lo que los judíos hicieron a Esteban. Haciendo el mal, lo enviaron al bien. Por tanto, cuando pides que Dios te libre del hombre malo, mírate a ti mismo, no te perdones: que te libre de ti mismo. ¿Cómo te libra de ti mismo? Perdonando los pecados, otorgando méritos, dándote fuerzas para luchar contra tus concupiscencias, inspirando virtud, dando a tu mente deleite celestial, con el cual toda deleite terrenal sea superada. Cuando Dios te concede esto, te libera de ti mismo, y seguro esperas al Señor que vendrá con esos bienes que no pueden pasar, en los males transitorios de este mundo. Que esto sea suficiente para vosotros. Ciertamente veis que, no sé cómo, me acerco débil, y hablando me fortalezco. ¡Tan grande es mi ánimo, tan grande mi intención en vuestro progreso! Pues el trabajador en el campo, esperando el fruto, siente menos el trabajo. Sed mi fruto, para que esté con vosotros, y todos seamos fruto de Dios.

SERMON XLIII. Sobre lo que está escrito en Isaías, cap. VII, 9, Si no creéis, no entenderéis.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe necesaria. El inicio de la buena vida, a la cual también se debe la vida eterna, es la fe recta. Pero la fe es creer lo que aún no ves: cuya recompensa es ver lo que crees. Por tanto, en el tiempo de la fe, como en el tiempo de la siembra, no desfallezcamos, y hasta el fin no desfallezcamos: sino perseveremos, hasta que cosechemos lo que hemos sembrado. Pues cuando el género humano estaba apartado de Dios, y yacía en sus delitos, así como necesitábamos al Creador para ser, así al Salvador para revivir. Dios justo condenó al hombre, Dios misericordioso libera al hombre. Dios de Israel mismo dará virtud y fortaleza a su pueblo: bendito sea Dios (Salmo LXVII, 36). Pero reciben los creyentes, no reciben los que desprecian.

2. La fe, gran don de Dios. Sin embargo, no debemos gloriarnos de la fe misma, como si pudiéramos algo. Pues la fe no es nada, sino algo grande: que si la tienes, ciertamente la has recibido. ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Ved, carísimos, de dónde dar gracias al Señor Dios: no sea que en algún don suyo permanezcáis ingratos, y por esto que sois ingratos, perdáis lo que habéis recibido. La alabanza de la fe no puede ser explicada por mí de ninguna manera, pero puede ser pensada por los fieles.

CAPÍTULO II.

Por otra parte, si se piensa de alguna manera, como es digno, ¿quién piensa dignamente cuánto se prefiere a muchos dones de Dios? Y si debemos reconocer los dones menores de Dios en nosotros, ¿cuánto más debemos reconocer aquel que los supera?

3. Beneficios de Dios en el hombre. Otra cosa es el entendimiento y otra la razón. Debemos a Dios el ser lo que somos. Porque, ¿qué no somos nada, sino por Dios de quien lo tenemos? Pero hay también árboles, hay piedras, ¿de quién sino de Dios? Entonces, ¿qué más tenemos nosotros? Los árboles y las piedras no viven: pero nosotros vivimos. Pero aún eso mismo de vivir lo tenemos en común con los árboles y arbustos. Pues también se dice que las vides viven. Porque si no vivieran, no estaría escrito: Mató en granizo sus viñas (Salmo LXXVII, 47). Vive, cuando está verde; se seca, cuando muere. Pero esta vida no tiene sentido. ¿Qué más nosotros? Sentimos. Es conocido el sentido quíntuple del cuerpo. Vemos, oímos, olemos, gustamos, también con el tacto por todo nuestro cuerpo juzgamos lo blando y lo duro, lo áspero y lo suave, lo caliente y lo frío. Por tanto, en nosotros hay un sentido quíntuple: pero también lo tienen las bestias. Entonces, tenemos algo más nosotros. Y sin embargo, estas cosas que hemos enumerado, hermanos míos, si las consideramos en nosotros, ¿cuánta acción de gracias, cuánta alabanza al Creador le debemos? Pero, sin embargo, ¿qué más tenemos? Mente, razón, consejo, que no tienen las bestias, no tienen las aves, no tienen los peces: en eso fuimos hechos a imagen de Dios. Finalmente, donde la Escritura narra que fuimos hechos, allí añade, para que no solo nos anteponga a los animales, sino que también nos los someta, es decir, que nos estén sujetos: Hagamos, dice, al hombre a nuestra imagen y semejanza, y tenga potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y todos los animales, y los reptiles que se arrastran sobre la tierra (Gén. I, 26). ¿De dónde tiene potestad? Por la imagen de Dios. Por eso se dice a algunos increpando: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo XXXI, 9). Pero otra cosa es el entendimiento, otra la razón. Pues tenemos razón incluso antes de entender; pero no podemos entender, si no tenemos razón. Por tanto, es un animal capaz de razón: en verdad, para decirlo mejor y más rápidamente, un animal racional, al que la naturaleza le da razón, y antes de entender ya tiene razón. Pues por eso quiere entender, porque la razón precede.

CAPÍTULO III.

4. Si primero debe creerse lo que después se entenderá. Esto, por lo que superamos a las bestias, debemos cultivarlo en nosotros principalmente, y de algún modo esculpirlo de nuevo y reformarlo. Pero, ¿quién podrá, si no es el artífice que lo formó? Pudimos deformar en nosotros la imagen de Dios, no podemos reformarla. Por tanto, tenemos, para resumirlo todo brevemente, el mismo ser con los árboles y las piedras; vivir, con los árboles; sentir, con las bestias; entender, con los ángeles. Juzgamos, por tanto, con los ojos los colores, con los oídos los sonidos, con las narices los olores, con el gusto los sabores, con el tacto los calores, con el entendimiento los comportamientos. Entiende. Todo hombre quiere entender; no hay nadie que no quiera: no todos quieren creer. Me dice el hombre, Entenderé, para creer: le respondo,

Cree, para entender. Entonces, cuando ha surgido entre nosotros una controversia de tal modo, que él me dice, Entenderé, para creer; yo le respondo, Más bien cree, para entender: con esta controversia vayamos al juez, ninguno de nosotros presume dictar sentencia por su parte. ¿Qué juez encontraremos? Examinados todos los hombres, no sé si podremos encontrar mejor juez que el hombre por quien habla Dios. No vayamos, por tanto, en este asunto y en esta controversia a las letras seculares; no nos juzgue un poeta, sino un profeta.

5. El sermón profético más eficaz para afirmar la fe. El bienaventurado apóstol Pedro, estando con otros dos discípulos de Cristo el Señor, Santiago y Juan, en el monte con el mismo Señor, oyó una voz traída del cielo: Este es mi hijo amado, en quien me complazco; a él escuchad (Mat. XVII, 5). Lo cual, al recordarlo el mencionado Apóstol en su Epístola, dijo: Esta voz la oímos nosotros traída del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Y cuando dijo, Esta voz la oímos nosotros traída del cielo; añadió y dijo, Y tenemos más seguro el sermón profético (II Pedro I, 18, 19). Sonó aquella voz del cielo, y más seguro es el sermón profético.

CAPÍTULO IV.

Atended, carísimos, que el Señor ayude tanto mi voluntad como vuestra expectativa, para que diga lo que quiero, como quiero. Pues, ¿quién de nosotros no se maravilla de que, dicha la voz del cielo, el sermón profético sea dicho por el Apóstol más seguro? Ciertamente dijo más seguro: más seguro, no mejor, no más verdadero. Pues tan verdadero aquel sermón del cielo, como el sermón profético; tan bueno, tan útil. ¿Qué es, por tanto, más seguro, sino en lo que más se confirma el oyente? ¿Por qué esto? Porque hay hombres infieles, que así detractan de Cristo, que dicen que hizo lo que hizo por artes mágicas. Por tanto, los infieles podrían también referir esa voz traída del cielo, por conjeturas humanas y curiosidades ilícitas, a las artes mágicas. Pero los Profetas fueron antes; no digo antes de esa voz, sino antes de la carne de Cristo. Aún no era hombre Cristo, cuando envió a los Profetas. Quienquiera que diga que fue mago: si, por tanto, hizo que se le adorara incluso muerto por artes mágicas, ¿acaso era mago antes de nacer? He aquí por qué dijo el apóstol Pedro, Tenemos más seguro el sermón profético. Voz del cielo, para que los fieles sean advertidos: sermón profético, para que los infieles sean convencidos. Hemos entendido, según me parece, carísimos, por qué dijo el apóstol Pedro, Tenemos más seguro el sermón profético, después de la voz traída del cielo.

CAPÍTULO V.

6. Por qué fueron elegidos pescadores e ignorantes como apóstoles. Y cuánta dignación de Cristo mismo. Este Pedro, que así habla, fue pescador: y ahora tiene gran alabanza el orador, si puede ser entendido por aquel pescador. Por eso, hablando a los primeros cristianos, el apóstol Pablo dice: Ved vuestra vocación, hermanos, que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: sino que Dios eligió lo débil del mundo, para confundir a los fuertes; y Dios eligió lo necio del mundo, para confundir a los sabios; y Dios eligió lo innoble del mundo y lo despreciable, y lo que no es como si fuera, para que lo que es sea anulado (I Cor. I, 26-28). Pues si Cristo hubiera elegido primero a un orador, el orador diría: Por el mérito de mi elocuencia fui elegido. Si hubiera elegido a un senador, el senador diría: Por el mérito de mi dignidad fui elegido. Finalmente, si hubiera elegido primero a un emperador, el emperador diría: Por el mérito de mi poder fui elegido. Que callen y sean diferidos estos, que pueden gloriarse de sí mismos en sí mismos. Dame, dice, a aquel pescador, dame al ignorante, dame al inexperto, dame a aquel con quien no se digna hablar el senador, ni cuando compra pescado: a ese, dice, dame; si a este lo lleno, será manifiesto que

yo lo hago. Aunque también haré yo al senador y al orador y al emperador: en cualquier momento haré yo también al senador, pero más seguro yo al pescador. Puede el senador gloriarse de sí mismo, puede el orador, puede el emperador: no puede sino del Cristo el pescador. Venga para enseñar la saludable humildad, primero venga el pescador; por él mejor se trae al emperador.

CAPÍTULO VI.

7. La fe precede al entendimiento. Recordad, por tanto, al santo pescador, justo, bueno, lleno de Cristo, a cuyas redes enviadas por el mundo también este pueblo fue capturado: por tanto, recordad que él dijo, Tenemos más seguro el sermón profético. Dame, por tanto, al profeta como juez para aquella controversia. ¿Qué se discutía entre nosotros? Tú decías, Entenderé, para creer; yo decía, Para entender, cree. Surgió la controversia, vayamos al juez, juzgue el profeta, más bien Dios juzgue por el profeta. Ambos callemos. Lo que ambos dijimos, se ha oído. Entenderé, dices, para creer: Cree, digo, para entender. Responda el profeta: Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9 según LXX).

8. La fe crece entendiendo. Pero, ¿pensáis, carísimos, que no dice nada también aquel que dice, Entenderé, para creer? Pues, ¿qué hacemos ahora, sino para que crean, no los que no creen, sino los que aún creen poco? Pues si de ningún modo hubieran creído, no estarían aquí. La fe los trajo, para que escuchen; la fe los hizo presentes a la palabra de Dios: pero esa misma fe que ha germinado debe ser regada, nutrida, fortalecida. Esto es lo que hacemos. Yo, dice, planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 6 y 7). Hablando, exhortando, enseñando, persuadiendo podemos plantar y regar, pero no dar el crecimiento. Sin embargo, él sabía con quién hablaba, quien a su fe germinante y aún tierna, y aún débil, y en gran parte vacilante, no obstante no sin fe, sino con alguna fe, pedía ayuda, a quien decía, Creo, Señor.

CAPÍTULO VII.

9. Cómo se debe creer lo que se entenderá, y entender lo que se creerá. Ahora, cuando se leía el Evangelio, escuchasteis: Si puedes creer, dice el Señor Jesús al padre del niño, si puedes creer, todo es posible para el que cree. Y él, mirando a sí mismo, y puesto ante sí mismo, no teniendo una confianza temeraria; sino primero examinando su conciencia, vio en sí alguna fe, vio también vacilación, vio ambas cosas. Confesó tener una cosa, y pidió ayuda para la otra. Creo, dice, Señor. ¿Qué seguía, sino, Ayuda mi fe? No dijo esto, Creo, Señor; veo aquí algo de lo que no miento; creo, digo la verdad: pero veo aquí también no sé qué, que me desagrada. Quiero estar firme: pero aún vacilo. Hablando estoy de pie, no he caído, porque creo; pero aún vacilo: Ayuda mi incredulidad (Marcos IX, 22, 23). Por tanto, carísimos, también aquel a quien puse contra mí, y por cuya controversia surgida entre nosotros pedí al profeta como juez, no dice nada también él, cuando dice, Entenderé, para creer. Pues ciertamente ahora lo que hablo, lo hablo para que crean los que aún no creen: y sin embargo, a menos que entiendan lo que hablo, no pueden creer. Por tanto, en alguna parte es verdad lo que él dice, Entenderé, para creer; y yo que digo, como dice el profeta, Más bien cree, para entender: decimos la verdad, concordemos. Por tanto, entiende, para creer: cree, para entender. Brevemente digo cómo ambos sin controversia lo aceptemos. Entiende, para creer, mi palabra; cree, para entender, la palabra de Dios.

SERMON XLIV. Sobre las palabras de Isaías cap. LIII, V. 2-9.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre el Señor y Salvador nuestro, hermanos amadísimos, hace mucho tiempo se profetizó: Subirá como un retoño, y como raíz en tierra sedienta. ¿Por qué como raíz? Por esto: No tiene apariencia ni honor. Sufrió, fue humillado, escupido: no tenía apariencia; parecía hombre, siendo Dios. Pero como la raíz no es hermosa, pero tiene dentro la fuerza de su hermosura. Atended, hermanos míos, ved la misericordia de Dios. Miras el árbol hermoso, agradable, verde con hojas, opulento con frutos, lo alabas. Deleita tomar algo de su fruto, sentarse bajo su sombra y descansar del calor: alabas toda esa hermosura. Si se te muestra la raíz, no hay hermosura en ella. No desprecies lo que es despreciado: de ahí procede lo que admiras, Como raíz en tierra sedienta. Atended ahora la claridad del árbol.

2. Creció la Iglesia, creyeron las naciones, fueron vencidos los príncipes de la tierra bajo el nombre de Cristo, para que fueran vencedores en el mundo. Se puso su cuello bajo el yugo de Cristo. Antes perseguían a los cristianos por los ídolos, ahora persiguen a los ídolos por Cristo. Todos acuden al auxilio de la Iglesia, en toda presión, en toda tribulación suya. Creció aquel grano de mostaza, se hizo mayor que todas las hortalizas: vienen las aves del cielo, los soberbios del mundo, y descansan bajo sus ramas (Mat. XIII, 31, 32). ¿De dónde esta tanta hermosura? De no sé qué raíz surgió: y esa hermosura está en gran gloria. Busquemos la raíz. Fue escupido, humillado, flagelado, crucificado, herido, despreciado. Aquí no hay apariencia: pero en la Iglesia la gloria de la raíz prevalece. Por tanto, describe al esposo mismo, aquel despreciado, deshonorado, abyecto. Pero ahora tenéis que ver el árbol, que surgió de esa raíz, y llenó el mundo. Raíz en tierra sedienta.

3. No tiene apariencia ni honor: y lo vimos, y no tenía apariencia ni belleza. ¿No es este el hijo del carpintero? (Marcos VI, 3). ¿Cuánto no tenía belleza, para que se dijera, No decimos la verdad que tienes demonio? (Juan VIII, 48). En su nombre los demonios huían; y a él se le reprocha, porque tenía demonio. Pero, ¿por qué esto? Lo vimos, y no tenía apariencia ni belleza.

CAPÍTULO II.

¿Cuál es su apariencia interior, donde no se veía? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). ¿Cuál es su apariencia? Que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. II, 6).

4. ¿Y dónde se vio que no tenía apariencia ni belleza? Y no tenía apariencia: pero su rostro fue despreciado, y su posición desfigurada por todos los hombres. Hombre en la herida. En la herida hombre, antes de la herida Dios, después de la herida hombre Dios, Hombre en la herida, y que sabe llevar las enfermedades. ¿Enfermedades de quién? De aquellos por quienes sufría. El médico llevaba las enfermedades de los frenéticos; y cuando él mismo era crucificado, oraba y decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Atended: amemos al esposo. Cuanto más desfigurado se nos presenta, tanto más querido, tanto más dulce se hace a la esposa. Por lo cual también se apartó. Se apartó, para que no lo entendieran aquellos que lo crucificaban. Su rostro fue injuriado, ni fue estimado en gran manera.

5. Él lleva nuestras enfermedades y sufre por nosotros en nuestros dolores: y nosotros pensamos que él estaba en dolores, en herida y en castigo. Pero él fue herido por nuestras

transgresiones, y debilitado por nuestras iniquidades. La corrección de nuestra paz recayó sobre él, y por sus llagas fuimos sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, y el Señor lo entregó por nuestros pecados. ¿Es esto Evangelio o profecía? ¿Qué dicen los judíos contra esto? ¿No es sorprendente oírlos, tener estos textos, leerlos, y no encontrar de quién se podría haber dicho, sino de aquel único que es predicado en el Evangelio por todo el mundo, y aún no ser cristianos, sino estar tan ciegos ante las clarísimas palabras de los Profetas? No te asombres de la ceguera de los judíos respecto a Cristo.

CAPÍTULO III.

He aquí que pasa lo que se dice del esposo, y comienza a decirse también de la esposa; y así como te asombrabas de la ceguera de los judíos respecto al esposo, así te asombrarás de la ceguera de los herejes respecto a la esposa.

6. Ahora bien, asombrémonos de la ceguera de los judíos. El Señor lo entregó por nuestros pecados; y él, aunque fue maltratado, no abrió su boca. Fue llevado como oveja al matadero; y como cordero ante el que lo trasquila, permaneció en silencio, así no abrió su boca. En su humillación fue quitado su juicio. Y para que no lo desprecies, ¿quién contará su generación? ¿Qué generación? Antes del lucero te engendré (Salmo CIX, 3). He aquí una generación: Antes del lucero, antes de todas las cosas que fueron hechas, antes de todos los ángeles, antes de toda criatura. ¿Por qué? Porque todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3). Pero tal vez se narra su segunda generación. ¿Quién la narra? Se concibe por la fe, el varón no se acerca, el vientre de la virgen se hincha: sale como un esposo de su cámara nupcial (Salmo XVIII, 6). Maravillosa es esta generación. Maravillosa es la humana, porque es sin padre: maravillosa aquella, porque es sin madre. Fue llevado como oveja al matadero, como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación fue quitado su juicio. ¿Quién contará su generación? Porque será quitada de la tierra su vida. Predica su resurrección. Veis que verdaderamente el Señor (como si pudiera ser otra cosa que la Verdad) decía esto: Lo que está escrito en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Porque era necesario que Cristo padeciera y resucitara, lo habéis oído. Y resucitar, ahora lo habéis oído: Porque será quitada de la tierra su vida. Y que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 44, 46, 47): lo oiréis también de este profeta; no porque debamos anteponer al profeta sobre el Señor. El heraldo precedió, el juez siguió. El heraldo decía no sus propias palabras, sino las del juez, y el juez confirmó sus palabras en el heraldo. Porque será quitada de la tierra su vida. Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte. Oíais ahora decirles, ¿Qué os he hecho? Si encontráis en mí pecado, acusadme. Y ellos, Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6): como pensaban que era un hombre, sin embargo inocente. Por lo tanto, Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte.

CAPÍTULO IV.

7. Daré, pues, a los malos por su sepultura. ¿Qué significa esto, Daré a los malos por su sepultura, y a los ricos por su muerte? Malos por la sepultura, ricos por la muerte. Aquel rico de Arimatea, José, cuando el Señor colgaba en la cruz, entró a Pilato y pidió su cuerpo: se le concedió, para que lo sepultara. Fueron dados los ricos por su muerte: sepultó al pobre, en quien buscaba riquezas. Por lo tanto, Ricos por su muerte. Lo que dijo después, primero se hizo: lo que dijo primero, después se hizo. Malos por su sepultura. ¿Dónde lo mostramos? Entraron los judíos a Pilato, y le dijeron: Señor, hemos oído que aquel impostor (ὁ πλάνοϋς), es decir, aquel impostor, dijo a sus discípulos que resucitaría después de ser asesinado: manda

que se custodie el sepulcro, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo roben, y el error sea mayor que el primero. Pilato les dijo: Tenéis soldados, id, custodiad como queráis. Tomaron a los soldados, los pusieron allí (Mateo XXVII, 57-66). Estos son los malos: ellos fueron dados por su sepultura para custodiarlo. Pero, ¿cómo probamos que son malos? Los soldados eran inocentes enviados: el juez les ordenó; vinieron al sepulcro, lo custodiaron. Oye que son malos: lee el Evangelio. Después que el Señor resucitó, y vieron al ángel, se aterrorizaron y consternaron. Cuando se les dijo a otros, No temáis vosotros, estos fueron golpeados por el miedo, porque no fueron levantados por la fe. Y sin embargo, sabiendo esto, vinieron a los judíos, les dijeron todo esto. Los judíos dijeron: Os damos dinero. Por lo tanto, eran malos: ocultaron la verdad, vendieron la mentira. ¿Y cómo vendieron la mentira? No es de extrañar, vendieron la mentira, mentira de ciegos a ciegos. Decid (se les dijo) que mientras dormíamos vinieron sus discípulos y lo robaron. ¡Oh vanidad vendiendo vanidad a la vanidad! Los vanos lo oirán y lo creerán. Hoy en día esto es lo que hay entre los judíos, así lo tiene esa fama, cuán vana, cuán falsa, cuán vacía (Mateo XXVIII). No quieren escuchar el testimonio de los mártires para vivir; y escuchan el testimonio de los que duermen para perecer. Si los guardianes dormían, ¿cómo pudieron saber quién lo sacó del sepulcro? o ¿por qué vigilabas, mal? Oh mal, de quien no sin razón dijo el profeta, Daré a los malos por su sepultura. Oh malos, oh pésimos: o vigilabais, y debíais haber custodiado; o dormíais, y no sabéis lo que pasó. Porque se cumplió lo que el Espíritu Santo había predicho mucho antes por el salmista: Pensaron un consejo que no pudieron establecer (Salmo XX, 12).

CAPÍTULO V.

8. Nosotros, pues, hermanos amadísimos, por cuya salvación todas estas cosas fueron predichas y cumplidas, demos gracias a la divina misericordia, y en cuanto podamos, trabajemos con todas nuestras fuerzas, para que los beneficios de Dios no nos traigan juicio, sino progreso: para que cuando llegue el temible día del juicio y el tiempo de rendir cuentas, todo lo que el Señor y Salvador nuestro nos ha concedido al ser juzgado, lo encuentre íntegro al juzgar. Y ciertamente él cuando venga, devolverá lo que prometió, pero requerirá lo que redimió: y lo que en su primer advenimiento concedió, lo exigirá en el segundo. Aunque debemos presumir mucho de la misericordia de Dios, no debemos temer negligentemente su justicia. Porque con justicia te juzgará, quien con misericordia te redimió. Pues que pecamos durante tanto tiempo y él perdona, no es negligencia, sino paciencia. No ha perdido su poder, sino que nos ha reservado para el arrepentimiento. Temamos, pues, la justicia, cuya misericordia deseamos. Porque ahora perdona, pero no calla: y si calla, no callará siempre. Escuchémoslo, pues, mientras no calla en el precepto, si queremos que nos perdone, cuando no calle en el juicio. Porque ahora se nos otorga misericordia, entonces se nos exigirá justicia, y dará a cada uno según sus obras; y se cumplirá lo que dijo el Apóstol, Juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia (Santiago II, 13).

SERMON XLV. Sobre lo que está escrito en Isaías, capítulo LVII, 13, Los que se entreguen a mí poseerán la tierra, y habitarán mi monte santo. Y del Apóstol, Teniendo estas promesas, amadísimos, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios. (II Cor. VII, 1.)

1. A la divina misericordia se debe que ocurra oportunamente sin cuidado humano. En todas las lecturas que hemos escuchado recitadas, si vuestra Caridad ha notado la primera lectura del profeta Isaías, porque no podemos recordar ni decir todo lo que se ha leído, creo que lo más reciente pudo haber permanecido en vuestros corazones, donde concluyó el Lector: Los que se entreguen a mí, poseerán la tierra, y habitarán mi monte santo. Luego subió la lectura

apostólica, y comenzó de allí: Teniendo estas promesas, amadísimos, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios. Procurando la divina misericordia, que nos guía, y que nos prepara alimentos a los que tenemos hambre, no solo para la restauración de los cuerpos, por los cuales hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos; sino también por el hambre de nuestro corazón, que sufrimos en este desierto, y morimos, si no llueve maná: así que el Señor nos prepara su mesa, sin ninguna industria humana que lo procure, lo que él sabe, ha sucedido, para que las lecturas se siguieran de tal manera, que en Isaías se nos prometiera algo, y en el Apóstol se dijera, Teniendo estas promesas, amadísimos, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios; como si fuera una sola lectura del Profeta y del Apóstol. ¿Qué dice el Apóstol? Teniendo estas promesas, amadísimos: y allí no se dice qué promesas, no porque no estén allí; sino porque el lector no comenzó de allí: y como si el ánimo del oyente buscara, de qué promesas habla el Apóstol, Teniendo estas promesas, amadísimos, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu. Porque se nos impone un gran negocio, y no un pequeño trabajo, limpiarnos de toda contaminación de carne y espíritu: y nadie asume este trabajo, a menos que escuche la recompensa de la promesa. Por lo tanto, como nadie asume el trabajo de la limpieza de carne y espíritu, a menos que sea invitado por la recompensa; no sé cómo ha sucedido que el Lector comenzó con la imposición del trabajo, y no comenzó con la promesa de la recompensa. Pero Dios no quiso defraudar al oyente atento. Si tal vez dudaba en asumir el trabajo de la limpieza de carne y espíritu, quien no había escuchado la recompensa, ármese al principio de la lectura apostólica: pero si busca las promesas, preste atención al final de la lectura profética. Porque donde terminó la lectura profética, allí está la promesa: de donde comenzó la lectura del Apóstol, allí está la imposición del trabajo.

2. Las codicias no se terminan, sino que se aumentan, si se desprecian las cosas presentes por promesas terrenales. Levantémonos, pues, y limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu, teniendo estas promesas. ¿Qué promesas? Los que se entreguen a mí, dice el Señor por Isaías, poseerán la tierra, y habitarán mi monte santo. Teniendo estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu. Alguien dice: ¿Y por eso me limpiaré de la contaminación de carne y espíritu, para poseer la tierra y habitar el monte? Sin duda, hay que preguntarse qué significa la posesión de la tierra y la habitación del monte: no sea que los hombres esperen recibir grandes posesiones, y no terminen la codicia, sino que la pospongan; más bien la aumenten, y desprecien las pequeñas, pensando que recibirán mayores del mismo tipo. ¿Quién no despreciaría una centuria, si se le prometiera que poseerá cien? ¿O quién no despreciaría las delicias de un solo banquete, tal vez más pobre y frugal, si se le dijera: Si no te contienes, no llegarás a esa cena muy lujosa y opulenta? Quienes así se contienen de algunas cosas presentes, no terminan las codicias. Temiendo perder lo que más desean, desprecian lo que es menor; sin embargo, es codicia. ¿Acaso no es avaro quien desprecia cien bolsas para adquirir mil? No te parezca que ya ha terminado la avaricia, porque lo encuentre despreciando cien bolsas. Piensa en mil, por eso desprecia cien. Hay hombres que a menudo sirven a ancianos sin hijos, y desprecian muchas cosas en ellos, pero esperan mayores de ellos. ¿Consideramos a estos misericordiosos o codiciosos? Por eso se prueban más los hijos de los pobres, cuando sirven a sus padres pobres; porque los guía la piedad, no la recompensa. Pero cuando los hijos de los ricos sirven a sus padres, no se prueba la piedad, y si está, permanece oculta: porque aunque es vista por Dios, no puede ser vista por los hombres. Tanto es así que los mismos padres, a menudo pensando mal de sus hijos, cuando creen que sus hijos les sirven por el dinero, cuando a veces conviene a sus hijos ser emancipados de sus padres, tal vez pidiendo algún beneficio al casarse o al alcanzar algún honor, para que les den sus bienes, dicen: No lo daré; pues ya no me servirá. ¿Qué juicio ha

hecho sobre su hijo, porque le sirve por el dinero, sin considerar el amor paternal? Si, pues, temes que, al recibir el dinero, tu hijo no te sirva, no es amorosa la piedad, sino venal. Cuánto mejor es el hijo del pobre, el hijo a veces de un anciano pobre y necesitado, que no espera nada de su padre, porque no tiene nada que dejarle, alimenta a su padre con trabajos y sudor. A veces también los hijos de los ricos, atendiendo al temor de Dios, no porque esperen algo de sus padres, sino porque son padres y los engendraron y criaron, y Dios mandó diciendo, Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX, 12), por eso les sirven: pero el afecto está oculto, donde se propone la recompensa. Sin embargo, estos son más aceptables ante Dios, porque su mente no puede ser vista por los hombres, y solo Dios la ve, y no pueden ser alabados por los hombres: como Job que adoraba a Dios. Pues los demonios pensaron que adoraba a Dios por la recompensa. ¿Dónde se probó que lo adoraba gratuitamente? Porque, habiéndolo perdido todo, dijo: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21).

3. Los lugares oscuros de las Escrituras se iluminan con otros lugares claros. ¿Por qué dije esto, hermanos? Porque diariamente la Escritura no deja de advertirnos, para que despreciando lo temporal, amemos lo eterno: no deja de hablar toda página divina, a veces abiertamente, a veces en misterio oscuro. Pero nadie se sienta defraudado cuando la página divina habla oscuramente. Donde se te revela la voluntad de Dios, es decir, donde está abierta, allí ámala, allí quíerela, cuando abiertamente te advierte. Y tal como es en lo abierto, tal es en lo oscuro; tal como es en el sol, tal es en la sombra. Síguela tal como la lees en lo abierto. Porque es oscuro, como dije, Poseerá la tierra, y habitará mi monte santo. Pues si lo tomamos carnalmente, no nos limpiaremos de toda contaminación de carne y espíritu; y en vano nos procuró Dios el fin de la lectura profética unido al principio de la lectura apostólica, si para poseer un monte terrenal nos preparamos para la avaricia, no para la piedad. Pero, ¿qué debemos entender por monte? Es oscuro lo que dijo monte. Pero si Dios nos hubiera abandonado, en ninguna parte diría abiertamente qué es monte. Donde lo dice abiertamente, allí ama el monte. Donde abiertamente te recomienda el monte, y la misma Escritura se abre a sí misma para decir qué es monte, allí ámalo. Incluso donde escuches prometer un monte así, síguelo: tal como lo amaste en lo abierto, tal entiéndelo en lo oscuro. ¿Dónde creemos que se dijo monte, para que podamos limpiarnos de toda contaminación de carne y espíritu? ¿Qué monte se nos ha prometido?

4. Se nos ha prometido la Tierra de los Vivientes. Primero sepamos qué tipo de tierra se nos promete, que suspira en cierto lugar el profeta David, y dice: Mi esperanza eres tú, mi porción en la tierra de los vivientes (Salmo CXLI, 6). Sin duda, pues, hay una tierra de los vivientes, porque esta tierra es de los moribundos. O si alguien naciera en esta tierra si no fuera para morir, no diría aquella tierra de los vivientes, sino comparando esta tierra y encontrándola tierra de los moribundos. Por lo tanto, hay una tierra de los vivientes: porque aunque es eterna y celestial, se llama tierra porque se posee, no porque se ara. Pues tiene un poseedor sin trabajo: porque esta también ejerce a su poseedor en el trabajo, y lo fatiga en el temor. ¿Qué se te dice? Levántate, ara la tierra, para que puedas tener de qué vivir. Y quieras o no, gimiendo y suspirando te levantas, y trabajas; porque te sigue la sentencia del condenado Adán: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan (Génesis III, 19). Pero cuando haya pasado todo trabajo y gemido, estaremos en la tierra de los vivientes. Allí no nace ni crece nada: todo lo que hay allí, es de la misma manera, así es siempre. No alternan allí el invierno y el verano, la noche y el día. Aquí se siembra, para que allí se coseche; si es que se siembra. ¿Quién es el que siembra aquí, para que allí coseche? Quien da a los pobres. La donación a los pobres es siembra en la tierra. Siembra aquí, y allí encontrarás la cosecha: no se corta en verano, para que pase; sino que se come, y con gozo permanece. Allí te saciarás

de justicia. Esa tierra tiene su pan. ¿Quién es este pan? El que vino de allí a nosotros: Yo soy, dice, el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51). ¿Qué tipo de pan es este? Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6).

5. Cristo y la Iglesia como Monte. Hemos escuchado sobre el pan de esa tierra, escuchemos también sobre el monte. Habitarán, dice, en mi monte santo. Creo que hemos encontrado en otra Escritura sagrada que el monte también es Cristo. Quien es el pan, también es el monte: pero pan, porque alimenta a la Iglesia; monte, porque su cuerpo es la Iglesia. La misma Iglesia es el monte: ¿y qué es la misma Iglesia? El Cuerpo de Cristo. Únele la cabeza, y se convierte en un solo hombre. Cabeza y cuerpo, un solo hombre. ¿Quién es la cabeza? Aquel que nació de la Virgen María, que asumió carne mortal sin pecado, que fue golpeado, azotado, despreciado, crucificado por los judíos; que fue entregado por nuestras ofensas y resucitó para nuestra justificación. Él es la cabeza de la Iglesia, él es el pan de esa tierra. ¿Y qué es su cuerpo? Su esposa, es decir, la Iglesia. Porque serán dos en una sola carne. Este es un gran sacramento: pero yo hablo de Cristo y de la Iglesia (Efesios 5, 31 y 32). Así también el Señor en el Evangelio, cuando hablaba del hombre y la mujer: Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne (Mateo 19, 6). Por lo tanto, quiso que Dios Cristo y la Iglesia fueran un solo hombre. Allí la cabeza, y aquí los miembros. No quiso resucitar con los miembros, sino antes que los miembros, para que los miembros tuvieran algo que esperar. Pero quiso morir la cabeza, para que primero resucitara la cabeza; primero ir al cielo la cabeza, para que en su cabeza los demás miembros tuvieran esperanza, y esperaran que se cumpliera en ellos lo que se había prometido en la cabeza. ¿Qué necesidad tenía Cristo de morir, el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, de quien se dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: todas las cosas fueron hechas por él (Juan 1, 1, 3)? Y es crucificado, y es burlado, y es herido con una lanza, y es sepultado; y todas las cosas fueron hechas por él. Pero porque se dignó ser la cabeza de la Iglesia, la Iglesia habría desesperado de sí misma de resucitar, si hubiera visto que la cabeza no había resucitado. Resucitó, pues, la cabeza, y se vio resucitar la cabeza. Primero fue visto por las mujeres, y anunciado a los hombres. Las mujeres fueron las primeras en ver al Señor resucitado, y el Evangelio fue anunciado a los futuros Apóstoles por las mujeres, y Cristo fue anunciado a ellos por medio de las mujeres. Porque Evangelio en latín significa buena noticia. Quienes conocen el griego, saben qué es Evangelio. Evangelio, por tanto, es buena noticia. ¿Qué noticia tan buena podemos decir, como que nuestro Salvador ha resucitado; o qué mayor cosa iban a predicar ellos, que lo que las mujeres les anunciaron? Pero, ¿por qué una mujer anunció el Evangelio? Porque por una mujer fue enmendada la muerte. Pues una mujer anunciando la muerte fue consolada por una mujer anunciando la vida, porque estaba muerta ofreciendo la muerte. Por una mujer fue seducido Adán, para que cayera en la muerte: por una mujer fue anunciado Cristo, ya resucitado y no muriendo más. Así también nosotros resucitaremos, y seremos el monte santo de Dios. En este monte habita quien está dedicado a Dios. Y quienes me estén dedicados, poseerán la tierra, y habitarán mi monte santo; es decir, no se apartarán de la Iglesia. Ahora trabajemos en la Iglesia, después heredaremos la Iglesia. Porque cuando allí sea nuestro gozo eterno, no seremos allí sino poseedores, no trabajaremos.

6. Cómo Cristo y la Iglesia son Monte. Pero encontremos claramente este monte en otro lugar: pues parece algo oscuro. Alguien podría decir: ¿Dónde está el monte Iglesia? ¿y cuándo es monte Cristo? ¿y cuándo es monte el cuerpo de Cristo? Daniel lo dice clarísimamente: nadie duda de ello. Daniel vio una visión; ¿acaso necesita un expositor? Que vuestra Caridad lo vea. Algunas palabras allí quizás necesiten exposición, que en el nombre

de Cristo se os abrirán. Ved si puede decirse sino de Cristo. Vi, dijo Daniel, y he aquí una piedra cortada del monte sin manos. No dijo que la piedra era sin manos: sino que la piedra fue cortada del monte sin obra humana; no se acercaron manos humanas para que la piedra fuera cortada del monte. Vuestra Caridad sabe que no se cortan piedras del monte, sino con manos humanas. Pero aquella fue cortada del monte sin manos: y vino, y quebró todos los reinos de la tierra. No sé si se presenta ante vuestros ojos sino Cristo, de quien se dijo, Todos los reyes de la tierra lo adorarán (Salmo 71, 11). Él quebró todos los reinos de la tierra. Un rey soberbio no quiere tener a ningún rey antes que él; ahora todos los reyes tienen a Cristo como rey. Quebró, pues, todos los reinos de la tierra, para que él reine. ¿Y qué dice este? Creció aquella piedra, y se hizo un gran monte, de modo que llenó toda la faz de la tierra (Daniel 2, 34, 35). Ya creo que reconocéis a Cristo. Habéis escuchado sobre la tierra, Quienes me estén dedicados, poseerán la tierra. Y habéis escuchado sobre el monte, Y habitarán mi monte santo. Teniendo, pues, estas promesas, amadísimos, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu. Pero quizás queráis saber qué significa ser cortado sin manos. Esto está puesto allí como algo oscuro: a algunos ya se les ocurre, antes de que lo diga: pero soporten algunas demoras por otros, que no pueden pensar en ello, a menos que oigan algo de nosotros. ¿Qué significa, sin manos? Sin obra de hombre. Y que vuestra Caridad, hermanos, observe también la piedra cortada del monte, y que se hizo monte. Cortada del monte, y se hizo monte creciendo: pero ¿qué tipo de monte se hizo? No como aquel del que fue cortada: pues de aquel monte, del que fue cortada, no se dijo, Creció y llenó toda la tierra. Hay, pues, dos montes: el primer monte es la Sinagoga, el segundo la Iglesia: el primer monte, el pueblo de los judíos; el segundo monte, el pueblo cristiano. Pero para que el pueblo cristiano se hiciera un gran monte, y llenara toda la tierra, de aquel monte fue cortada la piedra, porque de los judíos vino Cristo. ¿Por qué, pues, sin manos? Sin obra humana. Porque Cristo nació de una virgen, fue concebido sin unión marital.

7. Qué tipo de monte es Cristo. Contra los Donatistas. Por tanto, tenemos este monte manifiesto. No nos propongamos montes, como el Giddaba, o cualesquiera que se nos nombren. Pues a veces, al tomarlo carnalmente los hombres; por ejemplo, leen, Lo escuchará desde su santo cielo (Salmo 19, 7): bien a veces del monte, y habla de Cristo: y los hombres corren al monte a orar, como si allí Dios escuchara. Pensando carnalmente, porque a menudo ven nubes adheridas a los lados de los montes, suben a los montes, para estar cerca de Dios. ¿Quieres tocar a Dios con tu oración? Humíllate. De nuevo, porque dijimos, ¿Quieres tocar a Dios? Humíllate: no lo tomes carnalmente, descendiendo a las criptas, para allí rogar a Dios. Ni criptas, ni monte busques. Ten humildad en tu corazón, y Dios te dará altura; vendrá a ti, y estará contigo en tu habitación. Así que, ¿qué tipo de monte tenemos a Cristo, tenemos a la Iglesia, amemos a la Iglesia. Este monte creció y llenó todo el mundo. Es manifiesto que no están en este monte quienes están en parte, y no tienen con nosotros toda la tierra. Recordad, hermanos, que toda página nos arma y nos llena contra las lenguas de los hombres, que sufrimos diariamente. Si hubiera dicho, Creció aquel monte, y llenó toda África; ¿acaso no dirían ellos, sino que es parte de Donato? Sus lenguas fueron silenciadas al crecer. Creció tanto, que cerró las bocas de los habladores. ¿A dónde fue creciendo? Por toda la tierra. Pues aquel monte, del que fue cortada, no llenó toda la tierra creciendo: porque aunque los judíos llenaron toda la tierra, porque fueron derrotados, y perdieron su tierra; fueron dispersados por la tierra como castigo de sus méritos, no por la magnitud de su crecimiento. Pero el Señor Cristo, la piedra angular, sometió los reinos de los hombres, quebró los reinos de los demonios, humilló a todos los reyes para que creciera, creció y llenó toda la faz de la tierra. Me atrevo a decir, aún crece, aún hay lugares que llena.

8. Se ordena la pureza de carne y espíritu. Tú, pues, ama ese monte, y prepárate para habitar en ese monte eternamente; y límpiote de toda contaminación de carne y espíritu, teniendo estas promesas. ¿Qué promesas? Si quieres poseer la tierra, y habitar el monte santo, límpiote de toda contaminación de carne y espíritu. ¿Cuáles son las contaminaciones de la carne? Que vuestra Caridad preste atención, y esto debemos decir. ¿Cuáles son las contaminaciones de la carne? No donde casualmente pasa un hombre, y toca algo con el pie, o incluso con la cara; o si le sucede a un hombre resbalar con el pie, y caer así, que venga al lodo, o al cieno, la cara está contaminada. Esta contaminación es fácil; como suele decirse, se lava, y sale. Pero la contaminación de la carne, que debe evitarse, no sale de aquí, sino de la contaminación del espíritu, y así contamina la carne. ¿Cuál es la contaminación del espíritu? La lujuria. ¿Contaminación de la carne? La perpetración del adulterio. Tienes dos: se levanta la lujuria, ya está contaminado el espíritu; aún no ha ocurrido el adulterio, aún no está contaminada la carne. Pero, ¿de qué sirve que la carne esté limpia, y el habitante de la carne esté inmundo? Aquel que quizás está limpio en la carne, Dios lo considera adúltero en el corazón, como dice el Señor: En verdad os digo, que quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mateo 5, 28). Esta es la contaminación del espíritu. ¿Cuándo se hace perfecta la santificación? Cuando es tanto de carne como de espíritu. Pues hay hombres, que se abstienen de los hechos, y no se abstienen de los malos pensamientos: hacen limpieza de la carne, y no hacen limpieza del espíritu. Tales no lo hacen porque temen a los hombres. La lujuria arde, el temor lo retira. ¿Qué temes? Ser descubierto y condenado; ser descubierto y expuesto. Así que parece que la carne está incontaminada, pero no es una santificación perfecta: porque ¿qué dice el Apóstol? Limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu: así como te abstienes de los malos hechos, así te abstienes de la mala voluntad, de los malos pensamientos. Abstente del mal hecho, y te limpias de la contaminación de la carne: abstente de la mala voluntad, y te limpias de la contaminación del espíritu.

9. La santificación se perfecciona en el temor de Dios. Y sigue, Perfeccionando la santificación en el temor de Dios. Magníficamente añadió, en el temor de Dios. He aquí que el hombre no perfecciona la santificación, sino en el temor de Dios. ¿Cuál es la santificación perfecta? Santificación tanto del cuerpo como del espíritu. Si es del cuerpo, y no es del espíritu, es imperfecta. Pues aquello no puede ser santificación del espíritu, y no ser del cuerpo. Puede ser del cuerpo, y no ser del espíritu: ser del espíritu, y no ser del cuerpo, no puede. Pues quien es puro de espíritu, no puede obrar maldades. ¿De dónde esto? Porque del corazón proceden, dice el Señor, los adulterios, los homicidios (Mateo 15, 19). Pues el hombre no puede perpetrar con los miembros, lo que no se ha dicho a sí mismo en el corazón. Concibió la palabra en el corazón, y se le imputó como obra. Por eso en cierto lugar el Señor: Limpiad lo que está dentro, dice, y lo que está fuera será limpio (Mateo 23, 26). No dijo, Limpiad lo que está fuera. Si comenzara por el cuerpo, restaba que nos aconsejara que limpiáramos también el alma: pero si comienza por el alma, no es necesario que limpiemos el cuerpo; porque la limpieza del alma sigue a la limpieza del cuerpo. Así que el apóstol Pablo, porque comenzó por la carne, era necesario que hablara también del espíritu, Perfeccionando la santificación. Limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu: porque puede estar incontaminada la carne, no cometiendo adulterios, fornicaciones, y tales cosas; pero aún así, haber lujurias, y pensamientos, y malas voluntades en el alma. Y añadió, Perfeccionando la santificación en el temor de Dios. ¿Quién, pues, hace la santificación del cuerpo, y no hace la del alma? Quien teme a los hombres, y no a Dios. Pues quien está en el temor de Dios, perfecciona la santificación. Por eso ciertamente no quisiste cometer adulterios, para que no lo supiera el hombre; con el temor de los hombres mantuviste la carne de los males cometidos: por eso no quisiste cometerlo donde lo ve el hombre. Si también temes a Dios, no

lo hagas también allí, donde lo ve Dios, y has perfeccionado la santificación. Presta atención: Oh, si pudiera, dice alguien, llegar a esa mujer! pero no puedo, está bien custodiada, tiene un marido vigilante, no tengo un sirviente; si me atrevo, seré atrapado. Hace como una limpieza del cuerpo: pero dentro, porque quiere, no hace limpieza del espíritu. Por eso temía hacer en el cuerpo, para que no lo viera el hombre; y no teme hacer dentro, donde lo ve Dios: evita los ojos del hombre, y no teme a Dios. ¿Quién, pues, perfecciona la santificación? Quien está en el temor de Dios. Perfeccionando la santificación en el temor de Dios. El temor de los hombres quizás puede abstener el cuerpo de la inmundicia; pero el alma, solo el temor de Dios. ¿Ha santificado el alma? Está seguro del cuerpo. Quien está vestido, esté limpio, y la misma vestidura estará limpia. Que el habitante sea bueno y sano, y no tema la ruina de su casa.

10. La futura transformación de la carne. La carne del hombre será convertida en cuerpo de ángel. ¿Qué es esta carne? No debemos despreciarla. ¿Qué es esto? Heno, pero será oro. No desprecies el heno, se transformará en oro. Pues aquel, que fue poderoso para transformar el agua en vino, es poderoso para transformar el heno en oro, y hacer de la carne un ángel. Si de la suciedad hizo al hombre, ¿no hará de un hombre un ángel? Que vuestra Caridad observe de qué fue hecho el hombre, y ved si siquiera queremos pensar en ello. De esta suciedad hizo al hombre y lo puso sobre otros seres animados; ¿no hará de un hombre un ángel? Lo hará ciertamente. Hizo a los hombres sus amigos, ¿no los hará ángeles? Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Juan 15, 15). Aún llevando carne, aún muriendo, aún en esta necesidad y fragilidad de vida, dijo, Ya no os llamaré siervos, sino amigos. ¿Y qué dará a los amigos? Lo que mostró en sí mismo resucitando. Serán coronados, y convertidos en gloria celestial, y serán iguales a los ángeles de Dios (Lucas 20, 36). No habrá corrupción, ni titilación. No se nos dirá allí, Limpiad de toda contaminación de carne y espíritu. No trabajaremos, ni se nos prometerá recompensa; porque ya hemos recibido. Ni se nos dirá que gemamos; porque ya alabamos. Pues así como la carne mortal se convierte en cuerpo de ángel; así también el gemido se convertirá en alabanzas. Aquí penitencia, y presión, y gemido: allí alabanzas, alegría, y gozo. Después, pues, ahora no hay alegría. Pero, ¿dónde? En la esperanza. Aún no tienes, pero te alegras esperando: porque quien prometió no puede engañar; porque quien prometió, tiene y da.

SERMON XLVI. Sobre los Pastores en Ezequiel cap. XXXIV, 1-16, desde aquellas palabras, Y fue hecho, etc., hasta, Y las apacentaré con juicio. Contra los Donatistas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre los pastores que no alimentan a las ovejas, sino a sí mismos. Toda nuestra esperanza porque está en Cristo, y porque toda nuestra verdadera y saludable gloria es él, no lo ha aprendido ahora por primera vez vuestra Caridad. Pues estáis en su rebaño, que atiende y apacienta a Israel (Salmo 79, 2). Pero porque hay pastores, que quieren disfrutar del nombre de pastores, pero no quieren cumplir con el oficio de pastor; ¿qué les dice a ellos por medio del Profeta, como hemos escuchado leído, repasemos. Escuchad vosotros con atención, escuchemos nosotros con temor.

2. Cristianos, por nosotros; superiores, por los demás.---Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza sobre los pastores de Israel. Esta lectura la hemos escuchado ahora, mientras se leía: de aquí hemos decidido hablar algo con vuestra Santidad. Él mismo nos ayudará a decir la verdad, si no decimos lo nuestro. Pues si decimos lo nuestro,

seremos pastores que nos alimentamos a nosotros mismos, no a las ovejas: pero si lo que decimos es de Él, Él mismo os alimentará a través de cualquiera. Así dice el Señor Dios: ¡Oh pastores de Israel, que se alimentan a sí mismos! ¿Acaso no alimentan a las ovejas los pastores? Es decir, los pastores no se alimentan a sí mismos, sino a las ovejas. Esta es la primera razón por la que se reprende a estos pastores, porque se alimentan a sí mismos, no a las ovejas. ¿Quiénes son los que se alimentan a sí mismos? De quienes el Apóstol dice: Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 21). Nosotros, a quienes el Señor, según su dignación, no según nuestro mérito, ha establecido en este lugar, del cual se da cuenta peligrosa, tenemos dos cosas: una, que somos cristianos; otra, que somos superiores. Aquello de que somos cristianos, es por nosotros: pero lo de que somos superiores, es por vosotros. En lo que somos cristianos, se atiende a nuestra utilidad: en lo que somos superiores, no sino a la vuestra. Sin embargo, hay muchos cristianos, y no superiores, que llegan a Dios, tal vez por un camino más fácil, y quizás caminando con más rapidez, cuanto menor carga llevan. Pero nosotros, además de ser cristianos, de lo cual daremos cuenta a Dios de nuestra vida, también somos superiores, de lo cual daremos cuenta a Dios de nuestra administración. Propongo esta dificultad para que, compadeciéndoos de nosotros, oréis por nosotros. Pues vendrá el día en que todo será llevado a juicio (Ecles. XII, 14). Y ese día, si está lejos para el mundo, para cada hombre el último de su vida está cerca. Sin embargo, Dios quiso que ambos quedaran ocultos, tanto cuándo vendrá el fin del mundo, como cuándo será el fin de esta vida para cada hombre. ¿Quieres no temer el día oculto? Que cuando venga, te encuentre preparado. Así pues, los superiores están para aconsejar a los que están sujetos; no en lo que presiden, atiendan en absoluto a su utilidad, sino a la de aquellos a quienes sirven. Cualquiera que sea superior de tal manera que en lo que es superior se regocije, y busque su honor, y solo mire por sus propios intereses, se alimenta a sí mismo, no a las ovejas. A estos se dirige el discurso. Escuchad como ovejas de Dios, y ved cómo Dios os ha hecho seguros: sean como sean los que os presiden, es decir, seamos como seamos; os ha dado seguridad, quien alimenta a Israel. Pues Dios no abandona a sus ovejas; y los malos pastores pagarán las penas debidas, y las ovejas recibirán las promesas.

CAPÍTULO II.

3. Pastores que se alimentan a sí mismos, no a las ovejas. Veamos, pues, qué dice el discurso divino a los pastores que se alimentan a sí mismos, no a las ovejas, sin adular a nadie. He aquí que consumís la leche, y os vestís con la lana, y matáis lo que está gordo, y no alimentáis a mis ovejas: lo que está débil, no lo fortalecisteis; y lo que está enfermo, no lo corroborasteis; y lo que está quebrantado, no lo recogisteis; y lo que andaba errante, no lo devolvisteis; y lo que se perdió, no lo buscasteis; y lo que estaba fuerte, lo acabasteis: y mis ovejas se dispersaron, porque no hay pastor. Se dice a los pastores que se alimentan a sí mismos, no a las ovejas, qué aman, qué descuidan. ¿Qué aman, pues? Consumís la leche, y os vestís con la lana. Por lo cual el Apóstol dice, ¿Quién planta una viña, y no toma de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño, y no percibe de la leche del rebaño? (I Cor. IX, 7). Encontramos, pues, que la leche del rebaño es todo lo que el pueblo de Dios tributa a los superiores para sustentar el sustento temporal. De esto hablaba el Apóstol cuando decía estas cosas que he recordado.

4. Poder de recibir leche dado a los pastores. Y aunque el Apóstol eligió trabajar con sus manos, y no buscar ni siquiera la leche de las ovejas (II Tes. III, 8); sin embargo, dijo que tenía el poder de recibir leche, y que así el Señor dispuso que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio. Y dice que otros coapóstoles suyos usaron este poder; no usurpado, sino dado. Él hizo más, al no recibir ni siquiera lo que se le debía (I Cor. IX, 4-15). Él, pues, donó

incluso lo debido: pero otro no exige lo indebido: él hizo más. Quizás significaba a aquel que, al llevar al enfermo al mesonero, dijo: Si gastas algo más, al regresar te lo pagaré (Luc. X, 35). De aquellos, pues, que no necesitan la leche del rebaño, ¿qué más diremos? Son más misericordiosos, o más bien ejercen más ampliamente el oficio de la misericordia. Pueden hacerlo; y lo que pueden, lo hacen. Sean alabados estos, y no sean condenados aquellos. Pues el mismo Apóstol no buscaba el don; sin embargo, deseaba que las ovejas fueran fructíferas, no estériles sin la abundancia de la leche. Así que, cuando en algún momento estaba en gran necesidad, preso en la confesión de la verdad, le fue enviado por los hermanos lo que necesitaba para su necesidad y carencia. Les respondió, dándoles gracias, y dijo: Bien hicisteis en compartir mis necesidades. Pues he aprendido a ser suficiente en lo que estoy: sé abundar, y padecer necesidad; todo lo puedo en aquel que me fortalece. Sin embargo, bien hicisteis en enviar para mis necesidades. Pero para mostrar, en lo que ellos hicieron bien, qué buscaba él, para que no estuviera entre aquellos que se alimentan a sí mismos, no a las ovejas, no se alegra tanto de que se haya suplido su necesidad, como se congratula de su fecundidad. ¿Qué buscaba, pues, allí? No porque busque, dice, el don, sino que busco el fruto (Filip. IV, 11-17). No para que yo, dice, me llene, sino para que vosotros no quedéis vacíos.

5. Que tomen la leche de manera que beneficien a las ovejas: no tomen la leche y descuiden a las ovejas. Quienes, pues, no pueden hacer lo que Pablo, de trabajar con sus manos, tomen de la leche de las ovejas, sustenten su necesidad, pero no descuiden la debilidad de las ovejas: no busquen esto para sí mismos, como su conveniencia, para que parezca que anuncian el Evangelio por la necesidad de su penuria; sino que ofrezcan la luz de la palabra de verdad para iluminar a los hombres. Pues son como lámparas, como se ha dicho, Tened ceñidos vuestros lomos, y encendidas vuestras lámparas (Luc. XII, 35); y, Nadie enciende una lámpara y la pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en casa: así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 15, 16). Si, pues, se te encendiera una lámpara en casa, ¿no añadirías aceite para que no se apague? Ahora bien, si la lámpara, al recibir aceite, no alumbrara, ciertamente no sería digna de ser puesta en el candelero, sino de ser rota de inmediato. De donde, pues, se vive, es de necesidad recibir, es de caridad dar: no como si el Evangelio fuera algo venal, para que eso sea su precio, lo que toman quienes anuncian de donde viven. Pues si lo venden así, venden una gran cosa a bajo precio. Reciban el sustento de la necesidad del pueblo, la recompensa de la administración del Señor. Pues el pueblo no es capaz de dar la recompensa a aquellos que les sirven en la caridad del Evangelio. No esperen ellos la recompensa, sino de donde también estos la salvación. ¿Por qué, pues, se les increpa, de qué se les acusa? Porque mientras consumían la leche, y se vestían con la lana, descuidaban a las ovejas. Buscaban, pues, solo lo suyo, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 21).

CAPÍTULO III.

6. Qué es vestirse con lana. Lana, honor. Pero como hemos dicho qué es consumir la leche, busquemos qué es vestirse con lana. Quien da leche, da sustento; quien da lana, da honor. Estas son las dos cosas que buscan de los pueblos quienes se alimentan a sí mismos, no a las ovejas; la conveniencia de suplir la necesidad, y el favor del honor y la alabanza. Pues el vestido se entiende bien en el honor, porque cubre la desnudez. Pues cada hombre es débil. ¿Y qué es cualquiera que os preside, sino lo que vosotros sois? Lleva carne, es mortal, come, duerme, se levanta, nació, morirá. Si, pues, piensas qué es según sí mismo, es hombre: sin embargo, honrándolo como a un ángel, cubres lo que es débil.

7. Pablo no perdona los vicios de aquellos de quienes recibe honor. Tal vestidura había recibido de la buena plebe de Dios el mismo Pablo, cuando decía: Como a un ángel de Dios me recibisteis: os doy testimonio de que si fuera posible, os habríais arrancado los ojos y me los habríais dado. Pero aunque se le había exhibido tal honor, ¿acaso por ese honor recibido, para que no se le negara cuando reprendiera, y el mismo Apóstol fuera menos alabado, perdonó a los errantes? Pues si hubiera hecho esto, estaría entre aquellos que se alimentan a sí mismos, no a las ovejas: diría para sí mismo, ¿Qué me importa? Que cada uno haga lo que quiera: mi sustento está seguro, mi honor está seguro; y la leche y la lana, me basta: que cada uno vaya por donde pueda. ¿Entonces tienes todo íntegro, si cada uno va por donde pueda? No quiero hacerte superior, te constituyo uno de la misma plebe: Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (I Cor. XII, 26). Por tanto, el mismo Apóstol, cuando recordaba cómo habían sido con él, para que no pareciera que había olvidado su honor, da testimonio de que lo recibieron como a un ángel de Dios; y que, si fuera posible, habrían querido arrancarse los ojos y dárselos: y sin embargo, se acerca a la oveja enferma, a la oveja podrida, a cortar la herida, a no perdonar la podredumbre. ¿Entonces, dice, me he hecho enemigo vuestro, diciéndoos la verdad? (Gál. IV, 14-16). He aquí que tomó de la leche de las ovejas, como recordamos hace poco, y se vistió con la lana de las ovejas; pero no descuidó a las ovejas. Pues no buscaba lo suyo, sino lo que es de Jesucristo.

8. Que los pastores no perdonen los vicios, para conciliar a la multitud. Lejos de nosotros, pues, decirles: Vivid como queráis, estad seguros, Dios no perderá a nadie, solo mantened la fe cristiana; no perderá a aquellos por quienes derramó su sangre. Y si queréis deleitar vuestras almas con espectáculos, id; ¿qué mal hay? Y estas fiestas que se celebran en todas las ciudades con la alegría de los que banquetean, y en las mesas públicas se regocijan como creen, en realidad más bien se pierden, id, celebradlas: grande es la misericordia de Dios, que todo lo perdona. Coronaros con rosas, antes de que se marchiten (Sab. II, 8). En la casa de vuestro Dios cuando queráis, banquetead; llenaros de comida y vino con los vuestros: para esto se dio esta criatura, para que la disfrutéis; pues no la dio Dios a los impíos y paganos, y a vosotros no os la dio. Si decimos esto, tal vez congreguemos multitudes más grandes: y si hay algunos que nos sientan diciendo esto que no pensamos correctamente, ofendemos a pocos, pero conciliamos a la multitud. Pero si hacemos esto, no diciendo las palabras de Dios, no las palabras de Cristo, sino las nuestras; seremos pastores que nos alimentamos a nosotros mismos, no a las ovejas.

CAPÍTULO IV.

9. De los que matan a las ovejas gordas. Malos ejemplos de los superiores. Pero después de haber dicho qué aman estos pastores, dice también qué descuidan. Pues los vicios de las ovejas son evidentes; las ovejas sanas y gordas son muy pocas, es decir, sólidas en el alimento de la verdad, usando bien los pastos del don de Dios. Pero esos malos pastores no perdonan a tales. No basta con que no cuiden de aquellas que están débiles y enfermas y errantes y perdidas; también matan a estas fuertes y gordas, en cuanto a ellos les concierne. Aquellas viven por la misericordia de Dios: sin embargo, en cuanto a los malos pastores se refiere, las matan. ¿Cómo, dices, las matan? Viviendo mal, dando mal ejemplo. ¿Acaso se dijo en vano al siervo de Dios, eminente entre los miembros del sumo pastor, Preséntate como ejemplo de buenas obras para todos (Tit. II, 7); y, Sé modelo para los fieles (I Tim. IV, 12). Pues la oveja fuerte a menudo mira al superior que vive mal: si aparta los ojos de las reglas del Señor, y se fija en el hombre, comienza a decir en su corazón, Si mi superior vive así, ¿quién soy yo para no hacer lo que él hace? Mata a la oveja fuerte. Si, pues, mata a la oveja fuerte; ¿qué hará ya con las demás, quien mató viviendo mal lo que no había

fortalecido, sino que encontró fuerte o robusto? Os digo a vuestra Caridad, os lo digo de nuevo: aunque las ovejas vivan, aunque las ovejas sean fuertes en la palabra del Señor, y mantengan lo que oyeron de su Señor, Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mat. XXIII, 3); sin embargo, quien vive mal ante aquellos a quienes preside, en cuanto a él le concierne, mata incluso a las ovejas fuertes. No se engañe, pues, porque aquel no ha muerto. Y aquel vive, y aquel es homicida. ¿Cómo cuando un hombre lascivo mira a una mujer para desearla; he aquí que ella es casta, y este es adúltero. Pues la sentencia del Señor es verdadera y clara: Cualquiera que mira a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. V, 28). No ha llegado a su habitación, y ya en su interior se revuelca en su habitación. Así todo el que vive mal ante aquellos a quienes preside, en cuanto a él le concierne, mata incluso a las ovejas fuertes. Quien, pues, imita al mal superior, muere; quien no lo imita vive: sin embargo, en cuanto a él le concierne, mata a ambos. Y lo que está gordo, dice, lo matáis, y no alimentáis a mis ovejas.

CAPÍTULO V.

10. Oveja débil, de dónde debe ser fortalecida. Ya habéis escuchado qué aman, escuchad qué descuidan. Lo que está débil, no lo fortalecisteis; y lo que está enfermo, no lo corroborasteis; y lo que está quebrantado, es decir, roto, no lo recogisteis; y lo que andaba errante, no lo devolvisteis; y lo que se perdió, no lo buscasteis; y lo que estaba fuerte, lo acabasteis, es decir, lo matasteis y lo matasteis. Pues el alma débil lleva la oveja, cuando no cree que le vendrán tentaciones. El pastor negligente, cuando tal débil cree así, no le dice: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación (Eclí. II, 1). Pues quien dice esto, fortalece al débil, y del débil hace fuerte, para que cuando crea, no espere las prosperidades de este mundo. Pero si ha sido enseñado a esperar las prosperidades de este mundo, se corrompe con esa prosperidad: pues cuando sobrevienen adversidades, se hiere, o tal vez se extingue. No lo edifica, pues, sobre la roca quien edifica así, sino sobre la arena. Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Las pasiones de Cristo deben ser imitadas, no debe buscar el cristiano las delicias. Se fortalece al débil, cuando se le dice: Espera, pues, las tentaciones de este mundo, pero de todas te librá el Señor, si de él no se aparta tu corazón. Pues para fortalecer tu corazón vino él a sufrir, vino él a morir, vino a ser cubierto de escupitajos, vino a ser coronado de espinas, vino a escuchar afrentas, vino finalmente a ser clavado en el madero: todo esto lo hizo él por ti; tú nada por él, sino por ti.

11. Edifican sobre la arena, quienes prometen felicidad terrenal. ¿Qué clase de personas son, pues, quienes temiendo ofender a aquellos a quienes hablan, no solo no preparan para las tentaciones inminentes, sino que también prometen la felicidad de este mundo, que Dios no prometió a este mundo mismo? Él predice trabajos sobre trabajos hasta el fin que vendrán a este mundo, y tú quieres que el cristiano esté exento de estos trabajos? quien porque es cristiano, sufrirá algo más en este mundo. Pues dice el Apóstol: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución. Ya si te place, oh pastor que buscas lo tuyo, no lo que es de Jesucristo, él dice, Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución (II Tim. III, 12): y tú dices, Si quieres vivir piadosamente en Cristo, te abundarán todos los bienes; y si no tienes hijos, los tendrás, y criarás a todos, nadie te morirá. ¿Es esta tu edificación? Atiende a lo que haces, dónde pones: está sobre la arena a quien constituyes, vendrá la lluvia, fluirá el río, soplará el viento, e impactarán en esa casa, y caerá, y será grande su ruina. Levántalo de la arena, ponlo sobre la roca (Mat. VII, 24-27): en Cristo esté quien quieres que sea cristiano. Atiende a las pasiones de Cristo, atiende a aquel sin pecado, pagando lo que no robó (Sal. LXVIII, 5): atiende a la Escritura que te dice, Y azota a todo hijo que recibe (Heb. XII, 6). Y prepárate para ser azotado, o ciertamente no busques ser

recibido. Pues azota, dice, a todo hijo que recibe; y tú tal vez serás exceptuado? Si exceptuado de la pasión de los azotes, exceptuado del número de los hijos. ¿Acaso, dices, azota a todo hijo? Ciertamente azota a todo hijo, como al Unigénito. Aquel Unigénito nacido de la sustancia del Padre, igual al Padre en la forma de Dios, el Verbo por quien fueron hechas todas las cosas, no tenía de qué ser azotado: para esto se revistió de carne, para que no estuviera sin azote. Pues quien azota al Unigénito sin pecado, ¿acaso dejará al adoptivo con pecado? El Apóstol dice que hemos sido llamados a la adopción. Recibimos la adopción de hijos (Gál. IV, 5), para que seamos coherederos del Unigénito, seamos también su herencia. Pide, dice, y te daré las naciones por herencia (Sal. II, 8). Nos propuso un ejemplo en sus pasiones.

12. Cómo fortalecer al enfermo. Para que el enfermo no desfallezca en futuras tentaciones, no debe ser engañado con falsas esperanzas ni quebrantado por el terror. Dile: "Prepara tu alma para la tentación". Pero si comienza a tambalearse, a temblar, a no querer acercarse, tienes otra cosa: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar" (I Cor. X, 13). Prometer y anunciar futuras pasiones es fortalecer al enfermo. Al que teme demasiado y está desalentado por ello, cuando prometes la misericordia de Dios, no porque las tentaciones falten, sino porque no permite ser tentado más allá de lo que se puede soportar, es vendar lo que está roto. Hay quienes, al escuchar sobre las tribulaciones venideras, se arman más y casi las desean como su bebida: consideran que la medicina de los fieles es poca para ellos, pero buscan también la gloria de los mártires. Sin embargo, hay otros que, al escuchar sobre las tentaciones futuras y necesarias que deben venir al cristiano, que nadie siente a menos que quiera ser verdaderamente cristiano, se quiebran y cojean ante las que se les avecinan. Lleva el vendaje de la consolación, venda lo que está roto: di, "No temas, no te abandona en las tentaciones aquel en quien has creído; fiel es Dios, que no permite que seas tentado más allá de lo que puedes soportar". No lo escuchas de mí, lo dice el Apóstol: quien también dice, "¿Queréis prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3). Así que cuando escuchas esto, lo escuchas de Cristo mismo: lo escuchas también de aquel pastor que apacienta a Israel. A él se le dijo: "Los harás beber lágrimas en abundancia" (Sal. LXXIX, 6). Lo que dice el Apóstol, "No permite que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar", lo dice el Profeta, "En medida". Solo no dejes al que corrige y exhorta, al que aterra y consueta, al que hiere y sana.

CAPÍTULO VI.

13. Diferencia entre el enfermo y el doliente. Fortaleza cristiana. — "Lo que está enfermo", dice, "no lo fortalecisteis". Se lo dice a los malos pastores, a los falsos pastores, a los pastores que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo, que se alegran con la leche y la lana, sin cuidar en absoluto a las ovejas, y que no fortalecen lo que está mal. Entre el enfermo, es decir, no firme: pues se llaman enfermos también a los que están dolientes: pero entre el enfermo y el doliente, es decir, el que está mal, esto me parece que es la diferencia. En efecto, hermanos, estas cosas que intentamos distinguir de alguna manera; tal vez nosotros mismos podríamos distinguirlas mejor con mayor diligencia, y otro más experto o con más luz en el corazón: mientras tanto, para que no se os prive, en cuanto a las palabras de la Escritura, hablo lo que siento. Se debe temer que al enfermo le sobrevenga una tentación y lo quiebre: el que languidece ya está enfermo por algún deseo, y algún deseo lo impide de entrar en el camino de Dios, de asumir el yugo de Cristo. Observad a aquellos hombres que quieren vivir bien, ya decididos a vivir bien, y menos capaces de sufrir el mal, como están preparados para hacer el bien. Pertenece a la fortaleza cristiana no solo hacer lo que es bueno, sino también soportar lo

que es malo. Aquellos que parecen fervientes en las buenas obras, pero no quieren o no pueden soportar las pasiones inminentes, son enfermos. Aquellos que, por algún mal deseo, amantes del mundo, son apartados de las buenas obras, yacen débiles y enfermos: pues por esa misma debilidad, como sin fuerzas, no pueden hacer nada bueno. Tal fue el paralítico en el alma, que cuando no pudieron llevarlo al Señor, quienes lo llevaban abrieron el techo y lo bajaron (Marcos II, 3, 4): es decir, como si quisieras hacer esto en el alma, abrir el techo y bajar al Señor el alma paralítica, disuelta en todos sus miembros, y vacía de toda obra buena, cargada ciertamente por sus pecados, y languideciendo por la enfermedad de su deseo. Si, por tanto, todos los miembros están disueltos, y hay una parálisis interior, para llegar al médico (pues tal vez el médico está oculto, y está dentro; es decir, este verdadero entendimiento en las Escrituras está oculto), exponiendo lo que está oculto, abre el techo y baja al paralítico. Aquellos que no lo hacen, y quienes lo descuidan, habéis oído lo que escuchan: "Lo que estaba mal, no lo fortalecisteis; y lo que estaba quebrantado, no lo vendasteis". Ya hemos hablado de esto. Estaba quebrado por el terror de las tentaciones: sucedió algo por lo que lo que estaba quebrado se vendó, esa consolación, "Fiel es Dios que no permite que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar; pero con la tentación también hará la salida, para que podáis soportar".

CAPÍTULO VII.

14. Los pastores deben llamar a las ovejas errantes. Objeción insensata de los donatistas. — "Y lo que erraba, no lo llamasteis". He aquí por qué estamos en peligro entre los herejes. "Y lo que erraba, no lo llamasteis; y lo que pereció, no lo buscasteis". Aquí estamos, de alguna manera, entre las manos de los ladrones y los dientes de los lobos furiosos: y por estos peligros nuestros, oramos para que oréis. Y las ovejas son obstinadas, porque se buscan las errantes, se dicen ajenas a nosotros por su error y su perdición. ¿Qué nos queréis? ¿Por qué nos buscáis? Como si no fuera esa la razón por la que las queremos y las buscamos, porque erran y perecen. Si estoy en error, dice, si estoy en perdición, ¿qué me quieres? ¿Por qué me buscas? Porque estás en error, quiero llamarte: porque has perecido, quiero encontrarte. Así quiero errar, así quiero perecer. ¡Así quieres errar, así quieres perecer! ¿Cuánto mejor es que yo no quiera? Me atrevo a decir, soy importuno. Pues escucho al Apóstol diciendo, "Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo" (II Tim. IV, 2). ¿A quiénes a tiempo? ¿A quiénes a destiempo? A tiempo, ciertamente a los que quieren, a destiempo a los que no quieren. Soy ciertamente importuno, me atrevo a decir. Tú quieres errar, tú quieres perecer: yo no quiero. Finalmente, no lo quiere aquel que me aterra. Si quiero, mira lo que dice, mira lo que reprende: "Lo que erraba, no lo llamasteis; y lo que pereció, no lo buscasteis". ¿Te temeré más a ti que a él? "Es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo" (II Cor. V, 10). No te temo; pues no puedes derribar el tribunal de Cristo y establecer el tribunal de Donato. Llamaré al errante, buscaré al que perece: quieras o no, eso haré. Y si al buscarme desgarran las zarzas del bosque, me estrecharé por todos los caminos angostos; sacudiré todas las cercas; cuanto el Señor que me aterra me dé fuerzas, recorreré todo: llamaré al errante, buscaré al que perece. Si no quieres soportarme, no quieras errar, no quieras perecer.

15. Las ovejas errantes no se descuidan sin peligro para las sanas. No es suficiente que me duela que estés errando y pereciendo; temo que, al descuidarte, también mate lo que es fuerte. Pues mira lo que sigue: "Y lo que era fuerte, lo habéis acabado". Si descuido al errante y al que perece, y al que es fuerte le agrada errar y perecer. Deseo ganancias externas, pero temo más las pérdidas internas. Si considero indiferente tu error, el que es fuerte observa, piensa que no es nada ir a la herejía. Cuando algún beneficio del mundo brille por el cual cambiar, inmediatamente me dice el fuerte que va a perecer, cuando no busco al perdido: "Y

aquí y allá está Dios; ¿qué importa? Los hombres litigantes entre sí hicieron esto, dondequiera que Dios debe ser adorado". Si acaso algún donatista le dice, "No te daré a mi hija, a menos que estés de mi parte": necesita observar y decir, "Si no hubiera mal en estar de su parte, nuestros pastores no dirían tanto contra ellos, no se esforzarían por su error". Si, por tanto, cesamos y callamos, dirá lo contrario: "Ciertamente, si fuera malo estar en la parte de Donato, hablarían contra ellos, los refutarían, se esforzarían por ganarlos: si erran, los llamarían; si perecen, los buscarían". No en vano, pues, cuando ya había dicho antes, "Lo que estaba gordo, lo matasteis"; aquí nuevamente al final puso, "Y lo que era fuerte, lo habéis acabado". Es la misma sentencia repetida, a menos que de lo que dijo antes haya nacido, "Lo que erraba, no lo llamasteis; y lo que pereció, no lo buscasteis": y al hacer esto, "lo que era fuerte, lo matasteis".

CAPÍTULO VIII.

16. Infelicidad de las ovejas errantes. Por tanto, escucha lo que sigue de esta negligencia de los malos, más bien falsos pastores: "Y mis ovejas se dispersaron, porque no hay pastor; y se convirtieron en presa de todas las bestias del campo". Los lobos acechantes roban, los leones rugientes arrebatan, cuando las ovejas no se adhieren al pastor. Pues el pastor está presente, pero para los que actúan mal no es pastor. Y se adhieren a pastores que no son pastores; alimentándose a sí mismos, no a las ovejas; y sigue un error mortal. Van a las bestias que se depredan a sí mismas, y desean saciarse de la muerte de las dispersas. Tales son todos los que se alegran de los errores ajenos; son bestias alimentadas con las muertes de las dispersas.

17. Malos montes y colinas donde erran las ovejas. Buenos montes. — "Y se dispersaron, y erraron mis ovejas en todo monte, y en toda colina alta". Bestias de los montes y colinas, hinchazón terrena y soberbia del mundo. Se elevó la soberbia de Donato, se hizo una parte para sí: siguiéndolo Parmeniano, confirmó su error. Él es un monte, él es una colina. Así todo autor de error, hinchado por la elevación terrena, promete a las ovejas descanso, buenos pastos: y a veces las ovejas encuentran allí pastos de la lluvia de Dios, no de la dureza del monte: pues también ellos tienen las Escrituras, tienen los Sacramentos. No son estas cosas de los montes: pero cuando se encuentran en los montes; se permanece mal en los montes. Errando en los montes y colinas, abandonan el rebaño; abandonan la unidad, abandonan las cohortes fortificadas contra los leones y lobos. De allí, pues, que Dios las llame, él mismo las llame. Ahora escucharéis a él llamando: "Erraron", dice, "mis ovejas en todo monte, y en toda colina alta"; esto es, en toda hinchazón de la soberbia terrena. Pues hay también buenos montes: "Alcé mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda?". Y mira que no tienes esperanza en los montes: "Mi ayuda", dice, "viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (Sal. CXX, 1, 2). No pienses que haces injuria a los montes santos cuando dices, "Mi ayuda no de los montes, sino del Señor, que hizo el cielo y la tierra". Estos montes te claman esto. Era un monte el que clamaba: "Oigo que hay divisiones entre vosotros, y cada uno de vosotros dice, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo". Alza tus ojos a este monte, escucha lo que dice; y no permanezcas en ese monte. Pues escucha lo que sigue: "¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?" (I Cor. I, 11-13). Por tanto, después de que hayas alzado tus ojos a los montes, ¿de dónde vendrá tu ayuda?, es decir, a los autores de las Escrituras divinas, atiende a todos sus tuétanos, a todos sus huesos clamando, "Señor, ¿quién como tú?" (Sal. XXXIV, 10), para que seguro sin ninguna injuria a los montes digas, "Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra". No solo entonces no se enojarán los montes contigo; sino que entonces te amarán, entonces más te favorecerán: si pones tu esperanza en ellos, se entristecerán. Un ángel mostrando muchas cosas divinas y maravillosas al hombre, fue adorado por el hombre, como levantando los ojos al monte. Pero él,

apartándolo de sí hacia el Señor: "No lo hagas", dice, "adora a él: pues yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos" (Apoc. XXII, 9).

18. Errantes por toda la faz de la tierra. — "En todo monte, y en toda colina, y en toda faz de la tierra se dispersaron". ¿Qué significa, "En toda faz de la tierra se dispersaron"? Siguiendo todas las cosas terrenas, las que brillan en la faz de la tierra, esas aman, esas desean. No quieren morir, para que su vida se esconda en Cristo. Sobre toda la faz de la tierra: por el amor de las cosas terrenas; y porque son ovejas errantes por toda la faz de la tierra. No todos los herejes están por toda la faz de la tierra: pero sin embargo, herejes por toda la faz de la tierra. Algunos aquí, otros allí, en ninguna parte faltan: ellos mismos no se conocen. Una secta en África, otra herejía en Oriente, otra en Egipto, otra en Mesopotamia, por ejemplo. En diferentes lugares hay diferentes: pero una madre soberbia los ha engendrado a todos; así como una madre nuestra Católica ha engendrado a todos los cristianos fieles esparcidos por todo el mundo. No es de extrañar, pues, que la soberbia engendre división, la caridad unidad. Sin embargo, esa madre Católica, ese pastor en ella busca en todas partes a los errantes, fortalece a los enfermos, cura a los languidecientes, venda a los quebrantados, a unos de estos, a otros de aquellos que no se conocen entre sí. Pero sin embargo, ella los conoce a todos, porque está difundida con todos. Por ejemplo, en África está la parte de Donato, no hay eunomianos en África; pero con la parte de Donato está aquí la Católica. Hay eunomianos en Oriente, pero allí no está la parte de Donato; pero con los eunomianos allí está la Católica. Ella es así, como una vid, creciendo difundida por todas partes: ellos son así, como sarmientos inútiles, cortados por la hoz del agricultor por su merecida esterilidad; para que se pensara que la vid se podara, no que se amputara. Por tanto, esos sarmientos donde fueron cortados, allí permanecieron. Pero la vid creciendo por todas partes, conoce sus sarmientos que permanecieron en ella, y junto a ella los que fueron cortados de ella. Sin embargo, de allí llama a los errantes: porque de las ramas rotas dice el Apóstol, "Pues Dios es poderoso para injertarlos de nuevo" (Rom. XI, 23). Ya sea que digas ovejas errantes del rebaño, o digas maderas cortadas de la vid; ni para llamar a las ovejas, ni para injertar de nuevo las maderas es menos idóneo Dios; porque él es el sumo pastor, él es el verdadero agricultor. "Y en toda faz de la tierra se dispersaron; y no hubo quien las buscara, no hubo quien las llamara". No hubo, pero en esos malos pastores: no hubo, pero hombre, que las buscara.

CAPÍTULO IX.

19. De qué están seguras las ovejas con malos pastores. — Por tanto, pastores, escuchad la palabra del Señor: Vivo yo, dice el Señor Dios. Ved de dónde comienza. Es como un juramento de Dios, un testimonio de su vida. Vivo yo, dice el Señor. Los pastores están muertos: pero las ovejas están seguras, vive el Señor. Vivo yo, dice el Señor Dios. ¿Y qué pastores están muertos? Los que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21). ¿Habrá, pues, y se encontrarán pastores que no busquen lo suyo, sino lo de Jesucristo? Habrá ciertamente, y se encontrarán; ciertamente no faltan, ni faltarán. Veamos, pues, qué dice el Señor, que dice que vive: si dice que quitará las ovejas de los malos pastores, que se alimentan a sí mismos, no a las ovejas; y que las dará a pastores buenos, que alimentan a las ovejas, no a sí mismos. Vivo yo, dice el Señor Dios, a menos que por lo que mis ovejas se convirtieron en presa de todas las bestias del campo, porque no había pastor. Nuevamente dice pastor, y poco antes, y ahora. No dijo, "Porque no hay pastores". Pues para tales ovejas errantes, pereciendo mal, no hay pastor, aunque el pastor esté presente: porque incluso cuando la luz está presente, no hay luz para los ciegos. "Y no buscaron los pastores mis ovejas, y los pastores se alimentaron a sí mismos, pero no alimentaron mis ovejas".

20. Cómo se imputa la muerte de las ovejas al pastor. — Por esto, pastores, escuchad la palabra del Señor. Pero, ¿qué pastores escuchad? Así dice el Señor Dios: He aquí, yo estoy contra los pastores, y buscaré mis ovejas de sus manos. Escuchad y aprended, ovejas de Dios: de los malos pastores Dios busca sus ovejas, y de sus manos buscará su muerte. Pues dice en otro lugar por el mismo profeta: "Hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel: escucharás de mi boca la palabra, y les advertirás de mí. Cuando diga al pecador, Morirás, y no hables para advertir al impío de su camino; ese malvado morirá en su maldad, pero su sangre la demandaré de tu mano. Pero si adviertes al malvado de su camino, para que se aparte de él, y no se aparte de su camino; él morirá en su maldad, pero tú habrás salvado tu alma". ¿Qué es esto, hermanos? ¿Veis cuán peligroso es callar? Él muere, y muere justamente: en su impiedad y pecado muere; pues su negligencia lo mató. Pues encontraría al pastor viviente, que dice, "Vivo yo, dice el Señor": pero cuando es negligente, no siendo advertido por aquel que está puesto para esto y es centinela, para que advierta, y él muere justamente, y este es justamente condenado. Pero si dices, dice, al impío, Morirás, a quien yo he amenazado con la espada, y él descuida evitar la espada inminente, y viene la espada, y lo mata; él morirá en su pecado, pero tú habrás salvado tu alma" (Ezequiel XXXIII, 2-9). Por esto, a nosotros nos corresponde no callar; a vosotros, aunque callemos, escuchar de las Escrituras sagradas las palabras del pastor.

CAPÍTULO X.

21. Cómo Dios recupera a las ovejas de los malos pastores. La oveja que sigue a un pastor errante no está segura. Veamos, pues, como había propuesto, si Dios quita las ovejas de los malos pastores y las da a los buenos pastores. Veo que Él quita las ovejas de los malos pastores. Pues dice: "He aquí que yo mismo estoy sobre los pastores, y buscaré mis ovejas de sus manos, y las apartaré de ellos, para que no apacienten mis ovejas; y no se apacientarán más los pastores a sí mismos". Porque cuando digo, "Apacienten mis ovejas", ellos se apacientan a sí mismos, no a mis ovejas. Las apartaré, para que no apacienten mis ovejas. ¿Cómo las aparta, para que no apacienten sus ovejas? "Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis" (Mateo XXIII, 3). Como si dijera, "Dicen lo mío, hacen lo suyo". Si dijera, "Haced con seguridad lo que hacen, yo condenaré a los que viven mal; pero a vosotros os perdonaré, porque habéis seguido a vuestros superiores": si dijera esto, disuadiría a los malos pastores, que no apacientan a las ovejas, sino a sí mismos. Pero como advierte no solo al ciego que guía, sino también al ciego que sigue (pues no dice, "Cae en el hoyo el que guía, y no cae el que sigue", sino, "Ciego guía a ciego, ambos caen en el hoyo" (Mateo XV, 14)), advirtió a las ovejas, y dijo, "Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis". Porque cuando no hacéis lo que hacen los malos pastores, no os apacientan ellos: pero cuando hacéis lo que dicen, yo os apaciento: pues dicen lo mío, y no lo hacen. "Con seguridad", dicen, "seguimos a nuestros obispos". Esto dicen a menudo los herejes, cuando son convencidos por la verdad más manifiesta: "Somos ovejas, ellos darán cuenta de nosotros". Claro que darán mala cuenta de vuestra muerte. De la muerte de la oveja maligna dará el mal pastor mala cuenta. ¿Acaso vive la oveja porque se le asigna su piel? Se reprende al pastor porque descuidó a la oveja errante, y por eso cayó en las fauces del lobo, para ser devorada. ¿De qué le sirve a él traer la piel marcada? El padre de familia busca la vida de la oveja. Pero he aquí que el mal pastor trajo la piel: que dé cuenta de la piel. ¿Acaso mentirá? El que después juzga, lo veía desde arriba. A quien aquel cuenta palabras fingidas, Él inspecciona los pensamientos. Que el mal pastor dé cuenta de la piel de la oveja muerta. "Clamé a ella tus palabras, y no quiso seguir: me esforcé para que no se apartara del rebaño, y no obedeció".

Claro que si dice esto, y lo dice de verdad (pero Él sabe si lo dice de verdad), da buena cuenta de la oveja mala. Pero si Dios ve que descuidó al errante, que no buscó al que perecía; ¿de qué le sirve encontrar la piel que traería? Que la hubiera traído de vuelta, para no mostrar la piel de la muerta. Si, pues, no da buena cuenta porque no buscó al errante; ¿qué cuenta dará el que hizo errar? Esto es lo que digo: Si en la Iglesia Católica un obispo establecido no da buena cuenta de la oveja, si no buscó al errante del rebaño de Dios; ¿qué cuenta dará el hereje, que no solo no lo revocó del error, sino que también lo empujó al error?

22. El mal pastor debe ser escuchado no en lo que es suyo, sino en lo que es de Dios. Pero veamos, como dije, cómo Dios recupera a las ovejas de los malos pastores. Ya lo he mencionado: "Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis". Y no os apacientan ellos, sino Dios; porque quieran o no los pastores, para llegar a la leche y la lana, dirán las palabras de Dios. "Tú que predicas que no se debe robar, robas" (Romanos II, 21), dice el Apóstol a aquellos que dicen cosas buenas y hacen cosas malas. Tú escucha al que predica, para que no robes: no imites al que roba. Si quieres imitar al que roba, él te apacienta con su hecho: te suministra veneno, no alimento. Pero si escuchas de él lo que no dice de lo suyo, sino de Dios; no se puede recoger uva de los espinos (pues también es sentencia del Señor, "Nadie recoge uva de los espinos, ni higos de los abrojos" [Mateo VII, 16]): sin embargo, no por eso calumnies a tu Señor, y digas, "Señor, no quisiste que yo", porque no se puede recoger uva de los espinos: y de nuevo me dijiste de algunos: "Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis". Sin duda, los que hacen el mal son espinos. ¿Cómo quieres que recoja de los espinos la uva de tu palabra? Se responderá: No es esa uva de los espinos; pero a veces una rama creciente se enreda en una cerca, y la uva cuelga entre la espesura de los espinos, pero no surge de la raíz de los espinos. Si tienes hambre, y no tienes de dónde tomar, extiende la mano con cuidado, para que no te laceren los espinos, es decir, para que no imites las obras de los malos; y recoge la uva que cuelga entre los espinos, pero que nace de la vid. Que a ti llegue el alimento del racimo: a los espinos se les reserva el fuego del tormento.

CAPÍTULO XI.

23. Dios mismo asume el cuidado de las ovejas.---"Y sacaré mis ovejas", dice, "de su boca, y de sus manos: y no serán más para ellos alimento". Esto también se dice en el Salmo: "¿No conocerán todos los que obran iniquidad, que devoran a mi pueblo como pan?" Y no serán más para ellos alimento: porque así dice el Señor Dios, "He aquí que yo mismo". He quitado mis ovejas de los malos pastores, advirtiéndoles, como dije, que no hagan lo que hacen; es decir, que no hagan lo que hacen los malos pastores, las ovejas incautas y negligentes. ¿Y qué dice? ¿A quién da lo que les quitó? ¿Quizás a los buenos pastores? No sigue esto. ¿Y qué diremos, hermanos? ¿Acaso no hay buenos pastores? ¿Acaso no se dice en otro lugar de las Escrituras: "Y les pondré pastores según mi corazón, y las apacentarán con disciplina" (Jeremías III, 15)? ¿Cómo, pues, las ovejas que quita a los malos pastores no las da a los buenos; sino que como si en ninguna parte quedaran buenos, dice, "Yo las apacentaré"? A Pedro le había dicho, "Apacienta mis ovejas". ¿Qué hacemos entonces? Cuando a Pedro se le encomiendan las ovejas, no dijo el Señor allí, "Yo apacentaré mis ovejas, no tú": sino, "Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas" (Juan XXI, 17). ¿O acaso porque ahora no se encuentra a Pedro (pues ya ha sido asumido en el descanso de los apóstoles y mártires), no hay a quién decirle con seguridad, "Apacienta mis ovejas"; y de algún modo como por necesidad desciende al oficio de apacentar sus ovejas, no teniendo a quién encomendar, pero sin abandonarlas? Pues esto parece seguir, "Así dice el Señor Dios, He aquí que yo mismo". A quien decíamos, "Tú que apacientas a Israel, atiende; tú que conduces como ovejas a José", al pueblo en Egipto. Ya difundido en las naciones Israel, él mismo es José. Sabéis que José emigró a Egipto: fue

hecho por la venta de sus hermanos (Génesis XXXVII, 28). Los judíos vendieron a Cristo: no sin razón también entre los apóstoles Judas fue el vendedor. Cristo comenzó a estar entre las naciones, allí fue honrado, allí creció su pueblo, no lo abandona su pastor. "Despierta", dice, "tu poder, y ven, para salvarnos" (Salmo LXXIX, 2, 3). Claro que lo hace, y lo hará. Pues dice: "He aquí que yo mismo, y buscaré mis ovejas; y las visitaré, como visita el pastor a su rebaño". No cuidaron los malos pastores: pues no redimieron con su sangre. "Como visita", dice, "el pastor a su rebaño en el día". ¿En qué día? Cuando haya tormenta y nubes: es decir, en la lluvia y en la niebla. Lluvia y niebla, error de este siglo: gran oscuridad que surge de las codicias de los hombres, y densa niebla que cubre la tierra. Y es difícil que no erren las ovejas en esta niebla: pero el pastor no las abandona. Las busca, penetra la niebla con ojos agudísimos, no se ve impedido por la oscuridad de las nubes: ve, y de todas partes llama al errante: tanto que se cumple lo que dice en el Evangelio, "Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen" (Juan X, 27). En medio de las ovejas dispersas, así buscaré mis ovejas, y las sacaré de todo lugar donde estén dispersas allí, en el día de la nube y la tormenta. Cuando es difícil encontrarlas, entonces yo las encontraré. La niebla es densa, la tormenta es espesa: nada escapa a sus ojos.

24. Montes de Israel, donde hay buenos pastos.---"Y las sacaré de las naciones, y las recogeré de las regiones; y las introduciré en su tierra, y las apacentaré sobre los montes de Israel". Estableció los montes de Israel, autores de las Escrituras divinas. Allí apacentad, para que apacentéis seguras. Todo lo que oigáis de allí, que os sepa bien: rechazad todo lo que esté fuera. Para que no erréis en la niebla, escuchad la voz del pastor: reuniros en los montes de la Escritura santa; allí están las delicias de vuestro corazón, allí nada venenoso, nada ajeno; es un pasto muy abundante: solo venid sanas, apacentaos sanas en los montes de Israel. Y en los arroyos, y en toda la habitación de la tierra. Pues de los montes que hemos mostrado, han manado los arroyos de la predicación evangélica, cuando su sonido salió por toda la tierra (Salmo XVIII, 5): y toda la habitación de la tierra se ha hecho alegre y fecunda para apacentar las ovejas. "En buenos pastos las apacentaré, y en los montes altos de Israel. Allí estarán sus establos": esto es, donde descansen, donde digan, "Está bien"; donde digan, "Es verdad, es manifiesto, no nos engañamos". En la gloria de Dios descansarán, como en aquellos establos. "Y dormirán", esto es, descansarán; "y descansarán en buenas delicias".

25. La esperanza de las ovejas solo en Dios.---"Y en pastos pingües se apacentarán sobre los montes de Israel". Ya dije montes de Israel, montes buenos, a los que levantamos los ojos, para que de allí nos venga la ayuda. Pero nuestra ayuda de parte del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo CXX, 1, 2). Por eso, para que nuestra esperanza no esté en los buenos montes, cuando dijo, "Apacentaré mis ovejas sobre los montes de Israel"; de nuevo, para que no pongas tu esperanza en los montes, añadió enseguida, "Yo apacentaré mis ovejas". Levanta tus ojos a los montes, de donde te vendrá la ayuda: pero atiende al que dice, "Yo apacentaré". Pues tu ayuda del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

26. La salud y el descanso de las ovejas provienen de Dios.---"Y yo las haré descansar", dice el Señor Dios. Pero para hacerlas descansar, primero las curó. Pues lo que primero curó, después lo dice: "Así dice el Señor Dios, Lo que se perdió, buscaré; y lo que erró, lo haré volver; y lo que está quebrantado, lo vendaré; y lo que está débil, lo fortaleceré; y lo que está gordo y lo que está fuerte, lo guardaré". Lo que no hacían los malos pastores, apacentándose a sí mismos, no a las ovejas. No dijo el Señor, "Pondré otros buenos pastores, que hagan esto": sino, "Yo", dice, "lo haré; mis ovejas no las confiaré a nadie". Vosotros seguros, hermanos; vosotras seguras, ovejas: ¿nos parece que debemos temer? ¿Acaso falta el buen pastor?

CAPÍTULO XII.

27. Apacentar con juicio. Así concluye: "Y las apacentaré con juicio". Mira que así solo Él apacienta con juicio. Pues ¿quién es el hombre que juzga al hombre? Los juicios temerarios llenan todo. De quien hemos desesperado, de repente se convierte, y se hace óptimo: de quien mucho hemos presumido, de repente decae, y se hace pésimo. Ni nuestro temor es cierto, ni nuestro amor es cierto. Qué es hoy cada hombre, apenas lo sabe el mismo hombre: sin embargo, de algún modo él mismo qué hoy; pero qué mañana, ni él mismo. Por tanto, Él apacienta con juicio, distribuyendo lo propio a los propios; esto a estos, aquello a aquellos, lo que se debe a quienes se debe esto o aquello. Pues sabe lo que hace: con juicio apacienta, a quienes juzgados redimió. Por tanto, Él mismo apacienta con juicio.

28. La perdiz que reúne sin juicio, el diablo. Pues en el profeta Jeremías dice: "Clamó la perdiz, reunió lo que no parió, haciendo sus riquezas no con juicio". Contra esa perdiz que hace sus riquezas no con juicio, apacienta este pastor con juicio. ¿Por qué aquel sin juicio? Porque reunió lo que no parió. ¿Por qué este con juicio? Porque cuida lo que parió. Sin embargo, hablamos del buen pastor. Los buenos pastores o no existen, o están ocultos. Si no existen, ¿qué hacemos? Si están ocultos, ¿por qué se calla sobre ellos? La perdiz, en efecto, por algunos mayores y antes de nosotros, intérpretes de las Escrituras, ha sido entendida como el diablo, que reúne lo que no parió. Pues no es creador, sino engañador, haciendo sus riquezas no con juicio. Pues no le importa a él, quién de esta manera, quién de aquella manera yerre: quiere a todos errantes, con cualquier error. Cuán diversas son las herejías, cuán diversos los errores, él quiere que los hombres yerren en todos. No dice el diablo, "Que sean donatistas, no sean arrianos": ya sea aquí, ya sea allí, le pertenecen a él que reúne sin juicio. "Que adore ídolos", dice, "es mío: que permanezca en la superstición de los judíos, es mío: que, abandonada la unidad, vaya a esta o aquella herejía, es mío". Por tanto, reúne sin juicio haciendo sus riquezas. Pero ¿qué sigue? "En la mitad de sus días lo abandonarán, y en sus últimos será insensato" (Jeremías XVII, 11). Viene aquel que reúne de todas partes sus ovejas. "En la mitad de sus días", antes de lo que esperaba, antes de lo que pensaba, "lo abandonarán, y será insensato en sus últimos". ¿Por qué en sus primeros era sabio, y en sus últimos se hace insensato? Escuchad, hermanos. A veces se dice en las Escrituras sabiduría por astucia, por abuso del término, no por propiedad. Pues se dice: "¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el investigador de este siglo? ¿No hizo Dios necia la sabiduría de este mundo?" (I Corintios I, 20). Y esta perdiz, el mismo dragón, el mismo serpiente, como si fuera sabio, cuando engañó a Adán por Eva: se pensó que decía la verdad, se creyó que daba buen consejo, se creyó contra Dios. Pero lo que se dice sabiduría por abuso del término y en mal, por costumbre de nuestras Escrituras, (pues ¿cómo hablan los autores del mundo, qué nos importa?) lo tienes en el mismo libro, "Era allí la serpiente más sabia que todas las bestias" (Génesis III, 1-6). Esta más sabia que todas las bestias, se reconoce astuta y aguda para engañar. Después no se le cree; y se le dice, "Te renunciamos, basta que engañaste a los incautos al principio". Por tanto, así en sus últimos será insensato; sus fraudes serán descubiertos; y por eso ya no serán fraudes. En sus últimos será insensato, quien reunió lo que no parió, e hizo sus riquezas no con juicio. Apacienta contra él nuestro Redentor con juicio.

29. La perdiz, ave contenciosa. Contra los donatistas. Que exista también algún hereje, aunque no hermano del diablo, ciertamente ayudante e hijo; y a este también lo llamaría perdiz, animal contencioso. Pues este animal, como saben los cazadores, también se captura por el afán de contender. Contienden estos contra la verdad, y contendieron desde que se

dividieron. Ahora dicen, "No queremos contender": porque ya están capturados. No tiene que decir: "No quiero contender". Oh capturado, ¿acaso no eras tú quien en los primeros tiempos de tu sedición acusabas a los traidores, condenabas a los inocentes, buscabas el juicio del Emperador, no consentías en el juicio de los obispos, vencido tantas veces apelabas, litigabas con gran empeño ante el mismo Emperador, reunías lo que no pariste? ¿Dónde está ahora tu cerviz? ¿dónde está tu lengua? ¿dónde está tu silbido? Ciertamente en tus últimos te has hecho insensato, apacentaste sin juicio. Pues no quieres juzgar verdaderamente, ni de tu error, ni de la verdad. Apacienta contra ti Cristo con juicio, distingue sus ovejas de las que no son tuyas. "Mis ovejas", dice, "oyen mi voz, y me siguen" (Juan X, 27).

CAPÍTULO XIII.

30. Un solo pastor bueno, porque todos los buenos están en uno. Aquí encuentro a todos los pastores buenos en un solo pastor. No es que realmente falten pastores buenos, sino que están en uno. Son muchos los que están divididos: este uno es predicado, porque se recomienda la unidad. No es que ahora se silencien los pastores y se diga pastor, porque el Señor no encuentra a quién encomendar sus ovejas; sino que entonces las encomendó porque encontró a Pedro: más bien, en el mismo Pedro recomendó la unidad. Había muchos Apóstoles, y a uno se le dice: Apacienta mis ovejas. Lejos esté que ahora falten buenos pastores: lejos de nosotros que falten, lejos de su misericordia que no los engendre y constituya. Ciertamente, si hay buenas ovejas, también hay buenos pastores: pues de buenas ovejas se hacen buenos pastores. Pero todos los buenos pastores están en uno, son uno. Ellos apacientan, Cristo apacienta. No es que los amigos del esposo digan su propia voz, sino que se alegran por la voz del esposo. Por tanto, él mismo apacienta cuando ellos apacientan: y dice, Yo apaciento; porque en ellos está su voz, en ellos está su caridad. Pues incluso a Pedro mismo, a quien encomendaba sus ovejas como de uno a otro, quería hacerlo uno consigo, para así encomendarle las ovejas; para que él fuera la cabeza, él llevara la figura del cuerpo, es decir, de la Iglesia, y como esposo y esposa fueran dos en una sola carne. Por tanto, para encomendarle las ovejas, ¿qué le dice primero, para no encomendarle como a otro? Pedro, ¿me amas? Y respondió: Te amo. Y de nuevo: ¿Me amas? Y respondió: Te amo. Y por tercera vez: ¿Me amas? Y respondió: Te amo. Confirma la caridad para consolidar la unidad. Él, por tanto, apacienta uno en estos, y estos en uno; y se calla sobre los pastores: pero no se calla. Los pastores se glorían: pero quien se gloria, gloriése en el Señor. Esto es apacientar en Cristo, esto es apacientar en Cristo, y con Cristo apacientar, no apacientar para sí mismo fuera de Cristo. Ni por falta de pastores, como si el Profeta predijera estos malos tiempos futuros, dijo: Yo apacientaré mis ovejas, no tengo a quién encomendar. Incluso cuando Pedro mismo estaba, y cuando aún los mismos Apóstoles estaban en esta carne, y en esta vida, entonces dijo aquel uno, en quien todos son uno: Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que también a ellas las traiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Ibid. 16). Sean, por tanto, todos en un solo pastor, y digan la voz de un solo pastor, que las ovejas escuchen, y sigan a su pastor, y no a este, o a aquel, sino a uno: y todos en él digan una sola voz, no tengan voces diversas. Os ruego, hermanos, que todos digáis lo mismo, y no haya entre vosotros cismas (I Cor. X, 10). Esta voz, purificada de todo cisma, purgada de toda herejía, que las ovejas escuchen, y sigan a su pastor diciendo: Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen.

31. Los donatistas repelen a los católicos de su comunión. Pues, ¿quieres saber, hereje, cómo no tienes la voz del pastor, y peligrosamente te siguen las ovejas cubierto con el manto de las ovejas, y por dentro un lobo rapaz (Matth. VII, 15)? Que escuchen tu voz, veamos si es de

Cristo. La oveja enferma busca la Iglesia, extraviada del rebaño, sin saber dónde está el rebaño; busca a dónde unirse, a dónde entrar. Emite tu voz: escuchemos si es de Cristo; escuchemos si es del cordero, o de la perdiz. La oveja de Dios busca su rebaño: supón que una oveja ha venido de Oriente a África, busca su rebaño, se encuentra contigo, quiere entrar en tu basílica; te conmueves por su rostro desconocido, ya sea tú, o tu ministro, estando o sentado en la puerta, pregunta a la oveja que busca su rebaño, más bien el rebaño de Dios: quiere entrar con su rebaño, donde cree que está: preguntas, ¿Eres pagano o cristiano? Responde, cristiano: pues es oveja de Dios. Preguntas si acaso es catecúmeno, y se precipita a los Sacramentos: responde, Fiel. Preguntas de qué comunión es: responde, Católico. Rechazas al cristiano, fiel, católico: ¿quiénes son los que tienes dentro? Así que, en verdad, rechaza, reprueba. Reprobado por ti, es aprobado por Cristo. Ojalá también aquellos que están contigo, te reconozcan, y en la mitad de tus días te abandonen. Algunos de nuestros hermanos fueron ayer a su basílica: aunque a malos hermanos, sin embargo, a hermanos. Prestad atención, hermanos míos, a la diferencia entre la confianza de la verdad y el temor de la falsedad. Cuando reconocéis a algunos de ellos en este pueblo, ¿cómo os alegráis? Porque en vosotros está aquel que busca lo que se perdió. A veces se os sugiere, Escuchará y se irá. Y vosotros, Que escuche y se vaya. Escuchará y se burlará. Que escuche y se burle. Alguna vez será sabio, alguna vez reconocerá: alguna vez será abandonado por su pueblo; permanecerá con su corazón, renunciará a su error, dará gracias a su Dios. Pero, ¿qué hacen ellos? ¿Quiénes sois? Somos cristianos. No, sino exploradores. Y ellos, Somos católicos. Intentaron injuriar: con mejor consejo se arrepintieron. Y ojalá se arrepientan de permanecer allí, como se arrepintieron de haber entrado para injuriar. Sin embargo, ¿a quiénes rechazaron? A cristianos, fieles, católicos. No quiero decir a quiénes retuvieron. Veo a quiénes rechazaron: que ellos digan a quiénes retuvieron.

32. La voz de los donatistas no es la voz del pastor. Que digan, pues, su voz: veamos si es la voz de Cristo, o la voz del pastor, a la que las ovejas deben seguir. Sea por un buen hombre o por un mal hombre, veamos si es la voz del pastor.

CAPÍTULO XIV.

El enfermo busca la Iglesia, el errante busca la Iglesia. ¿Qué dices tú? La Iglesia es parte de Donato. Yo busco la voz del pastor. Léeme esto del Profeta, léeme del Salmo, recítame de la Ley, recítame del Evangelio, recítame del Apóstol. De ahí yo recito la Iglesia difundida por todo el mundo, y al Señor diciendo: Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen. ¿Cuál es la voz del pastor? Y que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 47). He aquí la voz del pastor; reconócelo y síguelo, si eres oveja.

33. Tampoco es la voz del pastor lo que ellos dicen de los traidores; ni lo que dicen que la Iglesia perecerá. Pero ellos entregaron los códices, y ellos ofrecieron incienso a los ídolos, aquel y aquel. ¿Qué me importa de aquel y aquel? Si lo hicieron, no son pastores: tú emite la voz del pastor; porque ni de ellos anuncias la voz del pastor. Tú acusas, no el Evangelio; tú acusas, no el Profeta, no el Apóstol: de quien esta voz me habla, de él creo; a otros no creo. Pero presentas Actas: presento Actas. Creeré en las tuyas: cree tú también en las mías. No creo en las tuyas: no creas en las mías. Que se quiten los documentos humanos, que suenen las voces divinas. Dame una voz de la Escritura para la parte de Donato: escucha innumerables, para el orbe de la tierra. ¿Quién las enumera? ¿Quién las termina? Sin embargo, para recordar algunas, atiende a la Ley, el primer Testamento de Dios: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 18). Y en el Salmo, Pídeme, y te

daré las naciones como herencia tuya y como posesión tuya los confines de la tierra (Psal. II, 8). Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque de él es el reino, y él dominará sobre las naciones (Psal. XXI, 28, 29). Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Psal. XCV, 1). Y lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán (Psal. LXXI, 11). ¿Quién puede enumerarlas? Casi cada página no suena otra cosa que Cristo, y la Iglesia difundida por todo el orbe. Que salga una voz para la parte de Donato. ¿Qué gran cosa es lo que pido? Dicen que la Iglesia difundida por todo el orbe perecerá. ¿Predicha para perecer con tantos testimonios de que permanecerá? Ni una sola voz a través de la Ley, a través de los Profetas, a través de los Cánticos es del pastor. Pues no pudieron decir la verdad sin la Palabra de Dios, que es Cristo.

34. La voz del pastor y su rebaño no están ocultos. Escucha la voz de la Palabra, y de la boca de la Palabra. Admirado por la fe del Centurión: Amén, os digo, no he encontrado tanta fe en Israel. Por eso os digo, que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Matth. VIII, 10, 11). Del Oriente y del Occidente vendrán muchos: he aquí la Iglesia de Cristo, he aquí el rebaño de Cristo; tú mira, si eres oveja. Pues no te oculta el rebaño que está en todas partes. No tendrás qué responder a tu juez, a quien no quieres que sea tu pastor: no tendrás, digo, qué responder a tu juez, No supe, no vi, no oí. ¿Qué es lo que no supiste? Ni hay quien se esconda de su calor (Psal. XVIII, 7). ¿Qué es lo que no viste? Vieron todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios (Psal. XCVII, 3). ¿Qué es lo que no oíste? Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Psal. XVIII, 5).

35. Lugar de los Cánticos de los Cánticos traído en vano por los donatistas. Los Cánticos de los Cánticos son enigmas. Pero correctamente se os busca la voz de Cristo, la voz del pastor, que las ovejas escuchen y sigan. No encontráis qué decir. No tenéis la voz del pastor. Escuchad, y seguid: dejad la voz del lobo, seguid la voz del pastor; o dad la voz del pastor.

CAPÍTULO XV.

Damos, dicen. Escuchemos. Damos también nosotros la voz del pastor. Escuchemos. En los Cánticos, dicen, de los Cánticos habla la esposa al esposo, la Iglesia a Cristo. Conocemos los Cánticos de los Cánticos, cánticos santos, cánticos de amor, de amor santo, de caridad santa, de dulzura santa. Claro que quiero escuchar de ahí la voz del pastor, la voz del dulcísimo esposo. Da, si tienes algo: escuchemos. La esposa, dicen, dice al esposo: Anúnciame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas. Y él, dicen, responde: Al mediodía. Te presentaba testimonios manifiestos, no había cómo interpretarlas de otra manera: Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra. Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. ¿Qué es lo que me traes de los Cánticos de los Cánticos? Lo que tal vez no entiendes. Pues esos Cánticos son enigmas, conocidos por pocos entendidos, abiertos a pocos que llaman. Toma y recibe devotamente lo abierto, para que mercedamente se te revelen los oscuros. ¿Cómo serás penetrador de lo oscuro, despreciador de lo manifiesto?

36. El lugar de los Cánticos es contrario a los donatistas. Sin embargo, como podemos, hermanos, discutamos estas palabras: el Señor estará presente, para que veáis allí un sano entendimiento. Primero, lo que por todos y por los inexpertos se juzga fácilmente, ellos distinguen mal las palabras: ahora escucharéis, ahora probaréis. Pues así se tiene el texto mismo de la lectura. La esposa habla al esposo: Anúnciame, amado de mi alma, dónde

apacientas, dónde descansas. Que la esposa diga al esposo, que la Iglesia diga a Cristo, ni nosotros dudamos, ni ellos. Pero escucha todas las palabras de la esposa. ¿Por qué quieres atribuir al esposo una palabra que aún es de la esposa? Di todo lo que dice la esposa: entonces responderá el esposo. Escucha más claramente esta distinción que voy a decir, no encontrarás algo más. Anúnciame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía. Ella aún dice, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía. Y ve que aún ella dice. Pues sigue: No sea que me convierta en una cubierta sobre los rebaños de tus compañeros. Creo que todos, expertos e inexpertos, disciernen el género masculino y femenino. Cubierta, pregunto de qué género es: pregunto a todo hombre, ¿Es masculino o femenino? Anúnciame, dice, amado de mi alma. Cuando dice amado, habla a un masculino, habla al esposo. Porque una mujer habla a un hombre, las palabras siguientes indican: Anúnciame, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía; no sea que me convierta en una cubierta. Escucha tú cubierta, para que estas cosas te sean abiertas. Anúnciame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía; no sea que me convierta en una cubierta sobre los rebaños de tus compañeros. Hasta aquí las palabras de la esposa: ya comienzan las palabras del esposo claramente, Si no te conoces a ti misma. Reconoce claramente a la mujer. A ti misma, oh hermosa entre las mujeres: si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres; sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores (Cant. I, 6, 7): no en la tienda del pastor. Ve cómo amenaza el esposo: ve cómo en peligro, aunque él dulce, quitó de en medio las caricias. Qué dulcemente ella: Anúnciame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía. Pues vendrá el mediodía, cuando los pastores corran a la sombra; y tal vez me ocultará dónde tú apacientas y dónde descansas: y quiero que me anuncies, no sea que me convierta en una cubierta, es decir, como oculta, y no conocida. Pues yo soy manifiesta: pero no sea que como cubierta, como oculta caiga sobre los rebaños de tus compañeros. Pues todos los herejes salieron de Cristo; todos los que se hicieron malos pastores, teniendo sus rebaños bajo el nombre de Cristo, fueron sus compañeros, recibieron su banquete. Pues se llaman compañeros, como de un mismo banquete. La lengua latina así los llama compañeros, como comensales, porque comen juntos. Escucha a él en el Salmo reprendiendo a los malos compañeros, es decir, de un mismo banquete: Si mi enemigo me hubiera reprochado, ciertamente lo habría soportado; y si hubiera hablado grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él: pero tú, unánime y conocido mío, mi guía, que conmigo tomabas dulces alimentos (Psal. LIV, 13-15). Por tanto, muchos compañeros ingratos de la mesa del Señor salieron afuera: malos compañeros hicieron sus propias mesas, levantaron altares contra el altar. En ellos teme errar.

37. Si el mediodía se entiende como África en el lugar citado, va contra los donatistas. Salir es de los herejes. Y si piensas que el mediodía es África; aunque podría sostener que más bien es el mediodía del mundo las partes de Egipto, y aquellas regiones quemadas por el sol, donde no aparece la lluvia: porque ese es el mediodía, donde arde el mediodía. Pero allí el desierto está lleno de miles de siervos de Dios. Por lo cual, si queremos atender al mediodía de los lugares, ¿por qué no apacienta él más bien allí, y allí descansa, cuando antes se predijo, Los pechos del desierto estarán desiertos (Joel. II, 22)? Pero he aquí que consiento, que el mediodía sea África. Que África sea el mediodía: estos son los malos compañeros. La Iglesia de ultramar en alguno de los suyos navegando hacia África, preocupada de no errar, invoca a su esposo, y le dice: Oigo que abundan los herejes en África, oigo que abundan los rebautizadores en África; pero también oigo que allí están los tuyos no menos: y oigo aquello, y esto; pero quiénes son los tuyos, quiero oír de ti. Anúnciame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía. En ese mediodía, donde oigo que hay dos partes, una de Donato, otra unida a todo lo tuyo; tú dime a dónde ir, no sea que como cubierta, es decir, desconocida caiga sobre los rebaños de tus compañeros, caiga en los rebaños de los

herejes, intentando poner piedra sobre piedra que se destruya, no sea que caiga en los rebautizadores, anúnciame. Y él que recomienda la unidad del pastor, que en esta lectura dijo, Yo apacentaré; pero reprueba a los pastores, que quisieron ser muchos, perdieron la unidad: severamente no respondiendo dulcemente, sino por la magnitud del peligro, Si no te conoces a ti misma, dice, oh hermosa entre las mujeres. Hermosa eres entre las mujeres: pero concómete a ti misma. ¿Dónde te conoces? En todo el orbe de la tierra. Pues si eres hermosa, la unidad está en ti: donde hay división, hay fealdad, no hermosura. Si no te conoces a ti misma. En mí creíste, concómete a ti misma. ¿En mí cómo creíste? Como también aquellos malos compañeros, consienten que el Verbo se hizo carne, nacido de una virgen, crucificado, resucitado, ascendido a los cielos: en tal me creíste, tal también ellos proclaman. Concómete a ti misma y a mí; a mí en el cielo, a ti en todo el orbe de la tierra. Cristo habla a cada uno de la Iglesia como a su Iglesia. Pues, ¿cómo busca la Iglesia a la Iglesia? Según ellos hablo. Anúnciame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas. ¿Qué busca? La Iglesia. Y él como mostrando la Iglesia dice, Al mediodía: como ellos quieren. Que me respondan, ¿cómo busca la Iglesia a la Iglesia? Anúnciame, amado de mi alma. ¿Quién habla? La Iglesia. ¿Qué quiere que se le anuncie? Dónde apacientas, dónde descansas, es decir, dónde está la Iglesia. La Iglesia habla, y pregunta dónde está la Iglesia: y él responde, como piensan, Al mediodía. Si está solo en el mediodía, como dicen, en África; ¿cómo ella misma pregunta dónde está ella misma? ¿O acaso la porción de la Iglesia de ultramar pregunta bien sobre el mediodía, para no errar aquí? Cristo habla a cada uno de los miembros de su Iglesia como a su Iglesia, y dice, Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal. Salir es de los herejes. O concómete a ti misma, o sal: porque si no te conoces a ti misma, saldrás. ¿Salir a dónde? En las huellas de los rebaños: siguiendo a los malos rebaños. No pienses que sigues ovejas, si sales: escucha lo que sigue, Sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos; ya no ovejas. Sabéis, hermanos, dónde estarán los cabritos. A la izquierda estarán todos los que salieron de la Iglesia. A Pedro que permanece se le dice, Apacienta mis ovejas (Joan. XXI, 17): al hereje que sale, Apacienta tus cabritos.

38. Un pasaje de Habacuc mal interpretado por los Donatistas. Dicen, hay otro testimonio. Sin embargo, es contra ti: dilo, escuchemos. Será contra ti, como esto que pensabas que era a tu favor. Si interpretas el mediodía como Egipto. De muchas maneras interpretamos el mediodía, y podemos entender Egipto como un lugar del mundo, e incluso África de esta manera. Escucha lo que entiendo por mediodía: entiendo el fervor de los espirituales, ardiente en el fuego de la caridad, resplandeciente en la luz de la verdad. Pues se dice en un salmo: Hazme conocer tu diestra, y a los instruidos de corazón en sabiduría. Diestra, no cabritos: y los instruidos de corazón en sabiduría, ellos son el mediodía. De donde dice el profeta: Y tus tinieblas serán como el mediodía (Sal. LXXXIX, 10). Por lo tanto, podemos entender el mediodía de muchas maneras: pero entiendo África, completamente entiendo África. Recibo de ti algo quizás mejor de lo que sabría, si no me lo recordaras: África es el mediodía. La Iglesia de ultramar teme caer en los rebautizadores, teme caer como desconocida en los rebaños de los compañeros, pide a su esposo que le anuncie dónde pastorea, dónde descansa al mediodía. Porque en ese mismo mediodía en algunos pastorea, en otros no pastorea: en algunos descansa, en otros no descansa. Escuche el consejo, venga a la Iglesia católica; no caiga en los rebaños de los compañeros, no alimente a sus cabritos. Pero di otra cosa que decías que ibas a decir. El profeta, dice, dice: Dios vendrá del sur. Y ya, ¿dónde está el sur, ciertamente África? ¡Oh testimonio! Dios vendrá del sur. ¿Dios vendrá de África? Los herejes anuncian que otro Cristo nacerá en África y recorrerá el mundo. Pregunto, ¿qué significa, Dios vendrá del sur? Si dijeras, Dios se quedó en África, ciertamente lo dirías torpemente: pero ahora también dices, Vendrá de África. Sabemos dónde nació Cristo, dónde

sufrió, dónde ascendió al cielo, de dónde envió a los discípulos, dónde los llenó del Espíritu Santo, dónde les ordenó evangelizar por todo el mundo: y le obedecieron, y el mundo se llenó del Evangelio; y tú dices, ¿Dios vendrá de África?

39. El testimonio de Habacuc no se ajusta a los Donatistas. —Entonces tú, dice, explícame qué significa, Dios vendrá del sur. Di todo, y quizás entiendas. Dios vendrá del sur, y el santo del monte sombrío. Explícame, si ya de África, ¿cómo del monte sombrío? De Numidia nació la parte de Donato: ellos fueron enviados primero a la disensión, al tumulto, y al escándalo, buscando una gran herida, los numidios enviaron: Secundus de Tigisis envió; dónde está Tigisis, es conocido. Los clérigos enviados, se congregaron fuera de la Iglesia, no quisieron acercarse a los clérigos de Cartago, pusieron un visitante, fueron recibidos por Lucila. El autor de todo este mal fue un hereje numidio. En Numidia, de donde vino aquí con tanto mal, apenas se encuentra un lugar sombreado, habitan en chozas. ¿Cómo es Numidia un monte sombrío? Dime entonces: no recites hasta aquí, Dios del sur; exijo también lo que sigue, Y el santo del monte sombrío. Pero muéstrame la parte de Donato de Numidia, viniendo del monte sombrío. Encuentras todo desnudo, campos fértiles, pero de cereales: no fértiles en olivares, no agradables con otros bosques. ¿De dónde entonces un monte sombrío en las partes de Numidia, de dónde vino este escándalo?

CAPÍTULO XVI.

40. Interpretación más verdadera del profeta Habacuc. Tú, dice, entonces explícame qué significa, Dios vendrá del sur, y el santo del monte sombrío. Mira cuán fácilmente lo explicaré. Primero escucha lo que dice el Señor: Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 46, 47). He aquí de dónde vendrá. Al decir comenzando, ciertamente predijo que vendría en sus santos a otras naciones. Lee la división de la tierra de los hijos de Israel en todas las tribus en el libro de Josué: allí se dice claramente, Jebús del sur, que es Jerusalén (Josué XV, 8). Lee, busca, y encontrarás. Ojalá cuando encuentres, creas; ojalá depongas la animosidad. Jebús del sur, que es Jerusalén. Y el Señor, Comenzando desde Jerusalén: esto es, Dios vendrá del sur. ¿Cómo entonces del monte sombrío? Lee el Evangelio. Cristo ascendió al cielo desde el monte de los Olivos. Sigue. ¿Y qué más claro? Escuchas, del sur: escuchaste, del monte sombrío. Recitamos la ley, recitamos el Evangelio. Escuchaste, Comenzando desde Jerusalén: escucha, Por todas las naciones, en el mismo profeta. Sigue esas palabras que despreciaste, esas palabras que omitiste: Dios vendrá del sur, y el santo del monte sombrío: cubrirá los montes con su sombra, y su gloria llena la tierra (Habac. III, 3). Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén: Dios vendrá del sur, y el santo del monte sombrío y denso; es decir, del monte de los Olivos, de donde ascendió al cielo, de donde envió a sus discípulos, donde incluso al ascender dijo: No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad; pero recibiréis poder de lo alto, y seréis mis testigos. Ve cómo comienza el Evangelio: Y seréis mis testigos en Jerusalén, y en Judea y Samaria, y hasta el fin de la tierra (Hech. I, 7, 8). Por lo tanto, con Dios viniendo en Cristo, y su nombre, y la predicación de su Evangelio desde Jerusalén, es decir, del sur; y del monte sombrío, es decir, del monte de los Olivos: porque el Evangelio ha sido difundido por todas las naciones. Cubrirá los montes con su sombra, es decir, su refrigerio, su protección; y la tierra está llena de su alabanza. Cantad entonces con toda la tierra un cántico nuevo; no un cántico viejo con un rincón de la tierra.

CAPÍTULO XVII.

41. Los Donatistas interpretan el hecho de Simón de Cirene a su favor. Dicen también otra cosa: Cireneo, dicen, un tal Simón fue obligado a llevar la cruz del Señor (Mat. XXVII, 32). Lo leímos: pero quiero saber cómo te ayuda. Cireneo, dice, es africano: por qué él fue obligado a llevar la cruz. ¿Dónde está Cirene, quizás no lo sabes: es Libia, es Pentápolis, está contigua a África, pertenece más al Oriente. O en la distribución de las provincias de los Emperadores lo reconocerás: el Emperador oriental envía un juez a Cirene. Respondo brevemente: Donde está la parte de Donato, no se encuentra Cirene; donde está Cirene, no se encuentra la parte de Donato. La verdad manifiesta convence al error. Dame Cirene, donde está la parte de Donato; dame la parte de Donato, donde está Cirene. Es manifiesto, hermanos, que en Pentápolis está la Iglesia católica, la parte de Donato no está allí. Pero seguros, riamos de los que deben llorar, y lloremos por los que deben ser ridiculizados. ¿Qué dices? Recuerdas el gran mérito de este Cireneo, porque llevó la cruz del Señor, y dices que es africano. Es oriental. Libia se dice de dos maneras, o esta que propiamente es África, o aquella parte del Oriente, que está contigua a África, y completamente colindante. Pero que el Cireneo fuera africano. ¿Lo consideras bienaventurado porque fue obligado a llevar la cruz? ¿Cuánto mejor quizás diría otro que en Arimatea permaneció la Iglesia de Cristo? Porque José, aquel rico de Arimatea, teniendo ante sus ojos el reino de Dios, no obligado, no forzado, vino a la cruz del Señor: cuando los demás temían, pidió a Pilato el cuerpo del Señor para sepultarlo, lo bajó del madero, asistió al funeral, lo colocó en el sepulcro, fue alabado en el Evangelio (Mat. XXVII, 57-60). Porque entonces este piadoso de Arimatea mostró tanto servicio al cuerpo del Señor, ¿permaneció la Iglesia en Arimatea? O si más os agrada el obligado, es decir, el que es forzado a llevar la cruz: entonces hacen bien los emperadores católicos, que os obligan a la unidad.

SERMON XLVII. De las ovejas, en Ezequiel cap. XXXIV, 17-31, desde esas palabras, Y vosotros, mis ovejas, etc., hasta, Y yo soy vuestro Dios, dice el Señor Dios. Contra los Donatistas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Somos ovejas de los pastos y de las manos de Dios. Las palabras que hemos cantado contienen nuestra profesión, porque somos ovejas de Dios: y no pedimos inoportunamente con lágrimas su misericordia, de quien somos ovejas. Pues hemos dicho: Lloramos ante el Señor, que nos hizo; porque él es el Señor nuestro Dios. Que nadie que llora desespere de poder ser escuchado, se ha recordado una cierta relación de ser escuchados por Dios: Porque él es el Señor nuestro Dios, que nos hizo. Él es nuestro Dios: nosotros el pueblo de su pasto y ovejas de sus manos (Sal. XCIV, 6 y 7). Los pastores humanos, o incluso los dueños de rebaños, las ovejas que tienen, no las hicieron ellos; las ovejas que pastorean, no las crearon ellos: pero nuestro Señor Dios, porque es Dios y creador, hizo para sí ovejas que tiene, y que pastorea; ni otro instituyó, las que él mismo pastorea; ni las que él instituyó, otro las pastorea. Lloramos entonces ante él. Porque no estamos en buen estado, mientras estamos en este mundo. Pues cuando agrademos al Señor en la región de los vivos, entonces se secarán nuestras lágrimas; y le cantaremos alabanzas, quien nos libró de las ataduras de la muerte, nuestros pies de caer, nuestros ojos de lágrimas, para que agrademos al Señor en la región de los vivos (Sal. CXIV, 8 y 9): porque es difícil que se le agrade en la región de los muertos. Pero también aquí hay de qué agradecerle, suplicando su misericordia sobre nosotros, absteniéndonos de pecados tanto como podamos, y en cuanto no podamos, confesando y lamentando. Así estamos en esta vida esperando otra vida, llorando en esperanza: más bien llorando en realidad, regocijándonos en esperanza.

2. La voz del pastor debe ser escuchada con temblor. Habiendo profesado en este cántico, que somos sus ovejas, el pueblo de su pasto, las ovejas de sus manos; escuchemos lo que nos dice, como a sus ovejas. Antes hablaba a los pastores en la lectura anterior: pero en la presente y de hoy habla a las ovejas. En aquellas palabras suyas, nosotros escuchábamos con temblor, vosotros con seguridad: ¿qué entonces en estas palabras de hoy? ¿Acaso nosotros con seguridad, vosotros con temblor? No ciertamente. Primero, porque aunque somos pastores, el pastor no solo escucha con temblor lo que se dice a los pastores, sino también lo que se dice a las ovejas. Pues si escucha con seguridad lo que se dice a las ovejas, no le importa las ovejas. Además, ya dijimos a vuestra Caridad, que hay dos cosas que deben considerarse en nosotros: una, que somos cristianos; otra, que somos superiores. Por lo tanto, en cuanto somos superiores, se nos cuenta entre los pastores, si somos buenos: pero en cuanto somos cristianos, también nosotros con vosotros somos ovejas (En el sermón anterior, n. 2). Por lo tanto, ya sea que el Señor hable a los pastores, ya sea a las ovejas, debemos escuchar todo con temblor: y no debe apartarse la preocupación de nuestros corazones, para que lloremos ante el Señor que nos hizo.

CAPÍTULO II.

3. La seguridad del rebaño de Dios. Escuchemos entonces, hermanos, de dónde el Señor reprende a las ovejas malas, y qué promete a sus ovejas. Y vosotros, dice, mis ovejas, así dice el Señor Dios. Primero, cuánta felicidad es ser el rebaño de Dios, si alguien lo considera, hermanos, incluso en estas lágrimas y en estas tribulaciones, concibe un gran gozo. Pues no está en su rebaño, a quien los lobos pueden azotar, o cuyo sueño pueden capturar los ladrones. A él se le dijo, Tú que pastoreas a Israel (Sal. LXXIX, 2); de quien se dijo, No dormirá, ni dormitará, el que guarda a Israel (Sal. CXX, 4). Por lo tanto, él vela sobre nosotros cuando estamos despiertos, y vela cuando estamos dormidos. Si entonces el rebaño de un hombre está seguro con un pastor humano; cuánta debe ser nuestra seguridad con Dios pastoreándonos, no solo porque nos pastorea, sino también porque nos hizo.

CAPÍTULO III.

4. La voz del pastor debe ser escuchada ahora. Nuestra única preocupación, que se nos impone, es escuchar la voz del pastor: y ahora es el tiempo de escuchar, porque él aún no ha asumido el tiempo de juzgar. El que habla, ahora calla. Pues habla en el precepto, calla en el juicio. Por eso dice en un lugar: Callé; ¿acaso callaré siempre? (Isai. XLII, 14) ¿Cómo calló, cuando dijo esto mismo hablando? El que dice, Callé, no calla porque decir esto mismo, Callé, no es callar. Entonces te escucho hablando en tantos preceptos, en tantos sacramentos, en tantas páginas, en tantos libros: te escucho incluso en esto mismo que dices, Callé, ¿acaso callaré siempre? ¿Cómo entonces callaste? Porque aún no digo, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino; y aún no digo a otros, Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41): y estas mismas cosas aún no las digo, aunque ya las predico. La última sentencia, que el juez va a dictar, escribiéndola en una tablilla con su propia mano, más allá de la cual ya no se juzgará nada, las partes no la escuchan: saliendo ellas afuera, se escribe. Ambas partes están atónitas y suspendidas, sobre cuál será la sentencia de él. Gran secreto del juez, de donde se llama secretaría. Gran temor de aquellos que están en la causa; lo que él piensa, y lo que escribe, se ignora: y es hombre, y aquellos sobre los que él juzga, ciertamente son hombres. Pero él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su pasto y ovejas de sus manos. Y siendo él Creador, nosotros criaturas; él inmortal, nosotros mortales; él invisible, nosotros visibles; no quiso que en esta vida ignoráramos cuál

será la última sentencia que dictará al final. Nadie dice antes, Condeno, quien quiere condenar: nadie dice antes, Golpeo, quien quiere golpear.

CAPÍTULO IV.

5. No abusemos de la paciencia de Dios. Gran lenidad, gran misericordia, gran mansedumbre: pero si no abusamos de su paciencia para nuestra maldad; y él llevando nuestros pecados, como si para hacerle carga aumentamos pecados a pecados; como si él llevara más, quien no se cansa cuando lleva: nuestros pecados, de los cuales aún nos perdona, porque aún nos soporta, muestran su paciencia, acumulan nuestra carga. ¿Ignoras, dice, que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Esa es la paciencia, que llama silencio, de la que dice, Callé; ¿acaso callaré siempre? Entonces cuando reprendía a algunos, y decía, Tú que predicas no robar, robas; tú que dices no adulterar, adulteras, etc. dice, ¿O desprecias las riquezas de su bondad y longanimidad? Porque él es bueno, porque es longánime, porque ve y calla, porque ve y soporta, ¿piensas que él es injusto? ¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Y mira si siempre callará, quien ahora calla. Pero tú, dice, según la dureza de tu corazón y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4, 21, 5, 6). Entonces calla; ¿acaso callará siempre? También dice después de enumerar algunos pecados: Esto hiciste, y callé; es decir, esto hiciste, y no castigué: pensaste iniquidad, que seré como tú. Y realmente esto piensan muchos, cuando han hecho muchos males, y no han visto que les suceda nada malo; no solo les agradan sus malas acciones, sino que también piensan que agradan a Dios: tanto avanza la impiedad, que el impío despreciador piensa que Dios es como él. Y cuando Dios lo lleva amonestando, enseñando, exhortando, corrigiendo, a su semejanza; no solo no sigue la semejanza de Dios, sino que quiere llevar a Dios a su semejanza. Esta es una iniquidad mayor que los mismos pecados, de los cuales no se corrige. Pensaste iniquidad, que seré como tú? ¿Y qué sigue? Te reprenderé (Sal. XLIX, 21). ¿Por qué esto? Callé; ¿acaso callaré siempre? Por lo tanto, hermanos, ya que este discurso que procede de la boca de Dios, me aterra a mí, y a vosotros (todos tenemos una misma buena esperanza en él, y todos debemos temer igualmente, no sea que ofendiéndolo no encontremos lo que esperábamos, sino que experimentemos lo que despreciamos); escuchemos todos como ovejas de Dios, mientras habla quien calla, mientras nos amonesta, y aún no nos juzga quien nos hizo, mientras hay tiempo para escuchar, mientras es posible también leer.

CAPÍTULO V.

6. No se deben arrancar las cizañas antes de la cosecha, ni separar los cabritos antes del juicio. —Y vosotros, dice, ovejas mías, esto dice el Señor Dios: He aquí que yo juzgo entre oveja y oveja, y entre carneros y cabritos. ¿Qué hacen aquí los cabritos en el rebaño de Dios? En los mismos pastos, en las mismas fuentes, y sin embargo, los cabritos destinados a la izquierda se mezclan con los de la derecha, y primero se toleran aquellos que serán separados; y aquí se ejercita la paciencia de las ovejas, a semejanza de la paciencia de Dios. La separación será hecha por Él, unos a la izquierda, otros a la derecha. Ahora Él calla, tú quieres hablar. Pero, ¿de dónde digo, tú quieres hablar? De donde Él calla. De la venganza del juicio, no de la palabra de corrección. Él aún no separa, tú quieres separar. Él tolera la mezcla, quien sembró. Si antes de la ventilación quieres que el trigo esté limpio, serás malamente ventilado por tu propio viento. Los siervos pudieron decir, ¿Quieres que vayamos y los recojamos? Pues se indignaron al ver las cizañas, y les dolió que las cizañas se mezclaran con la buena cosecha; y dijeron, ¿No sembraste buena semilla? ¿De dónde, pues,

aparecieron las cizañas? Él dio razón de por qué aparecieron; sin embargo, no permitió que se arrancaran antes de tiempo. Aunque los siervos también se indignaron contra las cizañas; sin embargo, buscaron consejo y mandato del señor. Les desagradaban entre la cosecha: pero los siervos veían que si hacían algo por su cuenta al arrancar las cizañas, serían contados entre las cizañas. Esperaron el mandato del Señor, buscaron la orden de su rey: ¿Quieres que vayamos y las recojamos? Y Él: No. Y dio la razón: No sea que, al querer recoger las cizañas, arranquéis también el trigo. Calmó su indignación, y no los dejó en el dolor. Pues parecía grave a los siervos que hubiera cizañas entre el trigo; y verdaderamente era grave. Pero una es la condición del campo, otra la tranquilidad del granero. Tolera; para esto naciste: tolera, porque quizás fuiste tolerado. Si siempre fuiste bueno, ten misericordia: si alguna vez fuiste malo, no pierdas la memoria. ¿Y quién es siempre bueno? Más fácilmente, si Dios te examina diligentemente, te encontrará aún ahora malo, que tú siempre bueno. Por lo tanto, deben tolerarse estas cizañas entre el trigo, los cabritos entre los carneros, los cabritos entre las ovejas. ¿Y qué dice Él del trigo? En el tiempo, dice, de la cosecha, diré a los segadores: Recoged primero las cizañas, y atadlas en manojos para quemarlas; pero mi trigo guardadlo en el granero. Pasará, pues, la concreción del campo, vendrá la discreción de la cosecha. Ahora el Señor exige de nosotros paciencia, la cual propone en sí mismo, diciéndote: Yo ciertamente si ahora quisiera juzgar, ¿juzgaría injustamente? Yo si ahora quisiera juzgar, ¿podría ser engañado? Si yo que siempre juzgo rectamente, y que no puedo ser engañado, difiero mi juicio; tú, ignorante de cómo serás juzgado, ¿te atreves a juzgar tan precipitadamente? Ved, hermanos, cómo a aquellos siervos que querían arrancar las cizañas antes de tiempo, no se les concedió esta obra ni en la cosecha. Pues dice, En el tiempo de la cosecha diré a los segadores: no dice, Os diré a vosotros. Pero, ¿qué, si los mismos siervos serán los segadores? No. Pues explicando todo detalladamente: Los segadores, dice, son los ángeles (Mateo XIII, 24-30, 37-43). Por lo tanto, el hombre encerrado en carne, llevando carne, o quizás todo carne, es decir, carne en cuerpo, carnal en mente, ¿te atreves a usurpar antes un oficio ajeno, que ni siquiera en la cosecha será tuyo? Esto sobre separar las cizañas: ¿y sobre los cabritos qué? Cuando venga el Hijo del Hombre, y todos los ángeles con Él, se sentará en el trono de su gloria; y serán reunidas ante Él todas las naciones, y las separará, como el pastor separa las ovejas de los cabritos (Mateo XXV, 31, 32). Y vendrá, y separará: vendrá la cosecha, y serán separados. Ahora, pues, no es tiempo de separación, sino de tolerancia. Y no decimos esto, hermanos, para que la diligencia de corregir duerma: sino más bien para que no lleguemos incautos a ese juicio, y ciegos negligentes de nuestra ceguera, de repente nos encontremos a la izquierda, se ejerza la disciplina, no se precipite el juicio.

CAPÍTULO VI.

7. El juicio de Dios es esperado con seguridad por los buenos, con temor por los malos. ¿Qué, pues, el Señor? He aquí que yo juzgo entre oveja y oveja, y entre carneros y cabritos. Yo juzgo: gran seguridad, Él mismo juzga, seguros estén los buenos. Ningún adversario corrompe a su juez, ningún abogado lo engaña, ningún testigo lo burla. Pero cuanto más seguros están los buenos, tanto más deben temer los malos. No juzga tal, a quien algo se le oculte. ¿Acaso Dios, al juzgar, buscará testigos, por los cuales aprenda quién eres? ¿De dónde puede ser engañado sobre quién eres, quien sabía quién serías? Te interroga, no a otro sobre ti. El Señor, dice, interroga al justo y al impío (Salmo X, 6). Pero te interroga, no para aprender de ti, sino para confundirte. Teniendo, pues, un juez tal, a quien nadie nos engaña en contra, nadie a favor; actuemos de tal manera que no temamos su juicio venidero, sino que lo esperemos y deseemos. ¿Acaso temen los trigos ser llevados al granero? Más bien lo desean vehementemente. ¿Acaso temen las ovejas ser puestas a la derecha? Más bien nada les parece tan lento como hasta que se haga. Estos de verdad dicen con el corazón y toda sinceridad, lo

oran, Venga tu reino. Pero el corazón del hombre malo en estas palabras tiembla, y su lengua titubea. Pues, ¿cómo dices, Venga tu reino? He aquí que vendrá: ¿cómo te encontrará? Así, pues, actúa, para que ores con seguridad. Y si acaso hay en la conciencia algún error o pecado, tienes en la misma oración la medicina: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 10, 12). Pues quiso Dios que así seas deudor, para que tengas deudor. Pecando, ciertamente te haces enemigo de Dios: pero atiende, no sea que tú tengas enemigo. Perdona, y se te perdonará. Lo que haces tú, que puedes ser hallado en pecado, eso hará en ti quien de ningún pecado podrá ser juzgado. Pero si, como hombre en pecado, no perdonas a tu pecador, ni consideras tu condición en él, ni temes de aquí en adelante la caída de tu fragilidad; ¿qué te hará quien juzga tan seguro, como quien nunca peca?

CAPÍTULO VII.

8. La conciencia debe ser limpiada rápidamente. Por tanto, se debe trabajar por una conciencia pura: y si acaso hay algún escrúpulo, anticipemos su rostro en confesión. En el Salmo ahora, cuando se cantaba, escuchamos, Anticipemos su rostro en confesión (Salmo XCIV, 2). Anticipémoslo, para que no nos anticipe. Después de la confesión no traerá venganza, si tú también después de la confesión no repites la iniquidad. Anticípate antes de que seas anticipado. Pues que vendrá, es seguro: perderás, si no deseas lo que ha de venir. Pues aun no queriéndolo tú, vendrá. ¿Acaso lo retrasarás, rehusando que venga? Así como conocía la hora en que debía ser juzgado, así conoce la hora en que debe juzgar. Vendrá Él, tú mira cómo serás. Hoy hay un escrúpulo, hoy haya confesión, hoy renuncia al escrúpulo; hoy se perdona, hoy se libera. No es para que digas, Dios difiere el perdón: tú no difieras tu medicina. Pues tienes algo en el alma que te angustia: y si angustia, también preocupa. Ciertamente, si en tu casa hubiera una piedra que ofendiera tus ojos, mandarías quitarla de en medio; especialmente si fueras a recibir en tu casa a un huésped un poco más importante. Entonces, cuando invocas a Dios, lo llamas a ti; ¿cómo vendrá a ti, si no has limpiado el lugar donde lo recibirás? Pero, ¿eres menos capaz de quitar de tu corazón lo que tú mismo hiciste? Invócalo a Él, para que limpie; invítalo a Él, para que entre: siempre que lo que vas a hacer, lo hagas ahora, cuando habla advirtiendo, y calla juzgando.

CAPÍTULO VIII.

9. La doctrina recibida no debe ser comunicada con un corazón amargo. Aquí mencionó a los cabritos, mencionó a los carneros, y juzga entre ellos. ¿Y qué les dice? ¿Acaso no os basta que pastoreabais en buenos pastos? y las sobras de vuestros pastos las pisoteabais con vuestros pies; y bebíais el agua que estaba en reposo, es decir, que era pura y tranquila, y el resto lo turbabais con vuestros pies: y mis ovejas comían las pisadas de vuestros pies, y bebían el agua turbada por vuestros pies. ¿Qué significa esto? Los pastos de Dios son buenos, y las fuentes de Dios son puras. Tenemos esto en las Escrituras sagradas. ¿Quiénes son, pues, los que beben de lo que está tranquilo; y se alimentan de lo que está limpio; y pisotean las sobras y turban el agua, para que otras ovejas reciban las hierbas pisoteadas y beban el agua turbada? Y esto ciertamente lo veis desagradar al pastor, quien dice mientras se hacen estas cosas, Yo juzgo entre oveja y oveja: ciertamente para que no se hagan. Hay muchos que aprenden tranquilamente, enseñan de manera perturbada; y cuando tienen un maestro paciente, se enfurecen con el que aprende. Pues, ¿quién no sabe cuán tranquilamente nos enseña la misma Escritura? Viene, pues, alguien, y lee los preceptos de Dios; los lee y los comprende, comprende tranquilo bebiendo de lo tranquilo, y pastando de lo verde y limpio. Viene alguien a escuchar algo de él; se indigna, se perturba, acusando a veces la lentitud del

que entiende más tarde, hace que el perturbado entienda menos, lo que podría escuchar tranquilo.

10. Doctores envidiosos y amargados. No digo esto, hermanos, porque no deba corregirse a veces la dureza, que la misma tranquilidad de tanta verdad corrige, diciendo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer! (Lucas XXIV, 25) si estas cosas se hacen con el amor con el que queremos inculcar cuidado en las personas, para inculcar la diligencia de la intención, y para aclarar quizás la nube de su mente, que han contraído de las preocupaciones del mundo; y quizás pensando en otras cosas inútiles, no pueden escuchar lo que es útil. Luego, incluso si uno ve en sí mismo lentitud, no sin razón es acusado, para que ruegue a Dios, y disuelva la lentitud, conceda la verdad. O bien, si por negligencia nuestra entendemos menos lo que hemos escuchado, ciertamente la negligencia debe ser corregida: o si es lentitud, cuando ha sido acusada, habrá motivo para rogar a Dios. Por lo tanto, tales doctores no deben ser reprendidos: sino aquellos que hacen esto con un ánimo amargo, un ánimo envidioso, ellos mismos pisotean los pastos, y turban las fuentes; lo que quizás saben, así quieren saberlo, para que otros no lo sepan. Hombres de mente maligna, llenos de celo infernal, envidiosos no en el cuerpo, sino en el corazón, leyeron y entendieron; cuando se les pregunta, ¿es mucho para ti, que yo te crea estas cosas? ¿y tú eres digno de leer o escuchar estas cosas? ¿Por qué turbas el agua? La fuente mana para ambos. ¿Por qué pisoteas las hierbas comunes? No lloviste tú, para que nacieran.

CAPÍTULO IX.

11. No basta con una buena conciencia, si la conversación ante los hombres es negligente. Hay otra cosa en estas palabras, que no puede ser entendida absurdamente. Hay hombres que piensan que les basta con vivir bien en su conciencia, y no se preocupan mucho por lo que otro piense de ellos; ignorando que cuando un hombre ve a otro de buena conciencia viviendo más negligentemente, uniéndose a cualquiera y en cualquier lugar, teniendo conocimiento de que nada es un ídolo, y sin embargo recostándose en un ídolo, la conciencia de aquel, siendo débil, se edifica no en lo que investiga, sino en lo que sospecha (I Cor. VIII, 10). Pues el hombre, tu igual, tu hermano, no puede entrar en tu conciencia, que Dios conoce. Tu conciencia está ante Dios, tu conversación ante tu hermano: si aquel, sospechando algo malo de ti, perturbado se edifica para hacer algo que cree que haces, cuando vives así; ¿de qué sirve que el vientre de tu conciencia haya bebido agua pura, y él de tu conversación negligente beba agua turbada?

12. Esforzarse por agradar a los hombres en la medida adecuada. Y oyes a tales personas, cuando se les reprende para que no hagan estas cosas, respondernos, y decir: El Apóstol dijo, Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gálatas I, 10). Y aquí turbas el agua, pisoteas los pastos. Atiende mejor, no te turbes también a ti mismo el agua. Lo que dijo el Apóstol, Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo, lo acepto muy bien, reconozco con gusto la sentencia apostólica. Pero no leíste otra cosa en el Apóstol: Agradad a todos en todo, como yo agrado a todos en todo; no buscando lo que me conviene, sino lo que a muchos, para que se salven. Nuevamente no escuchaste al mismo apóstol: Sed sin ofensa para los judíos y los griegos, y para la Iglesia de Dios (I Cor. X, 33, 32). Tercero, no escuchaste al mismo apóstol: Proveemos lo bueno, no solo ante Dios, sino también ante los hombres (II Cor. VIII, 21). Dice, pues, aquel, Explícame, entonces, cómo entender cosas diversas y contrarias: aquí diciendo el Apóstol, Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo; aquí diciendo, Agradad a todos en todo, como yo agrado a todos en todo; aquí diciendo, Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12); aquí

diciendo, Proveemos lo bueno, no solo ante Dios, sino también ante los hombres. Si escuchas tranquilo, si no te turbas a ti mismo el agua de tu mente, cuanto pueda, quizás te lo explique. Hay hombres jueces temerarios, detractores, murmuradores, que buscan sospechar lo que no ven, que buscan incluso difundir lo que ni siquiera sospechan: contra tales, ¿qué queda, sino el testimonio de nuestra conciencia? Pues, hermanos, incluso en aquellos a quienes queremos agradar, no buscamos nuestra gloria, ni debemos buscar nuestra gloria, sino su salvación: para que si caminamos bien, siguiéndonos no se equivoquen; sean imitadores nuestros, si nosotros de Cristo (I Cor. IV, 16); pero si nosotros no de Cristo, sean imitadores de Cristo. Pues Él mismo apacienta su rebaño, y con todos los que apacientan bien, Él solo es: porque todos están en Él. Por lo tanto, no buscamos nuestra utilidad, cuando queremos agradar a los hombres: sino que nos alegramos de agradecerles en lo que es bueno, por su utilidad, no por nuestra dignidad. Contra quienes dijo el Apóstol, Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo, es manifiesto; y por quienes dijo, Agradad a todos en todo, como yo agrado a todos en todo, es manifiesto: ambos claros, ambos tranquilos, ambos puros, ambos no perturbados; tú solo pastorea y bebe, no pisotees ni turbes.

13. Cuando basta la conciencia. Pues también al mismo Señor Jesucristo, maestro de los Apóstoles, ciertamente lo escuchaste, Dejad que vuestras obras brillen ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo V, 16): es decir, quien os hizo tales. Pues nosotros somos el pueblo de su pasto, y las ovejas de sus manos (Salmo XCIV, 7). Él, pues, sea alabado, quien te hizo bueno, si eres bueno; no tú, quien por ti mismo no podías ser sino malo. ¿Qué quieres, pues, llevar la verdad al contrario, para que cuando haces algo bueno, quieras ser alabado; cuando haces algo malo, quieras que el Señor sea vituperado? Pues ciertamente quien dijo, Dejad que vuestras obras brillen ante los hombres; Él mismo dijo en el mismo sermón, No hagáis vuestra justicia ante los hombres. Pero así como en el Apóstol estas cosas te parecían contrarias, así también en el Evangelio. Si, sin embargo, no turbas el agua de tu corazón, aquí también reconocerás la paz de las Escrituras, y tendrás con ellas también tú paz. Si, sin embargo, no quieres tener paz con ellas, tú en ti mismo cometes tu disputa, ellas no perderán su paz. Pues por aquellos que se jactan de sí mismos ante los hombres, y así ventilan sus buenas obras, que ponen el fin de sus buenas obras en la alabanza de los hombres, y cuentan esa misma alabanza de los hombres como recompensa de sus buenas obras; de ellos se dice, En verdad os digo, ya tienen su recompensa. Contra ellos se dice, Guardaos de hacer vuestra justicia ante los hombres. Por lo tanto, sigue, Para que no seáis vistos por ellos (Mateo VI, 1, 2). No extendió más la intención, aquí hizo el fin. No hagáis así ante los hombres, cualquier cosa buena que hagáis, para que seáis vistos por ellos, para que ese sea el fin de vuestra obra, ser vistos por ellos. No hagáis, pues, así, para que seáis vistos por ellos. Pero aquí no pone el fin, para que seamos vistos por los hombres, ante quienes quiere que sean nuestras buenas obras: sino que dice, Dejad que vuestras obras brillen ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras. No se detuvo, ni aquí permaneció: sino que te llevó de aquí arriba, y te quitó de ti (pues caerías, si estuvieras en ti), y donde estarías seguro, te puso. Veán, dice, vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. No te enojas, porque Él es glorificado: está con Él, y en Él serás glorificado. Para que no se gloríe, dice el Apóstol, toda carne ante Él. ¿Entonces quedaremos sin gloria? No: pues Él mismo dice, Quien se gloríe, gloríese en el Señor (I Cor. I, 29, 31). Pues también el testimonio de nuestra conciencia es así nuestra gloria, porque está en Él. Pues si así es nuestra gloria, que nos agrademos a nosotros mismos, y nos hagamos agradables a nosotros mismos; a un hombre muy necio le agrada, quien se agrada a sí mismo.

14. Cuidado de la buena conversación. Cuidemos, pues, hermanos, no solo de vivir bien, sino también de comportarnos bien ante los hombres; ni solo de tener buena conciencia, sino, en cuanto pueda nuestra debilidad, en cuanto la vigilancia de la fragilidad humana, cuidemos de no hacer nada que venga en mala sospecha al hermano débil: no sea que, al masticar hierbas puras, y beber aguas puras, pisoteemos los pastos de Dios, y las ovejas débiles coman lo pisoteado, y beban lo turbado. Y ay, por aquel que dice, Yo juzgo entre oveja y oveja.

CAPÍTULO X.

15. Ovejas y cabras ahora solo Dios puede discernir.---Por esto dice el Señor Dios a ellos: He aquí que yo juzgo entre oveja fuerte y oveja débil. Que diga algo más. Ya hemos oído sobre aquellos que pisotean las hierbas y perturban las aguas: escuchemos otro tipo de mal, y un gran tipo de mal. Después no menciona a las cabras: las nombró una vez para que supiéramos que existen. Él las conoce bien. Luego habla como si todas fueran ovejas. Primero como él ve, luego como nosotros vemos, ha hablado. Las cabras están presentes y serán separadas al final, que las ovejas lo sepan: ahora discernio como entre oveja y oveja. Solo él, que pudo predestinar porque pudo prever, sabe por predestinación y presciencia quiénes son ovejas y cabras. Ahora, quienes están bajo el signo de Cristo y todos se acercan a la gracia de Dios, te crees oveja, pero quizás Dios te conoce como cabra: pero como oveja escucha lo que escuchas, He aquí que yo juzgo entre oveja fuerte y oveja débil.

16. Los autores del cisma de los donatistas son soberbios.---Porque con vuestros costados y hombros empujabais, y con vuestros cuernos golpeabais, y comprimíais todo lo que desfallecía, hasta que las dispersabais afuera. ¿Quién no entiende esto? ¿Quién no se horroriza? Si no hay ovejas afuera, no se ha hecho. Pero si lamentamos que muchas ovejas vagan afuera, ¡ay de aquellos cuyos hombros, costados y cuernos lo hicieron! No lo harían si no fueran ovejas fuertes. ¿Cuáles son fuertes? Las que presumen de sus fuerzas. ¿Cuáles son fuertes? Las que se glorían de su justicia. No dividieron las ovejas, no las enviaron afuera, sino aquellos que dijeron ser justos: hombros audaces para empujar, porque no llevan la carga de Dios: costados malos, amigos conspiradores, sociedad de terquedad: cuernos erguidos, soberbia elevada: empuja con costados y hombros, agita con cuernos, expulsa lo que no enviaste: Ciertamente toda la causa es que tú eres justo y los demás injustos, y era indigno que el justo estuviera con los injustos: indigno, por supuesto, que el trigo estuviera entre la cizaña; indigno, que las ovejas pastaran entre las cabras, hasta que viniera el pastor que no se equivoca al separar. ¿Eres tú un ángel arrancando cizaña? No te reconocería como ángel arrancando cizaña, ni siquiera si ya hubiera llegado la cosecha. Antes de la cosecha, no tú, sino quienquiera que sea, no es verdadero. Quien designó a los segadores, también designó el tiempo. Los hombres podrían llamarse ángeles. Tal vez encontramos en las Escrituras hombres llamados ángeles, pero yo atiendo al tiempo de la cosecha. Puedes ponerte el nombre de ángel, pero no puedes acortar el tiempo de la cosecha. Por lo tanto, dices falsamente que eres: porque aún no ha llegado el momento en que seas. Así que cuando venga, y los verdaderos segadores sean enviados, no sé dónde te encontrarán, si serás purificado para ser guardado en el granero, o atado para ser arrojado al fuego. Por eso digo, tal vez, porque no me atrevo a juzgar. Ahora te lamento afuera: si estarás adentro, lo ignoro.

17. Los donatistas no pueden excusar su separación. Mientras tanto, escucha de otro testimonio de la Escritura que está escrito sobre ti, mientras vives; y no quieras arrancar la cizaña, cuando no es el tiempo; sino que tú mismo regresa adentro, cuando es el tiempo. Otra Escritura de Dios dice: El hijo malo se dice justo a sí mismo (Prov. XXIV, según LXX).

Estos son tus hombros, costados y cuernos. Mal fuerte, ¿cuánto mejor serías débil? Mal fuerte, pero no sano. El mal fuerte frenético golpea incluso al médico. Dices que eres perfecto, para hacer defecto. ¿Cuánto más, cuánto más útil serías débil, para que él te perfeccione, quien conoce tu imperfección? El apóstol Pablo, vaso de elección, para que no se exaltara en las revelaciones (lo que no nos atreveríamos a decir, si no creyéramos al que lo dice): En la magnitud, dice, de las revelaciones para que no me exalte, se me dio un agujijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee. Para que no levantara los cuernos, decía que era abofeteado. Por lo cual, dice, tres veces rogué al Señor que lo quitara de mí; y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor XII, 7-9). ¿Cuánto más útil es la debilidad que se perfecciona, que esa fortaleza que empuja a las ovejas, que agita para excluir? Por lo tanto, el hijo malo eres tú, te dices justo. El hijo malo se dice justo a sí mismo, pero no lava su salida. Prestad atención, hermanos míos, a una sentencia breve en número de palabras, pero inmensa en peso de verdad. Se dice justo, para salir y excluir. Se dice justo, pero es malo: por eso no lava su salida. ¿Qué significa, no lava? No purga, no defiende, no excusa. ¿Por qué te separaste? ¿Por qué saliste? ¿Por qué tiembla tu corazón, cuando escuchas de los Libros divinos, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (I Juan II, 19): si es que esa mala fortaleza, con la que empujas, golpeas y agitas las ovejas de Dios, permite el temblor en tu corazón? Porque ciertamente cuando escuchas, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; hablaba aquel que estaba en la Iglesia. La Iglesia está difundida por todo el mundo, ¿qué haces afuera? Ni siquiera yo anuncio la Iglesia difundida por todo el mundo: los Profetas la anunciaron, los Apóstoles la anunciaron, el mismo Señor anunció la Iglesia difundida por todo el mundo. Ahora cuando se leía el Salmo, escuchamos, El Señor no rechaza a su pueblo. Como si se preguntara, ¿Cuál? Porque en su mano, dice, están los confines de la tierra (Sal. XCIV, 4). Él no rechaza, y tú empujas. Empujas, agitas, excluyes, acusas de traidores, no pruebas. Estos son cuernos de quien agita, no mansedumbre de quien apacienta. He aquí el pueblo de Dios en los confines de la tierra: he aquí el pueblo de Dios gimiendo y llorando ante Dios que lo hizo, dice en el Salmo al mismo Señor ante quien llora, Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón se angustiaba. Mira cómo se humilla en la angustia de su corazón. ¿Y qué dice que se le ha concedido? En la roca me exaltaste (Sal. LX, 3). En la roca Cristo me exaltaste, no me precipitaste desde el monte Donato. Ve ahora, y lanza tus cuernos, extiende tus costados, infla tus hombros, y empuja a las ovejas; y di, Soy justo. La Escritura te responderá, Malo, no justo. El hijo malo se dice justo a sí mismo. Si eres justo, ¿por qué sales afuera? ¿Por qué expulsas afuera? ¿Qué haces afuera con aquellos que expulsas? Como oveja huiste de las cabras. Mejor serías separado por el pastor a la derecha de ellos, que serías confundido con ellos a la izquierda. Eran cabras, tú oveja: pastarías con las cabras. ¿Qué te ofendieron los pastos, qué te ofendieron las fuentes? Finalmente, ¿qué te ofendió el mismo pastor? quien por un tiempo mezcló ambos rebaños; quien incluso para sí mismo, cuando le plazca hacer esto bien, sin embargo, reservó la separación para el final. Porque ni siquiera él, aunque separara ahora, erraría. El difiere hasta el final, tú separas antes del tiempo. No esperas el final, sin saber cuándo será tu final. ¿De dónde viene esto, sino porque incluso a aquellos que acusaste como cabras, los acusaste falsamente? Porque si los hubieras acusado verdaderamente, no te habrías separado. Tu separación es la purgación de ellos. Si eran cizaña, ¿por qué quisiste separarla antes del tiempo? Con el trigo mezclado con ellos estarías, y en el mismo campo te enraizarías, la misma lluvia te regaría. ¿Por qué entonces saliste? ¿Acaso encuentras causa? A quienes acusas, no convences: pero saliendo antes del tiempo, y separándote, tú mismo eres convencido. Mira que eres hijo malo; te dices justo a ti mismo, pero no lavas tu salida. No te digo, Tú eres más bien traidor. Que si lo digo, fácilmente lo pruebo: pero por eso no quiero decirlo, porque lo hicieron los tuyos, no lo hiciste tú. No te imputo hechos ajenos, incluso de los tuyos: atiendo a tu hecho; lo que estás afuera, lo acuso. Acuso tu salida. Remuevo

absolutamente todo lo que se puede decir contra vosotros. Omito vuestras borracheras, el interés y usura sobre usura; omito las turbas y furias de los Circunceliones: omito todo esto, y cualquier otra cosa que no puedo enumerar. Tal vez no todos entre vosotros hacen esto. Aquel que no hace esto allí, aquel a quien le desagradan estas cosas que allí se hacen; que él mismo se acerque, que él mismo hable: no le imputo crimen ajeno, que lave su salida. Ves que correctamente se le dice, El hijo malo se dice justo a sí mismo. Porque el Señor dice, quien dice la verdad: El hijo malo se dice justo a sí mismo. No yo, sino él mismo. Si quiere que yo lo llame justo, que venga, traiga buenos frutos en la paz católica, los guarde en la paz católica: porque tampoco hay fruto donde no hay tolerancia. Y fruto, dice, llevarán con tolerancia (Luc. VIII, 15). ¿Quieres decir cómo has sido granizado? Escucha de otro lugar: ¡Ay de aquellos que han perdido la tolerancia! (Ecli. II, 16).

18. El cisma de los donatistas no agrada a nadie prudente que desee profesar el cristianismo. Ahora imagina a alguien pensando, porque a menudo sucede, dónde ser cristiano. Se ha movido a ser cristiano, observa que el género humano concurre al nombre de Cristo: sin ninguna ventaja temporal propuesta quiere ser cristiano, no para conciliar un amigo mayor, no para llegar a una esposa deseada, no para evadir alguna presión de este siglo: aunque muchos incluso entrando así son corregidos una vez dentro. Pero hagamos a alguien pensando en su alma, y queriendo ser cristiano: observa donde ve dos partes, pregunta las causas, por qué se separaron aquellos de estos. Responden ellos: Nos separamos como justos de los pecadores. Como si hablaran a un ciego que escucha lo que dicen, no viendo lo que hacen. Si entonces, observando sus costumbres, y aquellas que mencioné poco antes, les dice: Os ruego, os decís justos, y por eso afirmáis haberos separado correctamente; ¿por qué entre vosotros hay tales y tales? Y ellos tal vez porque no se atreven a negar, porque se dicen cosas que se presentan a los ojos: Ciertamente hay tales entre nosotros, pero ¿acaso todos somos tales? muy bien. Veo entonces que estás afuera con pecadores: ¿por qué no adentro? Porque la recompensa de tu separación debería haber sido, no vivir con el pecador. Si estuvieras afuera así, que no tuvieras a quienes finges haber huido, de alguna manera soportaría tu separación. Que entonces este deseoso de ser cristiano, observe dónde ser cristiano: ve a aquellos separados como de pecadores, llenos de pecadores. Vuelve a observar la Iglesia de Cristo según la vida probable de las costumbres del género humano, según las cuales puede él mismo también viniendo del siglo juzgar de alguna manera: ve aquí también a algunos sobrios, a algunos ebrios; a algunos alimentando a los pobres, a algunos deseando el robo de cosas ajenas, y otras tales: ve aquí, ve también allí. Que observe ya a Dios, qué dice sobre su Iglesia: encuentra a Dios diciendo que su Iglesia está entre todas las naciones; encuentra a Dios también en esta similitud de la cizaña diciendo, El campo es este mundo. No el campo es África; sino este mundo. Por todo el mundo el trigo, por todo el mundo la cizaña (sin embargo, el campo es el mundo, el sembrador el Hijo del hombre, los segadores los ángeles, no los príncipes de los Circunceliones), crecerán ambos hasta la cosecha: no crecerá la cizaña, y disminuirá el trigo; sino que ambos crecerán hasta la cosecha. ¿Qué cosecha? Escucha a él mismo: La cosecha es el fin del siglo (Mat. XIII, 38, 39). Escucha esto claramente, y juzgando correctamente, ¿qué dice? No estaré en esa división; estaré aquí, y seré bueno en el nombre de aquel de quien seré: y seré bueno, no haciéndome bueno a mí mismo, sino esperando ser hecho por él; no diciéndome bueno y justo a mí mismo, sino deseando ser dicho por él. Entra, se hace católico. He aquí que él mismo lava su entrada, lava tú también tu salida. No puedes: Porque el hijo malo se dice justo a sí mismo, pero no lava su salida.

CAPÍTULO XI.

19. Las ovejas se salvan al escuchar la voz del pastor.---Con vuestros costados y hombros empujabais, y con vuestros cuernos golpeabais, y comprimíais todo lo que desfallecía, hasta que las dispersabais afuera. Y salvaré a mis ovejas. Así como es detestable la iniquidad y crueldad de ellos; así es loable la misericordia de nuestro pastor, verdaderamente nuestro Dios: salvará a sus ovejas. Tal vez, hermanos míos, aunque sea por los más pequeños de sus siervos, tal vez por indignos lo hace, cuando decimos esto. Que salve a sus ovejas: que escuchen la voz de su pastor, y lo sigan. No busquen la Iglesia de la boca de los hombres: búsqüenla de la boca de Dios, búsqüenla de la boca de Cristo. Aquel a quien él llama impío, es impío; a quien él llama justo, es justo; a quien él llama oveja, es oveja; a quien él llama cabra, es cabra. Él es la verdad, él hable, de él se busque la Iglesia. Dinos, Señor, ¿dónde está tu Iglesia? Y él a todos: ¿Dónde estoy yo, sabéis? Respondan todos: En el cielo a la derecha del Padre. Fe íntegra: esto enseñé, esto sembré; pero lo sembré por el mundo. Cuando me confesáis en el cielo, ciertamente os viene a la mente aquel salmo, Exáltate sobre los cielos, Dios. ¿Buscáis la Iglesia? Leed lo que sigue, Y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. CVII, 6). Allí, hermanos, donde se dijo, Exáltate sobre los cielos, Dios, sobre Cristo resucitado y ascendido; allí inmediatamente sigue, Y sobre toda la tierra tu gloria. El esposo está en el cielo, la esposa está en la tierra: él sobre todos los cielos, ella sobre toda la tierra. Oh hereje, crees lo que no ves en el cielo, niegas lo que ves en la tierra. Que diga esto, que diga y sea escuchado: salvará a sus ovejas. Y salvaré, dice, a mis ovejas, y ya no serán en devastación: y juzgaré entre oveja y oveja.

20. Profecía sobre Cristo como pastor, enseñando que Él es uno con Dios.---Y levantaré sobre ellas un solo pastor. ¿No dijo Él en la lectura anterior, "Yo las apacentaré"? Ahora levanta un solo pastor, aquel que apacienta. ¿Acaso en tan corto intervalo de lectura se cansó de apacentar y levantó un pastor a quien encomendar el cuidado de las ovejas, para estar Él seguro? Escuchemos a quién llama pastor; y allí entenderemos por qué Él mismo, aun levantando a este pastor, apacienta, y solo apacienta. Levantaré sobre ellas un solo pastor, y las apacentará mi siervo David; él las apacentará. Que es una profecía sobre Cristo viniendo a los hombres del linaje de David, lo entenderéis rápidamente, hermanos, si conocéis los tiempos. Este profeta Ezequiel fue en el tiempo de la cautividad, que ocurrió con la deportación del pueblo a Babilonia. Desde el tiempo de David hasta el tiempo de esta deportación, hay catorce generaciones. Mirad cuánto después dice, "Y David las apacentará". Si esto se dijera en el tiempo de Noé, o en el tiempo de Abraham, o en el tiempo de Moisés, o al menos en el tiempo del mismo Saúl, a quien sucedió David en el reino; entenderíamos correctamente que esto se dijo sobre el mismo David, hijo de Jesé, que él sería el pastor del rebaño de Dios, al que se le confió el pueblo cuando reinaba: pero ahora David ya había reinado, ya había salido de esta vida, ya había sido reunido con sus padres, ya descansaba según su mérito: ¿qué significa que dice, "Levantaré a David, y lo haré para ellos un solo pastor", sino que ese David es el que viene del linaje de David? ¿Cómo, entonces, nos levanta Dios un pastor? ¿Qué pastor único? Y las apacentará mi siervo David. Ya desde hace tiempo Él nos apacienta; Dios nos apacienta: ahora nos apacienta su siervo David. ¿Por qué como otro? Pues ciertamente cuando Él apacienta, Dios apacienta: y cuando Dios apacienta, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo apacientan. Ahora se levanta, y se hace como otro pastor; pero no otro. No otro según la forma de Dios; porque en la forma de Dios Él y el Padre son un solo Dios: pero en la forma de siervo se levanta como otro, para apacentar; porque el Padre es mayor. Escucha a uno apacentando, y a Cristo apacentando: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). Escucha a Cristo levantándose para apacentar: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28). Uno, por tanto, apacienta; porque "siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse". Sin embargo, se levanta para apacentar;

porque "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo". Esto mismo lo atestiguan las palabras: "Las apacentará mi siervo David". Siervo, en forma de siervo. Siervo, porque "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre: se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". Que se levante, pues, para apacentar. Por lo cual, dice, "Dios lo exaltó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre". Ya levantado su siervo David, ya levantada la forma de siervo, que puso a su derecha, "le dio un nombre que es sobre todo nombre". Mira cómo apacienta, cuán ampliamente apacienta: "Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra" (Filipenses 2, 6-10). ¿A qué parte estrecha, oh poseedor amplio, te aferras con tu vanidad herética? ¿O confías tanto en tus hombros soberbios y tus cuernos, que no te congregas al pastor, sino que intentas excluir al mismo pastor del rebaño? Las apacentará mi siervo David. Escuchad, ovejas, a David apacentándoos: escuchad la voz de David, vuestro pastor, no la voz de los ladrones, no los aullidos de los lobos. Las apacentará mi siervo David. Él las apacentará. ¡Oh cosa digna de encomio! Él las apacentará. Que nadie diga que apacienta aparte de Él: "Él las apacentará". Quien quiera apacentar, que apaciente en Él: porque "Él las apacentará". Dios decía poco antes, "Yo las apacentaré": ahora dice, "Él las apacentará". Que el Hijo responda y nos diga: Ambas cosas son verdaderas; "Yo y el Padre somos uno". Quien dice, "Yo las apacentaré"; no miente diciendo; "Él las apacentará": y cuando dice, "Él las apacentará"; no miente diciendo, "Yo las apacentaré". ¿No crees, dice, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre también (Juan 14, 10, 9). Correctamente se dice, "Yo las apacentaré": correctamente se dice, "Él las apacentará". Es una distinción, no una separación, "Él las apacentará". No temáis, ovejas; no os dejará quien dijo, "Él las apacentará". Dios apacienta, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: Él mismo Dios apacienta. Pero debía distinguirse la forma de siervo: no separarse y alienarse y constituirse en otra persona. El Creador asumió en sí la criatura, no se transformó el Creador en criatura: asumió lo que no era, no perdió lo que era.

CAPÍTULO XII.

21. Unidad de la deidad, y distribución de las personas. Cristo mediador, cómo.---Las apacentará mi siervo David. Él las apacentará, y será para ellas en pastor: y yo, el Señor, seré para ellas en Dios. Atended, hermanos: ved la unidad de la deidad, y sin embargo la distribución de las personas; para que no digamos que el Hijo es el Padre, o que el Padre es el Hijo. He aquí que dijo, "Él las apacentará"; quien poco antes había dicho, "Yo las apacentaré". Y será para ellas, dice, en pastor: y yo, el Señor, seré para ellas en Dios. Explicanos, Señor: que nadie enturbie el agua; lo que mana puro de la fuente pura, bebamos. ¿Por qué, como si dijeras por separado, "Él será para ellas en pastor, yo seré para ellas en Dios"; como si Él fuera nuestro pastor, tú fueras nuestro Dios? ¿Por qué, Señor, tú no eres nuestro pastor, y Él no es nuestro Dios? Escucha tranquilamente, sé dócil para escuchar la palabra, para que entiendas. Pues tal vez ahora me escucha algún oído que siente de manera diferente, y envenenado por la herejía, y se burla de mí diciendo, Padre e Hijo un solo Dios; cuando no se burla de tantos miles de hermanos que tienen un solo corazón (Hechos 4, 32): y me dice, He aquí que Dios dice claramente, "Él será para ellas en pastor mi siervo David", a quien tú mismo entendiste como Cristo, y no puede entenderse de otra manera: pues diste razón de que esto se dijo cuando David ya había dormido: Cristo, por tanto, será para ellas en pastor; y yo, el Señor, dice, seré para ellas en Dios; Él en pastor, Él en Dios. Entonces explícame qué significa, "Yo las apacentaré". ¿Quién decía, "Yo las apacentaré"? Ciertamente Dios hablando decía, "Yo las apacentaré". Así como no separó a Cristo del apacentar, cuando decía, "Yo las apacentaré": así no separó a Cristo de la deidad, cuando

decía, "Yo Dios". He aquí que Cristo es pastor, el Padre es pastor. Así como el Padre es Dios, Cristo es Dios. Así como del pastor Cristo no separas al Padre, así del Dios Padre no separas a Cristo. El Padre tiene con el Hijo la misericordia de apacentar, el Hijo tiene con el Padre la igualdad de la divinidad. Pero si no lo dijera así, pensarías que el Padre es el Hijo. Por tanto, te advertió sobre la unidad de la deidad, y sobre la distribución de las personas: para que lo que dice, "Él las apacentará, y yo seré para ellas en Dios", no separándose del Hijo que apacienta, ni separando al Hijo de sí mismo que domina, entiendas en el Padre a Dios Hijo, y en el Hijo entiendas al pastor Padre. Yo, dice, el Señor, seré para ellas en Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellas. ¿Por qué en medio de ellas? Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Príncipe en medio de ellas. De ahí también mediador de Dios y de los hombres; porque Dios con el Padre, porque hombre con los hombres. No mediador hombre aparte de la deidad; no mediador Dios aparte de la humanidad. He aquí el mediador: La divinidad sin humanidad no es mediadora, la humanidad sin divinidad no es mediadora; pero entre la divinidad sola y la humanidad sola, es mediadora la divinidad humana y la humanidad divina de Cristo.

CAPÍTULO XIII.---Y mi siervo David príncipe en medio de ellas. Yo, el Señor, he hablado: no algún hereje desconocido. Yo, el Señor, he hablado.

22. Testamento de paz. Testamentos de los cismáticos anulados por las leyes de los emperadores. Los donatistas se jactan de haber salvado las Escrituras del fuego.---Y estableceré con ellos un testamento de paz: por medio de aquel que dijo, "Mi paz os doy, mi paz os dejo" (Juan 14, 27). Este es el testamento de nuestro Padre, el testamento de paz. Cualquier herencia se divide entre los coherederos, la herencia de la paz no puede dividirse. Nuestra paz es Cristo. La paz hace de ambos uno, no dos de uno. Porque Él es nuestra paz, dice, quien hizo de ambos uno (Efesios 2, 14). El testamento de Dios es, la herencia es la paz. Sea poseída por coherederos concordes, no dividida por litigantes. Y estableceré con ellos un testamento de paz. Vigilad, herejes, escuchad del pastor el testamento de paz, venid a la paz. Os enojáis con los emperadores cristianos, porque no quisieron que vuestros testamentos valieran en vuestras casas: ved cuán digna es la pena. ¿Y qué es que vuestro testamento no valga en vuestra casa? ¿Qué es? ¿cuánto es? Este dolor es una advertencia, aún no es condenación. Pues Dios quiso compadecerse de su testamento de paz. Te duele tu testamento, si no permanece tu testamento en tu casa. Ciertamente morirás, y no sabrás qué se hará en esa casa después. Porque en ese día perecerán, dice, todos sus pensamientos (Salmo 145, 4): y no conocerá más su lugar (Salmo 102, 16). No sabiendo, por tanto, qué se hará en tu casa después de morir; sin embargo, te duele que no permanezca tu testamento en tu casa. Cristo murió, resucitó, miró desde el cielo, para que su testamento permaneciera. Despierta de tu dolor, corrígete de tu tormento. Al madero mal torcido sabes que se le suele aplicar calor: que este dolor te corrija, aún no es la llama del fuego eterno, es como el calor del hogar aplicado a tu corazón torcido, para que de aquí se advierta y se corrija. Te duele, ciertamente te duele correctamente, que no permanezca tu testamento en tu casa. La casa de Dios, es tu corazón. Si quieres que tu testamento valga en tu casa, ¿por qué no quieres que el testamento de Dios valga en su casa? Dejas a tus hijos paredes, y si supieras que tus hijos las dividirán de otra manera de como tú dispusiste, te duele. De una casa vilísima, de un techo que se derrumba, cuánta preocupación tienes, cuánta ansiedad concibes. ¿Cómo resistes a las fiebres ardientes, a la enfermedad que te oprime, a la misma muerte que te urge, cuanto puedes, exhalando las últimas palabras, para cumplir tu testamento? ¿Cuántos juristas consultas, cuántas artimañas, para que tu testamento permanezca contra la misma ley del Emperador, buscas? Desde cerca te responde Dios, No busques artimañas, no busques fórmulas calumniosas: ¿quieres que tu testamento permanezca? Que permanezca en ti el mío. Te duele, porque otro toma tu

adquisición, a quien no querías: ¿qué de mi herencia tan amplia, tan piadosa? En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Génesis 22, 18): Dije yo a mi siervo, te dice Dios, y creyó cuando no veía estas cosas: tú ves, y niegas. He aquí que él guardó el testamento hecho, tú lo rompiste abierto. Entonces se guardó el testamento, cuando se escuchó: entonces se abrió, cuando se cumplió. Hasta tus manos se guardó el testamento. Ciertamente quieres ser heredero: ¿acaso tu coheredero contiene contigo, para decirte, Toma esta parte, yo aquella; o, Toma tú la menor, y yo la mayor? No dice, Dividamos juntos: sino, Tengamos juntos. Pues eso quiso quien testó. Abre, y lee. Y clamas: Para que no se incendiara, yo lo hice; para que no se incendiara, yo lo guardé. ¿Para que no se incendiara, tú lo guardaste? Abre y ve que guardaste de lo que te incendiarías: aunque te guardaste, lejos de mí que crea, a quien veo no guardar lo que manda. Y pondré con ellos un testamento de paz.

CAPÍTULO XIV.

23. Habitación y descanso en el desierto de la conciencia.---Y exterminaré las malas bestias de la tierra. Bestias, enemigos del testamento de paz. De estas bestias se dice en el Salmo, "Reprende a las fieras del cañaveral" (Salmo 67, 31). ¿Qué es, fieras del cañaveral? Bestias adversarias de la Sagrada Escritura; porque fueron escritas con caña. Exterminaré las malas bestias de la tierra: y habitarán en el desierto con esperanza. ¿Qué es, en el desierto? En soledad. ¿Qué es, en soledad? Dentro de la conciencia. Gran soledad, donde no solo ningún hombre pasa, sino que ni ve. Allí habitemos con esperanza, porque aún no en realidad. Pues todo lo que es nuestro afuera, fluctúa con las tempestades y tentaciones del siglo. Hay un desierto interior, allí interroguemos nuestra fe: interroguemos, si hay caridad dentro; veamos, si no son los labios los que suenan, sino también el pecho, cuando decimos, "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12). Si suena verdad, si decimos verdad, donde nadie de los hombres ve, allí está el desierto, donde descansamos con esperanza; porque toda esta tribulación pasará; y lo que era esperanza, será realidad, y todo lo nuestro será en descanso. Ya seremos visibles para nosotros mismos; y no será la oveja como escondida, el pensamiento; y no será el desierto la conciencia: porque todos se conocerán a sí mismos, y no tendrán sus pensamientos desconocidos, cuando venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas; y manifestará los pensamientos del corazón, y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (1 Corintios 4, 5). Ahora bien, ves a dos hombres en tribulación, no puedes ver su corazón. Tal vez uno es mordido por la conciencia, otro en la conciencia, como en el desierto, descansa. Y habitarán en el desierto con esperanza: y tendrán sueño, es decir, descanso como si los sentidos estuvieran alienados de todo ruido del siglo; allí dentro descansarán, en los arroyos. En ese desierto interior hay ciertos arroyos de memoria que manan, líquidos divinos que brotan de la mente que retiene y recuerda la Escritura. Pues lo que leíste, lo que escuchaste, si lo has confiado puro y líquido y santo a la memoria; cuando comiences a descansar en ese desierto interior, es decir, en buena conciencia, se destila de los interiores de tu mente, y mana de algún modo el recuerdo de la palabra de Dios, y con los demás descansas con esperanza, y dices: Es verdad, bien me está, esta es mi esperanza, esto me prometió Dios, no miente, estoy seguro. Y esta seguridad es sueño en los arroyos. Y tendrán sueño en los arroyos.

24. Lluvia de bendición.---Y daré a ellos alrededor de mi colina bendición. Aunque sea monte, aunque sea colina, alrededor de él nos vaya bien. La colina misma es Cristo. Pues así Él en medio de nosotros, nosotros estamos alrededor de Él. Ya había dicho antes, "David príncipe en medio de ellas". Y porque es príncipe, por eso colina: suave, no arduo y difícil de ascender: pero si no pone los pies desde lo alto. Y daré a ellos alrededor de mi colina bendición: y traeré lluvia en su tiempo, lluvia de la palabra de Dios. Pues hay también lluvia

mala, que derriba la casa sobre la arena, a la cual es grande que resista la casa fundada sobre la roca (Mateo 7, 24-27): pues es lluvia de tentación, buscando ruina, no regando la tierra. No será tal lluvia esta, que el Señor dice que traerá. Pues ¿qué dice? Lluvias de bendición serán. Te había hecho sospechosa la lluvia nombrada: lluvias serán de bendición, no de tentación. Lluvias de bendición serán.

25. Árboles en el campo fructíferos alegóricamente. Y mira a dónde lleva esa lluvia. Y los árboles que están en el campo, darán su fruto. En el campo, en cierta llanura, no en alturas; en cierta facilidad de vida. Cierta facilidad de esta vida, que no tiene en sí nada de arduo, laborioso, difícil, la llamó campo: tal es la vida de muchos fieles en la Iglesia de Dios, que tienen esposas, hijos, sus casas; como en el campo están los árboles, no han podido ascender a nada arduo. Pero reciban la lluvia, y estos árboles darán su fruto. El fruto de estos árboles es, "Parte tu pan con el hambriento, y al pobre sin techo introduce en tu casa" (Isaías 58, 7). A tales árboles decía el Apóstol, "No porque busque dádivas, sino que busco fruto" (Filipenses 4, 17). Y los árboles que están en el campo, darán su fruto: aunque no tengan mayor, tienen sin embargo su propio fruto. Y la tierra dará su generación: toda la tierra. Y habitarán en su tierra. Ya los campos, colinas, montes darán sus generaciones. ¿Qué puede el campo? ¿qué puede la colina? ¿qué puede el monte? Solo el agricultor sea reconocido. Y habitarán en su tierra con esperanza. Veis que promete cosas que en este tiempo nos da. Mientras dice, "con esperanza", aún en este tiempo entiendo. Pues cuando lleguemos a las promesas, ya no será esperanza, sino será la misma realidad.

CAPÍTULO XV.

26. Contra los Donatistas. — Y sabrán que yo soy el Señor, cuando rompa las horcas de su yugo: horcas con las que se oprime su cuello. Señor, rompe las horcas con las que los herejes oprimen los cuellos de los débiles. ¿Qué es tan estrecho y comprimido por una horca como "No escuches a Cristo, escúchame a mí"? Quita la horca, permite respirar. No sé qué dices. Escucho la voz de mi pastor: "Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 47). Déjame seguir al pastor. ¿Por qué oprimes? Quita la horca de mi cuello, tomaré el yugo suave de mi Señor. Esto escucha, y oprime. Señor, el hereje no quiere suspender la horca; tú rompe la horca. La cruz del Señor eleva hacia arriba, la horca del hereje oprime hacia abajo. Pero se romperán: "Cuando rompa las horcas de su yugo". Pues quieren imponer su dominio a los hombres, queriendo que estén bajo ellos, no bajo Dios. "Cuando rompa las horcas de su yugo: y los libraré de la mano de aquellos que los reducían a servidumbre". ¿Qué significa "los reducían a servidumbre"? Los obligaban a pecar. Porque todo el que comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34). Veán lo que les han persuadido, hermanos, para que digan: "Ellos darán cuenta por nosotros: somos ovejas; a donde nos lleven, seguimos". ¿Eres oveja? Escucha al pastor, no al lobo.

27. Son rescatados de los dientes de los lobos quienes escuchan al pastor. — Y no serán más una devastación para las naciones. Pues en todas las naciones no faltan, unos aquí, otros allá: no aquellos allá que están aquí; pero sin embargo no faltan horcas oprimiendo los cuellos de los fieles, ni aquí, ni allá. Disienten entre sí, pero todos consienten contra la unidad. Sin embargo, la unidad no disiente de sí misma; sino que lucha en todas partes contra todos los que disienten de ella, trabaja en todas partes: pero hay descanso en el desierto. Y no serán más una devastación para las naciones, y las bestias de la tierra ya no los devorarán. Escuchando la voz del pastor, serán rescatados de los dientes de los lobos. Esas bestias de caña no los devorarán, queriendo convertir las Escrituras a su propio sentido, apartando los

oídos de las Escrituras abiertas; queriendo ser escuchados ellos, y no las Escrituras. Y las bestias de la tierra no los devorarán, y habitarán en esperanza. Vean cuántas veces muestra que lo que ahora promete, lo promete aquí: Dios habla de cosas que aún aquí exhibe. Y no habrá quien los aterrorice. ¿Cómo no habrá quien los aterrorice? No habrá en absoluto. En el Señor confío. Ya cuando el hombre comience a decir: "En Dios alabaré la palabra, en el Señor alabaré el verbo, no en mí". Ellos alaban la palabra en sí mismos, diciendo: "Lo que os decimos, creedlo": nosotros alabamos la palabra en el Señor, diciendo: "Lo que se nos dice del Señor, creámoslo". No habrá quien nos aterrorice; porque "En Dios alabaré la palabra, en el Señor alabaré el verbo: en Dios he confiado, no temeré lo que me haga el hombre" (Sal. LV, 11): No habrá quien los aterrorice.

28. Plantación de paz. — Y levantaré para ellos una plantación de paz. Testamento de paz, plantación de paz. Que germine lo que planta Dios, y sea arrancado lo que sembró el hereje. Lo que Dios plantó de sí mismo, de su Iglesia; de sí mismo en el cielo, de la Iglesia en la tierra; de sí mismo sobre todos los cielos, de la Iglesia por todas las tierras: esto plantó Dios. Ven aquí, sé parte de Donato, en África solamente está la Iglesia: no lo plantó Dios, no reconozco la planta de Dios. Lo que hablas debe ser arrancado, no regado. Y levantaré para ellos una plantación de paz: y ya no habrá quienes sean exterminados por hambre en la tierra. Verdaderamente, hermanos, porque hay hambre; busquen y vean cuánta hambre padecen: y lo que es peor, tienen comida alrededor de la boca, pero no comen; tal como los enfermos a menudo mueren de hastío, no porque falte lo que comer, sino porque no quieren comer y lo rechazan. Pues ciertamente las Escrituras hablan de esto: y aquí ciertamente y allá resuena el Salmo: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones" (Sal. XXI, 28). He aquí la comida está puesta en el recipiente: si estuvieras sano y comieras, ¿acaso te quedarías allí? Y ya no habrá quienes sean exterminados por hambre en la tierra, y ya no llevarán la maldición de las naciones. Verdaderamente, hermanos, la Iglesia ha sido erigida en el nombre de Cristo a tal altura, que ya todos los maldicientes se avergüenzan, y no se atreven a maldecir. Solo les queda decir contra nosotros: "¿Por qué no estáis de acuerdo entre vosotros?" Los gentiles paganos que han quedado, no teniendo qué decir contra el nombre de Cristo, objetan a los cristianos la disensión entre los cristianos. Por lo tanto, cualquiera que pase de los herejes a la Católica, no tendrá esta afrenta de las naciones; ni llevará la maldición de la disensión, porque permanece en la raíz de la unidad, en la plantación de la caridad: No llevarán la maldición.

CAPÍTULO XVI.

29. Quiénes son las ovejas de Dios. Y sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos, y ellos mi pueblo, la casa de Israel, dice el Señor Dios. He aquí las ovejas, he aquí la viña. Así como cuando Isaías hablaba de la viña, reprendiendo a una viña mala, para que no dijera la vid: "No entendí", lo expuso al final diciendo: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel" (Isaías V, 7); para que no dijeran: "No se nos dijo a nosotros, sino a una viña que no sé cuál es": pero aquí, cuando habló de las ovejas, al final para que nadie diga: "Quizás hay algunas ovejas de Dios no sé dónde, que Dios cuida, y yo no las conozco": aunque es demasiado absurdo para el sentido humano quien haya pensado esto: sin embargo, ese pastor compasivo descendiendo hasta tales pensamientos de los débiles, y expone clarísimamente cuáles son sus ovejas. Y vosotros, mis ovejas, y las ovejas de mi rebaño, sois hombres. Pero, ¿qué hombres? ¿Todos los hombres? No. Bienaventurado aquel cuyo Dios es el Señor su esperanza (Sal. XXXIX, 5): y, ¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón! (Sal. LXXII, 1). Bienaventurado el hombre cuyo Dios es el Señor (Sal. CXLV, 5).

30. Dios es de todos, y no está dividido entre todos los suyos, sino que es poseído completamente. Dios está sobre todos: sin embargo, no sé cómo nadie se atreve fácilmente a decir: "Dios mío", sino quien cree en Él, y quien lo ama; él dice: "Dios mío". Lo has hecho tuyo; de quien eres, eso ama Él. Con toda seguridad, con la dulzura de tu afecto, y con amor seguro y confiado, di: "Dios mío". Lo dices con seguridad, dices la verdad: porque es tuyo, y no has hecho que no sea de otro. No dices "Dios mío" como "mi caballo". Pues tu caballo es tuyo, no el caballo de otro. Dios es tuyo, y de aquel que así diga: "Dios mío", como tú dices. Cada uno dice: "Dios mío", y "Dios mío": Él es de todos, ofreciéndose a todos para ser disfrutado, entero en todos, entero en cada uno. Pues no dividen entre sí quienes dicen "Dios mío". Si esta palabra que lanzo con la lengua, y suena con letras y sílabas constantes, llega entera a cada uno, y no la dividen entre sí quienes la escuchan; si la palabra que suena corporalmente a los oídos del cuerpo, más clara en lo cercano, más débil en lo lejano, es recibida entera por todos los que escuchan, sin dividirla entre sí en sílabas, sino recibéndola todos entera; cuánto más ese Dios presente en todas partes, llenando todo, no más claro en lo cercano, ni más débil en lo lejano, sino extendiéndose con fuerza de un extremo al otro, y disponiendo todo suavemente (Sab. VIII, 1), es poseído igualmente por todos. Esta luz, hermanos míos, ciertamente corpórea, brilla desde el cielo; sale, se pone, gira, se mueve de un lugar a otro: sin embargo, todos los ojos se dirigen hacia ella y la poseen por igual, no la dividen; ningún rico ha fijado un límite en ella, ni al verla antes ha excluido o estrechado los ojos del pobre. Que diga el pobre: "Dios mío"; que diga el rico: "Dios mío": aquel tiene menos, este tiene más; pero de dinero, no de Dios. Para llegar a Dios, Zaqueo, el rico, dio la mitad de su patrimonio (Luc. XIX, 8); para llegar Pedro, dejó las redes y la barca (Mat. IV, 20); para llegar la viuda, dio dos monedas (Luc. XXI, 2-4); para llegar el más pobre, ofreció un vaso de agua fría (Mat. X, 42); para llegar el completamente pobre y necesitado, dio solo la buena voluntad (Luc. XI, 14). Dieron cosas diversas, pero llegaron a uno, porque no amaron cosas diversas. Así también vosotros, hombres ovejas de Dios, ovejas del rebaño de Dios, no os perturbéis por vuestras diversidades temporales, que unos en honor, otros sin honor, unos con dinero, otros sin dinero, unos hermosos de cuerpo, otros menos hermosos, unos cansados por la edad, otros jóvenes, otros niños, otros hombres, otros mujeres: Dios está igualmente presente para todos. Aquel tiene más lugar ante Él, quien más trae, no de dinero, sino de fe. Y vosotros, dice, mis ovejas, y las ovejas de mi rebaño, sois hombres; y yo soy vuestro Dios, dice el Señor Dios. ¡Oh, bienaventurados nosotros con tal posesión y tal poseedor! Pues nos posee, y lo poseemos: nos posee para cultivarnos; lo poseemos para cultivarlo: pero nosotros lo cultivamos como a Dios, Él nos cultiva como a un campo: Él nos cultiva para que demos fruto; nosotros lo cultivamos para dar fruto. Todo recae en nosotros, Él no necesita de nosotros, "Te daré", dice, "tu herencia y tu posesión hasta los confines de la tierra" (Sal. II, 8). He aquí que somos su posesión. "El Señor", dice, "es la parte de mi herencia y de mi cáliz" (Sal. XV, 5). He aquí que es nuestra posesión: pero, ¿con qué distinción? Vosotros sois hombres, yo soy el Señor vuestro Dios, dice el Señor nuestro Dios.

SERMON XLVIII. Sobre las palabras del profeta Miqueas, cap. VI, 6-8, ¿Qué ofreceré digno al Señor?, etc. Y sobre el Salmo LXXII, ¡Cuán bueno es Dios para con Israel!, etc. Pronunciado en la basílica de Celerina.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El predicador de la palabra obra en los oídos, Dios en el corazón. Escuchamos las lecturas de los divinos discursos cuando se recitaron. Esa es la materia que se nos ha propuesto para hablar; de ahí debemos saborear, de ahí sembrar lo que saboreamos, con la ayuda de aquel en

cuya mano estamos, como está escrito, y nosotros y nuestras palabras (Sab. VII, 16). No en vano está escrito en otro lugar: "En el Señor alabaré la palabra, en el Señor alabaré el verbo" (Sal. LV, 11). Esto se alaba en el Señor, lo que el Señor da. Aunque seamos débiles, somos sus vasos: captamos cuanto podemos, comunicamos sin envidia lo que captamos. Que Él supla en vuestros corazones lo que nosotros hayamos hecho de menos: porque lo que obramos en vuestros oídos, ¿qué es, sino que Él lo haga todo en vuestros corazones?

2. Sacrificio a Dios nosotros mismos. Hacer juicio y justicia. Juicio perverso no es juicio. Recordad conmigo lo que nos ha recomendado la primera lectura profética. ¿Qué ofreceré digno al Señor?, dice. El hombre buscaba un sacrificio con el que aplacar a Dios, o con el que agradar a Dios: ¿Doblaré, dice, la rodilla al Dios excelso, lo aplacaré con miles de toros, o con diez mil cabras gordas, o ofreceré a Dios el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? ¿Ofreeceré, dice, mis primogénitos a mi Dios por el pecado de mi alma? Se te responde, oh hombre. Oh hombre, ¿quién te responde, sino quien hizo al hombre? Se te responde, oh hombre, que buscas qué ofrecer a Dios, y cómo agradar a Dios, o cómo agradar a Dios.

CAPÍTULO II.

Se te responde qué es lo bueno; o qué otra cosa busca el Señor de ti, sino que hagas juicio y justicia, y ames la misericordia, y estés dispuesto a ir con el Señor tu Dios. Buscabas qué ofrecer por ti: ofréctete a ti mismo. ¿Qué busca el Señor de ti, sino a ti mismo? Porque en toda criatura terrena nada mejor hizo que a ti. Te busca a ti de ti, porque tú te habías perdido. Pero si haces lo que mandó, encontrará en ti juicio y justicia: juicio primero en ti mismo, justicia hacia tu prójimo. ¿Cómo juicio en ti mismo? Para que te desagrade lo que eras, y puedas ser lo que no eras. Juicio, digo, de ti mismo en ti mismo sin acepción de tu persona, para que no perdones tus pecados, ni por eso te agraden, porque los haces tú: ni te alabes en tus bienes, y acuses a Dios en tus males. Esto es juicio perverso; y por eso ni siquiera es juicio. Para mostrar que Dios el juicio perverso no es juicio, no dijo: "¿Qué busca el Señor de ti, sino hacer juicio recto?"; sino, "hacer", dice, "juicio". Porque si es recto, entonces es juicio; pero si es perverso, no es juicio, sino vicio. ¿Qué hacías, pues, cuando te habías perdido, y después de tu perdición ibas; ibas, y no regresabas? ¿Qué hacías? Sé lo que hacías: en tus bienes te alababas, en tus males blasfemabas a Dios. Esto es juicio perverso; y por eso, como dije, ni siquiera es juicio. ¿Quieres, pues, hacer juicio recto, esto es, juicio? Corrige lo que hacías; invierte, y será recto. ¿Qué es, Corrige? Alaba a Dios en tus bienes, acúsate a ti mismo en tus males. Cuando, pues, te desagrades perverso, y con la ayuda de aquel que te creó te corrijas, recto guardarás la justicia. Pues te agrada Dios, si eres recto. No discreparás del recto, sino siendo torcido y perverso: recto, sin embargo, coincidirás con el recto, y sin duda te agrada Dios. Pues cuando te desagradaba, le desagradaba a tu perversidad.

CAPÍTULO III.

3. No son rectos de corazón quienes se escandalizan de la felicidad de los malos. Escucha el santo Salmo: "¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón!" Aquel que dice esto en el Salmo, ¿le había desagradado Dios? Lejos de mí acusarlo, y no más bien creerle al confesar. Escuchen conmigo, y consideren lo que dijo. "¡Cuán bueno es Dios", dice, "para con Israel!" ¿Para quiénes? Para los rectos de corazón. "Pero mis", dice, "cuando no era recto de corazón, mis pies casi se movieron, mis pasos casi se derramaron". Lo que es, "mis pies se movieron"; esto es, "mis pasos se derramaron". Lo que es, "casi"; esto es, "casi". ¿Qué, pues, dice, "casi, casi se movieron mis pies, mis pasos se derramaron"? "Casi", dice, "caí, casi tropecé". ¿De dónde llegaste a tal peligro? "Porque envidié", dice, "a los pecadores,

viendo la paz de los pecadores". "Envidié", dice, "a los pecadores, viendo la paz de los pecadores": esto es, viendo a los hombres malos felices, titubeé bajo Dios, casi caí de Dios. He aquí por qué le había desagradado Dios, porque los malos tienen bienes.

4. Cuánto se acercan a la caída. De hecho, vean las palabras del titubeante, lo que dijo en su interior: "He aquí ellos, los pecadores". En el mismo salmo son palabras del titubeante: "He aquí ellos, los pecadores en el mundo han obtenido riquezas". Y dije: "¿Cómo supo Dios?" Él mismo lo dice en el Salmo, él mismo habla, a quien aún no recto le había desagradado Dios, que los malos abundaran en bienes. "¿Cómo", dice, "supo Dios, y si hay conocimiento en el Altísimo?" Vean aún lo que añade; vean cómo titubeando se acerca a la caída, y está cerca de la perdición; vean, digo, lo que añade: "¿Acaso en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos en inocencia?" Perdí, dice, todo lo que viví bien. "Justifiqué mi corazón, lavé mis manos en inocencia, para que los malos sean felices, y yo sea afligido. Y fui", dice, "azotado todo el día". Ellos se alegran, y yo soy azotado: se alegran quienes blasfeman a Dios, soy azotado yo que adoro a Dios. "¿Cómo supo Dios?" De aquí titubeó, de aquí casi cayó, de aquí pensé que las cosas humanas no pertenecen a Dios.

CAPÍTULO IV.

5. La gobernación de las cosas pertenece a Dios. Pues cuando pensaba esto, no con corazón recto, sino perverso, y como llevado por una razón verosímil debido a esta incongruencia, creer que la gobernación de las cosas humanas no pertenece a Dios; le había agradado así predicar, así afirmar, así enseñar: fue revocado por la autoridad y predicación de los santos. Pues vean sus palabras: "Si decía", dice; "Si decía, narraré así, predicaré así, enseñaré así, diré a los hombres que las cosas humanas no pertenecen a Dios. Si decía, Narraré así: he aquí que reprobé la generación de tus hijos". ¿Cómo, pues, narraré así? No así narró Moisés, no así narró Abraham, Isaac y Jacob; no así narró Jeremías, no así Isaías, no así los demás Profetas. Pero todos ellos son tus hijos. Yo, pues, si narraré así, reprobaré la generación de tus hijos.

6. Esto el salmista asumió conocer. ¿Qué, pues, haré? Asumí conocer. "Asumí", dice, "conocer": pero es grande conocer esto, es difícil conocer. Esto, dice después de haber dicho, "Asumí conocer"; esto es trabajo ante mí: cómo conocer que Dios es justo, y conoce las cosas humanas, y a los perversos les va bien, a los rectos a veces les va mal. Cómo es justo, asumí conocer, y es trabajo ante mí.

CAPÍTULO V.

7. ¿Cómo o por cuánto tiempo permite Dios que los malos prosperen y los buenos sufran? ¿Hasta cuándo el sufrimiento? Hasta que entre en el santuario de Dios y comprenda el final. Entra, pues, en el santuario de Dios, alma fiel; entra en el santuario de Dios, alma piadosa, a quien no le desagrada Dios en tus males, y a quien no le desagrada Dios en los bienes de los malos. Y si no sabes por qué sucede, cree que no es injusto lo que Dios permite o hace. Te guiabas por la razón humana, revoca con la autoridad divina, y cree que hay algo allí que te es oculto. Pues es de fe certísima creer que Dios no puede ser perverso e injusto. Así, entrando con fe en el santuario de Dios, entrando creyendo, aprendes entendiendo. Pues así dice: Hasta que entre en el santuario de Dios, donde entra la fe: ¿y después de la fe qué? Y comprenderé al final. Vendrán los últimos tiempos, cuando a ningún bueno le irá mal, a ningún malo le irá bien. Vendrán, digo, los últimos tiempos, cuando se distinguirán los

piadosos de los impíos, los justos de los injustos, los que alaban a Dios de los blasfemos de Dios: vendrán cuando se distinguirán, para que a ningún bueno, como se ha dicho, le vaya mal, a ningún malo le vaya bien. ¿Por qué, entonces, ahora no es así? Quizás también ahora es así: pero lo que ahora está oculto, después será manifiesto.

8. A los malos no les va realmente bien, ni a los buenos mal. Es malo sufrir el mal. Bienes con los que haces el bien, y que hacen al bueno. Entra conmigo, si puedes, en el santuario de Dios; quizás allí, si puedo, te enseñaré: más bien aprende conmigo de aquel que me enseña, que incluso ahora a los malos no les va bien, y es mejor ser bueno que malo; aunque aún no ha llegado la plena felicidad de los buenos, ni el último castigo de los malos.

CAPÍTULO VI.

Quizás entiendas conmigo que a los malos no les va bien. Te pregunto, y te pregunto a ti, ¿por qué te va mal? Responderás, La necesidad me angustia, la dificultad me oprime; tal vez el dolor de los miembros, el miedo al enemigo. Te va mal porque sufres males; ¿y le va bien a aquel que es el mismo mal? Hay mucha diferencia entre ser malo y sufrir el mal. Tú no eres lo que sufres: sufres el mal, pero no eres malo. Sufres el mal, digo, pero no eres malo: sin embargo, él no sufre el mal, y es malo. No te engañes, no te engañes: no puede ser que te vaya mal a ti, que sufres el mal; y le vaya bien a él, que es malo. Pues cuando es malo, ¿crees que no sufre el mal, cuando se sufre a sí mismo? Te va mal porque sufres el mal ajeno en tu cuerpo; ¿y le va bien a él, que sufre el mal de sí mismo en su corazón? Te va mal porque tienes una mala casa; ¿y le va bien a él, que tiene un alma mala? Sé bueno, que tienes bienes. Las riquezas son buenas, el oro es bueno, la plata es buena, las familias son buenas, las posesiones son buenas: todas estas cosas son buenas, pero con las que haces el bien, no las que te hacen bueno. Ten bienes que te hagan bueno. ¿Cuáles son, preguntas? Haz juicio, haz justicia. Son buenos los que tienes: haz juicio, haz justicia; sé también tú bueno entre tus bienes. Avergüénzate de tus bienes: sé bueno permaneciendo entre bienes perecederos. Avergüénzate de tus bienes: no seas malo en ellos, para que no perezcas con ellos. Cómo se comporten las demás cosas, hermanos míos, cómo se debe guardar la justicia, y cómo se debe amar la misericordia, y cómo debe cada uno estar preparado para ir con el Señor su Dios, en otro momento, con el don del Señor, lo discutiremos con ustedes. Considérenme deudor, para que no me tengan mucho tiempo como fatigador, sino según mis fuerzas como ayudador.

SERMON XLIX. Sobre el mismo pasaje de Miqueas, acerca de la justicia que se debe hacer: y en el capítulo XX de Mateo, sobre los contratados en la viña. Pronunciado en la Mesa de San Cipriano, en el día del Señor.

CAPÍTULO PRIMERO.

NÚM. 1. Mención del sermón anterior. Escuchamos varias lecturas sagradas cuando se recitaron, y de ellas debemos hablar, lo que el Señor haya dignado conceder. Pero todo oyente de las lecturas recuerda más lo que se ha leído más recientemente, y espera que de eso se diga algo por el expositor de la palabra. Así que, siendo el último el santo Evangelio recitado, no dudo que vuestra Caridad espera escuchar algo sobre esta viña, y sobre los contratados, y sobre el salario del denario. Pero yo recuerdo lo que prometí el domingo anterior. Pues cuando quise exponer algo de lo que se había leído del santo Profeta; se había leído que al hombre que preguntaba con qué sacrificios agradaría a Dios, se le había anunciado que Dios no le pedía nada, sino hacer juicio y justicia, y amar la misericordia, y estar preparado para ir con el Señor su Dios: traté, en la medida de lo posible, sobre el juicio;

y el discurso se extendió tanto, que no quedó tiempo para poder discutir sobre los demás temas. Por eso prometí que hoy hablaría sobre la justicia. Pero ustedes que esperaban que hablara del Evangelio, no piensen que han sido defraudados. Pues la obra en esa viña, es la misma justicia.

CAPÍTULO II.

2. Contratados en la viña. La obra indicada, justicia. Creer es la obra de Dios, y la misma justicia, Fe de hecho y palabra. Consideren, pues, que han sido contratados. Los que vinieron siendo niños, consideren que fueron traídos a la primera hora; los adolescentes, a la tercera; los jóvenes, a la sexta; los más mayores, a la novena; los ancianos, a la undécima. No se quejen del tiempo. Escuchen la obra que deben hacer, esperen seguros la recompensa. Y si consideran cómo es su Señor, no envidien si la recompensa es igual. Saben cuál es la obra: pero sin embargo lo recordaré. Escuchen lo que saben, y hagan lo que han escuchado. Dijimos que la obra de Dios es la justicia. Pero cuando el Señor Jesús fue preguntado cuál era la obra de Dios, respondió: Esta es la obra de Dios, que crean en aquel que él ha enviado (Juan VI, 29). Podría haber dicho, La justicia es la obra de Dios. ¿Acaso nos atrevemos a presumir algo los contratados contra el padre de familia? Si la justicia es la obra de Dios, como yo he dicho; ¿cómo será la obra de Dios lo que el Señor dijo, que se crea en él, si no es la misma justicia creer en él? Pero he aquí, dices, hemos escuchado del Señor, Esta es la obra de Dios, que creamos en él; de ti hemos escuchado que la obra de Dios es la justicia: pruébanos que creer en Cristo es esta justicia. Me parece, ya que respondo al que pregunta, y justamente exige, ¿te parece que creer en Cristo no es justicia? ¿Qué es entonces? Ponle un nombre a esta obra. Sin duda, si consideras bien lo que has escuchado, me responderás: Esto se llama fe; creer en Cristo se llama fe. Acepto lo que dices, creer en Cristo se llama fe. Escucha también otro lugar de la Escritura, El justo vivirá por la fe (Habacuc II, 4; Rom. I, 17). Hagan justicia, crean: El justo vivirá por la fe. Es difícil que viva mal quien cree bien. Crean de todo corazón, crean sin vacilar, sin dudar, sin argumentar contra la misma fe con sospechas humanas. La fe se llama así porque se hace lo que se dice. Dos sílabas suenan cuando se dice fe: la primera sílaba es de hecho, la segunda de dicho. Te pregunto, entonces, si crees. Dices, Creo. Haz lo que dices, y es fe. Pues yo puedo escuchar la voz del que responde, pero no puedo ver el corazón del que cree. Pero, ¿acaso yo contraté para la viña, que no puedo ver el corazón? Ni yo contrato, ni yo indico la obra, ni yo preparo el denario como recompensa. Soy vuestro cooperador; según las fuerzas que él se digna conceder, trabajo en la viña: pero con qué ánimo trabajo, lo ve quien me contrató. Pues para mí, dice el Apóstol, es muy poco ser juzgado por vosotros (I Cor. IV, 3). Y ustedes pueden escuchar mi voz, pero no pueden ver mi corazón. Todos presentemos nuestro corazón a Dios para que lo vea, y hagamos la obra desde el alma. No ofendamos al que nos contrata, para que recibamos la recompensa con rostro libre.

CAPÍTULO III.

3. Ahora tinieblas, después luz. Los días son fieles. Y nosotros, carísimos, nos veremos mutuamente nuestros corazones, pero después: ahora aún llevamos las tinieblas de esta mortalidad, y caminamos a la luz de la Escritura; como dice el apóstol Pedro, Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I, 19). Por tanto, carísimos, por la misma fe con la que creemos en Dios, en comparación con los infieles somos día. En la infidelidad fuimos noche con ellos, ahora luz, dice el Apóstol, Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Efes.

V, 8). Tinieblas en vosotros, luz en el Señor. También en otro lugar: Todos vosotros sois hijos de la luz, e hijos del día: no somos de la noche, ni de las tinieblas (I Tes. V, 5). Andemos como de día honestamente (Rom. XIII, 13). Por tanto, día en comparación con los infieles. Pero en comparación con aquel día, cuando los muertos resuciten, y esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53), aún somos noche. A nosotros, como ya en el día, nos dice el apóstol Juan, Amadísimos, ahora somos hijos de Dios. Y sin embargo, porque aún es noche, ¿qué sigue? Y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). Pero eso es recompensa, no obra. Le veremos tal como es, esa es la recompensa. Entonces será el día, que no podrá ser más claro. Ahora, pues, en este ya día andemos honestamente: en esta aún noche no nos juzguemos unos a otros. Pues vean también al mismo apóstol Pablo, que dijo, Andemos como de día honestamente, no responder, ni disonar de su coapóstol Pedro, que dice, A la cual hacéis bien en prestar atención, a la palabra divina, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.

CAPÍTULO IV.

4. Amigo e enemigo ahora apenas se distinguen. Vean esto mismo diciendo el apóstol Pablo: Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo. ¿Y cuándo será el tiempo? Hasta que venga el Señor, y saque a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y manifieste las intenciones del corazón; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios (I Cor. IV, 5). ¿Qué es, antes de tiempo, sino antes de que vean mutuamente sus corazones? Presten atención si esto es lo que dije: presten atención a todas las palabras de esa sentencia por un momento. No juzguéis nada antes de tiempo. ¿Y cuándo será el tiempo? Hasta que venga el Señor, y saque a la luz las cosas ocultas de las tinieblas, y manifestará las intenciones del corazón; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios. ¿Cómo te reprocharán las tinieblas, cuando serás alabado por la luz? Entonces se revelarán los corazones, ahora están ocultos. Alguien es sospechoso como enemigo, y tal vez es amigo: otro parece amigo, y tal vez es enemigo oculto. ¡Oh tinieblas! Se enfurece, y ama; halaga, y odia. Si juzgo por las voces, evitando un escollo tranquilo, me encuentro con otro; huyo del amigo, me aferro al enemigo. Esto lo hizo el corazón oculto. Allí se debe creer, allí dentro, donde está oculto, donde está escondido. Para eso has sido contratado. Allí coopera creyendo, donde no te ve tu cooperador, pero te ve tu Señor. El justo vivirá por la fe. Haz esto.

CAPÍTULO V.

5. La Escritura santa es un espejo. Ya hablé del juicio el domingo anterior (Sermón 48), para que te juzgues a ti mismo; y cuando te encuentres perverso, no te adules, sino corrígete, y te hagas recto, y te agrade Dios recto. Pues a un Dios recto no le agrada el perverso. ¿Quieres que te agrade un Dios recto? Sé recto. Júzgate a ti mismo, no te complazcas. Lo que te desagrade en ti con razón, castígalo, corrígelo, emiéndalo. La Escritura santa sea para ti como un espejo. Este espejo tiene un brillo no engañoso, un brillo no adulador, que no ama la persona de nadie. Eres hermoso, te ves hermoso allí: eres feo, te ves feo allí. Pero cuando te acerques feo, y te veas feo allí, no acuses al espejo: vuelve a ti, el espejo no te engaña, tú no te engañes. Júzgate a ti mismo, entristece por tu fealdad; para que cuando te vayas y te alejes triste, feo, puedas volver corregido y hermoso. Así que cuando te juzgues a ti mismo sin adulación, juzga también al prójimo con amor. Pues hay algo que juzgar, que ves. Pues puede suceder que veas algo malo, de lo que te ensucies. Puede suceder que tu mismo prójimo te confiese su mal, y revele al amigo lo que ocultaba al enemigo. Lo que veas, júzgalo: lo que

no veas, déjalo a Dios. Pero cuando juzgues, ama al hombre, odia el vicio. No ames el vicio por el hombre, ni odies al hombre por el vicio. El hombre es tu prójimo: el vicio es enemigo de tu prójimo. Entonces amas al amigo, si odias lo que daña al amigo. Si crees, haces; porque el justo vivirá por la fe.

CAPÍTULO VI.

6. Cómo debe comportarse un amigo de dos en discordia. Lo que abunda en las cosas humanas, esto digo. A veces, un amigo tuyo muy querido es enemigo de alguien, que era amigo de ambos. Comienzan a ser de tres amigos dos entre sí enemigos, ¿qué hará el que quedó en medio? Quiere, exige, te pide que odies con él a quien ha comenzado a odiar, y te dice estas palabras: No eres mi amigo, porque eres amigo de mi enemigo. Esa voz de este hacia ti, es la misma de aquel hacia ti. Pues eran tres. Eran tres, dos comenzaron a estar en discordia, quedaste tú. Si te unes a este, tendrás a aquel como enemigo: si a aquel, a este: si a ambos, ambos murmurarán. He aquí la tentación: he aquí las espinas en la viña a la que fuimos contratados. Tal vez esperas de mí escuchar qué hacer. Permanece amigo de ambos. Que los que están en discordia entre sí, se reconcilien por ti. Si escuchas algo malo de uno sobre el otro, no lo reveles al otro: no sea que después sean amigos quienes ahora son enemigos, y revelen a sus traidores. Pero esto lo dije por los hombres, no por los ojos de aquel que nos contrató. He aquí que nadie te traiciona: Dios que ve, él te juzga. Escuchaste una palabra de un enojado, de un dolido, de un airado; muera en ti. ¿Por qué se revela, por qué se profiere? Pues si está en ti, no te romperá. Di ciertamente a tu amigo, que quiere hacerte enemigo de tu amigo: háblale, y trata con la suavidad de la medicina su alma enferma. Dile: ¿Por qué quieres que sea enemigo de aquel? Responde: Porque es mi enemigo. ¿Quieres, entonces, que sea enemigo de tu enemigo? Debo ser enemigo de tu vicio. Este a quien quieres hacerme enemigo, es hombre: hay otro enemigo tuyo, al que debo ser enemigo, si soy tu amigo. Responderá: ¿Quién es otro enemigo mío? Tu vicio. Responderá: ¿Qué vicio mío? El odio con el que odias a tu amigo. Sé, pues, como un médico. El médico no ama al enfermo, si no odia la enfermedad. Para liberar al enfermo, persigue la fiebre. No amen los vicios de sus amigos, si aman a sus amigos.

CAPÍTULO VII.

7. Justicia. Ira, paja; odio, viga. Homicida, quien odia a su hermano. Pero, ¿crees que hago yo mismo lo que digo? Hermanos míos, lo hago si primero lo hago en mí. Y lo hago en mí si lo recibo del Señor. Odio mis vicios, ofrezco mi corazón para ser sanado por mi médico. Los persigo tanto como puedo, me lamento de ellos, confieso que están en mí, y he aquí que me acuso a mí mismo. Oh tú que me reprendías, corrígete a ti mismo. Esta es la justicia, para que no se nos diga: ¿Ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mateo VII, 3-5). La ira es paja; el odio es viga. Pero alimentas la paja y se convierte en viga: la ira envejecida se convierte en odio, la paja alimentada se convierte en viga. Para que la paja no se convierta en viga, que no se ponga el sol sobre vuestra ira (Efesios IV, 26). ¿Ves, sientes que estás lívido de odio, reprendes al que se enoja? Quita el odio, y reprendes correctamente. La ira está en su ojo, en el tuyo está la viga. Porque si odias, ¿cómo ves lo que criticas? Hay una viga en tu ojo. ¿Por qué hay una viga en tu ojo? Porque despreciaste la paja que nació allí. Dormiste con ella, te levantaste con ella: la cultivaste en ti mismo, la regaste con falsas sospechas, la alimentaste creyendo las palabras aduladoras y las malas palabras que te traían sobre tu amigo. No arrancaste la paja con tu diligencia, hiciste

una viga. Quita la viga de tu ojo, no odies a tu hermano. ¿Te asustas o no te asustas? Te digo, no odies, estás seguro: y me respondes, y me dices, ¿Qué es odiar? ¿Y qué mal hay en que un hombre odie a su enemigo? Odias a tu hermano: pero si desprecias el odio, escucha lo que no atiendes: Quien odia a su hermano es homicida (1 Juan III, 15). Quien odia es homicida. ¿Acaso ahora puedes decir, ¿Qué me importa ser homicida? Quien odia es homicida. No preparaste veneno, no saliste con espada para golpear al enemigo; no preparaste un cómplice del crimen, ni lugar, ni tiempo; finalmente, no cometiste el crimen: solo odiaste, y te mataste a ti mismo antes que a él. Aprendan, pues, la justicia, para que no odien sino los vicios, amen a los hombres. Si mantienen esto, y hacen esta justicia, de modo que prefieran que los hombres incluso viciosos sean sanados en lugar de condenados, han hecho una buena obra en la viña. Pero ejercítense en esto, hermanos míos.

CAPÍTULO VIII.

8. Perdón de las deudas. He aquí que después del sermón se despide a los catecúmenos: los fieles permanecerán, se llegará al lugar de la oración. ¿Saben a qué nos acercaremos, qué diremos primero a Dios? Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12). Actúen para perdonar, actúen. Porque llegarán a estas palabras de la oración: ¿cómo las dicen? ¿cómo no las dicen? Finalmente pregunto: ¿Dicen o no dicen? ¿Odias y dices? Me responderás, yo no digo. ¿Oras y no dices? ¿odias y dices? ¿oras y no dices? Respondo rápidamente. Entonces, si dices, mientes: si no dices, no mereces nada. Obsérvate, atiéndete: ahora vas a orar, perdona de todo corazón. Quieres litigar con tu enemigo, primero litiga con tu corazón. Litiga, digo, litiga con tu corazón. Di a tu corazón, no odies. Pero tu corazón, tu mente aún odia: di a tu mente, no odies. ¿Cómo oraré, cómo diré, perdona nuestras deudas? Puedo decir esto, pero ¿cómo diré lo que sigue? Así como nosotros. ¿Qué? Así como nosotros perdonamos. ¿Dónde está la fe? Haz lo que dices, así como nosotros.

9. Ejemplo de Cristo. Pero tu alma no quiere perdonar, y se entristece porque le dices, no odies. Respóndele, ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas? ¿Por qué estás triste? No odies, para que no me pierdas. ¿Por qué me perturbas? Espera en Dios (Salmo XLI, 6). Languideces, jadeas, estás herido por la enfermedad; no puedes quitarte el odio. Espera en Dios, es médico; colgó en el madero por ti, y aún no ha sido vengado. ¿Por qué quieres vengarte? Porque odias para vengarte. Mira a tu Señor colgando, míralo colgando, y desde el madero como desde el tribunal ordenándote. Míralo colgando, y haciendo un medicamento para ti de su sangre. Míralo colgando, si quieres vengarte. Quieres vengarte; míralo colgando, escucha su oración, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34).

CAPÍTULO IX.

10. Caridad de Esteban hacia sus lapidadores. Se enfurece y ama. Pero él pudo hacer esto, me dices: yo no puedo. Yo soy hombre, él es Dios: yo hombre, él Dios hombre. Entonces, ¿por qué Dios hombre, si el hombre no se corrige? Pero he aquí que te hablo: oh hombre, es mucho para ti imitar a tu Señor, atiende a Esteban, tu consiervo. Ciertamente, el santo Esteban, ¿era hombre o Dios? Era hombre. Claramente era hombre: era lo que tú. Pero lo que hizo, no lo hizo sino por el don de aquel a quien tú también ruegas. Sin embargo, mira lo que hizo. Hablaba a los judíos, se enfurecía y amaba. Debo mostrar ambos, porque dije, se enfurecía; dije, y amaba: debo demostrar ambos, al que se enfurece y al que ama. Escucha al que se enfurece: Cuello duro. Son palabras del santo Esteban, cuando hablaba a los judíos: Cuello duro, e incircuncisos de corazón y oídos, siempre resistís al Espíritu Santo. ¿A qué

profeta no mataron vuestros padres? Has escuchado al que se enfurece: debo el otro, escucha también al que ama. Ellos se enfurecieron, y ardiendo más gravemente, devolviendo mal por bien, corrieron a las piedras, comenzaron a lapidar al siervo de Dios. Aquí, prueba, santo Esteban, tu amor; aquí, aquí te veamos, aquí te observemos, aquí contemplemos al vencedor del diablo y triunfador. Hemos escuchado al que se enfurece contra los que callan, veamos si amas a los que se enfurecen: te enfurecías contra los que callan, veamos si amas a los que lapidan. Si odiaste, y pudiste odiar, ahora es el momento cuando eres lapidado, entonces debes odiar más. Veamos si devuelves la dureza del corazón con piedras duras, piedras que te lapidan. Porque lanzan piedras, duros duros. Quienes recibieron la Ley en piedra, lanzan piedras.

CAPÍTULO X.

11. De rodillas ora por sus enemigos. Veamos, carísimos, veamos, contemplemos un gran espectáculo: contemplemos y propongamos para decir mañana. Veamos. He aquí que Esteban es lapidado, que esté como ante nuestros ojos. Vamos, miembro de Cristo, vamos, atleta de Cristo, mira a aquel que colgó en el madero por ti. Él fue crucificado, tú eres lapidado. Él dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. ¿Qué dices tú, escuchemos. Veamos si puedo imitarte a ti. Primero el bienaventurado Esteban, de pie, oró por sí mismo, y dijo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Luego, arrodillado, orando por los lapidadores: Señor, dijo, no les tomes en cuenta este pecado. Dicho esto, se durmió (Hechos VII, 51-59). ¡Oh feliz sueño, y verdadero descanso! He aquí lo que es descansar, orar por los enemigos. Pero un poco, te ruego, santo Esteban, explícamelo, no sé por qué oraste de pie por ti, y por los enemigos te arrodillaste. Responde quizás lo que entendemos: Oré de pie por mí, porque oré por mí que serví bien a Dios, orando y obteniendo no me esforcé. Quien ora por el justo, no se esfuerza: por eso oró de pie por sí mismo. Llegó el momento de orar por los judíos, por los asesinos de Cristo, por los asesinos de los santos, por sus lapidadores, consideró que su impiedad era excesiva y grande, que difícilmente podría ser perdonada, y se arrodilló. Arrodíllate en esta viña, oh fuerte trabajador: arrodíllate, digo, en la obra de esta viña, fortísimo trabajador. Gran obra la tuya, excelente y digna de gran alabanza. Cavaste muy profundo, quien arrancaste el odio a los enemigos del corazón. Convertidos al Señor, etc.

SERMO L. Sobre lo que está escrito en el profeta Ageo, cap. II, V. 9, Mía es la plata, y mío es el oro. Contra los maniqueos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Calumnia de los maniqueos contra las escrituras antiguas. Los maniqueos calumnian al profeta Ageo, acusando envidiosamente que dijo en persona de Dios hablando, Mía es la plata, y mío es el oro: y porque estudian comparar el Evangelio con la antigua Ley de manera combativa, para que ambas Escrituras parezcan adversarias y contrarias, así proponen la cuestión: En Ageo, dicen, el profeta está escrito, Mía es la plata, y mío es el oro; pero en el Evangelio, nuestro Salvador llamó a este tipo de riqueza mamón de iniquidad (Lucas XVI, 9). Sobre cuyo uso el bienaventurado Apóstol escribiendo a Timoteo: La raíz de todos los males, dice, es la avaricia: la cual algunos codiciando, se desviaron de la fe, y se enredaron en muchos dolores (1 Timoteo VI, 10). Esta es su proposición de la cuestión; o más bien, la acusación de las Escrituras antiguas, por las cuales el Evangelio fue anunciado, desde el mismo Evangelio que fue anunciado por ellas. Porque si propusieran una cuestión, tal vez preguntarían: si preguntaran, tal vez encontrarían.

2. El oro y la plata son cosas no del hombre sino de Dios. ¿Por qué no entienden, pobres, que el Señor hablando en Ageo, dijo, Mía es la plata, y mío es el oro, para que también aquel que no quiere compartir con los necesitados lo que tiene, cuando escucha los preceptos de hacer misericordia, entienda que Dios no ordena dar de lo suyo, sino de lo suyo; y aquel que da algo al pobre, no piense que lo hace de lo suyo, no sea que no se confirme tanto en el nombre de la misericordia, como se infle en la vanidad de la soberbia? Mía es, dice, la plata, y mío es el oro, no vuestro, oh ricos de la tierra. ¿Por qué entonces dudan en dar al pobre de lo mío, o por qué se enorgullecen cuando dan de lo mío?

CAPÍTULO II.

3. Porque Dios no solo lo creó, sino que lo administra según su voluntad para el sustento y prueba de unos, y para el castigo de otros. ¿Y quieres ver cuán justo juez es el dueño del oro y la plata? El avaro es atormentado por lo que el misericordioso es ayudado. Distribuyendo su justicia divina su propiedad, y de allí se manifiestan las buenas obras, y de allí se castigan los pecados. Porque el oro y la plata y toda posesión terrenal es ejercicio de humanidad, y castigo de la codicia. Cuando Dios concede tales cosas a los hombres buenos, muestra en ellos cuán despreciable es el alma, cuyas riquezas son él mismo quien las concede. Porque no puede aparecer como despreciador, sino de aquello de lo que se ha convertido en poseedor. Porque también quienes no tienen, pueden despreciar estas cosas: pero si fingen o realmente las desprecian, Dios lo ve, quien es el inspector del corazón; pero para que los hombres puedan imitar, el pensamiento del despreciador no se ve sino en las manos del que distribuye. Pero cuando Dios concede estas cosas a los hombres malos, muestra en ellos cómo incluso en los mismos bienes que Dios otorga, el alma es atormentada, a quien ha despreciado quien tanto otorga. A los buenos les proporciona ocasiones de beneficios: a los malos los atormenta con el temor de las pérdidas. Y por eso, si ambos pierden el oro y la plata, estos retendrán con alegre corazón las riquezas celestiales; pero a aquellos les quedará una casa vacía de bienes temporales, y una conciencia más vacía de bienes eternos.

4. El oro es propiamente de aquel que lo usa bien, y por tanto es más verdaderamente de Dios. Por tanto, es de aquel el oro y la plata, quien sabe usar del oro y la plata. Porque incluso entre los mismos hombres, entonces se dice que alguien tiene algo, cuando lo usa bien. Porque lo que no maneja justamente, no lo tiene justamente. Pero lo que no tiene justamente, si dice que es suyo, no será la voz de un justo poseedor, sino la impudente impropiedad de un usurpador.

CAPÍTULO III.

Por lo tanto, si un hombre no dice algo suyo de manera inapropiada, no lo que ha ocupado con codicia injusta y estúpida, sino lo que ha manejado con el poder más prudente y la moderación más justa; cuánto más Dios dice verdaderamente y propiamente que el oro y la plata son suyos, que no solo creó con la bondad más abundante, sino que también administra con el imperio más justo; para que sin su voluntad y dominio, ni los malos para el castigo de la avaricia, ni los buenos para el uso de la misericordia puedan tener oro y plata. Lo cual, sin embargo, no pueden instituir para que exista, ni para que esté presente a uno y ausente a otro, distribuir y ordenar.

5. Por qué se da el oro a buenos y malos. Pero si el oro y la plata se dieran solo a los malos, se pensaría correctamente que es malo; si solo a los buenos, se pensaría correctamente que es un gran bien. Nuevamente, si solo faltara a los malos, parecería un gran castigo la pobreza:

pero si solo faltara a los buenos, parecería la suma felicidad la pobreza. Ahora bien, si quieres saber que el oro puede ser bien poseído, lo tienen también los buenos: si quieres saber que no son buenos por el oro, lo tienen también los malos. Asimismo, si quieres saber cuán no es miseria la pobreza, hay algunos pobres bienaventurados: si quieres saber cuán no es felicidad la pobreza, hay algunos pobres miserables. Así, pues, el oro y la plata los distribuye a los hombres el creador de las cosas y administrador Dios, para que sea bueno por naturaleza y género, aunque no sea el bien supremo y grande, y por su grado de orden loable muestre al Creador del universo; pero su abundancia no exalte a los buenos, ni su escasez los derribe; pero a los malos, tanto cuando se ofrece los ciega, como cuando se quita los atormenta.

CAPÍTULO IV.

6. El oro no puede ser vituperado correctamente. Mamón de iniquidad. Riquezas verdaderas y falsas. Por tanto, una cosa creada y para alabanza del Creador, y para la prueba de los buenos, y el castigo de los malos, no puede ser vituperada de ninguna manera: y Dios dice muy verdaderamente que es suyo, lo que no solo creó con la bondad más abundante, sino que también dispensa con la moderación más providente. Pero cuando el Señor en el Evangelio llama a este tipo de cosas mamón de iniquidad, significa que hay otro mamón, es decir, otras riquezas, que solo los justos y buenos pueden poseer, para que por eso se llame mamón de iniquidad, porque la iniquidad las llama riquezas. Pero la justicia sabe que hay otras riquezas, con las que el hombre se adorna interiormente: como dice el bienaventurado Pedro, quien es rico ante Dios (1 Pedro III, 4). Aquellas se llaman riquezas justas, porque se otorgan por méritos buenos y justos. Aquellas se llaman riquezas verdaderas, porque quien las tenga no carecerá. Estas, sin embargo, se llaman riquezas injustas, no porque el oro y la plata sean injustos; sino porque es injusto considerarlas riquezas, que no quitan la indigencia. Porque tanto más arderá en indigencia, cuanto más las tenga amando. ¿Cómo, pues, son riquezas, que al crecer no traen saciedad, sino que inflaman la codicia? ¿Llamas rico a quien necesitaría menos si tuviera menos? Porque vemos a algunos, cuando tenían poco dinero, alegrarse con pequeñas ganancias: pero después de que comenzó a abundarles, ciertamente el cuerpo del oro y la plata, pero sin embargo falsas riquezas, cuando ofreces poco, ya lo rechazan. Crees que ya están saciados: pero es falso. Porque una mayor cantidad de dinero no cierra las fauces de la avaricia, sino que las extiende; no las riega, sino que las enciende. Rechazan el vaso, porque desean el río. ¿Es, pues, más rico o más necesitado quien, cuando quiso tener algo para no necesitar, por eso tiene más para no necesitar menos?

CAPÍTULO V.

7. Uso piadoso de las riquezas. Es demencia transferir el crimen de los que mal usan a las cosas mismas. Pero esta no es culpa del oro y la plata. Haz, por ejemplo, que un misericordioso haya encontrado un tesoro: ¿no se ofrece hospitalidad a los peregrinos por la obra de la misericordia, se alimentan los hambrientos, se visten los desnudos, se ayudan los indigentes, se redimen los cautivos, se construyen iglesias, se restauran los cansados, se pacifican los litigantes, se reparan los naufragos, se curan los enfermos, se distribuyen las riquezas corporales en la tierra, se guardan las espirituales en el cielo? ¿Quién hace esto? El misericordioso y bueno. ¿De dónde lo hace? Del oro y la plata. ¿A quién sirviendo hace esto? A aquel que dijo, Mía es la plata, y mío es el oro. Ya ven, creo, hermanos, cuán gran error y gran demencia es transferir el crimen de los que mal usan a las cosas mismas. Porque si por eso se vitupera el oro y la plata, porque los hombres depravados por la avaricia, descuidando los preceptos del omnipotente Creador, se lanzan con detestable codicia a lo que él creó; también se vituperará toda criatura de Dios, porque, como dice el Apóstol, algunos hombres

perversos adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, quien es bendito por los siglos (Romanos 1, 25). También se vituperará este sol: que ciertamente los mismos maniqueos, porque no entienden que es una criatura, no dejan de adorar y venerar como si fuera el mismo Creador, o como si fuera alguna parte de él. ¿Por qué, entonces, no lo vituperan, cuando a menudo los hombres por el uso del sol y la luz en sus edificios provocan litigios injustísimos; y para que los rayos se infundan más libremente por sus ventanas, a menudo intentan derribar las casas ajenas; y a quienes se oponen, aunque se opongan con el derecho más cierto, los persiguen con enemistades acérrimas? Si, pues, algún poderoso oprime injusta y nefariamente a un débil por el uso del sol, lo despoja, lo expulsa al exilio o incluso a la muerte, ¿es culpa del sol, que él desea usar más abundantemente, o más bien la iniquidad del que mal usa, quien mientras desea adquirir más abundantemente la luz temporal para los ojos del cuerpo, no abre la habitación del corazón a la luz de la equidad?

CAPÍTULO VI.

8. El oro es injustamente acusado por los maniqueos. La codicia del oro es condenada, pero su uso correcto es recomendado por el Señor. De esto, estos individuos, si pueden, deberían entender que no deben acusar al oro y la plata, aunque a menudo los hombres codiciosos luchan por ellos; o deberían trasladar sus acusaciones de la tierra al cielo, y de los metales brillantes a las estrellas, e incluso al mismo sol; ya que los hombres inicuos a menudo pelean con discordia irreconciliable por poseer la luz del sol. Al mismo tiempo, deberían aprender la diferencia entre esta luz visible y la luz de la justicia. Puede suceder que cuanto más alguien desee disfrutar de esta luz, más ciegamente se aleje de la luz de la justicia. Ninguna criatura puede justificar al hombre: pero para que pueda usar justamente todas las criaturas, debe ser justificado por el Creador. Así, el mismo Señor, aunque condena la avaricia como un juez justo en todas partes, muestra el uso de las riquezas terrenales como un verdadero maestro, en el mismo lugar que estos individuos quisieron objetar como contrario al Profeta. Dice, "Haced amigos con las riquezas de la iniquidad": esto es decir, lo que es riqueza de iniquidad, no debe ser vuestra riqueza. Entonces podréis usar justamente la abundancia de cosas terrenales y hacer amigos que os reciban en las moradas eternas, si estas riquezas no son para vosotros, es decir, si no pensáis que os hacéis ricos con ellas. Porque vuestras riquezas, que son las verdaderas riquezas, que os liberarán de toda necesidad, no se pueden comparar con las facultades terrenales. Pero para que podáis merecidamente disfrutar de ellas, primero debéis usar bien estas, que no son verdaderas riquezas, ni vuestras: porque injustamente se llaman riquezas; no eliminan la pobreza, y los inicuos las consideran riquezas. Creen que con ellas se liberan de la necesidad: pero vosotros debéis desear otras, es decir, las verdaderas y vuestras riquezas. Pero si no fuisteis fieles en las riquezas injustas, ¿quién os dará las verdaderas? Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro? (Luc. XVI, 9-12).

9. Los maniqueos, calumniadores de los profetas. Aunque es evidente que los maniqueos, según su costumbre, calumnian las palabras proféticas. Porque cualquiera que examine siquiera medianamente el contexto de la misma Escritura, encontrará que el Profeta no habló de este oro o plata, por los que la avaricia imprudentemente enloquece, sino de aquel del que también el Apóstol hace mención, diciendo, "Si alguno edifica sobre este fundamento, oro, plata, piedras preciosas" (I Cor. III, 12). Con este oro y plata es rico aquel tesoro, que el mismo Señor testimonia que fue encontrado en un campo y comprado por un avaro de manera admirable y laudable, vendiendo todo lo que tenía (Matth. XIII, 44). Pues el Profeta, anunciando al mismo Señor y figurando, como suele, los tiempos del nuevo siglo, es decir, de la Iglesia, dice así: "Aún un poco más, y yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y la tierra

seca, y moveré a todas las naciones; y vendrá el Deseado de todas las naciones, y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. Mío es el oro, y mía es la plata, dice el Señor de los ejércitos. Grande será la gloria de esta última casa más que la primera, dice el Señor de los ejércitos; y en este lugar daré paz, dice el Señor de los ejércitos" (Aggaei II, 7-10).

CAPÍTULO VII.

10. Defensa del pasaje de Ageo. Si estos no quisieran ser perros y cerdos, a quienes se nos prohíbe dar lo santo y arrojar perlas (Matth. VII, 6-8); sino que desearan pedir para recibir, buscar para encontrar, y llamar para que se les abra; podrían tal vez, incluso sin ningún intérprete, con el mismo Espíritu Santo como guía, sentir que lo dicho se refiere al nuevo pueblo, es decir, al pueblo cristiano, cuyo gran sacerdote es Jesús, Hijo de Dios; sin ninguna oscuridad: ciertamente, al menos en el lugar donde se dice, "Aún un poco más, y yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y la tierra seca, y moveré a todas las naciones; y vendrá el Deseado de todas las naciones." Porque este verso fue pronunciado sobre el último, es decir, el segundo advenimiento del Señor, cuando vendrá en gloria, como dice el Profeta, "Y vendrá el Deseado de todas las naciones." Porque cuando vino por primera vez en carne mortal a través de María virgen, aún no era deseado por todas las naciones; porque aún no habían creído. Pero una vez diseminado el Evangelio por todas las naciones, en todas las naciones se enciende el deseo de Él. Porque en todas las naciones están y estarán sus elegidos, quienes con todo el corazón en oración dicen, "Venga tu reino" (Matth. VI, 10). Pero el primer advenimiento sembró misericordia para el juicio: en el cual juicio la claridad del segundo advenimiento brillará. Primero, por tanto, debía conmoverse el cielo, cuando el ángel anunció a la Virgen que concebiría, cuando la estrella condujo a los Magos a adorarlo, cuando nuevamente los ángeles anunciaron su nacimiento a los pastores: conmoverse la tierra, cuando sus milagros la turbaban: conmoverse el mar, cuando este mundo rugía con persecuciones: conmoverse la tierra seca, cuando los creyentes en Él tenían hambre y sed de justicia: conmoverse finalmente todas las naciones, cuando su Evangelio se difundía por todas partes. Entonces vendría el Deseado de todas las naciones, como el Profeta lo anunció, y esta casa se llenará de gloria, es decir, la Iglesia.

CAPÍTULO VIII.

11. Oro y plata alegóricamente. Consecuentemente, añadió, "Mío es el oro, y mía es la plata." Porque toda sabiduría que figurativamente se significa con el nombre de oro, y "las palabras del Señor son palabras puras, plata probada en el fuego de la tierra, purificada siete veces" (Psal. XI, 7): toda esa plata y oro no es de los hombres, sino del Señor; para que, ya que la casa se llenará de gloria, quien se gloríe, glorié en el Señor (II Cor. X, 17). Porque ese gran sacerdote, habitante de esta casa, nuestro Señor Jesucristo, por el retorno del hombre, que por soberbia salió del paraíso, se dignó ofrecerse como ejemplo de humildad; lo cual testifica en el Evangelio clamando, "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Matth. XI, 29): no sea que alguien en su casa, es decir, en la Iglesia, si puede sentir o decir algo sabiamente, queriendo que se vea como propio, se enorgullezca; ved cuán grande medicina le dice el Señor Dios, "Mío es el oro, y mía es la plata." Así se hará lo que sigue, que "grande será la gloria de esta última casa más que la primera." Porque la primera casa, es decir, los ciudadanos de la Jerusalén terrenal, como dice el Apóstol, "ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios" (Rom. X, 3). Ved si no pudieron llegar a la gloria eterna de la última casa, mientras decían que el oro y la plata eran suyos. Sin embargo, cuando el Profeta dice, "Grande será la gloria de esta última casa más que la primera," no demuestra que la primera careciera de alguna gloria. Pues de

ella también hablaba el Apóstol, cuando decía: "Porque si lo que se desvanece fue con gloria, mucho más lo que permanece será en gloria" (II Cor. III, 11).

CAPÍTULO IX.

12. Paz prometida después de la resurrección. El último verso, con el que se concluye este discurso del Profeta, dice, "Y en este lugar daré paz, dice el Señor de los ejércitos." ¿Qué es, "en este lugar," sino que tal vez señala algo terrenal con el dedo? Porque, ¿qué puede contenerse en un lugar, sino un cuerpo? No es absurdo, por tanto, entender la última resurrección del cuerpo, donde la felicidad más perfecta se completa, cuando ya no deseará la carne contra el espíritu, ni el espíritu contra la carne. Porque esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad (I Cor. XV, 53). No habrá otra ley en los miembros que se oponga a la ley de la mente: porque "en este lugar daré paz, dice el Señor de los ejércitos."

13. Desprecio del oro en las escrituras proféticas. Porque, ¿quién es tan sordo a las voces divinas que ignore lo que dicen los Profetas sobre el desprecio del oro y la plata terrenales? Pues así como ellos citan del Apóstol lo que dice, "Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual algunos, codiciando, se desviaron de la fe y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores" (I Tim. VI, 10), como si fuera fácil encontrar algún libro de las antiguas Escrituras donde no se culpe la avaricia y se condene con justa execración. Pero ya que ahora la cuestión es sobre el oro y la plata, ¿por qué no escuchan al profeta diciendo, "Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira del Señor" (Ezech. VII, 19)? Si alguien sediento escucha esto solo, e infunde en la médula de su alma, ¿no se apartará completamente de los halagos de la falsa felicidad, llamando a Dios en su abrazo, despojado del hombre viejo para vestirse de inmortalidad? Pero, ¿por qué prolongar más esta cuestión? Creo que es evidente para vuestra Caridad que la secta de los maniqueos actúa no con verdad, sino con engaño, cuando prefieren las Escrituras nuevas a las antiguas a los inexpertos, no en su totalidad, sino extrayendo sentencias que intentan mostrar como contrarias a ellas, para engañar a los inexpertos. Sin embargo, no hay Epístola del Apóstol ni libro del Evangelio del mismo Nuevo Testamento del que no se pueda hacer esto; de modo que, con algunas sentencias, el mismo libro parezca ser contrario a sí mismo, a menos que toda su contextura sea tratada con la más diligente atención del lector.

SERMO LI. De la concordia de los evangelistas Mateo y Lucas en las genealogías del Señor.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuestión a tratar propuesta en el día del nacimiento de Cristo. Días de espectáculos. Que aquel que ha despertado la expectativa de vuestra Caridad la cumpla. Pues aunque presumimos que lo que se va a decir no es nuestro, sino de Dios; sin embargo, decimos mucho más lo que humildemente dice el Apóstol: "Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros" (II Cor. IV, 7). No dudamos, por tanto, de que recordéis nuestra promesa. Prometimos en aquel por quien ahora cumplimos. Pues también cuando prometíamos, lo pedíamos de Él: y cuando cumplimos, lo recibimos de Él. Vuestra Caridad recuerda que en la mañana del Natal del Señor pospusimos la cuestión que propusimos resolver; porque muchos con nosotros, incluso aquellos a quienes suele serles onerosa la palabra de Dios, celebraban la solemnidad debida de aquel día. Ahora creo que nadie ha venido, sino quien desea escuchar. No hablamos, por tanto, a corazones sordos, ni a almas fastidiadas. Esta vuestra expectativa es, además, una oración por mí. Se ha

añadido algo; porque también el día del Munus ha dispersado a muchos de aquí, por cuya salvación tanto nos preocupamos, como exhortamos a los hermanos a que se preocupen; y por aquellos que aún no están atentos a los espectáculos de la verdad, sino que están entregados a los espectáculos de la carne, rogado a Dios con mente atenta. Pues sé, y ciertamente sé que ahora hay en vuestro número quienes hoy han despreciado: pero rompen lo que han acostumbrado. Porque los hombres cambian, tanto para mejor como para peor. Con experimentos cotidianos de este tipo, alternativamente nos alegramos y nos entristecemos; nos alegramos por los corregidos, nos entristecemos por los depravados. Por eso el Señor no dijo que será salvo quien comience; sino, "El que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Matth. X, 22).

2. Espectáculos de los cristianos. La muerte de los mártires es vista de manera diferente por los carnales y los espirituales. ¿Qué pudo concedernos más admirable el Señor Jesucristo, Hijo de Dios, que también se dignó ser hijo del hombre; qué pudo ser más magnífico, que no solo agregara a su redil a los espectadores de espectáculos vanos, sino también a algunos de los que suelen ser vistos allí? Porque no solo cazó a los amantes de los cazadores, sino también a los mismos cazadores para la salvación: porque Él mismo fue visto. Escucha cómo. Él mismo lo dijo, Él mismo lo predijo antes de ser visto, y como si ya fuera un hecho lo que iba a suceder, lo anunció con el lenguaje profético, diciendo en el Salmo: "Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos." Mira cómo fue visto, para que sus huesos fueran contados. Y dice más claramente el mismo espectáculo: "Ellos me miraron y me observaron" (Psal. XXI, 17 y 18). Fue visto para ser burlado, fue visto por aquellos que no al menos le favorecieran en ese espectáculo, sino que se ensañaran: como hizo que sus mártires fueran vistos primero, diciendo el Apóstol, "Hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (I Cor. IV, 9). Pero dos tipos de hombres ven tales espectáculos; uno de carnales, otro de espirituales. Los carnales ven, pensando que esos mártires son miserables, que fueron entregados a las bestias, que fueron decapitados, que fueron quemados en el fuego, detestándolos y horrorizándose. Pero otros, como los santos ángeles, ven, no atendiendo a los desgarros de los cuerpos, sino admirando la integridad de la fe. Un gran espectáculo ofrece a los ojos del corazón un alma íntegra, con el cuerpo destrozado. Estos cuando se leen en la iglesia, los veis con gusto con los ojos del corazón. Porque si no vierais nada, no escucharíais nada. Así que veis que hoy no habéis despreciado los espectáculos, sino que los habéis elegido. Que Dios esté presente, dando para que a vuestros amigos que lamentáis que hoy hayan corrido al anfiteatro y no hayan querido venir a la iglesia, les contéis dulcemente vuestros espectáculos: para que también a ellos les empiecen a parecer despreciables aquellos, que amándolos ellos mismos se han despreciado; y amen con vosotros a Dios, de quien nadie puede avergonzarse como amante, porque ama a aquel que no puede ser vencido. Amen con vosotros a Cristo, quien al ser visto como vencido, venció al mundo. Porque venció al mundo como vemos, hermanos: sometió a todas las potestades, subyugó a los reyes, no con un ejército soberbio, sino con una cruz burlada; no con una espada furiosa, sino colgando de un madero; sufriendo corporalmente, actuando espiritualmente. Su cuerpo se erguía en la cruz: Él sometía las mentes a la cruz. Finalmente, ¿qué joya más preciosa en la diadema, que la cruz de Cristo en la frente de los que reinan? Amando a este, nunca os avergonzáis. Porque, ¿cuántos creéis, hermanos, que hoy han dudado si venir aquí o allí? Y quienes en esa duda, considerando a Cristo, corrieron a la iglesia, vencieron no a cualquier hombre, sino al mismo diablo, el peor cazador del mundo. Pero quienes en esa duda eligieron más bien correr al anfiteatro, fueron vencidos por aquel a quien estos vencieron. Pero vencieron en aquel que dijo: "Alegraos, porque yo he vencido al mundo" (Joan. XVI, 33). Porque por eso se dejó tentar el Emperador, para enseñar al soldado a luchar.

CAPÍTULO II.

3. Por qué Cristo quiso nacer de una mujer. Por la mujer vino el veneno, por la mujer la salvación. Por tanto, para hacer esto, nuestro Señor Jesucristo, al nacer de una mujer, se hizo hijo del hombre. Pero si no hubiera nacido de María virgen, ¿qué le faltaría? Dice alguien: Quiso ser hombre: sería hombre, pero no nacería de una mujer: porque tampoco hizo al primer hombre de una mujer. A esto, mira lo que se responde. Tú dices, ¿por qué eligió nacer de una mujer? Se te responde: Más bien, ¿por qué habría de evitar nacer de una mujer? Supón que no puedo mostrar por qué eligió nacer de una mujer: tú muestra qué debía evitar en la mujer. Pero ya se ha dicho alguna vez, que si el Señor evitara el útero de una mujer, sería como si significara que podría contaminarse de ella. Pero cuanto más inmaculado era por su sustancia, tanto menos debía temer el útero de la carne, como si pudiera mancharse de él: sino que, nacido de una mujer, debía mostrarnos un gran misterio. Pues en verdad, hermanos, también confesamos que si el Señor quisiera hacerse hombre sin nacer de una mujer, ciertamente sería fácil para la Majestad. Porque así como pudo hacerlo sin hombre, también podría hacerlo sin mujer. Pero nos mostró esto, para que ninguna criatura humana desesperara de sí misma. Porque el sexo humano es de hombres y mujeres. Si, por tanto, siendo varón, lo cual debía ser, no naciera de una mujer; las mujeres desesperarían de sí mismas, recordando su primer pecado, porque por una mujer fue engañado el primer hombre; y pensarían que no tienen ninguna esperanza en Cristo. Vino, por tanto, a elegir el sexo masculino, y nacido de una mujer a consolar al sexo femenino, como diciendo: Para que sepáis que no es mala la criatura de Dios, sino que el placer perverso la pervierte, al principio cuando hice al hombre, lo hice varón y mujer. No condeno la criatura que hice. He aquí que nací varón, he aquí que nací de una mujer. No condeno, por tanto, la criatura que hice; sino los pecados, que no hice. Que ambos sexos vean su honor, y ambos confiesen su iniquidad, y ambos esperen la salvación. Engañando al hombre se le dio el veneno por la mujer: reparando al hombre se le dé la salvación por la mujer. Que la mujer compense el pecado del hombre engañado por ella, generando a Cristo. Por eso también las mujeres anunciaron primero a los Apóstoles al Dios resucitado. La mujer anunció la muerte a su marido en el paraíso: las mujeres anunciaron la salvación a los hombres en la Iglesia. Los Apóstoles iban a anunciar la resurrección de Cristo a las naciones: las mujeres la anunciaron a los Apóstoles. Que nadie, por tanto, calumnie a Cristo nacido de una mujer, de cuyo sexo el Libertador no podía mancharse, y a quien el Creador debía encomendar.

4. La fe del Evangelio aceptada en todo el mundo. Pero, dicen, ¿cómo vamos a creer que Cristo nació de una mujer? Responderé: Por el Evangelio que ha sido predicado y se predica en todo el mundo. Pero los ciegos, que intentan cegar a otros, tratan de introducir dudas sobre lo que ya ha sido creído en toda la tierra, y no ven lo que debe ser visto mientras intentan derribar lo que debe ser creído. Responden, y dicen: No nos presiones con la autoridad del mundo; consideremos la misma Escritura. No actúes de manera populista: la multitud engañada te apoya. Primero respondo aquí: ¿La multitud engañada me apoya? Esta multitud fue una minoría. ¿De dónde creció esta multitud que en estos incrementos fue anunciada mucho antes? No parece crecer lo que no fue previsto. No digo, era una minoría: Abraham era uno solo. Consideren, hermanos, Abraham era uno solo en todo el mundo en ese tiempo, en toda la tierra entre todos los hombres, entre todas las naciones, a quien se le dijo, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Lo que uno creyó en su singularidad, fue mostrado a muchos en la multitud de su descendencia. Entonces no se veía, y se creía; ahora se ve, y se ataca: y lo que entonces se decía a uno y era creído por uno; ahora es atacado por pocos, cuando se muestra en muchos. Aquel que hizo a sus discípulos

pescadores de hombres, incluyó en sus redes todo tipo de autoridad. Si hay que creer a la multitud; ¿qué más abundante que la Iglesia difundida por todo el mundo? Si hay que creer a los ricos; vean cuántos ricos ha capturado: si hay que creer a los pobres, vean los miles de pobres: si a los nobles; ya casi toda la nobleza está dentro: si a los reyes; vean a todos sometidos a Cristo: si a los más elocuentes, más doctos, más prudentes; observen cuántos oradores; cuántos expertos, cuántos filósofos de este mundo han sido atrapados por esos pescadores, para ser atraídos a la salvación desde lo profundo; considerando a aquel que descendió para sanar el gran mal del alma humana, es decir, la soberbia, con el ejemplo de su humildad, eligió lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte; y eligió lo necio de este mundo, para confundir a los sabios; no los que eran, sino los que parecían ser: y eligió lo innoble de este mundo, y lo que no es, para anular lo que es (I Cor. I, 27).

CAPÍTULO IV.

5. Se cree con seguridad que no hay disonancia en los Evangelios, hasta que se entienda. Utilidad del secreto. Velos colgados en la casa. Digan lo que quieran, dicen, hemos descubierto que donde leen que Cristo nació, los Evangelios disuenan entre sí, y no puede ser verdad lo que disuena. Pues cuando muestre, dice, la disonancia, correctamente desaprubo la fe, o tú que aceptas la fe, muestra la concordia. ¿Qué disonancia, te pregunto, demostrarás? Una evidente, dice, a la que nadie puede contradecir. Qué seguros escuchan, porque son fieles. Presten atención, amadísimos, y vean cuán saludablemente el Apóstol advierte, diciendo: Así como recibieron a Cristo Jesús nuestro Señor, caminen en él, arraigados y edificados en él, y confirmados en la fe. Porque con esa fe simple y cierta, debemos permanecer firmemente en él, para que él abra a los fieles lo que está oculto en él: porque como dice el mismo apóstol, En él están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento escondidos (Col. II, 6, 7, 3). No los oculta para negarlos, sino para que lo oculto despierte el deseo. Esta es la utilidad del secreto. Honra en lo que aún no entiendes; y cuanto más honres, más velos verás. Porque cuanto más honorable es alguien, más velos cuelgan en su casa. Los velos hacen honor al secreto: pero a los que honran se les levantan los velos. Sin embargo, los que se burlan de los velos, son alejados de la cercanía de los velos. Porque cuando pasamos a Cristo, se quita el velo (II Cor. III, 16).

CAPÍTULO V.

6. La fe piadosa de las Escrituras. Agustín, al no llevar una mente piadosa a las Escrituras divinas, a veces es engañado. Algunos presentan sus calumnias, y dicen: ¿Es Mateo ciertamente un evangelista? Respondemos, sí, con boca piadosa, corazón devoto, sin dudar en absoluto: respondemos claramente, Mateo es un evangelista. ¿Le crees?, preguntan. ¿Quién no respondería, Creo? ¿Cómo resonó piadosamente de su murmullo? Así, hermanos, si creen con seguridad, no hay de qué avergonzarse. Les hablo, alguna vez engañado, cuando siendo niño quería llevar a las Escrituras divinas más agudeza para discutir que piedad para buscar: yo mismo, con mis costumbres perversas, cerraba la puerta de mi Señor: cuando debía golpear, para que se abriera; añadía, para que se cerrara. Pues con soberbia me atrevía a buscar, lo que no puede encontrarse sino con humildad. ¡Cuánto más felices son ustedes ahora! ¡Qué seguros aprenden, qué protegidos, quienes aún son pequeños en el nido de la fe, y reciben alimento espiritual! Pero yo, miserable, cuando me creía apto para volar, dejé el nido; y caí antes de volar. Pero el Señor misericordioso me levantó, para que no fuera pisoteado y muriera, y me devolvió al nido. Pues estas cosas me perturbaron, que ahora les propongo y expongo con seguridad en el nombre del Señor.

7. Cómo Cristo es hijo de Abraham y David. Así que, como había comenzado a decir, ellos calumnian: ¿Mateo, dicen, es evangelista, y le creen? Consecuentemente, al que confesamos evangelista, necesariamente le creemos. Presten atención a las generaciones de Cristo, que Mateo puso: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. ¿Cómo hijo de David, cómo hijo de Abraham? Pues si no es por sucesión de linaje, no puede mostrarse. Pues cuando el Señor nació de la virgen María, ni Abraham ni David estaban en el mundo. ¿Y tú dices que es hijo de David, y también hijo de Abraham? Como si dijéramos a Mateo, Prueba lo que dices. Pues espero la sucesión del linaje de Cristo. Abraham, dice, engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob. Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Judá engendró a Fares y a Zará de Tamar. Fares engendró a Esrom. Esrom engendró a Aram. Aram engendró a Aminadab. Aminadab engendró a Naasón. Naasón engendró a Salmón. Salmón engendró a Booz de Rahab. Booz engendró a Obed de Rut. Obed engendró a Jesé. Jesé engendró al rey David. Ahora presten atención a cómo se llega de David a Cristo, quien fue llamado hijo de Abraham e hijo de David. David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías. Salomón engendró a Roboam. Roboam engendró a Abías. Abías engendró a Asá. Asá engendró a Josafat. Josafat engendró a Joram. Joram engendró a Ozías. Ozías engendró a Joatam. Joatam engendró a Acáz. Acáz engendró a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés. Manasés engendró a Amón. Amón engendró a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en la deportación a Babilonia. Y después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel. Salatiel engendró a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud. Abiud engendró a Eliaquim. Eliaquim engendró a Azor. Azor engendró a Sadoc. Sadoc engendró a Aquim. Aquim engendró a Eliud. Eliud engendró a Eleazar. Eleazar engendró a Matán. Matán engendró a Jacob. Jacob engendró a José, esposo de María: de la cual nació Jesús, quien es llamado Cristo. Así, por orden y sucesión de padres y progenitores, se encuentra que Cristo es hijo de David, hijo de Abraham.

8. Generaciones desde Abraham hasta Cristo. A este relato fielmente narrado, levantan esta primera calumnia, porque sigue el mismo Mateo, y dice: Todas las generaciones desde Abraham hasta David, son catorce generaciones: y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones: y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones. Luego añadió, para narrar cómo nació Cristo de la virgen María, añadiendo, y diciendo: La generación de Cristo fue así. Pues enumeró el orden de los padres para explicar por qué se dice que Cristo es hijo de David, hijo de Abraham.

CAPÍTULO VI.

Cómo nació y apareció entre los hombres, ya debe narrarse; y es consecuente la misma narración, por la cual creemos que nuestro Señor Jesucristo no solo nació de Dios eterno, coeterno con quien lo engendró antes de todos los tiempos, antes de toda criatura, por quien fueron hechas todas las cosas; sino también ya nacido del Espíritu Santo de la virgen María, lo cual igualmente confesamos. Recuerden y saben (pues hablo a mis hermanos católicos) que esta es nuestra fe, esto profesamos y confesamos. Por esta fe fueron asesinados miles de mártires, en todo el mundo.

9. Concepción de Cristo por el Espíritu Santo. La justicia de José, sincera, no severa. Pues lo que sigue quieren ridiculizar aquellos que quieren desacreditar los Libros evangélicos: para mostrarnos que hemos creído temerariamente lo que se dice: Cuando su madre María estaba desposada con José, antes de que se unieran, se halló que había concebido del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, y no queriendo exponerla, quiso dejarla secretamente. Pues al no saber que estaba embarazada por él, ya la consideraba consecuentemente adúltera. Siendo

justo, como dice la Escritura, y no queriendo exponerla, es decir, divulgarla, pues esto también tienen muchos códigos; quiso dejarla secretamente. El esposo está turbado, pero el justo no se enfurece. Pues se le atribuye tanta justicia a este hombre, que ni quería tener a una adúltera, ni se atrevía a castigarla públicamente. Quiso dejarla, dice, secretamente: pues no solo no quiso castigarla, sino tampoco delatarla. Presten atención a la justicia sincera. Pues no quería perdonarla porque deseaba tenerla. Muchos, por amor carnal, perdonan a sus esposas adúlteras, queriendo tenerlas y disfrutar de ellas por concupiscencia carnal. Pero este hombre justo no quiere tenerla: por lo tanto, no la ama carnalmente. Y sin embargo, no quiere castigarla: por lo tanto, la perdona misericordiosamente. ¿Qué clase de justo es este? Ni retiene a la adúltera, ni parece perdonarla porque la amara lujuriosamente: y sin embargo, ni la castiga, ni la delata. Con razón fue elegido como testigo de la virginidad de su esposa. Así que, quien estaba turbado por la debilidad humana, fue fortalecido por la autoridad divina.

CAPÍTULO VII.

10. Interpretación del nombre de Jesús. Pues sigue, y dice el Evangelista: Mientras pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, no temas recibir a María tu esposa. Porque lo que en ella ha sido engendrado, es del Espíritu Santo. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. ¿Por qué Jesús? Porque él, dice, salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 1-21). Se entiende, por lo tanto, que Jesús en lengua hebrea se interpreta en latín como Salvador, lo cual advertimos por la misma exposición del nombre. Pues como si se preguntara, ¿por qué Jesús? inmediatamente añadió, explicando la razón del nombre, Porque él, dice, salvará a su pueblo de sus pecados. Esto creemos piadosamente, esto retenemos firmemente, que Cristo nació del Espíritu Santo de la virgen María.

11. Utilidad de los herejes. Utilidad por Judas el traidor. Entonces, ¿qué dicen ellos? Si encuentro, dice, una mentira, ciertamente no crees todo. Encontré, veamos. Cuenta las generaciones. Pues ellos, con sus calumnias, nos invitan y nos llevan a eso. Si vivimos piadosamente, si creemos en Cristo, si no deseamos volar del nido antes de tiempo, nos llevan a eso, para que conozcamos los misterios. Atienda, por lo tanto, su Santidad la utilidad de los herejes; y utilidad según Dios, que usa bien incluso a los malos. Según ellos, se les devuelve lo que quisieron; no lo que Dios hace bien de ellos. ¿Cuánto bien hizo Dios con Judas? Con la pasión del Señor, las naciones fueron salvadas. Pero para que el Señor padeciera, Judas lo traicionó. Dios, por lo tanto, libera a las naciones con la pasión de su Hijo, y castiga a Judas por su crimen. Pues los sacramentos que allí yacen ocultos, nadie los discutiría, contento con una fe más simple; y por eso nadie los encontraría, porque nadie los discutiría, si no fuera por los calumniadores que golpean. Pues cuando los herejes calumnian, los pequeños se perturban: cuando se perturban, investigan: su investigación es como un golpe en el pecho de la madre, para que se les dé tanto como es suficiente para los pequeños. Ellos, perturbados, buscan; pero quienes saben y han aprendido, porque han investigado, y Dios les ha abierto al golpear, abren también a los perturbados. Y así sucede que ellos son útiles para encontrar la verdad, mientras calumnian para seducir al error. Pues la verdad se buscaría con menos diligencia, si no tuviera adversarios mentirosos. Porque es necesario, dice, que haya herejías. Y como si buscáramos la causa, añadió inmediatamente, Para que los aprobados se manifiesten entre ustedes (I Cor. XI, 19).

CAPÍTULO VIII.

12. Las generaciones tres veces catorce en Mateo se encuentran, contando a Jeconías dos veces. ¿Qué dicen entonces ellos? He aquí, Mateo cuenta las generaciones, y dice que desde

Abraham hasta David son catorce, y desde David hasta la deportación a Babilonia catorce, y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo catorce. Lleva en sí tres veces catorce, son cuarenta y dos. Pero cuentan, y encuentran cuarenta y una generaciones, y levantan una calumnia, y ridiculizando se burlan. ¿Qué significa, entonces, que cuando se dice en el Evangelio que son tres veces catorce, sin embargo, todas las enumeradas se encuentran no cuarenta y dos, sino cuarenta y una? Sin duda es un gran sacramento. Y nos alegramos dando gracias al Señor, porque incluso por ocasión de los calumniadores encontramos algo que cuanto más estaba oculto para ser buscado, tanto más deleita al ser encontrado. Pues como hemos dicho antes, presentamos un espectáculo de mentes. Desde Abraham, por lo tanto, hasta David, son catorce. Luego comienza el número desde Salomón: pues David engendró a Salomón. Pero el número comienza desde Salomón, y llega a Jeconías, quien vivía cuando se hizo la deportación a Babilonia; y son otras catorce generaciones, contando a Salomón al principio del otro intervalo, contando también a Jeconías, en quien se cierra el mismo número, para que se completen catorce. El tercer intervalo comienza con el mismo Jeconías.

13. Por qué Jeconías se cuenta dos veces. Atienda su Santidad a un asunto místico y dulce: confieso ante ustedes el gusto de mi corazón; de donde creo que cuando lo exponga, y lo prueben, lo mismo renunciarán. Atiendan, por lo tanto. Desde el mismo Jeconías, comenzando el número del tercer intervalo, hasta el Señor Jesucristo son catorce: porque Jeconías es tanto el final del intervalo superior, como el inicio del siguiente intervalo, contado dos veces. Pero alguien podría decir: ¿Por qué Jeconías se cuenta dos veces? Nada se hizo antes en el pueblo de Israel, que no fuera un misterio de cosas futuras. Jeconías ciertamente no se cuenta irracionalmente dos veces: porque si hay un límite entre dos campos, ya sea una piedra, o una separación de una pared, y el que está de este lado, mide hasta esa pared, y el que está del otro lado, desde allí comienza de nuevo a medir. Pero ¿por qué esto no se hizo en la primera conexión del intervalo, donde contamos catorce generaciones desde Abraham hasta David, y otras catorce no repitiendo a David, sino comenzando a contar desde Salomón, se debe dar una razón, que contiene un gran sacramento. Atienda su Santidad. Entonces se hizo la deportación a Babilonia, cuando en lugar de su padre fallecido, Jeconías fue constituido rey. Se le quitó el reino, y otro fue constituido en su lugar. Pero sin embargo, viviendo Jeconías, se hizo la deportación a las naciones. Pues no se dice ninguna culpa de Jeconías, por la cual fue privado del reino: sino más bien se inducen los pecados de aquellos que le sucedieron. Sigue, por lo tanto, la cautividad, se va a Babilonia. No van solo los malos; sino que con ellos también van los santos. En esa cautividad estaba el profeta Ezequiel, en esa estaba Daniel; allí estaban tres jóvenes ennoblecidos entre las llamas. Fueron, pues, según la profecía del profeta Jeremías.

CAPÍTULO IX.

14. El paso del Evangelio a los Gentiles figurado en la transmigración a Babilonia. Recordad a Jeconías, quien sin culpa fue desaprobado, y desde entonces dejó de reinar, haciendo el tránsito hacia los Gentiles, cuando fue llevado a Babilonia: y observad la imagen prefigurada de las cosas futuras en el Señor Jesucristo. Pues los judíos no quisieron que nuestro Señor Jesucristo reinara sobre ellos, en quien no encontraron culpa alguna. Fue rechazado en sí mismo, y también en sus siervos; y se hizo el tránsito hacia los Gentiles, como hacia Babilonia. Esto también lo profetizaba Jeremías, ordenando el Señor que fueran a Babilonia. Y cualquiera de los otros profetas que decían al pueblo que no fueran a Babilonia, Jeremías los acusaba de ser falsos profetas. Quienes leen las Escrituras, recuérdenselo con nosotros: quienes no las leen, créannos. Jeremías, pues, amenazaba en nombre del Señor a aquellos que

no querían ir a Babilonia: pero a los que iban, les prometía allí tranquilidad y cierta felicidad en la plantación de viñas y huertos y en la abundancia de frutos (Jerem. XXVII). ¿Cómo, entonces, no es ya en figura, sino en verdad, que el pueblo de Israel pasa a Babilonia? ¿De dónde eran los Apóstoles? ¿No eran de la nación de los judíos? ¿De dónde era el mismo Pablo? Pues también yo, dice, soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín (Rom. XI, 1). Creyeron, pues, en el Señor muchos de los judíos. De allí fueron elegidos los Apóstoles: de allí eran más de quinientos hermanos, que merecieron ver al Señor después de la resurrección (I Cor. XV, 6): de allí eran ciento veinte en la casa, cuando vino el Espíritu Santo (Act. I, 15, y II, 1-4). ¿Y qué dice el Apóstol en los Hechos de los Apóstoles, cuando los judíos rechazaban la palabra de verdad? A vosotros, dice, fuimos enviados; pero ya que rechazasteis la palabra de Dios, he aquí que nos volvemos a los Gentiles (Act. XIII, 46). Se hizo, pues, la transmigración a Babilonia según la disposición espiritual del tiempo de la Encarnación del Señor, que entonces fue prefigurada en el tiempo de Jeremías. Pero, ¿qué dice Jeremías a los que emigran sobre estos babilonios? Porque en su paz, dice, será vuestra paz (Jerem. XXIX, 7). Así que cuando también por Cristo y los Apóstoles Israel emigraba a Babilonia, es decir, el Evangelio venía a los Gentiles, ¿qué dice el Apóstol como si fuera la voz de Jeremías entonces? Ruego, pues, ante todo, que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en eminencia; para que llevemos una vida tranquila y sosegada, con toda piedad y castidad (I Tim. II, 1 y 2). Aún no había reyes cristianos, y oraba por ellos. Orando, pues, Israel en Babilonia, fue escuchado. Fueron escuchadas las voces de la Iglesia, se hicieron cristianos: y veis cumplirse lo que figuradamente se dijo, En su paz, será vuestra paz. Pues recibieron la paz de Cristo, y dejaron de perseguir a los cristianos; para que ya en la seguridad de la paz se edificaran iglesias, y se plantaran pueblos en la agricultura de Dios, y fructificaran todas las naciones en la fe, la esperanza y la caridad que están en Cristo.

15. Cristo entre los judíos y los gentiles, piedra angular figurada en Jeconías. Se hizo la transmigración a Babilonia entonces por Jeconías, quien no fue permitido reinar en la nación de los judíos, tipo de Cristo, a quien los judíos no quisieron que reinara sobre ellos. Israel hizo el tránsito a los Gentiles, es decir, los predicadores del Evangelio pasaron a los pueblos de los Gentiles. ¿Por qué, entonces, te sorprende que Jeconías se cuente dos veces? Pues si llevaba la figura de Cristo pasando de los judíos a los Gentiles; observa qué es Cristo entre los judíos y los Gentiles. ¿No es él mismo esa piedra angular? Observa en el ángulo el término de una pared y el inicio de otra. Hasta esa piedra mides una pared, y desde ella la otra. Por lo tanto, la piedra angular se cuenta dos veces, que conecta ambas paredes. Jeconías, pues, llevando la figura del Señor, como piedra angular, presentaba un tipo. Y así como Jeconías no fue permitido reinar sobre los judíos, sino que se fue a Babilonia; así Cristo, la piedra que desecharon los edificadores, se ha convertido en la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22), para que el Evangelio llegara a los Gentiles. No dudes, pues, en contar dos veces la cabeza del ángulo, y te encuentras con el número escrito; y así son catorce, y catorce, y catorce: y no son, sin embargo, cuarenta y dos generaciones, sino cuarenta y una. Porque así como el orden de las piedras cuando se dirige en línea recta, todas se cuentan individualmente; pero cuando el orden se tuerce para formar un ángulo, esa piedra en el ángulo debe contarse dos veces; porque pertenece tanto a ese orden que termina en ella, como a aquel que comienza desde ella: así el orden de las generaciones mientras permaneció en ese pueblo, en un intervalo de dos veces siete, no formó un ángulo; pero cuando el orden se torció para emigrar a Babilonia, como si por Jeconías se hiciera un ángulo; de modo que en el tipo de esa venerable piedra angular debía contarse dos veces.

CAPÍTULO X.

16. Por qué la genealogía de Cristo se deduce a través de José. José verdadero esposo de María. Otra de sus calumnias es. A través de José, dicen, se cuentan las generaciones de Cristo, y no a través de María. Preste atención un momento vuestra Santidad. No, dicen, no debía ser a través de José. ¿Por qué no debía ser a través de José? ¿Acaso no era José el esposo de María? No, dicen. ¿Quién dice esto? Pues la Escritura dice con autoridad angelical que era su esposo. No temas, dice, tomar a María tu esposa. Porque lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es. A él también se le ordena que ponga nombre al niño, aunque no haya nacido de su semilla. Dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Pero la Escritura indica que no ha nacido de la semilla de José, cuando, preocupado por cómo estaba ella encinta, se le dice, Del Espíritu Santo es. Y sin embargo, no se le quita la autoridad paterna; cuando se le ordena poner nombre al niño. De hecho, la misma virgen María, bien consciente de que no concibió a Cristo de su unión y cohabitación, sin embargo, lo llama padre de Cristo.

17. José llamado padre de Cristo por María, cómo. Cristo no niega ser hijo de José. Observad cómo. Cuando el Señor Jesucristo tenía doce años según el hombre, quien según Dios es antes de los tiempos y sin tiempo, se quedó en el templo, y discutía con los ancianos, y se maravillaban de su doctrina. Ellos, al regresar de Jerusalén, lo buscaron en su comitiva, entre aquellos que caminaban con ellos; y al no encontrarlo, preocupados regresaron a Jerusalén, y lo encontraron discutiendo en el templo con los ancianos, cuando tenía, como dije, doce años. Pero, ¿qué maravilla? La Palabra de Dios nunca calla: pero no siempre se escucha. Se encuentra, pues, en el templo, y su madre le dice: ¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y él: ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre? (Luc. II, 42-49). Esto lo dijo porque era Hijo de Dios en el templo de Dios. Pues aquel templo no era de José, sino de Dios. He aquí, dice alguien, no se concedió ser hijo de José. Observad un poco más pacientemente, hermanos, debido a las limitaciones del tiempo, para que el discurso sea suficiente. Cuando María dijo, Tu padre y yo, angustiados, te buscábamos; él respondió, ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre? Pues no quería ser hijo de ellos de tal manera que no se entendiera que era Hijo de Dios. Porque Hijo de Dios, siempre Hijo de Dios, creando a esos mismos. Pero Hijo del hombre en el tiempo, nacido de una virgen sin semilla marital, sin embargo, tenía a ambos como padres. ¿Cómo probamos esto? Ya lo dijo María, Tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.

CAPÍTULO XI.

18. La modestia y humildad de María a imitar por las mujeres. María llamada virgen y mujer. Símbolo de la fe. Primero no debe pasarse por alto, hermanos, especialmente por la disciplina de las mujeres, nuestras hermanas, la tan santa modestia de la virgen María. Había dado a luz a Cristo, el ángel había venido a ella, y le había dicho, He aquí que concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo (Luc. I, 31, 32). Había merecido dar a luz al Hijo del Altísimo, y era muy humilde: ni se anteponía a su esposo, ni en el orden del nombre, para decir, Yo y tu padre; sino, Tu padre, dice, y yo. No atendió a la dignidad de su vientre: sino al orden conyugal. Pues Cristo humilde no habría enseñado a su madre a ser soberbia. Tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Tu padre, dice, y yo: porque la cabeza de la mujer es el hombre (Ephes. V, 23). ¿Cuánto menos deben ser soberbias las demás mujeres? Pues la misma María fue llamada mujer, no por corrupción de su virginidad, sino por la propia denominación de su gente. Pues el Apóstol también dijo de nuestro Señor Jesucristo, Nacido de mujer (Galat. IV, 4): sin embargo, no interrumpió el orden y el texto de nuestra fe, en la que confesamos nacido del Espíritu Santo, y de la virgen María. Pues aquella virgen concibió, virgen dio a luz, virgen

permaneció. Pero todas las mujeres las llamaron mujeres, por la propiedad del idioma hebreo. Escucha un ejemplo clarísimo. La primera mujer, que Dios hizo tomada del costado del hombre, antes de que se uniera con el hombre, lo cual se escribe que ocurrió después de que salieron del paraíso, sin embargo, ya era llamada mujer, diciendo la Escritura, La formó en mujer (Gen. II, 22).

19. Cristo no niega a José como padre. Obediencia del niño Jesús a imitar por los niños. Lo que responde, pues, el Señor Jesucristo, Debo estar en las cosas de mi Padre; no indica así al Padre Dios, como para negar a José como padre. ¿Cómo probamos esto? según la Escritura, que así dice: Y les dijo: ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre? Pero ellos no entendieron lo que les dijo. Y cuando descendió con ellos, vino a Nazaret, y les estaba sujeto (Luc. II, 49-51). No dijo, Estaba sujeto a su madre; o, estaba sujeto a él: sino, estaba, dice, sujeto a ellos. ¿A quiénes estaba sujeto? ¿No a sus padres? Ambos eran padres, a quienes él estaba sujeto, por la dignación de ser hijo del hombre.

CAPÍTULO XII.

Desde hace tiempo las mujeres recibían preceptos: ahora los niños los reciban, para que obedezcan a sus padres, y les sean sujetos. Cristo, al que el mundo está sujeto, Cristo sujeto a sus padres.

20. Cristo tanto hijo como Señor de David. Veis, pues, hermanos, que no dijo, Debo estar en las cosas de mi Padre, para que entendamos como si dijera, Vosotros no sois mis padres. Sino que aquellos eran padres temporalmente, aquel Padre eternamente. Aquellos padres del hijo del hombre, aquel Padre del Verbo y de su Sabiduría, Padre de su Virtud, por la cual formó todas las cosas. Si por ella se forman todas las cosas, que alcanza de un extremo al otro con fortaleza y dispone todas las cosas con suavidad (Sap. VIII, 1), por el Hijo de Dios también fueron formados aquellos, a quienes él mismo después se sujetaría como hijo del hombre. Y el Apóstol lo llama hijo de David: Que fue hecho de la simiente de David, según la carne (Rom. I, 3). Pero sin embargo, el mismo Señor propone una cuestión a los judíos, que en estas mismas palabras resuelve el Apóstol. Pues cuando dice, Que fue hecho de la simiente de David; añade a esto, según la carne, para que se entienda que según la divinidad no es hijo de David, sino Hijo de Dios, Señor de David. Pues en otro lugar así dice el Apóstol, al recomendar la estirpe de los judíos: De quienes son los padres, de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Id. IX, 5). Lo que según la carne, de allí hijo de David: pero lo que sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, de allí Señor de David. El Señor, pues, dice esto a los judíos: ¿De quién decís que es hijo Cristo? Respondieron: De David. Pues esto sabían, lo que fácilmente comprendían de la predicación de los Profetas. Y verdaderamente él era de la simiente de David, pero según la carne por la virgen María desposada con José. Cuando, pues, respondieron que Cristo era hijo de David, Jesús les dijo: ¿Cómo, pues, David en espíritu lo llama Señor, diciendo, Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si, pues, David en espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y no pudieron responder los judíos (Matth. XXII, 42-46). Así lo tenemos en el Evangelio. No negó ser hijo de David; para que no supieran que era Señor de David. Pues retenían en Cristo lo que fue hecho en el tiempo: no entendían en él lo que es en la eternidad. Por lo tanto, queriendo enseñarles su divinidad, de la cual hizo cuestión sobre su humanidad: como si dijera, Sabéis que Cristo es hijo de David; respondedme cómo es también Señor de David. Pero para que no dijeran, No es Señor de David; interpuso al mismo David como testigo. ¿Y qué dice? Dice la verdad, por supuesto. Pues también tienes en los Salmos a David diciendo, Del fruto de tu vientre pondré sobre tu

trono (Sal. CXXXI, 11). He aquí el hijo de David. ¿Cómo es también Señor de David, que es hijo de David? Dijo, dice, el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra (Sal. CIX, 1). ¿Os maravilláis de que David tenga a su hijo como Señor, cuando veis que María dio a luz a su Señor? Señor de David, porque es Dios; Señor de David, porque es de todos: pero hijo de David, porque es hijo del hombre. El mismo Señor, el mismo hijo: Señor de David, que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: pero hijo de David, porque se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Philipp. II, 6, 7).

CAPÍTULO XIII.

21. El matrimonio lo hace, no la mezcla carnal, sino la caridad conyugal. Conyugados abstinentes por consenso. No es, pues, por eso que José no fue padre, porque no cohabitó con la madre del Señor; como si el matrimonio lo hiciera la lujuria, y no la caridad conyugal. Preste atención vuestra Santidad. El Apóstol de Cristo iba a decir después de algún tiempo, Resta que los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran (I Cor. VII, 29). Y conocemos a muchos de nuestros hermanos fructificando en gracia, en el nombre de Cristo, que por consenso se abstienen mutuamente de la concupiscencia de la carne, pero no se abstienen mutuamente de la caridad conyugal. Cuanto más se reprime aquella, tanto más se confirma esta. ¿No son acaso cónyuges que viven así, no buscando mutuamente el fruto de la carne, no exigiendo mutuamente la deuda de la concupiscencia corporal? Y sin embargo, ella está sujeta al marido, porque así conviene; y tanto más sujeta, cuanto más casta: y él ama verdaderamente a su esposa, como está escrito, en honor y santificación (I Thess. IV, 4), como coheredera de la gracia, como Cristo, dice, amó a la Iglesia (Ephes. V, 25). Entonces, si hay unión, si hay matrimonio, si no por eso no es matrimonio, porque no se hace lo que también en no cónyuge se puede hacer, pero ilícitamente se puede: ojalá pudieran todos; pero muchos no pueden. No, pues, por eso separen a aquellos que pueden, y por eso nieguen que sea él esposo, o ella esposa, porque no se mezclan carnalmente, sino que se conectan con los corazones.

22. La mezcla carnal solo por causa de procreación. Actas matrimoniales. De dónde el adulterio. Pecado venial cuando en el uso del matrimonio. De aquí entendéis, hermanos míos, lo que la Escritura pensó de aquellos nuestros padres, que estaban tan casados, que solo buscaban la prole de los cónyuges. Pues tan castamente los tenían, que no se acercaban a la mezcla carnal, sino por causa de procreación, teniéndolas verdaderamente en honor. Por lo demás, quien apetece la carne de su esposa más de lo que prescribe ese límite, por causa de procrear hijos, actúa contra las mismas actas por las que la tomó como esposa. Se recitan las actas, y se recitan en presencia de todos los testigos, y se recita, Por causa de procrear hijos; y se llaman actas matrimoniales. A menos que para esto se den, para esto se tomen esposas, ¿quién con sano juicio da a su hija a la lujuria ajena? Pero para que los padres no se avergüencen, cuando las dan, se recitan las actas; para que sean suegros, no proxenetas. ¿Qué, pues, se recita de las actas? Por causa de procrear hijos. Se limpia la frente del padre y se serena, al oír la voz de las actas. Veamos la frente del marido que toma esposa. Que también el marido se avergüence de tomarla de otra manera, si el padre se avergüenza de darla de otra manera. Pero si no pueden (ya hemos dicho esto alguna vez), exijan la deuda; no vayan más allá de sus deudores. Y tanto la mujer como el hombre consuelen su debilidad en sí mismos. Que no vaya él a otra, ni ella a otro: de donde se llama adulterio, como si fuera a otro. Y si salen de los límites del pacto matrimonial, no salgan de los límites del lecho conyugal. ¿Acaso no es pecado exigir más de lo que la necesidad de procrear hijos obliga, de la esposa? Es pecado, pero venial. El Apóstol dice, Esto lo digo como concesión: cuando hablaba de ello, No os defraudéis el uno al otro, sino de común acuerdo por un tiempo, para

que os dediquéis a la oración; y volved a juntaros, para que no os tienta Satanás, por vuestra incontinenia. ¿Qué es esto? No os impongáis algo más allá de vuestras fuerzas; no sea que, absteniéndos mutuamente, caigáis en adulterios. Para que no os tienta Satanás, por vuestra incontinenia. Y para que no pareciera que lo que permitía lo ordenaba (pues es diferente ordenar a la virtud que permitir a la debilidad), inmediatamente añadió, Esto lo digo como concesión, no como mandato. Pues quisiera que todos los hombres fueran como yo mismo (I Cor. VII, 5-7). Como si dijera: No ordeno que lo hagáis; pero perdono si lo hacéis.

CAPÍTULO XIV.

23. El género humano se sostiene sobre dos pilares. Por tanto, hermanos míos, presten atención. Aquellos que tienen esposas con el propósito de procrear hijos son grandes hombres, como leemos que fueron los Padres, y lo encontramos en muchos documentos, con las páginas sagradas clamando sin ninguna duda: si, por lo tanto, hay hombres que tienen esposas solo para la creación de hijos, si se les pudiera conceder tener hijos sin concubito, ¿no abrazarían con un gozo indescriptible tal beneficio? ¿No lo recibirían con gran alegría? Pues hay dos obras carnales en las que se sostiene el género humano: en estas dos obras los prudentes y santos descienden por deber; pero los imprudentes caen en ellas por deseo. Porque una cosa es descender a algo por deber, y otra caer en algo por deseo. ¿Cuáles son estas cosas en las que se sostiene el género humano? En nosotros mismos, lo primero es lo que se refiere a tomar alimentos (que ciertamente no se pueden consumir sin algún deleite carnal), comer y beber: si no lo haces, morirás. Así que el género humano se sostiene sobre este único pilar, según la medida de su naturaleza, de comer y beber. Pero por este pilar los hombres se sostienen en lo que a ellos mismos respecta: sin embargo, no aseguran la sucesión comiendo y bebiendo, sino tomando esposas. Así, el género humano se sostiene, primero para que los hombres vivan: pero como, por más diligencia que se aplique al cuerpo, no pueden vivir siempre; la provisión consecuente es que los nacidos sucedan a los que mueren. Porque así es el género humano, como está escrito, como las hojas en un árbol: pero en un árbol de olivo, o laurel, o algo similar, que nunca está sin follaje; pero, sin embargo, no siempre tiene las mismas hojas. Pues como está escrito, unas genera, y otras derriba (Eclo. XIV, 18-19): porque las que brotan, suceden a las que caen. Siempre derriba hojas, siempre está vestida de hojas. Así también el género humano no siente la pérdida diaria de los que mueren, por el suplemento de los que nacen: y así, según su medida, se sostiene toda la especie del género humano; y como las hojas en el árbol siempre se ven, así la tierra se ve llena de hombres. Pero si solo murieran y no nacieran; como ciertos árboles despojados de todas sus hojas, así la tierra se desnudaría de todos los hombres.

24. A las necesidades de la vida unos son llevados por la lujuria, otros por la razón. Así que, dado que el género humano subsiste de tal manera que son necesarios dos pilares, de los cuales se ha hablado suficientemente; a ambos desciende el sabio y prudente y fiel por deber, no cae por lujuria. Para comer y beber, cuántos se precipitan vorazmente, poniendo allí toda su vida, como si fuera la misma causa de vivir. Pues aunque comen para vivir; creen que viven para comer. A estos los reprende todo sabio, y especialmente la Escritura divina, a los glotonos, borrachos, comilones, cuyo dios es el vientre (Filip. III, 19). A ellos no los lleva a la mesa sino la concupiscencia de la carne, no la necesidad de la restauración. Así que estos caen en la comida y la bebida. Pero aquellos que descienden por el deber de vivir, no viven para comer; sino que comen para vivir. Así que si a estos prudentes y templados se les ofreciera vivir sin comida y bebida; con cuánto gozo abrazarían este beneficio, para que no cayeran donde no acostumbran a caer, ni se vieran obligados a descender; sino que siempre se

mantendrían en el Señor, sin que la necesidad de sostener las ruinas del cuerpo depusiera sus intenciones. ¿Cómo creen que recibió el santo Elías, cuando recibió una jarra de agua y una torta de pan, para que le bastara como alimento durante cuarenta días (III Reyes XIX, 6-8)? Con gran alegría, ciertamente: porque comía y bebía por el deber de la vida, no por la servidumbre de la concupiscencia. Intenta ofrecer esto, si puedes, al hombre que pone toda su bienaventuranza y felicidad en los banquetes, como un animal en el pesebre. Odia tu beneficio, lo rechaza, lo considera un castigo. Así también en ese deber conyugal, los hombres lujuriosos no buscan esposas por otra razón: y por eso apenas están contentos con sus esposas. Y ojalá, si no pueden o no quieren quitarse la lujuria, no la dejen avanzar más allá de lo que prescribe el deber conyugal, incluso lo que se concede a la debilidad. Pero claramente a tal hombre si le dijeras, ¿Por qué tomas esposa? tal vez avergonzado te respondería, Por los hijos. Si alguien le dijera, en quien creyera sin ninguna duda, Dios puede darte, y ciertamente te dará hijos, incluso sin realizar esa obra con tu esposa: allí ciertamente se concluiría y confesaría que no buscaba esposa por los hijos. Que confiese, pues, su debilidad: que acepte lo que pretendía aceptar por deber.

CAPÍTULO XV.

25. A los Padres se les permitió tener muchas esposas solo para procrear hijos. Así aquellos primeros santos, hombres de Dios, buscaban hijos, querían recibir hijos. Para esto solo se unían a las mujeres; para esto se mezclaban con las mujeres, para procrear hijos. Por eso se les permitió tener varias. Pues si la lujuria desmedida agradara a Dios, se permitiría en ese tiempo que una mujer tuviera varios maridos, como un hombre varias mujeres. ¿Por qué todas las mujeres castas no tenían más de un marido, pero el hombre varias mujeres? Sino porque tener varias mujeres un hombre, se refiere a la abundancia de prole; pero una mujer no puede parir más hijos por tener más maridos. Por lo tanto, hermanos, si nuestros Padres no se unían y mezclaban con mujeres por otra razón que para procrear hijos; sería para ellos un gran gozo, si pudieran tener hijos sin esa obra carnal, por la cual no caían por lujuria, sino que descendían por deber. ¿Por eso José no era padre, porque había recibido un hijo sin concupiscencia carnal? Lejos esté de la castidad cristiana sentir esto, lo que ni siquiera sentía la judía. Amen a sus esposas, pero ámenlas castamente. Busquen la obra carnal hasta el punto de procrear hijos. Y porque no pueden tener hijos de otra manera, descendan a ello con dolor. Pues es un castigo de aquel Adán, de quien descendemos. No nos enorgullecamos de nuestro castigo. Es un castigo de aquel que mereció engendrar mortalmente; porque por el pecado se hizo mortal. Dios no sustrajo ese castigo; para que el hombre recordara de dónde es llamado y a dónde es llamado; y buscara aquel abrazo, donde no puede haber corrupción.

26. La dignidad virginal comenzó con la madre del Señor. Cómo José es verdaderamente padre de Cristo. Adopción de hijos. Hijos naturales e hijos conyugales. En aquel pueblo, porque era necesario hacer una abundante propagación hasta Cristo, por la multitud del pueblo en el que se prefiguraran todos los documentos de la Iglesia que debían prefigurarse, tenían el deber de tomar esposas por las cuales el pueblo creciera, en cuyo pueblo se prefigurara la Iglesia.

CAPÍTULO XVI.

Pero cuando nació el mismo Rey de todas las naciones, comenzó la dignidad virginal con la Madre del Señor, quien mereció tener un hijo, y no mereció corromperse. Así como era aquel matrimonio, y sin ninguna corrupción matrimonio: así lo que la esposa casta parió, ¿por qué no lo recibiría castamente el marido? Pues así como la esposa casta, así el marido casto: y así

como la madre casta, así el padre casto. Quien dice, por tanto, No debió llamarse padre, porque no engendró así al hijo; busca lujuria en la procreación de hijos, no afecto de caridad. Mejor aquel, lo que otro desea cumplir con la carne, lo cumplía con el ánimo. Pues también quienes adoptan hijos, los engendran más castamente con el corazón, a quienes no pueden con la carne. Vean, hermanos, vean las leyes de la adopción, cómo se hace hijo de un hombre aquel que no nació de su semilla; para que la voluntad del adoptante tenga más derecho sobre él que la naturaleza del engendrador. Así, pues, no solo debía ser padre José, sino que debía serlo especialmente. Pues también de las mujeres que no son esposas, los hombres engendran hijos, y se les llama hijos naturales; y se les anteponen los hijos conyugales. En cuanto a la obra de la carne, nacieron por igual: ¿de dónde se les anteponen, sino porque es más casta la caridad de la esposa, de la cual se procrean los hijos? Allí no se atiende a la mezcla de la carne, que es igual en ambas mujeres. ¿Dónde vence la esposa, sino en el afecto de la fe, en el afecto del matrimonio, en el afecto de una caridad más sincera y casta? Si, por tanto, alguien pudiera recibir hijos de su esposa sin concubito, ¿no debería tanto más alegrarse, cuanto más casta es ella, a quien ama más?

CAPÍTULO XVII.

27. Se admiten correctamente dos padres de José para conciliar a Mateo y Lucas. De aquí ya también vean que puede suceder que un hombre no solo tenga dos hijos, sino también dos padres. Pues al nombrar la adopción, que ocurra en sus pensamientos que puede suceder. Se dice, en efecto, Un hombre puede tener dos hijos, pero no puede tener dos padres. Más bien, se encuentra que puede tener incluso dos padres; si uno lo engendró con semilla, otro lo adoptó con amor. Si, por tanto, un hombre puede tener dos padres; también José pudo tener dos padres, ser engendrado por uno, adoptado por otro. Si pudo, ¿por qué critican aquellos que dicen que Mateo siguió unas generaciones, Lucas otras? Y realmente encontramos que uno siguió unas, el otro otras. Pues Mateo dijo que Jacob era el padre de José. Pero Lucas dijo Heli. Y puede parecer que un hombre, cuyo hijo era José, tenía dos nombres. Pero el hecho de que enumeren abuelos y bisabuelos y otros progenitores superiores diferentes, y en el mismo número más unos, otros menos; se muestra claramente que José tenía dos padres. Ya eliminada la calumnia de la cuestión, porque la razón manifiesta demostró que es posible que haya un padre que engendró y otro que adoptó; establecidos dos padres, no es extraño si abuelos y bisabuelos y otros parientes hacia arriba se enumeran diferentes desde diferentes padres.

CAPÍTULO XVIII.

28. Adopción en las Sagradas Escrituras. Cómo el concubinato de los antiguos con las siervas sin adulterio. Y no les parezca que el derecho de adopción es ajeno a nuestras Escrituras, y como si observado en la costumbre de las leyes humanas, no pudiera concordar con la autoridad de los Libros divinos. Pues es una cosa antigua, y usada en los mismos discursos eclesiásticos, que no solo el origen de la semilla engendra un hijo, sino también la gracia de la voluntad. Pues también las mujeres de la semilla de sus maridos adoptaban como hijos a los nacidos de las siervas, si ellas mismas no parían; incluso mandaban a sus maridos que les engendraran: como Sara (Gén. XVI, 1-4), como Raquel, como Lía (Gén. XXX, 1-9). En cuyo deber los hombres no cometían adulterio: porque obedecían a sus esposas en esa cosa que pertenece al deber conyugal; según lo que dice el Apóstol, La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido: igualmente el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer (I Cor. VII, 4). Moisés, incluso nacido de madre hebrea, y expuesto, fue adoptado por la hija de Faraón (Éxodo II). No existían entonces las fórmulas legales que hay

ahora: pero el juicio de la voluntad se tenía como norma de la ley; como también en otro lugar dice el Apóstol, Porque las gentes que no tienen ley, naturalmente hacen lo que es de la ley (Rom. II, 14). Pero si a las mujeres les era lícito hacer hijos a quienes no habían parido; ¿por qué no también a los hombres, a quienes no habían engendrado de semilla carnal, sino de amor de adopción? Pues también leemos que el mismo patriarca Jacob, padre de tantos hijos, se hizo hijos a sus nietos, hijos de José, diciendo: Estos dos serán míos, y recibirán tierra con sus hermanos; los que engendres después serán tuyos (Gén. XLVIII, 5, 6). A menos que alguien diga que la palabra adopción no se encuentra en las Escrituras sagradas. Como si importara con qué palabra se llame, cuando la cosa misma es, que una mujer tenga un hijo que no parió con la carne; o un hombre, a quien no engendró con la carne. Y aunque yo no me oponga a que no se llame adoptado a José, con tal de que se conceda que pudo ser hijo incluso de aquel de cuya carne no nació. Aunque el apóstol Pablo también menciona asiduamente el nombre de adopción, y en un gran sacramento. Pues cuando la Escritura testimonia que nuestro Señor Jesucristo es el único Hijo de Dios, dice que los hermanos y coherederos que se dignó tener, se hacen por una cierta adopción de la gracia divina. Pero cuando vino, dice, la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la Ley; para que redimiera a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos (Gál. IV, 4 y 5). Y en otro lugar: En nosotros mismos, dice, gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Rom. VIII, 23). Nuevamente, también de los judíos cuando decía: Deseaba yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne, que son israelitas: de quienes es, dice, la adopción, y la gloria, y el Testamento, y la constitución de la Ley; de quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 3-5). Donde muestra que la adopción, ya sea el nombre o la cosa misma, era antigua entre los judíos; como el Testamento y la constitución de la Ley, que menciona junto.

CAPÍTULO XIX.

29. Hijos de un modo propio entre los judíos. Generaciones del Señor variadas por los evangelistas sin mentira. A esto se añade que había otro modo propio de los judíos, por el cual alguien se hacía hijo de aquel de quien no había nacido carnalmente. Pues los parientes de sus parientes difuntos sin hijos tomaban esposas, para suscitar la descendencia del difunto (Deut. XXV, 5, 6; Mat. XXII, 24). Así, el que nacía, era hijo tanto de aquel de quien nacía, como de aquel en cuya sucesión nacía. Estas cosas se han dicho, para que nadie piense que no puede suceder que se mencionen correctamente dos padres de un hombre, y crea que cualquiera de los evangelistas que narraron las generaciones del Señor debe ser acusado de mentira con calumnia sacrílega: especialmente cuando vemos que sus mismas palabras nos advierten. Pues Mateo, que se entiende que menciona al padre de quien fue engendrado José, enumera las generaciones diciendo, Aquel engendró a aquel, para llegar a lo que dice al final, Jacob engendró a José. Pero Lucas, porque no se dice propiamente engendrado, quien se hace hijo por adopción, o nace en la sucesión de un muerto de aquella que fue su esposa, no dijo, Heli engendró a José; o, José a quien engendró Heli: sino, que fue, dice, hijo de Heli (Luc. III, 23); ya sea por adopción, o nacido de un pariente en la sucesión de un muerto.

CAPÍTULO XX.

30. Por qué se numeran por José, no por María. Ya se ha dicho suficientemente que no debe movernos el hecho de que las generaciones se numeran por José, y no por María: porque así como ella sin concupiscencia carnal madre, así él sin mezcla carnal padre. Por él, pues, desciendan, y por él asciendan las generaciones. No lo separemos, por tanto, porque faltó la

concupiscencia carnal. Que una mayor pureza confirme la paternidad: no sea que la misma santa María nos reprenda. Pues ella no quiso anteponer su nombre al de su marido; sino que dijo, Tu padre y yo te buscábamos con dolor (Luc. II, 48). No hagan, por tanto, los murmuradores perversos, lo que la casta esposa no hizo. Numeremos, pues, por José: porque así como casto marido, así casto padre es. Pero antepongamos al hombre a la mujer por el orden de la naturaleza y la ley de Dios. Pues si, removido él, la constituimos a ella; dice él, y lo dice correctamente, ¿Por qué me separaron? ¿Por qué no descienden o ascienden las generaciones por mí? ¿Se le dice acaso, Porque no engendraste con la obra de tu carne? Pero responderá, ¿Acaso ella parió con la obra de su carne? Lo que el Espíritu Santo obró, lo obró en ambos. Cuando era, dice, hombre justo. Justo, pues, el hombre, justa la mujer. El Espíritu Santo, reposando en la justicia de ambos, dio a ambos un hijo. Pero en el sexo que convenía parir, obró esto, que también naciera para el marido. Así que a ambos el ángel les dice que pongan nombre al niño; donde se declara la autoridad de los padres. Pues también a Zacarías, cuando aún estaba mudo, la madre le ponía nombre al hijo nacido. Y cuando los que estaban presentes le hicieron señas al padre sobre cómo quería llamarlo, tomando una tablilla escribió lo que ella ya había dicho (Luc. I, 60-63). Se dice también a María, He aquí que concebirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús (Ibid., 31): se dice también a José, José hijo de David, no temas tomar a María tu esposa. Porque lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es. Parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesús: él salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 20, 21). Se dice también, Y le dio a luz un hijo (Luc. II, 7): donde en absoluto el padre no se afirma por la carne, sino por la caridad. Así, pues, padre como es. Pues los evangelistas con gran cautela y prudencia numeran por él, ya sea Mateo descendiendo desde Abraham hasta Cristo, o Lucas ascendiendo desde Cristo por Abraham hasta Dios. Aquel numerando descendiendo, aquel ascendiendo, ambos por José. ¿Por qué? Porque es padre. ¿Por qué padre? Porque tanto más firmemente padre, cuanto más castamente padre. De otro modo se pensaba que era padre de nuestro Señor Jesucristo, evidentemente como los demás padres que engendran con la carne, no solo recibiendo hijos con afecto espiritual. Pues también dijo Lucas, Que se pensaba que era padre de Jesús (Luc. III, 23). ¿Por qué se pensaba? Porque la opinión y estimación humana se dirigía allí, lo que suele hacerse por los hombres. No, por tanto, del semen de José el Señor, aunque esto se pensara: y sin embargo, por la piedad y caridad de José, nació de María virgen el hijo, el mismo Hijo de Dios.

CAPÍTULO XXI.

31. ¿Por qué Mateo enumera descendiendo y Lucas ascendiendo? Pero, ¿por qué aquel enumera descendiendo y este ascendiendo? Escuchad, os ruego, con atención, hasta donde el Señor me ayude, ya con ánimo seguro y libre de toda molestia de calumnias enredadas. Mateo desciende por las generaciones para significar a nuestro Señor Jesucristo descendiendo para llevar nuestros pecados, para que en la descendencia de Abraham sean bendecidas todas las naciones. Por eso no comienza desde Adán: pues toda la raza humana proviene de él. Ni desde Noé: porque también de su familia, después del diluvio, surgió toda la raza humana. Ni podía pertenecer al cumplimiento de la profecía el hombre Cristo Jesús desde Adán, de quien son todos los hombres; o desde Noé, de quien nuevamente son todos los hombres: sino desde Abraham, quien fue elegido para que en su descendencia fueran bendecidas todas las naciones, cuando ya la tierra estaba llena de naciones. Pero Lucas asciende, no comenzando desde el mismo inicio del nacimiento del Señor a enumerar las generaciones, sino desde el lugar donde lo narra siendo bautizado por Juan. Así como en la encarnación del Señor se asumen por Él los pecados de la humanidad para ser llevados, así en la consagración del Bautismo para ser purificados. Por lo tanto, aquel significando el descenso para llevar los

pecados, enumera las generaciones descendiendo: pero este ascendiendo, significando la purificación de los pecados, no ciertamente los suyos, sino los nuestros, enumera las generaciones ascendiendo. Pero aquel descende por Salomón, en cuya madre pecó David: este asciende por Natán, otro hijo del mismo David, por quien fue purgado del pecado. Leemos que Natán fue enviado a él para reprenderlo y que fuera sanado por el arrepentimiento (II Sam. XII). Ambos se encontraron en David; aquel descendiendo, este ascendiendo: y desde allí hasta Abraham, o desde Abraham hasta David, no difieren en ninguna generación. Así Cristo, tanto hijo de David como hijo de Abraham, transita hacia Dios. Pues a Dios nos conviene ser llevados renovados en el Bautismo por la abolición de los pecados.

CAPÍTULO XXII.

32. Sobre el número cuarenta en las generaciones del Señor. Significado del número cuarenta. En las generaciones que enumera Mateo, el número cuarenta se destaca. Las Escrituras divinas tienen esta costumbre, que lo que excede ciertos artículos de números a veces no lo cuentan. Así también se dice que fueron cuatrocientos años después de los cuales el pueblo de Israel salió de Egipto (Gén. XV, 13, y Hech. VII, 6); aunque son cuatrocientos treinta. Así también una generación que excede el número cuarenta no quita a este número el primado. Este número significa la vida en la que se trabaja en esta tierra, mientras peregrinamos lejos del Señor, en la cual es necesaria la dispensación temporal de la predicación de la verdad. Pues el número diez, que significa la perfección de la bienaventuranza, multiplicado por cuatro, debido al tiempo cuatripartito y al mundo cuatripartito, hace el número cuarenta. Por eso se ayunó durante cuarenta días, tanto por Moisés (Deut. IX, 9), como por Elías (I Reyes XIX, 8), y por el mismo Mediador nuestro Señor Jesucristo (Mat. IV, 2): porque en este tiempo es necesaria la continencia de las seducciones corporales. También el pueblo peregrinó cuarenta años en el desierto (Núm. XXXII, 13): el diluvio duró cuarenta días (Gén. VII, 4). Cuarenta días después de la resurrección, el Señor convivió con los discípulos, persuadiéndolos de la verdad del cuerpo resucitado (Hech. I, 3): donde significó en esta vida, en la que peregrinamos lejos del Señor, lo que el número cuarenta, como se ha dicho, mística e insinúa la necesaria memoria del Cuerpo del Señor, que hacemos en la Iglesia, hasta que Él venga (I Cor. XI, 26). A esta vida descendió nuestro Señor, y el Verbo se hizo carne, para ser entregado por nuestras ofensas y resucitar por nuestra justificación (Rom. IV, 25); Mateo siguió el número cuarenta: para que una generación que allí excede el número cuarenta, o no lo impida, así como esos treinta años no impiden la perfección de los cuatrocientos; o también signifique esto mismo, porque el mismo Señor, al unirse, hace cuarenta y uno, así descendió a esta vida para llevar nuestros pecados, pero sin embargo, de esta vida, por su propia y singular excelencia, en la que es hombre y también Dios, se encuentra exceptuado. De este solo se dice lo que de ningún hombre santo, por más perfecto que sea en sabiduría y justicia, se pudo o podrá decir: El Verbo se hizo carne (Juan I, 14).

CAPÍTULO XXIII.

33. Por qué Lucas enumera setenta y siete generaciones. Lucas, que asciende desde el bautismo del Señor por las generaciones, completa el número setenta y siete, comenzando desde el mismo Señor nuestro Jesucristo por José, y llegando a Dios por Adán: es decir, porque en este número se significa la abolición de todos los pecados, que se realiza en el Bautismo, no porque el mismo Señor tuviera algo que se le perdonara en el bautismo; sino porque con su humildad nos recomendó lo que nos sería útil. Y aunque ese era el bautismo de Juan; en él, sin embargo, apareció sensiblemente la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santo, por la cual fue consagrado el bautismo de Cristo mismo, con el que habrían de ser bautizados los futuros cristianos: el Padre, en la voz que se hizo desde el cielo; el Hijo, en el mismo hombre Mediador; el Espíritu Santo, en la paloma (Mat. III, 16, 17).

34. Significado del número setenta y siete. ¿Por qué el número setenta y siete contiene todos los pecados que se perdonan en el Bautismo? Esta razón probable parece surgir; porque el número diez tiene la perfección de la justicia y la bienaventuranza, cuando la criatura septenaria se adhiere a la Trinidad del Creador: de donde también el decálogo de la Ley está consagrado en diez mandamientos. Pero la transgresión del diez se significa con el número once: y se entiende que el pecado es transgresión, cuando el hombre, deseando algo más, excede la regla de la justicia. Por eso el Apóstol dice que la avaricia es la raíz de todos los males (I Tim. VI, 10). Y al alma que fornicaba apartándose de Dios, se le dice en persona del mismo Señor: Esperabas que si te apartabas de mí, tendrías algo más. Porque la transgresión, es decir, el pecado, se refiere a sí mismo quien peca, porque quiere alegrarse de algo privado suyo; de donde también se reprende a los que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21), y se alaba la caridad que no busca lo suyo (I Cor. XIII, 5): por eso el mismo número once, que significa transgresión, no se multiplica por diez, sino por siete, y se hacen setenta y siete. Pues la transgresión no pertenece a la Trinidad del Creador, sino a la misma criatura, es decir, al mismo hombre, que el número siete muestra. Tres por el alma, donde hay una cierta imagen de la Trinidad del Creador; pues allí el hombre fue hecho a imagen de Dios: y cuatro por el cuerpo. Son bien conocidos los cuatro elementos por los cuales el cuerpo se compone. Y quien no los conoce, puede fácilmente advertir que el mismo cuerpo del mundo, en el cual nuestro cuerpo se mueve por lugares, tiene cuatro partes principales, que también la Escritura divina menciona asiduamente, Oriente y Occidente, Mediodía y Norte.

CAPÍTULO XXIV.

Y puesto que los pecados se cometen o en el alma, como en la sola voluntad; o también en las obras del cuerpo, ya visiblemente: por eso el profeta Amós menciona asiduamente a Dios amenazando y diciendo, Por tres y por cuatro impiedades no me apartaré (Amós I y II), es decir, no disimularé. Tres, por la naturaleza del alma; cuatro, por la naturaleza del cuerpo: de las cuales dos cosas el hombre consta.

35. Cómo deben leerse las Escrituras. Así que once por siete, como se ha dicho, la transgresión de la justicia referida al hombre pecador hace el número setenta y siete; con el cual se significan todos los pecados que se perdonan por el Bautismo. De ahí que Lucas asciende por setenta y siete generaciones hasta Dios; mostrando que el hombre se reconcilia con Dios por la abolición de todos los pecados. Por eso el mismo Señor, a Pedro que le preguntaba cuántas veces debía perdonar al hermano: Te digo, no siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mat. XVIII, 22). Y si algo más de estos secretos y tesoros de los misterios de Dios puede ser descubierto por los más diligentes y dignos. Nosotros, sin embargo, según nuestra capacidad, hasta donde el Señor ayudó y dio, por la estrechez también del tiempo, lo que pudimos, dijimos. Si alguno de vosotros comprende más, que llame a aquel de quien también nosotros lo que podemos comprender, lo que podemos decir, recibimos. Retened esto antes que nada, para que no os perturbéis con las Escrituras santas aún no entendidas; y entendiendo, no os enorgullezcáis: sino que lo que no entendéis, lo pospongáis con honor; y lo que entendéis, lo retengáis con caridad.

SERMO LII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. III, 13-17, Vino Jesús de Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él, etc., sobre la Trinidad.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La Trinidad de Dios se recomienda en el bautismo de Cristo. La lectura evangélica nos ha propuesto de qué hablar a vuestra Caridad, como por mandato del Señor, y verdaderamente por mandato del Señor. Pues mi corazón esperó de Él como una orden de pronunciar el sermón, para que entendiera que Él quería que hablara de lo que Él mismo quiso que se recitara. Escuche, pues, vuestro estudio y devoción, y ayude ante el mismo Señor nuestro Dios mi labor. Pues vemos y como si contempláramos un espectáculo divino propuesto, se nos recomienda a nuestro Dios en la Trinidad junto al río Jordán. Pues cuando vino Jesús, y fue bautizado por Juan, el Señor por el siervo (lo que hizo como ejemplo de humildad; pues en esa misma humildad mostró que se cumple la justicia, cuando Juan le decía, Yo debo ser bautizado por ti, y tú vienes a mí; respondió, Deja ahora, para que se cumpla toda justicia): cuando fue bautizado, se abrieron los cielos, y descendió sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma; luego siguió una voz desde lo alto, Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido. Tenemos, pues, de algún modo distinguida la Trinidad: en la voz al Padre, en el hombre al Hijo, en la paloma al Espíritu Santo. Esto ciertamente era necesario recordar; pues verlo es muy fácil. Evidentemente, y sin ningún escrúpulo de duda, se recomienda esta Trinidad. Pues el mismo Señor Cristo viniendo en forma de siervo a Juan, ciertamente es el Hijo: no se puede decir que es el Padre, ni se puede decir que es el Espíritu Santo. Vino, dice, Jesús: ciertamente el Hijo de Dios. ¿Quién duda de la paloma; o quién dice, Qué es la paloma cuando el mismo Evangelio testimonia clarísimamente, Descendió sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma? De la voz, sin embargo, no hay duda de que es del Padre, cuando dice, Tú eres mi Hijo (Mar. I, 11). Tenemos, pues, distinguida la Trinidad.

CAPÍTULO II.

2. Dificultad sobre la Trinidad inseparable. Y si consideramos los lugares, me atrevo a decir (aunque lo digo con temor, sin embargo me atrevo) como si la Trinidad fuera separable. Cuando Jesús vino al río, de un lugar a otro lugar; la paloma descendió del cielo a la tierra, de un lugar a otro lugar; la misma voz del Padre no sonó ni de la tierra, ni del agua, sino del cielo: estas tres cosas como si se separaran por lugares, se separan por oficios, se separan por obras. Que alguien me diga: Muestra la Trinidad inseparable. Recuerda que hablas como católico, a católicos. Pues nuestra fe, es decir, la fe verdadera, la fe recta, la fe católica, no por opinión de presunción, sino por testimonio de lectura recogida, ni por temeridad herética incierta, sino fundada en la verdad apostólica, esto insinúa; esto sabemos, esto creemos. Esto, aunque no lo vemos con los ojos, ni aún con el corazón mientras somos purificados por la fe; sin embargo, con la fe lo retenemos rectísima y robustísimamente al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, siendo la Trinidad inseparable, un solo Dios, no tres dioses. Así, sin embargo, un solo Dios, que el Hijo no es el Padre, que el Padre no es el Hijo, que el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu del Padre y del Hijo. Esta divinidad inefable permaneciendo en sí misma, renovando todas las cosas, creando, recreando, enviando, llamando de nuevo, juzgando, liberando; esta Trinidad inefable, por tanto, la conocemos al mismo tiempo inseparable.

3. Necesidad de la ayuda divina para resolver el nudo de la dificultad. ¿Qué hacemos entonces? He aquí que el Hijo viene aparte en el hombre, el Espíritu Santo desciende aparte del cielo en forma de paloma, la voz del Padre suena aparte del cielo, Este es mi Hijo. ¿Dónde está la Trinidad inseparable? Dios os ha hecho atentos a través de mí. Orad por nosotros, y como abriendo el seno: que Él mismo conceda de donde lo que habéis abierto se

llene. Colaborad con nosotros. Pues veis qué hemos asumido; no solo qué, sino también quién; de dónde queremos hablar, dónde estamos situados, cómo estamos situados en el cuerpo que se corrompe y agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). ¿Cuándo, pues, extraeré este sentido de muchas cosas, y lo reuniré en un solo Dios Trinidad inseparable, para ver algo que decir? ¿Crees que en este cuerpo que agrava el alma, para hablaros dignamente, podré decir, Porque a ti, Señor, he elevado mi alma (Salmo LXXXV, 4)? Que me ayude, que la eleve conmigo. Pues soy débil para Él, y es pesado para mí.

CAPÍTULO III.

4. Obras del Padre y del Hijo inseparables. Esta cuestión suele ser propuesta por los hermanos más estudiosos, suele estar en el discurso de los amantes de la palabra de Dios, suele ser mucho solicitada a Dios, diciendo los hombres: ¿Hace algo el Padre que no hace el Hijo; o hace algo el Hijo que no hace el Padre? Por ahora hablemos del Padre y del Hijo. Pero cuando de aquí haya liberado nuestro esfuerzo, a quien decimos, Sé mi ayudador, no me abandones (Salmo XXVI, 9); se entiende también que el Espíritu Santo no se aparta de la operación del Padre y del Hijo. Del Padre, pues, y del Hijo, hermanos, escuchad. ¿Hace algo el Padre sin el Hijo? Respondemos, No. ¿Dudáis acaso? Pues, ¿qué hace sin aquel por quien fueron hechas todas las cosas? Todas las cosas, dice, por Él fueron hechas. Y para insistir en los tardos, duros, litigiosos, añadió, Y sin Él no se hizo nada (Juan I, 3).

5. El Padre todo lo hizo y lo gobierna por el Hijo. ¿Qué, pues, hermanos? Todas las cosas por Él fueron hechas; entendemos ciertamente que toda la creación fue hecha por el Hijo, que el Padre hizo por su Verbo, Dios por su Virtud y Sabiduría: ¿acaso diremos que todas las cosas, cuando fueron creadas, fueron hechas por Él, pero ahora no todas las hace el Padre por Él? Lejos de nosotros. Que se aleje este pensamiento de los corazones de los fieles, que se aparte del sentido de los devotos, del entendimiento de los piadosos. No puede ser que por Él haya creado, y no por Él gobierne. Lejos de nosotros que sin Él se gobierne lo que es, cuando por Él fue hecho para que existiera. Pero también esto lo demostremos con testimonio de la Escritura, no solo por Él hechas y creadas todas las cosas, como hemos recordado del Evangelio, Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él no se hizo nada: sino también por Él gobernarse y disponerse lo que fue hecho. Reconocéis, pues, a Cristo como la Virtud de Dios y la Sabiduría de Dios: reconoced lo dicho también de la Sabiduría, Abarca de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad (Sab. VIII, 1). No dudemos, pues, que por Él se gobiernan todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas. Nada, por tanto, hace el Padre sin el Hijo, nada el Hijo sin el Padre.

6. Dificultad: si el nacimiento y la pasión del Hijo son también del Padre. Herejía de los patripasianos. Surge, pues, la cuestión que en nombre del Señor y su voluntad hemos asumido resolver. Si nada hace el Padre sin el Hijo, y nada el Hijo sin el Padre; ¿no será como consecuencia que digamos también que el Padre nació de la virgen María, que el Padre padeció bajo Poncio Pilato, que el Padre resucitó y ascendió al cielo? Lejos de nosotros. No decimos esto, porque no creemos esto. Pues creí por lo cual hablé: y nosotros creemos por lo cual también hablamos (Salmo CXV, 10, y II Cor. IV, 13). ¿Qué hay en la fe? Que el Hijo nació de la Virgen, no el Padre. ¿Qué hay en la fe? Que el Hijo padeció bajo Poncio Pilato, y murió, no el Padre. Se nos ha escapado que algunos, entendiendo mal, son llamados patripasianos, que dicen que el mismo Padre nació de mujer, que el mismo Padre padeció, que es el mismo Padre quien es el Hijo, que son dos nombres, no dos realidades. Y la Iglesia

católica los apartó de la comunión de los santos, para que no engañaran a nadie, para que separados litigaran.

7. Nudo de la dificultad. Revocamos, pues, la dificultad de la cuestión a vuestros sentidos. Que alguien me diga: Tú dijiste que nada hace el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre; y trajiste testimonios de las Escrituras, que nada hace el Padre sin el Hijo, porque todas las cosas por Él fueron hechas; ni lo que fue hecho se gobierna sin el Hijo, porque Él es la Sabiduría del Padre, abarcando de un extremo al otro con fortaleza, y disponiendo todas las cosas con suavidad. Ahora me dices como hablando contra ti mismo: El Hijo nació de la virgen, no el Padre; el Hijo padeció, no el Padre; el Hijo resucitó, no el Padre. He aquí que tengo algo que hace el Hijo, que no hace el Padre. O confiesa, pues, que el Hijo hace algo sin el Padre; o confiesa también que el Padre nació, padeció, murió, resucitó. O esto, o aquello di: elige uno de los dos. Yo no elijo ninguno, ni esto, ni aquello digo. Ni digo que el Hijo hace algo sin el Padre; porque miento, si esto dijera: ni digo que el Padre nació, padeció, murió, resucitó; porque igualmente miento, si esto dijera. ¿Cómo, dice, te explicarás de estas angustias?

CAPÍTULO IV.

8. La natividad del Hijo es únicamente de la Virgen, pero fue realizada por el Padre y el Hijo. Les agrada la cuestión planteada: que Dios ayude para que también agrade su resolución. He aquí lo que digo, para liberar tanto a mí como a ustedes. Pues en una sola fe estamos en el nombre de Cristo, y en una sola casa bajo un solo Señor vivimos, y en un solo cuerpo somos miembros bajo una sola cabeza, y somos vivificados por un solo espíritu. Para que el Señor nos libere de las angustias de esta cuestión tan molesta, tanto a mí que hablo, como a ustedes que escuchan, digo esto: el Hijo, no el Padre, nació de la Virgen María; pero esa natividad del Hijo, no del Padre, de la Virgen María, fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo. El Padre no sufrió, sino el Hijo: sin embargo, la pasión del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo. No resucitó el Padre, sino el Hijo: sin embargo, la resurrección del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo. De esta cuestión parece que ya estamos liberados; pero tal vez por mis palabras, veamos también si por las palabras divinas. Me corresponde, por tanto, demostrar con los testimonios de los Libros Sagrados, que la natividad del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo; así la pasión; así la resurrección: para que, aunque la natividad, la pasión y la resurrección pertenezcan solo al Hijo, estas tres cosas que pertenecen solo al Hijo, no fueron hechas solo por el Padre, ni solo por el Hijo, sino ciertamente por el Padre y el Hijo. Probemos cada una, jueces, escuchen, la causa está planteada, que los testigos avancen. Díganme su juicio, lo que suele decirse a los que llevan causas: Enseña lo que prometes. Enseño claramente con la ayuda del Señor, y recito la lección del derecho celestial. Han escuchado atentamente al que propone, escuchen con más atención al que ya prueba.

9. La natividad del Hijo fue realizada por el Padre. Pablo, consultor del derecho divino. Primero debo enseñar sobre la natividad de Cristo, cómo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo, aunque lo que hizo el Padre y el Hijo solo pertenece al Hijo. Cito a Pablo, un consultor idóneo del derecho divino. Pues también los abogados tienen hoy a Pablo dictando las leyes de los litigantes, no de los cristianos. Cito, digo, a Pablo dictando las leyes de la paz, no del litigio. Que el santo Apóstol nos muestre cómo el Padre realizó la natividad del Hijo. Pero cuando vino, dice, la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Gálatas IV, 4 y 5). Han

escuchado, y porque es claro y evidente, han entendido. He aquí que el Padre hizo que el Hijo naciera de la Virgen. Pues cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, ciertamente el Padre a Cristo. ¿Cómo lo envió? Nacido de mujer, nacido bajo la Ley. Por tanto, el Padre lo hizo nacer de mujer bajo la Ley.

10. Lugar del Apóstol donde se dice que Cristo nació de mujer. ¿Acaso esto les inquieta, porque dije de la Virgen, y Pablo dice de mujer? No se inquieten, no nos detengamos: pues no hablo a los inexpertos. La Escritura dice ambas cosas, de la Virgen y de mujer. ¿Cómo de la Virgen? He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un Hijo (Isaías VII, 14). Pero de mujer, como han escuchado: no es contrario. Pues la propiedad de la locución hebrea llama mujeres, no a las corrompidas en su virginidad, sino a las hembras. Tienes la Escritura evidente del Génesis, cuando Eva misma fue hecha primero: La formó en mujer (Génesis II, 22). También en otro lugar la Escritura dice que Dios ordena separar a las mujeres que no han conocido el lecho de varón (Números XXXI, 17, 18, y Jueces XXI, 11). Esto, por tanto, ya debe ser conocido; y no nos detengamos en esto, para que podamos, con la ayuda del Señor, explicar otras cosas que con razón nos detendrán.

11. La natividad del Hijo también realizada por el Hijo. Hemos probado, por tanto, que la natividad del Hijo fue realizada por el Padre, probemos también que fue realizada por el Hijo. ¿Qué es la natividad del Hijo de la Virgen María? Ciertamente la asunción de la forma de siervo en el vientre de la Virgen. ¿Acaso es otra cosa nacer para el Hijo, sino tomar la forma de siervo en el vientre de la Virgen? Escucha que esto también lo hizo el Hijo: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses II, 6 y 7). Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer; quien fue hecho de la simiente de David según la carne (Romanos I, 3): vemos, por tanto, la natividad del Hijo realizada por el Padre; pero porque el mismo Hijo se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, vemos la natividad del Hijo también realizada por el mismo Hijo. Esto ha sido probado; pasemos de aquí: atentos, reciban otra cosa que sigue en orden.

12. También la pasión del Hijo por el Padre y el Hijo. Probemos también que la pasión del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo. Que el Padre realice la pasión del Hijo: Quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos VIII, 32). Que el Hijo realice su pasión: Quien me amó, y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas II, 20). El Padre entregó al Hijo, el Hijo se entregó a sí mismo. Esta pasión fue hecha para uno, pero fue hecha por ambos. Así como la natividad, así la pasión de Cristo, ni el Padre la hizo sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. El Padre entregó al Hijo, el Hijo se entregó a sí mismo. ¿Qué hizo aquí Judas, sino pecado? Pasemos, y de aquí vayamos a la resurrección.

13. Lo mismo se prueba de la resurrección de Cristo. Veamos al Hijo, no al Padre, resucitando, pero la resurrección del Hijo siendo realizada tanto por el Padre como por el Hijo. Que el Padre opere la resurrección del Hijo. Por eso lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses II, 9). Resucitó, por tanto, el Padre al Hijo, exaltándolo y levantándolo de entre los muertos. ¿Acaso el Hijo también se resucitó a sí mismo? Claro que sí. En figura de su cuerpo dijo del templo: Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Finalmente, así como a la pasión pertenece poner el alma, así a la resurrección pertenece tomar el alma de nuevo: veamos si el Hijo puso su alma, y el Padre le devolvió su alma, no él a sí mismo. Pues que el Padre se la devolvió, es manifiesto. De ahí que el Salmo dice, Y resucítame, y les devolveré (Salmo XLI, 11). Pero porque el Hijo también se devolvió su alma a sí mismo, ¿qué esperan de nosotros? Que él mismo lo diga: Tengo poder para poner

mi alma. Aún no he dicho lo que prometí. Dije para poner; pero ya claman, porque se adelantan. Instruidos en la escuela del maestro celestial, como oyentes atentos de las lecciones, devolviendo piadosamente, no ignoran lo que sigue. Tengo poder, dice, para poner mi alma, y tengo poder para tomarla de nuevo. Nadie me la quita: sino que yo la pongo de mí mismo, y de nuevo la tomo (Juan X, 18).

CAPÍTULO V.

14. Reiteración de la doctrina explicada. Hemos cumplido lo que prometimos: nuestras proposiciones las hemos probado con documentos de testimonios firmísimos, según creo. Retengan lo que han escuchado. Brevemente reitero, y recomiendo a sus mentes una cosa muy útil, según estimo, para ser colocada. El Padre no nació de la Virgen: sin embargo, esa natividad del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo de la Virgen. El Padre no sufrió en la cruz: sin embargo, la pasión del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo. El Padre no resucitó de entre los muertos: sin embargo, la resurrección del Hijo fue realizada tanto por el Padre como por el Hijo. Tienen la distinción de personas, y la inseparabilidad de la operación. No digamos, por tanto, que el Padre opera algo sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. ¿Acaso los milagros que hizo Jesús les inquietan, no sea que él haya hecho algo que el Padre no hizo? ¿Y dónde está, Pero el Padre que mora en mí, él hace las obras (Juan XIV, 10)? Estas cosas que hemos dicho eran claras, solo debían ser dichas: no era necesario esforzarse para que se entendieran, sino procurar que se recordaran.

15. Dios no debe ser pensado como un cuerpo en el espacio. Aún quiero decir algo, donde verdaderamente requiero de su atención más aguda, y devoción ante Dios. Pues solo los cuerpos están contenidos o ocupados en lugares corporales. Más allá de los lugares corporales está la divinidad: nadie la busque como en un espacio. En todas partes invisible e inseparablemente está presente: no en parte mayor, en parte menor; sino en todas partes entera, en ninguna parte dividida. ¿Quién ve esto? ¿Quién comprende esto? Contengámonos: recordemos quiénes somos, de qué hablamos. Aquello y aquello, lo que sea que Dios es, sea creído piadosamente, pensado santamente; y en la medida que se da, en la medida que se puede, sea entendido inefablemente. Que las palabras cesen, que la lengua se detenga; que el corazón se eleve, que el corazón se levante allí. Pues no es aquello tal, que suba al corazón del hombre, sino a donde el corazón del hombre suba. Atendamos a la criatura: Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, son vistas, siendo entendidas por las cosas que son hechas (Romanos I, 20): no sea que en aquellas cosas que Dios hizo, en las cuales tenemos cierta familiaridad de costumbre, encontremos alguna semejanza, de donde probemos que hay tres cosas, que se pronuncian separadamente, operan inseparablemente.

CAPÍTULO VI.

16. Dios incomprensible. Vamos, hermanos, estén presentes con todo el ánimo. Vean primero qué prometo; no sea que en la criatura encuentre, porque el Creador está por encima de nosotros. Y tal vez alguno de nosotros, a quien el resplandor de la verdad de alguna manera deslumbra la mente como un relámpago, pueda decir aquellas palabras: Yo dije en mi éxtasis. ¿Qué dijiste en tu éxtasis? Fui arrojado de la faz de tus ojos (Salmo XXX, 23). Pues me parece que quien dijo esto, elevó su alma a Dios, y derramó sobre sí su alma, cuando se le decía cada día, ¿Dónde está tu Dios? (Salmo XLI, 4, 11) llegó con cierto contacto espiritual a aquella luz inmutable, y no pudo soportarla por la debilidad de su visión; y de nuevo cayó en su enfermedad y languidez, y se comparó a sí mismo con ella, y sintió que aún no podía soportar la agudeza de su mente a la luz de la sabiduría de Dios. Y porque esto lo hizo en

éxtasis, arrebatado de los sentidos del cuerpo y llevado a Dios; cuando de alguna manera fue llamado de Dios al hombre, dijo, Yo dije en mi éxtasis. Pues vi no sé qué en éxtasis, que no pude soportar por mucho tiempo; y devuelto a los miembros mortales, y a muchas cogitaciones mortales por el cuerpo que agobia al alma, dije. ¿Qué? Fui arrojado de la faz de tus ojos. Estás muy alto, estoy muy bajo. ¿Qué diremos, entonces, hermanos, de Dios? Pues si lo que quieres decir, si lo has captado, no es Dios: si pudiste comprenderlo, has comprendido otra cosa por Dios. Si creíste que lo comprendiste, te engañaste con tu pensamiento. Por tanto, no es eso, si lo comprendiste: pero si es eso, no lo comprendiste. ¿Qué, entonces, quieres decir, que no pudiste comprender?

17. En nosotros debe buscarse la semejanza de Dios. Veamos, entonces, no sea que en la criatura encontremos algo, donde probemos algunas tres cosas que se demuestran separadamente, y operan inseparablemente. ¿A dónde iremos? ¿Al cielo para discutir sobre el sol, la luna y las estrellas? ¿A la tierra, para tal vez hablar de los arbustos, de los árboles, de los animales que llenan la tierra? ¿O del mismo cielo, o de la misma tierra, que contienen todas las cosas que están en el cielo y en la tierra? ¿Cuánto tiempo, hombre, rodeas la criatura? Vuelve a ti mismo, mírate, examínate, discútete. En la criatura buscas algunas tres cosas que se demuestran separadamente, y operan inseparablemente: si buscas en la criatura, primero busca en ti. Pues no eres tú una criatura. Buscas una semejanza. ¿La buscarás en el ganado? Pues hablabas de Dios, cuando buscabas cierta semejanza. Hablabas de la Trinidad de la Majestad inefable; y porque fallaste en lo divino, y confesaste tu debilidad con la debida humildad, viniste a lo humano; allí discute. ¿Buscas en el ganado, buscas en el sol, en la estrella? ¿Qué de esto fue hecho a imagen y semejanza de Dios? Sin duda, más familiar y mejor buscas algo de esto en ti. Pues Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Busca en ti, no sea que la imagen de la Trinidad tenga alguna huella de la Trinidad. ¿Y qué? Imagen hecha muy distante: sin embargo, semejanza e imagen muy distante, no como la imagen del Hijo que es lo que el Padre. Pues de otra manera es la imagen en el hijo, de otra manera en el espejo. Mucho dista. En el hijo tu imagen, tú mismo eres. Pues esto es el hijo lo que tú por naturaleza. Sustancia lo que tú, persona otro que tú. Por tanto, el hombre no es imagen como el Hijo unigénito, sino hecho a cierta imagen y cierta semejanza. Que busque en sí algo, si puede encontrar, y tres cosas que se pronuncian separadamente, operan inseparablemente. Buscaré, busquen conmigo. No yo en ustedes, sino ustedes en ustedes, y yo en mí. Busquemos en común, y tratemos en común la naturaleza y sustancia común.

CAPÍTULO VII.

18. Nuestra alma hecha a imagen de Dios. Mira, oh hombre, advierte si es verdad lo que digo. ¿Tienes cuerpo, tienes carne? Tengo, dices. Pues ¿de dónde es, de dónde estoy en un lugar, de dónde me muevo de un lugar a otro? ¿De dónde escucho las palabras del que habla, sino por el oído de la carne? ¿De dónde veo la boca del que habla, sino por los ojos de la carne? Tienes, es evidente, y no hay que esforzarse mucho por algo manifiesto. Mira algo más, mira lo que opera a través de la carne. Pues escuchas con el oído, pero no escuchas desde el oído. Otro es el que escucha por el oído. Ves por el ojo, míralo. ¿Acaso reconociste la casa, descuidaste al habitante? ¿Acaso el ojo ve por sí mismo? ¿No es otro el que ve por el ojo? No digo, No ve el ojo del muerto, del cual es evidente que el habitante ha partido: pero el ojo del que piensa en otra cosa, no ve el rostro del presente. Mira, por tanto, al hombre interior tuyo. Pues allí más bien debe buscarse alguna semejanza de ciertos tres demostrados separadamente, operando inseparablemente. ¿Qué tiene tu mente? Tal vez si pregunto, encuentro muchas cosas: pero hay algo cercano, que se entiende más fácilmente. ¿Qué tiene tu alma? Recuerda, recuerda. Pues no pido que se me crea lo que voy a decir: no lo aceptes, si

no lo encuentras en ti. Mira, por tanto, pero primero lo que se había olvidado, veamos, si el hombre no es imagen solo del Hijo, o solo del Padre, sino del Padre y del Hijo; y ciertamente ya consecuentemente también del Espíritu Santo. Habla el Génesis: Hagamos, dice, al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26). Por tanto, no hace el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Hagamos; no, Haga; o, haz; o, haga él: sino, hagamos a imagen; no, Tuya; o, mía; sino, a nuestra.

19. Semejanza de la Trinidad en el hombre. Por tanto, pregunto, digo una cosa disímil. Nadie diga: He aquí lo que comparó con Dios. Ya he hablado, y he prehablado, y he hecho cautos, y he sido cauto. Estas cosas distan mucho, de lo más alto a lo más bajo, de lo inmutable a lo mutable, de lo creador a lo creado, de lo divino a lo humano. He aquí primero esto recomiendo, porque lo que voy a decir dista mucho, nadie me calumnie. No sea que también yo busque oídos, y él prepare dientes, esto me prometí exhibir, algunas tres cosas demostradas separadamente, operadas inseparablemente. Cuán semejantes o disímiles sean estas cosas a la Trinidad omnipotente, no trato ahora: pero en la misma criatura baja y mutable encontramos algunas tres cosas, que pueden ser demostradas separadamente, y operadas inseparablemente. Oh pensamiento carnal, y conciencia pertinaz e infiel. ¿Por qué dudas de aquella Majestad inefable en esa cosa, que pudiste encontrar en ti? He aquí digo, he aquí pregunto: Hombre, ¿tienes memoria? Si no tienes, ¿cómo retuviste lo que dije? Pero tal vez ya, lo que dije hace un momento, lo olvidaste. Esto mismo que digo, Dije; no retendrías estas dos sílabas, si al sonar la segunda hubieras olvidado la primera. ¿Por qué, entonces, me detengo más? ¿Por qué soy así urgido? ¿Por qué soy así obligado a convencer? Es manifiesto, tienes memoria. Pregunto otra cosa: ¿Tienes entendimiento? Tengo, dices. Pues si no tuvieras memoria, no retendrías lo que dije: si no tuvieras entendimiento, no reconocerías lo que retuviste. Tienes esto también. Tu entendimiento lo diriges a lo que retienes dentro, y ves, y al ver te formas, para que se te llame sabio. Pregunto un tercero: Tienes memoria, para retener lo que se dice; tienes entendimiento, para entender lo que se retiene; de estas dos cosas te pregunto, ¿voluntariamente retuviste y entendiste? Voluntariamente, claro, dices. Tienes, por tanto, voluntad. Estas son las tres cosas, que prometí decir a sus oídos y mentes. Estas son tres en ti, que puedes numerar, y no puedes separar. Estas, por tanto, tres cosas, memoria, entendimiento, y voluntad; estas, digo, tres cosas observa que se pronuncian separadamente, operan inseparablemente.

CAPÍTULO VIII.

20. Memoria, intelecto y voluntad, se demuestran separadamente, pero operan inseparablemente. El Señor estará presente, y veo que está presente: por vuestro intelecto entiendo que Él está presente. Pues de vuestras palabras, según las habéis entendido, me doy cuenta; presumo que Él ayudará para que entendáis todo. Prometí demostrar tres cosas separadamente, operar inseparablemente. He aquí que no sabía qué había en tu mente, me lo demostraste diciendo, Memoria. Esta palabra, este sonido, esta voz llegó a mis oídos desde tu mente. Pues lo que es memoria, lo pensabas en silencio y no lo decías. Estaba en ti, y aún no había llegado a mí. Pero para que lo que estaba en ti se manifestara a mí, dijiste el nombre mismo, es decir, Memoria. Escuché: escuché estas cuatro sílabas en el nombre de memoria. Es un nombre de cuatro sílabas, es una voz, sonó, llegó a mi oído, insinuó algo a mi mente. Lo que sonó pasó, de donde fue insinuado y lo que fue insinuado permanece. Pero esto busco, cuando dijiste este nombre Memoria, ves ciertamente que este nombre no pertenece sino a la memoria. Los otros dos tienen sus propios nombres. Pues uno se llama intelecto, otro voluntad, no memoria: pero ese uno se llama memoria. Pero para que dijeras esto, para que

operaras estas cuatro sílabas, ¿de dónde operaste? Este nombre que pertenece solo a la memoria, fue operado en ti por la memoria, para que retuvieras lo que decías; y por el intelecto, para que supieras lo que retenías; y por la voluntad, para que manifestaras lo que sabías. Gracias a nuestro Señor Dios. Nos ayudó, tanto en vosotros como en nosotros. Verdaderamente digo a vuestra Caridad, que me acerqué a discutir e insinuar esto con gran temor. Pues temía que tal vez alegrara la mente capaz, y causara un grave tedio a los más lentos. Ahora, sin embargo, veo que con vuestra atención al escuchar y rapidez al entender, no solo habéis percibido lo dicho, sino que os habéis adelantado a lo que se dirá: Gracias al Señor.

CAPÍTULO IX.

21. De estas tres cosas se ilustra el misterio de la Trinidad. Ved, pues, ya seguro encomiendo lo que habéis entendido; no inculco lo desconocido, sino que repitiendo encomiendo lo percibido. He aquí que de esas tres cosas se nombró una cosa, se dijo el nombre de una cosa: Memoria es el nombre de una de esas tres, y sin embargo, el nombre de una de esas tres fue operado por las tres mismas. No pudo decirse solo memoria, sin la operación de la voluntad, el intelecto y la memoria. No puede decirse solo intelecto, sin la operación de la memoria, la voluntad y el intelecto: ni puede decirse solo voluntad, sin la operación de la memoria, el intelecto y la voluntad. Se han explicado, según creo, lo que se prometió: lo que pronuncié separadamente, lo pensé inseparablemente. Uno de estos tres hizo todo: pero sin embargo, este uno que hizo tres cosas, no pertenece a tres, sino a uno. Tres hicieron el nombre de memoria: pero esto no pertenece sino solo a la memoria. Tres hicieron el nombre de intelecto: pero no pertenece sino solo al intelecto. Tres hicieron el nombre de voluntad: pero no pertenece sino solo a la voluntad. Así la Trinidad hizo la carne de Cristo: pero no pertenece sino solo a Cristo. La Trinidad hizo la paloma del cielo: pero no pertenece sino solo al Espíritu Santo. La Trinidad hizo la voz del cielo: pero la voz no pertenece sino solo al Padre.

22. Qué de esas cosas pertenece al Padre, qué al Hijo y al Espíritu Santo, queda para ser meditado. Que nadie, pues, me diga, que nadie intente presionarme en mi debilidad: ¿Qué, entonces, en estas tres cosas que has mostrado estar en nuestra mente o en el alma, qué de estas tres pertenece al Padre, es decir, como a la semejanza del Padre, qué de estas al Hijo, qué de estas al Espíritu Santo? No puedo decirlo. No puedo explicarlo. Dejemos algo para que los que piensan lo mediten, algo también para que el silencio lo otorgue. Vuelve a ti mismo, y aléjate de todo ruido. Mira dentro de ti, si tienes allí algún dulce santuario de tu conciencia, donde no haya ruido, donde no haya disputas, o prepares disputas, donde no medites disensiones y obstinación. Sé dócil para escuchar la palabra, para que entiendas. Tal vez dirás, Me darás gozo y alegría a mi oído, y se regocijarán los huesos, pero humillados (Salmo 50, 10), no elevados.

CAPÍTULO X.

23. De aquí se entiende suficientemente que las personas de la Trinidad pueden ser demostradas separadamente y operar inseparablemente. Basta, pues, que hayamos mostrado que tres cosas pueden ser demostradas separadamente, operar inseparablemente. Si has encontrado esto en ti, si esto en el hombre, si esto en una persona caminando en la tierra, llevando un cuerpo frágil que pesa sobre el alma; cree que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pueden ser demostrados separadamente y operar inseparablemente a través de ciertas cosas visibles, a través de ciertas formas de la criatura asumida. Esto es suficiente. No digo, el Padre es memoria, el Hijo es intelecto, el Espíritu es voluntad: no digo, como quiera que se

entienda, no me atrevo. Guardemos las cosas mayores para los que pueden comprenderlas, para los débiles lo que podemos. No digo que estas cosas sean igualadas a esa Trinidad, como si fueran dirigidas a una analogía, es decir, a una cierta razón de comparación: no digo esto. Pero, ¿qué digo? He aquí que en ti encontré tres cosas demostradas separadamente, operadas inseparablemente; y el nombre de cada una de estas tres hecho por las tres, que sin embargo no pertenece a las tres, sino a una de estas tres. Cree ya allí lo que no puedes ver, si aquí has escuchado y visto y retenido. Pues lo que está en ti, puedes conocerlo: en aquel que te hizo, lo que sea, ¿cuándo podrás conocerlo? Y si pudieras, aún no puedes. Y sin embargo, cuando puedas, ¿acaso podrás conocer a Dios como Dios se conoce a sí mismo? Sea suficiente, pues, para vuestra Caridad: lo que pudimos, lo dijimos; hemos devuelto lo prometido a los que lo exigían: lo demás que debe añadirse, para que vuestros sentidos progresen, pedidlo al Señor.

SERMON LIII. De las palabras del Evangelio de Mateo, Bienaventurados los pobres de espíritu, etc., pero principalmente de lo que se dijo, Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Cap. V, V. 3-8.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Todos quieren ser bienaventurados. ¿Quién es pobre de espíritu? En la solemnidad de la santa virgen, que dio testimonio de Cristo, y mereció testimonio de Cristo, públicamente asesinada, coronada en secreto, se nos exhorta a hablar a vuestra Caridad de esa exhortación que el Señor ahora proclamaba desde el Evangelio, diciendo muchas causas de la vida bienaventurada, que nadie hay que no quiera. Pues no se puede encontrar a nadie que no quiera ser bienaventurado. Pero, ¡oh, si los hombres desearan la recompensa como no rechazan la obra de la recompensa! ¿Quién no corre con alegría cuando se le dice, Serás bienaventurado? Escuche con gusto también cuando se le dice, Si haces esto. No se rechace la lucha, si se ama la recompensa; y enciéndase el ánimo a la prontitud de la obra con la recomendación de la recompensa. Lo que queremos, lo que deseamos, lo que pedimos, será después: pero lo que se nos manda hacer, por aquello que será después, sea ahora. He aquí, comienza a recordar las palabras divinas, y los mismos preceptos o dones evangélicos. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Después será tuyo el reino de los cielos, ahora sé pobre de espíritu. ¿Quieres que después sea tuyo el reino de los cielos? Mira ahora de quién eres tú mismo. Sé pobre de espíritu. Tal vez me preguntas qué es ser pobre de espíritu. Todo inflado no es pobre de espíritu: por lo tanto, el humilde es pobre de espíritu. El reino de los cielos es alto: pero, El que se humilla, será exaltado (Lucas 14, 11).

CAPÍTULO II.

2. ¿Quién es manso? Presta atención a lo que sigue: Bienaventurados, dice, los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Ya quieres poseer la tierra: mira que no seas poseído por la tierra. Poseerás siendo manso, serás poseído siendo inmisericorde. Y cuando escuchas la recompensa propuesta, para que poseas la tierra, no extiendas el seno de la avaricia, con el que quieres poseer ahora la tierra, excluyendo incluso de alguna manera a tu vecino: no te engañe esta opinión. Entonces verdaderamente poseerás la tierra, cuando te adhieras a aquel que hizo el cielo y la tierra. Pues esto es ser manso, no resistir a tu Dios: para que en lo que haces bien, Él te agrade, no tú a ti mismo; en lo que sufres mal justamente, Él no te desagrade, sino tú a ti mismo. Pues no es poco que le agrades a Él, desagradándote a ti; pero le desagradarás a Él, agradándote a ti.

CAPÍTULO III.

3. Los que lloran. Presta atención al tercero: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. En el llanto hay obra, en la consolación hay recompensa. Pues, ¿qué consuelos tienen los que lloran carnalmente? Molestos, temibles. Allí se consuela el que llora, donde teme nuevamente llorar. Por ejemplo, el hijo altivo entristece, el nacido alegre: aquel lo elevó, este lo recibió; en aquel tristeza, en este temor: en ninguno, por tanto, consolación. Por tanto, aquella será la verdadera consolación, cuando se dé lo que no se pierda; para que se alegren de consolarse después, los que ahora se lamentan de estar peregrinando.

CAPÍTULO IV.

4. Los que tienen hambre. Que se acerque la cuarta obra y don: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. ¿Quieres ser saciado? ¿De qué? Si la carne desea la saciedad, digerida la saciedad, volverás a tener hambre. Y el que beba, dice, de esta agua, volverá a tener sed (Juan 4, 13). El medicamento que se aplica a la herida, si sana, ya no duele: pero lo que se aplica contra el hambre, esto es, el alimento, se aplica para aliviar por un momento. Pues pasada la saciedad, vuelve el hambre. Ciertamente se aplica diariamente el remedio de la saciedad, pero no se ha sanado la herida de la debilidad. Tengamos, pues, hambre y sed de justicia, para que seamos saciados de esa justicia que ahora tenemos hambre y sed. Pues de allí seremos saciados, de lo que tenemos hambre y sed. Nuestro hombre interior tenga hambre y sed: pues tiene su alimento, tiene su bebida. Yo soy, dice, el pan que descendió del cielo (Juan 6, 41). Tienes el pan del hambriento, desea también la bebida del sediento: Porque en ti está la fuente de la vida (Salmo 35, 10).

CAPÍTULO V.

5. Los misericordiosos. Presta atención a lo que sigue: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios. Haz, y se hará: haz con otro, para que se haga contigo. Porque abundas y careces: abundas en lo temporal, careces en lo eterno. Escuchas a un hombre mendigo, tú mismo eres mendigo de Dios. Se te pide, y tú pides. Lo que hagas con tu peticionario, eso hará Dios contigo. Y lleno y vacío estás: llena al vacío de tu plenitud, para que de la plenitud de Dios se llene tu vacío.

CAPÍTULO VI.

6. Los limpios de corazón. Presta atención a lo que sigue: Bienaventurados los limpios de corazón, esto es, los que son puros de corazón; porque ellos verán a Dios. Este es el fin de nuestro amor; el fin por el cual somos perfeccionados, no por el cual somos consumidos. Se termina el alimento, se termina la vestimenta: el alimento, porque se consume al comer; la vestimenta, porque se perfecciona al tejer. Y aquello se termina, y esto: pero este fin pertenece al consumo, aquel a la perfección. Todo lo que hacemos, todo lo que hacemos bien, todo lo que nos esforzamos, todo lo que deseamos laudablemente, todo lo que deseamos sin culpa, cuando lleguemos a la visión de Dios, no buscaremos más. Pues, ¿qué busca aquel a quien Dios está presente? ¿O qué le basta a aquel a quien no le basta Dios? Queremos ver a Dios, buscamos ver a Dios, ardemos por ver a Dios. ¿Quién no? Pero mira lo que se dijo: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Prepara esto, de donde verás. Pues para hablar según la carne, ¿qué deseas el nacimiento del sol con ojos lagañosos? Que los ojos estén sanos, y esa luz será gozo: que no estén sanos los ojos, esa luz será tormento. Pues no se te permite ver con un corazón no puro, lo que no se ve sino con un

corazón puro. Serás rechazado, serás apartado, no verás. Pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ¿Cuántas veces ya ha numerado a los bienaventurados? ¿Qué causas de bienaventuranza, qué obras, qué dones, qué méritos, qué premios? En ningún lugar se dijo, Ellos verán a Dios. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos: ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran: ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos: ellos alcanzarán misericordia. En ningún lugar se dijo, Ellos verán a Dios. Se llegó a los limpios de corazón, allí se prometió la visión de Dios. No sin causa, sino porque allí están los ojos, de donde se ve a Dios. De estos ojos habla el apóstol Pablo diciendo: Iluminados los ojos de vuestro corazón (Efesios 1, 18). Ahora, pues, estos ojos por su debilidad se iluminan con fe: después por su firmeza se iluminarán con visión. Pues mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. Porque por fe andamos, no por visión (2 Corintios 5, 6-7). Pero mientras estamos en esta fe, ¿qué se dice de nosotros? Vemos ahora por espejo en enigma; entonces cara a cara (1 Corintios 13, 12).

7. ¿Qué son el rostro, las manos y los pies de Dios? No se piense aquí en un rostro corporal. Pues si encendido por el deseo de ver a Dios, preparas tu rostro corporal para ver; desearás tal rostro también de Dios. Pero si ya al menos espiritualmente entiendes de Dios, para que no pienses que Dios es corpóreo (de lo cual hablamos más extensamente ayer, si es que logramos algo); si en vuestro corazón, como en el templo de Dios, hemos roto la imagen de forma humana; si ya os ha venido bien a la mente, y ha poseído vuestras entrañas interiores, donde el Apóstol detesta a aquellos que diciendo ser sabios, se hicieron necios; y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible (Romanos 1, 22-23).

CAPÍTULO VII.

Si ya detestáis tal mal, si os oponéis, si limpiáis el templo de vuestro Creador, si queréis que venga y haga morada en vosotros: Sentid del Señor con bondad, y buscadlo con sencillez de corazón (Sabiduría 1, 1). Ved a quién decís, si es que decís, si verdaderamente decís: A ti dijo mi corazón, Buscaré tu rostro. Diga también tu corazón, y añade, Tu rostro, Señor, buscaré (Salmo 26, 8). Pues bien buscas, porque buscas con el corazón. Se dice rostro de Dios, se dice brazo de Dios, se dice mano de Dios, se dicen pies de Dios, se dice asiento de Dios, se dice escabel de sus pies: pero no pienses en miembros humanos. Si quieres ser templo de la verdad, rompe el ídolo de la falsedad. La mano de Dios, el poder de Dios. El rostro de Dios, el conocimiento de Dios. Los pies de Dios, la presencia de Dios. El asiento de Dios, si quieres, eres tú. ¿O acaso te atreverás a negar que Dios es Cristo? No, dices. ¿Concedes también esto, que Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1 Corintios 1, 24)? Concedo, dices. Escucha: El alma del justo es asiento de la sabiduría (Sabiduría 1). Pues, ¿dónde tiene su asiento Dios, sino donde habita? Pero, ¿dónde habita, sino en su templo? Pues el templo de Dios es santo, que sois vosotros (1 Corintios 3, 17). Mira, pues, cómo recibes a Dios. Dios es espíritu; en espíritu y verdad es necesario adorar a Dios (Juan 4, 24). Ya en tu corazón, si te place, entre el arca del testamento, y caiga Dagón (1 Samuel 5, 3). Escucha, pues, ahora, y aprende a desear a Dios, aprende a preparar de donde puedas ver a Dios. Bienaventurados, dice, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

CAPÍTULO VIII.

¿Qué preparas los ojos del cuerpo? Si así se verá, estará en un lugar lo que se verá. No está en un lugar quien está en todas partes. Limpia de donde se verá.

8. Recompensas congruentes a las obras en las sentencias de las bienaventuranzas. Escucha, y entiende, si con su ayuda puedo explicarlo: que nos ayude a entender todas las obras y dones mencionados anteriormente, cómo se han aplicado con congruencia. Pues, ¿dónde se dijo del premio, que no correspondiera a la obra, que no concordara? Pues los humildes parecen estar alejados del reino: Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Pues los mansos son fácilmente excluidos de su tierra: Bienaventurados, dice, los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Ya las demás cosas están abiertas, claras, se conocen por sí mismas: no necesitan de un expositor, necesitan de un recordador. Bienaventurados los que lloran. ¿Quién que llora no desea consolación? Ellos, dice, serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. ¿Quién que tiene hambre y sed no busca saciedad? Y ellos, dice, serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos. ¿Quién es misericordioso, sino aquel que desea que de su misma obra se le devuelva a él por Dios, para que se haga con él lo que hace con el pobre? Bienaventurados, dice, los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios. ¿Cómo por cada una de las cosas se han aplicado cosas propias, y no se ha añadido nada en el premio que no correspondiera al precepto? Pues se ordenó que seas pobre de espíritu: el premio es que tengas el reino de los cielos. Se ordenó que seas manso: el premio es que poseas la tierra. Se ordenó que llores: el premio, que seas consolado. Se ordenó que tengas hambre y sed de justicia: el premio, que seas saciado. Se ordenó que seas misericordioso: el premio, que alcances misericordia. Así se ordenó que limpies el corazón: el premio, que veas a Dios.

CAPÍTULO IX.

9. La visión de Dios prometida especialmente a los puros de corazón. No pienses, entonces, en estos preceptos y recompensas, que al escuchar, "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios", creas que los pobres de espíritu no verán, o que no verán los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos. No pienses que solo aquellos que son puros de corazón verán, separados de la visión de los demás. Todos estos son los mismos. Ellos verán, y no verán porque son pobres de espíritu, porque son mansos, porque lloran, porque tienen hambre y sed de justicia, porque son misericordiosos, sino porque son puros de corazón. Así como si las obras corporales se asignaran a los miembros corporales, y alguien dijera, por ejemplo: Bienaventurados los que tienen pies, porque ellos caminarán; bienaventurados los que tienen manos, porque ellos trabajarán; bienaventurados los que tienen voz, porque ellos clamarán; bienaventurados los que tienen boca y lengua, porque ellos hablarán; bienaventurados los que tienen ojos, porque ellos verán. Así, componiendo como miembros espirituales, enseñó qué corresponde a qué. La humildad es apta para poseer el reino de los cielos; la mansedumbre es apta para poseer la tierra; el llanto es apto para el consuelo; el hambre y la sed de justicia son aptas para la saciedad; la misericordia es apta para obtener misericordia; el corazón puro es apto para ver a Dios.

CAPÍTULO X.

10. La fe purifica el corazón para ver a Dios. Si deseamos ver a Dios, ¿cómo se purificará este ojo? ¿Quién no se preocuparía, quién no buscaría cómo purificarlo, para poder ver a quien desea con todo su afecto? La divina testificación lo expresó: "Purificando por la fe sus

corazones" (Hechos XV, 9). La fe de Dios purifica el corazón, el corazón puro ve a Dios. Pero como esta fe a veces es determinada por los hombres que se engañan a sí mismos, como si bastara solo con creer (pues algunos se prometen a sí mismos incluso la visión de Dios y el reino de los cielos creyendo y viviendo mal); contra estos, encendido y de alguna manera indignado con caridad espiritual, el apóstol Santiago dice en su Epístola: "Tú crees que hay un solo Dios. Te felicitas por la fe: pues ves a muchos impíos que creen que hay muchos dioses, y te alegras creyendo que hay un solo Dios. Haces bien. También los demonios creen, y tiemblan" (Santiago II, 19). ¿Acaso ellos verán a Dios? Verán los que son puros de corazón. ¿Quién llamará puros de corazón a los espíritus inmundos? Y sin embargo, creen y tiemblan.

11. La fe de los cristianos debe distinguirse de la fe de los demonios. La fe debe ir acompañada de esperanza y caridad. Nuestra fe debe distinguirse de la fe de los demonios. Nuestra fe purifica el corazón; la de ellos los hace culpables. Pues obran mal, y por eso dicen al Señor: "¿Qué tenemos nosotros contigo?" Cuando oyes a los demonios decir esto, ¿piensas que no lo reconocen? "Sabemos quién eres. Tú eres el Hijo de Dios" (Lucas IV, 34). Pedro dice esto y es alabado (Mateo XVI, 16, 17); el demonio lo dice y es condenado. ¿Por qué esto, sino porque la voz es igual, pero el corazón es diferente? Distingamos, entonces, nuestra fe, y no sea suficiente solo creer. No es tal fe la que purifica el corazón. "Purificando por la fe sus corazones". Pero, ¿qué fe, qué tipo de fe, sino la que define el apóstol Pablo, donde dice: "La fe que obra por el amor" (Gálatas V, 6)? Esta fe se distingue de la fe de los demonios, se distingue de los hábitos viciosos y perdidos de los hombres. "La fe", dice. ¿Qué fe? La que obra por el amor, espera lo que Dios promete. Nada más ponderado, nada más perfecto que esta definición. Por lo tanto, son tres cosas. Es necesario que en quien está "la fe que obra por el amor", espere lo que Dios promete. La esperanza es, por tanto, compañera de la fe. La esperanza es necesaria mientras no vemos lo que creemos; no sea que al no ver y desesperar, desfallezcamos. Nos entristece porque no vemos; pero nos consuela porque esperamos ver. Por tanto, la esperanza está presente y es compañera de la fe. Luego, también la caridad, con la que deseamos, con la que intentamos alcanzar, con la que ardemos, con la que tenemos hambre y sed. Por tanto, también se añada esta: y habrá fe, esperanza y caridad. Pues, ¿cómo no habrá caridad, cuando la caridad no es otra cosa que amor? Y la fe misma ha sido definida como "la que obra por el amor". Quita la fe, perece lo que crees; quita la caridad, perece lo que haces. A la fe le corresponde que creas; a la caridad, que actúes. Si crees y no amas, no te mueves a la buena obra: y si te mueves, te mueves como siervo, no como hijo: temiendo el castigo, no amando la justicia. Por tanto, digo, esa fe purifica el corazón, la que obra por el amor.

CAPÍTULO XI.

12. Dios no debe ser concebido como un cuerpo. Y ahora, ¿qué hace esta fe? Con tantos testimonios de las Escrituras, con tanta lectura múltiple, con tan variada y copiosa exhortación, ¿qué hace sino que veamos ahora por espejo en enigma, después cara a cara? Pero no vuelvas de nuevo a tu rostro. Piensa en el rostro del corazón. Obliga a tu corazón a pensar en lo divino, compélalo, instígalo. Rechaza cualquier cosa que se asemeje al cuerpo que se presente a tu mente. Aún no puedes decir, "Esto es": al menos di, "Esto no es". ¿Cuándo dirás, "Esto es Dios"? Ni siquiera cuando lo veas: porque es inefable lo que verás. El Apóstol dice que fue arrebatado al tercer cielo, y oyó palabras inefables (II Cor. XII, 2 y 4). Si las palabras son inefables, ¿qué es aquello de lo que son palabras? Por tanto, cuando piensas en Dios, tal vez se te ocurra una gran y maravillosa magnitud en forma humana: la has establecido en la vista de tu pensamiento, como algo grande, amplísimo, de enorme masa extendida. La has terminado en algún lugar. Si la has terminado, no es Dios. Si no la has

terminado, ¿dónde está el rostro? Piensas en una masa, y para distinguir los miembros, defines la masa. Pues no puedes distinguir los miembros de otra manera, a menos que le des un fin a la masa. ¿Qué haces, pensamiento necio y carnal? Has hecho una gran masa, y tanto más grande cuanto pensaste que honrabas más a Dios. Otro añade un codo, y la hace mayor.

CAPÍTULO XII.

13. Un pasaje de Isaías aparentemente contrario. Pero he leído, dices. ¿Qué has leído, que no has entendido nada? Y sin embargo, di, ¿qué has leído? No rechacemos al pequeño de corazón que juega. Di, ¿qué has leído? "El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies" (Isaías LXVI, 6). Digo, yo también lo he leído: pero tal vez piensas que eres mejor porque lo has leído y creído. Yo también creo lo que has dicho. Creémoslo juntos. ¿Qué digo? Busquemos juntos. He aquí, mantén lo que has leído y creído: "El cielo es mi trono", es decir, asiento; pues trono en griego, en latín es asiento: "y la tierra el escabel de mis pies". ¿No has leído también aquello: "¿Quién midió el cielo con su palma?" (Isaías XL, 12). Creo que lo has leído: lo reconoces y confiesas que lo crees. Pues allí leemos ambos, y ambos creemos. Ahora piensa, y enséñame: te tomo como maestro, y me hago pequeño. Enséñame, te lo ruego. ¿Quién es el que se sienta en su palma?

CAPÍTULO XIII.

14. Se examina el pasaje citado. El cielo, los santos. La tierra, los terrenales. Arriba el corazón. He aquí que has tomado las figuras y líneas de los miembros de Dios del cuerpo humano. Pero tal vez te ha engañado, para que pienses que fuimos hechos a imagen de Dios según el cuerpo. Por ahora, acepto que se considere, se discuta, se investigue, se examine disputando. Si te parece bien, escúchame: porque en lo que te ha parecido bien, te he escuchado. Dios se sienta en el cielo, y mide el cielo con su palma. ¿El mismo cielo se ensancha cuando se sienta, y se estrecha cuando mide? ¿O es Dios tan ancho en su palma como en su asiento? Si esto es así, Dios no nos hizo a su semejanza: pues nosotros tenemos la palma mucho más estrecha que la parte del cuerpo con la que nos sentamos. Pero si Él es tan ancho en su palma como ancho en su asiento, nos hizo miembros desiguales. No es esta la semejanza. Por tanto, que tal ídolo se avergüence en el corazón cristiano. Por tanto, toma el cielo por todos los santos. Pues también se dice tierra por todos los que están en la tierra: "Toda la tierra te adore" (Salmo LXV, 4). Si decimos bien según los que habitan en la tierra, "Toda la tierra te adore": decimos bien también según los que habitan en el cielo, "Todo el cielo te lleve". Pues también los mismos santos que habitan en la tierra, pisan la tierra con la carne, habitan en el cielo con el corazón. No en vano se les advierte tener el corazón arriba, y cuando se les advierte, así responden: o en vano el rostro se eleva hacia arriba: y se significa cuando se dice, "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Colosenses III, 1 y 2). En cuanto, pues, conversan allí, ellos también llevan a Dios, y son cielo; porque son sede de Dios; y cuando anuncian las palabras de Dios, "Los cielos cuentan la gloria de Dios" (Salmo XVIII, 2).

CAPÍTULO XIV.

15. Anchura, longitud, altura y profundidad. Vuelve, pues, conmigo al rostro del corazón: prepáralo. Dentro está a quien Dios habla. Los oídos, los ojos, los demás miembros visibles, son la morada o el órgano de algo interior. El hombre interior es donde Cristo habita por la fe: allí habitará con la presencia de su divinidad, cuando conozcamos cuál es la anchura, la

longitud, la altura, la profundidad; conozcamos también el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios III, 17-19). Ahora, pues, si este entendimiento no te desagrade, invítate a comprender la anchura, la longitud, la altura, la profundidad. No discurras con la imaginación del pensamiento por los espacios mundanos, y por la grandeza comprensible de esta gran masa. Atiende en ti lo que digo. La anchura está en las buenas obras; la longitud está en la longanimidad y perseverancia de las buenas obras; la altura está en la expectativa de las recompensas celestiales; por la cual altura se te dice que tengas el corazón arriba. Haz el bien, y persevera en las buenas obras, por los beneficios de Dios. No estimes en nada las cosas terrenales, no sea que cuando esta tierra sea perturbada por algún azote de aquel sabio, digas que en vano has servido a Dios, en vano has hecho buenas obras, en vano has perseverado en las buenas obras. Pues haciendo buenas obras, como si tuvieras anchura: perseverando en ellas, como si tuvieras longitud: pero buscando las cosas terrenales, no tuviste altura. Atiende a la profundidad: es la gracia de Dios en el secreto de su voluntad. Pues, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? (Romanos XI, 34). Y, "Tus juicios son como un gran abismo" (Salmo XXXV, 7).

CAPÍTULO XV.

16. Las cuatro dimensiones de la cruz. Esta manera de vivir haciendo el bien, perseverando en ello, esperando lo celestial, la gracia de Dios dada en secreto, con sabiduría, no con necesidad; ni reprochando por qué uno así, otro de otra manera; pues no hay iniquidad en Dios (II Crónicas XIX, 7, y Romanos IX, 14): esta manera de vivir, si te parece bien, ajústala también a la cruz de tu Señor. Pues no en vano eligió tal muerte, en cuyo poder estaba morir o no morir. Si estaba en su poder morir y no morir, ¿por qué no en su poder morir de esta o aquella manera? No en vano, pues, eligió la cruz, donde te crucificó a este mundo. Pues la anchura está en la cruz en el madero transversal, donde se fijan las manos: por la significación de las buenas obras. La longitud está en esa parte del madero que se extiende desde el mismo transversal hacia la tierra. Pues allí se crucifica el cuerpo, y de alguna manera está de pie: y esa posición significa perseverancia. Pero la altura está en ese madero que se extiende desde el mismo transversal hacia arriba, la expectativa de lo celestial. ¿Dónde está la profundidad, sino en esa parte que está fijada en la tierra? Pues la gracia está oculta, y en lo secreto se esconde. No se ve, pero de allí sobresale lo que se ve. Después de esto, si comprendes todo esto, no solo entendiendo, sino también actuando (pues "buen entendimiento tienen todos los que lo practican" [Salmo CX, 10]); entonces extiéndete, si puedes, a reconocer el conocimiento del amor de Cristo que excede a todo conocimiento. Cuando llegues, serás lleno de toda la plenitud de Dios. Entonces será aquello de cara a cara. Pero serás lleno de toda la plenitud de Dios, no para que Dios esté lleno de ti, sino para que tú estés lleno de Dios. Busca allí, si puedes, un rostro corporal. Ya sean quitadas las tonterías de la vista de la mente. Que el niño pequeño abandone los juegos, aprenda a tratar cosas mayores. Y nosotros en muchas cosas somos pequeños: y cuando éramos más de lo que somos, fuimos tolerados por los mayores. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos XII, 14). Pues por esta se purifica el corazón: porque allí está la fe que obra por el amor. De aquí, "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios".

SERMON LIV. Sobre lo que está escrito en el Evangelio de Mateo, cap. V, 16. "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos": y en contra, cap. VI, 1, "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos".

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Preceptos aparentemente contrarios. Suele inquietar a muchos, carísimos, que nuestro Señor Jesucristo en el Sermón evangélico, después de haber dicho, "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos", después dijo, "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos". Pues la mente del que entiende poco se turba, y desea obedecer al precepto, y se ve dividida por lo diverso y contrario. Pues nadie puede obedecer a un solo señor que manda cosas contradictorias, así como nadie puede servir a dos señores: lo cual el mismo Salvador testificó en el mismo Sermón (Mateo VI, 24). ¿Qué hará, entonces, el alma vacilante, cuando cree que no puede obedecer, y teme no obedecer? Pues si pone sus buenas obras a la vista de los hombres, para hacer lo que se le ha mandado, "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"; se considerará culpable, porque ha hecho contra el precepto donde se dice, "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos". Y de nuevo, si temiendo y evitando esto, esconde lo que hace bien, no se considerará sirviendo al que manda y dice, "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras".

CAPÍTULO II.

2. El Apóstol cumple ambos preceptos. Pero quien entiende correctamente, cumple ambos, y servirá al Señor más universal, que no condenaría al siervo perezoso si mandara cosas que de ninguna manera se pueden hacer. Escuchad, pues, a Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado apóstol, apartado para el Evangelio de Dios, haciendo y enseñando ambos. Ved cómo brilla su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas obras. "Nos recomendamos", dice, "a toda conciencia de los hombres en la presencia de Dios" (II Cor. IV, 2): y de nuevo, "Proveemos lo bueno, no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres" (Id. VIII, 21): y de nuevo, "Agradad a todos en todo, como yo también agrado a todos en todo" (I Cor. X, 33). Ved de nuevo cómo atiende, para no hacer su justicia delante de los hombres, para ser visto por ellos. "Pero pruebe cada uno su obra", dice, "y entonces tendrá gloria en sí mismo, y no en otro" (Gálatas VI, 4): y de nuevo, "Porque esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (II Cor. I, 12): y aquello que nada es más manifiesto, "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gálatas I, 10). Pero para que nadie de los que se inquietan por los preceptos aparentemente contradictorios del mismo Señor, mucho más al apóstol suyo le plantee la cuestión, y diga, ¿Cómo dices tú, "Agradad a todos en todo, como yo también agrado a todos en todo": y tú mismo dices, "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo"? Que esté presente el mismo Señor, que también hablaba en su siervo y apóstol, y nos abra su voluntad, y nos conceda la capacidad de obedecer.

3. Se concilian esos dos mandamientos. Las mismas palabras evangélicas llevan consigo sus propias explicaciones; no cierran la boca a los hambrientos, porque alimentan el corazón de los que llaman. Es necesario observar hacia dónde se dirige y a qué aspira la intención del corazón humano. Si alguien desea que sus buenas obras sean vistas por los hombres, y pone su gloria y utilidad ante ellos, y busca esto en presencia de los hombres, no ha cumplido nada de lo que el Señor ha mandado sobre este asunto: porque hace su justicia ante los hombres para ser visto por ellos; y su luz no brilla ante los hombres para que vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos. Quiso glorificarse a sí mismo, no a Dios; buscó su

propia utilidad, no amó la voluntad del Señor. De tales personas dice el Apóstol: "Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo" (Filipenses II, 21). Por tanto, la sentencia no termina donde dice: "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras", sino que inmediatamente añade por qué debe hacerse: "para que glorifiquen", dice, "a vuestro Padre que está en los cielos"; para que cuando el hombre que hace el bien sea visto por los hombres, tenga la intención del buen hecho en su conciencia, y no tenga la intención de ser conocido sino en las alabanzas de Dios, por la utilidad de aquellos a quienes se da a conocer; a quienes esto les beneficia, para que Dios les agrade, quien lo ha concedido al hombre; y así no desesperen, incluso si quieren, de que esto también pueda serles concedido. Por tanto, la otra sentencia, donde dice: "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres", no termina en otro lugar que donde dice: "para ser vistos por ellos"; no añade: "Y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos", sino que más bien añade: "De lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos". De aquí muestra que aquellos que son así, como no quiere que sean sus fieles, buscan su recompensa en el hecho mismo de ser vistos por los hombres, allí establecen su bien; allí deleitan la vanidad de su corazón, allí se vacían y se inflan, allí se hinchan y se consumen. ¿Por qué no basta con decir: "Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres", sino que añade: "para ser vistos por ellos", sino porque hay algunos que así hacen su justicia delante de los hombres, no para ser vistos por ellos, sino para que las mismas obras sean vistas, y se glorifique al Padre que está en los cielos, quien ha dignado concederlas a los impíos justificados?

CAPÍTULO III.

4. Quién verdaderamente ha cumplido ambos mandamientos. Aquellos que son así, no consideran su justicia como propia, sino como la de aquel en cuya fe viven. Por eso el Apóstol dice: "Para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la Ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Filipenses III, 8 y 9); y en otro lugar: "Para que seamos justicia de Dios en él" (II Corintios V, 21). Por eso también reprende a los judíos: "Ignorando", dice, "la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios" (Romanos X, 3). Cualquiera que quiera que sus obras sean vistas por los hombres, para que sea glorificado aquel de quien ha recibido lo que se ve en él, y así los mismos que ven sean incitados por la piedad de la fe a imitar el bien, verdaderamente su luz brilla ante los hombres: porque de él irradia la luz de la caridad, no se exhala el humo de la soberbia: y en eso mismo se cuida de no hacer su justicia delante de los hombres para ser visto por ellos; porque no considera esa justicia como suya, ni lo hace para ser visto él mismo; sino para que sea comprendido aquel que es alabado en el hombre justificado, para que haga en el que alaba lo que se alaba en el otro, es decir, para que haga al que alaba ser digno de alabanza. Observad también al Apóstol, cuando dijo: "Agradad a todos en todo, como también yo agrado a todos en todo"; cómo no se detuvo allí, como si hubiera establecido el fin de su intención en agradar a los hombres; de lo contrario, habría dicho falsamente: "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo"; sino que inmediatamente añadió por qué agradaba a los hombres. "No buscando", dice, "lo que es útil para mí, sino lo que es para muchos, para que sean salvos" (I Corintios X, 33). Así, no agradaba a los hombres por su propia utilidad, para no dejar de ser siervo de Cristo; y agradaba a los hombres por la salvación de ellos, para ser un administrador idóneo de Cristo: porque también le bastaba su conciencia ante Dios, y de él brillaba ante los hombres lo que debían imitar.

SERMON LV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. V, 22, "Quien diga a su hermano: 'Necio', será reo del fuego del infierno", etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Temor útil. El capítulo del Santo Evangelio que acabamos de escuchar al ser leído, nos ha aterrorizado mucho, si tenemos fe: pero no ha aterrorizado a aquellos que no tienen fe. Y porque no los aterroriza, quieren estar perversamente seguros, sin saber distribuir y distinguir los tiempos de temor y de seguridad. Que tema, pues, quien ahora lleva una vida con fin, para que pueda en aquella vida tener seguridad sin fin. Por tanto, hemos temido. ¿Quién no temería a la Verdad que habla y dice: "Quien diga a su hermano: 'Necio', será reo del fuego del infierno"? Ningún hombre puede domar la lengua. Y el hombre doma a la fiera, pero no doma la lengua: doma al león, y no refrena su discurso: se doma a sí mismo, y no se doma a sí mismo: doma lo que temía; y para domarse a sí mismo, no teme lo que debería temer. Pero, ¿qué sucede? Una sentencia verdadera, y esta ha salido del oráculo de la verdad: "Ningún hombre puede domar la lengua" (Santiago III, 7, 8).

CAPÍTULO II.

2. Necesidad de la ayuda divina para domar la lengua. ¿Qué haremos, pues, hermanos míos? Veo que hablo a una multitud: pero porque todos somos uno en Cristo, tomemos consejo como en secreto. Ningún extraño nos escucha, somos uno, porque estamos en uno. ¿Qué haremos? "Quien diga a su hermano: 'Necio', será reo del fuego del infierno": "Ningún hombre puede domar la lengua". ¿Irán, pues, todos al fuego del infierno? De ninguna manera. Señor, te has hecho nuestro refugio, de generación en generación (Salmo LXXXIX, 1). Tu ira es justa: no envías a nadie al infierno injustamente. ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de ti (Salmo CXXXVIII, 7), sino a ti? Entendamos, pues, queridos, que si ningún hombre puede domar la lengua, debemos refugiarnos en Dios, quien dome nuestra lengua. Porque si tú quisieras domarla, no podrías, porque eres hombre. Ningún hombre puede domar la lengua. Observad la similitud con las mismas bestias que domamos. El caballo no se doma a sí mismo; el camello no se doma a sí mismo; el elefante no se doma a sí mismo; la serpiente no se doma a sí misma; el león no se doma a sí mismo: así tampoco el hombre se doma a sí mismo. Pero para que se dome el caballo, el buey, el camello, el elefante, el león, la serpiente, se busca al hombre. Busquemos, pues, a Dios, para que dome al hombre.

CAPÍTULO III.

3. Dios, domador de la lengua. Por tanto, Señor, te has hecho nuestro refugio. Nos dirigimos a ti, y nos irá bien contigo. Porque nos va mal con nosotros mismos. Porque te abandonamos, nos dejaste a nosotros mismos. Encontrémonos, pues, en ti, porque nos perdimos en nosotros. Señor, te has hecho nuestro refugio. ¿Qué, pues, hermanos míos, debemos dudar de que el Señor nos hará mansos, si nos ofrecemos a él para ser domados? Has domado al león, que no hiciste; ¿no te domará a ti, quien te hizo? ¿Cómo pudiste domar bestias tan feroces? ¿Acaso te igualas a ellas en fuerza corporal? ¿Con qué virtud domaste bestias enormes? Esos animales que se llaman bestias, son bestias. No se toleran indomadas. Pero porque la costumbre no las conoce sino en manos de los hombres y bajo los frenos de los hombres y bajo el poder de los hombres, ¿piensas que podrían nacer mansas? Ciertamente observa a las fieras feroces. Ruge el león, ¿quién no teme? Y sin embargo, ¿cómo te entiendes más fuerte? No por la fuerza del cuerpo, sino por la razón interior de la mente. Eres más fuerte que el

león, porque fuiste hecho a imagen de Dios. La imagen de Dios doma a la fiera; ¿y no doma Dios su imagen?

CAPÍTULO IV.

4. Soportar el látigo del domador divino. En él está la esperanza, sometámonos a él y pidamos misericordia. Pongamos nuestra esperanza en él, y mientras seamos domados y completamente domados, es decir, perfeccionados, soportemos al domador. Porque muchas veces el domador nuestro también saca el látigo. Porque si tú sacas la vara, sacas el látigo para domar a tus bestias, ¿no sacará Dios para domar a sus bestias, que somos nosotros, quienes de sus bestias hará sus hijos? Dominas a tu caballo: ¿qué le darás a tu caballo, cuando comience a llevarte manso, a soportar tu disciplina, a obedecer tu mandato, a ser bestia, es decir, ayuda de tu debilidad? ¿Qué le retribuyes, a quien ni siquiera entierras cuando muere, sino que lo arrojas para que lo devoren las aves? Dios te guarda una herencia, que es él mismo Dios: y por un tiempo muerto, te resucita. Te devolverá tu carne hasta el número de los cabellos: y te establecerá con los ángeles para siempre, donde ya no necesitarás ser domado, sino solo ser poseído por el más piadoso. Entonces Dios será todo en todos (I Corintios XV, 28): y no habrá ninguna infelicidad que nos ejercite, sino solo felicidad que nos alimente. Él mismo será nuestro pastor, nuestro Dios: él mismo será nuestra bebida, nuestro Dios; nuestro honor, nuestro Dios; nuestras riquezas, nuestro Dios. Cualquier cosa que busques aquí variada, él será todo para ti en uno.

CAPÍTULO V.

5. En qué esperanza somos domados aquí. Para esta esperanza el hombre es domado, ¿y el domador es considerado intolerable? Para esta esperanza el hombre es domado, ¿y contra este útil domador, si acaso saca el látigo, se murmura? Habéis escuchado al Apóstol exhortando: "Si os apartáis de la disciplina, entonces sois bastardos, y no hijos. Los bastardos son de adulterio. ¿Quién es el hijo a quien su padre no da disciplina? Y de nuestros padres carnales, dice, teníamos correcciones, y los reverenciábamos; ¿no nos someteremos mucho más al Padre de los espíritus, y viviremos?" (Hebreos XII, 7-9). ¿Qué pudo darte tu padre, porque te corrigió, porque te golpeó, porque sacó el látigo y te azotó? ¿Acaso pudo darte que vivieras eternamente? ¿Qué no pudo darse a sí mismo, cuándo te lo daría a ti? Por su dinero, aunque pequeño, que reunió con usura y trabajo, te educaba con azotes, para que no desperdiciaras su trabajo viviendo mal. Y golpeó a su hijo, temiendo perder sus trabajos: porque te dejó lo que ni siquiera aquí podía retener, ni llevarse. No te dejó aquí nada que pudiera ser suyo: cedió, para que así accedieras. Pero tu Dios, tu redentor, tu domador, tu castigador, tu padre, te educa. ¿Para qué? Para que recibas una herencia, donde no heredes al padre, sino que tengas como herencia al mismo padre. Para esta esperanza eres educado, ¿y murmuras? ¿y si algo triste sucede, quizás blasfemas? ¿A dónde irás de su espíritu? He aquí, te deja, y no te azota: abandona al blasfemo, ¿no sentirás al juez? ¿No es mejor que te azote, y te reciba, que te perdone, y te abandone?

CAPÍTULO VI.

6. Nuestro refugio es Dios. Digamos, pues, al Señor nuestro Dios: "Señor, te has hecho nuestro refugio, de generación en generación". En la primera generación y en la segunda generación, te has hecho nuestro refugio. Tú refugio para nacer, quienes no éramos: tú refugio para renacer, quienes éramos malos: tú refugio para alimentar a tus desertores: tú refugio para levantar y dirigir a tus hijos: te has hecho nuestro refugio. No nos apartaremos

de ti, cuando nos liberes de todos nuestros males, y nos llenes de tus bienes. Das bienes, nos acaricias, para que no nos fatiguemos en el camino: nos corriges, nos golpeas, nos hieres, nos diriges, para que no nos desviemos del camino. Ya sea que nos acaricies, para que no nos fatiguemos en el camino; ya sea que nos castigues, para que no nos desviemos del camino; Señor, te has hecho nuestro refugio.

SERMON LVI. Sobre el Evangelio de Mateo, cap. VI, 7-13, sobre la oración del Señor, para los Competentes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Se entrega el Símbolo y la Oración a los cristianos. El bienaventurado Apóstol, mostrando que estos tiempos, cuando todas las naciones creerían en Dios, fueron predichos por los Profetas, puso este testimonio que está escrito: "Y será: todo hombre que invoque el nombre del Señor, será salvo" (Joel II, 32). Porque antes solo entre los israelitas se invocaba el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra: las demás naciones invocaban ídolos mudos y sordos, de los cuales no eran escuchados; o demonios, de los cuales eran escuchados para su mal. Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, se cumple lo que fue predicho: "Y será: todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo". Luego, porque los mismos judíos envidiaban el Evangelio a los gentiles, incluso aquellos que creyeron en Cristo, y decían que no debía anunciarse el Evangelio de Cristo a quienes no habían sido circuncidados; contra estos, el apóstol Pablo puso este testimonio: "Y será: todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo": inmediatamente añadió para convencer a aquellos que no querían que se evangelizara a los gentiles, y dijo: "¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Cómo oirán sin un predicador? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?" (Romanos X, 13-15). Porque dijo: "¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído?", por eso no recibisteis primero la Oración, y después el símbolo; sino primero el símbolo donde supierais qué creer, y después la Oración, donde supierais a quién invocar. El símbolo, pues, pertenece a la fe, la Oración a la súplica: porque quien cree, es escuchado invocando.

CAPÍTULO II.

2. Dos cosas a evitar al invocar. Muchos, sin embargo, piden lo que no deberían pedir, ignorando lo que les conviene. Por tanto, quien invoca debe evitar dos cosas: no pedir lo que no debe, y no pedir a quien no debe. No se debe pedir nada al diablo, a los ídolos, a los demonios: se debe pedir al Señor nuestro Dios Jesucristo, al Dios Padre de los Profetas, Apóstoles y mártires, al Padre de nuestro Señor Jesucristo, al Dios que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, a él se debe pedir, si algo se ha de pedir. Pero se debe evitar también pedirle lo que no debemos. Porque está escrito en el Salmo, donde se predice el maldito traidor Judas, cómo la profecía dice de él: "Que su oración se convierta en pecado" (Salmo CVIII, 7). Si, pues, te levantas y oras mal a tus enemigos, tu oración se convertirá en pecado.

CAPÍTULO III.

3. No desear males a los malos, sino orar para que se hagan buenos. En los santos Salmos habéis leído, como si se desearan muchos males a sus enemigos, a quien habla en los Salmos. Y sin embargo, dice alguien, quien habla en los Salmos es justo: ¿por qué desea tan malos deseos a sus enemigos? No lo desea, sino que lo prevé: es profecía del que anuncia, no deseo

del que maldice. Porque en espíritu conocían a quienes les iba a suceder mal, a quienes bien: y por profecía decían, como si desearan lo que preveían. Pero tú, ¿cómo sabes si será mejor que tú, a quien hoy deseas mal? Pero sé que es maligno, dices. Y tú te sabes maligno. Aunque quizás te atrevas a juzgar el corazón de otro que no conoces: pero también te sabes maligno. ¿No escuchas al Apóstol diciendo: "Que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso; pero alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia en incredulidad" (I Timoteo I, 13)? Cuando el apóstol Pablo perseguía a los cristianos, atando donde los encontraba, llevándolos a los sacerdotes para ser castigados; ¿qué pensáis, hermanos, oraba la Iglesia contra él, o por él? Sin duda, la Iglesia de Dios, que había aprendido de su Señor, quien colgado en la cruz dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas XXIII, 34), oraba tales cosas por Pablo, o más bien por Saulo, para que esto se hiciera en él, lo que también se hizo. Porque dice: "Era desconocido de vista para las Iglesias de Judea que están en Cristo; solo oían que aquel que antes nos perseguía, ahora predica la fe que antes devastaba, y en mí glorificaban a Dios" (Gálatas I, 22-24): ¿por qué glorificaban a Dios, sino porque antes de que sucediera, rogaban a Dios?

4. Evitar el mucho hablar en la oración. Para qué es nuestra oración. Forma de deseos en la oración del Señor. Nuestro Señor, pues, primero cortó el mucho hablar, para que no llevases muchas palabras a Dios, como si quisieras enseñar a Dios con muchas palabras. Cuando, pues, ruegas, se necesita piedad, no verbosidad. Porque vuestro Padre sabe lo que os es necesario, antes de que le pidáis. No habléis mucho, porque sabe lo que os es necesario. Pero no sea que aquí alguien diga: Si sabe lo que nos es necesario, ¿por qué decimos siquiera pocas palabras? ¿por qué oramos? Él lo sabe: que dé lo que sabe que nos es necesario. Pero quiso que oraras, para que dé al que desea, no sea que se desprecie lo que da: porque también el mismo deseo él lo insinuó. Las palabras, pues, que nuestro Señor Jesucristo enseñó en la Oración, son forma de deseos. No te es lícito pedir otra cosa que lo que allí está escrito.

CAPÍTULO IV.

5. Primera petición. — Vosotros, pues, dice, decid: Padre nuestro, que estás en los cielos. Donde vosotros (veis) que habéis comenzado a tener a Dios como Padre. Pero lo tendréis cuando hayáis nacido. Aunque incluso ahora, antes de nacer, habéis sido concebidos por su semilla, como en el vientre de la Iglesia en la fuente del nacimiento. Padre nuestro, que estás en los cielos. Recordad que tenéis un Padre en los cielos. Recordad que nacisteis de vuestro padre Adán para la muerte, y que seréis regenerados por el Padre Dios para la vida. Lo que decís, decidlo en vuestros corazones. Que haya afecto en el que ora, y habrá efecto en el que escucha. Santificado sea tu nombre. ¿Qué pides al rogar que sea santificado el nombre de Dios? Es santo. ¿Qué pides, que ya es santo? Luego, cuando pides que sea santificado su nombre, ¿no es como si rogaras por él y no por ti? Entiende que también ruegas por ti. Pues pides que lo que siempre es santo en sí mismo, sea santificado en ti. ¿Qué significa, sea santificado? Que sea tenido por santo, no despreciado. Por lo tanto, ves que cuando deseas, deseas un bien para ti. Pues es un mal para ti si desprecias el nombre de Dios, no para Dios.

6. Segunda petición. Venga tu reino. ¿A quién decimos esto? ¿Y si no lo pedimos, no vendrá el reino de Dios? Pues de ese reino se dice que será después del fin del mundo. Porque Dios siempre tiene un reino; y nunca está sin reino, a quien sirve toda criatura. Pero, ¿qué reino deseas? Del que está escrito en el Evangelio: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. He aquí de lo que decimos: Venga tu reino. Deseamos que venga en nosotros; deseamos ser hallados en él. Pues he aquí que

vendrá: pero, ¿de qué te sirve si te encuentra a la izquierda? Por lo tanto, también aquí deseas un bien para ti, oras por ti. Esto deseas, esto anhelas al orar, para que vivas de tal manera que pertenezcas al reino de Dios, que será dado a todos los santos. Por lo tanto, para que vivas bien, oras por ti cuando dices: Venga tu reino. Que pertenezcamos a tu reino: venga también a nosotros lo que vendrá a tus santos y justos.

CAPÍTULO V.

7. Tercera petición. — Hágase tu voluntad. Si no lo dices, ¿no hará Dios su voluntad? Recuerda lo que confesaste en el símbolo: Creo en Dios Padre todopoderoso. Si es todopoderoso, ¿por qué oras para que se haga su voluntad? ¿Qué significa, entonces, Hágase tu voluntad? Que se haga en mí, para que no resista a tu voluntad. Por lo tanto, también aquí oras por ti, y no por Dios. Pues la voluntad de Dios se hará en ti, aunque no se haga por ti. Porque incluso a aquellos a quienes dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo, se hará en ellos la voluntad de Dios, para que los justos y santos reciban el reino: y a quienes dirá: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 34, 41); se hará en ellos la voluntad de Dios, para que los malos sean condenados al fuego eterno. Otra cosa es que se haga por ti. Por lo tanto, para que se haga en ti, no oras en vano, sino para que te vaya bien. Ya sea que te vaya bien o mal, se hará en ti: pero que se haga también por ti. ¿Por qué, entonces, digo: Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra, y no digo, Hágase tu voluntad por el cielo y la tierra? Porque lo que se hace por ti, él lo hace en ti. Nunca se hace por ti lo que él no hace en ti. Pero a veces hace en ti lo que no se hace por ti: sin embargo, nunca se hace nada por ti, si él no lo hace en ti.

8. Sobre la misma petición. ¿Qué significa, en el cielo y en la tierra, o, como en el cielo y en la tierra? Los ángeles hacen tu voluntad, hagámosla también nosotros. Hágase tu voluntad, como en el cielo y en la tierra. La mente es el cielo, la carne es la tierra. Cuando dices, si es que dices, lo que dice el Apóstol: Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 25); se hace la voluntad de Dios en el cielo, pero aún no en la tierra. Pero cuando la carne consiente a la mente, y la muerte es absorbida en victoria (I Cor. XV, 54), de modo que no queden deseos carnales con los que la mente luce; cuando pase la contienda en la tierra, cuando pase la guerra del corazón, cuando pase lo que se dice: La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; porque estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis (Gál. V, 17): cuando, por lo tanto, pase esta guerra, y toda concupiscencia se haya transformado en caridad, no quedará nada en el cuerpo que resista al espíritu, nada que deba ser domado, nada que deba ser frenado, nada que deba ser pisoteado; sino que todo avanzará en concordia hacia la justicia; se hará la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra. Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra. Deseamos la perfección cuando oremos esto. Nuevamente, Hágase tu voluntad, como en el cielo, y en la tierra. En la Iglesia, los espirituales son el cielo, los carnales son la tierra. Hágase, pues, tu voluntad, como en el cielo y en la tierra: para que así como te sirven los espirituales, así también te sirvan los carnales transformados en mejor. Hágase tu voluntad, como en el cielo y en la tierra. Hay también otro sentido muy piadoso. Se nos ha advertido que oremos por nuestros enemigos. La Iglesia es el cielo: los enemigos de la Iglesia son la tierra. ¿Qué significa, entonces, Hágase tu voluntad, como en el cielo, y en la tierra? Que crean nuestros enemigos, como nosotros creemos en ti: que se hagan amigos, que terminen las enemistades. Son tierra, por eso nos adversan: que se hagan cielo, y estarán con nosotros.

CAPÍTULO VI.

9. Cuarta petición. Todos somos mendigos de Dios. — Danos hoy nuestro pan de cada día. Y aquí ya es evidente que oramos por nosotros. Cuando dices, Santificado sea tu nombre; se te debe explicar que oras por ti, no por Dios. Cuando dices, Hágase tu voluntad, también esto se te debe explicar, para que no pienses que deseas un bien para Dios, para que se haga su voluntad, y no más bien oras por ti. Cuando dices, Venga tu reino; también esto se debe explicar, para que no pienses que deseas un bien para Dios, para que reine. Pero desde este lugar en adelante hasta el final de la Oración, es evidente que rogamos a Dios por nosotros. Cuando dices, Danos hoy nuestro pan de cada día, confiesas que eres mendigo de Dios. Pero no te avergüences: por muy rico que alguien sea en la tierra, es mendigo de Dios. El mendigo se para ante la casa del rico: pero también el rico se para ante la casa del gran rico. Se le pide a él, y él pide. Si no necesitara, no golpearía las orejas de Dios con oración. ¿Y de qué necesita el rico? Me atrevo a decir, necesita incluso el mismo pan de cada día. ¿Por qué le abundan todas las cosas? ¿De dónde, sino porque Dios lo dio? ¿Qué tendrá si Dios retira su mano? ¿No han dormido muchos ricos y se han levantado pobres? Y lo que no le falta a él, es por la misericordia de Dios, no por su poder.

10. Pan de cada día, palabra de Dios. Eucaristía. Pero este pan, carísimos, con el que se llena el vientre, con el que se refuerza la carne cada día; este pan, pues, veis que Dios lo da, no solo a sus alabadores, sino también a los blasfemos: que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). Alabas, te alimenta: blasfemas, te alimenta. Para que hagas penitencia, te espera: pero si no cambias, te condena. Porque este pan lo reciben de Dios tanto los buenos como los malos, ¿piensas que no hay algún pan que piden los hijos, del que decía el Señor en el Evangelio: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Mat. XV, 26)? Claro que lo hay. ¿Cuál es este pan? ¿Y por qué se llama de cada día? Y este es necesario: pues sin él no podemos vivir; sin pan no podemos. Es impudencia pedir a Dios riquezas: no es impudencia pedir pan de cada día. Una cosa es de lo que te enorgulleces, otra cosa es de lo que vives. Sin embargo, porque este pan visible y tangible se da tanto a buenos como a malos; hay un pan de cada día que piden los hijos. Es la palabra de Dios, que se nos distribuye cada día. Nuestro pan de cada día es: de él viven no los vientres, sino las mentes. Es necesario para nosotros incluso ahora, obreros en la viña; es alimento, no recompensa. Al obrero le debe dos cosas quien lo contrata para la viña, alimento, para que no desfallezca; y recompensa, para que se regocije. Nuestro alimento de cada día en esta tierra es la palabra de Dios, que siempre se distribuye a las Iglesias: nuestra recompensa después del trabajo se llama vida eterna. Nuevamente, en este nuestro pan de cada día, si entiendes lo que los fieles reciben, lo que recibiréis los bautizados; bien rogamos y decimos, Danos hoy nuestro pan de cada día: para que vivamos de tal manera que no nos separemos de ese altar.

CAPÍTULO VII.

11. Quinta petición. Todos aquí somos deudores. Pecados cotidianos de los bautizados. — Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y esta petición no necesita explicación porque pedimos por nosotros. Pues pedimos que se nos perdonen las deudas. Somos deudores, no de dinero, sino de pecados. Dices ahora tal vez: ¿Y vosotros? Respondemos: Y nosotros. ¿Y vosotros, obispos santos, sois deudores? Y nosotros somos deudores. ¿Y vosotros? No, señor, no te hagas daño. No me hago daño, sino que digo la verdad: somos deudores. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Y hemos sido bautizados, y somos deudores. No porque haya quedado algo que no nos haya sido perdonado en el Bautismo: sino porque viviendo contraemos algo que debe ser perdonado cada día. Los que son bautizados y salen, ascienden sin deuda, continúan sin deuda. Pero los que son bautizados y

permanecen en esta vida, de la fragilidad mortal contraen algo, de modo que, aunque no naufraguen, sin embargo, es necesario que sean achicados. Porque si no se achica, poco a poco entra lo que hace que toda la nave se hunda. Y orar es achicar. No solo debemos orar, sino también hacer limosnas: porque cuando se achica para que la nave no se hunda, se actúa tanto con voces como con manos. Actuamos con voces, cuando decimos, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Actuamos con manos, cuando hacemos, Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin techo introduce en tu casa (Isaías LVIII, 29). Incluye la limosna en el corazón del pobre, y ella intercederá por ti ante el Señor (Eclesiástico XXIX, 15).

CAPÍTULO VIII.

12. Purificación de los pecados cotidianos. No despreciar los pecados pequeños, porque son muchos. Habiendo sido perdonados, pues, todos los pecados por el baño de la regeneración, estaríamos en grandes angustias si no se nos diera la purificación diaria de la santa oración. Las limosnas y las oraciones purifican los pecados; solo que no se cometan tales cosas, por las cuales sea necesario separarnos del pan de cada día; evitando las deudas, a las que se debe una condenación cierta y severa. No os llaméis justos, como si no tuvierais de qué decir, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Absteniéndoo de la idolatría, de las constelaciones de los matemáticos, de los remedios de los encantadores; absteniéndoo de los engaños de los herejes, de las divisiones de los cismáticos; absteniéndoo de los homicidios, de los adulterios y fornicaciones, de los robos y saqueos, de los falsos testimonios; y si acaso hay otras cosas, no digo que tengan salidas mortales, por las cuales sea necesario ser cortados del altar, y ser atados en la tierra para ser atados en el cielo, muy peligrosas y mortales, a menos que se desate en la tierra lo que se desate en el cielo: exceptuando, pues, estas, no falta de qué el hombre peque. Lo que no debe ver con gusto, peca. ¿Y quién puede controlar la velocidad del ojo? Pues se dice que el ojo recibió su nombre de la velocidad. ¿Quién puede controlar el oído o el ojo? Los ojos, cuando quieras, pueden cerrarse, y se cierran rápidamente: los oídos los cierras con esfuerzo, levantas la mano, llegas a ellos: y si alguien te sujeta las manos, están abiertos; ni puedes cerrarlos contra palabras maldicientes, impuras, halagadoras y engañosas. Cuando escuchas algo que no debes, aunque no lo hagas, ¿no pecas con el oído? Escuchas algo malo con gusto. La lengua mortal, ¿cuántos pecados comete? A veces tales, que el hombre sea separado del altar. A ella pertenece la materia de las blasfemias: y también se dicen muchas cosas vanas, que no tienen que ver con el asunto. Que la mano no haga nada malo; que el pie no corra hacia algo malo; que el ojo no se dirija a la lascivia; que el oído no se abra con gusto a la impureza; que la lengua no se mueva a lo que no conviene: di, ¿quién controla los pensamientos?

CAPÍTULO IX.

Hermanos míos, a menudo oramos, y pensamos en otra cosa, como si olvidáramos ante quién estamos, o ante quién estamos postrados. Si todas estas cosas se juntan contra nosotros, ¿acaso no nos oprimen porque son pequeñas? ¿Qué importa si te oprime el plomo o la arena? El plomo es una masa, la arena son granos pequeños, pero en cantidad te oprimen. Son pequeños los pecados: ¿no ves que de gotas pequeñas se llenan los ríos, y se arrastran los fondos? Son pequeños, pero son muchos.

13. Pacto de perdonar deudas. Por lo tanto, digamos cada día; y digámoslo de corazón verdadero, y hagamos lo que decimos: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Hacemos un pacto con Dios, un acuerdo y un compromiso.

Esto te dice el Señor tu Dios: Perdona, y perdono. No perdonaste: tú te retienes contra ti, no yo. Sin embargo, carísimos hijos míos, porque sé lo que os conviene en la oración dominical, y especialmente en toda esta oración la sentencia, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: escuchadme. Seréis bautizados, perdonad todo: cada uno lo que tenga contra alguien en su corazón, perdónelo de corazón. Entrad así, y estad seguros de que se os perdonará todo lo que habéis contraído, tanto al nacer de vuestros padres según Adán con el pecado original, por el cual pecado corréis con los pequeños a la gracia del Salvador, como todo lo que habéis añadido viviendo, con palabras, hechos, pensamientos, todo será perdonado: y saldréis de allí como del rostro de vuestro Señor, con la seguridad de todas las deudas.

CAPÍTULO X.

14. Exhorta al amor de los enemigos. Ya por aquellos pecados cotidianos, de los que he hablado, porque es necesario que digáis, como una purificación diaria, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; ¿qué haréis? Tenéis enemigos: ¿quién vive en esta tierra sin tener enemigo? Atended a vosotros mismos, amadlos. De ninguna manera puede hacerte tanto daño un enemigo furioso, como te haces daño a ti mismo si no amas a tu enemigo. Pues él puede hacer daño a tu villa, o a tu ganado, o a tu casa, o a tu siervo, o a tu sierva, o a tu hijo, o a tu esposa; o, en el peor de los casos, si se le da poder, a tu carne. ¿Acaso, como tú, a tu alma? Extiéndete hacia esta perfección, carísimos, os exhorto. Pero, ¿acaso yo os lo he dado? Él os lo ha dado, a quien decís, Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Sin embargo, no os parezca imposible: yo sé, yo conozco, yo he probado que hay cristianos que aman a sus enemigos. Si os parece imposible, no lo hagáis. Primero creed que puede hacerse: y orad para que se haga en vosotros la voluntad de Dios. Pues, ¿de qué te sirve el mal de tu enemigo? Si no tuviera ningún mal, tampoco sería tu enemigo. Deséale el bien, que termine sus males, y no será tu enemigo. Pues no es enemiga para ti la naturaleza humana en él, sino la culpa. ¿Acaso es enemigo tuyo porque tiene alma y carne? Esto es lo que tú eres: tienes alma, él tiene alma; tienes carne, él tiene carne. Es consustancial a ti: hechos de la misma tierra sois; animados por el Señor. Él es lo que tú eres: mira a tu hermano. Nuestros primeros dos padres eran, Adán y Eva; él padre, ella madre: por lo tanto, nosotros hermanos. Omitamos el primer origen: Dios padre, Iglesia madre: por lo tanto, nosotros hermanos. Pero mi enemigo es pagano, es judío, es hereje; y de lo que ya dije, Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Oh Iglesia, tu enemigo es pagano, judío, hereje: es tierra. Si eres cielo, invoca al Padre que está en los cielos, y ora por tus enemigos: porque también Saulo era enemigo de la Iglesia; así se oró por él, se hizo amigo. No solo dejó de ser perseguidor, sino que trabajó para ser ayudante. Y si buscas la verdad, se oró contra él: pero contra su malicia, no su naturaleza. Ora también tú contra la malicia de tu enemigo: que ella muera, y él viva. Pues si muere tu enemigo, como si carecieras de enemigo, pero tampoco encontraste amigo. Pero si muere su malicia: perdiste al enemigo, y encontraste al amigo.

CAPÍTULO XI.

15. Amar a los enemigos es propio de pocos, pero sin embargo, todos deben hacerlo. Aún decís: ¿Quién puede? ¿Quién lo ha hecho? Que Dios lo haga en vuestros corazones. Y yo sé, pocos lo hacen, son grandes quienes lo hacen, los espirituales lo hacen. ¿Acaso todos los fieles que se acercan al altar en la Iglesia, tomando el cuerpo y la sangre de Cristo, son así? ¿Acaso todos son así? Y sin embargo, todos dicen: Perdona nuestras deudas, así como

nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si Dios les respondiera: ¿Qué me pedís que haga lo que prometí, cuando vosotros no hacéis lo que mandé? ¿Qué prometí? Perdonar vuestras deudas. ¿Qué mandé? Que también vosotros perdonéis a vuestros deudores. ¿Cómo podéis hacer esto, si no amáis a los enemigos? ¿Qué haremos entonces, hermanos? ¿Se reducirá el rebaño de Cristo a tan pocos? Si solo aquellos deben decir: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, quienes aman a los enemigos; no sé qué hacer, no sé qué decir. ¿Os diré: Si no amáis a vuestros enemigos, no oréis? No me atrevo: más bien, orad para que los améis. Pero, ¿acaso os diré: Si no amáis a vuestros enemigos, no digáis en la oración del Señor: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores? Supongamos que digo: No lo digáis. Si no lo decís, no se os perdonará: si lo decís y no lo hacéis, no se os perdonará. Por lo tanto, debe decirse y hacerse, para que se os perdone.

CAPÍTULO XII.

16. Al menos al enemigo que pide perdón, se le debe conceder. Veo algo con lo que puedo consolar no a la escasez cristiana, sino a la multitud: y sé que deseáis escuchar esto. Perdonad, para que se os perdone, dijo Cristo (Lucas VI, 37). Y vosotros, ¿qué decís en la oración? De lo que ahora tratamos: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Así perdona, Señor, como nosotros perdonamos. Esto dices: Así perdona, Padre, que estás en los cielos, nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Esto es lo que debéis hacer: si no lo hacéis, pereceréis. Cuando el enemigo pide perdón, perdonad de inmediato. ¿Y esto es mucho para vosotros? ¿Era mucho para ti amar al enemigo que te atacaba? ¿Es mucho para ti amar al hombre que te suplica? ¿Qué dices? Te atacaba, y lo odiabas. Hubiera preferido que ni siquiera entonces lo odiaras: hubiera preferido que entonces, cuando sufrías al que te atacaba, recordaras al Señor diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Por lo tanto, desearía mucho que incluso en ese momento, cuando el enemigo te atacaba, miraras a tu Señor Dios diciendo estas cosas. Pero tal vez dirás: Lo hizo él, pero como Señor, porque es Cristo, porque es el Hijo de Dios, porque es el Unigénito, porque es el Verbo hecho carne. ¿Qué soy yo, un hombre malo e inválido? Si tu Señor es demasiado para ti, piensa en tu compañero siervo. El santo Esteban era apedreado: y entre las piedras, con la rodilla doblada, oraba por sus enemigos, y dijo: Señor, no les tomes en cuenta este pecado (Hechos VII, 59). Ellos lanzaban piedras, no pedían perdón: y él oraba por ellos. Quiero que seas así: extiéndete. ¿Por qué siempre arrastras tu corazón en la tierra? Escucha, Arriba el corazón: extiéndete, ama a los enemigos. Si no puedes amar al que te ataca, al menos ama al que te suplica. Ama al hombre que te dice: Hermano, he pecado, perdóname. Entonces, si no perdonas, no digo que borres la oración de tu corazón; sino que serás borrado del libro de Dios.

CAPÍTULO XIII.

17. Disciplina sin odio. Negar el perdón al enemigo no le hace daño a él, sino a uno mismo. Pero si al menos entonces perdonas, si entonces de corazón dejas el odio: digo que dejes el odio de tu corazón, no la disciplina. ¿Qué si el que pide perdón debe ser castigado por mí? Haz lo que quieras: creo que amas a tu hijo incluso cuando lo castigas. No te preocupan las lágrimas del que recibe el castigo; porque le guardas la herencia. Yo digo esto, que dejes el odio de tu corazón, cuando el enemigo te pide perdón. Pero tal vez dices: Miente, finge. Oh juez del corazón ajeno, dime los pensamientos de tu padre, dime los tuyos de ayer. Ruega, pide perdón: perdona, perdona completamente. Si no perdonas, no le haces daño a él, sino a ti mismo. Pues él sabe lo que va a hacer. No quieres perdonar a tu compañero siervo: irá a

nuestro Señor, y le dirá: Señor, rogué a mi compañero siervo que me perdonara, y no quiso perdonarme; tú perdóname. ¿Acaso no puede el Señor perdonar la deuda de su siervo? Él, habiendo recibido el perdón del Señor, se va absuelto, tú permaneces atado. ¿Cómo atado? Vendrá el tiempo de la oración, vendrá el momento de decir: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: te responderá el Señor: Siervo malvado, cuando me debías tanto, me rogaste, y te perdoné; ¿no debías tú también tener misericordia de tu compañero siervo, como yo tuve misericordia de ti? (Mateo XVIII, 32, 33). Estas palabras son del Evangelio, no de mi corazón. Pero si, al ser rogado, perdonas al que pide perdón, ya puedes decir esta oración. Y si aún no eres capaz de amar al que te ataca, sin embargo, puedes decir esta oración: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Pasemos a lo siguiente.

18. Sexta petición.---Y no nos dejes caer en la tentación. Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, decimos por los pecados pasados, que no podemos hacer que no hayan sido hechos. Puedes actuar para no hacer lo que hiciste: ¿qué haces para que no se haya hecho lo que hiciste? Por lo que ya se ha hecho, esta sentencia de la oración te ayuda: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Por lo que puedes caer, ¿qué harás? No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal; esto es, de la misma tentación.

CAPÍTULO XIV.

19. Tres peticiones miran a la vida eterna, y tres a las necesidades de esta vida. Y serán aquellas tres peticiones: Santificado sea tu nombre. Venga tu reino, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: estas tres peticiones son por la vida humana. Pues siempre debe ser santificado en nosotros el nombre de Dios, siempre debemos estar en su reino, siempre debemos hacer su voluntad. Esto será eterno. El pan de cada día es necesario ahora. Desde este punto, las demás cosas que oramos, pertenecen a la necesidad de la vida presente. El pan de cada día es necesario en esta vida; que se nos perdonen las deudas es necesario en esta vida. Pues cuando llegemos a aquella, terminaremos las deudas. En esta tierra hay tentación, en esta tierra se navega peligrosamente, en esta tierra por las grietas de las fragilidades entra algo que debe ser achicado. Pero cuando seamos iguales a los ángeles de Dios, lejos de nosotros estará decir, lejos de nosotros estará rogar a Dios que perdone nuestras deudas, que no habrá. Aquí, pues, el pan de cada día, aquí para que se nos perdonen las deudas, aquí para que no entremos en tentación; porque en aquella vida no entra la tentación: aquí para que seamos librados del mal; porque en aquella vida no habrá mal, sino que permanecerá el bien eterno.

SERMON LVII. Nuevamente sobre el capítulo VI, 9-13 de Mateo, sobre la oración del Señor, para los Catecúmenos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Primero el Símbolo, luego la Oración. El orden de vuestra edificación es que aprendáis primero qué creer, y luego qué pedir. Pues así dice el Apóstol: Será: todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo. Este testimonio lo puso el bienaventurado Pablo del profeta: porque fueron predichos por el profeta estos tiempos, cuando todos invocarían a Dios: Quien invoque el nombre del Señor, será salvo. Y añadió: ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Cómo oirán sin alguien que predique? ¿O cómo predicarán si no son enviados? (Joel II, 32; Rom. X, 13-15). Fueron

enviados, pues, los predicadores, predicaron a Cristo. Al predicar ellos, los pueblos oyeron, al oír creyeron, al creer invocaron. Porque, por tanto, se dijo recta y verdaderamente: ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? por eso primero aprendisteis qué creer: hoy aprendisteis a invocar a aquel en quien creísteis.

CAPÍTULO II.

2. El Hijo de Dios quiso que fuéramos sus hermanos. El Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, nos enseñó la oración: y siendo él el Señor, como recibisteis y devolvisteis en el Símbolo, el Hijo único de Dios, sin embargo, no quiso ser uno solo. Es único, y no quiso ser uno solo: se dignó tener hermanos. ¿A quiénes dice: Decid, Padre nuestro, que estás en los cielos? ¿A quién quiso que llamáramos nuestro Padre, sino a su Padre? ¿Acaso nos envidió? Los padres a veces, cuando han engendrado un hijo, dos, tres; ya temen engendrar más, para no hacer mendigar a los otros. Pero como tal es la herencia que nos promete, que muchos la obtienen, y nadie sufre estrechez; por eso en su fraternidad llamó a los pueblos de las naciones, y el Único tiene innumerables hermanos que dicen: Padre nuestro que estás en los cielos. Lo dijeron aquellos que fueron antes de nosotros: lo dirán los que vendrán después de nosotros. Ved cuántos hermanos tiene el Único en su gracia, compartiendo con ellos la herencia, por quienes sufrió la muerte. Teníamos padre y madre en la tierra, para nacer a trabajos y muerte: encontramos otros padres, Dios Padre y la madre Iglesia, de quienes nacemos a la vida eterna. Pensemos, carísimos, de quién hemos comenzado a ser hijos: y vivamos de tal manera, como conviene a quienes tienen tal Padre. Ved, porque nuestro Creador se dignó ser nuestro Padre.

CAPÍTULO III.

3. Qué pedir al Padre. Hemos oído a quién debemos invocar, con qué esperanza de herencia eterna hemos comenzado a tener al Padre en los cielos: escuchemos qué debemos pedirle. ¿A tal Padre qué le pediremos? ¿Acaso no le pedimos hoy y ayer y anteayer la lluvia? Nada grande es lo que hemos pedido a tal Padre: y sin embargo, veis con cuánto gemido, con cuánto deseo pedimos la lluvia, cuando se teme la muerte, y se teme lo que nadie puede evitar. Pues todo hombre más pronto o más tarde morirá: y gemimos, rogamos, sufrimos dolores, clamamos a Dios, para morir un poco más tarde. ¿Cuánto más debemos clamar a él, para llegar donde nunca moriremos?

CAPÍTULO IV.

4. Primera petición. Por eso, Santificado sea tu nombre, se ha dicho. Esto también lo pedimos a él, que su nombre sea santificado en nosotros: pues siempre es santo. ¿Cómo se santifica su nombre en nosotros, sino cuando nos hace santos? Pues nosotros fuimos no santos, y por su nombre somos hechos santos: pero él siempre santo, y su nombre siempre santo. Rogamos por nosotros, no por Dios. Pues no deseamos bien a Dios, a quien nada malo puede sucederle alguna vez. Sino que deseamos bien para nosotros, que su santo nombre sea santificado: que siempre es santo, sea santificado en nosotros.

CAPÍTULO V.

5. Segunda petición. Venga tu reino. Pidamos, no pidamos, ha de venir. Dios tiene un reino eterno. ¿Cuándo no ha reinado? ¿Cuándo comenzó a reinar? Cuando su reino no tiene principio, ni tendrá fin. Pero para que sepáis que también esto lo oramos por nosotros, no por

Dios (pues no decimos así, Venga tu reino, como deseando que Dios reine); nosotros seremos su reino, si creyendo en él progresamos en él. Todos los fieles redimidos por la sangre de su Único, serán su reino. Pero vendrá ese reino, cuando se haga la resurrección de los muertos: entonces vendrá él. Y cuando los muertos resuciten, los dividirá, como él mismo dice, y pondrá a unos a la derecha, a otros a la izquierda. Dirá a los que estén a la derecha: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino. Esto es lo que deseamos y rogamos, cuando decimos: Venga tu reino, que venga a nosotros. Pues si somos reprobos, ese reino vendrá a otros, no a nosotros. Pero si estamos en ese número, que pertenecen a los miembros de su unigénito Hijo, el reino vendrá a nosotros: y no tardará. ¿Acaso quedan tantos siglos, como han pasado? El apóstol Juan dijo: Hijitos, es la última hora (I Juan II, 18). Pero para ese gran día, la hora es larga: y esa última hora ved cuántos años lleva. Sin embargo, que os sea como quien vigila, duerme, se levanta y reina. Ahora vigilemos, en la muerte dormiremos, al final resucitaremos, sin fin reinaremos.

CAPÍTULO VI.

6. Tercera petición. La interpretación de esta petición es múltiple.---Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Tercero pedimos, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Y esto lo deseamos para nosotros. Pues la voluntad de Dios necesariamente se hará. La voluntad de Dios es que los buenos reinen, los malos sean condenados. ¿Acaso puede no hacerse esta voluntad? Pero, ¿qué deseamos para nosotros, cuando decimos: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo? Escuchad. Pues esta petición puede entenderse de muchas maneras, y muchas cosas deben pensarse en esta petición; cuando rogamos a Dios: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Como no te ofenden tus ángeles, así no te ofendamos nosotros. De nuevo, ¿cómo se entiende: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo? Todos los santos Patriarcas, todos los Profetas, todos los Apóstoles, todos los espirituales son como el cielo para Dios: nosotros, en comparación con ellos, somos tierra. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: como en ellos, así en nosotros. También, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. La Iglesia de Dios es el cielo, sus enemigos son la tierra. Deseamos bien a nuestros enemigos, para que también ellos crean, y se hagan cristianos: y se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo. También, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Nuestro espíritu es el cielo, la carne es la tierra, como se renueva nuestro espíritu creyendo, así se renueve la carne resucitando: y se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo. También, nuestra mente con la que vemos la verdad, y nos deleitamos en la misma verdad, es el cielo. He aquí el cielo: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. ¿Qué es la tierra? Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente (Rom. VII, 22, 23). Cuando pase esta lucha, y se haga plena la concordia de la carne y el espíritu, se hará la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo. Cuando decimos esta petición, pensemos en todas estas cosas, y pidamos todas estas cosas al Padre. Pero todas estas cosas, carísimos, las tres que hemos dicho, estas tres peticiones pertenecen a la vida eterna. Pues que se santifique en nosotros el nombre de nuestro Dios, será eterno. Que venga su reino, donde viviremos siempre, será eterno. Que se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo, de todas las maneras que he expuesto, será eterno.

CAPÍTULO VII.

7. Cuarta petición. El pan de cada día es doble, corporal y espiritual. Eucaristía. Sermones, lecturas e himnos sagrados, pan de cada día. Quedan peticiones para esta vida de nuestra peregrinación: por eso sigue, Danos hoy nuestro pan de cada día. Da lo eterno, da lo

temporal. Prometiste el reino, no niegues el sustento. Darás en tu presencia el ornamento eterno, da en la tierra el alimento temporal. Por eso cada día, por eso hoy, es decir, en este tiempo. Cuando pase esta vida, ¿acaso pediremos el pan de cada día? Pues entonces no se llamará cada día; sino hoy. Ahora se llama cada día, cuando pasa un día, y viene otro día. ¿Acaso se llamará cada día, cuando haya un día eterno? Ciertamente, esta petición del pan de cada día debe entenderse de dos maneras: ya sea por la necesidad del sustento carnal, o también por la necesidad del alimento espiritual. La necesidad del alimento carnal, por el sustento diario, sin el cual no podemos vivir. El sustento es también el vestido, pero se entiende el todo por la parte. Cuando pedimos pan, recibimos todo. También conocen el alimento espiritual los fieles, que vosotros también conoceréis, recibiréis del altar de Dios. El pan será también de cada día, necesario para esta vida. ¿Acaso recibiremos la Eucaristía, cuando lleguemos a Cristo mismo, y comencemos a reinar con él eternamente? Por lo tanto, la Eucaristía es nuestro pan de cada día: pero recibámoslo de tal manera, que no solo nos alimentemos con el vientre, sino también con la mente. Pues la misma virtud que allí se entiende, es la unidad, para que, reducidos a su cuerpo, hechos sus miembros, seamos lo que recibimos. Entonces será verdaderamente nuestro pan de cada día. Y lo que os trato, es pan de cada día: y lo que en la Iglesia escucháis lecturas cada día, es pan de cada día: y lo que escucháis y decís himnos, es pan de cada día. Pues estas cosas son necesarias para nuestra peregrinación. ¿Acaso cuando lleguemos allí, escucharemos un código? Veremos el mismo Verbo, escucharemos el mismo Verbo, comeremos el mismo Verbo, beberemos el mismo Verbo, como los ángeles ahora. ¿Acaso los ángeles necesitan códigos, o disputadores, o lectores? De ninguna manera. Viendo leen: pues ven la misma Verdad, y se sacian de esa fuente, de la que nosotros somos rociados. Se ha dicho, pues, del pan de cada día; porque en esta vida nos es necesaria esta petición.

CAPÍTULO VIII.

8. Quinta petición.---Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¿Acaso es necesaria esta petición sino aquí? Pues allí no tendremos deudas. ¿Qué son las deudas sino pecados? He aquí que seréis bautizados, todos vuestros pecados serán borrados allí: no quedará ninguno en absoluto. Si alguna vez habéis hecho, dicho, deseado o pensado algo malo, todo será borrado. Y sin embargo, si en esta vida posterior hubiera seguridad, no aprenderíamos tal oración, donde diríamos, Perdona nuestras deudas. Pero ciertamente hagamos lo que sigue, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Por tanto, vosotros que estáis a punto de recibir la plena indulgencia de vuestras deudas, aseguraos de no guardar nada en vuestros corazones contra otro, para que procedáis seguros de allí, como libres y absueltos de todas las deudas; y no comencéis a querer vengaros de vuestros enemigos, que antes os hicieron injurias. Perdonad, como se os perdona. Dios no ha hecho injuria a nadie, y sin embargo perdona a quien no le debe nada. ¿Cómo debe perdonar aquel a quien se le perdona, cuando Él perdona todo, quien no debe nada que deba ser perdonado?

CAPÍTULO IX.

9. Sexta petición. Doble tentación. Cuando Dios abandona, el tentador posee de inmediato. Las concupiscencias permanecen después del Bautismo.---No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. ¿Acaso será necesario esto en aquella vida? No se dice, No nos dejes caer en la tentación, sino donde puede haber tentación. Leemos en el libro de Job, ¿Acaso no es la vida humana sobre la tierra una tentación? (Job VII, 1). ¿Qué pedimos entonces?

Escuchad. El apóstol Santiago dice, Nadie, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios (Santiago I, 13). Llamó a esta tentación mala, por la cual uno es engañado y sometido al diablo; a esa la llamó tentación. Hay otra tentación, que se llama prueba: de esa tentación está escrito, El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si le amáis (Deut. XIII, 3). ¿Qué significa, para saber? Para haceros saber: pues Él ya lo sabe. En esa tentación en la que uno es engañado y seducido, Dios no tienta a nadie: pero ciertamente, en su juicio alto y oculto, abandona a algunos. Cuando Él abandona, el tentador encuentra qué hacer. No encuentra un luchador contra él, sino que de inmediato se presenta como poseedor, si Dios abandona. Para que no nos abandone, decimos, No nos dejes caer en la tentación. Porque cada uno es tentado, dice el mismo apóstol Santiago, por su propia concupiscencia, que lo arrastra y seduce: luego la concupiscencia, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte (Santiago I, 14 y 15). ¿Qué nos enseñó? A luchar contra nuestras concupiscencias. Pues en el santo Bautismo se os perdonarán los pecados: las concupiscencias permanecerán, con las que, regenerados, debéis luchar. Queda, pues, el conflicto en vosotros mismos. Ningún enemigo debe ser temido desde fuera: vence a ti mismo, y el mundo está vencido. ¿Qué te hará el tentador externo, ya sea el diablo o el ministro del diablo? Cualquiera que proponga una ganancia para seducirte, que no encuentre avaricia en ti: ¿qué hace el proponente de la ganancia? Pero si se encuentra avaricia en ti, al ver la ganancia te enciendes, y caes en el lazo de la trampa. Pero si no encuentra avaricia en ti, la trampa extendida queda inútil. El tentador te propone una mujer bellísima: si hay castidad dentro, la iniquidad externa es vencida. Para que no te atrape la belleza propuesta de una mujer ajena, lucha con tu lujuria interior. No sientes a tu enemigo, pero sientes tu concupiscencia. No ves al diablo, pero ves lo que te deleita. Vence dentro lo que sientes. Lucha, lucha; porque quien te regeneró es juez: propuso la lucha, prepara la corona. Pero porque sin duda serás vencido si no tienes su ayuda, si te abandona; por eso propones en la Oración, No nos dejes caer en la tentación. La ira del juez ha entregado a algunos a sus concupiscencias: y dice el Apóstol, Dios los entregó a la concupiscencia de sus corazones (Rom. I, 24). ¿Cómo los entregó? No forzándolos, sino abandonándolos.

CAPÍTULO X.

10. Liberación del mal.---Líbranos del mal: puede pertenecer a la misma sentencia. Así es, para que entiendas una sentencia, No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. Por eso añadió mas: para mostrar que todo esto pertenece a una sola sentencia, No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. ¿Cómo? Propondré cada una: No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. Al liberarnos del mal, no nos deja caer en la tentación: al no dejarnos caer en la tentación, nos libera del mal.

CAPÍTULO XI.

11. Gran tentación, horrible tentación, querer vengarse. Gran tentación es, carísimos, gran tentación en esta vida, cuando se tienta aquello nuestro, por lo cual merecemos el perdón, si en algún lugar tentados hemos caído. Horrible tentación es, cuando se nos quita aquello por lo cual podemos ser sanados de las heridas de otras tentaciones. Sé que aún no habéis entendido: prestad atención, para que entendáis. Supón que la avaricia tienta, alguien ha sido vencido (porque incluso un buen luchador a veces es herido en una sola tentación): la avaricia ha vencido al hombre, incluso al buen luchador; y ha hecho algo avaro. La lujuria ha pasado, no ha llevado al estupro, no ha llegado al adulterio. Pues cuando eso ha sido, incluso del adulterio el hombre debe ser prohibido. Pero vio a una mujer para desearla, pensó algo más deleitable de lo que debía; recibió la lucha, incluso el mejor luchador fue golpeado: pero no

consintió, repelió el movimiento lascivo, lo castigó con la amargura del dolor, lo repelió y venció. Sin embargo, por el mismo hecho de haber caído, tiene de dónde decir, Perdona nuestras deudas. Así de todas las demás tentaciones, es difícil que no haya de dónde decir, Perdona nuestras deudas. ¿Cuál es entonces esa, que he mencionado, horrible tentación, molesta, tremenda, que debe ser evitada con todas las fuerzas, con toda virtud? ¿Cuál es esa? Cuando se trata con nosotros, para que nos vengamos. La ira se exagera; y el hombre se enfurece por vengarse: horrible tentación. Pues de donde ibas a recibir el perdón por los demás delitos, lo pierdes. Si habías pecado con otros sentidos, con otras pasiones, de aquí ibas a ser sanado, porque ibas a decir, Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Quien te incita a vengarte, te hará perder lo que ibas a decir, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdido eso, todo quedará retenido: en absoluto nada será perdonado.

CAPÍTULO XII.

12. Recomendación de la caridad hacia los enemigos. Deudas cotidianas. Conociendo el Señor, nuestro Maestro y Salvador, esta peligrosa tentación en esta vida, cuando nos enseñó en esta Oración seis o siete peticiones, no asumió ninguna para tratar, y que nos recomendara con más vehemencia, sino esta sola. ¿Acaso no dijimos, Padre nuestro, que estás en los cielos, y lo demás que sigue? ¿Por qué después de terminar la Oración no nos trató algo de allí, ya sea lo que puso al principio, o lo que concluyó al final, o lo que colocó en medio? Pues si no se santifica en vosotros el nombre de Dios, o si no pertenecéis al reino de Dios, o si no se hace en vosotros la voluntad de Dios como en el cielo, o si Dios no os guarda para que no entréis en tentación: ¿por qué nada de esto? ¿Pero qué? En verdad os digo, que si perdonáis los pecados a los hombres (Mat. VI, 14): por aquello, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Omitiendo todas las peticiones que nos enseñó, esa principalmente nos enseñó. No era necesario recomendar mucho aquellas, en las que si hay pecado, se reconozca de dónde curarse: se debe recomendar, en lo que si pecas, no hay de dónde sanar lo demás. Pues esto debes decir, Perdona nuestras deudas. ¿Qué deudas? No falta: somos humanos. Hablé un poco más de lo que debía, dije algo que no debía, reí más de lo que debía, bebí más de lo que debía, comí más de lo que debía, escuché con gusto lo que no debía, vi con gusto lo que no debía, pensé con gusto lo que no debía: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Estás perdido, si pierdes esto.

CAPÍTULO XIII.

13. Exhortación. Mirad, hermanos míos; mirad, hijos míos; mirad, hijos de Dios; mirad, porque os digo. Luchad con vuestro corazón, tanto como podáis. Y si veis que vuestra ira se levanta contra vosotros, rogad a Dios contra ella: que Dios te haga vencedor de ti mismo; que Dios te haga vencedor, no de tu enemigo externo, sino de tu enemigo interno, de tu alma. Él estará presente y lo hará. Quiere más que le pidamos esto, que la lluvia. Veis, carísimos, cuántas peticiones nos enseñó el Señor Cristo, y apenas se encuentra una que suene sobre el pan cotidiano: para que todo lo que pensamos, lo pensemos por la vida futura. Pues, ¿qué tememos que no nos provea aquel que prometió, y dijo: Buscad primero el reino y la justicia de Dios, y todo esto se os dará por añadidura? Pues vuestro Padre sabe que necesitáis estas cosas antes de que se las pidáis. Buscad primero el reino y la justicia de Dios, y todo esto se os dará por añadidura (Mat. VI, 33, 32, 8). Pues muchos también fueron tentados por el hambre, y encontraron oro, y no fueron abandonados por Dios. Perecerían de hambre, si el pan interior cotidiano abandonara su corazón. A ese principalmente debemos tener hambre. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Id. V,

6). Pero puede mirar misericordiosamente nuestra debilidad, y vernos, como se ha dicho: Recuerda que somos polvo (Sal. CII, 14). Quien hizo al hombre del polvo y le dio vida, por esta creación dio a su Único a la muerte. ¿Cuánto nos ama, quién puede explicarlo, quién puede siquiera pensarlo dignamente?

SERMON LVIII. También sobre el capítulo VI, 9-13 de Mateo, sobre la oración del Señor, a los Competentes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Símbolo y la oración del Señor. Habéis entregado el Símbolo, en el cual está contenida brevemente la fe. Ya os dije antes, lo que dice el apóstol Pablo, ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? (Rom. X, 14). Porque ya habéis recibido, retenido y entregado cómo se debe creer en Dios: recibid hoy cómo se debe invocar a Dios. El mismo Hijo, como habéis escuchado cuando se leía el Evangelio, enseñó a sus discípulos y a sus fieles esta Oración. Tenemos esperanza de obtener nuestra causa, cuando tal jurisconsulto nos dictó las Preces. El Asesor del Padre, como habéis confesado, que se sienta a la derecha del Padre: Él es nuestro abogado, quien será nuestro juez. Pues de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Retened, pues, también esta Oración, que entregaréis en ocho días. Pero cualquiera de vosotros que no haya entregado bien el Símbolo, tiene tiempo, reténgalo: porque el sábado, ante todos los que estén presentes, lo entregaréis, el último sábado, el día en que seréis bautizados. En ocho días a partir de hoy entregaréis esta Oración, que hoy habéis recibido.

CAPÍTULO II.

2. Un solo padre de todos. Cuyo comienzo es, Padre nuestro, que estás en los cielos. Hemos encontrado al Padre en los cielos: atendamos a cómo vivamos en la tierra. Pues así debe vivir quien ha encontrado tal Padre, para ser digno de llegar a su herencia. Decimos, sin embargo, en común, Padre nuestro. ¡Cuánta dignación! Esto lo dice el emperador, esto lo dice el mendigo; esto lo dice el siervo, esto lo dice su señor. Juntos dicen, Padre nuestro, que estás en los cielos. Entienden, pues, que son hermanos, cuando tienen un solo Padre. Pero no se desdeñe de tener por hermano a su siervo el señor, a quien el Señor Cristo quiso tener por hermano.

3. Primera y segunda petición.---Santificado sea tu nombre, decimos, Venga tu reino. La santificación del nombre de Dios es, por la cual nos hacemos santos. Pues su nombre siempre es santo. También deseamos que venga su reino: vendrá, aunque no queramos; pero desear y orar para que venga su reino, no es otra cosa que desear de Él, que nos haga dignos de su reino, no sea que, lo que Dios no quiera, venga, y no venga para nosotros. Pues a muchos no les vendrá, aunque vendrá. A aquellos les vendrá, a quienes se les dirá, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo. No vendrá a aquellos a quienes se les dirá, Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (Mat. XXV, 34, 41). Cuando decimos, Venga tu reino, oramos para que venga para nosotros. ¿Qué significa, para que venga para nosotros? Para que nos encuentre buenos. Esto, pues, oramos, para que nos haga buenos: entonces nos vendrá su reino.

CAPÍTULO III.

4. Tercera petición. Interpretación triple de esta petición. Añadimos, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Te sirven los ángeles en el cielo, sirvámosle nosotros en la

tierra. No te ofenden los ángeles en el cielo, no te ofendamos en la tierra. Como ellos hacen tu voluntad, así hagámosla nosotros. ¿Y qué oramos aquí, sino para que seamos buenos? Cuando hacemos la voluntad de Dios (pues Él sin duda hace la suya), entonces se hace su voluntad en nosotros. Y de otra manera bien entendemos, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Recibimos el precepto de Dios, y nos agrada, agrada a nuestra mente. Pues nos deleitamos en la ley de Dios según el hombre interior (Rom. VII, 22). Entonces se hace su voluntad en el cielo. Pues a nuestro espíritu se le compara con el cielo, y a nuestra carne con la tierra. ¿Qué significa, entonces, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo? Que como a nuestra mente le agrada tu mandato, así le consienta nuestra carne; y se quite la contienda de en medio, que describe el Apóstol: Pues la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). Cuando el espíritu desea contra la carne, ya se ha hecho su voluntad en el cielo: cuando la carne no desea contra el espíritu, ya se ha hecho su voluntad en la tierra. Habrá, sin embargo, plena concordia, cuando Él quiera: que haya lucha en el mundo, para que pueda haber victoria. También se puede entender bien así, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: que pongamos el cielo como la Iglesia, porque lleva a Dios; y la tierra como los infieles, a quienes se les dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19). Cuando, pues, oramos por nuestros enemigos, enemigos de la Iglesia, enemigos del nombre cristiano, oramos esto, para que se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo, es decir, como en tus fieles, así también en tus blasfemadores; para que todos se conviertan en cielo.

CAPÍTULO IV.

5. Cuarta petición. Pan cotidiano, sustento, Eucaristía. Palabra de Dios. Sigue, Danos hoy nuestro pan cotidiano. Puede entenderse simplemente que hacemos esta oración por el sustento diario, para que nos abunde; y si no abunda, no nos falte. Sin embargo, dijo cotidiano, mientras se llame hoy (Hebr. III, 13). Vivimos cada día, nos levantamos cada día, nos saciamos cada día, tenemos hambre cada día. Que nos dé el pan cotidiano. ¿Por qué no dijo también el vestido? Pues nuestro sustento está en la comida y la bebida, el vestido en la ropa y el techo. Que el hombre no desee más. Pues dice el Apóstol: Nada trajimos a este mundo; y tampoco podemos llevarnos nada: teniendo sustento y vestido, estemos contentos con esto (I Tim. VI, 7 y 8). Que perezca la avaricia, y la naturaleza es rica. Por tanto, si se refiere al sustento diario, porque también se entiende bien esto, que decimos, Danos hoy nuestro pan cotidiano; no nos sorprendamos, si al nombrar el pan se entienden las demás necesidades. Como cuando José invitó a sus hermanos: Aquellos hombres, dijo, hoy comerán pan conmigo (Gén. XLIII, 16). ¿Acaso solo iban a comer pan? Pero al solo pan se entendieron las demás cosas. Así cuando pedimos el pan cotidiano, pedimos todo lo que es necesario para nuestra carne en la tierra. Pero ¿qué dice el Señor Jesús? Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo esto se os dará por añadidura (Mat. VI, 33). También se entiende muy bien esto, Danos hoy nuestro pan cotidiano, tu Eucaristía, alimento diario. Pues los fieles saben lo que reciben, y es bueno para ellos recibir el pan cotidiano necesario para este tiempo. Ruegan por sí mismos, para que sean buenos, para que perseveren en la bondad y la fe y la vida buena. Esto desean, esto oran: porque si no perseveran en la vida buena, serán separados de ese pan. Por tanto, Danos hoy nuestro pan cotidiano, ¿qué significa? Que vivamos de tal manera que no seamos separados de tu altar. Y la palabra de Dios que se os abre cada día, y de alguna manera se parte, es pan cotidiano. Y así como aquel pan lo desean los estómagos, así este lo desean las mentes. Y por tanto, pedimos simplemente esto, y todo lo que es necesario para nuestra alma y nuestra carne en esta vida, se concluye en el pan cotidiano.

CAPÍTULO V.

6. Quinta petición. — Perdona nuestras deudas, decimos, y digamos; porque decimos la verdad. ¿Quién vive aquí en la carne y no tiene deudas? ¿Quién es el hombre que vive de tal manera que no necesite esta Oración? Puede inflarse, pero no justificarse. Es bueno para él imitar al publicano y no enorgullecerse como el fariseo, que subió al templo y alardeó de sus méritos, cubriendo sus heridas. Aquel sabía por qué subía, quien decía: Señor, ten piedad de mí, pecador (Lucas XVIII, 10-13). Esto lo enseñó el Señor Jesús: considerad, hermanos míos: esto enseñó el Señor Jesús a orar a sus discípulos, a aquellos grandes primeros Apóstoles suyos, nuestros arietes. Si, por tanto, los arietes oran por el perdón de sus pecados, ¿qué deben hacer los corderos, de quienes se ha dicho: Ofreced al Señor hijos de los arietes (Salmo XXVIII, 1)? Sabéis, pues, que en el Símbolo habéis mencionado la remisión de los pecados. Hay una remisión de los pecados que se da una vez; otra, que se da diariamente. La remisión de los pecados que se da una vez es en el santo Bautismo; otra, que se da mientras vivimos aquí, es en la oración dominical. Por eso decimos: Perdona nuestras deudas.

CAPÍTULO VI.

7. Sobre la misma petición. Y Dios ha establecido con nosotros un pacto y un acuerdo, un documento firme, para que digamos: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Quien quiera decir eficazmente: Perdona nuestras deudas; diga verdaderamente: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si lo que es posterior no lo dice, o lo dice falsamente; lo que es primero, lo dice en vano. Especialmente os decimos: Perdonad todo de vuestros corazones, vosotros que os acercáis al santo Bautismo. Y vosotros, fieles, que por esta ocasión escucháis esta Oración y nuestra exposición, perdonad todo lo que tengáis contra alguien en vuestros corazones: perdonad allí donde Dios ve. A veces el hombre perdona con la boca, pero retiene en el corazón: perdona con la boca por los hombres, y retiene en el corazón, sin temer los ojos de Dios. Perdonad completamente; lo que sea que hayáis retenido hasta estos días, al menos en estos días perdonad. No debió ponerse el sol sobre vuestra ira, y muchos soles han pasado. Que pase alguna vez también vuestra ira, ahora celebramos el día del gran sol: de aquel sol del que dice la Escritura: Para vosotros que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salud (Malaquías IV, 2). ¿Qué significa, en sus alas? En su protección. Por eso en el Salmo se dice: Protégeme bajo la sombra de tus alas (Salmo XVI, 8). Otros, sin embargo, que en el día del juicio serán penitentes tardíos y lamentándose infructuosamente, predichos por la Sabiduría, ¿qué dirán entonces haciendo penitencia y gimiendo por la angustia del espíritu? ¿De qué nos sirvió la soberbia? ¿Y qué nos aprovechó la jactancia de las riquezas? Todo eso pasó como una sombra. Y entre otras cosas: Erramos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no salió para nosotros (Sabiduría V, 3, 9). Aquel sol sale para los justos: pero este sol visible lo hace Dios salir cada día sobre buenos y malos (Mateo V, 45). A ver aquel sol pertenecen los justos: ahora en nuestros corazones habita este sol por la fe. Si, por tanto, te enojas; que no se ponga este sol en tu corazón sobre tu ira: No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efesios IV, 26); no sea que te enojas, y se ponga para ti el sol de justicia, y permanezcas en tinieblas.

CAPÍTULO VII.

8. Contra la ira y el odio. No penséis, sin embargo, que la ira no es nada. Se turbó, dice el profeta, mi ojo a causa de la ira. Ciertamente, quien tiene el ojo turbado, no puede ver el sol: y si intenta verlo, es un castigo para él, no un placer. ¿Qué es la ira? El deseo de venganza. Al

hombre le gusta vengarse; y aún no ha sido vengado Cristo, aún no han sido vengados los santos mártires. Todavía espera la paciencia de Dios para que se conviertan los enemigos de Cristo, se conviertan los enemigos de los mártires: ¿quiénes somos nosotros para buscar venganza? Si Dios la buscara de nosotros, ¿dónde quedaríamos? Aquel que no nos ha hecho daño, no quiere vengarse de nosotros: y nosotros buscamos vengarnos, cuando casi diariamente ofendemos a Dios. Por tanto, perdonad: perdonad de corazón. Estás enojado, no peques: Enojaos, pero no pequéis (Salmo IV, 5). Enojaos como hombres, si sois vencidos; y no pequéis, para que no retenáis la ira en el corazón (porque si la retenéis, la retenéis contra vosotros mismos), para que no entréis en aquella luz. Por tanto, perdonad. ¿Qué es la ira? El deseo de venganza. ¿Qué es el odio? Ira envejecida. Si la ira se ha envejecido, ya se llama odio. Lo que parece confesar aquel que, después de haber dicho: Se turbó mi ojo a causa de la ira; añadió: Envejecí entre todos mis enemigos (Salmo VI, 8). Lo que era ira, cuando era nueva, se ha convertido en odio; porque se ha convertido en vejez. La ira es una paja, el odio es una viga. A veces reprendemos al que se enoja, y retenemos el odio en el corazón; y Cristo nos dice: Ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu propio ojo (Mateo VII, 3). ¿De dónde creció la paja para hacer una viga? Porque no fue arrancada de inmediato. Porque permitiste que el sol saliera y se pusiera tantas veces sobre tu ira, la hiciste vieja; atrajiste malas sospechas, y regaste la paja, al regarla la nutriste, al nutrirla hiciste una viga. Teme al menos cuando se dice: Quien odia a su hermano es un homicida (1 Juan III, 15). No sacaste la espada, no hiciste una herida en la carne, no destrozaste el cuerpo con ninguna herida: solo el pensamiento del odio está en tu corazón, y eres considerado homicida; eres culpable ante los ojos de Dios. Él vive, y tú lo mataste. En cuanto a ti, mataste a quien odiaste. Corrígete, enmiéndate. Si en vuestras casas hubiera escorpiones o áspides, ¿cuánto trabajaríais para limpiar vuestras casas y poder habitar seguros? Os enojáis, y las iras se envejecen en vuestros corazones, se hacen tantos odios, tantas vigas, tantos escorpiones, tantas serpientes; y no queréis purgar la casa de Dios, vuestro corazón. Por tanto, haced lo que se ha dicho: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: y decid con seguridad: Perdona nuestras deudas. Porque sin deudas no podéis vivir en esta tierra. Pero hay otros grandes crímenes que es bueno que os sean perdonados en el Bautismo, y de los cuales siempre debéis estar alejados: otros son pecados cotidianos, sin los cuales el hombre no puede vivir aquí, por los cuales es necesaria la oración diaria, con su pacto, con su acuerdo: para que así como se dice alegremente: Perdona nuestras deudas; así se diga verdaderamente: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Luego hemos dicho esto sobre los pecados pasados, ¿qué sobre lo que queda?

CAPÍTULO VIII.

9. Resistir a la concupiscencia. — No nos dejes caer en la tentación: perdona lo que hemos hecho, y concede que no cometamos otros. Porque quien es vencido por la tentación, comete el pecado él mismo. En efecto, dice el apóstol Santiago: Nadie, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Luego la concupiscencia, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte (Santiago I, 13-15). Por tanto, no te dejes arrastrar por la concupiscencia: no consientas a tu concupiscencia. No hay de dónde pueda concebir, sino de ti. Consentiste: como si hubieras cohabitado en tu corazón. Surgió la concupiscencia: niégate a ella, no la sigas. Es ilícita, lasciva, vil, te aleja de Dios. No le des el abrazo del consentimiento, para que no llores el parto: porque si consientes, es decir, cuando la hayas abrazado, concibe. Cuando la concupiscencia ha concebido, da a luz el pecado. ¿No temes aún? El pecado engendra la muerte: al menos teme la muerte. Si no temes el pecado, teme a

dónde lleva el pecado. El pecado es dulce: pero la muerte es amarga. Esa es la infelicidad de los hombres: por lo que pecan, lo dejan aquí al morir, y llevan consigo los mismos pecados. Pecas por dinero, aquí debe dejarse: pecas por una finca, aquí debe dejarse: pecas por una mujer, aquí debe dejarse: y cualquier cosa por la que pecas, cuando cierres los ojos en la muerte, aquí la dejas, y el mismo pecado que cometes lo llevas contigo.

CAPÍTULO IX.

10. No despreciar los pecados pequeños. Las dos alas de la oración son las limosnas gemelas. Que se perdonen los pecados: que se perdonen los pasados, cesen los futuros. Pero no puedes vivir aquí sin ellos: que sean menores o pequeños, o que sean leves. Pero esos leves y pequeños no deben ser despreciados. De pequeñas gotas se llenan los ríos. No deben ser despreciados ni siquiera los menores. Por pequeñas grietas se filtra el agua en el barco, se llena la sentina, y si se desprecia la sentina, el barco se hunde. Pero los marineros no cesan de trabajar: trabajan para vaciar la sentina diariamente. Así también tus manos deben trabajar, para vaciar la sentina diariamente. ¿Qué significa, trabajar las manos? Dar, hacer buenas obras, que tus manos trabajen. Parte tu pan con el hambriento, y al pobre sin techo llévalo a tu casa: si ves al desnudo, vístelo (Isaías LVIII, 7). Haz lo que puedas, haz de donde puedas, hazlo con alegría, y envía tu oración con seguridad. Tendrá dos alas, las limosnas gemelas. ¿Qué significa, las limosnas gemelas? Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Lucas VI, 37, 38). Una limosna es la que se hace de corazón, cuando perdonas el pecado a tu hermano. Otra limosna es la que se hace de la sustancia, cuando das pan al pobre. Haz ambas, para que tu oración no quede sin una ala.

11. Liberación del mal. Por tanto, cuando digamos: No nos dejes caer en la tentación; sigue: Mas líbranos del mal. Quien quiere ser liberado del mal, testimonia que está en el mal. Por eso dice el Apóstol: Aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos (Efesios V, 16). Pero ¿quién es el que quiere la vida, y ama ver días buenos? Cuando todo hombre en esta carne no tiene sino días malos; ¿quién no quiere? Haz lo que sigue: Refrena tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño; apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela (Salmo XXXIII, 13, 14, 15): y te librarás de los días malos, y se cumplirá lo que oraste: Líbranos del mal.

CAPÍTULO X.

12. Distinción de las peticiones. La Oración Dominical se dice diariamente en el altar. Las tres primeras peticiones: Santificado sea tu nombre, Venga tu reino, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, son eternas. Las cuatro siguientes pertenecen a esta vida. Danos hoy nuestro pan de cada día: ¿acaso pediremos diariamente el pan de cada día, cuando lleguemos a aquella saciedad? Perdona nuestras deudas: ¿acaso diremos en aquel reino, cuando no tengamos deudas? No nos dejes caer en la tentación: ¿acaso podremos decirlo entonces, cuando no habrá tentación? Líbranos del mal: ¿acaso diremos, cuando no habrá de qué ser liberados? Por tanto, estas cuatro son necesarias para nuestra vida diaria, las otras tres para la eterna. Pero pidamos todo, para que lleguemos a aquella; y aquí roguemos para que no nos separemos de ella. La oración debe decirse diariamente por vosotros, cuando hayáis sido bautizados. En la iglesia, en el altar de Dios, se dice diariamente esta Oración Dominical, y los fieles la escuchan. No tememos, por tanto, que la retengáis menos diligentemente: porque aunque alguno de vosotros no pueda retenerla perfectamente, escuchándola diariamente la retendrá.

CAPÍTULO XI.

13. El Símbolo debe memorizarse. Debe mirarse como un espejo diariamente. Por eso el sábado, cuando vamos a velar en la misericordia de Dios, devolveréis, no la Oración, sino el Símbolo. Ahora, si no retenéis el Símbolo, en la iglesia, en el pueblo, no lo escucháis diariamente. Pero cuando lo hayáis retenido, para que no lo olvidéis, decidlo diariamente; cuando os levantéis, cuando os acostéis, devolved vuestro Símbolo, devolvedlo al Señor, recordaos a vosotros mismos, no os canséis repetirlo. Es buena la repetición, para que no se infiltre el olvido. No digáis: Lo dije ayer, lo dije hoy, lo digo diariamente, lo retengo bien. Recordad vuestra fe, mirad en ella: que vuestro Símbolo sea como un espejo para vosotros. Ved en él si creéis todo lo que confesáis creer, y alegraos diariamente en vuestra fe. Que sean vuestras riquezas, que sean de algún modo vuestras vestiduras diarias de la mente. ¿Acaso no os vestís cuando os levantáis? Así también, recordando vuestro Símbolo, vestid vuestra alma, no sea que el olvido la desnude, y quedéis desnudos, y suceda lo que dice el Apóstol, que Dios no lo permita: Si, en efecto, nos despojamos, no seamos hallados desnudos (II Corintios V, 3). Porque seremos vestidos con nuestra fe; y esa fe es tanto túnica como coraza: túnica, contra la confusión; coraza, contra la adversidad. Pero cuando lleguemos a aquel lugar donde reinaremos, no será necesario que digamos el Símbolo: Veremos a Dios, el mismo Dios será nuestra visión; la visión de Dios será la recompensa de esta fe.

SERMON LIX. También en Mateo cap. VI, 9-13, sobre la Oración Dominical, a los Competentes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Símbolo es la regla de la fe. Habéis devuelto lo que creéis, escuchad lo que oráis. Porque no podríais invocar a quien no habéis creído, como dice el Apóstol: ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? (Romanos X, 14). Por eso primero aprendisteis el Símbolo, donde está la regla de vuestra fe, breve y grande: breve en el número de palabras; grande en el peso de las sentencias. La oración que hoy recibís para retener, y devolver en ocho días, como habéis escuchado cuando se leía el Evangelio, fue dicha por el mismo Señor a sus discípulos, y de ellos ha llegado a nosotros; porque su sonido ha salido por toda la tierra (Salmo XVIII, 5).

2. Un solo padre para todos. Por tanto, no os aferreis a las cosas terrenales, que habéis encontrado un Padre en los cielos. Porque vais a decir: Padre nuestro, que estás en los cielos. Habéis comenzado a pertenecer a un gran linaje. Bajo este Padre, el señor y el siervo son hermanos: bajo este Padre, el emperador y el soldado son hermanos: bajo este Padre, el rico y el pobre son hermanos. Todos los cristianos fieles tienen diferentes padres en la tierra, algunos nobles, otros ignobles: pero invocan a un solo Padre, que está en los cielos. Si allí está nuestro Padre, allí se nos prepara la herencia. Sin embargo, tal es este Padre, con quien poseeremos lo que dona. Porque da la herencia, pero no muriendo nos la deja. No es que él se vaya, sino que él permanece, para que nosotros nos acerquemos. Porque hemos escuchado a quién pedir, sepamos también qué pedir, no sea que ofendamos a tal Padre pidiendo mal.

CAPÍTULO II.

3. Primera petición. ¿Qué nos enseñó, pues, el Señor Jesucristo a pedir al Padre, que está en los cielos? Santificado sea tu nombre. ¿Qué beneficio es este, que pedimos a Dios que su nombre sea santificado? El nombre de Dios siempre es santo: ¿por qué, entonces, pedimos

que sea santificado, sino para que nosotros seamos santificados por él? Lo que, por tanto, siempre es santo, oramos para que sea santificado en nosotros. El nombre de Dios se santifica en vosotros cuando sois bautizados. ¿Por qué oraréis esto, cuando hayáis sido bautizados, sino para que lo que recibáis permanezca en vosotros?

4. Segunda petición. Sigue otra petición: Venga tu reino. Ya sea que pidamos o no, el reino de Dios vendrá. ¿Por qué, entonces, pedimos, sino para que venga también a nosotros, lo que vendrá a todos los santos; para que Dios nos tenga en el número de sus santos, a quienes vendrá su reino?

5. Tercera petición. Decimos en la tercera petición: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. ¿Qué significa esto? Que así como te sirven los ángeles en el cielo, también nosotros te sirvamos en la tierra. Los ángeles santos de él le obedecen, no lo ofenden; hacen sus mandatos amándolo. Por tanto, oramos para que también nosotros hagamos los mandamientos de Dios con amor. Nuevamente, estas palabras se entienden de otra manera. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El cielo en nosotros es el alma, la tierra en nosotros es el cuerpo. ¿Qué significa, entonces, Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo? Así como escuchamos tus mandamientos, así también nos consienta nuestra carne; para que, mientras la carne y el espíritu luchan, no podamos cumplir menos los mandamientos de Dios.

CAPÍTULO III.

6. Cuarta petición. Sigue en la Oración: Danos hoy nuestro pan de cada día. Ya sea que pidamos al Padre la provisión necesaria para el cuerpo, significando en el pan todo lo que necesitamos, o entendamos el pan cotidiano que vais a recibir del altar, pedimos bien que nos lo dé. ¿Qué es lo que oramos, sino que no cometamos algo malo, por lo cual seamos separados de tal pan? Y la palabra de Dios que se predica diariamente es pan. Porque no porque no sea pan del vientre, no es pan de la mente. Pero cuando esta vida haya pasado, no buscaremos aquel pan que busca el hambre; ni tendremos que recibir el Sacramento del altar, porque allí estaremos con Cristo, cuyo cuerpo recibimos; ni se nos dirán estas palabras que os decimos, ni se leerá el códice, cuando veamos lo que es el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, del cual se alimentan los ángeles, del cual se iluminan los ángeles, del cual se hacen sabios los ángeles, no buscando palabras de locución tortuosa; sino bebiendo el único Verbo, del cual llenos eructan alabanzas, y no desfallecen en alabanzas. Bienaventurados, dice el Salmo, los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5).

CAPÍTULO IV.

7. Quinta petición. Por lo tanto, en esta vida pedimos lo que sigue: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. En el Bautismo se nos perdonan por completo todas las deudas, es decir, los pecados. Pero como nadie puede vivir aquí sin pecado, y aunque no sea un gran crimen que nos separe de ese pan, sin embargo, nadie puede estar sin pecados en esta tierra, y no podemos recibir más que un solo Bautismo una vez; en la Oración recibimos aquello con lo que nos lavamos diariamente, para que nuestros pecados nos sean perdonados cada día: pero si hacemos lo que sigue, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Por lo tanto, hermanos míos, os exhorto, en la gracia de Dios, hijos míos, y bajo ese Padre, hermanos míos, os exhorto a que cuando alguien os ofenda y peque

contra vosotros, y venga y confiese, y os pida perdón, le perdonéis, y de inmediato le perdonéis de corazón; para que no impidáis que Dios os conceda el perdón. Porque si no perdonáis, tampoco Él os perdonará. Así que también pedimos esto en esta vida: porque aquí pueden ser perdonados, donde pueden existir pecados. Pero en aquella vida no se perdonan, porque no se tienen.

CAPÍTULO V.

8. Sexta petición. Luego pedimos diciendo, No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. Y esto es necesario pedirlo en esta vida, para que no caigamos en la tentación, porque aquí hay tentaciones; y seamos liberados del mal, porque aquí está el mal. Por lo tanto, todas estas siete peticiones, tres pertenecen a la vida eterna, cuatro a la vida presente. Santificado sea tu nombre: siempre será. Venga tu reino: este reino siempre será. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: siempre será. Danos hoy nuestro pan de cada día: no siempre será. Perdona nuestras deudas: no siempre será. No nos dejes caer en la tentación: no siempre será. Mas líbranos del mal: no siempre será; pero donde hay tentación, y donde hay mal, allí es necesario que pidamos.

SERMON LX. Sobre las palabras del Evangelio, Mateo, cap. VI, 19-21, No os hagáis tesoros en la tierra, etc., exhortación a hacer limosnas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En la tribulación de este mundo, se debe tomar consejo de Cristo. Todo hombre en alguna tribulación, y falta de recursos en su causa, busca a alguien prudente de quien recibir consejo, y saber qué hacer. Consideremos, por tanto, que todo el mundo es como un solo hombre. Busca escapar de los males, y le cuesta hacer el bien: y por lo tanto, al aumentar sus tribulaciones, falta de recursos en su causa, ¿a quién puede encontrar más prudente para recibir consejo que a Cristo? Ciertamente, que encuentre a alguien mejor, y haga lo que quiera. Pero si no tiene dónde encontrar a alguien mejor, que venga a este, a quien dondequiera que lo encuentre, consulte, reciba consejo, guarde el buen mandato, escape del gran mal. Porque los males temporales presentes, que tanto horrorizan a los hombres, bajo los cuales murmuran mucho, y murmurando ofenden al corrector, para que no encuentren al Salvador: los males presentes, por lo tanto, sin duda son transitorios; o ellos pasan por nosotros, o nosotros pasamos por ellos; o pasan mientras vivimos, o nos dejan al morir. No es gran cosa en la tribulación lo que es breve en el tiempo. Quienquiera que piense en el día de mañana, no recuerda el día de ayer. Al amenazar el día siguiente, el de ayer será y el de mañana. Sin embargo, si los hombres se agitan tanto con preocupaciones para escapar de las tribulaciones temporales y pasajeras, o más bien voladoras; ¿qué se debe pensar para que el hombre escape de las que permanecen y duran sin fin?

CAPÍTULO II.

2. La vida aquí es laboriosa. Consejo de vanidad, donde se acumulan tesoros aquí. La vida mortal es una causa dura. ¿Qué es nacer aquí, sino entrar en una vida laboriosa? De nuestro futuro trabajo, el mismo llanto del niño es testigo. De este molesto banquete nadie está exento. Se tuvo que beber lo que Adán sirvió. Fuimos hechos por las manos de la verdad: pero por el pecado fuimos arrojados a los días de vanidad. Fuimos hechos a imagen de Dios (Gén. I, 27): pero la desgastamos con la transgresión del pecado. Por eso el Salmo nos advierte cómo fuimos hechos, y a dónde hemos llegado. Dice: Aunque el hombre camine en

la imagen de Dios. He aquí lo que fue hecho. ¿A dónde llegó? Escucha lo que sigue: Sin embargo, en vano se turbará. Camina en la imagen de la verdad, y se turba en el consejo de la vanidad. Por lo tanto, ve su turbación; mírala, y como en un espejo, desagradate. Aunque, dice, camine el hombre en la imagen de Dios; y por eso el hombre es una gran cosa: sin embargo, en vano se turbará. Y como si preguntáramos, ¿De dónde, te ruego, de dónde se turbará en vano? Tesoriza, dice, y no sabe para quién los acumula (Sal. XXXVIII, 7). He aquí ese hombre, es decir, todo el género humano, como un solo hombre, que en su causa ha fallado, ha perdido el consejo, ha errado del camino de la mente sana: Tesoriza, y no sabe para quién los acumula. ¿Qué hay más demente? ¿Qué más infeliz? ¿Ciertamente para sí mismo? No. ¿Por qué no para sí mismo? Porque va a morir, porque la vida del hombre es breve; porque el tesoro dura, y quien lo acumula pasa rápidamente. Por eso, compadecido del hombre que camina en la imagen de Dios, confesando la verdad, siguiendo la vanidad: En vano, dice, se turbará. Me duele: tesoriza, y no sabe para quién los acumula. ¿Para sí mismo? No: porque el hombre muere, mientras el tesoro perdura. ¿Para quién entonces? Tienes consejo; dámelo a mí. No tienes consejo que darme; entonces tú tampoco lo tienes. Por lo tanto, si ambos no lo tenemos, ambos busquemos, ambos recibamos, ambos tratemos. Se turba, tesoriza, piensa, trabaja, vela con preocupaciones. Durante el día te agotas con trabajos, durante la noche te agitas con temores. Para que tu bolsa se llene de monedas, tu alma se consume con preocupaciones.

CAPÍTULO III.

3. Se turba de diversas maneras quien tesoriza. No sabe para quién acumula. Veo, me duele: te turbas, y como dice quien no sabe engañar, te turbas en vano. Porque tesorizas: para que todo lo que haces salga bien, para no hablar de pérdidas, de tantos peligros y en cada ganancia, de tantas muertes: no hablo de muertes de cuerpos, sino de malos pensamientos; para que el oro se acerque, la fe perece; para que te vistas por fuera, te despojas por dentro: para que omita esto, para que calle otras cosas, para que pase por alto las adversidades, piense solo en las prosperidades; he aquí que tesorizas, he aquí que las ganancias confluyen por todas partes, y como fuentes, las monedas fluyen; por todas partes arde la escasez, por todas partes fluye la abundancia. ¿No has oído, Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas (Sal. LXI, 11)? He aquí que adquieres, no te turbas infructuosamente, sin embargo, te turbas en vano. ¿Por qué, dices, me turbo en vano? He aquí que lleno sacos, mis paredes apenas contienen lo que adquiero: ¿por qué me turbo en vano? Tesorizas, y no sabes para quién los acumulas. O si sabes para quién; te ruego, dime también a mí. Te escucharé; ¿para quién? Si no te turbas en vano, di para quién tesorizas. Para mí, dices. ¿Te atreves a decir esto estando a punto de morir? Para mis hijos, dices. ¿Te atreves a decir esto de los que están a punto de morir? Gran piedad, que el padre tesoricé para los hijos: más bien gran vanidad; tesoriza el que va a morir para los que van a morir. Si es por ti, porque vas a morir y dejarlo, ¿por qué lo acumulas? Esta es la causa también de los hijos; sucederán, no permanecerán. Omito decir qué tipo de hijos, no sea que lo que acumuló la avaricia, lo pierda la lujuria. Otro lo pierde derrochando, lo que tú acumulaste trabajando. Pero omito esto. Quizás los hijos sean buenos, no serán lujuriosos; guardarán lo que dejaste, aumentarán lo que guardaste, no perderán lo que acumulaste. Tus hijos son tan vanos como tú, si hacen esto, si te imitan en esto como padre. A ellos les digo lo que te decía a ti. A tu hijo le digo para quién guardas, le digo, Tesorizas, y no sabes para quién los acumulas. Así como tú no sabías, así él tampoco sabe. Si en él permanece la vanidad, ¿acaso en él falla la verdad?

CAPÍTULO IV.

4. Quizás tesORIZA para un ladrón. Omíto decir, porque quizás mientras vives, tesORIZAS para un ladrón. Una noche viene, y encuentra preparado lo que has acumulado durante tantos días y noches. Quizás tesORIZAS para un ladrón, quizás para un bandido. No quiero decir más, para no recordar y reavivar el dolor de los que han sufrido. ¿Cuántas cosas que la vana vanidad ha acumulado, ha encontrado preparadas la hostil crueldad? No es mi deseo, sino el temor de todos. Que Dios lo evite. Que sus azotes sean suficientes. Oremos todos, que Dios lo evite. Que nos perdone, a quien rogamos. Pero si dice a quiénes, ¿qué respondemos? Tú, pues, oh hombre, oh todo hombre, tú que tesORIZAS en vano, ¿cómo me respondes a mí que trato contigo, y busco contigo consejo en la causa común? Decías y respondías: Tesorizo para mí, para mis hijos, para mis descendientes. Dije cuántas cosas hay que temer incluso en esos hijos. Pero omíto a los hijos que vivirán penosamente, como desea el enemigo: que vivan como desea el padre. Cuántos han caído en estos casos, dije, recordé: te horrorizaste, y no te corregiste. ¿Qué vas a responder, sino que digas: Quizás no? Y yo he hablado así: Quizás, digo, para un ladrón, quizás para un bandido, quizás para un saqueador. No dije, Ciertamente; sino, Quizás. Entre que quizás suceda, quizás no suceda: no sabes, por lo tanto, qué sucederá; te turbas en vano. Ves cuán verdadero ha dicho la verdad, cuán vanamente se turba la vanidad. Has oído, finalmente has comprendido, porque cuando dices esto mismo, Quizás para mis hijos; pero no te atreves a decir, Estoy seguro de que para mis hijos; no sabes para quién los acumulas. He aquí, pues, como veo, y como decía antes, has fallado en tu causa; no encuentras qué responderme: pero tampoco yo a ti.

CAPÍTULO V.

5. Se debe pedir consejo a Cristo. Ambos, por lo tanto, busquemos, ambos pidamos consejo. Tenemos la oportunidad, no de un sabio, sino de la misma Sabiduría. Escuchemos ambos a Cristo: Escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados judíos y griegos, Cristo es el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 23, 24). ¿Por qué preparas defensas con tus riquezas? Escucha el Poder de Dios: nada más fuerte. ¿Por qué preparas argumentos con tus riquezas? Escucha la Sabiduría de Dios: nada más prudente. Porque quizás cuando lo diga, te escandalices, serás judío; porque Cristo es escándalo para los judíos. Quizás cuando lo diga, te parecerá necio, serás gentil; porque Cristo es necedad para los gentiles. Eres cristiano, has sido llamado: pero para los llamados judíos y griegos, Cristo es el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios. No os entristezcáis cuando lo diga; no os escandalicéis, no insultéis con boca torcida a mi aparente insensatez. Escuchemos. Porque lo que voy a decir, lo dijo Cristo. Desprecias al pregonero: teme al juez. ¿Qué diré entonces? Ya casi el lector del Evangelio me ha liberado de esta preocupación. No leo yo, sino que recuerdo lo leído. Buscabas consejo en tu causa fallida: ve lo que dice la fuente del recto consejo, la fuente de la que, llenes lo que llenes, no temes veneno.

CAPÍTULO VI.

6. Se debe acumular tesoro en el cielo. No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde los ladrones minan y roban; sino acumulad tesoros en el cielo, donde el ladrón no se acerca, ni la polilla corrompe. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. ¿Qué esperas más? La cosa está clara. El consejo es evidente, pero la codicia está oculta: más bien no está oculta, sino que también ella, lo que es peor, está evidente. Porque no cesa el robo de avanzar: porque no cesa la avaricia de defraudar: porque no cesa la malicia de perjurar. Todo para qué? Para tesORIZAR. ¿Y dónde ponerlo? En la tierra. Correctamente de la tierra a la tierra. Porque al hombre, a quien dije que se le había servido el trabajo, pecando se le dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19). Con razón el

tesoro en la tierra, porque el corazón en la tierra. ¿Dónde está, pues, lo que tenemos para Dios? Dolorosamente quienes han entendido: corrijanse si han sentido dolor. ¿Hasta cuándo alabar, y no hacer? Es verdad, nada más verdadero. Que se haga, pues, lo que es verdad. Alabamos a un solo Dios, y no nos cambiamos, para que no nos turbemos también en esto en vano.

7. Las riquezas deben ser trasladadas de la tierra al cielo. Por lo tanto, No os hagáis tesoros en la tierra; ya sea que hayáis experimentado cómo parece lo que se guarda en la tierra, o no lo hayáis experimentado, pero al menos temáis experimentarlo. A quien no corrigen las palabras, que lo corrijan las experiencias. No se levanta, no se avanza, sino para que todos digan con una sola voz: Ay de nosotros, el mundo se derrumba. Si se derrumba, ¿por qué no te mudas? Si un arquitecto te dijera que tu casa se va a derrumbar, ¿no te mudarías antes de murmurar? El constructor del mundo te dice que el mundo se va a derrumbar, ¿y no lo crees?

CAPÍTULO VII.

Escucha la voz del que predica, escucha el consejo del que advierte. La voz del que predica es, Y el cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35). La voz del que advierte es, No os hagáis tesoros en la tierra. Por lo tanto, si creéis a Dios que predica, si no despreciáis al que advierte, que se haga lo que dice. Porque no te engaña quien te dio tal consejo. No perderás lo que diste, sino que seguirás a donde lo enviaste. Por lo tanto, doy consejo: Da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. No te quedarás sin tesoro: pero lo que tienes en la tierra con preocupación, lo tendrás en el cielo con seguridad. Múdate, pues. Doy consejo de guardar, no de perder. Tendrás, dice, tesoro en el cielo: y ven, sígueme (Id. XIX, 21); para que te lleve a tu tesoro. Esto no es una pérdida, sino una ganancia. Que los hombres despierten. Escuchen al menos los que han experimentado lo que deben temer, hagan lo que no deben temer, se muden al cielo. Pones el grano en la tierra; viene tu amigo, que conoce la naturaleza del grano y de la tierra, enseña tu ignorancia, te dice: ¿Qué has hecho? Has puesto el grano en la tierra en lo inferior: es un lugar húmedo, se pudre lo que has puesto, perderás tu trabajo. Respondes: ¿Qué debo hacer entonces? Múdate, dice, a lo superior. Escuchas, pues, al amigo que te da consejo sobre tu grano, y desprecias a Dios que te da consejo sobre tu corazón? Temes poner tu grano en la tierra, y pierdes tu corazón en la tierra? He aquí el Señor tu Dios, cuando te da consejo sobre tu corazón, Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. Levanta, dice, tu corazón al cielo, para que no se pudra en la tierra. Es el consejo de quien quiere guardar, no perder.

CAPÍTULO VIII.

8. Nuestros pobres son nuestros transportadores. Si es así, ¿cómo se arrepienten los que no lo hicieron? Ahora, ¿qué se dicen a sí mismos? En el cielo tendríamos lo que en la tierra perdimos. El enemigo invadió la casa, ¿acaso invadiría el cielo? Mató al siervo guardián, ¿acaso mataría al Señor salvador? Donde el ladrón no se acerca, ni la polilla corrompe? Cuántos dicen: Allí tendríamos, allí guardaríamos nuestros tesoros, a donde los seguiríamos seguros después de un poco? ¿Por qué no escuchamos a nuestro Señor? ¿Por qué despreciamos al Padre que advierte, y sentimos al enemigo que invade? Por lo tanto, si este es el consejo, no seamos perezosos en tan buen consejo: y si lo que tenemos debe ser trasladado, trasladémoslo a ese lugar, de donde no lo perderemos. ¿Qué son los pobres a quienes damos, sino nuestros transportadores, por quienes nos mudamos de la tierra al cielo? Da: das a tu transportador, lleva al cielo lo que das. ¿Cómo, dices, lleva al cielo? Veo que consumiéndolo lo transporta. Sin duda, no reteniéndolo, sino consumiéndolo lo transporta. ¿Acaso se te

olvidó, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino: porque tuve hambre, y me disteis de comer; y, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis? Si no despreciaste al mendigo ante ti, atiende a quién llegó lo que diste. Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Cristo recibió lo que diste. Él recibió, quien te dio de dónde dar: él recibió, quien al final se dará a sí mismo a ti.

CAPÍTULO IX.

9. Solo las obras de misericordia serán recordadas en el juicio. Porque también esto alguna vez, hermanos, he recordado a vuestra Caridad, lo que, confieso, me conmueve mucho en la Escritura de Dios, y debo recordarlo con frecuencia. Os ruego que penséis en lo que dice nuestro Señor Jesucristo, al final del mundo, cuando venga al juicio, que reunirá a todas las naciones ante él, y dividirá a los hombres en dos partes, a unos a la derecha, y a otros a la izquierda, y dirá a los de la derecha, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Pero a los de la izquierda, Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. Busca las causas de tan gran recompensa, o de tan gran castigo, heredad el reino; y, Id al fuego eterno. ¿Por qué estos heredarán el reino? Porque tuve hambre, y me disteis de comer. ¿Por qué estos irán al fuego eterno? Porque tuve hambre, y no me disteis de comer (Mat. XXV, 31-42). ¿Qué es esto, os ruego? Veo de aquellos que heredarán el reino, porque dieron como buenos y fieles cristianos, no despreciando las palabras del Señor, y esperando con confianza las promesas, hicieron esto; porque si no lo hubieran hecho, la esterilidad de sus vidas buenas no habría convenido en absoluto. Quizás eran castos, no defraudadores, no borrachos, absteniéndose de malas obras. Si no añadieran esto, permanecerían estériles. Porque habrían hecho, Apártate del mal: no habrían hecho, Y haz el bien (Sal. XXXIII, 15). Sin embargo, incluso a ellos no les dice: Venid, heredad el reino; porque vivisteis castamente, no defraudasteis a nadie, no oprimisteis a ningún pobre, no invadisteis el límite de nadie, no engañasteis a nadie jurando. No dijo estas cosas: sino, Heredad el reino, porque tuve hambre, y me disteis de comer. Cuánto sobresale esto, cuando calló las demás cosas, y solo esto nombró el Señor?

CAPÍTULO X.

Nuevamente a aquellos: Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. Cuántas cosas podría decir a los impíos, si preguntaran, ¿Por qué vamos al fuego eterno? ¿Por qué, preguntas, adúltero, homicida, defraudador, sacrílego, blasfemo, infiel? Nada de esto: sino, Porque tuve hambre, y no me disteis de comer.

10. Razón por la cual en el juicio se trata principalmente de las limosnas. Veo que os conmueve tanto como a mí. Y verdaderamente es algo asombroso. Sin embargo, recojo la razón de esta admirable cuestión como puedo, y no os la ocultaré. Está escrito: "Así como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado" (Eclo. III, 33). También está escrito: "Incluye la limosna en el corazón del pobre, y ella intercederá por ti ante el Señor" (Id. XXIX, 15). También está escrito: "Escucha mi consejo, Rey, y redime tus pecados con limosnas" (Dan. IV, 24). Y hay muchos otros testimonios de la palabra divina que muestran que la limosna tiene gran poder para extinguir y borrar los pecados. Por lo tanto, a aquellos a quienes va a condenar, o más bien a aquellos a quienes va a coronar, les imputará solo las limosnas, como diciendo: Es difícil que, si os examino y os peso, escudriño diligentemente vuestras obras, no encuentre de qué condenaros: pero id al reino, porque tuve hambre y me

disteis de comer. No vais al reino porque no pecasteis, sino porque redimisteis vuestros pecados con limosnas. Y de nuevo a aquellos: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Y ellos, como culpables, ya condenados, temblando tardíamente, al considerar sus pecados, ¿cuándo se atreverían a decir que son condenados injustamente, que esta sentencia tan justa del juez se pronuncia sobre ellos sin razón? Al considerar sus conciencias, al considerar todas las heridas de su alma, ¿cuándo se atreverían a decir: Somos condenados injustamente? De quienes antes se dijo en la Sabiduría: "Sus iniquidades los llevarán al otro lado" (Sab. IV, 20). Sin duda verán que son justamente condenados por sus crímenes y delitos: y como si se les dijera, No, no por lo que pensáis; sino porque tuve hambre y no me disteis de comer. Porque si de todas vuestras obras os hubierais apartado y os hubierais vuelto hacia mí, hubierais redimido todos esos crímenes y pecados con limosnas, esas mismas limosnas ahora os liberarían y os absolverían de la culpa de tantos crímenes. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7). Ahora, sin embargo, id al fuego eterno. Juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia (Santiago II, 13).

CAPÍTULO XI.

11. Dios quiso estar necesitado en los pobres. Os recomiendo, hermanos míos: dad pan terrenal, y llamad a la puerta del celestial. El Señor es el pan: "Yo soy el pan de vida" (Juan VI, 35). ¿Cómo te dará quien no das al necesitado? Otro necesita de ti, tú necesitas de otro: y cuando necesitas de otro y otro necesita de ti, él necesita del necesitado. Pues aquel de quien tú necesitas, no necesita de nadie. Haz que se haga contigo lo que haces. No es como suelen reprocharse entre sí los amigos los beneficios: Yo te presté esto; se responde, Y yo te presté esto: quiere que le prestemos a él, porque él también nos prestó a nosotros. No necesita de nadie, por eso es el verdadero Señor. Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque de mis bienes no tienes necesidad (Sal. XV, 2). Siendo, pues, Señor y verdadero Señor, y no necesitando de nuestros bienes; sin embargo, para que hiciéramos algo también hacia él, se dignó tener hambre en sus pobres. "Tuve hambre", dice, "y me disteis de comer". Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis". Brevemente, pues, que los hombres escuchen y consideren dignamente cuán grande es el mérito de haber alimentado a Cristo hambriento; y cuál es el crimen de haber despreciado a Cristo hambriento.

12. La penitencia estéril no sirve de nada. La penitencia de los pecados ciertamente mejora a los hombres: pero ni siquiera ella parece ser de alguna utilidad si es estéril en obras de misericordia. La Verdad lo testimonia a través de Juan, quien decía a los que venían a él: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia. Y no digáis: Tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol, pues, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego". De este fruto ciertamente habló antes. Haced frutos dignos de penitencia.

CAPÍTULO XII.

Cualquiera, pues, que no haga estos frutos, en vano piensa que por una penitencia estéril merece el perdón de los pecados. Pero cuáles son estos frutos, él mismo lo muestra a continuación. Pues después de estas palabras suyas, las multitudes le preguntaban, diciendo: "¿Qué, pues, haremos?", es decir, ¿cuáles son esos frutos que nos exhortas a hacer y nos amenazas? Y respondiendo, les decía: "El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo" (Luc. III, 7-11). ¿Qué más claro, hermanos míos? ¿Qué más

cierto? ¿Qué más explícito? ¿Qué otra cosa significa lo que dijo antes: "Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego", sino que los de la izquierda oirán: "Id al fuego eterno; porque tuve hambre y no me disteis de comer"? Por lo tanto, es poco apartarse de los pecados, si descuidas curar los pasados: como está escrito, "Hijo, si has pecado, no lo hagas más. Y no pienses que con eso solo estás seguro: Y de los pasados, dice, ruega para que te sean perdonados" (Eclo. XXI, 1). Pero, ¿de qué servirá rogar, si no te haces digno de ser escuchado, no haciendo frutos dignos de penitencia; para que como árbol estéril seas cortado y echado al fuego? Si, pues, queréis ser escuchados cuando rogáis por vuestros pecados, "Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará" (Luc. VI, 37 y 38).

SERMO LXI. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo VII, 7-11, "Pedid, y se os dará", etc. Exhortación a hacer limosnas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Nuestro Padre es Dios. En la lectura del santo Evangelio, el Señor nos exhortó a orar. "Pedid", dice, "y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si, pues, vosotros", dice, "siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a los que le piden? Siendo", dice, "malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos". Es asombroso, hermanos: somos malos, y tenemos un buen Padre. ¿Qué más evidente? Hemos oído nuestro nombre: "Siendo", dice, "malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos". Y a quienes llamó malos, ved qué tipo de Padre les muestra: "¿Cuánto más vuestro Padre?" ¿De quién es Padre? Ciertamente de los malos. ¿Y qué tipo de Padre? Nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19).

CAPÍTULO II.

2. El hombre no se hace bueno del mal sino por Dios. Refuta a los pelagianos. Por lo tanto, hermanos, por eso tenemos un buen Padre siendo malos, para que no permanezcamos siempre malos. Nadie malo hace el bien. Si nadie malo hace el bien, ¿cómo se hace bueno el hombre malo? Hace del malo bueno, quien siempre es bueno. "Sáname, Señor", dice, "y seré sanado; sálvame, y seré salvo" (Jer. XVII, 14). ¿Qué me dicen los vanos vanidades: Tú te salvas, si quieres? Sáname, Señor, y seré sanado. Fuimos creados buenos por el bueno: pues Dios hizo al hombre recto (Ecl. VII, 30); pero por nuestro libre albedrío nos hicimos malos. Pudimos ser malos de buenos, y podremos ser buenos de malos. Pero quien siempre es bueno, él mismo hace del malo bueno: porque el hombre por su voluntad no pudo sanarse a sí mismo. No buscas al médico para herirte: pero cuando te has herido, buscas quién te sane. Por lo tanto, conocemos los bienes según el tiempo, los bienes temporales, corporales, carnales, que damos a nuestros hijos, incluso siendo malos. Porque también estos son buenos, ¿quién lo duda? El pez, el huevo, el pan, la fruta, el trigo, esta luz, este aire que respiramos, son buenos: esas mismas riquezas en las que los hombres se ensalzan, y no reconocen a otros hombres iguales a ellos: en las que, digo, los hombres se ensalzan, amando más una vestimenta brillante que pensando en la piel común; esas mismas riquezas son buenas: pero todos estos bienes que he mencionado, pueden ser poseídos por buenos y malos; y aunque son buenos, no pueden hacer buenos a los hombres.

CAPÍTULO III.

3. El bien es doble. Hay, pues, un bien que hace bueno: y hay un bien del cual haces el bien. El bien que hace bueno es Dios. Pues no hace al hombre bueno, sino aquel que siempre es bueno. Por lo tanto, para que seas bueno, invoca a Dios. Pero hay otro bien del cual haces el bien: es decir, cualquier cosa que tengas. Es oro, es plata; es bueno, no para que te haga bueno, sino para que hagas el bien. Tienes oro, tienes plata; y codicias oro y codicias plata. Y tienes, y codicias; y estás lleno, y tienes sed. Es una enfermedad, y no opulencia. Hay hombres en enfermedad, están llenos de humor, y siempre tienen sed. Están llenos de humor, y tienen sed de humor. ¿Cómo, pues, te deleitas en la opulencia, que tienes hidropesía de codicia? Tienes, pues, oro, es bueno: tienes, no para que seas bueno, sino para que hagas el bien. ¿Qué bien, dices, haré con el oro? ¿No has oído el Salmo? "Dispersó", dice, "dio a los pobres; su justicia permanece para siempre" (Sal. CX, 9). Esto es el bien, esto es el bien del cual eres bueno, la justicia. Si tienes el bien del cual eres bueno; haz el bien del bien del cual no eres bueno. Tienes dinero, distribúyelo. Distribuyendo dinero, aumentas la justicia. Pues "dispersó, distribuyó, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre". Mira qué se disminuye, y qué se aumenta. Se disminuye el dinero, se aumenta la justicia. Se disminuye aquello que ibas a dejar, se disminuye aquello que ibas a abandonar: se aumenta aquello que poseerás eternamente.

CAPÍTULO IV.

4. El dinero debe ser distribuido para tener justicia. Mendigo de Dios. Dios nos exhorta a pedir con similitudes. Doy consejo de ganancias, aprende a comerciar. Alabas al comerciante, que vende plomo, y adquiere oro; y no alabas al comerciante que distribuye dinero, y adquiere justicia? Pero yo, dices, no distribuyo dinero, porque no tengo justicia. Que distribuya dinero quien tiene justicia: yo no tengo justicia, al menos tenga dinero. ¿Entonces porque no tienes justicia, no quieres distribuir dinero? Más bien distribuye dinero, para que tengas justicia. ¿De quién tendrás justicia, sino de Dios, fuente de justicia? Por lo tanto, si quieres tener justicia, sé mendigo de Dios, quien poco antes del Evangelio te aconsejaba que pidieras, buscaras, llamaras. Conocía a su mendigo, y he aquí el padre de familia y gran rico, ciertamente de riquezas espirituales y eternas, te exhorta, y te dice: Pide, busca, llama. Quien pide recibe: quien busca encuentra: al que llama se le abrirá. Te exhorta a pedir: ¿negará lo que pides?

5. La viuda ante el juez. Atiende a la similitud o comparación contraria, como de aquel rico en el que, exhortándonos a la oración, cuando dice el Señor: "Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres. Una viuda le interpelaba diariamente, y decía: Hazme justicia. Él no quería por un tiempo: ella no cesaba de interpelar; y por cansancio hizo lo que no quería por beneficio" (Luc. XVIII, 1-8). Así nos advirtió a contrario para que pidamos.

CAPÍTULO V.

6. El amigo al amigo. "Vino", dice, "a su amigo, a quien le había llegado un huésped; y comenzó a llamar, y a decir: Me ha llegado un huésped, préstame tres panes. Él respondió: Ya estoy descansando, y conmigo mis siervos descansan. Él no cesa, está, insiste, llama; y como amigo mendiga a su amigo. Y qué dice, "Os digo, que se levanta, y no por su amistad, sino por su importunidad le da cuantos quiera" (Id. XI, 5-15). No por su amistad, aunque sea amigo, sino por su importunidad. ¿Qué es, por su importunidad? Porque no cesó de llamar: porque incluso cuando se le negó, no se apartó. Aquel que no quería dar, hizo lo que se le

pedía, porque aquel no desfalleció en pedir. ¿Cuánto más dará el bueno, que nos exhorta a pedir; a quien le desagrada, si no pedimos? Pero cuando a veces da más tarde, recomienda los dones, no los niega. Los deseados por mucho tiempo, se obtienen con más dulzura: pero los dados rápidamente, se devalúan. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando creces, para que recibas. Dios te guarda lo que no quiere darte rápidamente; para que también aprendas a desear grandemente las cosas grandes. Por eso es necesario orar siempre, y no desfallecer (Id. XVIII, 1).

CAPÍTULO VI.

7. Quién, a quién, qué pedimos. Si, pues, hermanos míos, Dios nos ha hecho sus mendigos, advirtiéndonos, exhortándonos y ordenándonos que pidamos, busquemos, llamemos; atendamos también a quienes nos piden. Pedimos nosotros. ¿A quién pedimos? ¿quiénes pedimos? ¿qué pedimos? ¿A quién, o quiénes, o qué pedimos? Pedimos a Dios bueno: pedimos hombres malos: pedimos justicia, para que seamos buenos. Esto, pues, pedimos para tenerlo eternamente: con lo cual, cuando estemos saciados, no necesitemos más. Pero para que seamos saciados, tengamos hambre y sed; pidiendo y teniendo hambre y sed, pidamos, busquemos, llamemos. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. ¿Por qué bienaventurados? ¿Tienen hambre y sed, y son bienaventurados? ¿Alguna vez la escasez es bienaventurada? No son bienaventurados porque tienen hambre y sed; sino porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Allí estará la bienaventuranza en la saciedad, no en el hambre. Pero preceda a la saciedad el hambre, para que el hastío no llegue a los panes.

CAPÍTULO VII.

8. Quiénes, a quiénes, o qué piden aquí nuestros mendigos. Por lo tanto, dijimos, a quién pedimos, quiénes pedimos, qué pedimos. Pero también se nos pide a nosotros. Pues somos mendigos de Dios: para que él reconozca a sus mendigos, reconozcamos también nosotros a los nuestros. Pero también allí pensemos, cuando se nos pide, quiénes piden, a quiénes piden, qué piden. ¿Quiénes piden? Hombres. ¿A quiénes piden? A hombres. ¿Quiénes piden? Mortales. ¿A quiénes piden? A mortales. ¿Quiénes piden? Frágiles. ¿A quiénes piden? A frágiles. ¿Quiénes piden? Miserables. ¿A quiénes piden? A miserables. Excepto la sustancia de las facultades, tales son quienes piden, como quienes piden. ¿Con qué cara pides al Señor tuyo, que no reconoces a tu igual? No soy, dice, tal: lejos de mí, ser tal. Inflado, altanero, dice esto del harapiento. Pero yo pregunto a los desnudos. No pregunto en las vestiduras, cómo sois, sino cómo nacisteis. Ambos desnudos, ambos enfermos, comenzando una vida miserable, por eso ambos llorando.

CAPÍTULO VIII.

9. Rico y pobre en el nacimiento y la muerte iguales. He aquí, recuerda, rico, tus comienzos: mira si trajiste algo aquí. Ya viniste, y encontraste tanto. Dime, te ruego, ¿qué trajiste? Dime qué trajiste. O si te avergüenzas de decirlo, escucha al Apóstol: "Nada trajimos a este mundo". Nada, dice, trajimos a este mundo. Pero tal vez porque no trajiste nada, y aquí encontraste mucho, ¿algo de aquí te llevarás? Y esto tal vez por amor a las riquezas temes confesar: escucha también esto. Y esto lo diga el Apóstol, que no te adula. "Nada trajimos a este mundo", ciertamente cuando nacimos; "pero tampoco podemos llevarnos nada", ciertamente cuando salgamos del mundo. No trajiste nada, no te llevarás nada de aquí: ¿por qué te ensalzas contra el pobre? Cuando nacen los niños, que se aparten los padres, los siervos, los clientes; que se aparten las multitudes que sirven, y se reconozcan los niños ricos

llorando. Que den a luz al mismo tiempo el rico y el pobre, que den a luz al mismo tiempo la mujer rica y la mujer pobre: que no atiendan lo que dan a luz, que se aparten un poco, que regresen y reconozcan. He aquí, rico, no trajiste nada a este mundo: pero tampoco puedes llevarte nada de aquí. Lo que dije de los nacidos, lo digo de los muertos. Ciertamente cuando por algún accidente se rompen las antiguas tumbas, que se reconozcan los huesos del rico. Por lo tanto, rico, escucha al Apóstol: "Nada trajimos a este mundo". Reconócelo, es verdad. Pero tampoco podemos llevarnos nada. Reconócelo, y esto es verdad.

CAPÍTULO IX.

10. Una cosa es ser rico, otra querer hacerse rico. El gusano de las riquezas, la soberbia. ¿Qué sigue, pues? "Teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto. Porque los que quieren hacerse ricos, caen en tentación y en muchos deseos nocivos, que hunden a los hombres en la ruina y la perdición. Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero: el cual algunos, siguiendo, se han desviado de la fe". Atiende a lo que dejaron. Te duele porque dejaron esto: mira a lo que se unieron. Escucha: "Se han desviado de la fe, y se han insertado en muchos dolores". Pero, ¿quiénes? Los que quieren hacerse ricos. Una cosa es ser rico; otra, querer hacerse rico. Es rico, quien ha nacido de ricos: no porque quiso, es rico, sino porque muchos le dejaron herencias. Veo las facultades, no pregunto los placeres. Aquí se acusa la codicia, no el oro, no la plata, no las riquezas, sino la codicia. Pues quienes no quieren hacerse ricos, o quienes no se preocupan, o no arden en codicias, no se encienden con las llamas de la avaricia, sino que son ricos, escuchen al Apóstol. Hoy se ha leído, "Manda a los ricos de este mundo". Manda. ¿Qué? Manda antes que nada, no ser altivos. Pues no hay nada que las riquezas generen tanto como la soberbia. Todo fruto, todo grano, todo trigo, todo árbol tiene su gusano. Y otro es el gusano del manzano, otro del peral, otro del haba, otro del trigo. El gusano de las riquezas es la soberbia.

CAPÍTULO X.

11. El uso de las riquezas para alcanzar la vida eterna. Por tanto, manda a los ricos de este mundo que no sean altivos. Ha excluido el vicio, enseñe el uso. No sean altivos. ¿Y cómo no ser altivos? Por lo que sigue, no pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas. Quienes no ponen su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, no son altivos. Si no son altivos, teman. Si temen, no son altivos. ¿Cuántos ayer eran ricos y hoy son pobres? ¿Cuántos duermen ricos y, al llegar los ladrones y llevarse todo, despiertan pobres? Por tanto, no pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todo en abundancia para disfrutar: lo temporal y lo eterno. Pero más para disfrutar lo eterno; para usar lo temporal. Lo temporal, como viajeros; lo eterno, como habitantes. Lo temporal, para hacer el bien; lo eterno, para ser buenos. Por tanto, que los ricos hagan esto: no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todo en abundancia para disfrutar: que hagan esto. ¿Y qué deben hacer con lo que tienen? Escucha: sean ricos en buenas obras, den con facilidad. Pues tienen de dónde. ¿Por qué no lo hacen? La pobreza es una dificultad. Den con facilidad, tienen de dónde. Compartan, es decir, reconozcan a sus iguales mortales. Compartan, atesoren para sí un buen fundamento para el futuro. No porque diga, den con facilidad, compartan, quiero despojarlos, quiero dejarlos desnudos, quiero dejarlos vacíos. Enseño la ganancia, cuando muestro, atesoren para sí. No quiero que queden pobres. Atesoren para sí. No digo para que pierdan, sino para mostrarles a dónde migrar. Atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida (I Tim. VI, 7-10, 17-19). Por tanto, esta es una vida falsa:

alcancen la verdadera vida. Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué tanta abundancia tiene el hombre en todo su trabajo, en el que trabaja bajo el sol (Ecl. I, 2, 3)? Por tanto, debe alcanzarse la verdadera vida, deben migrar nuestras riquezas al lugar de la verdadera vida; para que encontremos allí lo que aquí damos. Cambia aquel que también nos cambia.

CAPÍTULO XI.

12. Que los ricos usen sus excedentes para dar a los pobres lo necesario. Den, pues, a los pobres, hermanos míos. Teniendo alimento y vestido, estemos contentos con esto. El rico no tiene nada de sus riquezas, excepto lo que el pobre le pide, alimento y vestido. ¿Qué más tienes tú de todo lo que tienes? Has recibido alimento, has recibido el vestido necesario. Digo necesario, no vano, no superfluo. ¿Qué más tomas de tus riquezas? Dime. Ciertamente todo lo tuyo será superfluo. Lo que es superfluo para ti, sea necesario para los pobres. Pero yo, dices, recibo manjares preciosos, me alimento de comidas preciosas. ¿Y el pobre? De comidas humildes. El pobre se alimenta de comidas humildes; yo, dice, de preciosas. Les pregunto, cuando ambos estén saciados: el alimento precioso entra en ti; ¿qué sucede cuando ha entrado? ¿No es cierto que si tuviéramos ventanas en el vientre, nos avergonzaríamos de todos los alimentos preciosos con los que te has saciado? El pobre tiene hambre, el rico tiene hambre: el pobre busca saciarse, el rico busca saciarse. El pobre se sacia con comidas humildes, el rico se sacia con comidas preciosas. La saciedad es igual: la posesión es una, a la que ambos quieren llegar; pero aquel por el camino corto, este por el largo. Pero, dices, me saben mejor los manjares preciosos. Apenas te sacias siendo exigente. No sabes cómo sabe lo que el hambre enciende. No digo esto para obligar a los ricos a comer y alimentarse con las comidas de los pobres. Que los ricos usen la costumbre de su debilidad: pero lamenten no poder de otra manera. Pues podrían mejor, si pudieran de otra manera. Si, por tanto, el pobre no se enorgullece de su mendicidad, ¿por qué te enorgulleces tú de tu debilidad? Usa alimentos escogidos, preciosos, porque así estás acostumbrado, porque no puedes de otra manera; porque si cambias la costumbre, enfermas. Se te concede: usa lo superfluo, da a los pobres lo necesario; usa lo precioso, da a los pobres lo humilde. Él espera de ti, tú esperas de Dios: él espera la mano que fue hecha con él, tú esperas la mano que te hizo a ti. Pero no solo te hizo a ti, sino también al pobre contigo. Les dio un mismo camino en esta vida; se encontraron como compañeros, caminan un mismo camino: él no lleva nada, tú estás demasiado cargado: él no lleva nada consigo, tú llevas contigo más de lo necesario. Estás cargado: dale de lo que tienes; y lo alimentas a él, y reduces tu carga.

CAPÍTULO XII.

13. Urge a la limosna. Den, pues, a los pobres: ruego, aconsejo, ordeno, mando. Den a los pobres lo que quieran. No ocultaré a vuestra Caridad por qué tuve que pronunciar este sermón para ustedes. Desde que estamos aquí yendo a la iglesia y regresando, los pobres nos interpelan y nos dicen que les digamos a ustedes que les den algo. Nos han instado a hablarles: y cuando se ven a sí mismos no recibiendo de ustedes, piensan que trabajamos en vano en ustedes. Esperan algo también de nosotros. Damos cuanto tenemos, damos como podemos: ¿acaso somos capaces de satisfacer sus necesidades? Porque no somos capaces de satisfacer sus necesidades, al menos somos sus legados ante ustedes. Han escuchado, han alabado: gracias a Dios. Han recibido la semilla, han devuelto las palabras. Estas alabanzas tuyas más bien nos agobian y nos ponen en peligro: las soportamos y temblamos entre ellas. Sin embargo, hermanos míos, estas alabanzas tuyas son hojas de los árboles: se busca el fruto.

SERMON LXII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. VIII, 8-12, No soy digno de que entres bajo mi techo, etc. Y también sobre las palabras del Apóstol, I Cor. VIII, 10-12, Si alguien ve a quien tiene conocimiento, recostado en un ídolo, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La humildad del centurión. Hemos escuchado, cuando se leía el Evangelio, que nuestra fe es alabada en la humildad. Pues cuando el Señor Jesús prometía ir a la casa del centurión para sanar a su siervo, él respondió: No soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solo una palabra, y será sanado. Al declararse indigno, se mostró digno; no para que Cristo entrara en sus paredes, sino en su corazón. No diría esto con tanta fe y humildad, si no llevara en su corazón a aquel a quien temía que entrara en su casa. Pues no sería gran felicidad si el Señor Jesús entrara en sus paredes y no estuviera en su pecho. El Maestro de la humildad, tanto con palabra como con ejemplo, se recostó en la casa de un fariseo soberbio, llamado Simón (Luc. VII, 36). Y mientras se recostaba en su casa, no estaba en su corazón donde el Hijo del Hombre reclinar su cabeza.

2. El soberbio rechazado del discipulado de Cristo. Vida del alma, Dios. Así pues, a cierto soberbio, según se entiende de las palabras del mismo Señor, que deseaba seguirlo por su propia voluntad, lo apartó de su discipulado. Te seguiré, Señor, dijo, a donde quiera que vayas. Y el Señor, viendo lo invisible en su corazón, dijo: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. Esto es, en ti habitan las insidias como zorras, habita la soberbia como las aves del cielo: pero el Hijo del Hombre, sencillo contra las insidias, humilde contra la soberbia, no tiene dónde reclinar su cabeza. Y esa misma inclinación de la cabeza, no elevación, es maestra de humildad. Así que aparta a este que desea ir, y atrae a otro que se niega. En el mismo lugar dice a uno: Sígueme. Y él: Te seguiré, Señor; pero permíteme primero ir y enterrar a mi padre. Excusó piadosamente: y por eso era más digno que su excusa fuera removida, y su vocación afirmada. Era piadoso lo que quería hacer: pero el maestro enseñó qué debía preferir. Pues quería que fuera predicador de la palabra viva, para hacer a los vivos. Pero había otros por quienes se cumplía esa necesidad. Deja, dijo, que los muertos entierren a sus muertos (Id. IX, 57-60). Cuando los infieles entierran un cadáver, los muertos entierran a un muerto. El cuerpo de aquel perdió el alma: el alma de aquellos perdió a Dios. Pues así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida del alma es Dios. Así como el cuerpo exhala cuando emite el alma, así el alma exhala cuando pierde a Dios. Dios perdido, muerte del alma; alma emitida, muerte del cuerpo. La muerte del cuerpo es necesaria; la muerte del alma es voluntaria.

3. La fe del centurión en la humildad. Así pues, el Señor se recostaba en la casa de un fariseo soberbio. Estaba en su casa, como dije; y no estaba en su pecho. En cambio, en la casa de este centurión no entró, y poseyó su pecho. Zaqueo, en cambio, recibió al Señor tanto en su casa como en su alma (Id. XIX, 6). Sin embargo, la fe de este es alabada en la humildad. Pues dijo: No soy digno de que entres bajo mi techo. Y el Señor: En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel: según la carne. Pues este ya era israelita según el espíritu. El Señor había venido a Israel según la carne, es decir, a los judíos, a buscar primero las ovejas perdidas, en cuyo pueblo, y de cuyo pueblo también había asumido el cuerpo: No he hallado allí tanta fe, él mismo dice. Podemos medir la fe de los hombres, como hombres: él que veía lo interior, él a quien nadie engañaba, dio testimonio al corazón del hombre, escuchando palabras de humildad, pronunciando sentencia de salud.

CAPÍTULO II.

4. En el centurión se figuran las naciones. ¿De dónde presumió esto? Pues yo también, dijo, soy hombre bajo autoridad, teniendo bajo mí soldados; y digo a este, Ve, y va; y a otro, Ven, y viene; y a mi siervo, Haz esto, y lo hace. Soy autoridad para algunos puestos bajo mí, puesto bajo cierta autoridad sobre mí. Si, pues, yo, dijo, hombre bajo autoridad, tengo poder de mandar; ¿qué no podrás tú, a quien todas las potestades sirven? Pero este era de las naciones: pues era centurión. Ya la nación judía tenía soldado del imperio romano. Allí este ejercía de soldado, cuanto podía ejercer un centurión; y bajo autoridad, y teniendo autoridad; sometido obedeciendo, sometidos gobernando. El Señor, sin embargo (lo que vuestra Caridad debe atender especialmente), aunque estaba en el pueblo judío, ya anunciaba la Iglesia que habría de estar en todo el orbe, a la que iba a enviar a los Apóstoles: él mismo no visto y creído por las naciones, visto y crucificado por los judíos. Pues así como el Señor no entró corporalmente en la casa de este, y sin embargo sanó su fe y su casa estando ausente corporalmente, presente en majestad: así también el mismo Señor estuvo corporalmente solo en el pueblo judío; en otras naciones no nació de la virgen, ni padeció, ni caminó con sus pies, ni sufrió lo humano, ni hizo milagros divinos. Nada de esto en las demás naciones: y sin embargo, de él se cumplió lo que estaba dicho, El pueblo que no conocí, me sirvió. ¿Cómo, si no lo conocí? Al oír de oídas me obedeció (Sal. XVII, 45). La nación judía lo conoció, y lo crucificó: el orbe lo oyó, y creyó.

CAPÍTULO III.

5. La mujer que toca el borde del manto de Cristo, mientras la multitud lo oprime. Esta ausencia de su cuerpo y presencia de su virtud en todas las naciones, también la significó en aquella mujer que tocó el borde de su manto, cuando pregunta diciendo: ¿Quién me ha tocado? Como ausente, pregunta: como presente, sana. Las multitudes te oprimen, dicen los discípulos, y dices: ¿Quién me ha tocado? (Luc. VIII, 43-48). Pues como si caminara sin ser tocado por ningún cuerpo, así dijo, ¿Quién me ha tocado? Y ellos, Las multitudes te oprimen. Y como si el Señor dijera, Busco al que toca, no al que oprime. Así también ahora es su cuerpo, es decir, su Iglesia. La toca la fe de pocos, la oprime la multitud de muchos. Pues habéis oído que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, como sus hijos: y si queréis, vosotros mismos lo sois. El Apóstol lo dice en muchos lugares: Por su cuerpo, dice, que es la Iglesia (Col. I, 24). Y de nuevo: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Cor. XII, 27). Si, pues, somos su cuerpo, lo que entonces sufría su cuerpo en la multitud, lo sufre su Iglesia. Es oprimida por las multitudes: es tocada por pocos. La carne la oprime, la fe la toca. Levantad, pues, los ojos, os lo ruego, quienes tenéis con qué ver. Pues tenéis qué ver. Levantad los ojos de la fe, tocad el borde del manto, bastará para la salvación.

6. Se cumple ahora lo que se predecía en el Evangelio. ¿Por qué los judíos son hijos del reino? Ved lo que escuchasteis del Evangelio que habría de suceder, ahora está presente. Por eso, dice, os digo: por la fe alabada del centurión, como extranjero en la carne, doméstico en el corazón. Por eso, dice, muchos vendrán del oriente y del occidente. No todos, sino muchos: sin embargo, ellos del oriente y del occidente: en estas dos partes se designa todo el orbe. Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos: pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores. Los hijos del reino, es decir, los judíos. ¿Por qué hijos del reino? Porque recibieron la Ley, a quienes fueron enviados los Profetas, entre quienes estaba el templo y el sacerdocio, quienes celebraban las figuras de todas las cosas futuras. Pues las cosas de las que celebraron figuras, no reconocieron la presencia. Por tanto, los hijos del reino irán, dice, a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes. Vemos a los judíos rechazados, vemos a los

cristianos llamados del oriente y del occidente a un cierto banquete celestial, para que se recuesten con Abraham, Isaac y Jacob; donde el pan es justicia, donde la bebida es sabiduría.

CAPÍTULO IV.

7. Reprensión a los que conviven en el ídolo con los paganos. Por tanto, hermanos: esto sois, de este pueblo sois, ya entonces predicho, ahora presentado. De estos sois, que fueron llamados del oriente y del occidente a recostarse en el reino de los cielos, no en el templo de los ídolos. Sed, pues, cuerpo de Cristo, no opresión del cuerpo de Cristo. Tenéis el borde del manto, que toquéis, para que seáis sanados del flujo de sangre, es decir, del flujo de las voluptuosidades carnales. Tenéis, digo, el borde del manto, que toquéis. Considerad a los Apóstoles como la vestidura, adheridos a los lados de Cristo bajo la textura de la unidad. En estos Apóstoles estaba como borde el más pequeño y último Pablo: él mismo dice, Yo soy el más pequeño de los Apóstoles (I Cor. XV, 9). En la vestidura, lo último y más pequeño, es el borde. El borde se mira con desprecio: pero se toca con salud. Hasta esta hora tenemos hambre, y sed, y estamos desnudos, y somos abofeteados (Id. IV, 11). ¿Qué tan extremo, qué tan despreciable? Toca, si padeces flujo de sangre: saldrá virtud de aquel cuya vestidura es, y te sanará. El borde se proponía ahora para ser tocado, cuando se leía del mismo apóstol: Si alguien ve a quien tiene conocimiento, recostado en un ídolo; ¿no se edificará su conciencia, siendo débil, para comer de lo sacrificado a los ídolos? Y perecerá el débil en tu conocimiento, hermano, por quien Cristo murió. ¿Cómo creéis que pueden ser engañados los hombres por los ídolos, que creen ser honrados por los cristianos? Dios conoce mi corazón, dices. Pero tu hermano no conoce tu corazón. Si eres débil, evita una mayor enfermedad: si eres fuerte, cura la debilidad de tu hermano. Quienes ven estas cosas, se edifican para otras, para no solo desear comer allí, sino también sacrificar. He aquí que perece el débil en tu conocimiento, hermano. Escucha, hermano: si despreciabas al débil, ¿también desprecias al hermano? Despierta. ¿Qué, si pecas contra el mismo Cristo? Pues atiende a lo que de ningún modo puedes despreciar. Así, dice, pecando contra los hermanos, y golpeando su conciencia débil, pecáis contra Cristo. Vayan ahora, quienes desprecian estas cosas, y recuéstense en el ídolo: ¿no serán opresores, no tocadores? y cuando se recuesten en el ídolo, vengan y llenen la iglesia; no para recibir salud, sino para hacer opresión.

CAPÍTULO V.

8. Los que se recuestan en el ídolo por temor a alguien mayor. La observancia hacia alguien mayor debe estar ordenada. Pero temo, dices, ofender a alguien mayor. Teme, por supuesto, ofender a alguien mayor; y no ofendes a Dios. Pues quien teme ofender a alguien mayor, vea si acaso es mayor aquel a quien temes ofender. Ciertamente no ofendas al mayor. Esta regla se te propone. ¿No es manifiesto que debe ofenderse menos a aquel que es mayor que los demás? Examina ahora a tus mayores. Primero son para ti tu padre y tu madre: si te educan rectamente, si te nutren en Cristo; deben ser escuchados en todo, obedecidos en toda orden; que no manden nada contra el mayor, y se les sirva. ¿Quién es, dices, mayor que quien me engendró? Aquel que te creó a ti mismo. Pues el hombre engendra, Dios crea. De dónde engendra el hombre, no sabe: qué va a engendrar, no sabe. Aquel que te vio para hacerte, antes de que existiera a quien hizo, ciertamente es mayor que tu padre. Sea mayor la patria que los mismos padres; para que lo que manden los padres contra la patria, no se escuche. Y lo que mande la patria contra Dios, no se escuche. Pues si quieres ser sanado, si después del flujo de sangre, si después de doce años en esa enfermedad, si después de haber consumido todo en médicos, y no haber recibido salud, alguna vez quieres ser sano, oh mujer, a quien hablo en el tipo de la Iglesia, tu padre te manda aquello, y tu pueblo te manda aquello. Pero tu

Señor te dice, Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre. ¿Con qué bien? ¿con qué fruto? ¿con qué recompensa? Porque el rey ha deseado tu belleza (Sal. XLIV, 11, 12). Deseó lo que hizo: pues para hacerte hermosa, amó a la fea. Por la infiel y fea derramó su sangre, te hizo fiel y hermosa, amó sus dones en ti. Pues ¿qué aportaste a tu esposo? ¿Qué recibiste en dote de tu anterior padre y tu anterior pueblo? ¿No fueron lujurias y harapos de pecados? Desechó tus harapos, rasgó tu cilicio: tuvo misericordia para adornarte; te adornó para amarte.

CAPÍTULO VI.

9. Escandalizar al hermano es pecar contra Cristo. ¿Qué más, hermanos? Cristianos, habéis escuchado que al pecar contra los hermanos y herir su débil conciencia, pecáis contra Cristo. No despreciéis, si no queréis ser borrados del libro de la vida. ¿Hasta cuándo intentaremos deciros clara y agradablemente lo que nuestro dolor nos obliga a decir de cualquier manera, y no nos permite callar? Cualquiera que quiera despreciar esto, peca contra Cristo, que vea lo que hace. Queremos reunir a los paganos restantes, sois piedras en el camino; los que quieren venir tropiezan y regresan. Dicen en sus corazones: ¿Por qué hemos de abandonar a los dioses que los mismos cristianos adoran con nosotros? Lejos de mí, dice, que yo adore a los dioses de los gentiles. Conozco, entiendo, creo. ¿Qué haces con la conciencia del débil, a quien hieres? ¿Qué haces con el precio, si desprecias lo que ha sido comprado? Mira cuánto costó, dice, el débil perecerá en tu conocimiento: que dices tener, para saber que el ídolo no es nada, y piensas en Dios, y así te sientas en el ídolo. En este conocimiento perece el débil. Y para que no desprecies al débil, añadió, por quien Cristo murió. A quien quieres despreciar, considera su precio, y con la muerte de Cristo pesa todo el mundo. Y para que no pienses que pecas contra el débil, y consideres el pecado leve y de poca importancia, dice, pecáis contra Cristo. Los hombres suelen decir: ¿Peco contra el hombre, acaso contra Dios? Niega que Cristo es Dios. ¿Te atreves a negar que Cristo es Dios? ¿O aprendiste otra cosa cuando te sentabas en el ídolo? La doctrina de Cristo no admite esta enseñanza. Pregunto dónde aprendiste que Cristo no es Dios. Los paganos suelen decir esto. ¿Ves lo que hacen las malas mesas? ¿Ves que las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor XV, 33)? Allí no puedes hablar del Evangelio, y escuchas a los que hablan de ídolos. Allí pierdes que Cristo es Dios: y lo que allí bebes, lo vomitas en la Iglesia. Quizás aquí te atreves a hablar, quizás entre las multitudes te atreves a murmurar: ¿Acaso Cristo no fue hombre? ¿No fue crucificado? Esto lo aprendiste de los paganos, perdiste la salvación, no tocaste el borde. Toca también aquí el borde, recupera la salvación. Como te enseñamos a tocarlo en lo que está escrito, quien vea a un hermano sentado en el ídolo: tócalo también sobre la divinidad de Cristo. De los judíos decía el mismo borde, cuyos padres, y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5). He aquí en quién pecas, el verdadero Dios, mientras te sientas con dioses falsos.

10. Excusa absurda de los que se sientan en el ídolo. No es Dios, dice, porque es el genio de Cartago. Como si Marte o Mercurio fueran dioses. Pero observa cómo lo consideran ellos; no qué es. Pues yo también sé contigo que es una piedra. Si el genio es algún adorno; que los ciudadanos de Cartago vivan bien, y ellos serán el genio de Cartago. Pero si el genio es un demonio, también allí escuchaste: Lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: no quiero que os hagáis partícipes de los demonios (I Cor. X, 20). Sabemos que no es Dios; ojalá ellos también lo supieran así: pero por aquellos que no lo saben, los débiles, no debe herirse su conciencia. Esto advierte el Apóstol. Pues también lo que tienen como deidad y toman por deidad esa estatua, el altar lo testifica. ¿Qué hace allí el altar, si no se tiene por deidad? Nadie me diga. No es deidad, no es Dios. Ya dije, ojalá ellos lo supieran

así, como lo sabemos todos nosotros. Pero qué tienen, por qué lo tienen, qué hacen allí, ese altar lo testimonia. Convenció las mentes de todos los adoradores, no convence a los que se sientan.

CAPÍTULO VII.

11. Oprimir y tocar el Cuerpo de Cristo. Pero que no opriman los cristianos, si oprimen los paganos. Es el Cuerpo de Cristo. ¿No decíamos que el Cuerpo de Cristo era oprimido, y no tocado? Él toleraba a los que oprimían, buscaba a los que tocaban. Y ojalá, hermanos, que el Cuerpo de Cristo sea oprimido por los paganos, por quienes suele ser oprimido; que los cristianos no opriman el Cuerpo de Cristo. Hermanos, nos corresponde decirnos, nos corresponde hablar a los cristianos. ¿Qué tengo yo que juzgar a los que están fuera? dice el mismo Apóstol (I Cor. V, 12). A ellos los hablamos de otra manera, como a débiles, hay que ser amables con ellos, para que escuchen la verdad: en vosotros hay que cortar la podredumbre. Si buscáis cómo vencer a los paganos, cómo iluminarlos, cómo llamarlos a la salvación: abandonad sus solemnidades, abandonad sus tonterías; y si no consienten en nuestra verdad, que se avergüencen de su escasez.

12. El prelado, sea bueno o malo, no puede dañar a los piadosos. Si es bueno quien te preside, es tu nutridor: si es malo, es tu tentador. Y acepta con gusto los nutrientes, y en la tentación sé aprobado. Sé oro. Considera este mundo como el horno del orfebre: en un lugar estrecho hay tres cosas, oro, paja, fuego. A esas dos cosas se aplica el fuego, la paja se quema, el oro se purifica. Alguien cedió a las amenazas, y fue llevado al ídolo: ay de mí, porque lloro la paja, veo la ceniza. Otro no cedió a las amenazas, no cedió a los terrores; llevado ante el juez, permaneció en su confesión, no se inclinó al ídolo: ¿qué hace la llama? ¿No purifica el oro? Permaneced en el Señor, hermanos: es más poderoso quien os llamó. No temáis las amenazas de los impíos. Sufrid a los enemigos; tenéis por quienes orar; en absoluto os aterroricen. Esta es la salud, bebed de aquí en este banquete: aquí bebed, de donde os saciéis, no allí, de donde os enloquecáis. Permaneced en el Señor. Sois de plata, seréis oro. Esta similitud no es de nosotros, es de la divina Escritura. Habéis leído, habéis escuchado: Como oro en el horno los probó; y como holocausto los aceptó (Sab. III, 6). He aquí lo que seréis para los tesoros de Dios. Sed ricos de Dios: no para hacerlo rico, sino para ser ricos de él. Que os llene, no admitáis otra cosa en vuestro corazón.

CAPÍTULO VIII.

13. Observancia de las potestades ordenadas. ¿Acaso os elevamos a la soberbia, o os decimos que seáis despreciadores contra las potestades ordenadas? No decimos esto. Vosotros que también estáis enfermos por esto, tocad también aquí el borde de la vestidura. El mismo Apóstol dice: Toda alma esté sujeta a las potestades superiores: porque no hay potestad sino de Dios. Las que hay, por Dios han sido ordenadas. Quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios (Rom. XIII, 1, 2). Pero, ¿qué si ordena lo que no debes hacer? Aquí ciertamente desprecia la potestad, temiendo a la potestad. Observa los mismos grados de las cosas humanas. Si algo ordena el curador, ¿no debe hacerse? Sin embargo, si ordena contra el procónsul, no desprecias la potestad, sino que eliges servir al mayor. Tampoco debe enojarse el menor, si el mayor es preferido. Nuevamente, si algo ordena el mismo procónsul, y otra cosa ordena el emperador, ¿acaso se duda que despreciando a este, se debe servir a aquel? Entonces, si el emperador ordena una cosa, y Dios otra, ¿qué juzgáis? Paga el tributo, séme obediente. Bien, pero no en el ídolo. En el ídolo lo prohíbe. ¿Quién lo prohíbe? La mayor potestad. Perdona: tú amenazas con la cárcel, él con el infierno. Aquí ya debes asumir tu fe

como un escudo, en el que puedas apagar todos los dardos encendidos del enemigo (Efes. VI, 16).

CAPÍTULO IX.

14. El engaño del poderoso se compara a una navaja. Pero el poderoso conspira contra ti, y maquina contra ti: afila la navaja para cortar el cabello, no para cortar la cabeza. Lo que dije, lo escuchasteis ahora en el Salmo: Como navaja afilada hiciste engaño (Sal. LI, 4). ¿Por qué comparó el engaño del poderoso a una navaja? Porque no se admite, sino para nuestras cosas superfluas. Así como el cabello en nuestro cuerpo parece superfluo, y se corta sin detrimento de la carne; así cualquier cosa que pueda hacerte el poderoso enojado, cuéntala entre tus cosas superfluas. Quita tu pobreza: ¿acaso quita tus riquezas? Tu pobreza, tus riquezas están en tu corazón. Pudo quitar tus cosas superfluas, pudo causarte daño, permitido incluso hasta herir el cuerpo. Incluso esta vida, para quienes piensan en otra vida; esta vida, digo, debe contarse entre las cosas superfluas. Pues también los mártires la despreciaron. No perdieron la vida, sino que adquirieron la vida.

CAPÍTULO X.

15. Seguridad de los piadosos bajo la protección de Dios. Estad seguros, hermanos, que los enemigos no son admitidos contra los fieles, sino en cuanto beneficia a los fieles para ser probados y aprobados. Estad seguros, hermanos, que nadie diga otra cosa. Echad toda vuestra preocupación sobre el Señor, arrojad completamente sobre él. No se aparta para que caigáis. Él que nos creó, y de nuestros mismos cabellos nos dio seguridad. En verdad os digo, dice, que hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (Mat. X, 30). Nuestros cabellos están contados por Dios: cuánto más nuestros comportamientos, a quien así le son conocidos nuestros cabellos. Ved, porque Dios no desprecia nuestras cosas mínimas. Pues si las despreciara, no las crearía. Pues también nuestros cabellos él ciertamente los creó, y los tiene contados. Pero ahora que están, dices, quizás perecerán. Y también aquí escucha su voz: En verdad os digo, que ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Luc. XXI, 18). ¿Qué temes al hombre, oh hombre puesto en el seno de Dios? No caigas de su seno: cualquier cosa que sufras allí, servirá para la salvación, no para la perdición. Los mártires soportaron el desgarrar de sus miembros, ¿y los cristianos temen las injurias de los tiempos cristianos? Quien te hace injuria ahora, lo hace con miedo. No dice abiertamente, Ven al ídolo: no dice abiertamente, Ven a mis altares, banquetea allí. Y si lo dijera, y no quisieras, que se queje de esto, que lo ponga en demanda, que lo deposite en queja: No quiso venir a mis altares, no quiso venir al templo que venero. Que diga esto. No se atreve a decirlo: pero maquina otras cosas con engaño. Prepara los cabellos, afila la navaja: quitará tus cosas superfluas, rasurará lo que dejarás. Que quite lo que permanecerá, si puede. ¿Qué quitó el poderoso nocivo? ¿Qué grande quitó? Lo que el ladrón, lo que el asaltante; que mucho se ensañe, lo que el bandido. Si incluso para matar el cuerpo se le permite, ¿qué quita sino lo que el bandido? Honré, al decir, Bandido. Pues cualquier bandido, es hombre. Lo que la fiebre, lo que el escorpión, lo que el hongo malo. Toda esta es la potencia de los que se ensañan, hacer lo que el hongo. Los hombres comen un hongo malo, y mueren. He aquí en qué fragilidad está la vida humana: que cuando la dejes, no luches por ella de tal manera que seas dejado.

CAPÍTULO XI.

16. La vida eterna es la recompensa del trabajo. Nuestra vida es Cristo: atiende a Cristo. Vino a sufrir, pero también a ser glorificado; a ser despreciado, pero también a ser exaltado; a

morir, pero también a resucitar. La obra te asusta, mira la recompensa. ¿Por qué quieres llegar delicadamente a esa cosa, a la que no conduce sino el trabajo? Pero temes perder tu dinero; porque a tu dinero llegaste con gran trabajo. Si al dinero que alguna vez perderás, incluso muriendo, no llegaste sin trabajo; ¿quieres llegar a la vida eterna sin trabajo? Que te sea más querida aquella, a la que después de todos los trabajos llegarás de tal manera que nunca la perderás. Si esto te es querido, a lo que después de todos los trabajos llegaste de tal manera que alguna vez lo perderás; cuánto más debemos desear aquella perpetua.

17. Los ídolos no deben romperse a menos que se dé legítima potestad. No creáis en sus palabras, ni temáis. Nos llaman enemigos de sus ídolos. Así lo conceda Dios, y dé todo en potestad, como dio lo que fue roto. Esto decimos a vuestra Caridad, que no hagáis estas cosas, cuando no está en vuestra potestad hacerlas. Es propio de hombres perversos, de furiosos Circunceliones, y donde no tienen potestad, ensañarse, y querer morir sin causa. Habéis escuchado lo que os leímos, todos los que recientemente estuvisteis en Mappalia. Cuando se os haya dado la tierra en potestad (primero dice, en potestad, y así dice lo que debe hacerse), destruiréis sus altares, derribaréis sus bosques, y romperéis todos sus títulos (Deut. VII, 1, 5). Cuando hayáis recibido potestad, haced esto. Donde no se nos ha dado potestad, no lo hacemos; donde se ha dado, no lo omitimos. Muchos paganos tienen estas abominaciones en sus fincas: ¿acaso nos acercamos y las rompemos? Primero actuamos para romper los ídolos en sus corazones. Cuando ellos mismos se hagan cristianos, o nos invitan a tan buena obra, o nos preceden. Ahora hay que orar por ellos, no enojarse con ellos. Si el gran dolor nos mueve, nos mueve contra los cristianos, nos mueve contra nuestros hermanos, que quieren entrar en la iglesia de tal manera que aquí tienen el cuerpo, en otro lugar el corazón. Todo debe estar dentro. Si está dentro lo que ve el hombre, ¿por qué está fuera lo que ve Dios?

CAPÍTULO XII.

18. Quejas injustas de los idólatras. Sabed, queridos, que sus murmuraciones se unen con los herejes, con los judíos. Herejes, judíos y paganos han hecho unidad contra la unidad. Porque sucedió que en algunos lugares los judíos recibieron disciplina por sus maldades; se quejan, y sospechan, o fingen, que siempre buscamos tales cosas sobre ellos. Porque sucedió que en algún lugar los herejes pagaron penas por las leyes debido a la impiedad y furia de sus violencias; ya dicen que buscamos por todas partes alguna incomodidad para su perdición. Nuevamente, porque contra los paganos se decidió que se promulgaran leyes, más bien a favor de los paganos, si fueran sabios (Así como a los niños insensatos que juegan con barro, y ensucian sus manos, el pedagogo cuando viene severo, les quita el barro de la mano, les ofrece el libro: así quiso Dios a través de los príncipes sometidos a él aterrorizar los corazones insensatos infantiles, para que arrojen el barro de sus manos, y hagan algo útil. ¿Qué es útil de las manos? Parte tu pan con el hambriento, y al pobre sin techo introduce en tu casa (Isai. LVIII, 7). Y sin embargo, los niños escapan de los ojos del pedagogo, y regresan al barro furtivamente; y cuando son encontrados, esconden las manos, para que no se vean): porque así lo quiso Dios, piensan que buscamos ídolos en todas partes; que cuando los encontramos, los rompemos en todos los lugares. ¿Por qué? ¿No están ante nosotros los lugares donde están? ¿O realmente ignoramos dónde están estas cosas? Y sin embargo, no lo hacemos: porque Dios no lo ha dado en potestad. ¿Cuándo da Dios en potestad? Cuando el dueño de la cosa sea cristiano. Ahora quiso que se hiciera por quien es la cosa. Si no quisiera dar el mismo lugar a la Iglesia, y solo ordenara que no hubiera ídolos en su propiedad; creo que debería hacerse con la máxima devoción, para que los cristianos ayuden a un alma cristiana ausente, que en la tierra quiere dar gracias a Dios, no quiere que haya algo en deshonra de Dios. A esto se añade, que dio los mismos lugares a la Iglesia. ¿Y en la

propiedad de la Iglesia habría ídolos? Hermanos, he aquí lo que desagrada a los paganos. Les basta que no quitemos, no rompamos esas cosas de sus fincas: y quieren que se conserven en las nuestras. Predicamos contra los ídolos, los quitamos de los corazones: somos perseguidores de los ídolos: lo profesamos. ¿Acaso somos conservadores? No hago donde no puedo; no hago donde el dueño de la cosa se queja: donde quiere que se haga, y da gracias; seré culpable si no lo hago.

SERMON LXIII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. VIII, 23-27, Y al subir él a la barca, etc.

1. Navegando en el mundo. De la lectura más reciente del santo Evangelio, con el don del Señor, os hablo, y en él os exhorto, para que contra las tempestades y olas de este mundo no duerma la fe en vuestros corazones. Pues no es que el Señor Cristo tuviera la muerte en su poder, y no tuviera el sueño en su poder; y quizás el sueño oprimió al Omnipotente navegante contra su voluntad. Si creéis esto, duerme en vosotros: pero si en vosotros vela Cristo, vela vuestra fe. El Apóstol dice, Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (Efes. III, 17). Por tanto, también el sueño de Cristo es signo del sacramento. Las almas son navegantes en la madera que atraviesan el mundo. También aquella nave figuraba la Iglesia. Y cada uno es templo de Dios, y cada uno navega en su corazón: y no hace naufragio, si piensa bien.

2. Cristo debe ser despertado entre las tempestades de la ira. Escuchaste un insulto, es el viento: te enojaste, es la ola. Por tanto, soplando el viento, levantándose la ola, la nave está en peligro, tu corazón está en peligro, tu corazón fluctúa. Al escuchar el insulto deseas vengarte: y he aquí que te has vengado, y cediendo al mal ajeno, has hecho naufragio. ¿Y por qué esto? Porque Cristo duerme en ti. ¿Qué es, Cristo duerme en ti? Olvidaste a Cristo. Despierta, pues, a Cristo, recuerda a Cristo, que despierte en ti Cristo: considéralo. ¿Qué querías? Vengarte. ¿Se te olvidó que él cuando fue crucificado dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34)? Quien dormía en tu corazón, no quiso vengarse. Despiértalo, recuérdalo. Su memoria, su palabra: su memoria, su mandato. Y dirás en ti mismo, si Cristo vela en ti: ¿Qué clase de hombre soy yo, que quiero vengarme? ¿Quién soy yo, que lanzo amenazas contra un hombre? Quizás muera antes de vengarme. Y cuando, jadeando, inflamado de ira, y sediento de venganza, salga del cuerpo, no me recibirá aquel que no quiso vengarse: no me recibirá aquel que dijo, Dad, y se os dará; perdonad, y se os perdonará (Luc. VI, 37, 38). Por tanto, me contendré de mi ira, y volveré a la tranquilidad de mi corazón. Cristo mandó al mar, se hizo la tranquilidad.

3. Bajo el mandato de Cristo se produce la tranquilidad. Lo que he dicho sobre la ira, mantenedlo como regla en todas vuestras tentaciones. Nace la tentación, es el viento: te turbas, es la ola. Despierta a Cristo, que hable contigo. ¿Quién es este, a quien incluso los vientos y el mar obedecen? ¿Quién es este, a quien el mar obedece? El mar es suyo, y él lo hizo (Salmo 94, 5). Todo fue hecho por él (Juan 1, 3). Imita más bien a los vientos y al mar: obedece al Creador. Bajo la orden de Cristo, el mar escucha, ¿y tú eres sordo? El mar escucha, el viento cesa, ¿y tú soplas? ¿Qué? Digo, hago, finjo: ¿qué es sino soplar y no querer cesar bajo la palabra de Cristo? No os venza la ola en la perturbación de vuestro corazón. Pero, sin embargo, porque somos humanos, si el viento nos empuja, si mueve el afecto de nuestra alma, no desesperemos: despertemos a Cristo, para que naveguemos en calma y lleguemos a la patria. Convertidos al Señor, etc.

SERMO LXIV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. X, 16, He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos, etc. Pronunciado en la solemnidad de los Mártires.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Lobos hechos ovejas. Habéis escuchado, hermanos, cuando se leía el santo Evangelio, cómo nuestro Señor Jesucristo fortaleció a sus mártires con su enseñanza diciendo: He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos. Considerad, hermanos míos, lo que hace. Si un lobo viene entre muchas ovejas, por más que sean miles de ovejas, se turbarán por un solo lobo: y si no todas son despedazadas, todas sin embargo se asustan. ¿Cuál era entonces esa razón, qué consejo, qué poder, no admitir al lobo entre las ovejas, sino enviar ovejas entre los lobos? Os envío, dice, como ovejas en medio de lobos: no a los límites de los lobos, sino en medio de los lobos. Era entonces un ejército de lobos, pocas ovejas. Pues cuando muchos lobos mataban a pocas ovejas, los lobos se convirtieron y se hicieron ovejas.

2. De dónde la confianza del cristiano entre lobos. Escuchemos entonces qué aconsejó, quien prometió coronas, y precedió con la lucha; y quien espera a los que combaten, ayuda a los que trabajan. ¿Qué tipo de combate indicó? Sed, dice, astutos como serpientes, y sencillos como palomas. Quien entienda y mantenga esto, muere seguro, porque no morirá. Nadie debe morir seguro, sino quien sabe que morirá de tal manera que en él muera la muerte y la vida sea coronada.

CAPÍTULO II

3. Cómo imitar la astucia de la serpiente. Por lo tanto, carísimos, es necesario explicaros, aunque ya lo hemos dicho muchas veces, qué significa ser sencillos como palomas, astutos como serpientes. Si ya se nos ha indicado la sencillez de las palomas, ¿qué hace la astucia de la serpiente en la sencillez de la paloma? Amo en la paloma que no tiene hiel: temo en la serpiente que tiene veneno. No temas en toda su parte a la serpiente: tiene lo que odies, tiene lo que imites. La serpiente, cuando se ve agobiada por la vejez, y siente el peso de la antigüedad, se estrecha a través de una cueva y se despoja de su vieja piel, para que exulte nueva. Imítala, cristiano, que escuchas a Cristo diciendo, Entrad por la puerta estrecha (Mateo 7, 13). Y el apóstol Pablo te dice: Despojaos del hombre viejo con sus actos, y vestíos del nuevo (Colosenses 3, 9-10, y Efesios 4, 22-24). Tienes, por tanto, lo que imitar en la serpiente. No mueras por la antigüedad, sino por la verdad. Quien muere por la conveniencia temporal, muere por la antigüedad. Pero cuando te hayas despojado de toda esta antigüedad, habrás imitado la astucia de la serpiente. Imítala también en esto: guarda tu cabeza. ¿Qué significa, guarda tu cabeza? Mantén a Cristo contigo. Si alguno de vosotros ha notado alguna vez, cuando se quiere matar a una serpiente, cómo expone todo su cuerpo a los golpes del atacante para proteger su cabeza. No quiere ser herida en aquello donde sabe que tiene la vida. Y Cristo es nuestra vida. Él mismo dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6). Escucha también al Apóstol: La cabeza del hombre es Cristo (1 Corintios 11, 3). Quien guarda a Cristo en sí, guarda su cabeza para sí.

CAPÍTULO III.

4. La sencillez de la paloma a imitar. Ahora bien, ¿qué necesidad hay de recomendar con muchas palabras la sencillez de las palomas? Pues los venenos de la serpiente debían ser evitados; allí la imitación era peligrosa, allí había algo que temer: imita a la paloma sin temor. Observa cómo las palomas se alegran en la sociedad: vuelan juntas en todas partes, se

alimentan juntas, no quieren estar solas, se alegran en la comunión, guardan la caridad, murmuran con gemidos de amor; engendran a sus hijos con besos. Pues cuando las palomas, como a menudo observamos, se pelean entre sí por sus nidos, es una contienda pacífica. ¿Acaso porque se pelean, se separan? Vuelan juntas, se alimentan juntas, y esa pelea entre ellas es pacífica. Observad la pelea de las palomas. El apóstol dice: Si alguno no obedece a nuestra palabra por carta, señaladlo, y no os mezcléis con él. He aquí la pelea: pero observa que es una pelea de palomas, no de lobos. Inmediatamente añade: Y no lo consideréis como enemigo, sino amonestadlo como hermano (2 Tesalonicenses 3, 14-15). La paloma ama incluso cuando pelea: el lobo odia incluso cuando halaga. Teniendo, pues, la sencillez de las palomas y la astucia de las serpientes, celebrad las solemnidades de los mártires con sobriedad de mente, no con embriaguez de vientre, dad alabanzas a Dios. Él es nuestro Señor Dios, que es el Dios de los mártires; él es nuestro coronador. Si hemos luchado bien, seremos coronados por aquel que coronó a aquellos a quienes deseamos imitar.

SERMO LXV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. X, 28, No temáis a los que matan el cuerpo, etc. Pronunciado en la solemnidad de los Mártires.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El temor expulsa el temor. Nos advierten las palabras divinas que se han leído, temiendo no temer, y no temiendo temer. Habéis advertido, cuando se leía el santo Evangelio, que nuestro Señor Dios, antes de morir por nosotros, quiso que fuéramos firmes: pero advirtiéndonos que no temiéramos, y advirtiéndonos que temiéramos. Pues dice: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. He aquí donde nos advirtió que no temiéramos. Ved dónde nos advirtió que temiéramos. Pero temed, dice, a aquel que tiene poder para destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno. Por tanto, temamos, para no temer. El temor parece pertenecer a la cobardía: el temor parece ser de los débiles, no de los fuertes. Pero ved lo que dice la Escritura: El temor del Señor es esperanza de fortaleza (Proverbios 14, 26). Temamos, para no temer: esto es, temamos prudentemente, para no temer vanamente. Los santos mártires, por cuya solemnidad se ha recitado esto del Evangelio, temiendo no temieron: porque temiendo a Dios, despreciaron a los hombres.

2. Nada debe temer el hombre del hombre. ¿Qué debe temer el hombre del hombre? ¿Y qué es lo que hace que uno aterrorice a otro, hombre a hombre? Aterroriza, y dice, Te mato: y no teme, que mientras amenaza, primero puede morir. Te mato, dice. ¿Quién lo dice? ¿A quién lo dice? Oigo a dos: uno aterrorizando, otro temiendo; de los cuales uno es poderoso, el otro débil, pero ambos mortales. ¿Por qué, entonces, se extiende en honor una potestad inflada, en carne igual debilidad? Que amenace seguro de muerte, quien no teme la muerte. Pero si teme lo que amenaza; que se observe a sí mismo, y se compare con aquel a quien amenaza. Encuentre en aquel a quien amenaza, una condición igual; y pida al Señor misericordia junto con él. Pues es hombre, y amenaza a hombre, criatura a criatura: pero una inflada bajo el Creador, otra huyendo hacia el Creador.

CAPÍTULO II.

3. Por qué el perseguidor no aterroriza al mártir de Dios. Diga, pues, el mártir más fuerte, estando hombre ante hombre: No temo, porque temo. Lo que tú amenazas, si él no quiere, no lo haces: pero lo que él amenaza, para hacerlo no es impedido por nadie. Además, lo que tú amenazas, y si se te permite, ¿qué haces? Hasta la carne te ensañas, el alma está a salvo. No matarás lo que no ves: visible al visible amenazas. Ambos tenemos un Creador invisible, a

quien juntos deberíamos temer; quien creó al mismo hombre de lo visible e invisible: lo visible de la tierra hizo, lo invisible con su aliento animó. Por tanto, la sustancia invisible, esto es, el alma que levantó la tierra yacente de la tierra, no teme cuando golpeas la tierra. Puedes herir la morada, ¿acaso al habitante? Huye el prisionero atado cuando se rompe el vínculo, y será coronado en secreto. ¿Qué, pues, amenazas, quien nada puedes hacer al alma? Por el mérito de aquel a quien nada puedes hacer, resucitará aquel a quien algo puedes hacer. Pues por el mérito del alma resucitará también la carne: y será devuelta al habitante, ya no para caer, sino para permanecer. He aquí, digo las palabras del mártir, he aquí que ni siquiera por mi propia carne temo al que amenaza. Mi carne está sujeta al poder: pero incluso los cabellos de mi cabeza están contados por el Creador (Mateo 10, 30). ¿Por qué temo perder mi carne, quien ni siquiera pierdo un cabello? ¿Cómo no atiende a mi carne, a quien tan bien conocidas son mis cosas viles? El mismo cuerpo que puede ser golpeado y muerto, será ceniza por un tiempo, será inmortal para siempre. Pero, ¿a quién? ¿A quién se devolverá el cuerpo a la vida eterna incluso muerto, destruido, disperso? ¿A quién se devolverá? A aquel que no temió entregar su alma, cuando no teme que su carne sea muerta.

CAPÍTULO III.

4. El alma inmortal a su manera. Pues, hermanos, el alma se dice inmortal, y es inmortal según un cierto modo suyo: porque es una cierta vida, que puede vivificar la carne con su presencia. Pues por el alma vive la carne. Esta vida no puede morir: y por eso el alma es inmortal. ¿Por qué, entonces, dije, Según su modo? Escuchad por qué. Porque hay una cierta inmortalidad verdadera, inmortalidad que es inmutabilidad total: de la cual dice el Apóstol hablando de Dios, Quien solo tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible; a quien ningún hombre ha visto, ni puede ver: a quien es honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén (1 Timoteo 6, 16). Si, pues, solo Dios tiene inmortalidad, ciertamente el alma es mortal. He aquí por qué dije que el alma es inmortal según su modo. Pues puede también morir. Que vuestra Caridad entienda, y no quedará ninguna cuestión. Me atrevo a decir, el alma puede morir, puede ser matada. Ciertamente es inmortal. He aquí que me atrevo a decir, y es inmortal, y puede ser matada: y por eso dije que hay una cierta inmortalidad, esto es, inmutabilidad total, que solo Dios tiene, de quien se ha dicho, Quien solo tiene inmortalidad. Pues si el alma no puede ser matada, ¿cómo dijo el mismo Señor cuando nos aterrorizaba, Temed a aquel que tiene poder para destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno?

CAPÍTULO IV.

5. Cómo puede morir el alma. La vida del alma, Dios. Aún he confirmado, no he resuelto la cuestión. He probado que el alma puede ser matada. No se puede contradecir al Evangelio, sino por un alma impía. He aquí que me ocurre también aquí, y viene a mi mente lo que debo decir. No se puede contradecir a la vida, sino por un alma muerta. El Evangelio es vida, la impiedad y la infidelidad son muerte del alma. He aquí que puede morir, y es inmortal. ¿Cómo, entonces, es inmortal? Porque siempre es alguna vida, que en ella nunca se extingue. ¿Cómo muere? No para que no sea vida, sino perdiendo la vida. Pues el alma es vida de alguna cosa, y también tiene ella misma su vida. Observa el orden de las criaturas. La vida del cuerpo es el alma: la vida del alma es Dios. Así como la vida está presente al cuerpo, esto es, el alma, para que no muera el cuerpo: así debe estar presente la vida del alma, esto es, Dios, para que no muera el alma. ¿Cómo muere el cuerpo? Al abandonar el alma. El cuerpo, digo, al abandonar el alma muere: y yace el cadáver poco antes deseable, ahora despreciable. Están presentes los miembros, los ojos, los oídos: pero estas son ventanas de la casa, el habitante se ha ido. Quien llora al muerto, clama en vano a las ventanas de la morada: no está

dentro quien escuche. Cuántas cosas dice el afecto del que llora, cuántas enumera, cuántas recuerda; y por cuánta, por así decirlo, locura del dolor habla como si con alguien que siente, cuando habla con alguien ausente. Enumera las costumbres, enumera las señales de benevolencia hacia él. Tú eres quien me diste aquello; aquello y aquello me prestaste: tú eres quien así y así me amaste. Si atiendes, si entiendes, si reprimes la locura del dolor, quien te amó se ha ido: en vano la casa te sufre como golpeador, en la que no puedes encontrar al morador.

CAPÍTULO V.

6. Tanto la muerte del cuerpo como la del alma, por qué signos se conocen. Volvamos a la causa que decía poco antes. El cuerpo está muerto. ¿Por qué? Porque se ha ido su vida, esto es, el alma. ¿Por qué está muerta el alma? Porque la ha abandonado su vida, Dios.

CAPÍTULO VI.

7. La muerte del alma debe ser llorada y temida más que la del cuerpo. Brevemente, pues, conocidas estas cosas, sabed y tened por cierto, que el cuerpo está muerto sin el alma: el alma está muerta sin Dios. Todo hombre sin Dios tiene el alma muerta. Lloras al muerto: llora más al pecador, llora al impío, llora al infiel. Está escrito: El luto por el muerto, siete días; pero el del necio y el impío, todos los días de su vida (Eclesiástico 22, 13). ¿Acaso no tienes en ti las entrañas de la misericordia cristiana, para llorar el cuerpo del que se ha ido el alma, y no llorar el alma de la que se ha ido Dios? Teniendo esto, que el mártir responda al que amenaza: ¿Por qué me obligas a negar a Cristo? ¿Me obligas, entonces, a negar la verdad? Si no quiero, ¿qué haces? Golpeas mi cuerpo, para que de él se vaya mi alma: pero mi alma misma tiene su cuerpo. No es imprudente, no es insensata. Tú quieres herir mi cuerpo: quieres que, cuando temo que hieras mi cuerpo, y de él se vaya mi alma, yo hiera mi alma, y de ella se vaya mi Dios. No temas, pues, mártir, la espada del que golpea: teme tu lengua, no sea que te hieras a ti mismo, y mates no la carne, sino el alma. Teme al alma, no sea que muera en el infierno de fuego.

CAPÍTULO VII.

8. Qué es la muerte eterna del cuerpo y del alma. Por eso el Señor, Quien tiene poder para destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno de fuego. ¿Cómo? cuando el impío sea enviado al infierno, ¿arderá allí el cuerpo, allí el alma? La muerte del cuerpo, castigo eterno: la muerte del alma, ausencia de Dios. ¿Quieres saber qué es la muerte del alma? Entiende al profeta diciendo, Sea quitado el impío, para que no vea la claridad del Señor (Isaías 26, 10). Teme, pues, el alma su muerte, y no tema la muerte de su cuerpo. Porque si teme su muerte, y vive en su Dios, no ofendiéndolo y repeliéndolo de sí, merecerá al final recibir su cuerpo; no para castigo eterno, como los impíos; sino para vida eterna, como los justos. Temiendo esa muerte, y amando esa vida, los mártires, esperando las promesas de Dios, despreciando las amenazas de los perseguidores, merecieron ser coronados ante Dios, y nos dejaron esas solemnidades para celebrar.

SERMO LXVI. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XI, 2-11, Cuando Juan, en la cárcel, oyó hablar de las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos a decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? etc.

1. Testimonio de Juan sobre Cristo. La lectura del santo Evangelio nos ha planteado una cuestión sobre Juan Bautista. Que el Señor nos ayude a resolverla para ustedes, como Él la resolvió para nosotros. Juan fue alabado por el testimonio de Cristo, como han escuchado; y fue alabado de tal manera que entre los nacidos de mujer no se ha levantado uno mayor. Pero había uno mayor que él, nacido de una Virgen. ¿Cuánto mayor? Que el mismo heraldo diga cuánto es la diferencia entre él y su juez, de quien es heraldo. Juan precedió a Cristo, tanto en el nacimiento como en la predicación: pero lo precedió sirviendo, no prefiriéndose a sí mismo. Pues todo el séquito camina delante del juez; y quienes caminan primero, son los últimos. ¿Cuánto testimonio dio Juan de Cristo? Tanto que dijo que no era digno de desatar la correa de su calzado. ¿Y qué más? Nosotros, dice, hemos recibido de su plenitud (Juan 1, 27, 16). Se confesó a sí mismo como una lámpara encendida por Él, y por eso se refugió a sus pies, para no ser apagado por el viento de la soberbia al buscar las alturas. Tan grande era, que se pensaba que era Cristo: y si no hubiera sido su propio testigo de que no era él, habría permanecido el error, y se habría pensado que era él. ¿Qué tan humilde? Se le rendía honor por el pueblo, y él lo rechazaba. Los hombres erraban en su grandeza, y él se humillaba. No quería crecer con las palabras de los hombres, porque había comprendido la Palabra de Dios.

2. Testimonio de Cristo sobre Juan. Esto, pues, es lo que Juan dijo de Cristo: ¿qué dijo Cristo de Juan? Acabamos de escuchar: Comenzó a decir a las multitudes sobre Juan: ¿Qué salieron a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Ciertamente no; porque Juan no era llevado por todo viento de doctrina. Pero, ¿qué salieron a ver? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? No; porque Juan estaba vestido con una vestidura áspera: tenía una vestidura de pelos de camello, no de plumas. Pero, ¿qué salieron a ver? ¿Un profeta? Sí; y más que un profeta. ¿Por qué más que un profeta? Anunciaron al Señor venidero, a quien desearon ver: y no lo vieron: pero a este se le concedió lo que ellos buscaron. Juan vio al Señor, lo vio; apuntó con el dedo hacia Él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Ibid. 29): he aquí está. Ya había venido, y no era reconocido: y por eso también en el mismo Juan se erraba. He aquí está aquel que los Patriarcas desearon ver, que los Profetas anunciaron, que la Ley prefiguró. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Y él dio buen testimonio del Señor, y el Señor de él: Entre los nacidos de mujer, dijo el Señor, no se ha levantado uno mayor que Juan el Bautista: pero el que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él; menor en el tiempo, mayor en majestad. Quiriendo entenderse a sí mismo, dijo esto. Muy grande es Juan entre los hombres, pero solo Cristo es mayor entre los hombres. También se puede distinguir y resolver así: Entre los nacidos de mujer no se ha levantado uno mayor que Juan el Bautista: pero el que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él. No como dije antes. Pero el que es menor en el reino de los cielos, es mayor: dijo reino de los cielos, donde están los Ángeles; por lo tanto, el que es menor entre los Ángeles, es mayor que Juan. Recomendó el reino que debemos desear: propuso la ciudad, de la cual deseamos ser ciudadanos. ¿Qué tipo de ciudadanos hay allí? ¿Qué grandes ciudadanos! Cualquiera que sea menor allí, es mayor que Juan. ¿Qué Juan? Aquel del cual no se ha levantado uno mayor entre los nacidos de mujer.

3. Dificultad, si Juan dudó de Cristo. Hemos escuchado el verdadero y buen testimonio tanto de Juan sobre Cristo, como de Cristo sobre Juan. ¿Qué significa, entonces, que Juan envió a sus discípulos a Él, cuando estaba encarcelado y a punto de ser ejecutado, y dijo a sus discípulos: Id, decidle: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? ¿Es esta toda la alabanza? ¿Se convirtió esa alabanza en duda? ¿Qué dices, Juan? ¿A quién le dices? ¿Qué dices? Le dices al Juez, le dices al heraldo. Tú apuntaste con el dedo, tú lo mostraste: tú dijiste, He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Tú dijiste, Todos hemos recibido de su plenitud: tú dijiste, No soy digno de desatar la correa de su

calzado. Y ahora tú dices, ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? ¿No es Él? ¿Quién eres tú? ¿No eres tú su precursor? ¿No eres tú de quien se predijo, He aquí envío a mi ángel delante de tu faz, y preparará tu camino? ¿Cómo preparas el camino, y tú erras? Vinieron, pues, los discípulos de Juan: y el Señor les dijo, Id, decidle a Juan: Los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los leprosos son limpiados, a los pobres se les anuncia el Evangelio: y bienaventurado el que no se escandalice de mí. No penséis que Juan se escandalizó de Cristo. Y sin embargo, las palabras suenan como si dijeran: ¿Eres tú el que ha de venir? Pregunta a las obras: Los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el Evangelio: y preguntas si soy yo? Mis obras, dice, son mis palabras. Id, contad. Pero después de que ellos se fueron, No sea que alguien diga, Juan era bueno al principio, y el Espíritu de Dios lo abandonó: por eso dijo estas cosas después de su partida; después de la partida de aquellos que Juan había enviado, Cristo alabó a Juan.

4. Se resuelve la dificultad. ¿Qué significa, entonces, esta cuestión oscura? Que brille el sol, de donde esa lámpara fue encendida. En verdad, la solución es evidente. Juan tenía discípulos aparte: no separado, sino preparado como testigo. Pues convenía que tal testimonio diera de Cristo, quien también reunía discípulos, quien podría envidiarle, si no pudiera verle. Por tanto, porque los discípulos de Juan tenían en gran estima a su maestro Juan; escuchaban de Juan el testimonio de Cristo, y se maravillaban: a punto de morir, quiso que fueran confirmados por Él. Sin duda ellos decían entre sí: Este dice tantas cosas de Él, Él mismo no dice estas cosas de sí mismo. Id, decidle: no porque yo dude, sino para que vosotros seáis instruidos. Id, decidle: lo que yo suelo decir, escuchadlo de Él mismo; habéis escuchado al heraldo, sed confirmados por el juez. Id, decidle: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Fueron, y dijeron; por ellos, no por Juan. Y por ellos dijo Cristo, Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los leprosos son limpiados, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el Evangelio. Vedme, reconocedme: ved las obras, reconoced al hacedor. Y bienaventurado el que no se escandalice de mí. Pero de vosotros hablo, no de Juan. Pues para que supiéramos que no habló de Juan: Después de que ellos se fueron, comenzó a decir a las multitudes sobre Juan: dijo sus verdaderas alabanzas, el veraz, la verdad.

5. Cuidado de los pobres. Creo que esta cuestión ha sido suficientemente resuelta. Baste, pues, haber llevado el discurso hasta su solución. Tened en mente a los pobres: hacedlo quienes aún no lo habéis hecho: creed, no perdéis; más bien, solo perdéis lo que no lleváis al carro. Ya es tiempo de devolver a los pobres lo que ofrecisteis, quienes lo ofrecisteis: y tenemos mucho menos de la suma que soléis ofrecer: sacudid la pereza. Yo me he hecho mendigo de los mendigos: ¿qué me importa? Yo seré mendigo de los mendigos, para que vosotros seáis contados entre el número de los hijos.

SERMO LXVII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XI, 25, Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La confesión es doble, del pecador y del que alaba. Golpear el pecho, ¿qué significa? Cuando se leía el santo Evangelio, escuchamos que el Señor Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Hasta aquí, por ahora, las palabras del Señor, si las consideramos dignamente, diligentemente, y lo que es primero, piadosamente; encontramos primero que, no siempre que leemos confesión en las Escrituras, debemos

entender la voz del pecador. Sin embargo, esto debe decirse principalmente, y de esto debe ser advertida vuestra Caridad: porque tan pronto como esta palabra sonó en la boca del Lector, también siguió el sonido del golpe en vuestro pecho, al escuchar lo que el Señor dijo, Te alabo, Padre. En esto mismo que sonó, Te alabo, golpeasteis vuestros pechos. Pero, ¿qué significa golpear el pecho, sino acusar lo que está oculto en el pecho, y castigar con un golpe evidente el pecado oculto? ¿Por qué hicisteis esto, sino porque escuchasteis, Te alabo, Padre? Escuchasteis, Te alabo: no atendisteis a quién alaba. Ahora, pues, prestad atención. Si, Te alabo, dijo Cristo, de quien está lejos todo pecado; no es solo del pecador, sino también a veces del que alaba. Confesamos, pues, ya sea alabando a Dios, ya sea acusándonos a nosotros mismos. Ambas confesiones son piadosas, ya sea cuando te reprendes, que no estás sin pecado; ya sea cuando alabas a Aquel que no puede tener pecado.

2. La confesión del pecador es también alabanza a Dios. La resurrección de Lázaro, figura del pecador que resurge. Pero si lo pensamos bien, tu reprensión es alabanza a Él. ¿Por qué ya confiesas en la acusación de tu pecado? ¿Por qué confiesas en la acusación de ti mismo, sino porque de muerto has sido hecho vivo? Pues la Escritura dice: De un muerto, como si no existiera, perece la confesión (Ecli. XVII, 26). Si de un muerto perece la confesión, quien confiesa vive: y si confiesa el pecado, ciertamente ha revivido de la muerte. Si el confesor del pecado ha revivido de la muerte, ¿quién lo resucitó? Ningún muerto es resucitador de sí mismo. Aquel pudo resucitarse a sí mismo, quien con carne muerta no estaba muerto. Pues resucitó lo que estaba muerto. Aquel se resucitó a sí mismo, quien vivía en sí mismo, pero estaba muerto en su carne que debía resucitar. No solo el Padre resucitó al Hijo, de quien dijo el Apóstol, Por lo cual también Dios lo exaltó (Filip. II, 9): sino también el Señor a sí mismo, es decir, a su cuerpo; de donde dice, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Pero el pecador está muerto, especialmente aquel a quien la carga de la costumbre oprime, como si Lázaro estuviera sepultado. Pues no era suficiente que estuviera muerto; también estaba sepultado. Cualquiera, pues, que está oprimido por la carga de la mala costumbre, de la mala vida, es decir, de las codicias terrenales, de tal manera que en él ya se ha hecho lo que en cierto salmo se dice miserablemente, Dijo el necio en su corazón, No hay Dios (Sal. XIII, 1); se hace tal, de quien se ha dicho, De un muerto, como si no existiera, perece la confesión. ¿Quién lo resucitará, sino aquel que, removida la piedra, clamó, diciendo: Lázaro, sal fuera? Pero, ¿qué significa salir fuera, sino sacar a la luz lo que estaba oculto? Quien confiesa, sale fuera. No podría salir fuera, si no viviera: no podría vivir, si no hubiera sido resucitado. Por tanto, en la confesión de sí mismo, la acusación es alabanza a Dios.

CAPÍTULO II.

3. Qué beneficio obtienen los pecadores al ser absueltos por la Iglesia. Dice, pues, alguien, ¿Qué beneficio tiene la Iglesia, si ya el confesor resucitado por la voz del Señor sale fuera? ¿Qué beneficio tiene la Iglesia para el que confiesa, a quien el Señor dice: Lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. XVI, 19)? Observa a Lázaro: sale con ataduras. Ya vivía confesando; pero aún no caminaba libre, atado con ligaduras. ¿Qué hace, pues, la Iglesia, a quien se le ha dicho, Lo que desatéis, será desatado; sino lo que el Señor dijo inmediatamente a los discípulos, Desatadlo, y dejadlo ir (Juan XI, 14, 17, 43, 44)?

4. Alabar a Dios. Acusarnos a nosotros mismos. Ya sea que nos acusemos, ya sea que alabemos a Dios, en ambos casos alabamos a Dios. Si piadosamente nos acusamos, ciertamente alabamos a Dios. Cuando alabamos a Dios, lo proclamamos como aquel que está sin pecado: pero cuando nos acusamos a nosotros mismos, damos gloria a Aquel por quien

hemos resucitado. Si haces esto, el enemigo no encontrará ocasión para rodearte ante el juez. Pues cuando tú mismo seas el acusador, y el Señor el libertador; ¿qué será él, sino un calumniador? Con razón él se proveyó de protección contra los enemigos, no visibles, carne y sangre, más dignos de compasión que de temor; sino contra aquellos enemigos contra los cuales el Apóstol nos exhorta a armarnos: No tenemos lucha contra carne y sangre: es decir, contra los hombres que veis que os persiguen. Son vasos, otro los usa: son instrumentos, otro los toca. El diablo se introdujo, dice, en el corazón de Judas, para que entregara al Señor (Id. XIII, 2). Dice alguien: ¿Qué hice yo, entonces? Escucha al Apóstol: No deis lugar al diablo (Efes. IV, 27). Tú, con mala voluntad, diste lugar: entró, poseyó, usa. Si no dieras lugar, no poseería.

CAPÍTULO III.

5. Nuestros enemigos invisibles. Por tanto, nos advierte diciendo, No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades. Alguien podría pensar que es contra los reyes de la tierra, contra las potestades del siglo. ¿Por qué? ¿Acaso no son carne y sangre? Una vez se dijo, no contra carne y sangre. Aléjate de todo hombre. ¿Quiénes, pues, son los enemigos que quedan? Contra principados y potestades de maldad espiritual, rectores del mundo. Como si diera más al diablo y a sus ángeles. Dio más, los llamó rectores del mundo. Pero para que no lo entiendas mal, explica qué es el mundo, del cual ellos son rectores. Rectores del mundo, de estas tinieblas (Efes. VI, 12). ¿Qué es, mundo de estas tinieblas? De quienes es rector, de sus amantes e infieles, está lleno el mundo. Estas son las tinieblas que el Apóstol llama. De estas son rectores, el diablo y sus ángeles. Estas tinieblas no son naturales, no son inmutables: se transforman, y se convierten en luz; creen, y creyendo son iluminadas. Cuando esto se ha hecho en ellas, escucharán, Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Id. V, 8). Pues cuando tinieblas, no en el Señor: de nuevo cuando luz, no en ti, sino en el Señor. ¿Qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? Porque, pues, son enemigos invisibles, deben ser combatidos invisiblemente. Pues al enemigo visible lo vences golpeando: al invisible lo vences creyendo. El enemigo visible es el hombre; visible es también el golpear: el enemigo invisible es el diablo; invisible es también el creer. Por tanto, es una lucha invisible contra enemigos invisibles.

CAPÍTULO IV.

6. De dónde viene la protección contra los enemigos. ¿Cómo dice, pues, alguien que se protege de estos enemigos? Pues esto había comenzado a decir, y he tenido que tratar con cierta demora sobre estos enemigos. Ahora, pues, conocidos los enemigos, veamos la protección. Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos (Sal. XVII, 4). Tienes qué hacer. Alabando invoca: pero al Señor alabando invoca. Pues si te alabas a ti mismo, no serás salvo de tus enemigos. Alabando invoca al Señor, y serás salvo de tus enemigos. Porque, ¿qué dice el mismo Señor? El sacrificio de alabanza me glorificará; y allí está el camino, donde le mostraré mi salvación (Sal. XLIX, 23). ¿Dónde está el camino? En el sacrificio de alabanza. No pongas el pie fuera de este camino. Está en el camino: no te apartes del camino; de la alabanza del Señor ni una uña, mucho menos un pie. Pues si quisieras desviarte de este camino, y alabarte a ti mismo en lugar del Señor, no serás salvo de esos enemigos: porque de ellos se ha dicho, Junto al camino pusieron tropiezos para mí (Sal. CXXXIX, 6). Por tanto, cualquier bien que pienses tener de ti mismo, te has desviado de la alabanza de Dios. ¿Qué te sorprende ya, si el enemigo te seduce, cuando tú mismo eres tu seductor? Escucha al Apóstol: Porque si alguno piensa ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo (Gál. VI, 3).

7. La gracia en Cristo resplandece especialmente, y en el ladrón. Atiende, pues, al Señor confesando: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. Te alabo, te alabo. Te alabo, no me acuso. Pero en cuanto a la ascensión de la humanidad, toda gracia, gracia singular, gracia perfecta. ¿Qué mereció aquel hombre que es Cristo, si quitas la gracia, y tanta gracia, por la cual debía haber un solo Cristo, y ser Él mismo a quien conocemos? Quitas esta gracia, ¿qué es Cristo, sino hombre? ¿qué sino lo que tú? Tomó alma, tomó cuerpo, tomó al hombre completo: se une a sí mismo, hace una sola persona el Señor con el siervo. ¿Cuánta es esta gracia? Cristo en el cielo, Cristo en la tierra: al mismo tiempo Cristo en el cielo y en la tierra: no dos Cristos, sino el mismo Cristo en el cielo y en la tierra. Cristo con el Padre, Cristo en el vientre de la virgen: Cristo en la cruz, Cristo en los infiernos socorriendo a algunos: pero ese mismo día Cristo en el paraíso con el ladrón confesante. Y allí, ¿qué mereció el ladrón, sino que mantuvo ese camino, donde mostró su salvación? Que tu pie no salga de allí. Pues en lo que se acusó, alabó a Dios, y hizo su vida bienaventurada. Ciertamente presumió del Señor, y le dijo, Señor, acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino. Pues consideraba sus crímenes, y lo tenía por grande, si al menos al final se le perdonara. Pero el Señor inmediatamente, cuando él decía, Acuérdate de mí; pero ¿cuándo? Cuando vengas en tu reino: En verdad, le dice, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 42, 43). La misericordia ofreció lo que la miseria difería.

CAPÍTULO V.

8. La fe negada a los soberbios. Sabios y prudentes. Pequeños. Necio oscuro en el corazón. Escucha, pues, al Señor confesando: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. ¿Qué confieso? ¿En qué te alabo? Pues esta confesión, como dije, tiene alabanza. Porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. ¿Qué es esto, hermanos? Entiendan por el sentido contrario. Escondiste estas cosas, dice, a los sabios y prudentes: y no dijo, Las revelaste a los necios e imprudentes: sino que dijo, Las escondiste a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. A los sabios y prudentes que deben ser ridiculizados, arrogantes falsamente grandes, pero verdaderamente hinchados, opuso no a los insensatos, no a los imprudentes, sino a los pequeños. ¿Quiénes son los pequeños? Los humildes. Por lo tanto, Escondiste estas cosas a los sabios y prudentes. Con el nombre de sabios y prudentes, él mismo explicó que se entiende a los soberbios, cuando dijo, Las revelaste a los pequeños. Por lo tanto, no las escondiste a los pequeños. ¿Qué significa, no a los pequeños? No a los humildes. ¿Qué significa, no a los humildes, sino a los soberbios? ¡Oh camino del Señor! o no existía, o estaba oculto, para ser revelado a nosotros. ¿De qué se alegró el Señor? Porque fue revelado a los pequeños. Debemos ser pequeños; pues si queremos ser grandes, como sabios y prudentes, no se nos revela eso. ¿Quiénes son los grandes? Sabios y prudentes. Diciendo ser sabios, se hicieron necios. Tienes el remedio por el contrario. Si diciendo que eres sabio te hiciste necio; di que eres necio, y serás sabio. Pero dilo: dilo, y dilo internamente; porque así es como dices. Si lo dices, no lo digas ante los hombres, y no lo digas ante Dios. En lo que a ti mismo respecta, en lo que a lo tuyo, eres oscuro. ¿Qué es ser necio, sino ser oscuro en el corazón? Finalmente, de ellos dice así, Diciendo ser sabios, se hicieron necios. Antes de que dijeran esto, ¿qué más? Y su insensato corazón fue oscurecido (Rom. I, 22, 21). Di que no eres luz para ti mismo. En el mejor de los casos, eres un ojo; no eres luz. ¿De qué sirve un ojo abierto y sano, si falta la luz? Por lo tanto, di que no eres luz para ti mismo; y clama lo que está escrito, Tú iluminarás mi lámpara, Señor: con tu luz, Señor, iluminarás mis tinieblas (Sal. XVII, 29). Porque lo mío no es más

que tinieblas: pero tú eres la luz que ahuyenta las tinieblas, iluminándome: no siendo luz para mí mismo; sino luz que no participa, sino en ti.

9. Juan no es la luz, sino la lámpara. Así también Juan, amigo del esposo, se pensaba que era Cristo, se pensaba que era la luz. No era él la luz; sino que daba testimonio de la luz. ¿Qué era la luz? Era la luz verdadera. ¿Qué es verdadera? La que ilumina a todo hombre. Si es la verdadera luz la que ilumina a todo hombre; entonces también a Juan, que decía correctamente, confesando correctamente, Nosotros hemos recibido de su plenitud (Juan I, 8, 9, 16). Mira si dijo algo diferente a, Tú iluminarás mi lámpara, Señor. Finalmente, ya iluminado, daba testimonio. Por los ciegos, la lámpara daba testimonio del día. Mira que es una lámpara: Vosotros, dice, enviasteis a Juan, y quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz: él era una lámpara ardiente y brillante (Id. V, 33, 35). Él era una lámpara, es decir, una cosa iluminada, encendida para brillar. Lo que puede encenderse, también puede apagarse. Pero para que no se apague, que no sufra el viento de la soberbia. Por lo tanto, Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, que se creían luz, y eran tinieblas; y porque eran tinieblas, y se creían luz, no pudieron ser iluminados. Pero aquellos que eran tinieblas, y confesaban ser tinieblas, eran pequeños, no grandes; eran humildes, no soberbios. Correctamente decían, Tú iluminarás mi lámpara, Señor. Se reconocían a sí mismos, alababan al Señor, no se apartaban del camino de la salvación. Alabando al Señor lo invocaban, y eran salvados de sus enemigos.

10. Oración al Señor. Volviéndonos al Señor Dios Padre todopoderoso, con corazón puro, en la medida que nuestra pequeñez lo permite, démosle las más grandes y abundantes gracias; rogando con todo el ánimo su singular mansedumbre, para que se digne escuchar nuestras oraciones en su beneplácito, expulse al enemigo de nuestros actos y pensamientos con su poder, nos multiplique la fe, guíe la mente, conceda pensamientos espirituales, y nos conduzca a su bienaventuranza, por Jesucristo su Hijo, Amén.

SERMO LXVIII. También sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XI, 25, Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sabios y prudentes, a quienes se les ocultan los misterios. Hemos escuchado al Hijo de Dios diciendo, Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. ¿Qué le confiesa? ¿En qué lo alaba? Porque escondiste, dice, estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. ¿Quiénes son los sabios y prudentes? ¿Quiénes los pequeños? ¿Qué ocultó a los sabios y prudentes, y reveló a los pequeños? Sabios y prudentes significa aquellos de quienes Pablo dice: ¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el investigador de este siglo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? (I Cor. I, 20). Aún ahora tal vez preguntas, ¿quiénes son estos? Tal vez son aquellos que, discutiendo mucho sobre Dios, dijeron falsedades; inflados con sus doctrinas, no pudieron encontrar y conocer a Dios, y en lugar de Dios, cuya sustancia es incomprendible e invisible, pensaron que Dios era el aire, el éter, que Dios era el sol, que Dios era algo que sobresale sublimemente en la creación. Pues atendiendo a las grandezas y bellezas y fuerzas de las criaturas, allí se quedaron, no encontraron al Creador.

2. No aprovecha cualquier ciencia si falta la ciencia de Dios. Los reprende el libro de la Sabiduría, donde se dice: Si pudieron tanto, que pudieron estimar el mundo, ¿cómo no encontraron más fácilmente a su Señor? (Sab. XIII, 9). Fueron acusados, consumiendo su

tiempo y ocupaciones en sus disputas, en escudriñar y de algún modo medir la creación: buscaron los caminos de los astros, las distancias de las estrellas, los caminos de los cuerpos celestiales, de modo que con ciertos cálculos llegaron a tal conocimiento, que predijeron el eclipse del sol, el eclipse de la luna; y cuando lo predijeron, sucedió, ese día, y a esa hora, tanto y en tal parte, de la parte que ellos predijeron. Gran industria, gran habilidad. Pero allí buscaron al Creador puesto no lejos de ellos, y no lo encontraron. Que si lo hubieran encontrado, lo tendrían consigo. Por tanto, fueron acusados óptimamente y con toda razón, quienes pudieron investigar los números de los astros, las distancias de los tiempos, conocer y predecir el eclipse de las luces: fueron acusados con razón, porque no encontraron a aquel por quien estas cosas fueron hechas y ordenadas, porque descuidaron buscarlo. Tú, sin embargo, no te preocupes mucho si ignoras los giros de los astros y los números de los cuerpos celestiales o terrenales. Mira la belleza del mundo, y alaba el consejo del Creador. Mira lo que hizo, ama al que lo hizo: mantén esto sobre todo. Ama al que lo hizo: porque también a ti mismo, su amante, te hizo a su imagen.

CAPÍTULO II.

3. No debe retenerse la verdad en la iniquidad. Por tanto, porque es asombroso que a tales sabios ocupados en las criaturas, que quisieron buscar negligentemente al Creador, y no pudieron encontrarlo, les fueron ocultas aquellas cosas, de las que Cristo dijo, Escondiste estas cosas a los sabios y prudentes: es más asombroso que los sabios y prudentes sean descubiertos incluso aquellos que pudieron conocer. Porque se revela, dice, la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, que retienen la verdad en la iniquidad. Tal vez preguntas qué verdad retienen en la iniquidad. Porque lo que se conoce de Dios, es manifiesto en ellos. ¿De dónde es manifiesto? Sigue, y dice: Porque Dios se lo manifestó. Aún preguntas cómo se lo manifestó a ellos, a quienes no dio la ley. ¿Cómo entonces? Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, son vistas, siendo entendidas por las cosas hechas. Hubo, por tanto, algunos, no como Moisés, siervo de Dios, no como muchos profetas que contemplaron e entendieron estas cosas, ayudados por el Espíritu de Dios, al cual Espíritu bebieron con fe, bebieron con las fauces de la piedad, proclamaron con la boca del hombre interior. No, pues, tales: sino que hubo otros diferentes, que a través de esta creación pudieron llegar a entender al Creador, y decir de las cosas que Dios hizo: He aquí lo que hizo, lo gobierna y lo contiene; él mismo que lo hizo, llena con su presencia estas cosas que hizo. Pudieron decir esto. Pues a ellos también los mencionó Pablo en los Hechos de los Apóstoles: donde, habiendo dicho de Dios, Porque en él vivimos, nos movemos y somos; porque hablaba entre los atenienses, donde estos doctísimos existieron, añadió inmediatamente, Como también algunos de entre vosotros dijeron (Hechos XVII, 28). No es leve lo que dijeron: Porque en Dios vivimos, nos movemos y somos.

CAPÍTULO III.

4. Por qué son inexcusables los sabios del mundo. ¿Por qué, entonces, diferentes? ¿Por qué vituperados? ¿Por qué justamente acusados? Escucha las palabras del Apóstol, que comencé a decir: Se revela, dice, la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad, y de aquellos, por supuesto, que no recibieron la ley: sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, que retienen la verdad en la iniquidad. ¿Qué verdad? Porque lo que se conoce de Dios, es manifiesto en ellos. ¿Quién lo manifestó? Porque Dios se lo manifestó. ¿Cómo lo manifestó? Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, son vistas, siendo entendidas por las cosas hechas; su eterna virtud y divinidad. ¿Por qué lo manifestó? Para que sean

inexcusables. Si lo manifestó para que sean inexcusables, ¿por qué, entonces, culpables? Porque conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios.

CAPÍTULO IV.

5. Glorificar a Dios y dar gracias, lo mismo. ¿Qué es lo que dices, No lo glorificaron como a Dios? Ni le dieron gracias. ¿Es esto, entonces, glorificar a Dios, dar gracias a Dios? Así es. Pues, ¿qué peor, si creado a imagen, conociendo a Dios serás ingrato? Esto es, ciertamente, esto es, glorificar a Dios, dar gracias a Dios. Los fieles saben dónde y cuándo se dice, Demos gracias al Señor nuestro Dios. Pero, ¿quién da gracias a Dios, sino quien tiene el corazón elevado al Señor? Por tanto, aquellos culpables que son inexcusables, porque conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. ¿Pero qué? Sino que se desvanecieron en sus pensamientos. ¿Por qué se desvanecieron, sino porque fueron soberbios? También el humo se desvanece al elevarse, y más brilla y se fortalece el fuego al aferrarse más bajo. Se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón fue oscurecido. También el humo, aunque sea más alto que el fuego, es oscuro.

CAPÍTULO V.

6. A los soberbios se les ocultan los misterios, pero a los pequeños se les revelan. Finalmente, atiende a lo que sigue, y ve de dónde pende toda la causa: Porque diciendo ser sabios, se hicieron necios (Rom. I, 18-22). Arrogándose a sí mismos lo que Dios había concedido, les quitó lo que Dios había dado. Por tanto, a los soberbios él se oculta, quien a través de la creación, a los que diligentemente escudriñan, se había insinuado como Creador. Bien, pues, el Señor, Escondiste estas cosas a los sabios y prudentes: ya sea a aquellos que con múltiples disputas y la más hábil investigación llegaron a la investigación de la creación, pero no conocieron al Creador; ya sea a aquellos que, conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios y le dieron gracias, y no pudieron ver perfectamente o saludablemente, porque fueron soberbios. Escondiste, pues, estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. ¿A qué pequeños? A los humildes. Di sobre quién reposará mi Espíritu. Sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras (Is. LXVI, 2). Estas palabras Pedro tembló; Platón no tembló. Que el pescador retenga lo que perdió el más noble disputador. Escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Escondiste a los soberbios, y revelaste a los humildes. ¿Cuáles son estas cosas? Pues cuando dijo esto, no miraba al cielo y la tierra, y como señalando con la mano, decía estas cosas. ¿Quién no ve estas cosas? Las ven los buenos, las ven los malos: porque hace salir su sol sobre buenos y malos (Mat. V, 45). ¿Cuáles son, entonces, estas cosas? Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre (Id. XI, 27).

SERMO LXIX. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XI, 28, 29, Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. De dónde viene este trabajo. Hemos escuchado en el Evangelio al Señor, regocijado en espíritu, decir a Dios Padre: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre: y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. En clamar trabajamos, en escuchar trabajáis. Escuchemos, pues, a aquel que sigue, y dice: Venid

a mí, todos los que estáis trabajados. ¿Por qué todos trabajamos, sino porque somos hombres mortales, frágiles, enfermos, llevando vasos de barro, que causan mutuamente angustias? Pero si los vasos de carne se angustian, que se dilaten los espacios de la caridad. ¿Qué, pues, dice, Venid a mí, todos los que estáis trabajados, sino para que no trabajéis? Finalmente, su promesa está a la vista: pues llamó a los que trabajan, tal vez buscarían con qué recompensa fueron llamados: Y yo os haré descansar.

2. La humildad, fundamento del edificio espiritual. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí: no a fabricar el mundo, no a crear todas las cosas visibles e invisibles, no a hacer milagros en el mismo mundo, y resucitar muertos; sino porque soy manso y humilde de corazón. ¿Quieres ser grande? Comienza por lo pequeño. Piensas construir un gran edificio de altura, primero piensa en el fundamento de la humildad. Y cuanto más grande quiera y disponga uno poner la mole del edificio, cuanto mayor sea el edificio, tanto más profundo cava el fundamento. Y el edificio, cuando se construye, se eleva hacia lo alto: pero quien cava el fundamento, se hunde hacia lo bajo. Por tanto, también el edificio antes de la altura se humilla, y el pináculo después de la humillación se erige.

CAPÍTULO II.

3. La visión de Dios prometida a nosotros. ¿Cuál es el pináculo del edificio que estamos construyendo? ¿Hasta dónde llegará la cúspide del edificio? Rápidamente lo digo, hasta la visión de Dios. Veis cuán alto es, cuán grande es, contemplar a Dios. Quien lo desea, entiende lo que digo y lo que escucha. Se nos promete la visión de Dios, del verdadero Dios, del Dios supremo. Pues esto es bueno, ver al que ve. Porque quienes adoran a falsos dioses, fácilmente los ven: pero ven a aquellos que tienen ojos y no ven. Pero a nosotros se nos promete la visión del Dios viviente y que ve, para que deseemos ver a ese Dios, del cual dice la Escritura: ¿El que plantó el oído, no oírás? ¿el que formó el ojo, no considerará? No oye, pues, quien te hizo para que oigas? y no ve, quien creó para que veas? Bien en el mismo Salmo prehabla y dice, Entended, pues, insensatos del pueblo; y necios, alguna vez sabed (Sal. XCIII, 9, 8). Pues muchos hacen el mal, pensando que no son vistos por Dios. Y es difícil, en verdad, que crean que no puede ver: pero piensan que no quiere. Pocos se encuentran de tanta impiedad, para que se cumpla en ellos lo que está escrito, Dijo el necio en su corazón, No hay Dios (Sal. XIII, 1). Esta locura es de pocos. Pues así como la gran piedad, es de pocos; así también la gran impiedad, no obstante, es de pocos. Pero esto que digo, lo dice la multitud: He aquí ahora Dios piensa en eso, para saber qué hago en mi casa, y ¿le importa a Dios lo que quiero hacer en mi lecho? ¿Quién dice esto? Entended, insensatos del pueblo; y necios, alguna vez sabed. Tú, hombre, siendo tal, porque trabajas si conoces todas las cosas de tu casa y te pertenecen todas las palabras, todos los hechos de tus siervos, ¿piensas que Dios también trabaja así para atenderte, quien no trabajó para crearte? ¿No pone su ojo en ti, quien hizo el tuyo? No eras, y te creó para que fueras: ¿no te cuida, ya que eres, quien llama a las cosas que no son, como si fueran (Rom. IV, 17)? No, pues, te prometas esto. Quieras o no, te ve; y de sus ojos no hay dónde te escondas. Pues si subes al cielo, allí está; si descendes al infierno, allí está (Sal. CXXXVIII, 8). Trabajas, no queriendo apartarte de las malas acciones, y queriendo no ser visto por Dios. Gran trabajo. ¿Quieres hacer el mal todos los días, sospechas que no eres visto? Escucha la Escritura diciendo, ¿El que plantó el oído, no oírás? ¿el que formó el ojo, no considerará? ¿Dónde escondes tus malas acciones de los ojos de Dios? Si no quieres apartarte de ellas, trabajas mucho.

CAPÍTULO III.

4. Los pecadores deben huir hacia Dios. Escucha al que dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados". No terminas el trabajo huyendo. ¿Eliges huir de Él, no hacia Él? Encuentra hacia dónde, y huye. Si no puedes huir de Él porque está presente en todas partes, huye hacia Dios, que está presente donde te encuentras. Huye. He aquí que huyendo has sobrepasado los cielos, allí está; has descendido a los infiernos, allí está; en cualquier soledad de la tierra que elijas, allí está quien dijo: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jeremías XXIII, 24). Por lo tanto, si Él llena el cielo y la tierra, y no hay adónde huir de Él, no te fatigues: huye hacia el que está presente, para que no sientas su venida. Presume que lo verás viviendo bien, por quien eres visto viviendo mal. Pues viviendo mal puedes ser visto, pero no puedes ver; viviendo bien, eres visto y ves. ¿Cuánto más familiarmente te verá quien corona al digno, quien misericordiosamente te vio para llamar al indigno? Natanael dijo al Señor, a quien aún no conocía: "¿De dónde me conoces?" El Señor le respondió: "Cuando estabas bajo la higuera, te vi" (Juan I, 48). Cristo te ve en tu sombra: ¿no te verá en su luz? ¿Qué significa "Cuando estabas bajo la higuera, te vi"? ¿Qué quiere decir esto? Recuerda el pecado original de Adán, en el cual todos morimos. Cuando primero pecó, se hizo cinturones de hojas de higuera (Génesis III, 7), significando en esas hojas el prurito de la lujuria, al que llegó pecando. De allí nacemos, así nacemos, nacemos en la carne del pecado, que solo sana la semejanza de la carne del pecado. Por eso Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Romanos VIII, 3). De allí vino, pero no así. Pues no lo concibió la virgen por lujuria, sino por fe. Vino a la virgen, quien era antes de la virgen. A quien creó eligió, a quien eligió creó. Trajo fecundidad a la virgen, no le quitó la integridad. Quien, por tanto, vino a ti sin el prurito de las hojas de higuera, cuando estabas bajo la higuera, te vio. Prepárate para ver sublimemente a quien te vio misericordiosamente. Pero como es una gran altura, piensa en el fundamento. ¿Qué, preguntas, fundamento? Aprende de Él, porque es manso y humilde de corazón. Cava en ti este fundamento de humildad, y llegarás a la altura de la caridad. Convertidos al Señor, etc.

SERMO LXX. Nuevamente sobre las palabras del Evangelio de Mateo, XI, 28-30, "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar", etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El yugo de Cristo parece duro. A algunos les parece extraño, hermanos míos, cuando oyen al Señor decir: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera". Y consideran a aquellos que han tomado ese yugo con cuello intrépido y han aceptado esa carga con hombros muy mansos, ser agitados y ejercitados por tantas dificultades de este siglo, que parecen ser llamados no del trabajo al descanso, sino del descanso al trabajo; cuando también el Apóstol dice: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución" (II Timoteo III, 12). Entonces alguien dice: ¿Cómo es el yugo suave y la carga ligera, cuando llevar ese yugo y carga no es otra cosa que vivir piadosamente en Cristo? ¿Y cómo se dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar", y no más bien se dice: Venid, los que estáis desocupados, para que trabajéis? Pues también encontró desocupados a quienes contrató en la viña, para que soportaran el calor del día (Mateo XX, 3-7). Y bajo ese yugo suave y carga ligera, oímos al Apóstol decir: "En todo nos recomendamos a nosotros mismos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, etc." (II Corintios VI, 4). Y en otro lugar en la misma Epístola: "De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes

menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, una noche y un día estuve en lo profundo del mar" (II Corintios XI, 24, 25): y otros peligros que pueden ser enumerados, pero no soportados, a menos que el Espíritu Santo ayude.

CAPÍTULO II.

2. De dónde el yugo de Cristo se hace suave. Por lo tanto, todas aquellas cosas que mencionó, ásperas y graves, las soportaba con más frecuencia y abundancia: pero ciertamente estaba con él el Espíritu Santo, que en la corrupción del hombre exterior renovaba al interior de día en día, y habiendo probado el descanso espiritual en la abundancia de las delicias de Dios, en la esperanza de la futura bienaventuranza, suavizaba todas las asperezas presentes y aliviaba todas las cargas pesadas. He aquí cuán suave era el yugo de Cristo que llevaba, y cuán ligera la carga: para que todas aquellas cosas, que enumeradas anteriormente, duras e inmensas, todo oyente se horroriza, él las llamara leve tribulación; mirando con ojos interiores y fieles, cuánto vale la vida futura de las cosas temporales, no sufrir los eternos trabajos de los impíos, y disfrutar sin ninguna preocupación de la eterna felicidad de los justos. Los hombres se dejan cortar y quemar, para que los dolores no eternos, sino de una úlcera algo más duradera, sean redimidos con el precio de dolores más agudos. En la vida lánguida e incierta de un descanso brevísimo y último, el soldado es desgastado por guerras inmensas; tal vez más años inquieto en trabajos, que en ocio descansando. ¿Qué tempestades y tormentas, qué horrible y tremenda crueldad del cielo y del mar son soportadas por los comerciantes, para adquirir riquezas vanas, llenas de mayores peligros y tormentas que aquellas con las que fueron adquiridas? ¿Qué calores, qué fríos, qué peligros de caballos, de fosos, de precipicios, de ríos, de fieras soportan los cazadores? ¿Qué trabajo de hambre y sed, cuántas angustias de comida y bebida vilísima y sórdida, para capturar una bestia? Y a veces ni siquiera las carnes de la bestia, por la cual soportan tanto, son necesarias para los banquetes. Aunque si se captura un jabalí o un ciervo, es más placentero para el ánimo del cazador porque fue capturado, que para el paladar del comensal porque fue cocido. ¿Cuántos tormentos de casi diarias palizas se somete la tierna edad de los niños? ¿Cuántas molestias de vigiliyas y abstinencia se ejercitan en las escuelas, no para aprender sabiduría, sino para riquezas y honores de vanidad, para aprender números, letras y engaños elocuentes?

CAPÍTULO III.

3. El amor suaviza las cosas duras. Pero en todas estas cosas, quienes no las aman, las mismas cosas les parecen pesadas; quienes las aman, las mismas cosas, pero no pesadas, parecen soportar. Pues todo lo cruel e inmenso, el amor lo hace fácil y casi nada. ¿Cuánto más ciertamente y fácilmente la caridad lleva a la verdadera felicidad, lo que la codicia hizo hacia la miseria, cuanto pudo? ¿Cuán fácilmente se tolera cualquier adversidad temporal, para evitar el castigo eterno y obtener el descanso eterno? No sin razón aquel vaso de elección dijo con gran alegría: "No son comparables los sufrimientos de este tiempo presente con la gloria venidera que en nosotros ha de revelarse" (Romanos VIII, 18). He aquí por qué el yugo es suave y la carga ligera. Y si es estrecho para pocos que eligen, es fácil para todos los que aman. Dice el salmista: "Por las palabras de tus labios, yo he guardado caminos duros" (Salmo XVI, 4). Pero lo que es duro para los que trabajan, se suaviza para los mismos que aman. Por eso, así se dispuso en la divina piedad, que el hombre interior, que se renueva de día en día (II Corintios IV, 16), ya no bajo la Ley, sino ya liberado bajo la gracia de las innumerables observancias, que era realmente un yugo pesado, pero convenientemente impuesto a un cuello duro, con la facilidad de la fe simple, la buena esperanza y la santa caridad, cualquier molestia que el hombre exterior sufriera desde fuera, el príncipe que fue

expulsado, se hiciera leve con el gozo interior. Pues nada es tan fácil para la buena voluntad como para sí misma: y esto basta para Dios. Por tanto, por mucho que este mundo se enfurezca, los ángeles clamaron verdaderamente al Señor nacido en carne: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lucas II, 14): porque el yugo de aquel que nació es suave, y la carga ligera. Y como dice el Apóstol: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar; sino que con la tentación dará también la salida, para que podáis soportar" (I Corintios X, 13).

Sermo LXXI. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XII, 32, "El que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero". O sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Observación previa a la cuestión a tratar. Los fariseos son advertidos de retirarse del reino del diablo por sus propias palabras. Es una gran cuestión la propuesta por la reciente lectura evangélica, para cuya solución, en lo que a nosotros respecta, somos insuficientes: pero nuestra suficiencia es de Dios, en cuanto podemos recibir o captar su ayuda. Primero, pues, advertid la magnitud de la cuestión; para que cuando veáis la carga impuesta sobre nuestros hombros, oréis por nuestros trabajos, y en la ayuda que se nos brinda, encontréis edificación para vuestras mentes. Cuando al Señor le fue presentado un endemoniado, ciego y mudo, y lo curó de modo que hablaba y veía, y todas las multitudes se asombraron, diciendo: "¿No es este el hijo de David?" Los fariseos, al oírlo, dijeron: "Este no echa fuera demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios". Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino dividido contra sí mismo será desolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, está dividido contra sí mismo: ¿cómo, pues, permanecerá su reino?" Diciendo esto, quería que se entendiera por su confesión que al no creer en Él, habían elegido estar en el reino del diablo, que ciertamente no podría permanecer dividido contra sí mismo. Que elijan, pues, los fariseos lo que quieran. Si Satanás no puede echar fuera a Satanás, no pudieron encontrar nada que decir contra el Señor: pero si puede, mucho más deben cuidarse a sí mismos, y retirarse de su reino, que no puede permanecer dividido contra sí mismo.

2. La expulsión del diablo por el poder de Cristo. En qué expulsa el Señor Cristo a los demonios, para que no piensen que es el príncipe de los demonios, atiendan lo que sigue. "Y si yo", dice, "en Beelzebú echo fuera demonios, ¿en quién los echan vuestros hijos? Por eso ellos serán vuestros jueces". Dijo esto ciertamente de sus discípulos, hijos de aquel pueblo: quienes ciertamente, discípulos de nuestro Señor Jesucristo, bien conscientes de sí mismos, no habían aprendido malas artes de un buen maestro, para echar fuera demonios en el príncipe de los demonios. "Por eso", dice, "ellos serán vuestros jueces. Ellos", dice, "ellos, los ignobles y despreciables de este mundo, en quienes no aparece la maligna astucia, sino la santa simplicidad de mi poder, ellos serán mis testigos, vuestros jueces". Luego añade: "Pero si yo en el Espíritu de Dios echo fuera demonios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios". ¿Qué significa esto? "Si yo", dice, "en el Espíritu de Dios echo fuera demonios, y no pueden hacerlo de otra manera vuestros hijos, a quienes no he dado una doctrina maligna, sino una fe simple; sin duda ha llegado a vosotros el reino de Dios, por el cual se subvierte el reino del diablo, con el cual también vosotros sois subvertidos".

3. Liberación del diablo por la gracia. Discreción de la masa de perdición. Y porque había dicho: "¿En quién echan fuera vuestros hijos?" para mostrar su gracia en ellos, no su mérito:

"¿O cómo puede alguien", dice, "entrar en la casa del fuerte y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte, y entonces saquea su casa?" "Vuestros hijos", dice, "que han creído en mí, o están por creer, y van a echar fuera demonios, no en el príncipe de los demonios, sino en la simple santidad; quienes ciertamente fueron o son lo que también vosotros sois, es decir, pecadores e impíos; y por eso en la casa del diablo, y bienes del diablo: ¿cómo podrían ser rescatados de él, a quien la iniquidad prevaleciente retenía fuertemente, si no fuera atado con los lazos de mi justicia, y yo saqueara sus bienes, que fueron vasos de ira, y los hiciera vasos de misericordia?" Esto es lo que también el bienaventurado Apóstol, increpando a los soberbios y a los que se gloriaban como de sus méritos, dice: "¿Quién te distingue?" Esto es, ¿De la masa de perdición de Adán y de los vasos de ira quién te distingue? Y para que nadie dijera, "Mi justicia": "¿Qué tienes", dice, "que no hayas recibido?" (I Corintios IV, 7). Por eso también de sí mismo dice: "Porque también nosotros éramos en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás" (Efesios II, 3). Por lo tanto, él también era un vaso en la casa de aquel mal fuerte, cuando era perseguidor de la Iglesia, blasfemo, injurioso, actuando en malicia y envidia, como confiesa (I Timoteo I, 13). Pero aquel que ató al fuerte, lo rescató como vaso de perdición, y lo hizo vaso de elección.

CAPÍTULO II.

4. El reino de Cristo indiviso incluso con herejías y cismas suscitados. Luego, para que los incrédulos e impíos que se oponen al nombre cristiano no piensen que también el reino de Cristo está dividido contra sí mismo, debido a las diversas herejías y cismas de aquellos que bajo el nombre cristiano reúnen rebaños de perdidos, añade consecuentemente: "El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama". No dijo: "El que no está bajo la voz de mi nombre, o bajo la apariencia de mi sacramento": sino, "El que no está conmigo, está contra mí". Ni dijo: "El que no recoge bajo la voz de mi nombre": sino, "El que no recoge conmigo, desparrama". Por lo tanto, el reino de Cristo no está dividido contra sí mismo: pero los hombres intentan dividir lo que fue comprado con el precio de la sangre de Cristo. Pues el Señor conoce a los que son suyos: "Y apártese", dice, "de iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor" (II Timoteo II, 19). Porque si no se aparta de la iniquidad, no pertenece al reino de Cristo, aunque invoque el nombre de Cristo. Para que, pues, mencione algunas cosas a modo de ejemplo: el espíritu de avaricia y el espíritu de lujuria, porque uno contrae, el otro disipa, están divididos contra sí; y ambos pertenecen al reino del diablo. Entre los adoradores de ídolos, el espíritu de Juno y el espíritu de Hércules están divididos contra sí; y ambos pertenecen al reino del diablo. El pagano enemigo de Cristo y el judío enemigo de Cristo, están divididos contra sí; y ambos pertenecen al reino del diablo. El arriano y el fotiniano, ambos herejes, y divididos contra sí. El donatista y el maximianista, ambos herejes, y divididos contra sí. Todos los vicios y errores de los mortales, contrarios entre sí, están divididos contra sí, y todos pertenecen al reino del diablo: por eso su reino no permanecerá. El justo y el impío, el fiel y el incrédulo, el católico y el hereje, están divididos contra sí, pero no ambos pertenecen al reino de Cristo. El Señor conoce a los que son suyos. Nadie se halague con el nombre. Si quiere que el nombre del Señor le aproveche, apártese de la iniquidad quien invoca el nombre del Señor.

CAPÍTULO III.

5. La dificultad de la cuestión a tratar. Aunque estas palabras evangélicas tenían algo de oscuridad, que, con la ayuda del Señor, creo haber explicado; no eran, sin embargo, de tanta dificultad como parece ser lo que sigue. Por eso os digo: todo pecado y blasfemia será

perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonada; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero (Mateo XII, 22-32). ¿Qué será entonces de aquellos que la Iglesia desea ganar? ¿Acaso se les promete una esperanza falsa de remisión de todos los pecados a los que, corregidos, vienen a ella desde cualquier error? Pues, ¿quién no se ha convencido de haber dicho una palabra contra el Espíritu Santo antes de hacerse cristiano o católico? Primero, los que se llaman paganos, adoradores de muchos dioses falsos e ídolos, cuando dicen que el Señor Cristo hizo milagros por artes mágicas; ¿no son semejantes a aquellos que dijeron que expulsaba demonios por el príncipe de los demonios? Luego, cuando diariamente blasfeman nuestra santificación, ¿qué otra cosa blasfeman sino el Espíritu Santo? ¿Qué hay de los judíos, que dijeron del Señor de donde surgió este discurso? ¿No siguen hablando hasta ahora una palabra contra el Espíritu Santo, negando así que esté en los cristianos, como aquellos negaron que estuviera en Cristo? Pues ni siquiera ellos maldijeron al Espíritu Santo, ni diciendo que no existía, ni que existía pero no era Dios, sino una criatura; ni que no tenía poder para expulsar demonios: no hablaron cosas indignas ni algo similar del Espíritu Santo. Los saduceos negaban al Espíritu Santo; pero los fariseos lo defendían contra la herejía de los saduceos (Hechos XXIII, 8); pero negaban que estuviera en el Señor Jesucristo, a quien creían que expulsaba demonios por el príncipe de los demonios, cuando él los expulsaba en el Espíritu Santo. Por lo tanto, tanto los judíos como cualquier hereje confiesan al Espíritu Santo, pero niegan que esté en el cuerpo de Cristo, que es su única Iglesia, no otra que la católica; sin duda son semejantes a los fariseos, que entonces, aunque admitían que existía el Espíritu Santo, negaban que estuviera en Cristo, cuyas obras en la expulsión de demonios atribuían al príncipe de los demonios. Omito que algunos herejes sostienen que el mismo Espíritu Santo no es creador, sino criatura; como los arrianos, eunomianos y macedonianos: o lo niegan por completo, de modo que niegan que Dios sea Trinidad, sino que afirman que solo es Dios Padre, y que a veces se le llama Hijo, a veces Espíritu Santo; como los sabelianos, a quienes algunos llaman patripasianos, porque sostienen que el Padre sufrió: al negar que tenga algún Hijo, sin duda niegan que exista el Espíritu Santo. También los fotinianos, al decir que solo el Padre es Dios, y que el Hijo no es más que un hombre, niegan por completo que exista una tercera persona, el Espíritu Santo.

6. El pecado contra el Espíritu Santo en paganos, judíos y herejes, no es imperdonable. Es manifiesto, por tanto, que tanto los paganos, como los judíos, y los herejes blasfeman contra el Espíritu Santo. ¿Acaso deben ser abandonados y considerados sin esperanza alguna, ya que la sentencia es firme: Quien diga una palabra contra el Espíritu Santo, no le será perdonada, ni en este siglo, ni en el venidero; y solo deben considerarse libres de la culpa de este gravísimo pecado aquellos que son católicos desde la infancia? Pues todos los que han creído en la palabra de Dios para hacerse católicos, ciertamente han venido a la gracia de Cristo y a la paz desde los paganos, los judíos o los herejes: si no se les perdona lo que dijeron contra el Espíritu Santo, en vano se promete y se predica a los hombres que se conviertan a Dios, y que reciban en el Bautismo o en la Iglesia la paz y la remisión de los pecados. Pues no se dijo: No le será perdonado, salvo en el Bautismo; sino: No le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero.

CAPÍTULO IV.

7. Opinión de algunos sobre el pecado contra el Espíritu Santo en los bautizados, desaprobada. A algunos les parece que solo pecan contra el Espíritu Santo aquellos que, lavados por el baño de la regeneración en la Iglesia y habiendo recibido el Espíritu Santo,

ingratos por tan gran don del Salvador, se sumergen después en algún pecado mortal: como el adulterio, el homicidio, o la misma deserción, ya sea del nombre cristiano o de la Iglesia católica. Pero ignoro cómo puede probarse este sentido: ya que en la Iglesia no se niega el lugar de penitencia para cualquier crimen; y el Apóstol dice que los mismos herejes deben ser corregidos para que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, y se recuperen de los lazos del diablo, en los que están cautivos según su voluntad (II Tim. II, 25, 26). ¿Cuál es el fruto de la corrección sin esperanza alguna de remisión? Finalmente, el Señor no dijo: Quien siendo fiel católico diga una palabra contra el Espíritu Santo; sino: Quien diga, es decir, cualquiera que diga, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero. Por tanto, ya sea pagano, judío, cristiano, hereje de entre los judíos o cristianos, o tenga cualquier otro nombre de error, no se dijo: Este o aquel; sino: Quien diga una palabra contra el Espíritu Santo, es decir, blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero. Pero si todo error contrario a la verdad y enemigo de la paz católica, como hemos mostrado antes, dice una palabra contra el Espíritu Santo, y sin embargo la Iglesia no cesa de corregir y recoger de todo error a quienes reciben la remisión de los pecados y el mismo Espíritu Santo que blasfemaron; creo que hemos mostrado un gran secreto de esta gran cuestión. Por tanto, busquemos la luz de la exposición en el Señor.

CAPÍTULO V.

8. Cuestión de suma dificultad. Levantad, pues, hermanos, levantad vuestros oídos hacia mí, vuestras mentes hacia el Señor. Digo a vuestra Caridad: tal vez en todas las santas Escrituras no se encuentra cuestión mayor ni más difícil. Por lo que, para confesar algo de mí mismo, siempre en los sermones que he tenido con el pueblo, he evitado la dificultad y molestia de esta cuestión: no porque no tuviera nada que pensar al respecto; pues en un asunto tan grande no descuidaría pedir, buscar, llamar; sino porque no creía poder satisfacer con palabras que me vinieran al momento a la inteligencia que se me iba abriendo. Pero hoy, al escuchar las lecturas sobre las que debía hablaros, cuando se leía el Evangelio, mi corazón fue tocado de tal manera que creí que Dios quería que escuchaseis algo de esto a través de mi ministerio.

9. No toda blasfemia contra el Espíritu es imperdonable. Primero, pues, os advierto y exhorto a que entendáis que el Señor no dijo: Toda blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; ni dijo: Quien diga cualquier palabra contra el Espíritu Santo, no le será perdonada; sino: Quien diga una palabra. Pues si hubiera dicho eso, no nos quedaría nada de qué discutir. Porque si toda blasfemia y toda palabra que se diga contra el Espíritu Santo no fuera perdonada a los hombres; de ningún tipo de impiedad de aquellos que contradicen el don de Cristo y la santificación de la Iglesia, ya sean paganos, judíos, o cualquier hereje, incluso algunos ignorantes en la misma Iglesia Católica, la Iglesia no ganaría a nadie. Pero lejos esté que el Señor dijera eso: lejos esté, digo, que la Verdad dijera que toda blasfemia o toda palabra que se dijera contra el Espíritu Santo no tiene remisión, ni en este siglo, ni en el venidero.

CAPÍTULO VI.

10. Hay una blasfemia cierta que es imperdonable. Nos quiso ejercitar con la dificultad de la cuestión, no engañarnos con la falsedad de la sentencia. Por lo tanto, no es necesario que alguien piense que toda blasfemia o toda palabra que se diga contra el Espíritu Santo no tiene remisión: pero es necesario que haya alguna blasfemia y alguna palabra, que si se dice contra el Espíritu Santo, nunca merezca perdón ni remisión. Porque si tomamos todo, ¿quién podrá salvarse? Pero si no creemos que haya ninguna, contradicimos al Salvador. Por lo tanto, sin duda hay alguna blasfemia y alguna palabra, que si se dice contra el Espíritu Santo, no será

perdonada. Pero el Señor quiso que se investigara qué es esta palabra; por eso no la expresó. Quiso, digo, que se investigara, no que se negara. Las Escrituras suelen hablar de tal manera que cuando algo se dice así, que no se termina de decir ni en su totalidad ni en parte, no es necesario que se pueda entender en su totalidad, para que no se entienda en parte. Por lo tanto, esta sentencia se pronunciaría en su totalidad, es decir, universalmente, si se dijera: Toda blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; o, quien diga cualquier palabra contra el Espíritu Santo, no le será perdonada, ni en este siglo ni en el venidero. Pero se pronunciaría en parte, es decir, particularmente, si se dijera: Alguna blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Por lo tanto, como la sentencia no se ha enunciado ni universal ni particularmente (pues no se dijo: Toda blasfemia contra el Espíritu; ni, alguna blasfemia; sino que se dijo indefinidamente: La blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; ni se dijo: Quien diga cualquier palabra; ni, quien diga alguna palabra; sino indefinidamente: Quien diga una palabra); no es necesario que entendamos toda blasfemia o toda palabra: pero es necesario que el Señor haya querido que se entienda alguna blasfemia y alguna palabra; aunque no quiso expresarlo, para que, pidiendo, buscando, llamando, si recibimos alguna recta inteligencia, no la tengamos en poco.

CAPÍTULO VII.

11. Lugar de Juan sobre cierto pecado de los judíos. Para que veáis esto más claramente, prestad atención a lo que dice el mismo sobre los judíos: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado (Juan XV, 22). Pues no se dijo así para que se entendiera que los judíos estarían sin pecado alguno si no hubiera venido y les hubiera hablado. Los encontró llenos y cargados de pecados. Por eso dice: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados (Mateo XI, 28). ¿De dónde, sino de las cargas de los pecados y transgresiones de la Ley? Porque la Ley se introdujo para que abundara el delito (Romanos V, 20). Cuando él mismo dice en otro lugar: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mateo IX, 13); ¿cómo, si no hubiera venido, no tendrían pecado, sino porque esta sentencia, ni universal ni particular, sino indefinidamente pronunciada, no obliga a entender todo pecado? Pero ciertamente, a menos que entendamos algún pecado que no tendrían, si Cristo no hubiera venido y les hubiera hablado, diríamos que la sentencia es falsa, lo cual está lejos de ser. Por lo tanto, no dijo: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían ningún pecado: para que la Verdad no mintiera. Ni tampoco dijo definitivamente: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían algún pecado: para que el piadoso estudio no se ejercitara poco. En toda la abundancia de las santas Escrituras somos alimentados con lo claro, ejercitados con lo oscuro: allí se quita el hambre, aquí el hastío. Por lo tanto, como no se dijo: No tendrían ningún pecado; no nos perturbemos, cuando reconocemos a los judíos pecadores, incluso si el Señor no hubiera venido. Pero, sin embargo, porque se dijo: Si no hubiera venido, no tendrían pecado; es necesario, aunque no todo, que contrajeran algún pecado de la venida del Señor, que no tenían. Sin duda es eso mismo, que no creyeron en él presente y hablándoles, y considerándolo enemigo, porque decía la verdad, además lo mataron. Este pecado tan grande y horrendo, si no hubiera venido y les hubiera hablado, ciertamente no lo tendrían. Así como allí cuando escuchamos: No tendrían pecado; no entendemos todo pecado, sino algún pecado: así en la lectura de hoy cuando escuchamos: La blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; no toda blasfemia, sino alguna; y cuando escuchamos: Quien diga una palabra contra el Espíritu Santo, no le será perdonada; no toda palabra, sino alguna debemos entender.

12. Se ha dicho aquí del Espíritu Santo. Pues también esto mismo que dice: La blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; ciertamente no todo espíritu, sino la blasfemia contra el

Espíritu Santo es necesario entender. Y aunque no lo dijera más claramente en otro lugar, ¿quién sería tan insensato para entender otra cosa? Según esta regla de locución, también se entiende aquello: A menos que uno nazca del agua y del Espíritu (Juan III, 5). No dijo allí: Y del Espíritu Santo; y sin embargo, esto se entiende. Ni porque dijo: del agua y del Espíritu, se obliga a entender todo espíritu. Por lo tanto, cuando escuchas: La blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; así como no todo espíritu, tampoco toda blasfemia del espíritu debes entender.

CAPÍTULO VIII.

13. Otros evangelistas coinciden con Mateo sobre este asunto. Ya veo que queréis escuchar, puesto que no es toda, cuál es esa blasfemia contra el Espíritu que no será perdonada; y qué es esa palabra, puesto que no es toda, que si se dice contra el Espíritu Santo, no será perdonada, ni en este siglo, ni en el venidero. Ya yo también quisiera decir lo que esperáis escuchar con gran atención: pero soportad algunas demoras de mayor diligencia, hasta que, con la ayuda del Señor, exponga todo lo que se me ocurre. Pues otros dos evangelistas, Marcos y Lucas, al hablar de este asunto, no dijeron blasfemia, ni palabra: para que entendiéramos que no es toda blasfemia, sino alguna; ni toda palabra, sino alguna. ¿Qué dijeron entonces? En Marcos está escrito así: En verdad os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres y las blasfemias con que blasfemen; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene perdón para siempre, sino que es reo de pecado eterno (Marcos III, 28, 29). En Lucas está así: Todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonada; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será perdonada (Lucas XII, 10). ¿Acaso por alguna diversidad de palabras se aparta de la verdad de la misma sentencia? Pues no hay otra razón por la que los evangelistas no digan lo mismo de la misma manera, sino para que aprendamos de ahí a anteponer las cosas a las palabras, no las palabras a las cosas, y no buscar otra cosa en el que habla, sino la voluntad, por la cual se pronuncian las palabras. ¿Qué importa para el asunto si se dice: La blasfemia contra el Espíritu no será perdonada; o se dice: Quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será perdonado? A menos que lo mismo se diga más claramente de esta manera que de aquella, y un evangelista no destruye a otro, sino que lo expone. La blasfemia contra el Espíritu, se dijo de manera cerrada; porque no se expresó de qué espíritu. Pues no cualquier espíritu es el Espíritu Santo. También se puede decir blasfemia del espíritu, cuando alguien blasfema con el espíritu: como se puede decir oración del espíritu, cuando alguien ora con el espíritu. Por eso dice el Apóstol: Oraré con el espíritu, oraré también con la mente (I Cor. XIV, 15). Pero cuando se dijo: Quien blasfeme contra el Espíritu Santo, esas ambigüedades se resolvieron. También lo que está escrito: No tiene perdón para siempre, sino que es reo de pecado eterno; ¿qué es sino lo que según Mateo se lee: No le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero? Pues con otras palabras y otro modo de hablar se ha expresado la misma sentencia. Y lo que está en Mateo: Quien diga una palabra contra el Espíritu Santo, para que no entendiéramos otra cosa que blasfemia, otros lo dijeron más claramente: Quien blasfeme contra el Espíritu Santo. Sin embargo, la misma cosa ha sido dicha por todos: y ninguno de ellos se apartó de la voluntad del que habla, para entender la cual se dicen, escriben, leen, escuchan las palabras.

CAPÍTULO IX.

14. Dificultad en las palabras de Marcos. Pero alguien dice: He aquí que he recibido y entendido, porque cuando se dice blasfemia, y no se expresa toda o alguna, se puede entender alguna, o toda; pero no es necesario que sea toda; pero si no se entiende alguna, es falso lo

que se dice: así también la palabra si no se dice toda, o alguna, no es necesario que se entienda toda; pero si no se entiende alguna, de ninguna manera puede ser verdad lo que se dice. Pero donde se lee: Quien blasfeme, ¿cómo entiendo alguna blasfemia, donde no se lee blasfemia; o alguna palabra, donde no se lee palabra, sino que parece decirse generalmente: Quien blasfeme? A esta contradicción respondemos así: Porque también aquí si se dijera: Quien blasfeme cualquier blasfemia contra el Espíritu Santo, no habría razón para pensar que alguna blasfemia debe buscarse, cuando deberíamos entender toda: pero porque no se puede entender toda, para que no se quite la esperanza de remisión a los paganos, judíos, herejes, y a todo género de hombres, que con sus diversos errores y contradicciones blasfeman contra el Espíritu Santo, si se corrigen; queda, por tanto, que en lo que está escrito: Quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene perdón para siempre, se entienda aquel que, no de cualquier manera, sino de tal manera blasfeme, que nunca pueda ser perdonado.

CAPÍTULO X.

15. Doble tentación. Pues así como en lo que se dice: Dios no tienta a nadie (Santiago I, 13), no de cualquier manera, sino de cierto modo de tentar se entiende que Dios no tienta a nadie: para que no sea falso lo que está escrito: El Señor vuestro Dios os tienta (Deut. XIII, 3); y para que no neguemos a Cristo como Dios, o digamos que el Evangelio es falso, donde leemos que interrogaba al discípulo tentándolo, él mismo sabía lo que iba a hacer (Juan VI, 5, 6). Pues hay una tentación que lleva al pecado, con la que Dios no tienta a nadie: y hay una tentación que prueba la fe, con la que Dios se digna tentar. Así, cuando escuchamos: Quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no debemos entender todo tipo de blasfemia, así como tampoco allí todo tipo de tentación.

16. La salvación prometida al creyente y bautizado. Asimismo, cuando escuchamos, "El que creyere y fuere bautizado, será salvo" (Marcos XVI, 16), no entendemos ciertamente que se refiera a creer de la misma manera que los demonios creen y tiemblan (Santiago II, 19), ni a aquellos que son bautizados como Simón el mago pudo ser bautizado (Hechos VIII, 13), pero no pudo ser salvo. Así como cuando dijo, "El que creyere y fuere bautizado, será salvo", no se refería a todos los creyentes y bautizados, sino a algunos; aquellos establecidos en la fe que, según la distinción del Apóstol, obra por el amor (Gálatas V, 6): de igual manera, cuando dijo, "El que blasfemare contra el Espíritu Santo, no tiene perdón para siempre", no se refería a toda blasfemia contra el Espíritu Santo, sino a cierta culpa de blasfemia que, si alguien la tiene, nunca será liberado por ningún perdón.

CAPÍTULO XI.

17. Un modo particular de comer la carne de Cristo propio de los piadosos. También aquello que dijo, "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él" (Juan VI, 57); ¿cómo lo entenderemos? ¿Acaso podemos incluir aquí a aquellos de quienes el Apóstol dice que comen y beben juicio para sí mismos (I Corintios XI, 29), aunque coman la misma carne y beban la misma sangre? ¿Acaso Judas, el impío vendedor y traidor del Maestro, aunque primero comiera y bebiera el Sacramento de su carne y sangre preparado por sus manos junto con los demás discípulos, como lo declara más claramente el evangelista Lucas (Lucas XXII, 21), permaneció en Cristo, o Cristo en él? Muchos, de hecho, que comen esa carne y beben esa sangre con un corazón falso, o que después de haber comido y bebido se convierten en apóstatas, ¿acaso permanecen en Cristo, o Cristo en ellos? Pero ciertamente hay un modo de comer esa carne y beber esa sangre, de tal manera que quien lo haga,

permanece en Cristo y Cristo en él. No es, por tanto, de cualquier manera que alguien coma la carne de Cristo y beba su sangre, que permanece en Cristo y Cristo en él; sino de cierto modo, que él mismo veía cuando decía estas cosas. Así, también, en lo que dijo, "El que blasfemare contra el Espíritu Santo, no tiene perdón para siempre", no es de cualquier manera que blasfeme que es culpable de este delito imperdonable; sino de cierto modo, que él quiso que buscáramos y entendiéramos, quien pronunció esta sentencia verdadera y terrible.

CAPÍTULO XII.

18. Aborda la solución de la cuestión. La Trinidad es Dios. ¿Cuál es, entonces, este modo de blasfemar, o más bien esta desmesura, cuál es esta blasfemia, y qué es la palabra contra el Espíritu Santo? Ya, según creo, el orden mismo exige que lo digamos, y que no demoremos más vuestra expectativa, tan largamente, pero necesariamente, retenida. Sabéis, carísimos, que en aquella Trinidad invisible e incorruptible, que nuestra fe y la Iglesia católica sostiene y predica, Dios Padre no es el Padre del Espíritu Santo, sino del Hijo; y Dios Hijo no es el Hijo del Espíritu Santo, sino del Padre; pero el Espíritu Santo no es el Espíritu solo del Padre, ni solo del Hijo, sino del Padre y del Hijo. Y esta Trinidad, aunque se mantenga la propiedad y sustancia de cada persona; sin embargo, debido a la esencia o naturaleza indivisa e inseparable de la eternidad, la verdad, y la bondad, no son tres dioses, sino un solo Dios. Y por tanto, según nuestra capacidad, en la medida en que se nos permite ver estas cosas a través de un espejo y en enigma, especialmente a aquellos como nosotros que aún somos, se nos insinúa la autoridad en el Padre, la natividad en el Hijo, la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo, y la igualdad en los tres. Lo que es común al Padre y al Hijo, quisieron que lo tuviéramos en común entre nosotros y con ellos, y por ese don nos reunieran en uno, lo que ambos tienen en uno, esto es, por el Espíritu Santo, Dios y don de Dios. En esto, de hecho, somos reconciliados con la divinidad, y en esto nos deleitamos. Pues, ¿de qué nos serviría conocer cualquier bien, si no lo amáramos también? Así como aprendemos por la verdad, así amamos por la caridad; para que conozcamos más plenamente, y disfrutemos bienaventurados de lo conocido. La caridad, por cierto, se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5). Y porque por los pecados éramos alejados de la posesión de los verdaderos bienes, la caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Por tanto, el Padre es al Hijo la verdadera fuente de verdad, y el Hijo es la verdad nacida del verdadero Padre, y el Espíritu Santo es la bondad derramada del Padre bueno y del Hijo bueno: pero de todos es la divinidad no desigual, ni la unidad separable.

19. El perdón de los pecados se da por el Espíritu Santo. Fuego, tribulación. Fuego, Espíritu Santo. Primero, entonces, en nosotros, para recibir la vida eterna, que se dará al final, el don de la bondad de Dios viene desde el inicio de la fe, el perdón de los pecados. Pues mientras estos permanecen, permanecen de alguna manera las enemistades contra Dios, y la alienación de Él, que es de nuestro mal: porque no miente la Escritura, diciendo, "Vuestros pecados hacen separación entre vosotros y vuestro Dios" (Isaías LIX, 2). Por tanto, no nos infunde sus bienes, a menos que quite nuestros males. Y en la medida en que aquellos crecen, estos disminuyen: ni aquellos se perfeccionarán, a menos que estos terminen. Ahora bien, que el Señor Jesús así en el Espíritu Santo perdona los pecados, como en el Espíritu Santo expulsa los demonios, se puede entender de esto, que después de haber resucitado de entre los muertos, cuando dijo a sus discípulos, "Recibid el Espíritu Santo"; inmediatamente añadió, "A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos" (Juan XX, 22, 23). Pues también aquella regeneración, donde se realiza el perdón de todos los pecados pasados, se hace en el Espíritu Santo, diciendo el Señor, "Si uno no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III, 5). Pero una cosa es

nacer del Espíritu; otra, alimentarse del Espíritu: así como una cosa es nacer de la carne, lo que ocurre cuando la madre da a luz; otra es alimentarse de la carne, lo que ocurre cuando amamanta al niño, para que beba con placer de donde nació para vivir; para que reciba el alimento de vida de donde recibió el inicio de nacer. Por tanto, el primer beneficio que se debe creer de la bondad de Dios en el Espíritu Santo es el perdón de los pecados. De ahí que así comenzó también la predicación de Juan el Bautista, quien fue enviado como precursor del Señor. Pues así está escrito: "En aquellos días vino Juan el Bautista, predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo III, 1, 2). De aquí también la del mismo Señor, que así se lee: "Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo IV, 17). Dijo Juan, entre otras cosas, a aquellos que vinieron para ser bautizados por él: "Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, es más poderoso que yo, de quien no soy digno de llevar el calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mateo III, 11). Dijo también el Señor: "Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, que recibiréis no muchos días después, hasta Pentecostés" (Hechos I, 5). Pero lo que dijo Juan, "Y fuego", aunque puede entenderse también como la tribulación que los creyentes habrían de sufrir por el nombre de Cristo; sin embargo, no está fuera de lugar considerar que el mismo Espíritu Santo también se vea significado con el nombre de fuego. Por lo cual, en su venida se dijo: "Se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos" (Hechos II, 3). De aquí que el mismo Señor dijo: "Fuego vine a echar en la tierra" (Lucas XII, 49). De aquí que el Apóstol dijo: "Fervientes en espíritu" (Romanos XII, 11): porque de aquí arde la caridad. Se difunde, en efecto, en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. A este fervor se opone lo que el Señor dijo, "Se enfriará la caridad de muchos" (Mateo XXIV, 12). Pero la caridad perfecta es el don perfecto del Espíritu Santo. Sin embargo, primero está aquello que pertenece al perdón de los pecados: por cuyo beneficio somos rescatados del poder de las tinieblas (Colosenses I, 13), y el príncipe de este mundo es echado fuera por nuestra fe (Juan XII, 31), quien obra en los hijos de desobediencia (Efesios II, 2), no por otra fuerza sino por la sociedad y obligación del pecado. En el Espíritu Santo, por quien el pueblo de Dios se congrega en uno, se expulsa el espíritu inmundo, que se divide en sí mismo.

20. La impenitencia, pecado contra el Espíritu Santo. Contra este don gratuito, contra esta gracia de Dios habla el corazón impenitente. Por tanto, la impenitencia misma es la blasfemia contra el Espíritu, que no será perdonada ni en este siglo ni en el futuro. Pues contra el Espíritu Santo, por quien son bautizados aquellos cuyos pecados son todos perdonados, y que recibió la Iglesia para que a quien perdonare los pecados, le sean perdonados, dice una palabra muy mala y extremadamente impía, ya sea con el pensamiento o incluso con su lengua, aquel a quien la paciencia de Dios lleva al arrepentimiento, pero él, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente, atesora para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Romanos II, 4-6). Esta, por tanto, impenitencia; así podemos de alguna manera llamar con un solo nombre tanto la blasfemia como la palabra contra el Espíritu Santo, que no tiene perdón para siempre: esta, digo, impenitencia, contra la cual clamaban tanto el heraldo como el juez, diciendo, "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado"; contra la cual el Señor abrió la boca de la predicación evangélica, y contra la cual predijo que el mismo Evangelio sería predicado en todo el mundo; donde, después de haber resucitado de entre los muertos, dijo a los discípulos, "Era necesario que el Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas XXIV, 46, 47): esta impenitencia en

absoluto no tiene perdón, ni en este siglo ni en el futuro; porque el arrepentimiento obtiene el perdón en este siglo, que vale en el futuro.

CAPÍTULO XIII.

21. De nadie se debe desesperar en la vida presente. Pero esta impenitencia o corazón impenitente, mientras alguien viva en esta carne, no puede ser juzgada. Pues de nadie se debe desesperar, mientras la paciencia de Dios lo lleva al arrepentimiento, ni arrebatada de esta vida al impío, quien no quiere la muerte del impío, sino que se convierta y viva (Ezequiel XVIII, 23). Hoy es pagano: ¿cómo sabes si mañana será cristiano? Hoy es judío infiel: ¿qué si mañana cree en Cristo? Hoy es hereje: ¿qué si mañana sigue la verdad católica? Hoy es cismático: ¿qué si mañana abraza la paz católica? ¿Qué si aquellos que conoces en cualquier género de error, y a quienes condenas como los más desesperados, antes de que terminen esta vida, hacen penitencia y encuentran la verdadera vida en el futuro? Por tanto, hermanos, también para esto os advierte lo que dice el Apóstol: "No juzguéis nada antes de tiempo" (I Corintios IV, 5). Pues esta blasfemia del Espíritu, que nunca tiene perdón (que no toda, sino cierta hemos entendido, y esa perseverante dureza del corazón impenitente hemos dicho o encontrado, o incluso, según creemos, hemos mostrado), no puede ser descubierta en nadie, como hemos dicho, mientras aún está en esta vida.

22. Se disuelve la objeción.---Que no parezca absurdo, porque aunque el hombre persevere hasta el fin de esta vida en dura impenitencia, hablando mucho y largamente contra esta gracia del Espíritu Santo; sin embargo, el Evangelio llamó a esta larga contradicción del corazón impenitente, como algo breve, una palabra, diciendo: "Cualquiera que dijere palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonada; pero al que dijere contra el Espíritu Santo, no le será perdonada, ni en este siglo ni en el venidero". Pues aunque esta blasfemia sea extensa, y con muchas palabras tejida y prolongada; sin embargo, la Escritura suele llamar palabra incluso a muchas palabras. Pues ningún profeta habló una sola palabra, y sin embargo, así se lee: "La palabra que vino a tal o cual profeta". Y el Apóstol: "Los ancianos, dice, sean tenidos por dignos de doble honor; mayormente los que trabajan en la palabra y doctrina" (I Timoteo V, 17). No dijo, En palabras; sino, en palabra. Y el santo Santiago: "Sed, dice, hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores" (Santiago I, 22). Tampoco él dijo, De las palabras; sino, de la palabra: aunque tantas palabras de las Escrituras santas se lean, se digan, se escuchen en la iglesia de manera célebre y solemne. Así, pues, por mucho tiempo que cualquiera de nosotros trabaje en predicar el Evangelio, no se le llama predicador de palabras, sino de la palabra; y por mucho tiempo que cualquiera de vosotros escuche diligente e insistentemente nuestra predicación, no se le llama ávido de palabras, sino de la palabra: así, de la manera en que las Escrituras hablan, y que conoce la costumbre eclesiástica, cualquiera que durante toda su vida, mientras lleva esta carne, por más larga que sea, cualquier palabra que haya dicho ya sea con la boca o solo con el pensamiento, con un corazón impenitente, contra el perdón de los pecados que se hace en la Iglesia, dice palabra contra el Espíritu Santo.

23. Toda otra blasfemia, dejando el pecado contra el Espíritu Santo, se perdona, por qué. Por tanto, no solo la palabra que se diga contra el Hijo del Hombre, sino todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; porque donde no esté este pecado del corazón impenitente contra el Espíritu Santo, por quien en la Iglesia se perdonan los pecados, todos los demás son perdonados. ¿Cómo, entonces, se perdonará esto, que incluso impide el perdón de los demás? Por tanto, todos son perdonados a aquellos en quienes no está esto que nunca será perdonado: pero en quienes está, puesto que esto nunca se perdona, tampoco los demás son perdonados;

porque el perdón de todos está impedido por el vínculo de este. No es, por tanto, porque cualquiera que dijere palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonada, pero al que dijere contra el Espíritu Santo, no le será perdonada; porque en la Trinidad el Espíritu Santo es mayor que el Hijo, lo cual nadie jamás, ni siquiera un hereje, ha dicho: sino porque cualquiera que resista a la verdad, y blasfeme contra la verdad, que es Cristo, incluso después de tanta predicación suya entre los hombres, que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, que es el Hijo del Hombre, el mismo Cristo, si no dijere aquella palabra del corazón impenitente contra el Espíritu Santo, de quien se dijo, "El que no naciere de agua y del Espíritu" (Juan III, 5); y de quien también se dijo, "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les son perdonados" (Juan XX, 22): es decir, si se arrepintiere, recibirá por este don el perdón de todos los pecados, junto con este, que dijo palabra contra el Hijo del Hombre; porque al pecado de ignorancia o contumacia o de cualquier blasfemia, no añadió el pecado de impenitencia contra el don de Dios y la gracia de la regeneración o reconciliación, que se hace en la Iglesia en el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XIV.

24. No por eso la blasfemia contra el Hijo se perdona más fácilmente que la del Espíritu, porque aquel es menor en cuanto hombre. Por tanto, tampoco se debe pensar que, como algunos creen, por eso se perdona la palabra que se dice contra el Hijo del Hombre, pero no se perdona la que se dice contra el Espíritu Santo, porque Cristo se hizo Hijo del Hombre por la carne asumida; carne por la cual ciertamente es mayor el Espíritu Santo, quien en su propia sustancia es igual al Padre y al Hijo unigénito según su divinidad, según la cual el mismo Hijo unigénito es igual al Padre y al Espíritu Santo. Pues si esto se hubiera dicho por esta razón, ciertamente se habría guardado silencio sobre toda otra blasfemia, para que esta sola pareciera remisible, que se dice contra el Hijo del Hombre, como si se pensara que es solo hombre. Pero cuando se ha dicho antes, "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres"; lo cual también en otro evangelista está puesto así, "Todos los pecados y blasfemias serán perdonados a los hijos de los hombres, cualesquiera que sean las blasfemias que profieran": sin duda también aquella blasfemia que se dice contra el Padre está incluida en esta generalidad; y sin embargo, esta sola se define como irremisible, que se dice contra el Espíritu Santo. ¿Acaso también el Padre tomó la forma de siervo, por la cual el Espíritu Santo sea mayor? No, ciertamente: sino que después de la mención universal de todos los pecados y toda blasfemia, quiso expresar más eminentemente la blasfemia que se dice contra el Hijo del Hombre; porque aunque los hombres estén atados en ese pecado que mencionó, donde dijo, "Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado" (Juan XV, 22): lo cual también en el Evangelio según Juan mostró ser un pecado muy grave, donde dijo del mismo Espíritu Santo, cuando prometió que lo enviaría, "Él convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; de pecado, porque no creyeron en mí" (Juan XVI, 8, 9): sin embargo, si no dijere aquella dureza del corazón impenitente palabra contra el Espíritu Santo, también esto que se dijo contra el Hijo del Hombre será perdonado.

CAPÍTULO XV.

25. El perdón de los pecados es obra de toda la Trinidad. Aquí tal vez alguien pregunte si solo el Espíritu Santo perdona los pecados, o también el Padre y el Hijo. Respondemos que también el Padre y el Hijo. Pues el mismo Hijo dice del Padre: Si perdonáis a los hombres sus ofensas, también vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas. A quien también decimos en la oración dominical, Padre nuestro que estás en los cielos: y entre otras cosas pedimos esto,

diciendo, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 14, 9, 12). De sí mismo dice: Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (Id. IX, 6). Si, por tanto, preguntas, si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo perdonan los pecados, ¿por qué esa impenitencia que nunca será perdonada se dice que pertenece solo a la blasfemia contra el Espíritu, como si aquel que estuviera atado por este pecado de impenitencia pareciera resistir al don del Espíritu Santo, por el cual se realiza el perdón de los pecados? También yo pregunto, ¿expulsó Cristo los demonios, o también el Padre y el Espíritu Santo? Pues si solo Cristo, ¿qué significa lo que él mismo dice, El Padre que mora en mí, él hace las obras (Juan XIV, 10)? Así se dice, Él hace las obras; como si el Hijo no las hiciera, sino el Padre que mora en el Hijo. ¿Por qué entonces en otro lugar dice, Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo? y poco después, Porque todo lo que él hace, también el Hijo lo hace igualmente (Juan V, 17, 19). Pero lo que dice en otro lugar, Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho (Id. XV, 24), lo dice como si él solo las hiciera. Si estas cosas se dicen así, para que las obras del Padre y del Hijo sean inseparables; ¿qué se debe creer del Espíritu Santo, sino que él también obra conjuntamente? Pues en el mismo lugar de donde surge esta cuestión que discutimos, cuando el Hijo expulsaba demonios, él mismo dice, Si yo expulso los demonios por el Espíritu Santo, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios.

CAPÍTULO XVI.

26. El poder y la operación de la Trinidad son indivisibles. Aquí tal vez alguien diga que el Espíritu Santo es dado más bien por el Padre y el Hijo, que por su propia voluntad opere algo; y que esto se refiere a lo que se ha dicho, Expulso los demonios por el Espíritu Santo, que no el Espíritu mismo, sino Cristo lo hacía por el Espíritu: para que se entienda así lo que se ha dicho, Expulso por el Espíritu Santo, como si se dijera, Expulso por el Espíritu Santo. Las Escrituras suelen hablar así, Mataron con espada: es decir, con espada. Encendieron con fuego (Sal. LXXIII, 7): es decir, con fuego. Y Jesús tomó cuchillos de piedra, con los cuales circuncidara a los hijos de Israel (Josué V, 2, 3): es decir, con los cuales circuncidara a los hijos de Israel. Pero quienes por esto quitan al Espíritu Santo su propio poder, deben atender a lo que se dice del Señor: El Espíritu sopla donde quiere (Juan III, 8). Lo que el Apóstol dice, Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu; es de temer que alguien piense que el Padre y el Hijo no obran en ellas, cuando en esas obras menciona también los dones de curaciones y las operaciones de milagros, donde ciertamente está también la expulsión de demonios. Pero cuando añade y dice, Repartiendo a cada uno en particular como quiere (I Cor. XII, 11); ¿no manifiesta también el poder del Espíritu Santo, pero claramente indiviso del Padre y del Hijo? Si estas cosas se dicen así, para que la operación de la Trinidad se entienda como inseparable; de modo que cuando se dice la operación del Padre, no se entienda que opera sin el Hijo y el Espíritu Santo; y cuando se dice la operación del Hijo, no sin el Padre y el Espíritu Santo; y cuando se dice la operación del Espíritu Santo, no sin el Padre y el Hijo: es bien conocido por los que creen correctamente, o incluso por los que pueden entender, que aquello se dice del Padre, Él hace las obras, porque de él es también el origen de las obras, de quien es la existencia de las personas cooperantes; porque el Hijo nació de él, y el Espíritu Santo procede principalmente de él, de quien nació el Hijo, y con quien comparte el mismo Espíritu: y aquello que dice el Señor, Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho, no lo refiere al Padre o al Espíritu, como si no le hubieran cooperado en esas obras; sino a los hombres, de quienes se leen muchos milagros hechos, y sin embargo, ninguno como los que hizo el Hijo: y lo que dice el Apóstol del Espíritu Santo, Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, no se dice porque el Padre y el Hijo no le cooperen; sino porque en estas obras no son muchos sino un solo Espíritu, y en sus diversas operaciones no es diverso de sí mismo.

27. Se trata el mismo argumento. Sin embargo, no se dice en vano, sino razonablemente y verdaderamente que el Padre dijo, no el Hijo y el Espíritu Santo, Tú eres mi Hijo amado, en quien me complazco (Luc. III, 22). Pero este milagro de la palabra sonora del cielo, aunque sabemos que pertenece solo a la persona del Padre, no negamos que el Hijo y el Espíritu Santo cooperaron. Pues no porque el Hijo, llevando carne, conversaba con los hombres en la tierra, por eso no estaba también en el seno del Padre como el Verbo unigénito, cuando aquella voz se hizo desde la nube; ni puede creerse sabiamente y espiritualmente que Dios Padre separó la operación de sus palabras sonoras y pasajeras de la cooperación de su Sabiduría y de su Espíritu. Del mismo modo, cuando decimos correctamente que no el Padre, ni el Espíritu Santo, sino el Hijo caminó sobre el mar (Mat. XIV, 25), cuya carne y plantas se apoyaban en las olas; ¿quién negará que en esa obra de tan gran milagro cooperaron el Padre y el Espíritu Santo? Así también decimos que solo el Hijo asumió esa carne, no el Padre ni el Espíritu Santo; y sin embargo, quien niegue que el Padre o el Espíritu Santo cooperaron en esta encarnación que pertenece solo al Hijo, no piensa correctamente. Asimismo, decimos que ni el Padre, ni el Hijo, sino solo el Espíritu Santo, apareció en forma de paloma, y en lenguas como de fuego, y dio a pronunciar a aquellos en quienes vino, las maravillas de Dios en muchas y diversas lenguas (Id. III, 16, y Hech. II, 3, 4): de este milagro que pertenece solo al Espíritu Santo, no podemos separar la cooperación del Padre y del Verbo unigénito. Así también la Trinidad obra las obras de cada uno en la Trinidad, cooperando los dos con el que obra, con una concordia de acción en los tres, no con una deficiencia de eficacia en uno. Siendo así, de aquí es que el Señor Jesús expulsa demonios en el Espíritu Santo. Pues no es que él solo no pudiera cumplir esto, y asumiera esa ayuda como si no fuera suficiente para esta obra; sino que el espíritu dividido en sí mismo, convenía que fuera expulsado por ese Espíritu que el Padre y el Hijo tienen en común, no divididos en sí mismos.

CAPÍTULO XVII.

28. Los pecados no se perdonan fuera de la Iglesia. Así también los pecados, porque no se perdonan fuera de la Iglesia, deben ser perdonados en ese Espíritu en el que la Iglesia se congrega en uno. Por lo tanto, si alguien fuera de la Iglesia se arrepiente de sus pecados, y tiene un corazón impenitente de este gran pecado por el cual está alejado de la Iglesia de Dios, ¿de qué le sirve ese arrepentimiento; cuando solo por esto dice una palabra contra el Espíritu Santo, por el cual está alejado de la Iglesia, que ha recibido este don, para que en ella, en el Espíritu Santo, se realice el perdón de los pecados? Aunque la Trinidad realiza este perdón, se entiende que pertenece propiamente al Espíritu Santo. Pues él es el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre (Rom. VIII, 15): para que podamos decirle, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). Y en esto conocemos, como dice el Apóstol Juan, que Cristo permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (I Juan III, 24). El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Rom. VIII, 16). Pues a él pertenece la sociedad, por la cual nos hacemos un solo cuerpo del único Hijo de Dios. De donde está escrito: Si hay alguna exhortación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu (Filip. II, 1). Por esta comunión, aquellos en quienes vino primero, hablaron en las lenguas de todas las naciones. Porque así como por las lenguas la sociedad del género humano es más unida; así debía significarse por las lenguas de todas las naciones esta comunión de los hijos de Dios y miembros de Cristo que habría de ser en todas las naciones: para que así como entonces se mostraba haber recibido el Espíritu Santo, quien hablaba en las lenguas de todas las naciones; así ahora se reconozca haber recibido el Espíritu Santo, quien está atado por el vínculo de la paz de la Iglesia, que se difunde en todas las

naciones. De donde dice el Apóstol: Procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 3).

CAPÍTULO XVIII.

29. El Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo. Pero que él sea el Espíritu del Padre, el mismo Hijo dice, Procede del Padre (Juan XV, 26): y en otro lugar, No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 20). Pero que él sea también el Espíritu del Hijo, el Apóstol dice, Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando, Abba, Padre (Gál. IV, 6): esto es, haciendo clamar. Pues nosotros clamamos; pero en él, es decir, él difundiendo la caridad en nuestros corazones, sin la cual clama en vano quienquiera que clame. De donde también dice: Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Rom. VIII, 9). ¿A quién, pues, en la Trinidad pertenecería propiamente esta comunión de sociedad, sino a ese Espíritu que es común al Padre y al Hijo?

30. Fuera de la Iglesia no se tiene el Espíritu Santo. Que no tienen este Espíritu aquellos que están segregados de la Iglesia, Judas apóstol lo declaró clarísimamente, diciendo: Que se separan a sí mismos, sensuales, no teniendo el Espíritu (Judas 19). De donde en la misma Iglesia, también aquellos que, por los nombres de los hombres, aunque constituidos en su unidad, intentaban algunos cismas, el Apóstol Pablo los reprende, diciendo entre otras cosas: Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios; porque para él son locura, y no las puede entender, porque se disciernen espiritualmente (I Cor. II, 14). Muestra lo que ha dicho, no percibe, es decir, no capta con conocimiento la palabra. A estos constituidos en la Iglesia, los llama niños, dice que no son aún espirituales, sino todavía carnales, y que deben ser alimentados con leche, no con alimento sólido. Como a niños, dice, en Cristo os di a beber leche, no alimento sólido: porque aún no podíais; pero ni aún ahora podéis. Donde se dice, aún no, o, no aún, ciertamente no se desespera; si se tiende a que sea alguna vez lo que aún no es. Porque aún sois, dice, carnales. Y mostrando de dónde son carnales: Porque habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales, y andáis según el hombre? Y explicando esto más claramente: Porque cuando uno dice, Yo soy de Pablo; y otro, yo de Apolo; ¿no sois hombres? ¿Qué, pues, es Apolo? ¿Y qué es Pablo? Ministros por los cuales creísteis (I Cor. III, 1-5). Estos, es decir, Pablo y Apolo, estaban concordes en la unidad del Espíritu y el vínculo de la paz; y sin embargo, porque estos comenzaron a dividirlos entre sí, y a enorgullecerse por uno contra el otro, se les llama hombres y carnales y naturales, no pudiendo percibir las cosas que son del Espíritu de Dios: sin embargo, porque no están segregados de la Iglesia, se les llama niños en Cristo; a quienes ciertamente deseaba que fueran ángeles o dioses, a quienes reprendía porque eran hombres, es decir, en estas contiendas no saboreaban las cosas de Dios, sino las de los hombres. De aquellos que están segregados de la Iglesia, no se dice, No percibiendo las cosas del Espíritu; para que no se refiera a la percepción del conocimiento: sino que se dice, No teniendo el Espíritu. Pero no se sigue que quien lo tiene, también perciba sabiéndolo lo que tiene.

31. Hombres y carnales, y naturales, niños en Cristo. Tienen, pues, este Espíritu los constituidos en la Iglesia, niños en Cristo, aún naturales y carnales, no pudiendo percibir lo que tienen, es decir, entender y conocer. Pues ¿cómo serían niños en Cristo, si no hubieran renacido del Espíritu Santo? Y no debe parecer extraño que alguien tenga algo, y no sepa lo que tiene. Pues para no hablar de la divinidad omnipotente y de la unidad inmutable de la Trinidad; ¿quién fácilmente percibe con conocimiento qué es el alma? y ¿quién no tiene alma? Finalmente, para que sepamos con certeza que los niños en Cristo no percibiendo las cosas del Espíritu de Dios, tienen sin embargo el Espíritu de Dios; observemos al apóstol

Pablo, cómo increpándolos a ellos mismos dice: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (Ibid, 16). Esto ciertamente no lo diría a los segregados de la Iglesia, que se dice que no tienen el Espíritu.

CAPÍTULO XIX.

32. Los católicos ficticios, herejes y cismáticos no tienen el Espíritu Santo. Pero tampoco debe decirse que está en la Iglesia, y pertenece a esta comunión del Espíritu, quien se mezcla con las ovejas de Cristo solo por la mezcla corporal con un corazón falso. Pues el Espíritu Santo de disciplina huirá del falso (Sab. I, 5). Por lo tanto, cualquiera que sea bautizado en congregaciones cismáticas o heréticas, o más bien segregaciones, aunque no hayan renacido del Espíritu, como Ismael, que nació según la carne de Abraham, no como Isaac, que según el espíritu, porque por la promesa (Gál. IV, 28, 29); sin embargo, cuando vienen a la Iglesia Católica, y se agregan a la comunión del Espíritu, que fuera de ella ciertamente no tenían, no se les repite el baño de la carne. Pues tampoco les faltó esta forma de piedad fuera: pero se les añade, lo que no puede darse sino dentro, la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Tales eran, antes de ser católicos, de quienes dice el Apóstol: Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella (II Tim. III, 5). Pues puede haber una forma visible de sarmiento incluso fuera de la vid; pero la vida invisible de la raíz no puede tenerse, sino en la vid. Por lo tanto, los sacramentos corporales, que también llevan y celebran los segregados de la unidad del cuerpo de Cristo, pueden exhibir la forma de piedad; pero la eficacia invisible y espiritual de la piedad no puede estar en ellos, así como el sentido no sigue al miembro del hombre, cuando se amputa del cuerpo.

CAPÍTULO XX.

33. El perdón de los pecados no fuera de la Iglesia. Siendo así, el perdón de los pecados, porque no se da sino en el Espíritu Santo, solo puede darse en esa Iglesia que tiene el Espíritu Santo. Pues esto se hace con el perdón de los pecados, para que el príncipe del pecado, el espíritu que está dividido en sí mismo, no reine en nosotros, para que, rescatados del poder del espíritu inmundo, nos convirtamos en templo del Espíritu Santo; y de quien somos limpiados recibiendo indulgencia, lo recibamos como habitante para hacer, aumentar y perfeccionar la justicia. Pues también en su primer advenimiento, cuando aquellos que lo recibieron, hablaban en las lenguas de todas las naciones, y asombrados los que estaban presentes, el apóstol Pedro les hablaba; se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los Apóstoles: ¿Qué haremos, hermanos? mostradnos. Y Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hech. II, 37, 38). Ciertamente en la Iglesia se hizo ambas cosas; es decir, el perdón de los pecados, y la recepción de este don, en el que estaba el Espíritu Santo. Por eso en el nombre de Jesucristo, porque cuando prometía el mismo Espíritu Santo: A quien enviará, dice, el Padre en mi nombre (Juan XIV, 26). Pues el Espíritu Santo no habita en nadie sin el Padre y el Hijo: así como tampoco el Hijo sin el Padre y el Espíritu Santo, ni sin ellos el Padre. Pues la habitación es inseparable, cuya operación es inseparable: pero a menudo se demuestran separadamente por las significaciones de la criatura, no por su sustancia; como se pronuncian separadamente por las sílabas que ocupan sus espacios de tiempo: pero no se separan de sí mismos por intervalos o momentos de tiempo. Pues nunca pueden decirse juntos, cuando no pueden ser sino siempre juntos. Pero como ya hemos dicho no una vez, por eso el perdón de los pecados, por el cual se derriba y expulsa el reino del espíritu dividido en sí mismo, por eso la comunión de la unidad de la Iglesia de Dios, fuera de la cual no se realiza el mismo perdón de los pecados, se considera como obra propia del

Espíritu Santo, con el Padre y el Hijo cooperando, porque la comunión es de algún modo del Padre y del Hijo el mismo Espíritu Santo. Pues el Padre no es comúnmente tenido como Padre por el Hijo y el Espíritu Santo: porque no es Padre de ambos. Y el Hijo no es comúnmente tenido como Hijo por el Padre y el Espíritu Santo - porque no es Hijo de ambos. Pero el Espíritu Santo es comúnmente tenido por el Padre y el Hijo: porque es el Espíritu de ambos.

CAPÍTULO XXI.

34. Se sugiere que la impenitencia debe entenderse bajo el nombre de blasfemia irremisible según Lucas. Por tanto, cualquiera que sea culpable de impenitencia contra el Espíritu, en quien se congrega la unidad y la sociedad de la comunión de la Iglesia, nunca le será perdonado; porque se ha cerrado a sí mismo donde se perdona: y con razón será condenado con el espíritu que está dividido en sí mismo, dividido también él contra el Espíritu Santo que no está dividido en sí mismo. Esto nos advierten también los mismos testimonios evangélicos, si los examinamos con más atención. Pues según Lucas, el Señor no dice esto allí donde responde a quienes dijeron que expulsaba demonios por el príncipe de los demonios, que no se perdonará a quien blasfeme contra el Espíritu Santo. De donde se ve que esto no fue dicho una sola vez por el Señor: pero tampoco debe pasarse por alto negligentemente el lugar donde fue dicho. Hablaba de aquellos que lo confesaran o lo negaran ante los hombres, donde dice: "Os digo, pues, que cualquiera que me confiese ante los hombres, también el Hijo del Hombre lo confesará ante los ángeles de Dios; pero el que me niegue ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios". Y para que no se desesperara de la salvación del apóstol Pedro, quien lo negó tres veces ante los hombres, añadió inmediatamente: "Y todo el que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será perdonado" (Luc. XII, 8-10): es decir, aquella blasfemia del corazón impenitente, que resiste al perdón de los pecados, que se realiza en la Iglesia por el Espíritu Santo. Esta blasfemia no la tuvo Pedro, quien pronto se arrepintió cuando lloró amargamente (Mat. XXVI, 69-75); y vencido el espíritu que está dividido en sí mismo, y que había pedido que se le permitiera atormentarlo, contra el cual el Señor rogó por él para que no desfalleciera su fe (Luc. XXII, 31, 32); recibió también el mismo Espíritu Santo al que no resistió, para que no solo se le perdonara el pecado, sino que por él se predicara y se diera el perdón de los pecados.

35. Lo mismo se insinúa en los otros dos evangelistas. En los otros dos evangelistas, la causa de que se dijera esta sentencia sobre la blasfemia del Espíritu surgió de la mención del espíritu inmundo, que está dividido en sí mismo. Pues se había dicho del Señor que expulsaba demonios por el príncipe de los demonios: allí el Señor dice que expulsa demonios en el Espíritu Santo, para que el Espíritu que no está dividido en sí mismo venza y expulse al que está dividido en sí mismo; pero aquel hombre permanece en su perdición, quien se niega a pasar a la paz de aquel que no está dividido en sí mismo, por la impenitencia. Esto lo narra Marcos de esta manera: "En verdad os digo que todos los pecados serán perdonados a los hombres, y las blasfemias con que blasfemen; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón para siempre, sino que será culpable de un pecado eterno". Después de decir estas palabras del Señor, añadió las suyas diciendo: "Porque decían: Tiene un espíritu inmundo" (Mar. III, 28-30): para mostrar que de aquí surgió la causa para que dijera esto, porque decían que expulsaba demonios por Beelzebub, el príncipe de los demonios. No porque haya una blasfemia que no se perdone, ya que también esta se perdona si le sigue un arrepentimiento correcto: sino que, como dije, de aquí surgió la causa para que el Señor

pronunciara aquella sentencia, al mencionar el espíritu inmundo, que el Señor mostró estar dividido contra sí mismo, por el Espíritu Santo, que no solo no está dividido contra sí mismo, sino que también hace indivisos a aquellos que reúne, perdonando los pecados que están divididos contra sí mismos, y habitando en ellos purificados; para que sea, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, "la multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma" (Hech. IV, 32). A este don del perdón no se resiste, sino quien tiene la dureza de un corazón impenitente. Pues en otro lugar los judíos también dijeron del Señor que tenía un demonio (Juan VII, 20, y VIII, 48), y sin embargo allí no dijo nada sobre la blasfemia del Espíritu Santo: porque no le imputaron un espíritu inmundo de tal manera que pudiera mostrarse dividido en sí mismo por sus palabras, como Beelzebub, por quien decían que podía expulsar demonios.

CAPÍTULO XXII.

36. Resistir con un corazón impenitente a la unidad de la Iglesia es una blasfemia irremisible. En esta lectura según Mateo, el Señor abrió mucho más claramente lo que aquí quería que se entendiera: es decir, que él llama palabra contra el Espíritu Santo a quien resiste con un corazón impenitente a la unidad de la Iglesia, donde en el Espíritu Santo se realiza el perdón de los pecados. Pues, como ya se ha dicho, no tienen este Espíritu quienes, aun llevando y manejando los sacramentos de Cristo, están separados de su congregación. Porque donde habló de la división de Satanás contra Satanás, y que él expulsaba demonios en el Espíritu Santo, ciertamente en el espíritu que no está contra sí mismo, como aquel, dividido; allí inmediatamente, para que nadie pensara que también el reino de Cristo estaba dividido contra sí mismo por aquellos que bajo el nombre de Cristo reúnen sus conventículos fuera de su redil, dijo: "El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama": para mostrar que no pertenecen a él aquellos que, reuniendo fuera, no quieren recoger, sino desparramar. Luego añadió: "Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada". ¿Qué significa esto? ¿Por qué solo la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada, porque el que no está con Cristo, está contra él; y el que no recoge con él, desparrama? Por supuesto. Porque el que no recoge con él, de cualquier manera que se reúna bajo su nombre, no tiene el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XXIII.

37. Las congregaciones fuera de la Iglesia no tienen el Espíritu Santo por el cual se realiza el perdón de los pecados. Pecado irremisible. Refugio contra la blasfemia irremisible. Aquí, en verdad, aquí nos obliga a no entender que pueda hacerse el perdón de todo pecado y de toda blasfemia, sino en la congregación de Cristo, que no desparrama. Pues se congrega en el Espíritu Santo, que no está dividido contra sí mismo, como aquel espíritu inmundo. Y por eso todas las congregaciones, o más bien dispersiones, que se llaman a sí mismas Iglesias de Cristo, y están divididas y son contrarias entre sí, y enemigas de la congregación de la unidad, que es su verdadera Iglesia; no porque parezcan tener su nombre, por eso pertenecen a su congregación. Pertenece, sin embargo, si el Espíritu Santo, en quien se asocia esta congregación, estuviera dividido contra sí mismo. Pero esto no es así (pues el que no está con Cristo, está contra él; y el que no recoge con él, desparrama), por eso todo pecado y toda blasfemia será perdonada a los hombres en esta congregación, que Cristo congrega en el Espíritu Santo, y no dividido contra sí mismo. Pero la blasfemia contra el mismo Espíritu, por la cual se resiste con un corazón impenitente a este gran don de Dios hasta el fin de esta vida, no será perdonada. Pues aunque alguien sea tan contrario a la verdad, que se resista a Dios

hablando, no en los Profetas, sino en su único Hijo, cuando por nosotros quiso que fuera el Hijo del Hombre para hablarnos en él; le será perdonado, cuando arrepintiéndose se convierta a la bondad de Dios; quien, no queriendo la muerte del impío, tanto como que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11), dio a su Iglesia el Espíritu Santo, para que a quienquiera que en él perdonara los pecados, le fueran perdonados. Pero quien se oponga a este don, para no pedirlo por penitencia, sino que le contradiga por impenitencia, se hace irremisible; no cualquier pecado, sino el mismo perdón de los pecados despreciado o incluso combatido. Y así se dice palabra contra el Espíritu Santo, cuando nunca se pasa de la dispersión a la congregación, que recibió el Espíritu Santo para perdonar los pecados. A esta congregación, aunque alguien acceda por un clérigo malo, pero sin embargo ministro católico, reprobado y falso, con un corazón no falso; en el mismo Espíritu Santo recibe el perdón de los pecados. Este espíritu en la santa Iglesia, incluso en este tiempo, cuando se trilla como una era con paja, opera de tal manera que no desprecia la verdadera confesión de nadie, no se engaña por la simulación de nadie, y así huye de los reprobos, que incluso por su ministerio reúne a los probos. Por tanto, hay un solo refugio, para que no haya blasfemia irremisible, que se evite el corazón impenitente; y no se crea que la penitencia puede ser útil de otra manera, sino que se mantenga la Iglesia, donde se da el perdón de los pecados, y se guarda la sociedad del Espíritu en el vínculo de la paz.

CAPÍTULO XXIV.

38. Humildad del tratador. Como he podido, he tratado una cuestión muy difícil, si es que de alguna manera he podido, con la misericordia y ayuda del Señor. Sin embargo, cualquier cosa que no haya podido comprender en su dificultad, no se impute a la misma verdad, que salubrementemente ejercita a los piadosos, incluso cuando se oculta; sino a mi debilidad, que no he podido ver lo que debe entenderse, ni explicar lo que he entendido. Pero de lo que tal vez hemos podido investigar pensando, y exponer diciendo, se deben dar gracias a aquel a quien hemos buscado, a quien hemos pedido, a quien hemos llamado, para que tuviéramos de dónde alimentarnos meditando, y ministrarnos hablando.

SERMO LXXII. De las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XII, 33, "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno", etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El hombre malo no puede tener buenas obras. Nos advirtió el Señor Jesucristo, para que seamos buenos árboles, y podamos tener buenos frutos. Pues dice: "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo. Porque por el fruto se conoce el árbol". Donde dice: "Haced el árbol bueno, y su fruto bueno": esto ciertamente no es una advertencia, sino un mandato saludable, al que la obediencia es necesaria. Pero lo que dice: "Haced el árbol malo, y su fruto malo": no es un mandato para que lo hagáis; sino una advertencia para que lo evites. Pues lo dijo contra aquellos que pensaban que, siendo malos, podían hablar cosas buenas, o tener buenas obras. Esto dice el Señor Jesús que no es posible. Pues primero debe cambiarse el hombre, para que cambien las obras. Porque si el hombre permanece en lo que es malo, no puede tener buenas obras: si permanece en lo que es bueno, no puede tener malas obras.

2. Todos nosotros fuimos hallados malos. Pero, ¿quién fue hallado bueno por el Señor, cuando Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6)? Por tanto, encontró a todos como árboles malos, pero dio el poder de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre (Juan I,

12). Por tanto, cualquiera que hoy sea un hombre bueno, es decir, un árbol bueno, fue hallado malo y hecho bueno. Y si cuando vino, hubiera querido arrancar los árboles malos; ¿cuál quedaría, que no fuera digna de ser arrancada? Pero vino a otorgar misericordia, para luego ejercer juicio, a quien se dice: "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor" (Sal. C, 1). Por tanto, dio a los creyentes el perdón de los pecados, no quiso tener cuentas con ellos por las cartas pasadas. Dio el perdón de los pecados, hizo árboles buenos. Aplazó el hacha, dio seguridad.

CAPÍTULO II.

3. La paciencia de Dios hacia nosotros. De este hacha habla Juan, diciendo: "Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego" (Mat. III, 10). De este hacha amenaza el padre de familia en el Evangelio, diciendo: "He aquí, hace tres años que vengo a este árbol, y no hallo fruto en él. Ahora debo evacuar el lugar: por tanto, sea cortado". Y el colono intercede, diciendo: "Señor, déjala también este año; la cavaré alrededor, y le pondré estiércol: si da fruto, bien; si no, vendrás y la cortarás" (Luc. XIII, 7, 9). Como si durante tres años el Señor hubiera visitado al género humano, es decir, en tres ciertos tiempos. El primer tiempo, antes de la Ley; el segundo, en la Ley; el tercero es ahora, que es el tiempo de la gracia. Pues si no visitó al género humano antes de la Ley, ¿de dónde Abel? ¿de dónde Enoc? ¿de dónde Noé? ¿de dónde Abraham? ¿de dónde Isaac? ¿de dónde Jacob? de quienes quiso ser llamado Señor; y de quien todas las naciones eran, como si fuera el Dios de tres hombres: "Yo soy", dice, "el Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob" (Éxodo III, 14). Pero si no visitara en la Ley, no daría la misma Ley. Después de la Ley vino el mismo padre de familia: sufrió, murió, resucitó, dio el Espíritu Santo, hizo que el Evangelio se predicara por todo el mundo, y aún permaneció algún árbol infructuoso. Hay aún alguna parte del género humano, que aún no se corrige. Intercede el colono; el Apóstol ora por el pueblo: "Doblo", dice, "mis rodillas por vosotros ante el Padre, para que, arraigados y cimentados en amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad; conocer también el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Efes. III, 14-19). Doblando las rodillas, intercede por nosotros ante el padre de familia, para que no seamos arrancados. Por tanto, porque es necesario que venga, actuemos para que nos encuentre fructuosos. La excavación alrededor del árbol es la humildad del penitente. Pues toda excavación es humilde. El cesto de estiércol, las inmundicias de la penitencia. Pues, ¿qué hay más inundo que el estiércol? y sin embargo, si lo usas bien, ¿qué hay más fructífero?

CAPÍTULO III.

4. Dos raíces: caridad y codicia. Qué es el bien. Sea, pues, cada uno un árbol bueno: no se crea tener buenos frutos, si permanece siendo un árbol malo. No habrá fruto bueno, sino del árbol bueno. Cambia el corazón, y cambiará la obra. Arranca la codicia, planta la caridad. Pues así como la raíz de todos los males es la codicia (I Tim. VI, 10); así también la raíz de todos los bienes es la caridad. ¿Qué, pues, murmuran los hombres entre sí, o discuten, diciendo: ¿Qué es el bien? ¡Oh, si supieras qué es el bien! Lo que deseas tener, no es muy bueno: lo que no deseas ser, eso es el bien. Pues deseas tener salud corporal; eso es bueno: pero no pienses que es un gran bien, lo que también tiene el malo. Deseas tener oro y plata; he aquí que también digo, es bueno; pero si lo usas bien: pero no lo usarás bien, si eres malo. Por tanto, el oro y la plata son malos para los malos, buenos para los buenos: no porque los haga buenos el oro y la plata; sino porque los encuentra buenos, se convierte en un buen uso.

Deseas tener honor, es bueno: pero también esto si lo usas bien. ¿A cuántos el honor les fue ocasión de perdición? ¿A cuántos el honor les fue ministerio de buena obra?

CAPÍTULO IV.

5. El hombre quiere tener todos los bienes excepto a sí mismo. Distingamos, pues, estos bienes, si podemos, porque hablamos de buenos árboles. Y aquí no hay nada que deba pensar cada uno, sino que vuelva los ojos hacia sí mismo, aprenda en sí mismo, se examine, se mire, se busque, y se encuentre: y lo que desagrada, lo mate; lo que agrada, lo desee y lo plante. Pues cuando el hombre se encuentre vacío de bienes mejores, ¿por qué es ávido de bienes externos? ¿Y de qué sirve un cofre lleno de bienes, con una conciencia vacía? ¿Quieres tener bienes, y no quieres ser bueno? ¿No ves que debes avergonzarte de tus bienes, si tu casa está llena de bienes, y te tiene a ti malo? Pues, ¿qué es lo que quieres tener malo? Dime. Nada en absoluto; no esposa, no hijo, no hija, no siervo, no sierva, no villa, no túnica, finalmente no calzado: y sin embargo quieres tener mala vida. Te ruego, antepón tu vida a tu calzado. Todas las cosas que yacen alrededor de tus ojos, elegantes y hermosas, te son queridas; y tú mismo te eres vil y feo? Si tus bienes pudieran responderte, que has deseado tener, temido perder; ¿no te clamarían también a ti, como a su dueño, en silencio: Así como tú quieres tenernos buenos, así también nosotros queremos tener un buen dueño? Con voz callada interceden contra ti ante tu Señor: He aquí tantos bienes le diste a este, ¡y él mismo es malo! ¿De qué le sirve lo que tiene, cuando no tiene a quien le dio todo?

CAPÍTULO V.

6. Qué es el verdadero bien. Por tanto, alguien advertido por mis palabras, y tal vez compungido, busca qué es el bien, qué tipo de bien, de dónde el bien. Bien entendiste que debes buscar esto. Responderé al que busca, y diré: Esto es el bien, que no puedes perder contra tu voluntad. Pues puedes perder el oro, y no queriendo; puedes perder la casa, puedes perder los honores, puedes perder la misma salud del cuerpo: pero el bien por el cual verdaderamente eres bueno, ni lo recibes contra tu voluntad, ni lo pierdes contra tu voluntad. Por tanto, busco qué tipo de bien es este. Un salmo nos advierte de algo grande, tal vez lo que buscamos. Pues dice: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Hasta cuándo el árbol en tres años? Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Qué es ser duros de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? Y a esto, pues, dice lo que debe buscarse: "Sabed que el Señor ha magnificado a su Santo" (Sal. IV, 3, 4). Ya vino Cristo, ya fue magnificado, ya resucitó y ascendió al cielo, ya su nombre se predica por todo el mundo: ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? Que basten los tiempos pasados: ya magnificado aquel Santo, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? Después de tres años, ¿qué queda, sino el hacha? ¿Hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? ¿Aún cosas vanas, aún cosas inútiles, aún cosas pomposas y volátiles, así magnificado Cristo el Santo, aún se buscan estas cosas? Ya clama la verdad, ¿y aún se busca la vanidad? ¿Hasta cuándo seréis duros de corazón?

CAPÍTULO VI.

7. Por qué el mundo es azotado tan severamente. Con razón este mundo es azotado con fuerza: pues el mundo ya ha conocido las palabras del Señor. Y el siervo, dice, que no conoce la voluntad de su señor, y hace cosas dignas de azotes, será azotado con pocos. ¿Por qué? Para que busque la voluntad de su señor. Así que el siervo que no conocía la voluntad, eso era

el mundo, antes de que magnificara a su Santo; era un siervo que no conocía la voluntad de su señor, y por eso era azotado con pocos. Pero el siervo que ya conoce la voluntad de su señor, esto es ahora, desde que la Deidad magnificó a su Santo; y no haciendo su voluntad, será azotado con muchos. ¿Qué hay de extraño, entonces, si el mundo es azotado mucho? Es un siervo que conoce la voluntad de su señor y hace cosas dignas de azotes. Por lo tanto, no debe rehusar ser azotado con muchos (Luc. XII, 48, 47): porque si no quiere escuchar al maestro injustamente, justamente sufrirá al vengador. O no murmure contra el castigador, cuando se vea digno de azotes, para que merezca misericordia: por Cristo nuestro Señor, que vive y reina con Dios Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXXIII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, donde el Señor Jesús explica las parábolas del sembrador. Cap. XIII, V. 24-30, 36-43.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los malos entre los buenos. Tanto ayer como hoy, mientras hablaba nuestro Señor Jesucristo, escuchamos las parábolas del sembrador. Los que estuvisteis presentes ayer, recordad hoy. Ayer se leyó sobre aquel sembrador que al esparcir las semillas, unas cayeron en el camino, que las aves recogieron; otras en lugares pedregosos, que se secaron por el calor; otras entre espinas, que fueron ahogadas y no pudieron fructificar; otras en tierra buena, y dieron fruto al ciento, al sesenta, al treinta por uno (Mat. XIII, 3-23). Hoy, sin embargo, el Señor narró otra parábola sobre el sembrador, que sembró buena semilla en su campo. Mientras los hombres dormían, vino el enemigo y sembró cizaña. Cuando la hierba crecía, aún no se veía: cuando comenzó a aparecer el fruto de la buena semilla, también se hizo visible la cizaña. Los siervos del padre de familia se ofendieron al ver mucha cizaña en el buen sembrado, y quisieron arrancarla, pero no se les permitió: se les dijo, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la cosecha. El mismo Señor Jesucristo también explicó esta parábola: y dijo que él era el sembrador de la buena semilla, mostró al enemigo, el diablo, como el sembrador de la cizaña; el tiempo de la cosecha, el fin del mundo; su campo, todo el mundo. Pero, ¿qué dice? En el tiempo de la cosecha diré a los segadores: Recoged primero la cizaña para quemarla, pero guardad mi trigo en el granero. ¿Por qué os apresuráis, siervos llenos de celo? Veis la cizaña entre el trigo, veis a los malos cristianos entre los buenos; queréis arrancar a los malos: esperad, no es tiempo de cosecha. Que venga, y os encuentre como trigo. ¿Por qué os impacientáis? ¿Por qué os cuesta soportar a los malos mezclados con los buenos? Pueden estar con vosotros en el campo, pero no estarán en el granero.

CAPÍTULO II.

2. Una cosa tiene muchos nombres, y dos cosas a veces comparten un nombre en las figuras de la Escritura. Sabéis, sin embargo, que las tres cosas mencionadas ayer, donde la semilla no prosperó, el camino, los lugares pedregosos, los lugares espinosos; son la cizaña. Recibieron otro nombre en otra similitud. Porque cuando se dan similitudes, o no se expresa la propiedad, a través de ellas no se expresa la verdad, sino la similitud de la verdad. Lo que digo, sé que pocos lo entienden: pero hablamos por todos. En las cosas visibles, el camino es camino, los lugares pedregosos son lugares pedregosos, los lugares espinosos son lugares espinosos: lo que son, eso son; porque se nombran propiamente. Pero en las parábolas y similitudes, una cosa puede ser llamada con muchos nombres: por eso no es incongruente que os diga, Ese camino, esos lugares pedregosos, esos espinosos son cristianos malos, ellos son también la cizaña. ¿No es Cristo el cordero? ¿No es también Cristo el león? Entre las fieras y los animales, el que es cordero es cordero, el que es león es león: ambos son Cristo. Aquellos

individualmente por propiedad: estos ambos por similitud. Incluso sucede que por similitud, cosas muy distantes entre sí, se llaman con un solo nombre. Pues, ¿qué dista tanto entre sí como Cristo y el diablo? Sin embargo, Cristo ha sido llamado león, y también el diablo. Cristo es león: Ha vencido el león de la tribu de Judá (Apoc. V, 5). El diablo es león: ¿No sabéis que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar? (I Pedro V, 8). Así que tanto él es león como él es león: él es león por la fortaleza; él es león por la ferocidad: él es león para vencer; él es león para dañar. El mismo diablo es la serpiente, la antigua serpiente (Apoc. XII, 9): ¿acaso se nos ha mandado imitar al diablo, cuando nuestro Pastor nos dijo, Sed sencillos como palomas, astutos como serpientes (Mat. X, 16)?

CAPÍTULO III.

3. A los cristianos malos, para que cambien. Así que ayer hablé al camino, hablé a los lugares pedregosos, hablé a los lugares espinosos: y dije, Cambiad, mientras podáis; volved la tierra dura con el arado, sacad las piedras del campo, arrancad las espinas del campo. No tengáis un corazón duro, donde rápidamente perece la palabra de Dios. No tengáis una tierra delgada, donde la raíz de la caridad no se asiente profundamente. No ahoguéis con preocupaciones y deseos mundanos la buena semilla, que os es sembrada con nuestros trabajos. Porque el Señor siembra: pero nosotros somos sus obreros. Sed tierra buena. Ayer lo dijimos, y hoy lo decimos a todos: Que uno dé fruto al ciento, otro al sesenta, otro al treinta. En uno el fruto es mayor, en otro menor: pero todos pertenecerán al granero. Ayer dijimos esto, hoy hablo a la cizaña: pero ellos mismos son ovejas cizaña. ¡Oh cristianos malos! ¡Oh vosotros que llenando oprimís la Iglesia con vuestra mala vida! corregíos antes de que llegue la cosecha. No digáis, He pecado, ¿y qué me ha pasado? (Ecli. V, 4). Dios no ha perdido su poder: pero de ti exige penitencia. Esto lo digo a los malos, y sin embargo cristianos; esto lo digo a la cizaña. Pues están en el campo: y puede ser que los que hoy son cizaña, mañana sean trigo. Por eso también hablo al trigo.

CAPÍTULO IV.

4. A los buenos cristianos, para que toleren a los malos. Oh vosotros, cristianos, que vivís bien, pocos entre muchos suspiráis, pocos entre muchos gemís. Pasará el invierno, vendrá el verano, he aquí que llegará la cosecha. Vendrán los ángeles, que pueden separar, y no saben errar. Nosotros en este tiempo somos como aquellos siervos, de los que se dijo: ¿Quieres que vayamos y los recojamos? Pues queríamos, si fuera posible, que no quedara ningún mal entre los buenos. Pero se nos dijo: Dejad que ambos crezcan hasta la cosecha. ¿Por qué? Porque sois tales, que podéis ser engañados. Escucha: No sea que, al querer arrancar la cizaña, arranquéis también el trigo. ¿Qué bien hacéis? ¿No devastaréis mi cosecha con vuestra diligencia? Vendrán los segadores: y explicó quiénes son los segadores: Los segadores son los ángeles. Nosotros somos hombres, los ángeles son los segadores. Seremos también nosotros, si completamos nuestro curso, iguales a los ángeles de Dios: pero ahora cuando nos impacientamos contra los malos, aún somos hombres. Y ahora debemos escuchar: Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga (I Cor. X, 12). ¿Pensáis, hermanos míos, que esa cizaña no sube a las bóvedas? ¿Pensáis que están abajo, y no están arriba? Ojalá no seamos eso. Para mí es muy poco ser juzgado por vosotros (Id. IV, 3). Digo ciertamente a vuestra Caridad, y en las bóvedas hay trigo, hay cizaña; y en los pueblos hay trigo, hay cizaña. Los buenos toleren a los malos: los malos cambien, e imiten a los buenos. Todos, si es posible, pertenezcamos a Dios: todos escapemos de la maldad de este siglo en su misericordia.

Busquemos días buenos, porque estamos en días malos: pero en días malos no blasfememos, para que podamos llegar a los días buenos.

SERMO LXXIV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XIII, 52, Por eso todo escriba instruido en el reino de Dios, etc.

1. Quiénes eran los escribas para los judíos. La lectura evangélica nos exhorta a buscar y explicar, tanto como el Señor nos conceda, a vuestra Caridad, quién es el escriba instruido en el reino de Dios, semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Pues en esto concluyó la misma lectura: cuáles son las cosas nuevas y viejas del escriba instruido. A quienes los antiguos, según la costumbre de nuestras Escrituras, llamaban escribas, es conocido, a saber, quienes profesaban el conocimiento de la Ley. Pues tales en aquel pueblo eran llamados escribas; no como se llaman en las oficinas de los jueces, o en la costumbre de las ciudades. Debemos, pues, no entrar en la escuela en vano, sino conocer en qué significado de las Escrituras debemos retener las palabras: no sea que cuando algo de las Escrituras suene, que en otro uso secular se suele entender, el oyente se desvíe, y pensando lo que acostumbra, no entienda lo que ha oído. Los escribas, pues, eran quienes profesaban el conocimiento de la Ley, a quienes pertenecían los libros de la Ley ya sea para custodiar, o para tratar, o incluso para escribir y entender.

2. Escribas no instruidos en el reino de Dios. Tales nuestro Señor Jesucristo reprende, porque tienen las llaves del reino de los cielos, ni ellos entran, ni permiten entrar a otros; reprendiendo a los fariseos y escribas, doctores de la Ley de los judíos. De quienes en otro lugar dice: Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no hagáis: porque dicen, y no hacen (Mat. XXIII, 3). ¿Por qué se os dijo, Porque dicen, y no hacen, sino porque hay algunos de quienes se muestra lo que dice el Apóstol, Tú que predicas no hurtar, hurtas; tú que dices no adulterar, adulteras; tú que abominas los ídolos, cometes sacrilegio; tú que te glorías en la Ley, por la transgresión de la Ley deshonras a Dios. Porque el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por vosotros (Rom. XI, 21-23)? Ciertamente de estos es manifiesto que el Señor dice, Porque dicen, y no hacen. Son, pues, aquellos escribas, pero no instruidos en el reino de Dios.

3. Cómo los malos gobernantes pueden hablar bien, y deben ser escuchados por los súbditos. Quizás alguno de vosotros diga: ¿Y cómo puede un hombre malo hablar bien; cuando está escrito, diciendo el mismo Señor, El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el hombre malo del mal tesoro de su corazón saca cosas malas. Hipócritas, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? (Mat. XII, 35, 34). Aquí dice, ¿Cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? Aquí dice, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no hagáis: porque dicen, y no hacen. Si dicen, y no hacen, son malos: si son malos, no pueden hablar bien: ¿cómo hacemos lo que oímos de ellos, si no podemos oír cosas buenas de ellos? Cómo se resuelve esto, que vuestra Santidad lo advierta. Todo lo que el hombre malo saca de sí mismo es malo; todo lo que el hombre malo saca de su corazón, es malo: pues allí está el tesoro malo. Pero todo lo que el hombre bueno saca de su corazón, es bueno: pues allí está el tesoro bueno. ¿De dónde, entonces, aquellos malos sacaban cosas buenas? Porque se sentaban en la cátedra de Moisés. Si no hubiera dicho antes, Se sientan en la cátedra de Moisés (Id. XXIII, 2); nunca habría mandado escuchar a los malos. Pues una cosa es lo que el pregonero dice en su casa, otra cosa es lo que el pregonero dice oyendo al juez. Pues, quiera o no quiera, el pregonero pronuncia la voz de la punición de su amigo. También, quiera o no quiera, pronuncia la voz de la absolución de su enemigo. Da la voz de su corazón: absuelve al amigo, castiga al enemigo. Da la voz de la silla del juez: castiga al amigo, absuelve al enemigo. Da la voz de los escribas de su corazón: oirás, Comamos y bebamos; porque

mañana moriremos (Isa. XXII, 13). Da la voz de la cátedra de Moisés: oirás, No matarás: No cometerás adulterio: No hurtarás: No dirás falso testimonio: Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX, 12-16): Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev. XIX, 18). Haz esto que suena por la boca de los escribas desde la cátedra: no lo que suena por el corazón de los escribas. Así, pues, comprendiendo ambas sentencias del Señor, no serás obediente en una y culpable en otra; sino que entiendes que ambas concuerdan, y miras aquella verdad, porque el hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el hombre malo del mal saca cosas malas: y aquella, porque aquellos escribas no hablarían cosas buenas del mal tesoro de su corazón, sino que podrían hablar cosas buenas del tesoro de la cátedra de Moisés.

4. Racimo en las espinas. No te turben, pues, aquellas palabras del Señor diciendo, Cada árbol se conoce por su fruto. ¿Acaso se recogen uvas de las espinas, o higos de los abrojos? (Luc. VI, 44). Así que los escribas y fariseos de los judíos son espinas y abrojos: y sin embargo, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no hagáis. Así que se recoge uva de las espinas, y higos de los abrojos, como te ha dado entendimiento según el tratado anterior. Pues a veces en la cerca espinosa de la viña se enredan las vides, y de los zarzales cuelgan racimos. Al oír el nombre de espinas, despreciarás la uva. Busca la raíz de las espinas, y ve dónde la encuentras. Sigue la raíz del racimo colgante, y ve dónde la encuentras. Así entiende que una cosa pertenece al corazón del fariseo, y otra a la cátedra de Moisés.

5. Figuras antiguas evacuadas por Cristo. Pero, ¿por qué aquellos tales? Porque un velo, dice, está puesto sobre su corazón. Y no ven que las cosas viejas pasaron y todas se hicieron nuevas (II Cor. V, 17). De ahí que aquellos sean tales, y cualquiera que aún ahora sea así. ¿De dónde las cosas viejas? Porque hace tiempo que se predicán. ¿De dónde las cosas nuevas? Porque pertenecen al reino de Dios. ¿Cómo, pues, se quita el velo, dice el mismo Apóstol: Pero cuando te conviertas al Señor, el velo será quitado. Así que el judío que no se convierte al Señor, no extiende la mirada de su mente al fin. Como en aquel tiempo en esta figura los hijos de Israel no extendían la mirada de sus ojos al fin, es decir, al rostro de Moisés. Pues el rostro de Moisés resplandeciente tenía la figura de la verdad: se interpuso un velo, porque aún no podían mirar el resplandor de su rostro los hijos de Israel. Esta figura se evacua. Pues así dijo el Apóstol: Las cosas que se evacúan (Id. III, 13-16). ¿Por qué se evacúan? Porque al venir el emperador, las imágenes se quitan de en medio. Allí se contempla la imagen, donde el emperador no está presente: pero donde está aquel de quien es la imagen, la imagen se remueve. Así que las imágenes se presentaban, antes de que viniera nuestro emperador el Señor Jesucristo. Quitadas las imágenes, resplandece la presencia del emperador. Así que cuando alguien se convierte al Señor, el velo será quitado. Pues sonaba la voz de Moisés a través del velo, y el rostro de Moisés no aparecía. Así también ahora a los judíos les suena la voz de Cristo a través de la voz de las Escrituras antiguas: oyen su voz, no ven el rostro del que habla. ¿Quieren, pues, que se quite el velo? Conviértanse al Señor. Pues entonces no se quitan las cosas viejas, sino que se guardan en el tesoro, para que ya sea el escriba instruido en el reino de Dios, sacando de su tesoro, ni solo cosas nuevas, ni solo cosas viejas. Pues si saca solo cosas nuevas, o solo cosas viejas; no es escriba instruido en el reino de Dios sacando de su tesoro cosas nuevas y viejas. Si dice esas cosas, y no las hace; las saca de la cátedra, no del tesoro de su corazón. Y decimos verdaderamente a vuestra Santidad; las cosas que se sacan de lo viejo, se ilustran por lo nuevo. Por eso se convierte al Señor, para que el velo sea quitado.

SERMO LXXV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XIV, 24-33, Pero la barca estaba en medio del mar, sacudida por las olas, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Un significado más profundo se oculta en el hecho. La lectura del Evangelio que acabamos de escuchar, nos exhorta a la humildad de todos nosotros, a ver y reconocer dónde estamos, y hacia dónde debemos dirigirnos y apresurarnos. Pues no significa nada la nave que lleva a los discípulos, que era sacudida por el viento contrario. Ni sin causa el Señor, dejando a las multitudes, subió al monte, para orar solo; luego viniendo a sus discípulos, los encontró en peligro, caminando sobre el mar, y los confirmó subiendo a la nave, y calmó las olas. ¿Qué hay de extraño, pues, si puede calmar todo, quien creó todo? Sin embargo, después de que subió a la nave, vinieron los que eran llevados, diciendo: Verdaderamente eres el Hijo de Dios. Pero antes de esta evidencia, se turbaron al verlo sobre el mar. Pues dijeron: Es un fantasma. Pero él subiendo a la nave, quitó la fluctuación de la mente de sus corazones, donde ya más que en el cuerpo en los flujos, estaban en peligro por la duda.

CAPÍTULO II.

2. Qué significa el paso del mar en la nave. En todo lo que hizo el Señor, nos exhorta a cómo debemos vivir aquí. Pues nadie en este mundo no es peregrino: aunque no todos desean regresar a la patria. Pero en el mismo camino sufrimos olas y tempestades: pero es necesario que estemos al menos en la nave. Pues si en la nave hay peligros, sin la nave hay una muerte segura. Pues por más fuerzas que tenga de brazos quien nada en el mar, alguna vez vencido por la magnitud del mar es absorbido y se hunde. Es necesario, pues, que estemos en la nave, es decir, que seamos llevados en el madero, para que podamos cruzar este mar. Pero este madero, en el que nuestra debilidad es llevada, es la cruz del Señor, en la que somos señalados, y de las sumersiones de este mundo somos rescatados. Sufrimos olas: pero él es Dios, quien nos ayuda.

3. La oración de Cristo en el monte. El hecho de que el Señor ascendiera solo al monte para orar, dejando a las multitudes, simboliza la altura de los cielos. Pues, dejando a las multitudes, el Señor ascendió solo al cielo después de la resurrección, e intercede allí por nosotros, como dice el Apóstol (Rom. VIII, 34). Por lo tanto, significa que, dejando a las multitudes, ascendió al monte para orar solo. Aún es el primogénito de entre los muertos, después de la resurrección del cuerpo a la derecha del Padre, sacerdote y abogado de nuestras súplicas. La cabeza de la Iglesia está arriba, para que los demás miembros la sigan al final. Si intercede por nosotros, es como si orara solo en la cima del monte, sobre la altura de todas las criaturas.

CAPÍTULO III.

4. La nave sacudida por la tempestad. Mientras tanto, la nave que lleva a los discípulos, es decir, la Iglesia, fluctúa y es sacudida por las tempestades de las tentaciones: y no cesa el viento contrario, es decir, el diablo que se le opone, y se esfuerza por impedir que llegue a la paz. Pero mayor es quien intercede por nosotros. Pues en esta nuestra fluctuación en la que trabajamos, nos da confianza, viniendo a nosotros y confortándonos: solo que no nos turbemos en la nave y nos arrojemos al mar. Porque aunque la nave se turbe, sigue siendo una nave. Solo ella lleva a los discípulos y recibe a Cristo. Ciertamente está en peligro en el mar: pero sin ella se perece de inmediato. Mantente, pues, en la nave y ruega a Dios. Pues cuando todos los consejos fallan, cuando ni los timones son suficientes, y la misma extensión de las velas es más peligrosa que útil; abandonadas todas las ayudas y fuerzas humanas, solo queda

a los marineros la intención de suplicar y elevar voces a Dios. ¿Acaso quien concede a los navegantes llegar al puerto, abandonará a su Iglesia para no llevarla al descanso?

CAPÍTULO IV.

5. Tempestad en ausencia del Señor. Sin embargo, hermanos, la mayor perturbación en esta nave no es sino en la ausencia del Señor. ¿Estando en la Iglesia, tiene al Señor ausente? ¿Cuándo tiene al Señor ausente? Cuando es vencido por alguna codicia. Pues como se entiende en cierto lugar dicho en el sacramento, No se ponga el sol sobre vuestra ira; ni deis lugar al diablo (Efes. IV, 26, 27): se entiende, no de este sol que tiene cierta sublimidad entre los cielos visibles, que puede ser visto comúnmente tanto por nosotros como por las bestias; sino de aquella luz que solo ven los corazones puros de los fieles, como se ha dicho, Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Pues esta luz del sol visible ilumina también a los animales más pequeños y breves. Es, por tanto, la verdadera luz la justicia y la sabiduría, que la mente deja de ver cuando es superada por la perturbación de la ira como por una nube: y entonces es como si el sol se pusiera sobre la ira del hombre. Así también en esta nave, cuando Cristo está ausente, cada uno es sacudido por sus propias tempestades, iniquidades y codicias. Pues la Ley te dice, por ejemplo, No dirás falso testimonio (Éxodo XX, 16). Si entiendes la verdad del testimonio, tienes luz en la mente: pero si, vencido por la codicia de una ganancia deshonesto, decides en tu mente decir un falso testimonio, ya comienzas a ser turbado por la tempestad en ausencia de Cristo; fluctuarás en las olas de tu avaricia, estarás en peligro por la tempestad de tus concupiscencias, y como si Cristo estuviera ausente, casi te hundirás.

CAPÍTULO V.

6. Mirar hacia atrás, qué significa. Cuán temible es que la nave se vuelva y mire hacia atrás. Esto sucede cuando, abandonada la esperanza de las recompensas celestiales, uno se vuelve hacia las cosas que se ven y pasan, desviado por la codicia. Pues quien es perturbado por las tentaciones de las pasiones, y sin embargo mira hacia lo que está dentro, no está tan desesperado, suplicando perdón por sus delitos, y atento a vencer y atravesar la furia del mar embravecido. Pero quien se desvía de tal manera que dice en su corazón, Dios no ve; no piensa en mí, ni le importa si pecco: gira la proa, es llevado por la tormenta, y es empujado de donde venía. Pues hay muchos pensamientos en los corazones de los hombres: y con las olas de este siglo, y muchas tempestades, la nave se turba en ausencia de Cristo.

CAPÍTULO VI.

7. La cuarta vigilia de la noche. La fe de la cruz. La cuarta vigilia de la noche es el fin de la noche: pues una vigilia consta de tres horas. Significa, por tanto, que ya al final del siglo el Señor viene en ayuda, y se le ve caminar sobre las aguas. Aunque esta nave se turbe por las tempestades de las tentaciones, sin embargo, ve a Dios glorificado caminar sobre todos los tumultos del mar; esto es, sobre todos los principados de este siglo. Pues antes se dijo con la voz de su pasión, que según la carne, al mostrar el ejemplo de humildad, se desvanecieron contra él las olas del mar, a las que cedió voluntariamente por nosotros, para que se cumpliera aquella profecía: Vine a la profundidad del mar, y la tempestad me sumergió (Salmo LXVIII, 3). Pues no rechazó a los falsos testigos, ni el clamor furioso de los que decían, Crucificalo (Mateo XXVII, 23). No reprimió con poder los corazones y bocas rabiosas de los que enloquecían, sino que los soportó con paciencia. Le hicieron cuanto quisieron: porque se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 8). Pero después de que resucitó de

entre los muertos, para que orara solo por los discípulos establecidos en la Iglesia como en una nave, y llevados por la fe de su cruz como por un madero, y en peligro por las tentaciones de este siglo como por las olas del mar; comenzó su nombre a ser honrado incluso en este siglo, en el que fue despreciado, acusado, asesinado: para que quien había venido según la pasión de la carne a la profundidad del mar, y la tempestad lo había sumergido, ya pisara los cuellos de los soberbios como la espuma de las olas con el honor de su nombre. Así como ahora vemos al Señor como caminando sobre el mar, bajo cuyos pies vemos sometida toda la furia de este siglo.

CAPÍTULO VII.

8. El error de los discípulos figura los errores de los herejes. Pero a los peligros de las tempestades se añaden también los errores de los herejes; y no faltan quienes así tienten las almas de los que están en la nave, diciendo que Cristo no nació de una virgen, ni tuvo un cuerpo verdadero, sino que fue visto por los ojos lo que no era. Y estas opiniones de los herejes han nacido ahora, cuando ya el nombre de Cristo es glorificado entre todas las naciones, como si Cristo ya caminara sobre el mar. Los discípulos tentados dijeron, Que es un fantasma. Pero él nos confirma contra estas pestes con su voz, diciendo, Tened confianza, soy yo; no temáis. Pues con un vano temor los hombres han sentido esto de Cristo, atendiendo a su honor y majestad: y no piensan que pudo nacer así, quien mereció ser glorificado así, como si temieran al que caminaba sobre el mar. Con este hecho, se figura la excelencia de su honor: y así piensan que es un fantasma. Pero cuando él dice, Yo soy; ¿qué otra cosa dice, sino que no es en él lo que no es? Así que si mostró carne, era carne; si huesos, eran huesos; si cicatrices, eran cicatrices. Pues no había en él, Es, y No; sino, Es en él era, como dice el Apóstol (II Cor. 1, 19). De ahí es aquella voz, Tened confianza, soy yo; no temáis. Esto es, No temáis tanto mi dignidad, que queráis quitarme la verdad. Aunque camine sobre el mar, aunque tenga las altiveces y orgullos del mundo como olas rabiosas bajo mis pies, sin embargo, aparecí como verdadero hombre, sin embargo, mi Evangelio predica verdaderamente de mí, que nací de una virgen, que el Verbo se hizo carne; que dije verdaderamente, Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene huesos, como me veis tener (Lucas XXIV, 39): que las manos del que dudaba tocaron las verdaderas huellas de mis heridas. Así que, Yo soy; no temáis.

CAPÍTULO VIII.

9. Otro error también figurado. Pero no solo significa esta cosa a aquellos que pensaron que era un fantasma; no solo designa a aquellos que niegan que el Señor tuvo carne humana, y a veces incluso perturban con ciega perversidad a los que están en la nave: sino también a aquellos que piensan que el Señor mintió en algo, y no creen que lo que amenazó a los impíos sucederá. Como si en parte fuera veraz y en parte mentiroso, como un fantasma apareciendo en palabras, como lo que es y no es. Pero quienes entienden bien la voz que dice, Yo soy; no temáis: ya creen todas las palabras del Señor, de modo que así como esperan las recompensas que promete, también temen las penas que amenaza. Pues así como es verdad lo que dirá a los que están a la derecha, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo: así es verdad lo que oirán los que están a la izquierda, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 34, 41). Pues esta opinión, por la cual los hombres piensan que Cristo no amenazó verdaderamente a los inicuos y perdidos, ha nacido de esto, porque ven a muchos pueblos y multitudes innumerables sujetas a su nombre: de modo que por eso les parece que Cristo es un fantasma, porque caminaba sobre el mar; es decir, por eso les parece que miente en la amenaza de las penas,

porque como si no pudiera perder a tantos pueblos innumerables, que están sujetos a su nombre y honor. Pero escuchen al que dice, Yo soy. Por tanto, no teman aquellos que creyendo que Cristo es veraz en todo, no solo desean lo que promete, sino que también huyen de lo que amenaza: porque aunque camine sobre el mar, es decir, todos los géneros de hombres en este siglo están sujetos a él; sin embargo, no es un fantasma, y por eso no miente cuando dice, No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Id. VII, 21).

CAPÍTULO IX.

10. Pedro caminando sobre el mar. ¿Qué significa, pues, también que Pedro se atrevió a venir a él sobre las aguas? Pues Pedro a menudo lleva la persona de la Iglesia. ¿Qué otra cosa pensamos que se dijo, Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas: sino, Señor, si eres veraz, y en nada mientes, que también tu Iglesia sea glorificada en este siglo, porque esto predicó de ti la profecía? Que camine, pues, sobre las aguas, y así venga a ti aquella a quien se dijo, Los ricos del pueblo buscarán tu rostro (Salmo XLIV, 13). Pero como la alabanza humana no tienta al Señor, los hombres, sin embargo, a menudo se perturban en la Iglesia por las alabanzas y honores humanos, y casi se hunden; por eso Pedro temió en el mar, horrorizado por la gran fuerza de la tempestad. Pues ¿quién no teme aquella voz: Quienes os llaman felices, os llevan al error, y perturban las sendas de vuestros pies (Isaías III, 12)? Y porque el alma lucha contra la concupiscencia de la alabanza humana, es bueno en tal peligro volverse a la oración y súplica: no sea que quien es halagado por la alabanza sea derribado y hundido por la vituperación. En la ola clame Pedro titubeante, y diga, Señor, sálvame. Pues el Señor extiende la mano: y aunque increpe, diciendo, Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? ¿por qué no mirando rectamente a aquel a quien te dirigías, no te gloriaste sino en el Señor? sin embargo, lo arranca de las olas, y al que confiesa su debilidad y pide su ayuda, no lo deja perecer. Recibido el Señor en la nave, confirmada la fe y eliminada toda duda, y calmadas las tempestades del mar, de modo que ya se llegue a la estabilidad y seguridad de la tierra, todos adoran diciendo, Verdaderamente eres Hijo de Dios. Este es el gozo eterno, en el que la verdad manifiesta, y el Verbo de Dios, y la Sabiduría por la cual fueron hechas todas las cosas, y la eminencia de su misericordia, se conoce y se ama.

SERMO LXXVI. Nuevamente en el capítulo XIV de Mateo, 24-33, sobre el Señor caminando sobre las aguas del mar, y sobre Pedro titubeando.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El mar, el siglo. Pedro, tipo de la Iglesia. El Evangelio que se ha recitado recientemente sobre el Señor Cristo, que caminó sobre las aguas del mar; y sobre el apóstol Pedro, que caminando titubeó por temor, y hundiéndose por falta de confianza, resurgió confesando; nos advierte entender que el mar es el presente siglo, y Pedro el apóstol es tipo de la única Iglesia. Pues el mismo Pedro, primero en el orden de los Apóstoles, el más dispuesto en el amor de Cristo, a menudo responde uno por todos. Él mismo, finalmente, cuando el Señor Jesucristo preguntó, quién decían los hombres que era él, y los discípulos respondieron diversas opiniones de los hombres, y nuevamente el Señor preguntó y dijo, Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro respondió, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Uno dio respuesta por muchos, la unidad en muchos. Entonces el Señor le dijo: Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Luego añadió: Y yo te digo. Como si dijera: Porque tú me dijiste, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo: y yo te digo, Tú eres Pedro. Pues antes se llamaba Simón. Este nombre, para que se

llamara Pedro, le fue impuesto por el Señor: y esto en esa figura, para significar la Iglesia. Pues porque Cristo es la roca, Pedro es el pueblo cristiano. Pues la roca es el nombre principal. Por eso Pedro es de la roca, no la roca de Pedro: como no de un cristiano Cristo, sino de Cristo un cristiano. Tú eres, pues, dice, Pedro; y sobre esta roca que confesaste, sobre esta roca que reconociste, diciendo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, edificaré mi Iglesia (Mateo XVI, 13-18): es decir, Sobre mí mismo, el Hijo del Dios vivo, edificaré mi Iglesia. Sobre mí te edificaré, no yo sobre ti.

CAPÍTULO II.

2. La Iglesia no edificada sobre hombres, sino sobre Cristo. Pues queriendo los hombres edificarse sobre hombres, decían: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, él es Pedro. Y otros que no querían edificarse sobre Pedro, sino sobre la roca, Yo soy de Cristo. Pero el apóstol Pablo, cuando reconoció que era elegido, y Cristo despreciado: ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 12, 13). Como no en el de Pablo, así tampoco en el de Pedro; sino en el nombre de Cristo: para que Pedro fuera edificado sobre la roca, no la roca sobre Pedro.

3. Pedro primero bienaventurado, y luego llamado satanás. El mismo Pedro, llamado bienaventurado por la roca, llevando la figura de la Iglesia, teniendo el principado del apostolado, inmediatamente después de haber oído que era bienaventurado, ya habiendo oído que era Pedro, ya habiendo oído que sería edificado sobre la roca, después de haber oído que la pasión del Señor estaba próxima, porque la había predicho pronto a sus discípulos, le desagradó. Temió perder al que confesó como fuente de vida. Se turbó, diciendo: Lejos de ti, Señor; no sucederá esto. Sé propicio a ti mismo, Dios; no quiero que mueras. Pedro decía a Cristo, No quiero que mueras; pero mejor decía Cristo, Quiero morir por ti. Finalmente, inmediatamente reprendió al que poco antes había alabado; y al que había llamado bienaventurado, lo llama satanás. Vuelve, dice, detrás de mí, satanás; eres escándalo para mí: porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (Mateo XVI, 22, 23). ¿Qué quiere hacernos de lo que somos, quien así culpa lo que somos hombres? ¿Queréis saber qué quiere hacernos? Escuchad el Salmo: Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo. Pero pensando humanamente: Pero como hombres moriréis (Salmo LXXXI, 6, 7). El mismo Pedro, poco antes bienaventurado, después satanás, en un momento, en pocas palabras. ¿Te asombras de la diferencia de nombres, atiende a las diferencias de las causas. ¿Te asombras de que poco antes bienaventurado, después satanás? Atiende a la causa por la que bienaventurado. Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Por eso bienaventurado, porque no te lo reveló carne ni sangre. Pues si carne y sangre te lo revelaran; de lo tuyo: pero como no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos; de lo mío, no de lo tuyo. ¿Por qué de lo mío? Porque todo lo que tiene el Padre, es mío (Juan XVI, 15). He aquí que has oído la causa, por la que bienaventurado, y por la que Pedro. Pero ¿por qué aquello que nos horroriza, y no queremos repetir? ¿Por qué, sino porque de lo tuyo? Pues no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres.

CAPÍTULO III.

4. En Pedro se figuran los firmes y los débiles. Viendo esto nosotros, miembros de la Iglesia, discernamos qué es de Dios, qué es de lo nuestro. Entonces no titubaremos, entonces estaremos fundados en la roca, firmes y estables contra los vientos, lluvias, ríos, es decir, las tentaciones de este siglo presente. Sin embargo, ved a ese Pedro, que entonces era nuestra figura: ahora confía, ahora titubea; ahora confiesa al inmortal, ahora teme que muera. Por

tanto, porque la Iglesia de Cristo tiene firmes, tiene también débiles; ni puede estar sin firmes, ni sin débiles: de donde dice el apóstol Pablo, Debemos nosotros los fuertes soportar las flaquezas de los débiles (Rom. XV, 1); en lo que dijo Pedro, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, significa a los firmes; pero en lo que teme y titubea, y no quiere que Cristo padezca, temiendo la muerte, no reconociendo la vida, significa a los débiles de la Iglesia. Por tanto, en ese único apóstol, es decir, Pedro, primero y principal en el orden de los Apóstoles, en quien se figuraba la Iglesia, debían significarse ambos géneros, es decir, los firmes y los débiles: porque sin ambos no hay Iglesia.

5. El hombre en sí mismo es débil, pero fuerte en el Señor. De ahí que lo que se ha leído ahora, Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Si eres tú, manda: porque no puedo hacerlo por mí mismo, sino en ti. Reconoció lo que era de sí mismo, lo que era de aquel, por cuya voluntad creyó que podía hacer lo que ninguna debilidad humana puede. Por lo tanto, Si eres tú, manda: porque cuando mandes, se hará. Lo que yo no puedo presumir, tú puedes ordenar. Y el Señor dijo, Ven. Y sin ninguna duda, Pedro, a la palabra del que manda, a la presencia del que sostiene, a la presencia del que guía, sin ninguna vacilación, saltó al agua y comenzó a caminar. Pudo hacerlo en el Señor, no en sí mismo. Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz; pero en el Señor (Efesios V, 8). Lo que nadie puede en Pablo, nadie en Pedro, nadie en otro de los Apóstoles, eso se puede en el Señor. Por eso Pablo, sabiamente despreciándose a sí mismo, lo encomia: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? No, pues, en mí, sino conmigo; no bajo mí, sino bajo él.

CAPÍTULO IV.

6. El reconocimiento de la propia debilidad es necesario para obtener la gracia. Así que Pedro caminó sobre las aguas por mandato del Señor, sabiendo que no podía hacerlo por sí mismo. Por la fe logró lo que la debilidad humana no podría. Estos son los fuertes de la Iglesia. Prestad atención, escuchad, comprended, actuad. No se debe tratar con los fuertes en otro lugar para que sean débiles, sino con los débiles para que sean fuertes. Pero a muchos les impide la firmeza la presunción de firmeza. Nadie será fuerte en Dios, a menos que se sienta débil en sí mismo. Dios separa la lluvia voluntaria para su heredad. ¿Por qué os adelantáis, los que sabéis lo que voy a decir? Que se modere la velocidad para que la lentitud siga. Esto he dicho, y esto digo: escuchad, comprended, haced. Nadie se hace fuerte en Dios, a menos que se sienta débil en sí mismo. Por lo tanto, la lluvia voluntaria, como dice el Salmo, voluntaria; no de nuestros méritos, sino voluntaria. Por lo tanto, Dios separa la lluvia voluntaria para su heredad: porque se ha debilitado; pero tú la has perfeccionado (Salmo LXVII, 10). Porque separaste la lluvia voluntaria, no atendiendo a los méritos humanos, sino a tu gracia y misericordia. Por lo tanto, la misma heredad se debilitó, y reconoció su debilidad en sí misma, para ser fuerte en ti. No se fortalecería si no se debilitara, para ser perfeccionada por ti en ti.

CAPÍTULO V.

7. Pablo, reconociendo su debilidad, es perfeccionado. Mira a Pablo, una porción de esta heredad, mira al debilitado que dijo: No soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. ¿Por qué, entonces, eres Apóstol? Por la gracia de Dios soy lo que soy. No soy digno, pero por la gracia de Dios soy lo que soy. Pablo fue debilitado, pero tú lo perfeccionaste. Ahora bien, porque es por la gracia de Dios que es lo que es, mira lo que

sigue: Y su gracia en mí no fue en vano, sino que trabajé más que todos ellos. Ten cuidado de no perder por presunción lo que mereciste por debilidad. Bien esto, bien: No soy digno de ser llamado Apóstol; su gracia soy lo que soy; y su gracia en mí no fue en vano: todo muy bien. Pero, Más que todos ellos trabajé: como si comenzaras a atribuirte a ti mismo lo que poco antes diste a Dios. Reconoce y sigue: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 9, 10). Bien, débil: serás exaltado firmemente, porque no eres ingrato. Tú eres el mismo Pablo, pequeño en ti, grande en el Señor. Tú eres quien rogó tres veces al Señor para que el agujón de la carne, el ángel de Satanás, que te abofeteaba, fuera quitado de ti. ¿Qué se te dijo? ¿Qué escuchaste cuando lo pediste? Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). Porque fue debilitado, pero tú lo perfeccionaste.

8. Pedro es fuerte no en sí mismo, sino en el Señor. Así también Pedro, Manda que yo venga a ti sobre las aguas, dijo. Me atrevo como hombre, pero no pido al hombre. Que Dios, el hombre, mande para que pueda lo que el hombre no puede. Ven, dijo. Y descendió, y comenzó a caminar sobre las aguas: y Pedro pudo, porque la roca lo mandó. He aquí lo que Pedro es en el Señor; ¿qué es en sí mismo? Viendo el fuerte viento, tuvo miedo; y cuando comenzó a hundirse, exclamó: Señor, perezco, sálvame. Presumió del Señor, pudo por el Señor: vaciló como hombre, volvió al Señor. Si decía, Se movió mi pie. El Salmo habla, es la voz del canto santo; y si lo reconocemos, también es nuestro: más bien, si queremos, es nuestro. Si decía, se movió mi pie, ¿Por qué se movió, sino porque era mío? ¿Y qué sigue? Tu misericordia, Señor, me ayudaba (Salmo XCIII, 18). No mi virtud; sino tu misericordia. ¿Acaso el Señor abandonó al que vacilaba, al que escuchó invocando? ¿Dónde está aquello, ¿Quién invocó a Dios y fue abandonado por él? (Eclesiástico II, 12)? ¿Y aquello, Y todo el que invoque el nombre del Señor será salvo (Joel II, 32)? Inmediatamente extendiendo la ayuda de su mano derecha, levantó al que se hundía, reprendió al que dudaba: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Presumiste de mí, dudaste de mí.

CAPÍTULO VI.

9. En la adversidad o felicidad del mundo, la codicia es una tempestad. Ea, hermanos, el sermón debe concluirse. Considerad el mundo como un mar, un viento fuerte y una gran tempestad. Para cada uno, su codicia es una tempestad. Amas a Dios; caminas sobre el mar, bajo tus pies está la hinchazón del mundo. Amas al mundo; te absorberá. Sabe devorar a sus amantes, no llevarlos. Pero cuando tu corazón fluctúa con codicia, para vencer tu codicia, invoca la divinidad de Cristo. ¿Pensáis que hay viento contrario cuando hay adversidad en este mundo? Cuando hay guerras, cuando hay tumultos, cuando hay hambre, cuando hay pestilencia, cuando a cualquier hombre, incluso individualmente, le ocurre una calamidad privada, entonces se piensa que hay viento contrario, allí se piensa que se debe invocar a Dios. Pero cuando el mundo sonríe con felicidad temporal, como si no hubiera viento contrario. No preguntes por la tranquilidad del tiempo: pregunta, más bien, por tu codicia. Mira si hay tranquilidad en ti; mira si el viento interior no te derriba: mira esto. Es de gran virtud luchar con la felicidad, para que no seduzca, no corrompa, no derribe la misma felicidad. Es de gran virtud, digo, luchar con la felicidad; es de gran felicidad no ser vencido por la felicidad. Aprende a pisotear el mundo: recuerda confiar en Cristo. Y si se movió tu pie, si vacilas, si no superas algo, si comienzas a hundirte, di: Señor, perezco, sálvame. Di, Perezco; para que no perezcas. Porque solo él te libra de la muerte de la carne, quien murió en la carne por ti. Convertidos al Señor, etc.

SERMON LXXVII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XV, 21-28, Jesús salió de Genesaret, se retiró a las regiones de Tiro y Sidón, y he aquí una mujer cananea, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La mujer cananea, ejemplo de humildad. Esta mujer cananea, que ahora nos ha sido encomendada por la lectura evangélica, nos ofrece un ejemplo de humildad y el camino de la piedad: muestra cómo elevarse desde la humildad a lo alto. Era, como parece, no del pueblo de Israel, de donde los Patriarcas, de donde los Profetas, de donde los padres de nuestro Señor Jesucristo según la carne; de donde la misma virgen María, que dio a luz a Cristo. No era, pues, de este pueblo esta mujer: sino que era de los Gentiles. Pues, como hemos oído, el Señor se retiró a las regiones de Tiro y Sidón, y de allí una mujer cananea de esos confines salió, pidiendo con insistencia el beneficio de la curación de su hija, que estaba gravemente atormentada por un demonio. Tiro y Sidón no eran ciudades del pueblo de Israel, sino de los Gentiles; aunque vecinas a ese pueblo. Clamaba, pues, ávida de obtener el beneficio, y golpeaba con fuerza: y se le ignoraba, no para que se le negara la misericordia, sino para que se encendiera el deseo; y no solo para que se encendiera el deseo, sino, como dije antes, para que se recomendara la humildad. Clamaba, pues, como si el Señor no la oyera, pero disponiendo en silencio lo que iba a hacer. Los discípulos rogaron al Señor por ella, y dijeron: Despídela, porque clama tras nosotros. Y él: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

CAPÍTULO II.

2. Cómo Cristo fue enviado solo a los israelitas. Solución de la cuestión. Aquí surge la cuestión de estas palabras: ¿Cómo hemos venido nosotros al redil de Cristo desde los Gentiles, si no fue enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel? ¿Qué significa esta alta dispensación de este secreto, que cuando el Señor sabía por qué venía, ciertamente para tener una Iglesia en todas las naciones, dijera que no fue enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel? Entendemos, pues, que debía mostrar su presencia corporal, su nacimiento, la exhibición de sus milagros, y el poder de su resurrección en ese pueblo; así fue dispuesto, así fue recomendado desde el principio, así fue predicho, así se cumplió: porque Cristo Jesús debía venir a la nación de los judíos para ser visto, para ser matado, y para ganar de allí a aquellos que antes había previsto. Porque ese pueblo no fue condenado, sino aventado. Allí estaba la multitud de la paja, allí la dignidad oculta de los granos: allí lo que debía ser quemado, allí lo que debía llenar el granero. Pues, ¿de dónde los Apóstoles sino de allí? ¿de dónde Pedro? ¿de dónde los demás?

3. Saulo transformado en Pablo. Razón del cambio de nombre de Saulo a Pablo. ¿De dónde el mismo Pablo, primero Saulo? es decir, primero soberbio, luego humilde. Porque cuando era Saulo, su nombre derivaba de Saúl. Saúl, sin embargo, era un rey soberbio: y en el reino de David perseguía al humilde (I Reg. XVIII-XXIV). Así que cuando Saulo, que después fue Pablo, entonces ciertamente era soberbio, entonces perseguidor de inocentes, entonces devastador de la Iglesia. Pues había recibido cartas (como ardía con celo por la Sinagoga, y perseguía el nombre cristiano) de los sacerdotes, para presentar a cualquiera que encontrara cristiano para sufrir castigos. Mientras avanzaba, mientras anhelaba matanzas, mientras sediento de sangre, fue derribado por la voz celestial de Cristo el perseguidor, y levantado el predicador (Hechos IX). Se cumplió en él lo que está escrito en el profeta: Yo heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39). Porque Dios hiere lo que se eleva en el hombre contra Dios. No es un médico impío el que golpea el tumor, el que corta o quema la putrefacción. Inflige dolor: lo inflige, pero para llevar a la salud. Es molesto: pero si no lo fuera, no sería útil. Así que Cristo derribó con una sola voz a Saulo, levantó a Pablo: es decir, derribó al soberbio, levantó

al humilde. Pues, ¿cuál fue la razón de cambiarse el nombre, para que cuando antes se llamaba Saulo, después quisiera ser llamado Pablo; sino porque reconoció en sí mismo el nombre de Saulo, cuando perseguía, que era de soberbia? Eligió, pues, un nombre humilde, para ser llamado Pablo, es decir, el más pequeño. Porque Pablo significa pequeño. De este nombre ya gloriándose, y recomendando la humildad: Yo, dice, soy el más pequeño de los Apóstoles. ¿De dónde, pues, de dónde este, sino del pueblo de los judíos? De allí otros Apóstoles, de allí Pablo, de allí aquellos que el mismo Pablo encomia, porque vieron al Señor después de la resurrección. Pues dice que fue visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos permanecen hasta ahora, pero algunos han dormido (I Cor. XV, 9, 6).

4. Judíos convertidos al escuchar a Pedro. Ovejas a las que Cristo fue enviado. De ese pueblo también aquellos que, cuando Pedro hablaba, recomendando la pasión, resurrección y divinidad de Cristo, habiendo recibido el Espíritu Santo, cuando todos aquellos en quienes vino el Espíritu Santo hablaron en las lenguas de todas las naciones, compungidos de espíritu, los que escuchaban del pueblo de los judíos, buscaron consejo para su salvación, entendiendo que eran culpables de la sangre de Cristo: que ellos mismos lo crucificaron, ellos mismos lo mataron, en cuyo nombre, al que mataron, veían que se hacían tantos milagros, veían la presencia del Espíritu Santo.

CAPÍTULO III.

Buscando, pues, consejo, recibieron la respuesta: Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; y se os perdonarán vuestros pecados. ¿Quién desesperaría de que se le perdonaran los pecados, cuando se perdonaba el crimen de haber matado a Cristo a los culpables? Se convirtieron del mismo pueblo de los judíos: se convirtieron, fueron bautizados. Se acercaron a la mesa del Señor, y la sangre que derramaron con furia, la bebieron creyendo. Y cómo se convirtieron, cuán claramente y perfectamente, lo indican los Hechos de los Apóstoles. Pues vendieron todo lo que poseían, y pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles; y se distribuía a cada uno según la necesidad de cada uno: y nadie decía que algo era propio, sino que tenían todas las cosas en común. Y tenían, como está escrito, un alma y un corazón en Dios (Hechos II, y IV). He aquí las ovejas de las que dijo, No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Porque a ellas les mostró su presencia, por ellas, mientras en él se ensañaban, crucificado, oró, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). El médico entendía a los frenéticos, con la mente perdida, matando al médico, y al matar al médico, sin saberlo, haciéndose a sí mismos un medicamento. Porque del Señor muerto todos hemos sido curados, redimidos por su sangre, liberados del hambre por el pan de su cuerpo. Por lo tanto, Cristo mostró esta presencia a los judíos. Por lo tanto, dijo, No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel: para mostrarles la presencia de su cuerpo; no para despreciar y pasar por alto a las ovejas que tenía entre los Gentiles.

CAPÍTULO IV.

5. Cristo no fue enviado a los gentiles, sino que envió. Porque a los Gentiles él mismo no fue, sino que envió a los discípulos. Y allí se cumplió lo que dijo el profeta: El pueblo que no conocí, me sirvió. Ved qué alta, qué evidente, qué expresa profecía: El pueblo que no conocí, es decir, al que no mostré mi presencia, me sirvió. ¿Cómo? Sigue, Al oír con el oído me obedeció (Salmo XVII, 45): es decir, no viendo, sino oyendo creyeron. Por eso mayor es la alabanza de los Gentiles. Porque ellos vieron, y mataron: los Gentiles oyeron, y creyeron. Pero para llamar y congregar a los Gentiles, para que se cumpliera lo que acabamos de cantar,

Reúnenos de entre los Gentiles, para que confesemos tu nombre, y nos gloriemos en tu alabanza (Salmo CV, 47), fue enviado el apóstol Pablo. Aquel pequeño hecho grande, no por sí mismo, sino por aquel a quien perseguía, fue enviado a los Gentiles, de ladrón a pastor, de lobo a oveja. Fue enviado a los Gentiles aquel apóstol pequeño, y trabajó mucho entre los Gentiles, y por él los Gentiles creyeron. Sus Epístolas son testigos.

6. La hija del Archisinagogo y la Hemorroísa. Tienes esto también en el Evangelio figurado sacramente. La hija de un Archisinagogo había muerto, su padre rogaba al Señor que fuera a ella: la había dejado enferma y en peligro. El Señor iba a visitar y sanar a la enferma: mientras tanto, se anunció que había muerto, y se dijo al padre, La niña ha muerto, no molestes más al maestro. Pero el Señor, que sabía que podía resucitar a los muertos, no quitó la esperanza al desesperado, y dijo al padre: No temas, solo cree. Iba hacia la niña: y en el camino, entre la multitud, como pudo, se acercó una mujer que sufría flujo de sangre, y con ese largo padecimiento había gastado en vano todo lo que tenía en médicos. Cuando tocó el borde de su manto, fue sanada. Y el Señor dijo: ¿Quién me ha tocado? Admirados los discípulos, que no sabían lo que había pasado, y lo veían comprimido por la multitud, y preocupado por una que le había tocado levemente, respondieron: La multitud te aprieta, y dices, ¿Quién me ha tocado? Y él: Alguien me ha tocado. Porque estos me aprietan, ella me tocó. Así que muchos molestan al cuerpo de Cristo, pocos lo tocan saludablemente. Alguien me ha tocado, dijo, porque he sentido que de mí ha salido virtud. Pero cuando ella vio que no había pasado desapercibida, se postró ante sus pies, y confesó lo que había sucedido. Después de esto, continuó, y llegó a donde se dirigía, y encontró a la niña, hija del Archisinagogo, muerta, y la resucitó (Lucas VIII 41-56).

CAPÍTULO V.

7. La historia narrada, aunque realmente sucedida, es una figura. De hecho, sucedió, y se cumplió tal como se narra: pero sin embargo, incluso las cosas que fueron hechas por el Señor, eran significativas, como palabras, si se puede decir, visibles y significativas de algo. Lo que se ve especialmente es que buscó frutos en un árbol fuera de tiempo, y porque no encontró, maldiciendo al árbol lo hizo secar (Marcos XI, 13, 14). Este hecho, a menos que se entienda figuradamente, se encuentra absurdo: primero, buscar frutos en ese árbol, cuando no era tiempo de que hubiera en ningún árbol; luego, si ya era tiempo de frutos, ¿no tener frutos qué culpa era del árbol? Pero porque significaba que buscaba no solo hojas, sino también fruto, es decir, no solo palabras, sino también hechos de los hombres; al secar donde solo encontró hojas, significó el castigo de aquellos que pueden hablar bien, pero no quieren hacer el bien. Así, pues, también aquí. Porque ciertamente es un misterio. El que sabe todo dice, ¿Quién me ha tocado? El Creador se hace semejante al ignorante, y pregunta no solo lo que sabía, sino también lo que preveía. Ciertamente es algo que nos habla con un misterio significativo Cristo.

8. Qué se simboliza en ellos. La hija del Archisinagogo representaba al pueblo judío, por quien vino Cristo, quien dijo: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero aquella mujer que sufría flujo de sangre simbolizaba a la Iglesia de los Gentiles, a la cual Cristo no había sido enviado en presencia corporal. A ella iba, a su salvación se dirigía: esta se interpone, toca el borde como si no lo supiera, es decir, es sanada como por un ausente. Él dice: ¿Quién me ha tocado? como diciendo, No conozco a este pueblo. Un pueblo que no conocí, me sirvió. Alguien me tocó. Porque sentí que una virtud salió de mí, es decir, el Evangelio emitido llenó todo el mundo. Se toca el borde, una pequeña parte y el extremo

del vestido. Considera la vestimenta de Cristo como los Apóstoles. Allí el borde era Pablo: esto es, el último y el más pequeño. Pues de sí mismo dijo: Yo soy el más pequeño de los Apóstoles (I Cor. XV, 9). Pues fue llamado después de todos, creyó después de todos, sanó más que todos. El Señor no había sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero porque también el pueblo que no conocía iba a servir, iba a obedecer al oír, y no calló sobre él estando allí. Pues el mismo Señor dijo en cierto lugar: Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que también a ellas las traiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16).

CAPÍTULO VI.

9. Perseverancia de la cananea al pedir. De allí era esta mujer: por eso no era despreciada, sino diferida. No he sido enviado, dice, sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y ella clamando insistía, perseveraba, llamaba, como si ya hubiera oído, Pide, y recibirás; busca, y encontrarás; llama, y se te abrirá. Insistió, llamó. Pues también el Señor cuando dijo estas palabras, Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá; había dicho antes, No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos; no sea que las pisoteen con sus pies, y volviéndose os despedacen (Mat. VII, 7, 6): es decir, después del desprecio de vuestras perlas también os sean molestos. No les echéis, pues, lo que desprecian.

10. Por qué las gentes son perros. ¿Y cómo discernimos (como si respondieran) quiénes son los cerdos, quiénes los perros? Esto se demostró en esta mujer. Pues a aquella mujer insistente le respondió esto: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros. Eres un perro, eres una de las gentes, adoras ídolos. ¿Y qué es más familiar a los perros que lamer piedras? No está bien, pues, tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros. Si ella se retirara después de estas palabras, había venido como perro, se iría como perro: pero insistiendo, se hizo humana de perro. Pues insistió pidiendo, y con el mismo como insulto mostró humildad, obtuvo misericordia. Pues no se conmovió, ni se enojó, porque fue llamada perro pidiendo beneficio, rogando misericordia: sino que dijo, Sí, Señor: me has llamado perro; ciertamente soy perro, reconozco mi nombre; la Verdad habla: pero no por eso debo ser rechazada del beneficio. Ciertamente perro: pero también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Deseo un pequeño y exiguo beneficio: no invado la mesa, sino que busco migajas.

CAPÍTULO VII.

11. Humildad encomendada en la cananea. Gran medicina contra el orgullo, Dios hombre. Veán cómo se encomienda la humildad. El Señor la llamó perro; no dijo, No soy; sino que dijo, Soy. Y el Señor inmediatamente, porque se reconoció perro: ¡Oh mujer, grande es tu fe! hágase contigo como has pedido. Te reconociste perro, yo ya te reconozco humana. ¡Oh mujer, grande es tu fe! pediste, buscaste, llamaste; recibe, encuentra, ábrete. Veán, hermanos, cómo en esta mujer que era cananea, es decir, que venía de las gentes, y llevaba el tipo, es decir, la figura de la Iglesia, principalmente se encomienda la humildad. Pues la nación judía, para ser rechazada del Evangelio, se infló de orgullo, porque había merecido recibir la Ley, porque de esa gente salieron los Patriarcas, existieron los Profetas, Moisés, siervo de Dios, hizo grandes milagros, que oímos en el Salmo, en Egipto, condujo al pueblo por el mar Rojo con las aguas retrocediendo, recibió la Ley, que dio a ese pueblo (Sal. CV). Había de qué enorgullecerse la nación judía, y por ese mismo orgullo sucedió que no quiso humillarse ante Cristo, autor de la humildad, represor del orgullo, médico Dios, que por esto, siendo Dios, se hizo hombre, para que el hombre reconociera al hombre. Gran medicina. Si esta medicina no

cura el orgullo, no sé qué lo curará. Dios es, y se hace hombre: aparta la divinidad, es decir, de algún modo la separa, es decir, oculta lo que era suyo, aparece lo que había tomado. Se hace hombre, siendo Dios: y el hombre no se reconoce hombre, es decir, no se reconoce mortal, no se reconoce frágil, no se reconoce pecador, no se reconoce enfermo, para buscar al menos como enfermo al médico; pero lo que es más peligroso, se cree sano.

CAPÍTULO VIII.

12. Rechazados los judíos por orgullo, las gentes sustituidas en su lugar por humildad. Gran fe, como grano de mostaza. Por eso ese pueblo no se acercó, es decir, por orgullo: y se dice que de un árbol de olivo, es decir, de ese pueblo creado por los Patriarcas, se rompieron las ramas naturales, es decir, los judíos merecidamente estériles por el espíritu de orgullo; y en ese olivo se injertó el acebuche. Acebuche, pueblo de las gentes. Así dice el Apóstol, que el acebuche fue injertado en el olivo, pero las ramas naturales fueron rotas. Ellos rotos por orgullo: el acebuche injertado por humildad (Rom. XI, 17-21). Esta humildad mostraba la mujer, diciendo: Sí, Señor, soy perro, deseo migajas. En esta humildad también agradó aquel Centurión: quien deseando que su siervo fuera curado por el Señor, y el Señor dijera, Yo iré y lo curaré; él respondió, Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solo una palabra, y mi siervo será sanado. No soy digno de que entres bajo mi techo. No lo recibía en su techo, lo había recibido en su corazón. Cuanto más humilde, tanto más capaz, tanto más lleno. Pues los montes repelen el agua, los valles se llenan. ¿Qué luego, qué a esto el Señor, después de que dijo, No soy digno de que entres bajo mi techo, a los que lo seguían, En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel: es decir, en ese pueblo al que vine, no he hallado tanta fe. Tanta, ¿qué es? Tan grande. ¿De dónde grande? De lo mínimo, es decir, de la humildad grande. No he hallado tanta fe: semejante al grano de mostaza, cuanto más pequeño, tanto más ferviente. Ya el Señor injertaba el acebuche en el olivo. Entonces hacía esto, cuando decía, En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel.

CAPÍTULO IX.

13. No esperar cosas carnales en el reino de los cielos. Las riquezas aquí son argumento de indigencia. La salud de esta vida es una larga enfermedad. Finalmente, ve lo que sigue. Por eso os digo (porque no he hallado tanta fe en Israel, es decir, tanta fe con humildad): Por eso os digo, que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. VIII, 5, 11). Se sentarán, dice, descansarán. Pues no debemos pensar en banquetes carnales allí, ni desear algo así en ese reino, para no cambiar vicios por virtudes, sino someter los vicios. Pues es una cosa desear el reino de los cielos por la sabiduría y la vida eterna; otra, por la felicidad terrenal, como si allí la tuviéramos más opulenta y mayor. Si piensas que serás rico en ese reino, no amputas la codicia, sino que la cambias: y sin embargo serás rico, y solo allí serás rico. Pues aquí tu indigencia recoge muchas cosas. ¿Por qué los ricos tienen mucho? Porque necesitan mucho. Una mayor necesidad como que adquiere mayores facultades: allí esa misma necesidad morirá. Entonces serás verdaderamente rico, cuando no necesites de nada. Pues no serás tú rico, y el ángel pobre, que no tiene bestias, ni carros, ni familias. ¿Por qué? Porque no necesita: porque cuanto más fuerte, tanto menos necesitado. Entonces allí las riquezas, y verdaderas riquezas. No pienses en los banquetes de esta tierra allí. Pues los banquetes de esta tierra son medicinas diarias; son necesarias para una cierta enfermedad nuestra, con la que nacemos. Cualquiera que siente esta enfermedad, cuando ha pasado la hora de ser alimentado. ¿Quieres ver cuánta enfermedad es esta, que como una fiebre aguda, mata en siete días? No te creas sano. La

salud será la inmortalidad. Pues esta es una larga enfermedad. Porque con medicinas diarias sostienes tu enfermedad; te parece estar sano: quita las medicinas, y ve lo que puedes.

CAPÍTULO X.

14. Necesidad de morir desde el nacimiento. La verdadera salud, la inmortalidad. Pues desde que nacemos, es necesario que muramos. Esta enfermedad es necesaria para llevarnos a la muerte. Ciertamente los médicos cuando examinan a los enfermos, dicen esto. Por ejemplo, es hidropesía, morirá: esta enfermedad no puede ser curada. Es elefantiasis; tampoco esta enfermedad puede ser curada. Es tisis; ¿quién cura esto? Es necesario que perezca, es necesario que muera. He aquí que ya dijo el médico, Es tisis, no puede sino morir; y sin embargo a veces el hidropésico no muere de eso, y el elefantiásico no muere de eso, y el tísico no muere de eso: y sin embargo es necesario que cualquiera que haya nacido, muera de eso. Muere de eso, no puede ser de otra manera. Esto lo pronuncia tanto el médico como el ignorante: pero aunque muera más tarde, ¿acaso por eso no muere? ¿Cuándo entonces la verdadera salud, sino cuando la verdadera inmortalidad, si entonces la verdadera inmortalidad, ninguna corrupción, ninguna deficiencia, qué necesidad habrá allí de alimentos? Entonces cuando oyes, Se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob; no prepares el vientre, sino la mente. Allí te llenarás: y ese mismo vientre interior tiene sus alimentos. Según este vientre se dice, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Y verdaderamente serán saciados, para no tener hambre.

15. Las ramas naturales se cortan, se injerta el acebuche, por qué. Ya injertaba el acebuche el Señor, cuando decía, Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, es decir, serán injertados en el olivo. Pues las raíces de este olivo son Abraham, Isaac y Jacob: pero los hijos del reino, es decir, los judíos incrédulos, irán a las tinieblas exteriores (Mat. VIII, 12). Se cortarán las ramas naturales, para que se injerten el acebuche. Pero ¿por qué las ramas naturales merecieron ser cortadas, sino por orgullo? ¿Por qué el acebuche ser injertado, sino por humildad? Por eso también esta mujer dijo, Sí, Señor: pues también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Y de allí oye, ¡Oh mujer, grande es tu fe! Así también aquel Centurión: No soy digno de que entres bajo mi techo. En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel. Aprendamos, o mantengamos la humildad. Si aún no la tenemos, aprendamos: si la tenemos, no la perdamos. Si aún no la tenemos, tengámosla, para ser injertados: si ya la tenemos, mantengámosla, para no ser cortados.

SERMON LXXVIII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XVII, 1-8, Después de seis días Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, etc.

1. El reino de Cristo. Debemos examinar y tratar, carísimos, esta visión que el Señor mostró en el monte. Pues es de la que había dicho: En verdad os digo, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre en su reino (Mat. XVI, 28). De allí comenzó la lectura que se recitó. Después de haber dicho esto, después de seis días tomó a tres discípulos, Pedro, Juan y Jacobo, y subió al monte. Estos tres eran algunos de los que había dicho, Hay algunos aquí que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre en su reino. No es una pequeña cuestión. Pues ese monte no era un reino comprendido. ¿Qué es un monte para quien posee el cielo? Lo que no solo leemos, sino que también vemos de algún modo con los ojos del corazón. Llama a su reino, lo que en muchos lugares llama reino de los cielos. Pero el reino de los cielos es el reino de los santos. Pues los cielos cuentan la gloria de Dios. De qué cielos se dijo inmediatamente en el Salmo, No hay

lenguaje ni palabras, donde no se oigan sus voces. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 4, y 5). ¿De quiénes, sino de los cielos? Por tanto, de los Apóstoles, y de todos los fieles predicadores de la palabra de Dios. Los cielos reinarán con aquel que hizo los cielos. Para que esto se mostrara, vean lo que sucedió.

2. Alegoría de la transfiguración del Señor. Vestiduras de Cristo. El mismo Señor Jesús resplandeció como el sol; sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve: y hablaban con él Moisés y Elías. El mismo Jesús, ciertamente, él resplandeció como el sol, significando ser la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Lo que es este sol para los ojos de la carne, eso es él para los ojos del corazón: y lo que es este para las carnes, eso es él para los corazones. Pero sus vestiduras, su Iglesia. Pues las vestiduras, si no son sostenidas por quien las viste, caen. De estas vestiduras, una especie de borde final era Pablo. Pues él mismo dice, Porque yo soy el más pequeño de los Apóstoles (I Cor. XV, 9): y en otro lugar, Yo soy el último de los Apóstoles. Pero en la vestidura, el borde es el último y el más pequeño. Por tanto, así como aquella mujer que sufría flujo de sangre, tocando el borde del Señor, fue sanada (Luc. VIII, 44): así la Iglesia que vino de los Gentiles, fue salvada por la predicación de Pablo. ¿Qué maravilla si por las vestiduras blancas se significa la Iglesia, cuando oyen al profeta Isaías diciendo, Y si vuestros pecados fueran como el carmesí, los haré blancos como la nieve (Isa. I, 18)? Moisés y Elías, es decir, la Ley y los Profetas, ¿qué valen, sino cuando hablan con el Señor? Si no dan testimonio del Señor, ¿quién leerá la Ley? ¿quién los Profetas? Vean cuán brevemente lo dice el Apóstol: Porque por la Ley es el conocimiento del pecado: pero ahora, sin la Ley, la justicia de Dios ha sido manifestada; he aquí el sol: testificada por la Ley y los Profetas (Rom. III, 20, 21); he aquí el resplandor.

3. El voto de Pedro. Ve esto Pedro, y pensando humanamente como hombre: Señor, bueno es, dice, que estemos aquí. Sufría tedio de la multitud, había encontrado la soledad del monte; allí tenía a Cristo, pan de la mente. ¿Por qué irse de allí a trabajos y dolores, teniendo en Dios santos amores, y por eso buenos modales? Quería estar bien: por eso añadió, Si quieres, hagamos aquí tres tabernáculos: uno para ti, uno para Moisés, y uno para Elías. A esto el Señor no respondió nada: pero sin embargo a Pedro se le respondió. Pues mientras él hablaba, vino una nube luminosa, y los cubrió. Él buscaba tres tabernáculos: a nosotros uno, que el sentido humano quería dividir, la respuesta celestial mostró. La Palabra de Dios es Cristo, la Palabra de Dios en la Ley, la Palabra en los Profetas. ¿Qué, Pedro, buscas dividir? Más bien debes unirte. Buscas tres: entiende uno.

4. Voz desde la nube. Prostración de los discípulos. Por tanto, con la nube cubriéndolos a todos, y de algún modo haciéndoles un tabernáculo, sonó una voz desde la nube diciendo: Este es mi Hijo amado. Allí estaba Moisés, allí Elías: no se dijo, Estos son mis hijos amados. Pues una cosa es el Unigénito, otra los adoptados. Él era recomendado, de quien la Ley y los profetas se gloriaban. Este es, dice, mi Hijo amado, en quien me he complacido; a él oíd. Porque también en los Profetas a él oísteis, y en la Ley a él oísteis. ¿Y dónde no a él oísteis? Al oír esto, ellos cayeron en tierra. Ya se nos muestra, en la Iglesia el reino de Dios. Aquí el Señor, aquí la Ley y los Profetas: pero el Señor como Señor: la Ley en Moisés, la Profecía en Elías; pero ellos como siervos, como ministros. Ellos como vasos: él como fuente. Moisés y los Profetas decían y escribían: pero de él se llenaban cuando derramaban.

5. La resurrección de los discípulos. Solo Jesús parece haberlos levantado. La recompensa prometida a nosotros es Dios mismo. El Señor extendió su mano y levantó a los que yacían. Luego no vieron a nadie, sino solo a Jesús. ¿Qué significa esto? Escucharon, cuando se leía al

Apóstol, que ahora vemos a través de un espejo en enigma, pero entonces cara a cara. Y las lenguas cesarán, cuando venga aquello que ahora esperamos y creemos (I Cor. XIII, 12, 8, 9). Que ellos cayeran al suelo significó que morimos: porque se dijo a la carne, Eres tierra, y a la tierra volverás (Gen. III, 19). Pero cuando el Señor los levantó, significó la resurrección. Después de la resurrección, ¿para qué necesitas la Ley? ¿para qué necesitas la Profecía? Por eso no aparece Elías, no aparece Moisés. Te queda, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Te queda, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Allí estará Moisés; pero ya no la Ley. Veremos allí también a Elías; pero ya no al profeta. Porque la Ley y los Profetas dieron testimonio de Cristo, que era necesario que padeciera, y al tercer día resucitara de entre los muertos, y entrara en su gloria (Luc. XXIV, 44-47). Donde se cumple lo que prometió a sus amados: El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré. Y como si se dijera, Porque lo amarás, ¿qué le darás? Y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Gran don, gran promesa. Dios no te guarda alguna recompensa suya: sino a sí mismo. Avaro, ¿por qué no te basta lo que Cristo promete? Te crees rico; y si no tienes a Dios, ¿qué tienes? otro pobre; y si tiene a Dios, ¿qué no tiene?

6. La salvación de los demás debe ser cuidada por caridad. Desciende, Pedro: deseabas descansar en el monte, descende, predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, exhorta, reprende, con toda paciencia y doctrina (II Tim. IV, 2). Trabaja, suda, soporta algunos tormentos: para que lo que se entiende en las vestiduras blancas del Señor, lo poseas por la blancura y belleza de la recta acción en caridad. En la alabanza de la caridad, cuando se leía al Apóstol, escuchamos, No busca lo suyo (I Cor. XIII, 5). No busca lo suyo; porque da lo que posee. En otro lugar se dijo de manera más peligrosa, si no lo entiendes. Pues el Apóstol, ordenando según esa misma caridad a los fieles miembros de Cristo, dice: Nadie busque lo suyo, sino lo de los demás. Porque la avaricia, al escuchar esto, prepara fraudes, para que en el negocio, como buscando lo ajeno, engañe a alguien, y busque no lo suyo, sino lo ajeno. Que la avaricia se contenga, que la justicia avance: escuchemos y entendamos. Se dijo a la caridad, Nadie busque lo suyo, sino lo de los demás. Pero tú, avaro, si resistes, y más bien te reduces a este precepto, para que codicies lo ajeno; pierdes lo tuyo. Pero como te conozco, quieres tener tanto lo tuyo como lo ajeno. Haces fraude, para tener lo ajeno: sufre el robo, para perder lo tuyo, No quieres buscar lo tuyo, sino que tomas lo ajeno. Si haces eso, no lo haces bien. Escucha, oh avaro, escucha: el Apóstol te explica en otro lugar más claramente lo que dijo, Nadie busque lo suyo, sino lo de los demás. Dice de sí mismo: Yo no busco lo que me es útil, sino lo de muchos, para que sean salvos (I Cor. X, 24, 35). Esto Pedro aún no lo entendía, cuando en el monte deseaba vivir con Cristo. Te guardaba esto, Pedro, después de la muerte. Ahora él mismo dice: Desciende a trabajar en la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra. La vida descendió, para ser matada; el pan descendió, para tener hambre; el camino descendió, para cansarse en el camino; la fuente descendió, para tener sed: ¿y tú te niegas a trabajar? No busques lo tuyo. Ten caridad, predica la verdad: entonces llegarás a la eternidad, donde encontrarás seguridad.

SERMO LXXIX. Nuevamente sobre las palabras del Evangelio de Mateo, donde Jesús se mostró en el monte a tres discípulos. Cap. XVII, V. 1-8.

Escuchamos una gran visión en el monte, donde el Señor Jesús se mostró a tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan, cuando se leía el santo Evangelio. Su rostro resplandeció como el sol; esto significa la claridad del Evangelio. Sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve: esto significa la purificación de la Iglesia, a la que se le dijo por el profeta, Y si vuestros pecados fueran como el carmesí, los haré blancos como la nieve (Isai. I, 18). Elías y Moisés hablaban con él: porque la gracia del Evangelio tiene testimonio de la Ley y los Profetas. En

Moisés la Ley, en Elías los Profetas: para hablar brevemente. Son beneficios de Dios a través del santo Mártir, que serán recitados. Escuchemos. A Pedro le agradó hacer tres tiendas, una para Moisés, una para Elías, y una para Cristo. Le deleitaba la soledad del monte: sufría el tedio del tumulto de las cosas humanas. Pero, ¿por qué buscaba tres tiendas, sino porque aún no conocía la unidad de la Ley, la Profecía y el Evangelio? Finalmente, fue corregido por la nube. Mientras él hablaba, dice, he aquí una nube luminosa los cubrió. He aquí, una tienda hizo la nube: ¿por qué buscabas tres? Y una voz desde la nube: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; a él escuchad. Habla Elías; pero a él escuchad. Habla Moisés: pero a él escuchad. Hablan los Profetas, habla la Ley: pero a él escuchad, la voz de la Ley, y la lengua de los Profetas. Él sonó en ellos, él mismo cuando se dignó aparecer. A él escuchad: a él escuchemos. Cuando hablaba el Evangelio, piensen que era una nube: de allí nos sonó la voz. A él escuchemos: lo que dice hagamos, lo que prometió esperemos.

SERMO LXXX. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XVII, 18-20, ¿Por qué no pudimos echarlo? etc. Donde se habla de la oración.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La incredulidad de los apóstoles. Nuestro Señor Jesucristo también reprendió la incredulidad en sus discípulos, como ahora escuchamos cuando se leía el Evangelio. Pues cuando dijeron, ¿Por qué no pudimos echarlo? respondió, Por vuestra incredulidad. Si los Apóstoles eran incrédulos, ¿quién es fiel? ¿Qué hacen los corderos, si titubean los carneros? Sin embargo, la misericordia del Señor no los despreció incrédulos; sino que los reprendió, los nutrió, los perfeccionó, los coronó. Pues ellos mismos, recordando su debilidad, en cierto lugar en el Evangelio, como leemos, le dijeron: Señor, aumenta nuestra fe (Luc. XVII, 5). Señor, dicen, aumenta nuestra fe. La primera utilidad era el conocimiento, saber que tenían poco: mayor felicidad, saber de dónde pedían. Señor, dicen, aumenta nuestra fe. Vean si no llevaban sus corazones como a una fuente, y para que se les abriera de donde llenarse, golpeaban. Quiso que se le llamara, no para rechazar a los que llamaban, sino para ejercitar a los que deseaban.

2. Dios, aunque conoce nuestra necesidad, debe serorado. ¿Creen, hermanos, que Dios no sabe lo que necesitan? Conoce anticipadamente nuestros deseos, quien conoce nuestra necesidad. De hecho, cuando enseñaba la oración, y advertía a sus discípulos que no fueran prolijos en la oración: No sean prolijos, dice, porque vuestro Padre sabe lo que necesitan, antes de que le pidan (Mat. VI, 7 y 8). Ahora el Señor dice otra cosa. ¿Qué es? No queriendo que hablemos mucho en la oración, nos dijo, No hablen mucho cuando oren; porque vuestro Padre sabe lo que necesitan, antes de que le pidan. Si nuestro Padre sabe lo que necesitamos, antes de que le pidamos, ¿por qué hablamos siquiera un poco? ¿Cuál es la causa de la oración misma, si ya nuestro Padre sabe lo que necesitamos? Alguien dice: No me pidas mucho; porque sé lo que necesitas. Si lo sabes, Señor, ¿por qué pedir? No quieres que tenga una petición prolongada, sino que ordenas que tenga casi ninguna. ¿Y dónde está aquello en otro lugar? Que dice, No sean prolijos en la oración: en otro lugar dice, Pedid, y se os dará. Y para que no pienses que se te dijo de pasada que pidieras, añadió, Buscad, y encontraréis. Y para que no pienses que esto es transitorio, mira lo que añadió, mira dónde concluyó, Llamad, y se os abrirá (Id. VII, 7): mira lo que añadió. Quiso que, para recibir, pidieras; para encontrar, buscaras; para entrar, llamaras. Entonces, si nuestro Padre ya sabe lo que necesitamos, ¿por qué pedimos? ¿por qué buscamos? ¿por qué llamamos? ¿por qué nos fatigamos pidiendo, buscando y llamando, para instruir al que ya sabe? En otro lugar son palabras del Señor, Es necesario orar siempre, y no desfallecer (Luc. XVIII, 1). Si es necesario orar siempre, ¿cómo

dice, No sean prolijos? ¿Cómo oro siempre, si termino pronto? Aquí me ordenas terminar pronto, aquí me ordenas orar siempre, y no desfallecer: ¿qué es esto? Y para que entiendas esto, pide, busca, llama. Por eso está cerrado, no para despreciarte, sino para ejercitarte. Por lo tanto, hermanos, debemos exhortarnos a la oración, tanto nosotros como ustedes. Pues no hay otra esperanza en nosotros en medio de tantos males del presente siglo, sino llamar en la misma oración, creer y retener firmemente en el corazón, porque el Padre no te da lo que sabe que no te conviene. Pues tú sabes lo que deseas; él sabe lo que te conviene. Supón que estás bajo mí, digo, y estás enfermo, como es verdad: toda nuestra vida es enfermedad; y una larga vida no es otra cosa que una larga enfermedad: supón, entonces, que estás bajo un médico enfermo. Te deleitó, siendo reciente, te deleitó pedir al médico usar una bebida de vino. No se te prohíbe pedir, no sea que no te haga daño, y te convenga recibir. No dudes en pedir: pide, no vaciles; pero si no recibes, no te entristezcas. Si esto bajo un médico humano de tu carne; cuánto más bajo Dios médico, creador, restaurador de tu carne y alma.

3. Dios debe serorado para que sane de los vicios. Por lo tanto, ya que en este capítulo el Señor exhortó a la oración, donde dijo, Por vuestra incredulidad no pudisteis echar este demonio: pues exhortó a la oración así concluyó, Este género no se echa sino con ayunos y oraciones. Si el hombre ora para echar un demonio ajeno; cuánto más para echar su avaricia? cuánto más, para echar su embriaguez? cuánto más, para echar su lujuria? cuánto más, para echar su impureza? Cuántas cosas hay en el hombre, que si perseveran, no admiten al reino de los cielos? Vean, hermanos, cómo se ruega al médico por la salud temporal, cómo si alguien está desesperadamente enfermo, ¿acaso le da vergüenza, o le pesa agarrar los pies de un hombre, lavar con lágrimas las huellas de un médico muy experto? ¿Y qué, si el médico le dice: No puedes sanar de otra manera, sino te ato, te quemo, te corto? Responde: Haz lo que quieras, solo sáname. Con qué ardor desea la salud vaporosa de pocos días, para que por ella quiera ser atado, cortado, quemado, y ser vigilado para no comer lo que le deleita, no beber lo que le deleita, ni cuando le deleita? Todo lo soporta, para morir más tarde: y no quiere soportar poco, para no morir nunca! Si Dios te dice, que es nuestro médico celestial: ¿Quieres sanar? ¿qué dirás, sino, Sanar? Tal vez no lo dices, porque te crees sano, eso es lo que peor enfermas.

4. Dos tipos de enfermos. Cristo encontró a todos enfermos. Pues si constituyes dos enfermos; uno que ruega llorando al médico, otro que en su enfermedad, con la mente perdida, se burla del médico; aquel promete esperanza al que llora, lamenta al que ríe. ¿Por qué; sino porque tanto más peligrosamente enferma, cuanto más se cree sano? Así eran también los judíos. Cristo vino a los enfermos, encontró a todos enfermos. Nadie se alabe de su salud, para que el médico no le renuncie. Encontró a todos enfermos; es sentencia apostólica: Porque todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Rom. III, 23). Cuando encontró a todos enfermos, había dos tipos de enfermos. Unos venían al médico, se adherían a Cristo, escuchaban, honraban, seguían, se convertían. Él recibía a todos sin ningún desdén para sanar, quien sanaba gratis, porque la omnipotencia curaba. Cuando los recibía, y los unía a sí para ser sanados, ellos se regocijaban. Pero otro tipo de enfermos, que ya en la enfermedad de la iniquidad habían perdido la mente, y no sabían que estaban enfermos; insultaron a él, porque recibía a los enfermos, y dijeron a sus discípulos: Miren qué clase de maestro es el suyo, que come con pecadores y publicanos. Y él que sabía quiénes eran, y qué eran, les respondió: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. Y les mostró quiénes eran sanos, y quiénes enfermos: No he venido, dice, a llamar a justos, sino a pecadores (Mat. IX, 11-13). Si los pecadores, dice, no vienen a mí, ¿por qué vine? ¿para quién vine? Si todos son sanos, ¿por qué un médico tan grande descendió del cielo? ¿por qué nos hizo un medicamento no de su armario, sino de su sangre? Entonces, aquel tipo de

enfermos que enfermaban más levemente, que sentían que estaban enfermos, para ser sanados, se adherían al médico. Pero aquellos que enfermaban más peligrosamente, insultaban al médico, calumniaban a los enfermos. Finalmente, ¿a dónde llegó su frenesí? Para que tomaran al médico, lo ataran, lo azotaran, lo coronaran de espinas, lo suspendieran en un madero, lo mataran en una cruz. ¿Qué te sorprende? El enfermo mató al médico: pero el médico muerto sanó al frenético.

5. Con qué remedio los enfermos fueron sanados por Cristo. Comercio celestial. Oración de Cristo por sus crucificadores. Pues primero, no olvidando en la cruz su persona, y mostrando su paciencia, y dando ejemplo de amar a nuestros enemigos; viéndolos enfurecerse, quien conocía su enfermedad, porque era médico, quien conocía el frenesí en el que habían perdido la mente, inmediatamente al Padre: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). ¿Piensan, sin embargo, que esos judíos no eran malignos, crueles, sangrientos, turbulentos, enemigos del Hijo de Dios? ¿Piensan que esa voz fue vacía, e inútil: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen? Veía a todos, pero conocía a los suyos futuros allí. Finalmente murió, porque así convenía, para que con su muerte matara la muerte. Murió Dios, para que se hiciera la compensación de un cierto comercio celestial, para que el hombre no viera la muerte. Pues Dios Cristo, pero no allí murió donde Dios. El mismo Dios, el mismo hombre: uno es Cristo, Dios y hombre. El hombre fue asumido, para que fuéramos transformados en mejor, no torció a Dios a lo peor. Pues asumió lo que no era, no perdió lo que era. Entonces, siendo Dios y hombre, queriendo que viviéramos de lo suyo, murió de lo nuestro. Pues de dónde él moriría no tenía: pero tampoco nosotros de dónde viviríamos. ¿Qué era él, que no tenía de dónde morir? En el principio era el Verbo; y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Busca en Dios de dónde morir, no encontrarás. Pero nosotros morimos, que somos carne, llevando la carne del pecado el hombre. Busca en el pecado de dónde vivir, no tiene. Ni él, entonces, pudo tener la muerte de lo suyo, ni nosotros la vida de lo nuestro: pero nosotros la vida de lo suyo, él la muerte de lo nuestro. ¡Qué comercios! ¿qué dio, y qué recibió? Los comerciantes vienen a los comercios, a cambiar cosas. Pues el antiguo comercio fue el intercambio de cosas. El hombre daba lo que tenía, y recibía lo que no tenía. Por ejemplo, tenía trigo, pero no tenía cebada; otro tenía cebada, y no tenía trigo: daba aquel trigo lo que tenía, recibía cebada lo que no tenía. ¿Cuánto valía para que una mayor cantidad compensara una especie vil? Entonces, uno da cebada, para recibir trigo: finalmente, otro da plomo, para recibir plata; pero da mucho plomo contra poca plata: otro da lana, para recibir vestido. ¿Y quién enumera todo? Sin embargo, nadie da vida, para recibir muerte. Entonces, la voz del médico colgando en el madero no fue vacía. Pues para morir por nosotros, porque el Verbo no podía morir, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Colgó en la cruz, pero en la carne. Allí la vileza, que despreciaron los judíos: allí la caridad, por la cual fueron liberados los judíos. Pues por ellos se dijo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Y esa voz no fue vacía. Murió, fue sepultado, resucitó; después de estar cuarenta días con sus discípulos, ascendió al cielo, envió el Espíritu Santo a aquellos que esperaban la promesa. Ellos, al recibir el Espíritu Santo, fueron llenos, y comenzaron a hablar en las lenguas de todas las naciones. Entonces los judíos que estaban presentes, asombrados de que en el nombre de Cristo hablaran en todas las lenguas hombres ignorantes, inexpertos, que conocían entre ellos criados en una sola lengua, se asombraron: de dónde era este don aprendieron por Pedro hablando. Él lo dio, quien colgó en el madero. Él lo dio, quien fue burlado colgando en el madero, para dar el Espíritu Santo sentado en el cielo. Escucharon, creyeron aquellos de quienes había dicho, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Creyeron, fueron bautizados, y se hizo la conversión. ¿Qué conversión? La sangre de Cristo, que derramaron enfurecidos, la bebieron creyentes.

6. Oración en los peligros de esta vida. Para concluir nuestro discurso desde donde comenzamos, oremos y confiemos en Dios: vivamos como Él manda, y cuando tambaleemos en esta vida, invoquémoslo, como lo hicieron los discípulos diciendo: Señor, aumenta nuestra fe (Luc. XVII, 5). Pedro también presumió y tambaleó: sin embargo, no fue despreciado y hundido, sino levantado y erguido. Pues lo que presumió, ¿de dónde era? No era de él mismo: era del Señor. ¿Cómo? Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre el agua. Pues el Señor caminaba sobre las aguas. Si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre el agua. Sé que si eres tú, mandas y se hace. Y Él dijo: Ven. Descendió por su mandato, y tembló en su debilidad. Sin embargo, cuando tembló, clamó a Él: Señor, dijo, sálvame. Entonces el Señor le tomó de la mano y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Él lo invitó, y Él mismo liberó al que tambaleaba y titubeaba (Mat. XIV, 25-31): para que se cumpliera lo que está dicho en el Salmo: Si decía, Mi pie resbaló; tu misericordia, Señor, me sostenía (Sal. XCIII, 18).

7. Cómo pedir los beneficios temporales y eternos. Hay dos tipos de beneficios, temporales y eternos. Los temporales son la salud, la riqueza, el honor, los amigos, la casa, los hijos, la esposa, y otras cosas de esta vida donde somos peregrinos. Pongámonos, pues, en el albergue de esta vida, como peregrinos de paso, no como poseedores permanentes. Los beneficios eternos son, en cambio, la vida eterna misma, la incorruptibilidad e inmortalidad del cuerpo y del alma, la compañía de los ángeles, la ciudad celestial, la dignidad inagotable, el Padre y la patria, Él sin muerte, ella sin enemigo. Deseemos estos beneficios con todo ardor, pidámoslos con toda perseverancia, no con largas palabras, sino con el testimonio del gemido. El deseo siempre ora, aunque la lengua calle. Si siempre deseas, siempre oras. ¿Cuándo duerme la oración? Cuando el deseo se enfría. Por tanto, pidamos con toda avidez esos beneficios eternos, busquemos esos bienes con toda intención, pidamos esos bienes con seguridad. Pues a quien los posee, le son útiles, no pueden perjudicarlo. En cambio, estos temporales a veces son útiles, a veces perjudiciales. A muchos les ha beneficiado la pobreza, y las riquezas les han perjudicado: a muchos les ha beneficiado la vida privada, y el alto honor les ha perjudicado. Y nuevamente, a algunos les ha beneficiado el dinero, les ha beneficiado la dignidad; a quienes los usan bien, les ha beneficiado: pero a quienes los usan mal, no quitárselos les ha perjudicado más. Por tanto, hermanos, pidamos también estos temporales con moderación, seguros de que si los recibimos, nos los da quien sabe lo que nos conviene. ¿Pediste y no se te dio lo que pedías? Confía en el Padre, quien si te conviniera, te lo daría. Mira, haz una conjetura sobre ti mismo. Pues como es tu hijo para ti, que no conoce las cosas humanas, así eres tú para el Señor, que no conoces las cosas divinas. Mira, tu hijo está ante ti llorando todo el día para que le des un cuchillo, es decir, una espada: te niegas a dárselo, no se lo das, desprecias su llanto, para no llorar su muerte. Llore, se aflija, se golpee, para que lo subas a un caballo: no lo haces, porque no puede controlarlo; lo derribará y lo matará. A quien le niegas una parte, le guardas todo. Pero para que crezca y posea todo con seguridad, no le das lo poco peligroso.

8. De dónde vienen los malos tiempos y cómo soportarlos. Por eso decimos, hermanos, oren cuanto puedan. Abundan los males, y Dios ha querido que abunden los males. Ojalá no abundaran los malos, y no abundarían los males. Tiempos malos, tiempos laboriosos, eso dicen los hombres. Vivamos bien, y los tiempos son buenos. Nosotros somos los tiempos: como somos, así son los tiempos. Pero, ¿qué hacemos? ¿No podemos convertir a la multitud de hombres a una vida buena? Que los pocos que escuchan vivan bien: que los pocos que viven bien soporten a los muchos que viven mal. Son granos, están en la era: pueden tener paja con ellos en la era, no la tendrán en el granero. Soporten lo que no quieren, para que lleguen a lo que quieren. ¿Por qué nos entristecemos y culpamos a Dios? Abundan los males

en el mundo, para que no se ame el mundo. Grandes hombres, fieles santos, que despreciaron el mundo hermoso: nosotros no podemos despreciar ni siquiera el feo. El mundo es malo, he aquí que es malo, y así se ama, como si fuera bueno. Pero, ¿qué es el mundo malo? Pues no es malo el cielo, ni la tierra, ni las aguas, ni lo que hay en ellas, los peces, las aves, los árboles. Todas estas cosas son buenas: pero el mundo malo lo hacen los hombres malos. Pero como no podemos carecer de hombres malos mientras vivamos, como dije, gemimos ante nuestro Señor Dios; y soportamos los males, para llegar a los bienes. No reprochemos al Padre de familia; pues es querido. Él nos lleva, no nosotros a Él. Sabe cómo gobernar lo que ha hecho: haz lo que ha mandado, y espera lo que ha prometido.

SERMON LXXXI. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, donde se nos advierte que nos cuidemos de los escándalos del mundo. Cap. XVIII, V\ 7-9.

1. Cómo protegernos contra los escándalos. Las lecturas divinas, que ahora escuchamos cuando se recitaron, nos advierten que, contra los escándalos que se predijeron que vendrían, recibamos fortaleza de virtudes, armemos el pecho cristiano, y esto por la misericordia del Señor. Pues, ¿qué es el hombre, dice, sino que te acuerdas de él? (Sal. VIII, 5). ¡Ay del mundo por los escándalos!, dice el Señor, dice la Verdad: nos aterra y nos advierte, no quiere que seamos incautos; pues no nos ha hecho desesperados. Contra este ¡Ay!, es decir, contra este mal que debe temerse, temblarse, evitarse, nos consuela, nos exhorta, y nos instruye en aquel lugar de la Escritura, donde se dice: Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo (Sal. CXVIII, 165). Muestra al enemigo que debe evitarse, pero no ha dejado de mostrar el muro fortificado. Pensabas tú al escuchar, ¡Ay del mundo por los escándalos!, a dónde irías fuera del mundo, para no sufrir escándalos. Entonces, para evitar los escándalos, ¿a dónde irás fuera del mundo, sino huyendo hacia aquel que hizo el mundo? Pero, ¿cómo podremos refugiarnos en aquel que hizo el mundo, si no escuchamos su ley, que se predica en todas partes? No basta con escuchar, si no amamos. Pues la Escritura divina, asegurándote contra los escándalos, no dice: Mucha paz tienen los que escuchan tu ley. Pues no son justos ante Dios los oyentes de la ley. Pero porque los hacedores de la ley serán justificados (Rom. II, 13), y la fe obra por el amor (Gál. V, 6): Mucha paz, dice, tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo. Concuerta con esta sentencia también lo que cantamos escuchando y respondiendo: Pero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz (Sal. XXXVI, 11). Porque, Mucha paz tienen los que aman tu ley. Ellos son los mansos, que aman la ley de Dios. Pues bienaventurado el hombre, a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas; para que lo mitiges de los días malos, hasta que se cave fosa para el pecador (Sal. XCIII, 12, 13). Cuán diversas parecen las voces de la Escritura, y en una sola sentencia confluyen y concurren, de modo que cualquier cosa que puedas escuchar de aquella fuente abundante, tú también te aquietas, concordando con la verdad, lleno de paz, ferviente en caridad, protegido contra los escándalos.

2. Mansos en la tribulación, seguros contra el escándalo. Se ha propuesto, pues, ver, o buscar, o aprender, cómo debemos ser mansos: y de lo que ahora he recordado de las Escrituras, se nos advierte encontrar lo que buscamos. Que vuestra Caridad esté atenta un poco; se trata de una gran cosa, ser mansos: cosa necesaria en las adversidades. Pues las cosas adversas de este siglo no se llaman escándalos: advertid qué son los escándalos. No sé quién, por ejemplo, en alguna necesidad se ve urgido por la tribulación. Esto no es escándalo, porque se ve urgido por la tribulación. También los mártires fueron oprimidos por la tribulación, pero no aplastados. Evita el escándalo, no tanto la tribulación. La tribulación te oprime, el escándalo te aplasta. ¿Qué diferencia hay, entonces, entre la tribulación y el escándalo? En la tribulación te preparabas para guardar la paciencia, mantener la constancia, no abandonar la

fe, no consentir en el pecado. Si guardas esto, o si lo has guardado, la tribulación no será para ti una ruina: sino que esa tribulación valdrá para ti como en el lagar, no para que la oliva sea aplastada, sino para que el aceite se derrame. En efecto, si en esa tribulación alabas a Dios, ¡qué útil es el lagar, de donde emana el líquido de ti! Los apóstoles estaban sentados en la tribulación encadenados, y en esa tribulación cantaban un himno a Dios. ¿Qué se oprimía? ¿Qué se derramaba? Job estaba sentado bajo una gran tribulación en el estiércol, sin recursos, sin ayuda, sin sustancia, sin hijos; lleno, pero de gusanos, lo que ciertamente pertenece al hombre exterior. Pero como también estaba lleno de Dios en su interior, alababa a Dios, y esa tribulación no era para él un escándalo. ¿Dónde, entonces, está el escándalo? Cuando se le acercó su esposa, y le dijo: Di algo contra Dios, y muere. Pues, habiéndole quitado todo el diablo, Eva fue conservada, no para consolar, sino para tentar a su marido. He aquí dónde está el escándalo. Exageró sus miserias, también sus miserias con las de él, y comenzó a persuadirle a la blasfemia. Pero él, que era manso, porque Dios le había enseñado de su ley, y le había mitigado de los días malos, tenía mucha paz en su corazón amando la ley de Dios, y no había para él escándalo. Ella era un escándalo, pero para él no lo era. En efecto, mira al manso, mira al instruido en la ley de Dios, digo la ley eterna. Pues aquella ley dada en tablas a los judíos aún no existía en los tiempos de Job, pero permanecía aún la ley eterna en los corazones de los piadosos, de donde fue escrita aquella que se dio al pueblo. Porque, pues, estaba mitigado por la ley de Dios de los días malos, y tenía mucha paz amando la ley de Dios, mira cuán manso es, qué responde. Aquí aprende lo que propuse, quiénes son los mansos. Has hablado, dice, como una de las mujeres insensatas. Si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿no soportaremos el mal? (Job II, 9, 10).

3. Quiénes son los mansos. Mundo bueno y mundo malo. Hemos escuchado con el ejemplo quiénes son los mansos: definámoslos con palabras, si podemos. Los mansos son aquellos a quienes en todas las cosas buenas que hacen, no les agrada sino Dios; en todas las cosas malas que sufren, no les desagrada Dios. Vamos, hermanos, atendamos a esta regla, a esta norma; extendámonos hacia ella, busquemos el crecimiento, para que la cumplamos. Pues, ¿de qué sirve que plantemos y reguemos, si Dios no da el crecimiento? Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Escucha, tú que quieres ser manso, tú que quieres ser mitigado de los días malos, tú que amas la ley de Dios; para que no haya en ti escándalo, y tengas mucha paz, para que poseas la tierra, y te deleites en la abundancia de paz: escucha, tú que quieres ser manso. Cualquier cosa buena que hagas, no te agrade sino Dios: pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). Por tanto, cualquier cosa buena que hagas, no te agrade sino Dios: cualquier cosa mala que sufras, no te desagrada Dios. ¿Qué más? Haz esto, y vivirás. No te absorberán los días malos; escaparás de lo que se ha dicho, ¡Ay del mundo por los escándalos! Pues, ¿a qué mundo le dice ¡Ay por los escándalos!, sino a aquel de quien se ha dicho, Y el mundo no le conoció (Juan I, 10)? No a aquel mundo, de quien se ha dicho, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19). Mundo malo, mundo bueno: mundo malo, todos los malos en el mundo; y mundo bueno, todos los buenos en el mundo. Como miramos a menudo un campo. Este campo está lleno: ¿de qué fruto? De trigo. También decimos, y decimos la verdad, Este campo está lleno de paja. El árbol está lleno de fruto. Otro dice, Está lleno de hojas. Y quien dice, Está lleno de fruto, dice la verdad: y quien dice, Está lleno de hojas, dice la verdad. Ni la plenitud de hojas ha quitado lugar al fruto, ni la plenitud de frutos ha expulsado la multitud de hojas. De ambos está lleno: pero el viento busca una cosa, el cultivador recoge otra. Así, pues, cuando escuchas, ¡Ay del mundo por los escándalos!, no te asustes; ama la ley de Dios, no habrá para ti escándalo.

4. Escándalo del ojo, de la mano y del pie. Pero se presenta la esposa, persuadiendo algo malo. La amas, como se debe amar a la esposa: es tu miembro. Pero si tu ojo te escandaliza, si tu mano te escandaliza, si tu pie te escandaliza, acabas de escuchar el Evangelio, córtalo, arrójalo de ti. Cualquiera que te sea querido, cualquiera que sea tenido en gran estima por ti, sea grande para ti, sea tu miembro querido, mientras no comience a escandalizarte, es decir, a persuadirte de algo malo. Escuchad porque esto es escándalo. Hemos establecido el ejemplo de Job y su esposa: pero allí no se ha nombrado el escándalo. Escucha el Evangelio: el Señor, cuando predicaba sobre su pasión, Pedro comenzó a persuadirle de que no sufriera. Apártate de mí, Satanás, eres para mí escándalo. El Señor te ha enseñado, quien te ha dado ejemplo de vida, qué es el escándalo, y cómo se evita el escándalo. A quien poco antes le había dicho, Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona (Mat. XVI, 23, 17), le había mostrado que era su miembro. Pero cuando comenzó a ser escándalo, cortó el miembro: restauró el miembro, repuso el miembro. Por tanto, será escándalo para ti aquel que comience a persuadirte de algo malo. Y que vuestra Caridad preste atención: esto ocurre a menudo, no por malevolencia, sino por benevolencia perversa. Pues tu amigo, que te ama, y tú a él, tu padre, tu hermano, tu hijo, tu esposa, te ve en el mal, y quiere hacerte hacer el mal. ¿Qué es, te ve en el mal? Te ve en alguna tribulación. Tal vez sufres esa tribulación por la justicia: sufres la tribulación porque no quieres dar falso testimonio. Por ejemplo, lo digo. Abundan los ejemplos, porque ¡Ay del mundo por los escándalos! He aquí, por ejemplo, alguien poderoso te pide, para su botín, para su rapiña, el servicio de un falso testimonio. Tú te niegas: niegas lo falso, para no negar lo verdadero. Para no alargarme, él se enoja, es poderoso, te oprime. Se acerca un amigo, que no quiere que estés en tribulación, no quiere que estés en el mal: Te ruego, haz lo que se te dice; ¿qué es tan grande? Tal vez como también Satanás al Señor, Está escrito de ti, que a sus ángeles mandará acerca de ti, para que no tropieces con tu pie en piedra (Mat. IV, 6). Tal vez también este amigo tuyo, porque te ve cristiano, quiere persuadirte de la ley, lo que cree que debes hacer. Haz lo que dice. ¿Qué? Esto que él quiere. Pero es mentira, es falso. ¿No has leído, Todo hombre es mentiroso? (Sal. CXV, 11). Ya este es un escándalo. Es amigo, ¿qué harás? Es ojo, es mano: Córtalo, y arrójalo de ti. ¿Qué es, Córtalo, y arrójalo de ti? No consientas. Esto significa, Córtalo, y arrójalo de ti, no consientas. Pues nuestros miembros en nuestro cuerpo hacen unidad por consenso, viven por consenso, se conectan entre sí por consenso. Donde hay disensión, allí hay enfermedad o herida. Por tanto, es tu miembro: lo amarás. Pero te escandaliza; Córtalo, y arrójalo de ti. No consientas; apártalo de tus oídos, tal vez corregido regrese.

5. La mentira prohibida por la ley divina. ¿Cómo harás esto que digo, cortarás, y arrojarás, y tal vez corregirás? ¿Cómo lo harás, responde? Quiso persuadirte de la mentira por la Ley. Pues él dice, Di. Y tal vez no se atrevió a decir, Di mentira: sino así, Di lo que quiere. Tú dices, Pero es mentira. Y él, para excusarse, Todo hombre es mentiroso. Y tú, hermano, La boca que miente, mata el alma (Sab. I, 11). Presta atención, no es leve lo que has escuchado, La boca que miente, mata el alma. ¿Qué me hace este enemigo poderoso, que me oprime, porque te compadeces de mí, y te compadeces de la condición en mí, y no quieres que esté en el mal; cuando quieres que sea malo? ¿Qué me hace este poderoso? ¿Qué oprime? La carne. Dices tú, oprime el cuerpo: digo yo, lo destruye. ¿Cuánto más suavemente actúa conmigo él, que yo si miento? Él mata mi carne: yo mato mi alma. El poderoso, enojado, mata el cuerpo: La boca que miente, mata el alma. Mata el cuerpo; iba a morir, aunque no fuera matado: pero el alma que no mata la iniquidad, la verdad la recibe en la eternidad. Guarda, pues, lo que puedes guardar: perezca lo que algún día perecerá. Respondiste; y sin embargo, Todo hombre es mentiroso no lo resolviste. Respóndele también a esto, para que no parezca que ha dicho algo para persuadirte de la mentira, presentando un testimonio de la Ley, presionándote de la Ley contra la Ley. Pues en la Ley está escrito, No dirás falso testimonio (Deut. V, 20): y en la

Ley está escrito, Todo hombre es mentiroso. Mira lo que recordé poco antes, cuando definí al hombre manso con las palabras que pude. Manso es aquel a quien en todas las cosas buenas que hace, no le agrada sino Dios; en todas las cosas malas que sufre, no le desagradan Dios. Esto, pues, respóndele a quien dice, Miente, porque está escrito, Todo hombre es mentiroso: No miento, porque está escrito, La boca que miente, mata el alma. No miento, porque está escrito, Destruirás a todos los que hablan mentira (Sal. V, 7). No miento, porque está escrito, No dirás falso testimonio. Aunque me oprima con tribulaciones mi carne aquel a quien le desagradó en la verdad: escucho a mi Señor, No temáis a los que matan el cuerpo (Mat. X, 28).

6. Los hombres actúen, no como hombres, sino como hijos de Dios. ¿Cómo es entonces que todo hombre es mentiroso? ¿Acaso no eres hombre? Responde rápidamente, y con verdad, Y que no sea hombre, para no ser mentiroso. Miren: Dios desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien inteligente y que busque a Dios. Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Salmo XIII, 2, 3). ¿Por qué? Porque quisieron ser hijos de los hombres. Pero para librarlos de estas iniquidades, redimirlos, curarlos, sanarlos, cambiar a los hijos de los hombres, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios (Juan I, 12). ¿Qué hay de extraño entonces? Eran hombres, si eran hijos de los hombres: todos eran hombres, eran mentirosos; porque todo hombre es mentiroso. Se les acerca la gracia de Dios, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios. Escuchen la voz de mi Padre diciendo, Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos (Salmo LXXXI, 6). Porque los hombres hijos de los hombres, si no son hijos del Altísimo, son mentirosos; porque todo hombre es mentiroso. Si son hijos de Dios, si son redimidos por la gracia del Salvador, si son comprados con su preciosa sangre, si son renacidos del agua y del Espíritu, si son predestinados a la herencia de los cielos, ciertamente son hijos de Dios. Entonces ya son dioses. ¿Qué quiere de ti la mentira? Adán era puro hombre, Cristo hombre Dios, creador de toda criatura Dios. Adán hombre, Cristo hombre mediador de Dios, Hijo único del Padre, Dios hombre. He aquí que tú estás lejos de Dios hombre, y Dios está arriba lejos del hombre: en medio se puso Dios hombre. Reconoce a Cristo, y a través del hombre asciende a Dios.

7. El escándalo de los paganos por las presiones del mundo. Ya corregidos, y si hemos hecho algo, mansos, mantengamos una confesión inquebrantable. Amemos la ley de Dios, para escapar de lo que se ha dicho. Ay del mundo por los escándalos. Hablemos algo de los escándalos, con los que el mundo está lleno, y cómo crecen los escándalos, abundan las presiones. El mundo es devastado, el lagar es pisoteado. Vamos, cristiano, germen celestial, peregrinos en la tierra, que buscan la ciudad en el cielo, que desean asociarse con los santos ángeles, entiendan que han venido para partir. Pasan por el mundo, intentando llegar a aquel que creó el mundo. No se perturben por los amantes del mundo, que quieren permanecer en el mundo, y quieran o no, se ven obligados a partir: no se dejen engañar, no se dejen seducir. Estas presiones no son escándalos. Sean justos, y serán ejercicios. Viene la tribulación: lo que quieras será, o ejercicio, o condenación. Como te encuentre, así será. La tribulación es fuego: ¿te encuentra oro? quita las impurezas: ¿te encuentra paja? te convierte en ceniza. Por lo tanto, las presiones que abundan no son escándalos. Pero, ¿cuáles son los escándalos? Esas locuciones, esas palabras, con las que se nos dice: Mira lo que hacen los tiempos cristianos, mira cuáles son los escándalos. Pues esto se te dice, para que tú, si amas el mundo, blasfemes a Cristo. Y te dice esto tu amigo, tu consejero: entonces es tu ojo. Te dice esto tu servidor, tu colaborador: entonces es tu mano. Te dice esto quizás quien te sostiene, quien te levanta de la humildad terrena: entonces es tu pie. Rechaza, corta, arroja de ti, no consientas. Responde a

tales, como respondía aquel a quien se le aconsejaba falso testimonio. Responde tú también: di al hombre que te dice, Mira en los tiempos cristianos hay tantas presiones, el mundo es devastado: responde tú, Esto me lo predijo Cristo antes de que sucediera.

8. Presiones del mundo decadente predichas. ¿Por qué te turbas? Las presiones del mundo turban tu corazón, como aquel barco donde dormía Cristo. He aquí la causa, hombre sensato, de que tu corazón se turbe: he aquí la causa. Este barco, en el que Cristo duerme, es el corazón donde la fe duerme. ¿Qué novedad se te dice, cristiano? ¿Qué novedad se te dice? En tiempos cristianos el mundo es devastado, el mundo decae. ¿No te dijo tu Señor, El mundo será devastado? ¿No te dijo tu Señor, El mundo decaerá? ¿Por qué creías cuando se prometía, y te turbas cuando se cumple? Entonces la tempestad azota tu corazón: cuida el naufragio, despierta a Cristo. Habitar, dice el Apóstol, a Cristo por la fe en vuestros corazones (Efesios III, 17). Por la fe habita en ti Cristo. Fe presente, Cristo está presente: fe vigilante, Cristo está vigilante: fe olvidada, Cristo está dormido. Despierta, mueve, di: Señor, perecemos (Mateo VIII, 24-26)! He aquí lo que nos dicen los paganos: lo que nos dicen, lo que es más grave, los malos cristianos. Levántate, Señor, perecemos. Despierte tu fe, Cristo comienza a hablarte. ¿Por qué te perturbas? Todo esto te lo predije. Por eso te lo predije, para que cuando vinieran los males, esperes los bienes, para que no desfallezcas en los males. ¿Te sorprende que el mundo decaiga? sorpréndete de que el mundo envejezca. El hombre nace, crece, envejece. Muchas quejas en la vejez: tos, flema, legañas, ansiedad, cansancio están presentes. Entonces el hombre envejeció; está lleno de quejas: el mundo envejeció; está lleno de presiones. ¿Te ha dado poco Dios, porque en la vejez del mundo te envió a Cristo, para que te renueve cuando todo decae? ¿No sabes que esto significó en la descendencia de Abraham? Pues la descendencia de Abraham dice el Apóstol, que es Cristo. No dice, Y a las descendencias, como si fueran muchas; sino como en uno, Y a tu descendencia, que es Cristo (Gálatas III, 16). Por eso a Abraham anciano le nació un hijo, porque Cristo había de venir en la vejez del mundo. Vino cuando todo envejecía, y te hizo nuevo. La cosa hecha, la cosa creada, la cosa que ha de perecer ya se inclinaba hacia el ocaso. Era necesario que abundara en trabajos: vino él a consolarte entre los trabajos, y a prometerte descanso eterno. No quieras adherirte al mundo viejo, y no quieras rejuvenecer en Cristo, quien te dice: El mundo perece, el mundo envejece, el mundo decae, sufre con el aliento de la vejez. No temas, se renovará tu juventud como la del águila (Salmo CII, 5).

9. Quejas de los paganos contra la religión cristiana por la devastación de Roma. He aquí, dice, en tiempos cristianos Roma perece. Quizás Roma no perece: quizás ha sido azotada, no destruida: quizás ha sido castigada, no borrada. Quizás Roma no perece, si los romanos no perecen. Pues no perecerán, si alaban a Dios: perecerán, si blasfeman. Pues, ¿qué es Roma, sino los romanos? No se trata de piedras y maderas, de islas elevadas y murallas amplias. Esto fue hecho de tal manera, que alguna vez habría de caer. El hombre al construir, puso piedra sobre piedra; y el hombre al destruir, quitó piedra de piedra. El hombre lo hizo, el hombre lo destruyó. ¿Se hace injuria a Roma porque se dice, Cae? No a Roma, sino quizás a su artífice. Hacemos injuria a su fundador, porque decimos, Roma cae, que fundó Rómulo? El mundo arderá, que creó Dios. Pero ni lo que hizo el hombre cae, sino cuando Dios lo quiere; ni lo que hizo Dios cae, sino cuando Dios lo quiere. Pues si la obra del hombre no cae, sin la voluntad de Dios, ¿cuándo puede caer la obra de Dios por la voluntad del hombre? Sin embargo, Dios te hizo el mundo para que caiga; y por eso te creó mortal. El mismo hombre ornamento de la ciudad, el mismo hombre habitante, rector, gobernador de la ciudad, así vino para irse, así nació para morir, así entró para pasar. El cielo y la tierra pasarán (Mateo XXIV, 35): ¿qué hay de extraño, si alguna vez hay un fin para la ciudad? Y quizás no es ahora el fin de la ciudad: sin embargo, alguna vez habrá un fin para la ciudad. Pero, ¿por qué perece

Roma entre los sacrificios de los cristianos? ¿Por qué ardió su madre Troya entre los sacrificios de los paganos? Los dioses, en quienes los romanos pusieron su esperanza, ciertamente dioses romanos, en quienes los paganos romanos pusieron su esperanza, emigraron a fundar Roma desde la incendiada Troya. Los dioses romanos fueron primero dioses troyanos. Troya ardió, Eneas llevó a los dioses fugitivos: más bien llevó a los dioses estúpidos huyendo. Pues pudieron ser llevados por un fugitivo: ellos mismos no pudieron huir. Y viniendo con esos dioses a Italia, con dioses falsos fundó Roma. Es largo seguir con lo demás: sin embargo, brevemente recordaré lo que sus letras contienen. Su autor, conocido por todos, habla así: «La ciudad de Roma, como yo la recibí, fue fundada y poseída al principio por los troyanos, que, guiados por Eneas, vagaban como fugitivos con asientos inciertos» (Salustio, Bell. Catil. cap. 4.) Tenían, pues, a los dioses con ellos, fundaron Roma en el Lacio, pusieron allí a los dioses para ser adorados, que eran adorados en Troya. Se introduce por el poeta de ellos a Juno enojada con Eneas y los troyanos fugitivos, y dice, La raza enemiga a mí navega el mar Tirreno, llevando a Ilión a Italia y a los Penates vencidos: (Virgilio, Eneida, lib. 1, vers. 67, 68.) es decir, llevando a los dioses vencidos consigo a Italia. Ya cuando los dioses eran llevados vencidos a Italia, ¿era un poder, o un presagio? Amen, pues, la ley de Dios, y no sea para ustedes un escándalo. Les rogamos, les suplicamos, les exhortamos, sean mansos, compadezcan a los que sufren, reciban a los débiles: y en esta ocasión de muchos peregrinos, necesitados, trabajadores, abunde su hospitalidad, abunden sus buenas obras. Lo que manda Cristo, hagan los cristianos, y solo para su mal blasfeman los paganos.

SERMO LXXXII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XVIII, 15-18, Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo, etc. Y sobre las palabras de Salomón, Guiñando con los ojos con engaño, acumula tristeza para los hombres: pero el que reprende abiertamente, hace la paz. Prov. cap. X, V. 10, según los LXX.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Observación previa. La paja, ira; la viga, odio. Nos advierte nuestro Señor que no descuidemos los pecados de los demás, no buscando qué reprochar, sino viendo qué corregir. Pues dijo que tiene el ojo agudo para sacar la paja del ojo de su hermano, quien no tiene una viga en su propio ojo. Pero, ¿qué significa esto? Brevemente insinuo a vuestra Caridad. La paja en el ojo es ira: la viga en el ojo es odio. Cuando, pues, quien odia reprende al que se enoja, quiere quitar la paja del ojo de su hermano: pero está impedido por la viga que él mismo lleva en su ojo (Mateo VII, 3-5). La paja es el inicio de la viga. Pues cuando la viga nace, primero es paja. Regando la paja, la llevas a viga: alimentando la ira con malas sospechas, la llevas al odio.

CAPÍTULO II.

2. Pecado del que se enoja: crueldad del que odia. Hay mucha diferencia entre el pecado del que se enoja y la crueldad del que odia. Pues también nos enojamos con nuestros hijos: ¿quién se encuentra que odie a sus hijos? Incluso en los animales, a veces la madre vaca aparta al ternero que mama con cierto fastidio enojada: pero lo abraza con las entrañas de madre. Casi hace fastidio, cuando lo empuja: sin embargo, se busca si falta. Ni damos de otra manera disciplina a los hijos, sino enojándonos e indignándonos un poco: sin embargo, no daríamos disciplina, si no amáramos. Tanto es así que no todo el que se enoja, odia; que a veces se demuestra que odia más, si no se enoja. Imagina que un niño quiere jugar en el agua del río, cuyo ímpetu lo haría perecer: si lo ves, y pacientemente lo permites, lo odiaste; tu

paciencia, su muerte es. ¿Cuánto mejor es si te enojas y corriges, que no enojándote permites que perezca? Por lo tanto, el odio debe evitarse ante todo, la viga debe ser sacada del ojo. Hay mucha diferencia entre cuando alguien enojado excede un poco en la palabra, lo que después borra arrepintiéndose; y otra cosa es guardar insidias encerradas en el corazón. Hay mucha diferencia, finalmente, entre estas palabras de la Escritura, Mi ojo se turbó de ira (Salmo VI, 8). Pero de aquel, ¿qué se dijo? El que odia a su hermano, es homicida (I Juan III, 15). Hay mucha diferencia entre el ojo turbado y el extinguido. La paja turba, la viga extingue.

3. El odio daña más al que odia que al otro. Por lo tanto, primero persuadámonos de esto, para que lo que hoy hemos sido advertidos, podamos hacerlo bien y cumplirlo, ante todo no odiar. Entonces, cuando no hay viga en tu ojo, ves correctamente cualquier cosa que esté en el ojo de tu hermano; y sufres hasta que saques del ojo de tu hermano lo que ves que daña el ojo de tu hermano. La luz que está en ti, no te permite descuidar la luz de tu hermano. Pues si odias, y quieres corregir, ¿cómo corriges la luz, si perdiste la luz? Pues también dijo claramente la misma Escritura, donde está escrito, El que odia a su hermano, es homicida. El que odia, dice, a su hermano, está en tinieblas hasta ahora (I Juan II, 9). El odio son tinieblas. No puede ser que quien odia a otro, no se dañe primero a sí mismo. Pues intenta dañar a aquel a quien odia desde fuera, se destruye a sí mismo desde dentro. Y cuanto más grande es nuestro ánimo que el cuerpo, tanto más debemos cuidarlo, para que no se dañe. Pero daña su ánimo, quien odia a otro. Y ¿qué hará al que odia? ¿qué hará? ¿Le quita el dinero, acaso la fe? ¿Daña la fama, acaso la conciencia? Cualquier cosa que daña, daña desde fuera: atiende a lo que te daña a ti. Pues dentro de sí mismo es enemigo quien odia a otro. Pero como no siente lo que se hace a sí mismo, se ensaña contra otro, viviendo más peligrosamente, porque no siente lo que se hace a sí mismo; porque también ensañándose perdió el sentido. Te ensañaste contra tu enemigo: al ensañarte él quedó desnudo, tú eres injusto. Hay mucha diferencia entre el desnudo y el injusto. Él perdió dinero perecedero, tú perdiste la inocencia. Busca quién sufrió un daño más grave. Él perdió una cosa perecedera, tú te hiciste perecedero.

CAPÍTULO III.

4. Con qué ánimo debe corregirse al hermano. No debe despreciarse el pecado contra el hombre. Por eso debemos corregir amando; no con avidez de dañar, sino con el deseo de corregir. Si somos tales, hacemos muy bien lo que hoy hemos sido advertidos: Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo. ¿Por qué lo reprendes? ¿Porque te duele que haya pecado contra ti? Dios no lo quiera. Si lo haces por amor a ti, no haces nada. Si lo haces por amor a él, haces muy bien. Finalmente, en las mismas palabras atiende, por amor a quién debes hacerlo, si a ti o a él. Si te escucha, dice, has ganado a tu hermano. Por lo tanto, hazlo por él, para que lo ganes. Si al hacerlo lo ganas, si no lo hicieras se perdería. ¿Qué es entonces que muchos hombres desprecian estos pecados, y dicen, ¿Qué gran cosa hice? Pequé contra un hombre. No lo desprecies. Pecaste contra un hombre: ¿quieres saber que pecando contra un hombre te perdiste? Si aquel contra quien pecaste, te reprende entre tú y él solo, y lo escuchas, te ha ganado. ¿Qué es, te ha ganado; sino que te habrías perdido, si no te ganara? Pues si no te hubieras perdido, ¿cómo te ha ganado? Que nadie, pues, desprecie cuando peca contra un hermano. Pues dice en un lugar el Apóstol, Así pecando contra los hermanos, y hiriendo su débil conciencia, pecan contra Cristo (I Cor. VIII, 12): porque todos hemos sido hechos miembros de Cristo. ¿Cómo no pecas contra Cristo, quien pecas contra un miembro de Cristo?

5. Remedio de este pecado. Que nadie, pues, diga, porque no pequé contra Dios, sino que pequé contra un hermano, pequé contra un hombre: es un pecado leve, o no es pecado. Quizás dices, Es leve, porque se cura rápidamente. Pecaste contra un hermano: haz satisfacción, y estás sanado. Rápidamente hiciste algo mortal, pero rápidamente encontraste el remedio. ¿Quién de nosotros espera el reino de los cielos, hermanos míos, cuando dice el Evangelio, El que diga a su hermano, Fatuo, será reo del fuego del infierno? Gran terror; pero mira allí el remedio: Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti; deja allí tu ofrenda ante el altar. Dios no se enoja porque difieres poner tu ofrenda: te busca a ti más que a tu ofrenda. Pues si con mal ánimo contra tu hermano, vienes con ofrenda a tu Dios, te responde: Tú percaste, ¿qué me trajiste? Ofreces tu ofrenda, y tú no eres ofrenda de Dios. Más busca Cristo a quien redimió con su sangre, que lo que encontraste en tu granero. Por lo tanto, deja allí tu ofrenda ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; y así viniendo ofrecerás tu ofrenda (Mateo V, 22-24). He aquí que esa culpa del infierno cuán rápidamente se ha resuelto. Aún no reconciliado, eras reo del infierno: reconciliado, seguro ofreces tu ofrenda en el altar.

CAPÍTULO IV.

6. Qué debe hacer quien ha sufrido una injuria. Los hombres son fáciles para infligir injurias, y difíciles para buscar la concordia. Pide, dice, perdón al hombre a quien ofendiste, al hombre a quien dañaste. Responde: No me humillaré. Oye a tu Dios, si desprecias a tu hermano: El que se humilla, será exaltado (Lucas XIV, 11). ¿No quieres humillarte quien caíste? Hay mucha diferencia entre quien se humilla y quien yace. Ya yaces, y no quieres humillarte? Bien dirías, No quiero descender; si no hubieras querido caer.

7. Se trata el mismo tema. Esto, por tanto, debe hacer quien ha cometido una injuria. Pero, ¿qué debe hacer quien la ha sufrido? Lo que hemos escuchado hoy: Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo. Si lo descuidas, eres peor. Él cometió la injuria, y al hacerlo se hirió gravemente a sí mismo: ¿desprecias tú la herida de tu hermano? ¿Lo ves perecer o ya perdido, y lo ignoras? Eres peor callando que él insultando. Por tanto, cuando alguien peca contra nosotros, debemos tener gran cuidado, no por nosotros; pues es glorioso olvidar las injurias: pero olvida tu injuria, no la herida de tu hermano. Por tanto, repréndelo entre tú y él solo, buscando la corrección, preservando su pudor. Pues tal vez por vergüenza comience a defender su pecado, y a quien quieres hacer más correcto, lo haces peor. Repréndelo, pues, entre tú y él solo. Si te escucha, has ganado a tu hermano: porque estaba perdido, a menos que lo hicieras. Pero si no te escucha, es decir, si defiende su pecado como si fuera justicia, lleva contigo a dos o tres; porque en la boca de dos o tres testigos se establece toda palabra. Si tampoco los escucha, refiérelo a la Iglesia: si ni a la Iglesia escucha, sea para ti como un pagano y un publicano. No lo cuentes ya entre tus hermanos. Sin embargo, no por eso debe descuidarse su salvación. Pues incluso a los paganos, es decir, a los gentiles y paganos, no los contamos entre los hermanos; pero siempre buscamos su salvación. Esto, pues, hemos escuchado al Señor aconsejando así, y ordenando con tanto cuidado, que incluso añadió inmediatamente: En verdad os digo, todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Has comenzado a tener a tu hermano como un publicano, lo atas en la tierra: pero para atarlo justamente, mira. Pues la justicia rompe las ataduras injustas. Pero cuando lo has corregido y te has reconciliado con tu hermano, lo has desatado en la tierra. Cuando lo desatas en la tierra, será desatado en el cielo. Haces mucho, no para ti, sino para él; porque mucho le perjudicó, no a ti, sino a sí mismo.

CAPÍTULO V.

8. Se concilia el Evangelio con Salomón. Siendo así las cosas, ¿qué es lo que dice Salomón, que hoy hemos escuchado primero en otra lectura: Asintiendo con los ojos con dolor, acumula tristeza a los hombres: pero quien reprende abiertamente, hace la paz? Si, por tanto, quien reprende abiertamente, hace la paz; ¿cómo, Repréndelo entre tú y él solo? Se teme que los preceptos divinos sean contradictorios. Pero entendamos que hay una suma concordia, no como algunos vanos piensan, que erróneamente opinan que los dos Testamentos en los Libros antiguos y nuevos son contrarios entre sí: para que pensemos que esto es contrario, porque aquello está en el libro de Salomón, esto en el Evangelio. Pues si algún inexperto y calumniador de las Escrituras divinas dijera, He aquí donde se contradicen los dos Testamentos. El Señor dice, Repréndelo entre tú y él solo. Salomón dice, Quien reprende abiertamente, hace la paz. ¿Entonces el Señor no sabe lo que ordenó? Salomón quiere golpear la frente del pecador: Cristo perdona el pudor del que se avergüenza. Pues allí está escrito, Quien reprende abiertamente, hace la paz: pero aquí, Repréndelo entre tú y él solo; no abiertamente, sino en secreto y ocultamente. ¿Quieres saber, quienquiera que pienses tales cosas, que los dos Testamentos no se contradicen entre sí, porque aquello se encuentra en el libro de Salomón, esto en el Evangelio? Escucha al Apóstol. Ciertamente el Apóstol es ministro del Nuevo Testamento. Escucha, pues, al apóstol Pablo ordenando a Timoteo y diciendo, A los que pecan, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman (I Tim. V, 20). Ya no parece que el libro de Salomón esté en conflicto con el Evangelio, sino la Epístola del apóstol Pablo. Dejemos a Salomón un poco sin injuria: escuchemos a Cristo el Señor y a Pablo su siervo. ¿Qué dices, Señor? Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo. ¿Qué dices, Apóstol? A los que pecan, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman. ¿Qué hacemos? ¿Escuchamos esta controversia como jueces? De ninguna manera. Más bien, estando bajo juicio, llamemos, para que se nos abra: huyamos bajo las alas de nuestro Señor Dios. Pues no habló contrario a su Apóstol, porque también en él habló, como dice: ¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Cristo en el Evangelio, Cristo en el Apóstol: Cristo, por tanto, dijo ambas cosas; una con su propia boca, la otra con la boca de su heraldo. Porque cuando el heraldo dice algo desde el tribunal, no se escribe en los Actos, El heraldo dijo: sino que se escribe que lo dijo aquel que ordenó al heraldo lo que debía decir.

CAPÍTULO VI.

9. La corrección debe ser a veces secreta, a veces pública. Escuchemos, pues, hermanos, estos dos preceptos de manera que los entendamos, y nos situemos pacíficamente entre ambos preceptos. Conciliemos nuestro corazón, y la Escritura santa no discorda en ninguna parte. Es completamente cierto, ambos son verdaderos: pero debemos discernir, a veces hacer esto, a veces aquello; a veces reprender al hermano entre tú y él solo, a veces reprender al hermano delante de todos, para que los demás también teman. Si a veces hacemos esto, a veces aquello; mantendremos la concordia de las Escrituras, y al hacer y obedecer no erraremos. Pero alguien me dice: ¿Cuándo hago esto, cuándo aquello: para no reprender entre mí y él solo, cuando debo reprender delante de todos; o reprender delante de todos, cuando debo reprender en secreto?

CAPÍTULO VII.

10. Cuándo debe ser secreta, cuándo pública. Pronto verá vuestra Caridad, qué debemos hacer y cuándo: pero ojalá no seamos perezosos en hacerlo. Prestad atención, y ved: Si tu

hermano peca, dice, repréndelo entre tú y él solo. ¿Por qué? Porque pecó contra ti. ¿Qué significa, pecó contra ti? Tú sabes que pecó. Pues como fue secreto cuando pecó contra ti; busca el secreto cuando corriges lo que pecó. Pues si solo tú sabes que pecó contra ti, y quieres reprenderlo delante de todos; no eres un corrector, sino un traidor. Observa cómo el hombre justo, José, perdonó con tanta benignidad un gran delito que sospechaba de su esposa, antes de saber de dónde había concebido: pues la sintió embarazada, y sabía que no se había acercado a ella. Quedaba, por tanto, una cierta sospecha de adulterio: y sin embargo, como solo él lo percibió, solo él lo sabía, ¿qué dice el Evangelio de él? José, siendo un hombre justo, y no queriendo difamarla. El dolor del marido no buscó venganza: quiso beneficiar al pecador, no castigar al pecador. Como, dice, no quiso difamarla, quiso dejarla en secreto. Mientras pensaba en esto, he aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños; y le indicó qué era, que no había violado el lecho del hombre, que había concebido del Espíritu Santo al Señor de ambos (Mat. I, 19, 20). Por tanto, si tu hermano pecó contra ti; si solo tú lo sabes, entonces verdaderamente pecó solo contra ti. Pues si te hizo una injuria ante muchos oyentes, también pecó contra aquellos a quienes hizo testigos de su iniquidad. Digo, hermanos amadísimos, lo que vosotros mismos podéis reconocer en vosotros mismos. Cuando alguien hace una injuria a mi hermano en mi presencia, lejos esté de mí considerar esa injuria ajena. Ciertamente también me la hizo a mí: más aún, me la hizo más a mí, a quien pensó agrandar con lo que hizo. Por tanto, esas cosas deben ser reprendidas delante de todos, que se pecan delante de todos: esas cosas deben ser reprendidas más secretamente, que se pecan más secretamente. Distribuid los tiempos, y la Escritura concuerda.

CAPÍTULO VIII.

11. El modo de corrección, por qué debe hacerse en secreto. Los pecados de la carne son mortales. Así actuemos y así debe hacerse, no solo cuando se peca contra nosotros, sino cuando alguien peca, para que otro no lo sepa. Debemos reprender en secreto, argumentar en secreto; no sea que queriendo argumentar públicamente, traicionemos al hombre. Queremos reprender y corregir: ¿qué, si el enemigo busca escuchar lo que castigue? Pues el obispo conoce a un asesino, y nadie más lo conoce. Quiero reprender públicamente, pero tú buscas inscribirlo. Ciertamente no lo traiciono, ni lo descuido: lo reprendo en secreto; pongo ante sus ojos el juicio de Dios; aterro su conciencia sangrienta; persuado la penitencia. Debemos estar dotados de esta caridad. Por eso a veces las personas nos reprenden, porque aparentemente no reprendemos: o piensan que sabemos lo que no sabemos, o piensan que callamos lo que sabemos. Pero tal vez lo que sabes, yo también lo sé: pero no reprendo delante de ti; porque quiero curar, no acusar. Hay personas adúlteras en sus casas, pecan en secreto; a veces nos son reveladas por sus esposas, a menudo celosas, a veces buscando la salvación de sus maridos: no las traicionamos abiertamente, sino que las reprendemos en secreto. Donde ocurrió el mal, allí muera el mal. Sin embargo, no descuidamos esa herida; ante todo mostrando al hombre en tal pecado constituido y llevando una conciencia herida, que esa herida es mortal: lo que a veces quienes lo cometen, no sé por qué perversidad desprecian; y no sé de dónde se buscan testimonios nulos y vanos, diciendo, Dios no se preocupa por los pecados de la carne. ¿Dónde está lo que hoy hemos escuchado: Fornicadores y adúlteros juzga Dios? He aquí, atiende, quienquiera que padezcas tal enfermedad. Lo que dice Dios escucha: no lo que te dice tu ánimo favorable a tus pecados, o tu amigo, o más bien tu enemigo y el suyo, atado contigo en la misma cadena de iniquidad. Escucha, pues, lo que dice el Apóstol: Honorables, dice, son las nupcias en todos, y el lecho sin mancha. Pero a los fornicadores y adúlteros juzga Dios (Hebr. XIII, 4).

CAPÍTULO IX.

12. La vida debe corregirse pronto. Actúa, pues, hermano, sé corregido. Temes que el enemigo te inscriba; y no temes que Dios te juzgue? ¿Dónde está la fe? Teme cuando hay que temer. Ciertamente el día del juicio está lejos: pero el día último de cada hombre no puede estar lejos; porque la vida es breve. Y porque esa brevedad siempre es incierta, no sabes cuándo será tu último día. Corrígete hoy, por el mañana. Que te aproveche ahora la corrección en secreto. Pues hablo abiertamente, y argumento en secreto. Golpeo los oídos de todos: pero convoco las conciencias de algunos. Si dijera, Tú, adúltero, corrígete: primero tal vez diría lo que no sé; tal vez lo que temerariamente escuché, sospecharía. No digo, Tú, adúltero, corrígete; sino, quienquiera que seas adúltero en este pueblo, corrígete. La corrección es pública, pero la corrección es secreta. Sé que quien teme, se corrige.

CAPÍTULO X.

13. Los pecados de la carne no deben ser despreciados. No diga en su corazón, Dios no se preocupa por los pecados de la carne. ¿No sabéis, dice el Apóstol, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Quien destruya el templo de Dios, Dios lo destruirá (I Cor. III, 16, 17). Nadie se engañe. Pero tal vez alguien dice, Mi alma es el templo de Dios, no mi cuerpo: añadió también el testimonio, Toda carne es heno, y toda la gloria de la carne como flor de heno (I Petr. I, 24). ¡Infeliz interpretación! ¡Pensamiento que debe ser castigado! La carne fue llamada heno, porque muere: pero lo que muere por un tiempo, no resucita con crimen. ¿Quieres conocer también una sentencia clara sobre esto? ¿No sabéis, dice el mismo apóstol, que vuestros cuerpos son templo en vosotros del Espíritu Santo, que tenéis de Dios? (Ya no despreciéis los pecados corporales: he aquí que también vuestros cuerpos son templo en vosotros del Espíritu Santo, que tenéis de Dios.) Despreciabas el pecado corporal, ¿desprecias que pecas en el templo? Tu mismo cuerpo es templo en ti del Espíritu de Dios. Ya ve qué haces con el templo de Dios. Si eligieras cometer adulterio en la iglesia dentro de estos muros, ¿qué sería más criminal? Pero ahora tú mismo eres templo de Dios. Entras al templo, sales del templo, permaneces en el templo en tu casa, te levantas en el templo. Mira lo que haces, mira que no ofendas al habitante del templo, no sea que te abandone, y te conviertas en ruina. ¿No sabéis, dice, que vuestros cuerpos (y esto lo decía el Apóstol sobre la fornicación, para que no despreciaran los pecados corporales) son templo en vosotros del Espíritu Santo, que tenéis de Dios, y no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio (I Cor. VI, 19, 20). Si desprecias tu cuerpo, considera tu precio.

CAPÍTULO XI.

14. La corrección no debe postergarse. Voz de cuervo. Los hombres quieren tener todo lo bueno excepto la vida. Sé yo, y conmigo todo hombre que haya considerado un poco más atentamente, que nadie temeroso de Dios no se corrige bajo sus palabras, a menos que piense que tiene más para vivir. Esa es la cosa que mata a muchos, cuando dicen, Mañana, mañana: y de repente se cierra la puerta. Quedó afuera con la voz de cuervo, porque no tuvo el gemido de paloma. Mañana, mañana; voz de cuervo. Gime como paloma, y golpea tu pecho: pero dándote golpes en el pecho, sé corregido; no sea que parezca que golpeas tu conciencia, sino que pavimentas con puños una mala conciencia, haciéndola más sólida, no más correcta. Gime no con un gemido vano. Pues tal vez te dices a ti mismo: Dios me prometió indulgencia, cuando me corrija; estoy seguro: leo la Escritura divina, El impío en el día en que se convierta de sus iniquidades, y haga justicia, todas sus iniquidades olvidaré (Ezequiel XVIII, 21 y 22). Estoy seguro; cuando me corrija, Dios me da indulgencia de mis males. ¿Y qué voy a decir yo? ¿Voy a reclamar contra Dios? ¿Voy a decirle a Dios: No le des

indulgencia? ¿Voy a decir que esto no está escrito, que Dios no lo prometió? Si dijera estas cosas, todo lo que digo es falso. Bien dices, dices la verdad: Dios prometió indulgencia a tu corrección, no puedo negarlo: pero dime, te ruego; he aquí que consiento y concedo y reconozco que Dios te prometió indulgencia; pero ¿quién te prometió el día de mañana? ¿Dónde leo que recibirás indulgencia si te corriges; léeme allí cuánto vivirás. No leo, dices. No sabes, pues, cuánto vivirás. Sé corregido y siempre preparado. No temas el último día, como un ladrón que te cava la pared mientras duermes: sino vigila, y corrígete hoy. ¿Por qué lo pospones para mañana? La vida será larga. Esa misma larga, que sea buena. Nadie pospone un buen banquete largo, y ¿quieres tener una vida mala larga? Ciertamente si será larga, mejor será buena: si será breve, bien se ha hecho, para que se prolongue buena. Así, sin embargo, los hombres descuidan su vida, que no quieren tener mala, sino solo ella. Compras una villa, buscas una buena; quieres tomar esposa, eliges una buena; quieres que te nazcan hijos, deseas buenos; alquilas calzado, y no quieres malo: ¡y amas una vida mala! ¿Qué te ofende tu vida, que solo quieres que sea mala, para que entre todas tus cosas buenas tú solo seas malo?

CAPÍTULO XII.

15. La carga del pastor no debe ser rechazada. Por tanto, hermanos míos, si quisiera reprender a alguno de vosotros en parte, tal vez me escucharía: reprendo públicamente a muchos de vosotros; todos me alaban; que me escuche alguno. No amo al que me alaba en voz, y me desprecia en el corazón. Pues cuando alabas, y no te corriges, eres testigo contra ti. Si eres malo, y lo que digo te agrada, desagradate: porque si siendo malo te desagradas, corregido te agradarás, lo que dije anteayer, si no me equivoco. En todas mis palabras propongo un espejo. Ni son estas mis palabras: sino que hablo por mandato del Señor, por cuyo temor no callo. Pues ¿quién no elegiría callar, y no rendir cuentas de vosotros? Pero ya hemos asumido una carga, que no podemos ni debemos quitar de nuestros hombros. Habéis escuchado, hermanos míos, cuando se leía la Epístola a los Hebreos: Obedeced a vuestros superiores, y sed sumisos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta por vosotros: para que lo hagan con alegría, y no con tristeza; pues no os conviene a vosotros (Hebr. XIII, 17). ¿Cuándo hacemos esto con alegría? ¿Cuándo ve el trabajador con alegría en el campo? ¿Cuándo atiende al árbol, y ve el fruto; cuándo atiende a la cosecha, y ve la abundancia de frutos en la era: no trabajó en vano, no curvó en vano su espalda, no desgastó en vano sus manos, no soportó en vano el frío y el calor. Esto es lo que dice, Para que lo hagan con alegría, y no con tristeza; pues no os conviene a vosotros. ¿Acaso dijo, No les conviene a ellos? No; sino que dijo, No os conviene a vosotros. Pues esos superiores cuando se entristecen por vuestros males, les conviene; esa misma tristeza les beneficia: pero no os conviene a vosotros. Sin embargo, no queremos que nos convenga nada que no os convenga a vosotros. Trabajemos juntos, pues, hermanos, en el campo del Señor; para que juntos nos regocijemos en la recompensa.

SERMON LXXXIII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XVIII, 21, 22, Cuántas veces pecará mi hermano contra mí, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre el perdón de las ofensas. Ayer, el santo Evangelio nos advirtió que no debemos descuidar los pecados de nuestros hermanos: "Si tu hermano peca contra ti", dice, "repréndelo a solas entre tú y él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Pero si te desprecia, lleva

contigo a uno o dos más, para que todo asunto se resuelva por la palabra de dos o tres testigos. Si también los desprecia, díselo a la Iglesia. Y si desprecia a la Iglesia, considéralo como un pagano y un publicano". Hoy, el capítulo que sigue, que acabamos de escuchar, también se refiere a este asunto. Después de que el Señor Jesús dijo esto a Pedro, él preguntó al Maestro cuántas veces debía perdonar al hermano que pecara contra él, y preguntó si bastaba con hacerlo siete veces. El Señor le respondió: "No solo siete veces, sino setenta veces siete". Luego contó una parábola muy impactante: el reino de los cielos es semejante a un hombre, un padre de familia, que quiso ajustar cuentas con sus siervos; entre ellos encontró a uno que le debía diez mil talentos. Y cuando ordenó que todo lo que tenía, su familia y él mismo fueran vendidos para pagar la deuda, el siervo se postró ante su señor y le rogó por un plazo, y mereció el perdón. Su señor se compadeció de él, como hemos escuchado, y le perdonó toda la deuda. Pero este siervo, libre de su deuda pero esclavo de la iniquidad, al salir de la presencia de su señor, encontró a uno de sus compañeros que le debía, no diez mil talentos como él, sino cien denarios: comenzó a estrangularlo y a decirle: "Paga lo que debes". Y su compañero le rogaba, como él había rogado a su señor, pero no encontró en su compañero la misma misericordia que él había recibido de su señor. No solo no quiso perdonarle la deuda, sino que tampoco le dio un plazo. Lo arrastraba para que pagara, ya libre de su deuda con el señor. Esto disgustó a los demás siervos, y le informaron a su señor lo que había sucedido: y el señor hizo comparecer al siervo y le dijo: "Siervo malvado, cuando me debías tanto, me compadecí de ti y te perdoné todo; ¿no debías tú también compadecerte de tu compañero, como yo me compadecí de ti?" Y ordenó que se le exigiera todo lo que le había perdonado.

CAPÍTULO II.

2. Todo hombre es deudor de Dios y tiene un hermano deudor. Dos obras de misericordia. Somos mendigos de Dios. Por tanto, propuso esta parábola para nuestra instrucción y no quiso que pereciéramos por falta de advertencia. "Así", dice, "hará con vosotros vuestro Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano". He aquí, hermanos, el asunto está claro, es una advertencia útil; y se debe una obediencia muy saludable, para que se cumpla lo que se ha mandado. Porque todo hombre es deudor de Dios y tiene un hermano deudor. ¿Quién es el que no es deudor de Dios, sino aquel en quien no se puede encontrar pecado alguno? ¿Y quién es el que no tiene un hermano deudor, sino aquel contra quien nadie ha pecado? ¿Crees que se puede encontrar a alguien en el género humano que no esté también atado por algún pecado a su hermano? Por tanto, todo hombre es deudor, aunque también tiene un deudor. Por eso Dios, que es justo, ha establecido una regla para ti en tu deudor, que Él mismo seguirá con el suyo. Hay dos obras de misericordia que nos liberan, que el mismo Señor resumió brevemente en el Evangelio: "Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará" (Lucas 6, 37-38). "Perdonad, y se os perdonará" se refiere al perdón. "Dad, y se os dará" se refiere a la prestación de un beneficio. Lo que dice sobre el perdón; tú también deseas que se te perdone lo que pecas, y tienes a alguien a quien puedes perdonar. Nuevamente, en lo que respecta a otorgar un beneficio; un mendigo te pide, y tú eres un mendigo de Dios. Porque todos, cuando oramos, somos mendigos de Dios: estamos ante la puerta del gran padre de familia, incluso nos postramos, gemimos suplicantes, deseando recibir algo; y ese algo es Dios mismo. ¿Qué te pide el mendigo? Pan. ¿Y qué pides tú a Dios, sino a Cristo, que dice: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 51)? ¿Queréis que se os perdone? Perdonad: "Perdonad, y se os perdonará". ¿Queréis recibir? Dad, y se os dará.

CAPÍTULO III.

3. Cuántas veces se debe perdonar al hermano. Pero, ¿qué puede inquietar en este mandato claro? Escuchad. En el perdón donde se pide clemencia, y se debe por parte del que perdona, esto puede inquietar, lo que también inquietó a Pedro. "¿Cuántas veces debo perdonar?", dice, "¿Basta con siete veces?" No basta, dice el Señor: "No te digo siete veces, sino setenta veces siete". Ahora cuenta cuántas veces ha pecado contra ti tu hermano. Si puedes llegar hasta la septuagésima octava falta, para pasar de setenta veces siete, entonces busca venganza. ¿Es cierto lo que dice, y realmente es así, que si peca setenta veces siete, perdonas; pero si peca setenta y ocho veces, ya puedes no perdonar? Me atrevo, me atrevo a decir que incluso si peca setenta y ocho veces, perdones. Y si peca cien veces, perdona. ¿Y qué diré tantas veces y tantas veces? En verdad, perdona cuantas veces peque. ¿Entonces me he atrevido a sobrepasar el límite de mi Señor? Él fijó el límite del perdón en el número setenta y siete: ¿me atreveré yo a sobrepasar este límite? No es cierto, no me he atrevido a más. He escuchado a mi Señor hablando en su Apóstol, donde no se fija un límite ni un número. Porque dice: "Perdonándoos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro, como Dios os perdonó en Cristo" (Colosenses 3, 13). Habéis escuchado la forma. Si Cristo te perdonó setenta veces siete pecados, si hasta aquí perdonó, y más allá negó; entonces pon tú también un límite, y no perdones más allá. Pero si Cristo encontró miles de pecados en los pecadores, y sin embargo los perdonó todos; no retires la misericordia, sino pide la solución de ese número. No sin razón el Señor dijo "setenta veces siete": cuando en realidad no hay culpa que no debas perdonar. He aquí, ese mismo siervo, cuyo deudor fue encontrado deudor, debía diez mil talentos. Porque creo que diez mil talentos, para que sea poco, son diez mil pecados. No quiero decir que un talento incluya todos los pecados. Pero, ¿cuánto le debía ese siervo? Cien denarios. ¿No es ya más que setenta veces siete? Y sin embargo, el Señor se enojó porque no le perdonó. Porque no solo cien son más que setenta y siete; sino que cien denarios son quizás mil ases. Pero, ¿qué son comparados con diez mil talentos?

CAPÍTULO IV.

4. Todos los pecados deben ser perdonados. Por lo tanto, estemos preparados para perdonar todas las ofensas que se cometen contra nosotros, si deseamos que se nos perdone. Porque si consideramos nuestros pecados, y enumeramos lo que hemos hecho, lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos pensado, lo que hemos sentido en innumerables movimientos; no sé si dormimos sin un talento. Por tanto, pedimos diariamente, diariamente golpeamos las divinas orejas con nuestras oraciones, diariamente nos postramos y decimos: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12). ¿Cuáles son tus deudas? ¿Todas, o alguna parte? Responderás, Todas. Así también tú a tu deudor. Por tanto, estableces esta regla, hablas esta condición: con este pacto y acuerdo, cuando oras, recuerdas, para decir: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores".

5. Figura notable sobre este asunto. ¿Qué significa entonces "setenta veces siete"? Escuchad, hermanos, un gran misterio, un sacramento admirable. Cuando el Señor fue bautizado, el evangelista Lucas recordó allí sus generaciones, en qué orden, en qué serie, en qué linaje se llegó a la generación de la que nació Cristo (Lucas 3, 21-38). Mateo comenzó desde Abraham y llegó hasta José descendiendo (Mateo 1, 1-16): pero Lucas comenzó a contar ascendiendo. ¿Por qué uno descendiendo y el otro ascendiendo? Porque Mateo recomendaba la generación de Cristo, por la cual descendió a nosotros; por eso, cuando nació Cristo, comenzó a contar descendiendo. Pero Lucas, porque comenzó a contar cuando Cristo fue bautizado; allí está el inicio de la ascensión: este comenzó a contar ascendiendo, y al contar completó setenta y siete generaciones. ¿Desde quién contaba? Prestad atención desde quién. Comenzó a contar

desde Cristo hasta el mismo Adán, quien primero pecó y nos generó con la obligación del pecado. Llegó hasta Adán, y se cuentan setenta y siete generaciones: esto es, desde Cristo hasta Adán, que dijimos setenta y siete; y desde Adán hasta Cristo setenta y siete. Si, por tanto, no se omitió ninguna generación, no se pasa por alto ninguna culpa que no deba ser perdonada. Porque por eso enumeró esas setenta y siete generaciones, el número que el Señor recomendó en la remisión de los pecados; porque comenzó a contar desde el bautismo, donde se perdonan todos los pecados.

CAPÍTULO V.

6. Otra figura sobre el mismo tema. El Decálogo. Y en esto, hermanos, aún recibid un sacramento mayor. En el número setenta y siete está el misterio de la remisión de los pecados. Se encuentran tantas generaciones desde Cristo hasta Adán. Luego, pregunta un poco más diligentemente el secreto de ese número, investiga sus recovecos: golpea más diligentemente, para que se te abra. La justicia consiste en la ley de Dios: es verdad. Porque la ley se recomienda en diez mandamientos. Por eso aquel debía diez mil talentos. Es el memorable Decálogo escrito con el dedo de Dios, entregado al pueblo por Moisés, siervo de Dios. Por tanto, aquel debía diez mil talentos: significa todos los pecados, por el número de la ley. Y aquel debía cien denarios: no menos del mismo número. Porque cien veces cien son diez mil; y diez veces diez, cien. Y aquel diez mil talentos, y aquel diez veces diez. No se ha apartado del número legítimo, en el cual encuentras ambos pecados. Ambos deudores, y ambos suplicantes e impetradores de clemencia: pero aquel siervo malo, siervo ingrato, iniquo, no quiso devolver lo que recibió, no quiso dar lo que le fue dado a él, indigno.

CAPÍTULO VI.

7. En el número setenta y siete están prefigurados todos los pecados. Los pecados perdonados se replican al que no perdona. Ved, pues, hermanos: quien comienza desde el Bautismo, sale libre, se le han perdonado diez mil talentos; y cuando sale, encontrará a su compañero deudor. Por tanto, observe el mismo pecado: porque el número once es la transgresión de la ley. La ley es diez, el pecado es once. La ley es por diez, el pecado es por once. ¿Por qué el pecado es por once? Porque es la transgresión del diez, para ir al once. En la ley, sin embargo, el modo está fijado: la transgresión es pecado. Ya cuando transgredes el diez, llegas al once. Tanto es así que un gran misterio fue figurado cuando se ordenó construir el tabernáculo. Muchas cosas se dijeron allí en números, en un gran sacramento. Entre otras cosas, se ordenó hacer velos de cilicio, no diez, sino once (Éxodo 26, 7): porque el cilicio muestra la confesión de los pecados. ¿Qué más buscas? ¿Quieres saber que todos los pecados están contenidos en este número setenta y siete? El séptuplo suele contarse por completo: porque el tiempo se desarrolla en siete días, y al completar el séptimo, se vuelve al principio, para que la misma forma se desarrolle. A través de tales revoluciones de forma, pasan las edades: sin embargo, no se aparta del número siete. Porque dijo todos los pecados, cuando dijo "setenta veces siete": porque ese once multiplicado por siete, son setenta veces siete. Por tanto, quiso que se perdonaran todos los pecados, quien los prefiguró en el número setenta y siete. Que nadie se retenga a sí mismo no perdonando, para que no se le retenga cuando ore. Porque Dios dice, Perdona, y se te perdonará. Pero yo perdóné primero: perdona al menos después. Porque si no perdonas, te llamaré de nuevo; y todo lo que te había perdonado, te lo replicaré. Porque no miente la Verdad; no engaña ni es engañado Cristo, quien añadió, diciendo: "Así hará con vosotros vuestro Padre que está en los cielos". Encuentra al Padre, imita al Padre. Porque si no quieres imitar, te dispones a ser desheredado. "Así hará con vosotros", dice, "vuestro Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a sus

hermanos". No digas con la lengua, Perdono, y lo difieras en el corazón. Porque Dios te muestra el castigo, amenazando con venganza. Dios sabe dónde dices. El hombre escuchó tu voz: Dios mira tu conciencia. Si dices, Perdono; perdona. Es mejor cuando clamas con la boca, y perdonas en el corazón, que ser amable con la boca, cruel en el corazón.

CAPÍTULO VII.

8. Así se debe perdonar, para que no se descuide la disciplina. Ahora, pues, los niños indisciplinados suplican, y no quieren ser castigados, quienes así nos prescriben cuando queremos dar disciplina: He pecado, perdóname. He aquí que he perdonado, y vuelve a pecar. Perdona: he perdonado. Peca por tercera vez. Perdona: he perdonado por tercera vez. Ya en la cuarta, que reciba castigo. Y él: ¿Acaso te he fatigado setenta veces siete? Si con esta prescripción la severidad de la disciplina duerme, reprimida la disciplina, la maldad impune se desborda. ¿Qué, pues, se debe hacer? Corrijamos con palabras, y si es necesario, también con azotes: pero perdonemos la falta, arrojemos la culpa del corazón. Porque el Señor añadió, "de vuestros corazones", para que si la disciplina se impone por amor, la bondad no se aleje del corazón. Porque, ¿qué es más piadoso que un médico llevando un instrumento? Lloro el que va a ser cortado, y es cortado: llora el que va a ser quemado, y es quemado. No es esa crueldad; lejos esté que se llame saña del médico. Ataca la herida, para que el hombre sea sanado: porque si la herida se acaricia, el hombre se pierde. Así, pues, he advertido esto, hermanos míos, para que amemos de todo modo a nuestros hermanos que han pecado, no dejemos de tener caridad hacia ellos en nuestro corazón, y demos disciplina cuando sea necesario: para que por la relajación de la disciplina no crezca la maldad, y comencemos a ser acusados por Dios; porque se nos ha recitado, "Reprende a los que pecan delante de todos, para que los demás tengan temor" (1 Timoteo 5, 20). Ciertamente, si alguien, lo cual es lo único verdadero, distingue los tiempos, y resuelve la cuestión, es cierto. Si el pecado es en secreto, corrige en secreto. Si el pecado es público y abierto, corrige públicamente: para que él se enmiende, y los demás teman.

SERMON LXXXIV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XIX, 17, Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuánto debe amarse la vida eterna, se entiende por el amor a esta vida. El Señor dijo a un joven: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". No dijo, Si quieres entrar en la vida eterna: sino, "Si quieres entrar en la vida"; definiendo esa vida, que será la vida eterna. Por tanto, primero recomendemos el amor a esta vida. Porque también se ama esta vida, aunque sea de cualquier manera; y esta vida, aunque sea de cualquier manera, llena de sufrimientos, miserable, los hombres temen terminarla, y se asustan. De aquí se debe ver, de aquí se debe considerar, cuán amada debe ser la vida eterna; cuando se ama tanto esta vida miserable y que algún día terminará. Considerad, hermanos, cuánto debe amarse la vida, donde nunca terminarás la vida. Amas, pues, esta vida, donde tanto trabajas, corres, te afanas, jadeas; y apenas se enumeran las cosas necesarias en esta vida miserable; sembrar, arar, plantar, navegar, moler, cocinar, tejer: y después de todo esto, tienes que terminar la vida. He aquí lo que sufres en esta vida miserable que amas: ¿y piensas que vivirás siempre, y nunca morirás? Templos, piedras, mármoles, consolidados con hierro y plomo, sin embargo, caen: ¿y el hombre nunca piensa que morirá? Aprended, pues, hermanos, a buscar la vida eterna, donde no soportaréis estas cosas, sino que reinaréis eternamente con Dios. Porque "quien quiere la vida", como dice el profeta, "ama ver días buenos" (Salmo 33, 13). Porque en los

días malos se prefiere la muerte a la vida. ¿No escuchamos y vemos a hombres en algunas tribulaciones y angustias, conflictos y enfermedades, cuando están en estas situaciones, y se ven trabajando, no decir otra cosa que, Dios, envíame la muerte, apresura mis días? Y a veces viene la enfermedad; se corre, se traen médicos, se prometen recompensas y regalos. La misma muerte te dice: He aquí que estoy aquí, a quien poco antes pedías al Señor; ¿por qué ahora quieres huir de mí? Te he encontrado mentiroso, y amante de la vida miserable.

2. Los días de esta vida son malos. La vida verdadera y bienaventurada es eterna. Sobre estos días que vivimos, dice el Apóstol: "Redimiendo el tiempo, porque los días son malos" (Efesios V, 10). ¿No son, entonces, malos los días que vivimos en la corrupción de esta carne, bajo el peso de un cuerpo corruptible, entre tantas tentaciones y dificultades, donde hay placer falso y ninguna seguridad de alegría, miedo que atormenta, codicia ávida, tristeza árida? He aquí cuán malos son los días: y nadie quiere que terminen estos días malos, y mucho se pide a Dios que se viva mucho tiempo. ¿Qué es, sin embargo, vivir mucho tiempo, sino sufrir mucho tiempo? ¿Qué es vivir mucho tiempo, sino añadir días malos a días malos? Y cuando los niños crecen, parece que se les añaden días; y no saben que se les restan: y ese es un cálculo falso. Porque al crecer, los días se restan más bien que se suman. Supongamos que a un hombre nacido se le asignan, por ejemplo, ochenta años: lo que viva, se resta de la suma. Y los hombres insensatos se felicitan por muchos cumpleaños, tanto los suyos como los de sus hijos. ¡Oh hombre prudente! Si se te reduce el vino en el odre, te entristeces: ¿pierdes días y te alegras? Por lo tanto, los días son malos: y peores aún porque se aman. Así seduce este mundo, que nadie quiere terminar una vida llena de sufrimientos. La verdadera vida o bienaventurada es esta, cuando resucitemos y reinemos con Cristo. Porque también los impíos resucitarán, pero irán al fuego. Así que la vida no es vida, a menos que sea bienaventurada. Y la vida bienaventurada no puede ser, a menos que sea eterna, donde los días son buenos; no muchos, sino uno solo. Por costumbre de esta vida se les llama días. Ese día no conoce amanecer ni ocaso. A ese día no le sigue un mañana; porque no le precede un ayer. Este día, o estos días, y esta vida, y la verdadera vida la tenemos en las promesas. Por lo tanto, es la recompensa de alguna obra. Si amamos la recompensa, no desfallezcamos en la obra: y reinaremos con Cristo para siempre.

SERMON LXXXV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XIX, 17-25. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

NUM. 1. La observancia de los mandamientos para merecer la vida. El Evangelio, la boca de Cristo. La lectura evangélica, que acaba de resonar en nuestros oídos, hermanos, requiere más un oyente y hacedor que un expositor. ¿Qué hay más claro que esta luz: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos"? ¿Qué, entonces, voy a decir? Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¿Quién es el que no quiere la vida? y sin embargo, ¿quién es el que quiere guardar los mandamientos? Si no quieres guardar los mandamientos, ¿por qué buscas la vida? Si eres perezoso para la obra, ¿por qué te apresuras a la recompensa? Aquel joven rico dijo que había guardado los mandamientos: escuchó preceptos mayores, "Si quieres ser perfecto, una cosa te falta; ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres: no lo perderás, sino que tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme". Pues, ¿de qué te sirve si lo haces y no me sigues? Pero se fue triste y afligido, como habéis oído: porque tenía muchas riquezas. Lo que él oyó, también lo hemos oído nosotros. La boca de Cristo es el Evangelio. Está sentado en el cielo: pero no cesa de hablar en la tierra. No seamos sordos: porque él clama. No

seamos muertos: porque él truena. Si no quieres hacer cosas mayores, haz las menores. La carga de las mayores es mucho para ti, al menos toma las menores. ¿Por qué eres perezoso para ambas? ¿por qué te opones a ambas? Las mayores son: "Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y sígueme". Las menores son: "No matarás, No cometerás adulterio, No darás falso testimonio, No robarás. Honra a tu padre y a tu madre, Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Haz estas cosas. ¿Por qué te llamo a que vendas tus bienes, a ti a quien no puedo forzar a que no robes lo ajeno? Has oído, "No robarás"; tú robas. Ante la vista de tan gran Juez, ya no te tengo por ladrón, sino por saqueador. Perdónate a ti mismo, ten misericordia de ti. Aún esta vida te da dilación, no rechaces la corrección. Ayer fuiste ladrón; no lo seas hoy también. Ya quizás hoy también lo fuiste; mañana no lo seas. Alguna vez pon fin al mal, y exige el bien como recompensa. Quieres tener cosas buenas, y no quieres ser bueno: tu vida es contraria a tus deseos. Si es un gran bien tener una buena finca, ¿cuánto mal es tener un alma mala?

CAPÍTULO II.

2. Los ricos difícilmente se salvan. Lo que los pobres deben evitar. El rico se fue triste, y el Señor dijo: "¡Cuán difícil es que el que tiene riquezas entre en el reino de los cielos!" Y cuán difícil sería, lo mostró con una comparación, tan difícil que es imposible. Porque todo lo imposible es difícil: pero no todo lo difícil es imposible. Qué tipo de dificultad es, atiende a la comparación: "En verdad os digo, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos". Que un camello pase por el ojo de una aguja: si dijera una pulga, sería imposible. De hecho, al oír esto, los discípulos se entristecieron y dijeron: "Si es así, ¿quién podrá salvarse?" ¿Quién de los ricos? Pobres, escuchad a Cristo, hablo al pueblo de Dios. Sois más los pobres, al menos vosotros tomadlo; y sin embargo, escuchad. Cualquiera que se glorie de la pobreza, evite la soberbia, no sea que los humildes ricos os superen: eviten la impiedad, no sea que los piadosos ricos os superen: eviten la embriaguez, no sea que los sobrios ricos os superen. No os gloriéis de la pobreza, si ellos no deben gloriarse de las riquezas.

CAPÍTULO III.

3. Lo que el Apóstol quiere que se ordene a los ricos. El gusano de las riquezas, la soberbia. Que los ricos escuchen, si es que hay; que escuchen al Apóstol: "Manda a los ricos de este mundo", porque hay ricos de otro siglo. Los pobres son ricos de otro siglo, los Apóstoles son ricos de otro siglo, que decían: "Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo" (II Cor. VI, 10). Para que sepáis de qué ricos habla, añadió: "de este mundo". Que escuchen, pues, al Apóstol los ricos de este mundo: "Manda", dice, "a los ricos de este mundo, que no sean altivos". El primer gusano de las riquezas es la soberbia. Mala polilla, lo roe todo, y lo lleva hasta las cenizas. Manda, pues, que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas: no sea que duermas rico y te levantes pobre. Ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas (son palabras del Apóstol); sino en Dios, dice, vivo. Un ladrón te quita el oro, ¿quién te quita a Dios? ¿Qué tiene el rico, si no tiene a Dios? ¿Qué no tiene el pobre, si tiene a Dios? No pongas, pues, tu esperanza en las riquezas, dice; sino en Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos; con las cuales todas y a sí mismo.

4. Qué se debe hacer con las riquezas. Si, pues, no deben poner su esperanza en las riquezas, no confiar en ellas, sino en Dios vivo; ¿qué deben hacer con las riquezas? Escucha qué: "Sean ricos en buenas obras". ¿Qué es esto? Explícalo, Apóstol. Porque muchos no quieren

entender lo que no quieren hacer. Explícalo, Apóstol: no des ocasión de mala obra por la oscuridad del discurso. Di qué has dicho: "Sean ricos en buenas obras". Que escuchen, que entiendan: no se les permita excusarse, sino que más bien comiencen a acusarse, y digan lo que acabamos de oír en el Salmo: "Porque reconozco mi pecado" (Sal. L, 5). Di tú qué es: "Sean ricos en buenas obras".

CAPÍTULO IV.

Den con facilidad. ¿Qué es, "Den con facilidad"? ¿Acaso esto no se entiende? Den con facilidad, compartan. Tú tienes, otro no tiene: comparte, para que se te comparta a ti. Comparte aquí, y compartirás allí. Comparte aquí el pan, y recibirás allí el pan. ¿Qué pan aquí? El que recoges con sudor y trabajo, por la maldición del primer hombre. ¿Qué pan allí? El que dijo: "Yo soy el pan vivo que descendí del cielo" (Juan VI, 51). Eres rico aquí, pero eres pobre allí. Tienes oro, pero aún no tienes a Cristo presente. Da lo que tienes, para que recibas lo que no tienes. Sean ricos en buenas obras, den con facilidad, compartan.

5. Cuánto se debe dar a los pobres. ¿Perderán, entonces, sus bienes? Compartan, dijo: no, den todo. Retengan para sí lo que les basta, retengan más de lo que les basta. Demos de ahí una parte. ¿Qué parte? La décima parte. Los escribas y fariseos daban diezmos (Lucas XVIII, 12). Avergoncémonos, hermanos; daban diezmos, por quienes Cristo aún no había derramado su sangre. Los escribas y fariseos daban diezmos: no sea que pienses que haces algo grande porque partes el pan al pobre; y apenas es la milésima parte de tus riquezas. Y sin embargo, no lo repruebo: al menos haz esto. Así tengo sed, así tengo hambre, que incluso me alegro por estas migajas. Pero, sin embargo, no callaré lo que dijo el que vive, que murió por nosotros. "Si vuestra justicia no abunda", dice, "más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo V, 20). Él no nos halaga: es médico, llega hasta lo más profundo. "Si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Los escribas y fariseos daban diezmos. ¿Qué es? Pregúntense a ustedes mismos. Veán qué hacen, de cuánto hacen; qué dan, qué se reservan; qué gastan en misericordia, qué reservan para el lujo. Por lo tanto, "Den con facilidad, compartan, atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida".

CAPÍTULO V.

6. Los pobres deben frenar sus deseos. Piedad. He advertido a los ricos: escuchen, pobres. Ustedes den: ustedes no roben. Ustedes den sus bienes: ustedes frenen sus deseos. Escuchen, pobres, al mismo apóstol: "Es, pues, gran ganancia". Ganancia es adquisición de lucro. "Es, pues, gran ganancia", dice, "la piedad con suficiencia". Tienen en común con los ricos el mundo: no tienen en común con los ricos la casa; pero tienen en común el cielo, la luz común. Busquen la suficiencia, busquen lo que basta, no más. Lo demás pesa, no alivia; carga, no honra. Gran ganancia, la piedad con suficiencia. Primero la piedad. La piedad es el culto a Dios. Piedad con suficiencia. Porque nada hemos traído a este mundo. ¿Acaso trajiste algo aquí? Pero tampoco ustedes, ricos, trajeron algo. Todo lo encontraron aquí, nacieron desnudos con los pobres. Común es en ambos la debilidad del cuerpo; común el llanto, testigo de miserias. Porque nada hemos traído a este mundo (habla a los pobres); pero tampoco podemos llevarnos nada. Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse. Los que quieren enriquecerse; no, los que son. Porque los que son, sean. Lo que les concierne, lo han oído, que sean ricos en buenas obras, den con facilidad, compartan.

CAPÍTULO VI.

Ellos lo han oído. Ustedes que aún no son, escuchen. Los que quieren enriquecerse, caen en tentación y lazos, y en muchos deseos nocivos. ¿No temen? Escuchen lo que sigue: "Que hundan a los hombres en destrucción y perdición". ¿No temes? Porque raíz de todos los males es la avaricia. La avaricia es querer ser rico, no ya ser rico. Esa es la avaricia. ¿No temes hundirte en destrucción y perdición? ¿No temes la raíz de todos los males, la avaricia? Del campo arrancas la raíz de las espinas, y no arrancas del corazón la raíz de los malos deseos? Limpia tu campo, de donde tu vientre obtiene fruto; y no limpias tu corazón, donde habita tu Dios? Porque raíz de todos los males es la avaricia: la cual algunos, siguiendo, se han desviado de la fe, y se han traspasado a sí mismos con muchos dolores (I Tim. VI, 17-19, 6-10).

7. Conclusión. Han oído qué hacer, han oído qué temer, han oído de dónde se compra el reino de los cielos, han oído de dónde se impide el reino de los cielos. Todos concuerden en la palabra de Dios. Y al rico y al pobre Dios hizo. La Escritura habla: "El rico y el pobre se encontraron; pero el Señor hizo a ambos" (Prov. XXII, 2). El rico y el pobre se encontraron. ¿En qué camino, sino en esta vida? Nació el rico, nació el pobre. Se encontraron caminando juntos por el camino. Tú no oprimas, tú no defraudes. Este necesita, aquel tiene. Pero el Señor hizo a ambos. Por medio de aquel que tiene, ayuda al necesitado: por medio de aquel que no tiene, prueba al que tiene. Hemos oído, hemos dicho: temamos, cuidémonos, oremos, lleguemos.

SERMON LXXXVI. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XIX, 21, Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El tesoro debe ser guardado en el cielo. Corazón en lo alto. El Evangelio nos ha advertido con la lectura presente, de hablar a vuestra Caridad sobre el tesoro celestial. Porque no, como piensan los infieles avaros, nuestro Dios quiso que perdiéramos nuestras cosas: si se entiende bien, y se cree piadosamente, y se recibe devotamente lo que se nos ha mandado; no nos mandó que perdiéramos, sino que nos mostró dónde poner. Porque nadie puede sino pensar en su tesoro, y seguir sus riquezas con un cierto camino del corazón. Si, pues, se entierran en la tierra, el corazón busca lo bajo: pero si se reservan en el cielo, el corazón estará en lo alto. Si, pues, los cristianos quieren hacer lo que saben que también profesan: porque no todos los que oyen lo saben; y ojalá no lo sepan en vano los que lo saben: quien, pues, quiera tener el corazón en lo alto, allí, allí ponga lo que ama; y estando en la tierra con el cuerpo, habite con Cristo con el corazón: y como la Iglesia fue precedida por su cabeza, así el cristiano sea precedido por su corazón. Así como los miembros irán donde la cabeza, Cristo, los ha precedido, así también resurgiendo irá donde ahora ha precedido el corazón del hombre. Vayamos, pues, de aquí, en la medida en que podamos: seguirá todo nuestro ser a donde algo nuestro ha precedido. La casa terrena es ruinoso: la casa celestial es eterna. A donde disponemos ir, antes migremos.

CAPÍTULO II.

2. Pidiendo consejo de salvación, pero no escuchando con agrado. Dios mismo guarda lo que se da al pobre. Hemos oído a un cierto rico preguntando al buen maestro consejo para obtener la vida eterna. Grande era lo que amaba, y vil lo que no quería despreciar. Así, escuchando

con un corazón perverso a quien ya había llamado buen maestro, con mayor amor a la vileza, perdió la posesión de la caridad. Si no quisiera obtener la vida eterna, no buscaría consejo sobre cómo obtener la vida eterna. ¿Qué es, entonces, hermanos, que las palabras de aquel a quien él mismo había llamado buen maestro, de una doctrina fiel extraída para él, las rechazara? Aquel maestro es bueno antes de enseñar; cuando ha enseñado, ¿es malo? Antes de enseñar, fue llamado bueno. No oyó lo que quería, pero oyó lo que debía: deseando había venido, pero triste se fue. ¿Qué, si se le dijera, Pierde lo que tienes? cuando se fue triste, porque se le dijo, Guarda bien lo que tienes. Ve, dice, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres. ¿Quizás temes perderlo? Mira lo que sigue: Y tendrás un tesoro en el cielo. Quizás habrías puesto a un siervo como guardián de tus tesoros: tu Dios será el guardián de tu oro. El que dio en la tierra, él mismo guarda en el cielo. Quizás no habría dudado en confiar a Cristo lo que tenía, y por eso se entristeció, porque se le dijo, Da a los pobres: como diciendo en su corazón, Si dijeras, Dame a mí, yo te lo guardaría en el cielo; no dudaría en darlo a mi Señor, al buen maestro: pero ahora has dicho, Da a los pobres.

CAPÍTULO III.

3. Dios recibe en el pobre. Préstamo piadoso y préstamo inicuo. Nadie tema dar a los pobres; nadie piense que recibe aquel cuya mano ve. Aquel recibe que mandó que dieras. Ni esto lo decimos de nuestro corazón o conjetura humana: escúchalo a él mismo tanto advirtiéndote como escribiéndote seguridad. "Tuve hambre", dice, "y me disteis de comer". Y cuando, después de enumerar sus oficios, respondieron: "¿Cuándo te vimos hambriento?", él respondió: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis". El pobre mendiga, pero el rico recibe: das a quien consume, recibe aquel que devuelve. Ni esto devolverá lo que recibe: quiso prestarse, promete más de lo que diste. Ahora muestra tu avaricia, considérate prestamista. Ciertamente, si lo fueras, serías reprendido por la Iglesia, refutado por la palabra de Dios, todos tus hermanos te execrarían, como a un cruel prestamista, deseando adquirir de las lágrimas ajenas. Sé prestamista, nadie te lo prohíbe. Quieres dar al pobre, que cuando devuelva llorará: da al idóneo, que incluso te exhorta a que recibas lo que promete.

CAPÍTULO IV.

4. Dios mismo convoca a los acreedores para que reciban. Da a Dios, y convoca a Dios. Más bien da a Dios, y para que recibas serás convocado. Ciertamente en la tierra buscabas a tu deudor: también él buscaba, pero dónde esconderse de tu rostro. Te acercaste al juez y dijiste: Ordena que se convoque a mi deudor. Al oír esto, él se va, y ni siquiera busca saludarte: a quien quizás, necesitado, le habías prestado salud. Tienes, pues, a quien dar. Da a Cristo; él mismo te convoca espontáneamente, para que recibas, y te maravilles de que algo haya recibido de ti. Porque a aquellos colocados a la derecha, él mismo espontáneamente dirá: "Venid, benditos de mi Padre". ¿A dónde? Venid, recibid el reino que os está preparado desde la fundación del mundo. ¿Por qué razón? "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estaba desnudo, y me vestisteis; fui huésped, y me acogisteis; enfermo y en la cárcel, y me visitasteis". Y ellos: "Señor, ¿cuándo te vimos?" ¿Qué es esto? El deudor convoca, y los acreedores se excusan. No quiere el fiel deudor que sean engañados. ¿Dudáis en recibir? ¿He recibido, y no lo sabéis? Y responde cómo lo recibió: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 34-40). No lo recibí por mí: lo recibí por los míos. Lo que a ellos se dio, a mí llegó: estad seguros, no lo perdisteis. Considerabais menos idóneos en la tierra: tenéis al idóneo en el cielo. Yo, dice, lo recibí, yo lo devolveré.

5. Qué se da a cambio de lo terrenal. ¿Y qué he recibido? ¿Qué devuelvo? "Tuve hambre", dice, "y me disteis de comer", y así sucesivamente. Recibí la tierra, daré el cielo: recibí lo temporal, devolveré lo eterno: recibí el pan, daré la vida. Más aún, digamos esto: recibí el pan, daré el pan; recibí la bebida, daré la bebida; recibí la hospitalidad, daré la casa; fui visitado enfermo, daré la salud; fui visto en la cárcel, daré la libertad. El pan que disteis a mis pobres se consumió: el pan que yo daré, alimenta y no se agota. Que nos dé, pues, el pan, aquel pan que descendió del cielo. Cuando dé el pan, se dará a sí mismo.

CAPÍTULO V.

¿Qué querías cuando prestabas? Dar dinero y recibir dinero: pero dar menos y recibir más. Yo, dice Dios, todo lo que diste, lo cambiaré por algo mejor. Pues si dieras una libra de plata y recibieras una libra de oro, ¿cuánto gozo sentirías? Examina e interroga a la avaricia: "Di una libra de plata, recibo una libra de oro". ¿Qué semejanza hay entre la plata y el oro? Más aún, ¿qué semejanza hay entre la tierra y el cielo? Y el oro y la plata aquí los dejarías: pero tú no permanecerás aquí para siempre. Y daré otra cosa, y daré más, y daré mejor, y daré eterno. Así, pues, que nuestra avaricia sea contenida, hermanos, para que otra, que es santa, se encienda. Lo que os impide hacer el bien, os habla mal: queréis servir a una mala señora, no reconociendo al buen Señor. Y a veces dos señoras ocupan el corazón, y al siervo malo digno de servir a tales, lo desgarran en direcciones opuestas.

CAPÍTULO VI.

6. Dos señoras que ordenan lo contrario, la avaricia y la lujuria. A veces dos señoras contrarias poseen al hombre, la avaricia y la lujuria. La avaricia dice: "Guarda"; la lujuria dice: "Gasta". Bajo dos señores que ordenan cosas diferentes, que exigen cosas diferentes, ¿qué harás? Ambas tienen sus discursos. Y cuando comiences a no querer obedecer y a ir hacia tu libertad; porque no pueden mandar, halagan. Y más deben temerse sus halagos que sus órdenes. ¿Qué dice la avaricia? "Guarda para ti, guarda para tus hijos. Si necesitas, nadie te dará. No vivas para el momento: cuida de ti para el futuro". Contra la lujuria: "Vive mientras vives, haz el bien a tu alma. Vas a morir, y no sabes cuándo: a quién dejarás, si lo poseerá, lo ignoras. Te quitas y sustraes a tu garganta: él, tal vez cuando mueras, no pondrá una copa sobre ti; o si acaso pone una copa, él se embriagará, y a ti no te llegará ni una gota. Haz, pues, el bien a tu alma, cuando puedas, mientras puedas". Otra cosa ordenaba la avaricia: "Guarda para ti, cuida de ti para el futuro". Otra la lujuria: "Gasta, haz el bien a tu alma".

CAPÍTULO VII.

7. Cristo libera de su yugo. Que te hastíe, oh libre llamado a la libertad; que te hastíe la servidumbre de tales señoras. Reconoce a tu Redentor, a tu Libertador. Sírvete de Él: ordena cosas más fáciles, no ordena cosas contrarias. Me atrevo a decir más. Ordenaban cosas contrarias la avaricia y la lujuria, de modo que no podías obedecer a ambas: y una decía: "Guarda para ti, y cuida del futuro"; la otra decía: "Gasta, haz el bien a tu alma". Que salga tu Señor diciendo lo mismo, y no diciendo cosas contrarias tu Redentor. Si no quisieras, a su casa no es necesario quien sirve a la fuerza. Atiende a tu Redentor, atiende a tu precio. Vino para redimir, derramó su sangre. Te tuvo en gran estima, a quien compró tan caro. Reconoce quién te compró, atiende de qué te redimió. Callo sobre los demás vicios que soberbiamente

dominan en ti: pues servías a innumerables malos señores. Hablo de estas dos que ordenan cosas contrarias, que te arrastran en direcciones opuestas, la avaricia y la lujuria. Líbrate de ellas, ven a tu Dios. Si eras siervo de la iniquidad, sé siervo de la justicia. Las palabras que te decían, y ordenaban cosas contrarias, las mismas oyes de tu Señor, y no ordena cosas contrarias. No quita sus palabras: pero quita su poder. ¿Qué te decía la avaricia? "Guarda para ti, cuida del futuro". La palabra no cambia, el hombre cambia. Ya si te place, compara a los que aconsejan. Aquella es avaricia, esta es justicia.

8. Consejo imprudente de la avaricia. Examina las cosas contrarias. "Guarda para ti", dice la avaricia. Supón que quieres obedecer: pregunta dónde guardarás. Ella te mostrará un lugar fortificado, una habitación amurallada, un cofre de hierro. Protege todo: tal vez un ladrón doméstico incluso penetre en el interior; y mientras cuidas de tu dinero, temerás por tu vida. Tal vez mientras guardas mucho, quien quiere arrebatarlo, piense también en matarte. Finalmente, aunque contra los ladrones protejas tu tesoro y tu ropa con cualquier defensa; protégelos contra el óxido y la polilla. ¿Qué harás? No hay un enemigo externo que lo quite, sino uno interno que lo consume.

CAPÍTULO VIII.

9. Otro consejo insensato. No dio, pues, buen consejo la avaricia. He aquí que ordenó que guardes, y no encontró lugar donde guardar. Que diga también lo siguiente: "Cuida del futuro". ¿Hasta qué futuro? En días pocos e inciertos. Dice: "Cuida del futuro", a un hombre que tal vez no vivirá ni hasta mañana. Pero he aquí que viva tanto como la avaricia piensa, no tanto como muestra, no tanto como enseña, no tanto como confía: pero tanto como piensa que vivirá, envejezca, termine; aún anciano encorvado, apoyado en un bastón, busca ganancia, y escucha a la avaricia diciendo: "Cuida del futuro". ¿En qué futuro? Ya expirando habla. "Por tus hijos", dice. Ojalá al menos no tuviéramos a esos ancianos avaros, que no tienen hijos. Incluso a ellos, incluso a tales, incluso a los que no excusan su iniquidad con ninguna imagen de piedad, no cesa de decirles: "Cuida del futuro". Pero tal vez ellos pronto se avergüencen: veamos a aquellos que tienen hijos, si están seguros de que sus hijos poseerán lo que dejaron. Observen mientras viven, hijos de otros, unos perdiendo lo que tenían por las iniquidades ajenas, otros consumiendo lo que poseían por su propia maldad: y quedan pobres los hijos de los ricos. Eviten nacer esclavos de la avaricia. "Pero lo poseerán", dice, "mis hijos". Es incierto: no digo que sea falso; pero lo que hagas, es incierto. Finalmente, hazlo cierto: ¿qué quieres dejarles? Lo que adquiriste para ti. Ciertamente lo que adquiriste no fue dejado, y lo tienes. Si tú pudiste tener lo que no te fue dejado, ellos también podrán tener lo que tú no les dejes.

CAPÍTULO IX.

10. Consejo de Dios que ordena lo mismo que la avaricia. Han sido refutados los consejos de la avaricia: pero que el Señor diga lo mismo, que hable ya la justicia: serán las mismas palabras, no el mismo sentido. "Guarda para ti", dice tu Señor, "cuida del futuro". Y pregúntale a Él: "¿Dónde guardaré?" Tendrás un tesoro en el cielo: donde el ladrón no se acerca, ni la polilla corrompe. ¿Hasta qué futuro guardarás? "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Este reino, ¿de cuántos días es? Lo muestra el mismo fin de la sentencia. Cuando de los de la izquierda decía: "Así irán estos al castigo eterno"; dijo de los de la derecha: "Pero los justos a la vida eterna" (Mateo 25, 34, 46). Esto es cuidar del futuro. Un futuro que no tiene posteriores. Aquellos días sin fin, se llaman días, y se llama día. Pues dice uno: "Para habitar en la casa

del Señor por largos días" (Salmo 22, 6), cuando de aquellos días hablaba. Y se llama día: "Yo hoy te he engendrado" (Salmo 2, 7). Y aquel día es un solo día; porque ya no es tiempo: aquel día no es precedido por ayer, ni excluido por mañana. Así que cuidemos de ese futuro: y no son diferentes las palabras que te decía la avaricia; y la avaricia ha sido derrocada.

11.---Falsa piedad de los avaros hacia los hijos. Al hijo muerto se le debe transmitir su parte. Resta que digas: "¿Y qué hago con mis hijos?" Escucha también de ahí el consejo de tu Señor. Si tu Señor te dijera: "Pienso mejor yo que te creé, que tú que los engendraste": tal vez no tendrías qué decir. Pero verás a aquel rico que se fue triste, y fue reprendido en el Evangelio; y tal vez te digas: "Aquel rico hizo mal en no vender todo y dar a los pobres, porque no tenía hijos: pero yo tengo hijos; tengo para quién guardar". Y en esta debilidad te detiene tu Señor.

CAPÍTULO X.

Me atreveré a decir por su misericordia: me atreveré a decir algo, no por mi presunción, sino por su compasión. Guarda también para tus hijos: pero escúchame. Si, como son las cosas humanas, alguien pierde a uno de sus hijos: presten atención, hermanos, presten atención, porque la avaricia no tiene excusa, ni aquí, ni en el siglo futuro. He aquí que son cosas humanas: no deseamos, pero vemos ejemplos. Se ha perdido alguien cristiano, has perdido a un hijo cristiano: no lo has perdido, sino que lo has enviado por delante. Pues no ha fallecido, sino que ha precedido. Pregunta a tu fe: ciertamente tú también irás a donde él ha precedido. Digo algo breve, a lo que creo que nadie responderá. ¿Vive tu hijo? Pregunta a tu fe. Si vive, ¿por qué su parte es invadida por sus hermanos? Pero dirás: "¿Acaso va a regresar y poseer?" Que se le envíe, pues, a donde él ha precedido: no puede venir a su propiedad, pero su propiedad puede ir a él. Mira con quién está. Si tu hijo sirviera en el palacio, y se hiciera amigo del Emperador, y te dijera: "Vende allí mi parte, y envíamela": ¿acaso encontrarías qué responder? Ahora con el Emperador de todos los emperadores, y con el Rey de todos los reyes, y con el Señor de todos los señores está tu hijo: envíale. No digo que él lo necesite: su Señor, con quien está tu hijo, necesita en la tierra. Aquí quiere recibir lo que da en el cielo. Lo que algunos avaros suelen hacer, hazlo como un envío: da a los peregrinos, lo que recibirás en tu patria.

CAPÍTULO XI.

12. Al muerto se le debe lo que se guardaba para el vivo. Finalmente, ya no hablo de ti; hablo de tu hijo. Dudas en dar lo tuyo, dudas en devolver lo ajeno: ciertamente se te convence de que no guardabas para tus hijos. He aquí que no das a tus hijos, porque se lo quitarás a tus hijos. A este ciertamente se lo quitarás. ¿Por qué es indigno de recibir, porque vive con alguien más digno? Con razón, si aquel con quien vive no quisiera recibir, ya no a tu casa, sino a la casa divina, rico. No sea, pues, que te diga: "Da lo que tienes": sino que te digo: "Devuelve lo que debes". Pero lo tendrán, dices, sus hermanos. ¡Oh mala doctrina, que enseña a tus hijos a desear la muerte de sus hermanos! Si serán más ricos por la herencia de su hermano muerto, mira cómo se miran entre ellos en tu casa. ¿Qué harás, entonces? Divides el patrimonio, y enseñas parricidios.

13.---Cristo debe ser contado entre los hijos en la división del patrimonio. Pero no quiero hablar de uno perdido, para no parecer que amenazo con desgracias humanas. Hablemos de un modo mejor y más próspero. No digo que tendrás uno menos, cuenta que tienes uno más. Hazle un lugar a Cristo con tus hijos, que se una a tu familia tu Señor, que se una a tu prole tu

Creador, que se una al número de tus hijos tu hermano. Pues aunque haya tanta diferencia, se dignó ser hermano. Y siendo el Único del Padre, quiso tener coherederos. He aquí cuán generoso es Él, ¿por qué tú tan estéril? Tienes dos hijos, cuenta a Él como el tercero: tienes tres, que sea el cuarto: tienes cinco, que sea el sexto: tienes diez, que sea el undécimo. No quiero decir más: guarda un lugar para tu Señor como si fuera uno de tus hijos. Pues lo que des a tu Señor, te beneficiará a ti y a tus hijos: pero lo que guardas mal para tus hijos, te perjudicará a ti y a tus hijos. Darás, pues, una porción, la que destinaste para uno de tus hijos. Cuenta que has engendrado uno más.

CAPÍTULO XII.

14. Excusa de la avaricia eliminada. ¿Qué es grande, hermanos míos? Doy un consejo, ¿acaso ato la garganta? Como dice el Apóstol: "Esto lo digo para vuestro provecho, no para poner un lazo" (1 Corintios 7, 35). Creo, hermanos, que es un pensamiento pequeño y fácil, pensar que el padre de los hijos tiene un hijo más, y adquirir tales propiedades que poseas para siempre, tú y tus hijos. Lo que dice la avaricia no tiene. Clamasteis a estas palabras. Hablad contra ella, que no os venza, que no tenga más poder en vuestros corazones que vuestro Redentor. Que no tenga más poder en vuestro corazón que aquel que os aconseja tener el corazón en lo alto. Así que dejemos ya esto.

15.---Cristo aconseja contra la lujuria lo mismo que la lujuria. Rico imprudente. ¿Qué dice la lujuria? "¿Qué? Haz el bien a tu alma". He aquí que lo dice también el Señor: "Haz el bien a tu alma". Lo que te decía la lujuria, eso te dice la justicia. Pero mira también aquí cómo se dice. Si quieres hacer el bien a tu alma, atiende a aquel rico que, por consejo de la lujuria y la avaricia, quería hacer el bien a su alma. Le fue bien en su región, y no tenía dónde almacenar sus frutos, y dijo: "¿Qué haré? No tengo dónde recoger. Encontré qué haré: destruiré los graneros viejos, y construiré nuevos, y los llenaré, y diré a mi alma: 'Tienes muchos bienes, alégrate'". Escucha el consejo contra la lujuria: "Necio, esta noche te será quitada tu alma: lo que preparaste, ¿de quién será?" (Lucas 12, 16-20). ¿Y a dónde irá esa alma que le será quitada? Esta noche le será quitada, y no sabe a dónde irá.

CAPÍTULO XIII.

16. Otro rico lujurioso. Mira a otro rico lujurioso, soberbio. Se banqueteaba espléndidamente cada día, y se vestía de púrpura y lino fino: y un pobre lleno de llagas yacía a la puerta, deseando en vano las migajas de la mesa del rico; alimentaba a los perros con sus llagas, y no era alimentado por el rico. Ambos murieron: uno de ellos fue sepultado; del otro, ¿qué se dijo? Fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico ve al pobre, más bien ya el pobre al rico: desea una gota de agua en su lengua del dedo de aquel que deseaba una miga de su mesa. Ciertamente las posiciones han cambiado. En vano lo dice el rico muerto: no en vano lo escuchemos nosotros que vivimos. Pues él también quiso ser llamado de nuevo a los vivos, y no se le permitió: quiso que alguno de los muertos fuera enviado a sus hermanos, y tampoco se le concedió esto. Pero ¿qué se le dijo? "Tienen allí a Moisés y a los Profetas". Y él: "No escucharán, a menos que alguien vaya de entre los muertos". Le dice Abraham: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán si alguien va de entre los muertos" (Lucas 16, 19-31).

CAPÍTULO XIV.

17. Consejo de Dios sobre hacer limosnas ahora. Sobre hacer limosnas, y adquirir descanso para el alma en el futuro, para que hagamos el bien a nuestra alma, lo que perversamente dijo la lujuria, lo dijo Moisés, lo dijeron los Profetas. Escuchemos mientras vivimos. Porque allí en vano desea escuchar, quien desprecia estas cosas cuando las oye. ¿O esperamos que alguien resucite de entre los muertos y nos diga que hagamos el bien a nuestra alma? Ya esto también se ha hecho: no resucitó tu padre, sino que resucitó tu Señor. Escúchalo a Él, acepta el buen consejo. No escatimes tus tesoros, gasta cuanto puedas. La voz de la lujuria suplica: la voz del Señor se ha hecho. Gasta cuanto puedas, haz el bien a tu alma, no sea que esta noche te sea quitada tu alma. Tenéis en el nombre de Cristo, según creo, un sermón sobre hacer limosnas. Esa voz vuestra de alabanza, es aceptada por el Señor, si ve también manos que obran.

SERMO LXXXVII. Pronunciado en domingo, sobre lo que está escrito: "El reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que envió obreros a su viña". Mateo cap. XX, V. 1-16.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Nosotros adoramos a Dios, y Dios nos cultiva. Del santo Evangelio habéis escuchado una parábola que concuerda con el tiempo presente sobre aquellos que trabajan en la viña. Pues ahora es tiempo de vendimia corporal. Pero hay también una vendimia espiritual, donde Dios se alegra del fruto de su viña. Nosotros adoramos a Dios, y Dios nos cultiva. Pero no adoramos a Dios de tal manera que lo hagamos mejor al adorarlo. Pues lo adoramos adorándolo, no arándolo. Él, sin embargo, nos cultiva como un agricultor cultiva un campo. Así que cuando Él nos cultiva, nos hace mejores; porque también el agricultor hace mejor al campo al cultivarlo: y busca en nosotros el fruto, para que lo adoremos. Su cultivo en nosotros es que no cesa de extirpar con su palabra las malas semillas de nuestros corazones, de abrir nuestro corazón como con el arado de su palabra, de plantar las semillas de sus preceptos, de esperar el fruto de la piedad. Pues cuando recibimos este cultivo en nuestro corazón de tal manera que lo adoramos bien, no somos ingratos con nuestro agricultor, sino que damos el fruto con el que se alegra. Y nuestro fruto no lo hace más rico a Él, sino que nos hace más bienaventurados a nosotros.

2. Cómo Dios nos cultiva. Escuchen, porque como dije, Dios nos cultiva. No es necesario probarles que nosotros cultivamos a Dios, ya que todo hombre tiene en su boca que los hombres cultivan a Dios. Pero cuando se dice que Dios cultiva a los hombres, el oyente se asombra, porque no es común entre los hombres decir que Dios cultiva a los hombres; sino que los hombres cultivan a Dios. Debemos, por tanto, probarles que Dios también cultiva a los hombres; no sea que se piense que hemos dicho una palabra sin disciplina, y alguien en su corazón dispute contra nosotros y, sin saber lo que hemos dicho, nos reprenda. Por lo tanto, está establecido demostrarles que Dios también nos cultiva; pero ya lo he dicho, como un campo, para hacernos mejores. El Señor dice en el Evangelio: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el labrador (Juan XV, 5, 1). ¿Qué hace el labrador? Les pregunto a ustedes, que son labradores; ¿qué hace el labrador? Creo que cultiva el campo. Si, por tanto, Dios Padre es el labrador, tiene un campo, y cultiva su campo, y espera de él fruto.

CAPÍTULO II.

3. Viña plantada por Dios. De hecho, plantó una viña, como dice el mismo Señor Jesucristo, y la arrendó a labradores, para que le dieran el fruto a su debido tiempo. Y envió a sus siervos para pedir el fruto de la viña. Pero ellos los maltrataron, a algunos incluso mataron, y se negaron a dar el fruto. Envio a otros; sufrieron lo mismo. Y dijo el padre de familia, cultivador de su campo, y plantador y arrendador de su viña: Enviaré a mi único hijo; tal vez lo respeten. Y envió, dice, también a su hijo. Ellos dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémoslo, y la herencia será nuestra. Y lo mataron; y lo echaron fuera de la viña. Cuando venga el Señor de la viña, ¿qué hará con esos malos labradores? Se respondió: A los malos los destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores, que le darán el fruto a su tiempo (Mateo XXI, 33-41). La viña fue plantada, la ley dada en los corazones de los judíos. Fueron enviados los profetas, buscando el fruto, la buena vida de ellos: los profetas fueron maltratados y asesinados por ellos. Fue enviado también Cristo, el único Hijo del padre de familia; y a él, el heredero, lo mataron, y por eso perdieron la herencia. Su mal consejo se volvió en su contra. Para poseer, mataron: y porque mataron, perdieron.

CAPÍTULO III.

4. Obreros contratados para el cultivo de la viña. Y ahora han escuchado la parábola del santo Evangelio, que el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió a contratar obreros para su viña. Salió por la mañana, y contrató a quienes encontró; y acordó con ellos un denario como salario. Salió también a la tercera hora, encontró a otros, y los llevó a trabajar en la viña. Hizo lo mismo a la sexta hora, y a la novena. Salió incluso a la undécima hora, cerca del final del día, encontró a algunos desocupados y parados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí parados? ¿Por qué no trabajáis en la viña? Respondieron: Porque nadie nos ha contratado. Venid, dijo, y lo que sea justo os daré. Acordaron un denario como salario. Aquellos que iban a trabajar solo una hora, ¿cuándo se atreverían a esperar un denario? Pero sin embargo, se alegraban de recibir algo. También ellos fueron llevados por una hora. Al final del día, ordenó que se les pagara a todos, desde los últimos hasta los primeros. Comenzó a pagar a los que habían venido a la undécima hora, y les ordenó darles un denario. Aquellos que habían venido a la primera hora, al ver que ellos recibieron un denario, que era lo acordado, esperaban recibir más: se llegó también a ellos, y recibieron un denario. Murmuraron contra el padre de familia, diciendo: He aquí, nosotros que soportamos el calor del día y el ardor, nos has igualado y hecho iguales a aquellos que trabajaron solo una hora en la viña. Y el padre de familia, dando una respuesta justísima a uno de ellos, dijo: Amigo, no te he hecho injusticia; es decir, no te he defraudado; te he dado lo que acordamos. No te he defraudado, porque te he dado lo que pactamos. A este no quiero devolverle, sino darle. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? Si le quitara a alguien lo ajeno, sería justamente reprendido, como un defraudador e injusto; si no le devolviera a alguien lo debido, sería justamente reprendido, como un defraudador y negador de lo ajeno: pero cuando devuelvo lo debido, y a quien quiero también doy, ni a quien debía puede reprenderme, y a quien he dado debe alegrarse más. No había respuesta: y todos fueron igualados, y los últimos fueron primeros y los primeros últimos; igualando, no invirtiendo. ¿Qué significa, Los últimos fueron primeros y los primeros últimos? Porque tanto los primeros como los últimos recibieron lo mismo.

CAPÍTULO IV.

5. Qué significa que la recompensa se dio primero a los últimos. Llamados a la primera, tercera, etc. ¿Qué significa entonces que comenzó a pagar desde los últimos? ¿No recibirán todos, como leemos, al mismo tiempo? Leemos en otro lugar del Evangelio, que dirá a

aquellos que pondrá a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo (Mateo XXV, 34). Si, por tanto, todos recibirán al mismo tiempo, ¿cómo entendemos aquí que los que trabajaron a la undécima hora recibieron primero, y los que trabajaron a la primera hora después? Si puedo explicarlo de manera que llegue a su entendimiento, gracias a Dios. A Él deben dar gracias, que les distribuye a través de nosotros: porque no distribuimos de lo nuestro. Si preguntas de dos, por ejemplo, quién recibió primero, si el que recibió después de una hora, o el que recibió después de doce; todo hombre responderá que recibió primero el que recibió después de una hora, que el que recibió después de doce. Así, aunque todos recibieron en una hora, sin embargo, porque unos recibieron después de una hora, otros después de doce horas, se dice que recibieron primero los que recibieron después de poco tiempo. Los primeros justos, como Abel, como Noé, llamados como a la primera hora, recibirán con nosotros la felicidad de la resurrección. Otros justos después de ellos, Abraham, Isaac, Jacob, y quienes eran de su tiempo, llamados como a la tercera hora, recibirán con nosotros la felicidad de la resurrección. Otros justos, Moisés y Aarón, y quienes con ellos fueron llamados como a la sexta hora, recibirán con nosotros la felicidad de la resurrección. Después de ellos, los santos profetas llamados como a la novena hora, recibirán con nosotros la misma felicidad. Al final del mundo, todos los cristianos llamados como a la undécima hora, recibirán con ellos la felicidad de esa resurrección. Todos recibirán al mismo tiempo: pero vean cuánto tiempo después reciben aquellos primeros. Si, por tanto, aquellos primeros después de mucho tiempo, nosotros después de poco tiempo; aunque recibamos al mismo tiempo, parecemos haber recibido primero, porque nuestra recompensa no tardará.

6. El denario es la vida eterna. Seremos, por tanto, en esa recompensa todos iguales, como primeros últimos, y últimos primeros: porque ese denario es la vida eterna, y en la vida eterna todos serán iguales. Aunque brillarán con diversidad de méritos, unos más, otros menos: lo que, sin embargo, pertenece a la vida eterna, será igual para todos. No será más largo para uno, ni más corto para otro, lo que es igualmente eterno: lo que no tiene fin, ni para ti lo tendrá, ni para mí. De otra manera allí estará la castidad conyugal, de otra manera la integridad virginal: de otra manera allí estará el fruto de la buena obra, de otra manera la corona de la pasión. Eso de una manera: eso de otra manera: sin embargo, en cuanto a vivir eternamente, ni aquel vivirá más que este, ni este más que aquel. Porque vivirán igualmente sin fin, cada uno en sus propias glorias: y ese denario es la vida eterna. No murmure, por tanto, quien recibió después de mucho tiempo, contra aquel que recibió después de poco tiempo. A uno se le devuelve, a otro se le da; sin embargo, a ambos se les da una misma cosa.

CAPÍTULO V.

7. Cómo se entienden de otra manera los llamados a la primera, tercera, etc. Hay también en esta vida algo similar, y aparte de esa solución de esta similitud, en la que se entienden llamados a la primera hora Abel y los justos de su tiempo, a la tercera Abraham y los justos de su tiempo, a la sexta Moisés y Aarón y los justos de su tiempo, a la novena los profetas y los justos de su tiempo, a la undécima como al final del mundo todos los cristianos; aparte de esa solución de esta similitud, también en nuestra vida puede observarse esta similitud. Como si fueran llamados a la primera hora, los que recién salidos del vientre de la madre comienzan a ser cristianos; como a la tercera, los niños; como a la sexta, los jóvenes; como a la novena, los que se acercan a la vejez; como a la undécima, los completamente ancianos: sin embargo, todos recibirán el mismo denario de vida eterna.

CAPÍTULO VI.

8. A aquellos que difieren en venir a la viña. Pero presten atención y entiendan, hermanos míos, no sea que alguien difiera en venir a la viña, porque está seguro de que cuando venga, recibirá el mismo denario. Está seguro de que se le promete ese denario; pero no se le ordena diferir. ¿Acaso aquellos que fueron contratados para la viña, cuando el padre de familia salía a ellos, para contratar a los que encontró a la tercera hora, y los contrató, por ejemplo, dijeron, Espera, no iremos allí hasta la sexta hora? o los que encontró a la sexta hora, dijeron, No iremos hasta la novena? o los que encontró a la novena, dijeron, No iremos hasta la undécima? Porque a todos se les dará lo mismo: ¿por qué nos fatigamos más? Lo que él va a dar, y lo que va a hacer, está en su consejo: tú, cuando seas llamado, ven. Porque la recompensa igual se promete a todos: pero sobre esa hora de trabajar, hay una gran cuestión. Si aquellos, por ejemplo, que fueron llamados a la sexta hora, en esa edad del cuerpo en la que arden los años juveniles, como arde esa sexta hora; si esos jóvenes llamados dijeran: Espera, porque hemos oído en el Evangelio, que todos recibirán la misma recompensa; cuando seamos ancianos, vendremos a la undécima hora; si vamos a recibir lo mismo, ¿por qué trabajar? Se les respondería y se les diría: ¿No quieres trabajar, tú que no sabes si vivirás hasta la vejez? A la sexta hora eres llamado, ven. El padre de familia te prometió un denario incluso si vienes a la undécima: pero nadie te prometió que vivirás hasta la séptima. No digo, hasta la undécima, sino hasta la séptima. ¿Por qué, entonces, difieres al que te llama, seguro de la recompensa, incierto del día? Mira no sea que lo que él te va a dar prometiéndolo, tú te lo quites difiriéndolo. Si esto se dice correctamente de los infantes, como pertenecientes a la primera hora; si se dice correctamente de los niños, como pertenecientes a la tercera hora; si se dice correctamente de los jóvenes, como establecidos en el ardor de la sexta hora: cuánto más correctamente se dice de los ancianos, He aquí ya es la undécima hora, y aún estás parado, ¿eres perezoso para venir?

CAPÍTULO VII.

9. Cómo el padre de familia salió a llamar a su viña. La Iglesia habla en las lenguas de todas las naciones. ¿O acaso no salió a llamarte el padre de familia? Si no salió, ¿qué es lo que hablamos? Sin duda somos siervos de su familia, enviados a contratar obreros. ¿Por qué, entonces, estás parado? Ya has terminado el número de años, apresúrate al denario. Porque esto es salir el padre de familia, darse a conocer: porque quien está en casa, está en lo oculto, no es visto por aquellos que están afuera; pero cuando sale de la casa, es visto por aquellos que están afuera. Cristo, cuando no es entendido y no es reconocido, está en secreto: pero cuando es reconocido, ha salido a contratar. Porque de lo oculto ha salido al conocimiento: Cristo es conocido, Cristo es predicado en todas partes; la gloria de Cristo clama en todo lo que está bajo el cielo. Fue de alguna manera irrisible y reprochable entre los judíos, fue visto humilde, fue despreciado. Porque ocultaba su majestad, tenía visible su debilidad. Fue despreciado en él lo que era visible, y no conocido lo que era oculto. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor. II, 8). ¿Acaso aún debe ser despreciado sentado en el cielo, si fue despreciado cuando colgaba en el madero? Movieron la cabeza los que lo crucificaron, y estando ante su cruz, y como llegando al fruto de su crueldad, insultando decían, Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz. A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse? Descienda de la cruz, y creeremos en él (Mateo XXVII, 39-43). No descendía, porque se ocultaba. Porque mucho más fácilmente podía descender de la cruz, quien pudo resucitar del sepulcro. Para nuestra instrucción mostraba paciencia, difería su poder, y no fue reconocido. Porque entonces no había salido a contratar obreros, no había salido, no se había dado a conocer. Al tercer día resucitó, se mostró a los discípulos, ascendió al cielo, y envió al Espíritu Santo al quincuagésimo día después de la resurrección, al décimo

después de la ascensión. El Espíritu Santo enviado llenó a todos los que estaban en un aposento, ciento veinte personas (Hechos I, 15). Llenos del Espíritu Santo, comenzaron a hablar en las lenguas de todas las naciones, se expresó la vocación, salió él a contratar. Porque comenzó a darse a conocer el poder de la verdad a todos. Porque entonces incluso uno, habiendo recibido el Espíritu Santo, incluso uno hablaba en las lenguas de todas las naciones. Ahora, sin embargo, en la Iglesia esa misma unidad como uno habla en las lenguas de todas las naciones. ¿A qué lengua no ha llegado la religión cristiana? ¿A qué confines no se ha extendido? Ya no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 7): ¡y aún se demora el que está en la undécima!

CAPÍTULO VIII.

10. La desesperación y la esperanza perversa matan las almas. Es manifiesto, por tanto, hermanos míos, completamente manifiesto, mantengan, estén seguros, que nuestro Dios Jesucristo, cuando alguien se convierte a la fe de él, de su camino ya sea superfluo o malvado, todos sus pecados pasados le son perdonados, y completamente, como si se le perdonaran las deudas, se hacen con él nuevas cuentas. Absolutamente todo le es perdonado. Que nadie esté preocupado, pensando que algo no le será perdonado. Pero nuevamente, que nadie esté perversamente seguro. Porque estos dos matan las almas, o la desesperación, o la esperanza perversa. Escuchen brevemente sobre estos dos males. Porque así como la buena esperanza, y la esperanza recta, liberan; así la esperanza perversa engaña. Primero observen cómo engaña la desesperación. Hay hombres que cuando comienzan a pensar en los males que han hecho, no creen que puedan ser perdonados; y mientras no creen que puedan ser perdonados, dejan que su alma ya perezca, perecen por desesperación, diciendo en sus pensamientos: Ya no tenemos esperanza; porque no pueden ser perdonados o perdonados esos grandes males que cometimos; ¿por qué entonces no satisfacemos nuestras pasiones? Llenemos al menos el placer del tiempo presente, porque no tenemos recompensa en el futuro. Hagamos lo que queramos, aunque no se permita; para que tengamos al menos placer temporal, porque no merecemos recibir el eterno. Diciendo tales cosas, perecen por desesperación, ya sea antes de creer completamente, o ya siendo cristianos y habiendo caído en algunos pecados y crímenes viviendo mal. El Señor de la viña se acerca a ellos, y como si fueran desesperados y dándole la espalda al que llama, golpea y clama por el profeta Ezequiel: En el día en que el hombre se convierta de su mal camino, todas sus iniquidades serán olvidadas (Ezequiel XVIII, 21-22). Al escuchar y creer esta voz, se recrean de la desesperación, y emergen de ese abismo profundo y profundo, en el que habían sido sumergidos.

CAPÍTULO IX.

11. La esperanza perversa que difiere la conversión. Dios no ha prometido a nadie el día de mañana. Pero deben temer aquellos que, al diferir perversamente su esperanza, caen en otro abismo y mueren esperando, quienes no pudieron morir desesperando. Cambian sus pensamientos, aunque muy diferentes, no menos perniciosos; y nuevamente comienzan a decir en sus corazones: Si en cualquier día me convierto de mi mal camino, Dios misericordioso, como verdaderamente prometió por el Profeta, olvidará todas mis iniquidades, ¿por qué me convierto hoy y no mañana? ¿Por qué hoy y no mañana? Que pase el día de hoy como el de ayer, que esté en la más vil voluptuosidad, que esté en el abismo de los crímenes, que se revuelque en la deleitación mortal: mañana me convertiré, y será el fin. Se te responde: ¿Fin de qué cosa? Dices: De mis iniquidades. Bien, alégrate, porque mañana

será el fin de tus iniquidades. ¿Qué, si antes de mañana es tu fin? Por tanto, te alegras bien porque Dios te prometió indulgencia al convertirte de tus iniquidades: pero nadie te prometió el día de mañana. O si acaso te lo prometió un astrólogo, es algo muy diferente de Dios. Muchos astrólogos han engañado, porque a menudo se prometieron ganancias y encontraron pérdidas. Por tanto, también por estos que esperan mal, procede el padre de familia. Así como procedió hacia aquellos que desesperaban mal y perecieron desesperando, y los llamó de nuevo a la esperanza: así también procede hacia estos que quieren perecer esperando mal; y les dice por otro libro, No tardes en convertirte al Señor. Como les había dicho, En cualquier día que el impío se convierta de su mal camino, olvidaré todas sus iniquidades; y les quitó la desesperación, con la cual ya habían entregado su alma a la perdición, de todas maneras desesperando de la indulgencia: así también procede hacia estos que quieren perecer esperando y difiriendo; y les habla y los reprende, No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día. Porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá (Ecli. V, 8, 9). Por tanto, no difieras, no cierres lo que está abierto contra ti. He aquí el dador de indulgencia te abre la puerta; ¿por qué te demoras? Deberías alegrarte si alguna vez abriera al que llama: no has llamado, y abre, ¿y permaneces afuera? No difieras, entonces. En un lugar de la Escritura se dice sobre las obras de misericordia, No digas, Ve y vuelve, mañana daré; cuando puedes hacer el bien de inmediato (Prov. III, 28): porque no sabes qué sucederá al día siguiente. Has escuchado el mandato de no diferir para ser misericordioso con otro, ¿y difiriendo eres cruel contigo mismo? No debes diferir el pan que vas a dar, ¿y difieres la indulgencia que vas a recibir? Si no difieres al tener misericordia de otro, ten misericordia también de tu alma agradando a Dios (Ecli. XXX, 24). Provee también a tu alma de limosna. No decimos que le des, sino que no rechaces la mano del que da.

CAPÍTULO X.

12. Cristo enseña a despreciar la amistad de los poderosos cuando es perjudicial para la salvación. Pero a veces los hombres se perjudican mucho por esto, cuando temen ofender a otros. Tanto los buenos amigos valen para el bien, como los malos amigos para el mal. Por eso el Señor, para que despreciemos las amistades de los poderosos por nuestra salvación, no quiso elegir primero a senadores, sino a pescadores. Gran misericordia del artífice. Sabía que si eligiera a un senador, diría el senador: Mi dignidad ha sido elegida. Si primero eligiera a un rico, diría el rico: Mi opulencia ha sido elegida. Si primero eligiera a un emperador, diría el emperador: Mi poder ha sido elegido. Si primero eligiera a un orador, diría el orador: Mi elocuencia ha sido elegida. Si eligiera a un filósofo, diría el filósofo: Mi sabiduría ha sido elegida. Mientras tanto, dice, que se pospongan estos soberbios, están muy hinchados. Hay una diferencia entre grandeza e hinchazón: ambas son grandes; pero no ambas son sanas. Que se pospongan, dice, estos soberbios, deben ser sanados con alguna solidez. Dame, dice, primero a este pescador. Ven tú, pobre, sígueme; no tienes nada, no sabes nada, sígueme. Idiota pobre, sígueme. No hay nada que temer en ti, pero hay mucho que llenar en ti. A tan abundante fuente debe acercarse un vaso vacío. El pescador dejó las redes, recibió la gracia del pecador, y se convirtió en un orador divino. He aquí lo que hizo el Señor, de quien dice el Apóstol: Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; y Dios eligió lo ignoble del mundo, y lo que no es como si fuera, para que lo que es sea anulado (I Cor. I, 27 y 28). Finalmente, ahora se leen las palabras de los pescadores, y los cuellos de los oradores se someten. Por tanto, que se eliminen de en medio los vientos vacíos; que se elimine de en medio el humo, que al crecer se desvanece; en verdad, por esta salvación deben ser despreciados.

13. Debemos obedecer a Cristo médico, despreciando a los poderosos que se le oponen. Si alguien estuviera enfermo del cuerpo en una ciudad, y hubiera allí un médico muy experto, enemigo de los amigos poderosos del enfermo: si alguien, por tanto, en la ciudad estuviera enfermo de alguna peligrosa enfermedad del cuerpo, y hubiera en la misma ciudad un médico muy experto, enemigo de los amigos, como dije, poderosos del enfermo, que le dijeran a su amigo, No lo llares, no sabe nada: lo dirían, no con juicio, sino con envidia: ¿no apartaría él por su salud las habladurías de los amigos poderosos, y para vivir unos pocos días más, con cualquier ofensa de ellos, al rechazar la enfermedad de su cuerpo, llamaría a ese médico, a quien la fama recomendaba como muy experto?

CAPÍTULO XI.

La humanidad está enferma, no de enfermedades del cuerpo, sino de pecados. Yace en toda la tierra, desde el oriente hasta el occidente, un gran enfermo. Para sanar al gran enfermo descendió el médico omnipotente. Se humilló hasta la carne mortal, como hasta el lecho del enfermo. Da preceptos de salud, es despreciado: quienes escuchan, son liberados. Es despreciado, cuando los amigos poderosos dicen, No sabe nada. Si no supiera nada, su poder no llenaría las naciones. Si no supiera nada, no existiría antes de estar entre nosotros. Si no supiera nada, no enviaría profetas antes de él. ¿No se cumplen ahora las cosas que fueron predichas antes? ¿No prueba este médico el poder de su arte cumpliendo las promesas? ¿No se derrumban por todo el mundo los errores perniciosos, y se doman las codicias del mundo? Que nadie diga, Antes el mundo era mejor que ahora: desde que este médico comenzó a ejercer su arte, vemos aquí muchas cosas horrendas. No te maravilles. Antes de que alguien fuera curado, la estación del médico parecía limpia de sangre: más bien, ya viendo esto, sacude las vanas delicias, ven al médico; es tiempo de salud, no de placer.

14. Frenéticos, Letárgicos. Cuidémonos, hermanos. Si aún no reconocemos al médico, no nos ensañemos contra él como frenéticos, no nos apartemos de él como letárgicos. Muchos han perecido ensañándose, muchos durmiendo. Son frenéticos, quienes enloquecen por no dormir. Son letárgicos, quienes son oprimidos por dormir mucho. Así son los hombres. Contra este médico, algunos quieren ensañarse; y como él ya está sentado en el cielo, persiguen en la tierra a sus miembros fieles. También cura a tales. Muchos de ellos, convertidos, de enemigos se hicieron amigos, de perseguidores se hicieron predicadores. Así también sanó a los mismos judíos, que se ensañaban contra él cuando estaba aquí, como frenéticos, por quienes oró colgado en el madero. Dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Sin embargo, muchos de ellos, calmada la furia, como oprimida la frenesí, reconocieron a Dios, reconocieron a Cristo. Después de la ascensión, enviado el Espíritu Santo, se convirtieron a aquel a quien crucificaron, y creyendo en el Sacramento bebieron su sangre, que derramaron ensañándose.

CAPÍTULO XII.

15. Conclusión. Tenemos ejemplos. Saulo perseguía los miembros de aquel que ya estaba sentado en el cielo: perseguía gravemente en frenesí, con la mente perdida, por una enfermedad excesiva. Pero él, con una sola voz clamando desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? golpeó al frenético, levantó al sano; mató al perseguidor, vivificó al predicador (Act. IX, 4). También muchos letárgicos son sanados. Son semejantes a ellos, quienes no se ensañan contra Cristo, ni son maliciosos contra los cristianos; pero solo languidecen difiriendo con palabras somnolientas, se vuelven perezosos para extender los ojos a la luz, y quienes quieren despertarlos, les son molestos. Aléjate de mí, dice el letárgico

languideciente, te ruego, aléjate de mí. ¿Por qué? Quiero dormir. Pero morirás por eso. Él, por amor al sueño, responde, Quiero morir. Y la caridad desde arriba, No quiero. A menudo este afecto de caridad lo muestra un hijo incluso a un padre anciano que va a morir en pocos días, ya ciertamente con la vida terminada. Si ve al letárgico, y reconoce que su padre está oprimido por la enfermedad letárgica, al ser advertido por el médico, diciéndole, Despierta a tu padre, no lo dejes dormir, si quieres que viva: el niño está presente con el anciano, lo golpea, lo pellizca, lo pincha, es molesto por piedad: y no permite que muera pronto por la misma vejez que pronto lo hará morir; y si vive, el hijo se alegra, para que viva algunos días más con el que va a suceder. ¿Con cuánta mayor caridad debemos ser molestos a nuestros amigos, con quienes no viviremos pocos días en este mundo, sino con Dios eternamente? Que nos amen, entonces, y hagan lo que oyen por nosotros, y adoren a quien adoramos nosotros, para que reciban lo que esperamos nosotros. Convertidos al Señor, etc.

SERMO LXXXVIII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, donde se habla de dos ciegos sentados junto al camino, y clamando, Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David. Cap. XX, V. 30-34.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Nuestro médico, Cristo. Edificaba la fe con milagros corporales. Bien sabe vuestra Santidad con nosotros, que nuestro Señor y salvador Jesucristo es el médico de nuestra salvación eterna; y que asumió la debilidad de nuestra naturaleza, para que nuestra debilidad no fuera eterna. Pues asumió un cuerpo mortal, en el cual mató a la muerte. Y aunque fue crucificado por nuestra debilidad, como dice el Apóstol; pero vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). Son palabras del mismo Apóstol: Y porque ya no muere, y la muerte no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9). Estas cosas, por tanto, son bien conocidas por vuestra fe. Al mismo tiempo, es consecuente que sepamos que todos los milagros que hizo corporalmente, valen para nuestra admonición, para que recibamos de él lo que no pasará, ni tendrá fin. Devolvió la vista a los ciegos, cuyos ojos la muerte iba a cerrar algún día: resucitó a Lázaro, que volvería a morir. Y todo lo que hizo para la salud de los cuerpos, no lo hizo para que fueran eternos: aunque sin embargo dará también al mismo cuerpo al final la salud eterna. Pero porque aquellas cosas que no se veían, no se creían; con estas cosas temporales que se veían edificaba la fe hacia aquellas que no se veían.

CAPÍTULO II.

2. La fe de la Iglesia después, más laudable sin milagros. ¿Por qué conservó las cicatrices de su cuerpo? Que nadie, por tanto, hermanos, diga que nuestro Señor Jesucristo no hace estas cosas ahora, y por eso prefiera los tiempos pasados de la Iglesia a los presentes. Pues en cierto lugar el mismo Señor, a los que ven y por eso creen, prefiere a aquellos que no ven y creen. Porque hasta tal punto en aquel tiempo vacilaba la debilidad de sus discípulos, que a quien veían ya resucitado, pensaban que también debían tocarlo para creer. No bastaba a los ojos lo que veían, si no se acercaban también las manos a los miembros, y se tocaban las cicatrices de las recientes heridas: para que aquel discípulo que dudaba, de repente al tocar y conocer las cicatrices exclamara, ¡Señor mío y Dios mío! Las cicatrices mostraban a aquel que había sanado todas las heridas en otros. ¿Acaso no podía el Señor resucitar sin cicatrices? Pero en el corazón de los discípulos conocía las heridas, para cuya sanación había conservado las cicatrices en su cuerpo. ¿Y qué dijo el Señor a aquel que ya confesaba y decía, Señor mío y Dios mío? Porque me has visto, dice, has creído: bienaventurados los que no ven, y creen (Juan XX, 25-29). ¿A quiénes dijo esto, hermanos, sino a nosotros? No porque solo a

nosotros, sino también después de nosotros. Pues después de poco tiempo, después de que se retiró de los ojos mortales para que se fortaleciera la fe en los corazones, todos los que creyeron, no viendo creyeron, y su fe tuvo gran mérito: a cuya fe comparable, solo acercaron un corazón piadoso, no también una mano palpante.

CAPÍTULO III.

3. Ahora Cristo obra milagros mayores. Estas cosas hizo el Señor, para invitar a la fe. Esta fe ahora arde en la Iglesia, difundida por todo el mundo. Y ahora obra mayores sanidades, por las cuales no desdeñó entonces exhibir aquellas menores. Pues así como el alma es mejor que el cuerpo; así también es mejor la salud del alma que la salud del cuerpo. Ahora la carne ciega no abre los ojos por el milagro del Señor; y el corazón ciego abre los ojos al sermón del Señor. Ahora no resucita el cadáver mortal; resucita el alma, que yacía muerta en un cadáver vivo. Ahora no se abren los oídos sordos del cuerpo: pero cuántos tienen los oídos del corazón cerrados, que sin embargo se abren al penetrar la palabra de Dios, para que crean los que no creían, y vivan bien los que vivían mal, y obedezcan los que no obedecían? y decimos, Aquel ha creído; y nos maravillamos, cuando oímos de aquellos que alguna vez conocimos duros. ¿Por qué, entonces, ahora te maravillas del que cree, del inocente, del que sirve a Dios; sino porque ves al que ve, al que conocías ciego; ves al que vive, al que conocías muerto; ves al que oye, al que conocías sordo? Pues ve de otra manera a los muertos, de quienes decía el Señor a uno que por eso tardaba, para no seguir al Señor, porque quería enterrar a su padre: Deja, dice, que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22). Ciertamente los muertos sepultadores no son muertos en el cuerpo: porque si lo fueran, no podrían sepultar cuerpos muertos. Sin embargo, los llama muertos: ¿dónde, sino dentro del alma? Pues así como también visiblemente a menudo en una casa íntegra y salva yace muerto el dueño de la misma casa; así en un cuerpo íntegro muchos tienen dentro un alma muerta: y a estos así los excita el Apóstol, Levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14). Él ilumina al cegado, quien excita al muerto. Pues con su voz por el Apóstol se clama al muerto, Levántate, tú que duermes. El ciego será iluminado por la luz, cuando se levante. Pero cuántos sordos ante sus ojos miraba el Señor, cuando decía: El que tiene oídos para oír, oiga (Mat. XI, 15). ¿Quién, pues, estaba ante él sin oídos del cuerpo? ¿Qué otros oídos, entonces, sino los del hombre interior requería?

CAPÍTULO IV.

4. El ojo de la mente, por el cual se ve a Dios, se purifica por la fe. También qué ojos buscaba, cuando hablaba ciertamente a los que veían, pero veían por los ojos de la carne? Pues cuando Felipe le decía, Señor, muéstranos al Padre, y nos basta: bien entendía esto, que mostrado el Padre podría bastar; pero a quien no le bastaba el igual al Padre, ¿cómo le bastaría el Padre? ¿Por qué, además, no le bastaba? Porque no se veía. ¿Por qué no se veía? Porque aún no estaba sano el ojo, por el cual podría ser visto. Pues lo que se veía en la carne del Señor, no solo lo veían los discípulos que lo honraban, sino también los judíos que lo crucificaron. Por tanto, quien quería ser visto de otra manera, requería otros ojos. Y por eso así respondió al que decía, Muéstranos al Padre, y nos basta: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido? Felipe, el que me ha visto, ha visto al Padre. Y para sanar primero los ojos de la fe, para que pudiera llegar a la visión, primero se le amonesta según la fe, para que pueda llegar a la visión. Y para que Felipe no pensara que debía concebir a Dios como veía en el cuerpo al Señor Jesucristo, inmediatamente añadió: ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Juan XIV, 8-10). Ya había dicho, El que me ha visto, ha visto al Padre. Pero aún no tenía Felipe el ojo sano, por el cual pudiera ver al Padre: y por eso

tampoco por el cual pudiera ver al Hijo igual al Padre. Por tanto, la agudeza de la mente aún enferma, y no capaz de mirar tanta luz, fue recibida para ser sanada y fortalecida con los medicamentos y fomentos de la fe, y dijo, ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Por tanto, quien aún no puede ver lo que el Señor va a mostrar, no busque primero ver lo que debe creer: sino que primero crea, para que pueda ser sanado el ojo por el cual verá. Pues solo la forma de siervo se exhibía a los ojos serviles: porque aquel que no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, si ya pudiera ser visto por aquellos a quienes quería sanar igual a Dios, no necesitaría vaciarse a sí mismo, y tomar la forma de siervo (Filip. II, 6, 7). Pero porque no había de dónde ser visto Dios, y había de dónde ser visto hombre; quien era Dios, se hizo hombre, para que lo que se veía, sanara aquello por lo cual no se veía. Pues él mismo en otro lugar dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Podría ciertamente Felipe responder, y decir, Señor, he aquí te veo: ¿es tal el Padre, como esto que veo; porque dijiste, El que me ha visto, ha visto al Padre? Antes de que Felipe respondiera esto, o tal vez antes de que lo pensara, cuando el Señor dijo, El que me ha visto, ha visto al Padre; inmediatamente añadió, ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Pues aún no podía ver con aquel ojo, ni al Padre, ni al Hijo igual al Padre: pero para que el ojo fuera sanado para ver, debía ser ungido para creer. Por eso, antes de que veas lo que no puedes ver, cree lo que aún no ves. Camina por la fe, para que llegues a la visión. La visión no alegrará en la patria, a quien la fe no consuela en el camino. Pues así dice el Apóstol: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. Y enseguida añade por qué aún peregrinamos, aunque ya hayamos creído: Caminamos por fe, no por visión (II Cor. V, 6, 7).

CAPÍTULO V.

5. Nuestra obra ahora es sanar el ojo del corazón. Toda nuestra obra, hermanos, en esta vida es sanar el ojo del corazón, desde donde se ve a Dios. Para esto se celebran los sagrados misterios; para esto se predica la palabra de Dios; para esto son las exhortaciones morales de la Iglesia, es decir, las que se refieren a corregir las costumbres, a enmendar las concupiscencias carnales, a renunciar no solo con la voz, sino con la vida cambiada a este siglo; para esto actúan las divinas y santas Escrituras, para purificar lo interior de aquello que nos impide ver a Dios. Pues así como el ojo está hecho para ver esta luz temporal, y aunque celestial, sin embargo corporal y visible, no solo para los hombres, sino también para los animales más viles (pues para esto fue hecho, para ver esta luz); sin embargo, si algo se le inyecta o cae, de modo que se turbe, se excluye de esta luz; y aunque su presencia lo rodee, él se aparta y está ausente: no solo se ausenta por su perturbación de la luz presente; sino que también la luz, para la cual fue hecho para ver, le es penosa: así también el ojo del corazón perturbado y herido se aparta de la luz de la justicia, ni se atreve a contemplarla, ni puede.

CAPÍTULO VI.

6. Estudio para limpiar el ojo del corazón. ¿Qué turba el ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la iniquidad, la concupiscencia secular turban, cierran, ciegan el ojo del corazón. Y sin embargo, ¿cómo se busca al médico cuando el ojo de la carne está turbado, cómo no se difiere para que se abra y se purifique, para que se sane de modo que se vea esta luz? Se corre, nadie descansa, nadie difiere, si siquiera una paja cae en el ojo. Ciertamente el sol, que queremos ver con ojos sanos, lo hizo Dios. Mucho más luminoso es aquel que lo hizo: ni es de este tipo de luz, que pertenece al ojo de la mente. Esa luz es la sabiduría eterna. Pero Dios te hizo a ti, oh hombre, a su imagen. ¿Te daría para que vieras el sol que hizo, y no te daría

para que vieras a aquel que te hizo, cuando te hizo a su imagen? También te dio esto: te dio ambos. Pero amas mucho estos ojos exteriores, descuidas mucho el interior: lo llevas desgastado y herido. Es un castigo para ti, si tu creador quisiera mostrarse: es un castigo para tu ojo, antes de que sea curado y sanado. Pues también en el paraíso pecó Adán, y se escondió de la faz de Dios. Cuando tenía, por tanto, el corazón sano de pura conciencia, se alegraba en la presencia de Dios: después de que el ojo fue herido por el pecado, comenzó a temer la luz divina, huyó a las tinieblas y a la espesura de los árboles, huyendo de la verdad, deseando las sombras.

CAPÍTULOS VII y VIII.

7. Los enfermos somos invitados a tomar el cáliz por el ejemplo de Cristo. Por tanto, hermanos míos, ya que también nosotros nacimos de allí, y como dice el Apóstol, En Adán todos mueren (1 Cor. XV, 22): todos nosotros alguna vez fuimos dos hombres si no quisimos obedecer al médico, para no enfermarnos; obedezcamos, para ser liberados de la enfermedad. El médico nos dio preceptos, a los sanos: el médico dio preceptos, para que no necesitáramos médico. No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mat. IX, 12). Despreciamos los preceptos sanos, y con la experiencia sentimos en cuánta perdición nuestra despreciamos aquel precepto. Ya comenzamos a enfermar, sufrimos, estamos en el lecho de la enfermedad: pero no desesperemos. Pues como no podíamos venir al médico, él mismo se dignó venir a nosotros. No despreció al herido despreciado por el sano. No dejó de dar otros preceptos al enfermo, que no quiso guardar los primeros, para no enfermar: como si dijera, Ciertamente experimentaste que dije la verdad, cuando dije, No toques esto. Sana, por tanto, y revive. He aquí que llevo tu enfermedad: bebe el cáliz amargo. Pues tú mismo te hiciste aquellos preceptos míos, que dados al sano eran tan dulces, tan laboriosos. Fueron despreciados, comenzaste a sufrir: no puedes sanar, a menos que bebas el cáliz amargo, el cáliz de las tentaciones, de las cuales abunda esta vida, el cáliz de las tribulaciones, angustias, pasiones. Bebe, dice, bebe, para que vivas. Y para que el enfermo no le respondiera, No puedo, no soporto, no bebo: primero bebió el médico sano, para que el enfermo no dudara en beber. Pues ¿qué hay de amargo en tal cáliz, que él no haya bebido? Si es la injuria: primero escuchó cuando expulsaba demonios, Tiene demonio (Luc. VII, 33), y que en Beelzebub expulsa demonios (Id. XI, 15). Por lo cual, para consolar a los enfermos, dijo, Si al padre de familia llamaron Beelzebub, cuánto más a sus domésticos (Mat. X, 25)? Si los dolores son amargos: fue atado y azotado y crucificado. Si la muerte es amarga: también murió. Si la debilidad se horroriza del tipo de muerte: nada en ese tiempo fue más ignominioso que la muerte de cruz. No en vano, recomendando su obediencia, el Apóstol añadió, diciendo: Hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 8).

CAPÍTULO IX.

8. Por qué Cristo honró aquí su cruz. Pero como él mismo iba a honrar a sus fieles al final de este siglo, primero honró la cruz en este siglo; para que los príncipes de la tierra creyendo en él prohibieran crucificar a algún culpable: y lo que con gran insulto procuraron los perseguidores judíos al Señor, sus siervos, incluso los reyes, ahora lo llevan con gran confianza en la frente. No solo ahora aparece qué tipo de muerte se dignó sufrir el Señor por nosotros: como dice el Apóstol, Hecho por nosotros maldición (Gál. III, 13). Y cuando la ceguera de los judíos le insultaba colgado, ciertamente podía descender de la cruz, quien si no quisiera, no estaría en la cruz: pero era más resucitar del sepulcro, que descender de la cruz. Así pues, el Señor haciendo cosas divinas, sufriendo cosas humanas, nos advierte con milagros corporales y paciencia corporal, para que creamos, y seamos sanados para

contemplar aquellas cosas invisibles que el ojo de la carne no conoce. Haciendo esto, curó a estos ciegos, de los cuales ahora se ha recitado el Evangelio. Y al curar, vean qué advirtió al enfermo interior.

CAPÍTULO X.

9. Qué significa la curación de dos ciegos. Qué significa que Jesús pase. Presten atención al desenlace de este hecho y al orden de las cosas. Sentados ellos en el camino, dos ciegos, clamaban al pasar el Señor, para que tuviera misericordia de ellos. Pero la multitud que estaba con el Señor los reprendía para que no clamaran. No crean que esto se dejó sin misterio. Sin embargo, ellos vencían con un clamor muy perseverante a la multitud que los reprendía, para que su voz llegara a los oídos del Señor: como si él no hubiera ya anticipado sus pensamientos. Clamaron, pues, dos ciegos, para ser escuchados por el Señor, y no pudieron ser reprimidos por las multitudes. El Señor pasaba, y ellos clamaban. El Señor se detuvo, y fueron sanados. Pues se detuvo el Señor, Jesús, y los llamó, y dijo: ¿Qué quieren que les haga? Y ellos dijeron: Que se abran nuestros ojos. Por la fe de ellos, el Señor hizo, restauró sus ojos. Si ya entendimos al enfermo interior, al sordo interior, al muerto interior; busquemos también al ciego interior. Están cerrados los ojos del corazón: Jesús pasa, para que clamemos. ¿Qué significa, Jesús pasa? Jesús hace cosas temporales. ¿Qué significa, Jesús pasa? Jesús hace cosas transitorias. Presten atención y vean cuántas de sus obras han pasado. Nació de la virgen María: ¿acaso siempre nace? Fue amamantado como infante: ¿acaso siempre mama? Corrió por las edades hasta la juventud: ¿acaso siempre crece corporalmente? La infancia sucedió a la niñez, la niñez a la adolescencia, la adolescencia a la juventud, al pasar y ceder. Incluso los milagros que hizo, pasaron: se leen y se creen. Pues porque tales cosas están escritas para que puedan leerse, pasaban cuando se hacían. Finalmente, para no detenernos en muchas cosas, fue crucificado: ¿acaso siempre cuelga en la cruz? Fue sepultado, resucitó, ascendió al cielo: ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él: y su divinidad siempre permanece, y la inmortalidad de su cuerpo nunca fallará. Pero sin embargo, todas aquellas cosas que temporalmente fueron hechas por él, pasaron; y están escritas para ser leídas, y se predicán para ser creídas. En todas ellas, pues, Jesús pasó.

CAPÍTULO XI.

10. Dos ciegos, dos pueblos. Cristo, la piedra angular. ¿Qué son dos ciegos junto al camino, sino dos pueblos, a los cuales vino Jesús a sanar? Mostremos estos dos pueblos en las Sagradas Escrituras. Está escrito en el Evangelio, Tengo otras ovejas, que no son de este redil; y a ellas debo traer, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16). ¿Quiénes son, pues, los dos pueblos? Uno de los judíos, y otro de los gentiles. No he sido enviado, dice, sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ¿A quiénes dijo esto? A los discípulos: cuando aquella cananea clamaba, que se confesó ser un perro, para merecer las migajas de la mesa de los señores. Y porque lo mereció, ya se mostraron dos a los que había venido: el pueblo judío, del cual dice, No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel: y el pueblo de los gentiles, cuyo tipo representaba esta mujer, a quien primero rechazó, diciendo, No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros: y a quien diciendo, Sí, Señor, pero también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores; respondió; Oh mujer, grande es tu fe, hágase contigo como quieres (Mat. XV, 22-28). De allí era también aquel centurión, de quien dice el mismo Señor: En verdad les digo, no he hallado tanta fe en Israel. Porque él había dicho: No soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solo una palabra, y mi siervo sanará (Id. VIII, 10, 8). Así pues, el Señor antes de su pasión y glorificación ya designaba dos pueblos: uno, al que había venido por las

promesas de los Padres; y otro, al que por misericordia no rechazaba: para que se cumpliera lo que fue prometido a Abraham, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 18). Por eso también el Apóstol ya después de la resurrección del Señor y ascensión, donde fue despreciado por los judíos, se dirigió a los gentiles. Sin embargo, no calló a las iglesias que habían creído de los judíos: Era, dice, desconocido de rostro para las iglesias de Judea, que están en Cristo. Solo oían que el que alguna vez nos perseguía, ahora evangeliza la fe que alguna vez devastaba: y en mí, dice, magnificaban a Dios (Gál. I, 22-24). Así también se dice que Cristo es la piedra angular, que hizo de ambos uno (Efes. II, 20, 14). Pues la esquina une dos paredes que vienen de diverso. ¿Qué tan diverso, como la circuncisión y el prepucio, teniendo una pared de Judea, otra pared de los gentiles? Pero son unidas por la piedra angular, pues la piedra que desecharon los edificadores, esta fue hecha cabeza de esquina (Sal. CXVII, 22). La esquina en un edificio no está, sino cuando dos paredes que vienen de diverso se encuentran en uno, y se unen en cierta unidad. Estos dos muros, según el tipo, eran dos ciegos clamando al Señor.

CAPÍTULO XII.

11. Jesús pasando es interpelado y sana. Presten atención ahora, amadísimos. El Señor pasaba, los ciegos clamaban. ¿Qué significa, pasaba? Hacía obras transitorias, como ya dijimos. Según estas obras transitorias se edifica nuestra fe. Pues creemos en el Hijo de Dios, no solo porque es el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas: si permaneciendo siempre en la forma de Dios igual a Dios, no se hubiera vaciado a sí mismo tomando forma de siervo; ni los ciegos sentirían, para poder clamar. Pero cuando obraba cosas transitorias, es decir, se humillaba, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, clamaron dos ciegos, Ten misericordia de nosotros, hijo de David. Pues también esto mismo que el Señor y creador de David, quiso ser también hijo de David, en este tiempo lo hizo, pasando lo hizo.

CAPÍTULO XIII.

12. Clamar a Cristo, qué significa. ¿Qué significa clamar a Cristo, hermanos, sino congraciarse con las buenas obras de la gracia de Cristo? Esto digo, hermanos, no sea que seamos ruidosos con voces, y mudos con costumbres. ¿Quién es el que clama a Cristo, para que se aleje la ceguera interior al pasar Cristo, es decir, dispensando a nosotros los sacramentos temporales, con los cuales se nos advierte para tomar las cosas eternas? ¿Quién es el que clama a Cristo? El que desprecia el mundo, clama a Cristo. El que desprecia los placeres del siglo, clama a Cristo. El que dice no con la lengua, sino con la vida, Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14); clama a Cristo. El que distribuye y da a los pobres, para que su justicia permanezca por los siglos de los siglos (Sal. CXI, 9); clama a Cristo. Pues el que oye, y no oye sordo, Vendan sus bienes, y den a los pobres; háganse bolsas que no envejecan, un tesoro que no falle en el cielo (Luc. XII, 33): como oyendo el sonido de los pasos de Cristo pasando, clame a estas cosas el ciego, es decir, haga estas cosas. Su voz esté en los hechos. Comience a despreciar el mundo, a distribuir su pobreza, a tener por nada lo que los hombres aman; desprecie las injurias, no busque vengarse, ofrezca la mejilla al que golpea, ore por los enemigos; si alguien le quita lo suyo, no lo reclame; si ha quitado algo a alguien, devuelva el cuádruple.

CAPÍTULO XIV.

13. La multitud que prohíbe clamar. Cuando comience a hacer estas cosas, todos sus parientes, allegados, amigos se conmueven. Los que aman el siglo, contradicen. ¿Por qué enloqueces? Eres excesivo: ¿acaso otros no son cristianos? Esto es locura, esto es demencia. Y otras cosas semejantes clama la multitud, para que los ciegos no clamen. La multitud reprendía a los que clamaban: pero no vencía sus clamores. Entiendan qué hacen, los que quieren sanar. Y ahora Jesús pasa: los que están junto al camino, clamen. Estos son los que honran con los labios, pero su corazón está lejos de Dios (Is. XXIX, 13). Ellos están junto al camino, a quienes el Señor manda a los de corazón contrito. Pues cuando se recitan las cosas que hizo el Señor pasando, siempre se nos presenta Jesús pasando. Pues hasta el fin del siglo no faltan ciegos sentados junto al camino. Es necesario, pues, que clamen los que están sentados junto al camino. La multitud que estaba con el Señor, reprimía el clamor de los que buscaban la salud. Hermanos, ¿ven lo que digo? Pues no sé cómo decirlo: pero más no sé cómo callarlo. Esto digo, y lo digo abiertamente. Pues temo a Jesús pasando y permaneciendo: y por eso no puedo callar. Los buenos cristianos, verdaderamente diligentes, queriendo hacer los preceptos de Dios, que están escritos en el Evangelio, los cristianos malos y tibios los prohíben. La misma multitud que está con el Señor, prohíbe a los que claman; es decir, prohíbe a los que obran bien, para que no sanen perseverando. Clamen ellos, no desfallezcan, ni se dejen llevar por la autoridad de las multitudes; ni imiten a aquellos que primero se hicieron cristianos, viviendo mal, y envidiando las buenas obras. No digan: ¿Cómo viven estos tantos, así vivamos? ¿Por qué no más bien como dice el Evangelio? ¿Por qué quieres vivir según la reprensión de la multitud que prohíbe, y no según las huellas del Señor que pasa? Insultarán, vituperarán, llamarán: tú clama hasta que llegues a los oídos de Jesús. Pues los que perseveran en hacer tales cosas como las que Cristo mandó, y no atienden a las multitudes que prohíben, ni valoran mucho que parecen seguir a Cristo, es decir, que se llaman cristianos; sino que aman más la luz que Cristo va a devolver, que temen el ruido de los que prohíben: de ninguna manera serán separados, y Jesús se detendrá, y los sanará.

CAPÍTULO XV.

14. Cómo se sanan los ojos. Qué significa que Jesús se detenga. Pues ¿cómo se sanan nuestros ojos? Así como por la fe sentimos a Cristo pasando por la dispensación temporal; así entendamos a Cristo permaneciendo en la eternidad inmutable. Pues allí se sana el ojo, cuando se entiende la divinidad de Cristo. Que vuestra Caridad perciba esto: presten atención a lo que digo, un gran sacramento. Todas las cosas hechas temporalmente por nuestro Señor Jesucristo, nos insertan la fe. Creemos en el Hijo de Dios, no solo en el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas; sino en el mismo Verbo hecho carne, para que habitara en nosotros, nacido de la virgen María, y las demás cosas que la fe tiene, que nos fueron exhibidas, para que Cristo pasara, y para que los ciegos oyendo las huellas del que pasa, clamaran con obras, recordando con la vida la profesión de fe. Ya para que los que claman sean sanados, Jesús se detiene. Pues ya ve a Jesús permaneciendo, quien dice: Y si conocimos a Cristo según la carne, pero ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Pues veía la divinidad de Cristo, cuanto en esta vida se puede. Hay divinidad de Cristo, hay humanidad de Cristo. La divinidad permanece, la humanidad pasa. ¿Qué significa, La divinidad permanece? No se muda, no se conmueve, no se retira. Pues no vino a nosotros de tal manera, que se apartara del Padre: ni así ascendió, que se moviera de lugar. Asumiendo carne, cambió de lugar: pero Dios asumiendo carne, porque no está en lugar, ni cambia de lugar. Seamos tocados por Cristo permaneciendo, sean sanados nuestros ojos. Pero ¿de quiénes los ojos? De los que claman, ciertamente, cuando pasa: es decir, de los que obran bien por aquella fe, que fue dispensada temporalmente para instruirnos como niños.

15. Una vez sanados los ojos, ¿qué cosa más preciosa podremos tener, hermanos? Aquellos que ven esta luz, que ha sido creada, que brilla desde el cielo o que se muestra desde una lámpara, se alegran. ¿Y cuán miserables parecen aquellos que no pueden ver esto? Pero, ¿por qué hablo, por qué digo estas cosas, sino para exhortarlos a todos ustedes a clamar cuando pasa Jesús? Recomendando a vuestra Santidad amar la luz, que tal vez no vean. Crean, aunque aún no vean; y clamen para que puedan ver. ¿Cuánta infelicidad se considera que tienen los hombres que no ven esta luz corporal? Alguien ha quedado ciego: inmediatamente se dice, "Ha tenido a Dios enojado, ha cometido algo malo". Esto decía la esposa de Tobías a su marido. Él clamaba por el cabrito, para que no fuera robado; no quería escuchar el sonido del robo en su casa: ella, defendiendo su acción, golpeaba a su marido con reproches: y cuando él decía, "Devuélvelo, si es robado"; ella respondía insultando, "¿Dónde están tus justicias?" (Tob. II, 21, 22). ¡Cuán ciega estaba ella, que defendía el robo! ¡Y qué luz veía él, que ordenaba devolver el robo! Ella estaba afuera en la luz del sol: él estaba adentro en la luz de la justicia. ¿Quién de ellos estaba en la mejor luz?

CAPÍTULO XVI.

16. La luz interior se compara con la visible. A esta luz, hermanos, exhortamos a vuestra Dilección a amar; para que clamen con obras, cuando el Señor pasa: que suene la voz de la fe; para que Jesús, permaneciendo inmutable, la Sabiduría de Dios y la majestad del Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, abra sus ojos. El mismo Tobías, aconsejando a su hijo, lo exhortaba a clamar: es decir, lo exhortaba a las buenas obras. Le decía que diera a los pobres, le ordenaba que hiciera limosnas a los necesitados, y le enseñaba diciendo: "Hijo, las limosnas no permiten ir a las tinieblas" (Tob. IV, 11). Un ciego daba el consejo para percibir y obtener la luz. "Las limosnas", decía, "no permiten ir a las tinieblas". Si su hijo le respondiera asombrado, "Entonces, padre, ¿no hiciste tú limosnas, para que ahora hables ciego? ¿No estás ahora en tinieblas, tú que me dices, 'Las limosnas no permiten ir a las tinieblas'?" Él sabía de qué luz enseñaba a su hijo, sabía en el hombre interior lo que veía. El hijo extendía la mano a su padre, para que caminara por la tierra; y el padre al hijo, para que habitara en el cielo.

17. Clamar entre las multitudes que prohíben clamar. Brevemente, para concluir, hermanos, este discurso, de lo que más nos toca y angustia, vean que hay multitudes que reprenden a los ciegos que claman. Todos los que en esta multitud desean ser sanados, no se desanimen: porque muchos son cristianos de nombre, y con obras impías; no se desanimen de las buenas obras. Clamen entre las multitudes que los detienen, que los reprenden, que insultan, que viven mal. Pues no solo con voces reprimen los malos a los buenos cristianos, sino también con malas obras. Un buen cristiano no quiere ir a ver espectáculos. Esto mismo que frena su concupiscencia, para que no vaya al teatro; clama tras Cristo, clama para ser sanado. Otros corren, pero tal vez paganos, tal vez judíos. En verdad, serían tan pocos en los teatros, que se irían avergonzados, si los cristianos no acudieran a los teatros. Corren, pues, también ellos, llevando el santo nombre para su condena. Clama, entonces, no yendo, reprimiendo en tu corazón la concupiscencia temporal; y mantente en un clamor fuerte y perseverante a los oídos del Salvador, para que Jesús se detenga y te cure. Clama entre esas mismas multitudes, no desesperes de los oídos del Señor. Pues aquellos ciegos no clamaron desde el lado donde no había multitud, para ser escuchados desde donde no había impedimento de los que prohibían. Clamaron entre esas mismas multitudes: y sin embargo, el Señor escuchó. Así también ustedes, entre pecadores y lujuriosos, entre amantes de las vanidades mundanas,

clamen allí, para que el Señor los sane. No clamen al Señor por otro lado, no vayan a los herejes, y clamen allí al Señor. Presten atención, hermanos, porque en esa multitud que prohibía clamar, allí fueron sanados los que clamaban.

CAPÍTULO XVII.

18. La perseverancia vence a los contradictores. Pues que vuestra Santidad también preste atención a lo que significa perseverar en clamar. Diré lo que muchos han experimentado conmigo en el nombre de Cristo: pues la Iglesia no cesa de dar a luz a tales. Cuando cualquier cristiano comienza a vivir bien, a fervorizarse en buenas obras, y a despreciar el mundo; en la misma novedad de sus obras sufre a los fríos cristianos que lo reprenden y contradicen. Pero si persevera, y los supera perdurando, y no desfallece en las buenas obras; esos mismos ya le obedecerán, quienes antes prohibían. Pues lo reprenden y perturban y prohíben mientras presumen que pueden ser cedidos. Pero si son vencidos por la perseverancia de los que progresan, se convierten, y comienzan a decir: "Gran hombre, santo hombre: feliz aquel a quien Dios ha concedido". Honran, felicitan, bendicen, alaban: como aquella multitud que estaba con el Señor. Esa misma prohibía que los ciegos clamaran: pero después de que clamaron de tal manera que merecieron ser escuchados e impetrar la misericordia del Señor, esa misma multitud dice de nuevo, "Jesús los llama". Ya se convierten en exhortadores, quienes poco antes reprendían para que callaran. Pero solo aquel no es llamado por el Señor, quien no trabaja en este mundo. Pero, ¿quién en esta vida no trabaja en sus pecados e iniquidades? Si todos trabajan, a todos se les ha dicho, "Vengan a mí, todos los que trabajan" (Mat. XI, 28). Si a todos se les ha dicho, ¿por qué atribuyes tu culpa a tu invitador? Ven. No se te hace estrecha su casa: el reino de Dios es poseído por todos juntos, todo por cada uno; al aumentar el número de poseedores no se disminuye, porque no se divide. Cada uno tiene íntegro lo que muchos poseen en concordia.

CAPÍTULO XVIII.

19. Buenos y malos mezclados en la Iglesia. El malo no mancha al bueno de dos maneras. Sin embargo, en el misterio de esta lectura hemos conocido, hermanos, lo que en otros lugares de los Libros santos suena clarísimamente, que hay dentro de la Iglesia tanto buenos como malos, lo que a menudo decimos, trigo y paja. Nadie antes de tiempo abandone la era, tolere la paja en la trilla, tolere en la era. Pues lo que tolere, no lo tendrá en el granero. Vendrá el aventador, que separará a los malos de los buenos. Habrá también una separación corporal, que ahora precede espiritualmente. Sepárense siempre de los malos de corazón; por un tiempo, con cautela, únense corporalmente. Sin embargo, no sean negligentes en corregir a los suyos, a aquellos que de alguna manera pertenecen a su cuidado, amonestando, enseñando, exhortando, aterrorizando. De cualquier manera que puedan, actúen. Ni, cuando encuentren en las Escrituras y en los ejemplos de los santos, ya sea antes o después de la venida del Señor en esta vida, que los malos no manchan a los buenos en la unidad, se vuelvan perezosos para corregir a los malos. El malo no te mancha de dos maneras: si no consientes, y si reprendes: esto es, no comunicar, no consentir. Pues se comunica cuando a su hecho se une la sociedad de la voluntad o aprobación. Así nos advierte el Apóstol: "No participen en las obras infructuosas de las tinieblas". Y porque era poco no consentir, si seguía la negligencia de la disciplina: "Más bien, repréndanlas" (Efes. V, 11). Vean cómo abarcó ambas cosas, "No participen: más bien, repréndanlas". ¿Qué es "No participen"? No consientan, no alaben, no aprueben. ¿Qué es "Más bien, repréndanlas"? Repréndan, corrijan, coarten.

20. La corrección no debe hacerse con ánimo soberbio. Luego, en esa misma corrección o coacción de los pecados ajenos, se debe tener cuidado de que no se ensoberbezca quien corrige a otro; y se debe considerar aquella sentencia apostólica: "Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12). Que la reprensión suene terriblemente por fuera; que el amor de la suavidad se mantenga por dentro. Si un hombre es sorprendido en alguna falta, como dice el mismo apóstol; "ustedes que son espirituales, restauren a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Lleven los unos las cargas de los otros, y así cumplirán la ley de Cristo" (Gál. VI, 1 y 2). También en otro lugar: "El siervo del Señor no debe ser contencioso; sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido, corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen; por si acaso Dios les da el arrepentimiento para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él" (II Tim. II, 24-26). Por tanto, no sean consentidores de los malos, para aprobarlos; ni negligentes, para no reprenderlos; ni soberbios, para reprenderlos insultantemente.

21. La unidad nunca debe ser abandonada. La separación de los donatistas es reprobada por la parábola de la cizaña. Pero quien ha abandonado la unidad, viola la caridad: y quien viola la caridad, tenga lo que tenga de grande, él mismo no es nada. Si hablara lenguas humanas y angélicas, si conociera todos los misterios, si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montañas, si distribuyera todos sus bienes a los pobres, si entregara su cuerpo para ser quemado, pero no tiene caridad; nada es, nada le aprovecha (I Cor. XIII, 13). Todo lo tiene inútilmente, quien no tiene esa única cosa con la que usar de todo.

CAPÍTULO XIX.

Abracemos, pues, la caridad, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 3). No nos engañen aquellos que entienden carnalmente y haciendo una separación corporal, se separan sacrílegamente de los trigos de la Iglesia esparcidos por todo el mundo. Pues por todo el mundo se ha sembrado la buena semilla. Aquel buen sembrador, el Hijo del hombre, no esparció la buena semilla solo en África, sino en todas partes. El enemigo, sin embargo, sembró cizaña. Pero, ¿qué dice el padre de familia? "Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega". ¿Por qué crecer? Por el campo. ¿Qué es el campo? ¿Acaso es África? No. ¿Qué es entonces? No lo interpretemos nosotros, que lo diga el Señor: no permitamos que nadie sospeche algo por capricho. Pues los discípulos dijeron al Maestro: "Explicanos la parábola de la cizaña". Y el Señor explicó: "La buena semilla", dijo, "son los hijos del reino; la cizaña, sin embargo, son los hijos del maligno. ¿Quién los sembró? El enemigo que los sembró, dijo, es el diablo. ¿Qué es el campo? El campo es, dijo, este mundo. ¿Cuál es la siega? La siega es, dijo, el fin del siglo. ¿Quiénes son los segadores? Los segadores, dijo, son los ángeles" (Mat. XIII, 24-30, 36-43). ¿Acaso África es el mundo? ¿Acaso la siega es este tiempo? ¿Acaso el segador es Donato? Esperen la siega por todo el orbe de la tierra, crezcan en la siega por todo el orbe de la tierra, toleren la cizaña por todo el orbe de la tierra hasta la siega. No los engañen los perversos, pajas demasiado ligeras, que vuelan antes de la llegada del aventador desde la era: no los engañen. Reténganlos en esta sola similitud de la cizaña, y no los dejen hablar más. Aquel entregó los códices. No. Pero aquel entregó los códices. Cualquiera que los haya entregado, ¿acaso la infidelidad de los traidores ha invalidado la fe de Dios? ¿Cuál es la fe de Dios? La que prometió a Abraham, diciendo: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gén. XXII, 18). ¿Cuál es la fe de Dios? "Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega". ¿Por qué crecer? Por el campo. ¿Qué es, por el campo? Por el mundo.

22. El argumento de los donatistas sobre la disminución de los trigos. Aquí ellos dicen: "Ciertamente ambos crecieron por el mundo, pero ya los trigos han disminuido, y han sido devueltos a esta nuestra región y escasez". El Señor no te permite interpretar lo que quieras. Él mismo, que expone esta parábola, cierra tu boca, boca sacrílega, boca impía, boca profana, boca contraria a ti mismo, que contradices al testador, ¿incluso a ti que te llama a la herencia? ¿Cómo cierra tu boca? Diciendo, "Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega". Si ya fue la siega, creamos que los trigos han disminuido. Aunque ni siquiera entonces disminuirán, sino que serán almacenados en el granero. Pues así dijo: "Recojan primero la cizaña, y átenla en manojos para quemarla; pero el trigo, almacénenlo en mi granero". Si, por tanto, crecen hasta la siega, después de la siega se almacenan; ¿cuándo, impío, impío, cuándo disminuyen? Concedo que en comparación con la cizaña y la paja, los trigos son menos: sin embargo, ambos crecen hasta la siega. Pues cuando abunda la iniquidad, se enfría la caridad de muchos: crece la cizaña, crece la paja. Pero porque en todo el campo no puede faltar el trigo, que perseverando hasta el fin se salve (Mat. XXIV, 12, 13), ambos crecen hasta la siega. Y si por la abundancia de los malos se dijo, "¿Crees que cuando venga el Hijo del hombre encontrará fe en la tierra?" (Luc. XVIII, 8), y con este nombre se significan todos aquellos que por la transgresión de la ley imitan a aquel a quien se le dijo, "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Gén. III, 19): sin embargo, también por la abundancia de los buenos, y por aquel a quien se le dijo, "Así será tu simiente como las estrellas del cielo, y como la arena del mar" (Gén. XV, 5, y XXII, 17), también aquello no se ha callado, "Porque muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac en el reino de Dios" (Mat. VIII, 11). Por tanto, ambos crecen hasta la siega; y tienen sus sentencias en las Escrituras tanto la cizaña como la paja, y las tienen los trigos. Quienes no las entienden, las confunden, y se confunden; y así claman con ciega codicia, que no quieren callar ni siquiera con la verdad revelada.

CAPÍTULO XX.

23. Lugar mal interpretado de separación corporal por los cismáticos. "He aquí", dicen, "dice el profeta, 'Apártense, salgan de allí, y no toquen lo inmundo'" (Isa. LII, 11): ¿cómo, entonces, toleraremos a los malos por la paz, de quienes se nos ordena salir y apartarnos, para no tocar lo inmundo? Nosotros entendemos esa separación espiritualmente, ellos corporalmente. Pues yo también clamo con el profeta, y cualesquiera que seamos los vasos, Dios nos usa para su dispensación: clamamos también nosotros, y les decimos, "Apártense, salgan de allí, y no toquen lo inmundo"; pero con el contacto del corazón, no del cuerpo. ¿Qué es tocar lo inmundo, sino consentir en los pecados? ¿Qué es salir de allí, sino hacer lo que pertenece a la corrección de los malos, tanto como por el grado y persona de cada uno, salvando la paz, se pueda hacer? Te disgustó lo que alguien pecó; no tocaste lo inmundo. Reprendiste, corregiste, amonestaste, incluso aplicaste, si la situación lo exigía, una disciplina adecuada, y que no violara la unidad; saliste de allí. Presten atención a los hechos de los santos, no sea que nuestra interpretación parezca. ¿Cómo entendieron los santos estas palabras, así deben entenderse? "Salgan de allí", dice el profeta. Primero, por la costumbre usual de esa misma palabra, afirmo esta sentencia, y luego muestro que no es mía. A menudo se acusa a los hombres; y cuando un hombre acusado se defiende, cuando se defiende razonablemente y con justicia, quienes escuchan dicen, "Salió de allí". ¿De dónde salió? Permaneciendo en el lugar, salió de allí. ¿Cómo salió de allí? Dando razón y con una defensa justísima. Esto es lo que hacían los santos, cuando sacudían el polvo de sus pies, contra aquellos que no aceptaban la paz anunciada (Luc. X, 11). Salió de allí aquel centinela, a quien se le dijo, "Te he puesto como centinela a la casa de Israel". Pues a él se le dice, "Si dices al impío, y no se aparta de su iniquidad y de su camino; ese impío morirá en su iniquidad, y tú

habrás librado tu alma" (Ezeq. III, 17, 19). Si hace esto, sale de allí, no por separación corporal, sino por defensa de su obra. Pues este hizo lo que debía hacerse: aunque aquel no obedeció, a quien debía obedecerse. Esto es, "Salgan de allí".

CAPÍTULO XXI.

24. Los profetas reprendían los vicios del pueblo, pero no se apartaban de él. Moisés clamó estas cosas, Isaías clamó, Jeremías clamó, Ezequiel clamó. Veamos si ellos mismos hicieron esto, si abandonaron al pueblo de Dios, y se trasladaron a otras naciones. ¡Cuántas y cuán vehementemente reprendió Jeremías a los pecadores y malvados de su pueblo! Sin embargo, estaba entre ellos, entraba al mismo templo con ellos, celebraba los mismos sacramentos: vivía en esa congregación de hombres malvados, pero clamando salía de allí. Esto es salir de allí, esto es no tocar lo inmundo, y no consentir con la voluntad, y no callar con la boca. ¿Qué diré de Jeremías, de Isaías, de Daniel, de Ezequiel, de los demás profetas, que no se apartaron del pueblo malo, para no abandonar a los buenos mezclados con ese pueblo, donde ellos mismos también pudieron ser tales? El mismo Moisés, hermanos, cuando recibía la ley en el monte, el pueblo abajo hizo un ídolo. El pueblo de Dios, el pueblo conducido por las aguas del Mar Rojo que se retiraron, que sepultaron a los enemigos que los seguían, después de tantas señales y milagros en las plagas de Egipto para muerte, y en su protección para salvación, sin embargo, pidió un ídolo, forzó un ídolo, hizo un ídolo, adoró un ídolo, sacrificó a un ídolo. Dios indica a su siervo el hecho del pueblo, y dice que los destruirá de su presencia. Moisés intercede por ese pueblo al que regresará: y tuvo la ocasión de apartarse y salir de ellos, como estos entienden, para no tocar lo inmundo, para no vivir con tales; sin embargo, no lo hizo. Y no sea que esto pareciera haberlo hecho por necesidad más que por caridad, Dios le ofreció otro pueblo: "Te haré", dijo, "en una gran nación": para que los destruyera. Pero él no aceptó, se adhiere a los pecadores, pide por los pecadores. ¿Y cómo pide? Gran prueba de amor, hermanos. ¿Cómo pide? Vean ese amor, del que hemos hablado a menudo, casi maternal. Cuando Dios amenazaba al pueblo sacrílego, las entrañas piadosas de Moisés temblaron, se opuso por ellos a la ira de Dios. "Señor", dijo, "si perdonas su pecado, perdónalos: pero si no, bórrame de tu libro que has escrito" (Éxod. XXXII, 31, 32). ¡Con cuán paternas y maternas entrañas, cuán seguro dijo esto, considerando la justicia y misericordia de Dios! para que, porque es justo, no perdiera al justo, porque es misericordioso, perdonara a los pecadores.

CAPÍTULO XXII.

25. Corde recedendum a malis, non corpore. Ciertamente ya es manifiesto para vuestra prudencia cómo deben interpretarse todos esos testimonios de las Escrituras: de modo que cuando la Escritura dice que debemos alejarnos de los males, no se nos ordena entender otra cosa que alejarnos con el corazón; no sea que cometamos un mal mayor al separarnos de los buenos que al huir de la unión con los malos, como hicieron los mismos donatistas. Si realmente fueran buenos y acusaran a los malos, y no más bien siendo ellos mismos malos difamaran a los buenos, tolerarían a cualquiera por la paz, como recibieron a los maximianistas como íntegros, a quienes antes habían condenado como perdidos. Ciertamente el profeta dijo claramente: "Apartaos y salid de allí, y no toquéis lo inmundo". Para entender lo que dijo, observo lo que hizo. Con su acción me explica su dicho. Dijo: "Apartaos". ¿A quiénes lo dijo? Sin duda a los justos. ¿De quiénes les dijo que se apartaran? Sin duda de los pecadores e inicuos. Pregunto, ¿él mismo se apartó de tales? Encuentro que no se apartó. Por lo tanto, lo entendió de otra manera. Pues ciertamente primero haría lo que ordenó. Se apartó

con el corazón, reprendió y acusó. Al mantenerse alejado del consentimiento, no tocó lo inmundo: pero al reprender, salió libre ante la vista de Dios; a quien Dios no le imputa sus propios pecados, porque no los cometió; ni los ajenos, porque no los aprobó; ni la negligencia, porque no calló; ni la soberbia, porque permaneció en la unidad. Así pues, hermanos míos, cuantos tengáis entre vosotros que aún están agobiados por el amor al mundo, avaros, perjuros, adúlteros, espectadores de frivolidades, consultores de astrólogos, fanáticos, augures, adivinos, borrachos, lujuriosos, cualquier mal que sepáis que hay entre vosotros; en la medida de lo posible, desaprobadlo, para que os apartéis con el corazón; para que reprendáis y salgáis de allí; y no consintáis, para que no toquéis lo inmundo.

SERMO LXXXIX. De las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XXI, 19-12, donde Jesús secó el árbol; y de las de Lucas, cap. XXIV, 28, donde fingió ir más lejos.

1. Lo que nos advierte la maldición de la higuera. La reciente lectura del santo Evangelio nos advirtió, nos aterrorizó, para que no tengamos hojas y no tengamos fruto. Esto se expone brevemente: que no haya palabras y falten los hechos. ¡Gran terror! ¿Quién no temería, cuando en la misma lectura ve con los ojos del corazón el árbol seco, y así se le dice: "Nunca más nazca fruto de ti para siempre"? Que el terror corrija, que la corrección produzca fruto. Sin duda, el Señor Cristo preveía que un cierto árbol merecía volverse seco, porque tenía hojas y no tenía fruto. Esa es la Sinagoga, no llamada, sino reprobada. Pues de allí fue llamado el pueblo de Dios, que verdaderamente y sinceramente en los Profetas esperaba la salvación de Dios, Jesucristo. Y porque esperaba fielmente, mereció reconocer al presente. De allí son los Apóstoles, de allí toda la multitud que precedía al jumento del Señor y decía: "Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor" (Mat. XXI, 9). Era una gran multitud de judíos fieles, que antes de que se derramara la sangre por ellos, creían en Cristo, era una gran multitud. Pues no en vano el mismo Señor no había venido, sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Id. XV, 24). Pero crucificado entre otros, ya exaltado en el cielo, encontró fruto de penitencia: no los hizo secos, sino que los cultivó en el campo, y los regó con la palabra. De allí eran aquellos cuatro mil judíos que creyeron, después de que los discípulos y los que estaban con ellos fueron llenos del Espíritu Santo, hablaban en las lenguas de todas las naciones, y de alguna manera preanunciaban la futura Iglesia con esa diversidad de lenguas. Creyeron entonces, y eran las mismas ovejas que habían perecido de la casa de Israel; pero porque había venido el Hijo del Hombre a buscar y salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10), también los encontró. Pero no sé dónde, como depredados por lobos, se escondían en los matorrales; y porque se escondían en los matorrales, por eso no llegó a ellos para encontrarlos, sino desgarrado por las espinas de la pasión: sin embargo, llegó, los encontró, los redimió. Ellos lo mataron; no más a él, que a sí mismos. Fueron salvados por el que fue muerto por ellos. Pues al hablar los Apóstoles, fueron compungidos los que lo hirieron con la lanza, fueron compungidos en la conciencia: compungidos buscaron consejo, recibieron lo dado, hicieron penitencia, encontraron gracia, y creyendo bebieron la sangre que derramaron con saña (Hech. II). Pero los que permanecieron en una mala y estéril progenie hasta hoy y hasta el fin, fueron figurados en ese árbol. Ahora vas a ellos, y encuentras en ellos todas las palabras de los Profetas. Pero esas son hojas: Cristo tiene hambre: busca fruto; pero por eso no encuentra fruto en ellos, porque no se encuentra a sí mismo en ellos. Pues no tiene fruto, no tiene a Cristo. Pero no tiene a Cristo, quien no mantiene la unidad de Cristo, quien no tiene caridad. Por lo tanto, por esta conexión, no tiene fruto quien no tiene caridad. Escucha al Apóstol: "El fruto del espíritu es caridad": como si fuera a recomendar un racimo, es decir, fruto. "El fruto del espíritu", dice, "es caridad, gozo, paz, longanimidad" (Gál. V, 22). No te maravilles de lo que sigue, donde comenzó la caridad.

2. El monte arrojado al mar por los Apóstoles. Por eso, a los discípulos que se maravillaban de la sequedad del árbol, les recomendó la fe, y les dijo: "Si tenéis fe, y no dudáis", es decir, si creéis en Dios en todo: no diréis, Esto puede Dios, esto no puede; sino que presumiréis de la omnipotencia del Omnipotente: "no solo haréis esto, sino que también si dijereis a este monte, Quítate y échate en el mar, se hará. Y todo lo que pidáis en oración creyendo, lo recibiréis". Leemos milagros hechos por los discípulos, más bien hechos por el Señor a través de los discípulos: "Porque sin mí", dice, "nada podéis hacer" (Juan XV, 5). El Señor pudo hacer muchas cosas sin los discípulos, los discípulos nada sin el Señor. Quien pudo hacer incluso a los mismos discípulos, ciertamente no fue ayudado por ellos para hacerlos. Leemos los milagros de los Apóstoles, pero en ninguna parte leemos que secaron un árbol, o que trasladaron un monte al mar. Busquemos, pues, dónde se hizo. Pues las palabras del Señor no pudieron ser vanas. Si consideras estos árboles comunes y conocidos y estos montes, no se ha hecho. Si consideras el árbol del que habló, y el mismo monte del Señor del que habló el profeta: "En los últimos días será manifiesto el monte del Señor" (Isa. II, 2): si consideras esto, si entiendes esto; se ha hecho, y por ellos se ha hecho. El árbol es la nación judía, pero repito, reprobada, no llamada: el árbol que hemos mencionado, la nación judía. El monte, como enseñó el testimonio profético, es el mismo Señor. El árbol seco, la nación judía sin el honor de Cristo: el mar, este mundo con todas las naciones. Mira ya a los Apóstoles hablando para secar el árbol, y enviando el monte al mar. Hablan en los Hechos de los Apóstoles a los judíos que contradicen y resisten la palabra de la verdad, es decir, que tienen hojas y no tienen fruto, y les dicen: "A vosotros era necesario anunciar primero la palabra de Dios, pero ya que la rechazasteis": habláis las palabras de los Profetas, y no reconocéis a quien anunciaron los Profetas, es decir, tenéis hojas: "He aquí, nos volvemos a los gentiles" (Hech. XIII, 46). Pues esto también fue predicado por el profeta: "He aquí, te he puesto como luz de las naciones, para que seas salvación hasta los confines de la tierra" (Isa. XLIX, 6). He aquí, el árbol se ha secado; y Cristo a las naciones, el monte trasladado al mar. Pues ¿cómo no se secaría el árbol puesto en la viña, de la cual se había dicho: "Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella" (Id. V, 6)?

3. La maldición del árbol prefiguró algo futuro. Esto para que el Señor lo recomendara proféticamente que lo hizo, no solo quiso exhibir un milagro de este árbol, sino que quiso recomendar algo futuro con el milagro; hay muchas cosas que nos advierten y nos persuaden, más bien nos arrancan a la fuerza. Primero, ¿qué había pecado el árbol, ya que no tenía fruto? que si en su tiempo, es decir, de esos frutos, no tuviera fruto, ciertamente no habría culpa del árbol; porque el árbol sin sentido no tenía culpa. A esto se añade, que como se lee en otro evangelista que narra esto mismo, "No era tiempo de esos frutos" (Mar. XI, 13). Pues era el tiempo en que la higuera produce hojas tiernas, que sabemos que nacen antes que los frutos: esto lo probamos porque se acercaban los días de la pasión del Señor, y sabemos en qué tiempo sufrió; y si no prestáramos atención a esto, ciertamente deberíamos creer al Evangelista que dice: "No era tiempo de higos". Por lo tanto, si solo se trataba de recomendar un milagro, y no de figurar algo proféticamente, el Señor mucho más clementemente, y más dignamente de su misericordia, si encontrara un árbol seco, lo haría verde; como sanó a los enfermos, como limpió a los leprosos, como resucitó a los muertos. Pero entonces, al contrario, como si fuera contra la regla de su clemencia, encontró un árbol verde, que aún no tenía fruto fuera de tiempo, pero no negaba el fruto a su agricultor, y lo hizo seco: como si dijera al hombre. No me deleitó la sequedad de este árbol, sino que quise insinuarte que no quise hacer esto sin causa, sino porque quise recomendarte algo que más atendieras. No maldije a este árbol, no infligí castigo a un árbol insensible; sino que te aterró, si prestas atención, para que no desprecies a Cristo hambriento, y prefieras engordar con fruto que ser sombreado por hojas.

4. Regla para interpretar las Escrituras. Esto es lo único que el Señor recomienda que quiso significar algo. ¿Qué más? Se acerca hambriento al árbol, y busca frutos. ¿No sabía que aún no era tiempo? Lo que sabía el cultivador del árbol, ¿no lo sabía el Creador del árbol? Busca, pues, fruto en el árbol, que aún no tenía. ¿Busca, o más bien finge buscar? Pues si realmente buscó, erró. Pero lejos esté que errara. Por lo tanto, fingió. Temiendo que finja, confiesas que erró. Evitas el error, caes en la ficción. Nos agitamos en medio. Si nos agitamos, deseemos la lluvia, para que reverdezcamos, no sea que diciendo algo indigno del Señor, más bien nos sequemos. El Evangelista, sin embargo, "Vino", dice, "al árbol, y no encontró fruto en él". Ciertamente "no encontró", no se diría de él, a menos que hubiera buscado ver, o fingido buscar, lo que sabía que no estaba allí. Por lo cual no dudamos, de ningún modo digamos que Cristo erró. ¿Qué, decimos que fingió? ¿O decimos esto? ¿Cómo saldremos de aquí? Digamos, no sea que el Evangelista dijera algo del Señor en otro lugar, no nos atreveríamos a decirlo nosotros mismos. Lo que escribió el Evangelista, digamos; y cuando lo hayamos dicho, entendamos. Pero para entender, primero creamos. Pues "si no creéis, no entenderéis", dice el profeta (Is. VII, 9, según LXX). Después de la resurrección, el Señor Cristo caminaba por el camino con dos de sus discípulos, quienes aún no lo reconocían, a quienes como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anochecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo

tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de

dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se

quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anochecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que

desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde

nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anochecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anochecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su

propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anochecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como

dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anochecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se

llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a

Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo

sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo tomó su nombre de la unción. Pero aquel Jacob fue llamado en la Escritura hombre sin engaño. El mismo Jacob, sabéis, fue llamado Israel. Por eso el Señor en el Evangelio cuando vio a Natanael: "He aquí", dice, "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Y aquel israelita, aún sin saber quién hablaba con él, a quien como un tercer viajero acompañaba. Se llegó al lugar al que ellos se dirigían, y dice el Evangelista: "Él fingió ir más lejos. Pero ellos lo retenían con la costumbre de la humanidad diciendo que ya anocheecía, rogándole que se quedara con ellos allí: recibido en el hospedaje, parte el pan, bendecido y partido el pan se le reconoce. No temamos, pues, decir que fingió buscar, si fingió ir más lejos. Pero surge otra cuestión. Ayer durante mucho tiempo recomendamos la verdad en los Apóstoles; ¿cómo encontramos en el mismo Señor una ficción? Debemos, pues, hermanos, e insinuaros según

nuestras mediocres fuerzas, que el Señor nos da por vosotros, y recomendaros que en todas las Escrituras mantengáis regularmente. Todo lo que se dice o se hace, o se conoce por su propia propiedad, o significa algo figuradamente; o ciertamente tiene ambas cosas, tanto conocimiento propio como significado figurado. Propuse tres, se deben dar ejemplos, ¿y de dónde sino de las santas Escrituras? Dicho que debemos tomar propiamente, porque el Señor sufrió, porque resucitó y ascendió al cielo, porque resucitaremos al final del mundo, porque con él en la eternidad, si no lo despreciamos, reinaremos. Esto dicho propiamente, acéptalo, no busques figuras: como se ha dicho, así es. Así también los hechos. El Apóstol subió a Jerusalén para ver a Pedro, esto lo hizo el Apóstol, se hizo, es propio de él (Gál. I, 18). Te narra un hecho: el hecho mismo según la propiedad. Dicho figuradamente, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo" (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42). Si entendemos la piedra propiamente, ¿qué piedra desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo? Si tomamos el ángulo propiamente, ¿en la cabeza de qué ángulo ha sido puesta esta piedra? Si admitimos que se dijo figuradamente, y lo entiendes figuradamente; la piedra angular es Cristo; la cabeza del ángulo, la cabeza de la Iglesia. ¿Por qué el ángulo es la Iglesia? Porque de aquí llamó a los judíos, de aquí a los gentiles, y como dos paredes que vienen de diverso y se encuentran en él, las unió con la gracia de su paz. Pues él es nuestra paz que hizo de ambos uno (Efes. II, 14).

5. Hecho figurado. Has oído dicho propio, hecho propio, dicho figurado: esperas hecho figurado. Hay muchos, pero por ahora lo que se presenta por la advertencia de la piedra angular, cuando Jacob ungió la piedra que había puesto a su cabeza cuando dormía, en cuyo sueño vio una gran visión, escaleras que subían de la tierra al cielo y hombres subiendo y bajando, con el Señor inclinado sobre las escaleras, entendió lo que debía figurar, de donde nos probó que no estaba ajeno a la comprensión de aquella visión y revelación, figuró la piedra por Cristo (Gén. XXVIII, 11-18). No te maravilles, pues, de que ungió, porque Cristo

1. El banquete del Señor es doble: uno aquí, de los fieles; otro en los cielos, de los bienaventurados. Todos los fieles conocen las bodas del hijo del rey y su banquete, y la disposición de la mesa del Señor está propuesta a la voluntad de todos. Sin embargo, importa cómo uno se acerque, ya que no se prohíbe acercarse. Las Sagradas Escrituras nos enseñan que hay dos banquetes del Señor; uno al que vienen buenos y malos, y otro al que no acceden los malos. Por lo tanto, el banquete del Señor, del que acabamos de escuchar al leer el Evangelio, tiene ciertamente buenos y malos. Todos los que se excusaron de este banquete son malos: pero no todos los que entraron son buenos. Me dirijo, pues, a vosotros, que en este banquete os sentáis como buenos, cualquiera que sea vuestra atención a lo que se ha dicho: "El que come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí" (I Cor. XI, 29). A todos los que sois así, os hablo, para que no busquéis fuera a los buenos, sino que toleréis a los malos dentro.

2. Todos los justos en esta vida son tanto malos como buenos. No dudo que vuestra Caridad quiera escuchar quiénes son aquellos de los que he hablado, para que no busquen fuera a los buenos, sino que toleren a los malos dentro. Si todos son malos dentro, ¿a quiénes me he dirigido? Si todos son buenos dentro, ¿a quiénes he advertido para que toleren a los malos? Primero, con la ayuda del Señor, salgamos de esta cuestión como podamos. Si consideras el bien de manera perfecta y clara, nadie es bueno sino solo Dios. Tienes al Señor diciendo claramente: "¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios" (Mat. XIX, 17). Entonces, ¿cómo es que esas bodas tienen buenos y malos, si nadie es bueno sino solo Dios? Primero, debéis saber que, de alguna manera, todos somos malos. De hecho, de

alguna manera, todos somos malos: pero de alguna manera, no todos somos buenos. ¿Podemos compararnos con los Apóstoles? A quienes el mismo Señor dijo: "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos". Si consideramos las Escrituras, había uno malo entre los doce Apóstoles, por quien el Señor dijo en cierto lugar: "Y vosotros estáis limpios, pero no todos" (Juan XIII, 10). Sin embargo, hablando a todos en común, dijo: "Si vosotros, siendo malos". Esto lo escuchó Pedro, lo escuchó Juan, lo escuchó Andrés, lo escucharon todos los demás once Apóstoles. ¿Qué escucharon? "Vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos: cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden" (Mat. VII, 11). Al escuchar que eran malos, se desesperaron: al escuchar que Dios en los cielos era su Padre, respiraron. "Siendo", dice, "malos": ¿qué se debe a los malos, sino el castigo? "Cuánto más", dice, "vuestro Padre que está en los cielos": ¿qué se debe a los hijos, sino la recompensa? En el nombre de los malos, el miedo a las penas: en el nombre de los hijos, la esperanza de los herederos.

3. Los malos excluidos del banquete, ¿quiénes deben entenderse? Entonces, ¿en qué sentido eran malos los mismos que eran buenos en algún sentido? A quienes se les dijo: "Siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos"; inmediatamente se añadió: "Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos". Por lo tanto, el Padre de los malos, pero no de los que deben ser abandonados; porque es el médico de los que deben ser sanados. Así que, de alguna manera, eran malos. Y sin embargo, esos comensales del padre de familia en las bodas del rey, creo que no eran de ese número, de los que se dijo: "Invitaron a buenos y malos"; para que se cuenten entre los malos, a quienes escuchamos que fueron excluidos en aquel que fue encontrado sin tener el vestido nupcial. En qué sentido, digo, eran malos los que eran buenos: en qué sentido eran buenos los que eran malos. Escucha a Juan en qué sentido eran malos: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". He aquí en qué sentido eran malos: porque tenían pecado. ¿En qué sentido eran buenos? "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad" (I Juan I, 8, 9). Si, por lo tanto, decimos, según esta exposición, que habéis escuchado que he presentado de las Sagradas Escrituras, como creo, que las mismas personas son buenas en algún sentido, y malas en algún sentido; si queremos aceptar en este sentido lo que se ha dicho: "Invitaron a buenos y malos", es decir, a los mismos buenos y malos; si queremos aceptar esto, no se nos permite, debido a aquel que fue encontrado sin tener el vestido nupcial, y no fue simplemente expulsado para que solo se le privara de ese banquete, sino para que fuera condenado al eterno castigo de las tinieblas.

4. Que uno excluido significa muchos excluidos. Pero alguien dice: ¿Qué hay de un solo hombre? ¿Qué hay de sorprendente? ¿Qué hay de grande si un solo hombre sin vestido nupcial se coló entre la multitud de los siervos del padre de familia? ¿Acaso por él se podía decir: "Invitaron a buenos y malos"? Prestad atención, pues, y entended, hermanos míos. Ese uno era un tipo; pues eran muchos. Que me responda aquí un oyente diligente, y diga: No quiero que me cuentes tus sospechas; quiero que me pruebes que ese uno eran muchos. El Señor estará presente, lo probaré claramente, y no buscaré más lejos para poder probarlo. En sus propias palabras, Dios me ayudará, y lo que os sea claro lo ministrará a través de mí. He aquí que el padre de familia entró para inspeccionar a los comensales. Ved, hermanos míos, que no correspondía a los siervos sino invitar y traer a buenos y malos: ved que no se dijo: "Los siervos consideraron a los comensales, y allí encontraron a un hombre sin vestido nupcial, y le dijeron". Esto no está escrito. El padre de familia inspeccionó, el padre de familia encontró, el padre de familia distinguió, el padre de familia separó. Esto ciertamente no debía pasarse por alto. Sin embargo, hemos asumido probar otra cosa, cómo ese uno eran muchos. Entró, pues, el padre de familia para inspeccionar a los comensales, y encontró a un

hombre sin vestido nupcial: y le dijo: "Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener vestido nupcial?" Y él enmudeció. Pues tal era el que preguntaba, a quien él no podía fingir nada. Ese vestido se inspeccionaba en el corazón, no en la carne: que si hubiera sido puesto encima, incluso a los siervos no les habría sido oculto. Dónde debe ponerse el vestido nupcial, recibidlo, donde habla: "Tus sacerdotes se vistan de justicia" (Sal. CXX, 9). De ese vestido dice el Apóstol: "Si es que estamos vestidos, y no seamos hallados desnudos" (II Cor. V, 3). Por lo tanto, fue encontrado por el Señor quien estaba oculto a los siervos. Preguntado, enmudece: es atado, expulsado, condenado uno de muchos. Señor, había dicho, porque tú adviertes a todos advertir. Recordad conmigo las palabras que añadisteis, y encontraréis ahora que ese uno eran muchos, ahora juzgaréis. Ciertamente uno había sido interrogado por el Señor, a uno le había dicho: "Amigo, ¿cómo entraste aquí?" Uno había enmudecido, y de ese uno se había dicho: "Atadle las manos y los pies, y echadle a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes". ¿Por qué esto? Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos. ¿Quién puede contradecir esta manifestación de la verdad? "Echadle", dice, "a las tinieblas exteriores". Ciertamente a ese uno, de quien dice el Señor: "Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos". Por lo tanto, pocos no son echados fuera. Ciertamente era uno, el que no tenía vestido nupcial. Echadle. ¿Por qué es echado? Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos. Dejad a los pocos, echad a los muchos. Ciertamente era uno. Este uno, no solo eran muchos, sino que superaban en número a los buenos. Porque muchos son buenos: pero en comparación con los malos, pocos son buenos. Muchos granos han nacido: comparadlos con la paja, y son pocos granos. Los mismos en sí mismos son muchos, en comparación con los malos son pocos. ¿Cómo probamos que en sí mismos son muchos? Muchos vendrán del oriente y del occidente. ¿A dónde vendrán? A ese banquete, en el que entran buenos y malos. Hablando de otro banquete, añadió: "Y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos" (Mat. VIII, 11). Ese es el banquete al que no accederán los malos. Este que ahora es, sea recibido dignamente, para que se llegue a aquel. Los mismos, pues, muchos, que son pocos: muchos en sí mismos, pocos en comparación con los malos. Entonces, ¿qué dice el Señor? Encontró a uno, y dijo: "Sean echados muchos, queden pocos". Porque decir: "Muchos son llamados, pocos elegidos", no es otra cosa que mostrar abiertamente, que en este banquete se tienen tales, que sean llevados a otro banquete, al que no accederá ninguno de los malos.

5. ¿Qué es el vestido nupcial? ¿Qué es, pues? Todos los que os acercáis a la mesa del Señor, que está aquí, no quiero que estéis con los muchos que serán separados, sino con los pocos que serán conservados. ¿Cómo podréis hacerlo? Tomad el vestido nupcial. Expón, dirás, para nosotros el vestido nupcial. Sin duda, ese vestido es el que no tienen sino los buenos, que serán dejados en el banquete, conservados para el banquete al que no accede ningún malo, llevados por la gracia del Señor: ellos tienen el vestido nupcial. Busquemos, pues, hermanos míos, entre los fieles quiénes son los que tienen algo que los malos no tienen, y ese será el vestido nupcial. Si decimos los Sacramentos, veis cómo son comunes a malos y buenos. ¿Es el Bautismo? Sin Bautismo, ciertamente nadie llega a Dios: pero no todos los que tienen Bautismo llegan a Dios. No puedo, pues, entender que el Bautismo sea el vestido nupcial, es decir, el mismo sacramento; ese vestido lo veo en los buenos, lo veo en los malos. ¿Quizás es el altar, o lo que se recibe del altar? Vemos que muchos comen, y comen y beben juicio para sí. ¿Qué es, pues? ¿Es el ayuno? También los malos ayunan. ¿Se acude a la Iglesia? También los malos acuden. Finalmente, ¿se hacen milagros? No solo los buenos hacen y los malos, sino que a veces los buenos no hacen. He aquí en el pueblo antiguo, los magos de Faraón hacían milagros (Éxodo VII y VIII), los israelitas no los hacían: entre los israelitas solo Moisés y Aarón los hacían; los demás no los hacían, pero veían, temían, creían. ¿Acaso eran mejores los magos de Faraón haciendo milagros, que el pueblo de Israel, que no podía hacer

milagros, y sin embargo el pueblo pertenecía a Dios? En la misma Iglesia, escucha al Apóstol: "¿Acaso todos son profetas? ¿Acaso todos tienen dones de curaciones? ¿Acaso todos hablan en lenguas?" (I Cor. XII, 29, 30).

6. El vestido nupcial es la caridad. Los demás bienes sin caridad no aprovechan. Caridad y codicia en el hombre. ¿Qué es, pues, ese vestido nupcial? Este es el vestido nupcial: "El fin del mandamiento es", dice el Apóstol, "la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida" (I Tim. I, 5). Este es el vestido nupcial. No cualquier caridad: pues a menudo parece que se aman incluso los hombres partícipes de mala conciencia. Los que juntos cometen latrocinios, los que juntos hacen maleficios, los que juntos aman a los histriones, los que juntos claman a los aurigas y cazadores, a menudo se aman: pero no hay en ellos "caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida". Tal caridad es el vestido nupcial. Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, y no tengo caridad, he venido a ser, dice, como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Han venido las lenguas solas, y se les dice: ¿Por qué habéis entrado aquí sin tener vestido nupcial? Si tengo, dice, profecía, y entiendo todos los misterios, y toda la ciencia, y tengo toda la fe, de tal manera que traslade montañas, y no tengo caridad, nada soy. He aquí esos milagros de hombres que a menudo no tienen vestido nupcial. Si tengo todo esto, dice, y no tengo a Cristo, nada soy. Nada, dice, soy. ¿Entonces la profecía no es nada? ¿Entonces la ciencia de los misterios no es nada? No son nada: pero yo, si tengo eso, y no tengo caridad, nada soy. ¿Cuántos bienes no aprovechan sin un bien? Si no tengo caridad, si distribuyo limosnas a los pobres, si llego a la confesión del nombre de Cristo hasta la sangre, hasta los fuegos, estas cosas pueden hacerse también por amor a la gloria, son vanas. Porque pueden hacerse también por amor a la gloria vanas, no por la caridad más rica de la piedad, también las menciona, y escucha: "Si distribuyo todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, de nada me sirve" (I Cor. XIII, 1-3). Este es el vestido nupcial. Preguntaos a vosotros mismos; si lo tenéis, estáis seguros en el banquete del Señor. Hay dos en un hombre, caridad y codicia. Que nazca en ti la caridad, si aún no ha nacido; y si ha nacido, que sea alimentada, nutrida, crezca. Esa codicia, aunque en esta vida no puede extinguirse completamente; porque si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros: en cuanto hay en nosotros codicia, en tanto no estamos sin pecado: que crezca la caridad, que disminuya la codicia; para que alguna vez se perfeccione, esto es, la caridad, y se consuma la codicia. Vestíos del vestido nupcial: os hablo a vosotros, que aún no lo tenéis. Ya estáis dentro, ya os acercáis al banquete, y aún no tenéis el vestido en honor del esposo: aún buscáis lo vuestro, no lo de Jesucristo. Pues el vestido nupcial se recibe en honor de la unión, es decir, del esposo y la esposa. Conocéis al esposo: es Cristo. Conocéis a la esposa: es la Iglesia. Honrad a los que se casan, honrad al que lleva. Si honráis bien a estos que se casan, seréis hijos. Por lo tanto, progresad en esto. Amad al Señor, y allí aprended a amaros a vosotros mismos: para que amando al Señor os améis a vosotros mismos, seguros améis a los prójimos como a vosotros mismos. Pues cuando no encuentro a alguien que se ame a sí mismo, ¿cómo le permito al prójimo, que lo ame como a sí mismo? ¿Y quién es, dice, que no se ama a sí mismo? He aquí quién es: "El que ama la iniquidad, odia su alma" (Sal. X, 6). ¿Acaso se ama a sí mismo, quien ama su carne, y odia su alma, para su mal, para el mal de su alma y de su carne? ¿Quién, pues, ama su alma? Quien ama a Dios con todo su corazón, y con toda su mente. Ya a tal le confío al prójimo. Amad a los prójimos, como a vosotros mismos.

7. El prójimo, todo hombre. ¿Quién es, dice, mi prójimo? Todo hombre es tu prójimo. ¿Acaso no tuvimos todos dos padres? Son próximos entre sí los animales de cada género, la paloma a la paloma, el leopardo al leopardo, la víbora a la víbora, el ganado al ganado, ¿y no es el

hombre prójimo del hombre? Recordad la institución de la creación. Dijo Dios, produjeron las aguas; nadadores, grandes cetáceos, peces, aves, y cosas semejantes produjeron. ¿Acaso de un ave todas las aves? ¿Acaso de un buitre todos los buitres? ¿Acaso de una paloma todas las palomas? ¿Acaso de una serpiente todas las serpientes? ¿Acaso de un pez dorado todos los peces dorados? ¿Acaso de una oveja todas las ovejas? Ciertamente la tierra produjo todos los géneros a la vez. Se llegó al hombre, y la tierra no produjo al hombre. Se nos hizo un solo padre: ni siquiera dos, padre y madre: se nos hizo, digo, un solo padre, ni siquiera dos, padre y madre: sino de un padre una madre; uno de ninguno, sino hecho por Dios, y una de él (Gén. I y II). Atended a nuestro linaje: de una fuente manamos; y porque ese uno se convirtió en amargura, todos de olivo nos convertimos en acebuche. Vino también la gracia. Uno engendró para el pecado y para la muerte, sin embargo, un solo linaje, sin embargo, no solo semejantes, sino también parientes. Vino uno contra uno: contra uno que dispersó, uno que recoge. Así contra uno que mató, uno que vivifica. Porque así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Pero como de él todo el que nace, muere: así en Cristo todo el que cree, es vivificado. Pero si tiene el vestido nupcial, si es invitado para ser conservado, no separado.

8. No se alaba cualquier fe. Tened, pues, caridad, hermanos míos. Os he expuesto la vestidura nupcial, os he expuesto la vestidura. Se alaba la fe, es cierto, se alaba: pero el Apóstol distingue qué fe. Pues el apóstol Santiago reprende a algunos que se glorían de la fe y no tienen buenas costumbres, y dice: Tú crees que hay un solo Dios, y haces bien. También los demonios creen, y tiemblan (Santiago II, 19). Recordad conmigo de dónde fue alabado Pedro, de dónde fue llamado bienaventurado. ¿Porque dijo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mateo XVI, 16, 17)? Aquel que lo proclamó bienaventurado no atendió al sonido de las palabras, sino al afecto del corazón. ¿Queréis saber que la bienaventuranza de Pedro no estaba en esas palabras? Esto también lo dijeron los demonios. Sabemos quién eres; tú eres el Hijo de Dios (Marcos I, 24). Pedro confesó al Hijo de Dios: los demonios confesaron al Hijo de Dios. Distingue, señor, distingue. Distingo claramente. Pedro lo dijo por amor, los demonios por temor. Finalmente, él dice, Estoy contigo hasta la muerte (Lucas XXII, 33). Ellos dicen, ¿Qué tenemos que ver contigo? (Mateo XIII, 29). Por tanto, tú que has venido al banquete, no te gloríes solo de la fe. Distingue también esa fe, y entonces en ti se reconocerá la vestidura nupcial. Que el Apóstol distinga, que nos enseñe: Ni la circuncisión, dice, vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe. Di cuál: ¿acaso no creen también los demonios y tiemblan? Digo, dice, escucha, distingo, ahora distingo: Sino la fe que obra por el amor (Gálatas V, 6). ¿Qué fe, entonces? ¿Qué clase de fe? La que obra por el amor. Aunque tenga toda ciencia, y toda fe, de tal manera que traslade montañas, pero no tenga caridad, nada soy. Tened fe con amor: pues no podéis tener amor sin fe. Esto os aconsejo, esto os exhorto, esto en el nombre del Señor enseñó a vuestra Caridad, para que tengáis fe con amor: porque podéis tener fe sin amor. Pues no os exhorto a que tengáis fe, sino caridad. No podéis tener caridad sin fe; caridad digo de Dios y del prójimo: ¿cómo puede existir esta sin fe? ¿Cómo ama a Dios quien no cree en Dios? ¿Cómo ama a Dios el necio, que dice en su corazón, No hay Dios (Salmo XIII, 1)? Puede suceder que creas que Cristo ha venido, y no ames a Cristo. Pero no puede suceder que ames a Cristo, y no digas que Cristo ha venido.

9. La caridad debe extenderse a los enemigos. Qué oración contra los enemigos es ilícita, cuál es lícita. Tened, pues, fe con amor. Esta es la vestidura nupcial. Amaos mutuamente, los que amáis a Cristo: amad a los amigos, amad a los enemigos. No os sea difícil. ¿Qué perdéis, donde mucho ganáis? ¿Por qué pides a Dios como algo grande que muera tu enemigo? Esta no es la vestidura nupcial. Observa al mismo esposo colgando en la cruz por ti, y rogando al

Padre por sus enemigos: Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Has visto al esposo diciendo esto, mira también al amigo del esposo invitado con la vestidura nupcial. Observad al bendito Esteban, cómo increpa a los judíos, como si fuera severo, como si estuviera enojado: De dura cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís al Espíritu Santo. ¿Qué profeta no mataron vuestros padres? Has oído cómo su lengua se enfurece. Aún estás dispuesto a decir contra cualquiera, y ojalá lo digas contra quien ofendió a Dios, no contra quien te ofendió a ti. Ofendió a Dios y no increpas; te ofendió a ti, clamas: ¿dónde está aquella vestidura nupcial? Has oído, pues, cómo se enfureció Esteban: escucha cómo amó. Ofendió a aquellos a quienes increpaba, fue apedreado por ellos. Y cuando por todas partes era presionado y golpeado por las manos de los furiosos y los golpes de las piedras, primero dijo: Señor Jesucristo, recibe mi espíritu. Luego, después de haber orado por sí mismo, por aquellos que lo apedreaban, se arrodilló y dijo: Señor, no les imputes este pecado: yo moriré en la carne, no ellos en el corazón. Y dicho esto, se durmió (Hechos VII, 51-59). Después de estas palabras no añadió nada: dijo, y se fue; su última oración fue por sus enemigos. Aprended a tener la vestidura nupcial. Así también tú arrodíllate, y golpea tu frente en la tierra, y al acercarte a la mesa del Señor, al banquete de las Sagradas Escrituras, no digas, Si muere mi enemigo: Señor, si algo he merecido de ti, mata a mi enemigo. Pero si acaso lo dices, ¿no temes que te responda: Si quisiera matar a tu enemigo, primero te mataría a ti? ¿O te glorías porque ahora has venido invitado? Piensa, poco antes qué eras. ¿No me blasfemaste? ¿No te burlaste de mí? ¿No quisiste borrar mi nombre de la tierra? pero te aplaudes a ti mismo, porque has venido invitado. Si te hubiera matado como enemigo, ¿a quién habría hecho amigo? ¿Qué me enseñas mal orando, lo que no hice en ti? Más bien yo, dice Dios, te enseñaré, para que me imites. Colgando en la cruz dije, Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Enseñé esto a mi soldado. Sé mi recluta contra el diablo. De otro modo no lucharás invicto, si no oras por tus enemigos. Di claramente, di también esto, di que persigues a tu enemigo: pero di con conocimiento; distingue lo que dices. He aquí que el hombre es tu enemigo: respóndeme, ¿qué en él te es enemigo; acaso lo que es hombre, te es enemigo? No. Pero, ¿qué? Que es malo. Lo que es hombre, lo que yo hice, no te es enemigo. Te dice: Yo hice al hombre, no al malo: se hizo malo por desobediencia, quien más bien obedeció al diablo que a Dios. Lo que él hizo, eso te es enemigo: de donde es malo, te es enemigo; no de donde es hombre. Pues oigo hombre, y malo: uno es el nombre de la naturaleza, otro de la culpa: sano la culpa, y conservo la naturaleza. Esto te dice tu Dios: Y he aquí que te vengo a vengar, mato a tu enemigo; de él quito lo que es malo, conservo lo que es hombre: ¿acaso si lo hago hombre bueno, no he matado a tu enemigo, y he hecho a tu amigo? Así ruega lo que ruegas, para que no perezcan los hombres, sino que perezcan las enemistades mismas. Pero si oras para que el hombre muera; oras mal contra el mal: y cuando dices, Mata al malo; te responde, ¿Cuál de vosotros?

10. La caridad debe extenderse para atraer a todos hacia Dios. Extendamos, pues, la caridad, no solo hasta los cónyuges y vuestros hijos. Esa caridad también se encuentra en los animales y en los pájaros. Sabéis cómo esos pájaros y golondrinas aman a sus parejas, incuban juntos los huevos, alimentan juntos a los polluelos, con una bondad grata y natural, sin esperar recompensa alguna. Pues no dice el pájaro: Alimentaré a mis hijos, para que cuando envejezca, me alimenten a mí. Nada de esto piensa: ama gratis, alimenta gratis; muestra el afecto de un padre, no busca retribución. Y nosotros, lo sé, así amáis a vuestros hijos. Pues no deben los hijos atesorar para los padres, sino los padres para los hijos (II Cor. XII, 14). De aquí también muchos excitan vuestra avaricia, porque adquirís para vuestros hijos, y les guardáis. Pero extendamos la caridad, que crezca esa caridad: amar a los hijos y a los cónyuges, aún no es aquella vestidura nupcial. Tened fe en Dios. Primero amad a Dios. Extendámonos hacia Dios; y a quienes podáis, atraedlos hacia Dios. Es enemigo: que sea

atraído hacia Dios. Es hijo, es esposa, es siervo: que sea atraído hacia Dios. Es extranjero: que sea atraído hacia Dios. Es enemigo: que sea atraído hacia Dios. Atrae, atrae al enemigo: al atraerlo no será enemigo. Así se progresa, así se nutre la caridad, para que nutrida se perfeccione: así se viste la vestidura nupcial: así se esculpe de nuevo la imagen de Dios, a la cual fuimos creados, progresando. Pues pecando se había desgastado, se había deteriorado. ¿De dónde se desgastó? ¿de dónde se deterioró? Cuando se frota contra la tierra. ¿Qué es, se frota contra la tierra? Se desgasta con deseos terrenales. Pues aunque en imagen camina el hombre, sin embargo, en vano se turba (Salmo XXXVIII, 7). Se busca la verdad en la imagen de Dios, no la vanidad. Pues amando la verdad, aquella imagen a la cual fuimos creados, se esculpe de nuevo, y se devuelve la moneda propia a nuestro César. Pues así habéis oído de la respuesta del Señor, diciendo el Señor a los judíos que lo tentaban, ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo, es decir, la expresión de la imagen y la inscripción. Mostradme lo que pagáis, lo que preparáis, lo que se os exige; mostradme. Ellos mostraron el denario: y preguntó de quién tenía la imagen y la inscripción. Respondieron, Del César (Mateo XXII, 18-21). Este César también busca su imagen. César no quiere que perezca lo que ordenó, y Dios no quiere que perezca lo que hizo. César, hermanos míos, no hizo la moneda: los monederos la hacen; se ordena a los artesanos, lo mandó a sus ministros. La imagen se imprimía en la moneda: en la moneda está la imagen de César. Y sin embargo, lo que otros imprimieron se busca: él atesora, él no quiere que se le niegue. La moneda de Cristo es el hombre. Allí está la imagen de Cristo, allí el nombre de Cristo, el don de Cristo, y los oficios de Cristo.

SERMO XCI. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, donde el Señor preguntó a los judíos de quién decían que era hijo el Cristo. Cap. XXII, V. 42-46.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Se prueba contra los judíos que Cristo es el Mesías. Preguntados los judíos, como ahora hemos oído del Evangelio cuando se recitaba, cómo era nuestro Señor Jesucristo hijo de David, a quien el mismo David llamó su Señor, no pudieron responder. Pues esto conocían en el Señor, lo que veían. Pues les aparecía como hijo del hombre: pero estaba oculto el Hijo de Dios. De aquí que creyeron que podía ser vencido, y colgado en el madero se burlaron de él, diciendo: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz, y creeremos en él (Mateo XXVII, 40, 42). Veían una cosa, no conocían otra. Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Sin embargo, sabían que Cristo era hijo de David. Pues incluso ahora esperan que él venga. Les oculta que ha venido, pero voluntariamente les oculta. Pues si colgado no lo reconocieron, y reinando no debieron reconocerlo. Pues en cuyo nombre son llamadas y bendecidas todas las naciones, sino en aquel que piensan que no fue Cristo. Pues él es hijo de David, ciertamente del linaje de David según la carne, es hijo de Abraham. Pero si se dijo a Abraham, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 17), y ven ya en nuestro Cristo bendecirse todas las naciones; ¿qué esperan que ya ha venido, y no temen lo que ha de venir? Pues él mismo nuestro Señor Jesucristo se dijo piedra, usando de testimonio profético para afirmarse. Pero una piedra tal, que si alguno tropieza en ella, se quebrantará; sobre quien venga esa piedra, lo triturará (Lucas XX, 17, 18). Pues cuando se tropieza en él, yace humilde: yaciendo humilde quebranta al que tropieza, viniendo excelso tritura al que se ensoberbece. Ya, pues, los judíos han sido quebrantados por aquella ofensa: resta que por su gloriosa venida también sean triturados, a menos que mientras viven, lo reconozcan, para no morir. Pues Dios es paciente, y diariamente los invita a la fe.

CAPÍTULO II.

2. Se trata el mismo argumento. Pero cuando los judíos no pudieron responder al Señor proponiendo la cuestión y diciendo, de quién decían que era hijo Cristo; y ellos respondieron, Hijo de David: añadiendo y proponiendo, ¿Cómo, pues, David en espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si, pues, David, dice, en espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? No dijo, No es su hijo; sino, ¿Cómo es su hijo? Cuando dice, ¿Cómo?, es palabra de quien pregunta, no de quien niega: como si les dijera, Bien decís que Cristo es hijo de David, pero el mismo David lo llama Señor; a quien él llama Señor, ¿cómo es su hijo? Dirían los judíos, si estuvieran instruidos en la fe cristiana que nosotros tenemos; si no cerraran sus corazones contra el Evangelio, si quisieran tener vida espiritual en ellos, responderían instruidos en la fe eclesiástica a esta cuestión, y dirían, Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios: he aquí cómo es Señor de David. Pero porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14); he aquí cómo es hijo de David. Pero ignorantes enmudecieron, ni siquiera con la boca cerrada abrieron los oídos, para que lo que no pudieron responder preguntados, lo supieran enseñados.

CAPÍTULO III.

3. El misterio del Verbo encarnado se revela a los dignos. Amar a Dios gratuitamente es piedad. Pero porque es grande conocer el misterio, cómo es Señor de David y hijo de David: cómo es una persona hombre y Dios: cómo es en forma de hombre menor que el Padre, en forma de Dios igual al Padre: cómo dice de nuevo, y, El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); y, Yo y el Padre somos uno (Id. X, 30): porque es un gran sacramento, para que pueda ser comprendido, deben ser formadas las costumbres. Pues a los indignos está cerrado, a los merecedores se abre. Ni piedras, ni cerrojos, ni puños, ni patadas son con las que llamamos al Señor. La vida llama, a la vida se abre. Se pide con el corazón, se busca con el corazón, se llama con el corazón, se abre al corazón. Pero este corazón que pide rectamente, llama y busca rectamente, debe ser piadoso. Primero amar a Dios gratuitamente; pues esta es la piedad: ni poner fuera de él la recompensa que espera de él. Pues nada es mejor que él. ¿Y qué caro pide a Dios, a quien Dios mismo le es vil? Da tierra, y te alegras, amante de la tierra, y hecho tierra. Si te alegras, cuando da tierra; ¿cuánto más debes alegrarte, cuando se da a sí mismo, quien hizo el cielo y la tierra? Ama, pues, a Dios gratuitamente. Pues el diablo esto no sabiendo de santo Job, qué se obraba en él interiormente, le objetó un gran crimen, diciendo: ¿Acaso Job teme a Dios de balde?

CAPÍTULO IV.

4. El diablo, adversario calumnioso. Por qué esparce males sobre los buenos. Pues si el adversario objetó esto, debemos temer que esto se nos objete. Pues tenemos un gran calumniador como adversario. Si busca fingir lo que no es, ¿cuánto más objetar lo que es? Sin embargo, alegrémonos, porque tal es el juez, que no puede ser engañado por nuestro acusador. Pues si tuviéramos un hombre como juez, a este lo que quisiera le fingiría el enemigo. Nadie es más astuto que el diablo para fingir. Pues incluso ahora todos los falsos crímenes de los santos él los confabula. Así sus acusaciones no pueden prevalecer ante Dios, las esparce entre los hombres. ¿Y qué le aprovecha esto, cuando dice el Apóstol, Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12)? ¿Pensáis, sin embargo, que él no confabula ningún falso crimen con astucia? Sabe qué mal hace de ello, a menos que se le resista con la vigilancia de la fe. Pues por eso esparce males sobre los buenos, para que los

débiles no piensen que hay algunos buenos, y se entreguen a ser arrastrados por las pasiones y dispersados, diciendo entre sí mismos: ¿Quién es, pues, quien guarda el mandamiento de Dios? o ¿quién es quien guarda la castidad? Mientras piensa que nadie, él mismo se convierte en nadie. Esto, pues, hace el diablo. Pero tal era el hombre Job, de quien nada podía confabular: pues su vida era conocida y demasiado clara. Pero porque tenía muchas riquezas, objetó esto, que si bien era, en el corazón podía estar, en los modales no podía aparecer. Temía a Dios, hacía limosnas; y con qué corazón lo hacía, nadie lo sabía, ni el mismo diablo: pero Dios lo conocía. Dios da testimonio a su siervo: el diablo calumnia al siervo de Dios. Se permite que sea tentado, Job es probado, el diablo es confundido. Se encuentra que Job teme a Dios gratuitamente, lo ama gratuitamente: no porque le dio algo, sino porque no se le quitó a sí mismo. Pues dice: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I). El fuego de la tentación se acercó; pero encontró oro, no paja: quitó las impurezas, no lo convirtió en ceniza.

CAPÍTULO V.

5. Después de la pregunta sobre Cristo, ¿por qué se habla de la moral? Honores eclesiásticos. Porque para entender el sacramento de Dios, cómo Cristo es tanto hombre como Dios, es necesario purificar el corazón; y se purifica mediante la moral, la vida, la castidad, la santidad, el amor y la fe que actúa por el amor (Gálatas V, 6) (esto de lo que hablo es como un árbol que tiene su raíz en el corazón: pues las acciones no proceden sino de la raíz del corazón; si plantas la codicia, brotan espinas; si plantas la caridad, brotan frutos): inmediatamente el Señor, después de haber propuesto esta cuestión a los judíos, al no poder ellos responder, comenzó a hablar sobre la moral, para mostrar por qué eran indignos de entender lo que preguntó. Los miserables soberbios, al no poder responder, debieron decir: No sabemos; Maestro, dinos. Callaron ante la proposición, y no abrieron la boca para preguntar. E inmediatamente el Señor sobre su soberbia: Cuídense, dijo, de los escribas, que aman presidir en las sinagogas, y aman el primer lugar en los banquetes (Mateo XXIII, 6, y Marcos XII, 38, 39). No porque lo reciban, sino porque lo aman. Aquí acusó su corazón, pero no podría ser acusador del corazón si no fuera inspector del corazón. Es necesario que al siervo de Dios que tiene algún honor en la Iglesia se le conceda el primer lugar: porque si no se le concede, es malo para quien no lo concede: sin embargo, no es bueno para quien lo recibe. Es necesario, por tanto, que en la congregación de los cristianos los prelados del pueblo se sienten en un lugar más eminente, para que se distingan por su asiento, y su oficio sea claramente visible: no para que se enorgullezcan de su asiento, sino para que piensen en la carga de la que han de rendir cuentas. Pero, ¿quién sabe si aman esto o no? Esta es una cuestión del corazón, y no puede tener juez sino a Dios. Sin embargo, el Señor advertía a los suyos para que no cayeran en tal levadura: lo que en otro lugar dice, Cuídense de la levadura de los fariseos y saduceos. Y cuando pensaron que lo decía porque no habían traído panes, les respondió: ¿No recuerdan cuántos miles fueron saciados con cinco panes? Entonces entendieron, dice, que hablaba de la doctrina de ellos como levadura. (Mateo XVI, 6-12). Pues amaban estas cosas temporales: pero no temían los males eternos, ni amaban los bienes eternos. Con el corazón cerrado no podían entender lo que el Señor preguntó.

CAPÍTULO VI.

6. Cómo se hace el alma capaz de entender los misterios. ¿Qué debe hacer la Iglesia de Dios para poder entender lo que primero mereció creer? Hacer el alma capaz de recibir lo que se le dará. Para que esto suceda, es decir, para que el alma sea capaz, nuestro Señor Dios

suspendió las promesas, no las quitó. Las suspendió para que nos extendamos: nos extendemos para crecer: crecemos para alcanzar. Mira al apóstol Pablo extendido hacia lo suspendido. No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto. Hermanos, no pienso que lo haya alcanzado: pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome hacia lo que está delante, sigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses III, 12-14). Él corría en la tierra: la meta colgaba del cielo. Corría, pues, en la tierra: pero en el Espíritu ascendía. Mira, pues, al extendido, mira al que cuelga de lo suspendido. Sigo, dice, hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

7. No asciende al cielo sino quien se adhiere a Cristo. Debemos caminar, no ungrir los pies, ni buscar bestias, ni prever naves. Corre con afecto, camina con amor, asciende con caridad. ¿Por qué buscas el camino? Adhiérete a Cristo, que descendiendo y ascendiendo se hizo a sí mismo el camino. ¿Quieres ascender? Aférrate al que asciende. Pues por ti mismo no puedes elevarte. Porque nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III, 13). Si nadie subió, sino el que descendió, y él es el Hijo del hombre, nuestro Señor Jesús; ¿quieres tú también ascender? Sé miembro de él, que solo ascendió. Pues él, cabeza con los demás miembros, es un solo hombre. Y como nadie puede ascender, sino quien en su cuerpo se ha hecho miembro de él; se cumple, Porque nadie subió, sino el que descendió. Pues no puedes decir: He aquí por qué subió, por ejemplo, Pedro, por qué subió Pablo, por qué subieron los Apóstoles, si nadie subió, sino el que descendió. Se te responde: Pedro, Pablo y los demás Apóstoles, y todos los fieles, ¿qué oyen del Apóstol? Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en parte (I Corintios XII, 27). Si, pues, el cuerpo de Cristo y los miembros son uno, no hagas dos. Pues él dejó al padre y a la madre, y se unió a su esposa, para que fueran dos en una sola carne (Efesios V, 31, 32). Dejó al padre, porque no se mostró aquí igual al Padre: sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses II, 7). Dejó también a la madre Sinagoga, de la cual nació carnalmente. Se unió a su esposa, es decir, a su Iglesia. Este testimonio él mismo al recordarlo, mostró que no se podía separar el matrimonio: ¿No habéis leído, dijo, que Dios que los hizo desde el principio, los hizo varón y hembra? Serán dos, dice, en una sola carne. Lo que Dios unió, no lo separe el hombre. Y ¿qué es, Dos en una sola carne? Sigue, y dice: Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne (Mateo XIX, 4-6). Nadie subió, sino el que descendió.

CAPÍTULO VII.

8. Cristo y la Iglesia un solo hombre. Pues para que sepáis que el esposo y la esposa son un solo hombre, según la carne de Cristo, no según la divinidad: pues según la divinidad lo que él es, nosotros no podemos ser; porque él es creador, nosotros criatura; él hacedor, nosotros hechos; él constructor, nosotros contruidos: pero para que fuéramos uno con él en él, quiso ser nuestra cabeza, tomando carne de nosotros, en la cual muriera por nosotros: para que sepáis, pues, que todo esto es un solo Cristo, dijo por Isaías: Como a un esposo me ató la mitra, y como a una esposa me vistió de ornamento (Isaías LXI, 10). Él mismo esposo, él mismo esposa. Él ciertamente esposo en la cabeza, esposa en el cuerpo. Serán dos, dice, en una sola carne: y ya no son dos, sino una sola carne.

9. Llegamos a la visión de Dios por la fe y las buenas obras. Así que perteneciendo a sus miembros, para entender este sacramento, como dije, hermanos, vivamos piadosamente, amemos a Dios gratuitamente. Él mismo que mostró a los peregrinos la forma de siervo, guarda para los que llegan la forma de Dios. De la forma de siervo allanó el camino, de la forma de Dios construyó la patria. Pues es mucho para nosotros captar esto, pero no es mucho creerlo: Porque si no creéis, dice Isaías, no entenderéis (Isaías VII, 9, según LXX):

camínemos por la fe mientras peregrinamos lejos del Señor, hasta que lleguemos a la visión, donde veremos cara a cara (II Corintios V, 6, 7, y I Corintios XIII, 12). Caminando por la fe, obremos bien. En las buenas obras, el amor a Dios sea gratuito, el amor al prójimo sea benéfico. Pues a Dios no tenemos qué ofrecerle: pero porque al prójimo tenemos qué ofrecerle, al ofrecer al necesitado mereceremos al abundante. De ahí que cada uno lo que tiene, lo ofrezca al otro: lo que tenga de más, lo dé al necesitado. Uno tiene dinero: alimente al pobre, vista al desnudo, edifique la iglesia, haga con el dinero todo el bien que pueda. Otro tiene consejo: guíe al prójimo, disipe las tinieblas de la duda con la luz de la piedad. Otro tiene doctrina: distribuya del almacén del Señor, ministre a los siervos el alimento, fortalezca a los fieles, llame a los errantes, busque a los perdidos, haga cuanto pueda. Hay algo que incluso los pobres pueden ofrecer: uno preste sus pies al cojo, otro ofrezca sus ojos como guía al ciego; uno visite al enfermo, otro entierre al muerto. Estas cosas están en todos, de modo que es difícil encontrar a alguien que no tenga algo que ofrecer al otro. Y aquel extremo y grande que dice el Apóstol, Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gálatas VI, 2).

SERMON XCII. Sobre las mismas palabras del Evangelio de Mateo, cap. XXII, v. 42-46.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Pregunta hecha a los judíos sobre Cristo. La pregunta propuesta a los judíos deben resolverla los cristianos. Pues el Señor Jesucristo, que la propuso a los judíos, él mismo no la resolvió, sino que a los judíos, pero a nosotros la resolvió. Y recordaré a vuestra Caridad, y veréis que la resolvió. Primero vean el nudo de la cuestión. Preguntó a los judíos qué pensaban de Cristo, de quién era hijo: porque ellos también esperan a Cristo. En los Profetas leyeron, esperaron su venida, presente lo mataron: porque donde leían que vendría Cristo, allí leían que matarían a Cristo. Pero esperaban su venida en los Profetas: pues no veían su futuro crimen. Así que les preguntó sobre Cristo, no como si fuera desconocido, o cuyo nombre nunca hubieran oído, o cuya venida nunca hubieran esperado. Pues como aún lo esperan, por eso yerran. Ciertamente nosotros también lo esperamos; pero como juez venidero, no como juzgado venidero. Los santos profetas profetizaron ambos, que vendría primero injustamente juzgado, que vendría después justamente juzgador. ¿Qué, pues, dice, os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Respondieron ellos: De David. Completamente de las Escrituras. Pero él: ¿Cómo David en espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si, pues, David en espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?

CAPÍTULO II.

2. Cristo no niega ser hijo de David. Aquí hay que tener cuidado de no pensar que Cristo negó ser hijo de David. No negó ser hijo de David, sino que buscó el modo. Dijisteis que es hijo de David, no lo niego: pero él lo llama Señor; decidme cómo es hijo, que es también Señor: decidme cómo. Ellos no dijeron, sino que callaron. Digamos nosotros, con Cristo mismo exponiéndolo. ¿Dónde? A través de su Apóstol. Primero, ¿de dónde probamos que Cristo mismo lo expuso? El Apóstol dice: ¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí? (II Corintios XIII, 3). Así que en el Apóstol se dignó resolver esta cuestión. Primero, hablando Cristo a través del Apóstol, ¿qué dijo a Timoteo? Recuerda que Cristo Jesús resucitó de los muertos, del linaje de David, según mi Evangelio (II Timoteo II, 8). He aquí que Cristo es hijo de David. ¿Cómo es también Señor de David? Di, Apóstol: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Reconoce al

Señor de David. Si reconoces al Señor de David, nuestro Señor, Señor del cielo y de la tierra, Señor de los ángeles, igual a Dios en forma de Dios si lo reconoces: ¿de dónde hijo de David? Atiende lo que sigue. El Apóstol te muestra al Señor de David diciendo, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. ¿Hijo de David de dónde? Pero se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó (Filipenses II, 6-9). Resucitó Cristo del linaje de David, hijo de David, porque se anonadó a sí mismo. ¿Cómo se anonadó? Tomando lo que no era, no perdiendo lo que era. Se anonadó, se humilló. Siendo Dios, apareció como hombre. Fue despreciado en la tierra caminando, quien hizo el cielo. Fue despreciado como hombre, como si no tuviera poder. No solo despreciado, sino además asesinado. Era una piedra yacente, los judíos tropezaron en él, y fueron quebrantados. Pero ¿qué dice él mismo? Quien tropiece en esta piedra, será quebrantado: sobre quien venga esta piedra, lo triturará (Mateo XXI, 44). Primero yacía, y tropezaron: vendrá desde arriba, y triturará a los quebrantados.

CAPÍTULO III.

3. Cristo Dios y hombre. Habéis recibido tanto al hijo de David, como al Señor de David: Señor de David siempre, hijo de David en el tiempo: Señor de David nacido de la sustancia del Padre, hijo de David nacido de María virgen concebido por el Espíritu Santo. Mantengamos ambos. Uno de estos será para nosotros la morada eterna; el otro de estos es para nosotros la liberación de la peregrinación. Pues nuestro Señor Jesucristo, si no se hubiera dignado hacerse hombre, el hombre habría perecido. Se hizo lo que hizo, para que no pereciera lo que hizo. Hombre verdadero, Dios verdadero: Dios y hombre todo Cristo. Esta es la fe católica. Quien niega que Cristo es Dios, es fotiniano: quien niega que Cristo es hombre, es maniqueo. Quien confiesa a Cristo Dios igual al Padre y hombre verdadero, verdaderamente padecido, verdaderamente derramó su sangre: pues la verdad no nos liberaría, si se diera un precio falso por nosotros: quien confiesa ambos, es católico. Tiene patria, tiene camino. Tiene patria, En el principio era el Verbo: tiene patria, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Tiene camino, El Verbo se hizo carne (Juan I, 1, 14): tiene camino, Se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo. Él mismo es la patria a la que vamos, él mismo el camino por el que vamos. Por él a él mismo vayamos, y no erraremos.

SERMON XCIII. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo, cap. XXV, 1-13, El reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. ¿Quiénes son las diez vírgenes en la parábola del Evangelio? Los que estuvieron presentes ayer, recuerdan nuestra promesa: que hoy no solo a vosotros, sino también a muchos más que han venido, con la ayuda del Señor, se ha de cumplir. ¿Quiénes son las diez vírgenes, de las cuales cinco son prudentes y cinco insensatas, no es fácil de indagar. Sin embargo, según lo que contiene la misma lectura que quise que se recitara hoy a vuestra Caridad, según el entendimiento que el Señor se digna darme, no me parece que esta parábola o similitud se refiera solo a aquellas que por su propia y excelente santidad son llamadas vírgenes en la Iglesia, a las que también solemos llamar con el nombre más común de Santas: sino que, si no me equivoco, esta similitud se refiere a toda la Iglesia. Aunque si solo entendiéramos a aquellas que son llamadas Santas, ¿acaso son diez? Lejos esté que tanta multitud de vírgenes

se reduzca a un número tan exiguo. Pero tal vez alguien diga: ¿Qué si son muchas de nombre, y tan pocas en verdad, que apenas se encuentran diez? No es así. Pues si solo quisiera entender diez buenas, no mostraría allí cinco insensatas. Pues si son muchas las vírgenes que son llamadas, ¿por qué se cierran las puertas de la gran casa contra cinco?

CAPÍTULO II.

2. Las diez vírgenes, cualquier alma de la Iglesia de Dios. Entendamos, pues, carísimos, que esta parábola se refiere a todos nosotros, es decir, a toda la Iglesia en absoluto, no solo a los prelados, de los que hablamos ayer; ni solo a los laicos; sino absolutamente a todos. ¿Por qué, entonces, cinco y cinco vírgenes? Estas cinco y cinco vírgenes son todas las almas cristianas. Pero para deciros, lo que sentimos con la inspiración de Dios, no cualquier alma, sino tales almas que tienen la fe católica, y parecen tener buenas obras en la Iglesia de Dios: y sin embargo, de ellas cinco son prudentes, y cinco insensatas. ¿Por qué, entonces, se les llama cinco, y por qué vírgenes, veamos primero; y luego consideremos lo demás. Toda alma en el cuerpo se cuenta en el número cinco, porque usa cinco sentidos. Pues no hay nada que sintamos del cuerpo, sino por una puerta de cinco partes, ya sea viendo, oyendo, oliendo, gustando o tocando. Quien se abstiene de los movimientos sensoriales ilícitos, por esa misma integridad, ha recibido el nombre de virgen.

3. Ni la virginidad es suficiente, ni las buenas obras. Pero si es bueno abstenerse de los movimientos sensoriales ilícitos, y por eso cada alma cristiana ha recibido el nombre de virgen; ¿por qué se admiten cinco, y cinco son rechazadas? Y son vírgenes, y son rechazadas. Es poco que sean vírgenes: y tienen lámparas. Vírgenes, por la abstinencia de los sentidos ilícitos; tienen lámparas, por las buenas obras. De las cuales obras el Señor dice: Que vuestras obras brillen ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo V, 16). También dice a los discípulos: Sean ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas (Lucas XII, 35). En los lomos ceñidos, la virginidad: en las lámparas encendidas, las buenas obras.

CAPÍTULO III.

4. La virgen es cualquier alma cristiana. No se suele hablar de virginidad en los casados: sin embargo, también allí existe la virginidad de la fe, que exhibe la castidad conyugal. Pues, para que vuestra Santidad lo sepa, no es inapropiado que, según el alma y según la integridad de la fe, por la cual también se abstiene de lo ilícito y se realizan buenas obras, se llame virgen a cada alma, ya sea hombre o mujer; toda la Iglesia, que consta de vírgenes y niños, y de mujeres casadas y hombres casados, es llamada virgen con un solo nombre. ¿De dónde probamos esto? Escucha al Apóstol diciendo, no solo a las religiosas, sino a toda la Iglesia: Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo. Y porque el corruptor de esta virginidad, el diablo, debe ser evitado, el mismo Apóstol, después de haber dicho: Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo; añadió y dijo: Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestros sentidos se corrompan de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 2, 3). Pocas tienen la virginidad en el cuerpo: en el corazón todos deben tenerla. Si, por lo tanto, la abstinencia de lo ilícito es buena, de donde la virginidad toma su nombre, y las buenas obras son loables, que se significan con las lámparas; ¿por qué se admiten cinco y se rechazan cinco? Si es virgen, lleva lámparas, y sin embargo no es admitida; ¿dónde se ve a sí mismo quien ni guarda la virginidad de lo ilícito, ni quiere tener buenas obras y camina en tinieblas?

CAPÍTULO IV.

5. Además de la continencia y las buenas obras, se requiere la caridad. El aceite, la caridad. De estas cosas, hermanos míos, de estas cosas más bien discutamos. Quien no quiere ver lo que es malo, quien no quiere oír lo que es malo, quien aparta su olfato de los sacrificios ilícitos, aparta su gusto de los alimentos de sacrificios ilícitos, huye del abrazo ajeno, parte el pan al hambriento, introduce al huésped en su casa, viste al desnudo, reconcilia al litigioso, visita al enfermo, entierra al muerto: he aquí la virgen, he aquí que tiene lámparas. ¿Qué más buscamos? Aún busco. ¿Qué más buscas, dices? Aún busco: el santo Evangelio me ha hecho atento. Incluso a esas vírgenes y portadoras de lámparas, unas las llamó prudentes, otras necias. ¿De dónde miramos? ¿De dónde discernimos? Del aceite. Algo grande significa el aceite, muy grande. ¿Crees que no es la caridad? Decimos buscando, no precipitándonos en el juicio. De dónde me parece que el aceite significa la caridad, os lo diré. El Apóstol dice: Aún os muestro un camino más excelente. ¿Qué camino más excelente muestra? Si hablo lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Ese es el camino más excelente, es decir, la caridad, que con razón se significa con el aceite. Pues entre todos los líquidos, el aceite sobresale. Echa agua, y vierte aceite encima, el aceite sobresale. Echa aceite, vierte agua encima, el aceite sobresale. Si guardas el orden, vence: si cambias el orden, vence. La caridad nunca falla (I Cor. XII, 31, y XIII, 1, 8).

CAPÍTULO V.

6. ¿Qué significa ir al encuentro del esposo? El sueño de las vírgenes. ¿Qué, pues, hermanos? Ya discutamos sobre las cinco vírgenes prudentes y las cinco necias. Quisieron ir al encuentro del esposo. ¿Qué es ir al encuentro del esposo? Ir con el corazón, esperar su venida. Pero él tardaba. Mientras él tardaba, todas se durmieron. ¿Qué es; todas? Tanto las necias como las sabias, todas cabecearon y se durmieron. ¿Creemos que este sueño es bueno? ¿Qué es este sueño? No sea que, mientras el esposo tarda, porque abunda la iniquidad, se enfríe la caridad de muchos. ¿Así entenderemos este sueño? No me agrada: digo por qué. Porque allí están las prudentes: y ciertamente cuando el Señor dijo: Porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos; añadió y dijo: Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12, 13). ¿Dónde queréis que estén esas prudentes? ¿No en aquellos que perseveraron hasta el fin? No por otra cosa, hermanos, no por otra cosa serían admitidas adentro, sino porque perseveraron hasta el fin. Por lo tanto, no se les enfrió la caridad, no se enfrió en ellas la caridad; sino que arde hasta el fin. Porque arde hasta el fin, por eso se les abrieron las puertas del esposo: por eso se les dijo que entraran, como a aquel buen siervo, Entra en el gozo de tu Señor (Id. XXV, 21, 23). ¿Qué es, pues, Todas se durmieron? Hay otro sueño, del cual nadie escapa. ¿No recordáis al Apóstol diciendo: No quiero que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen (I Tes. IV, 12), es decir, de los que han muerto? ¿Por qué se les llama durmientes, sino porque en su día resucitarán? Por lo tanto, todas se durmieron. ¿Crees que porque es prudente, no tiene que morir? Sea virgen necia, sea virgen prudente, todas sufren el sueño de la muerte.

CAPÍTULO VI.

7. Los muertos, ¿por qué se les llama durmientes? A veces los hombres se dicen a sí mismos: He aquí que ya viene el día del juicio, se hacen tantas maldades, tantas tribulaciones se multiplican; he aquí que casi todo lo que dijeron los Profetas se ha cumplido; ya el día del

juicio está cerca. Quienes dicen esto, y lo dicen con fe, como si fueran al encuentro del esposo con tales pensamientos. Pero he aquí guerra sobre guerra, tribulación sobre tribulación, terremoto sobre terremoto, hambre sobre hambre, nación sobre nación, y aún no viene el esposo. Entonces, cuando se espera que venga, duermen todos aquellos que dicen: He aquí que viene, y el día del juicio nos encuentra aquí. Cuando dice, duerme. Por lo tanto, observe su sueño, y persevere en la caridad hasta su sueño: que el sueño lo encuentre esperando. Supón que ha dormido. ¿Acaso el que duerme no añadirá que resucitará (Sal. XL, 9)? Por lo tanto, todas durmieron: y de aquellas prudentes, y de aquellas necias, todas durmieron.

CAPÍTULO VII.

8. Clamor a medianoche.---He aquí que a medianoche se hizo un clamor. ¿Qué es, a medianoche? Cuando no se espera, cuando en absoluto no se cree. Puso la noche por ignorancia. Alguien casi se calcula a sí mismo: He aquí que desde Adán han pasado tantos años, y he aquí que se completan seis mil años, y de inmediato, como algunos tratadistas han calculado, de inmediato vendrá el día del juicio: y vienen, y pasan los cálculos, y aún se demora la venida del esposo, y duermen las vírgenes que fueron al encuentro. Y he aquí que mientras no se espera, mientras se dice, Se esperaban seis mil años, y he aquí que han pasado, ¿cómo sabemos ya cuándo vendrá? Vendrá a medianoche. ¿Qué es, Vendrá a medianoche? Mientras no sabes, vendrá. ¿Por qué mientras no sabes, vendrá? Escucha al mismo Señor: No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad (Hech. I, 17). El día del Señor, dice el Apóstol, vendrá como ladrón en la noche (I Tes. V, 2). Por lo tanto, vigila en la noche, para que no sufras al ladrón. Pues el sueño de la muerte, quieras o no, vendrá.

9. Resurrección de las vírgenes. Aceite en las vasijas. Pero cuando se haya hecho el clamor a medianoche. ¿Qué es este clamor, sino del que el Apóstol dice: En un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta? Porque se tocará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (I Cor. XV, 52). Finalmente, hecho el clamor a medianoche, cuando se clamará, He aquí que viene el esposo, ¿qué sigue? Se levantaron todas. ¿Qué es, Se levantaron todas? Vendrá la hora, dijo el mismo Señor, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán (Juan V, 28, 29). Por lo tanto, en la última trompeta se levantaron todas. Pero aquellas prudentes llevaron aceite consigo en sus vasijas: pero aquellas necias no llevaron aceite consigo. ¿Qué es, no llevaron aceite consigo en sus vasijas? ¿Qué es, en sus vasijas? en sus corazones. De donde dice el Apóstol, Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). Allí el aceite, gran aceite: de don de Dios es este aceite. Finalmente, los hombres pueden introducir aceite, pero no pueden crear el olivo. He aquí que tengo aceite: ¿acaso tú creaste el aceite? Es de don de Dios. Tienes aceite, llévalo contigo. ¿Qué es, llévalo contigo? Tenlo dentro, allí agrada a Dios.

CAPÍTULO VIII.

10. Llevar aceite consigo. Aceite ajeno. Pues he aquí que esas vírgenes necias, que no llevaron aceite consigo, con su abstinencia por la cual se llaman vírgenes, y con sus buenas obras, cuando parecen llevar lámparas, quieren agradar a los hombres. Y si quieren agradar a los hombres, y por eso hacen todas esas cosas loables, no llevan aceite consigo. Tú, por lo tanto, lleva contigo, lleva dentro, donde Dios ve: allí lleva el testimonio de tu conciencia. Pero quien camina para el testimonio ajeno, no lleva aceite consigo. Si te abstienes de lo ilícito, y haces buenas obras, para ser alabado por los hombres; no hay aceite dentro.

Finalmente, cuando los hombres comienzan a no alabar, las lámparas se apagan. Preste atención, pues, vuestra Caridad. Antes de que esas vírgenes durmieran, no se dijo que se apagaban sus lámparas. Las lámparas de las sabias ardían con aceite interno, con la seguridad de la conciencia, con la gloria interior, con la caridad íntima. Sin embargo, también ardían las de aquellas necias. ¿Por qué entonces ardían? Porque no faltaban las alabanzas de los hombres. Pero después de que se levantaron, es decir, en la resurrección de los muertos, comenzaron a preparar sus lámparas, es decir, a preparar para Dios dar cuenta de sus obras. Y porque entonces no hay quien alabe, todo hombre está ocupado en su propia causa, entonces no había quienes vendieran aceite; comenzaron a apagarse las lámparas, y las necias se dirigieron a las cinco prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Esto buscaban lo que acostumbraban, es decir, brillar con aceite ajeno, caminar hacia alabanzas ajenas. Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

11. Las vírgenes necias son ridiculizadas por las sabias. Pero aquellas: No sea que, dicen, no nos baste a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras. Esta respuesta no es de quienes aconsejan, sino de quienes ridiculizan. ¿Por qué de quienes ridiculizan? Porque eran sabias, porque la sabiduría estaba en ellas. No eran sabias de sí mismas: sino que en ellas estaba la sabiduría, de la cual está escrito en cierto libro, que dice a sus despreciadores, cuando vienen a los males que les ha amenazado: Y yo me reiré de vuestra perdición (Prov. I, 26). ¿Qué maravilla es que las sabias ridiculicen a las necias? ¿Qué es ridiculizar?

CAPÍTULO IX.

12. Compradores y vendedores de aceite.---Id a los que venden, y comprad para vosotras: que no solíais vivir bien, sino porque los hombres os alababan, quienes os vendían aceite. ¿Qué es, vendían aceite? Vendían alabanzas. ¿Quiénes venden alabanzas, sino los aduladores? Cuánto más no consentiríais a los aduladores, y llevaríais aceite dentro, y por buena conciencia haríais todas las buenas obras: entonces diríais, Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza (Sal. CXL, 5). Mejor, dice, me corrija el justo, me reprenda el justo, me golpee el justo, me corrija el justo, que el aceite del pecador unja mi cabeza. ¿Qué es el aceite del pecador, sino las adulaciones del adulador?

13. Humildad de las vírgenes prudentes. Id, pues, a los que venden; esto soléis hacer. Pero nosotras no os damos. ¿Por qué? No sea que no nos baste a nosotras y a vosotras. ¿Qué es, no nos baste? No se dijo por desesperación, sino por sobria y piadosa humildad. Aunque el bueno tenga buena conciencia; ¿cómo sabe cómo juzgará aquel que no es engañado por nadie? Tiene buena conciencia, no le pican los crímenes concebidos en el corazón; pero por ciertos pecados cotidianos de la vida humana, aunque tenga buena conciencia, sin embargo dice a Dios, Perdónanos nuestras deudas: porque hizo lo que sigue, Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Partió el pan al hambriento de corazón, vistió al desnudo de corazón: de aceite interior hizo buenas obras, y sin embargo en ese juicio tiembla la misma buena conciencia.

14. ¿Por qué no se abre la puerta a los que llaman? Mira qué es, Dadnos aceite. Oyeron, Id más bien a los que venden. Porque acostumbráis vivir bien por alabanzas humanas, no lleváis aceite con vosotras: pero nosotras no os damos; no sea que no nos baste a nosotras y a vosotras. Pues apenas juzgamos de nosotras mismas, cuánto menos podemos juzgar de vosotras. ¿Qué es, Apenas juzgamos de nosotras mismas? Porque cuando el rey justo se

siente en el trono, ¿quién se gloriará de tener puro su corazón (Prov. XX, 8, 9)? Tal vez tú no encuentras algo en tu conciencia; y encuentra aquel que ve mejor, cuya aguda visión divina penetra más alto: tal vez ve algo, tal vez encuentra algo. Cuánto mejor le dices, No entres en juicio con tu siervo (Sal. CXLII, 2)? También cuánto mejor dices, Perdónanos nuestras deudas? Porque se te dice por aquellas antorchas, por aquellas lámparas: Tuve hambre, y me diste de comer (Mat. XXV, 35). ¿Qué, pues? ¿y aquellas no hicieron eso? No lo hicieron ante él. Pero ¿cómo lo hicieron? Como prohíbe el Señor, quien dijo, Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos: de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Y no seáis como los hipócritas, cuando oráis. Aman estar en las plazas y orar, para ser vistos por los hombres. En verdad os digo, ya tienen su recompensa (Mat. VI, 1, 5). Compraron aceite, pagaron el precio: compraron, no fueron defraudados de alabanzas humanas; buscaron alabanzas humanas, las tuvieron. Esas alabanzas humanas en el día del juicio no los ayudan. Pero aquellas, ¿cómo lo hicieron? Que vuestras obras brillen delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Id. V, 16). No dijo, Vosotros. Pues no tienes aceite de lo tuyo. Arrójate, y di, Tengo: pero de él. Pues ¿qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? Por lo tanto, aquellas lo hicieron así, aquellas así.

15. Se trata el mismo argumento. No es de extrañar, cuando van a comprar, cuando buscan de quienes ser alabadas, y no encuentran; cuando buscan de quienes ser consoladas, y no encuentran; se abrió la puerta, vino el esposo y la esposa, entonces glorificada con Cristo la Iglesia, para que los miembros individuales se unan al todo. Y entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Y aquellas necias vinieron después: pero ¿acaso compraron aceite, o encontraron de quienes comprar? Por eso encontraron las puertas cerradas: comenzaron a llamar, pero tarde.

CAPÍTULO X.

16. Cómo imitar a las cinco vírgenes prudentes. Se dijo, es verdad, no se dijo falsamente, Llamad y se os abrirá (Mat. VII, 7): pero ahora cuando es tiempo de misericordia, no cuando es tiempo de juicio. Pues no se pueden confundir estos tiempos, cuando la Iglesia canta a su Señor misericordia y juicio (Sal. C, 1). Es tiempo de misericordia; haz penitencia. ¿En tiempo de juicio la harás? Estarás entre aquellas vírgenes, contra las cuales se cerró la puerta. Señor, Señor, ábrenos. ¿Acaso no hicieron penitencia, porque no llevaron aceite consigo? ¿Y de qué les sirvió la penitencia tardía, cuando la verdadera sabiduría se burlaba de ellas? Por lo tanto, se cerró la puerta. ¿Y qué se les dijo? No os conozco. ¿No las conoce, quien todo lo conoce? ¿Qué, pues, es, No os conozco? Os desapruebo, os repruebo. En mi arte no os reconozco; mi arte no conoce los vicios: pero esto es grande, y no conoce los vicios, y juzga los vicios. No los conoce haciendo, los juzga acusando. Así, pues, no os conozco.

17. Se trata el mismo argumento. Fueron, entraron las cinco prudentes. Cuántos sois, hermanos míos, en el nombre de Cristo; sean en vosotros cinco prudentes, pero no cinco hombres. Sean en vosotros cinco prudentes, pertenecientes a esta prudencia del número cinco. Pues vendrá la hora, y cuando no sabemos, vendrá. Vendrá a medianoche, vigila. Así cerró el Evangelio: Vigila, porque no sabéis el día ni la hora. Si, pues, vamos a dormir, ¿cómo vigilamos? Vigila con el corazón, vigila con la fe, vigila con la esperanza, vigila con la caridad, vigila con las obras: y cuando duermas con el cuerpo, vendrá el tiempo para que te levantes. Pero cuando te levantes, prepara las lámparas. Entonces no se apaguen, entonces se alimenten con el aceite interior de la conciencia: entonces ese esposo se abraza con lazos incorpóreos, entonces te introduzca en la casa, donde nunca duermas, donde nunca tu lámpara

pueda apagarse. Hoy, sin embargo, trabajamos, y nuestras lámparas fluctúan entre los vientos de este siglo y las tentaciones: pero arda en fortaleza nuestra llama, para que el viento de la tentación aumente el fuego más bien que lo apague.

SERMO XCIV. De las palabras del Evangelio de Mateo, donde el siervo perezoso, que no quiso gastar el talento recibido, es condenado. Cap. XXV, V. 24-30. Obispo de donde se dice. El oficio del episcopado impuesto a cada padre de familia.

Mis hermanos en el Señor y mis coobispos se han dignado visitarnos y alegrarnos con su presencia: pero no sé por qué no quieren ayudarme en mi cansancio. Esto lo he dicho a vuestra Caridad en su presencia, para que de alguna manera vuestra audiencia interceda por mí ante ellos, para que cuando les pida, también ellos hablen. Que distribuyan lo que han recibido, que se dignen trabajar más que excusarse. Y de mí, que estoy fatigado y apenas puedo hablar, reciban con gusto unas pocas palabras. Tenemos también un librito sobre los beneficios dados por Dios a través del santo Mártir, escuchemos juntos con gusto. ¿Qué es entonces? ¿Qué os diré? Habéis escuchado en el Evangelio tanto el mérito de los siervos buenos como el castigo de los malos. Y toda la maldad de aquel siervo reprobado y gravemente condenado fue esta, que no quiso distribuir. Guardó intacto lo que recibió: pero su Señor buscaba ganancias. Dios es avaro para nuestra salvación. Si así se condena al que no distribuyó, ¿qué deben esperar los que pierden? Nosotros, pues, somos dispensadores, nosotros distribuimos, vosotros recibís. Buscamos ganancias: vivid bien. Estas son las ganancias de nuestra distribución. Pero no penséis que la distribución no os concierne también a vosotros. No podéis distribuir desde este lugar superior, pero podéis hacerlo dondequiera que estéis. Donde se reprenda a Cristo, defendedlo: responded a los murmuradores, corregid a los blasfemos, alejaos de su compañía. Así distribuís, si ganáis a algunos. Haced nuestro papel en vuestras casas. El obispo es llamado así porque supervisa, porque cuida atendiendo. Cada uno, pues, en su casa, si es cabeza de su casa, debe pertenecerle el oficio episcopal, para que los suyos crean, para que ninguno de ellos caiga en herejía, ni la esposa, ni el hijo, ni la hija, ni el mismo siervo, porque ha sido comprado a tan alto precio. La disciplina apostólica ha puesto al señor sobre el siervo, y al siervo bajo el señor (Efesios VI, 5, y Tito II, 9): sin embargo, Cristo dio un mismo precio por ambos. No despreciéis a vuestros más pequeños, procurad con toda vigilancia la salvación de vuestros domésticos. Si hacéis esto, distribuís: no seréis siervos perezosos, no temeréis una condenación tan detestable.

SERMO XCV. Sobre las palabras del Evangelio de Marcos, donde se relata el milagro de los siete panes. Cap. VIII, V. 1-9.

1. Banquetes en las Escrituras sagradas. Exponiéndoos las Escrituras sagradas, es como si os partiéramos panes. Vosotros, hambrientos, recibid, y con el corazón eructad la alabanza: y vosotros que sois ricos en banquetes, no seáis pobres en obras y buenas acciones. Lo que os distribuyo no es mío. Lo que coméis, yo también lo como: de lo que vivís, yo vivo. Tenemos en común en el cielo una despensa: de allí viene la palabra de Dios.

2. El milagro de los siete panes alegóricamente. Los siete panes significan la operación septiforme del Espíritu Santo: los cuatro mil hombres, la Iglesia constituida bajo los cuatro Evangelios: las siete cestas de fragmentos, la perfección de la Iglesia. Pues este número muy a menudo figura la perfección. ¿De dónde es lo que se dice, Siete veces al día te alabaré (Salmo CXVIII, 164)? ¿Acaso se equivoca el hombre que alaba al Señor tantas veces? ¿Qué

es entonces, Siete veces te alabaré; sino, Nunca cesaré de alabarte? Pues quien dice siete veces, significa todo el tiempo. Por eso los siglos se desarrollan en el volumen de los siete días. ¿Qué es entonces, Siete veces al día te alabaré, sino lo que en otro lugar se dice, Su alabanza estará siempre en mi boca (Salmo XXXIII, 2)? Por la misma perfección Juan escribe a las siete Iglesias. El libro del Apocalipsis es del santo evangelista Juan: escribe a las siete Iglesias (Apoc. I, 4). Sed veraces, reconoced las cestas. Pues aquellos fragmentos no se perdieron: sino que, como vosotros pertenecéis a la Iglesia, ciertamente os han beneficiado. Lo que os expongo, lo hago como ministro de Cristo: vosotros, cuando escucháis tranquilamente, os recostáis. Yo estoy sentado corporalmente, pero de pie con el corazón, y os sirvo con solicitud; no sea que a alguno de vosotros le ofenda el recipiente, no la comida. Conocéis los banquetes de Dios, los habéis escuchado a menudo, buscan mentes, no vientres.

3. Misterios en los que se saciaron de los siete panes. Ciertamente se saciaron cuatro mil hombres con los siete panes: ¿qué es más maravilloso? Y sin embargo, era poco, si no se llenaban también siete cestas con los fragmentos sobrantes. ¡Oh grandes misterios! Trabajaban, y sus obras hablaban. Si entiendes aquellos hechos, son palabras. Y vosotros pertenecéis a los cuatro mil, porque vivís bajo el cuaternario del Evangelio. Al número no pertenecieron los niños y las mujeres. Pues así se dijo: Eran los que comieron cuatro mil hombres, sin contar a los niños y las mujeres (Mateo XV, 38). Como si fueran sin número los insensatos y afeminados. Sin embargo, que coman también ellos. Que coman: tal vez los niños crezcan, y no serán niños; tal vez los afeminados se corrijan, y se vuelvan castos. Que coman: distribuimos, gastamos. Pero quiénes son estos, Dios mira su banquete, y si no se corrigen, quien sabe invitar, sabe también separar.

4. Cómo es quien invitó al banquete. Sabéis, carísimos: recordad la parábola evangélica; porque el Señor entró a ver a los que se recostaban en cierto banquete suyo. El padre de familia que había invitado, como está escrito, encontró allí a un hombre que no vestía el vestido nupcial (Mateo XXII, 11). Pues había invitado a las bodas aquel esposo hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres. Aquel esposo se hizo feo por la esposa fea, para hacerla hermosa. ¿De dónde se hizo feo el hermoso? Si no lo pruebo, blasfemo. Me da testimonio de su hermosura el profeta, diciendo: Hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3). Me da testimonio de su deformidad otro profeta, diciendo: Lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura; sino que su rostro era despreciado, su posición deformada (Isaías LIII, 2). Oh profeta que dijiste, Hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres, se te contradice: otro profeta sale contra ti, y dice, Mientes: Lo vimos. ¿Qué es lo que dice, Hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres? Lo vimos sin apariencia ni hermosura. ¿Acaso estos dos profetas discordan en el ángulo de la paz? Ambos hablaron de Cristo, ambos hablaron de la piedra angular. En el ángulo concuerdan los muros. Si no concordaron, no es un edificio, sino una ruina. Concuerdan los Profetas, no los dejemos en riña. Más bien, reconozcamos su paz: pues ellos no saben litigar. Oh Profeta que dijiste, Hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres, ¿dónde lo viste? Responde, responde, ¿dónde lo viste? Cuando estaba en la forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Allí lo vi. ¿Dudas tú que quien es igual a Dios, sea hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres? Respondiste: que responda aquel que dijo, Lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura. Dijiste: di dónde lo viste. Toma el comienzo de sus palabras: donde aquel terminó, aquí comienza este. ¿Dónde terminó aquel? Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. He aquí donde vio al hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres: di tú, ¿dónde viste que no tenía apariencia ni hermosura? Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho semejante a los hombres, y hallado en condición como hombre. De su deformidad aún

dice: Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 6-8). He aquí donde lo vi. Concuerdan, pues, ambos pacíficos, y ambos están en paz. ¿Qué es más hermoso que Dios? ¿Qué más deforme que el Crucificado?

5. Reprobado el que se recostó sin el vestido nupcial. Este, pues, esposo hermoso en su apariencia más que los hijos de los hombres, se hizo deforme para hacer hermosa a la esposa, a quien se le dice, Oh hermosa entre las mujeres (Cantar de los Cantares I, 7)! de quien se dice, ¿Quién es esta que sube blanqueada (Id. III, 6), iluminada, no oscurecida por el color del engaño? Encontró, pues, este que había llamado a las bodas, a un hombre que no tenía el vestido nupcial, y le dijo, Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener el vestido nupcial? Y él enmudeció. Pues no encontró qué responder. Y dijo el padre de familia que había entrado: Atadle las manos y los pies, y echadle a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Por tan pequeña culpa tan gran castigo? En verdad grande. Se dice que es pequeña culpa no tener el vestido nupcial: pequeña, pero no para los que entienden. ¿Cuándo se enojaría tanto, cuándo juzgaría así, para que por el vestido nupcial que no tenía, lo enviara con las manos y los pies atados a las tinieblas exteriores, donde habría llanto y crujir de dientes, si no fuera una culpa muy grave no tener el vestido nupcial? Digo: porque por mí habéis sido invitados, y si os invitó él, por nosotros os invitó. En el banquete estáis todos, tened el vestido nupcial. Expongo cuál es, para que todos lo tengáis, y si alguno no me escucha que no lo tiene, antes de que venga el padre de familia y examine a sus comensales, que se cambie para mejor, que tome el vestido nupcial, que se recueste seguro.

6. Uno expulsado figura a muchos. Pues no en verdad, carísimos, aquel que fue expulsado de allí significa a un solo hombre: de ninguna manera. Son muchos. Y el mismo Señor que propuso esta parábola, el mismo Esposo convocador del banquete y vivificador de los comensales, él mismo nos expuso que aquel hombre no significa a un solo hombre, sino a muchos, allí, en el mismo lugar, en la misma parábola. No voy lejos, allí expongo, allí parto y pongo para comer. Pues dijo, cuando fue enviado aquel que no tenía el vestido nupcial a las tinieblas exteriores: dijo, pues, y añadió, Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos (Mateo XXII, 11-14). Uno de aquí expulsaste, y dices, Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos. Sin duda los escogidos no son los expulsados: y eran pocos los que permanecieron recostados; y muchos eran en aquel uno, porque aquel uno es un solo cuerpo de los malos, que no tiene el vestido nupcial.

7. Vestido nupcial, caridad. ¿Qué es el vestido nupcial? Busquémoslo en las Sagradas Escrituras. ¿Qué es el vestido nupcial? Sin duda es algo que los buenos y los malos no tienen en común: encontremos esto, y habremos encontrado el vestido nupcial. En los dones de Dios, ¿qué es lo que no tienen en común los buenos y los malos? Que somos hombres y no bestias, es un don de Dios: pero esto es común a buenos y malos. Que la luz nos nace del cielo, que la lluvia descende de la nube, que los manantiales fluyen, que los campos fructifican, son dones, pero comunes a buenos y malos. Entremos a las bodas; dejemos fuera a otros, que no vinieron llamados. Consideremos a los mismos comensales, es decir, a los cristianos. El bautismo es un don de Dios, lo tienen buenos y malos. Los sacramentos del altar los reciben juntos buenos y malos. Saúl profetizó siendo iniquo, y hostil al hombre santo y justísimo; mientras lo perseguía profetizó (I Samuel XIX). ¿Acaso se dice que sólo los buenos creen? También los demonios creen, y tiemblan (Santiago II, 19). ¿Qué hago? He examinado todo, y aún no he llegado a ese vestido. He desplegado mi envoltorio, he considerado todo o casi todo, y aún no he llegado a ese vestido. En cierto lugar el apóstol Pablo me trajo un gran envoltorio de grandes cosas; lo expuso ante mí, y le dije, Muéstrame si acaso aquí encontraste ese vestido nupcial. Comenzó a examinar cada cosa, y a decir: Si

hablo en lenguas de hombres y de ángeles, si tengo toda la ciencia, y profecía, y toda la fe, de modo que traslade montes; si distribuyo todos mis bienes a los pobres, y entrego mi cuerpo para ser quemado. Grandes vestiduras: pero aún no es esa nupcial. Ya tráenos el vestido nupcial. ¿Por qué nos suspendes, Apóstol? La profecía tal vez es un don de Dios, que no tienen buenos y malos. Si no tengo caridad, dice, nada soy, nada me aprovecha (I Corintios XIII, 1-3). He aquí el vestido nupcial: vestíos, oh comensales, para que os recostéis seguros. No digáis: Para tener ese vestido somos pobres. Vestid, y vestíos. Es invierno: vestid a los desnudos: Cristo está desnudo; y cualquiera que no tenga el vestido nupcial, él lo dará. Corred a él, rogadle: sabe santificar a sus fieles, sabe vestir a sus desnudos. Para que podáis, teniendo el vestido nupcial, no temer las tinieblas exteriores, las ataduras de los miembros y de las manos y de los pies; no falten las obras. Si faltan, ¿qué hará con las manos atadas? ¿a dónde huirá con los pies atados? Tened ese vestido nupcial, vestíos de él, y recostaos seguros, cuando venga a examinar. El día del juicio vendrá: ahora concede un gran espacio, para que quien estaba desnudo alguna vez se vista.

SERMO XCVI. Sobre las palabras del Evangelio de Marcos, cap. VIII, 34, Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, etc., y sobre las palabras de I Juan II, 15, Quien ama al mundo, no tiene el amor del Padre en él.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La caridad hace leves los preceptos. Parece duro y grave lo que el Señor mandó, que si alguno quiere seguirle, se niegue a sí mismo. Pero no es duro ni grave lo que él manda, quien ayuda a que se haga lo que manda. Pues también es verdad lo que se le dice en el Salmo: Por las palabras de tus labios yo he guardado caminos duros (Salmo XVI, 4). Y es verdad lo que él mismo dijo: Mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mateo XI, 30). Pues cualquier cosa que sea dura en los preceptos, para que sea suave, la caridad lo hace. Sabemos cuánto hace el mismo amor. A menudo incluso el mismo amor reprobable y lascivo es: cuántas cosas duras han soportado los hombres, cuántas indignas e intolerables han sufrido, para alcanzar lo que amaron; ya sea que sea amante del dinero, que se llama avaro; ya sea que sea amante del honor, que se llama ambicioso; ya sea que sea amante de cuerpos hermosos, que se llama lascivo. ¿Y quién podría enumerar todos los amores? Considerad, sin embargo, cuánto trabajan todos los amantes, y no sienten que trabajan: y entonces se trabaja más por ellos, cuando se prohíbe a alguien trabajar. Entonces, si los hombres son así de numerosos, como son los amores, y nada más debe preocupar cómo se vive, sino que se elija lo que se debe amar; ¿qué te sorprende, si quien ama a Cristo, y quien quiere seguir a Cristo, amando se niega a sí mismo? Pues si el hombre parece amándose a sí mismo, ciertamente se encuentra negándose a sí mismo.

CAPÍTULO II.

2. El amor a sí mismo, la primera perdición del hombre. La primera perdición del hombre fue el amor a sí mismo. Pues si no se amara a sí mismo, y pusiera a Dios por encima de sí, querría estar siempre sometido a Dios: pero no se volvería a descuidar la voluntad de él, y hacer su propia voluntad. Esto es amar a sí mismo, querer hacer su propia voluntad. Antepone a esto la voluntad de Dios: aprended a amaros, no amándoos. Pues para que sepáis que es un vicio amarse a sí mismo, así dice el Apóstol: Porque los hombres serán amadores de sí mismos. ¿Y acaso quien se ama a sí mismo, confía en sí mismo? Pues al abandonar a Dios, comienza a amarse a sí mismo, y a ser impulsado a amar las cosas que están fuera de sí: tanto que cuando dijo el mismo Apóstol, Porque los hombres serán amadores de sí mismos,

inmediatamente añadió, amadores del dinero (II Timoteo III, 2). Ya ves que estás fuera. Comenzaste a amarte: quédate en ti, si puedes. ¿Acaso te has hecho rico con dinero, amante del dinero? Comenzaste a amar lo que está fuera de ti, te perdiste a ti mismo. Entonces, cuando el amor del hombre se dirige incluso fuera de sí mismo a las cosas que están fuera, comienza a desvanecerse con las vanidades, y a gastar de algún modo sus fuerzas como un pródigo. Se vacía, se derrama, se vuelve pobre, apacienta cerdos: y trabajando en el pastoreo de cerdos, a veces recuerda y dice, Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí perezco de hambre. Pero esto cuando dice, ¿qué se narra de aquel hijo, que lo derramó todo en meretrices, que quiso tener en su poder lo que bien se le guardaba con su padre; quiso tenerlo en su arbitrio, lo derramó, se hizo pobre? ¿Qué se dice de él? Y volviendo en sí mismo. Si volvió a sí, había salido de sí. Porque había caído de sí, y había salido de sí, vuelve primero a sí, para volver en aquel de quien había caído de sí. Pues así como cayendo de sí, permaneció en sí: así volviendo a sí, no debe permanecer en sí, para no salir de sí nuevamente. Volviendo en sí mismo, para no permanecer en sí mismo, ¿qué dijo? Me levantaré, e iré a mi padre (Lucas XV, 12-18). He aquí de dónde había caído de sí, había caído de su padre: había caído de sí, había salido de sí a las cosas que están fuera. Vuelve a sí, y va a su padre, donde más seguramente se guarda a sí mismo. Si, pues, había salido de sí, y de quien había salido; volviendo a sí, para ir a su padre, que se niegue a sí mismo. ¿Qué es negarse a sí mismo? No confiar en sí mismo, sentir que es hombre, y considerar lo dicho por el profeta: Maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5). Que se retire de sí, pero no hacia abajo. Que se retire de sí, para adherirse a Dios. Cualquier cosa buena que tenga, que se la atribuya a aquel que lo hizo: cualquier cosa mala que tenga, él mismo se la hizo. Dios no hizo lo que en él es malo: pierda lo que hizo, quien de allí cayó. Niéguese, dice, a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

CAPÍTULO III.

3. Dónde seguir a Cristo y por qué camino. ¿A dónde debe seguirse al Señor? Sabemos a dónde fue: celebramos esa solemnidad hace pocos días. Resucitó y ascendió al cielo: allí debe ser seguido. No debemos desesperar, porque Él lo prometió, no porque el hombre pueda algo. El cielo estaba lejos de nosotros antes de que nuestra cabeza fuera al cielo. ¿Por qué desesperar, si somos miembros de esa cabeza? Allí, pues, debe ser seguido. ¿Y quién no querría seguirlo a tal sede? Especialmente porque en la tierra se sufre mucho con temores y dolores. ¿Quién no querría seguir a Cristo allí, donde hay suma felicidad, suma paz, perpetua seguridad? Es bueno seguirlo allí: pero hay que ver por qué camino. En efecto, el Señor Jesús no decía estas palabras cuando ya había resucitado de entre los muertos. Aún no había sufrido, iba a la cruz, iba a la deshonra, a las injurias, a los azotes, a las espinas, a las heridas, a las burlas, a los oprobios, a la muerte. El camino parece áspero: te hace perezoso: no quieres seguir. Sigue. Lo que el hombre hizo áspero, Cristo lo allanó al volver. Pues, ¿quién no querría ir a la exaltación? A todos les deleita la altura: pero la humildad es el escalón. ¿Por qué extiendes el pie más allá de ti? Quieres caer, no ascender. Comienza por el escalón, y has ascendido. Ese escalón de humildad no querían atender aquellos dos discípulos que decían: Señor, manda que uno de nosotros se siente a tu derecha en tu reino, y el otro a tu izquierda. Buscaban la altura, no veían el escalón. Pero el Señor mostró el escalón. ¿Qué respondió? ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Marcos 10, 37-38). Vosotros que buscáis la cima de la altura, ¿podéis beber el cáliz de la humildad? Por eso no dijo simplemente, Niéguese a sí mismo, y sígame; sino que añadió, Tome su cruz, y sígame.

CAPÍTULO IV.

4. Llevar la cruz y despreciar el mundo. ¿Qué significa, Tome su cruz? Soporte todo lo que es molesto: así me siga. Pues cuando comience a seguirme en sus costumbres y preceptos, tendrá muchos contradictores, muchos que lo impedirán, muchos que lo disuadirán, y esto de los mismos que parecen ser compañeros de Cristo. Caminaban con Cristo, quienes prohibían a los ciegos clamar. Así que, ya sean amenazas, ya sean halagos, ya sean cualesquiera prohibiciones, si quieres seguir, conviértelas en cruz; soporta, lleva, no sucumbas. Parecen estas palabras del Señor exhortar al martirio. Si hay persecución, ¿no deben despreciarse todas las cosas por Cristo? Se ama el mundo: pero debe preferirse a quien hizo el mundo. Grande es el mundo: pero mayor es quien hizo el mundo. Hermoso es el mundo: pero más hermoso es quien hizo el mundo. Agradable es el mundo: pero más dulce es quien hizo el mundo. Malo es el mundo: y bueno es quien hizo el mundo. ¿Cómo podré explicar y desarrollar lo que he dicho? Que Dios ayude. Pues, ¿qué he dicho? ¿qué habéis alabado? He aquí una cuestión, y sin embargo ya habéis alabado. ¿Cómo es malo el mundo, si es bueno quien hizo el mundo? ¿No hizo Dios todo, y he aquí que es muy bueno? ¿No atestigua la Escritura en cada cosa que Dios hizo que es buena, diciendo, Y vio Dios que era bueno? Y concluyó todo al final tal como Dios hizo todo, y he aquí que era muy bueno (Génesis 1).

CAPÍTULO V.

5. Cómo el mundo es malo, y hecho por un Dios bueno. ¿Cómo, pues, es malo el mundo, y bueno quien hizo el mundo? ¿cómo? Porque el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció (Juan 1, 10). El mundo fue hecho por Él, el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos: el mundo no lo conoció, los amantes del mundo; amantes del mundo, y despreciadores de Dios: este mundo no lo conoció. Así, pues, el mundo es malo, porque son malos quienes prefieren el mundo a Dios. Y es bueno quien hizo el mundo, el cielo y la tierra y el mar, y a los mismos que aman el mundo. Pues solo lo que aman el mundo y no aman a Dios, en ellos no lo hizo Él. A ellos mismos, en cuanto a la naturaleza, los hizo Él: en cuanto a la culpa, no los hizo Él. Esto es lo que dije poco antes, Que el hombre borre lo que hizo, y agradará a quien lo hizo.

CAPÍTULO VI.

6. Mundo bueno hecho del malo. Pues hay también un mundo bueno en los mismos hombres; pero hecho del malo. Todo el mundo, si pones a los hombres como mundo, excepto lo que llamamos mundo el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos; si dices que los hombres son el mundo, todo el mundo malo lo hizo quien primero pecó. Toda la masa fue viciada en la raíz. Dios hizo al hombre bueno: así lo dice la Escritura, Dios hizo al hombre recto, y ellos buscaron muchas perversiones (Eclesiastés 7, 30). Corre de los muchos al uno, recoge lo disperso en uno: fluye, sé fuerte, permanece en uno; no vayas a los muchos. Allí está la bienaventuranza. Pero nos desviamos, fuimos a la perdición: todos nacimos con pecado, y a lo que nacimos, viviendo mal, nos añadimos, y todo el mundo se hizo malo. Pero Cristo vino, y eligió lo que hizo, no lo que encontró: pues encontró a todos malos, y con su gracia los hizo buenos. Y se hizo otro mundo: y el mundo persigue al mundo.

CAPÍTULO VII.

7. Mundo persiguiendo al mundo. ¿Quién es el mundo que persigue? De quien se nos dice, No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Quien ama al mundo, no tiene el amor del Padre en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la

concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia. Pero quien hace la voluntad de Dios, permanece para siempre, como Dios permanece para siempre (1 Juan 2, 15-17). He aquí que he dicho ambos mundos, el que persigue, y el que es perseguido. ¿Quién es el mundo que persigue? Todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, que no es del Padre, sino del mundo: y el mundo pasa. He aquí que este es el mundo que persigue. ¿Quién es el mundo que es perseguido? Quien hace la voluntad de Dios, permanece para siempre, como Dios permanece para siempre.

8. Mundo en las Escrituras doble, redimido y condenado. Pero he aquí, aquel que persigue, es llamado mundo: probemos si también aquel que sufre persecución, es llamado mundo. ¿O acaso eres sordo a la voz de Cristo diciendo, o más bien de la Escritura santa atestiguando, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (2 Corintios 5, 19)? Si el mundo os odia, dice, sabed que a mí me odió primero (Juan 15, 18). He aquí que el mundo odia. ¿A quién, sino al mundo? ¿Qué mundo? Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo. El mundo condenado persigue: el mundo reconciliado sufre persecución. Mundo condenado, todo lo que está fuera de la Iglesia: mundo reconciliado, la Iglesia. Pues no vino el Hijo del Hombre, dice, para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él (Juan 3, 17).

9. A todos se les ordena negarse a sí mismos. Pero en este mundo santo, bueno, reconciliado, salvado; más bien salvando, ahora salvado en esperanza, Porque en esperanza fuimos salvados (Romanos 8, 24): en este mundo, es decir, la Iglesia, que toda sigue a Cristo, universalmente dijo, Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo. Pues no deben escuchar esto solo las vírgenes, y no las casadas; o las viudas deben, y no las casadas; o los monjes deben, y no los casados; o los clérigos deben, y no los laicos: sino toda la Iglesia, todo el cuerpo, todos los miembros distinguidos y distribuidos por sus propios oficios, sigan a Cristo. Toda ella, la única, siga, siga la paloma, siga la esposa, siga la redimida y dotada con la sangre del esposo. Allí tiene su lugar la integridad virginal; allí tiene su lugar la continencia de las viudas; allí tiene su lugar la castidad conyugal: no tiene allí su lugar el adulterio; no tiene allí su lugar la lascivia ilícita y punible. Pero estos miembros que tienen allí su lugar en su género, y en su lugar, y en su modo, sigan a Cristo; niéguese a sí mismos, es decir, no presuman de sí mismos; tomen su cruz, es decir, soporten en el mundo por Cristo lo que el mundo les imponga. Amen a quien solo no engaña, quien solo no se equivoca, solo no engaña: ámenlo, porque es verdad lo que promete. Pero porque no lo da ahora, la fe vacila. Resiste, persevera, soporta, lleva la demora, y has llevado la cruz.

CAPÍTULO VIII.

10. Diversos grados de los que siguen a Cristo, y qué es mirar atrás en ellos. No diga la virgen: Estaré sola allí. Pues no estará sola allí María, sino que también estará allí Ana la viuda. No diga la casada: Estará allí la viuda, no yo. Pues no estará allí Ana, y no estará allí Susana. Pero ciertamente se prueben quienes estarán allí, para que quienes tienen aquí un lugar inferior, no envidien, sino que amen en otros un lugar mejor. Pues, por ejemplo, hermanos míos, para que lo notéis: alguien eligió la vida conyugal, alguien eligió la vida de continencia; si aquel que eligió la vida conyugal, codicia adulterios, miró atrás; codició lo que es ilícito. Pero quien de la continencia quiere volver después al matrimonio, miró atrás: eligió lo lícito, y miró atrás. ¿Deben entonces condenarse los matrimonios? No. No deben condenarse los matrimonios: pero aquel que los eligió, mira a dónde iba. Ya había avanzado. Cuando vivía lascivamente como joven, los matrimonios estaban delante de él; hacia ellos se dirigía: pero cuando eligió la continencia, los matrimonios están detrás de él. Recordad, dice

el Señor, a la mujer de Lot (Lucas 17, 32). La mujer de Lot, al mirar atrás, se quedó (Génesis 19, 26). Así que cada uno, hasta donde pudo llegar, tema mirar atrás: y camine en el camino, siga a Cristo: olvidando lo que queda atrás, extendiéndose hacia lo que está adelante, según la intención interior siga hacia la meta del llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3, 13-14). Los casados pongan delante de sí a los no casados; reconozcan que son mejores: en ellos amen lo que ellos no tienen; y en ellos amen a Cristo.

SERMO XCVII. Sobre las palabras del Evangelio de Marcos, cap. XIII, 32, Pero de aquel día o de la hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Preparación para el último día. Hermanos, lo que habéis escuchado ahora de la Escritura advirtiendo y diciendo, que por el último día vigilemos, cada uno piense en su último día: no sea que cuando sintáis o penséis que el último día del mundo está lejos, os durmáis para vuestro último día. Sobre el último día de este mundo habéis escuchado lo que dijo: Porque no lo saben, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Donde ciertamente hay una gran cuestión, no pensemos carnalmente que el Padre sabe algo que el Hijo no sabe. Pues ciertamente cuando dijo, El Padre sabe; por eso lo dijo, porque en el Padre también el Hijo sabe. Pues, ¿qué hay en el día, que no fue hecho en el Verbo, por quien fue hecho el día? Nadie, pues, busque el último día, cuándo será: sino que vigilemos todos viviendo bien, para que el último día de cualquiera de nosotros no nos encuentre desprevenidos, y tal como cada uno salga de aquí en su último día, tal sea encontrado en el último día del mundo. Nada te ayudará lo que aquí no hayas hecho. Cada uno será ayudado por sus obras, o sus obras serán su carga.

CAPÍTULO II.

2. La mortalidad del hombre debe servir para la humildad. Y como cantamos en el Salmo al Señor, Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre (Salmo 55, 2). Se llama hombre, quien vive según el hombre. De hecho, a aquellos que viven según Dios, se les dice: Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo. Pero a los reprobos, que fueron llamados para ser hijos de Dios, y prefirieron ser hombres, es decir, vivir según el hombre: Pero vosotros, dice, como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis (Salmo 82, 6-7). Pues que el hombre sea mortal, debe servirle para la disciplina, no para la jactancia. ¿De qué se jacta el gusano que mañana morirá? Digo a vuestra Caridad, hermanos: los mortales soberbios deben avergonzarse del diablo. Pues él, aunque soberbio, es inmortal: es espíritu, aunque maligno. A él se le reserva el último día de castigo al final: sin embargo, la muerte que nosotros sufrimos, él no la sufre. Pero el hombre oyó, Muerte morirás (Génesis 2, 17). Use bien su castigo. ¿Qué es lo que dije, Use bien su castigo? No vaya a la soberbia de donde recibió el castigo; reconozca que es mortal, y quiebre su altivez. Escuche que se le dice, ¿Por qué se enorgullece tierra y ceniza? (Eclesiástico 10, 9). Aunque el diablo se enorgullezca, no es tierra y ceniza. Por eso se dijo, Pero vosotros como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis. No atendáis que sois mortales, y como el diablo os enorgullecéis. Use, pues, el hombre su castigo, hermanos: use bien su mal, para que progrese en su bien. ¿Quién no sabe que es un castigo tener que morir; y lo que es más grave, cuándo no lo sabemos? El castigo es cierto, la hora incierta: y de este castigo solo estamos seguros en las cosas humanas.

CAPÍTULO III.

3. Solo la muerte es aquí cierta. Las demás cosas nuestras, tanto buenas como malas, son inciertas: solo la muerte es cierta. ¿Qué es lo que digo? Se concibe un niño, tal vez nace, tal vez aborta. Así es incierto: tal vez crece, tal vez no crece: tal vez envejece, tal vez no envejece: tal vez será rico, tal vez pobre: tal vez honrado, tal vez humillado: tal vez tendrá hijos, tal vez no tendrá: tal vez se casará, tal vez no se casará: y cualquier otra cosa que nombres en los bienes. Mira también a los males: tal vez enferma, tal vez no enferma: tal vez es mordido por una serpiente, tal vez no es mordido: tal vez es devorado por una bestia, tal vez no es devorado. Y mira todos los males: en todas partes está, Tal vez será, tal vez no será. ¿Acaso puedes decir, Tal vez muere, tal vez no muere? Como dicen los médicos cuando han examinado la salud, y han sabido que es mortal, lo pronuncian: Muere, de eso no escapa. Desde que nace el hombre, debe decirse, No escapa. Cuando nació, comenzó a enfermar. Cuando muere, termina la enfermedad: pero no sabe si va a peor. Aquel rico terminó la enfermedad deliciosa, llegó a la tortuosa. Pero aquel pobre terminó la enfermedad, y llegó a la salud (Lucas 16, 22). Pero lo que después tendrá aquí lo eligió; y lo que allí cosechó, aquí lo sembró. Por eso, mientras vivimos, debemos vigilar, y elegir lo que en el futuro mantendremos.

CAPÍTULO IV.

4. Mundo vencido por Cristo para nosotros. No amemos al mundo. Aplasta a sus amantes, no los lleva al bien. Debe trabajarse en él más para que no atrape, que temerse que caiga. He aquí que el mundo cae; el cristiano permanece, porque Cristo no cae. Pues, ¿por qué dice el Señor, Alegraos, porque yo he vencido al mundo (Juan 16, 33)? Respondámosle, si os place: Alégrate, pero tú. Si tú venciste, tú alégrate. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué nos dice, Alegraos; sino porque venció por nosotros, luchó por nosotros? Pues, ¿dónde luchó? Porque asumió al hombre. Quita lo que nació de la virgen, quita lo que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre (Filipenses 2, 7): quita esto, ¿dónde está la lucha? ¿dónde el combate? ¿dónde la tentación? ¿dónde la victoria, que no precedió la lucha? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada fue hecho. ¿Acaso este Verbo lo crucificaría el judío? ¿acaso a este Verbo insultaría el impío? ¿acaso este Verbo sería golpeado con bofetadas? ¿acaso este Verbo sería coronado de espinas? Pero para que sufriera estas cosas, el Verbo se hizo carne (Juan 1, 1-3, 14): y sufriendo estas cosas, resucitando venció. Así que venció por nosotros, a quienes mostró la seguridad de la resurrección. Dices, pues, a Dios, Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre. No te pises a ti mismo, y no te vencerá el hombre. He aquí que un hombre poderoso te amenaza. ¿De qué te amenaza? Te despojo, te daño, te torturo, te mato. Y clamas tú, Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre. Si dices la verdad, te atiendes a ti mismo: porque temes las amenazas del hombre, muerto te pisa; y porque no temerías, si no fueras hombre, te pisa el hombre. ¿Cuál es, pues, el remedio? Oh hombre, adhiérete a Dios, por quien fuiste hecho hombre: adhiérete a Él, en Él confía, invócalo, que Él sea tu fuerza. Dile: En ti, Señor, mi fuerza. Y de las amenazas de los hombres cantarás; y lo que después cantes, el mismo Señor dice: En Dios confiaré, no temeré lo que me haga el hombre (Salmo 55, 2, 11).

SERMO XCVIII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, cap. VII, 11-15; y sobre los tres muertos que el Señor resucitó.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Milagros del Señor en cuerpos y almas. Los milagros de nuestro Señor y Salvador Jesucristo conmueven a todos los que los oyen y creen: pero a unos y otros de diferentes maneras. Algunos, asombrados por sus milagros corporales, no saben ver los mayores: otros, al escuchar lo que se hace en los cuerpos, se maravillan aún más de lo que ocurre en las almas. El mismo Señor dice: "Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Juan 5, 21). No es que el Hijo resucite a unos y el Padre a otros; sino que el Padre y el Hijo resucitan a los mismos: porque todo lo hace el Padre por medio del Hijo. Que nadie dude, siendo cristiano, que incluso ahora se resucitan muertos. Pero todo hombre tiene ojos para ver resucitar a los muertos de la misma manera que resucitó el hijo de esta viuda, que acaba de ser leído en el Evangelio: pero no todos tienen ojos para ver resucitar a los muertos en el corazón, salvo aquellos que ya han resucitado en el corazón. Es más grande resucitar a alguien para que viva eternamente, que resucitar a alguien que volverá a morir.

CAPÍTULO II.

2. Dos tipos de muertos. La madre viuda se alegró por el joven resucitado: la madre Iglesia se alegra diariamente por los hombres resucitados en espíritu. Aquel estaba muerto en cuerpo; estos, en mente. La muerte de aquel era visible y se lloraba visiblemente: la muerte de estos era invisible, ni se buscaba ni se veía. Aquel que conocía a los muertos los buscó: solo él conocía a los muertos, quien podía hacerlos vivos. Porque si el Señor no hubiera venido a resucitar a los muertos, el Apóstol no diría: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo" (Efesios 5, 14). Escuchas a alguien durmiendo cuando dice: "Despierta, tú que duermes"; pero entiende que está muerto cuando escuchas: "Y levántate de entre los muertos". A menudo se les llama durmientes y muertos visiblemente. Y ciertamente, todos duermen para aquel que puede despertar. Porque el muerto es muerto para ti, quien por más que lo sacudas, lo pellizques o lo desgarrones, no despierta. Pero para Cristo, aquel a quien se le dijo: "Levántate", dormía; y de inmediato se levantó. Nadie despierta tan fácilmente en la cama como Cristo en el sepulcro.

CAPÍTULO III.

3. Tres muertos resucitados por el Señor. Milagros de Cristo hechos por su significado. Semejanza adecuada. Encontramos que el Señor resucitó visiblemente a tres muertos, invisiblemente a miles. ¿Cuántos muertos resucitó visiblemente? ¿Quién lo sabe? Porque no todo lo que hizo está escrito: Juan dice esto, "Muchas otras cosas hizo Jesús, que si se escribieran, creo que el mundo entero no podría contener los libros" (Juan 21, 25). Sin duda, muchos otros fueron resucitados: pero no en vano se mencionan tres. Nuestro Señor Jesucristo quería que lo que hacía corporalmente también se entendiera espiritualmente. No hacía milagros solo por hacer milagros: sino para que lo que hacía fuera maravilloso para los que lo veían, y verdadero para los que lo entendían. Así como quien ve letras en un códice bellamente escrito, y no sabe leer, alaba la mano del escriba admirando la belleza de los caracteres; pero no sabe qué significan, ni qué indican esos caracteres; y es un admirador con los ojos, pero no un conocedor con la mente: otro, en cambio, alaba el arte y capta el significado; aquel que no solo puede ver lo que es común a todos, sino también leer; lo que quien no ha aprendido, no puede. Así, quienes vieron los milagros de Cristo y no entendieron lo que significaban, y lo que de alguna manera insinuaban a los que entendían, solo se maravillaron de que se hicieran: otros, en cambio, se maravillaron de los hechos y

comprendieron su significado. Así debemos ser en la escuela de Cristo. Porque quien dice que Cristo hizo milagros solo para que fueran milagros, puede decir también que no sabía que no era tiempo de higos cuando buscó frutos en el árbol. No era tiempo de ese fruto, como testifica el Evangelista: y sin embargo, hambriento, buscó frutos en el árbol. ¿No sabía Cristo lo que sabía un campesino? ¿Lo que conocía el cultivador del árbol, no lo conocía el creador del árbol? Cuando, pues, hambriento buscó frutos en el árbol, significó que tenía hambre de algo y buscaba algo más: y encontró aquel árbol sin fruto, lleno de hojas, y lo maldijo; y se secó. ¿Qué culpa tenía el árbol por no dar fruto? (Mateo 21, 18-19, y Marcos 11, 13). ¿Qué culpa tiene la infertilidad del árbol? Pero hay quienes no pueden dar fruto por voluntad propia. La culpa de la esterilidad es de aquellos cuya fecundidad es la voluntad. Eran, pues, los judíos que tenían las palabras de la Ley y no las obras, llenos de hojas y sin dar fruto. Dije esto para persuadir que nuestro Señor Jesucristo hizo milagros para significar algo con ellos, para que además de ser maravillosos, grandes y divinos, aprendiéramos algo de ellos.

CAPÍTULO IV.

4. Resurrección de tres muertos. Veamos, pues, qué quiso enseñarnos con los tres muertos que resucitó. Resucitó a la hija muerta del jefe de la sinagoga, a quien se le pedía que la liberara de su enfermedad. Y mientras iba, se le anunció que había muerto; y como si ya fuera en vano fatigarse, se le informó a su padre: "La niña ha muerto, ¿por qué sigues molestando al Maestro?" Pero él continuó y dijo al padre de la niña: "No temas, solo cree". Llegó a la casa y encontró ya preparados los ritos fúnebres: y les dijo: "No lloren, porque la niña no está muerta, sino que duerme". Dijo la verdad: dormía, pero para aquel que podía despertarla. Al despertarla, la devolvió viva a sus padres (Marcos 5, 22-43). También resucitó a este joven, hijo de la viuda, del que ahora hemos sido advertidos, para que hablemos de estas cosas que él mismo se digna conceder, con vuestra Caridad. Acabáis de escuchar cómo fue resucitado. El Señor se acercaba a la ciudad; y he aquí que se llevaba al muerto ya fuera de la puerta. Conmovido por la misericordia, porque lloraba la madre viuda y desamparada por su único hijo, hizo lo que escuchasteis, diciendo: "Joven, a ti te digo, levántate". Se levantó el muerto, comenzó a hablar; y lo devolvió a su madre. También resucitó a Lázaro del sepulcro. Y allí, cuando los discípulos con los que hablaba sabían que estaba enfermo (y lo amaba): "Lázaro, nuestro amigo, duerme", dijo. Ellos, pensando que era un sueño saludable del enfermo: "Si duerme", dijeron, "Señor, está a salvo". Y él: "Os digo", hablando ya más claramente, "Lázaro, nuestro amigo, ha muerto" (Juan 11, 11-44). Diciendo ambas cosas verdaderas: "Ha muerto para vosotros, duerme para mí".

CAPÍTULO V.

5. Tres tipos de pecados, figurados en esos tres muertos. Mala costumbre. Estos tres tipos de muertos son tres tipos de pecadores, que Cristo resucita hoy. Porque aquella hija muerta del jefe de la sinagoga estaba dentro de la casa, aún no había sido sacada de los secretos de las paredes al público. Allí dentro fue resucitada, devuelta viva a sus padres. Este, sin embargo, ya no estaba en la casa, pero aún no en el sepulcro, había sido sacado de las paredes, no había sido entregado a la tierra. Quien resucitó a la muerta aún no sacada, resucitó al muerto ya sacado, aún no sepultado. Quedaba el tercero, para que también resucitara al sepultado: y esto lo hizo con Lázaro. Hay, pues, quienes tienen el pecado dentro del corazón, aún no lo tienen en el hecho. Alguien se ha conmovido por alguna concupiscencia. Porque el mismo Señor dice: "Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mateo 5, 28). Aún no ha accedido con el cuerpo, ha consentido en el corazón: tiene al muerto dentro, aún no lo ha sacado. Y como sucede, como sabemos, como los hombres

experimentan en sí mismos diariamente, a veces al escuchar la palabra de Dios, como si el Señor dijera: "Levántate"; se condena el consentimiento a la iniquidad, se respira hacia la salvación y la justicia. El muerto se levanta en la casa, revive el corazón en el secreto del pensamiento. Se ha hecho esta resurrección del alma muerta dentro de las profundidades de la conciencia, como dentro de las paredes domésticas. Otros, después del consentimiento, van al hecho, como sacando al muerto, para que lo que estaba oculto en secreto, aparezca en público. ¿Acaso ya estos, que han procedido al hecho, están desesperados? ¿No se le dijo también a aquel joven: "A ti te digo, levántate"? ¿No fue también devuelto a su madre? Así, pues, también quien ya ha hecho, si acaso advertido y conmovido por la palabra de verdad, resucita a la voz de Cristo, se le devuelve vivo. Pudo avanzar, no pudo perecer eternamente. Pero quienes haciendo lo que es malo, también se enredan en la mala costumbre, de modo que esa misma costumbre del mal no les permite ver que es malo, se convierten en defensores de sus malas acciones: se enojan cuando se les reprende; tanto que los sodomitas una vez dijeron al hombre justo que reprendía su voluntad malvada: "Has venido a habitar, no a dar leyes" (Génesis 19, 9). Tal era la costumbre de nefanda torpeza allí, que ya la iniquidad era justicia, y el prohibidor era más bien reprendido que el hacedor. Tales, oprimidos por la maligna costumbre, están como sepultados. Pero, ¿qué diré, hermanos? Sepultados de tal manera que de Lázaro se dijo: "Ya hiede". Esa losa puesta sobre el sepulcro es la dura fuerza de la costumbre, que oprime al alma, no permitiéndole levantarse ni respirar.

CAPÍTULO VI.

6. Cuatro progresos en los pecados. Se dijo, "Es de cuatro días". En verdad, el alma llega a esa costumbre de la que hablo por un cierto cuarto progreso. El primero es como el cosquilleo de la delectación en el corazón; el segundo, el consentimiento; el tercero, el hecho; el cuarto, la costumbre. Hay quienes rechazan por completo las cosas ilícitas que se presentan a sus pensamientos, de modo que ni siquiera se deleitan. Hay quienes se deleitan, pero no consienten: aún no es una muerte completa, sino de alguna manera iniciada. A la delectación se añade el consentimiento: ya es esa condenación. Después del consentimiento, se procede al hecho: el hecho se convierte en costumbre: y se hace una cierta desesperación, de modo que se dice: "Es de cuatro días, ya hiede". Viene, pues, el Señor, para quien ciertamente todo es fácil; y mostró cierta dificultad para ti. Se indignó en espíritu, mostró que se necesita mucho clamor de reprensión para aquellos que se han endurecido por la costumbre. Sin embargo, a la voz del Señor clamante, se rompieron las cadenas de la necesidad. Tembló el dominio del infierno, Lázaro fue devuelto vivo. Porque el Señor también libera de la mala costumbre a los muertos de cuatro días: pues incluso ese muerto de cuatro días dormía para Cristo que quería resucitarlo. Pero, ¿qué dice? Ved el tipo de resurrección. Salió del sepulcro vivo, y no podía caminar. Y el Señor a los discípulos: "Desatadlo, y dejadlo ir". Él resucitó al muerto, ellos desataron al atado. Ved que algo pertenece a la propia majestad de Dios resucitador. Se reprende a alguien que está en mala costumbre, por la palabra de verdad. ¿Cuántos son reprendidos y no escuchan! ¿Quién, pues, actúa dentro de aquel que escucha? ¿Quién inspira vida interiormente? ¿Quién es el que expulsa la muerte secreta, da vida secreta? ¿No es después de las reprensiones, después de las increpaciones, que los hombres son dejados a sus pensamientos, y comienzan a considerar cuán mala vida llevan, cuán oprimidos están por la pésima costumbre? Luego, descontentos consigo mismos, deciden cambiar de vida. Estos han resucitado; han revivido aquellos a quienes les desagradaba lo que fueron: pero revividos no pueden caminar. Estas son las ataduras de la misma culpa. Es necesario, pues, que quien ha revivido, sea desatado y se le permita ir. Este oficio lo dio a los discípulos, a quienes dijo: "Lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 18, 18).

CAPÍTULO VII.

7. Resucitar rápidamente del pecado. Escuchemos, pues, carísimos, de tal manera que quienes viven, vivan; quienes están muertos, revivan. Ya sea que el pecado aún esté concebido en el corazón y no haya procedido al hecho; arrepíentase, corrijase el pensamiento, levántese el muerto dentro de la casa de la conciencia. O si ya ha cometido lo que pensó; tampoco así se desespere. No se levantó el muerto dentro, levántese el sacado. Arrepíentase del hecho, reviva pronto: no vaya a la profundidad del sepulcro, no reciba la losa del peso de la costumbre. Pero tal vez ya hablo a aquellos que ya están oprimidos por la dura piedra de su hábito, que ya están presionados por el peso de la costumbre, que ya hieden de cuatro días. Tampoco él desespere: está profundamente muerto, pero Cristo es alto. Sabe romper las cargas terrenales clamando, sabe vivificar interiormente por sí mismo, entregar a los discípulos para que desaten. Que también tales hagan penitencia. Porque en Lázaro resucitado después de cuatro días no quedó ningún hedor en el viviente. Por tanto, quienes viven, vivan: y cualquiera que esté muerto, en cualquiera de estas tres muertes en que se encuentre, actúe para resucitar rápidamente.

SERMON XCIX. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, cap. VII, 36-50, Y he aquí una mujer que era pecadora en la ciudad, etc. Sobre la remisión de los pecados, contra los Donatistas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Mujer pecadora a los pies del Señor reclinado. Lo que se nos advierte con las palabras del Señor de las lecturas divinas, creyendo que Dios quiere que hablemos, lo presentamos a vuestra Caridad, con su ayuda, un sermón sobre la remisión de los pecados. Porque cuando se leía el Evangelio, escuchasteis atentamente, y el hecho narrado se presentó ante los ojos de vuestro corazón. Porque visteis, no con la carne, sino con la mente, al Señor Jesucristo reclinado en la casa del fariseo, y no desdeñando ser invitado por él. También visteis a una mujer famosa en la ciudad, de mala fama, que era pecadora, no invitada, irrumpir en el banquete, donde su médico estaba reclinado, y buscar con piadosa impudencia la sanidad. Irrumpiendo como inoportuna en el banquete, oportuna para el beneficio (pues sabía cuán grave era su enfermedad, y sabía que aquel a quien había venido era idóneo para sanarla): se acercó, no a la cabeza del Señor, sino a los pies, y quien había caminado mal durante mucho tiempo, buscaba las huellas rectas. Primero derramó lágrimas, sangre del corazón, y lavó los pies del Señor con el servicio de la confesión. Los secó con sus cabellos, los besó, los ungió: hablaba en silencio; no pronunciaba palabras, pero mostraba devoción.

CAPÍTULO II.

2. Pensamiento soberbio del fariseo. Porque tocó al Señor, regando, besando, secando, ungiendo sus pies: el fariseo que había invitado al Señor Jesucristo, porque era de ese tipo de hombres soberbios, de los que el profeta Isaías dice: "Que dicen: Aléjate de mí, no me toques, porque soy santo" (Isaías 65, 5); pensó que el Señor no conocía a la mujer: Esto pensaba en su corazón, y decía en su corazón: "Este, si fuera profeta, sabría qué mujer se le acercó a los pies". Por eso creyó que no sabía, porque no la rechazó, porque no prohibió que se acercara, porque permitió que una pecadora lo tocara. Pues, ¿cómo sabía que el Señor no conocía a aquella mujer, sino porque se le permitió acercarse, porque con su consentimiento besó sus pies, porque los secó, porque los ungió? ¿Acaso no debía permitirse hacer esto en los pies puros una mujer impura? Así, pues, a los pies de ese fariseo, si una mujer así se hubiera

acercado, habría dicho lo que Isaías dice de tales: "Aléjate de mí, no me toques, porque soy santo". Pero se acercó al Señor impura, para regresar pura: se acercó enferma, para regresar sana: se acercó confesando, para regresar profesando.

CAPÍTULO III.

3. El Señor reprende el pensamiento del fariseo. Porque el Señor escuchó al fariseo pensando. Ahora, de aquí entienda el fariseo, si no podía ver al pecador, quien pudo escuchar al que pensaba. Propuso, pues, al hombre una semejanza de dos que debían a un prestamista. Porque también deseaba sanarlo, para no comer su pan en vano: lo deseaba a él que lo alimentaba; deseaba corregirlo, deseaba sacrificarlo, deseaba comerlo, deseaba transferirlo a su cuerpo: como también le dijo a aquella mujer samaritana: "Tengo sed" (Juan 4, 7). ¿Qué es "Tengo sed"? Deseo tu fe. Se dicen, pues, las palabras del Señor en esta semejanza; y se hace ambas cosas, para que tanto el invitador como sus compañeros de mesa, viendo al Señor Jesucristo, ignorándolo juntos, sean sanados; y para que aquella mujer tenga confianza en su confesión, y no sea más punzada por los agujones de su conciencia. "Uno debía", dice, "cincuenta denarios, otro quinientos, perdonó a ambos: ¿quién lo amó más?" Respondió a quien se le propuso la semejanza, lo que la razón obligaba a responder: "Creo, Señor, a quien más perdonó". Y mirando a la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para mis pies: ella con sus lágrimas lavó mis pies, y con sus cabellos los secó. No me diste beso: ella desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceite: ella, en cambio, ungió mis pies con unguento. Por eso digo: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien se le perdona poco, ama poco".

CAPÍTULO IV.

4. Ardua quaestio ex Domini verbis nata. Oritur quaestio profecto solvenda, quae attentionem vestrae Charitatis desiderat, ne forte sufficere non possimus verbis ad totam ejus obscuritatem removendam et dilucidandam pro angustia temporis; maxime cum caro ista aestibus fatigata, jam recreari desideret, et debitum suum poscens, animae aviditatem impediens ostendat quod dictum est: Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma. (Matth. XXVI, 41). Metuendum est, et valde metuendum, ne in his verbis Domini non bene intelligentibus his qui concupiscentiis suis carnalibus favent, et ab eis in libertatem educi pigrescunt, subrepat illa sententia, quae praedicantibus etiam Apostolis nata est in linguis maledicorum, unde dicit apostolus Paulus: Et sicut quidam dicunt nos dicere, Faciamus mala, ut veniant bona (Rom. III, 8). Dicit enim aliquis: Si cui modicum dimittitur, modicum diligit; cui autem plus dimittitur, plus diligit: expedit plus diligere, quam minus diligere; oportet ut multum peccemus, et multum debeamus, quod nobis dimitti cupiamus, ut dimissorem magnorum debitorum amplius diligamus. Peccatrix enim illa mulier quanto plus debebat, tanto dimissorem debitorum suorum amplius diligebat, Domino ipso dicente, Dimittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum. Quare autem dilexit multum, nisi quia debebat multum? Denique addidit et adjunxit, Cui autem modicum dimittitur, modicum diligit. Nonne expedit, inquit, ut multum mihi dimittatur, quam minus, unde amplius diligam Dominum meum? Videtis certe profunditatem quaestionis: scio, videtis. Videtis angustias temporis, et hoc videtis et sentitis. CAPUT V.

5. Exemplis res declaratur. Accipite ergo pauca. Si magnitudini quaestionis satis non fecero, interim praesentem recondite sermonem, in futuro tenete debitorem. Da nunc duos homines, ut sub exemplis evidentioribus quod proposui cogitetis. Unus eorum peccatis plenus est, diu

peissime vixit; alter eorum pauca peccavit: accedunt ambo ad gratiam, baptizantur ambo; intrant debitores, exeunt liberi: plus donatum est uni, minus alteri. Interrogo quantum quisque diligit. Si invenero plus diligere eum, cui plura peccata dimissa sunt; utilius multa peccavit, utilior erat multa iniquitas, ne esset tepida charitas. Interrogo alium quantum diligit, invenio minus: nam si invenio tantum et illum diligere, quantum et ille diligit cui multa donata sunt, quomodo respondebo verbis Domini? quomodo verum erit quod Veritas dixit, Cui modicum dimittitur, modicum diligit? Ecce ait aliquis, mihi modicum dimissum est, non multa peccavi; et tantum diligo, quantum iste, cui multa dimissa sunt. Tu verum dicis, an Christus? Ad hoc tibi dimissum est mendacium tuum, ut mendacii dimissori crimen imponas? Si modicum tibi dimissum est, modicum diligit. Si enim modicum est tibi dimissum, et plurimum diligit, contradicis ei qui dixit, Cui modicum dimittitur, modicum diligit. Illi ergo plus credo, qui te plus novit. Parum tibi dimissum putas, prorsus parum diligit. Quid ergo, inquit, facere debui? Multa mala committere, ut multa essent, quae posset ille mihi dimittere, ut amplius possem diligere? Angustat nos; sed Dominus qui haec vera proposuit, ab angustiis liberet me.

CAPUT VI.

6. Quaestio solvitur. Inter debita dimissa numerari vult quae vitavimus peccata. Dictum est hoc propter pharisaeum illum, qui vel nulla vel pauca se putabat habere peccata. Non enim Dominum invitaret, nisi aliquantum diligeret. Sed quam parum erat? Non osculum dedit, non saltem aquam ad pedes, et si non lacrymas: non illo obsequio prosecutus est, quo illa mulier quae noverat quid sanaretur, et a quo sanaretur. O Phariseae, ideo parum diligitis, quia parum tibi dimitti suspicaris: non quia parum dimittitur, sed quia parum putas esse quod dimittitur. Quid ergo, inquit ille? Ego qui homicidium non feci, homicida deputandus sum? qui adulterium non admisi, pro adulterio puniendus sum? Aut ista mihi dimittenda sunt, quae non commisi? Ecce iterum constitue duos, et loquamur ad eos. Venit unus supplex peccator, coopertus spinis tanquam hericius, et nimis timidus tanquam lepus. Sed petra est refugium hericiis (Psal. CIII, 18) et leporibus. Venit ergo ad petram, invenit refugium, accipit auxilium. Alius non multa commisit: quid ei faciemus, ut multum diligit? quid persuadebimus? Contra Domini verba veniemus, Cui modicum dimittitur, modicum diligit? Ita plane, cui modicum dimittitur. Sed o tu qui dicis te non multa commisisse; quare? quo regente? Deo gratias, quod motu et voce vestra intellexisse vos significastis. Jam, ut video, soluta quaestio est. Hic multa commisit, et multorum debitor factus est: ille gubernante Deo pauca commisit. Cui deputat ille quod dimisit, huic et iste deputat quod non commisit. Adulter non fuisti in illa tua vita praeterita plena ignorantia, nondum illuminatus, nondum bonum malumque discernens, nondum credens in illum, qui te nescientem regebat. Hoc tibi dicit Deus tuus: Regebam te mihi, servabam te mihi. Ut adulterium non committeres, suasor defuit: ut suasor deesset, ego feci. Locus et tempus defuit; et ut haec deessent, ego feci. Adfuit suasor, non defuit locus, non defuit tempus: ut non consentiret, ego terrui. Agnosce ergo gratiam ejus, cui debes et quod non admisisti. Mihi debet iste quod factum est, et dimissum vidisti: mihi debes et tu quod non fecisti. Nullum est enim peccatum quod fecit homo, quod non possit facere et alter homo, si desit rector a quo factus est homo.

CAPUT VII.

7. Deinceps de remissione peccatorum, quod ab homine dimitti non possint. Jam nunc quia ut potuimus, quaestionem profundam in tantilla temporis brevitate solvimus; aut si nondum solvimus, debitores, ut dixi, teneamur: illud potius breviter videamus de remissione peccatorum. Homo putabatur Christus, et ab illo qui invitavit, et ab eis qui pariter discumbabant. Nescio quid illa peccatrix plus in Domino viderat. Nam quare fecit illa omnia,

nisi ut sibi dimitterentur peccata? Noverat ergo illum posse peccata dimittere: illi autem noverant hominem non posse dimittere. Et credendum est quod omnes, id est, et illi discumbentes, et illa mulier accedens ad pedes Domini, omnes hi noverant hominem non posse peccata dimittere. Cum ergo omnes hoc nossent; illa quae credidit eum dimittere posse peccata, plus quam hominem esse intellexit. Denique cum dixisset mulieri, Dimittuntur tibi peccata tua; continuo illi, Quis est iste qui et peccata dimittit? Quis est iste, quem jam mulier peccatrix cognovit? Tu recubens quasi sanus, medicum ignoras: quia majore forsitan febre mentem etiam perdidisti. Nam et phreneticus ridens ploratur a sanis. Tamen illud bene nostis, bene tenetis: tenete, quia homo non potest peccata dimittere. Illa quae sibi a Christo dimitti credidit, Christum non hominem tantum, sed et Deum credidit. Quis est iste, inquiunt, qui et peccata dimittit? Et Dominus, Quis est iste, dicentibus, non dixit, Filius Dei, Verbum Dei: non hoc dixit, sed in eo quod putabant aliquantum eos manere permittens, solvit quaestionem motus illorum. Qui enim videbat discumbentes, audiebat cogitantes; conversus ad mulierem, Fides tua, inquit, te salvam fecit. Isti qui dicunt, Quis est iste qui et peccata dimittit? qui me putant hominem, hominem putent. Fides tua te salvam fecit.

CAPUT VIII.

8. Donatistarum error et arrogantia. Medicus bonus aegros non solum praesentes sanabat, sed et futuros etiam praevidebat. Futuri erant homines qui dicerent: Ego peccata dimitto, ego justifico, ego sanctifico, ego sano quemcumque baptizo. Ex ipso numero et isti sunt, qui dicunt, Noli me tangere. Usque adeo ex ipso numero sunt, ut nuper in collatione nostra, quod etiam in Gestis ipsis legere potestis, cum eis a Cognitoire esset consessus oblatus, ut sederent nobiscum, respondendum putarent, Scriptum est nobis, cum talibus non sedere, scilicet ne per contactum subselliorum ad eos velut nostra contagio perveniret. Vide si non est, Noli me tangere, quia mundus sum. Alio autem die, ubi opportunius erat, commemoravimus eos hujus miserrimae vanitatis, cum ageretur de Ecclesia, quia mali in ea non contaminant bonos; respondimus eis, quia ideo nobiscum sedere noluerunt, et dixerunt, se Scriptura Dei fuisse commonitos, quia videlicet scriptum est, Non sedi in concilio vanitatis: diximus, Si ideo nobiscum sedere noluitis, quia scriptum est, Non sedi in concilio vanitatis; quare nobiscum ingressi estis, cum consequenter scriptum sit, Et cum iniqua gerentibus non introibo (Psal. XXV, 4)? Ergo in hoc quod dicunt, Noli me tangere, quia mundus sum, similes sunt illi pharisaeo qui Dominum invitaverat, et propterea putabat eum nescisse mulierem, quia non eam prohibuerat a contactu pedum suorum. Sed in alio melior Pharisaeus, quia cum putaret hominem Christum, non credebat ab homine posse dimitti peccata. Melior ergo Judaeis quam haereticis apparuit intellectus. Judaei quid dixerunt? Quis est hic, qui et peccata dimittit? Audet sibi homo hoc usurpare? Quid contra haereticus? Ego dimitto, ego mundo, ego sanctifico. Respondeat illi, non ego, sed Christus: O homo, quando ego a Judaeis putatus sum homo, dimissionem peccatorum fidei dedi. Non ego, respondet tibi Christus. O haeretice, tu cum sis homo, dicis: Veni, mulier; ego te salvam facio! Ego cum putarer homo, dixi: Vade, mulier; fides tua salvam te fecit.

CAPUT IX.

9. Argumentum Donatistarum. Peccata per Ecclesiam Spiritus sanctus dimittit. Respondent, nescientes, sicut ait Apostolus, neque quae loquuntur, neque de quibus affirmant (I Tim. I, 7): respondent et dicunt, Si non dimittunt homines peccata, falsum est ergo quod ait Christus, Quae solveritis in terra, soluta erunt et in coelo (Matth. XVIII, 18). Nescis quare hoc dictum sit, quomodo dictum sit. Daturus erat Dominus hominibus Spiritum sanctum, et ab ipso Spiritu sancto fidelibus suis dimitti peccata, non meritis hominum volebat intelligi dimitti

peccata. Nam quid es homo, nisi aeger sanandus? Vis mihi esse medicus? Mecum quaere medicum. Nam hoc ut evidentius ostenderet Dominus, ab Spiritu sancto quem donavit fidelibus suis, dimitti peccata, non meritis hominum, quodam loco sic ait resurgens a mortuis, Accipite Spiritum sanctum; et cum dixisset, Accipite Spiritum sanctum, continuo subjecit, Si cui dimiseritis peccata, dimittuntur ei (Joan. XX, 22, 23): hoc est, Spiritus dimittit, non vos. Spiritus autem Deus est. Deus ergo dimittit, non vos. Sed ad Spiritum quid estis vos? Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis (I Cor. III, 16)? Et iterum: Nescitis, quia corpora vestra templum in vobis est Spiritus sancti, quem habetis a Deo (Id. VI, 19)? Deus ergo habitat in templo sancto suo, hoc est, in sanctis suis fidelibus, in Ecclesia sua: per eos dimittit peccata; quia viva templa sunt.

CAPUT X.

10. Peccata a Deo dimittuntur et per hominem, et praeter hominem. Spiritus sanctus per ministerium hominum datus. Sed qui dimittit per hominem, potest dimittere et praeter hominem. Neque enim minus idoneus est per se dare, qui potest per alium dare. Per Joannem quibusdam dedit, ipsi Joanni per quem dedit? Merito volens Deus hoc ostendere, et huic veritati attestari, cum quidam in Samaria evangelizati essent, et baptizati essent, et baptizati a Philippo evangelista, uno de septem diaconibus primitus electis, non acceperunt Spiritum sanctum, et baptizati erant. Nuntiatum est discipulis, qui erant Jerosolymis, et venerunt ad Samariam, ut illi qui baptizati erant, per impositionem manus eorum acciperent Spiritum sanctum. Et ita factum est: venerunt et imposuerunt eis manus, et acceperunt Spiritum sanctum. Quia tunc sic dabatur Spiritus sanctus, ut etiam appareret datus. Qui enim eum accipiebant, linguis omnium gentium loquebantur: ut significarent Ecclesiam in gentibus linguis omnium locuturam. Acceperunt ergo Spiritum sanctum, et in eis evidenter apparuit. Quod cum vidisset Simon, putans hoc esse hominum, voluit esse et suum. Quod hominum putavit, ab hominibus emere voluit. Quantam, inquit, vultis a me pecuniam sumere, ut per impositionem manuum mearum detur Spiritus sanctus? Tunc eum detestatus Petrus ait: Non est tibi pars neque sors in hac fide. Donum enim Dei putasti pecunia comparandum? Pecunia tua tecum sit in perditionem: et caetera quae ibi congruenter locutus est (Act. VIII, 5-23).

CAPUT XI.

11. Spiritus datus absque hominum ministerio. Exemplum in eunucho Candacis reginae. Quare autem hoc ego commemorare volui, intendat Charitas vestra. Oportebat ut Deus prius ostenderet se per homines operari: sed per se deinde, ne putarent homines, quod putavit Simon, hominum illud esse, non Dei. Quanquam et ipsi discipuli jam hoc noverant. Nam centum viginti homines collecti erant, quando in eos per nullius manus impositionem venit Spiritus sanctus (Id. I, 15, et II, 1-4). Quis enim tunc eis manus imposuerat? Et tamen venit, et primos implevit. Post illud scandalum Simonis, quid egit Deus? Videte doctorem, non sermonibus, sed rebus. Idem ipse Philippus, qui baptizaverat homines, et non in eos venerat Spiritus sanctus, nisi convenissent Apostoli, et eis manus imposuissent, baptizavit eunuchum, id est, spadonem quemdam Candacis reginae, qui adoraverat in Jerusalem, et rediens inde legebat in curru suo Isaiam prophetam, et non intelligebat. Admonitus Philippus accessit ad currum, exposuit lectionem, instruxit fidem, evangelizavit Christum. Credit eunuchus in Christum, et ait cum venissent ad quamdam aquam: Ecce aqua, quis prohibet me baptizari? Ait illi Philippus: Si credis in Jesum Christum? Respondit ille: Credo Filium Dei esse Jesum Christum. Continuo descendit cum illo in aquam. Impleto Baptismatis mysterio et sacramento, ne hominum putaretur donum Spiritus sancti, non exspectatum est, sicut tunc, ut

venirent Apostoli, sed continuo venit Spiritus sanctus (Id. VIII, 26-39). Soluta est Simonis cogitatio, ne in tali cogitatione haberet imitatores.

CAPUT XII.

12. Aliud exemplum in Cornelio centurione. Deinde aliud mirabilius exemplum. Petrus venit ad centurionem Cornelium, ad hominem incircumcisum gentilem: coepit praedicare Christum Jesum, et illi, et eis qui cum illo erant. Adhuc loquente Petro, non dico, nondum imponente manum, sed nondum etiam baptizante, et cum dubitarent qui erant cum Petro, utrum incircumcisi baptizandi essent (natum quippe erat inter Judaeos qui crediderant, et eos qui fideles ex Gentibus facti erant, scandalum, id est, Judaeos et Christianos, qui baptizabantur incircumcisi); ut hanc Deus tolleret quaestionem, cum loquitur Petrus, venit Spiritus sanctus, implevit Cornelium, implevit eos qui cum illo erant (Act. X). Et ipsa attestazione rei magnae, quasi clamatum est ad Petrum: Quid de aqua dubitas? jam ego hic sum.

CAPUT XIII.

13. Mundatio in Baptismo non ex ministrorum meritis, sed ex Dei gratia. Secura ergo quaelibet anima a multa nequitia per dominicam gratiam liberanda, tanquam immunda prostitutione mundanda in Ecclesia, credat, accedat ad pedes Domini, quaerat vestigia Domini, confiteatur lacrymas fundens, tergat capillis suis. Pedes Domini, praedicatores Evangelii. Capilli mulieris, superfluae possessiones. Tergat capillis, tergat prorsus, operetur misericordiam: et cum terserit, osculetur; accipiat pacem, ut habeat charitatem. Accessit ad talem, baptizata est a tali, qualis erat apostolus Paulus: audiat ab illo, Imitatores mei estote, sicut et ego Christi (I Cor. IV, 16). Baptizata est autem ab alio aliquo sua quaerente, non quae Jesu Christi (Philipp. II, 21): audiat a Domino, Quae dicunt, facite; quae autem faciunt, facere nolite (Matth. XXIII, 3). Secura sit et in illo, sive in bonum evangelistam incurrat, sive in eum qui quod dicit non facit. A Domino enim secura audit, Vade, mulier; fides tua te salvam fecit.

SERMO C. De verbis Evangelii Lucae, ubi agitur de tribus, quorum unus dixit, Domine, sequar te quocumque ieris, et reprobatus est; alius non audebat, et excitatus est; tertius differebat, et culpatus est. Cap. IX, V\ 57-62.

CAPUT PRIMUM.

1. Por qué se reprueba a quien profesa seguir a Cristo. Escuchad sobre el capítulo del Evangelio que el Señor nos ha dado. Se ha leído que el Señor Jesús actuó de manera diferente cuando uno se ofreció para seguirlo y fue rechazado; otro no se atrevía y fue animado; un tercero lo posponía y fue culpado. Pues aquel que dijo: "Señor, te seguiré a donde quiera que vayas", ¿qué hay más dispuesto, más diligente, más preparado y más adecuado para un bien tan grande que seguir al Señor a donde quiera que vaya? Te sorprendes de esto, diciendo: "¿Qué es esto, que al buen maestro, el Señor Jesucristo, que invita a los discípulos a quienes daría el reino de los cielos, le desagrade alguien tan preparado?" Pero como tal maestro era, que preveía el futuro, entendemos, hermanos, que este hombre, si hubiera seguido a Cristo, habría buscado lo suyo, no lo de Jesucristo. Pues él mismo dijo: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos" (Mateo VII, 21). Y este era de esos, y no se conocía a sí mismo como el médico lo veía. Pues si ya se veía a sí mismo como falso, si ya se conocía a sí mismo como engañoso y traicionero, no conocía a quien hablaba. Pues el

evangelista dice de él: "No tenía necesidad de que alguien le diera testimonio del hombre, porque él sabía lo que había en el hombre" (Juan II, 25). ¿Qué respondió entonces? "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza". Pero, ¿dónde no tiene? En tu fe. Pues las zorras tienen madrigueras en tu corazón, eres engañoso; las aves del cielo tienen nidos en tu corazón, eres altivo. Engañoso y altivo, no me sigues. ¿Cómo sigue el engañoso a la simplicidad?

2. Otro llamado por Cristo. Quiriendo posponer por piedad carnal, es urgido. Cómo honrar a los padres. Los muertos sepultando a los muertos. Ordenar la caridad. Y a otro que estaba callado, sin decir nada, sin prometer nada, le dice: "Sígueme". Tanto mal veía en aquel, tanto bien veía en este. "Sígueme", dices al que no quiere. Aquí tienes a un hombre preparado. "Te seguiré a donde quiera que vayas", y tú dices al que no quiere: "Sígueme". A este, dice, lo rechazo; porque veo allí madrigueras, veo nidos. ¿Por qué entonces molestas a este, a quien provocas y se excusa? Aquí incluso lo obligas, y no viene; lo exhortas, y no sigue. ¿Qué dice entonces? "Iré primero a sepultar a mi padre". La fe de su corazón se mostraba al Señor, pero la piedad lo posponía. Pero el Señor Cristo, cuando prepara a los hombres para el Evangelio, no quiere que se interponga ninguna excusa de esta piedad carnal y temporal. Esto lo tiene también la ley de Dios, y el mismo Señor reprende a los judíos porque destruían el mismo mandamiento de Dios. Y el apóstol Pablo en su Epístola lo puso y dijo: "Este es el primer mandamiento con promesa. ¿Cuál? Honra a tu padre y a tu madre" (Efesios VI, 2). Dios ciertamente lo dijo. Este joven quería obedecer a Dios y sepultar a su padre: pero hay un lugar, y hay un tiempo, y hay una cosa que sirve a esta cosa, a este tiempo, a este lugar. El padre debe ser honrado, pero a Dios se debe obedecer. El generador debe ser amado, pero el Creador debe ser preferido. Yo, dice, te llamo al Evangelio, para otra obra me eres necesario: esto es mayor que lo que quieres hacer. Deja que los muertos sepulsen a sus muertos. Tu padre está muerto: hay otros muertos que sepulsen a los muertos. ¿Quiénes son los muertos sepultando a los muertos? ¿Puede un muerto ser sepultado por muertos? ¿Cómo envuelven, si están muertos? ¿Cómo llevan, si están muertos? ¿Cómo lloran, si están muertos? Y envuelven, y llevan, y lloran, y están muertos: porque son infieles.

CAPÍTULO II.

Nos enseñó lo que está escrito en el Cantar de los Cantares, diciendo la Iglesia: "Ordenad en mí la caridad" (Cant. II, 4). ¿Qué es "Ordenad en mí la caridad"? Haced escalones, y restituid a cada uno lo que se le debe. No pongáis lo anterior debajo de lo posterior. Amad a los padres, pero poned a Dios por encima de los padres. Atended a la madre de los Macabeos: "Hijos", dice, "no sé cómo aparecisteis en el vientre. Pude concebirlos, pude parirlos; no pude formarlos: escuchadlo a él, ponedlo a él por encima de mí; no miréis, no sea que me quede sin vosotros. Él mandó, y ellos lo siguieron" (II Macab. VII). Lo que enseñó la madre a los hijos, eso enseñaba el Señor Jesucristo a aquel a quien decía: "Sígueme".

3. El tercero mirando a los suyos es culpado. Elección según la gracia. Porque ahora otro discípulo se interpuso, a quien nadie le dijo nada: "Te seguiré, Señor", dice; "pero primero iré a despedirme de los que están en casa". Creo que aquí el sentido es: Avisaré a los míos, no sea que, como suele suceder, me busquen. Y el Señor: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos". Te llama el Oriente, y tú miras al Occidente. En este capítulo aprendemos que el Señor eligió a quienes quiso. Pero eligió, como dice el Apóstol, tanto según su gracia como según la justicia de ellos. Pues tales son las palabras del Apóstol: "Atended", dice, "lo que dice Elías: Señor, han matado a tus profetas, han derribado tus altares, y yo he quedado solo, y buscan mi vida. Pero, ¿qué le dice la

respuesta divina? Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal. Te crees el único siervo que trabaja bien: hay otros que me temen, y no son pocos. Pues tengo allí siete mil. Y añadió: Así también en este tiempo. Pues algunos judíos creyeron, y muchos fueron reprobados: como aquel que llevaba en su mente las madrigueras de las zorras. Así pues, dice, también en este tiempo, las reliquias por elección de gracia han sido salvadas: es decir, el mismo Cristo es quien entonces, y ahora, quien también entonces le dijo a Elías: Me he reservado. ¿Qué es, Me he reservado? Yo los elegí, porque vi sus mentes confiando en mí, no en sí mismos, ni en Baal. No han cambiado, son como los hice. Y tú que hablas, si no confiaras en mí, ¿dónde estarías? Si no estuvieras lleno de mi gracia, ¿no doblarías también tú la rodilla ante Baal? Pero estás lleno de mi gracia; porque no confiaste en tu virtud, sino en toda mi gracia. No te gloríes, pues, en esto, pensando que no tienes compañeros en tu servicio: hay quienes elegí, como a ti, confiando en mí: como dice el Apóstol, Y ahora las reliquias por elección de gracia han sido salvadas.

CAPÍTULO III.

4. Los elegidos deben todo a la gracia de Dios. Cuídate, oh cristiano, cuídate de la soberbia. Pues aunque seas imitador de los santos, atribuye siempre todo a la gracia: porque para que quedara algo, la gracia de Dios en ti, no tu mérito, lo hizo. De esas mismas reliquias había dicho el profeta Isaías recordando: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma habríamos sido, y semejantes a Gomorra" (Isaías I, 9; Rom. IX, 29). Así pues, dice, también en este tiempo las reliquias por elección de gracia han sido salvadas. Pero si es por gracia, ya no es por obras; es decir, ya no te gloríes en tu mérito: de lo contrario, la gracia ya no es gracia (Rom. XI, 2-6). Pues si confías en tu obra; entonces se te paga un salario, no se te concede una gracia. Pero si es gracia, se da gratuitamente. Pregunto ahora: ¿Crees, oh pecador, en Cristo? Dices: Creo. ¿Qué crees? Que todos tus pecados pueden ser perdonados por él gratuitamente. Tienes lo que creíste. ¡Oh gracia dada gratuitamente! ¿Y tú, justo, crees que sin Dios no puedes guardar la justicia? Atribuye, pues, todo a él, que eres justo, a su piedad: pero que eres pecador, atribúyelo a tu iniquidad. Sé tu acusador, y él será tu perdonador. Pues todo crimen, delito o pecado, es de nuestra negligencia: y toda virtud y santidad, es de la indulgencia de Dios. Convertidos al Señor.

SERMO CI De las palabras del Evangelio de Lucas, "La mies es mucha", etc. Cap. X, V. 2-6.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La mies en los judíos, la siembra en los gentiles. Pablo pequeño. En la lectura del Evangelio que se ha recitado ahora, se nos advierte buscar cuál es la mies de la que el Señor dice: "La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies". Entonces añadió a sus doce discípulos, a quienes también llamó apóstoles, otros setenta y dos, y los envió a todos, como aparece en sus palabras, a la mies preparada. ¿Cuál era, pues, esa mies? Pues no era esa mies en estos gentiles, donde nada había sido sembrado. Resta, pues, que entendamos que esa mies estaba en el pueblo de los judíos. A esa mies vino el Señor de la mies, a esa mies envió a los segadores: a los gentiles, sin embargo, no segadores, sino sembradores. Entendamos, pues, que la mies se hizo en el pueblo de los judíos, la siembra en los pueblos gentiles. Pues de esa mies fueron elegidos los apóstoles, donde ya cuando se cosechaba, estaba maduro; porque allí los profetas sembraron. Deleita contemplar la agricultura de Dios, y deleitarse con sus dones, y con los obreros en su campo. Pues en esta agricultura trabajaba quien decía: "He trabajado más que todos ellos". Pero se le daban fuerzas para trabajar por el Señor de la mies: por eso añadió: "No yo, sino la gracia de

Dios conmigo" (I Cor. XV, 10). Pues se mostró bastante en la agricultura, donde dice: "Yo planté, Apolo regó" (Id. III, 6). Este apóstol de Saulo a Pablo, es decir, de soberbio a mínimo: Saulo se denomina de Saúl: paulo, sin embargo, es pequeño: de donde interpretando de algún modo su nombre, dice: "Yo soy el menor de los apóstoles" (Id. XV, 9): él, pues, Pablo, es decir, pequeño y mínimo, enviado a los gentiles, dice que fue enviado principalmente a los gentiles. Él escribe, nosotros leemos, creemos, predicamos. Él, pues, dice en su Epístola a los Gálatas, que ya llamado por el Señor Jesús vino a Jerusalén, y comparó el Evangelio con los apóstoles, que le dieron las manos derechas, y signo de concordia, signo de consonancia, que lo que aprendieron de él no discrepaba en nada. Luego dice que acordaron entre él y ellos, que él iría a los gentiles, y ellos a la circuncisión (Gál. II, 1-9); él sembrador, ellos segadores. Con razón también los atenienses, aunque sin saberlo, le dieron su nombre. Pues al oír de él la palabra: "¿Quién es", dicen, "este sembrador de palabras?" (Hechos XVII, 18).

CAPÍTULO II.

2. Dos mieses, de judíos y gentiles. Atended, pues, y deleitaos conmigo al contemplar la agricultura de Dios, y en ella dos mieses, una pasada, otra futura: pasada en el pueblo de los judíos, futura en los pueblos gentiles. Probemos esto: ¿y de dónde sino de la Escritura de Dios, Señor de la mies? Aquí tenemos dicho en el presente capítulo: "La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies". Pero porque en esa mies habrían de ser contradictores y perseguidores los judíos: "He aquí", dice, "os envío como corderos en medio de lobos". Mostremos algo más evidente de esta mies en el Evangelio según Juan: en el pozo donde el Señor fatigado se sentó, se realizaron grandes sacramentos, pero el tiempo es corto para tratar todo. Pero lo que concierne al presente asunto, escuchad. Pues hemos asumido mostrar la mies en los pueblos, en los que los profetas predicaron: pues ellos eran sembradores, para que los apóstoles pudieran ser segadores. La mujer samaritana habla con el Señor Jesús, y entre otras cosas cuando el Señor le dijo cómo debe ser adorado Dios; ella dice: "Sabemos que vendrá el Mesías, que se llama Cristo, y nos enseñará todo". Y el Señor a ella: "Yo soy el que habla contigo. Cree lo que oyes: ¿qué buscas lo que ves? Yo soy el que habla contigo". Pero lo que ella había dicho: "Sabemos que el Mesías vendrá", a quien anunciaron Moisés y los profetas, "que se llama Cristo". Ya era espiga de la mies. Había recibido a los profetas sembradores, esperaba a los apóstoles maduros segadores. Tan pronto como oyó esto, creyó, y dejó el cántaro, y corrió apresuradamente, comenzó a anunciar al Señor. Los discípulos entonces habían ido a comprar panes: que al regresar encontraron al Señor hablando con la mujer, y se maravillaron. Sin embargo, no se atrevieron a decirle: "¿Qué o por qué hablas con ella?" Tuvieron admiración en sí mismos, reprimieron la audacia en su corazón. A esta samaritana, pues, no le era nuevo el nombre de Cristo, ya esperaba al que venía, ya había creído que vendría. ¿De dónde había creído si no había sembrado Moisés? Pero escuchad esto más claramente. El Señor entonces a sus discípulos dice: "Decís que aún falta mucho para el verano, levantad vuestros ojos, y ved las regiones blancas para la mies". Y añade: "Otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus labores" (Juan IV, 6-38). Trabajó Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, los profetas; trabajaron sembrando; en la venida del Señor se encontró la mies madura. Enviados los segadores con la hoz del Evangelio, llevaron los manojos a la era del Señor, donde Esteban sería trillado.

CAPÍTULO III.

3. La semilla del Evangelio transmitida a los gentiles. Aquí, sin embargo, se acerca Pablo, y es enviado a los gentiles. Y no calla esto al encomendar la gracia, que especialmente y propiamente recibió. Pues dice en sus Escrituras, que fue enviado a predicar el Evangelio,

donde Cristo no había sido nombrado. Pero ya que se hizo esa mies, y todos los judíos que quedaron, atendamos a la mies que somos nosotros. Pues ha sido sembrado por los apóstoles y profetas. El mismo Señor sembró. Pues él mismo estaba en los apóstoles, porque él mismo también segó Cristo. Pues ellos no hicieron nada sin él: él es perfecto sin ellos. Pues él mismo les dice: "Porque sin mí nada podéis hacer" (Id. XV, 5). Sembrando, pues, Cristo ya en los gentiles, ¿qué dice? Salió sembrando a sembrar. Allí se envían segadores a segar, aquí salió sembrando a sembrar diligente. Pues, ¿qué temió, que algo cayó en el camino, algo en lugares pedregosos, algo entre espinas? Si temiera estas tierras difíciles, no llegaría a la buena tierra. ¿Qué nos importa, qué nos es ya de los judíos discutir, y hablar de la paja? Esto solo nos importa, no ser camino, no ser roca, no ser espinas, sino buena tierra. Preparado nuestro corazón, de donde treinta, de donde sesenta, de donde mil y cien: aquello es menos, y aquello es más; pero todo es trigo. No sea camino, donde la semilla pisoteada por los transeúntes como ave se lleve el enemigo. No sea roca, donde poca tierra hace germinar de inmediato, lo que no puede soportar el sol. No sean espinas, las codicias del siglo, las preocupaciones de la vida viciosa (Mateo XIII, 3-23). Pues, ¿qué peor que la preocupación de la vida, que no permite llegar a la vida? ¿Qué más miserable, que cuidando la vida, perder la vida? ¿Qué más infeliz, que temiendo la muerte, caer en la muerte? Arranquen las espinas, prepárese el campo, reciban las semillas, lleguen a la mies, deseen el granero, no teman el fuego.

CAPÍTULO IV.

4. Explicar al pueblo las partes del pastor, qué provecho tiene. A nosotros, pues, nos corresponde, a quienes de algún modo el Señor ha constituido obreros en su campo, deciros estas cosas, sembrar, plantar, regar, incluso a algunos árboles cavar alrededor, y aplicar el cesto de estiércol; nos corresponde hacer estas cosas fielmente: a vosotros, recibir fielmente: al Señor, ayudarnos a nosotros obrando, a vosotros creyendo, a todos trabajando, pero venciendo al mundo en él. ¿Qué, pues, os corresponde, dije: qué nos corresponde, quiero decir. Pero tal vez a alguno de vosotros le parece que dije algo superfluo que quiero decir, y hablando consigo mismo en su pensamiento dice: ¡Oh, si ya nos dejara! Ya dijo qué nos corresponde; lo que le corresponde a él, ¿qué nos importa? Creo que es mejor que en el amor mutuo y alterno nos pertenezcamos. De una ahora sois familia, nosotros de la misma familia somos dispensadores todos, pertenecemos todos a un solo Señor. Ni lo que doy, de lo mío doy; sino de aquel de quien recibo también yo. Pues si de lo mío diera, daría mentira. Pues quien habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44). Debéis, pues, escuchar qué corresponde al dispensador, ya sea para congratularos en vosotros mismos si tales encontráis, o incluso en esto mismo ser instruidos. Pues, ¿cuántos en este pueblo serán dispensadores? Y nosotros estuvimos allí donde estáis: y nosotros que ahora parecemos desde un lugar superior medir las raciones a los consiervos, hace pocos años en un lugar inferior con los consiervos recibíamos las raciones. Obispo hablo a los laicos: pero de ahí sé a cuántos futuros obispos hablo.

CAPÍTULO V.

5. Los preceptos establecidos para los predicadores, no deben tomarse carnalmente. Veamos, pues, cómo entendemos lo que el Señor mandó a aquellos a quienes enviaba a predicar el Evangelio, y veamos la mies preparada con la mente. "No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino. Y en cualquier casa que entréis, decid: Paz a esta casa. Si hay allí hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, volverá a vosotros. Si reposó, ¿perdió? Lejos esté esto de la mente de los santos. Pues tampoco eso debe tomarse carnalmente: y por lo tanto tal vez ni bolsa, ni calzado, ni alforja; y especialmente aquello

donde a nosotros, si lo tomamos simplemente sin discusión, parece que se nos impone soberbia, no saludar a nadie en el camino.

6. Mandamiento de no llevar bolsa. Prestemos atención a nuestro Señor, verdadero ejemplo y ayuda. Probemos que es ayuda: "Sin mí, nada podéis hacer". Probemos que es ejemplo: "Cristo padeció por nosotros", dice Pedro, "dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (I Pedro II, 21). Nuestro mismo Señor tuvo una bolsa en el camino, y confió esa bolsa a Judas. Soportó a un ladrón (Juan XII, 6): pero yo, deseando aprender de mi Señor, digo: Señor, soportabas a un ladrón, ¿de dónde tenías para que él tomara? A mí, hombre miserable e enfermo, me advertiste que no llevara bolsa: tú llevabas una bolsa, y había donde soportar al ladrón. Si no llevaras, él no encontraría qué llevarse. ¿Qué queda, sino que aquí me diga: Entiende lo que escuchas, "No llevéis bolsa"? ¿Qué es la bolsa? Dinero cerrado, es decir, sabiduría oculta. ¿Qué significa "No llevéis bolsa"? No os hagáis sabios en vosotros mismos. Recibid el Espíritu Santo. La fuente debe estar en ti, no la bolsa; de donde se distribuye, no donde se encierra. Esto es la alforja, que es la bolsa.

CAPÍTULO VI.

7. Sobre no llevar calzado. ¿Qué son los zapatos? Los zapatos que usamos son pieles de muertos, para nosotros coberturas de los pies. Por esto se nos ordena renunciar a las obras muertas. Esto en figura se le advirtió a Moisés, cuando el Señor hablando dijo: "Quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra santa" (Éxodo III, 5). ¿Qué es tan tierra santa como la Iglesia de Dios? En ella, pues, estemos, quitémonos los zapatos, es decir, renunciemos a las obras muertas. Pues de estos zapatos, con los que caminamos calzados, me consuela el mismo Señor. Si él no estuviera calzado, Juan no diría de él: "No soy digno de desatar la correa de sus sandalias" (Lucas III, 16). Sea, pues, obediencia, no se infiltre la dura soberbia. Yo, dice, cumplo el Evangelio, porque camino descalzo. Tú puedes, yo no puedo. Lo que recibimos juntos, guardémoslo. ¿Cómo? Ardiendo en caridad, amándonos mutuamente: y así sucede que yo amo tu fortaleza, y tú llevas mi debilidad.

8. Sobre no saludar a nadie en el camino. Primera exposición evidente. ¿Qué te parece, a ti que no quieres entender cómo se han dicho estas cosas, y te ves obligado a calumniar al mismo Señor sobre las bolsas y los zapatos? ¿Qué te parece? ¿Acaso es correcto que al viajar nos encontremos con nuestros seres queridos y no saludemos a los mayores, ni respondamos a los menores? ¿Ya cumples el Evangelio porque saludas y callas? Si no al viajero en camino, serás como un hito que muestra el camino. Por tanto, dejemos la necedad, entendamos las palabras del Señor, y no saludemos a nadie en el camino. No sin razón se nos ordena esto, ni querría que hiciéramos lo que ordena.

CAPÍTULO VII.

¿Qué significa, "No saludéis a nadie en el camino"? Puede entenderse simplemente así, quien nos ordenó actuar rápidamente en lo encomendado: y así dijo, "No saludéis a nadie en el camino", como diciendo, Dejad todo de lado, mientras cumplís lo encomendado; con esa expresión con la que suelen exagerarse las palabras por costumbre de hablar. No vayamos lejos: en el mismo discurso poco después dice, "Y tú, Cafarnaúm, que hasta el cielo has sido exaltada, hasta el infierno serás abatida" (Lucas X, 15). ¿Qué significa, "hasta el cielo has sido exaltada"? ¿Acaso las murallas de esa ciudad tocaron las nubes, o llegaron a las estrellas? Pero, ¿qué significa, "en el cielo has sido exaltada"? Te consideras demasiado feliz,

demasiado poderosa, demasiado soberbia. Así como esto se dijo por exageración, "en el cielo eres exaltada", a esa ciudad que no fue exaltada hasta el cielo, ni ascendió: así por la prisa de la exageración se dijo, Corred así, actuad lo que os he encomendado, para que nada os retrase; sino despreciando todo, apresuraos al fin propuesto.

9. Otro sentido más profundo. Predicar el Evangelio por ocasión. Pero hay otra cosa que aquí más considero no disímil de entender, que más concierne a mí y a todos los dispensadores, pero también a vosotros oyentes. Quien saluda, dice salud. Pues los antiguos en sus cartas así escribían: Fulano a fulano, salud. El saludo tomó su nombre de la salud. ¿Qué significa, "No saludéis a nadie en el camino"? Quienes saludan en el camino, saludan por ocasión. Veo que habéis entendido rápidamente, pero no debo terminar aún. No todos habéis entendido rápidamente. Vi en la voz a los que entienden, veo a muchos en silencio preguntando. Pero como hablamos del camino, como si camináramos en el camino: los rápidos esperen a los lentos, y caminad juntos. ¿Qué dije entonces, Quien saluda en el camino, saluda por ocasión? No iba hacia aquel a quien saluda. Hacía otra cosa, otra cosa ocurrió: buscaba otra cosa, otra cosa de paso encontró que hacer. ¿Qué significa entonces saludar por ocasión? Anunciar la salud por ocasión. ¿Qué significa anunciar la salud, sino predicar el Evangelio? Si predicas, hazlo por amor, no por ocasión. Hay, pues, hombres que buscando lo suyo, no otra cosa, predicaban el Evangelio: de los cuales el Apóstol lamentándose dice, "Todos buscan lo suyo, no lo que es de Jesucristo" (Filipenses II, 21). Y estos saludaban, es decir, anunciaban la salud, predicaban el Evangelio: pero buscaban otra cosa; y por eso saludaban por ocasión. ¿Y qué es esto? Si eres tal, quienquiera que seas, lo haces: más bien no eres tal quien lo haces, sino tal vez alguien tal que lo haces. Si eres tal, no lo haces, sino que se hace de ti.

CAPÍTULO VIII.

10. Cómo escuchar a los predicadores que buscan lo suyo. Pues también tales admitió el Apóstol: pero no ordenó que fueran tales. Y ellos hacen algo, y se perfecciona a través de ellos: buscan otra cosa, y anuncian la palabra. No te preocupes por lo que busca el anunciador: lo que anuncia, deséalo; lo que atiende, no te concierne. Escucha la salud de su boca, retén la salud de su boca. No seas juez de su corazón. Si lo ves buscando otras cosas, ¿qué te importa? Escucha la salud: "Lo que dicen, hacedlo". Te hizo seguro quien dijo, "Lo que dicen, hacedlo". Hacen el mal: "Lo que hacen, no lo hagáis" (Mateo XXIII, 3). Hacen el bien, no saludan en el camino, no anuncian el Evangelio por ocasión: sed imitadores de ellos, como ellos de Cristo (I Corintios IV, 16). Un buen predicador te predica; toma la uva de la vid. Un mal predicador te predica; toma la uva colgante en el seto. El racimo creció en el sarmiento entre espinas, y no germinó de las espinas. Claro, cuando ves algo así y tienes hambre, toma con cuidado, no sea que al extender la mano hacia la uva, te lastimes con las espinas. Esto es lo que digo: Escucha lo que es bueno, no imites las malas costumbres. Predique por ocasión, salute en el camino: a él le perjudicará no haber escuchado el mandato de Cristo, "No saludéis a nadie en el camino"; a ti no te perjudicará, que ya sea de paso, ya sea viniendo, escuchas la salud, retienes la salud. Escucha al Apóstol, como había anticipado, advirtiendo estas cosas. ¿Qué pues? Mientras de cualquier manera, ya sea por ocasión, ya sea por verdad, Cristo sea anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré. Pues sé que esto me resultará en salvación por vuestra súplica (Filipenses I, 18, 19).

CAPÍTULO IX.

11. Predicadores enviados a llevar paz. Tales, pues, los Apóstoles de Cristo, predicadores del Evangelio, no saludando en el camino, es decir, no buscando o haciendo otra cosa, sino

anunciando el Evangelio con genuino amor, lleguen a la casa y digan, "Paz a esta casa". No lo dicen solo de palabra: de lo que están llenos, derraman; predicán la paz, y tienen paz. No son como aquellos de quienes se dijo, "Paz, paz, y no hay paz" (Jeremías VIII, 11). ¿Qué significa, "Paz, paz, y no hay paz"? Predican, pero no tienen; alaban, pero no aman; dicen, pero no hacen. Pero tú recibe la paz; ya sea por ocasión, ya sea por verdad, Cristo sea anunciado. Quien está lleno de paz, y saluda, "Paz a esta casa"; si hay allí un hijo de paz, descansará sobre él su paz: si no, pues tal vez no hay allí un hijo de paz, nada ha perdido quien saludó; "a vosotros", dice, "volverá". Volverá a ti, lo que no se apartó de ti. Pues quiso decir: Te beneficia lo que anunciaste, nada le benefició a quien no recibió: no porque él quedó vacío, tú perdiste la recompensa; se te devuelve por tu voluntad, se te devuelve por el amor que diste, te lo devolverá quien te hizo seguro con la voz angélica, "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (Lucas II, 14).

SERMON CII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia". Cap. X, V. 16.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Reverencia debida a los pastores. Consuelos de los pastores. Nuestro Señor Jesucristo lo que hablaba a sus discípulos en aquel tiempo se escribía, y se preparaba para que lo escucháramos. Hemos escuchado, pues, sus palabras. ¿De qué nos serviría, si se viera, y no se escuchara? Ni ahora nos perjudica, porque no se ve, y sin embargo se escucha. Dice, pues: "Quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia". Si solo a los Apóstoles dijo, "Quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia"; despreciadnos. Pero si su palabra llegó hasta nosotros, y nos llamó, y nos puso en su lugar; ved que no nos despreciéis, no sea que la injuria que nos hagáis llegue a él. Pues si no nos teméis a nosotros; temed a aquel que dijo, "Quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia". ¿Qué hablamos nosotros a vosotros, que no queremos ser despreciados por vosotros, sino para que nos regocijemos de vuestras buenas costumbres? Sean consuelos de nuestros peligros, vuestras buenas obras. Vivid bien, para que no muráis mal.

2. Qué muerte es verdaderamente buena o mala. Ni en estas palabras que dije, Vivid bien, para que no muráis mal, atendáis a aquellos que tal vez vivieron mal, y murieron en sus lechos; y se realizó la pompa de su funeral, y fueron puestos en sarcófagos preciosos, en sepulcros bellamente y laboriosamente fabricados: y porque tal vez dice cada uno de vosotros, Quisiera morir así, penséis que quise decir algo vano; porque dije que quiero que viváis bien, para que no muráis mal.

CAPÍTULO II.

Tal vez se presenta alguien que vivió bien, y según la opinión de los hombres murió mal: tal vez murió por una caída, murió por un naufragio, murió por bestias; y dice cada uno carnal en su corazón, ¿Qué es vivir bien? He aquí que él vivió así, y así murió. Volved, pues, al corazón: y si sois fieles, encontraréis allí a Cristo; él os habla allí. Pues yo clamo: él en silencio enseña más. Yo hablo por el sonido del discurso: él habla dentro por el temor del pensamiento. Así pues, él inserte en vuestro corazón mi palabra: porque me atreví a decir, Vivid bien, para que no muráis mal. He aquí que la fe está en vuestros corazones, y allí está Cristo, y él tiene que enseñar lo que yo deseo proclamar.

3. Contraria suerte del rico y Lázaro después de la muerte. Recordad en el Evangelio a aquel rico, y a aquel pobre: al rico vestido de púrpura y lino fino, y saciado de banquetes diarios; al pobre yacente ante la puerta del rico, hambriento, y buscando migajas de su mesa, lleno de llagas, lamido por los perros. Recordad, pues: ¿de dónde recordáis, sino porque allí está Cristo en vuestros corazones? Decidme qué le habéis preguntado dentro, y os ha respondido. Pues sigue, y dice: "Sucedió que murió aquel pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Y estando en tormentos, alzó sus ojos, y vio a Lázaro descansando en el seno de Abraham. Entonces clamó, diciendo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama". Soberbio en el tiempo, mendigo en el infierno. Pues aquel pobre llegaba a la miga: él no llegaba a la gota. De estos dos, decidme, ¿quién murió bien, y quién murió mal? No preguntéis a los ojos, volved al corazón. Pues si preguntáis a los ojos, os responderán falsamente. Pues muy espléndidas son, y secularmente adornadas, las que pudieron ser exhibidas al rico moribundo. ¿Qué cortejos de siervos y siervas llorando pudieron ser? ¿Qué pompa de clientes? ¿Qué esplendor de funeral? ¿Qué precio de sepultura? Creo que fue cubierto de aromas. ¿Qué diremos, pues, hermanos, que murió bien, o que murió mal? Si preguntáis a los ojos, murió óptimamente: si preguntáis a vuestro maestro interior, murió pésimamente.

CAPÍTULO III.

4. Por qué la muerte debe considerarse mala. Si así mueren los soberbios conservadores de sus cosas, y nada de ellas dan a los pobres: ¿cómo mueren los que arrebatan las cosas ajenas? Verdaderamente dije, Vivid bien, para que no muráis mal, para que no muráis como aquel rico. No prueba la mala muerte, sino el tiempo después de la muerte. En cambio, mirad a aquel pobre: no miréis con los ojos, pues erraréis; la fe observe, el corazón vea. Ponedlo ante vuestros ojos yacente en la tierra ulceroso, los perros viniendo a lamer sus llagas. Pero cuando lo traéis así ante vuestros ojos, inmediatamente escupís, apartáis el rostro, tapáis las narices. Con los ojos del corazón ved. Murió, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. La familia del rico parecía llorar: los ángeles no se veían gozando. ¿Qué respondió Abraham al rico? "Recuerda, hijo, que recibiste bienes en tu vida" (Lucas XVI, 19-25). Nada bueno consideraste, sino lo que en esta vida tuviste. Recibiste: pero pasaron los días: y todo lo perdiste, y quedaste para ser atormentado en los infiernos.

CAPÍTULO IV.

5. Exhorta a las buenas obras. Es oportuno, pues, hermanos, que se os digan estas cosas. Atended a los pobres, ya sea yacentes, ya sea caminantes: atended a los pobres, haced buenas obras. Quienes soléis, hacedlo: y quienes no soléis, hacedlo. Crezca el número de los que obran bien: pues crece también el número de los fieles. Lo que hacéis, cuán bueno es aún no lo veis: porque también el campesino cuando siembra, no ve la cosecha, sino que confía en la tierra. ¿Por qué no confías tú en Dios? Vendrá nuestra cosecha. Supón que ahora actuamos trabajando, trabajamos obrando para recibir, como está escrito: "Iban andando y llorando, echando sus semillas; pero volviendo vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas" (Salmo CXXV, 6).

SERMON CIII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa", etc. Cap. X, V. 38-42.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Se recomienda la unidad. Las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que ahora se han leído del Evangelio, nos advierten que hay una cosa a la que debemos tender, cuando en la multitud de este mundo trabajamos. Sin embargo, aún tendemos peregrinando, no permaneciendo; aún en el camino, no en la patria; aún deseando, no disfrutando. Sin embargo, tendamos, y sin pereza y sin interrupción tendamos, para que alguna vez podamos llegar.

2. Cristo se digna a ofrecerse para ser alimentado. Marta y María eran dos hermanas, ambas no solo de carne, sino también de religión hermanas; ambas se unieron al Señor, ambas sirvieron concordemente al Señor presente en la carne. Marta lo recibió, como suelen recibirse los peregrinos. Pero sin embargo, la sierva recibió al Señor, la enferma al Salvador, la criatura al Creador. Sin embargo, fue recibida para ser alimentada por el Espíritu, en la carne para ser alimentada. Pues el Señor quiso tomar la forma de siervo, y con la forma de siervo tomada ser alimentado por los siervos, por dignación, no por condición. Pues también fue dignación ofrecerse para ser alimentado. Tenía carne, en la que podía tener hambre y sed: pero ¿no sabéis que en el desierto los ángeles le servían cuando tenía hambre (Mateo IV, 11)? Por tanto, lo que quiso ser alimentado, lo concedió al que alimentaba. ¿Y qué maravilla, si también de Elías santo lo concedió a la viuda, a quien antes alimentaba con un cuervo sirviendo (III Reyes XVII, 6)? ¿Acaso había desfallecido alimentando, cuando enviaba a la viuda? De ninguna manera. No había desfallecido alimentando, cuando enviaba a la viuda: sino que a la viuda religiosa, por el servicio prestado a su siervo, disponía bendecir. Así, pues, fue recibido el Señor, como huésped, que vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron: pero a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 11); adoptando siervos, y haciendo hermanos; redimiendo cautivos, y haciendo coherederos. No sea que alguno de vosotros tal vez diga: ¡Oh, bienaventurados los que merecieron recibir a Cristo en su propia casa! No te lamente, no murmures porque naciste en tiempos cuando ya no ves al Señor en la carne: no te quitó esa dignación. "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 40).

CAPÍTULO II.

3. El oficio de Marta y María, ambos buenos: pero mejor el de María. Hemos dicho brevemente sobre el Señor siendo alimentado en la carne, pero alimentando en el espíritu: pasemos al tema que propuse sobre la unidad. Marta, disponiendo y preparando para alimentar al Señor, estaba ocupada en mucho servicio: su hermana María eligió más bien ser alimentada por el Señor. Dejó de alguna manera a su hermana trabajando en mucho servicio, y se sentó a los pies del Señor, y escuchaba su palabra con atención. Un oído muy fiel había escuchado: "Estad quietos, y ved que yo soy Dios" (Salmo 45, 11). Aquella estaba turbada, esta se deleitaba: aquella disponía muchas cosas, esta miraba una sola. Ambos oficios son buenos: pero, ¿cuál es mejor, qué diremos nosotros? Tenemos a quién preguntar, escuchemos pacientemente. Ya hemos escuchado al leer qué es mejor, y al recordarlo yo, escuchemos de nuevo. Marta interpela al huésped, presenta al juez la petición de sus piadosas quejas, porque su hermana la había dejado y había descuidado ayudarla en el servicio. Sin que aquella respondiera, pero estando presente, el Señor juzga. María prefirió confiar su causa al juez como ociosa, y no quiso esforzarse en responder. Pues si preparara una respuesta, perdería la intención de escuchar. Respondió entonces el Señor, quien no se fatigaba en la palabra, porque era el Verbo. ¿Qué dijo entonces? Marta, Marta, la repetición del nombre es indicio de amor, o tal vez para llamar la atención: para que escuchara más atentamente, fue llamada dos veces, Marta, Marta, escucha: "Tú estás ocupada en muchas cosas, pero una sola es

necesaria": es decir, una sola es necesaria. No una obra única como singular: sino que es necesario, conveniente, necesario; lo que María había elegido.

CAPÍTULO III.

4. Una sola cosa es necesaria. Pensad en una sola cosa, hermanos míos, y ved si en la misma multitud hay deleite, sino en una sola. He aquí, por la gracia de Dios, cuántos sois: ¿quién os soportaría, si no pensaseis en una sola cosa? ¿De dónde viene esta paz en medio de muchos? Da una sola cosa, y es un pueblo: quita una sola cosa, y es una multitud. ¿Qué es una multitud, sino una multitud turbada? Pero escuchad al Apóstol: "Os ruego, hermanos". Hablaba a la multitud: pero quería hacerlos a todos uno. "Os ruego, hermanos, que todos digáis lo mismo, y que no haya divisiones entre vosotros; sino que estéis perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer" (1 Cor. 1, 10). Y en otro lugar: "Unánimes, sintiendo lo mismo, nada por contienda, ni por vana gloria" (Filip. 2, 2-3). Y el Señor al Padre sobre los suyos: "Para que sean uno, como nosotros somos uno" (Juan 17, 22). Y en los Hechos de los Apóstoles: "La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma" (Hechos 4, 32). Magnificad, pues, al Señor conmigo, y exaltemos su nombre juntos (Salmo 33, 4). Porque una sola cosa es necesaria, esa única cosa suprema, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno. Ved cómo se nos encomienda la unidad. Ciertamente, nuestro Dios es Trinidad. El Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu de ambos: y sin embargo, estos tres no son tres dioses, no tres omnipotentes, sino un solo Dios omnipotente, la misma Trinidad un solo Dios: porque una sola cosa es necesaria. A esta unidad no nos lleva, sino que tengamos un solo corazón.

CAPÍTULO IV.

5. El buen ministerio de Marta: la mejor parte de María. Son buenos los ministerios hacia los pobres, y especialmente los servicios debidos a los santos de Dios, los servicios religiosos. Pues se devuelven, no se dan, como dice el Apóstol: "Si nosotros os hemos sembrado lo espiritual, ¿es gran cosa si segamos de vosotros lo material?" (1 Cor. 9, 11). Son buenos, os exhortamos a ellos, y en la palabra del Señor os edificamos, no seáis perezosos en recibir a los santos. A veces, sin saberlo, al recibir a quienes no conocían, recibieron ángeles (Heb. 13, 2). Estas cosas son buenas: sin embargo, es mejor lo que eligió María. Pues aquello tiene ocupación por necesidad: esto, sin embargo, tiene dulzura por caridad. El hombre quiere acudir cuando ministra; y a veces no puede: se busca lo que falta, se prepara lo que está presente; el ánimo se distiende. Pues si Marta fuera suficiente para aquello, no pediría la ayuda de su hermana. Son muchas, son diversas, porque son carnales, porque son temporales: y aunque son buenas, son transitorias. ¿Qué dice el Señor a Marta? María ha elegido la mejor parte. No tú la mala, sino ella la mejor. Escucha por qué es mejor: "Que no le será quitada". De ti se quitará alguna vez la carga de la necesidad: la dulzura de la verdad es eterna. No le será quitado lo que eligió. No se quita, pero se aumenta. En esta vida se aumenta, en la otra vida se perfecciona, nunca se quita.

CAPÍTULO V.

6. El ministerio de Marta tiende al descanso de María. Sin embargo, tú, Marta, con tu permiso lo diré, bendecida en buen ministerio, buscas por este trabajo tuyo la recompensa, el descanso. Ahora estás ocupada en mucho ministerio, quieres alimentar cuerpos mortales, aunque sean de santos: ¿acaso cuando llegues a aquella patria, encontrarás a un peregrino a

quien recibirás en hospitalidad? ¿Encontrarás a un hambriento a quien partirás el pan? ¿A un sediento a quien ofrecerás bebida? ¿A un enfermo a quien visitarás? ¿A un litigante a quien reconciliarás? ¿A un muerto a quien enterrarás? Todas estas cosas no estarán allí: pero, ¿qué habrá allí? Lo que eligió María: allí seremos alimentados, no alimentaremos. Por eso allí será pleno y perfecto lo que aquí eligió María: de aquella mesa opulenta, recogía migajas de la palabra del Señor. Pues, ¿queréis saber qué habrá allí? El mismo Señor dice de sus siervos: "En verdad os digo que los hará sentarse a la mesa, y pasará y les servirá" (Lucas 12, 37). ¿Qué es sentarse, sino estar en reposo? ¿Qué es pasar y servirles? Primero pasa, y así les sirve. ¿Pero dónde? En aquel banquete supremo, del que dice: "En verdad os digo que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mateo 8, 11). Allí el Señor alimenta, pero primero pasa de aquí. Pues para que sepáis, Pascua se interpreta como Paso. Vino el Señor, hizo cosas divinas, sufrió cosas humanas. ¿Acaso todavía es escupido? ¿Todavía es abofeteado? ¿Todavía es coronado de espinas? ¿Todavía es azotado? ¿Todavía es crucificado? ¿Todavía es herido con una lanza? Ha pasado. Finalmente, el Evangelio así lo dice, cuando hizo la Pascua con sus discípulos. ¿Qué dice el Evangelio? "Cuando llegó la hora de que Jesús pasara de este mundo al Padre" (Juan 13, 1). Por lo tanto, Él pasó para alimentar: sigamos nosotros para ser alimentados.

SERMO CIV. Nuevamente sobre aquel Evangelio de Lucas, donde se habla de Marta y María. Cap. X, V. 38-42.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Se comparan los oficios de Marta y María. Al leer el santo Evangelio, escuchamos que el Señor fue recibido en hospitalidad por una mujer religiosa, y ella se llamaba Marta. Y mientras ella estaba ocupada en el cuidado de servir, su hermana María estaba sentada a los pies del Señor, y escuchaba su palabra. Aquella trabajaba, esta descansaba: aquella distribuía, esta se llenaba. Sin embargo, Marta, trabajando mucho en aquella ocupación y negocio de servir, interpeló al Señor, y se quejó de su hermana, porque no la ayudaba en su trabajo. Pero el Señor respondió a Marta en favor de María; y Él mismo se convirtió en su abogado, quien había sido interpelado como juez. "Marta", dijo, "estás ocupada en muchas cosas, cuando una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada". Escuchamos tanto la interpelación de la interpelante como la sentencia del juez. La sentencia respondió a la interpelante, defendió a la acogida. Pues María estaba atenta a la dulzura de la palabra del Señor. Marta estaba atenta a cómo alimentar al Señor: María estaba atenta a cómo ser alimentada por el Señor. Marta preparaba un banquete para el Señor, en cuyo banquete María ya se deleitaba. Entonces, mientras María escuchaba suavemente la palabra dulcísima, y con el corazón más atento se alimentaba, al ser interpelado el Señor por su hermana, ¿cómo creemos que temió, no fuera a decirle el Señor: Levántate y ayuda a tu hermana? Pues estaba retenida por una maravilla de suavidad: que ciertamente es mayor en la mente que en el vientre. Fue excusada, se sentó más segura. ¿Cómo fue excusada? Atendamos, observemos, investiguemos lo que podamos; para que también nosotros seamos alimentados.

2. El ministerio de Marta no fue reprendido por Cristo. ¿Qué, pues? ¿Creemos que fue reprendido el ministerio de Marta, a quien la preocupación por la hospitalidad había ocupado, quien había recibido al mismo Señor en hospitalidad? ¿Cómo podría ser justamente reprendido, quien se alegraba con tan gran huésped? Si esto es verdad, que los hombres dejen de ministrar a los necesitados; elijan para sí la mejor parte, que no les será quitada; dedíquense a la palabra, anhelan la dulzura de la doctrina; ocúpense en el conocimiento

saludable; no les importe quién es el peregrino en el pueblo, quién necesita pan, quién vestimenta, quién debe ser visitado, quién redimido, quién enterrado: dejen las obras de misericordia, dedíquense solo al conocimiento. Si es la mejor parte, ¿por qué no todos hacen esto, cuando tenemos al mismo Señor como patrón en esta causa? No tememos en este asunto, no sea que ofendamos su justicia, cuando tenemos su sentencia como patrona.

CAPÍTULO II.

3. La mejor parte de María. Y sin embargo, no es así: sino que como dijo el Señor, así es. Como lo entiendes, no es: es como debes entenderlo. Mira: "Estás ocupada en muchas cosas, cuando una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte". No tú la mala: sino ella la mejor. Pero, ¿por qué mejor? Porque tú estás ocupada en muchas cosas, ella en una sola. Se prefiere una sola a muchas. No es de muchas una, sino muchas de una. Muchas son las cosas que fueron hechas, uno es quien las hizo. Cielo, tierra, mar, y todas las cosas que en ellos hay, ¿cuántas son! ¿Quién las enumerará? ¿Quién pensará en su multitud? ¿Quién las hizo? Dios todo. He aquí que son muy buenas (Gén. 1, 31). Muy buenas las cosas que hizo: ¿cuánto mejor es aquel que las hizo? Atendamos, pues, nuestras ocupaciones en muchas cosas. Es necesario el ministerio para los cuerpos que se han de alimentar. ¿Por qué esto? Porque se tiene hambre, porque se tiene sed. La misericordia es necesaria para los miserables. Rompes el pan al hambriento; porque encontraste al hambriento: quita el hambre; ¿a quién rompes el pan? Quita la peregrinación; ¿a quién ofreces hospitalidad? Quita la desnudez; ¿a quién preparas vestimenta? No haya enfermedad; ¿a quién visitas? No haya cautiverio; ¿a quién redimes? No haya disputa; ¿a quién reconcilias? No haya muerte; ¿a quién entierras? En aquel siglo futuro no habrá estos males: por lo tanto, tampoco estos ministerios. Bien, pues, Marta ministraba a la necesidad, ¿qué diré, necesidad o voluntad? del cuerpo mortal del Señor. Pero, ¿quién era en el cuerpo mortal? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: he aquí lo que María escuchaba. El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 1-14). He aquí a quién ministraba Marta. Por lo tanto, María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada. Pues eligió lo que siempre permanecerá: no le será quitado. Quiso ocuparse en una sola cosa. Ya lo tenía: "Para mí, adherirme a Dios es bueno" (Salmo 72, 28). Se sentaba a los pies de nuestra cabeza. Cuanto más humildemente se sentaba, tanto más recibía. Pues el agua fluye hacia la humildad del valle, se aleja de las alturas del monte. Por lo tanto, el Señor no reprendió la obra, sino que distinguió el don. Estás ocupada en muchas cosas: sin embargo, una sola es necesaria. Ya esto se lo ha elegido María. Pasa el trabajo de la multitud, y permanece la caridad de la unidad. Por lo tanto, lo que eligió, no le será quitado. Pero de ti lo que elegiste: ciertamente esto sigue, ciertamente esto se sobreentiende: de ti lo que elegiste será quitado. Pero para tu bien será quitado, para que se te dé lo que es mejor. Pues de ti será quitado el trabajo, para que se te dé el descanso. Tú navegas, ella ya está en el puerto.

CAPÍTULO III.

4. Dos vidas figuradas en Marta y María. Ved, pues, amadísimos, y según creo, ya entendéis, en estas dos mujeres, que ambas fueron gratas al Señor, ambas amables, ambas discípulas: ved, pues, y entendéis algo grande, cualquiera que lo entienda, lo que debéis oír y saber, incluso quienes no lo entienden; en estas dos mujeres, están figuradas dos vidas, la presente y la futura, la laboriosa y la tranquila, la llena de aflicciones y la bienaventurada, la temporal y la eterna. Son dos vidas: pensad en ellas abundantemente. ¿Qué tiene esta vida, no digo mala, no iniqua, no nefaria, no lujuriosa, no impía; sino laboriosa y llena de aflicciones, castigada por temores, preocupada por tentaciones: esta misma vida inocente digo, como convenía que

tuviere Marta: esta, pues, en cuanto podáis, observad; y sobre esta, como dije, pensad más abundantemente de lo que hablamos. La vida verdaderamente iniqua estaba ausente de aquella casa, ni estaba con Marta, ni con María: y si alguna vez estuvo, al entrar el Señor huyó. Permanecieron, pues, en aquella casa, que había recibido al Señor, en dos mujeres dos vidas, ambas inocentes, ambas laudables: una laboriosa, otra ociosa; ninguna facinerosa, ninguna desidiosa. Ambas inocentes, ambas, digo, laudables, pero una laboriosa, otra ociosa: ninguna facinerosa, que debe evitar la laboriosa; ninguna desidiosa, que debe evitar la ociosa. Estaban, pues, en aquella casa estas dos vidas, y el mismo manantial de vida. En Marta estaba la imagen de las presentes, en María de las futuras. Lo que hacía Marta, allí estamos: lo que hacía María, eso esperamos. Hagamos esto bien, para que tengamos aquello plenamente. Pues, ¿qué tenemos de allí? ¿En cuánto tenemos? Mientras estamos aquí, ¿cuánto es lo que tenemos de allí? Pues también ahora hacemos algo de allí, alejados de los negocios, dejando de lado las preocupaciones familiares, habéis venido, estáis, escucháis. En cuanto hacéis esto, sois semejantes a María. Y más fácilmente vosotros lo que hace María, que yo que hablo. Si algo digo, es de Cristo: por eso os alimenta, porque es de Cristo. Porque el pan es común, del cual también yo vivo con vosotros. Ahora, pues, vivimos, si vosotros, hermanos, estáis firmes en el Señor (1 Tes. 3, 8). No quiero en nosotros, sino en el Señor. Porque ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento (1 Cor. 3, 7).

SERMO CV. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a medianoche, etc.", cap. XI V. 5-13.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo exhorta a pedir a Dios con similitudes. Hemos escuchado al Señor nuestro exhortándonos, al maestro celestial, y al consejero más fiel, al mismo exhortador, para que pidamos, y al dador cuando pedimos. Lo hemos escuchado en el Evangelio exhortándonos a pedir con insistencia, y a llamar hasta con la similitud de la impropiedad. Pues nos propuso, a modo de ejemplo: Si alguno de vosotros tuviera un amigo, a quien pidiera de noche tres panes, cuando un amigo suyo hubiera venido de camino, y no tuviera qué ponerle; y si aquel respondiera que ya se ha acostado, y sus siervos con él, y que no debe ser inquietado por sus súplicas, pero aquel insistiera llamando y perseverando, y no se retirara avergonzado, sino que, obligado por la necesidad, persistiera: aquel se levantaría, aunque no por la amistad, ciertamente por la impropiedad de aquel, y le daría cuantos quisiera. ¿Cuántos quiso? Nada más quiso que tres. En esta similitud el Señor añadió la exhortación, y nos estimuló completamente a pedir, buscar, llamar, hasta que recibamos lo que pedimos, lo que buscamos, lo que llamamos, usando un ejemplo contrario: como de aquel juez que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres, y sin embargo, cuando una viuda le interpellaba diariamente, vencido por el tedio, le dio lo que no pudo por beneficio (Lucas 18, 1-8). Pero nuestro Señor Jesucristo entre nosotros como peticionario, con el Padre como dador, ciertamente no nos exhortaría tanto a pedir, si no quisiera dar. Que se avergüence la pereza humana: él quiere dar más de lo que nosotros queremos recibir: él quiere más tener misericordia, que nosotros ser liberados de la miseria: y ciertamente si no somos liberados, nosotros permaneceremos miserables. Pues lo que nos exhorta, lo hace por nosotros.

CAPÍTULO II.

2. Amigo que viene de camino debe ser alimentado. Despertemos, y creamos al que exhorta, obedezcamos al que promete, y regocijémonos con el que da. Pues tal vez también a nosotros alguna vez nos ha venido un amigo de camino, y no hemos encontrado qué ponerle; y hemos

sufrido necesidad, y hemos recibido para nosotros y para él. No puede ser, sino que alguno ha sufrido que un amigo le pregunte algo, que no pueda responder: y entonces se encuentra sin tener, cuando se ve obligado a dar. Te viene un amigo de camino, es decir, de la vida de este mundo, en la que todos pasan como peregrinos, y ninguno permanece como poseedor; sino que a todo hombre se le dice: "Has sido alimentado, pasa; sigue tu camino, da lugar al que viene" (Eclesiástico 29, 33). O tal vez de un mal camino, es decir, de una mala vida, fatigado algún amigo tuyo, no encontrando la verdad, al escuchar y percibir la cual sería bienaventurado, sino cansado en toda codicia y pobreza del mundo, viene a ti, como a un cristiano, y dice: Dame razón, hazme cristiano. Y pregunta lo que tal vez tú por la simplicidad de la fe no sabías: y no hay con qué alimentar al hambriento, y advertido te encuentras necesitado; y cuando quieres enseñar, te ves obligado a aprender: y mientras te avergüenzas de aquel que preguntó, no encontrando en ti lo que buscaba, te ves obligado a buscar, para merecer encontrar.

3. Un amigo es interpelado a medianoche para que dé tres panes. ¿Y dónde buscarás? ¿Dónde, sino en los Libros del Señor? Quizás lo que él preguntó está escrito en el libro, pero es oscuro. Tal vez el Apóstol lo dijo en su Epístola. Lo dijo de tal manera que puedes leerlo, pero no puedes entenderlo: no se te permite pasar de largo. Pues el interrogador insiste; no se te permite interrogar a Pablo mismo, ni a Pedro, ni a algún profeta. Ya descansa esa familia con su Señor, y la ignorancia de este siglo es fuerte, es decir, la medianoche, y el amigo hambriento insiste. Tal vez a ti te bastaba la fe simple, a él no le basta. ¿Acaso debe ser abandonado? ¿Acaso debe ser expulsado de la casa?

CAPÍTULO III.

Por lo tanto, llama al mismo Señor, a aquel con quien la familia descansa, pidiendo, rogando, insistiendo. No como aquel amigo en la parábola, que se levantó vencido por el tedio y dio. Él quiere dar: tú, llamando, aún no has recibido; llama, él quiere dar. Y lo que quiere dar, lo retrasa, para que lo desees más al ser diferido, para que no se devalúe al ser dado rápidamente.

4. Tres panes dados. Cuando llegues a los tres panes, es decir, al alimento y entendimiento de la Trinidad, tienes de dónde vivir y de dónde alimentar. No temas al extranjero que viene de camino, sino que al recibirlo lo hagas ciudadano doméstico: no temas que se acabe. Ese pan no se acabará, sino que acabará con tu necesidad. Pan es, y pan es, y pan es: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Padre eterno, Hijo coeterno, Espíritu Santo coeterno. Padre inmutable, Hijo inmutable, Espíritu Santo inmutable. Creador y Padre, y Hijo, y Espíritu Santo. Pastor y dador de vida, y Padre, y Hijo, y Espíritu Santo. Alimento y pan eterno, y Padre, y Hijo, y Espíritu Santo. Aprende, y enseña; vive, y alimenta. Dios que te da, no te da nada mejor que a sí mismo. Avaro, ¿qué más buscabas? O si pides otra cosa, ¿qué te basta, si Dios no te basta?

CAPÍTULO IV.

5. Fe, esperanza, caridad, dones de Dios. Pero es necesario que tengas caridad, tengas fe, tengas esperanza: para que pueda ser dulce para ti lo que se te da. Y estos mismos tres son, fe, esperanza, caridad. Y estos mismos son dones de Dios. Pues la fe la recibimos de él: Como Dios, dice, repartió a cada uno la medida de la fe (Rom. XII, 3). Y la esperanza la recibimos de él, a quien se dice: En quien pusiste mi esperanza (Sal. CXVIII, 49). Y la caridad la

recibimos de él, de quien se dice: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 5). Pero estos mismos tres son algo diversos; pero todos son dones de Dios. Pues permanecen estos tres, fe, esperanza, caridad: pero la mayor de ellas es la caridad (I Cor. XIII, 13). En esos panes no se dijo que uno fuera mayor que los otros: sino que simplemente se pidieron y se dieron tres panes.

6. Los mismos tres significados de nuevo. Pan, caridad. Pez, fe. He aquí otros tres: ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O quién de vosotros, si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si pues vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos; cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden. Consideremos de nuevo estos tres, no sea que allí estén esos tres, fe, esperanza, caridad: pero la mayor de ellas es la caridad. Pon entonces tres, pan, pez, huevo: el mayor de ellos es el pan. Por eso entendemos bien el pan en estos tres como la caridad. Por eso opuso al pan la piedra, porque la dureza es contraria a la caridad. Entendemos el pez como la fe. Dijo un santo, y nos deleita decirlo: Buen pez, es la fe piadosa. Vive entre las olas, y no se rompe ni se disuelve con las olas. Vive entre las tentaciones y tempestades de este siglo, la fe piadosa: el mundo se enfurece, y está íntegra. Solo observa al contrario de la fe, esa serpiente. Pues en la fe está desposada aquella a quien se dice en el Cantar de los Cantares: Ven del Líbano, esposa mía, viniendo y pasando desde el principio de la fe (Cant. IV, 8). Por eso también está desposada, porque el principio del desposorio es la fe. Pues algo es prometido por el esposo, y la promesa se retiene con fe. Pero el Señor opuso la serpiente al pez, al diablo a la fe. Por eso el Apóstol dice a esta desposada: Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo: y temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestros sentidos se corrompan de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 2, 3); es decir, que está en la fe de Cristo. Pues habitar, dice, Cristo por la fe en vuestros corazones (Efes. III, 17). Que el diablo no corrompa la fe, no devore el pez.

CAPÍTULO V.

7. Huevo, esperanza. Resta la esperanza, que, según me parece, se compara con el huevo. Pues la esperanza aún no ha llegado a la realidad: y el huevo es algo, pero aún no es un polluelo. Los cuadrúpedos dan a luz hijos, pero las aves dan la esperanza de hijos. La esperanza, por lo tanto, nos exhorta a despreciar lo presente, a esperar lo futuro; olvidando lo que está detrás, con el Apóstol nos extendemos hacia lo que está adelante. Pues así dice: Pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome hacia lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filip. III, 13, 14). Nada es tan enemigo de la esperanza como mirar hacia atrás, es decir, poner la esperanza en las cosas que pasan y transcurren, sino en aquellas que aún no se han dado, pero que se darán alguna vez y nunca pasarán. Pero cuando el mundo está lleno de tentaciones, como la lluvia sulfurosa de Sodoma, se debe temer el ejemplo de la esposa de Lot. Pues miró hacia atrás; y donde miró, allí permaneció. Se convirtió en sal (Gén. XIX, 26), para que los prudentes se sazonen con su ejemplo. El Apóstol Pablo habla de esta esperanza así: Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? es un huevo. Es un huevo, y aún no es un polluelo. Y está cubierto por una cáscara: no se ve, porque está cubierto: con paciencia se espera; se calienta, para que cobre vida. Atiende, extiéndete hacia lo que está adelante, olvida lo pasado. Pues lo que se ve, es temporal. No mirando, dice, lo que se ve, sino lo que no se ve. Pues lo que se ve, es temporal; pero lo que no se ve, es eterno (II Cor.

IV, 18). En lo que no se ve, extiende tu esperanza: espera, soporta. No mires hacia atrás. Teme al escorpión para tu huevo. Mira que golpea con la cola, que tiene detrás. No permitas que el escorpión mate tu huevo, este mundo tu esperanza, por así decirlo, con ese veneno contrario, que es retrógrado. Cuánto te habla el mundo, cuánto ruido hace detrás de ti, para que mires hacia atrás: es decir, para que pongas tu esperanza en las cosas presentes (ni siquiera presentes; pues no deben llamarse presentes las que nunca permanecen) y apartes tu mente de lo que Cristo prometió y aún no ha dado, pero porque es fiel lo dará, y quieras descansar en el mundo que perece.

CAPÍTULO VI.

8. Cómo las calamidades y devastaciones son útiles para los cristianos. Pues Dios mezcla amarguras con las felicidades terrenales, para que se busque otra felicidad, cuya dulzura no es engañosa: y el mundo intenta apartarte de lo que te enfocas en lo que está adelante, y hacerte volver atrás. De esas mismas amarguras, de esas mismas tribulaciones murmuras, y dices: He aquí que todo perece en tiempos cristianos. ¿Por qué haces ruido? Dios no me prometió esto, que estas cosas no perecerán: Cristo no me prometió esto. El eterno prometió cosas eternas: si creo, de mortal me haré eterno. ¿Por qué haces ruido, oh mundo inmundo? ¿por qué haces ruido? ¿Por qué intentas apartarme? Quieres retenerme pereciendo: ¿qué harías si permanecieras? ¿A quién no engañarías siendo dulce, si amargo mientes los alimentos? Si tengo esperanza, si mantengo la esperanza, mi huevo no ha sido golpeado por el escorpión. Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). Que el mundo sea feliz, que el mundo se derrumbe: Bendeciré al Señor, que hizo el mundo. Bendeciré en todo caso. Según la carne, que esté bien, según la carne, que esté mal: Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca. Pues si bendigo cuando está bien, y blasfemo cuando está mal; he recibido el aguijón del escorpión, he mirado hacia atrás; que esto no nos suceda. El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I, 21).

CAPÍTULO VII.

9. Una ciudad y un reino eterno en los cielos los esperan. Permanece la ciudad que nos engendró carnalmente. Gracias a Dios. Ojalá también se engendre espiritualmente, y pase con nosotros a la eternidad. Si no permanece la ciudad que nos engendró carnalmente, permanece la que nos engendró espiritualmente. El Señor edifica Jerusalén (Sal. CXLVI, 2). ¿Acaso perdió su edificio durmiendo, o no custodiando permitió la entrada de enemigos? Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Sal. CXXVI, 1). ¿Y qué ciudad? No dormiré, ni dormiré, el que guarda a Israel (Sal. CXX, 4). ¿Qué es Israel, sino la descendencia de Abraham? ¿Qué es la descendencia de Abraham? sino Cristo. ¿Y para nosotros qué? Vosotros sois de Cristo: por lo tanto, sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gál. III, 16, 29). En tu descendencia, dice, serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Ciudad santa, ciudad fiel, ciudad en la tierra peregrina, en el cielo está fundada. Oh fiel, no corrompas la esperanza, no pierdas la caridad, ciñe tus lomos, asciende, extiende tus lámparas, espera al Señor, cuando venga de las bodas (Luc. XII, 35, 36). ¿Por qué temes, porque perecen los reinos terrenales? Por eso se te prometió el celestial, para que no perezcas con los terrenales. Pues estos precederos fueron predichos, predichos completamente. No podemos negar lo que fue predicho. Tu Señor a quien esperas, te dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino (Marc. XIII, 8). Los reinos terrenales tienen cambios: vendrá aquel de quien se dijo, Y su reino no tendrá fin (Luc. I, 33).

10. Eternidad prometida aduladoramente a un reino terrenal. Los que prometieron esto a los reinos terrenales, no fueron guiados por la verdad, sino que mintieron por adulación. Un poeta de ellos introdujo a Júpiter hablando, y dijo de los romanos, A estos no les pongo límites de cosas, ni tiempos: Les di un imperio sin fin. (Virgilio, libro 1, Eneida, versos 278, 279.) Claramente no responde así la verdad. Este reino, que diste sin fin, oh tú que nada diste, ¿está en la tierra, o en el cielo? Sin duda en la tierra. Y si estuviera en el cielo, El cielo y la tierra pasarán (Luc. XXI, 33). Pasarán las cosas que hizo el mismo Dios; cuánto más rápido lo que fundó Rómulo. Tal vez si quisiéramos criticar a Virgilio por esto, e insultarlo, por qué dijo esto; en parte nos tomaría, y nos diría: Y yo lo sé; pero ¿qué haría yo que vendía palabras a los romanos, si no prometiera algo falso con esta adulación? Y sin embargo, incluso en esto fui cauteloso, cuando dije, "Les di un imperio sin fin," introduje a su Júpiter, que dijera esto. No dije la falsedad desde mi persona, sino que impuse la persona de la falsedad a Júpiter: así como era un dios falso, así el vate era mentiroso. Pues ¿quieren saber que sabía esto? En otro lugar, cuando no introduje a Júpiter de piedra hablando, sino que hablé desde mi persona, dije: No las cosas romanas y los reinos que perecerán. (Virgilio, Geórgicas, libro 2, verso 498.) Vean que dije reinos que perecerán. Dije reinos que perecerán, no lo callé. Que perecerán, la verdad no lo calló: que permanecerán para siempre, lo prometió la adulación.

CAPÍTULO VIII.

11. Constancia en soportar adversidades. Arriba el corazón. La gallina evangélica. No desfallezcamos, hermanos: habrá un fin para todos los reinos terrenales. Ahora, si es el fin, Dios lo ve. Pues tal vez aún no es, y por alguna debilidad, o misericordia, o miseria deseamos que aún no sea: ¿acaso no será por eso? Fijen la esperanza en Dios, deseen lo eterno, esperen lo eterno. Somos cristianos, hermanos, somos cristianos. Cristo no descendió en carne para delicias: soportemos más bien lo presente que amarlo: la adversidad es una perdición manifiesta, la prosperidad una falsa blandura. Teme al mar incluso cuando hay calma. No en vano escuchamos, arriba el corazón. ¿Por qué ponemos el corazón en la tierra, cuando vemos que la tierra se derrumba? No podemos sino exhortaros, para que tengáis qué decir, y qué responder por vuestra esperanza a los que insultan y blasfeman el nombre cristiano. Que nadie os aparte murmurando de la expectativa de lo futuro. Todos los que blasfeman a nuestro Cristo por estas adversidades, son la cola del escorpión. Pongamos nuestro huevo bajo las alas de esa gallina evangélica, que clama: Jerusalén, Jerusalén, a aquella falsa y perdida, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste (Matt. XXIII, 37)? No se nos diga, Cuántas veces quise, y no quisiste? Pues esa gallina es la Sabiduría divina: pero asumió carne, para congraciarse con sus polluelos. Vean a la gallina con plumas erizadas, alas caídas, voz quebrada, y quebrada, y cansada, y lánguida congraciarse con sus pequeños. Pongamos, por lo tanto, nuestro huevo, es decir, nuestra esperanza bajo las alas de esa gallina.

CAPÍTULO IX.

12. La devastación de Roma falsamente atribuida a la religión cristiana o a la extinción de la idolatría. Tal vez habéis notado cómo la gallina aplasta al escorpión. Ojalá, por lo tanto, que también a estos blasfemadores, reptando en la tierra, saliendo de las cavernas, y picando mal, esa gallina los aplaste y devore, los traspase a su cuerpo, y los convierta en huevo. No se enojen: parecemos conmovidos; pero no devolvemos maldiciones por maldiciones. Somos maldecidos y bendecimos, blasfemados y rogamos (I Cor. IV, 12, 13). Pero que no diga de Roma, se dijo de mí: Oh, si callara de Roma: como si yo fuera un insultador, y no más bien un suplicante del Señor, y vuestro exhortador cualquiera. Lejos de mí, que insulte. Que Dios

aparte de mi corazón, y de la tristeza de mi conciencia. ¿No tuvimos allí muchos hermanos? ¿No los tenemos aún? ¿No una porción grande de la Jerusalén peregrina vive allí? ¿No sufrió allí cosas temporales? pero no perdió las eternas. ¿Qué digo, entonces, cuando no callo de ella, sino que es falso lo que dicen de nuestro Cristo, que él destruyó Roma, que los dioses de piedra la protegían y de madera? Añade el precio, de bronce. Añade más, de plata y oro: Los ídolos de las naciones son plata y oro. No dijo, Piedra; no dijo, Madera; no dijo, Teja: sino lo que tienen por grande, plata y oro. Sin embargo, esa misma plata y oro tienen ojos, y no ven (Sal. CXIII, 4, 5). Dioses de oro y dioses de madera son desiguales en precio: en tener ojos y no ver, son iguales. He aquí a qué guardianes confiaron Roma los hombres doctos, que tienen ojos, y no ven. O si pudieron salvar a Roma, ¿por qué perecieron antes ellos? Dicen: Entonces pereció Roma. Sin embargo, perecieron. No, dicen, ellos no perecieron, sino sus imágenes. ¿Cómo, entonces, guardarían vuestras casas, quienes no pudieron guardar sus propias imágenes? Alejandría hace tiempo perdió tales dioses. Constantinopla, desde que fue fundada en una gran ciudad, porque fue fundada por un emperador cristiano, hace tiempo perdió a esos mismos dioses falsos: y sin embargo, creció, y crece, y permanece. Mientras Dios quiera, permanece. Pues no prometemos eternidad a esa ciudad, porque decimos esto. Cartago en el nombre de Cristo permanece, y hace tiempo fue destruida Coelestis, porque no era celestial, sino terrenal.

CAPÍTULO X.

13. La destrucción de los ídolos no causó la caída de Roma. Y lo que dicen no es verdad, porque inmediatamente después de la destrucción de los dioses, Roma fue capturada y afligida. No es verdad en absoluto: antes de que las estatuas fueran destruidas, los godos con Rhadagayso fueron derrotados. Recordad, hermanos, recordad: no hace mucho, son pocos años, recordad. Con todos los ídolos destruidos en la ciudad de Roma, Rhadagayso, rey de los godos, vino con un gran ejército, mucho más numeroso que el de Alarico. Rhadagayso era un hombre pagano: sacrificaba a Júpiter diariamente. Se anunciaba por todas partes que Rhadagayso no cesaba de hacer sacrificios. Entonces todos decían: "He aquí que nosotros no sacrificamos, él sacrifica, debemos ser vencidos por quien sacrifica, a quienes no se nos permite sacrificar". Dios, mostrando que la salvación temporal y los reinos terrenales no están en esos sacrificios, Rhadagayso fue derrotado, con la ayuda del Señor, de manera maravillosa. Después vinieron los godos que no sacrificaban, aunque no eran católicos en la fe cristiana, sin embargo, eran enemigos de los ídolos; vinieron oponiéndose a los ídolos, y ellos mismos capturaron: vencieron a los que confiaban en los ídolos, y aún buscaban los ídolos perdidos, y aún deseaban sacrificar a los perdidos. Pero allí estaban también los nuestros, y fueron afligidos: pero sabían decir, "Bendeciré al Señor en todo momento" (Salmo XXXIII, 2). Fueron afligidos en el reino terrenal: pero no perdieron el reino de los cielos: más bien, se hicieron mejores para alcanzarlo a través de la prueba de las tribulaciones. Y si no blasfemaron en las tribulaciones, salieron como vasijas íntegras del horno, y fueron llenos de la bendición del Señor. Pero estos blasfemadores, siguiendo las cosas terrenales, deseando las cosas terrenales, poniendo su esperanza en las cosas terrenales, cuando quieran o no pierdan estas cosas, ¿qué tendrán? ¿dónde permanecerán? Fuera nada, dentro nada: un arca vacía, una conciencia más vacía. ¿Dónde está el descanso? ¿dónde está la salvación? ¿dónde está la esperanza? Que vengan, pues, dejen de blasfemar, aprendan a adorar: los escorpiones que pican son comidos por la gallina, se convierten en el cuerpo de quien los traspasa; que se ejerciten en la tierra, que sean coronados en el cielo.

SERMO CVI. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Ahora vosotros, fariseos, limpiáis lo que está fuera del plato", etc., cap. XI, V. 39-42.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La limpieza exterior de los fariseos. Habéis escuchado el santo Evangelio, cómo el Señor Jesús, al hablar a los fariseos, advertía a sus propios discípulos para que no pensarán que la justicia estaba en la limpieza del cuerpo. Pues los fariseos, cada día, antes de comer, se lavaban con agua: como si el lavado diario pudiera ser la limpieza del corazón. En definitiva, mostró cómo eran. Él decía lo que veía: no solo veía sus rostros, sino también sus interiores. Para que sepáis esto, aquel fariseo a quien Cristo respondió, pensó para sí mismo, no lo expresó con su voz, y sin embargo, Él lo escuchó. Pues en su interior reprochó al Señor Cristo, porque vino a su banquete sin haberse lavado. Él pensaba, y Él escuchaba, por eso respondía. ¿Qué respondió entonces? "Ahora vosotros, fariseos, limpiáis lo que está fuera del plato: pero por dentro estáis llenos de engaño y rapiña". ¡Oh, venir a un banquete! ¿Cómo no tuvo piedad del hombre que lo había invitado? Más bien, al reprenderlo, tuvo piedad, para que, corregido, le perdonara en el juicio. ¿Qué nos mostró entonces? Que también el Bautismo, que se aplica una vez, limpia por la fe. Pero la fe está dentro, no fuera. De donde se dice y se lee en los Hechos de los Apóstoles, "Purificando sus corazones por la fe" (Hechos XV, 9). Y el apóstol Pedro en su Epístola habla así: "Así", dice, "os dio una semejanza del arca de Noé, cómo ocho almas fueron salvadas por el agua. Y añadió: "Así también a vosotros os salvará el Bautismo en forma semejante; no la eliminación de la suciedad de la carne, sino la respuesta de una buena conciencia" (I Pedro III, 20, 21). Esta respuesta de una buena conciencia los fariseos la despreciaban, y lavaban lo que estaba fuera: permanecían por dentro muy sucios.

CAPÍTULO II.

2. Si la limosna puede limpiar sin fe. ¿Y qué les dice después? "Sin embargo, dad limosna, y he aquí, todo os será limpio". Se alabó la limosna, hacedla y probadla. Pero prestad atención un momento: se dijo a los fariseos. Estos fariseos eran judíos, como los más destacados de los judíos. Pues los fariseos eran llamados los más nobles y doctos entonces. No estaban lavados con el Bautismo de Cristo: no habían creído aún en Cristo, el Hijo unigénito de Dios, que caminaba entre ellos y no era reconocido por ellos. ¿Cómo entonces les dice, "Dad limosna, y he aquí, todo os será limpio"? Si los fariseos lo escucharan y dieran limosnas, ya según su palabra todo les sería limpio; ¿qué necesidad había de que creyeran en Él? Pero si no podían ser limpiados, sino creyendo en Aquel que limpia el corazón por la fe; ¿qué significa, "Dad limosna, y he aquí, todo os será limpio"? Prestemos atención, y tal vez Él mismo lo explique.

3. Limosnas insuficientes de los fariseos. Cuando dijo esto, sin duda pensaron que daban limosnas. ¿Y cómo las daban? Diezmaban todo lo que tenían, quitaban la décima parte de todos sus frutos, y la daban. No fácilmente hace esto un cristiano. He aquí lo que hacían los judíos. No solo el trigo, sino también el vino y el aceite: y no solo esto, sino también cosas despreciables por el precepto de Dios, el comino, la ruda, la menta y el eneldo, todo lo diezmaban: es decir, quitaban la décima parte, y daban limosnas. Creo, pues, que se recordaron a sí mismos, y pensaron que el Señor Cristo hablaba en vano, como si hablara a quienes no hacían limosnas: cuando ellos sabían sus obras, que diezmaban incluso los frutos más pequeños y despreciables, y daban limosnas. Se burlaron de Él en su interior, como si hablara a personas que no hacían limosnas.

CAPÍTULO III.

Esto sabiendo el Señor, inmediatamente añadió: "Sin embargo, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, que diezmáis la menta, el comino y la ruda, y toda hortaliza! Para que sepáis, conozco vuestras limosnas. Ciertamente estas son vuestras limosnas, estos son vuestros diezmos: incluso diezmáis las cosas más pequeñas y despreciables de vuestros frutos: Y dejáis lo más importante de la Ley, el juicio y la caridad. Prestad atención. Dejasteis el juicio y la caridad, y diezmáis las hortalizas. Esto no es hacer limosna. Y esto, dice, debéis hacer, y aquello no omitir. ¿Qué hacer? El juicio y la caridad, la justicia y la misericordia; y aquello no omitir. Haced aquello: pero poned esto primero.

CAPÍTULO IV.

4. La verdadera limosna que se manda hacer. Si esto es así, ¿qué les dijo, "Haced limosna, y he aquí, todo os será limpio"? ¿Qué significa, "Haced limosna"? Haced misericordia. ¿Qué significa, Haced misericordia? Si entiendes, empieza por ti mismo. Pues, ¿cómo serás misericordioso con otro, si eres cruel contigo mismo? Dad limosna, y todo os será limpio. Haced verdadera limosna. ¿Qué es limosna? Misericordia. Escucha la Escritura: "Ten misericordia de tu alma agradando a Dios" (Eclesiástico XXX, 24). Haz limosna, ten misericordia de tu alma agradando a Dios. Tu alma mendiga ante ti, vuelve a tu conciencia. Cualquiera que viva mal, cualquiera que viva infielmente, vuelve a tu conciencia: y allí encuentras a tu alma mendigando, la encuentras necesitada, la encuentras pobre, la encuentras afligida, tal vez no necesitada, sino enmudecida por la indigencia. Pues si mendiga, tiene hambre de justicia. Cuando encuentres a tu alma así (esas cosas están dentro de tu corazón), haz primero limosna, dale pan. ¿Qué pan? Si el fariseo preguntara, el Señor le diría: Haz limosna con tu alma. Pues esto le dijo; pero él no entendió, cuando les explicó las limosnas que hacían, y pensaban que Cristo no lo sabía; y les dijo: Sé que lo hacéis; diezmáis la menta y el eneldo, el comino y la ruda: pero yo hablo de otras limosnas: despreciáis el juicio y la caridad. En juicio y caridad haz limosna con tu alma. ¿Qué es en juicio? Mira, y encuentra; desagrada a ti mismo, pronuncia juicio sobre ti. ¿Y qué es caridad? Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, y toda tu alma, y toda tu mente; ama a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII, 37, 39): y has hecho misericordia primero con tu alma, en tu conciencia. Pero si omites esta limosna, da lo que quieras, dona cuanto quieras; quita de tus frutos, no décimas, sino mitades; da nueve partes, y deja una para ti: no haces nada, cuando no haces contigo mismo, y contigo mismo eres pobre. Que tu alma se alimente, para que no perezca de hambre. Dale pan. ¿Qué pan, dice? Él mismo te habla. Si escucharas, y entendieras, y creyeras al Señor, Él mismo te diría: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 41). ¿No darías primero este pan a tu alma, y harías limosna con ella? Si crees, debes hacer, para que primero alimentes a tu alma. Cree en Cristo; y lo que está dentro será limpio, y lo que está fuera será limpio. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CVII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Os digo, absteneos de toda avaricia". Cap. XII, V. 13-21.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Precepto de evitar toda avaricia. Vosotros que teméis a Dios, no dudo que escuchéis su palabra con temor, y la cumpláis con alegría; para que lo que prometió, ahora lo esperéis, y después lo recibáis. Acabamos de escuchar al Señor ordenándonos, a Cristo Jesús, el Hijo de Dios. Nos ordenó la Verdad, que ni engaña ni es engañada: escuchemos, temamos, tengamos

cuidado. ¿Qué nos ordenó entonces? "Os digo", dice, "absteneos de toda avaricia". ¿Qué significa, de toda avaricia? ¿Qué significa, de toda? ¿Por qué añadió, de toda? Podría haber dicho simplemente, "Guardaos de la avaricia". Le importó añadir, de toda; y decir, "Guardaos de toda avaricia".

2. En qué ocasión lo dijo Cristo. Por qué dijo esto, la ocasión misma de donde nació el discurso, nos aparece en el santo Evangelio. Pues alguien lo interpeló contra su hermano, que había tomado toda la herencia, y no le devolvía su parte. Qué buena causa tenía este interpelador, lo advertís. No buscaba tomar lo ajeno, sino que buscaba lo suyo dejado por sus padres: lo pedía al Señor interpelado y juzgante. Tenía un hermano injusto: pero había encontrado un juez justo contra su hermano injusto. ¿Debería entonces perder en tan buena causa esta oportunidad? ¿O quién le diría a su hermano, "Devuelve a tu hermano su parte", si Cristo no lo dijera? Aquel juez iba a decir esto, a quien tal vez el hermano más rico y ladrón corrompía con un soborno. El pobre, pues, y despojado de las riquezas paternas, habiendo encontrado tal y tan gran juez, se acerca, interpela, ruega, expone su causa brevemente. Pues, ¿para qué era necesario exponer la causa, cuando hablaba con quien podía ver el corazón? "Señor", dice, "di a mi hermano que divida conmigo la herencia". No le dijo el Señor, "Que venga tu hermano". Pero tampoco envió para que estuviera presente, ni cuando estuvo presente, dijo al interpelador, "Prueba lo que decías". Pedía la mitad de la herencia, pedía en la tierra la mitad: en el cielo el Señor ofrecía todo. El Señor daba más de lo que él pedía.

CAPÍTULO II.

3. Cristo no quiere ser divisor de herencias, ¿qué enseña? Se señala a los donatistas. "Di a mi hermano que divida conmigo la herencia". Causa justa, causa breve. Pero escuchemos al juez y al maestro. "Hombre", dice, "Hombre": pues tú que tienes esta herencia por grande, ¿qué eres sino hombre? Quería hacerlo algo más que hombre. ¿Qué más quería hacerlo, a quien quería quitarle la avaricia? ¿Qué más quería hacerlo? Os digo: "Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo" (Salmo LXXXI). He aquí lo que quería hacerlo, contarlo entre los dioses quien no tiene avaricia. "Hombre, ¿quién me ha constituido divisor entre vosotros?" Y el apóstol Pablo, su siervo, cuando decía, "Os ruego, hermanos, que todos digáis lo mismo, y no haya entre vosotros divisiones", no quería ser divisor. De hecho, advirtió a aquellos que corrían a su nombre, y dividían a Cristo: "Cada uno de vosotros dice, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?" (I Cor. I, 10-13). Ved, pues, cuán malos son los hombres que quieren que esté dividido, quien no quiso ser divisor. "¿Quién me ha constituido divisor entre vosotros?"

CAPÍTULO III.

4. Se condena la avaricia de quien guarda lo suyo con codicia. Pediste un beneficio: escucha un consejo. Yo os digo, guardaos de toda codicia. Tal vez, dices, llamarías avaro y codicioso a quien busca lo ajeno: pero yo digo, no busques con codicia ni siquiera lo tuyo. Esto es, de toda. Guardaos, dice, de toda avaricia. No es un peso ligero. Si tal vez este peso se impone a los débiles; que se ruegue para que quien lo impone, se digne dar fuerzas. Pues no debe tomarse a la ligera, hermanos míos, cuando nuestro Señor, nuestro Redentor, nuestro Salvador, que murió por nosotros, que dio su sangre como precio para redimirnos, nuestro abogado y juez; no es leve, cuando dice, "Guardaos". Él sabe cuánto mal hay: nosotros no lo sabemos; creámosle a Él. "Guardaos", dice. ¿De qué? ¿de dónde? De toda avaricia. Gran peso. Si tal vez este peso se impone a los débiles; que se ruegue para que quien lo impone, se

digne dar fuerzas. Pues no debe tomarse a la ligera, hermanos míos, cuando nuestro Señor, nuestro Redentor, nuestro Salvador, que murió por nosotros, que dio su sangre como precio para redimirnos, nuestro abogado y juez; no es leve, cuando dice, "Guardaos". Él sabe cuánto mal hay: nosotros no lo sabemos; creámosle a Él. "Guardaos", dice. ¿De qué? ¿de dónde? De toda avaricia. No solo es avaro quien toma lo ajeno; sino también es avaro quien guarda lo suyo con codicia. Pero si así se culpa a quien guarda lo suyo con codicia; ¿cómo se condena a quien toma lo ajeno? "Guardaos", dice, "de toda codicia: porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de lo que posee". Quien guarda mucho, ¿cuánto toma de allí para vivir? Cuando toma de allí, y de algún modo separa con pensamiento lo que basta para vivir, vea a quién le quedará lo demás: no sea que mientras guardas de donde vivir, recojas de donde morir. He aquí Cristo, he aquí la verdad, he aquí la severidad. "Guardaos", dice la verdad: "Guardaos", dice la severidad. Si no amas la verdad, teme la severidad. "La vida del hombre no consiste en la abundancia de lo que posee". Créelo, no te engaña. ¿Tú dices lo contrario? Más bien, la vida del hombre consiste en la abundancia de lo que posee. Él no te engaña: tú te engañas.

CAPÍTULO IV.

5. El imprudente rico que propone reservar, no distribuir. De esta ocasión, pues, porque aquel interpelador buscaba su parte, no deseaba invadir lo ajeno, nació esta sentencia del Señor, para que no dijera, "Guardaos de la avaricia", sino que añadiera, "de toda avaricia". No fue suficiente: da otro ejemplo de un cierto rico, a quien le había prosperado la región. "Había", dice, "un hombre rico, a quien le había prosperado la región". ¿Qué significa, "le había prosperado"? La región que poseía había producido grandes frutos. ¿Cuán grandes frutos? Que no encontraba dónde ponerlos: de repente se hizo estrecho por la abundancia, un avaro antiguo. Pues, ¿cuántos años habían pasado ya, y sin embargo, aquellos graneros habían sido suficientes? Tanto, pues, nació, que los lugares no eran suficientes como solían. Y buscaba consejo el pobre, no cómo distribuir lo que había nacido de más, sino cómo reservarlo: y pensando encontró un consejo. Como si se viera a sí mismo sabio, al encontrar un consejo. Pensó prudentemente, vio sabiamente. ¿Qué vio sabiamente? "Destruiré", dice, "los graneros viejos, y haré nuevos más grandes, y los llenaré: y diré a mi alma". ¿Qué dices a tu alma? "Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años, descansa, come, bebe, regocíjate". Esto dijo el sabio inventor de consejo a su alma.

CAPÍTULO V.

6. A la alma se le debe aconsejar no para que tenga bienes, sino para que sea buena. Y Dios le dijo: quien no desdeña hablar con los necios. Tal vez alguno de vosotros diga: ¿Y cómo Dios habló con un necio? Oh, hermanos míos, ¿con cuántos necios habla aquí, cuando se recita el Evangelio? Cuando se lee, quienes escuchan y no hacen, ¿no son necios? ¿Qué dijo entonces el Señor? Porque él se veía a sí mismo sabio de nuevo al encontrar un consejo: "Necio", dice; "Necio, que te ves a ti mismo sabio: Necio, que dijiste a tu alma, 'Tienes muchos bienes guardados para muchos años': hoy se te reclama tu alma. A quien dijiste, 'Tienes muchos bienes'; hoy se te reclama, y no tiene ningún bien. Que desprecie estos bienes, y sea ella misma buena; para que cuando se reclame, salga segura. Pues, ¿qué es más injusto que un hombre, que quiere tener muchos bienes, y no quiere ser él mismo bueno? Eres indigno de tener, quien no quiere ser lo que quiere tener. ¿Acaso quieres tener una mala villa? No, sino buena. ¿Acaso una mala esposa? No, sino buena. ¿Acaso una mala cabaña? ¿Acaso siquiera una mala bota? ¿Por qué solo el alma mala? No dijo aquí al necio que pensaba en vano, construyendo graneros, y no viendo los vientres de los pobres; no le dijo, "Hoy tu alma será

llevada al infierno": no dijo nada de eso; sino, "se te reclama". No te digo a dónde irá tu alma: de aquí, sin embargo, donde guardas tanto, quieras o no, ha de partir. He aquí, necio, pensaste en llenar graneros nuevos más grandes, como si no hubiera qué hacer con ello.

CAPÍTULO VI.

7. Signo de Cristo en la frente, los que lo llevan están seguros entre los malos. Pero tal vez él aún no era cristiano. Escuchemos, hermanos, a quienes se les recita el Evangelio creyendo, por quienes se adora a quien dijo esas palabras, cuyo signo llevamos en la frente y tenemos en el corazón. Es de gran importancia dónde lleva el hombre el signo de Cristo, si solo en la frente, o tanto en la frente como en el corazón. Han escuchado lo que hoy decía el santo profeta Ezequiel, cómo antes de que Dios enviara al exterminador del pueblo inicuo, primero envió al que marca, y le dijo: Ve y pon una señal en las frentes de aquellos que gimen y se lamentan por los pecados de mi pueblo, que se cometen en medio de ellos. No dijo, que se cometen fuera de ellos; sino, en medio de ellos. Sin embargo, gimen y se lamentan: y por eso están marcados en la frente; en la frente del hombre interior, no del exterior. Hay una frente en el rostro, hay una frente en la conciencia. De hecho, a veces cuando se golpea la frente interior, la exterior se sonroja: ya sea por vergüenza o palidece por miedo. Por lo tanto, hay una frente del hombre interior. Allí fueron marcados, para que no fueran devastados: porque aunque no corregían los pecados que se cometían en medio de ellos, sin embargo, se dolían, y con ese mismo dolor se separaban; y separados para Dios, a los ojos de los hombres estaban mezclados. Son marcados en secreto, no son heridos abiertamente. Luego se envía al devastador, y se le dice: Ve, devasta, no perdones a los menores, mayores, hombres, mujeres: pero a aquellos que tienen la señal en la frente, no te acerques (Ezequiel IX, 4-6). ¡Cuánta seguridad se les ha dado a ustedes, mis hermanos, que están en este pueblo gimiendo y lamentándose por las iniquidades que se cometen en medio de ustedes, y no las cometen!

CAPÍTULO VII.

8. Toda avaricia debe ser cortada para no pecar. Para que no cometan iniquidades, Cuídense de toda avaricia. Les digo más ampliamente, qué significa de toda avaricia. En la lujuria es avaro aquel a quien no le basta su esposa. Y la idolatría misma se llama avaricia: porque incluso en la divinidad es avaro aquel a quien no le basta un solo Dios verdadero. ¿Quién se hace muchos dioses, sino un alma avara? ¿Quién se hace mártires falsos, sino un alma avara? Cuídense de toda avaricia. He aquí que amas lo tuyo, y te jactas porque no buscas lo ajeno: mira qué mal haces al no escuchar a Cristo diciendo, Cuídense de toda avaricia. He aquí que amas lo tuyo, no tomas lo ajeno: tienes de tu trabajo, tienes de la justicia: eres heredero, te lo dio quien te lo mereciste: navegaste, te arriesgaste, no cometiste fraude, no juraste en falso, lo que Dios quiso lo adquiriste: y lo guardas con avidez como en buena conciencia, porque no tienes de lo malo, y no buscas lo ajeno. Si no escuchas a aquel que dijo, Cuídense de toda avaricia, escucha cuántos males harás por lo tuyo. He aquí que sucede, por ejemplo, que te conviertes en juez. No te corrompes, porque no buscas lo ajeno: nadie te da un premio y te dice, Juzga contra mi adversario. ¡Lejos de ti; hombre que no buscas lo ajeno, cuándo se te puede persuadir de esto! Mira qué mal harás por lo tuyo. Aquel que quiere que juzgues mal, y que dictes sentencia a favor de su adversario, tal vez es un hombre poderoso, y puede calumniarte para que pierdas lo tuyo. Consideras su poder, lo piensas, piensas en lo tuyo que guardas, que amas: no en lo que poseíste, sino en lo que malamente te aferraste. Consideras tu trampa, por la cual no tienes alas de virtud libres: y te dices a ti mismo, Ofendo a este

hombre, tiene mucho poder por un tiempo; sugerirá cosas malas sobre mí, y seré proscrito, y perderé lo que tengo. Juzgarás mal, no cuando buscas lo ajeno, sino cuando guardas lo tuyo.

CAPÍTULO VIII.

9. Nuevamente sobre el peligro del avaro o del que guarda lo suyo con avidez. Dame un hombre que haya escuchado a Cristo, dame un hombre que haya escuchado con temor, Cuídense de toda avaricia: y no me diga, Yo soy un hombre pobre, plebeyo, mediocre, común; ¿cuándo espero ser juez? No temo esa tentación, cuyo peligro has puesto ante mis ojos. He aquí que también le digo al pobre qué debe temer. Te llama un rico y poderoso, para que des falso testimonio por él. ¿Qué harás ahora? Dime. Tienes un buen peculio: trabajaste, adquiriste, guardaste. Él exige: Di por mí falso testimonio, y te doy tanto y tanto. Tú que no buscas lo ajeno: Lejos de mí, dices: no busco lo que Dios no quiso darme, no lo acepto; aléjate de mí. ¿No quieres aceptar lo que doy? lo que tienes te lo quito. He aquí que ahora te pruebas, ahora te interrogas. ¿Por qué me miras? Mírate dentro, mírate dentro, examínate dentro; siéntate ante ti, y colócate ante ti, y en el potro del precepto de Dios extiéndete, y tortúrate con temor, y no te acaricies: respóndete. He aquí si alguien amenaza esto, ¿qué harás? Te quito lo que adquiriste con tanto trabajo, a menos que digas falso testimonio por mí. Da eso: Cuídense de toda avaricia. Oh mi siervo, te dirá, a quien redimí y liberé, a quien de siervo adopté como hermano, a quien en mi cuerpo puse como miembro, escúchame: Que te quite lo que adquiriste, no me quitará a mí. ¿Para no perecer, guardas lo tuyo? ¿No te dije, Cuídense de toda avaricia?

CAPÍTULO IX.

10. También debe evitarse la avaricia de la vida. He aquí que te turbas, he aquí que fluctúas: tu corazón es sacudido como un barco por las tempestades. Cristo duerme: despierta al que duerme, y no sufrirás la tempestad furiosa. Despierta a aquel que no quiso tener nada aquí, y lo tienes todo, que llegó hasta la cruz por ti, cuyos huesos desnudos y colgantes fueron contados por los que se burlaban: y cuídate de toda avaricia. La avaricia del dinero es poca cosa: cuídate de la avaricia de la vida. Horrenda avaricia, temible avaricia. A veces el hombre desprecia lo que tiene, y dice: No digo falso testimonio. ¿No digo, me dices? Te quito lo que tienes. Quita lo que tengo: no quitas lo que tengo dentro. No quedó pobre quien decía: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo; por lo tanto, sea bendito el nombre del Señor. Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra (Job I, 21). Desnudo por fuera, vestido por dentro. Desnudo por fuera de harapos, y harapos podridos; vestido por dentro. ¿De dónde? Tus sacerdotes se vistan de justicia (Salmo CXXXI, 9). Pero ¿qué si dice, cuando desprecias lo que posees, qué si dice: Te mato? Respóndele, si has escuchado a Cristo: ¿Me matas? Mejor matas mi carne, que yo con lengua falsa mi alma. ¿Qué me harás? Matarás mi carne: el alma sale libre, al final del siglo recibirá también la carne que despreció. ¿Qué me harás entonces? Pero si digo falso testimonio por ti, con mi lengua me mato; y no en la carne me mato: Porque la boca que miente, mata el alma (Sabiduría I, 11). Tal vez no dices esto. ¿Por qué no lo dices? ¿Quieres vivir: quieres vivir más de lo que Dios ha establecido? ¿Ciertamente te cuidas de toda avaricia? Hasta aquí Dios quiso que vivieras, hasta donde este se acercó a ti. Tal vez te matará, para hacerte mártir. ¿No tienes deseo de vivir; y no tienes eternidad de morir? ¿Ven que en todas partes esa avaricia, cuando queremos más de lo necesario, nos hace pecar? Cuidémonos de toda avaricia, si queremos disfrutar de la sabiduría eterna.

SERMON CVIII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, cap. XII, 35, 36, Tengan ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas, y sean semejantes, etc., y sobre las palabras del Salmo XXXIII, 12-15, ¿Quién es el hombre que desea la vida, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre la espera de la venida del Señor. Por qué nos hicimos cristianos. Este mundo no debe ser amado. Nuestro Señor Jesucristo vino a los hombres, se fue de los hombres, y vendrá a los hombres. Y sin embargo, estaba aquí cuando vino, no se fue cuando se fue, y vendrá a aquellos a quienes dijo; He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Según la forma de siervo, que asumió por nosotros, nació en un tiempo, fue muerto, resucitó, y ya no muere, ni la muerte tendrá dominio sobre él (Romanos VI, 9): pero según la divinidad, que es igual al Padre, estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció (Juan I, 10). De esto han escuchado ahora el Evangelio, qué nos advirtió, haciéndonos cautos, y queriendo que estemos preparados y listos para esperar lo último: para que después de lo último, que en este siglo es de temer, suceda el descanso, que no tiene fin. Bienaventurados los que sean partícipes. Entonces estarán seguros, los que ahora no están seguros: y nuevamente entonces temerán, los que ahora no quieren temer. Para esta expectativa y por esta esperanza nos hicimos cristianos. ¿No es nuestra esperanza de este siglo? No amemos el siglo. Fuimos llamados del amor de este siglo, para que esperemos y amemos otro siglo. En esto debemos abstenernos de todas las concupiscencias ilícitas, es decir, debemos tener ceñidos los lomos: y arder y brillar en buenas obras, es decir, tener lámparas encendidas. Porque el mismo Señor dijo a sus discípulos en otro lugar del Evangelio: Nadie enciende una lámpara, y la pone debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Y para mostrar de qué hablaba, añadió y dijo: Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo V, 15, 16).

CAPÍTULO II.

2. Tres cosas recomendadas en el Evangelio. Por eso quiso que nuestros lomos estuvieran ceñidos, y las lámparas encendidas. ¿Qué significa, lomos ceñidos? Apártate del mal. ¿Qué significa brillar? ¿Qué significa tener lámparas encendidas? Esto es, Y haz el bien. ¿Qué significa lo que añadió y dijo, Y sean semejantes a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas: sino lo que en ese salmo sigue, Busca la paz, y síguela? Estas tres cosas, es decir, la abstinencia del mal, la operación del bien, y la esperanza de la recompensa eterna, se mencionan en los Hechos de los Apóstoles, donde está escrito, Porque Pablo les enseñaba sobre la continencia, la justicia, y la esperanza de la vida eterna (Hechos XXIV, 25). A la continencia pertenece, Tengan ceñidos vuestros lomos. A la justicia pertenece, Y las lámparas encendidas. A la espera del Señor pertenece, que es la esperanza de la vida eterna. Por lo tanto, Apártate del mal, esta es la continencia, estos son los lomos ceñidos: Y haz el bien, esta es la justicia, estas son las lámparas encendidas: Busca la paz y síguela, esta es la expectativa del siglo futuro: por lo tanto, Sean semejantes a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas.

CAPÍTULO III.

3. Los días buenos se buscan en vano aquí. Vivir mucho tiempo, qué es. Teniendo estos preceptos y promesas, ¿qué buscamos en la tierra días buenos, donde no se pueden encontrar? Porque sé que los buscan, cuando están enfermos, o en tribulaciones, que abundan en este

siglo. Porque cuando la edad se acerca al final, y el anciano está lleno de quejas, y sin alegrías. Entre todas las tribulaciones, con las que se aflige el género humano, no buscan los hombres sino días buenos, y quieren una vida larga, que aquí no pueden tener. Porque incluso la larga vida del hombre está tan constreñida por la brevedad en comparación con la amplitud de ese siglo, como una gota en comparación con todo el mar. ¿Qué es entonces la vida del hombre, incluso la que se llama larga? Llamen larga a una vida, que en este siglo es breve: y, como dije, abundan los gemidos hasta la senectud decrepita. Todo esto es poco y breve: y sin embargo, ¿cómo es buscado por los hombres? ¿Con cuánta diligencia, cuánto trabajo, cuánta preocupación, cuánta vigilancia, cuánto esfuerzo buscan los hombres vivir mucho tiempo aquí y envejecer? Pero vivir mucho tiempo, ¿qué es, sino correr hacia el final? Tuviste el día de ayer, quieres tener también el día de mañana. Pero cuando este pase y el de mañana, menos lo tendrás. Por eso deseas que amanezca el día, para que se acerque a ti lo que no quieres alcanzar. Ofreces alguna solemnidad a tus amigos, escuchas allí a los que te desean bien decirte, Que vivas muchos años: quieres que venga lo que dijeron. ¿Qué? Que vengan años y años, y no quieres que venga el fin de los años? Tus deseos son contrarios: quieres caminar, y no quieres llegar.

CAPÍTULO IV.

4. Dónde buscar la vida y los días buenos. Sin embargo, como dije, si hay tanto cuidado en los hombres, que con trabajos diarios, grandes y perpetuos desean morir más tarde; ¿cuánto cuidado se debe tener, para no morir nunca? De eso nadie quiere pensar. Diariamente se buscan en este siglo días buenos, donde no se encuentran: y nadie quiere vivir de tal manera que llegue allí donde se encuentran. Por eso la misma Escritura nos advierte, y dice: ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? Así preguntó la Escritura, para saber qué le respondería: sabiendo que todos los hombres buscan la vida, y días buenos. Por el deseo de ellos preguntó, como si se le respondiera desde el corazón de todos, Yo quiero: así dijo, ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? Como también en esta hora, en la que les hablo, cuando escucharon que dije, ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? todos respondieron en su corazón, Yo. Porque también yo que les hablo, quiero la vida y días buenos: lo que buscan ustedes, eso busco yo.

CAPÍTULO V.

5. Se trata el mismo argumento. Como si el oro nos fuera necesario a todos, y yo queriendo llegar al oro junto con ustedes, y estuviera en algún lugar de su campo, en un lugar bajo su poder, y los viera buscando oro, y les dijera, ¿Qué buscan? me responderían, Oro. Y yo les diría, Buscan oro, y yo busco oro: lo que buscan, yo también lo busco; pero no lo buscan donde podamos encontrarlo. Entonces escúchenme, donde podamos encontrarlo: no les quito, les muestro el lugar: más bien sigamos todos a aquel que sabe dónde está lo que buscamos. Así también ahora, porque desean la vida y días buenos, no puedo decirles, No deseen la vida y días buenos: pero les digo, No los busquen aquí en este siglo, donde no pueden ser buenos. ¿No es la vida misma similar a la muerte? Pero los días mismos pasan apresuradamente; porque el día de hoy excluyó al de ayer: el de mañana nace para excluir al de hoy. Los días mismos no se detienen: ¿por qué quieres tú detenerte con ellos? Por lo tanto, su deseo, con el que quieren la vida y días buenos, no solo no lo reprimo, sino que lo enciendo aún más. En verdad busquen la vida, busquen días buenos: pero donde pueden encontrarse, allí sean buscados.

CAPÍTULO VI.

6. Qué hacer para obtener días buenos. Vida, y días buenos. ¿Quieren escuchar conmigo el consejo de aquel que sabe dónde están los días buenos, y dónde está la vida? Escuchen no de mí, sino conmigo. Porque nos dice alguien: Vengan, hijos, escúchenme. Y corramos, y estemos, y agucemos los oídos, y entendamos con el corazón al Padre que dijo, Vengan, hijos, escúchenme; el temor, dice, del Señor les enseñaré. Y qué cosa quiere enseñar, y para qué es útil el temor del Señor, sigue: ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? Respondemos todos, Nosotros queremos. Lo que sigue escuchemos. Refrena tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño. Ahora di, Yo. Ya antes cuando decía, ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? todos respondíamos, Yo. Ahora responde alguien, Yo. Entonces, Refrena tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño. Di ahora, Yo. Entonces quieres días buenos y vida; ¿no quieres refrenar tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño? Al premio alacridad, al trabajo pereza. ¿Y a quién no trabajando se le da el premio? Ojalá en tu casa al menos al que trabaja le des el premio. Porque sé que al que no trabaja no le das. ¿Por qué? Porque al que no trabaja nada le debes. Y Dios ha propuesto un premio. ¿Qué premio? Vida y días buenos, que todos deseamos, y a los que todos intentamos llegar. El premio prometido se dará. ¿Qué premio? Vida y días buenos. ¿Y cuáles son los días buenos? Vida sin fin, descanso sin trabajo.

CAPÍTULO VII.

7. Controlar la lengua. Ha propuesto una gran recompensa: ante una recompensa tan grande, veamos qué ha ordenado. Ya que, encendidos por la promesa de tan gran recompensa y el amor a ella, preparemos nuestras fuerzas, costados y brazos para su mandato. ¿Acaso nos ordenará llevar grandes cargas, tal vez cavar algo, o quizás erigir alguna máquina? No te ha ordenado algo laborioso, sino que te ha mandado controlar el miembro que entre todos los miembros mueves rápidamente: Controla tu lengua del mal. No es laborioso erigir un edificio; ¿y es laborioso controlar la lengua? Controla tu lengua del mal. No hables mentira, no hables calumnias, no hables falsos testimonios, no hables blasfemias: Controla tu lengua del mal. Observa cómo te enfureces si alguien habla mal de ti. Así como te enfureces con otro cuando habla mal de ti, enfurécete contigo mismo cuando hablas mal de otro. Que tus labios no hablen engaño. Lo que está dentro de tu corazón, eso se diga afuera. Que no cubra tu pecho una cosa y tu lengua profiera otra. Apártate del mal y haz el bien. Pues, ¿cómo voy a decirle a alguien, viste al desnudo, si aún quiere despojar al vestido? Pues quien oprime a su vecino, ¿cómo va a acoger al extranjero? Así que, en orden, primero apártate del mal y haz el bien: primero ciñe tus lomos, y luego enciende la lámpara. Y cuando hayas hecho esto, espera seguro la vida y los días buenos. Busca la paz y síguela: y entonces con buena conciencia dirás al Señor, He hecho lo que ordenaste, devuelve lo que prometiste.

SERMON CIX. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, Conocéis probar el rostro del cielo y de la tierra, etc., y sobre estas, Si vas con tu adversario al príncipe, esfuerzate en el camino para liberarte de él, etc., cap. XII, V. 56-59.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Usar el tiempo de misericordia para el arrepentimiento. Somos más frágiles que el vidrio. Hemos escuchado el Evangelio, y en él al Señor reprendiendo a aquellos que saben probar el rostro del cielo, pero no saben encontrar el tiempo de la fe del reino de los cielos que se acerca. Esto lo decía a los judíos: pero también a nosotros llega el mensaje. El mismo Señor

Jesucristo comenzó la predicación de su Evangelio así: Arrepentíos; porque el reino de los cielos se ha acercado (Mat. IV, 17). De manera similar, Juan el Bautista y su precursor comenzaron así: Arrepentíos; porque el reino de los cielos se ha acercado (Id. III, 2). Y ahora el Señor reprende a aquellos que no quieren arrepentirse, con el reino de los cielos acercándose. El reino de los cielos, como él mismo dijo, no vendrá con observación. Y nuevamente él dijo: El reino de los cielos está dentro de vosotros (Luc. XVII, 20, 21). Por lo tanto, cada uno debe recibir prudentemente las advertencias del maestro, para no perder el tiempo de misericordia del Salvador, que ahora se ofrece, mientras se perdona a la humanidad. Pues se perdona al hombre para que se convierta, y no haya quien sea condenado. Dios verá cuándo vendrá el fin del mundo: sin embargo, ahora es tiempo de fe. No sé si el fin del mundo encontrará a alguno de nosotros aquí: y tal vez no lo encontrará. El tiempo para cada uno de nosotros es cercano, porque somos mortales. Caminamos entre peligros. Si fuéramos de vidrio, temeríamos menos los peligros. ¿Qué es más frágil que un vaso de vidrio? Y sin embargo, se conserva y dura por siglos. Aunque se temen los peligros para un vaso de vidrio, no se teme la vejez ni la fiebre. Por lo tanto, somos más frágiles e indefensos: porque todos los peligros que no cesan en los asuntos humanos, ciertamente tememos diariamente por nuestra fragilidad; y si esos peligros no se presentan, el tiempo avanza: el hombre evita el golpe, pero ¿acaso evita el final? evita lo que sucede externamente, pero ¿acaso se elimina lo que nace internamente? Finalmente, ahora las entrañas generan lombrices, ahora cualquier enfermedad repentina ataca: por último, por mucho que se perdone al hombre, cuando llega la vejez, no hay a dónde posponerla.

CAPÍTULO II.

2. Quién es ese adversario al que se nos ordena consentir. Por lo tanto, escuchemos al Señor, actuemos en nosotros mismos lo que ha ordenado. Veamos quién es ese adversario del que nos advirtió, diciendo: Si vas con tu adversario al príncipe, esfuéstrate en el camino para liberarte de él; no sea que te entregue al príncipe, y el príncipe al ministro, y seas arrojado a la cárcel, de donde no saldrás hasta que pagues el último cuadrante. ¿Quién es este adversario? Si es el diablo; ya hemos sido liberados de él. ¿Qué precio se pagó por nosotros para que fuéramos redimidos de él? De quien dice el Apóstol, hablando de nuestra redención: Él nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Col. I, 13). Hemos sido redimidos, hemos renunciado al diablo: ¿cómo vamos a esforzarnos por liberarnos de él, para que no nos haga cautivos de nuevo como pecadores? Pero no es él el adversario del que el Señor nos advierte. Pues en otro lugar, otro evangelista lo puso de tal manera que si unimos ambas palabras, y comparamos las palabras de los dos Evangelios, entenderemos rápidamente a este adversario. Pues aquí, ¿qué dijo? Cuando vas al príncipe con tu adversario, esfuéstrate en el camino para liberarte de él. Pero otro evangelista lo puso así: Ponte de acuerdo con tu adversario pronto mientras estás con él en el camino. Las demás cosas son similares: No sea que el adversario te entregue al juez, el juez al ministro, y el ministro a la cárcel (Mat. V, 25). Ambos evangelistas lo explicaron de manera similar. Uno dijo, Esfuéstrate en el camino para liberarte de él: el otro dijo, Ponte de acuerdo con él. No podrás liberarte de él, a menos que consientas con él. ¿Quieres liberarte de él? Consiente con él. ¿Acaso es el diablo, con quien un cristiano debe consentir?

CAPÍTULO III.

3. Nuestro adversario, la palabra de Dios. Busquemos, pues, a ese adversario con quien debemos consentir, para que no nos entregue al juez, y el juez al ministro: busquémoslo y consintamos con él. Si pecas, tu adversario es la palabra de Dios. Por ejemplo, tal vez te

deleita embriagarte: te dice, No lo hagas. Te deleita mirar y perder el tiempo: él te dice, No lo hagas. Te deleita adúlterar: te dice la palabra de Dios, No lo hagas. En cualquier pecado en el que quieras hacer tu voluntad, te dice, No lo hagas. Es adversario de tu voluntad, hasta que se convierta en autor de tu salvación. ¡Oh, qué buen adversario, qué útil adversario! No busca nuestra voluntad, sino nuestra utilidad. Es adversario nuestro, mientras también lo somos de nosotros mismos. Mientras seas enemigo de ti mismo, tienes como enemigo la palabra de Dios: sé amigo de ti mismo, y concuerda con él. No cometas homicidio: escucha, y has concordado. No cometas robo: escucha, y has concordado. No cometas adulterio: escucha, y has concordado. No digas falso testimonio: escucha, y has concordado. No codicies la esposa de tu prójimo: escucha, y has concordado. No codicies la propiedad de tu prójimo (Éxodo XX, 13, etc.): escucha, y has concordado. En todas estas cosas has concordado con tu adversario: ¿y qué has perdido? No solo no has perdido nada: sino que también te has encontrado a ti mismo, que estabas perdido. El camino, esta vida es: si concordamos con él, si consentimos con él; terminado el camino, no temeremos al juez, al ministro, a la cárcel.

CAPÍTULO IV.

4. Los años del hombre más bien disminuyen que aumentan. ¿Cuándo se termina el camino? No a todos se les termina a la misma hora. Cada uno tiene su hora, cuando termina el camino. El camino, esta vida se llama: terminaste esta vida, terminaste el camino. Caminamos; y el mismo vivir, es avanzar. A menos que tal vez pienses que el tiempo avanza, y nosotros estamos quietos. No puede ser. Así como avanza el tiempo, avanzamos nosotros: y no se nos añaden años, sino que más bien se nos restan. Los hombres se equivocan mucho cuando dicen: Este niño aún no sabe mucho, se le añadirán años, y será prudente. Presta atención a lo que dices. Dijiste que se le añaden: yo te muestro que se le restan, cuando tú dices, Se le añaden. Y escucha cuán fácilmente lo pruebo. Supongamos que sabemos los años de su nacimiento: por ejemplo, para desearle bien, vivirá ochenta años, llegará a la vejez. Escribe ochenta años. Ha vivido un año: ¿cuántos tienes en total? ¿cuántos tenías? Ochenta. Resta uno. Ha vivido diez: quedan setenta. Ha vivido veinte: quedan sesenta. Ciertamente se le añadían: ¿qué es esto? Nuestros años vienen para irse: vienen, digo, para irse. No vienen para quedarse con nosotros: sino que cuando pasan por nosotros, nos desgastan, y nos hacen menos y menos fuertes. Tal es el camino, en el que hemos venido. ¿Qué haremos con ese adversario, es decir, con la palabra de Dios? Concuerda con él. Pues no sabes cuándo se terminará el camino. Cuando el camino se haya terminado, queda el juez, y el ministro, y la cárcel. Pero si mantienes buena voluntad con tu adversario, y consientes con él; en lugar de un juez encontrarás un padre, en lugar de un ministro severo un ángel llevándote al seno de Abraham, en lugar de una cárcel el paraíso. ¡Qué rápidamente en el camino cambiaste todo, porque consentiste con tu adversario!

SERMON CX. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, donde se habla del árbol de higuera que durante tres años no daba fruto; y de la mujer que tenía dieciocho años en enfermedad, cap. XIII, 6-17: así como sobre las palabras del Salmo IX, 20. Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre; sean juzgadas las naciones ante tu presencia.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué significa la higuera estéril durante tres años. Sobre el árbol de higuera que tenía tres años y no daba fruto, y sobre la mujer que tenía dieciocho años en enfermedad, lo que el Señor ha concedido, escuchen. El árbol de higuera es el género humano. Tres años, sin embargo, son tres tiempos: uno antes de la Ley, otro bajo la Ley, el tercero bajo la gracia. No

es inapropiado que el árbol de higuera se entienda como el género humano. Pues el primer hombre cuando pecó, cubrió sus partes vergonzosas con hojas de higuera (Gén. III, 7): estas cubrieron, de donde nacimos, los miembros. Pues lo que antes del pecado era para gloriarse, después del pecado se convirtió en motivo de vergüenza. De hecho, antes estaban desnudos, y no se avergonzaban. Pues no había de qué avergonzarse, cuando no había precedido el pecado: ni podían avergonzarse de las obras de su Creador, porque a las buenas obras de su Creador no habían mezclado aún ninguna mala obra suya. Pues aún no habían comido del árbol del conocimiento del bien y del mal, del cual se les había prohibido comer. Después, pues, de que comieron y pecaron, nació de ellos el género humano: es decir, hombre de hombre, deudor de deudor, mortal de mortal, pecador de pecador. A estos, pues, se refiere en este árbol, que durante todo el tiempo no quisieron dar fruto: y por eso el hacha amenazaba las raíces del árbol infructuoso. Intercede el labrador, se difiere el castigo, para que se aplique ayuda. Pero el labrador que intercede es todo santo, que dentro de la Iglesia ora por aquellos que están fuera de la Iglesia. ¿Y qué ora? Señor, déjala también este año: es decir, en este tiempo bajo la gracia, perdona a los pecadores, perdona a los infieles, perdona a los estériles, perdona a los infructuosos. La rodeo y le aplico un cesto de estiércol: si da fruto, bien; si no, vendrás y la cortarás. Vendrás: ¿cuándo? En el juicio vendrás, cuando vengas a juzgar a vivos y muertos. Por ahora se perdona. ¿Qué es, sin embargo, la zanja? ¿qué es rodear, sino enseñar humildad y penitencia? Pues la zanja es tierra humilde. El cesto de estiércol, entiéndelo en buen sentido. Son suciedades, pero dan fruto. Las suciedades del labrador, son los dolores del pecador. Los que hacen penitencia, la hacen en suciedades: si, sin embargo, entienden, y la hacen verdaderamente. A este árbol, pues, se le dice: Arrepentíos; porque el reino de los cielos se ha acercado (Mat. III, 2).

CAPÍTULO II.

2. La mujer con dieciocho años en enfermedad. El hombre no es bueno por sí mismo, sino por la gracia de Dios. ¿Qué hay de la mujer que tenía dieciocho años en enfermedad? Dios completó sus obras en seis días. Tres veces seis, hacen dieciocho. Lo que significó los tres años en el árbol, eso significan los dieciocho años en esa mujer. Estaba encorvada, no podía mirar hacia arriba: porque Sursum cor, en vano lo escuchaba. Pero el Señor la enderezó. Hay, pues, esperanza, pero para los hijos, hasta que venga el día del juicio. El hombre se da mucho a sí mismo. ¿Y qué es el hombre? Un hombre justo es algo grande. Pero, sin embargo, un hombre justo, es justo por la gracia de Dios. Pues, ¿Qué es el hombre, sino que te acuerdes de él? (Sal. VIII, 5). ¿Quieres ver qué es el hombre? Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 11). Cantamos, Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre. ¿Qué es, que no prevalezca el hombre? ¿Acaso los Apóstoles no eran hombres? ¿Acaso los mártires no eran hombres? El mismo Señor Jesús, sin dejar de ser Dios, se dignó ser hombre. ¿Qué es, pues, Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre? Si todo hombre es mentiroso: levántate, verdad, que no prevalezca la falsedad. El hombre, pues, si quiere ser algo bueno, no sea de lo suyo propio. Pues si quiere ser de lo suyo, será mentiroso. Si quiere ser veraz, será de Dios, no de lo suyo.

3. El deseo del profeta, que no prevalezca el hombre. Por lo tanto, Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre. Tanto prevaleció la mentira antes del diluvio, que después del diluvio quedaron ocho personas (I Pedro III, 20). Por ellos la tierra se llenó de nuevo de hombres mentirosos, y fue elegido el pueblo de Dios. Se hicieron muchos milagros, se otorgaron beneficios divinos. Fue llevado a la tierra prometida, liberado de la servidumbre de los egipcios: Se levantaron profetas en él, recibió el templo, recibió el sacerdocio, recibió la unción, recibió la ley. Pero después se dijo de él, Los hijos extraños me mintieron (Sal. XVII, 46).

CAPÍTULO III.

Finalmente fue enviado aquel prometido por los profetas. Que no prevalezca el hombre, o porque Dios se hizo hombre. Pero incluso él, haciendo cosas divinas, fue despreciado, otorgando tantos beneficios fue apresado, azotado, colgado. Hasta aquí prevaleció el hombre, apresado al Hijo de Dios, azotar al Hijo de Dios, coronar al Hijo de Dios con espinas, colgar al Hijo de Dios en un madero. Tanto prevaleció el hombre: pero ¿hasta cuándo, sino hasta que fue bajado del madero, puesto en el sepulcro? Si hubiera permanecido allí, verdaderamente el hombre habría prevalecido. Pero esta profecía también se dirige al mismo Señor Jesús diciendo: Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre. Señor, te dignaste venir en carne, Verbo hecho carne, Verbo sobre nosotros, carne entre nosotros, Verbo carne entre Dios y el hombre: elegiste una virgen de la cual nacer según la carne, encontraste una virgen para concebir, nacido dejaste a la virgen. Pero no eras reconocido: aparecías, y te ocultabas. Aparecía la debilidad, se ocultaba el poder. Todo esto se hizo para que derramaras sangre, que es nuestro precio. Hiciste tantos milagros, otorgaste salud a las enfermedades de los enfermos, otorgaste muchos beneficios, y recibiste males por bienes. Se te insultó, colgaste en el madero: se agitó la cabeza ante ti por los impíos, y se dijo, Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz (Mat. XXVII, 40). ¿Acaso habías perdido el poder, o más bien mostrabas paciencia? Y sin embargo, te insultaron, y sin embargo, se burlaron de ti, sin embargo, se fueron como vencedores después de haberte matado. He aquí que yaces en el sepulcro: Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre. No prevalezca el impío enemigo, no prevalezca el ciego judío. Pues cuando eras crucificado, el judío ciego se creyó vencedor. Levántate, Señor, que no prevalezca el hombre. Se hizo, completamente se hizo. ¿Y qué queda, sino que sean juzgadas las naciones ante tu presencia? Pues resucitó, como sabéis, ascendió al cielo: de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos.

CAPÍTULO IV.

4. La certeza del juicio venidero cumplidas tantas otras predicciones. Dios deudor, no por lo recibido, sino por lo prometido. Vamos, árbol infructuoso, no te burles, porque se te perdona: se ha pospuesto el hacha, no estés segura; vendrá, y serás cortada. Cree que vendrá. Todas estas cosas que ves, no existían. El pueblo cristiano en todo el mundo alguna vez no existía. Se leía en la profecía, no se veía en la tierra: pero ahora se lee y se ve. La misma Iglesia está así completa. No se le dijo, Mira hija, y escucha; sino, Escucha y mira (Sal. XLIV, 11). Escucha lo predicho, ve lo cumplido. ¿Cómo, pues, hermanos carísimos, no había nacido Cristo de una virgen, fue prometido, y nació: no había hecho maravillas, fueron prometidas, y las hizo: aún no había padecido, fue prometido, y se hizo: no había resucitado, fue predicho, y se cumplió: su nombre no estaba en todo el mundo, fue predicho, y se cumplió: los ídolos no estaban destruidos y rotos, fue predicho, y se cumplió: los herejes que atacan a la Iglesia no existían, fue predicho, y se cumplió. Así también el día del juicio aún no es; pero porque fue predicho, se cumplirá. ¿Puede ser que quien en tantas cosas apareció veraz, sobre el día del juicio sea mentiroso? Nos hizo un pagaré de sus promesas. Pues no debiendo; sino prometiendo, Dios se hizo deudor: es decir, no tomando prestado. No podemos, pues, decirle, Devuelve lo que recibiste. Pues, ¿quién le dio primero a él, para que le sea recompensado? (Rom. XI, 35). No podemos decirle, Devuelve lo que recibiste; pero claramente decimos, Devuelve lo que prometiste.

CAPÍTULO V.

5. El Reino de Dios prometido. Por eso es que nos atrevemos a decir cada día: "Venga tu reino" (Mateo 6, 10), para que al llegar su reino, también nosotros reinemos con Él. Esto nos ha sido prometido con estas palabras: "Entonces les diré: Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo". Pero claramente, si hacemos lo que sigue allí: "Porque tuve hambre, y me disteis de comer", etc. (Mateo 25, 34-35). Lo prometió a nuestros padres; pero hizo una advertencia que también nosotros debemos leer. Si Él hace cuentas con nosotros, quien se dignó hacer una advertencia, y dice: "Lean mis deudas", es decir, las deudas de mis promesas, y calculen lo que he pagado, calculen también lo que debo: he aquí cuánto he pagado; es poco lo que debo: ¿por ese poco que queda, pensarán que soy un promotor infiel? ¿Qué responderemos contra la verdad más manifiesta? Por lo tanto, quien es estéril, haga penitencia y produzca frutos dignos de penitencia. Quien está encorvado, mira la tierra, se alegra con la felicidad terrenal, piensa que esta es la única vida bienaventurada donde puede ser feliz, no cree en otra: cualquiera que esté tan encorvado, que se enderece: si no puede por sí mismo, que invoque a Dios. ¿Acaso aquella mujer se enderezó por sí misma? ¡Ay de ella si Él no hubiera extendido su mano!

SERMO CXI. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, donde se dice que el reino de Dios es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina: y sobre lo que está escrito allí: "Señor, ¿son pocos los que se salvan?" Cap. XIII, V. 21-24.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Tres medidas de harina. Pocos se salvan. Muchos son los que se salvarán entre sí, pero pocos en comparación con otros. Las tres medidas de harina de las que hablaba el Señor son la raza humana. Recuerden el diluvio: de donde los demás serían restaurados, quedaron tres. Noé tenía tres hijos, de ellos se restauró la raza humana. Aquella santa mujer que escondió la levadura es la sabiduría. He aquí que todo el mundo clama en la Iglesia de Dios: "Yo sé que el Señor es grande" (Salmo 134, 5). Ciertamente son pocos los que se salvan. Recuerdan la pregunta del Evangelio que se nos propuso: "Señor", se dijo, "¿son pocos los que se salvan?" ¿Qué respondió el Señor a esto? No dijo: "No son pocos, sino muchos los que se salvan". No dijo eso. Pero, ¿qué dijo cuando escuchó: "¿Son pocos los que se salvan?" Esfuércense por entrar por la puerta estrecha. Cuando escuchas, "Son pocos los que se salvan", el Señor confirmó lo que escuchó. Por la puerta estrecha entran pocos. En otro lugar Él mismo dijo: "Estrecho es el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran; pero ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que caminan por él" (Mateo 7, 13-14). ¿Por qué nos alegramos con las multitudes? Escúchenme, pocos. Sé que muchos escuchan, y pocos obedecen. Veo la era, busco el grano. Y apenas se ve el grano cuando se trilla la era: pero llegará el momento en que se aventará. Por lo tanto, son pocos los que se salvan en comparación con los muchos que perecen. Porque esos pocos formarán una gran masa. Cuando venga el aventador con el bieldo en su mano, limpiará su era: recogerá el trigo en su granero; pero quemará la paja con fuego inextinguible (Lucas 3, 17). No se burle la paja del grano: esto es verdad, no engaña a nadie. Sean, pues, entre muchos, muchos; pero en comparación con ciertos muchos, pocos. Una masa tan grande saldrá de esta era, que llenará el granero del cielo. Porque el Señor Cristo no sería contrario a sí mismo, quien dijo: "Pocos son los que entran por la puerta estrecha, muchos perecen por el camino ancho"; no sería contrario a sí mismo, quien en otro lugar dijo: "Vendrán muchos del oriente y del occidente" (Mateo 8, 11). Muchos, ciertamente pocos: y pocos, y muchos. ¿Son, pues, otros pocos, otros muchos? No. Sino que esos pocos son muchos: pocos en comparación con los perdidos, muchos en la sociedad de los ángeles. Escuchen, queridos. El Apocalipsis tiene esto escrito:

"Después de esto vi una gran multitud que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con ropas blancas y con palmas en sus manos" (Apocalipsis 7, 9). Esta es la masa de los santos. Con cuánta voz más clara hablará la era aventada, separada de la multitud de impíos y malos y falsos cristianos, separados para los fuegos eternos aquellos que oprimen, no tocan: porque una mujer tocaba el borde, la multitud oprimía a Cristo (Lucas 8, 44, 42): separados, pues, todos los condenados, la masa purificada de pie a la derecha, sin temer mezclarse con los malos, sin temer perder a los buenos, reinando con Cristo, con cuánta confianza dirá: "Yo sé que el Señor es grande".

CAPÍTULO II.

2. Reprensión y exhortación a la limosna. ¿Quién es cristiano? Si, pues, hermanos míos, hablo a los granos, si reconocen lo que digo, predestinados a la vida eterna, hablen con obras, no con palabras. Nos vemos obligados a decirles lo que no deberíamos. Deberíamos haber encontrado en ustedes lo que alabar, no buscar lo que advertir. Sin embargo, les digo brevemente, no me detengo. Reconozcan la hospitalidad, por ella se ha llegado a Dios. Recibes a un huésped, de quien también eres compañero en el camino: porque todos somos peregrinos. Es cristiano quien, tanto en su casa como en su patria, se reconoce como peregrino. Porque nuestra patria está arriba; allí no seremos huéspedes. Pues cada uno aquí, incluso en su propia casa, es huésped. Si no es huésped, no pasará de allí. Si va a pasar, es huésped. No se engañe, es huésped: quiera o no, es huésped. Pero deja esa casa a sus hijos, huésped a huéspedes. ¿Por qué? ¿Y si estuvieras en un establo, no te irías cuando llegara otro? Esto haces también en tu casa. Tu padre te cedió el lugar, tú lo cederás a tus hijos. Ni permanecerás tú, ni dejarás a quienes permanezcan. Si todos pasamos, hagamos algo que no pueda pasar: para que cuando hayamos pasado, y lleguemos allí donde no pasemos, encontremos allí nuestras buenas obras. Cristo es el guardián, ¿qué temes perder lo que das? Convertidos al Señor, etc.

Y después del sermón:

Lo que conoce vuestra Caridad, lo sugerimos. Mañana amanece el día aniversario de la ordenación del señor anciano Aurelio; ruega y amonesta por mi humildad a vuestra Caridad, que se dignen acudir devotamente a la basílica de Fausto. Gracias a Dios.

SERMO CXII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Un hombre hizo una gran cena", etc., cap. XIV, V. 16-24. Pronunciado en la basílica Restituta.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los judíos invitados a la cena, nosotros llevados y forzados. Se han propuesto las lecturas sagradas, y tanto para que las escuchemos, como para que, con la ayuda del Señor, digamos algo sobre ellas. En la lectura apostólica se da gracias al Señor por la fe de los gentiles, ciertamente porque Él lo hizo. En el Salmo dijimos: "Dios de los ejércitos, conviértenos, y muestra tu rostro, y seremos salvos" (Salmo 79, 8, 20). En el Evangelio, hemos sido llamados a la cena: más bien, otros fueron llamados, nosotros no fuimos llamados, sino llevados; no solo llevados, sino también forzados. Así escuchamos, porque "Un hombre hizo una gran cena". ¿Quién es este hombre, sino el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Timoteo 2, 5)? Envío a que vinieran los invitados, porque ya había llegado la hora de que vinieran. ¿Quiénes son los invitados, sino los llamados por los profetas enviados antes? ¿Cuándo? Desde hace mucho tiempo, desde que se envían los profetas, invitan a la cena de

Cristo. Por lo tanto, son enviados al pueblo de Israel. Muchas veces fueron enviados, muchas veces llamaron para que vinieran a la hora de la cena. Pero ellos aceptaron a los que invitaban, rechazaron la cena. ¿Qué significa, aceptaron a los que invitaban, rechazaron la cena? Leían a los profetas, y mataron a Cristo. Pero cuando lo mataron, entonces sin saberlo nos prepararon la cena. Ya preparada la cena, inmolado Cristo, después de la resurrección de Cristo, la cena del Señor, conocida por los fieles, y confirmada por sus manos y boca, fueron enviados los apóstoles, a quienes antes habían sido enviados los profetas. Vengan a la cena.

CAPÍTULO II.

2. Tres excusas de los que no quieren venir. Villa comprada, dominio soberbio. Excusaron los que no quisieron venir. Y excusaron, ¿cómo? Fueron tres las excusas: Uno dijo: "He comprado una villa, voy a verla: tenme por excusado". Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: te ruego que me tengas por excusado". El tercero dijo: "He tomado una esposa, tenme por excusado: no puedo ir". ¿Acaso no son estas las excusas que impiden a todos los hombres que se niegan a venir a esta cena? Busquémoslas, discutámoslas, encontrémoslas: pero para evitarlas. En la villa comprada, se nota el dominio: por lo tanto, se castiga la soberbia. Porque tener una villa, poseerla, someter a los hombres en ella, deleita dominar. Un mal vicio, el primer vicio. Porque el primer hombre quiso dominar, quien no quiso tener un señor. ¿Qué es dominar, sino alegrarse con el propio poder? Hay un poder mayor, sometámonos a él, para que podamos estar seguros. "He comprado una villa, tenme por excusado". Encontrada la soberbia, no quiso venir.

CAPÍTULO III.

3. Cinco yuntas de bueyes, curiosidad de los cinco sentidos. Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes". ¿No bastaría con decir: "He comprado bueyes"? Sin duda hay algo que nos provoca a buscar y entender por su oscuridad: y porque está cerrado, nos exhorta a llamar. Cinco yuntas de bueyes, los sentidos de esta carne. Se cuentan cinco sentidos de esta carne, lo cual es conocido por todos; y quienes tal vez no lo advierten, sin duda lo reconocen al ser advertidos. Por lo tanto, se encuentran cinco sentidos de esta carne. En los ojos está la vista, en los oídos el oído, en las narices el olfato, en la boca el gusto, en todos los miembros el tacto. Lo blanco y lo negro y de cualquier modo coloreado, lo luminoso y lo oscuro lo sentimos viendo. Lo ronco y lo sonoro, lo sentimos oyendo. Lo que huele bien y lo que huele mal, lo sentimos oliendo. Lo dulce y lo amargo, lo sentimos gustando. Lo duro y lo blando, lo liso y lo áspero, lo caliente y lo frío, lo pesado y lo ligero, lo sentimos tocando. Son cinco, y son yuntas. Pero porque son yuntas, se muestra más fácilmente en los tres primeros sentidos. Son dos ojos, dos oídos, dos narices: he aquí tres yuntas. En la boca, es decir, en el sentido del gusto, se encuentra una cierta duplicación, porque nada sabe al gustar, a menos que sea tocado por la lengua y el paladar. El placer de la carne que pertenece al tacto, se duplica más ocultamente. Porque es tanto exterior como interior. Por lo tanto, también es doble. ¿Por qué se llaman yuntas de bueyes? Porque a través de estos sentidos de la carne se buscan cosas terrenales. Porque los bueyes trabajan la tierra. Pero hay hombres alejados de la fe, dedicados a lo terrenal, ocupados en lo carnal: no quieren creer en nada, a menos que puedan alcanzarlo con el sentido quintuple de su cuerpo. En esos cinco sentidos ponen las reglas de toda su voluntad. "No creo", dice, "a menos que lo vea". He aquí lo que sé, he aquí lo que conozco. Es blanco, es negro, es redondo, es cuadrado, está coloreado de tal o cual manera: lo sé, lo siento, lo tengo; la misma naturaleza me enseña. No me veo obligado a creer lo que no puedes mostrarme. Es una voz: siento que es una voz; canta bien, canta mal, es suave, es ronca: lo sé, lo conozco, llega a mí. Huele bien, huele mal: lo sé, lo siento. Esto es dulce, esto

es amargo; esto es salado, esto es insípido. No sé qué más me puedes decir. Tocando sé qué es duro, qué es blando; qué es liso, qué es áspero; qué calienta, qué enfría. ¿Qué más me vas a demostrar?

CAPÍTULO IV.

4. Impedimento de la fe. Cena consagrada por las manos del Señor. Con tal impedimento estaba retenido nuestro apóstol Tomás, quien sobre el Señor Cristo, es decir, sobre la resurrección de Cristo, no quiso creer solo con los ojos. "A menos que ponga", dijo, "mis dedos en los lugares de los clavos y las heridas, y a menos que ponga mi mano en su costado, no creeré". Y el Señor, que pudo resucitar sin ninguna marca de herida, conservó las cicatrices, para que fueran tocadas por el que dudaba, y se sanaran las heridas del corazón. Y sin embargo, llamando a la cena contra la excusa de las cinco yuntas de bueyes: "Bienaventurados", dijo, "los que no ven, y creen" (Juan 20, 25-29). Nosotros, hermanos míos, llamados a la cena, no estamos impedidos por esas cinco yuntas. Porque no hemos deseado ver en este tiempo el rostro de la carne del Señor, ni hemos deseado recibir con los oídos la voz que sale de la boca de su carne: no hemos buscado en Él ningún olor temporal. Una mujer lo ungió con un perfume muy costoso, y la casa se llenó de fragancia (Juan 12, 3): pero nosotros no estuvimos allí; he aquí que no lo oímos, y creemos. La cena consagrada por sus manos fue dada a los discípulos: pero nosotros no nos sentamos en ese banquete; y sin embargo, comemos esa cena con fe cada día. Y no piensen que fue gran cosa estar en esa cena, que Él mismo dio con sus manos, sin fe: la fe fue mejor después, que entonces la perfidia. No estuvo allí Pablo, quien creyó: estuvo allí Judas, quien traicionó. Cuántos, incluso ahora en esa misma cena, aunque no vieron aquella mesa entonces, ni el pan que el Señor llevó en sus manos, con sus ojos, ni lo probaron con sus bocas; sin embargo, porque es la misma que ahora se prepara, cuántos incluso ahora en esa cena comen y beben juicio para sí mismos (1 Corintios 11, 29).

CAPÍTULO V.

5. La curiosidad de los sentidos no es necesaria para la salvación. ¿De dónde surgió la ocasión para que el Señor hablara de esta cena? Uno de los que estaban sentados a la mesa dijo (porque estaba en un banquete al que había sido invitado): "Bienaventurados los que comen pan en el reino de Dios". Como suspirando por algo lejano, y el mismo pan estaba sentado ante él. ¿Quién es el pan del reino de Dios, sino el que dice: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 41)? No prepares la boca, sino el corazón. De ahí se recomendó esta cena. He aquí que creemos en Cristo, lo recibimos con fe. Al recibirlo, sabemos qué pensar. Recibimos poco, y en el corazón nos saciamos. Por lo tanto, no lo que se ve, sino lo que se cree, alimenta. Por lo tanto, tampoco buscamos ese sentido externo; ni dijimos: "Creerán quienes vieron al Señor mismo resucitado, si es verdad lo que se dice, con sus ojos, lo tocaron con sus manos: nosotros no lo tocamos, ¿por qué creemos?" Si pensáramos tales cosas, seríamos impedidos de la cena por esas cinco yuntas de bueyes. Para que sepan, hermanos, que no se notó la delectación de esos cinco sentidos, que acaricia e introduce el placer, sino una cierta curiosidad, no dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes, voy a alimentarlos"; sino, "voy a probarlos". Quien quiere probar, no quiere dudar a través de las yuntas de bueyes, como el santo Tomás no quiso dudar a través de las yuntas. "Veré, tocaré, pondré los dedos". "He aquí", dijo, "pon tus dedos en mi costado, y no seas incrédulo. Fui herido por ti: por el lugar que quieres tocar, derramé sangre, para redimirte; ¿y aún dudas de mí, a menos que me toques? He aquí, también esto lo ofrezco, he aquí, también esto lo exhibo: toca y cree; encuentra el lugar de la herida, sana la herida de la duda".

CAPÍTULO VI.

6. Esposa, placer de la carne. El tercero dijo: "He tomado una esposa". Este es el placer de la carne, que impide a muchos: ojalá fuera fuera, y no dentro. Hay hombres que dicen: "No está bien para el hombre, a menos que tenga los placeres de la carne". Son aquellos que el Apóstol nota, diciendo: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos" (1 Corintios 15, 32). ¿Quién ha resucitado de aquí? ¿Quién nos ha dicho lo que se hace allí? Esto llevamos con nosotros, lo que en este tiempo nos es bueno. Quien dice esto, ha tomado una esposa, abraza la carne, se deleita en los placeres de la carne, se excusa de la cena: que observe no morir de hambre interior. Presten atención a Juan, el santo apóstol y evangelista: "No amen al mundo, ni las cosas que están en el mundo". Oh, ustedes que vienen a la cena del Señor, "no amen al mundo, ni las cosas que están en el mundo". No dijo: "No las tengan"; sino, "No las amen". Las tuviste, las poseíste, las amaste. El amor a las cosas terrenales es una trampa para las alas espirituales. He aquí que deseaste, te quedaste atrapado. ¿Quién te dará alas como de paloma? ¿Cuándo volarás, dónde realmente descansarás (Salmo 54, 7)? ¿Cuándo aquí, donde te quedaste mal, quisiste descansar perversamente? "No amen al mundo", es una trompeta divina. Inmediatamente con las palabras de esta trompeta se dice al mundo entero y al universo: "No amen al mundo, ni las cosas que están en el mundo". Cualquiera que ame al mundo, no tiene el amor del Padre en él. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición del siglo (1 Juan 2, 15-16). Comenzó desde abajo, donde el Evangelio terminó. De allí comenzó, donde el Evangelio puso fin. Concupiscencia de la carne, "He tomado una esposa". Concupiscencia de los ojos, "He comprado cinco yuntas de bueyes". Ambición del siglo, "He comprado una villa".

7. El nombre de los ojos representa los demás sentidos. Sin embargo, se mencionan los sentidos a través de los ojos porque los ojos tienen primacía entre los cinco sentidos. Por eso, aunque la vista pertenece propiamente a los ojos, solemos referirnos a ver a través de todos los sentidos. ¿Cómo es esto? Primero, lo que concierne a los ojos, dices: "Mira qué blanco es, presta atención y mira qué blanco es": esto concierne a los ojos. "Escucha y mira qué sonoro es". ¿Acaso puedes decir al revés: "Escucha y mira qué blanco es"? Lo que se dice "mira" se aplica a todos los sentidos, pero la propiedad de los otros sentidos no se aplica por sí misma. "Presta atención y mira qué sonoro es: huele y mira qué suave es: prueba y mira qué dulce es: toca y mira qué blando es". Ciertamente, porque son sentidos, más bien diríamos: "Escucha y siente qué sonoro es: huele y siente qué suave es: prueba y siente qué dulce es: toca y siente qué caliente es: palpa y siente qué liso es: palpa y siente qué blando es". Nada de esto. Pues incluso el mismo Señor, después de la resurrección, cuando se apareció a sus discípulos, y al ver ellos aún dudaban en la fe, pensando que veían un espíritu, dijo: "¿Por qué dudáis? y ¿por qué suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies". Y no es suficiente, "Mirad": "Tocad", dijo, "y palpá y ved" (Lucas 24, 38-39). Prestad atención y ved, palpá y ved: en los ojos solos ved, en todos los sentidos ved. Porque buscaba el sentido interior de la fe, se apoyaba en los sentidos exteriores del cuerpo. Nosotros no hemos tomado nada de estos sentidos exteriores en el Señor, hemos oído con el oído, hemos creído con el corazón: y esa misma audición no fue de su boca, sino de la boca de sus predicadores, de la boca de aquellos que ya cenaban, y nos invitaban con su eructo.

CAPÍTULO VII.

8. Que nadie dude en venir a la cena. Por tanto, eliminemos de en medio las excusas vanas y malas, y vengamos a la cena, donde nos saciemos interiormente. Que no nos impida la altivez del orgullo, que no nos exalte, o que no nos aterrorice la curiosidad ilícita, y nos aparte de Dios: que no nos impida el placer de la carne del placer del corazón. Vengamos y saciémonos. Y los que vinieron, ¿no eran mendigos, débiles, cojos, ciegos? Sin embargo, no vinieron ricos, sanos, como si caminaran bien y vieran agudamente; presumiendo mucho de sí mismos, y por eso más desesperados, cuanto más soberbios. Que vengan los mendigos, porque aquel que nos invita se hizo pobre por nosotros, siendo rico, para que con su pobreza los mendigos fuéramos enriquecidos (II Cor. 8, 9). Que vengan los débiles: porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mateo 9, 12). Que vengan los cojos que le digan: "Dirige mis pasos en tus caminos" (Salmo 16, 5). Que vengan los ciegos que digan: "Ilumina mis ojos, para que no duerma en la muerte" (Salmo 12, 4). Tales vinieron a la hora; aquellos invitados primero, rechazados por su excusa: vinieron a la hora, entraron de las calles y plazas de la ciudad. Y respondió el siervo, que había sido enviado, "Señor, se ha hecho como ordenaste, y aún hay lugar. Sal", dijo, "a los caminos y cercas, y a quienes encuentres, oblígales a entrar. A quienes encuentres, para que se dignen, no esperes; oblígales a entrar. He preparado una gran cena, una gran casa, no permito que haya lugar vacío". Vinieron de las calles y plazas los gentiles: que vengan de las cercas los herejes, aquí encuentran paz. Pues quienes construyen cercas, buscan divisiones. Que sean arrancados de las cercas, que sean desarraigados de las espinas. Se quedaron atrapados en las cercas, no quieren ser obligados. Dicen: "Queremos entrar por nuestra voluntad". No es esto lo que el Señor ordenó: "Obliga", dijo, "a entrar". Fuera se encuentra la necesidad, dentro nace la voluntad.

SERMON CXIII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Haced amigos con las riquezas de la iniquidad", etc., cap. XVI, v. 9.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Quiénes son los amigos que recibirán a sus benefactores en el cielo. Quiénes son los más pequeños de Cristo. Lo que se nos advierte, debemos advertir. La reciente lectura evangélica nos ha advertido hacer amigos con las riquezas de la iniquidad, para que quienes lo hacen, sean recibidos en las moradas eternas. ¿Quiénes son los que tendrán moradas eternas, sino los santos de Dios? ¿Y quiénes son los que deben ser recibidos por ellos en las moradas eternas, sino aquellos que sirven a sus necesidades, y lo que necesitan, lo suministran con alegría? Recordemos, pues, que en el juicio final el Señor dirá a aquellos que estarán a su derecha: "Tuve hambre, y me disteis de comer", y lo demás que sabéis. Y cuando ellos preguntaron cuándo le habían prestado esos servicios, respondió: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis". Estos pequeños son los que reciben en las moradas eternas. Esto dijo a los de la derecha, porque lo hicieron: esto dijo a los de la izquierda, porque no quisieron hacerlo. Pero los de la derecha que lo hicieron, ¿qué recibieron, o más bien qué recibirán? "Venid", dijo, "benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer. Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo 25, 40-45). ¿Quiénes son, pues, los más pequeños de Cristo? Son aquellos que dejaron todo lo suyo, y lo siguieron, y distribuyeron lo que tenían a los pobres; para servir a Dios sin ataduras seculares, y liberados de las cargas del mundo, elevaron sus hombros como alados. Estos son los más pequeños. ¿Por qué los más pequeños? Porque son humildes, porque no son altivos, no son soberbios. Pesa a estos pequeños, y encontrarás un gran peso.

CAPÍTULO II.

2. Riquezas de la iniquidad. La limosna no debe hacerse de robos, sino de trabajos justos. Pero, ¿qué significa que dice hacer amigos con las riquezas de la iniquidad? ¿Qué son las riquezas de la iniquidad? Primero, ¿qué es riqueza? Es una palabra que no es latina. Es una palabra hebrea, emparentada con la lengua púnica. Estas lenguas están unidas por una cierta cercanía de significado. Lo que los púnicos llaman "mammon", en latín se llama lucro. Lo que los hebreos llaman "mammon", en latín se llama riquezas. Así que, para decirlo todo en latín, esto dice nuestro Señor Jesucristo: "Haced amigos con las riquezas de la iniquidad". Algunos, al entenderlo mal, toman las cosas ajenas, y de ellas dan algo a los pobres, y piensan que están haciendo lo que se les ha mandado. Dicen: "Tomar cosas ajenas es riqueza de iniquidad; dar algo de ello, especialmente a los santos necesitados, es hacer amigos con las riquezas de la iniquidad". Este entendimiento debe ser corregido, más bien debe ser borrado completamente de las tablas de vuestro corazón. No quiero que lo entendáis así. Haced limosnas de trabajos justos: de lo que tenéis rectamente, dad. No corromperéis al juez Cristo, para que no os escuche junto con los pobres a quienes quitáis. Pues si despojaras a alguien débil, tú más fuerte y poderoso, y viniera contigo a un juez cualquiera en esta tierra, teniendo alguna potestad para juzgar, y quisiera litigar contigo, si de ese botín y despojo del pobre dieras algo al juez, para que juzgara a tu favor, ¿te agradaría ese juez? Sin duda juzgó a tu favor, y sin embargo, tal es la fuerza de la justicia, que incluso a ti te desagradó. No te imagines a Dios así, no coloques en el templo de tu corazón tal ídolo. No es tu Dios así, como no debes serlo tú tampoco. Si tú no juzgas así, sino que juzgas justamente; incluso así, Dios es mejor que tú: no es inferior; es más justo, es la fuente de la justicia. Todo lo bueno que hiciste, de allí lo tomaste; y todo lo bueno que expresaste, de allí lo bebiste. Alabas al vaso, porque tiene algo de allí, y ¿vituperas la fuente? No queráis hacer limosnas de usura y ganancias ilícitas. Hablo a los fieles, a aquellos a quienes distribuimos el Cuerpo de Cristo. Temed, corregíos: no sea que después diga, "Tú lo haces y tú lo haces". Y creo que si lo hago, no debéis enojaros conmigo, sino con vosotros mismos, para que os corriáis. Pues para eso sirve lo que se dice en el Salmo: "Enojáos, y no pequéis" (Salmo 4, 5). Quiero que os enojéis, pero para que no pequéis. Y para que no pequéis, ¿con quién debéis enojaros, sino con vosotros mismos? Pues, ¿qué es el hombre penitente, sino el hombre que se enoja consigo mismo? Para recibir el perdón, exige de sí mismo el castigo; y dice correctamente a Dios: "Aparta tus ojos de mis pecados, porque reconozco mi pecado" (Salmo 50, 11, 5). Si tú lo reconoces, él también lo perdona. Los que lo hacíais, no lo hagáis más: no está permitido.

CAPÍTULO III.

3. Zaqueo a imitar. Pero ya si lo habéis hecho, y tenéis tales riquezas, y de ellas habéis llenado vuestros bolsillos, de ellas habéis acumulado tesoros: de lo malo es lo que tenéis, ya no añadáis mal, y haced amigos con las riquezas de la iniquidad. ¿Acaso Zaqueo tenía de lo bueno? Leed y ved. Era jefe de publicanos, es decir, a quien se le confiaban los impuestos públicos: de allí tenía riquezas. Había oprimido a muchos, había quitado a muchos, había acumulado mucho. Cristo entró en su casa, y la salvación vino sobre su casa: pues así dijo el mismo Señor, "Hoy ha venido la salvación a esta casa". Pero ved esa salvación. Primero deseaba ver al Señor, porque era de baja estatura: pero al ser impedido por la multitud, subió a un árbol de sicómoro, y vio al que pasaba. Pero él lo miró, y dijo: "Zaqueo, baja; es necesario que hoy me quede en tu casa. Tú cuelgas, pero no te suspendo, es decir, no te difiero. Querías ver al que pasa, hoy me encontrarás habitando en tu casa". El Señor entró a él: lleno de gozo, dijo: "La mitad de mis bienes doy a los pobres". Ved cómo corre, quien corre a hacer amigos con las riquezas de la iniquidad. Y para no ser culpable de otra cosa: "Si

he quitado algo a alguien", dijo, "lo devolveré cuadruplicado" (Lucas 19, 2, 9). Se impuso una condena a sí mismo, para no incurrir en condenación. Así que quienes tenéis de lo malo, haced de ello el bien. Quienes no tenéis de lo malo, no adquiriréis de lo malo. Sé bueno tú que haces el bien de lo malo: y cuando comiences a hacer algo bueno de lo malo, no permanezcas tú malo. ¿Tus monedas se convierten en bien, y tú permaneces malo?

CAPÍTULO IV.

4. Riquezas de la iniquidad a las que se llaman riquezas. Hay también otro entendimiento; tampoco lo callaré. Riquezas de la iniquidad, son todas las riquezas del mundo, de dondequiera que sean. Pues de dondequiera que se reúnan, son riquezas de la iniquidad, es decir, son riquezas de la iniquidad. ¿Qué significa, son riquezas de la iniquidad? Es dinero, que con el nombre de riquezas llama la iniquidad. Pues si buscas las verdaderas riquezas, son otras. De tales riquezas Job estaba desnudo y abundaba, cuando tenía el corazón lleno de Dios, y al perder todas las cosas, ofrecía alabanzas a Dios como gemas preciosas (Job 1, 21). ¿De qué tesoro, si no tenía nada? Esas son las verdaderas riquezas. Pero estas son llamadas riquezas por la iniquidad. Tienes esas, no te reprendo: la herencia vino, tu padre fue rico, y te dejó. Las adquiriste honestamente: de trabajos justos tienes la casa llena, no te reprendo. Sin embargo, incluso así no las llames riquezas. Pues si las llamas riquezas, las amarás: y si las amas, perecerás con ellas. Pierde, para que no perezcas: da, para que adquieras: siembra, para que coseches. No las llames riquezas; porque no son verdaderas. Están llenas de pobreza, y siempre sujetas a caídas. ¿Qué tipo de riquezas son, por las que temes al ladrón, por las que temes a tu siervo, no sea que te mate y huya con ellas? Si fueran verdaderas riquezas, te darían seguridad.

CAPÍTULO V.

5. Riquezas que son verdaderas y que son falsas. Por tanto, esas son las verdaderas riquezas, que cuando las tengamos, no podemos perder. Y no sea que por ellas temas al ladrón, estarán donde nadie las quite. Escucha a tu Señor: "Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde el ladrón no se acerca" (Mateo 6, 20). Entonces serán riquezas, cuando las hayas trasladado. Mientras estén en la tierra, no son riquezas. Pero las llama riquezas el mundo, las llama iniquidad. Dios las llama riquezas de la iniquidad, porque las llama riquezas la iniquidad. Escucha el Salmo: "Señor, líbrame de la mano de los hijos extraños, cuya boca ha hablado vanidad; y su diestra es diestra de iniquidad. Sus hijos son como plantas nuevas establecidas desde su juventud. Sus hijas están adornadas, como la semejanza de un templo. Sus graneros están llenos, rebosando de esto en aquello. Sus bueyes son gordos, sus ovejas fecundas, multiplicadas en sus caminos. No hay ruina de muro, ni paso, ni clamor en sus calles". Has visto el Salmo, cómo describió tal felicidad: pero escucha qué es, a quienes propuso como hijos de la iniquidad. "Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad". Los propuso, y describió su felicidad solo sobre la tierra. Y ¿qué añadió? "Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas". Pero ¿quiénes lo dijeron? Hijos extraños, extranjeros, y no pertenecientes a la descendencia de Abraham: ellos dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. ¿Quiénes lo dijeron? "Cuya boca ha hablado vanidad". Por tanto, es vano decir que son bienaventurados aquellos que tienen estas cosas. Y sin embargo, lo dicen aquellos cuya boca ha hablado vanidad. Por ellos se llaman estas riquezas, que se llaman riquezas de la iniquidad.

6. Verdaderas riquezas. Nosotros adoramos a Dios, y Dios nos adora. Pero ¿qué dices tú? Porque esos hijos extraños, porque esos cuya boca ha hablado vanidad, dijeron que el pueblo

que tiene estas cosas es bienaventurado; ¿qué dices tú? Estas son falsas riquezas, dame las verdaderas. Reprendes estas, muestra lo que alabas. Que el mismo Salmo lo diga. Pues quien dijo, "Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas"; nos da tal respuesta, como si le dijéramos, es decir, al mismo Salmo, "He aquí, nos has quitado esto, y no nos has dado nada: he aquí estas, he aquí estas las despreciamos, ¿de qué viviremos? ¿de qué seremos bienaventurados?" Porque quienes hablaron, ellos mismos recibirán de sí mismos. Pues los hombres que tienen riquezas dijeron que son bienaventurados. ¿Qué dices tú?

CAPÍTULO VI.

Responde como si fuera así interrogado, y dice, "Ellos dicen que los ricos son bienaventurados: yo digo, 'Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor'" (Salmo 144, 11-15). Has oído las verdaderas riquezas, haz amigos con las riquezas de la iniquidad, y serás el pueblo bienaventurado, cuyo Dios es el Señor. A veces pasamos por el camino, y vemos fincas muy hermosas y fértiles, y decimos: "¿De quién es esa finca?" Se dice que es de tal: y nosotros decimos, "Bienaventurado el hombre": hablamos vanidad. Bienaventurado aquel cuya es esa casa, bienaventurado aquel cuya es esa finca, bienaventurado aquel cuya es ese ganado, bienaventurado aquel cuya es ese siervo, bienaventurado aquel cuya es esa familia. Quita la vanidad, si quieres escuchar la verdad. Bienaventurado es aquel cuyo Dios es el Señor. Pues no es bienaventurado aquel cuya es esta finca: sino aquel cuyo es ese Dios. Pero para anunciar claramente la bienaventuranza de las cosas, dices que tu finca te hizo bienaventurado. ¿Por qué? Porque de ella vives. Pues cuando alabas por grande tu finca, esto dices: "Ella me alimenta, de ella vivo". Atiende de dónde vives. Él es de quien vives, a quien dices: "En ti está el manantial de la vida" (Salmo 35, 10). Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Oh Señor mi Dios, oh Señor nuestro Dios, para que vengamos a ti, haznos bienaventurados de ti. No queremos de oro, ni de plata, ni de fincas: no queremos de estas terrenales, y vanísimas, y transitorias de la vida caduca. No hable nuestra boca vanidad. Haznos bienaventurados de ti, porque no te perderemos. Cuando te hayamos alcanzado, ni te perderemos, ni pereceremos nosotros. Haznos bienaventurados de ti, porque "Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor". Y no se enoja si decimos de Dios, "Nuestra finca". Pues leemos que "El Señor es la porción de mi heredad" (Salmo 15, 5). Gran cosa, hermanos, y somos su heredad, y es nuestra heredad: porque lo adoramos, y él nos adora. No hay injuria para él porque nos adora. Pues si nosotros lo adoramos como nuestro Dios, él nos adora como su campo. Y para que sepáis que nos adora, escuchad a aquel que nos envió: "Yo soy", dice, "la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el labrador" (Juan 15, 1, 5). Por tanto, nos adora. Pero si damos fruto, prepara el granero. Pero si bajo tan gran labrador queremos ser estériles, y en lugar de trigo producimos espinas: no quiero decir lo que sigue, terminemos con alegría. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CXIV. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, "Si tu hermano peca contra ti, repréndelo", etc. Sobre el perdón de los pecados, cap. XVII, vv. 3, 4. Dado en la Mesa de San Cipriano, en presencia del conde Bonifacio.

1. Cuántas veces peque contra nosotros un hermano y se arrepienta, debemos perdonarlo. El Santo Evangelio, que acabamos de escuchar al ser recitado, nos ha recordado sobre el perdón de los pecados. De aquí deben ser advertidos por nuestro sermón. Pues somos ministros de la palabra, no nuestra, sino ciertamente de Dios y de nuestro Señor, a quien nadie sirve sin gloria, a quien nadie desprecia sin castigo. Así pues, nuestro Señor Dios, que permaneciendo con el Padre nos creó, y hecho por nosotros nos restauró; nuestro Señor Dios Jesucristo nos

dice lo que acabamos de escuchar en el Evangelio: Si tu hermano peca contra ti, corrígelo; y si se arrepiente, perdónalo: y si peca contra ti siete veces al día, y viniendo dice, Me arrepiento, perdónalo. Siete veces al día, no quiso que se entendiera sino cuantas veces sea; no sea que peque ocho veces, y no quieras perdonarlo. ¿Qué significa entonces siete veces? Siempre, cuantas veces peque y se arrepienta. Pues esto es, Siete veces al día te alabaré (Salmo CXVIII, 164); lo que es en otro Salmo, Su alabanza estará siempre en mi boca (Salmo XXXIII, 2). Y por qué se pone siete veces por lo que es siempre, hay una razón muy cierta, pues con la venida y el regreso de los siete días se completa todo el tiempo.

2. El perdón debe darse al hermano para recibirlo de Dios. Quienquiera que piense en Cristo y desee recibir lo que prometió, no seas perezoso en hacer lo que mandó. ¿Qué prometió? La vida eterna. ¿Y qué mandó? Dar perdón a tu hermano. Como si te dijera: Tú, hombre, da perdón al hombre, para que yo, Dios, venga a ti. Pero para omitir, o más bien interrumpir esas promesas divinas más altas, en las que nuestro Creador nos hará iguales a sus ángeles, para que vivamos con Él y en Él y de Él sin fin: para no decir esto por ahora, ¿no deseas recibir de tu Dios lo mismo que se te ordena dar a tu hermano? Lo mismo, digo, que se te ordena dar a tu hermano, ¿no deseas recibirlo de tu Señor? Dime si no quieres, y no lo des. ¿Qué es esto, sino que perdones al que te lo pide, si tú pides ser perdonado? O si no tienes nada que deba ser perdonado, me atrevo a decir, No perdones. Aunque ni siquiera debí decir esto. Aunque no tengas nada que deba ser perdonado, perdona.

3. Las deudas deben ser perdonadas siguiendo el ejemplo de Dios. Me dirás ahora: Pero yo no soy Dios, soy un hombre pecador. Gracias a Dios que confiesas tus pecados. Entonces perdona, para que te sean perdonados. Sin embargo, nuestro mismo Señor Dios nos exhorta a imitarlo. Primero, el mismo Dios Cristo, de quien el apóstol Pedro dijo; Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas; quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II, 21 y 22). Y ciertamente Él no tenía pecado, y murió por nuestros pecados, y derramó su sangre para el perdón de los pecados. Tomó sobre sí lo que no debía, para liberarnos de la deuda. No debía morir, ni nosotros vivir. ¿Por qué? Porque éramos pecadores. Ni la muerte le era debida a Él, ni la vida a nosotros: lo que no le era debido lo aceptó, lo que no nos era debido nos lo dio. Pero ya que se trata del perdón de los pecados, para que no piensen que es mucho imitar a Cristo, escuchen al Apóstol diciendo, Perdonándoos unos a otros, como Dios os perdonó en Cristo (Colosenses III, 13). Sed, pues, imitadores de Dios (Efesios V, 1). Son palabras del Apóstol, no mías: Sed, pues, imitadores de Dios. ¿Acaso es soberbio imitar a Dios? Escucha al Apóstol: Sed imitadores de Dios, como hijos amados. Se te llama hijo: si rechazas la imitación, ¿por qué buscas la herencia?

4. El pecador debe perdonar al pecador. Esto diría si no tuvieras pecado alguno que desearas que te fuera perdonado. Pero ahora, quienquiera que seas, eres hombre: aunque seas justo, eres hombre; seas laico, eres hombre; seas monje, eres hombre; seas clérigo, eres hombre; seas obispo, eres hombre; seas apóstol, eres hombre. Escucha la voz del apóstol: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. Aquel, aquel, aquel Juan el evangelista, a quien el Señor Cristo amaba más que a los demás, quien se recostaba sobre su pecho, él mismo dijo, Si decimos: no dijo, Si decís que no tenéis pecado; sino, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Se unió a nosotros en la culpa, para unirse también en el perdón. Si decimos: miren quién lo dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Pero si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad (I Juan I, 8, 9). ¿Cómo nos limpia? Perdonando, no como encontrando qué castigar, sino encontrando qué perdonar. Así que si tenemos pecados,

hermanos, perdonemos a los que lo piden. No retengamos enemistades en nuestro corazón contra otro. Pues las enemistades retenidas corrompen más nuestro propio corazón.

5. El perdón se pide a Dios en la oración con el pacto de dar perdón a otros. Quiero, pues, que perdones, porque yo mantengo el perdón pidiendo. Se te ruega, perdona: se te ruega, y tú rogarás; se te ruega, perdona; tú rogarás para que se te perdone. He aquí que vendrá el tiempo de orar: en las palabras que vas a decir, te tengo. Vas a decir, Padre nuestro que estás en los cielos. Pues no estarás en el número de los hijos, si no vas a decir, Padre nuestro. Así que vas a decir, Padre nuestro que estás en los cielos. Sigue: Santificado sea tu nombre. Di aún: Venga tu reino. Sigue aún: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Mira lo que añades: Danos hoy nuestro pan de cada día. ¿Dónde están tus riquezas? He aquí que mendigas. Sin embargo, de lo que se trata, di aún después: Danos hoy nuestro pan de cada día. Di aún lo que sigue: Perdona nuestras deudas. Has llegado a mis palabras: Perdona, dice, nuestras deudas. ¿Con qué derecho? ¿con qué pacto? ¿con qué acuerdo? ¿con qué documento leído? Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. (Mateo VI, 9-12). No es suficiente que no perdones: aún mientes a Dios. Se ha puesto una condición, se ha fijado una ley: Perdona, como yo perdono. Así que no perdona, a menos que perdones. Perdona, como yo perdono. Quieres que se te perdone a ti que lo pides, perdona al que te lo pide. Estas súplicas las dictó el Jurisperito del cielo: no te engaña; según su voz celestial pide: di, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos; y haz lo que dices. Quien miente en las súplicas, carece del beneficio: quien miente en las súplicas, pierde la causa y encuentra el castigo. Y si alguien miente al emperador, cuando venga, se le convence de que miente: pero cuando tú mientes orando, en la misma oración se te convence. Pues Dios no busca testigos contra ti para convencerte. Quien te dictó las súplicas, es tu abogado: si mientes, es testigo; si no te corriges, será tu juez: Así que di, y haz. Porque si no dices, pidiendo contra la ley no obtienes: pero si dices y no haces, también serás culpable de mentira. No hay manera de pasar por este verso, sino que lo que decimos se cumpla. ¿Acaso podremos borrar este verso de nuestra oración? ¿O quieren que esté allí, Perdona nuestras deudas: y borremos lo que sigue, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores? No lo borrarás, para que no seas borrado antes. En la oración, pues, dices, Da; dices Perdona: para recibir lo que no tienes, y se te perdone lo que has cometido. Así que quieres recibir, da: quieres que se te perdone, perdona. Es una breve conclusión. Escucha a Cristo mismo en otro lugar: Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Lucas VI, 37, 38). Perdonad, y se os perdonará. ¿Qué perdonaréis? Lo que otros han pecado contra vosotros. ¿Qué se os perdonará a vosotros? Lo que habéis pecado, Perdonad. Dad, y se os dará lo que deseáis, la vida eterna. Sostened la vida temporal del pobre, sustentad la vida presente del pobre, y por esta tan pequeña y terrenal semilla recibiréis la cosecha de la vida eterna. Amén.

SERMO CXV. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, Es necesario orar siempre, y no desmayar, etc. Y sobre los dos que subieron al templo a orar: y sobre los niños presentados a Cristo, cap. XVIII, 1-17.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe es la fuente de la oración. La lectura del santo Evangelio nos edifica para orar y creer, y no presumir de nosotros, sino del Señor. ¿Qué mayor exhortación para orar, que se nos proponga la semejanza de un juez injusto? Pues el juez injusto, que no temía a Dios ni respetaba al hombre, escuchó sin embargo a la viuda que lo interpelaba, vencido por el tedio, no inclinado por la piedad. Si, pues, escuchó quien odiaba lo que se le pedía, ¿cómo no escuchará quien nos exhorta a pedir? Así que cuando el Señor nos persuadía con esta

comparación contraria, Porque es necesario orar siempre, y no desmayar; añadió y dijo, Sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? Si la fe falla, la oración perece. ¿Quién ora por lo que no cree? Por eso también el bienaventurado Apóstol, cuando exhortaba a orar, dijo: Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. Y para mostrar que la fe es la fuente de la oración, y que el río no puede fluir donde la fuente está seca, añadió y dijo: ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? (Romanos X, 13, 14). Así que para que oremos, creamos; y para que no falte la fe con la que oramos, oremos. La fe derrama la oración, la oración derramada obtiene firmeza para la fe. La fe, digo, derrama la oración, la oración derramada obtiene firmeza incluso para la misma fe. Pues para que la fe no falle y perezca en las tentaciones, por eso el Señor dijo: Velad y orad, para que no entréis en tentación. Velad, dijo, y orad, para que no entréis en tentación. ¿Qué es entrar en tentación, sino salir de la fe? Pues la tentación avanza en la medida en que la fe falla; y la tentación retrocede en la medida en que la fe avanza. Porque para que vuestra Caridad sepa más claramente que el Señor dijo, Velad y orad, para que no entréis en tentación, por la fe para que no falle y perezca, en ese lugar del Evangelio dice, Esta noche Satanás ha pedido zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, Pedro, para que tu fe no falle (Lucas XXII, 46, 31, 32). ¿Roga quien protege, y no roga quien está en peligro? Pero lo que dijo el Señor, Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? lo dijo de la fe que es perfecta. Pues esa apenas se encuentra en la tierra. He aquí que la Iglesia de Dios está llena: ¿quién se acercaría aquí, si no hubiera fe? ¿Quién no movería montañas, si la fe estuviera plena? Miren a los mismos Apóstoles: dejando todo lo suyo, pisoteando la esperanza del mundo, no seguirían al Señor, si no tuvieran gran fe; y sin embargo, si tuvieran plena fe, no dirían al Señor, Aumentanos la fe (Lucas XVII, 5). Mira también a aquel que confesaba de sí mismo (mira la fe, y no la fe plena), quien cuando presentó a su hijo al Señor para ser sanado de un mal demonio, y fue interrogado si creía, respondió y dijo: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad (Marcos IX, 23). Creo, dijo, Creo, Señor: por tanto, hay fe. Pero ayuda mi incredulidad: por tanto, no es plena la fe.

CAPÍTULO II.

2. La fe no es de los soberbios, sino de los humildes. Pero porque la fe no es de los soberbios, sino de los humildes, Dijo a algunos que se creían justos, y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar, uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo decía: Te doy gracias, Dios, porque no soy como los demás hombres. Al menos diría, Como muchos hombres. ¿Qué es, como los demás hombres, sino todos menos él? Yo, dice, soy justo, los demás pecadores. No soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros. Y he aquí que tienes en el publicano cercano una ocasión de mayor soberbia. Como, dice, este publicano. Yo, dice, soy el único, este es de los demás. No soy, dice, tal como este, por mis justicias, por las cuales no soy injusto. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Busca qué pidió a Dios, no encontrarás nada en sus palabras. Subió a orar: no quiso pedir a Dios, sino alabarse a sí mismo. No es suficiente, no pedir a Dios, sino alabarse a sí mismo; además, insultar al que pide. Pero el publicano estaba de lejos: y sin embargo, él se acercaba a Dios. La conciencia del corazón lo alejaba, la piedad lo acercaba. Pero el publicano estaba de lejos: pero el Señor lo miraba de cerca. Porque el Señor es excelso, y mira a los humildes. Pero a los altivos, como era aquel fariseo, los conoce de lejos. Ciertamente conoce a los altivos de lejos (Salmo CXXXVII, 6), pero no los perdona. Aún escucha la humildad del publicano. No es suficiente, porque estaba de lejos: ¿ni levantaba sus ojos al cielo? Para ser mirado, no miraba. No se atrevía a mirar hacia arriba: la conciencia lo oprimía, la esperanza lo levantaba. Aún escucha: Golpeaba su pecho. Exigía castigo de sí mismo: por eso el Señor perdonaba al que confesaba, Golpeaba su pecho, diciendo: Señor,

ten piedad de mí, pecador. He aquí quien pide. ¿Qué te sorprende, si Dios perdona, cuando él mismo se reconoce? Has recibido la controversia del fariseo y el publicano; escucha la sentencia: has escuchado al acusador soberbio, has escuchado al reo humilde; ahora escucha al juez. Amén os digo. La Verdad dice, Dios dice, el juez dice: Amén os digo, descendió justificado del templo aquel publicano, más que aquel fariseo. Di, Señor, la causa. He aquí que veo al publicano descender justificado más que al fariseo. Pregunto por qué. ¿Preguntas por qué? Escucha por qué. Porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado. Has escuchado la sentencia, evita la mala causa: digo otra cosa, Has escuchado la sentencia, evita la soberbia.

CAPÍTULO III.

3. Contra los pelagianos. Que vean ahora, que escuchen esos que hablan impíamente, y presumen de sus propias fuerzas, que escuchen los que dicen, Dios me hizo hombre, yo mismo me hago justo. ¡Oh, peor y más detestable que el fariseo! Aquel fariseo ciertamente decía con soberbia que era justo, pero sin embargo, de eso daba gracias a Dios. Decía que era justo; pero sin embargo, daba gracias a Dios. Gracias a ti, Dios, porque no soy como los demás hombres. Gracias a ti, Dios: daba gracias a Dios, porque no era como los demás hombres: y sin embargo, como soberbio e inflado es reprendido; no porque daba gracias a Dios, sino porque no deseaba que se le añadiera nada. Gracias a ti, porque no soy como los demás hombres, injustos. Entonces tú eres justo; entonces no pides nada; entonces ya estás lleno; entonces ya no es la vida humana sobre la tierra una tentación (Job VII, 1); entonces ya estás lleno; entonces ya abundas; entonces ya no hay por qué digas, Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12). ¿Qué es entonces quien impíamente ataca la gracia, si se reprende a quien con soberbia da gracias?

CAPÍTULO IV.

4. El bautismo de Cristo es necesario para los niños. Y he aquí que después de dicha la controversia y pronunciada la sentencia, avanzan también los niños, más bien son traídos y presentados para ser tocados. ¿Para ser tocados por quién, sino por el médico? Ciertamente sanos: ¿a quién se presentan los niños para ser tocados? ¿A quién? Al Salvador. Si al Salvador, ciertamente para ser salvados. ¿A quién, sino a aquel que vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas XIX, 10). ¿Dónde se habían perdido estos? En cuanto a ellos propiamente, los veo inocentes, busco la culpa. ¿De dónde? Escucho al Apóstol: Por un hombre entró el pecado en el mundo. Por un hombre, dice, el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Romanos V, 12). Vengan, pues, los niños, vengan: escuchemos al Señor, Dejad que los niños vengan a mí (Lucas XVIII, 16). Vengan los niños, enfermos al médico, vengan los perdidos al redentor: vengan, nadie los impida. En la rama aún no han cometido nada: pero en la raíz se perdieron. Bendiga el Señor a los pequeños con los grandes: toque el médico tanto a pequeños como a grandes. Recomendamos la causa de los niños a los mayores. Hablen por los que callan, oren por los que lloran. Si no son mayores en vano, sean tutores: defiendan a aquellos que aún no pueden defender su causa. La perdición fue común, sea común el hallazgo: juntos nos perdimos, juntos seamos hallados en Cristo. El mérito es dispar, pero la gracia es común. No tienen nada malo, sino lo que han traído de la fuente: no tienen nada malo, sino lo que han traído del origen. No los impidan de ser liberados, quienes han añadido mucho a lo que han traído. Quien es mayor en edad, es mayor en iniquidad. Pero la gracia de Dios borra lo que trajiste, borra también lo que añadiste. Pues donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Romanos V, 20).

SERMO CXVI. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo, Paz a vosotros, etc., cap. XXIV, V. 36-47.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Herejía de los maniqueos. El Señor se apareció a sus discípulos después de la resurrección, como habéis escuchado, y los saludó diciendo: Paz a vosotros. Esta es la paz y la salutación de la salvación: pues la misma salutación toma su nombre de la salud. Pero, ¿qué mejor que la misma salud salude al hombre? Cristo es nuestra salud. Él es nuestra salud, quien fue herido por nosotros y clavado en el madero; y bajado del madero, fue puesto en el sepulcro. Sin embargo, resucitó del sepulcro, con las heridas sanadas, pero conservando las cicatrices. Esto lo consideró conveniente para sus discípulos, que se conservaran sus cicatrices, para que se sanaran las heridas del corazón. ¿Qué heridas? Las heridas de la incredulidad. Se apareció a sus ojos mostrando su verdadera carne: y pensaron que veían un espíritu. Esta no es una herida leve del corazón. De hecho, hicieron una herejía maligna quienes permanecieron en esta herida. ¿Pero no creemos que los discípulos fueron heridos, porque pronto fueron sanados? Que vuestra Caridad considere, si hubieran permanecido en esta herida, pensando que el cuerpo sepultado no había resucitado, sino que un espíritu con la imagen del cuerpo había engañado los ojos humanos: si hubieran permanecido en esta fe, o más bien en esta perfidia, no deberían lamentarse sus heridas, sino su muerte.

CAPÍTULO II.

2. Duda de los discípulos. Pero, ¿qué dijo el Señor Jesús? ¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón? Si suben pensamientos a vuestro corazón, los pensamientos vienen de la tierra. Es bueno para el hombre, no que el pensamiento suba a su corazón, sino que su corazón suba hacia arriba: donde el Apóstol quería poner los corazones de los creyentes, a quienes decía: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; buscad las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colosenses III, 1-4). ¿En qué gloria? En la de la resurrección. ¿En qué gloria? Escucha al Apóstol hablando de este cuerpo: Se siembra en ignominia, resucitará en gloria (I Corintios XV, 43). Esta gloria no querían dársela los Apóstoles a su Maestro, a su Cristo, a su Señor: no creían que él pudiera resucitar su cuerpo del sepulcro; pensaban que era un espíritu, y veían carne, y no confiaban en sus propios ojos. Y nosotros creemos en ellos anunciando y no mostrando. He aquí que no creían en Cristo mostrándose a sí mismo. Mala herida: que salgan los remedios de las cicatrices. ¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies, donde fui clavado con clavos. Tocad y ved. Pero veis, y no veis. Tocad y ved. ¿Qué? Que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Diciendo esto (así se ha recitado) les mostró las manos y los pies.

CAPÍTULO III.

3. Cómo se persuadía la fe en la resurrección de Cristo. Y aún temblando y maravillándose de gozo. Ya había gozo, y aún permanecía el temblor. Pues se había hecho algo increíble, pero sin embargo hecho. ¿Acaso ahora es increíble que la carne del Señor resucitó del sepulcro? Todo el mundo lo ha creído: quien no lo ha creído, ha permanecido impuro. Sin embargo,

entonces era increíble: y se persuadía no solo con los ojos, sino también con las manos, para que por el sentido del cuerpo la fe descendiera al corazón, y la fe descendiendo al corazón pudiera ser predicada por el mundo, sin ver ni tocar, y sin embargo creyendo sin duda. ¿Tenéis aquí, dijo, algo que se pueda comer? ¿Cuánto añade al edificio de la fe el buen constructor? No tenía hambre, y buscaba comer. Y comió por poder, no por necesidad. Reconozcan entonces los discípulos el verdadero cuerpo, que el mundo reconoció por su predicación.

CAPÍTULO IV.

4. Contra los maniqueos. Si acaso hay algunos herejes que aún tienen en su corazón que Cristo se mostró a los ojos, y que la carne de Cristo no era verdadera; ya dejen eso, que el Evangelio los persuada. Nosotros los reprendemos porque piensan así: él los condenará si persisten en pensar así. ¿Quién eres tú, que no crees que el cuerpo puesto en el sepulcro pudo resucitar? ¿Eres maniqueo? que ni siquiera crees que fue crucificado, porque tampoco crees que nació; proclamas que todo lo mostró falso. ¿Él mostró cosas falsas, y tú dices la verdad? ¿Tú no mientes con la boca; pero él mintió con el cuerpo? He aquí que piensas que apareció a los ojos lo que no era; que era un espíritu, no carne. Escúchalo: te ama, para que no te condene. Escúchalo diciendo: he aquí que te dice, infeliz; te habla a ti: ¿Por qué estás turbado, y suben pensamientos a tu corazón? Mirad, dice, mis manos y mis pies. Tocad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. ¿Decía esto la verdad, y engañaba? Era cuerpo, era carne; lo que había sido sepultado, aparecía. Que perezca la duda, que siga una digna alabanza.

5. Cristo inspira fe. Entonces se mostró a sus discípulos. ¿Qué es, se mostró? La cabeza de su Iglesia. La Iglesia futura en el mundo era prevista por él, aún no era vista por los discípulos. Mostraba la cabeza, prometía el cuerpo. ¿Qué añadió a continuación? Estas son las palabras que os hablé, mientras aún estaba con vosotros. ¿Qué es esto, mientras aún estaba con vosotros? ¿Acaso no estaba entonces con ellos, cuando les hablaba? ¿Qué es, mientras aún estaba con vosotros? Con vosotros mortal, lo que ya no soy. Estaba con vosotros, cuando iba a morir. ¿Qué es, con vosotros? Con los que iban a morir, muriendo. Ahora ya no con vosotros: porque con los que iban a morir, nunca más muriendo. Esto os decía. ¿Qué?

CAPÍTULO V.

Porque era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Os dije que era necesario que todo se cumpliera. Entonces les abrió el entendimiento. Ven, Señor, haz llaves, abre, para que entendamos. He aquí que dices todo, y no se te cree. Se piensa que eres un espíritu; se te toca, se te palpa, y aún tiemblan los que te tocan. Les recuerdas las Escrituras, y aún no entienden. Los corazones están cerrados, abre, y entra. Lo hizo: Entonces les abrió el entendimiento. Abre, Señor, y al que duda de Cristo abre el corazón. Abre el entendimiento a quien cree que Cristo fue un fantasma. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras.

6. Se promete que la Iglesia estará en todas las naciones. Cristo es visto por los Apóstoles, la Iglesia es vista por nosotros. Y les dijo. ¿Qué? Que así era necesario. Que así está escrito, y así era necesario. ¿Qué? Que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día. Esto lo vieron; vieron al que padecía, vieron al que colgaba, veían después de la resurrección al presente, al viviente. ¿Qué entonces no veían? El cuerpo, es decir, la Iglesia. Lo veían a él, no la veían a ella. Veían al esposo, la esposa aún estaba oculta. Que también la prometa a

ella. Así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día. Esto es el esposo.

CAPÍTULO VI.

¿Qué de la esposa? Y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Esto aún no lo veían los discípulos: la Iglesia en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, aún no la veían. Veían la cabeza: y creían en el cuerpo por la cabeza. Por lo que veían, creían en lo que no veían. Somos semejantes a ellos: vemos algo que ellos no veían; y no vemos algo que ellos veían. ¿Qué vemos nosotros que ellos no veían? La Iglesia en todas las naciones. ¿Qué no vemos que ellos veían? A Cristo constituido en carne. Así como ellos lo veían a él, y creían en el cuerpo: así nosotros vemos el cuerpo, creamos en la cabeza. Que nuestras visiones se ayuden mutuamente. Los ayuda a ellos ver a Cristo, para que creyeran en la futura Iglesia: nos ayuda a nosotros ver la Iglesia, para que creamos que Cristo resucitó. Se completó la fe de ellos, se completa la nuestra: se completó la de ellos en la cabeza, se completa la nuestra en el cuerpo. Todo Cristo se dio a conocer a ellos, y se nos dio a conocer a nosotros: pero no todo fue visto por ellos, ni todo es visto por nosotros. Por ellos fue vista la cabeza, creído el cuerpo: por nosotros visto el cuerpo, creída la cabeza. Sin embargo, a nadie le falta Cristo: en todos está lleno, y aún le resta cuerpo. Creyeron ellos, creyeron por ellos muchos en Jerusalén; creyó Judea, creyó Samaria. Que se añadan miembros, que se añada edificio al fundamento. Porque nadie puede poner otro fundamento, dice el Apóstol, que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Corintios III, 11). Que se enfurezcan los judíos, que se llenen de celo: que Esteban sea lapidado, que Saulo guarde las vestiduras de los que lapidan, Saulo que será el apóstol Pablo. Que Esteban sea asesinado, que la Iglesia de Jerusalén sea perturbada (Hechos VII, 57, I, 1): que se dispersen de allí las maderas ardientes, que se añadan y enciendan. Pues de algún modo las maderas en la Iglesia de Jerusalén ardían con el Espíritu Santo, cuando tenían un alma y un corazón en Dios (Hechos IV, 32). Al ser lapidado Esteban, esa congregación sufrió persecución: las maderas se dispersaron, y el mundo se encendió.

CAPÍTULO VII.

7. Saulo transformado en predicador del Evangelio. Finalmente, Saulo, aquel furioso, recibió cartas de los príncipes de los sacerdotes, y comenzó a ir enfurecido, anhelando la matanza, sediento de sangre, de donde pudiera, a quienes pudiera arrastrar encadenados, llevarlos al suplicio, saciarse con sangre derramada. Pero, ¿dónde está Dios, dónde está Cristo, el coronador de Esteban? ¿Dónde, sino en el cielo? Que vea también a Saulo, que se burle del que se enfurece, que clame desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo estoy en el cielo, tú en la tierra; y sin embargo, me persigues. No tocas la cabeza, pero pisoteas mis miembros. Pero, ¿qué haces? ¿qué logras? Duro te es dar coces contra el aguijón. Por más que lances patadas, te lastimas. Deja entonces la furia, toma la salud. Deja el mal consejo, busca el buen auxilio. Con esa voz fue derribado. ¿Quién fue derribado? El perseguidor. He aquí que fue vencido con una sola voz. ¿A dónde ibas? ¿por qué te enfurecías? ¿A quiénes buscabas, ahora los sigues: a quienes perseguías, ahora por ellos sufres persecución. Se levanta el predicador, quien fue derribado como perseguidor. Escuchó la voz del Señor. Fue cegado, pero en el cuerpo, para que fuera iluminado en el corazón. Conducido a Ananías, catequizado por muchos, bautizado, salió apóstol (Hechos IX). Di, predica: predica a Cristo, difunde, oh buen carnero, ya no lobo. Míralo, obsérvalo, quien se enfurecía: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gálatas VI, 14). Difunde el Evangelio: lo que concebiste en el

corazón, difúndelo con la boca. Que las naciones oigan, que las naciones crean: que las naciones florezcan, que nazca de la sangre de los mártires la esposa purpurada para el Señor. ¿Y cuántos se han añadido de ella? ¿cuántos miembros se han adherido a la cabeza, y ahora se adhieren, y creen? Y estos han sido bautizados, y otros serán bautizados, y después de nosotros vendrán otros. Entonces, digo, al final del siglo se añadirán piedras al fundamento, piedras vivas, piedras santas, para que al final se edifique todo el edificio de aquella Iglesia; más bien de esta misma Iglesia, que ahora canta un cántico nuevo, mientras se edifica la casa. Pues así lo tiene el mismo Salmo: Cuando se edificaba la casa después de la cautividad. ¿Y qué? Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor toda la tierra (Salmo XCV, 1). ¡Qué gran casa! Pero, ¿cuándo canta un cántico nuevo? Cuando se edifica. ¿Cuándo se dedica? Al final del siglo. Su fundamento ya está dedicado: porque ascendió al cielo, y no muere. Cuando también nosotros resucitemos, para no morir nunca, entonces seremos dedicados.

SERMO CXVII. De las palabras del Evangelio de Juan, cap. I, 1-3, En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios, etc. Contra los arrianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Verbo de Dios para ser entendido, a qué precio debe ser adquirido. El capítulo del Evangelio que se ha leído, hermanos amadísimos, requiere un ojo puro del corazón. Pues hemos recibido a nuestro Señor Jesucristo según la divinidad para crear toda la creación, según la humanidad para reparar la creación caída, evangelizando Juan. En el mismo Evangelio encontramos qué clase y cuán grande hombre fue Juan, para que por la dignidad del dispensador se entienda cuán valioso es el Verbo, que pudo ser dicho por tal: más bien cuán sin precio es lo que supera todo. Pues el precio o se compara con la cosa vendida, o se le somete, o la excede. Cuando alguien compara tanto como vale, el precio se iguala a la cosa que se compra: cuando es más barato, se le somete: cuando es más caro, la supera. Sin embargo, al Verbo de Dios nada puede igualarse, ni someterse a cambio, ni superarse. Pues todo puede ser sometido al Verbo de Dios, porque todas las cosas por él fueron hechas: sin embargo, no se someten, como si fueran precio del Verbo, para que alguien dé algo, para recibirlo. Sin embargo, si se puede decir, y lo admite este nombre alguna razón o costumbre de hablar, el precio de adquirir el Verbo es el mismo comprador, quien se dio a sí mismo por sí mismo a este Verbo. Así que cuando compramos algo, buscamos algo que dar, para tener la cosa por el precio que queremos comprar. Y lo que damos está fuera de nosotros; y si estaba con nosotros, se hace fuera de nosotros lo que damos, para que esté con nosotros lo que compramos. Cualquier precio que encuentre quien compra algo, es necesario que encuentre tal, que dé lo que tiene, y reciba lo que no tiene; sin embargo, permanece aquel de quien se aleja el precio, y se acerca aquello por lo que da el precio. Pero quien quiere adquirir este Verbo, quien quiere tenerlo, no busque fuera de sí mismo lo que dé, dése a sí mismo. Esto, cuando lo hace, no se pierde a sí mismo, como pierde el precio cuando compra algo.

CAPÍTULO II.

2. El precio del Verbo es el mismo hombre. El Verbo de Dios, por tanto, está propuesto a todos: que lo adquieran quienes puedan; pueden quienes piadosamente quieran. Pues en ese Verbo está la paz: y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Por tanto, quien quiera adquirirlo, dése a sí mismo. Como si esto fuera el precio del Verbo, si de algún modo se puede decir, cuando ni se pierde a sí mismo quien lo da, y adquiere el Verbo por el que se da, y se adquiere a sí mismo en el Verbo al que se da. ¿Y qué da al Verbo? No algo ajeno a él, por lo que se da; sino lo que por el mismo Verbo fue hecho, esto se le devuelve

para que sea restaurado. Todas las cosas por él fueron hechas. Si todas, ciertamente también el hombre. Si el cielo, si la tierra, si el mar, si todas las cosas que en ellos están, si toda la creación; ciertamente él más manifiestamente, quien a imagen de Dios fue hecho por el Verbo.

3. El Verbo de Dios es una forma no formada. Forma sin tiempo y lugar. No tratamos ahora, hermanos, cómo puede entenderse lo que se ha dicho. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Inefablemente puede entenderse: no por palabras humanas se hace que se entienda. Tratamos el Verbo de Dios, y decimos por qué no se entiende. No decimos ahora para que se entienda, sino decimos qué impide que se entienda. Pues es una forma, una forma no formada, sino forma de todas las cosas formadas: forma inmutable, sin caída, sin defecto, sin tiempo, sin lugar, superando todo, existiendo para todos y siendo un fundamento en el que están, y un ápice bajo el cual están. Si dices que todas las cosas están en él, no mientes. Pues está dicho que el mismo Verbo es la Sabiduría de Dios: y tenemos escrito, Todas las cosas en Sabiduría hiciste (Salmo CIII, 24). Por tanto, en él están todas las cosas: y sin embargo, porque es Dios, bajo él están todas las cosas. Decimos cuán incomprensible es lo que se ha leído: sin embargo, se ha leído, no para que sea comprendido por el hombre, sino para que el hombre se duela porque no lo comprende, y encuentre qué le impide la comprensión, y remueva esas cosas, y anhele la percepción del Verbo inmutable, él mismo cambiado de lo peor a lo mejor. Pues el Verbo no progresa ni crece con el conocedor que se le acerca: sino que permanece íntegro, si permaneces; íntegro, si te alejas; íntegro, cuando regresas; permaneciendo en sí mismo, y renovando todas las cosas. Por tanto, es la forma de todas las cosas, forma no fabricada, sin tiempo, como hemos dicho, y sin espacios de lugares. Pues todo lo que es captado por lugar, es circunscrito. La forma es circunscrita por límites, tiene metas desde dónde y hasta dónde es. Además, lo que es captado por lugar y se extiende por alguna mole y espacio, es menor en parte que en todo. Que Dios haga que entendáis.

CAPÍTULO III.

4. No menor en parte que en todo. Diariamente, sin embargo, de los cuerpos que están ante nuestros ojos, que vemos, que tocamos, entre los que estamos, podemos juzgar que cualquier cuerpo tiene forma en un lugar. Pero todo lo que ocupa espacio de lugar, es menor en parte que en todo. La parte del cuerpo humano, por ejemplo, el brazo: ciertamente el brazo es menor que todo el cuerpo. Y si el brazo es menor, ocupa un lugar más corto. Asimismo, la cabeza, porque es parte del cuerpo, está en un lugar menor, y es menor que todo el cuerpo, del cual es cabeza. Así todas las cosas que están en lugar, son menores en parte que en todo. No pensemos nada de esto sobre aquel Verbo, no imaginemos nada de esto. No es aquel Verbo, no es aquel Dios menor en parte que en todo.

5. En las cosas divinas, la ignorancia piadosa es mejor que el conocimiento presuntuoso. Dios es incomprensible al ojo del corazón. El hombre se hace bienaventurado por el conocimiento de Dios. Dios no crece por nuestro conocimiento. Pero no puedes concebir tal cosa. Más piadosa es tal ignorancia que el conocimiento presuntuoso. Hablamos de Dios. Se ha dicho, Y el Verbo era Dios. Hablamos de Dios, ¿qué maravilla si no lo comprendes? Pues si lo comprendes, no es Dios. Que haya una piadosa confesión de ignorancia más que una temeraria profesión de conocimiento. Alcanzar a Dios con la mente, es una gran bienaventuranza: pero comprenderlo, es del todo imposible. Dios pertenece a la mente, debe ser entendido: el cuerpo a los ojos, debe ser visto. ¿Pero crees que puedes comprender el

cuerpo con el ojo? En absoluto no puedes. Pues lo que ves, no lo ves todo. Del rostro del hombre que ves, no ves la espalda en el momento en que ves el rostro: y cuando ves la espalda, en ese momento no ves el rostro. No ves, por tanto, de manera que comprendas: sino que cuando miras otra parte que no habías visto, a menos que la memoria te haga recordar que viste de donde te alejas, nunca dirías que has comprendido algo ni siquiera en la superficie. Manipulas lo que ves, lo giras aquí y allá, o tú mismo das vueltas para verlo todo. Por tanto, no puedes ver todo de un solo vistazo. Y mientras giras para ver, ves partes: y al conectar que viste otras partes, parece que inspeccionas el todo. Pero aquí no se entiende la visión de los ojos, sino la vivacidad de la memoria. ¿Qué, entonces, puede decirse de aquel Verbo, hermanos? He aquí que hablamos de cuerpos sujetos a nuestros ojos, no pueden ser comprendidos por la vista: ¿qué ojo del corazón comprende a Dios? Basta con que lo toque, si el ojo es puro. Pero si lo toca, lo toca con un contacto incorpóreo y espiritual, no obstante, no lo comprende; y esto, si es puro. Y el hombre se hace bienaventurado tocando con el corazón aquello que siempre permanece bienaventurado: y eso es la misma bienaventuranza perpetua, y de donde el hombre se hace vivo, vida perpetua; de donde el hombre se hace sabio, sabiduría perfecta; de donde el hombre se hace iluminado, es luz sempiterna. Y mira cómo al tocar te haces lo que no eras, no haces que aquello que tocas sea lo que no era. Esto digo, Dios no crece por el conocedor, sino el conocedor por el conocimiento de Dios.

CAPÍTULO IV.

No pensemos, hermanos carísimos, que prestamos un beneficio a Dios, porque dijimos que de algún modo damos un precio. No le damos de donde pueda crecer, quien incluso cuando caes permanece íntegro, y cuando regresas permanece íntegro, preparado para ser visto para beatificar a los convertidos, y castigar con ceguera a los que se apartan. Pues primero se venga en el alma apartada de sí, con el inicio de los castigos, con la misma ceguera. Pues quien se aparta de la luz verdadera, es decir, de Dios, ya se hace ciego. Aún no siente el castigo, pero ya lo tiene.

6. El Verbo coeterno al Padre se afirma contra los arrianos. Así que el Verbo de Dios, hermanos carísimos, incorpóreamente, inviolablemente, inmutablemente, sin nacimiento temporal, sin embargo, entendamos que ha nacido de Dios. ¿Creemos que podemos de algún modo persuadir a algunos infieles a no rechazar la verdad, que se dice por nosotros en la fe católica, que es contraria a los arrianos, por quienes la Iglesia de Dios ha sido frecuentemente tentada, cuando los hombres carnales aceptan más fácilmente lo que están acostumbrados a ver? Pues algunos se atrevieron a decir, El Padre es mayor que el Hijo, y lo precede en el tiempo: es decir, el Padre es mayor que el Hijo, y el Hijo es menor que el Padre, y es precedido por el Padre en el tiempo. Y así disputan: Si ha nacido, ciertamente el Padre existía antes de que el Hijo le naciera. Prestad atención: que él mismo esté con nosotros, con la ayuda de vuestras oraciones, y con la piadosa intención de recibir lo que él mismo ha dado, lo que él mismo ha sugerido; que esté con nosotros, para que podamos de algún modo explicar lo que hemos comenzado. Sin embargo, hermanos, digo antes, si no puedo explicarlo, no penséis que la razón ha fallado, sino el hombre. Así que os exhorto y ruego que oréis: que la misericordia de Dios esté presente, y haga que digamos la cosa de tal manera que os convenga escuchar, y a nosotros decir. Esto es lo que ellos dicen: Si es Hijo de Dios, ha nacido. Esto lo admitimos. Pues no sería Hijo, si no hubiera nacido. Es manifiesto, la fe lo admite, la Iglesia católica lo aprueba, es verdad. Luego añaden: Si el Hijo ha nacido del Padre, el Padre existía antes de que el Hijo le naciera. Esto lo rechaza la fe, lo rechazan los oídos católicos; se anatematiza, está fuera quien piensa esto, no pertenece a la participación y

sociedad de los santos. Entonces, dice, dame razón de cómo el Hijo pudo nacer del Padre, y ser coeterno con aquel de quien ha nacido.

CAPÍTULO V.

7. Difícil insinuar lo divino a los carnales. ¿Y qué hacemos, hermanos, cuando insinuamos cosas espirituales a los carnales: si es que nosotros mismos no somos carnales, cuando intimamos estas cosas espirituales a los carnales, al hombre acostumbrado al nacimiento terrenal, y viendo el orden de esta creación, donde sucesiones y decesos, engendrados y engendrados se distinguen por edad? Pues después del padre nace el hijo, para suceder al padre que ciertamente morirá. Esto lo encontramos en los hombres, esto en otros seres animados, padres anteriores en el tiempo, hijos posteriores en el tiempo. Con esta costumbre de ver, desean los carnales transferir esto a las cosas espirituales, y con la intención de los carnales son más fácilmente seducidos. Pues no sigue la razón de los oyentes a los que predicen tales cosas, sino la costumbre, que también los disuelve a ellos, para que prediquen tales cosas. ¿Y qué hacemos nosotros? ¿Callaremos? Ojalá fuera posible. Pues tal vez callando se pensaría algo digno sobre la cosa inefable. Pues lo que puede ser dicho, no es inefable. Sin embargo, Dios es inefable. Pues si el apóstol Pablo dice que fue arrebatado hasta el tercer cielo, y dice que oyó palabras inefables (II Cor. XII, 4); cuánto más él mismo es inefable, quien mostró tales cosas, que no puede decir quien las ha visto. Así que, hermanos, sería mejor si pudiéramos callar, y decir: Esto tiene la fe, así creemos: no puedes comprenderlo, eres pequeño: hay que tolerarlo pacientemente, hasta que nutras tus alas; no sea que cuando quieras volar sin plumas, no sea ese el aire de la libertad, sino la caída de la temeridad. ¿Qué dicen ellos en contra? Oh, si tuviera algo que decir, me lo diría. Esta es la excusa del que falla. Ha sido vencido por la verdad, quien no quiere responder. Aquel a quien se le dice esto, si no responde, aunque en sí mismo no ha sido vencido, sin embargo, es vencido en los hermanos que titubean. Pues los hermanos débiles oyen, y piensan que realmente no hay nada que decir: y tal vez piensan que es verdad, que no hay nada que decir, pero no que no hay nada que sentir. Pues el hombre no puede decir nada que no pueda también sentir: puede también sentir algo que no puede decir.

8. Similitudes para refutar a los arrianos. Sin embargo, manteniendo la inefabilidad de esa majestad, no sea que cuando hayamos dado algunas similitudes contra ellos, alguien piense que hemos llegado ya a aquello que no puede ser dicho ni pensado por los pequeños (ciertamente, y si puede ser por algunos mayores, puede en parte, puede en enigma, puede por espejo; pero aún no cara a cara); demos también nosotros algunas similitudes contra ellos, de donde ellos sean refutados, no de donde aquello sea captado. Pues cuando decimos que es muy posible, posible de entender, que tanto ha nacido como es coeterno con aquel de quien ha nacido, para que ellos refuten esto y demuestren que es falso, nos dan similitudes. ¿De dónde? De la criatura: y nos dicen, Ciertamente el hombre existía antes de engendrar a su hijo, es mayor que su hijo: y el caballo existía antes de engendrar a su hijo, y la oveja, y los demás animales. Aportan similitudes de las criaturas.

CAPÍTULO VI.

9. Sin embargo, nuestra fe en el Verbo no se apoya en similitudes. ¿Qué, debemos esforzarnos para encontrar también nosotros similitudes de las cosas que afirmamos? ¿Qué? si no encontrara, ¿no podría decir correctamente, que tal vez la natividad del Creador no tiene similitud en la criatura? Pues cuanto supera lo que aquí está en lo que allí está, tanto supera lo que aquí nace en lo que allí ha nacido. Todo aquí es por Dios: y sin embargo, ¿qué puede

compararse a Dios? Así todo lo que aquí nace, nace por su hacer. Y así tal vez no se encuentra alguna similitud de su natividad, como no se encuentra de su sustancia, y de su inmutabilidad, divinidad, majestad. ¿Qué puede encontrarse aquí que sea semejante? Si, por tanto, tal vez no se encuentra similitud de la natividad, ¿acaso por eso estoy oprimido, porque no encontré similitudes del Creador de todo, deseando encontrar en la criatura lo que sea semejante al Creador?

10. Similitudes de la natividad del Hijo de Dios imperfectas en las criaturas. Coetáneo y coeterno. Y realmente, hermanos, no voy a encontrar similitudes temporales que pueda comparar con la eternidad. Pero, ¿y las que tú encontraste, qué son? ¿Qué encontraste? Que el padre es mayor en tiempo que el hijo: y por eso quieres que el Hijo de Dios sea menor en tiempo que el Padre eterno, porque encontraste al hijo menor que el padre temporal. Dame aquí un padre eterno, y encontraste la similitud. Encuentras al hijo menor que el padre en el tiempo, al hijo temporal menor que el padre temporal. ¿Acaso encontraste para mí un hijo temporal menor que un padre eterno?

CAPÍTULO VII.

Porque en la eternidad hay estabilidad, pero en el tiempo hay variedad; en la eternidad todo permanece, en el tiempo unas cosas suceden a otras: puedes encontrar al hijo menor en la variedad del tiempo sucediendo al padre, porque también él mismo sucedió a su padre no eterno, siendo temporal. ¿Qué, entonces, podemos encontrar, hermanos míos, en la criatura que sea coeterno, cuando en la criatura no encontramos nada eterno? Encuentra un padre eterno en la criatura, y encuentro un hijo coeterno. Pero si no encuentras eterno, y se superan en el tiempo; basta con que encontremos una similitud coetánea. Una cosa es coeterno, otra cosa es coetáneo. Decimos diariamente coetáneos a aquellos que tienen la misma medida de tiempos: no uno precede al otro en tiempo, sin embargo, ambos comenzaron a existir, a quienes llamamos coetáneos. Si pudiéramos encontrar coetáneo lo que nace de aquel de quien nace; si pueden encontrarse dos coetáneos, el que engendra y el engendrado: aquí encontramos coetáneos, allí entendamos coeternos. Si aquí encuentro que el engendrado comenzó a existir desde que comenzó el engendrador, entendemos ciertamente que el Hijo de Dios no comenzó a existir desde que no comenzó el engendrador. He aquí tal vez, hermanos, encontramos algo en la criatura, que nace de otra cosa, y sin embargo comienza a existir desde que comenzó aquello de donde nace. Esto desde que aquello comenzó, aquello desde que aquello no comenzó. Esto, por tanto, coetáneo, aquello coeterno.

CAPÍTULO VIII.

11. En los coetáneos hay cierta similitud del Verbo coeterno con Dios. Fuego y luz coetáneos. Creo que vuestra Santidad ya ha entendido lo que digo, que no pueden compararse las cosas temporales con las eternas; pero que puede haber alguna tenue y pequeña similitud de los coetáneos con los coeternos. Encontrémonos, pues, coetáneos, y seamos advertidos por las Escrituras para estas similitudes. Leemos en las Escrituras sobre la misma Sabiduría, Es el resplandor de la luz eterna. También leemos, Espejo sin mancha de la majestad de Dios (Sab. VII, 26). La misma Sabiduría ha sido llamada resplandor de la luz eterna, ha sido llamada imagen del Padre: de aquí tomemos una similitud, para encontrar coetáneos, de los cuales entendamos coeternos. Oh arriano, si encuentro un engendrador que no preceda en tiempo a aquello que engendró, si el engendrado no es menor en tiempo que aquel de quien ha sido engendrado; es justo que me concedas que puedan encontrarse estas cosas coeternas en el Creador, cuando pudieron encontrarse coetáneos en la criatura. Ya algunos hermanos creo

que esto les ha ocurrido. Pues algunos se adelantaron desde que dije, Es el resplandor de la luz eterna. Pues el fuego emite luz, la luz es emitida por el fuego. ¿Qué existe de qué, si preguntamos, diariamente cuando encendemos una lámpara, se nos recuerda algo invisible e inexpresable, para que alguna lámpara de nuestra inteligencia pueda encenderse en esta noche del mundo. Observa al que enciende la lámpara. No encendida la lámpara, aún no hay fuego, aún no hay resplandor que sale del fuego. Pero pregunto yo, y digo: ¿El resplandor existe del fuego, o el fuego del resplandor? Toda alma me responde: pues Dios quiso sembrar en toda alma los inicios de la inteligencia, los inicios de la sabiduría: toda alma me responde, y nadie duda, que aquel resplandor existe del fuego, no el fuego del resplandor. Pongamos, pues, al fuego como padre de aquel resplandor: porque ya hemos dicho que buscamos coetáneos, no coeternos. Si deseo encender una lámpara, aún no hay fuego allí, aún no hay resplandor: pero tan pronto como la enciendo, junto con el fuego existe el resplandor. Dame aquí un fuego sin resplandor, y te creo que el Padre existió sin el Hijo.

CAPÍTULO IX.

12. Otra coetánea, la imagen y la cosa de la que nace. Prestad atención: se ha dicho como hemos podido decir una cosa tan grande, con la ayuda del Señor a la intención de vuestra oración y la preparación de vuestro corazón, habéis recibido cuanto habéis podido captar. Sin embargo, esas cosas son inefables. No penséis que se ha dicho algo digno, ni siquiera en lo que se comparan coetáneos con coeternos, temporales con los que siempre permanecen, extinguidos con los inmortales. Pero porque se ha dicho que el Hijo es también imagen del Padre, tomemos también de aquí alguna similitud en cosas muy diferentes, como hemos dicho. La imagen existe del espejo del hombre que mira el espejo. No puede ayudarnos para la evidencia de esta cosa, que intentamos explicar de alguna manera. Pues se me dice: Aquel que mira el espejo, ya ciertamente existía, y ya había nacido. La imagen existe tan pronto como el espectador ha existido. Pues aquel que mira, existía incluso antes de acercarse al espejo. ¿Qué, entonces, encontraremos, de donde podamos extraer tal similitud, como extrajimos del fuego y el resplandor? Hagamos desde lo más pequeño. Sabéis fácilmente cómo el agua a menudo refleja imágenes de cuerpos. Esto decimos; cuando alguien pasa sobre el agua o se detiene, ve allí su imagen. Pongamos, pues, algo nacido sobre el agua, como un arbusto o una hierba, ¿no nace con su imagen? Tan pronto como comienza a existir, comienza a existir con él su imagen, no precede naciendo a su imagen: no se me muestra que algo ha nacido sobre el agua, y después ha aparecido su imagen, cuando aquello aparecía sin imagen antes; sino que nace con su imagen: y sin embargo, la imagen de él, no él de la imagen. Nace, pues, con su imagen, y comienzan a existir juntos el arbusto y su imagen. ¿No confiesas que la imagen es de aquel arbusto, no el arbusto de la imagen engendrado? Así que el generador y lo que es engendrado, comenzaron a existir juntos. Por tanto, son coetáneos. Si siempre el arbusto, siempre también la imagen de él. Pero lo que es de otro, ciertamente ha nacido. Puede, pues, siempre existir el generador, y siempre con él lo que de él ha nacido. Pues allí nos angustiábamos, allí trabajábamos, cómo se entendería la natividad sempiterna. Por tanto, el Hijo de Dios se dice según esto, que también es Padre, que tiene de quien es: no según esto, que el Padre era anterior, y después el Hijo. Siempre Padre, siempre Hijo de Padre. Y porque lo que es de algo, ciertamente ha nacido; siempre, por tanto, Hijo nacido. Siempre Padre, siempre de él imagen; como aquella imagen del arbusto ha nacido del arbusto, y si siempre el arbusto, siempre habría nacido también la imagen del arbusto. No pudiste encontrar coeternos engendrados de engendadores eternos, y encontraste coetáneos nacidos de engendadores temporales. Entiendo al Hijo coeterno nacido de un engendrador eterno. Pues lo que es coetáneo a lo temporal, eso es coeterno a lo eterno.

CAPÍTULO X.

13. En las similitudes dadas hay desigualdad. Aquí ya es poco lo que debéis advertir, hermanos, por las blasfemias. Pues siempre se dice, He aquí que diste similitudes: pero el resplandor que se emite del fuego, brilla menos que el mismo fuego; y la imagen del arbusto tiene menos propiedad, ciertamente, que aquel arbusto de donde es la imagen. Tienen estas similitudes, pero no tienen igualdad completa: ¿por qué no parecen ser de la misma sustancia? ¿Qué, entonces, diremos, si alguien dice: ¿Es, pues, el Hijo al Padre, como el resplandor al fuego, y la imagen al arbusto? He aquí que entendí al Padre eterno, entendí al Hijo coeterno: sin embargo, ¿decimos como el resplandor emitido que brilla menos que el fuego, o como la imagen emitida que existe menos que el arbusto? No: sino que hay igualdad completa. No creo, dice, porque no encontraste similitud. Pero cree al Apóstol, porque pudo ver lo que dije. Pues dice: No consideró el ser igual a Dios como usurpación (Filip. II, 6). La igualdad se une de todo modo. ¿Y qué dijo? No usurpación. ¿Por qué? Porque eso es usurpación, lo que es ajeno.

14. La coeternidad e igualdad del Hijo de Dios a partir de dos tipos de similitudes. Sin embargo, de estas dos comparaciones y dos tipos de similitudes, tal vez encontremos en la criatura una manera de entender cómo el Hijo es coeterno con el Padre y de ninguna manera menor. Pero no podemos encontrar eso en un solo tipo de similitudes: unamos ambos tipos. ¿Cómo ambos tipos? Uno del que ellos dan similitudes, y otro del que nosotros dimos. Ellos dieron similitudes de aquellas cosas que nacen en el tiempo, y son precedidas en el tiempo por aquellas de las que nacen, como el hombre del hombre. Aquel mayor en tiempo nació antes: pero sin embargo, hombre y hombre, es decir, de la misma sustancia. Pues el hombre genera al hombre, y el caballo al caballo, y el ganado al ganado. Estas cosas generan a la misma sustancia; pero no al mismo tiempo. Son diferentes en tiempo; pero no son diferentes en naturaleza. ¿Qué alabamos entonces aquí en este nacimiento? Ciertamente la igualdad de naturaleza. ¿Qué falta? Igualdad de tiempo. Mantengamos aquí lo que se alaba, es decir, la igualdad de naturaleza. En aquel tipo de similitudes, que nosotros dimos del resplandor del fuego y de la imagen del arbusto, no encuentras igualdad de naturaleza, encuentras coetaneidad. ¿Qué alabamos aquí? Coetaneidad. ¿Qué falta? Igualdad de naturaleza. Une lo que alabas. En las criaturas falta algo que alabas, en el Creador no puede faltar nada: porque lo que encuentras en la criatura, procede del Creador artífice. ¿Qué entonces en los coetáneos? ¿No se debe dar a Dios lo que alabas allí? Pero lo que falta no debe atribuirse a la majestad, en la que no hay defecto alguno. He aquí que te ofrezco engendrados coetáneos a los engendrados: alabas allí la coetaneidad, pero repruebas la disparidad. Lo que repruebas, no lo atribuyas a Dios; lo que alabas, atribúyelo: y le atribuyes de este tipo de similitudes por la coetaneidad la coeternidad, para que el nacido sea coeterno con aquel de quien nació. Del otro tipo de similitudes, que también es criatura de Dios, y debe alabar al Creador, ¿qué alabas allí? La igualdad de naturaleza. Ya por aquella distinción diste la coeternidad; da por esta, la igualdad; y el nacimiento de la misma sustancia es perfecto. Pues, ¿qué más insensato, hermanos míos, que alabar en algo a la criatura, lo que no está en el Creador? ¿Alabo en el hombre la igualdad de naturaleza, y no creo en aquel que hizo al hombre? Lo que nace del hombre, es hombre; y lo que nace de Dios, ¿no será lo que aquel de quien nació? No me ocupo en obras que Dios no hizo. Alaben entonces al Creador todas sus obras. Encuentro aquí coetáneo, reconozco allí coeterno. Aquí encuentro igualdad de naturaleza, allí entiendo igualdad de sustancia. Todo, por tanto, allí lo que aquí se encuentra en partes y cosas individuales. Todo, por tanto, allí junto, y no solo esto que en las criaturas: todo lo encuentro allí, pero como en el Creador, tanto más, que estas cosas visibles, aquellas

invisibles; estas temporales, aquellas eternas; estas cambiables, aquellas inmutables; estas corruptibles, aquellas incorruptibles. Finalmente, en el mismo hombre lo que encontramos hombre y hombre, son dos hombres: allí Padre e Hijo un solo Dios.

15. El ojo del corazón debe ser purificado para ver a Dios. Doy gracias a nuestro Señor Dios por sus inefables gracias, que se dignó liberar mi debilidad de este lugar tan escabroso y laborioso, a petición de ustedes. Sin embargo, ante todo, mantengan esto, cualquier cosa que pudimos recoger de la criatura, ya sea por el sentido del cuerpo o por la reflexión del alma, el Creador lo trasciende inefablemente. Pero, ¿quieres alcanzarlo con la mente? Purifica la mente, purifica tu corazón. Haz puro el ojo, desde donde sea posible alcanzar lo que sea. Haz puro el ojo del corazón: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Pero con el corazón no purificado, ¿qué pudo ser procurado o dado más misericordiosamente por él, sino que aquel Verbo, del que hemos dicho tantas y tan grandes cosas, y no hemos dicho nada digno; sino que aquel Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas, se hiciera lo que nosotros somos, para que pudiéramos alcanzar lo que no somos? Pues no somos Dios: pero podemos ver a Dios con la mente o con la agudeza interior del corazón. Nuestras agudezas embotadas por los pecados, obtusas, abatidas por la debilidad, desean ver: pero estamos en esperanza, aún no estamos en realidad. Somos hijos de Dios. Esto dice Juan, quien dijo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: quien se recostaba sobre el pecho del Señor, quien extraía estos secretos del seno de su corazón: él dice, Amadísimos, ahora somos hijos de Dios; y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (1 Juan III, 2). Esto se nos promete.

16. El Verbo hecho carne como leche, para que lo captemos. Pero para que lleguemos, si aún no podemos ver el Verbo Dios, escuchemos el Verbo carne: porque hechos carnales, escuchemos el Verbo hecho carne. Por eso vino, por eso asumió nuestra debilidad, para que puedas captar la firme locución de Dios llevando tu debilidad. Y verdaderamente se dijo leche. Pues da leche a los pequeños, para dar el alimento de la sabiduría a los mayores. Amamanta pacientemente, para que te alimentes ávidamente. ¿Cómo se hace también la leche, con la que se amamantan los infantes? ¿No era alimento en la mesa? Pero el infante es débil para comer el alimento que está en la mesa: ¿qué hace la madre? Encarniza el alimento, y hace leche de él. Hace para nosotros lo que podemos captar. Así el Verbo se hizo carne, para que seamos nutridos con leche como pequeños, que éramos infantes para el alimento. Pero hay esta diferencia, que cuando la madre hace el alimento encarnado leche, el alimento se convierte en leche: pero permaneciendo inmutablemente el Verbo asumió carne, para que fuera de algún modo tejido. Lo que es, no lo corrompió, no lo cambió, para hablarte en tu hábito, no transformado ni convertido en hombre. Pues permaneciendo inconvertible e inmutable, y completamente inviolable, se hizo lo que tú para ti, lo que él para el Padre.

17. La humildad debe aprenderse del Verbo encarnado. Pues él dice a los débiles, para que puedan, recuperada aquella visión, alcanzar en alguna parte el Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 28 y 29). ¿Qué predica el Maestro Hijo de Dios, Sabiduría de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas? Llama al género humano, y dice, Venid a mí, todos los que trabajáis, y aprended de mí. ¿Pensabas tal vez que la Sabiduría de Dios diría, Aprended cómo hice los cielos y las estrellas: todas las cosas también en mí, antes de que fueran hechas, estaban numeradas; cómo en la virtud de las razones inmutables también vuestros cabellos están contados (Id. X, 30). ¿Pensabas que diría estas cosas y tales? No. Sino primero

aquello, Porque soy manso y humilde de corazón. He aquí lo que podéis captar, ved, hermanos, ciertamente es pequeño. Nos dirigimos a cosas grandes, captemos las pequeñas, y seremos grandes. ¿Quieres captar la altura de Dios? Captura primero la humildad de Dios. Dignate ser humilde por ti, porque Dios se dignó ser humilde por ti mismo: no por él. Captura, pues, la humildad de Cristo, aprende a ser humilde, no te enorgullezcas. Confiesa tu debilidad, yace pacientemente ante el médico. Cuando hayas captado su humildad, te levantas con él: no como si él también se levantara según lo que es el Verbo; sino tú más bien, para que más y más seas captado por él. Al principio entendías vacilante y dubitativo; después entiendes más ciertamente y claramente. No crece él, sino que tú progresas, y parece que se levanta contigo. Así es, hermanos. Creed en los preceptos de Dios, y hacedlos, y os dará la fuerza de la inteligencia. No presumáis, y como si antepusierais el conocimiento al precepto de Dios; no sea que quedéis inferiores, no más sólidos. Observad el árbol: busca primero lo bajo, para crecer hacia arriba; fija la raíz en lo humilde, para que la cima se dirija al cielo. ¿Acaso se esfuerza sino desde la humildad? Pero tú sin caridad quieres comprender lo alto; sin raíz buscas las alturas? Eso es ruina, no crecimiento. Con Cristo habitando por la fe en vuestros corazones, enraizados y cimentados en caridad, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Efes. III, 17, 19).

SERMO CXVIII. De las mismas palabras del Evangelio de Juan, En el principio era el Verbo, etc., cap. I, V. 1-3.

1. El Verbo de Dios eterno, engendrado, no hecho. Todos los que buscáis muchas palabras del hombre, entendad una Palabra de Dios: En el principio era el Verbo. En el principio, sin embargo, Dios hizo el cielo y la tierra (Gen. I, 1). Pero el Verbo era, cuando oímos, En el principio hizo Dios. Reconozcamos al Creador: pues es Creador quien hizo; criatura, sin embargo, lo que hizo. Pues no era criatura lo que fue hecho, como siempre era el Verbo Dios, por quien fue hecho. Pero cuando oímos, Era el Verbo, ¿con quién estaba? Entendemos al Padre, quien no hizo, ni creó el mismo Verbo, sino que lo engendró. En el principio, sin embargo, Dios hizo el cielo y la tierra. ¿Por qué lo hizo? Era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios: pero ¿qué tipo de Verbo? ¿Sonaba y pasaba? ¿Acaso se pensaba y se reflexionaba? No. ¿Se recordaba y se pronunciaba? No. Entonces, ¿qué tipo de Verbo? ¿Por qué me preguntas mucho? El Verbo era Dios. Cuando oímos, El Verbo era Dios, no duplicamos a Dios; sino que entendemos al Hijo. Pues el Verbo de Dios es el Hijo. He aquí el Hijo, y ¿qué sino Dios? Pues el Verbo era Dios. ¿Qué el Padre? Ciertamente Dios. Si el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, ¿duplicamos a Dios? De ninguna manera. El Padre es Dios, el Hijo es Dios: pero el Padre y el Hijo son un solo Dios. Pues el Hijo unigénito no fue hecho, sino nacido. En el principio Dios hizo el cielo y la tierra: pero el Verbo era del Padre. Entonces, ¿fue hecho el Verbo del Padre? No. Todas las cosas fueron hechas por él. Si por él fueron hechas todas las cosas, ¿acaso él mismo fue hecho por sí mismo? Por quien oyes que fueron hechas todas las cosas, no pienses que fue hecho entre todas. Pues si él mismo fue hecho, no por él fueron hechas todas las cosas, sino que él fue hecho entre otras cosas. Dices, Fue hecho: ¿acaso por sí mismo? ¿Quién es el que se hace a sí mismo? Si, por tanto, fue hecho, ¿cómo por él fueron hechas todas las cosas? He aquí que él mismo fue hecho, como tú dices, no yo, porque no niego que fue engendrado. Si, por tanto, dices que fue hecho, pregunto por qué, pregunto por quién. ¿Por sí mismo? Entonces era, antes de ser hecho, para hacerse a sí mismo. Pero si todas las cosas fueron hechas por él, entiende que él no fue hecho. Si no puedes entender, cree para que entiendas. La fe precede, el entendimiento sigue: porque el profeta dice, Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según LXX). Era el Verbo. No busques, por tanto, tiempo para él, por quien fueron hechos los tiempos. Era el Verbo. Pero tú dices: Alguna vez no era el Verbo. Mientes, en ninguna parte lo lees. Pero yo te leo, En el principio era el

Verbo. ¿Qué buscas antes del principio? Pero si puedes encontrar algo antes del principio, eso será el principio. Está loco quien busca algo antes del principio. ¿Qué, entonces, dice que fue antes del principio? En el principio era el Verbo.

2. La similitud muestra que el Hijo es coeterno con Dios Padre. Pero dices: Y era el Padre; y antes del Verbo? ¿Qué buscas? En el principio era el Verbo. Lo que encuentras, entiende: no busques lo que no puedes encontrar. No hay nada antes del principio. En el principio era el Verbo. El Hijo es el resplandor del Padre. De la sabiduría del Padre, que es el Hijo, se dijo, Porque es el resplandor de la luz eterna (Sab. VII, 26). ¿Buscas al Hijo sin el Padre? Dame luz sin resplandor. Si alguna vez no era el Hijo, el Padre era luz oscura. Pues, ¿cómo no era luz oscura, si no tenía resplandor? Por tanto, siempre Padre, siempre Hijo. Si siempre Padre, siempre Hijo. ¿Me preguntas si el Hijo nació? Respondo, Nació. Pues no sería Hijo, si no hubiera nacido. Pero cuando digo, Siempre Hijo; digo esto, Siempre es nacido. ¿Y quién entiende, Siempre es nacido? Dame fuego eterno, y te doy resplandor eterno. Bendecimos a Dios, que nos dio las Sagradas Escrituras. En el resplandor de la luz no seáis ciegos. El resplandor se engendra de la luz, y sin embargo, el resplandor es coeterno con el que lo engendra. Siempre luz, siempre su resplandor. Engendró su resplandor: pero, ¿acaso fue sin su resplandor? Permítase a Dios engendrar eternamente. Ruego, escuchad de qué hablamos: escuchad, prestad atención, creed, entended. Hablamos de Dios. Confesamos y creemos que el Hijo es coeterno con el Padre. Pero el hombre, dice, cuando engendra un hijo, es mayor quien engendra, y menor quien es engendrado. He aquí que es verdad: en los hombres es mayor quien engendra, y menor quien es engendrado, y llega a la fuerza de su padre. Pero, ¿por qué, sino porque cuando aquel crece, aquel envejece? Que el padre permanezca en el tiempo, y siguiéndolo en crecimiento el hijo, y verás igual. Pero he aquí que te doy de dónde entender. El fuego genera resplandor coetáneo. No encuentras en los hombres sino hijos menores, padres mayores; no encuentras coetáneos: pero te doy, como dije, resplandor coetáneo al fuego su padre. Pues el fuego genera resplandor, pero nunca sin resplandor. Cuando, por tanto, ves que el resplandor es coetáneo al fuego, permite a Dios engendrar coeterno. Quien entiende, que se regocije: pero quien no entiende, que crea. Pues la palabra del Profeta no puede ser anulada: Si no creéis, no entenderéis.

SERMO CXIX. De las mismas palabras de Juan, En el principio era el Verbo, etc., cap. I, V. 1-14.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Verbo eterno con Dios. Nuestro Señor Jesucristo hecho hombre buscando al hombre perdido, nunca ha callado nuestra predicación, y siempre ha tenido vuestra fe: pero este nuestro Señor, que se hizo hombre por nosotros, siempre ha sido Dios con el Padre, y siempre será, más bien siempre es; porque donde el tiempo no pasa, no hay allí Fue y Será. Pues lo que se dice Fue, ya no es; lo que se dice Será, aún no es: pero siempre es, porque verdaderamente es, esto es, es inmutable. Ahora nos ha recordado el capítulo evangélico, un gran y divino secreto. Pues este principio del Evangelio lo eructó el santo Juan, porque bebió del pecho del Señor. Recordad, pues, y se os ha leído muy recientemente, cómo el mismo santo Juan evangelista se recostaba en el seno del Señor. Queriendo exponer esto claramente, dice, Sobre el pecho del Señor (Juan XIII, 23, 25): para que entendiéramos lo que dijo, en el seno del Señor. Pues aquel que se recostaba sobre el pecho del Señor, ¿qué creemos que bebía? No lo creamos, sino que lo bebamos: pues ahora también nosotros hemos oído lo que bebamos.

CAPÍTULO II.

El Verbo de Dios no es hecho.---En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¡Oh predicar! ¡Oh eructar la abundancia del pecho del Señor! En el principio era el Verbo. ¿Qué buscas qué había antes? En el principio era el Verbo. Si el Verbo hubiera sido hecho: pues no es hecho por quien fueron hechas todas las cosas: si el Verbo hubiera sido hecho, la Escritura diría, En el principio hizo Dios el Verbo; como dijo en Génesis, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gen. I, 1). No, por tanto, en el principio hizo Dios el Verbo: porque, En el principio era el Verbo. Este Verbo que en el principio era, ¿dónde estaba? Sigue: Y el Verbo estaba con Dios. Pero solemos, al escuchar diariamente palabras humanas, tener en poco el nombre de Verbo. Aquí no tengas en poco el nombre de Verbo: Dios era el Verbo. Este, es decir, el Verbo, estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él: y sin él no fue hecho nada.

CAPÍTULO III.

3. El Verbo de Dios incomprendible. Extendáis vuestros corazones, ayudad la pobreza de nuestro discurso. Lo que pueda decir, escuchad: lo que no pueda, pensad. ¿Quién comprende el Verbo permaneciendo? Todas nuestras palabras suenan y pasan. ¿Quién comprende el Verbo permaneciendo, sino quien permanece en él? ¿Quieres comprender el Verbo permaneciendo? No sigas el río de la carne. Pues esta carne es un río: no permanece. Como de una fuente secreta de la naturaleza nacen los hombres, viven los hombres, mueren los hombres: ni de dónde vienen sabemos, ni a dónde van sabemos. El agua está oculta, hasta que brota de la fuente: corre, y aparece en el río: pero de nuevo está oculta en el mar. Despreciemos este río fluyente, corriendo, terminando, despreciémoslo. Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como la flor de la hierba. La hierba se seca, la flor cae. ¿Quieres permanecer? Pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6-8).

CAPÍTULO IV.

4. El Verbo se hizo carne. Pero para socorrernos, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Qué significa que el Verbo se hizo carne? El oro se convirtió en heno. El heno se hizo para ser encendido: el heno fue encendido, pero el oro permaneció: y en el heno no pereció, y el heno fue transformado. ¿Cómo fue transformado? Resucitó, vivificó, fue elevado al cielo, y colocado a la diestra del Padre. Pero para que se dijera, Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, recordemos un poco lo que precedió. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, les dio el poder de ser hechos hijos de Dios. Ser hechos, porque no lo eran: pero él en el principio era. Les dio, pues, el poder de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. He aquí que están, en cualquier edad de la carne que se encuentren: veis a los infantes: ved y alegraos. He aquí que están: pero han nacido de Dios. Vientre de madre, agua del Bautismo.

CAPÍTULO V.

5. Se recomienda el misterio de la Encarnación. Que nadie de ánimo pobre piense, y gire en torno a sí mismo pensamientos miserables, y se diga: ¿Cómo en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; todas las cosas fueron hechas por él: y he aquí que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? Escuchad de dónde fue hecho.

Ciertamente a los que creen en su nombre les dio el poder de ser hechos hijos de Dios. Ni siquiera aquellos a quienes dio el poder de ser hechos hijos de Dios, piensen que es imposible ser hechos hijos de Dios. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. No penséis que es mucho para vosotros ser hechos hijos de Dios: por vosotros el hijo del hombre fue hecho, quien era hijo de Dios. Si él fue hecho, para ser menos quien era más; ¿no puede hacer de lo que éramos menos, que podamos ser algo más? Descendió a nosotros, ¿y no ascenderemos a él? Tomó por nosotros nuestra muerte, ¿y no nos dará su vida? Sufrió por ti tus males, ¿y no te dará sus bienes?

CAPÍTULO VI.

6. La Encarnación obra del Verbo omnipotente. Pero, ¿cómo, dice, pudo ser que el Verbo de Dios, por el cual se gobierna el mundo, por el cual fueron creadas y se crean todas las cosas, se redujera a la carne de una virgen; dejara el mundo, y abandonara a los Ángeles, y se encerrara en el vientre de una mujer? No sabes pensar en lo divino. El Verbo de Dios (te hablo, oh hombre, de la omnipotencia del Verbo de Dios te hablo) pudo absolutamente todo, porque el Verbo de Dios es omnipotente, y permanecer con el Padre, y venir a nosotros; y en la carne proceder a nosotros, y ocultarse en sí mismo. Pues si no hubiera nacido de la carne, no sería. Era antes de su carne: él creó a su madre. Eligió en quién ser concebido, creó de quién ser creado. ¿Qué te maravilla? Te hablo de Dios: el Verbo era Dios.

CAPÍTULO VII.

7. La Encarnación del Verbo explicada por similitud. Hablo de algo del Verbo, y el Verbo humano tal vez puede algo similar; aunque muy inferior, muy distinto, no comparable en ninguna parte, sin embargo, debe insinuarse con alguna similitud. He aquí que el verbo que te hablo, primero lo tuve en mi corazón; salió hacia ti, y no se apartó de mí: comenzó a estar en ti, lo que no estaba en ti; permaneció conmigo, cuando salió hacia ti. Así como mi verbo fue pronunciado a tu sentido, y no se apartó de mi corazón: así aquel Verbo fue pronunciado a nuestro sentido, y no se apartó de su Padre. Mi verbo estaba conmigo, y procedió en voz: el Verbo de Dios estaba con el Padre, y procedió en carne. Pero, ¿puedo yo hacer con mi voz lo que él pudo con su carne? Yo no puedo retener mi voz volando: él no solo retuvo su carne, para nacer, vivir, actuar; sino que también resucitó muerta, y como un vehículo en el que procedió hacia nosotros, la elevó al Padre. Llama vestidura a la carne de Cristo, llama vehículo, y como tal vez él mismo se dignó significar, llama jumento; porque en ese jumento levantó al que había sido herido por los ladrones (Luc. X, 34): finalmente, lo que él mismo dijo más claramente, llama templo (Juan II, 19): este templo ya conoció la muerte, está sentado a la diestra del Padre: en ese templo vendrá a juzgar a vivos y muertos. Lo que nos advirtió con precepto, lo demostró con ejemplo. Lo que mostró en su carne, eso debes esperar en tu carne. Esta es la fe, mantén lo que aún no ves. Es necesario que en lo que no ves, permanezcas creyendo; para que cuando veas, no te avergüences.

SERMON CXX. Sobre las mismas palabras de Juan, En el principio era el Verbo, etc., cap. 1, V. 1-3.

1. El Verbo de Dios incomprendible revelado en el Evangelio. El principio del Evangelio de Juan, En el principio era el Verbo. Así comenzó, esto vio, y trascendiendo toda criatura, montes, aires, cielos, estrellas, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, todos los Ángeles, todos los Arcángeles, trascendiendo todo, en el principio vio el Verbo, y bebió. Sobre toda criatura, vio, del pecho del Señor bebió. Pues él es Juan el evangelista santo, a

quien Jesús amaba especialmente; de modo que se recostaba sobre su pecho (Juan XIII, 23, 25). Allí estaba este secreto, para que de allí se bebiera, lo que en el Evangelio se eructara. Felices los que oyen y entienden. De la felicidad siguiente son, los que aunque no entienden, creen. Pues, ¿cuánto es esto de ver el Verbo de Dios, quién lo explicará con palabras humanas?

2. El Verbo de Dios todo en todas partes. Elevad vuestros corazones, hermanos míos; cuanto podáis, elevadlos: rechazad cualquier cosa que os ocurra por la imaginación de cualquier cuerpo. Si te ocurre el Verbo de Dios, como piensas la luz de este sol, por mucho que lo extiendas, por mucho que lo expandas, no establezcas límites a esa luz en tu pensamiento; ante el Verbo de Dios no es nada. Cualquier cosa que el alma piense así, es menos en parte, que en el todo. Piensa el Verbo todo en todas partes. Entended lo que digo: cuanto puedo, me restrinjo por mis limitaciones por vosotros. Entended lo que digo. He aquí esta luz del cielo, que se llama sol, cuando sale, ilumina las tierras, despliega el día, hace formas, y distingue colores. Gran bien, gran don de Dios para todos los mortales: lo magnifican sus obras. Si tan hermoso es el sol; ¿qué más hermoso que el hacedor del sol? Y sin embargo, ved, hermanos: he aquí que difunde sus rayos por toda la tierra; penetra lo abierto, lo cerrado resiste: envía su luz por las ventanas, ¿acaso también por la pared? Al Verbo de Dios todo está abierto, al Verbo de Dios nada le está oculto. Ved otra diferencia, cuán lejos está la criatura del Creador, especialmente la corporal. Cuando el sol está en el oriente, no está en el occidente. Su luz ciertamente, derramada de ese gran cuerpo, se extiende hasta el occidente; pero él no está allí. Cuando comienza a ponerse, entonces estará allí. Cuando sale, está en el oriente: cuando se pone, está en el occidente. Por estas dos obras suyas, dio nombres a los lugares. Porque está en el oriente cuando sale hacia el oriente, hizo que se llamara oriente: porque está en el occidente cuando se pone hacia el occidente, hizo que se llamara occidente. De noche no aparece en ninguna parte. ¿Acaso el Verbo de Dios es así? ¿Acaso cuando está en el oriente, no está en el occidente; o cuando está en el occidente, no está en el oriente? ¿O alguna vez abandona las tierras, y va bajo las tierras, o más allá de las tierras? Está todo en todas partes. ¿Quién explicará esto con palabras? ¿Quién lo ve? ¿Con qué prueba os demostraré lo que digo? Hablo como hombre, hablo a hombres: hablo como débil, a más débiles. Y sin embargo, hermanos míos, me atrevo a decir, lo que os digo, ya sea por espejo, ya sea en enigma, de alguna manera lo veo, de alguna manera lo entiendo y en mi corazón tengo una palabra sobre esto. Pero busca salir hacia vosotros, y no encuentra un vehículo digno. El vehículo de la palabra, es el sonido de la voz. Lo que digo en mí, busco deciros, y las palabras faltan. Pues quiero hablar del Verbo de Dios. ¿Qué Verbo, qué Verbo? Todas las cosas fueron hechas por él. Ved las obras, y temed al Hacedor. Todas las cosas fueron hechas por él.

3. La excelencia del Verbo divino entendida desde la propiedad del verbo humano. Recién bautizados en albas. Vuelve conmigo, debilidad humana, vuelve pues. Comprendamos lo humano mismo, si podemos. Somos hombres y nosotros que hablamos, y hablamos a hombres, y emitimos sonido de voz. Llevamos el sonido de nuestra voz a los oídos de los hombres, y por el sonido de nuestra voz y el entendimiento de alguna manera lo ponemos en el corazón. Desde aquí, pues, lo que podemos, como podemos, lo expresamos, esto comprendamos. Pero si no podemos comprender esto, ¿qué somos para aquello? He aquí que me escucháis: hago una palabra. Si alguien sale de aquí y se le pregunta afuera qué se hace aquí, responde: El Obispo hace una palabra. Hago una palabra sobre el Verbo. Pero, ¿qué palabra, sobre qué Verbo? Palabra mortal, sobre Verbo inmortal; palabra mutable, sobre Verbo inmutable; palabra transitoria, sobre Verbo eterno. Sin embargo, prestad atención a mi palabra. Pues os dije, el Verbo de Dios está todo en todas partes. He aquí que os hago una

palabra: llega a todos lo que digo. Para que llegara a todos lo que digo, ¿acaso dividisteis lo que digo? Si os alimentara, no para llenar vuestra mente, sino vuestro vientre, y os pusiera panes para que os saciarais; ¿no dividiríais mis panes entre vosotros? ¿Acaso podrían mis panes llegar a cada uno de vosotros? Si llegaran a uno, los demás no tendrían nada. He aquí que hablo, y todos tenéis. No solo todos tenéis: y todos tenéis todo. Llega a todos todo, a cada uno todo. ¡Oh maravillas de mi palabra! ¿Qué es, pues, el Verbo de Dios? Escuchad otra cosa. Dije: lo que dije, procedió hacia vosotros, y no se apartó de mí. Llegó a vosotros, y no se separó de mí. Antes de que hablara, yo lo tenía, y vosotros no lo teníais: hablé, y vosotros comenzasteis a tenerlo, y yo no perdí nada. ¡Oh milagro de mi palabra! ¿Qué es, pues, el Verbo de Dios? De lo pequeño deducid lo grande. Considerad lo terrenal, alabad lo celestial. Soy criatura, sois criaturas: y tantas maravillas se hacen de mi palabra en mi corazón, en mi boca, en mi voz, en vuestros oídos, en vuestros corazones. ¿Qué es el Creador? Oh Señor, escúchanos. Haznos, porque nos hiciste. Haznos buenos, porque nos hiciste hombres iluminados. Estos vestidos de blanco, iluminados, escuchan por mí tu palabra. Pues iluminados por tu gracia asisten a ti. Este es el día que hizo el Señor. Pero que trabajen, que oren, para que cuando estos días pasen, no se hagan tinieblas, quienes han sido hechos luz de los milagros de Dios y de sus beneficios.

SERMON CXXI. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, El mundo fue hecho por él, etc., cap. 1, V. 10-14.

1. Mundo---doble. El mundo fue hecho por el Señor, y el mundo no lo conoció. ¿Qué mundo fue hecho por él? ¿qué mundo no lo conoció? Pues no el mundo que fue hecho por él, no lo conoció. ¿Qué mundo fue hecho por él? Cielo y tierra. ¿Cómo no lo conoció el cielo, cuando en su pasión el sol se oscureció? ¿Cómo no lo conoció la tierra, cuando él colgando en la cruz tembló? Pero el mundo no lo conoció, cuyo príncipe es aquel, de quien se dijo, He aquí viene el príncipe de este mundo, y en mí nada tiene (Juan XIV, 30). Los hombres malos son llamados mundo, los hombres infieles son llamados mundo. De ahí tomaron el nombre, de lo que aman. Amando a Dios, nos hacemos dioses: por tanto, amando al mundo, somos llamados mundo. Pero Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19). El mundo, pues, no lo conoció, ¿acaso todos?

2. Mundo malo.---A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. Todas las cosas son tuyas, pero se llaman propias tuyas, de donde era su madre, de donde tomó carne; a quienes envió antes los pregoneros de su venida, a quienes dio la ley, a quienes liberó de la servidumbre egipcia, cuyo padre carnal eligió Abraham. Porque verdaderamente dijo, Antes de que Abraham fuera, yo soy (Juan VIII, 58). Ni así dijo, Antes de que Abraham fuera hecho; o, antes de que Abraham fuera hecho yo fui hecho. Pues en el principio el Verbo era, no fue hecho. Por tanto, A lo suyo vino, a los judíos vino. Y los suyos no lo recibieron.

3. Quiénes son los hijos de Abraham. Pero a todos los que lo recibieron. Pues ciertamente allí estaban los Apóstoles, que lo recibieron. Allí aquellos que llevaban ramas ante su jumento. Iban delante y detrás, y tendían sus vestiduras; y clamaban a gran voz: Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor. Entonces los fariseos le dijeron: Reprende a los niños, que no te clamen estas cosas. Y él: Si estos callan, las piedras clamarán. Nos veía, cuando decía estas cosas: Si estos callan, las piedras clamarán (Mat. XXI, 9, 16, y Luc. XIX, 39, 40). ¿Qué piedras, sino los que adoran piedras? Si los pequeños judíos callan, las mayores y menores naciones clamarán. ¿Qué piedras, sino de quienes dice este mismo Juan, que vino para dar testimonio de la luz (Juan I, 8)? Pues viendo a esos judíos enorgullecerse de la descendencia de Abraham, les dijo, Generación de víboras. Ellos se

decían hijos de Abraham: y él les decía, Generación de víboras. ¿Hacía injuria a Abraham? De ninguna manera. Les daba nombre por sus costumbres. Pues si fueran hijos de Abraham, imitarían a Abraham: Como él mismo les dijo, que le dicen, Somos libres, y nunca hemos sido esclavos de nadie, tenemos por padre a Abraham. Y él: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham. Vosotros queréis matarme, porque os digo la verdad; esto no lo hizo Abraham (Id. VIII, 33, 39, 40). De ahí habéis sido generados, pero habéis degenerado. ¿Qué dice, pues, Juan? Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Pues venían a ser bautizados con el bautismo de Juan en penitencia. ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, fruto digno de penitencia. Y no digáis en vuestros corazones, Tenemos por padre a Abraham. Pues Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham (Mat. III, 7-9). Pues Dios puede de estas piedras, que veía en el Espíritu; les decía a ellos, y nos preveía a nosotros: Pues Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham. ¿De qué piedras: Si estos callan, las piedras clamarán. Ahora habéis oído, y habéis clamado. Se ha cumplido, Las piedras clamarán. Pues de las naciones venimos, en nuestros padres adoramos piedras. Por eso también somos llamados perros. Recordad lo que oyó aquella mujer, que clamaba tras el Señor, porque era cananea, adoradora de ídolos, sierva de demonios. ¿Qué le dijo Jesús? No es bueno tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros. ¿Nunca habéis advertido, cómo los perros lamen piedras unguadas? Así son todos los adoradores de ídolos. Pero os ha venido la gracia. Pero a todos los que lo recibieron, les dio el poder de ser hechos hijos de Dios. He aquí que ahora tenéis nacidos: les dio el poder de ser hechos hijos de Dios. ¿A quiénes dio? A los que creen en su nombre.

4. Nacimiento doble. ¿Y cómo son hechos hijos de Dios? Que no nacieron de sangre, ni de voluntad de varón, ni de voluntad de carne; sino que nacieron de Dios. Recibido el poder de ser hechos hijos de Dios, nacieron de Dios. Atended, pues: estos nacieron de Dios; no de sangre, como es el primer nacimiento, como es el nacimiento miserable, viniendo de miserias. Pero los que nacieron de Dios, ¿qué eran? ¿de dónde nacieron primero? De sangre: de la mezcla de sangre de varón y mujer, de la mezcla de carne de varón y mujer, de ahí nacieron. ¿Ahora de dónde? Nacieron de Dios. El primer nacimiento de varón y mujer: el segundo nacimiento de Dios y la Iglesia.

5. El mismo tema se trata. He aquí que han nacido de Dios: ¿cómo sucedió que nacieran de Dios, quienes primero nacieron de los hombres? ¿Cómo sucedió? ¿cómo? Y el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros. Gran cambio: él se hizo carne, ellos espíritu. ¿Qué es esto? ¡Qué dignación, hermanos míos! Elevad el ánimo para esperar y recibir cosas mejores. No os entreguéis a las codicias mundanas. Habéis sido comprados a precio: por vosotros el Verbo se hizo carne: por vosotros, quien era Hijo de Dios, se hizo hijo del hombre; para que vosotros, que erais hijos de los hombres, os convirtierais en hijos de Dios. ¿Qué era él, qué se hizo? ¿Qué erais vosotros, qué os habéis hecho? Él era Hijo de Dios. ¿Qué se hizo? Hijo del hombre. Vosotros erais hijos de los hombres. ¿Qué os habéis hecho? Hijos de Dios. Compartió con nosotros nuestros males, para darnos sus bienes. Pero él, al hacerse hijo del hombre, se diferencia de nosotros. Nosotros somos hijos de los hombres por la concupiscencia de la carne: él es hijo del hombre por la fe de la virgen. La madre de cualquier hombre concibió y dio a luz: pero cada uno ha nacido de un hombre, su padre, y de una mujer, su madre. Cristo, sin embargo, nació del Espíritu Santo y de María virgen. Se acercó a nosotros, pero no se alejó mucho de sí mismo; más bien, nunca se alejó de lo que es Dios: pero añadió lo que era de nuestra naturaleza. Se acercó a lo que no era, sin perder lo que era. Se hizo hijo del hombre: pero no dejó de ser Hijo de Dios. Por esto es Mediador en medio. ¿Qué es, en medio? Ni arriba, ni abajo. ¿Cómo ni arriba, ni abajo? Ni arriba, porque

es carne: ni abajo, porque no es pecador. Pero, sin embargo, en cuanto Dios, siempre arriba. Pues no vino a nosotros de tal manera que dejara al Padre. Se fue de nosotros, y no nos dejó: vendrá a nosotros, y no lo dejará a él.

SERMO CXXII. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, Cuando estabas bajo la higuera, te vi, etc., cap. I, V. 48-51.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Natanael bajo la higuera, el género humano bajo el pecado. Lo que escuchamos decir al Señor Jesucristo a Natanael, si lo entendemos bien, no se refiere solo a él. Pues el mismo Señor Jesús vio bajo la higuera a todo el género humano. En este lugar se entiende que por el árbol de la higuera se significó el pecado. No siempre significa esto, pero en este lugar, como dije, por esa congruencia de significación, sabéis que el primer hombre, cuando pecó, fue cubierto con hojas de higuera (Gén. III, 7). Con estas hojas cubrieron sus partes vergonzosas, cuando se avergonzaron de su pecado: y lo que Dios les dio como miembros, ellos mismos lo hicieron vergonzoso. Pues no hay que avergonzarse de la obra de Dios: pero la confusión fue precedida por la causa del pecado. Si no hubiera precedido la iniquidad, nunca se avergonzaría la desnudez. Pues estaban desnudos, y no se avergonzaban. No habían cometido nada de lo que avergonzarse. Pero dije esto, ¿por qué? Para que entendamos que por la higuera se significó el pecado. ¿Qué es entonces, Cuando estabas bajo la higuera, te vi? Cuando estabas bajo el pecado, te vi. Y al referirse al hecho, Natanael recordó haber estado bajo la higuera, donde no estaba Cristo. No estaba allí corporalmente: pero, ¿dónde no está con su conocimiento espiritual? Y como sabía que estaba solo bajo la higuera, donde el Señor Cristo no estaba: cuando le dijo, Cuando estabas bajo el árbol de la higuera, te vi; reconoció en él la divinidad, y exclamó, Tú eres el rey de Israel.

CAPÍTULO II.

2. El sueño de Jacob fue una figura. El Señor dijo, Porque te dije, Te vi cuando estabas bajo el árbol de la higuera, por eso te maravillas; verás cosas mayores que estas. ¿Cuáles son esas cosas mayores? Y dijo: Veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre. Recordemos la antigua historia escrita en el libro sagrado, es decir, en el Génesis. Cuando Jacob durmió en un lugar, puso una piedra bajo su cabeza; y en sueños vio una escalera que llegaba de la tierra al cielo: y el Señor estaba sobre ella; y los ángeles subían y bajaban por ella. Esto vio Jacob. El sueño de un hombre no se escribiría, si no figurara en él algún gran misterio, y si no se entendiera algo grande profetizado en esa visión. De hecho, el mismo Jacob, porque entendió lo que vio, puso allí la piedra, y la ungió con aceite (Gén. XXVIII, 11-18). Pues reconocéis el crisma: reconoced también a Cristo. Él es la piedra que desecharon los constructores; él se ha convertido en la piedra angular (Sal. CXVII, 22). Él es la piedra, de la que él mismo dijo: Quien tropiece con esa piedra, será quebrantado; sobre quien caiga esa piedra, lo triturrará (Mat. XXI, 44). Se tropieza con ella cuando está tendida: pero vendrá sobre él, cuando venga desde lo alto a juzgar a vivos y muertos. ¡Ay de los judíos, porque cuando Cristo yacía humildemente, tropezaron con él! No es, dicen, un hombre de Dios, quien rompe el sábado (Juan IX, 16). Si es el Hijo de Dios, que baje de la cruz (Mat. XXVII, 40). Insensato, la piedra yace, y por eso te burlas. Pero mientras te burlas, estás ciego: mientras estás ciego, tropiezas: mientras tropiezas, te quebrantas: cuando hayas sido quebrantado por esa piedra que yace, después, cuando venga desde arriba, serás triturado. Así que Jacob ungió la piedra. ¿Acaso hizo un ídolo? Lo significó, no lo adoró.

Ahora, pues, escuchad, prestad atención a este Natanael, por cuya ocasión el Señor Jesús quiso exponernos la visión de Jacob.

CAPÍTULO III.

3. Sobre el doble nombre y la lucha de Jacob. Sabéis, quienes habéis sido instruidos en la escuela de Cristo, que Jacob es también Israel. Son dos nombres: pues fue un solo hombre. El primer nombre, Jacob, lo recibió cuando nació, lo que se interpreta como Suplantador. Cuando nacieron esos gemelos, el hermano Esaú nació primero, y se encontró la mano del menor en el pie del mayor. Sostenía el pie de su hermano que lo precedía en el nacimiento, y luego él mismo lo siguió. Y por este hecho, porque sostuvo el talón de su hermano, fue llamado Jacob (Gén. XXV, 25), es decir, Suplantador. Pero después, cuando regresaba de Mesopotamia, un ángel luchó con él en el camino. ¿Qué fuerza puede compararse con la de un ángel y un hombre? Por lo tanto, es un misterio, es un sacramento, es una profecía, es una figura; entendámoslo. Pues ved también el modo de la lucha. Mientras luchaba, Jacob prevaleció sobre el ángel. Gran significado. Y cuando el hombre prevaleció sobre el ángel, lo retuvo; sin embargo, el mismo hombre, a quien había vencido, lo retuvo. Y le dijo, No te dejaré, a menos que me bendigas. Cuando el vencedor era bendecido por el vencido, se figuraba a Cristo. Entonces, ese ángel, que se entiende como el Señor Jesús, dijo a Jacob, Ya no te llamarás Jacob, sino que tu nombre será Israel: lo que se interpreta como, Viendo a Dios. Luego tocó el nervio de su muslo, es decir, la anchura del muslo de Jacob, y se secó: y Jacob quedó cojo (Gén. XXXII, 24-32). Él es el vencido. Tanto pudo el vencido, que incluso tocó el muslo, y lo hizo cojo. Por lo tanto, fue vencido voluntariamente. Pues tenía el poder de poner su fuerza, y tenía el poder de tomarla (Juan X, 18). No se enoja el vencido, porque no se enoja el crucificado. Pues también lo bendijo, diciendo, No te llamarás Jacob, sino Israel. Entonces el suplantador se convirtió en viendo a Dios. Y tocó, como dije, su muslo, y lo hizo cojear. Observa en Jacob al pueblo judío, esos miles que seguían y precedían al asno del Señor, que unidos a los Apóstoles adoraban al Señor, y clamaban, Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor (Mat. XXI, 9). He aquí Jacob bendecido. Ya cojo quedó en ellos, que ahora son judíos. Pues la anchura del muslo, significa la multitud del linaje. De los cuales el Salmo, cuando profetizó que las naciones creerían, diciendo, El pueblo que no conocí, me sirvió, al oírme me obedeció. No estuve allí, y fui escuchado: aquí estuve, y fui asesinado. El pueblo que no conocí, me sirvió, al oírme me obedeció. Así que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo (Rom. X, 17). Y sigue: Los hijos extraños me mintieron: de los judíos. Los hijos extraños me mintieron, los hijos extraños envejecieron, y cojeaban de sus caminos (Sal. XVII, 45, 46). Os he asignado a Jacob, tanto bendecido como cojo.

CAPÍTULO IV.

4. Por qué Abraham no retiene su primer nombre con el posterior, pero Jacob sí. Sin embargo, en esta ocasión no debe pasarse por alto, lo que tal vez pueda mover a alguno de vosotros por sí mismo: ¿qué significa que cuando se cambió el nombre de Abraham, abuelo de este Jacob (pues también él primero se llamaba Abram, y Dios le cambió el nombre, y le dijo, No te llamarás Abram, sino Abraham (Gén. XVII, 5), desde entonces no se le llamó Abram. Buscad en las Escrituras, y veréis que antes de recibir otro nombre, no se le llamó sino Abram: después de recibirlo, no se le llamó sino Abraham. Pero este Jacob, cuando recibió otro nombre, escuchó las mismas palabras, No te llamarás Jacob, sino que te llamarás Israel. Buscad las Escrituras, y veréis que siempre se le llamó ambos, Jacob e Israel. Al recibir otro nombre Abram, no se le llamó sino Abraham: al recibir otro nombre Jacob, se le

llamó tanto Jacob como Israel. El nombre de Abraham debía explicarse en este mundo: pues aquí se convirtió en padre de muchas naciones, de donde recibió el nombre. Pero el nombre de Israel pertenece al otro mundo, donde veremos a Dios. Por lo tanto, el pueblo de Dios, el pueblo cristiano, en este tiempo es tanto Jacob como Israel; Jacob en la realidad, Israel en la esperanza. Pues el pueblo menor se llama suplantador del pueblo mayor. ¿Acaso nosotros hemos suplantado a los judíos? Pero se nos llama sus suplantadores, porque por nuestra causa fueron suplantados. Si no hubieran sido cegados, Cristo no habría sido crucificado: si Cristo no hubiera sido crucificado, esa sangre preciosa no se habría derramado: si esa sangre no se hubiera derramado, el mundo no habría sido redimido. Por lo tanto, como nos benefició su ceguera, por eso el hermano menor suplantó al mayor, y el menor fue llamado Suplantador. Pero, ¿hasta cuándo esto?

CAPÍTULO V.

5. A Israel creyente al final se le promete la visión de Dios. Vendrá el tiempo, vendrá el fin del mundo, y todo Israel creerá: no los que ahora son, sino los hijos de ellos que entonces serán. Pues ahora estos, caminando por sus caminos, irán a sus lugares, pasarán a la condenación eterna. Pero cuando se haya hecho un solo pueblo, se cumplirá lo que cantamos: Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Sal. XVI, 15). Cuando venga la promesa, que se nos promete, para que veamos cara a cara. Ahora vemos por espejo en enigma y en parte: pero cuando ambos pueblos ya purificados, ya resucitados, ya coronados, ya transformados en forma inmortal y en incorruptibilidad perpetua, vean a Dios cara a cara, y ya no será Jacob, sino solo será Israel; entonces el Señor lo verá en la persona de este santo Natanael, y dirá, He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). Cuando escuches, He aquí un verdadero israelita; que te venga a la mente Israel: cuando te venga a la mente Israel, que te venga a la mente su sueño, en el que vio una escalera desde la tierra hasta el cielo, el Señor sobre ella, los ángeles de Dios subiendo y bajando. Este sueño lo vio Jacob. Después de esto fue llamado Israel: es decir, poco después, viniendo de Mesopotamia y haciendo su camino. Si, por lo tanto, Jacob vio la escalera, quien también fue llamado Israel; y este Natanael es un verdadero israelita, en quien no hay engaño: por eso, cuando se maravilló porque el Señor le dijo, Te vi bajo el árbol de la higuera; le dijo, Verás cosas mayores que estas. Y nuevamente le dijo el sueño de Jacob. ¿A quién se lo dijo? A quien llamó israelita, en quien no hay engaño. Como quien dice: Con el nombre que te llamé, el sueño de él aparecerá en ti; no te apresures a maravillarte, verás cosas mayores que estas. Veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando al Hijo del hombre. He aquí lo que vio Jacob: he aquí por qué Jacob ungió la piedra con aceite; he aquí por qué el profeta significó y figuró a Cristo en Jacob. Pues ese hecho era una profecía.

CAPÍTULO VI.

6. Cristo está aquí y arriba. Ahora sé lo que esperáis, sé lo que queréis oír de mí. Lo diré brevemente, como el Señor lo concede: Ángeles subiendo y bajando al Hijo del hombre. ¿Cómo si descienden a él, está aquí: si ascienden a él, está arriba? Si ascienden a él, y descienden a él, está tanto allí como aquí. De ninguna manera puede ser que asciendan a él, y desciendan a él; a menos que esté tanto allí donde ascienden, como aquí donde descienden. ¿Cómo probamos que está tanto allí como aquí? Que nos responda Pablo, quien primero fue Saulo. Lo experimentó él mismo, cuando primero fue perseguidor, y después se convirtió en predicador: primero Jacob, después Israel: quien también era del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín (Filip. III, 5). En él veamos a Cristo arriba, a Cristo abajo. Primero, la misma voz del Señor desde el cielo lo muestra: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4).

¿Acaso Pablo había ascendido al cielo? ¿Acaso Pablo al menos había lanzado una piedra al cielo? Perseguía a los cristianos, los ataba, los arrastraba para ser asesinados, los buscaba por todas partes donde se escondían, y no perdonaba a ninguno cuando los encontraba. A quien el Señor Cristo dijo, Saulo, Saulo. ¿Desde dónde clama? Desde el cielo. Por lo tanto, está arriba. ¿Por qué me persigues? Por lo tanto, está abajo. Todo, aunque brevemente, como pude, lo expuse a vuestra Caridad. He dado lo que me corresponde: lo que os corresponde a vosotros, pensad en los pobres. Convertíos al Señor, etc.

SERMO CXXIII. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, Fue invitado también Jesús y sus discípulos a las bodas, etc. Cap. II, V. 1-11.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La humildad de Cristo es medicina para nuestra soberbia. Sabéis, hermanos; pues creyendo en Cristo lo habéis aprendido, y también nosotros continuamente os lo recomendamos en nuestro ministerio; que la medicina para el tumor del hombre es la humildad de Cristo. Pues el hombre no habría perecido, si no hubiera hinchado de soberbia. Pues el principio, como dice la Escritura, de todo pecado, es la soberbia (Ecli. X, 15). Contra el principio del pecado, era necesaria la humildad como principio de justicia. Si, por lo tanto, el principio de todo pecado es la soberbia; ¿cómo se sanaría el tumor de la soberbia, si Dios no se hubiera dignado a hacerse humilde? Que el hombre se avergüence de ser soberbio; pues Dios se hizo humilde. Pues cuando se le dice al hombre que se humille, se indigna: y quieren los hombres vengarse cuando son heridos, la soberbia lo hace. Pues cuando se niegan a humillarse, quieren vengarse: como si el castigo ajeno pudiera serles de provecho, y adquieren un gran tormento. Por eso, en todo, el Señor Cristo se dignó a humillarse, mostrándonos el camino: si, sin embargo, nos dignamos a caminar por él.

CAPÍTULO II.

2. Por qué Cristo hambriento no hizo pan de piedra, como en las bodas hizo vino de agua. He aquí, entre otras cosas, el Hijo de la virgen vino a las bodas: quien cuando estaba con el Padre, instituyó las bodas. Así como fue hecha la primera mujer, por quien vino el pecado, de un hombre sin mujer: así el hombre, por quien se borró el pecado, de una mujer sin hombre. Por él caímos, por este nos levantamos. ¿Y qué hizo en esas bodas? De agua vino. ¿Qué más poderoso? Quien podía hacer tales cosas, se dignó a necesitar. Quien hizo de agua vino, pudo hacer también de piedras pan. Era el mismo poder: pero entonces el diablo lo tentó, por eso Cristo no lo hizo. Pues sabéis que cuando el Señor Cristo fue tentado, el diablo le sugirió esto. Pues tuvo hambre, porque también esto se dignó, porque también esto pertenecía a la humildad. Tuvo hambre el pan, como se agotó el camino, como fue herida la salud, como murió la vida. Cuando, por lo tanto, tuvo hambre, como sabéis, el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en panes. Y respondió al tentador, enseñándote a responder al tentador. Pues el emperador lucha para que los soldados aprendan. ¿Qué respondió? No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. Y no hizo de las piedras panes, quien ciertamente pudo hacerlo, como hizo de agua vino. Pues es del mismo poder hacer de piedra pan: pero no lo hizo, para despreciar la voluntad del tentador. Pues el tentador no se vence de otra manera, sino despreciándolo. Y cuando venció al diablo tentador, vinieron los ángeles, y le servían (Mat. IV, 2, 3, 4, 10). Quien, por lo tanto, podía tanto, ¿por qué no hizo eso, y sí hizo esto? Lee, más bien recuerda, lo que ahora escuchaste, cuando hizo esto, es decir, de agua vino: ¿qué añadió el Evangelista? Y creyeron en él sus discípulos. ¿Acaso entonces el diablo iba a creer?

3. Cristo humilde es el camino hacia la patria. Aquel que pudo tanto, tuvo hambre, sed, se fatigó, durmió, fue apresado, golpeado, crucificado y muerto. Este es el camino: camina por la humildad para llegar a la eternidad. Dios Cristo es la patria a la que vamos: hombre Cristo es el camino por el que vamos. Vamos hacia Él, por Él vamos: ¿qué tememos para no errar? No se apartó del Padre, y vino a nosotros. Mamaba del pecho, y contenía el mundo. Yacía en el pesebre, y alimentaba a los ángeles. Dios y hombre, el mismo Dios que hombre, el mismo hombre que Dios. Pero no de donde hombre, de allí Dios. Dios, porque Verbo: hombre, porque el Verbo se hizo carne; y Dios permaneciendo, y asumiendo la carne del hombre; añadiendo lo que no era, sin perder lo que era. Así pues, ya padecido por esa misma humildad, ya muerto, ya sepultado, ya resucitado, ya ascendido al cielo, allí está y se sienta a la derecha del Padre: y aquí está necesitado en sus pobres. También ayer recomendé esto a vuestra Caridad (En el sermón anterior), por aquello que dijo a Natanael: Verás cosas mayores que estas. En verdad os digo, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre (Juan 1, 50-51). Preguntamos qué era, y hablamos mucho: ¿debemos repetir lo mismo hoy? Los que estuvieron presentes recuerden: sin embargo, lo menciono brevemente.

CAPÍTULO IV.

4. Cristo arriba y abajo. Cristo rico y pobre. No diría, Subiendo al Hijo del hombre, si no estuviera arriba: no diría, Bajando al Hijo del hombre, si no estuviera también abajo. Él mismo arriba, él mismo abajo: arriba en sí, abajo en los suyos; arriba con el Padre, abajo en nosotros. De ahí aquella voz a Saulo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos 9, 4). No diría, Saulo, Saulo, si no estuviera arriba. Saulo no lo perseguía arriba: no diría, ¿Por qué me persigues? quien estaba arriba, si no estuviera también abajo. Temed a Cristo arriba, reconocedlo abajo. Ten a Cristo arriba dando, aquí reconócelo necesitado. Aquí es pobre, allí es rico. Que aquí Cristo sea pobre, él mismo lo dice por nosotros: Tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, fui huésped, estuve en la cárcel. Y a algunos les dijo, Me servisteis: a otros les dijo, No me servisteis (Mateo 25, 35-45). He aquí que hemos probado a Cristo pobre: ¿quién no conoce a Cristo rico? Y esto también pertenecía a sus riquezas, convertir el agua en vino. Si es rico quien tiene vino, ¿qué clase de rico es quien hace el vino? Por tanto, Cristo rico y pobre: como Dios rico, como hombre pobre. Ya también el mismo hombre rico ascendió al cielo, se sienta a la derecha del Padre: sin embargo, aquí todavía el pobre tiene hambre, sed, está desnudo.

CAPÍTULO V.

5. Todo hombre es pobre y mendigo de Dios. ¿Qué eres tú? ¿Rico o pobre? Muchos me dicen, Soy pobre: y dicen la verdad. Reconozco al pobre que tiene algo, reconozco también al necesitado. Pero hay quien tiene mucho oro y plata. ¡Oh, si se reconociera pobre! Se reconoce pobre, si reconoce al pobre junto a él. ¿Qué pues? Por mucho que tengas, quienquiera que seas rico, eres mendigo de Dios. Llega la hora de la oración, y allí te pruebo. Pides. ¿Cómo no eres pobre, si pides? Añado más, pides pan. ¿No vas a decir, Danos hoy nuestro pan de cada día? (Mateo 6, 11). Quien pide el pan de cada día, ¿es pobre o rico? Y sin embargo, Cristo te dice: Dame de lo que te di. ¿Qué trajiste cuando viniste aquí? Todo lo que creé, lo encontraste aquí creado: nada trajiste, nada te llevarás. ¿Por qué no me das de lo mío? Porque tú estás lleno, y el pobre está vacío. Considera tus comienzos: ambos nacisteis desnudos. Y tú también naciste desnudo. Aquí encontraste muchas cosas: ¿acaso trajiste algo contigo? De lo

mío te pido: da, y te devolveré. Me tuviste como dador, hazme pronto deudor. Es poco lo que dije, Me tuviste como dador, hazme deudor: que yo te tenga como prestamista. Me das poco, te devolveré más. Me das cosas terrenales, te devolveré celestiales. Me das cosas temporales, te restituiré eternas. Te devolveré a ti mismo, cuando te devuelva a mí.

SERMO CXXIV. De las palabras del Evangelio de Juan, Hay en Jerusalén una piscina llamada Probática, etc. Cap. V, V. 2-4.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La sanación de los enfermos en la piscina fue figurativa. La reciente lectura evangélica resonó en nuestros oídos, y para entender qué significaban las cosas leídas, nos hizo atentos. Esto creo que se espera de mí, esto prometo exponer según mis fuerzas, con la ayuda del Señor. Sin duda, aquellos milagros no se hacían en vano, y nos figuraban algo para la salvación eterna. Pues la salud del cuerpo que se devolvió al hombre, ¿de cuánto tiempo fue? ¿Qué es vuestra vida, dice la Sagrada Escritura? Es un vapor, dice, que aparece por un poco de tiempo; luego se desvanecerá (Santiago 4, 15). Por tanto, que la salud se devolviera al cuerpo de aquel hombre por un tiempo, fue devolver cierta duración al vapor. No debe, pues, considerarse gran cosa: Vana es la salud del hombre (Salmo 59, 13). Y recordad, hermanos, aquello profético y evangélico, porque en el Evangelio se lee este testimonio: Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como flor de hierba: la hierba se seca, la flor se cae; la Palabra del Señor permanece para siempre (Isaías 40, 6-8; Santiago 1, 10, 11, y 1 Pedro 1, 24, 25). La Palabra del Señor también da honor a la hierba, y un honor no transitorio: pues da también a la carne inmortalidad.

CAPÍTULO II.

2. Toda esta vida es tribulación. Torturadores del alma, el miedo y el dolor. Pero primero pasa la tribulación de esta vida, de la cual nos da auxilio aquel a quien dijimos: Danos auxilio en la tribulación (Salmo 59, 13). Toda esta vida es tribulación para los que entienden. Hay dos torturadores del alma, no torturando juntos, sino alternando el tormento. Los nombres de estos dos torturadores son, miedo y dolor. Cuando te va bien, temes: cuando te va mal, sufres. ¿A quién no engaña la prosperidad de este mundo, no lo quiebra la adversidad? En esta hierba y en los días de la hierba, debe mantenerse un camino más seguro, la Palabra de Dios. Pues cuando se dijo, Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como flor de hierba; la hierba se seca, la flor se cae: como si preguntáramos, ¿Qué esperanza hay para la hierba? ¿Qué estabilidad para la flor de la hierba? pero la Palabra, dice, del Señor permanece para siempre. Y de dónde, preguntas, a mí la Palabra del Señor? El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Pues la Palabra del Señor te dice: No rechaces mi promesa, porque no rechacé tu hierba. Esto, pues, que nos concedió la Palabra del Señor, para que nos aferráramos a Él, para que no pasáramos con la flor de la hierba: esto, pues, que nos concedió, para que el Verbo se hiciera carne, asumiendo carne, no transformándose en carne; permaneciendo y asumiendo, permaneciendo lo que era, asumiendo lo que no era: esto, pues, que nos concedió, también lo significa aquella piscina.

CAPÍTULO III.

3. Significado de la piscina probática. La humildad de Cristo no debe ser rechazada por la soberbia. Brevemente digo: aquella agua era el pueblo judío; los cinco pórticos, la Ley. Pues Moisés escribió cinco libros. Por tanto, el agua estaba rodeada de cinco pórticos, así como

aquel pueblo estaba restringido por la Ley. La agitación del agua, en aquel pueblo es la pasión del Señor. Quien descendía era sanado, no más que uno: porque esa es la unidad. A quienes les desagrade esta pasión de Cristo, son soberbios: no quieren descender, no son sanados. ¿Y yo, dice, voy a creer en un Dios en carne, un Dios nacido de mujer, un Dios crucificado, flagelado, muerto, herido, sepultado? Lejos de mí creer esto de Dios; es indigno. Que hable el corazón, no el cuello. La humildad del Señor parece indigna al soberbio, por eso la sanidad se aleja de tales. No te ensalces: si quieres ser sanado, descende. La piedad debería temer, si se dijera que Cristo en carne es mutable. Pero ahora la verdad te encomienda a Cristo inmutable, en cuanto al Verbo. Pues en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios: no que sonara y pasara; porque Dios era el Verbo (Juan 1, 1). Permanece, pues, tu Dios inmutable. Oh piedad verdadera: permanece tu Dios: no temas, no perece; y por Él tampoco pereces tú. Permanece, nace de mujer; pero en carne. El Verbo también hizo a su madre. Quien era antes de ser hecho, se hizo en quien ser hecho. Fue niño; pero en carne. Mamó, creció, se alimentó, pasó por edades, llegó a la juventud; pero en carne. Fatigado durmió; pero en carne. Sufrió hambre y sed; pero en carne. Fue apresado, atado, flagelado, ultrajado, finalmente crucificado, muerto; pero en carne. ¿Qué temes? La Palabra del Señor permanece para siempre. Quien rechaza esta humildad de Dios, no quiere para sí la sanidad del mortal tumor de la soberbia.

CAPÍTULO IV.

4. Cristo asumió la mortalidad para dar inmortalidad. Brevedad de esta vida. El Señor Jesucristo, pues, concedió a nuestra carne esperanza a través de su carne. Asumió lo que conocíamos en esta tierra, lo que aquí abundaba, nacer y morir. Nacer y morir, aquí abundaba: resucitar y vivir eternamente, no estaba aquí. Encontró aquí mercancías terrenales viles, trajo celestiales peregrinas. Si temes la muerte, ama la resurrección. Te dio auxilio de su tribulación: pues vana habría quedado tu salvación. Reconozcamos y amemos, hermanos, la salvación en este mundo peregrina, es decir, eterna, y vivamos en este mundo como peregrinos. Pensemos que pasamos, y pecaremos menos. Demos más bien gracias a nuestro Señor Dios, porque quiso que el último día de esta vida fuera breve e incierto. Desde la primera infancia hasta la senectud decrepita, es breve el espacio. ¿De qué le habría servido a Adán haber vivido tanto tiempo, si hoy muriera? ¿Qué es largo, donde hay fin? Nadie puede recuperar el día de ayer: el de hoy es urgido por el de mañana, para que pase. En ese pequeño espacio vivamos bien, para que vayamos allí donde no pasemos. Y ahora mientras hablamos, ciertamente pasamos. Las palabras corren, y las horas vuelan: así nuestra edad, así nuestros actos, así nuestros honores, así nuestra miseria, así nuestra felicidad. Todo pasa: pero no temamos: La Palabra del Señor permanece para siempre. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CXXV. Nuevamente sobre el capítulo v de Juan. De los cinco pórticos, donde yacía una multitud de enfermos; y de la piscina de Siloé, capítulo IX.

1. Las mismas cosas no se repiten en vano por el expositor de las Escrituras. Ni a vuestros oídos, ni a vuestros corazones se repiten cosas nuevas: sin embargo, renuevan el afecto del oyente, y de algún modo al ser recordadas nos renuevan: no nos cansa escuchar lo que es conocido, porque siempre es dulce lo que es del Señor. Así es la exposición de las Escrituras divinas, como son las mismas Escrituras divinas: aunque sean conocidas, se leen para recordarlas. Así también su exposición, aunque sea conocida, debe repetirse, para que quienes lo han olvidado lo recuerden, o quienes quizás no lo han escuchado, lo escuchen; y quienes retienen lo que acostumbran a escuchar, al repetirlo se haga para que no puedan olvidarlo. Recordamos que ya hemos hablado a vuestra Caridad sobre este capítulo del Evangelio. Sin

embargo, no nos cansa recordaros lo mismo, así como no os cansó repetir la misma lectura. El apóstol Pablo dice en una de sus Epístolas: Escribir las mismas cosas a vosotros, para mí ciertamente no es molesto, para vosotros es necesario (Filipenses 3, 1). Así también nosotros deciros las mismas cosas, para nosotros no es molesto, para vosotros es seguro.

2. Los cinco pórticos figuraban la Ley de Moisés. La impotencia de la Ley para sanar. Por qué se dio la Ley. Los cinco pórticos, en los que yacían los enfermos, significan la Ley, que primero fue dada a los judíos y al pueblo de Israel por el siervo de Dios Moisés. Pues Moisés mismo, ministro de la Ley, hizo cinco libros. Por el número, pues, de libros que él escribió, los cinco pórticos figuraban la Ley. Pero como la Ley no fue dada para sanar a los enfermos, sino para revelar y mostrar: así dice el Apóstol, Si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la Ley; pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes (Gálatas 3, 21-22): por eso en aquellos pórticos yacían enfermos, no eran sanados. ¿Qué dice? Si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar. Por tanto, aquellos pórticos, que figuraban la Ley, no podían sanar a los enfermos. Alguien me dice: ¿Por qué entonces fue dada? El mismo apóstol Pablo lo expuso: La Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes. Pues quienes estaban enfermos, se creían sanos. Recibieron la Ley, que no podían cumplir; aprendieron en qué enfermedad estaban, e imploraron las manos del médico: quisieron ser sanados, porque reconocieron que estaban enfermos; lo que no reconocerían, si no se les hubiera dado la Ley que no podían cumplir. El hombre se consideraba inocente, y por esa misma soberbia de falsa inocencia se volvía más insano. Para domar, pues, la soberbia, y para desnudarla, fue dada la Ley; no para liberar a los enfermos, sino para convencer a los soberbios. Por tanto, preste atención vuestra Caridad: para esto fue dada la Ley, que revelara los pecados, no que los quitara. Por eso, pues, los enfermos que podrían enfermar más secretamente en sus casas, si no fueran aquellos cinco pórticos, eran revelados a los ojos de todos en aquellos pórticos, pero no eran sanados por los pórticos. Era útil, pues, la Ley para revelar los pecados, porque el hombre más abundantemente hecho reo por la transgresión de la Ley, podría con la soberbia domada implorar la ayuda del misericordioso. Escucha al Apóstol: La Ley se introdujo para que abundara el delito; pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Romanos 5, 20). ¿Qué es, La Ley se introdujo para que abundara el delito? Como dice en otro lugar, Donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Id. 4, 15). El hombre pecador puede ser llamado antes de la ley, transgresor no puede. Pero cuando habiendo recibido la ley peca, no solo es pecador, sino también transgresor. Cuando, pues, la transgresión se añade al pecado, por eso abundó el delito. Pero al abundar el delito, la soberbia humana aprende finalmente a someterse, y a confesar a Dios, y a decir, Estoy enfermo (Salmo 6, 3). A decir también aquellas palabras del Salmo, que no dice sino un alma humillada: Yo dije: Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo 40, 5). Diga, pues, esto el alma enferma, al menos convencida por la transgresión; y no sanada, sino mostrada por la Ley. Escucha también al mismo Pablo mostrándote que la Ley es buena, y sin embargo, sin la gracia de Cristo no libera del pecado. Pues la Ley puede prohibir y mandar: traer la medicina, para que se sane aquello que no permite al hombre cumplir la Ley, no puede, pero la gracia lo hace. Dice el Apóstol, Porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior. Es decir, ya veo que lo que reprueba la Ley, es malo; y lo que manda la Ley, es bueno. Porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior. Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado. Esto es por la pena del pecado, por la herencia de la muerte, por la condenación de Adán, se rebela contra la ley de la mente, y lleva cautivo a la ley del pecado, que está en los miembros. Este fue convencido; recibió la ley para ser convencido; ve lo que le aprovechó ser convencido. Escucha las palabras siguientes: ¡Miserable de mí!

¿quién me librerá de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Romanos 7, 22-25).

3. ¿Qué significa que un enfermo fue curado al moverse el agua? Presten atención. Esas pórticos representaban la Ley, llevando a los enfermos, no sanándolos; revelando, no curando. Pero, ¿quién curaba a los enfermos? El que descendía a la piscina. ¿Cuándo descendía el enfermo a la piscina? Cuando el ángel daba la señal del movimiento del agua. Así estaba santificada esa piscina, para que el ángel viniera y moviera el agua. Los hombres veían el agua, pero por el movimiento del agua turbada entendían la presencia del ángel. Si alguien descendía entonces, era curado. ¿Por qué entonces no era curado ese enfermo? Consideremos sus palabras: "No tengo hombre que, cuando el agua se mueve, me deposite en la piscina; porque cuando voy, otro desciende antes que yo". ¿Entonces no puedes descender después, si otro desciende antes que tú? Aquí se significó que no se curaba sino uno al movimiento del agua. Quienquiera que descendiera primero, solo él era curado; pero quien descendiera después, no se sanaba con ese movimiento del agua, sino que esperaba hasta que se moviera de nuevo. ¿Qué significa entonces este sacramento? No es sin causa. Preste atención vuestra Caridad. Las aguas se colocan en el Apocalipsis como figura de los pueblos. Pues cuando Juan vio muchas aguas, preguntó en el Apocalipsis qué eran, y se le dijo que eran pueblos (Apoc. XVII, 15). Por lo tanto, esa agua significaba al pueblo de los judíos. Así como ese pueblo estaba sujeto a los cinco libros de Moisés en la Ley, así también esa agua estaba rodeada por cinco pórticos. ¿Cuándo se turbó el agua? Cuando se turbó el pueblo de los judíos. ¿Y cuándo se turbó el pueblo de los judíos, sino cuando vino el Señor Jesucristo? La pasión del Señor, la turbación del agua. Los judíos se turbaron cuando el Señor sufrió. He aquí que a esa misma perturbación pertenece lo que ahora se leía. Los judíos querían matarlo, no solo porque hacía estas cosas en sábado, sino porque se decía Hijo de Dios, haciéndose igual a Dios. Pues Cristo se decía Hijo de Dios de una manera diferente a como se dijo a los hombres: "Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos" (Sal. LXXXI, 6). Porque si se hiciera Hijo de Dios como cualquier hombre puede ser llamado hijo de Dios (pues por la gracia de Dios los hombres son llamados hijos de Dios), los judíos no se enojarían. Pero porque lo entendían de otra manera, diciendo que era Hijo de Dios según lo que es: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1); y según lo que dice el Apóstol: "El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse" (Filip. II, 6): veían al hombre y se enojaban porque se hacía igual a Dios. Él, sin embargo, sabía que era igual, pero donde ellos no veían. Lo que ellos veían, querían crucificar; lo que no veían, por eso eran juzgados por él. ¿Qué veían los judíos? Lo que veían también los apóstoles, cuando Felipe dijo: "Muéstranos al Padre, y nos basta". ¿Qué no veían los judíos? Lo que tampoco los apóstoles, cuando el Señor respondió: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan XIV, 8, 9). Por lo tanto, lo que los judíos no podían ver en él, lo consideraban como un hombre soberbio e impío, haciéndose igual a Dios. Era una turbación, el agua se turbaba, el Ángel había venido. Pues el Señor fue llamado el Ángel del gran consejo (Isaías IX, 6, según los LXX), porque era el mensajero de la voluntad del Padre. Ángel en griego, en latín es mensajero. Y tienes al Señor diciendo que anuncia el reino de los cielos. Por lo tanto, había venido el Ángel del gran consejo, pero el Señor de todos los ángeles. Y por eso Ángel, porque asumió carne: pero Señor de los ángeles, porque "todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan I, 3). Pues si "todas las cosas", también los ángeles. Y por eso él no fue hecho, porque "por él fueron hechas todas las cosas". Pero lo que fue hecho, sin el Verbo operante no fue hecho. La carne que fue hecha madre de Cristo no pudo nacer, sino por el Verbo, que después nació de ella, fue creada.

4. El descanso de Dios en el séptimo día. Las seis edades del mundo. Cómo descansó Dios y siempre obra. Por lo tanto, los judíos se turbaban. ¿Qué es esto? ¿Por qué hace estas cosas en sábado? Y especialmente por las mismas palabras del Señor: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo". Los turbó lo que entendían carnalmente, porque en el séptimo día Dios descansó de todas sus obras (Gén. II, 2). Pues está escrito en el Génesis, y está muy bien escrito, y es razonable por qué está escrito. Pero ellos, pensando que Dios, como si estuviera fatigado, descansó después de todo en el séptimo día, y por eso lo bendijo, porque en él se recuperó de su cansancio, no entendían, necios, que quien hizo todo con su palabra, no podía fatigarse. Lean y díganme cómo podría fatigarse Dios diciendo: "Hágase", y fue hecho. Hoy, si un hombre hiciera así como hizo Dios, ¿quién se fatiga? Dijo: "Hágase la luz", y fue hecha la luz. De nuevo, "Hágase el firmamento", y fue hecho (Gén. I, 3, 6, 7): o si dijo y no fue hecho, se fatigó. En otro lugar brevemente: "Él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas" (Sal. XXXII, 9). ¿Quién, entonces, hace así, cómo trabaja? Si no trabaja, ¿cómo descansa? Pero en ese sábado, donde se dijo que Dios descansó de todas sus obras, en el descanso de Dios se significó nuestro descanso: porque será el sábado de este siglo, cuando pasen seis edades. Como si pasaran seis días del siglo. Un día pasó desde Adán hasta Noé; otro desde el diluvio hasta Abraham; el tercero desde Abraham hasta David; el cuarto desde David hasta la deportación a Babilonia; el quinto desde la deportación a Babilonia hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Ahora se lleva a cabo el sexto día. Estamos en la sexta edad, en el sexto día. Por lo tanto, reformémonos a la imagen de Dios, porque el hombre fue hecho a la imagen de Dios en el sexto día (Gén. I, 27). Lo que allí hizo la formación, aquí en nosotros lo hace la reformación: y lo que allí hizo la creación, aquí en nosotros lo hace la recreación. Después de este día en el que ahora estamos, después de esta edad, vendrá el descanso que se promete a los santos, que se prefiguraba en esos días. Porque en verdad, después de todo lo que hizo en el mundo, no hizo nada nuevo en la creación. Las mismas criaturas se convertirán y cambiarán. Pues desde que las criaturas fueron instituidas, no se ha añadido nada más. Pero, sin embargo, si el que hizo no gobernara el mundo, lo que fue hecho caería; no puede sino administrar lo que hizo. Porque, por lo tanto, no se añadió nada a la creación, se dijo que descansó de todas sus obras: pero porque no cesa de gobernar lo que hizo, el Señor dijo correctamente: "Mi Padre hasta ahora trabaja". Preste atención vuestra Caridad. Completó, se dijo que descansó: pues completó las obras y no añadió nada. Gobierna lo que hizo: por lo tanto, no cesa. Pero con cuánta facilidad hizo, con tanta facilidad gobierna. No piensen, hermanos, que no trabajaba cuando creaba, y trabaja porque gobierna; como en un barco trabajan los que lo fabrican, trabajan los que lo gobiernan; pues son hombres. Él, con cuánta facilidad dijo y fueron hechas, con tanta facilidad y juicio por el Verbo gobierna todo.

5. La providencia de Dios en la ordenación de los males. No porque las cosas humanas parezcan perversas, nos parezca que no hay gobierno de las cosas humanas. Pues todos los hombres están ordenados en sus lugares: pero a cada uno le parece que no tienen orden. Tú solo mira qué quieres ser: pues como quieras ser, el artífice sabe dónde ponerte. Observa al pintor. Se le presentan varios colores, y sabe dónde poner cada color. Ciertamente, el pecador quiso ser un color negro: ¿por eso no sabe el orden del artífice dónde ponerlo? ¿Cuántas cosas ordena del color negro? ¿Cuántos adornos hace el pintor? Hace de él cabellos, hace barba, hace cejas: no hace frente, sino de blanco. Tú mira qué quieres ser: no te preocupes dónde te ordene quien no sabe errar, sabe dónde ponerte. Pues así vemos que sucede esto por las leyes de este mundo. Alguien quiso ser ladrón: la ley del juez sabe que actuó contra la ley; la ley del juez sabe dónde ponerlo: lo ordena muy bien. Él ciertamente vivió mal: pero la ley no lo ordenó mal. Del ladrón será minero: de la obra del minero, ¿cuántas obras se construyen? El castigo de ese condenado es ornamento de la ciudad. Así, pues, Dios sabe

dónde ponerte. No pienses que turbas el consejo de Dios, si quieres ser perverso. ¿Quién sabía crearte, no sabe ordenarte? Es bueno allí donde te esfuerzas, para que seas puesto en buen lugar. ¿Qué se dijo de Judas por el Apóstol? "Fue a su lugar" (Hechos I, 25). Operando ciertamente la providencia divina, porque por mala voluntad quiso ser malo, pero Dios no hizo el mal ordenándolo. Pero porque él mismo quiso ser pecador malo, hizo lo que quiso, pero sufrió lo que no quiso. En lo que hizo lo que quiso, se descubre su pecado: en lo que sufrió lo que no quiso, se alaba el orden de Dios.

6. La turbación de los judíos por dos razones. El enfermo curado al descender a la piscina. Solo uno sanado. ¿Por qué dije esto? Para que entiendan, hermanos, que está muy bien dicho por el Señor Jesucristo: "Mi Padre hasta ahora trabaja". Porque no abandona la creación que hizo. Y dijo: "Como trabaja, yo también trabajo". Ya allí se significó a sí mismo igual a Dios. "Mi Padre", dice, "hasta ahora trabaja, y yo trabajo". Ese sentido carnal se turbó por el sábado. Pues pensaban que el Señor, fatigado, había descansado para no trabajar. Oyen: "Mi Padre hasta ahora trabaja": se turban. "Y yo trabajo": se hizo igual a Dios, se turban. Pero no teman ya. El agua se turba, el enfermo ha de ser sanado. ¿Qué es esto? Por eso se turban ellos, para que el Señor sufra. El Señor sufre, se derrama la preciosa sangre, se redime al pecador, se concede gracia al pecador, y dice: "Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por nuestro Señor Jesucristo" (Rom. VII, 24, 25). Pero, ¿cómo se cura? Si descende. Pues así era esa piscina, a la que se descendía, no a la que se ascendía. Pues podrían ser también tales piscinas, así dispuestas, para ascender a ellas. ¿Por qué, entonces, se hizo de tal manera que se descendiera? Porque la pasión del Señor busca al humilde. Descienda el humilde, no sea soberbio, si quiere ser sanado. ¿Por qué solo uno? Porque única es la Iglesia en todo el orbe, la unidad se salva. Donde, por lo tanto, se salva uno, se significa la unidad. Por lo tanto, entiende la unidad por uno. No te apartes de la unidad, si no quieres estar exento de esta salvación.

7. La enfermedad de treinta años. La perfección de la justicia significada por el número cuarenta. El amor del mundo no permite el amor de Dios. ¿Qué significa, entonces, que el enfermo tenía treinta y ocho años? Sé, hermanos, que ya he dicho esto: pero también los que leen olvidan, cuánto más los que rara vez escuchan. Preste atención, entonces, un poco vuestra Caridad. En el número cuarenta se figura la completitud de la justicia. La completitud de la justicia, porque aquí vivimos en trabajo, en penas, en continencia, en ayunos, en vigiliias, en tribulaciones; esa es la ejercitación de la justicia, soportar este tiempo, y de este siglo ayunar de alguna manera; no del alimento de la carne, que rara vez hacemos; sino del amor del siglo, que siempre debemos hacer. Por lo tanto, cumple la ley quien se abstiene de este siglo. Pues no puede amar lo que es eterno, si no deja de amar lo que es temporal. Presten atención al amor del hombre: piensen en él como en la mano del alma. Si algo sostiene, no puede sostener otra cosa. Para que pueda sostener lo que se le da, suelte lo que sostiene. Esto digo, vean que lo digo claramente: Quien ama el siglo, no puede amar a Dios; tiene ocupada la mano. Dios le dice: Toma lo que doy. No quiere soltar lo que sostenía: no puede recibir lo que se le ofrece. ¿Acaso dije, que no posea alguien? Si puede, si la perfección lo exige de él, que no posea. Si no puede, alguna necesidad lo impide, que posea, no sea poseído; que tenga, no sea tenido: sea señor de su cosa, no siervo; como dice el Apóstol: "Por lo demás, hermanos, el tiempo es breve: resta que los que tienen esposa, sean como si no la tuvieran; y los que compran, como si no poseyeran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que usan de este mundo, como si no usaran: porque la figura de este mundo pasa. Quiero que estéis sin preocupación" (1 Cor. VII, 29-32). ¿Qué es, no ames lo que posees en este siglo? No tenga tu mano ocupada,

de donde debe ser tenido Dios. No se ocupe tu amor, con el que puedes tender a Dios, y adherirte a él que te creó.

8. La posesión de cosas temporales donde se reconoce al inocente. Dices, y me respondes: Y Dios sabe que poseo inocentemente. La tentación prueba. Se turba lo que posees, y blasfemas. Ahora sufríamos tales cosas. Se turba lo que posees, y no se te encuentra como eras, y muestras ser otra cosa en tu voz ahora, y otra cosa ayer en tu voz. Y ojalá defiendas lo tuyo con clamor, y no intentes usurpar lo ajeno con audacia: y lo que es peor, para no ser reprendido, dices que lo ajeno es tuyo. Pero, ¿qué necesidad hay? Eso aconsejo, eso digo, hermanos, y yo fraternalmente aconsejo; Dios manda, y yo amonesto, porque soy amonestado. Él me aterra, quien no me deja callar. De mí exige lo que dio. Pues dio para distribuir, no para guardar. Si lo guardo y lo escondo, me dice: "Siervo malo y perezoso, ¿por qué no diste el dinero a los banqueros, y yo viniendo lo exigiría con intereses?" (Lucas XIX, 23). ¿Y de qué me servirá, porque no perdí nada de lo que recibí? Poco es para mi Señor, es avaro: pero la avaricia de Dios es nuestra salvación. Es avaro, busca sus monedas, recoge su imagen. "Darías", dice, "el dinero a los banqueros, y yo viniendo lo exigiría con intereses". Y si por casualidad el olvido hiciera que no los amonestara; o las tentaciones y tribulaciones que sufrimos, los amonestarían. Ciertamente han escuchado la palabra de Dios. Bendito sea el Señor y su gloria. Pues se han congregado, y están pendientes de la palabra del dispensador de Dios. No atiendan a nuestra carne, por la cual se les ofrece: porque los hambrientos no atienden a la vileza del vaso, sino a la caridad del alimento. Dios los prueba. Se han congregado, alaban la palabra de Dios; la tentación probará cómo escuchan: tendrán negocios, en los que se mostrará cómo son. Pues también quien hoy clama con reproches, ayer escuchaba con gusto. Por eso advierto, por eso digo, por eso no callo, hermanos míos, porque vendrá el tiempo de preguntar. Pues el Señor interroga al justo y al impío. Ciertamente esto cantaron, ciertamente lo cantamos juntos: "El Señor interroga al justo y al impío". ¿Y qué sigue? "Pero el que ama la iniquidad, odia su alma" (Sal. X, 6). Y en otro lugar: "En los pensamientos del impío habrá interrogación" (Sab. I, 9). No donde yo te interrogo, allí interroga Dios. Yo interrogo tu lengua, Dios interroga tu pensamiento. Pero él sabe cómo escuchas, y sabe cómo exige, quien manda que dé. Quiso que yo fuera el dispensador, se reservó para sí la exigencia. Amonestar, enseñar, corregir es nuestro: pero salvar y coronar, o condenar y enviar al infierno, no es nuestro. El juez entregará al ministro, el ministro al carcelero. "En verdad te digo, no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante" (Mat. V, 25, 26).

9. El número cuarenta en el ayuno de Moisés, Elías y Cristo. Cuaresma antes de Pascua. Cincuenta días después de Pascua. Volvamos, pues, al asunto. La perfección de la justicia se demuestra con el número cuarenta. ¿Qué significa cumplir el número cuarenta? Abstenerse del amor a este mundo. La continencia de las cosas temporales, para que no se amen de manera perjudicial, es como ayunar de este mundo. Por eso el Señor ayunó cuarenta días (Mateo 4, 2), y Moisés (Éxodo 34, 28), y Elías (1 Reyes 19, 8). ¿Acaso el que dio a sus siervos el poder de ayunar cuarenta días, no pudo ayunar ochenta o cien días? ¿Por qué no quiso más de lo que dio a sus siervos, sino porque en el mismo número cuarenta hay un misterio de ayuno, de abstenerse de este mundo? ¿Qué significa esto? Lo que dice el Apóstol: "El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gálatas 6, 14). Él mismo cumple el número cuarenta. ¿Y qué muestra el Señor? Que esto hizo Moisés, esto Elías, esto Cristo, esto enseña la Ley, esto los Profetas, esto el Evangelio: para que no pienses que hay algo diferente en la Ley, algo en los Profetas, algo en el Evangelio. Todas las Escrituras no te enseñan otra cosa, sino la continencia del amor al mundo, para que tu amor corra hacia Dios.

Se figura que esto enseña la Ley, Moisés ayunó cuarenta días. Se figura que esto enseñan los Profetas, Elías ayunó cuarenta días. Se figura que esto enseña el Evangelio, el Señor ayunó cuarenta días. Por eso en el monte aparecieron esos tres, el Señor en medio, Moisés y Elías a los lados. ¿Por qué? Porque el mismo Evangelio tiene testimonio de la Ley y los Profetas (Romanos 3, 21). ¿Y por qué en el número cuarenta está la perfección de la justicia? En el Salterio se dice: "Dios, cantaré para ti un cántico nuevo; en el salterio de diez cuerdas te cantaré" (Salmo 143, 9). Lo que significa los diez mandamientos de la Ley, que el Señor no vino a abolir, sino a cumplir. Pero la misma Ley se extiende por todo el mundo, consta de cuatro ángulos, oriente, occidente, sur y norte, como dice la Escritura. Por eso también el recipiente que llevaba todos los animales figurados, que fue mostrado a Pedro cuando se le dijo: "Mata y come" (Hechos 10, 11-13), para mostrar que los gentiles creerían y entrarían en el cuerpo de la Iglesia, así como lo que comemos entra en nuestro cuerpo, fue bajado del cielo con cuatro líneas (esas son las cuatro partes del mundo), mostrando que todo el mundo creerá. Por lo tanto, en el número cuarenta está la continencia del mundo. Esta es la plenitud de la Ley: la plenitud de la Ley es la caridad. Por eso antes de Pascua ayunamos cuarenta días. Es un signo antes de Pascua de nuestra vida laboriosa, donde en trabajos y aflicciones, y continencia cumplimos la Ley. Después de Pascua, es decir, celebramos los días de la resurrección del Señor, significando nuestra resurrección. Por eso se celebran cincuenta días: porque al cuarenta se le añade la recompensa del denario, y se hace cincuenta. ¿Cómo es la recompensa del denario? ¿No leíste que los que fueron contratados para la viña, ya sea los que a la primera, a la sexta, o a la última hora, no pudieron recibir sino un denario (Mateo 20, 1-10)? Cuando a nuestra justicia se le añade su recompensa, estaremos en el cincuenta. Entonces ya no nos quedará más que alabar a Dios. Por eso durante esos días decimos Aleluya. Aleluya es la alabanza de Dios. En esta fragilidad de la mortalidad, en este cuarenta aquí, como antes de la resurrección, gemimos en oraciones, para que entonces alabemos. Ahora es tiempo de desear, entonces será tiempo de abrazar y disfrutar. No desfallezcamos en el tiempo de cuarenta, para que nos regocijemos en el tiempo de cincuenta.

10. La Ley no se cumple sin caridad. ¿Quién es, pues, el que cumple la Ley, sino el que tiene caridad? Pregunta al Apóstol: "La plenitud de la Ley es la caridad" (Romanos 13, 10). Porque toda la Ley se cumple en una sola palabra, en lo que está escrito: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gálatas 5, 14). Pero el mandamiento de la caridad es doble: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el gran mandamiento. El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Son palabras del Señor en el Evangelio: "De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas" (Mateo 22, 37-40). Sin el amor doble, la Ley no puede cumplirse. Mientras no se cumpla la Ley, hay debilidad. Por eso tenía dos menos, el que estuvo enfermo treinta y ocho años. ¿Qué significa, tenía dos menos? No cumplía esos dos mandamientos. ¿De qué sirve que se cumplan los demás, si esos no se cumplen? ¿Tienes treinta y ocho? Si no tienes esos dos, los demás no te servirán de nada. Te faltan dos, sin los cuales los demás no valen nada, si no tienes los dos mandamientos que conducen a la salvación. Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como un metal que resuena, o un címbalo que retiñe. Y si tuviera el don de profecía, y entendiera todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes, pero no tengo caridad, nada soy. Y si repartiera todos mis bienes, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (1 Corintios 13, 1-3). Son palabras del Apóstol. Por lo tanto, todas esas cosas que dijo, son como treinta y ocho años: pero porque no había caridad, había debilidad. ¿Quién, pues, sanará de esta debilidad, sino el que vino a dar caridad? "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros" (Juan 13, 34). Y porque vino a dar caridad, y la caridad perfecciona la Ley; con razón dijo: "No he venido a abolir la Ley, sino a

cumplirla" (Mateo 5, 17). Sanó al enfermo, y le dijo que llevara su camilla, y fuera a su casa. Esto también le dijo al paralítico que sanó (Marcos 2, 11). ¿Qué significa llevar nuestra camilla? El placer de nuestra carne. Donde yacemos enfermos, es como nuestra cama. Pero los que han sido sanados, contienen y llevan eso, no son contenidos por la carne misma. Por lo tanto, sano, contiene la fragilidad de tu carne, para que con el signo del ayuno de cuarenta, de este mundo, cumplas el número cuarenta, que sanó a aquel enfermo, que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla.

11. Las cosas temporales deben ser abandonadas en el alma. La tentación a menudo no hace al pecador, sino que lo revela. Al escuchar esto, dirige tu corazón a Dios. No te engañes. Pregúntate a ti mismo cuando todo va bien en el mundo; pregúntate entonces si amas este mundo, o si no lo amas; aprende a dejarlo antes de que te dejen. ¿Qué significa dejarlo? No amarlo en el alma. Mientras aún tienes contigo lo que vas a perder, ya sea en vida o al morir lo dejas, no puede estar contigo siempre: entonces, mientras aún lo tienes contigo, suelta el amor; prepárate en la voluntad de Dios, suspenderte en Dios. Aférrate a aquel a quien no pierdes a la fuerza; para que si sucede que pierdes estas cosas temporales, digas: "El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor" (Job 1, 21). Pero si sucede, y esto quiere Dios, que lo que tienes esté contigo hasta el final; liberado de esta vida, recibes el denario cincuenta, y se hace en ti la perfección de la bienaventuranza, cuando cantas Aleluya. Teniendo en memoria estas cosas que he recordado, sirvan para que no ames el mundo. Mala es la amistad de este, engañosa es, hace enemigo a Dios. Rápidamente en una tentación el hombre ofende a Dios, y se hace enemigo. Más bien, no entonces se hace enemigo; sino que entonces se revela que era enemigo. Porque cuando amaba y alababa, era enemigo; pero ni él mismo lo sabía, ni los demás. Llega la tentación, se toca la vena, y se revela la fiebre. Por lo tanto, hermanos, el amor al mundo, y la amistad del mundo hacen enemigos a Dios. Y él mismo no da lo que prometió, es mentiroso, y engaña. Por eso los hombres no dejan de esperar en este mundo, y ¿quién alcanza todo lo que espera? Pero a lo que sea que llegue, inmediatamente se le hace despreciable lo que ha alcanzado. Comienzan a desear otras cosas, otras cosas queridas se esperan: cuando llegan, lo que sea que te llegue, se hace despreciable. Aférrate, pues, a Dios, porque nunca se hace despreciable, porque nada es más hermoso. Por eso estas cosas se hacen despreciables, porque no pueden permanecer, porque no son lo que él es. Porque a ti, oh alma, no te basta, sino aquel que te creó. Cualquier otra cosa que tomes, es miserable: porque solo él puede bastarte, quien te hizo a su imagen. De la misma voz se dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta" (Juan 14, 8). Allí solo puede haber seguridad: y donde puede haber seguridad, de alguna manera allí habrá una saciedad insaciable. Porque ni te saciarás, para querer irte; ni faltará algo, para que padezcas como si fuera escasez.

SERMO CXXVI. De las palabras del Evangelio de Juan, "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Cap. V, V. 19.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe debe preceder al entendimiento. Los misterios y secretos del reino de Dios primero buscan creyentes, para que los hagan entendidos. Porque la fe es el paso para entender: el entendimiento es el mérito de la fe. Esto lo dice claramente el profeta a todos los que buscan entender apresuradamente y de manera desordenada, y descuidan la fe. Dice: "Si no creéis, no entenderéis" (Isaías 7, 9, según la LXX). Por lo tanto, la misma fe tiene una cierta luz en las Escrituras, en la Profecía, en el Evangelio, en las lecturas apostólicas. Porque todas estas cosas que se nos recitan por un tiempo, son lámparas en un lugar oscuro, para que seamos

nutridos hacia el día. Dice el apóstol Pedro: "Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (2 Pedro 1, 19).

2. Es perverso no querer creer sino lo que ves. Veis, pues, hermanos, cuán perversos son y apresuradamente viciosos, los que como concepciones inmaduras buscan el aborto antes del nacimiento; los que nos dicen: ¿Por qué me mandas creer lo que no veo? Quiero ver algo, para creer. Me mandas creer, mientras no veo: yo quiero ver, y creyendo ver, no oyendo. Que diga el profeta: "Si no creéis, no entenderéis". Quieres ascender, y olvidas los escalones. Sin duda, es perverso. Oh hombre, si ya pudiera mostrarte lo que ves, no te exhortaría a que creyeras.

CAPÍTULO II.

3. De las criaturas que se ven, se debe ascender al Creador que no se ve. Por lo tanto, la fe es, como se ha definido en otro lugar, "la sustancia de las cosas que se esperan, la convicción de las cosas que no se ven" (Hebreos 11, 1). Si no se ven, ¿cómo se convencen de que son? ¿De dónde son estas cosas que ves, sino de aquel que no ves? Sin duda ves algo, para que creas algo, y de lo que ves, creas lo que no ves. No seas ingrato con aquel que te hizo ver, para que puedas creer lo que aún no puedes ver. Dios te dio ojos en el cuerpo, razón en el corazón; despierta la razón del corazón, levanta al habitante interior de tus ojos interiores, que tome sus ventanas, que contemple la creación de Dios. Porque hay alguien dentro que ve a través de los ojos. Pues cuando alguna vez piensas en mí con el habitante interior vuelto, no ves lo que está ante tus ojos. Porque las ventanas están abiertas en vano, cuando quien mira a través de ellas está ausente. Por lo tanto, no son los ojos los que ven, sino alguien que ve a través de los ojos: levántalo, despiértalo. No te ha sido negado: Dios te hizo un animal racional, te puso por encima de las bestias, te formó a su imagen. ¿Así debes usar de ellos, como una bestia; solo para ver qué añades al vientre, no a la mente? Levanta, pues, la mirada racional, usa los ojos como hombre, contempla el cielo y la tierra, los adornos del cielo, la fecundidad de la tierra, el vuelo de las aves, el nado de los peces, la fuerza de las semillas, el orden de los tiempos: contempla las obras, y busca al hacedor; mira lo que ves, y busca a quien no ves. Cree en aquel a quien no ves, por estas cosas que ves. Y no pienses que te exhorto con mi discurso, escucha al Apóstol diciendo: "Porque las cosas invisibles de Dios, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por medio de las cosas hechas" (Romanos 1, 20).

CAPÍTULO III.

4. Cristo hizo milagros inusuales, para que también en las cosas cotidianas que se habían vuelto comunes, se reconociera al creador. Postergabas estas cosas, y no las atendías como hombre, sino como animal irracional. El profeta clamó a ti, y clamó en vano: "No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento" (Salmo 31, 9). Veías, pues, estas cosas, y las postergabas. Los milagros cotidianos de Dios no se volvieron comunes por facilidad, sino por asiduidad. ¿Qué es más difícil de conocer, que nazca un hombre, que muriendo se retire a los secretos quien era, que naciendo salga a lo público quien no era? ¿Qué tan maravilloso, qué tan difícil de conocer? Pero para Dios es fácil de hacer. Admira estas cosas, despierta: ¿no conoces a admirar cosas inusuales, son mayores que las que estás acostumbrado a ver? Los hombres se maravillaron de que nuestro Señor Dios Jesucristo alimentara a tantas multitudes con cinco panes (Mateo 14, 17-21); y no se maravillan de que con pocos granos se llenen de cosechas las tierras. Vieron que el agua se convirtió en vino, y se asombraron (Juan

2, 9, 11): ¿qué otra cosa se hace de la lluvia a través de la raíz de la vid? Él hizo aquellas cosas, él hizo estas: aquellas para que te alimentes, estas para que te maravilles. Pero ambas son dignas de admiración, porque son obras de Dios. El hombre ve cosas inusuales y se maravilla: ¿de dónde es el mismo hombre que se maravilla? ¿dónde estaba? ¿de dónde salió? ¿de dónde la forma del cuerpo? ¿de dónde la distinción de los miembros? ¿de qué principios? ¿de qué tan despreciables? Y se maravilla de otras cosas, siendo él mismo el admirador un gran milagro. ¿De dónde, pues, estas cosas que ves, sino de aquel que no ves? Pero, como comencé a decir, porque estas cosas se habían vuelto comunes para ti, él mismo vino a hacer cosas inusuales, para que también en las cosas comunes reconocieras a tu artífice. Vino aquel a quien se le dijo: "Renueva los signos" (Eclesiástico 36, 6): a quien se le dijo: "Haz maravillosas tus misericordias" (Salmo 16, 7). Porque las otorgaba; las otorgaba, y nadie se maravillaba. Vino, pues, pequeño a los pequeños, vino el médico a los enfermos, que podía venir cuando quisiera, regresar cuando quisiera, hacer lo que quisiera, juzgar como quisiera. Y lo que él quisiera, digo, eso mismo es justicia; y lo que él quiere, digo, eso mismo es justicia. Porque no es injusto lo que él quiere, ni puede ser justo lo que él no quiere. Vino a resucitar al muerto, a devolver al hombre a la luz, quien estaba en la luz, quien diariamente produce a la luz a los que no eran.

CAPÍTULO IV.

5. El milagro del nacimiento de una virgen mostrado en Cristo. Hizo estas cosas, y fue despreciado por muchos, más atentos no a cuán grandes cosas hacía, sino a cuán pequeño: como si dijeran entre sí, Estas cosas son divinas, pero este es un hombre. Ves, pues, dos cosas, divinas y hombre. Si las cosas divinas no pueden hacerse, sino por Dios, mira no sea que en el hombre se esconda Dios. Atiende, digo, lo que ves, cree lo que no ves. No te ha abandonado, quien te llamó a creer: aunque te mandara creer aquello que no puedes ver; no obstante, no te dejó sin ver nada, de donde puedas creer lo que no ves. ¿Son pequeños signos, son pequeños indicios del Creador la misma creación? También vino, hizo milagros. No podías ver a Dios, podías ver al hombre: Dios se hizo hombre, para que en uno tuvieras tanto lo que vieras, como lo que creyeras. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1, 1). Oyes, y aún no ves. He aquí que vino, he aquí que nace, he aquí que sale de una mujer, quien hizo al hombre y a la mujer. Quien hizo al hombre y a la mujer, no fue hecho por hombre y mujer. Porque tal vez ibas a despreciar a quien naciera, no desprecies cómo naciera: porque siempre era antes de nacer. He aquí, digo, asumió un cuerpo; se vistió de carne, salió del vientre. ¿Ya ves? ¿ya, digo, ves? pregunto a la carne, pero muestro la carne: ves algo, y no ves algo. He aquí en el mismo parto, he aquí ya son dos, tanto lo que veas, como lo que no veas; pero para que por lo que ves, creas lo que no ves. Comenzaste a despreciar, porque ves a quien nació: cree lo que no ves, porque nació de una virgen. ¿Cuán pequeño es, dices, quien nació? Pero cuán grande es, quien nació de una virgen. Y aquel que nació de una virgen, te trajo un milagro temporal: no nació de un padre, es decir, de un padre hombre, y nació de carne. Pero no te parezca imposible, porque nació solo de una madre, quien hizo al hombre antes del padre y la madre.

CAPÍTULO V.

6. El milagro del nacimiento de Cristo nos mueve a creer en el Verbo de Dios. Te trajo, por tanto, un milagro temporal, para que lo busques y admires eternamente. En efecto, Él, que como esposo salió de su cámara nupcial (Salmo XVIII, 6), es decir, del vientre virginal, donde se realizaron las santas nupcias, el Verbo y la carne; trajo, digo, un milagro temporal:

pero Él es eterno, Él es coeterno con el Padre, Él es quien en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Hizo para ti lo necesario para que sanaras, para que pudieras ver lo que no veías. Lo que desprecias en Cristo, aún no es la contemplación del sanado, sino el medicamento del enfermo. No te apresures a la visión de los sanos. Los ángeles ven, los ángeles se alegran, los ángeles se alimentan y viven: ni falta de qué alimentarse, ni disminuye su alimento. En los tronos sublimes, en las partes del cielo, en lo que está sobre los cielos, el Verbo es visto por los ángeles, y se alegran: y es comido, y permanece. Pero para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre. Esta es nuestra salvación: medicina de los enfermos, alimento de los sanos.

7. Explicación de cómo el Hijo hace lo que ha visto hacer al Padre. Y hablaba a los hombres, y decía lo que habéis oído: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. ¿Acaso ya, creemos, hay alguien que entienda? ¿Acaso ya, creemos, hay alguien en quien el colirio de la carne progresa para contemplar de alguna manera el esplendor de la divinidad? Habló, hablemos también nosotros: Él, porque es el Verbo; nosotros, porque somos del Verbo. ¿Por qué nosotros de alguna manera del Verbo? Porque a semejanza del Verbo por el Verbo. Por tanto, en la medida en que comprendemos, en la medida en que podemos ser partícipes de esa inefabilidad, hablemos también nosotros, y que no se nos contradiga. Porque nuestra fe ha precedido, para que digamos, Creí, por eso hablé (Salmo CXV, 10). Hablo, por tanto, lo que creo: si también de alguna manera veo, Él ve más; esto que veo vosotros no podéis verlo. Pero cuando lo diga, quien ve lo que digo, ya sea que crea que yo veo lo que dije, ya sea que no lo crea, ¿qué me importa eso? Que vea sinceramente, y que crea de mí lo que quiera.

CAPÍTULO VI.

8. Error de los arrianos en las palabras del Señor.---El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Aquí surge el error de los arrianos: pero surge para caer; porque no se humilla para levantarse. ¿Qué es lo que te ha movido? Quieres decir que el Hijo es menor. Has oído, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Quieres decir que el Hijo es menor por esto: lo sé, lo sé, esto te ha movido: cree que no es menor, aún no puedes ver, cree, esto es lo que decía hace poco. Pero, ¿cómo, dirás, voy a creer contra sus propias palabras? Él mismo dice, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Presta atención también a lo que sigue: Porque todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el Hijo: no dijo, Cosas semejantes. Preste un poco de atención vuestra Caridad, para que no os hagáis ruido a vosotros mismos. Se necesita un corazón tranquilo, una fe piadosa y devota, una intención religiosa: no en mí, el vasito, sino en aquel que pone el pan en el vasito. Prestad atención, pues, un poco. En lo que hemos dicho antes exhortando a la fe, para que el alma impregnada de fe sea capaz de entender, lo que se ha dicho ha sonado festivo, alegre, fácil, ha alegrado vuestras mentes, me habéis seguido, habéis entendido lo que dije. Lo que voy a decir, espero que algunos lo entiendan: sin embargo, temo que no todos lo entenderán. Y porque Dios nos ha propuesto a través de la lectura del Evangelio de qué hablar, no podemos evitar lo que el Maestro ha propuesto; temo que aquellos que no entiendan, que quizás serán más, piensen que he hablado en vano para ellos: pero, sin embargo, por aquellos que entiendan no hablo en vano. Que se alegre quien entiende, que soporte pacientemente quien no entiende: que soporte lo que no entiende, y que espere para entender.

CAPÍTULO VII.

9. Refuta a los arrianos. Rechaza su sentido carnal. Lo que hizo el Padre no lo hizo sino por el Hijo. Por tanto, no dijo, Todo lo que hace el Padre, cosas semejantes hace el Hijo: como si el Padre hiciera unas cosas, y el Hijo otras. Parecía que había dicho esto, cuando antes decía, El Hijo no hace nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Presta atención: tampoco allí dijo, Sino lo que oye al Padre mandando; sino, Ve, dice, al Padre haciendo. Si, por tanto, interrogamos al sentido carnal, o más bien al sentido, parece que propuso dos artesanos, el Padre y el Hijo; el Padre haciendo sin ver a nadie, el Hijo haciendo lo que vio del Padre. Aún es una visión carnal. Sin embargo, para entender lo que es superior, no evitemos estas cosas más humildes y bajas. Primero pongamos ante nuestros ojos algo, pensemos que hay dos artesanos, padre e hijo. Hizo el padre un arca, que el hijo no podía hacer, sino viendo al padre haciéndola: observó el arca que hizo el padre, e hizo otra arca semejante, no la misma. Detengo un poco las palabras que siguen, y ya interrogo al arriano: ¿Así entiendes, como propuse? ¿Hizo el Padre algo, que cuando el Hijo vio al Padre haciéndolo, hizo también él algo semejante? ¿Esto es lo que parecen significar las palabras que te han movido? Porque no dijo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que oye al Padre mandando: sino que dijo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Mira si así entiendes, hizo el Padre, y el Hijo observó, para ver también él lo que haría; haría, sin embargo, algo semejante, como lo había hecho el Padre. Esto que hizo el Padre, ¿por quién lo hizo? Si no por el Hijo, si no por el Verbo; has incurrido en la blasfemia del Evangelio. Porque todas las cosas por él fueron hechas (Juan I, 3). Por tanto, ya lo que había hecho el Padre, lo había hecho por el Verbo: si lo había hecho por el Verbo, lo había hecho por el Hijo. ¿Quién es otro que observa, para hacer algo semejante a lo que vio hacer al Padre? No soléis decir que el Padre tiene dos hijos: uno es el Único engendrado de él. Por su misericordia, solo a la divinidad, y no solo a la herencia. El Padre hizo coherederos a su Único: no a quienes engendró de su sustancia como a él, sino a quienes adoptó de su familia por él. Porque hemos sido llamados a la adopción de hijos, como testimonia la Sagrada Escritura (Efesios I, 5).

CAPÍTULO VIII.

10. No otras cosas hace el Padre, otras el Hijo, sino las mismas obras hace la Trinidad. ¿Qué dices entonces? El mismo Único habla: el mismo Hijo unigénito habla en el Evangelio: el mismo Verbo nos hizo palabras, lo escuchamos diciendo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Ya hizo el Padre para que vea lo que hace el Hijo: y, sin embargo, nada hace el Padre sino por el Hijo. Ciertamente te turbas, hereje, ciertamente te turbas: pero te turbas como si hubieras tomado eléboro, para que sanes. Ya no te encuentras, tu sentencia y tu visión carnal, según creo, incluso tú mismo la condenas. Pon los ojos de la carne detrás de ti, levanta si tienes algo en el corazón, contempla lo divino. Escuchas palabras humanas por un hombre, por el Evangelista, por el Evangelio escuchas palabras humanas, como hombre: pero escuchas del Verbo de Dios, para que escuches cosas humanas, conozcas cosas divinas. El maestro agitó, para instruir; sembró la cuestión, para mover la intención. El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Era consecuente que dijera, Porque todo lo que hace el Padre, cosas semejantes hace el Hijo. No dijo esto: sino, Todo lo que hace el Padre, estas mismas cosas hace el Hijo. No otras cosas hace el Padre, otras hace el Hijo: porque todo lo que hace el Padre, lo hace por el Hijo. Resucitó Lázaro el Hijo (Juan XI), ¿acaso no lo resucitó el Padre? Iluminó el Hijo al ciego (Id. IX), ¿acaso no lo iluminó el Padre? El Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Es la Trinidad: pero una operación, una majestad, una eternidad, una coeternidad, y las mismas obras de la Trinidad. No crea el Padre unos hombres, el Hijo otros, el Espíritu Santo otros: un mismo hombre crea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo un solo Dios crea.

CAPÍTULO IX.

11. Trinidad de personas y unidad de divinidad. Atiendes a la pluralidad de personas, pero reconoce la unidad de la divinidad. Porque por la pluralidad de personas se dijo, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. No dijo, Haré al hombre, y observa cuando hago, para que puedas hacer tú otro. Hagamos, dice; escucho pluralidad: a nuestra imagen; nuevamente escucho pluralidad. ¿Dónde está, pues, la singularidad de la divinidad? Lee lo que sigue: Y Dios hizo al hombre (Génesis I, 26, 27). Se dice, Hagamos al hombre; y no se dice, Hicieron los dioses al hombre. Se entiende la unidad en lo que se dijo, Dios hizo al hombre.

12. El sentido de las palabras de Cristo debe buscarse en aquellos imbuidos primero de la fe correcta. ¿Dónde está, pues, aquella intención carnal? Que se confunda, que se esconda, que se elimine: que nos hable el Verbo de Dios. Ya piadosos, ya creyentes, ya imbuidos de fe y con algún mérito de inteligencia adquirido, volvamos al mismo Verbo, a la fuente de luz, y digamos juntos: Señor, el Padre hizo las mismas cosas que tú; porque todo lo que hace el Padre, lo hace por ti. Te escuchamos como Verbo en el principio: no te vimos, pero creemos. Allí escuchamos consecuentemente, porque todas las cosas por ti fueron hechas. Por tanto, todo lo que hace el Padre, lo hace por ti. Por tanto, haces las mismas cosas que el Padre. ¿Qué es lo que quisiste decir, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo? Porque veo una cierta igualdad contigo y el Padre, en lo que escucho, Porque todo lo que hace el Padre, estas mismas cosas hace el Hijo: reconozco la igualdad, aquí entiendo, aquí capto como puedo: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). ¿Qué es, que no puedes hacer nada, sino lo que ves hacer al Padre? ¿Qué es esto?

CAPÍTULO X.

13. Dificultad de entender estas palabras por no entender la visión del mismo Verbo. Quizás me diga, más bien nos diga a todos: Porque lo que dije, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: ¿cómo entiendes mi ver? ¿qué es mi ver? Separa un poco la forma de siervo, que por ti asumió. Porque en esa forma de siervo nuestro Señor tenía ojos y oídos en la carne, y esa forma humana como la que nosotros llevamos era la misma figura del cuerpo, los mismos lineamientos de los miembros. Esa carne venía de Adán: pero no era aquel Adán. Por tanto, el Señor caminando ya sea en la tierra, ya sea en el mar, como le plació, como quiso, porque lo que quiso, pudo; miró lo que quiso: lanzó los ojos, vio; apartó los ojos, y no vio; detrás estaba quien lo seguía, delante estaba quien se veía; con los ojos del cuerpo veía lo que estaba delante. La divinidad, sin embargo, nada le ocultaba. Aparta, aparta, digo, un poco la forma de siervo: ve la forma de Dios, en la que estaba antes de que el mundo fuera hecho; en la que era igual al Padre: por él toma esto y entiende qué te dice, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses II, 6). Míralo allí, si puedes; para que puedas ver qué es ver de él. En el principio era el Verbo. ¿Cómo ve el Verbo? ¿Tiene ojos el Verbo, o en él se encuentran nuestros ojos, y no ojos carnales, sino ojos de corazones piadosos? Porque bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo III, 8).

14. En Cristo se mostraba a los mortales la forma de siervo, se reservaba a los bienaventurados la forma de Dios. Ves a Cristo hombre y Dios: te muestra al hombre, te reserva a Dios. Y ve que te reserva a Dios, quien se te muestra hombre. Quien me ama, dice, guarda mis mandamientos: quien me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré. Y como si se dijera, ¿Qué le darás a quien amas? Y le mostraré, dice, a él mismo. ¿Qué es esto,

hermanos? A quien ya veían, él mismo prometía mostrarse. ¿A quiénes? ¿A quienes lo veían, o a quienes no lo veían? Así hablando a un apóstol le dijo, cuando le preguntaba ver al Padre, para que le bastara, y le decía, Muéstranos al Padre, y nos basta. Y él, estando ante los ojos del siervo, en forma de siervo, reservando a los ojos deificado la forma de Dios, le dijo: Tanto tiempo estoy con vosotros, y no me habéis conocido? Quien me ve, ve también al Padre (Juan XIV, 21, 8, 9). Buscas ver al Padre, mírame: me ves, y no me ves. Ves lo que asumí por ti, no ves lo que reservé por ti. Escucha los mandamientos, purga los ojos. Porque quien me ama, guarda mis mandamientos, y yo lo amaré. Como guardando mis mandamientos, y como sanado por mis mandamientos, Me mostraré a él.

CAPÍTULO XI.

15. Ver del Verbo no es otra cosa que el Verbo. La caridad nos hace capaces de captar lo divino. Sentido del lugar propuesto. Si, por tanto, hermanos, no podemos ver qué es ver del Verbo, ¿a dónde vamos? ¿qué visión quizás exigimos prematuramente? ¿qué queremos que se nos muestre que no podemos ver? Por eso se dijeron estas cosas que deseamos ver, no porque ya podamos captar. Porque si ves ver del Verbo, quizás en lo que ves ver del Verbo, verás el mismo Verbo; para que no sea una cosa el Verbo, otra cosa ver del Verbo, no sea que allí haya algo aumentado y unido y doble y compuesto. Porque es algo simple con una simplicidad inefable. No como el hombre, una cosa es el hombre, otra cosa es ver del hombre. Porque a veces se extingue lo que es ver del hombre, y el hombre permanece. Esto es lo que decía que diría algo que no todos podrían entender: también el Señor haga que algunos lo entiendan. Hermanos míos, a esto exhorta, para que veamos, ver del Verbo está más allá de nuestras fuerzas; porque son pequeñas, que se nutran, que se perfeccionen. ¿De dónde? De los mandamientos. ¿Qué mandamientos? Porque ya queremos crecer, ya fortalecernos, ya perfeccionarnos, para ver ver del Verbo. Di ya, Señor, ¿qué mandamientos? Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan XIII, 34). Por tanto, hermanos, saquemos esta caridad de la abundancia de la fuente, tomémosla, en ella seamos nutridos. Toma por lo que seas capaz. Que la caridad te engendre, la caridad te nutra, la caridad te perfeccione, la caridad te fortalezca; para que veas ver del Verbo, no sea otra cosa el Verbo, y otra cosa ver de él; sino que lo que es ver del Verbo, eso sea el Verbo: y quizás pronto entenderás, porque lo que se dijo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; es como si dijera, No sería Hijo, si no naciera del Padre. Basta, hermanos; sé que he dicho algo que quizás se abra a muchos al pensarlo, a menudo dicho con palabras quizás se oscurezca.

SERMON CXXVII. De las palabras del Evangelio de Juan, En verdad, en verdad os digo, que vendrá la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan, vivirán, etc. Cap. V, V. 24-29: así como de las palabras del Apóstol, Lo que ojo no vio, etc., I Cor., cap. II, V. 9.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La esperanza de los cristianos está en lo que no se ve. Semejanza adecuada. Nuestra esperanza, hermanos, no es de este tiempo, ni de este mundo, ni en esa felicidad en la que se ciegan los hombres que olvidan a Dios. Esto debemos saber primero y mantener con corazón cristiano, que no hemos sido hechos cristianos para los bienes del tiempo presente; sino para algo que Dios ya promete, y el hombre aún no comprende. Porque de este bien se ha dicho, Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman. Por tanto, porque este bien tan grande, tan claro, tan inefable, no

encuentra al hombre como receptor, ha mantenido a Dios como prometedor. Porque ahora lo que se le ha prometido, el hombre ciego de corazón no lo percibe: ni se le puede mostrar en el presente, qué será él a quien se le promete. Porque también un niño recién nacido si pudiera entender las palabras de quien le habla, aunque él mismo no pudiera hablar, ni caminar, ni hacer nada, sino como lo vemos débil, yacente, necesitado de ayuda ajena, solo pudiera entender a quien le hablara, y le dijera, Mira como me ves caminando, trabajando, hablando, después de pocos años serás tal: al observarse a sí mismo y a él, aunque viera lo que se le prometía; sin embargo, considerando su debilidad, no creería, y vería sin embargo lo que se le prometía. Pero a nosotros, como a niños yacentes en esta carne y debilidad, y es grande lo que se promete, y no se ve: y se levanta la fe con la que creemos lo que no vemos, para que merezcamos ver lo que creemos. Cualquiera que se burle de esta fe, para que por eso piense que no debe creer, porque no ve; cuando venga lo que no creía, se avergonzará; confundido será separado, separado será condenado. Pero quien haya creído, será separado a la derecha, y estará con gran confianza y alegría entre aquellos a quienes se les dirá, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Pero el Señor concluyó, cuando decía estas palabras, así: Irán estos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna (Mateo XXV, 34, 46). Esta es la vida eterna, que se nos promete.

2. Cuánto debemos amar la vida eterna que se nos ha prometido. Aquellos que aman vivir en esta tierra, se les ha prometido vida; y porque temen mucho morir, se les ha prometido la vida eterna. ¿Qué amas? Vivir. Esto tendrás. ¿Qué temes? Morir. No lo sufrirás. Esto ha parecido suficiente para la debilidad humana, que se dijera: Tendrás vida eterna. La mente humana comprende esto, de alguna manera, a partir de lo que hace, comprende lo que está por venir. Pero, ¿cuánto comprende de este pequeño acto? Porque vive y no quiere morir; ama la vida eterna, quiere vivir siempre, nunca morir. Pero incluso aquellos que serán atormentados en los castigos, desean morir y no pueden. No es, por tanto, gran cosa vivir mucho tiempo o vivir siempre: pero es gran cosa vivir felizmente.

CAPÍTULO II.

Amemos la vida eterna, y sepamos cuánto debemos trabajar por la vida eterna, cuando vemos a los hombres amantes de la vida presente, temporal y finita, trabajar tanto por ella, que cuando llega el miedo a la muerte, hacen todo lo que pueden, no para eliminarla, sino para posponerla. ¿Cuánto trabaja un hombre cuando la muerte se avecina, huyendo, escondiéndose, dando todo lo que tiene y redimiéndose, trabajando, soportando torturas y molestias, recurriendo a médicos, y haciendo todo lo que puede? Veán que, consumidos sus esfuerzos y recursos, para vivir un poco más, puede hacerlo: para vivir siempre, no puede. Si, por tanto, con tanto esfuerzo, tanto empeño, tantos gastos, tanta insistencia, tanta vigilancia, tanta preocupación, se actúa para vivir un poco más; ¿cómo se debe actuar para vivir siempre? Y si se llaman prudentes a aquellos que hacen todo lo posible para posponer la muerte y vivir unos pocos días, para no perder esos pocos días, ¡cuán necios son aquellos que viven de tal manera que pierden el día eterno!

3. Qué es la vida eterna y cuánto vale adquirirla. El precio de la vida eterna. La vida eterna no se puede describir con palabras humanas. Por lo tanto, solo se nos puede prometer que nos endulzará de alguna manera el don de Dios, a partir de lo que tenemos ahora: porque del don de Él tenemos que vivimos, que somos salvos. Pongamos, pues, ante nuestros ojos una vida tal, cuando se nos promete la eterna, que eliminemos de ella todo lo molesto que sufrimos aquí. Pues es más fácil encontrar lo que no hay allí, que lo que hay. Aquí vivimos, viviremos

también allí. Estamos sanos cuando aquí no enfermamos, ni sentimos dolor en el cuerpo: estaremos sanos también allí. Y cuando nos va bien en esta vida, no sufrimos penas: no las sufriremos tampoco allí. Imagina, pues, aquí a un hombre viviendo, sano, sin sufrir penas: si alguien le concediera estar siempre así, y que este bien no terminara, ¿cuánto se alegraría? ¿cuánto se exaltaría? ¿cómo no se desbordaría de alegría sin pena, sin tormento, sin fin de vida? Si Dios nos prometiera solo esto, lo que he dicho, lo que ahora he descrito y recomendado con las palabras que pude; ¿cuánto valdría comprarlo, si estuviera a la venta, cuánto se debería dar para adquirirlo?

CAPÍTULO III.

Bastaría con todo lo que tuvieras, incluso si poseyeras todo el mundo. Y, sin embargo, está a la venta: cómpralo si quieres. No te preocupes demasiado por la magnitud del precio debido a la grandeza de la cosa. Vale tanto como tienes. Para adquirir algo grande y valioso, prepararías oro, plata, dinero, o algunos frutos de tus rebaños o cosechas que nacieran en tu posesión, para comprar no sé qué cosa grande y espléndida, con la que vivirías feliz en esta tierra. Y esto cómpralo, si quieres. No busques qué tienes, sino cómo eres. Esta cosa te vale. Vale tanto como tú eres. Date a ti mismo, y la tendrás. ¿Por qué te inquietas? ¿por qué te preocupas? ¿Acaso vas a buscarte a ti mismo, o vas a comprarte a ti mismo? He aquí que tú, quien eres, como eres, date a esa cosa, y la tendrás. Pero soy malo, dirás, y tal vez no me acepte. Dándote a ella, serás bueno. Darte a esta fe y promesa es ser bueno. Cuando seas bueno, serás el precio de esa cosa, y tendrás, no solo lo que dije, salud, integridad, vida, y vida sin fin; no solo tendrás esto, aún quito otras cosas. No habrá allí cansancio y sueño: no habrá allí hambre y sed: no habrá allí crecimiento y envejecimiento; porque no habrá nacimiento, donde los números completos permanecen. El número que es, es; y no es necesario que aumente, porque no se hace allí para disminuir. He aquí cuánto he quitado, y aún no he dicho qué habrá allí. He aquí ya hay vida, ya hay integridad, ya no hay pena, no hay hambre, no hay sed, no hay defecto, nada de esto; y, sin embargo, aún no he dicho lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre. Porque si lo dije, es falso lo que está escrito, Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre. ¿De dónde, pues, subiría a mi corazón, para decir lo que no ha subido al corazón del hombre? Se cree, y no se ve: no solo no se ve, sino que tampoco se dice. ¿Cómo, entonces, se cree, si no se dice? ¿Quién cree lo que no oye? Pero si oye para creer, se dice: si se dice, se piensa: si se piensa y se dice, entra en los oídos de los hombres. Y porque no se diría si no se pensara, y ha subido al corazón del hombre. He aquí ya esta cuestión de tan gran cosa nos perturba, que no podemos explicar con palabras la cuestión. ¿Quién explica la cosa?

CAPÍTULO IV.

4. El Hijo siempre engendrado por el Padre. Atendamos, pues, al Evangelio, ahora el Señor hablaba, y hagamos lo que Él mismo dijo: El que cree en mí, dice, pasa de la muerte a la vida, y no viene a juicio. Amén, os digo, que vendrá la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oigan, vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo. Dando lo dio: porque engendró, lo dio. Pues el Hijo es del Padre, el Padre no es del Hijo: sino que el Padre es Padre del Hijo, y el Hijo es Hijo del Padre. Sin embargo, el Hijo engendrado del Padre, no el Padre del Hijo: y siempre Hijo; siempre, por tanto, engendrado. ¿Quién puede comprender esto de siempre engendrado? Pues todo hombre, cuando oye engendrado, le viene a la mente: entonces hubo un tiempo cuando no existía aquel que fue engendrado. ¿Qué decimos, entonces? No así: no hubo tiempo antes del Hijo, porque todas las cosas por Él fueron hechas (Juan 1, 3). Si todas las

cosas por Él fueron hechas; y los tiempos por Él fueron hechos; ¿cómo podrían ser los tiempos antes del Hijo, por quien fueron hechos los tiempos? Quitá, pues, todos los tiempos; siempre con el Padre el Hijo. Si siempre con el Padre el Hijo, y sin embargo Hijo, siempre engendrado: si siempre engendrado, siempre con el engendrador estaba el que fue engendrado.

5. La generación sempiterna del Hijo de Dios no puede explicarse. Nunca he visto esto, dirás tú, a alguien engendrando, y siempre con aquel a quien engendró: sino que precedió aquel que engendró, y siguió en el tiempo aquel que fue engendrado. Bien dices, Nunca he visto esto: porque esto pertenece a aquello que ojo no vio. Preguntas cómo se dice? No puede decirse: porque ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre. Se cree, y se adora. Cuando se cree, se adora; cuando se adora, se crece; cuando se crece, se comprende. Pues aún en esta carne; mientras peregrinamos lejos del Señor, para los ángeles santos, que ven estas cosas, somos infantes, alimentados con fe, nutridos con visión. Así dice el Apóstol: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. Porque por fe andamos, no por visión (1 Cor. 5, 6-7). Vendremos a la visión, que así se nos promete por Juan en su Epístola: Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Somos hijos de Dios ya por gracia, por fe, por sacramento, por la sangre de Cristo, por la redención del Salvador: Somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él; porque le veremos tal como es (1 Juan 3, 2).

CAPÍTULO V.

6. Dios alimento de la mente bienaventurada. He aquí para qué somos nutridos para comprender, he aquí para qué somos nutridos para percibir, para comer: para que, sin embargo, lo que se come no disminuya, y quien come se vigorice. Pues ahora el alimento vigoriza al comer; pero el alimento que se come disminuye: cuando comencemos a comer justicia, a comer sabiduría, a comer aquel alimento inmortal; y nosotros nos vigoricemos, y aquel alimento no disminuya. Pues si el ojo sabe alimentarse de la luz, y sin embargo no disminuye la luz: no será menor la luz, porque es vista por muchos; alimenta los ojos de muchos, y sin embargo es tanta como era; y ellos se alimentan, y ella no disminuye: si Dios dio esto a la luz, que hizo para los ojos de la carne; ¿qué es Él mismo luz para los ojos del corazón? Si, pues, se te elogiara algún gran alimento, que fueras a almorzar, prepararías el estómago: se te elogia Dios, prepara la mente.

7. Resurrección del alma por la fe. He aquí lo que te dice tu Señor: Vendrá la hora, dice, y ahora es. Vendrá la hora, y esa hora ahora es, cuando: ¿qué? cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oigan, vivirán. Los que, por tanto, no oigan, no vivirán. ¿Qué es, los que oigan? Los que obedezcan. ¿Qué es, los que oigan? Los que crean y obedezcan, ellos vivirán. Por tanto, antes de que creyeran y obedecieran, yacían muertos: y caminaban, y estaban muertos. ¿De qué servía que caminaran muertos? Y, sin embargo, si alguno de ellos muriera en el cuerpo, correrían, prepararían la tumba, envolverían, llevarían, enterrarían muertos a un muerto: de quienes se dijo, Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mateo 8, 22). Tales muertos son resucitados así por la palabra de Dios, para que vivan en la fe. Los que estaban muertos en la infidelidad, son despertados por la palabra. De esa hora dijo el Señor, Vendrá la hora, y ahora es. Pues con su palabra resucitaba a los muertos infieles: de quienes dice el Apóstol. Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo (Efesios 5, 14). Esta es la resurrección de las mentes, esta es la resurrección del hombre interior, esta es la resurrección del alma.

CAPÍTULO VI.

8. Resurrección del cuerpo para unos en bien, para otros en mal. Pero no solo es esta, queda también la del cuerpo. Quien resucita en el alma, resucita en el cuerpo para su bien. Pues no todos resucitan en el alma: todos resucitarán en el cuerpo. En el alma, digo, no todos resucitan: sino los que creen y obedecen; porque los que oigan, vivirán. Como dice el Apóstol, No todos tienen fe (2 Tesalonicenses 3, 2). Si, por tanto, no todos tienen fe, no todos resucitan en el alma. Cuando venga la hora de la resurrección del cuerpo, todos resucitarán: sean buenos, sean malos; todos resucitarán. Pero quien primero resucita en el alma, resucita en el cuerpo para su bien: quien no resucita primero en el alma, resucita en el cuerpo para su mal. Quien resucita en el alma, resucita en el cuerpo para la vida: quien no resucita en el alma, resucita en el cuerpo para el castigo. Porque, pues, el Señor nos ha recomendado esta resurrección de las almas, a la que todos debemos apresurarnos, en la que trabajar para vivir, y viviendo perseverar hasta el fin; quedaba que nos recomendara también la resurrección de los cuerpos, que será al final del mundo. Pero escuchen cómo también la recomendó.

9. Causa y razón de la encarnación del Hijo de Dios. El Hijo de Dios en sí mismo vida. Cómo murió. Cuando dijo, Amén os digo, que vendrá la hora, y ahora es, cuando los muertos, es decir, los infieles, oirán la voz del Hijo de Dios, es decir, el Evangelio; y los que oigan, es decir, los que obedezcan, vivirán, es decir, serán justificados, y ya no serán infieles: cuando, pues, dijo esto, porque vio que debíamos ser enseñados también sobre la resurrección de la carne, no debíamos ser dejados así, continuó y dijo, Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo. Esto para resucitar las mentes, esto para vivificar las mentes. Luego añadió, Y le dio potestad para hacer juicio, porque es hijo del hombre. Este Hijo de Dios, es hijo del hombre. Pues si el Hijo de Dios permaneciera Hijo de Dios, y no se hiciera hijo del hombre, no liberaría a los hijos de los hombres. Él mismo que hizo al hombre, se hizo lo que hizo, para que no pereciera lo que hizo. Así se hizo hombre, para que permaneciera Hijo de Dios. Pues se hizo hombre asumiendo lo que no era, no perdiendo lo que era: permaneciendo Dios, se hizo hombre. Te asumió, no fue consumido en ti. Así, pues, vino a nosotros, el Hijo de Dios hijo del hombre, haciendo y hecho, creador y creado; creador de la madre, creado de la madre: así vino a nosotros. Según lo que es Hijo de Dios, dice, Vendrá la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. No dijo, del Hijo del hombre: pues recomendaba la verdad, en la que es igual al Padre. Y los que oigan, vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo: no participando, sino en sí mismo. Pues nosotros no tenemos vida en nosotros mismos, sino en nuestro Dios. Pero el Padre tiene vida en sí mismo: y engendró tal Hijo, que tuviera vida en sí mismo; no se hiciera partícipe de la vida, sino que él mismo fuera vida, de la cual nosotros fuéramos partícipes: claramente para que tuviera vida en sí mismo, y él mismo fuera vida. Pero para hacerse hijo del hombre, lo recibió de nosotros. Hijo de Dios en sí mismo; hijo del hombre para ser, lo recibió de nosotros. De lo suyo Hijo de Dios, de lo nuestro hijo del hombre. Lo que es menos, lo recibió de nosotros: lo que es más, nos lo dio. Pues también murió de lo que es hijo del hombre, no según lo que es Hijo de Dios. Sin embargo, murió el Hijo de Dios: pero según la carne murió, no según el Verbo que se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Por tanto, lo que murió, de lo nuestro murió: lo que vivimos, de lo suyo vivimos. Ni él pudo morir de lo suyo, ni nosotros vivir de lo nuestro. Esto, pues, como Dios, como unigénito, como igual al engendrador, nos recomendó el Señor Jesús, que si oímos viviremos.

CAPÍTULO VII.

10. Cristo juez en forma de siervo. Pero también le dio potestad, dice, para hacer juicio, porque es hijo del hombre. Por tanto, a juicio vendrá esa forma. La forma del hombre vendrá a juicio: por eso dice, Le dio potestad para hacer juicio, porque es hijo del hombre. Juez aquí será el Hijo del hombre; esa forma aquí juzgará que fue juzgada. Escuchen, y entiendan: ya lo había dicho el profeta, Verán a quien traspasaron (Zacarías 12, 10; Juan 19, 37). Verán esa forma, que fue herida con la lanza. Se sentará el juez, que estuvo de pie ante el juez. Condenará a los verdaderos culpables, que fue hecho falso culpable. Él mismo vendrá, esa forma vendrá. Esto también lo tienes en el Evangelio: cuando ante los ojos de sus discípulos iba al cielo, ellos estaban de pie y miraban, y sonó la voz angélica, Varones galileos, ¿por qué estáis mirando? etc. Este Jesús vendrá así como lo veis ir al cielo (Hechos 1, 11). ¿Qué es, vendrá así? En esa misma forma vendrá, Porque le dio potestad para hacer juicio, porque es hijo del hombre. Veán, sin embargo, por qué razón esto era necesario, y esto era justo, que los juzgados vieran al juez. Pues debían ser juzgados tanto los buenos como los malos. Pero bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8). Quedaba que en el juicio la forma de siervo se mostrara tanto a los buenos como a los malos, la forma de Dios se reservara solo para los buenos.

11. Ver a Dios, suma felicidad. Pues, ¿qué recibirán los buenos? He aquí ya digo, lo que poco antes no dije; y, sin embargo, diciendo no digo. Pues dije que allí seremos salvos, seremos íntegros, que no sufriremos hambre ni sed, que no caeremos en el cansancio, que el sueño no nos oprimirá. Todo esto, ¿qué es en comparación con aquella felicidad, en la que veremos a Dios? Porque, pues, Dios mismo como es, ahora no puede ser mostrado, a quien, sin embargo, veremos; por eso lo que ojo no vio, ni oído oyó, esto verán los buenos, esto verán los piadosos, esto verán los misericordiosos, esto verán los fieles, esto verán los que tendrán buena suerte en la resurrección del cuerpo, porque tuvieron buena obediencia en la resurrección del corazón.

12. La forma de siervo será vista por todos, la forma de Dios solo por los piadosos. ¿Entonces también el malvado verá a Dios? De quien dice Isaías: "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios" (Isaías XXVI, 10, según los LXX). Por lo tanto, tanto los impíos como los piadosos verán esa forma: y cuando se haya pronunciado la sentencia, "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios", queda que en torno a los piadosos y buenos se cumpla lo que el mismo Señor prometió, cuando estaba aquí en la carne, y era visto no solo por los buenos, sino también por los malos. Hablaba entre buenos y malos, visible para todos, Dios oculto, hombre manifiesto; Dios gobernando a los hombres, hombre apareciendo entre los hombres: hablaba entonces entre ellos, y decía: "El que me ama, guarda mis mandamientos; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré". Y como si se le dijera: "¿Y qué le darás?" Y dice: "Y me manifestaré a él" (Juan XIV, 21). ¿Cuándo dijo esto? Cuando era visto por los hombres. ¿Cuándo dijo esto? Cuando era visto también por aquellos que no lo amaban. ¿Cómo, entonces, se iba a manifestar a sus amantes, sino porque de una manera que no veían sus amantes? Por lo tanto, porque se guardaba la forma de Dios, se mostraba la forma de hombre: hablando a los hombres a través de la forma de hombre, visible y manifiesto, se mostraba a todos, buenos y malos, pero se reservaba para sus amantes.

CAPÍTULO IX.

13. Después de la resurrección, la vida eterna en la visión de Dios. ¿Cuándo se manifestará a sus amantes? Después de la resurrección del cuerpo, cuando el impío sea quitado, para que no vea la gloria de Dios. Entonces, cuando aparezca, seremos semejantes a él; porque lo

veremos tal como es (1 Juan III, 2). Esa es la vida eterna. Pues todo lo que decíamos, no es nada comparado con esa vida. ¿Qué es que vivamos? ¿Qué es que seamos salvos? Que veremos a Dios: grande. Esa es la vida eterna: él mismo lo dijo, "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3). Esta es la vida eterna, que conozcan, vean, comprendan, sepan lo que creyeron, perciban lo que aún no podían captar. Ya la mente verá lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre: esto se les dirá al final, "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo". Irán, pues, aquellos malos al fuego eterno. ¿Y los justos? A la vida eterna (Mateo XXV, 34, 46). ¿Qué es la vida eterna? Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

CAPÍTULO X.

14. La futura resurrección de la carne. Hablando, pues, de la futura resurrección del cuerpo, y no dejándonos, dice: "Le dio poder para hacer juicio, porque es hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque vendrá la hora". Allí no añadió, "y ahora es": porque esa hora será después, porque esa hora será al final del siglo, porque esa hora será la última, será en la última trompeta. No os maravilléis, porque dije esto, "Le dio poder para hacer juicio, porque es hijo del hombre. No os maravilléis". Por eso dije, porque es necesario que el hombre sea juzgado por los hombres. ¿A qué hombres para ser juzgados? ¿A los que encuentre vivos? No solo. ¿Sino qué? Vendrá la hora, cuando los que están en los sepulcros. ¿Cómo expresó a los muertos en la carne? Los que están en los sepulcros, cuyos cadáveres están sepultados, cuyas cenizas están cubiertas, cuyos huesos están dispersos, cuya carne ya no está, y sin embargo, para Dios está íntegra. Vendrá la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán todos. Sean buenos, sean malos, oirán la voz, y saldrán. Se romperán todas las ataduras del infierno: todo lo que pereció, o más bien se cree que pereció, será restituido. Pues si Dios hizo al hombre que no existía, ¿no puede reparar lo que existía?

CAPÍTULO XI.

15. La resurrección de los muertos por Dios, no menos creíble que la creación. Creo que cuando se dice, Dios resucitará a los muertos, no se dice algo increíble: porque se dice de Dios, no de un hombre. Es una gran cosa lo que se hará, y es algo increíble lo que se hará. Pero no sea increíble, porque mira quién lo hace. Se dice que él te resucitará, quien te creó. No eras, y eres; y hecho, ¿no serás? No lo creas. Dios hizo algo más maravilloso cuando hizo lo que no existía: y sin embargo, hizo lo que no existía; ¿y no se cree que reparará lo que existía, por aquellos mismos a quienes hizo lo que no eran? ¿Es esto lo que le devolvemos a Dios, que no éramos, y fuimos hechos? ¿Es esto lo que le devolvemos, que creemos que no puede resucitar lo que hizo? ¿Es esta la recompensa que su criatura le da? Por eso te hice, dice Dios, oh hombre, antes de que existieras, para que no creas que serás lo que eras, quien pudiste ser lo que no eras. Pero he aquí, dice, en la tumba que veo, hay cenizas, hay polvo, hay huesos: ¿y esto de nuevo recibirá vida, piel, carne, y resucitará? ¿Qué, estas cenizas, estos huesos, que veo en la tumba? Al menos en la tumba ves cenizas, ves huesos: en el vientre de tu madre no había nada. Esto ves, ya sea cenizas, ya sean huesos: tú antes de que existieras, no había ni cenizas, ni huesos; y sin embargo, fuiste hecho, cuando no eras en absoluto: ¿y no crees que estos huesos (de cualquier manera que sean, como sean, sin embargo son) recibirán la forma que tenían, cuando tú recibiste lo que no tenías? Cree: porque si crees esto, entonces tu alma será resucitada. Y si tu alma será resucitada ahora; "Vendrá la hora, y ahora es": entonces para tu bien resucitará tu carne, cuando venga la hora,

para que todos los que están en los sepulcros, oigan su voz, y salgan. Pues no porque oigas y salgas, ya debes alegrarte: escucha lo que sigue, "Los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio". Convertíos al Señor, etc.

SERMO CXXVIII. De las palabras del Evangelio de Juan, "Si yo doy testimonio de mí mismo", etc., cap. V, V. 31-35; y de las palabras del Apóstol, "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne codicia", etc., Gál. cap. V, V. 14-17.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El testimonio de Cristo, incluso de sí mismo, cuán verdadero es. Hemos escuchado las palabras del santo Evangelio: y esto puede mover a alguien, lo que dice el Señor Jesús, "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero". ¿Cómo, entonces, no es verdadero el testimonio de la verdad? ¿No es él quien dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" (Juan XIV, 6)? ¿A quién, entonces, se debe creer, si no se debe creer a la verdad? De hecho, no quiere creer sino a la falsedad, quien no elige creer a la verdad. Esto se dijo, entonces, según ellos, para que así lo entiendas, y de estas palabras concibas este sentido: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero", es decir, como pensáis. Él sabía que su testimonio era verdadero: pero por los débiles, por los incrédulos, por los que no entienden, el sol buscaba lámparas. Pues la debilidad de sus ojos no podía soportar el resplandor del sol.

2. Por qué se buscó el testimonio de Juan. Por eso se buscó a Juan, que diera testimonio de la verdad; y escuchasteis lo que dijo: "Vosotros vinisteis a Juan. Él era una lámpara ardiente y brillante, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz". Esta lámpara fue preparada para su confusión, porque de esto se dijo hace tanto tiempo en los Salmos: "He preparado una lámpara para mi Cristo. ¿Para qué una lámpara al sol? A sus enemigos los vestiré de confusión: pero sobre él florecerá mi santificación" (Salmo CXXXI, 17, 18). De hecho, se confundieron en un lugar por el mismo Juan, cuando los judíos dijeron al Señor: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? Dinos". A quienes respondió: "Decidme también vosotros, ¿El bautismo de Juan era del cielo, o de los hombres?" Oyeron, y callaron. Pues pensaron rápidamente entre ellos, "Si decimos, De los hombres, el pueblo nos apedreará: porque tienen a Juan por profeta. Si decimos, Del cielo; nos dirá, ¿Por qué, entonces, no le creísteis?" Porque Juan dio testimonio de Cristo. Atrapados en sus corazones por sus propias preguntas, y atrapados en sus propias trampas, respondieron, "No sabemos". ¿Qué otra voz pudo haber sido de las tinieblas? Es correcto para un hombre, que cuando no sabe, diga, No sé. Pero cuando sabe, y dice, No sé; es testigo contra sí mismo. Sin duda conocían la excelencia de Juan, y que su bautismo era del cielo: pero no querían aceptar a aquel de quien Juan dio testimonio. Pero cuando dijeron, "No sabemos": Jesús les respondió, "Tampoco yo os diré con qué autoridad hago estas cosas" (Lucas XX, 2-8). Y se confundieron, y se cumplió, "He preparado una lámpara para mi Cristo; a sus enemigos los vestiré de confusión".

CAPÍTULO II.

3. En los mártires, Cristo da testimonio de sí mismo. ¿No son los mártires testigos de Cristo, y dan testimonio de la verdad? Pero si lo pensamos más detenidamente, cuando esos mártires dan testimonio, él mismo da testimonio de sí mismo. Pues él habita en los mártires, para que den testimonio de la verdad. Escucha a uno de los mártires, al mismo apóstol Pablo: "¿Queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3). Por lo tanto, cuando

Juan da testimonio, Cristo da testimonio de sí mismo, quien habita en Juan. Que dé testimonio Pedro, que dé Pablo, que den los demás Apóstoles, que dé testimonio Esteban; él mismo da testimonio de sí mismo, quien habita en todos. Pues él es Dios sin ellos; ellos sin él, ¿qué son?

4. La caridad del Espíritu Santo. De él se dijo, "Subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres" (Salmo LXVII, 19; Efesios IV, 8). ¿Qué es, "llevó cautiva la cautividad"? Venció a la muerte. ¿Qué es, "llevó cautiva la cautividad"? El diablo procuró la muerte, y el mismo diablo fue cautivado por la muerte de Cristo. Subió a lo alto. ¿Qué más alto que el cielo conocemos? Evidentemente, y ante los ojos de sus discípulos, ascendió al cielo (Hechos I, 9). Esto sabemos, esto creemos, esto confesamos. Dio dones a los hombres. ¿Qué dones? El Espíritu Santo. ¿Quién da un don tal, como él mismo es? Pues grande es la misericordia de Dios: da un don igual a sí mismo; porque su don es el Espíritu Santo, y un solo Dios es toda la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¿Qué nos ha concedido el Espíritu Santo? Escucha al Apóstol: "La caridad de Dios", dice, "ha sido derramada en nuestros corazones". ¿De dónde, oh mendigo, ha sido derramada la caridad de Dios en tu corazón? ¿Qué, o en qué ha sido derramada la caridad de Dios en el corazón humano? "Tenemos", dice, "este tesoro en vasos de barro". ¿Por qué en vasos de barro? "Para que la excelencia del poder sea de Dios" (II Cor. IV, 7). De hecho, cuando dijo, "La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones"; para que nadie piense que tiene de sí mismo lo que ama a Dios, añadió inmediatamente, "por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. V, 5). Para que, por tanto, ames a Dios, habite en ti Dios, y se ame a sí mismo desde ti; es decir, que te mueva a su amor, te encienda, te ilumine, te despierte.

CAPÍTULO III.

5. Lucha del alma y la carne. El alma debe someterse a Dios, la carne al alma. Pues hay una lucha en este cuerpo: mientras vivimos, luchamos; mientras luchamos, estamos en peligro: pero en todas estas cosas vencemos, por aquel que nos amó (Rom. VIII, 37). Nuestra lucha, ahora cuando se leía al Apóstol, la escuchasteis: "Toda la Ley se cumple en una sola palabra, en lo que es, Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Este amor es del Espíritu Santo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Primero ve si ya sabes amarte a ti mismo; y te encomiendo al prójimo, para que lo ames como a ti mismo. Pero si aún no sabes amarte a ti mismo; temo que engañes a tu prójimo como a ti mismo. Pues si amas la iniquidad, no te amas a ti mismo. El Salmo es testigo: "Pero el que ama la iniquidad, odia su alma" (Salmo X, 6). Pero si odias tu alma, ¿de qué te sirve amar tu carne? Si odias tu alma, y amas tu carne, tu carne resucitará; pero para que tu alma sea atormentada. Por lo tanto, primero debe amarse el alma, que debe someterse a Dios, para que esta servidumbre guarde su orden, el alma a Dios, la carne al alma. ¿Quieres que tu carne sirva a tu alma? Que tu alma sirva a Dios. Debes ser gobernado, para que puedas gobernar. Pues esta lucha es tan peligrosa, que si el gobernante se retira, sigue la ruina.

CAPÍTULO IV.

6. El Apóstol sobre la lucha de la carne y el espíritu. ¿Qué lucha? "Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros. Digo, pues, andad en el Espíritu". Digo las palabras del Apóstol, que ahora se leyeron de su Epístola: "Digo, pues, andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne. Digo, pues, andad en el Espíritu y los deseos de la carne": no dijo, No los tengáis; ni siquiera dijo, No los hagáis; sino, "no los perfeccionéis". Pero, ¿qué significa esto? Con la ayuda del Señor, lo diré como pueda: estad

atentos, para que entendáis, si andáis en el Espíritu. "Digo, pues, andad en el Espíritu y no perfeccionéis los deseos de la carne". Que siga: no sea que algo, para que esto que aquí es oscuro, en sus palabras siguientes pueda entenderse más fácilmente. Pues dije, no sin razón el Apóstol no quiso decir, No tengáis los deseos de la carne; ni siquiera quiso decir, No hagáis los deseos de la carne: sino que dijo, "No perfeccionéis los deseos de la carne". Nos propuso la misma lucha. En esta batalla estamos, si servimos a Dios. ¿Qué sigue, entonces? "Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Y estos se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis". Esto, si no se entiende, se escucha peligrosamente. Por eso, preocupado de que los hombres no entiendan mal y perezcan, asumí estas palabras del Apóstol, con la ayuda del Señor, para exponerlas a vuestra Caridad. Tenemos tiempo, comenzamos por la mañana, la hora del almuerzo no nos apremia: en este día, es decir, sábado, suelen reunirse especialmente aquellos que tienen hambre de la palabra de Dios. Escuchad y prestad atención; diré lo mejor que pueda.

CAPÍTULO V.

7. El Apóstol mal entendido. El deber del pastor, explicar los pasajes difíciles de la Escritura. ¿Qué es esto, entonces, que dije, Se escucha peligrosamente, si no se entiende? Muchos, vencidos por deseos carnales y condenables, cometen toda clase de crímenes y atrocidades, y se revuelcan en inmundicias tan malas, que es vergonzoso incluso mencionarlas; y se dicen a sí mismos estas palabras del Apóstol. Mira lo que dijo el Apóstol, "Para que no hagáis lo que queréis". No quiero hacerlo, me veo obligado, me veo compelido, soy vencido, hago lo que no quiero, como dice el Apóstol (Rom. VII, 19): "Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis lo que queréis". Veis cuán peligrosamente se escucha, si no se entiende. Veis cómo corresponde al deber del pastor, abrir las fuentes cubiertas, y ministrar agua pura, inocua, a las ovejas sedientas.

8. La lucha interior debe librarse de tal manera que el espíritu no sea vencido por la carne. No te dejes vencer, cuando luchas. Ved qué tipo de guerra propuso, qué tipo de lucha, qué tipo de riña, dentro de ti mismo. La carne codicia contra el espíritu. Si el espíritu no codicia también contra la carne, comete adulterio. Confieso que deleita. Pero el espíritu codicia contra la carne: también deleita la castidad. Por lo tanto, que el espíritu venza a la carne: o al menos que no sea vencido por la carne. El adulterio busca las tinieblas, la castidad desea la luz. Como quieres ser conocido, así vive: como quieres ser conocido por los hombres, incluso más allá de los ojos de los hombres así vive; porque quien te hizo, y en las tinieblas te ve. ¿Por qué se alaba públicamente la castidad por los hombres? ¿Por qué no alaban el adulterio ni los adúlteros? Quien, por tanto, busca la verdad, viene a la luz (Juan III, 21).

CAPÍTULO VI.

Pero deleita el adulterio. Que se contradiga, que se resista, que se luche. Pues no es que no tengas con qué luchar. Tu Dios está en ti, el buen Espíritu te ha sido dado. Y sin embargo, se permite que la misma carne codicie contra el espíritu, con sugerencias perversas y deleites innatos. Que se haga lo que dice el Apóstol, "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Rom. VI, 12). No dijo, que no esté. Ya está allí. Lo que se llama pecado porque ocurrió por el mérito del pecado. Pues en el paraíso la carne no codiciaba contra el espíritu, ni había allí esta lucha, donde solo había paz: pero hecha la transgresión, después de que el hombre no quiso servir a Dios, y se le concedió a sí mismo; ni siquiera así se le concedió a sí mismo, para que pudiera al menos poseerse a sí mismo; sino poseído por aquel que lo engañó; comenzó la carne a codiciar contra el espíritu. Y esto en los buenos codicia contra el espíritu:

pues en los malos no tiene contra quién codiciar. Allí, de hecho, codicia contra el espíritu, donde está el espíritu.

9. Luchar contra las concupiscencias de la carne es tarea del Espíritu Santo en nosotros. Bien actúa quien es guiado por el bien. Pues lo que dice, "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne", no pienses que se refiere solo al espíritu del hombre. Es el Espíritu de Dios quien lucha en ti contra ti, contra aquello que está en ti en tu contra. Porque no quisiste permanecer con el Señor; caíste, te quebraste; como un vaso que cae de la mano del hombre al suelo, te quebraste. Y porque te quebraste, por eso estás en tu contra, por eso estás contra ti. Que no haya nada en ti contra ti, y estarás íntegro. CAPÍTULO VII.

Para que sepas que esta tarea pertenece al Espíritu Santo, en otro lugar dice el Apóstol: "Si vivís según la carne, moriréis; pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis". En estas palabras ya se exaltaba el hombre, como si con su propio espíritu pudiera hacer morir las obras de la carne. "Si vivís según la carne, moriréis; pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis". Explicanos, Apóstol, con qué espíritu. Pues el hombre también tiene un espíritu que pertenece a su propia naturaleza, por el cual es hombre. El hombre está compuesto de cuerpo y espíritu. Y de ese mismo espíritu del hombre se ha dicho: "Nadie conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él" (1 Cor. II, 11). Veo, por tanto, que el hombre también tiene su espíritu que pertenece a su naturaleza, y te oigo decir: "Si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis". Pregunto con qué espíritu: ¿el mío o el de Dios? Pues oigo tus palabras, y aún me muevo en la ambigüedad. Porque cuando se dice espíritu, a veces es del hombre, y también se dice espíritu del animal; como está escrito, que por el diluvio murió toda carne que tenía en sí espíritu de vida (Gén. VI, 17, y VII, 22). Así que también se dice espíritu del animal, y se dice espíritu del hombre. A veces también se dice espíritu al viento; como se tiene en el Salmo: "Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestad" (Sal. CXLVIII, 8). Entonces, cuando se dice espíritu de muchas maneras, ¿con qué espíritu dijiste, oh Apóstol, que deben hacerse morir las obras de la carne? ¿Con el mío o con el de Dios? Escucha lo que sigue y entiende. La cuestión se resuelve con las palabras siguientes. Pues cuando dijo: "Si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis", añadió inmediatamente: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios" (Rom. VIII, 13, 14). Actúas si eres guiado; y actúas bien si eres guiado por el bien. Por tanto, lo que te dijo: "Si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis", y te era ambiguo de qué espíritu hablaba, en las palabras siguientes entiende al maestro, reconoce al Redentor. Pues ese Redentor te dio el Espíritu con el cual haces morir las obras de la carne. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. No son hijos de Dios si no son guiados por el Espíritu de Dios. Pero si son guiados por el Espíritu de Dios, luchan: porque tienen un gran ayudador. Pues Dios no nos mira luchar como el pueblo mira a los cazadores. El pueblo puede favorecer al cazador, pero no puede ayudarlo en el peligro.

CAPÍTULO VIII.

10. Los santos aquí no hacen lo que quieren, de la misma manera. Así también aquí, "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne". ¿Y qué significa "Para que no hagáis lo que queréis"? Aquí está el peligro del mal intérprete. Sea ahora el oficio de cualquier expositor. "Para que no hagáis lo que queréis". Prestad atención, santos que lucháis. Hablo a los que combaten. Entienden los que luchan: no me entiende quien no lucha. Pues quien lucha, no digo que me entiende, sino que me anticipa. ¿Qué quiere el hombre casto?

Que no surja en sus miembros ninguna concupiscencia adversa a la castidad. Quiere paz, pero aún no la tiene. Pues cuando se llegue a aquel estado donde no surja ninguna concupiscencia adversa, no habrá enemigo con quien luchar; ni se espera allí victoria, porque ya se triunfa sobre el enemigo vencido. Escucha la misma victoria, dicho por el mismo Apóstol: "Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad; entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en victoria. Escucha las voces de los triunfantes: ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?" (1 Cor. XV, 53-55). Heriste, heriste, derribaste: pero fue herido por mí, quien me hizo. Oh muerte, oh muerte! fue herido por mí, quien me hizo, y con su muerte te venció. Y entonces los triunfantes dirán: ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?

CAPÍTULO IX.

11. El hombre quiere que no haya concupiscencias, y no hace lo que quiere. Pero ahora, cuando la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, es la contienda de la muerte: no hacemos lo que queremos. ¿Por qué? Porque queremos que no haya concupiscencias, pero no podemos. Queramos o no, las tenemos: queramos o no, nos cosquillean, nos halagan, nos estimulan, nos hostigan, quieren surgir. Se reprimen, pero aún no se extinguen; mientras "la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne". ¿Acaso esto también cuando el hombre ha muerto? De ninguna manera. Dejas la carne, ¿cómo llevas contigo las concupiscencias de la carne? Pero si has luchado bien, serás recibido en el descanso. De ese descanso serás coronado, no condenado: para que después seas llevado al reino. Por tanto, mientras se vive aquí, hermanos, así es: así también nosotros que hemos envejecido en esta milicia, tenemos enemigos menores: pero aún los tenemos. Nuestros enemigos están de algún modo fatigados ya incluso por la edad: pero aun fatigados no cesan de infestar con sus miedos la tranquilidad de la vejez. La lucha de los jóvenes es más aguda: la conocemos, la hemos pasado. Por tanto, "la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis". ¿Qué queréis, oh santos, oh buenos combatientes, oh valientes soldados de Cristo? ¿Qué queréis? Que no haya en absoluto malas concupiscencias. Pero no podéis. Ejercitad la guerra, esperad el triunfo. Pues ahora, por el momento, se lucha. "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis": es decir, que no haya en absoluto concupiscencias de la carne.

CAPÍTULO X.

12. Luchar para que no reine el pecado. Nuestras armas. El poder que se nos ha dado. Pero haced lo que podáis; lo que dice el mismo Apóstol en otro lugar, que ya comencé a recordar: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos". He aquí lo que no quiero; surgen malos deseos: pero no obedezcas. Ármate, toma los instrumentos de guerra. Los preceptos de Dios son tus armas. Si me escuchas bien, y te armas con lo que hablo. No, dice, "no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal". Pues mientras lleváis un cuerpo mortal, el pecado lucha contra vosotros: pero no reine. ¿Qué significa "no reine"? Es decir, "para obedecer a sus deseos". Si comenzáis a obedecer, reina. ¿Y qué es obedecer, sino que presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado? (Rom. VI, 12, 13). Nada más claro que este maestro. ¿Qué quieres que te explique ya? Haz lo que has oído. No presentes tus miembros como armas de iniquidad al pecado. Dios te ha dado poder por su Espíritu, para que retengas tus miembros. Surge la lujuria, retén tus miembros: ¿qué hará lo

que ha surgido? Tú retén tus miembros: no presentes tus miembros como armas de iniquidad al pecado; no armes a tu adversario contra ti. Retén tus pies, para que no vayan a lo ilícito. Surge la lujuria, retén tus miembros: retén tus manos de todo crimen: retén tus ojos, para que no miren mal: retén tus oídos, para que no escuchen con gusto palabras de lujuria: retén todo tu cuerpo, retén los costados, retén lo alto, retén lo bajo. ¿Qué hace la lujuria? Sabe surgir, no sabe vencer. Surgiendo continuamente sin causa, aprende también a no surgir.

CAPÍTULO XI.

13. Qué significa cumplir las concupiscencias. Volvamos entonces a las palabras que había propuesto oscuras del Apóstol, y ya veremos que son claras. Pues había propuesto que el Apóstol no dijo: "Andad en el Espíritu, y no tengáis concupiscencias de la carne": porque es necesario que las tengamos. ¿Por qué entonces no dijo: "No hagáis las concupiscencias de la carne"? Porque las hacemos; pues concupiscimos. El mismo concupiscer es hacer. Pero dice el Apóstol: "Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí" (Rom. VII, 17). Entonces, ¿de qué debes cuidarte? Sin duda, de no cumplirlas. Surgió la lujuria condenable, surgió, sugirió: no sea escuchada. Arde, no se contiene, y quisieras que no ardiera. ¿Y dónde está "Para que no hagáis lo que queréis"? No des tus miembros. Arda sin causa, y se consume a sí misma. En ti, por tanto, se hacen esas concupiscencias. Debe admitirse, se hacen. Por eso dijo: "No las cumpláis". Pero no se cumplan. Decidiste hacer, cumpliste. Pues cumpliste, si decides que debe hacerse adulterio, y por eso no lo haces porque no se encuentra lugar, porque no se da la oportunidad, porque tal vez ella es casta de quien parece estar conmovido: he aquí que ya ella es casta, y tú eres adúltero. ¿Por qué? Porque cumpliste las concupiscencias. ¿Qué significa cumpliste? En tu ánimo decidiste que debe hacerse adulterio. Ya, Dios no lo quiera, si también los miembros han obrado, has caído en la muerte.

CAPÍTULO XII.

14. En los tres muertos resucitados por Cristo, tres grados de pecados. Cristo resucitó a la hija del jefe de la sinagoga muerta en casa (Marcos V, 22-42). Estaba en casa, aún no había sido llevada fuera. Así es el hombre que ha decidido el crimen en su corazón: está muerto, pero yace dentro. Pero si ha llegado hasta la perpetración de los miembros, ha sido llevado fuera. Pero también el Señor resucitó al joven hijo de la viuda, cuando era llevado muerto fuera de la puerta de la ciudad. Así, me atrevo a decir algo: Decidiste en tu corazón, si te retractas de tu acto, serás sanado antes de perpetrar. Pues si haces penitencia en tu corazón, porque decidiste algo malo, y criminal, y escandaloso y condenable: allí donde yacías muerto dentro, así dentro resucitaste. Pero si lo cumpliste, ya has sido llevado fuera: pero tienes quien te diga: "Joven, a ti te digo, levántate" (Lucas VII, 11-15). Incluso si lo perpetraste, arrepíentete, regresa pronto: no llegues al sepulcro. Pero aquí tengo un tercer muerto, que también ha sido llevado al sepulcro. Ya tiene sobre sí el peso de la costumbre, la carga terrena lo oprime mucho. Pues ha sido muy ejercitado en los crímenes, se ve muy agobiado por su excesiva costumbre. Clama también Cristo: "¡Lázaro, sal fuera!". Pues el hombre de pésima costumbre ya hiede. Con razón allí Cristo clamó: no solo clamó, sino que clamó con gran voz (Juan XI, 14-44). Pues al clamor de Cristo también tales, aunque muertos, aunque sepultados, aunque hediondos, resucitarán sin embargo; resucitarán. Pues de ningún yacente debe desesperarse bajo tal resucitador. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CXXIX. De las palabras del Evangelio de Juan, cap. V, 39-47, "Escudriñad las Escrituras, en las que pensáis que tenéis vida eterna", etc. Contra los Donatistas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Exposición de la lectura evangélica. A la lectura evangélica, que recientemente resonó en nuestros oídos, preste atención vuestra Caridad, mientras hablamos pocas cosas que el Señor nos concede. A los judíos hablaba el Señor Jesús, y les decía: "Escudriñad las Escrituras, en las que pensáis que tenéis vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí". Luego, después de un poco: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis". Luego, después de un poco: "¿Cómo podéis creer en mí, esperando gloria unos de otros, y no buscando la gloria que viene solo de Dios?" Al final dice: "No soy yo quien os acusa ante el Padre: hay quien os acusa, Moisés, en quien habéis puesto vuestra esperanza. Porque si creyerais a Moisés, tal vez me creeríais a mí: porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus palabras, ¿cómo podréis creerme a mí?" A estas cosas propuestas divinamente, de la boca del Lector, pero por el ministerio del Salvador, escuchad pocas cosas no para contar, sino para pesar.

CAPÍTULO II.

2. Las palabras de Cristo a los discípulos, también nos conciernen a nosotros. Pues todas estas cosas son fáciles de entender sobre los judíos. Pero hay que tener cuidado, no sea que al atender demasiado a ellos, apartemos los ojos de nosotros. Pues el Señor hablaba a sus discípulos: y ciertamente lo que les hablaba a ellos, también nos lo hablaba a nosotros, sus sucesores. Porque no solo a ellos pertenece lo que dijo: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo" (Mateo XXVIII, 20): sino también a todos los cristianos futuros, y a los que vendrán hasta el fin del siglo. Hablando, pues, a ellos, dijo: "Guardaos de la levadura de los fariseos". Entonces pensaron que el Señor lo había dicho porque no habían traído panes: no entendieron que "Guardaos de la levadura de los fariseos" significaba "Guardaos de la doctrina de los fariseos" (Id. XVI, 6-12). ¿Cuál fue la doctrina de los fariseos, sino la que acabáis de escuchar? Esperando gloria unos de otros, esperando gloria unos de otros, y no buscando la gloria que viene solo de Dios. De estos el apóstol Pablo dice así: "Les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no según conocimiento. Tienen, dice, celo de Dios: lo sé, lo conozco, estuve entre ellos, fui tal. Tienen celo de Dios, pero no según conocimiento. ¿Qué es esto, Apóstol, no según conocimiento? Explícanos qué conocimiento recomiendas, qué lamentas que no esté en ellos, y que deseas que esté en nosotros. Siguió añadiendo, y lo que había puesto cerrado, lo abrió. ¿Qué es, Tienen celo de Dios, pero no según conocimiento? Ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios" (Rom. X, 2, 3). Ignorar, por tanto, la justicia de Dios y querer establecer la suya propia, esto es, esperar gloria unos de otros y no buscar la gloria que viene solo de Dios, esto es la levadura de los fariseos. De esto el Señor nos manda guardarnos. Si el siervo manda, y el Señor manda, guardémonos; no sea que escuchemos: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?" (Lucas VI, 46).

CAPÍTULO III.

3. La infidelidad de los judíos. Dejemos, pues, un poco a los judíos, a quienes el Señor hablaba entonces. Están fuera, no quieren escucharnos. Odian el mismo Evangelio, procuraron falsos testimonios contra el Señor para condenarlo vivo: compraron otros testimonios con dinero contra el muerto. Cuando les decimos: Creed en Jesús: nos responden: ¿Vamos a creer en un hombre muerto? Pero cuando añadimos: Pero resucitó: responden: De ninguna manera; sus discípulos lo robaron del sepulcro. Aman la falsedad los judíos compradores, y desprecian la verdad del Señor Redentor. Lo que dices, judío, tus padres lo

compraron con dinero; y eso quedó en ti, lo que compraron. Atiende más bien a quien te compró, no a quien compró la mentira para ti.

4. Las palabras de Cristo a los judíos, la Iglesia las dirige a los donatistas. Pero a estos, como dijimos, dejémoslos: atendamos a estos nuestros hermanos, con quienes tratamos. Pues Cristo es cabeza y cuerpo. La cabeza está en el cielo, el cuerpo en la tierra: la cabeza es el Señor, el cuerpo es su Iglesia. Pero recordáis que se dijo: "Serán dos en una sola carne. Este misterio es grande", dice el Apóstol, "pero yo lo digo respecto de Cristo y de la Iglesia" (Efesios V, 23, 31, 32). Si, por tanto, son dos en una sola carne, son dos en una sola voz. Nuestra cabeza, el Señor Cristo, habló a los judíos lo que escuchamos cuando se leía el Evangelio, la cabeza a sus enemigos: hable también el cuerpo, es decir, la Iglesia, a sus enemigos. Sabéis a quiénes habla. ¿Qué tiene que decir? No dije de lo mío, para que sea una sola voz: porque una sola carne, una sola voz. Digámosles, pues, esto: hablo con la voz de la Iglesia. Oh hermanos, hijos dispersos, ovejas errantes, ramas cortadas, ¿por qué me calumniáis? ¿Por qué no me reconocéis? Escudriñad las Escrituras, en las que pensáis que tenéis vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí: a los judíos les dice nuestra cabeza, lo que a vosotros os dice el cuerpo: "Me buscaréis, y no me encontraréis" (Juan VII, 36). ¿Por qué? Porque no escudriñáis las Escrituras, que dan testimonio de mí.

CAPÍTULO IV.

5. Testimonios del Antiguo Testamento sobre Cristo y la Iglesia. Testimonio para la cabeza: A Abraham se le hicieron las promesas y a su descendencia. No dice, "Y a las descendencias", como si hablara de muchas, sino como de una sola, "Y a tu descendencia", que es Cristo (Gálatas III, 16). Testimonio para el cuerpo a Abraham, que el Apóstol recordó. A Abraham se le hicieron las promesas. Vivo yo, dice el Señor; por mí mismo juro, porque obedeciste mi voz y no perdonaste a tu amado hijo por mí, a menos que bendiciéndote te bendiga, y multiplicando multiplique tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena del mar; y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Génesis XXII, 16-18). Tienes testimonio para la cabeza, tienes para el cuerpo. Escucha otro breve, y casi en una sola sentencia abarcado para la cabeza y para el cuerpo. Sobre la resurrección de Cristo hablaba el Salmo: Exáltate sobre los cielos, Dios. Inmediatamente para el cuerpo: Y sobre toda la tierra tu gloria (Salmo LVI, 6, 12). Escucha el testimonio para la cabeza: Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos: ellos mismos me han observado y mirado, han repartido entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. Escucha inmediatamente para el cuerpo, después de pocas palabras: Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Salmo XXI, 17, 18, 19, 28, 29). Escucha para la cabeza: Y él como esposo que sale de su tálamo. Y en el mismo salmo escucha para el cuerpo: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 6, 5).

CAPÍTULO V.

6. Testimonio del Nuevo Testamento para Cristo y la Iglesia. Esto para los judíos, y esto para los nuestros. ¿Por qué? Porque estas Escrituras del Antiguo Testamento tanto los judíos como los nuestros las aceptan. Pero veamos si aceptan a Cristo mismo, a quien aquellos no aceptan. Que él mismo hable, que hable por sí mismo, que es la cabeza, y por su cuerpo que es la Iglesia, porque también en nosotros la cabeza habla por el cuerpo. Escucha para la cabeza:

Resucitó de entre los muertos, encontró a los discípulos vacilantes, dudando, no creyendo por la alegría; les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día. Tienes para la cabeza; que hable también para el cuerpo: Y que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 45, etc.). Que la Iglesia hable, pues, a sus enemigos, que hable. Habla claramente, no calla: pero que ellos escuchen. Hermanos, habéis escuchado los testimonios, ya me conocéis. Escudriñad las Escrituras, en las que esperáis tener vida eterna; ellas dan testimonio de mí. Lo que he dicho, no es de mí, sino de mi Señor, y sin embargo aún os apartáis, aún os resistís. ¿Cómo podéis creerme, esperando la gloria unos de otros, y no buscando la gloria que solo viene de Dios? Porque ignorando la justicia de Dios, tenéis celo de Dios, pero no según conocimiento. Ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la vuestra, no os habéis sometido a la justicia de Dios. ¿Qué es otra cosa ignorar la justicia de Dios y querer establecer la vuestra, sino decir: Yo santifico, yo justifico; lo que yo dé, eso es santo? Deja a Dios lo que es de Dios: reconoce, hombre, lo que es del hombre. Ignoras la justicia de Dios, y quieres establecer la tuya. Quieres justificarme: te basta con que te justifiques conmigo.

CAPÍTULO VI.

7. Los donatistas imitan el crimen del Anticristo. Se ha dicho del Anticristo, y todos entienden así lo que dijo el Señor: Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis. Pero escuchemos también a Juan: Habéis oído que viene el Anticristo, y ahora muchos anticristos han surgido (I Juan II, 18). ¿Qué tememos en el Anticristo, sino que honrará su propio nombre y despreciará el nombre del Señor? ¿Qué otra cosa hace quien dice: Yo justifico? Se le responde: Yo vine a Cristo, no con los pies, sino con el corazón: donde escuché el Evangelio, allí creí, allí fui bautizado: porque creí en Cristo, creí en Dios. Y él: No estás limpio. ¿Por qué? Porque no estuve allí. Di por qué no estoy limpio, hombre que fui bautizado en Jerusalén, hombre que fui bautizado, por ejemplo, entre los efesios, a quienes lees la Epístola dada, y cuya paz desprecias. He aquí que el Apóstol escribió a los efesios: la Iglesia fue fundada, permanece hasta ahora; y permanece más abundantemente, permanece más multiplicada, mantiene lo que recibió del Apóstol, Si alguien os anuncia algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema (Gálatas I, 9). ¿Qué, pues? ¿Qué me dices? ¿No estoy limpio? ¿Bautizado allí, no estoy limpio? Tampoco lo estás. ¿Por qué? Porque yo no estuve allí. Pero quien está en todas partes, estuvo allí. Quien está en todas partes, estuvo allí, en cuyo nombre creí. Tú, no sé de dónde vienes, más bien no vienes, sino que quieres que yo venga a ti, aquí puesto me dices: No estás correctamente bautizado, porque yo no estuve allí. Mira quién estuvo allí. ¿Qué se dijo a Juan? Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma, ese es quien bautiza (Juan I, 33). Lo tienes buscándote: más bien porque me envidiaste al ser bautizado por él, lo perdiste.

CAPÍTULO VII.

8. Cuál es la doctrina de los católicos y cuál la de los donatistas. Entended, pues, hermanos míos, nuestra voz y la de ellos, y ved qué elegís. Nosotros decimos esto: Seamos santos, Dios lo sabe; seamos inicuos, y esto más lo sabe él: no pongáis vuestra esperanza en nosotros, sea cual sea nuestra condición. Si somos buenos, haced lo que está escrito: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (I Corintios IV, 10). Pero si somos malos, tampoco estáis desamparados, tampoco habéis quedado sin consejo: escuchad al que dice, Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mateo XXIII, 3). Pero ellos, al contrario: Si no somos buenos, perecéis.

He aquí que es otro quien viene en su propio nombre. ¿Acaso mi vida dependerá de ti, y mi salvación estará ligada a ti? ¿He olvidado mi fundamento? ¿No era Cristo la roca (I Corintios X, 4)? ¿No es que quien edifica sobre la roca, no lo derriba el viento, la lluvia, los ríos (Mateo VII, 25)? Ven, pues, conmigo, si quieres, sobre la roca, y no quieras ser para mí en lugar de la roca.

9. Los donatistas no creen ni a Moisés ni a Cristo resucitado. Los donatistas injurian a Cristo. Que diga, pues, también eso último la Iglesia, Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí; porque de mí escribió él: porque soy su cuerpo, del cual escribió. Y de la Iglesia escribió Moisés. Pues dije las palabras de Moisés, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 18). Moisés escribió esto en el primer libro. Si creyeráis a Moisés, creeréis también a Cristo. Porque despreciáis las palabras de Moisés, es necesario que despreciéis las palabras de Cristo. Tienen allí, dice, a Moisés y a los Profetas, que los escuchen. No, padre Abraham; pero si alguno de entre los muertos va, lo escucharán. Y él: Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán si alguno resucita de entre los muertos (Lucas XVI, 29-31). Esto se dijo de los judíos: ¿acaso no se dijo de los herejes?

CAPÍTULO VIII.

Resucitó de entre los muertos quien decía, Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día. Esto creo. Creo, dice. ¿Crees? ¿Por qué no crees lo que sigue? Porque crees, Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día; esto se dijo de la cabeza: cree también lo que sigue de la Iglesia, Que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones. ¿Por qué crees en la cabeza, y no crees en el cuerpo? ¿Qué te ha hecho la Iglesia, para que quieras de algún modo decapitarla? Quieres quitarle la cabeza a la Iglesia, y creer en la cabeza, dejando el cuerpo, como un cuerpo sin vida. En vano adulas a la cabeza, como un siervo devoto. Quien quiere decapitar, intenta matar tanto la cabeza como el cuerpo. Se avergüenzan de negar a Cristo, y no se avergüenzan de negar las palabras de Cristo. Ni nosotros ni vosotros hemos visto a Cristo con los ojos. Los judíos lo vieron, y lo mataron. Nosotros no lo vimos, y creemos: sus palabras están con nosotros. Comparad vosotros con los judíos: ellos despreciaron al que colgaba en el madero, vosotros despreciáis al que está sentado en el cielo: con ellos sugiriendo, se mantuvo el título de Cristo, con vosotros de pie se borra el Bautismo de Cristo. Pero, ¿qué queda, hermanos, sino que oremos también por los soberbios, oremos también por los altivos, que se exaltan así? Digamos por ellos a Dios, Reconozcan que tu nombre es Señor: y no los hombres, sino tú solo altísimo sobre toda la tierra (Salmo LXXXII, 19). Convertidos al Señor, etc.

SERMON CXXX. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, donde se narra el milagro de los cinco panes y dos peces. Cap. V, V. 5-14.

1. Significado del milagro. Se hizo un gran milagro, amadísimos, para que de cinco panes y dos peces se saciaran cinco mil hombres, y los fragmentos sobrantes llenaran doce cestas. Gran milagro: pero no nos maravillaremos mucho de lo hecho, si atendemos al que lo hizo. Él multiplicó en las manos de los que partían los cinco panes, quien en la tierra hace germinar las semillas, para que se siembren pocos granos y se llenen los graneros. Pero porque eso lo hace cada año, nadie se maravilla. La admiración no la quita la vileza del hecho, sino la asiduidad. El Señor, sin embargo, cuando hacía estas cosas, no solo hablaba a los entendidos por palabras, sino también por los mismos milagros. Los cinco panes significaban los cinco libros de la Ley de Moisés. La ley antigua es cebada en comparación con el trigo evangélico.

En esos libros se contienen grandes misterios sobre Cristo. De donde él mismo dice: Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí: porque de mí escribió él (Juan V, 46). Pero así como en la cebada la médula está oculta bajo la paja; así en el velo de los misterios de la Ley está oculto Cristo. Cuando se exponen los misterios, se dilatan como el pan; así también los panes crecían cuando se partían. Y esto que os he expuesto, os he partido el pan. Los cinco mil hombres significan al pueblo bajo los cinco libros de la Ley. Las doce cestas son los doce Apóstoles, que también ellos se llenaron de los fragmentos de la Ley. Los dos peces son, o los dos mandamientos del amor a Dios y al prójimo, o los dos pueblos de la circuncisión y el prepucio, o aquellas dos sagradas personas del rey y el sacerdote. Estas cosas cuando se exponen, se parten; cuando se entienden, se comen.

2. Cristo hecho pan por la encarnación. Cristo mercader. Nuestro Redentor, ¿cómo? Volvámonos a él que hizo estas cosas. Él es el pan que descendió del cielo (Juan VI, 41): pero pan que alimenta, y no se agota; pan que puede ser consumido, pero no consumirse. Ese mismo pan también lo significaba el maná. De donde se dijo: Pan del cielo les dio, pan de ángeles comió el hombre (Salmo LXXVII, 24 y 25). ¿Quién es el pan del cielo, sino Cristo? Pero para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre. Porque si no se hubiera hecho esto, no tendríamos su carne: si no tuviéramos su carne, no comeríamos el pan del altar. Apresurémonos hacia la herencia, porque hemos recibido una gran prenda de ella. Hermanos míos, deseemos la vida de Cristo, porque tenemos la prenda de la muerte de Cristo. ¿Cómo no nos dará sus bienes, quien sufrió nuestros males? En estas tierras, en este siglo maligno, ¿qué abunda, sino nacer, trabajar y morir? Examinad las cosas humanas, desmentidme si miento: observad a todos los hombres, si no están en este siglo para otra cosa que nacer, trabajar y morir. Estos son los bienes de nuestra región, esto abunda aquí. A tales mercancías descendió aquel Mercader. Y puesto que todo mercader da y recibe; da lo que tiene, y recibe lo que no tiene; cuando compra algo, da dinero, y recibe lo que compra: también Cristo en este comercio dio y recibió. Pero, ¿qué recibió? Lo que aquí abunda, nacer, trabajar y morir. ¿Y qué dio? Renacer, resucitar y reinar eternamente. Oh buen Mercader, cómpranos. ¿Qué digo, cómpranos, cuando debemos dar gracias porque nos compraste? Nuestro precio lo distribuyes a nosotros, bebemos tu sangre; distribuyes, pues, a nosotros nuestro precio. Y leemos el Evangelio, nuestro documento. Somos tus siervos, somos tu creación: nos hiciste, nos redimiste. Cualquiera puede comprar a su siervo, no puede crear: pero el Señor a sus siervos los creó y los redimió: los creó, para que existieran; los redimió, para que no fueran siempre cautivos. Caímos, pues, en el príncipe de este siglo, que sedujo a Adán y lo hizo siervo, y comenzó a poseernos como a sus esclavos. Pero vino nuestro Redentor, y fue vencido el engañador. ¿Y qué hizo nuestro Redentor a nuestro captor? Para nuestro precio tendió la trampa de su cruz: puso allí como cebo su sangre. Él pudo derramar esta sangre, no mereció beberla. Y en que derramó la sangre de un inocente, se le ordenó devolver a los deudores; derramó la sangre del inocente, se le ordenó apartarse de los culpables. Porque él derramó su sangre para borrar nuestros pecados. Pues de lo que nos tenía, fue borrado con la sangre del Redentor. No nos tenía sino con las cadenas de nuestros pecados. Estas eran las cadenas de los cautivos. Vino él, ató al fuerte con las cadenas de su pasión: entró en su casa, es decir, en los corazones donde él habitaba, y arrebató sus vasijas (Mateo XII, 29). Nosotros somos las vasijas. Él las había llenado de su amargura. Esta amargura también se la ofreció a nuestro Redentor en hiel. Nos había llenado, pues, como sus vasijas: pero nuestro Señor, arrebatando sus vasijas y haciéndolas suyas, derramó la amargura, las llenó de dulzura.

3. Amar a Cristo. Por lo que Dios ha hecho, se hace creíble lo que ha prometido. Amémosle, pues, porque es dulce. Gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). Es temible,

pero más debe ser amado. Es hombre y Dios: un solo Cristo es hombre y Dios; como un solo hombre, es alma y cuerpo: pero no son dos personas Dios y hombre. En Cristo hay dos sustancias, Dios y hombre: pero una sola persona, para que la Trinidad permanezca, no se añada un hombre y se haga cuaternidad. ¿Cómo, pues, puede ser que Dios no tenga misericordia de nosotros, por quienes Dios se hizo hombre? Es mucho lo que ha hecho: es más admirable lo que ha hecho, que lo que ha prometido; y por lo que ha hecho, debemos creer lo que ha prometido. Porque lo que ha hecho, apenas lo creeríamos, si no lo viéramos. ¿Dónde lo vemos? En los pueblos creyentes, en la multitud traída a él. Porque se ha cumplido lo que se prometió a Abraham: y por lo que vemos, creemos lo que no vemos. Abraham fue un solo hombre, y se le dijo, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Génesis XII, 3). Si se mirara a sí mismo, ¿cuándo lo creería? Era un solo hombre, y ya era anciano, y tenía una esposa estéril, y de edad ya tan avanzada, que no podía concebir, aunque no hubiera sido estéril. No había absolutamente de dónde esperar algo. Pero miraba al que prometía, y creía lo que no veía. He aquí que lo que él creyó, nosotros lo vemos. Por lo tanto, por lo que vemos, debemos creer lo que no vemos. Engendró a Isaac, no lo vimos: e Isaac engendró a Jacob, y esto no lo vimos: y Jacob engendró doce hijos, y a ellos no los vimos: y los doce hijos engendraron al pueblo de Israel; vemos un gran pueblo. Ya he comenzado a decir lo que vemos. Del pueblo de Israel nació la virgen María, y dio a luz a Cristo; y he aquí que en Cristo son bendecidas todas las naciones. ¿Qué más verdadero? ¿Qué más cierto? ¿Qué más claro? Desead conmigo el siglo futuro, vosotros que habéis sido congregados de entre las naciones. En este siglo Dios ha cumplido su promesa sobre la descendencia de Abraham. ¿Cómo, pues, no nos dará sus promesas eternas, a quienes ha hecho ser la descendencia de Abraham? Esto dice el Apóstol: Si vosotros sois de Cristo, son palabras del Apóstol, entonces sois descendencia de Abraham (Gálatas III, 29).

4. Lo que Cristo ha realizado es más maravilloso que lo que promete. Hemos comenzado a ser algo grande; que nadie se desprecie: no éramos nada; pero ahora somos algo. Le dijimos al Señor: "Acuérdate de que somos polvo" (Salmo 102, 14): pero Él hizo al hombre del polvo, dio vida al polvo, y en Cristo nuestro Señor ya ha llevado ese mismo polvo al reino de los cielos. Porque de aquí tomó carne, de aquí tomó tierra, y elevó la tierra al cielo, quien hizo la tierra y el cielo. Si, por tanto, se nos propusieran dos cosas nuevas aún no realizadas, y se nos preguntara, ¿qué es más maravilloso, que quien es Dios se haga hombre, o que quien es hombre se haga hombre de Dios? ¿Qué es más maravilloso, qué es más difícil? ¿Qué nos prometió Cristo? Lo que aún no vemos: esto es, que seamos sus hombres, que reinemos con Él, y que no muramos eternamente. Se cree que esto es difícil, que un hombre nacido llegue a esa vida donde nunca muera. Esto es lo que creemos con el corazón purificado, digo purificado del polvo del mundo, para que ese mismo polvo no nos cierre los ojos de la fe. Esto es lo que se nos manda creer, que cuando hayamos muerto, incluso con cuerpos muertos, estaremos en vida, donde nunca moriremos. Esto es maravilloso: pero más maravilloso es lo que hizo Cristo. ¿Qué es más increíble, que el hombre viva siempre, o que Dios muera alguna vez? ¿Es más creíble que los hombres reciban vida de Dios? Creo que es más increíble que Dios reciba la muerte de los hombres. Y ya ha sucedido: creamos también lo que está por venir. Si ha sucedido lo que es más increíble, ¿no nos dará lo que es más creíble? Porque Dios es capaz de hacer ángeles a los hombres, que hizo a los hombres de semillas terrenales y horribles. ¿Qué seremos? Ángeles. ¿Qué fuimos? Da vergüenza recordarlo: me veo obligado a considerarlo, y me sonrojo al decirlo. ¿Qué fuimos? ¿De dónde hizo Dios a los hombres? ¿Qué fuimos antes de ser algo? No éramos nada. Cuando estábamos en los vientres de nuestras madres, ¿qué éramos? Basta con lo que recordáis. Apartad vuestras mentes de aquello de lo que fuisteis hechos, y pensad en lo que sois. Vivís: pero también viven las

hierbas y los árboles. Sentís: también sienten los animales. Sois hombres: habéis superado a los animales, sois superiores a los animales; porque entendéis cuán grandes cosas nos ha concedido. Vivís, sentís, entendéis, sois hombres. ¿Qué puede compararse con este beneficio? Sois cristianos. Pues si no hubiéramos recibido esto, ¿de qué nos serviría ser hombres? Por tanto, somos cristianos, pertenecemos a Cristo. Que el mundo se enfurezca, no nos quebranta; porque pertenecemos a Cristo. Que el mundo nos adule, no nos seduce; pertenecemos a Cristo.

5. La seguridad de los cristianos bajo el patronazgo de Cristo. Hemos encontrado un gran patrono, hermanos. Sabéis que los hombres se jactan de sus patronos. A alguien que amenaza, el cliente de un mayor responde: "Con la cabeza de mi señor a salvo, no me haces nada". Cuánto más fuerte y seguro decimos nosotros: "Con nuestra cabeza a salvo, no nos haces nada". Porque nuestro patrono es nuestra cabeza. Cualquiera que se jacte de un hombre como patrono, es su cliente: nosotros somos miembros de nuestro patrono. Que nos mantenga en Él, y nadie nos arrancará de Él. Porque cualesquiera que sean los trabajos que hayamos soportado en este mundo, todo lo que pasa no es nada. Vendrán los bienes que no pasarán: a través de los trabajos se llega a ellos. Pero cuando se haya llegado, nadie nos arrancará de allí. Se cierran las puertas de Jerusalén, también se colocan los cerrojos, para que se diga a esa ciudad: "Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sión. Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti. Él ha puesto paz en tus fronteras" (Salmo 147, 12-14). Con las puertas cerradas y los cerrojos puestos, ningún amigo sale, ningún enemigo entra. Allí tenemos verdadera y cierta seguridad, si aquí no abandonamos la verdad.

SERMO CXXXI. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, cap. VI, 54-66, "Si no coméis mi carne", etc., y sobre las palabras del Apóstol y de los Salmos, contra los Pelagianos. Pronunciado en la Mesa de San mártir Cipriano, el 23 de septiembre, día domingo.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo. Hemos escuchado al verdadero Maestro, al divino Redentor, al Salvador humano, recomendándonos nuestro precio, su sangre. Nos habló de su cuerpo y su sangre: llamó a su cuerpo alimento, a su sangre bebida. Los fieles reconocen el sacramento de los fieles. Pero, ¿qué oyen los que escuchan? Cuando, pues, recomendando tal alimento y tal bebida, dijo: "Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros" (y esto lo dijo sobre la vida, ¿quién otro sino la misma vida? Será muerte para aquel hombre, no vida, quien considere mentirosa a la vida); sus discípulos se escandalizaron, no todos, pero muchos, diciendo entre sí: "Dura es esta palabra, ¿quién puede escucharla?" Pero cuando el Señor lo supo en sí mismo, y escuchó los murmullos de sus pensamientos, les respondió a sus pensamientos, aunque no los expresaran en voz alta, para que supieran que habían sido escuchados y dejaran de pensar tales cosas. ¿Qué respondió entonces? "¿Esto os escandaliza? ¿Y si vierais al Hijo del Hombre ascender a donde estaba antes?" ¿Qué significa "¿Esto os escandaliza?" ¿Pensáis que de este cuerpo mío que veis, voy a hacer partes, y a cortar mis miembros, y a darlos a vosotros? ¿Qué, si vierais al Hijo del Hombre ascender a donde estaba antes? Ciertamente, quien pudo ascender íntegro, no pudo ser consumido. Por tanto, de su cuerpo y sangre nos dio una saludable refección, y resolvió brevemente una cuestión tan grande sobre su integridad. Coman, pues, los que comen, y beban los que beben; tengan hambre y sed: coman vida, beban vida. Comer eso es ser restaurado: pero así eres restaurado, que no se agota de donde eres restaurado. ¿Qué es beber eso, sino vivir? Come vida, bebe vida: tendrás vida, y la vida es íntegra. Pero esto será,

es decir, la vida será para cada uno el cuerpo y la sangre de Cristo; si lo que en el Sacramento se toma visiblemente, en la misma verdad se come espiritualmente, se bebe espiritualmente. Porque hemos escuchado al mismo Señor diciendo: "El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada. Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos que no creen". Ellos decían: "Dura es esta palabra, ¿quién puede escucharla?" Es dura, pero para los duros: esto es, increíble, pero para los incrédulos.

CAPÍTULO II.

2. La fe es un don de Dios. La violencia de la gracia es suave. Pero para enseñarnos que incluso creer es un don, no un mérito: "Como os he dicho, nadie viene a mí, si no le es dado por mi Padre". Pero, ¿dónde dijo esto el Señor? Si recordamos las partes anteriores del Evangelio, encontraremos que dijo: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae" (Juan 6, 44). No dijo, "lo guiará", sino "lo atraerá". Esta violencia se hace al corazón, no a la carne. ¿Por qué te maravillas? Cree, y vienes; ama, y eres atraído. No pienses que es una violencia áspera y molesta: es dulce, es suave; esa misma dulzura te atrae. ¿No es atraída la oveja cuando se le muestra la hierba al hambriento? Y creo que no es empujada corporalmente, sino que es recogida por el deseo. Así también tú ven a Cristo: no medites largos viajes; donde crees, allí vienes. Porque a Aquel que está en todas partes, se llega amando, no navegando. Pero como incluso en tal camino abundan las olas y tempestades de diversas tentaciones; cree en el crucificado, para que tu fe pueda subir al madero. No te hundirás, sino que serás llevado por el madero. Así, así navegaba en los mares de este mundo aquel que decía: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gálatas 6, 14).

CAPÍTULO III.

3. Ni la fe ni la buena vida deben atribuirse a nuestras propias fuerzas. Sin embargo, es sorprendente que al predicarse a Cristo crucificado, dos oyen, uno desprecia, otro asciende. Quien desprecia, que se lo impute a sí mismo: quien asciende, que no se lo atribuya a sí mismo. Porque ha escuchado del verdadero Maestro: "Nadie viene a mí, si no le es dado por mi Padre". Alégrese, porque le ha sido dado: dé gracias al dador con un corazón humilde, no arrogante; no sea que lo que el humilde mereció, el soberbio lo pierda. Porque incluso aquellos que ya caminan en el camino justo, si se lo atribuyen a sí mismos y a sus fuerzas, perecen de él. Por eso, enseñándonos la humildad, la Sagrada Escritura dice por el Apóstol: "Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación". Y para que no se atribuyeran algo de ello, porque dijo "trabajad", inmediatamente añadió: "Porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2, 12-13). Dios es el que obra en vosotros: por eso, "con temor y temblor", haced un valle, recibid la lluvia. Los lugares bajos se llenan, los altos se secan. La gracia es la lluvia. ¿Por qué te maravillas, si Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes? (Santiago 4, 6). Por eso, "con temor y temblor", es decir, con humildad. No seas altivo, sino teme (Romanos 11, 20). Teme, para que seas llenado: no seas altivo, para que no te seques.

CAPÍTULO IV.

4. La gracia es necesaria para el justificado, para que camine en el camino justo. Pero ya, dices, camino por este camino: era necesario que aprendiera, era necesario que por la enseñanza de la Ley supiera qué hacer: tengo libre albedrío; ¿quién me separará de este camino? Si lees diligentemente, encontrarás a alguien que, por su cierta abundancia, que sin

embargo había recibido, comenzó a ensalzarse; pero el Señor misericordioso, para enseñarle humildad, le quitó lo que le había dado; y él, de repente, quedó en la indigencia, y confesando con la memoria de la misericordia de Dios, dijo: "Yo dije en mi abundancia: No seré movido jamás. Yo dije en mi abundancia". Pero "yo dije", dijo el hombre: "Todo hombre es mentiroso" (Salmo 115, 11): "Yo dije". Por tanto, "Yo dije en mi abundancia: tanta era la abundancia, que me atreví a decir esto: No seré movido jamás". ¿Qué después? "Señor, en tu voluntad diste fortaleza a mi belleza. Pero apartaste tu rostro de mí, y quedé turbado" (Salmo 30, 7-8). Me mostraste, dice, que aquello en lo que abundaba, era tuyo. Me mostraste de dónde pedir, a quién atribuir lo que había recibido, a quién debía dar gracias, a quién debía correr sediento, de dónde debía llenarme, y a quién debía guardar lo que había sido llenado. Porque guardaré mi fortaleza para ti (Salmo 59, 10), para que, llenado por ti, el dador, no lo pierda, tú el guardián. Guardaré mi fortaleza para ti. Para mostrarme esto, apartaste tu rostro de mí, y quedé turbado. Turbado, porque seco; seco, porque ensalzado. Di, pues, seco y árido, para que seas llenado de nuevo: "Mi alma es como tierra sin agua para ti" (Salmo 143, 6). Di: "Mi alma es como tierra sin agua para ti". Porque tú dijiste, no el Señor dijo: "No seré movido jamás". Tú lo dijiste presumiendo de ti mismo; pero no de lo tuyo, y como si pensaras que era de lo tuyo.

CAPÍTULO V.

5. El que camina en el camino justo, si se lo atribuye a sí mismo, perece del camino justo. ¿Qué dice entonces el Señor? "Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor". Así también el Apóstol: "Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación. Porque Dios es el que obra en vosotros". Por tanto, "alegraos con temblor". No sea que el Señor se enoje. Veo que clamando me anticipáis. Porque sabéis lo que voy a decir, clamando me anticipáis. ¿Y de dónde tenéis esto, sino porque os enseñó Aquel en quien habéis creído? Esto, pues, dice: escuchad lo que sabéis; no enseño, sino que recuerdo predicando: en verdad, ni enseño, porque sabéis; ni recuerdo, porque recordáis; sino que juntos decimos lo que con nosotros retenéis. Esto dice el Señor: "Aprehended la disciplina, y alegraos", pero "con temblor", para que siempre humildes retengáis lo que habéis recibido, "No sea que el Señor se enoje", ciertamente con los soberbios, que atribuyen a sí mismos lo que tienen, no dando gracias a Aquel de quien lo tienen. "No sea que el Señor se enoje, y perezcáis del camino justo". ¿Acaso dijo: "No sea que el Señor se enoje, y no vengáis al camino justo"? ¿Acaso: "No sea que el Señor se enoje, y no os lleve al camino justo, o no os admita al camino justo"? Ya camináis en él, no os ensoberbeczáis, no sea que incluso de él perezcáis. "Y perezcáis", dice, "del camino justo. Cuando se encienda en breve su ira sobre vosotros". No por mucho tiempo. Donde te ensoberbecas, allí pierdes lo que habías recibido. Asustado por esto, el hombre como si dijera: "¿Qué haré entonces?" sigue: "Bienaventurados todos los que confían en él" (Salmo 2, 11-13): no en sí mismos, sino en él. Por gracia somos salvos, no por nosotros mismos, sino que es don de Dios (Efesios 2, 8).

CAPÍTULO VI.

6. Contra los Pelagianos. Remisión de los pecados en el Bautismo. Enfermedad después del Bautismo. Tal vez digáis: ¿Qué significa que esto lo diga a menudo? Otra vez esto, y una tercera vez esto: y casi nunca habla, sino cuando dice esto. Ojalá no lo dijera sin motivo. Porque hay hombres ingratos a la gracia, que atribuyen mucho a la naturaleza indigente y herida. Es verdad, el hombre, cuando fue creado, recibió grandes fuerzas de libre albedrío; pero pecando las perdió. Cayó en la muerte, se hizo débil, fue dejado medio muerto en el camino por los ladrones: el Samaritano que pasa, que se interpreta como Guardián, lo levantó

en su jumento, aún se le lleva al establo. ¿Por qué se ensalza? Aún se le cura. Pero, dice, me basta con que en el Bautismo recibí la remisión de todos los pecados. ¿Acaso porque se borró la iniquidad, se acabó la enfermedad? Recibí, dice, la remisión de todos los pecados. Es absolutamente cierto. Todos los pecados fueron borrados en el sacramento del Bautismo, todos absolutamente, dichos, hechos, pensados, todos fueron borrados. Pero esto es lo que se infundió en el camino, aceite y vino. Recordáis, amadísimos, cómo fue consolado aquel medio muerto en el camino, herido por los ladrones, recibiendo aceite y vino en sus heridas (Lucas 10, 30-35). Ya ciertamente se le perdonó su error, y sin embargo, se cura la enfermedad en el establo. Si reconocéis el establo, es la Iglesia. Establo ahora, porque vivimos de paso: será casa, de donde nunca nos mudaremos, cuando sanos lleguemos al reino de los cielos. Mientras tanto, en el establo, seamos curados con gusto, no aún enfermos nos gloriemos de la salud; no sea que no hagamos otra cosa al ensoberbecernos, sino que nunca sanemos al ser curados.

CAPÍTULO VII.

7. Los cuatro beneficios de la gracia: remisión de los pecados, curación de la enfermedad, redención de toda corrupción y concupiscencia.---Bendice, alma mía, al Señor. Di a tu alma, di: Aún estás en esta vida, aún llevas carne frágil, aún el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma (Sabiduría 9, 15); aún después de la integridad de la remisión has recibido el remedio de la oración; aún ciertamente dices, hasta que se sanen tus enfermedades: "Perdona nuestras deudas" (Mateo 6, 12). Di, pues, a tu alma, valle humilde, no colina erguida; di a tu alma: "Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todos sus beneficios". ¿Qué beneficios? Di, enumera, da gracias. ¿Qué beneficios? "Él perdona todas tus iniquidades". Esto se hizo en el Bautismo. ¿Qué se hace ahora? "Él sana todas tus enfermedades". Esto se hace ahora: lo reconozco. Pero mientras esté aquí, el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma. Di, pues, también lo que sigue: "Él redime tu vida de la corrupción". Después de la redención de la corrupción, ¿qué queda? Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" Allí correctamente: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" Buscas su lugar, y no lo encuentras. ¿Qué es el aguijón de la muerte? ¿Qué es: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" ¿Dónde está el pecado? Lo buscas, y no está en ninguna parte. Porque el aguijón de la muerte es el pecado (1 Corintios 15, 54-56). Son palabras del Apóstol, no mías. Entonces se dirá: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" No habrá pecado en ninguna parte, ni que te atrape, ni que te ataque, ni que tiente tu conciencia. Entonces no se dirá: "Perdona nuestras deudas". Pero, ¿qué se dirá? "Señor Dios nuestro, danos paz: porque todo lo has restituido a nosotros" (Isaías 26, 12).

CAPÍTULO VIII.

8. El último beneficio de la gracia, la corona de justicia. Finalmente, después de la redención de toda corrupción, ¿qué queda sino la corona de justicia? Ciertamente queda, pero incluso en ella o bajo ella no debe estar la cabeza hinchada, para que reciba la corona. Escucha, atiende al Salmo, cómo esa corona no quiere una cabeza hinchada. Cuando dijo: "Él redime tu vida de la corrupción: Él te corona", dices ya aquí: "Él te corona", mis méritos lo confiesan, mi virtud lo hizo: se paga una deuda, no se da un don. Escucha más bien al Salmo. Porque también tú dices esto: "Todo hombre es mentiroso" (Salmo 115, 11). Escucha lo que dice Dios: "Él te corona con misericordia y compasión". Te corona de misericordia, te corona de compasión. Porque no fuiste digno de ser llamado, y llamado justificado, justificado

glorificado. Las reliquias por elección de gracia han sido salvadas. Y si es por gracia, ya no es por obras; de lo contrario, la gracia ya no es gracia (Romanos 11, 5). Porque al que trabaja, la recompensa no se le imputa según la gracia, sino según la deuda (Id. 4, 4). Habla el Apóstol, "No según la gracia, sino según la deuda". Pero te corona de misericordia y compasión: y si tus méritos precedieron, Dios te dice: Examina bien tus méritos, y verás que son mis dones.

CAPÍTULO IX.

9. La justicia de Dios, desconocida para los judíos y pelagianos. La gracia oculta en el Antiguo Testamento, revelada en el Nuevo. Esta es, por tanto, la justicia de Dios. Así como se dice, la salvación del Señor (Salmo III, 9), no en el sentido de que el Señor sea salvado, sino en el sentido de que Él la otorga a aquellos a quienes salva: así también la gracia de Dios a través de Jesucristo nuestro Señor, se llama justicia de Dios, no porque el Señor sea justo, sino porque justifica a aquellos a quienes convierte de impíos en justos. Sin embargo, algunos, al igual que en algún momento los judíos, desean ser llamados cristianos, y aún ignorando la justicia de Dios, quieren establecer la suya propia, incluso en nuestros tiempos, tiempos de gracia revelada, tiempos en los que la gracia antes oculta ahora se manifiesta, tiempos en los que la gracia ahora se muestra en la era, que alguna vez estuvo oculta en el vellón. Veo que pocos han entendido, muchos no han entendido, a quienes no defraudaré guardando silencio. Uno de los justos antiguos, Gedeón, pidió al Señor una señal, y dijo: "Te pido, Señor, que este vellón que pongo en la era se empape, y la era esté seca". Y así fue: el vellón se empapó, y toda la era estaba seca. Expresó el vellón en un recipiente por la mañana; porque a los humildes se les da la gracia: y sabéis lo que el Señor hizo en el recipiente a sus discípulos. Luego pidió otra señal: "Quiero", dijo, "Señor, que el vellón esté seco, y la era empapada". Y así fue (Jueces IV, 37-40). Repite el tiempo del Antiguo Testamento, la gracia está oculta en la nube, como la lluvia en el vellón. Observa ahora el tiempo del Nuevo Testamento, examina al pueblo judío, y lo encontrarás como un vellón seco: pero el mundo entero es como esa era llena de gracia no oculta, sino manifiesta. Por eso nos vemos obligados a lamentar mucho a nuestros hermanos, que no luchan contra la gracia oculta, sino contra la gracia abierta y manifiesta. Se perdona a los judíos. ¿Qué pasa con los cristianos? ¿Por qué enemigos de la gracia de Cristo? ¿Por qué confiados en vosotros mismos? ¿Por qué ingratos? ¿Por qué vino Cristo? ¿Acaso no existía la naturaleza aquí? ¿No existía la naturaleza, que alabar tanto os engaña? ¿Acaso no existía la Ley aquí? Pero dice el Apóstol: "Si por la Ley es la justicia, entonces Cristo murió en vano" (Gálatas II, 21). Lo que el Apóstol dice de la ley, nosotros lo decimos a estos sobre la naturaleza: Si por la naturaleza es la justicia, entonces Cristo murió en vano.

CAPÍTULO X.

10. Concilios contra los pelagianos. Lo que se dijo de los judíos, lo vemos completamente en estos. Tienen celo de Dios. Les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no según conocimiento. ¿Qué significa, no según conocimiento? Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Romanos X, 2, 3). Hermanos míos, compadeceos conmigo. Donde encontréis a tales personas, no ocultéis, no tengáis en vosotros una misericordia perversa: en verdad, donde encontréis a tales personas, no ocultéis. Reprended a los que contradicen, y llevad a los que resisten hacia nosotros. Ya se han enviado dos concilios sobre este asunto a la Sede Apostólica: de allí también han venido respuestas. La causa está concluida: ¡ojalá algún día termine el error! Por

tanto, advertimos para que presten atención, enseñamos para que sean instruidos, oramos para que cambien. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CXXXII. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, "Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne," etc. Cap. VI, V\ V\ 56, 57.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los catecúmenos son invitados a la gracia de la regeneración. Como hemos escuchado cuando se leía el santo Evangelio, el Señor Jesucristo exhortó con la promesa de la vida eterna a comer su carne y beber su sangre. Vosotros que habéis escuchado esto, aún no todos lo habéis entendido. Los que habéis sido bautizados y sois fieles, sabéis lo que dijo. Pero los que entre vosotros aún sois llamados Catecúmenos, o Audientes, pudieron haber sido oyentes cuando se leía, ¿pero también entendieron? Por tanto, nuestro discurso se dirige a ambos. Los que ya comen la carne del Señor y beben su sangre, piensen en lo que comen y beben: no sea que, como dice el Apóstol, coman y beban juicio para sí mismos (I Cor. XI, 29). Pero los que aún no comen, y aún no beben, apresúrense a acudir a tales banquetes a los que han sido invitados. Durante estos días los maestros alimentan, Cristo alimenta diariamente, esa mesa suya está puesta en medio. ¿Cuál es la causa, oh Audientes, de que veáis la mesa y no os acerquéis a los banquetes? Y tal vez ahora, cuando se leía el Evangelio, dijisteis en vuestros corazones: ¿Qué significa lo que dice, "Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida"? ¿Cómo se come la carne del Señor, y se bebe la sangre del Señor? ¿Qué significa? ¿Quién te ha cerrado para que no lo sepas? Está velado: pero si quieres, será revelado. Acércate a la profesión, y habrás resuelto la cuestión. Lo que dijo el Señor Jesús, ya lo saben los fieles. Pero tú, que eres llamado Catecúmeno, eres llamado Oyente, y eres sordo. Tienes los oídos del cuerpo abiertos, porque escuchas las palabras que se dicen: pero aún tienes los oídos del corazón cerrados, porque no entiendes lo que se dice. Disputo, no diserto. He aquí que es Pascua, da tu nombre para el Bautismo. Si no te excita la festividad, que te lleve la curiosidad misma: para que sepas lo que se dijo, "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él". Para que sepas conmigo lo que se dijo, llama, y se te abrirá. Y como te digo, Llama, y se te abrirá: así también yo llamo, ábreme. Resonando en los oídos, llamo al pecho.

CAPÍTULO II.

2. Los fieles casados, que ya comen el cuerpo de Cristo, son advertidos sobre la castidad que deben guardar. Pero si los Catecúmenos deben ser exhortados, hermanos míos, para que no demoren en acercarse a tan gran gracia de regeneración: ¿cuánta preocupación debemos tener en edificar a los fieles, para que les aproveche lo que reciben; no sea que coman y beban tales banquetes para juicio? Para que no coman y beban para juicio, vivan bien. Sed exhortadores no con palabras, sino con vuestras costumbres: para que aquellos que no están bautizados, se apresuren a seguirlos, para que no perezcan imitándoos. Los que estáis casados, guardad la fidelidad del lecho a vuestras esposas. Devolved lo que exigís. Hombre, exiges castidad de la mujer, dale ejemplo, no palabra. Tú eres la cabeza, por donde ella debe ver. Por donde debes ir, por allí no debe ser peligroso seguirte: más bien, por donde quieres que ella te siga, por allí debes caminar. Exiges fortaleza del sexo más débil: ambos tenéis la concupiscencia de la carne; quien es más fuerte, que venza primero. Y sin embargo, lo que es lamentable, muchos hombres son vencidos por las mujeres. Las mujeres guardan la castidad que los hombres no quieren guardar: y en lo que no guardan, quieren parecer hombres; como si por ser de sexo más fuerte, el enemigo pudiera someterlos más fácilmente. Es una lucha, es una batalla, es un

combate. El hombre es más fuerte que la mujer, el hombre es la cabeza de la mujer (Efesios V, 23). La mujer lucha y vence: ¿tú sucumbes al enemigo? ¿El cuerpo está firme y la cabeza yace? Pero vosotros que aún no tenéis esposas, y sin embargo ya os acercáis a la mesa del Señor, y coméis la carne de Cristo, y bebéis su sangre, si vais a tomar esposas, guardaos para vuestras esposas. Como queréis que ellas vengan a vosotros, así debéis encontrarlas. ¿Quién es el joven que no quiere tomar una esposa casta? Y si va a tomar una virgen, ¿quién no la desea intacta? Buscas una intacta, sé tú intacto. Buscas una pura, no seas impuro. Ella no puede, y tú no puedes. Si no pudiera hacerse, tampoco ella podría. Pero como ella puede, que te enseñe que se puede hacer. Y a ella, para que pueda, Dios la guía. Pero tú serás más glorioso si lo haces. ¿Por qué más glorioso? Ella está bajo la custodia de los padres, la refrena la misma modestia del sexo más débil: finalmente teme las leyes, que tú no temes. Por eso serás más glorioso si lo haces: porque si lo haces, temes a Dios. Ella tiene muchas cosas que temer además de Dios: tú solo temes a Dios. Pero a quien temes, es mayor que todos. Él debe ser temido en público, Él en secreto. Sales, eres visto; entras, eres visto: la lámpara arde, te ve; la lámpara se apaga, te ve: entras en la habitación, te ve; te mueves en el corazón, te ve. Témele a Él, a quien le importa verte; y al menos temiendo, sé casto. O si quieres pecar, busca donde no te vea, y haz lo que quieras.

CAPÍTULO III.

3. Los que están obligados por voto de continencia. Pero vosotros que ya habéis hecho votos, disciplinad vuestro cuerpo más estrictamente, y no permitáis que los frenos de la concupiscencia se relajen ni siquiera en lo que está permitido; para que no solo os apartéis del concubinato ilícito, sino que también despreciéis la vista lícita. Recordad, en cualquier sexo que estéis, ya sea hombres o mujeres, que lleváis una vida de ángeles en la tierra. Porque los ángeles no se casan, ni se dan en matrimonio. Así seremos cuando resucitemos (Mateo XXII, 30). Cuánto mejores sois vosotros, que lo que los hombres serán después de la resurrección, vosotros comenzáis a serlo antes de la muerte. Guardad vuestros grados: porque Dios guarda vuestros honores. La resurrección de los muertos se compara con las estrellas establecidas en el cielo. Porque una estrella difiere de otra en gloria, como dice el Apóstol; así también la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 41, 42). Porque allí brillará de manera diferente la virginidad, allí brillará de manera diferente la castidad conyugal, allí brillará de manera diferente la santa viudez. Brillarán de manera diversa: pero todos estarán allí. El esplendor es desigual, el cielo es común.

CAPÍTULO IV.

4. Cada uno debe guardar su grado. Pensando, por tanto, en vuestros grados, guardando también vuestras profesiones, acercaos a la carne del Señor, acercaos a la sangre del Señor. Quien sepa que es de otra manera, no se acerque. Que os conmueva más mi sermón. Porque se alegran los que saben guardar a sus cónyuges lo que exigen de ellos; los que saben guardar de todas maneras la continencia, si la han prometido a Dios: pero los que me oyen decir, "Cualquiera que no guarde la castidad, no se acerque a ese pan", se entristecen. Y yo no querría decir esto: pero ¿qué hago? ¿Temeré al hombre para callar la verdad? Entonces, si esos siervos no temen al Señor, ¿también yo no temeré? como si no supiera que se ha dicho, "Siervo malo y perezoso, tú deberías haber dado, y yo exigiría" (Mateo XXV, 26, 27). He aquí que he dado, Señor Dios mío; he aquí que en tu presencia y en la de tus ángeles y en la presencia de tu mismo pueblo he distribuido tu dinero: porque temo tu juicio. Yo he dado, tú exige. Aunque no lo diga, lo harás. Por tanto, digo esto más bien; Yo he dado, tú convierte, tú perdona. Haz castos a los que fueron impuros, para que juntos en tu presencia, cuando venga

el juicio, nos regocijemos, tanto el que distribuyó como el que recibió. ¿Os agrada esto? Que os agrade. Cualquiera que sea impuro, corrija mientras viva. Porque yo puedo hablar la palabra de Dios, pero no puedo liberar de juicio y condenación de Dios a los impuros que perseveran en la iniquidad.

SERMO CXXXIII. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, donde Jesús dijo que no subiría a la fiesta, y sin embargo subió, cap. VII, V\ 2-10.

1. Exposición de la lectura evangélica. Se nos ha propuesto, con la ayuda del Señor, discutir sobre este capítulo más reciente del Evangelio, y no es una cuestión menor, para que no se ponga en peligro la verdad y la falsedad se gloríe. Pero ni la verdad puede perecer, ni la falsedad prevalecer. Pero, ¿qué cuestión tiene esta lectura? Recibidlo un momento; y hechos atentos por la cuestión propuesta, orad para que seamos capaces de resolverla. Era la fiesta de los judíos de los tabernáculos: estos son los días, según parece, que aún hoy observan, cuando llaman casas. Porque esta solemnidad es para ellos sobre la construcción de tabernáculos; ya que tabernáculo se dice σκηνή, la construcción de tabernáculos es σκηνοπηγία. Estos días festivos se celebraban entre los judíos: y se llamaba un día festivo, no porque se celebrara en un solo día, sino porque se celebraba con una festividad continua; como el día festivo de la Pascua, como el día festivo de los ázimos, y sin embargo, como es evidente, ese día festivo se celebra durante varios días. Por tanto, estaba en Judea esta solemnidad; el Señor Jesús estaba en Galilea, donde también fue criado, donde también tenía parientes y conocidos, a quienes la Escritura llama hermanos. Por tanto, le dijeron, como hemos escuchado leído, sus hermanos: "Pasa de aquí, y ve a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque nadie hace algo en secreto, y él mismo busca ser conocido públicamente. Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo". Luego el evangelista añade: "Porque ni siquiera sus hermanos creían en él". Si, por tanto, no creían en él, le dirigían palabras envidiosas. Jesús les respondió: "Mi tiempo aún no ha llegado; pero vuestro tiempo siempre está preparado. El mundo no puede odiaros; pero a mí me odia, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta. Yo no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido". Luego el evangelista sigue: "Después de decir esto, él permaneció en Galilea. Pero cuando sus hermanos subieron, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto". Hasta aquí se extiende la cuestión, lo demás está claro.

2. Que Cristo no mintió en ese lugar. ¿Qué se busca entonces? ¿Qué mueve? ¿Qué está en peligro? Que el Señor, más bien para decirlo más claramente, que la misma Verdad sea considerada mentirosa. Porque si queremos pensar que mintió, el débil tomará autoridad para mentir. Hemos escuchado decir que mintió. Porque los que piensan que mintió, dicen esto: Dijo que no subiría a la fiesta, y subió. Primero, por tanto, en cuanto podemos en el tiempo limitado, veamos si miente quien dice algo y no lo hace. Por ejemplo, dije a un amigo, "Te veré mañana": surgió una necesidad mayor que me retuvo; no por eso dije algo falso. Porque cuando prometí, sentía lo que decía. Pero cuando surgió algo más grande, que impidió la fidelidad de mi promesa, no quise mentir, sino que no pude cumplir lo prometido. He aquí, según creo, no he trabajado para persuadir, sino que solo he recordado a vuestra prudencia, que no miente quien promete algo y no lo hace, si para no hacerlo, surgió algo que impidió su promesa, no que convenció de falsedad.

3. Mentir es peor que equivocarse. Pero dice quien me escucha: ¿Acaso puedes decir esto de Cristo, que o no pudo cumplir lo que quería, o no sabía lo que iba a suceder? Bien haces, bien sugieres, rectamente recuerdas: pero, oh hombre, comparte conmigo la preocupación. ¿A quién no nos atrevemos a llamar menos capaz, nos atrevemos a llamar mentiroso? Yo, en

cuanto estimo, en cuanto puedo juzgar por mi debilidad, elijo que un hombre se equivoque en algo, antes que mienta en algo. Porque errar pertenece a la debilidad, mentir a la iniquidad. "Oodias", dice, "Señor, a todos los que hacen iniquidad". Y enseguida: "Destruirás a todos los que hablan mentira" (Salmo V, 7). O la iniquidad y la mentira valen lo mismo; o "Destruirás" es más que "Oodias". Porque no siempre quien es odiado es castigado con perdición. Sea esa cuestión, si alguna vez es necesario mentir: porque no la discuto ahora: es oscura, tiene muchos recovecos; no hay tiempo para cortarlos todos y llegar al fondo. Por tanto, su tratamiento se pospone para otro momento; porque tal vez sin nuestro discurso, con la ayuda divina, se sanará. Pero, ¿qué he pospuesto, qué quiero tratar hoy, prestad atención y distinguid. Si alguna vez es necesario mentir, dije que esta es una cuestión difícil y muy oscura, la pospongo. Pero si Cristo mintió, si la Verdad dijo algo falso, esto hemos asumido hoy, advertidos por la lectura evangélica.

4. Cómo se diferencian el error y la mentira. Brevemente diré qué diferencia hay entre errar y mentir. Se equivoca quien cree que es verdad lo que dice, y porque lo cree verdadero, lo dice. Sin embargo, si lo que dice quien se equivoca fuera verdad, no se equivocaría: si no solo fuera verdad, sino que también supiera que es verdad, no mentiría. Se equivoca, por tanto, porque es falso y lo cree verdadero; pero lo dice solo porque lo cree verdadero. El error está en la debilidad humana, pero no en la salud de la conciencia. Sin embargo, quien cree que algo es falso y lo afirma como verdadero, ese miente. Ved, hermanos míos, distinguid, vosotros que habéis sido nutridos en la Iglesia, instruidos en las Escrituras divinas, no ignorantes, no rústicos, no indoctos. Pues entre vosotros hay hombres doctos y eruditos, instruidos no medianamente en cualquier tipo de letras: y quienes no habéis aprendido esas letras que se llaman liberales, es más lo que habéis sido nutridos en la palabra de Dios. Si me esfuerzo en explicar lo que siento, ayudadme con la atención al escuchar y la prudencia al pensar. No ayudaréis, a menos que seáis ayudados. Por eso, oremos mutuamente por nosotros, y esperemos juntos la ayuda común. Se equivoca quien, siendo falso, cree que es verdad lo que dice: pero miente quien cree que algo es falso y lo dice como verdadero, ya sea que eso sea verdadero o falso. Observad lo que he añadido. Ya sea que eso sea verdadero o falso, sin embargo, quien lo cree falso y lo afirma como verdadero, miente: intenta engañar. ¿De qué le sirve que sea verdad? Mientras tanto, él mismo lo cree falso y lo dice como si fuera verdadero. Es verdad en sí mismo lo que dice, en sí mismo es verdad: para él es falso, su conciencia no tiene lo que habla; piensa en su interior que es verdad una cosa, y otra cosa exterioriza como verdad. Es un corazón doble, no simple: no exterioriza lo que tiene dentro. Un corazón doble ha sido reprobado desde hace tiempo. Labios engañosos hablaron con corazón y corazón maldades (Salmo XI, 3). Bastaría con que dijera, hablaron con corazón maldades; ¿dónde están los labios engañosos? ¿Qué es el engaño? Cuando se hace una cosa y se pretende otra. Labios engañosos no son un corazón simple; y porque no es un corazón simple, por eso con corazón y corazón; por eso dos veces corazón, porque es un corazón doble.

5. Ni Cristo puede ser engañado, ni mentir. ¿Qué pensamos, entonces, del Señor Jesucristo, que mintió? Si es menos grave ser engañado que mentir; ¿a quién no nos atrevemos a decir que es engañado, nos atrevemos a decir que miente? Él, en verdad, ni es engañado ni miente: sino que, como está escrito (pues de él se entiende, de él debe entenderse), Nada falso se dice al rey, y nada falso saldrá de su boca. Si dijo a cualquier hombre rey, pongamos al rey Cristo por encima del rey hombre. Pero si, como se entiende más verdaderamente, es Cristo de quien dijo (pues a él no se le dice nada falso, porque no es engañado; de su boca no sale nada falso, porque no miente); busquemos cómo entender el pasaje evangélico, y no construyamos

un abismo de mentira como si fuera con autoridad celestial. Es más absurdo buscar explicar la verdad y preparar un lugar para la mentira. ¿Qué me enseñas, te ruego, tú que me explicas este pasaje? ¿Qué quieres enseñarme? No sé si te atreverás a decir, Falsedad. Pues si te atreves a decir esto, aparto mis oídos, y los tapo con espinas, para que si intentas forzarme, incluso herido me retire sin la explicación del Evangelio. Dime qué quieres enseñarme, y habrás resuelto la cuestión. Dime, te ruego: aquí estoy; los oídos están abiertos, el corazón está preparado, enseña. Pero, ¿qué busco? No me extiende en muchas cosas. ¿Qué vas a enseñar? Cualquier doctrina que vayas a tratar, cualquier argumento que vayas a usar en la disputa, solo di esto, te pregunto una de dos: ¿Vas a enseñarme la verdad o la falsedad? ¿Qué creemos que responderá, para que no se retire; para que no lo abandone inmediatamente mientras intenta articular palabras? ¿Qué prometerá, sino la verdad? Escucho, estoy, espero, espero con gran atención. Aquí está él, que prometía enseñarme la verdad, insinuando falsedad sobre Cristo. ¿Cómo, entonces, va a enseñar la verdad, diciendo que Cristo es mentiroso? Si Cristo miente, ¿debo esperar que tú me digas la verdad?

6. Cristo defendido de la mentira por la misma verdad del Evangelio. Mira otra cosa. ¿Qué dice? Cristo mintió. ¿Dónde, te ruego? ¿Dónde dijo, No subo a la fiesta, y subió? Yo, en verdad, quisiera examinar este pasaje, no sea que Cristo no haya mentido. Más bien, como no dudo que Cristo no mintió, examinaré este pasaje y lo entenderé, o no entendiéndolo lo pospondré. Sin embargo, no diré que Cristo mintió. Haz que no lo haya entendido: me iré sin saber. Pues es mejor no saber con piedad, que juzgar con locura. Sin embargo, intentemos discutir, no sea que, con la ayuda de aquel que es la Verdad, encontremos algo, y ese algo no será en verdad una mentira. Pues si buscando, encuentro una mentira; no encuentro algo, sino nada. Por tanto, busquemos dónde dices que Cristo mintió. Porque dijo, dice, No subo a la fiesta, y subió. ¿Cómo sabes que lo dijo? ¿Qué, si yo digo, no yo, sino alguien; pues lejos esté de mí decir esto: qué, si otro dice, Esto no lo dijo Cristo? ¿Cómo lo demuestras, cómo lo probarás? Abrirás el códice, encontrarás la lectura, se la mostrarás al hombre, más bien con gran confianza le impondrás el códice al que resiste: Tómalo, atiende, lee, llevas el Evangelio. ¿Qué, entonces, te ruego, qué te perturba un poco? No insistas, di más claramente, más tranquilamente. Aquí llevo el Evangelio, ¿y qué de esto? Él: El Evangelio dice que Cristo dijo lo que niegas. ¿Y por eso creerás que Cristo lo dijo, porque lo dice el Evangelio? Por eso, claramente, dice. Me sorprende mucho cómo dices que Cristo miente y que el Evangelio no miente. Pero no sea que, cuando digo Evangelio, atiendas al códice, pienses en el pergamino y la tinta como Evangelio, mira lo que dice el nombre griego: Evangelio es buen mensaje, o buena noticia. Entonces, el mensajero no miente, y quien lo envió, ¿miente? Este mensajero, el evangelista, para decir también el nombre, este Juan que escribió esto, ¿mintió sobre Cristo, o dijo la verdad? Elige lo que quieras, estoy preparado para escucharte en ambos casos. Si mintió, no hay de dónde probar que Cristo dijo eso. Si dijo la verdad, de una fuente de falsedad no fluye la verdad. ¿Quién es la fuente? Cristo: que Juan sea el arroyo. Llega a mí el arroyo, y me dices, Bebe seguro: y cuando me asustas de la misma fuente, cuando dices que en la fuente hay falsedad, me dices, Bebe seguro. ¿Qué bebo? ¿Qué dijo Juan? ¿Que Cristo mintió? ¿De dónde viene Juan? De Cristo. ¿Me dirá la verdad quien viene de él, cuando mentía aquel de quien viene? Leí claramente en el Evangelio, Juan se recostaba sobre el pecho del Señor (Juan XIII, 23): pero creo que bebía la verdad. ¿Qué vio recostado sobre el pecho del Señor? ¿Qué bebió? ¿Qué, sino lo que eructó? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho. Lo que fue hecho, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron: sin embargo, brilla, y si yo tal vez tengo algo de oscuridad, y no puedo comprenderla perfectamente, ella brilla. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era

Juan: este vino para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz: ¿quién? Juan; ¿quién? Juan el Bautista. De él dice Juan el evangelista, No era él la luz: de quien dice el Señor, Era lámpara ardiente y brillante (Juan V, 35). Pero la lámpara puede encenderse y apagarse. ¿Qué, entonces? ¿De dónde distingues? ¿De qué lugar buscas? ¿A quién la lámpara daba testimonio, era la luz verdadera. Donde Juan añadió verdadera, allí tú buscas mentira. Aún escucha al mismo Juan evangelista eructando lo que bebió: Y vimos, dice, su gloria. ¿Qué vio? ¿Qué gloria vio? Gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan I, 1-14). Mira, entonces, mira si debemos contener las disputas débiles o temerarias, y no presumir nada falso de la verdad, dar al Señor lo que se debe: demos gloria a la fuente, para que seamos llenados con seguridad. Dios, sin embargo, es veraz: todo hombre es mentiroso (Rom. III, 4). ¿Qué es esto? Dios está lleno: todo hombre está vacío: si quiere llenarse, acérquese al lleno. Acercaos a él, y seréis iluminados (Salmo XXXIII, 6). Ahora bien, si el hombre está vacío, porque es mentiroso, y busca llenarse, y con prisa y avidez corre a la fuente, quiere llenarse, está vacío. Pero tú dices, Cuidado con la fuente, hay mentira allí. ¿Qué otra cosa dices sino, Hay veneno allí?

7. Solución de la cuestión. Ya, dice, has dicho todo, ya me has contenido, ya me has corregido. Dime cómo no mintió, quien dijo, No subo, y subió. Lo diré, si puedo: no te parezca poco que, aunque no te haya establecido en la verdad, al menos te haya apartado de la temeridad. Sin embargo, diré lo que ya tú, si recuerdas las palabras que he mencionado, creo que reconoces. Esas mismas palabras resuelven la cuestión. Durante muchos días se celebraba ese día festivo. A este, ciertamente al día de hoy, dice, festivo, ciertamente a este de hoy cuando ellos esperaban, no subió; sino cuando él mismo lo disponía. Por tanto, atiende lo que sigue: Dicho esto, él permaneció en Galilea. Por tanto, no subió a este día festivo. Pues sus hermanos querían que él fuera primero; por eso le habían dicho, Pasa de aquí a Judea. No le habían dicho, Pasemos, como si fueran a ser sus compañeros; o, Síguenos a Judea, como si fueran a ir primero; sino como si fueran a enviarlo antes. Esto él quiso, que ellos precedieran: esto evitó, recomendando la debilidad del hombre, ocultando la divinidad; esto evitó, como cuando huyó a Egipto (Mateo II, 14). Pues no era por impotencia: sino también esto de la verdad, para dar ejemplo de precaución: para que ningún siervo suyo dijera, No huyo, porque es vergonzoso; cuando tal vez convendría que huyera. Diciendo a los suyos, Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra (Mateo X, 23); él mismo dio este ejemplo. Pues cuando quiso, fue apresado; cuando quiso, nació. Esto, por tanto, para que ellos no lo precedieran, y anunciaran que iba a venir, y se prepararan emboscadas: No subo, dice, al día festivo. Dijo: No subo, para ocultarse: añadió este, para no mentir. Algo añadió, algo quitó, algo pospuso: sin embargo, no dijo nada falso, porque nada falso sale de su boca. Por tanto, después de haber dicho esto, Cuando sus hermanos subieron: el Evangelio habla; atiende, lee lo que me ofrecías; mira si no la misma lectura resuelve la cuestión, mira si no tomé de otro lugar lo que iba a decir. Esto, por tanto, el Señor esperaba, que ellos subieran primero, para que no anunciaran que iba a venir. Después de que sus hermanos subieron, él también subió entonces al día festivo, no abiertamente, sino como en secreto. ¿Qué como en secreto? Allí actúa como en secreto. ¿Qué como en secreto? Porque ni siquiera esto era en secreto. Pues no intentaba realmente ocultarse, quien tenía en su poder cuándo sería apresado. Pero en esa, como dije, ocultación daba ejemplo de precaución contra las emboscadas de los enemigos a los discípulos débiles, que no tenían el poder de no ser apresados cuando no querían. Pues él también subió abiertamente después, y les enseñaba en el templo, y algunos decían: Aquí está, aquí enseña. Ciertamente decían nuestros príncipes, que querían apresarlo: aquí habla abiertamente, y nadie le pone la mano encima (Juan VII, 25, 26).

8. Otra solución. Ahora bien, si nos atendemos a nosotros mismos, si pensamos en su cuerpo, porque también nosotros somos él. Pues aunque no fuéramos él, no sería verdad, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40). Si no fuéramos él, no sería verdad, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Por tanto, también nosotros somos él, porque nosotros somos sus miembros, porque nosotros somos su cuerpo, porque él es nuestra cabeza (Efesios I, 22), porque todo Cristo es cabeza y cuerpo. Tal vez, entonces, nos preveía, porque no íbamos a celebrar los días festivos de los judíos, y esto es, Yo no subo a este día festivo. Mira, ni Cristo, ni el evangelista mintieron: de los dos, si es necesario elegir uno, el evangelista me perdonaría, de ninguna manera preferiría al veraz sobre la misma verdad; no preferiría al enviado sobre quien lo envió. Pero gracias a Dios, según creo, se ha desvelado lo que estaba oscuro. La piedad de vosotros ayudará a Dios. Mira, como he podido, he resuelto la cuestión, tanto en Cristo como en el evangelista. Mantén conmigo, amigo, la verdad, abraza sin contienda la caridad.

SERMO CXXXIV. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos, etc., cap. VIII, V. 31-34.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo, maestro de todos. Permanecer en la palabra de Dios. Sabe vuestra Caridad, que todos tenemos un solo Maestro, y bajo él somos condiscípulos. No somos vuestros maestros porque os hablemos desde un lugar superior: sino que el maestro es de todos, quien habita en todos nosotros. Él mismo ahora nos hablaba a todos en el Evangelio, y nos decía a nosotros, lo que también yo os digo a vosotros: pero él lo dice de nosotros, y a nosotros y a vosotros, Si permanecéis en mi palabra, no en la mía, que ahora hablo; sino en la de aquel que ahora hablaba desde el Evangelio: Si permanecéis en mi palabra, dice, verdaderamente sois mis discípulos. Acercarse al discípulo es poco, sino permanecer. No dijo, Si escucháis mi palabra; o, Si os acercáis a mi palabra; o, Si alabáis mi palabra: sino ved lo que dijo, Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ¿Qué decimos, hermanos? ¿Permanecer en la palabra de Dios, es un trabajo, o no lo es? Si es un trabajo, atiende a la gran recompensa: si no es un trabajo, recibes la recompensa gratuitamente. Permanezcamos, entonces, en aquel que permanece en nosotros. Nosotros, si no permanecemos en él, caemos: pero él, si no permanece en nosotros, no por eso pierde su morada. Pues él sabe permanecer en sí mismo, quien nunca se abandona a sí mismo. Sin embargo, lejos esté del hombre, que permanezca en sí mismo, quien se ha perdido a sí mismo. Por tanto, nosotros permanecemos en él por necesidad: él permanece en nosotros por misericordia.

CAPÍTULO II.

2. Recompensa de quien permanece en la palabra de Cristo. Ser liberado se dice de dos maneras. Ahora bien, si se ha propuesto qué debemos hacer, veamos qué vamos a recibir. Pues ha indicado la obra, y ha prometido la recompensa. ¿Cuál es la obra? Si permanecéis en mi palabra. Breve obra; breve en palabra, grande en obra: Si permanecéis. ¿Qué es, Si permanecéis? Si edificáis sobre la roca. Oh, cuán grande es esto, hermanos, edificar sobre la roca, ¡cuán grande es! Vinieron los ríos, soplaron los vientos, descendió la lluvia, y golpearon aquella casa, y no cayó: porque estaba fundada sobre la roca (Mateo VII, 24, 25). ¿Qué es, entonces, permanecer en la palabra de Dios, sino no ceder a ninguna tentación? ¿Cuál es la recompensa? Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Compadecednos de nosotros, porque sentís mi voz apagada: ayudadme con tranquilidad. ¡Oh recompensa! Conoceréis la

verdad. Tal vez alguien diría: ¿Y qué me aprovecha conocer la verdad? Y la verdad os hará libres. Si no deleita la verdad, deleite la libertad. En el uso de la lengua latina, ser liberado se dice de dos maneras: y estamos acostumbrados a escuchar esta palabra, de modo que cualquiera que sea liberado, se entienda que escapa del peligro, que carece de molestias. Sin embargo, ser liberado propiamente se dice hacerse libre: como salvarse, hacerse salvo; sanarse, hacerse sano; así liberarse, hacerse libre. Por eso dije, Si no deleita la verdad, deleite la libertad. Esto en la lengua griega suena más evidente, y no puede entenderse de otra manera. Y para que sepáis que no puede entenderse de otra manera; hablando el Señor, respondieron los judíos, Nunca hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo dices tú, La verdad os hará libres? Es decir, La verdad os hará libres, ¿cómo dices esto a nosotros, que nunca hemos sido esclavos de nadie? ¿A quienes ves, dicen, no tener necesidad de esclavitud, cómo les prometes libertad?

CAPÍTULO III.

3. Servidumbre del pecado. Oyeron lo que debían: pero no hicieron lo que debían. ¿Qué oyeron? Porque dije, La Verdad os hará libres; atendisteis que no servís al hombre, y dijisteis, Nunca hemos servido a nadie. Todo, judío y griego, rico y pobre, honrado y privado, emperador y mendigo, Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. Todo, dice, el que comete pecado, es esclavo del pecado. Si los hombres reconocen la servidumbre, verán de dónde recibir la libertad. Alguien libre es capturado por bárbaros, de libre se convierte en esclavo: un hombre misericordioso lo oye, considera que tiene dinero, se convierte en redentor, va a los bárbaros, da dinero, redime al hombre. Claramente le devolvió la libertad, si quitó la iniquidad. Pero, ¿quién quitó la iniquidad? ¿un hombre a otro hombre? Aquel que servía entre los bárbaros, fue redimido por su redentor: y hay mucha diferencia entre el redentor y el redimido; sin embargo, bajo el dominio de la iniquidad tal vez sean compañeros de esclavitud. Pregunto al redimido: ¿Tienes pecado? Tengo, dice. Pregunto al redentor: ¿Tienes pecado? Tengo, dice. Por lo tanto, ni tú te jactes de ser redimido, ni tú te exaltes como redentor: sino huid ambos al verdadero libertador. Poco es que los que están bajo el pecado sean llamados siervos; también se les llama muertos. Lo que teme el hombre que le haga la cautividad, ya se lo ha hecho la iniquidad. ¿Qué, porque parecen vivir, acaso erró aquel que dijo, Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22)? Por lo tanto, todos muertos bajo el pecado, siervos muertos, sirviendo muertos, muriendo siervos.

4. De la servidumbre y muerte del pecado solo libera Cristo. Semejanza de la carne del pecado en Cristo. ¿Quién, pues, libera de la muerte y de la servidumbre, sino el libre entre los muertos? ¿Quién es libre entre los muertos, sino entre los pecadores sin pecado? He aquí que viene el príncipe del mundo, dice nuestro Redentor, nuestro Libertador: He aquí que viene el príncipe del mundo, y en mí nada encontrará (Juan XIV, 30). Tiene a los que engañó, a los que sedujo, a quienes persuadió del pecado y la muerte; en mí nada encontrará. Ven, Señor; ven, Redentor, ven: reconózcate el cautivo, huya de ti el captor; sé tú mi libertador. A mí, perdido, me encontró, en quien el diablo nada de lo que la carne hace encontró. Encontró en él carne el príncipe de este siglo, encontró: ¿y qué carne? Mortal, que puede retener, que puede crucificar, que puede matar. Te equivocas, engañador, no se engaña el Redentor: te equivocas. Ves en el Señor carne mortal, no es carne de pecado: es semejanza de carne de pecado. Porque Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. Verdadera carne, carne mortal: pero no carne de pecado. Porque Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne. Porque Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado: en carne, pero no en carne de pecado; sino en semejanza de carne de

pecado. ¿Por qué? Para que del pecado, que ciertamente no había en él, condenara el pecado en la carne: para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no caminamos según la carne, sino según el espíritu (Rom. VIII, 3, 4).

CAPÍTULO IV.

5. Pecados, sacrificios por los pecados. Si, por tanto, era semejanza de carne de pecado, no carne de pecado; ¿cómo, Para que del pecado condenara el pecado en la carne? También suele la semejanza tomar el nombre de aquello de lo que es semejanza. Se dice hombre verdadero: pero incluso si muestras uno pintado en la pared, y preguntas qué es, se responde, Hombre. Por lo tanto, se llamó pecado a la carne que tiene semejanza de carne de pecado, para que fuera sacrificio por el pecado. Dice el mismo apóstol en otro lugar: Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado (II Cor. V, 21). Al que no conoció pecado: ¿quién no conoció pecado, sino aquel que dijo, He aquí que viene el príncipe del mundo, y en mí nada encontrará? Al que no conoció pecado, lo hizo por nosotros pecado: a ese mismo Cristo que no conocía pecado, lo hizo por nosotros Dios pecado. ¿Qué es esto, hermanos? Si se dijera, Lo hizo en él pecado, o, Lo hizo tener pecado; parecería intolerable: ¿cómo toleramos lo que se dijo, Lo hizo pecado, para que el mismo Cristo sea pecado? Los que conocen las Escrituras del Antiguo Testamento, reconocen lo que digo. No se dijo una sola vez, sino varias veces, frecuentemente se llamaron pecados a los sacrificios por los pecados. Se ofrecía, por ejemplo, por el pecado un macho cabrío, un carnero, cualquier cosa: la misma víctima que se ofrecía por el pecado, se llamaba pecado. Por lo tanto, se decía pecado al sacrificio por el pecado: de tal manera que en algún lugar dice la Ley, que los sacerdotes deben poner sus manos sobre el pecado (Lev. IV, 29, según LXX). Por lo tanto, Al que no conoció pecado, lo hizo por nosotros pecado: es decir, se hizo sacrificio por el pecado. Se ofreció el pecado, y se borró el pecado. Se derramó la sangre del Redentor, y se borró la deuda del deudor. Esa es la sangre que por muchos fue derramada para el perdón de los pecados.

CAPÍTULO V.

6. Conclusión. ¿Qué es, entonces, que insensatamente te regocijaste, mi captor, porque mi Libertador tuvo carne mortal? Si tuvo pecado, mira: si encontraste algo tuyo en él, reténlo. El Verbo se hizo carne (Juan I, 14). El Verbo es creador, la carne es criatura. ¿Qué hay tuyo allí, enemigo? Y el Verbo es Dios, y el alma del hombre es criatura, y la carne del hombre es criatura, y la carne mortal es criatura de Dios. Busca el pecado. Pero, ¿qué buscas? La Verdad habla: Vendrá el príncipe de este mundo, y en mí nada encontrará. Por lo tanto, no encontré carne, sino nada suyo, es decir, ningún pecado. Engañaste a los inocentes, hiciste culpables. Mataste al inocente; destruiste al que no debías, devuelve lo que tenías. ¿Por qué, entonces, te regocijaste por un momento, porque encontraste en Cristo carne mortal? Era tu trampa: de donde te alegraste, de allí fuiste capturado. Donde te regocijaste de haber encontrado algo, de allí ahora te duele haber perdido lo que poseías. Por lo tanto, hermanos, los que creemos en Cristo, permanezcamos en su palabra. Porque si permanecemos en su palabra, verdaderamente somos sus discípulos. No solo aquellos doce, sino todos los que permanecemos en su palabra, verdaderamente somos sus discípulos. Y conoceremos la verdad, y la verdad nos hará libres: es decir, Cristo el Hijo de Dios, quien dijo, Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Nos hará libres; esto es, nos liberará, no de los bárbaros, sino del diablo; no de la cautividad del cuerpo, sino de la iniquidad del alma. Solo él es quien así libera. Nadie se diga libre, para que no permanezca esclavo. No permanecerá en servidumbre nuestra alma, porque cada día se nos perdonan nuestras deudas.

SERMO CXXXV. De las palabras del Evangelio de Juan, Yo he venido, para hacer las obras de aquel que me envió. Contra los arrianos. Y de lo que dijo el iluminado que era ciego de nacimiento, Sabemos que Dios no escucha a los pecadores. Cap. IX.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ceguera de todos los hombres desde el nacimiento. El Señor Jesús, como escuchamos cuando se leía el santo Evangelio, abrió los ojos al hombre que era ciego de nacimiento. Hermanos, si atendemos a nuestra pena hereditaria, todo el mundo está ciego. Por eso vino Cristo el iluminador, porque el diablo había sido el cegador. A todos los hizo nacer ciegos, quien engañó al primer hombre. Corran al iluminador, corran, crean, reciban el barro hecho de saliva. La saliva es como el Verbo, la tierra es carne. Laven su rostro en la piscina de Siloé. Sin embargo, correspondió al Evangelista explicarnos qué significa Siloé, y dijo, Que se interpreta enviado. ¿Quién es ese enviado, sino el que dijo en la misma lectura, Yo, dice, he venido, para hacer las obras de aquel que me envió? He aquí Siloé; laven su rostro, bautícense, para que sean iluminados, y vean lo que antes no veían.

2. Lugar usurpado calumniosamente por los arrianos. He aquí primero a lo que se dijo, abran los ojos: Yo, dice, he venido para hacer las obras de aquel que me envió. Ya aquí surge el arriano, y dice: He aquí que veis que Cristo no hizo sus obras, sino las del Padre que lo envió. Nunca diría esto, si viera, es decir, si en aquel que fue enviado, como en Siloé, lavara su rostro. ¿Qué dices entonces? He aquí, dice, él mismo lo dijo. ¿Qué dijo? He venido, para hacer las obras de aquel que me envió. ¿No, entonces, las tuyas? No. ¿Y qué es lo que dice ese Siloé, ese enviado, ese Hijo, ese Único que tú te quejas de que sea degenerado? ¿Qué es lo que dice, Todo lo que tiene el Padre, es mío (Juan XVI, 15)? Tú dices que hacía obras ajenas; porque dijo, Haré las obras de aquel que me envió. Yo digo que el Padre tenía cosas ajenas; hablo según tu corazón. ¿De dónde quieres prescribirme que dijo Cristo, He venido, para hacer las obras de aquel, como si no fueran mías, sino de aquel que me envió?

CAPÍTULO II.

3. Las obras del Padre y del Hijo son las mismas. Te pregunto, Señor Cristo, resuelve la cuestión, termina la contienda. Todo lo que tiene el Padre, es mío. ¿Entonces no son del Padre, si son tuyas? No dijo, Todo lo que tiene el Padre, me lo dio: aunque si también hubiera dicho esto, habría mostrado igualdad. Pero es molesto lo que dijo, Todo lo que tiene el Padre, es mío. Si entiendes, Todo lo que tiene el Padre, es del Hijo; todo lo que tiene el Hijo, es del Padre. Escúchalo en otro lugar: Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío (Juan XVII, 10). Se acabó la cuestión, sobre lo que tiene el Padre y el Hijo: tienen concordés, tú no litigues. Las obras del Padre que dice son sus obras; porque también lo tuyo es mío: porque dice las obras de ese Padre, a quien dijo, Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío. Por lo tanto, mis obras son tuyas, y tus obras son mías. Porque todo lo que hace el Padre: él mismo lo dijo, el Señor lo dijo, el Unigénito lo dijo, el Hijo lo dijo, la Verdad lo dijo. ¿Qué dijo? Todo lo que hace el Padre, esto también hace el Hijo de igual manera (Juan V, 19). Gran expresión, gran verdad, gran igualdad. Todo lo que hace el Padre, esto también hace el Hijo. Bastaría, Todo lo que hace el Padre, esto también hace el Hijo. No basta; añadido, de igual manera. ¿Por qué añadido, de igual manera? Porque suelen decir los que no entienden, y aún caminando con los ojos cerrados, suelen decir: El Padre hizo ordenando, el Hijo obedeciendo; por lo tanto, de manera diferente. Pero si de igual manera, como él, así él: así lo que él, esto él.

CAPÍTULO III.

4. El Hijo de Dios consustancial y coeterno con el Padre. Pero el Padre manda, dice, para que el Hijo haga. Carnalmente piensas, pero sin perjuicio de la verdad, cedo a ti. He aquí que el Padre manda, el Hijo obedece: ¿acaso por eso no es de la misma naturaleza el Hijo, porque él manda, él obedece? Dame dos hombres, padre e hijo: son dos hombres; el que manda, es hombre; el que obedece, es hombre: el que manda y el que obedece, tienen una misma y la misma naturaleza. ¿Acaso el que manda, no engendró al hijo de su naturaleza? ¿Acaso el que obedece, al obedecer perdió su naturaleza? Toma, pues, por ahora, como tomas dos hombres, al Padre mandando, al Hijo obedeciendo, sin embargo, Dios y Dios. Pero juntos estos dos son hombres, juntos él es un Dios: este es el milagro divino. Por ahora, si quieres que reconozca contigo la obediencia, primero reconoce conmigo la naturaleza. Esto engendró el Padre, lo que él mismo es. Si el Padre engendró algo diferente de lo que él es, no engendró un verdadero Hijo: el Padre dice al Hijo Desde el seno antes del lucero te engendré (Sal. CIX, 3). ¿Qué es, antes del lucero? Por el lucero se significan los tiempos. Por lo tanto, antes de los tiempos, antes de todo lo que se dice antes; antes de todo lo que no es, o antes de todo lo que es. No dijo el Evangelio, En el principio hizo Dios el Verbo; como dijo, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gén. I, 1): o, En el principio nació el Verbo; o, En el principio Dios engendró el Verbo. Pero, ¿qué dice? Era, era, era. Oyes Era, cree. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Tantas veces oyes, Era; no busques tiempo, porque siempre era. Aquel, pues, que siempre era, y con el Hijo siempre era, porque Dios es poderoso para engendrar sin tiempo; aquel dijo al Hijo, Desde el seno antes del lucero te engendré. ¿Qué es, Desde el seno? ¿Dios tuvo seno? ¿Pensaremos que Dios está dispuesto por miembros corporales? De ninguna manera. ¿Y por qué dijo, Desde el seno, sino para que se entendiera que engendró de su propia sustancia? Por lo tanto, de su seno salió esto, que era él mismo quien engendró. Pues si era diferente quien engendró, y diferente lo que salió de su seno; es un monstruo, no un Hijo.

CAPÍTULO IV.

5. Así como el Hijo hace las obras del Padre, así el Padre hace las obras del Hijo. Por lo tanto, que el Hijo haga las obras de aquel que lo envió, y que el Padre haga las obras del Hijo. Ciertamente quiso el Padre, el Hijo lo realiza. He aquí que nuestro que el Hijo quiere, y el Padre lo hace. ¿Dónde lo muestras, dices? Ahora lo nuestro. Padre, quiero. Ya si quisiera calumniar, he aquí que el Hijo manda, y el Padre lo hace. ¿Qué quieres? Que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Hemos escapado, allí estaremos donde él está: allí estaremos, hemos escapado. ¿Quién borra el Quiero del Omnipotente? Oyes la voluntad del poder, oye también el poder de la voluntad. Así como el Padre, dice, resucita a los muertos, y vivifica; así también el Hijo a quienes quiere, vivifica (Juan V, 21). A quienes quiere. No digas, A esos vivifica el Hijo, a quienes el Padre manda que vivifique. A quienes quiere vivifica. Por lo tanto, a quienes quiere el Padre, y a quienes quiere él; porque donde hay un poder, hay una voluntad. Tengamos, pues, en el corazón no ciego, la misma y única naturaleza del Padre y del Hijo: porque el Padre es verdadero, el Hijo es verdadero. Lo que es, eso engendró; porque el engendrado no degeneró.

CAPÍTULO V.

6. También las oraciones de los pecadores son escuchadas. No sé qué puede mover en las palabras de aquel que era ciego, y tal vez hace desesperar a muchos que no entienden bien. Pues dijo entre otras cosas, el mismo a quien se le abrieron los ojos: Sabemos que Dios no

escucha a los pecadores. ¿Qué hacemos, si Dios no escucha a los pecadores? ¿Nos atrevemos a rogar a Dios, si no escucha a los pecadores? Dadme a quien ruegue, he aquí que está quien escucha. Dadme a quien ruegue, examinad el género humano desde los imperfectos hasta los perfectos. Ascende de la primavera al verano: pues eso cantamos, Verano y primavera tú hiciste (Sal. LXXIII, 17). Es decir, ya espirituales y aún carnales tú hiciste; porque el mismo Hijo dice, Mi imperfección vieron tus ojos. Mi imperfección que está en mi cuerpo, vieron tus ojos. ¿Y qué después? ¿Tienen esperanza los imperfectos? Claro que tienen. Escucha lo que sigue: Y en tu libro todos serán escritos (Sal. CXXXVIII, 16). Pero tal vez, hermanos, los espirituales ruegan y son escuchados, porque no son pecadores. ¿Qué hacen los carnales? ¿Qué hacen? ¿Perecerán? ¿No rogarán a Dios? De ninguna manera. Dame a ese Publicano. Ven, Publicano, ponte en medio, muestra tu esperanza, para que los débiles no pierdan la esperanza. Pues he aquí que subió el Publicano con el Fariseo a orar, y con el rostro inclinado a la tierra decía, estando lejos, golpeándose el pecho: Señor, sé propicio a mí, pecador. Y descendió justificado más que ese Fariseo (Luc. XVIII, 10-14). El que dijo, Sé propicio a mí, pecador: ¿dijo la verdad, o mentira? Si dijo la verdad, era pecador; y fue escuchado, y justificado. ¿Qué es, entonces, lo que dijiste tú, a quien el Señor abrió los ojos, Sabemos que Dios no escucha a los pecadores? He aquí que Dios escucha a los pecadores. Pero lava tu rostro interior, que se haga en el corazón, lo que se hizo en tu rostro; y verás que Dios escucha a los pecadores. Te engañó la imaginación de tu corazón. Aún hay algo que hacer por ti. Ciertamente este fue expulsado de la sinagoga: oyó, vino a él, y le dijo, ¿Crees en el Hijo de Dios? Y él: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Veía, y no veía: veía con los ojos, pero aún no veía con el corazón. Le dijo el Señor: Y lo ves, esto es, con los ojos: y el que habla contigo, él es. Entonces postrado lo adoró. Entonces lavó el rostro del corazón.

CAPÍTULO VI.

7. Ninguno aquí está sin pecado. Por tanto, recurrid a las oraciones, pecadores; confesad vuestros pecados, orad para que sean borrados, orad para que disminuyan, orad para que, al progresar vosotros, desaparezcan: sin embargo, no desesperéis, y pecadores, orad. ¿Quién no ha pecado? Comenzad por los sacerdotes. A los sacerdotes se les dijo: "Primero ofreced sacrificios por vuestros pecados, y así por el pueblo" (Lev. XVI, 6; Hebr. VII, 27). Los sacrificios convencían a los sacerdotes: para que si alguno se dijera justo y sin pecado, se le respondiera: No atiendo a lo que dices, sino a lo que ofreces; tu víctima te convence. ¿Por qué ofreces por tus pecados, si no tienes ninguno? ¿O acaso mientes a Dios en el sacrificio? Pero tal vez los sacerdotes del pueblo antiguo eran pecadores, los del nuevo pueblo no lo son. Ciertamente, hermanos, porque Dios lo quiso, soy su sacerdote, soy pecador, con vosotros golpeo mi pecho, con vosotros pido perdón, con vosotros espero la misericordia de Dios. Pero tal vez los santos Apóstoles, los primeros, los más altos carneros del rebaño, miembros pastores del pastor, tal vez ellos no tenían pecado. En verdad lo tenían, lo tenían: no se enojan, porque lo confiesan. Yo no me atrevería. Primero escucha al mismo Señor diciendo a los Apóstoles: "Así orad". Como aquellos sacerdotes eran convencidos por los sacrificios, así estos por la oración. "Así orad". Y entre otras cosas que mandó orar, puso esto: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 9, 12). ¿Qué dicen los Apóstoles? Diariamente piden que se les perdonen las deudas. Entran deudores, salen absueltos, y vuelven a la oración como deudores. Esta vida no está sin pecado, para que tantas veces se ore, tantas veces se perdonen los pecados.

CAPÍTULO VII.

8. Los Apóstoles también después de la resurrección de Cristo estaban sujetos al pecado. Pero ¿qué diré? Tal vez cuando aprendieron la oración, aún eran débiles. Tal vez alguien dirá esto: Cuando el Señor Jesús les enseñó la oración, aún eran pequeños, eran débiles, eran carnales; aún no eran espirituales, quienes no tienen pecado. ¿Qué entonces, hermanos, hechos espirituales dejaron de orar? Cristo debió decir, Orad así ahora, y dar otra oración a los espirituales. Es una, es la misma, es Él quien la dio: por tanto, oradla en la Iglesia. Pero quitemos la controversia: cuando dices que los santos Apóstoles son espirituales, hasta que el Señor padeciera eran carnales; esto dirás. De hecho, lo que es verdad, mientras Él colgaba, temblaron, y entonces los Apóstoles desesperaron, cuando el ladrón creyó. Pedro se atrevió a seguir, cuando el Señor fue llevado a la pasión, se atrevió a seguir, llegó a la casa, y en el atrio se fatigó, estaba junto al fuego, y se enfrió: junto al fuego estaba, congelado por el frío del miedo. Preguntado por una criada, negó a Cristo una vez: preguntado de nuevo, negó: preguntado por tercera vez, negó (Mat. XXVI, 69-74). Gracias a Dios, porque cesó la pregunta: si no cesara la pregunta, la negación se repetiría mucho tiempo. Así que después de que resucitó, entonces los confirmó, entonces se hicieron espirituales. ¿Ya no tenían pecado? Los Apóstoles espirituales escribían Epístolas espirituales, las enviaban a las Iglesias: no tenían pecado, dices esto. No te creo, los interrogo a ellos. Decidnos, santos Apóstoles, después de que el Señor resucitó, y os confirmó con el Espíritu Santo enviado del cielo, ¿cesasteis de tener pecado? Decidnos, os ruego. Escuchemos, para que los pecadores no desesperen, para que no dejen de rogar a Dios, porque no están sin pecado. Decidnos. Dice uno de ellos. ¿Y quién? A quien el Señor amaba más, y quien se recostaba sobre el pecho del Señor (Juan XIII, 23), y bebía el secreto del reino de los cielos que eructaba. A él le pregunto: ¿Tenéis pecado, o no? Responde, y dice: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Juan es quien dijo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Id. I, 1). Ved cuánto trascendió, para llegar al Verbo. Tal y tan grande, que voló como águila sobre las nubes, que con la serenidad de la mente veía, "En el principio era el Verbo": él mismo dijo, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Pero si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es, para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad" (I Juan I, 8, 9). Por tanto, orad.

SERMON CXXXVI. Sobre la misma lectura del Evangelio de Juan, acerca de la iluminación del ciego de nacimiento. Cap. IX.

1. Iluminación del ciego de nacimiento. Hemos escuchado la lectura del santo Evangelio, como solemos: pero es bueno ser recordados; es bueno renovar la memoria del letargo del olvido. De hecho, una lectura muy antigua, como nueva, nos ha deleitado. Cristo iluminó a un ciego de nacimiento: ¿qué os asombra? Cristo es el Salvador: devolvió con este beneficio lo que había hecho menos en el vientre. Pero cuando le hacía los ojos menos, ciertamente no erraba; sino que lo difería para el milagro. Decís tal vez: ¿De dónde lo sabes? Lo escuché de Él: ahora lo dijo; lo escuchamos juntos. Pues cuando sus discípulos le preguntaron, y dijeron: "Señor, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?" ¿qué respondió, lo escuchasteis conmigo: "Ni éste pecó, ni sus padres; sino para que se manifiesten las obras de Dios en él". He aquí por qué lo difería, cuando hacía menos el ojo. No hizo, lo que haría; no hizo, lo que sabía que haría, cuando fuera necesario. Ni penséis, hermanos, que sus padres no tenían ningún pecado, o que él mismo no contrajo el pecado original cuando nació, por el cual los niños son bautizados para la remisión de los pecados. Pero aquella ceguera no fue por el pecado de los padres, no fue por el pecado de él mismo; sino para que se manifestaran las obras de Dios en él. Pues todos, cuando nacimos, trajimos el pecado original; y sin

embargo no nacimos ciegos. Pregunta diligentemente: y nacimos ciegos. ¿Quién no nació ciego? pero en el corazón. Pero el Señor Jesús, porque creó ambos, curó ambos.

2. Error del ciego, al pensar que los pecadores no son escuchados. Visteis a este ciego con los ojos de la fe, también lo visteis viendo de ciego: pero lo escuchasteis errando. En qué erraba este ciego, lo digo: primero porque pensaba que Cristo era un profeta, no sabía que era el Hijo de Dios. Luego escuchamos una respuesta suya completamente falsa: pues dijo, "Sabemos que Dios no escucha a los pecadores". Si Dios no escucha a los pecadores, ¿qué esperanza tenemos? Si Dios no escucha a los pecadores, ¿por qué oramos, y con el testimonio de nuestro pecado golpeamos el pecho? ¿Dónde está ciertamente aquel Publicano, que subió al templo con el Fariseo, y mientras aquel Fariseo se jactaba, ventilando sus méritos, él estando lejos, con los ojos fijos en la tierra, y golpeando su pecho, confesaba sus pecados? Y descendió éste, que confesaba sus pecados, justificado del templo, más que aquel Fariseo (Luc. XVIII, 10-14). Ciertamente Dios escucha a los pecadores. Pero aquel que dijo estas cosas, aún no había lavado la cara del corazón en Siloé. En sus ojos había precedido el sacramento: pero en el corazón aún no estaba el efecto del beneficio de la gracia. ¿Cuándo lavó la cara de su corazón este ciego? Cuando el Señor lo encontró, expulsado por los judíos, lo introdujo a sí mismo. Pues lo encontró, y le dijo, como escuchamos: "¿Crees en el Hijo de Dios?" Y él: "¿Quién es, Señor, para que crea en Él?" Ciertamente ya veía con los ojos: ¿ya con el corazón? Aún no. Esperad: ahora verá. Jesús le respondió: "Yo soy, el que habla contigo". ¿Acaso dudó? Inmediatamente lavó su cara. Pues hablaba con él Siloé, que se interpreta enviado. ¿Quién es enviado, sino Cristo? Quien a menudo testificó diciendo, "Hago la voluntad de mi Padre, que me envió" (Juan IV, 34; V, 30, y VI, 38). Por tanto, Él era Siloé. Se acercó con el corazón el ciego, escuchó, creyó, adoró: lavó su cara, vio.

3. Ceguera de los judíos, calumniando a Cristo por romper el sábado. Pero aquellos que lo expulsaron, permanecieron ciegos, ya que calumniaban al Señor, porque era sábado, cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego. Pues cuando el Señor curaba con la palabra, los judíos abiertamente calumniaban. Pues no operaba nada en sábado, cuando decía, y se hacía. Era una calumnia abierta: calumniaban al que ordenaba, calumniaban al que hablaba; como si ellos no hablaran en sábado. Puedo decir que no solo en sábado, sino que no hablan en ningún día, ya que se apartaron de las alabanzas del verdadero Dios. Sin embargo, como dije, hermanos, era una calumnia abierta. Decía el Señor al hombre, "Extiende tu mano": se sanaba, y calumniaban porque curaba en sábado (Mat. XII, 10-14). ¿Qué hizo? ¿qué operó? ¿qué carga llevó? Pero ahora escupir en la tierra, hacer lodo, y ungir los ojos del hombre, es operar. Nadie dude, era operar. El Señor rompía el sábado: pero no por eso era culpable. ¿Qué es lo que dije, rompía el sábado? La luz misma había venido, removía las sombras. Pues el sábado fue mandado por el Señor Dios, por el mismo Cristo mandado, quien estaba con el Padre cuando se daba aquella Ley: por Él fue mandado, pero en sombra de lo futuro. Por tanto, nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día festivo, o de luna nueva, o de sábados, que es sombra de lo futuro (Col. II, 16, 17). Había venido aquel a quien estas cosas anunciaban que vendría. ¿Qué deleitan las sombras? Judíos, abrid los ojos: el sol está presente. Nosotros sabemos. ¿Qué sabéis, oh ciegos de corazón? ¿qué sabéis? Que este hombre no es de Dios, que así rompe el sábado. Sábado, miserables, el mismo Cristo predicó el sábado, a quien decís que no es de Dios. Observáis el sábado carnalmente, no tenéis la saliva de Cristo. Atended en la tierra del sábado también la saliva de Cristo, y entenderéis por el sábado profetizado a Cristo. Pero vosotros, porque no tenéis la saliva de Cristo en la tierra sobre vuestros ojos, por eso no habéis venido a Siloé, y no habéis lavado vuestra cara, y habéis permanecido ciegos; para bien de aquel ciego, más bien ya no ciego ni de carne, ni de corazón. Recibió en la saliva lodo, fueron ungidos sus ojos, se acercó a Siloé, lavó su cara,

creyó en Cristo, vio, no permaneció en aquel juicio muy terrible: "Yo he venido a este mundo para juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos".

4. Cómo la ceguera de los judíos se aumentó con la venida de Cristo. ¡Gran terror! Para que los que no ven, vean: bien. Es oficio del Salvador, es profesión de medicina, Para que los que no ven, vean. ¿Qué es, Señor, lo que añadiste, Para que los que ven, se vuelvan ciegos? Si entendemos, es muy verdadero y muy recto. ¿Qué es, sin embargo, los que ven? Son los judíos. ¿Entonces ven? Según sus palabras ven: según la verdad no ven. ¿Qué es entonces, ven? Se creen ver, creen que ven. Pues se creían ver, cuando defendían la Ley contra Cristo. Nosotros sabemos: por tanto, ven. ¿Qué es, Nosotros sabemos, sino, nosotros vemos? ¿Qué es, que este hombre no es de Dios, porque así rompe el sábado? Son videntes: lo que decía la Ley, leían. Pues fue mandado que se apedreara al que rompiera el sábado (Num. XV, 36). Por eso decían que este no era de Dios: pero videntes eran ciegos, porque en juicio vino al mundo aquel juez futuro de vivos y muertos. ¿Por qué vino? Para que los que no ven, vean: quienes confiesan no ver, sean iluminados. Y los que ven, se vuelvan ciegos: es decir, quienes no confiesan su ceguera, se endurezcan más gravemente. De hecho, se cumplió, Los que ven, se vuelvan ciegos: defensores de la Ley, tratadores de la Ley, doctores de la Ley, entendidos de la Ley crucificaron al autor de la Ley. ¡Oh ceguera! es la que en parte de Israel se hizo. Para que Cristo fuera crucificado, y la plenitud de los gentiles entrara, ceguera en parte de Israel se hizo. ¿Qué es, Para que los que no ven, vean? Para que la plenitud de los gentiles entrara, ceguera en parte de Israel se hizo (Rom. XI, 25). Todo el orbe yacía ciego: pero vino aquel, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. Fue desconocido por los judíos, fue crucificado por los judíos: de su sangre hizo colirio para los ciegos. Más endurecidos, se hicieron ciegos quienes se jactaban de ver la luz, crucificaron la luz. ¡Cuánta ceguera! Mataron la luz: pero la luz crucificada iluminó a los ciegos.

5. Testimonio de Pablo sobre la impotencia de la Ley y la ceguera de los judíos. Escucha al que ve, que era ciego. He aquí en qué cruz mal tropezaron, quienes no quisieron confesar su ceguera al médico. Les quedaba la Ley. ¿Qué hace la Ley sin gracia? ¡Oh miserables! ¿qué hizo la Ley sin gracia? ¿Qué hace la tierra sin la saliva de Cristo? ¿Qué hace la Ley sin gracia, sino hacer más reos? ¿Por qué? Porque oyentes de la Ley y no hacedores, y por tanto pecadores, transgresores. Murió el hijo de la huéspeda del hombre de Dios, y fue enviado el bastón por el siervo, y fue puesto sobre su cara, y no revivió. ¿Qué hace la Ley sin gracia? El Apóstol ya viendo, ya iluminado de ciego, ¿qué dice? Si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar, ciertamente de la Ley sería la justicia. Atended: respondamos, y digamos: ¿qué es lo que dijo? Si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar, ciertamente de la Ley sería la justicia. Si no podía vivificar, ¿para qué fue dada? Siguió añadiendo: Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes (Gál. III, 21, 22). Promesa de iluminación, promesa de amor por la fe de Jesucristo, para que fuera dada a los creyentes, aquella Escritura, es decir, la Ley, encerró todo bajo pecado. ¿Qué es, encerró todo bajo pecado? No conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás (Rom. VII, 7). ¿Qué es, encerró la Escritura todo bajo pecado? Hizo al delincuente también transgresor. Pues no pudo sanar al pecador. Encerró todo bajo pecado: pero ¿con qué esperanza? Esperanza de gracia, esperanza de misericordia. Recibiste la Ley; quisiste hacer, no pudiste: caíste por la soberbia, viste tu enfermedad. Corre al médico, lava tu cara. Desea a Cristo, confiesa a Cristo, cree en Cristo: se acerca el Espíritu de la letra, y serás salvo. Pues si quitas el Espíritu de la letra, la letra mata: si mata, ¿dónde está la esperanza? Pero el Espíritu vivifica (II Cor. III, 6).

6. Qué prefigura Eliseo enviando el bastón, y luego viniendo él mismo a resucitar al muerto. Tome, pues, Giezi, siervo de Eliseo, el bastón, como el siervo de Dios Moisés tomó la Ley. Tome el bastón, tome, corra, preceda, anticipe, ponga el bastón sobre la cara del niño muerto. Y fue hecho: tomó, corrió, puso el bastón sobre la cara del niño muerto. Pero ¿para qué? ¿a quién el bastón? Si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar, el niño habría resucitado con el bastón: pero porque la Escritura encerró todo bajo pecado, aún yace muerto. Pero ¿por qué encerró todo bajo pecado? Para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes. Venga, pues, Eliseo, quien envió el bastón por el siervo para convencer al muerto: venga él mismo, él mismo venga, él entre en la posada de la mujer, suba al niño, lo encuentre muerto, conforme sus miembros a los del muerto, no muerto, sino vivo. Pues esto hizo: puso su cara sobre la cara, sus ojos sobre los ojos, sus manos sobre las manos, sus pies sobre los pies, se contrajo, se encogió, siendo grande se hizo pequeño (IV Reg. IV). Se contrajo; por así decirlo, se hizo menor. Porque siendo en forma de Dios, se vació a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6). ¿Qué es, conformó al muerto vivo? ¿Qué es, preguntáis? Escuchad al Apóstol: Envío Dios a su Hijo. ¿Qué es, conformó al muerto? Que diga esto, que siga, y él mismo diga: En semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3). Esto es conformar al muerto vivo: venir a nosotros en semejanza de carne de pecado, no en carne de pecado. Yacía muerto en carne de pecado, se conformó a él la semejanza de carne de pecado. Pues murió quien no tenía por qué morir. Murió entre los muertos el único libre; pues toda carne de hombres era ciertamente carne de pecado. ¿Cómo reviviría, si aquel que no tenía pecado conformándose al muerto, no viniera en semejanza de carne de pecado? Oh Señor Jesús, padecido por nosotros, no por ti, no teniendo culpa, y sufriendo pena, para que también disuelvas la culpa y la pena.

SERMON CXXXVII. Sobre el capítulo X del Evangelio de Juan, 1-16. Del pastor, y el mercenario, y el ladrón.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Salud de los miembros en unidad y caridad. No ignora vuestra fe, carísimos, y así sabemos que habéis aprendido, enseñando el Maestro del cielo, en quien habéis puesto vuestra esperanza, que nuestro Señor Jesucristo, quien ya ha padecido por nosotros y ha resucitado, es cabeza de la Iglesia, y su cuerpo es la Iglesia, y en su cuerpo la unidad de los miembros y el vínculo de la caridad, como salud, existe. Pero quien en la caridad se enfría, se debilita en el cuerpo de Cristo. Pero poderoso es aquel, quien ya ha exaltado nuestra cabeza, también para sanar los miembros débiles: mientras no sean cortados por excesiva impiedad, sino que permanezcan en el cuerpo hasta que sean sanados. Pues todo lo que aún permanece en el cuerpo, no es de salud desesperada: pero lo que ha sido cortado, ni puede ser curado, ni sanado. Pues siendo Él la cabeza de la Iglesia, y siendo su cuerpo la Iglesia, todo Cristo es tanto cabeza como cuerpo. Ya resucitó Él. Por tanto, tenemos la cabeza en el cielo. Nuestra cabeza intercede por nosotros. Nuestra cabeza sin pecado y sin muerte, ya propicia a Dios por nuestros pecados: para que también nosotros al final resucitando, y transformados en gloria celestial, sigamos a nuestra cabeza. Pues donde la cabeza, también los demás miembros. Pero mientras estamos aquí, somos miembros; no desesperemos, porque seguiremos a nuestra cabeza.

CAPÍTULO II.

2. Unidad de Cristo y de los miembros. Mirad, hermanos, el amor de nuestra cabeza. Ya está en el cielo, y aquí trabaja, mientras la Iglesia trabaja aquí. Aquí Cristo tiene hambre, aquí tiene sed, está desnudo, es huésped, está enfermo, está en la cárcel. Porque todo lo que su cuerpo sufre aquí, él dijo que lo sufre: y al final separando su propio cuerpo a la derecha, y a los demás que ahora lo pisotean separándolos a la izquierda, dirá a los que están a la derecha: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. ¿Con qué méritos? Porque tuve hambre, y me disteis de comer; y continúa así, como si él mismo lo hubiera recibido: tanto que aquellos que no entienden responden y dicen: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, huésped, y en la cárcel? Y él les dice: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Así también en nuestro cuerpo la cabeza está arriba, los pies en la tierra: sin embargo, en alguna constipación y estrechez de los hombres, cuando alguien te pisa el pie, ¿no dice la cabeza, Me pisas? Ni tu cabeza, ni tu lengua han sido pisadas por nadie: está arriba, está a salvo, nada malo le ha sucedido; y sin embargo, porque por la conexión de la caridad hay unidad desde la cabeza hasta los pies, la lengua no se separó de allí, sino que dijo, Me pisas: aunque nadie la tocó. Así como la lengua, que nadie tocó, dice, Me pisas: así Cristo la cabeza, que nadie pisa, dijo, Tuve hambre, y me disteis de comer. Y a aquellos que no lo hicieron, dijo: Tuve hambre, y no me disteis de comer. ¿Y cómo concluyó? Así: Irán estos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna (Mateo XXV, 31-46).

CAPÍTULO III.

3. Cristo, la puerta. Pedro, débil y desconocido para sí mismo. Cuando el Señor hablaba ahora, dijo que él era el pastor, dijo que él era también la puerta. Tienes ambos allí: y, Yo soy la puerta; y, Yo soy el pastor. La puerta está en la cabeza, el pastor en el cuerpo. Porque dice a Pedro, en quien forma la Iglesia: Pedro, ¿me amas? Respondió: Señor, te amo. Apacienta mis ovejas. Y por tercera vez: Pedro, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le preguntó por tercera vez (Juan XXI, 15-17): como si aquel que vio la conciencia del que negó, no viera la fe del que confesó. Lo conocía siempre, lo conocía incluso cuando Pedro no se conocía a sí mismo. Porque entonces no se conocía a sí mismo, cuando dijo, Estaré contigo hasta la muerte: y no sabía cuán débil era. Como a menudo sucede realmente a los débiles, que el enfermo no sabe lo que le sucede, pero el médico sí lo sabe: aunque él sufre la enfermedad misma, el médico no la sufre. Más bien dice el médico lo que sucede en el otro, que el que está enfermo lo que sucede en sí mismo. Pedro, por lo tanto, entonces débil, pero el Señor médico. Este decía que tenía fuerzas, que no tenía: pero aquel tocando la vena de su corazón, decía que lo negaría tres veces. Y así sucedió como predijo el médico, no como presumió el enfermo (Lucas XXII, 33, 34, 55-61). Por lo tanto, después de su resurrección, el Señor le preguntó, no ignorando con qué ánimo confesaba el amor de Cristo, sino para que con la triple confesión de amor, borrara la triple negación por temor.

CAPÍTULO IV.

4. Lo que se exige a Pedro. Entrar por la puerta en el redil. Por lo tanto, esto exige el Señor a Pedro, Pedro, ¿me amas? como diciendo, ¿Qué me darás, qué me ofrecerás, porque me amas? ¿Qué iba a ofrecer Pedro al Señor resucitado, yendo al cielo, y sentado a la derecha del Padre? Como si dijera, Esto me darás, esto me ofrecerás, si me amas, que apacientes mis ovejas: entra por la puerta, no subas por otra parte. Habéis oído, cuando se leía el Evangelio, El que entra por la puerta, es pastor: pero el que sube por otra parte, es ladrón y salteador; y busca dispersar, y esparcir, y llevarse. ¿Quién es el que entra por la puerta? El que entra por Cristo. ¿Quién es este? El que imita la pasión de Cristo, el que reconoce la humildad de

Cristo: para que cuando Dios se hizo hombre por nosotros, reconozca que él, hombre, no es Dios, sino hombre. Porque el que quiere parecer Dios, siendo hombre, no imita a aquel, que siendo Dios, se hizo hombre. Pero a ti no se te dice, Sé algo menos de lo que eres: sino, Reconoce lo que eres. Reconócete débil, reconócete hombre, reconócete pecador; reconoce que él justifica, reconoce que estás manchado. Que aparezca en tu confesión la mancha de tu corazón, y pertenecerás al rebaño de Cristo. Porque la confesión de los pecados invita al médico que sanará: como en la enfermedad el que dice, Estoy sano, no busca al médico. ¿Acaso no había subido al templo aquel fariseo y el publicano? Aquel se gloriaba de su salud, este mostraba sus heridas al médico. Porque aquel decía: Dios, te doy gracias, porque no soy como este publicano. Se gloriaba sobre el otro. Por lo tanto, si aquel publicano estuviera sano, el fariseo le envidiaría; porque no tendría sobre quién exaltarse. ¿Cómo, pues, había venido, quien así envidiaba? No estaba ciertamente sano: y cuando decía que estaba sano, no descendió curado. Pero aquel bajando los ojos a la tierra, y no atreviéndose a levantarlos al cielo, golpeaba su pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. ¿Y qué dice el Señor? En verdad os digo, que descendió justificado del templo el publicano, más que el fariseo: porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Lucas XVIII, 10-14). Por lo tanto, los que se exaltan, quieren subir por otra parte al redil: pero los que se humillan, entran por la puerta al redil. Por eso de aquel dijo, entra: de aquel, sube. El que sube, veis, el que busca lo alto, no entra, sino que cae. Pero aquel que se somete, para entrar por la puerta, no cae, sino que es pastor.

CAPÍTULO V.

5. Tres personas que vienen al redil: pastor, ladrón, mercenario. Debe amarse al pastor, tolerarse al mercenario, cuidarse del ladrón. Pero el Señor mencionó tres personas, y debemos investigarlas en el Evangelio; del pastor, del mercenario y del ladrón. Cuando se leía, creo que notasteis, designó al pastor, designó al mercenario, designó al ladrón. Dijo que el pastor pone su vida por las ovejas y entra por la puerta. Dijo que el ladrón y el salteador suben por otra parte. Dijo que el mercenario, si ve al lobo o incluso al ladrón, huye; porque no le importan las ovejas: porque es mercenario, no pastor. Aquel entra por la puerta, porque es pastor; aquel sube por otra parte, porque es ladrón: aquel viendo a los que quieren llevarse las ovejas, teme y huye, porque es mercenario, porque no le importan las ovejas; porque es mercenario. Si encontramos estas tres personas, vuestra Santidad encuentra a quienes amar, a quienes tolerar, y a quienes evitar. Debe amarse al pastor, tolerarse al mercenario, cuidarse del ladrón. Hay hombres en la Iglesia, de los que dice el Apóstol, que predicán por ocasión, buscando de los hombres sus propios beneficios (Filipenses I, 21), ya sean pecuniarios, ya sean de honores o de alabanza humana. De cualquier manera queriendo recibir recompensas predicán, y no buscan tanto la salvación de aquel a quien anuncian, como su propio beneficio. Pero aquel que escucha la salvación de aquel que no tiene salvación, si cree en aquel a quien se le anuncia, y no pone su esperanza en aquel por quien se le anuncia la salvación: el que anuncia, tendrá pérdida; a quien se le anuncia, tendrá ganancia.

CAPÍTULO VI.

6. Lo dicho por Cristo sobre los fariseos, también se refiere a los malos pastores de la Iglesia. Una Iglesia de judíos y gentiles. Tienes al Señor diciendo de los fariseos, Se sientan en la cátedra de Moisés (Mateo XXIII, 2). El Señor no solo significaba a ellos: como si enviara a los que creyeran en Cristo a la escuela de los judíos, para que allí aprendieran cómo es el camino al reino de los cielos. ¿No vino el Señor para instituir la Iglesia, y separar a los judíos bien creyentes y bien esperanzados y bien amados como trigo de la paja, y hacer un muro de

la circuncisión, al que se uniría otro muro de la incircuncisión de los gentiles, a los cuales dos muros viniendo de diverso sería él mismo la piedra angular? ¿No dijo el mismo Señor de estos dos pueblos que serían uno: Tengo otras ovejas, que no son de este redil? Hablaba a los judíos: Es necesario que yo las traiga también, para que haya un solo rebaño, y un solo pastor. Por eso había dos barcos, de donde llamó a los discípulos. Significaban los dos pueblos, cuando echaron las redes, y levantaron tal cantidad y tal número de peces, que casi se rompían las redes: Y llenaron, dice, dos barcos (Lucas V, 2-7). Los dos barcos significaban una Iglesia, pero hecha de dos pueblos, unida en Cristo, aunque viniendo de diverso. Esto también significan las dos esposas, teniendo un marido Jacob, Lea y Raquel (Génesis XXIX). También significan esto los dos ciegos, que estaban sentados junto al camino, a quienes el Señor iluminó (Mateo XX, 30-34). Y si prestáis atención a las Escrituras, en muchos lugares encontraréis que se significan dos Iglesias, que no son dos, sino una. Porque para eso sirve la piedra angular, para hacer de dos una. Para eso sirve aquel pastor, para hacer de dos rebaños uno. Por lo tanto, el Señor enseñando a la Iglesia, y teniendo su escuela aparte de los judíos, como ahora vemos, ¿acaso iba a enviar a los que creyeran en él a los judíos, para que aprendieran? Pero con el nombre de fariseos y escribas significó a algunos que estarían en su Iglesia, que dirían y no harían: pero él mismo se figuró en la persona de Moisés. Porque Moisés representaba su persona, y por eso ponía un velo ante sí cuando hablaba al pueblo; porque mientras ellos en la Ley se dedicaban a los placeres y deleites carnales, y buscaban un reino terrenal, el velo estaba puesto contra su rostro, para que no vieran a Cristo en las Escrituras. Porque quitado el velo, después de que el Señor sufrió, se vieron los secretos del templo. Por eso cuando colgaba en la cruz, se rasgó el velo del templo de arriba abajo (Mateo XXVII, 51): y el apóstol Pablo dice claramente, Pero cuando te conviertas al Señor, se quitará el velo. Pero el que no se convierte al Señor, aunque lea a Moisés, el velo está puesto sobre su corazón, como dice el Apóstol (II Corintios III, 16, 15). Por lo tanto, prefigurando el Señor a algunos tales que estarían en su Iglesia, ¿qué dice? Los escribas y fariseos se sientan en la cátedra de Moisés: lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis.

CAPÍTULO VII.

7. Clérigos malos que intentan pervertir el Evangelio, al arrastrar con su ejemplo a los laicos al pecado. Cuando los clérigos malos oyen lo que se dice contra ellos, quieren pervertirlo. Porque he oído a algunos querer pervertir esta sentencia. ¿Acaso no, si les fuera posible, no borrarían eso del Evangelio? Pero como no pueden borrarlo, buscan pervertirlo. Pero la gracia y misericordia del Señor está presente, y no les permite hacerlo; porque ha rodeado con su verdad todas sus sentencias, y las ha equilibrado; para que cualquiera que quiera cortar algo de la Escritura, o inducir mal leyendo o interpretando, aquel que tiene corazón, lo que ha sido cortado de la Escritura lo una a la Escritura, y lea lo anterior o lo posterior, y encuentre el sentido que aquel quería interpretar mal. ¿Qué pensáis, pues, que dicen estos de quienes se dice, Lo que dicen, haced? Porque realmente se dice a los laicos. Porque el laico que quiere vivir bien, cuando ve a un clérigo malo, ¿qué se dice a sí mismo? El Señor dijo, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis. Caminaré en el camino del Señor, no seguiré sus costumbres. Escucharé de él, no sus palabras, sino las de Dios. Seguiré a Dios, él siga su codicia. Porque si quiero defenderme así ante Dios, diciendo, Señor, vi a ese clérigo tuyo viviendo mal, y por eso viví mal: ¿no me dirá, Siervo malo, no habías oído de mí, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis? Pero el laico malo, infiel, que no pertenece al rebaño de Cristo, que no pertenece al trigo de Cristo, que como paja es tolerado en la era, ¿qué se dice a sí mismo, cuando la palabra de Dios comienza a reprenderlo? Sal: ¿qué me hablas? Los mismos obispos, los mismos clérigos no lo hacen, ¿y me obligas a hacerlo? Busca para sí no un defensor para su mala causa, sino un compañero para el castigo. Porque

nunca lo defenderá aquel en el día del juicio, a quien quiera imitar en su maldad. Porque así como el diablo a todos los que seduce, no los seduce para reinar con ellos, sino para ser condenado con ellos: así todos los que siguen a los malos, buscan para sí compañeros para el infierno, no defensores para el reino de los cielos.

CAPÍTULO VIII.

8. Interpretación perversa del Evangelio. ¿Cómo, pues, pervierten esta sentencia, cuando se les dice a los que viven mal, Con razón se dijo por el Señor, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis? Bien se dijo, dicen. Porque se os dijo a vosotros, para que lo que decimos, hagáis; pero lo que nosotros hacemos, vosotros no lo hagáis. Porque nosotros ofrecemos sacrificio, a vosotros no os es lícito. Ved las astucias de los hombres: ¿qué diré? de los mercenarios. Porque si fueran pastores, no dirían esto. Por eso el Señor para cerrarles la boca, continuó, y dijo, Se sientan en la cátedra de Moisés: lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen. ¿Qué es, pues, hermanos? Si hablara del sacrificio que se ofrece; ¿diría, Porque dicen, y no hacen? Porque hacen el sacrificio, lo ofrecen a Dios. ¿Qué es lo que dicen, y no hacen? Escuchad lo que sigue: Porque atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos ni con un dedo quieren tocarlas (Mateo XXIII, 2-4). Claramente lo reprochó, lo describió y lo mostró. Pero ellos cuando quieren pervertir así la sentencia, muestran que no buscan nada en la Iglesia, sino sus propios beneficios; ni han leído el Evangelio: porque si conocieran esa página, y la hubieran leído toda, nunca se atreverían a decir esto.

9. Malos pastores en la Iglesia semejantes a los fariseos. Pastor, mercenario, casto. Esposa casta. Pero mirad más claramente, porque la Iglesia tiene tales. No vaya a decirnos alguien: En absoluto, lo dijo de los fariseos, lo dijo de los escribas, lo dijo de los judíos: porque tales no tiene la Iglesia. ¿Quiénes son, pues, aquellos de quienes el Señor dice: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos? Y añadió: Muchos me dirán en aquel día, Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchas virtudes, y en tu nombre comimos y bebimos? ¿Acaso en nombre de Cristo, los judíos hacen estas cosas? Ciertamente es manifiesto que lo dice de aquellos que tienen el nombre de Cristo. Pero ¿qué sigue? Entonces les diré: Nunca os conocí. Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad (Mateo VII, 21-23). Escucha al Apóstol lamentándose de tales. Dice que unos anuncian el Evangelio por caridad, otros por ocasión: de quienes dice, Anuncian el Evangelio no rectamente (Filipenses I, 17). Lo que anuncian, es recto; pero ellos no son rectos. ¿Por qué no es recto? Porque busca otra cosa en la Iglesia, no busca a Dios. Si buscara a Dios, sería casto; porque el alma tiene a Dios como legítimo esposo. Cualquiera que busca de Dios algo más que Dios, no busca a Dios castamente. Ved, hermanos: si una esposa ama al esposo porque es rico; no es casta. Porque no ama al esposo, sino al oro del esposo. Pero si ama al esposo, lo ama desnudo, lo ama pobre. Porque si lo ama porque es rico; ¿qué, si (como son los casos humanos) es proscrito y de repente queda pobre? Quizás le renuncie; porque lo que amaba, no era el esposo, sino sus bienes. Pero si realmente ama al esposo, incluso pobre lo ama más; porque lo ama con misericordia.

CAPÍTULO IX.

10. Dios debe ser buscado castamente. Y sin embargo, hermanos, nuestro Dios nunca puede ser pobre. Es rico, él hizo todo, el cielo y la tierra, el mar y los ángeles. Todo lo que vemos, todo lo que no vemos en el cielo, él lo hizo. Pero sin embargo no debemos amar las riquezas, sino a aquel que las hizo. Porque no te prometió sino a sí mismo. Encuentra algo más

precioso, y te lo dará. Hermosa es la tierra, el cielo y los ángeles: pero más hermoso es quien hizo estas cosas. Por lo tanto, los que anuncian a Dios, amando a Dios; los que anuncian a Dios, por Dios, apacientan las ovejas, y no son mercenarios. Esa misma castidad exigía de su alma nuestro Señor Jesucristo, cuando decía a Pedro, Pedro, ¿me amas? ¿Qué es, ¿Me amas? ¿Eres casto? ¿No es tu corazón adúltero? ¿No buscas lo tuyo en la Iglesia, sino lo mío? Si, por lo tanto, eres tal, y me amas, apacienta mis ovejas (Juan XXI, 15). Porque no serás mercenario, sino que serás pastor.

11. Cómo son útiles los mercenarios. Pocos pastores, muchos mercenarios. Sin embargo, aquellos no anunciaban castamente, de los cuales se lamenta el Apóstol. Pero, ¿qué dice? ¿Qué importa? con tal de que de cualquier modo, sea por pretexto o por verdad, Cristo sea anunciado (Filip. I, 18). Por lo tanto, permitió que hubiera mercenarios. El pastor anuncia a Cristo con verdad, el mercenario anuncia a Cristo por pretexto, buscando otra cosa. Sin embargo, ambos anuncian a Cristo. Escucha la voz del pastor Pablo: Sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado. El mismo pastor quiso tener un mercenario. Hacen lo que pueden, son útiles en lo que pueden. Pero cuando el Apóstol buscaba a otros para que los débiles imitaran sus caminos: Os envié, dice, a Timoteo, quien os recordará mis caminos (I Cor. IV, 17). ¿Y qué dice? Envié a un pastor que os recordara mis caminos: es decir, que como yo ando, él también anda. Y al enviar al pastor, ¿qué dice? Porque no tengo a nadie tan unánime, que con sincera afección se preocupe por vosotros. ¿No había muchos con él? Pero, ¿qué sigue? Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 20, 21): es decir, Quise enviaros un pastor; pues hay muchos mercenarios: pero no convenía que se enviara un mercenario. Para otros asuntos y negocios se envía al mercenario: pero para aquellos que entonces quería Pablo, era necesario un pastor. Y apenas encontró un pastor entre muchos mercenarios: porque pocos pastores, muchos mercenarios. Pero, ¿qué se dice de los mercenarios? En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mat. VI, 2). ¿Y qué dice el Apóstol del pastor? Cualquiera que se purifique de estas cosas, será un vaso para honra, santificado, útil al Señor, preparado para toda buena obra (II Tim. II, 21). No preparado para algunas cosas y no para otras; sino preparado para toda buena obra. Esto he dicho de los pastores.

CAPÍTULO X.

12. El mercenario que huye, los donatistas, lobos y ladrones. Ahora hablaremos de los mercenarios. El mercenario, cuando ve al lobo acechando a las ovejas, huye. Esto lo dijo el Señor. ¿Por qué? Porque no le importan las ovejas. Por tanto, el mercenario es útil mientras no ve al lobo, mientras no ve al ladrón y al salteador: pero cuando los ve, huye. ¿Y quién de los mercenarios no huye de la Iglesia cuando ve al lobo y al ladrón? Abundan los lobos, abundan los ladrones. Son aquellos que suben por otro lado. ¿Quiénes son estos que suben? Los que, desde la parte de Donato, quieren saquear las ovejas de Cristo, ellos suben por otro lado. No entran por Cristo: porque no son humildes. Porque son soberbios, suben. ¿Qué significa, suben? Se exaltan. ¿Por dónde suben? Por otro lado: de donde quieren ser llamados parte. Los que no están en la unidad, están de otro lado, y desde esa parte suben, es decir, se exaltan, y quieren llevarse las ovejas. ¿Cómo suben? Vean. Dicen: Nosotros santificamos, nosotros justificamos, nosotros hacemos justos. Miren a dónde han subido. Pero quien se exalta, será humillado (Luc. XIV, 11). Poderoso es el Señor nuestro Dios para humillarlos. El lobo es el diablo: acecha para engañar, y quienes lo siguen; pues se ha dicho que, vestidos con pieles de ovejas, por dentro son lobos rapaces (Mat. VII, 15). Si el mercenario ve a alguien hablar cosas perversas, o sentir según la perdición de su alma, o hacer algo criminal y

obsceno, y sin embargo, porque parece tener alguna importancia en la Iglesia, de donde espera beneficios, es mercenario: y cuando ve al hombre perecer en pecado, ve que sigue al lobo, ve que su garganta es arrastrada por la mordida hacia el suplicio; no le dice, Pecas; no lo reprende, para no perder sus beneficios. Esto es, entonces, Cuando ve al lobo, huye: no le dice, Haces mal. No es una huida del cuerpo, sino del alma. A quien ves estar de pie con el cuerpo, huye con el alma, cuando ve al pecador, y no le dice, Pecas; incluso tiene consejo con él.

CAPÍTULO XI.

13. Cómo se recoge la uva de los espinos. Hermanos míos, ¿acaso no sube alguna vez un presbítero o un obispo, y no dice otra cosa desde el lugar superior, sino que no se roben las cosas ajenas, que no se cometan fraudes, que no se cometan crímenes? No pueden decir otra cosa, los que se sientan en la cátedra de Moisés, y ella misma habla de ellos, no ellos. ¿Qué es entonces, Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? y, Todo árbol se conoce por su fruto (Ibid. 16)? ¿Puede el fariseo hablar bien? El fariseo es un espino: ¿cómo recojo una uva de un espino? Porque tú, Señor, dijiste, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis. Me ordenas recoger uvas de los espinos, cuando dijiste, ¿Acaso se recogen uvas de los espinos? El Señor te responde: No te ordené recoger uvas de los espinos; pero mira, presta atención, no sea que, como suele suceder, la vid, al extenderse por la tierra, esté enredada en los espinos. Pues a veces encontramos eso, hermanos míos, una vid colocada sobre un arbusto espinoso, porque allí tiene una cerca espinosa, extiende sus sarmientos, y se inserta en la cerca espinosa, y cuelga entre los espinos el racimo; y quien ve el racimo lo recoge, pero no de los espinos, sino de la vid, que está enredada en los espinos. Así, pues, ellos son espinosos: pero al sentarse en la cátedra de Moisés, la vid los envuelve, y cuelgan de ellos los racimos, es decir, las buenas palabras, los buenos preceptos. Tú recoge la uva, no te pincha el espino, cuando recoges, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis. Te pincha el espino, si haces lo que ellos hacen. Para que recojas la uva, y no te adhieras a los espinos, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis. Sus hechos son espinos, sus palabras son uvas, pero de la vid, es decir, de la cátedra de Moisés.

14. Mercenarios que huyen, mientras favorecen a los inicuos. Agustín no es mercenario. Huyen, pues, estos, cuando ven al lobo, cuando ven al ladrón. Esto empecé a decir, que desde el lugar superior no pueden decir estos, sino, Haced bien, no juréis en falso, no defraudéis, no engaños a nadie. Pero a veces viven de tal manera, que para quitar una villa ajena, se consulta con el obispo, y se le pide tal consejo. A veces nos ha sucedido, lo decimos por experiencia: pues no lo creeríamos. Muchos nos piden malos consejos, consejos para mentir, para engañar; pensando que nos agradan. Pero en el nombre de Cristo, si al Señor le agrada lo que decimos, ninguno de estos nos ha tentado, y ha encontrado lo que quería en nosotros. Porque si Él quiere, quien nos llamó, somos pastores, no mercenarios. Pero, ¿qué dice el Apóstol? Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros, o por juicio humano: ni siquiera yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque no tengo conciencia de nada, no por eso soy justificado. Quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 3, 4). No por eso es buena mi conciencia, porque vosotros la alabáis. ¿Qué alabáis, que no veis? Que alabe Él, que ve: que también corrija, si ve algo allí que ofende sus ojos. Porque tampoco decimos que estamos perfectamente sanos: pero golpeamos nuestro pecho, y decimos a Dios, Sé propicio, para que no pequemos. Sin embargo, creo, pues hablo ante Él, no buscando otra cosa de vosotros sino vuestra salvación; y a menudo gemimos en los pecados de nuestros hermanos, y sufrimos violencia, y nos atormentamos en el alma, y a veces los corregimos: más bien, nunca dejamos

de corregir. Son testigos todos los que recuerdan lo que digo, cuántas veces han sido corregidos por nosotros los hermanos pecadores, y corregidos vehementemente.

CAPÍTULO XII.

15. De las ovejas, qué cuenta debe dar el pastor. Ahora trato nuestro consejo con vuestra Santidad. En el nombre de Cristo sois el pueblo de Dios, sois el pueblo católico, sois miembros de Cristo: No estáis divididos de la unidad. Comulgáis con los miembros de los Apóstoles, comulgáis con las memorias de los santos mártires, difundidos por todo el mundo, y pertenecéis a nuestro cuidado, para que demos buena cuenta de vosotros. Toda nuestra cuenta, ¿cuál es?, lo sabéis. Señor, sabes que he hablado, sabes que no he callado, sabes con qué ánimo he hablado, sabes que he llorado ante ti, cuando hablaba, y no era escuchado. Esto creo que es nuestra cuenta íntegra. Pues el Espíritu Santo nos ha hecho seguros a través del profeta Ezequiel. Conocéis esa lectura sobre el centinela: Hijo del hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel: si yo digo al impío, Impío, morirás, y no lo dices: esto es, por tanto te lo digo, para que lo digas; si no lo anuncias: y viene la espada, y lo lleva, es decir, lo que he amenazado al pecador; él ciertamente morirá en su impiedad, pero su sangre la reclamaré de la mano del centinela. ¿Por qué? Porque no lo dijo. Pero si el centinela ve venir la espada, y toca la trompeta, para que huya; y no se cuida; es decir, no se corrige, para que no lo encuentre en el castigo que Dios amenaza; y viene la espada, y se lleva a alguno; él ciertamente murió en su iniquidad: pero tú, dice, has liberado tu alma (Ezequiel XXXIII, 7-9). Y en ese lugar del Evangelio, ¿qué otra cosa dice al siervo? cuando decía, Señor, sabía que eres un hombre severo o duro, que cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y temiendo fui, y escondí tu talento en la tierra: aquí tienes lo que es tuyo. Y él: Siervo malo y perezoso, más bien porque sabías que soy severo y duro, que cosecho donde no sembré, y recojo donde no esparcí, esa misma avaricia mía debió enseñarte que busco ganancia de mi dinero. Por tanto, debiste dar mi dinero a los banqueros y yo, al venir, habría exigido lo mío con intereses (Luc. XIX, 20-23). ¿Acaso dijo, Dar y exigir? Nosotros, pues, hermanos, damos; vendrá Él que exigirá. Orad, para que nos encuentre preparados.

SERMON CXXXVIII. De las palabras del Evangelio de Juan, Yo soy el buen pastor, etc., contra los Donatistas. Cap. X, V. 11-16.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Por qué se encomienda al buen pastor en singular. Hemos escuchado al Señor Jesús encomendándonos el oficio del buen pastor. En esta encomienda nos ha advertido, como se da a entender, que seamos buenos pastores. Y sin embargo, para que no se entienda de manera perversa la multitud de pastores: Yo soy, dice, el buen pastor. Y de dónde es buen pastor, lo muestra a continuación: El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, ve venir al lobo, y huye: porque no le importan las ovejas; es mercenario. Por tanto, el buen pastor es Cristo. ¿Qué hay de Pedro? ¿No es buen pastor? ¿Acaso no dio también él su vida por las ovejas? ¿Qué hay de Pablo? ¿Qué hay de los demás Apóstoles? ¿Qué hay de los obispos mártires que les siguieron? ¿Qué hay incluso de este santo Cipriano? ¿No son todos buenos pastores; no mercenarios, de quienes se dice, En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mat. VI, 2). Todos estos, pues, son buenos pastores, no solo porque derramaron su sangre, sino porque la derramaron por las ovejas. No la derramaron por vanidad, sino por amor.

CAPÍTULO II.

2. El martirio sin amor no aprovecha nada. Pues también entre los herejes, quienes por sus iniquidades y errores han sufrido alguna molestia, se jactan del nombre de mártir, para que, blanqueados con este manto, roben más fácilmente, porque son lobos. Pero si queréis saber en qué número deben ser contados, escuchad al buen pastor Pablo apóstol: porque no todos los que entregan sus cuerpos al fuego en la pasión deben ser considerados como quienes han derramado sangre por las ovejas, sino más bien contra las ovejas. Si hablo, dice, lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Si tengo el don de profecía, y entiendo todos los misterios, y toda la ciencia; y si tengo toda la fe, de tal manera que traslade los montes, pero no tengo amor, nada soy. Grande es, pues, la fe que traslada montes. Estas cosas son grandes: pero si yo las tengo sin amor, dice, no ellas, sino yo, nada soy. Pero aún no ha tocado a aquellos que se glorían falsamente en el nombre de mártir en sus pasiones. Escuchad para que los toque, o más bien para que los atraviese. Si distribuyo, dice, todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entrego mi cuerpo para ser quemado. Ya están ellos. Pero mirad lo que sigue: Pero si no tengo amor, de nada me sirve (I Cor. XIII, 1-3). He aquí que se llega a la pasión, he aquí que se llega incluso al derramamiento de sangre, se llega incluso a la quema del cuerpo: y sin embargo, de nada sirve, porque falta el amor. Añade amor, todo aprovecha: quita el amor, nada aprovechan las demás cosas.

CAPÍTULO III.

3. Cuánto bien es el amor. ¿Qué bien es este amor, hermanos? ¿Qué hay más precioso? ¿Qué más luminoso? ¿Qué más firme? ¿Qué más útil? ¿Qué más seguro? Hay muchos dones de Dios, que sin embargo tienen también los malos, quienes dirán, Señor, en tu nombre profetizamos, en tu nombre echamos fuera demonios, en tu nombre hicimos muchas maravillas. Y no les responderá Él, No lo hicisteis. Pues ante la presencia de tan gran juez no se atreverán a mentir, ni a jactarse de lo que no hicieron. Pero porque no tuvieron amor, les responderá a todos ellos: No os conozco (Mat. VII, 22, 23). ¿Cómo puede tener siquiera un poco de amor quien, aun siendo convencido, no ama la unidad? Esta unidad, el Señor al encomendarla a los buenos pastores, no quiso llamar a muchos pastores. Pues, como ya dije, no era Pedro un buen pastor, Pablo, los demás Apóstoles, y los posteriores santos obispos, y el bienaventurado Cipriano. Todos estos buenos pastores: y sin embargo, Él no encomendó a los buenos pastores a los buenos pastores, sino al buen pastor. Yo soy, dice, el buen pastor.

CAPÍTULO IV.

4. Pedro y otros son buenos pastores. Interroguemos al Señor con cualquier sentido, y con la más humilde discusión hablemos con tan gran padre de familia. ¿Qué dices, Señor, buen pastor? Tú, buen pastor, que eres buen cordero; el mismo pastor y pasto, el mismo cordero y león. ¿Qué dices? Escuchemos, y ayuda para que entendamos. Yo soy, dice, el buen pastor. ¿Qué hay de Pedro? ¿O no es pastor, o es malo? Veamos si no es pastor. ¿Me amas? Tú le dijiste, Señor, ¿Me amas? y él respondió, Te amo. Y tú le dijiste, Apacienta mis ovejas. Tú, tú Señor, con tu pregunta, con la firmeza de tu boca, hiciste pastor al amante. Es, pues, pastor, a quien confiaste apacientar las ovejas. Tú lo encomendaste, es pastor. Veamos ya si no es bueno. En esa misma pregunta y respuesta suya lo encontramos. Preguntaste si te ama: respondió, Te amo. Viste el corazón, porque respondió verdad. ¿No es, pues, bueno quien ama tanto bien? ¿De dónde aquella respuesta sacada de las entrañas más íntimas? ¿De dónde aquel Pedro teniendo como testigos tus ojos en su corazón, entristecido porque no solo una vez, sino dos y tres veces le preguntaste, para que con la triple confesión de amor, borrara el

triple pecado de negación; de dónde, pues, entristecido, tales palabras devolvió: Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo (Juan XXI, 15-17)? ¿Acaso quien confiesa tales cosas, más bien profesa, mentiría? Por tanto, respondió verazmente su amor, y del íntimo corazón sacó la voz del amante. Tú, sin embargo, dijiste: El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas (Mat. XII, 35). Por tanto, también pastor, y buen pastor: nada en comparación con el poder y bondad del pastor de los pastores; pero sin embargo, también él pastor, y buen pastor: y los demás tales buenos pastores.

CAPÍTULO V.

5. Sin embargo, un solo buen pastor es Cristo. ¿Qué es, pues, que encomiendas a los buenos pastores un solo pastor, sino porque en un solo pastor enseñas la unidad? Que el mismo Señor lo explique más claramente a través de nuestro ministerio, recordando a vuestra Caridad desde el mismo Evangelio, y diciendo, Escuchad lo que encomendé, Yo soy el buen pastor, dije: porque todos los demás, todos los buenos pastores son mis miembros. Un solo cabeza, un solo cuerpo, un solo Cristo. Por tanto, también pastor de pastores, y pastores del pastor, y ovejas con pastores bajo el pastor. ¿Qué son estas cosas, sino lo que dice el Apóstol: Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros; pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo: así también Cristo (I Cor. XII, 12)? Por tanto, si así también Cristo, con razón Cristo teniendo en sí a todos los buenos pastores, encomienda uno diciendo, Yo soy el buen pastor. Yo soy, uno soy, conmigo todos en unidad son uno. Quien fuera de mí apacienta, contra mí apacienta. Quien conmigo no recoge, desparrama. Por tanto, escuchad la misma unidad más vehementemente encomendada: Tengo, dice, otras ovejas que no son de este redil. Pues hablaba del primer redil del linaje de la carne de Israel. Pero había otros del linaje de la fe del mismo Israel, y aún estaban fuera, estaban en las naciones, predestinados, aún no congregados. Los conocía quien los había predestinado: los conocía quien había venido a redimirlos con su sangre derramada. Los veía, aún no viéndolo ellos: los conocía, aún no creyendo en él. Tengo, dice, otras ovejas que no son de este redil: porque no son del linaje de la carne de Israel. Pero sin embargo, no estarán fuera de este redil, porque debo traerlas, para que haya un solo rebaño y un solo pastor.

CAPÍTULO VI.

6. Afecto de la esposa hacia Cristo. Con razón, a este pastor de pastores, su amada, su esposa, su hermosa, pero hecha hermosa por él, antes fea por los pecados, después hermosa por el perdón y la gracia, le habla amorosa y ardiente, y le dice: ¿Dónde pastoreas? Y vean con qué afecto se eleva este amor espiritual. Mucho mejor se deleitan con este afecto aquellos que han probado algo de la dulzura de este amor. Bien lo escuchan aquellos que aman a Cristo. En ellos y sobre ellos canta la Iglesia en el Cantar de los Cantares: aquellos que aman a Cristo, como feo y solo hermoso. Pues lo vimos, dice, y no tenía apariencia ni hermosura (Isaías LIII, 2). Así apareció en la cruz, así se mostró coronado de espinas, feo y sin hermosura, como si hubiera perdido su poder; como si no fuera el Hijo de Dios. Así fue visto por los ciegos. Isaías dijo esto en nombre de los judíos: Lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura. Cuando se decía: Si es el Hijo de Dios, que baje de la cruz. A otros salvó, a sí mismo no puede. Y golpeándole en la cabeza con una caña, Profetiza para nosotros, Cristo, ¿quién te golpeó? (Mateo XXVII, 40, 41; XXVI, 68). Porque no tenía apariencia ni hermosura. Así lo veían, judíos. Porque la ceguera en parte de Israel se produjo, hasta que entrara la plenitud de los gentiles (Romanos XI, 25), hasta que vinieran otras ovejas. Porque se produjo la ceguera, por eso vieron al hermoso sin hermosura. Pues si lo hubieran conocido,

nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Corintios II, 8). Pero lo hicieron porque no lo conocieron. Y sin embargo, aquel que los soportó como feos; por ustedes, hermoso, oró: Padre, dijo, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Pues si sin hermosura, ¿qué es lo que ama esta que dice: Anúnciame, a quien amó mi alma? ¿Qué es lo que ama? ¿Qué es lo que arde, qué es lo que tanto teme alejarse de él? ¿Qué es lo que tanto se deleita en él, para quien solo es pena estar sin él? ¿Qué sería lo que se amara, si no fuera hermoso? Pero, ¿cómo lo amaría así, si él se le apareciera así como a los ciegos perseguidores, y a los que no saben lo que hacen? ¿Cómo, entonces, lo amó ella? Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Hermoso en forma más que los hijos de los hombres, la gracia se derramó en tus labios (Salmo XLIV, 3). Por lo tanto, de tus propios labios anúnciame, a quien amó mi alma. Anúnciame, dice, oh a quien amó, no mi carne, sino mi alma. Anúnciame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía: no sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros.

CAPÍTULO VII.

7. Cómo deben entenderse las palabras de la esposa. Compañeros, como quienes comen juntos. Parece oscuro, es oscuro: porque es el misterio del tálamo sagrado. Ella misma dice: El rey me introdujo en su cámara. Tal es el secreto de esta cámara. Pero ustedes que no son profanos de esta cámara, escuchen lo que son, y digan con ella, si la aman con ella: pero la aman con ella, si están en ella. Digan todos, y sin embargo, que lo diga una sola, porque lo dice la unidad: Anúnciame, a quien amó mi alma. Pues en ellos había una sola alma y un solo corazón hacia Dios (Hechos IV, 32). Anúnciame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. ¿Qué significa el mediodía? Gran fervor y gran esplendor. Por lo tanto, hazme saber quiénes son tus sabios, fervientes en espíritu, y brillantes en doctrina. Hazme conocer tu diestra, y a los instruidos de corazón en sabiduría (Salmo LXXXIX, 12). A ellos me adhiera en tu cuerpo, a ellos me una, con ellos disfrute de ti. Dime, entonces, anúnciame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía; no sea que me encuentre con aquellos que dicen otras cosas de ti, sienten otras cosas de ti; creen otras cosas de ti, predicando otras cosas de ti: y tienen sus rebaños, y son tus compañeros; porque viven de tu mesa, y manejan los Sacramentos de tu mesa. Se les llama compañeros, porque comen juntos, como quienes comen juntos. Tales son reprochados en el Salmo: Si mi enemigo hubiera hablado grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él: y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él. Pero tú, mi compañero, mi guía, y mi conocido, que juntos conmigo tomabas dulces alimentos, en la casa de Dios caminábamos con consenso (Salmo LIV, 13-15). ¿Por qué ahora contra la casa del Señor con disenso, sino porque salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (I Juan XII, 19)? Por eso, oh tú, a quien amó mi alma, para que no caiga en tales, tus compañeros, sino como fueron los compañeros de Sansón, no guardando fidelidad al amigo, sino queriendo corromper a su esposa (Jueces XIV). Por lo tanto, para que no caiga en tales, no sea que me convierta sobre ellos, es decir, caiga en ellos, como cubierta, como oculta y oscura, no como puesta en el monte. Anúnciame, entonces, oh a quien amó mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía; quiénes son los sabios y fieles, en quienes principalmente descansas: no sea que como oculta caiga en los rebaños, no tuyos, sino de tus compañeros. Pues a Pedro no le dijiste, Apacienta tus ovejas; sino, Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 15).

CAPÍTULO VIII.

8. Respuesta del esposo. Responda, entonces, a esta amada el buen pastor, y hermoso en forma más que los hijos de los hombres: respóndale a ella a quien hizo hermosa de entre los

hijos de los hombres. Escuchen lo que responde, entiendan; cuídense de lo que asusta, amen lo que aconseja. ¿Qué responde, entonces? No con dulzura, sino que devuelve severidad con dulzura. Corrige, para atar, para salvar. Si no te conoces a ti misma, dice, oh hermosa entre las mujeres: por mucho que otras sean hermosas con los dones de tu esposo, son herejías; hermosas por el adorno, no por las entrañas, brillan por fuera y externamente, se blanquean con el nombre de justicia: Pero toda la hermosura de la hija del rey es interior (Salmo XLIV, 14). Si, entonces, no te conoces a ti misma, porque eres una, porque estás entre todas las naciones, porque eres casta, porque no debes ser corrompida por la conversación perversa de los malos compañeros. Si no te conoces a ti misma, porque correctamente te desposó aquel para presentarte virgen casta a Cristo; y correctamente te presentes a mí misma, para que no por malas conversaciones, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también tus sentidos se corrompan de mi castidad (II Corintios XI, 2, 3). Si, entonces, no te conoces a ti misma así, sal tú; sal. A otros les diré, Entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV, 21, 23). A ti no te diré, Entra: sino, Sal; para que estés entre aquellos que salieron de nosotros. Sal tú. Pero si no te conoces a ti misma, entonces sal. Si, sin embargo, te conoces a ti misma, entra. Si, sin embargo, no te conoces a ti misma, sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores (Cantar de los Cantares I, 6, 7). Sal en las huellas, no del rebaño, sino de los rebaños: y apacienta, no como Pedro mis ovejas, sino tus cabritos: en las tiendas, no del pastor, sino de los pastores; no de la unidad, sino de la disensión; no allí puesta, donde hay un solo rebaño y un solo pastor. Ha sido confirmada, edificada, amada, hecha más fuerte, preparada para morir por el esposo, y vivir con el esposo.

CAPÍTULO IX.

9. Palabras de la esposa mal usadas por los donatistas. Estas palabras que hemos recordado de los santos Cantar de los Cantares, de un cierto epitalamio del esposo y la esposa: pues son bodas espirituales, en las que debemos vivir con gran castidad; porque Cristo concedió a la Iglesia en espíritu, lo que su madre tuvo en el cuerpo, que sea tanto madre como virgen: estas palabras, entonces, los donatistas las toman para su sentido perverso de manera muy diferente. Y como no callaré, y qué les respondan, con la ayuda del Señor, en cuanto pueda, brevemente les advertiré. Cuando comenzamos a urgirles con la luz de la unidad de la Iglesia difundida por todo el mundo, y les pedimos que muestren de las Escrituras algún testimonio, donde Dios predijo que la Iglesia estaría en África, como si las demás naciones estuvieran perdidas; suelen tener este testimonio en la boca, y decir: África está en el mediodía; por lo tanto, dicen, la Iglesia preguntando al Señor dónde pastorea, dónde descansa; él responde, En el mediodía: como si fuera la voz de quien pregunta, Anúnciame, a quien amó mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas; y la voz como de quien responde, En el mediodía, esto es, en África. Si, entonces, quien pregunta es la Iglesia, y el Señor responde dónde pastorea, en África, porque en África estaba la Iglesia: quien pregunta, no estaba en África. Anúnciame, dice, a quien amó mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas; y él responde a cierta Iglesia fuera de África, En el mediodía, en África descanso, en África pastoreo, como si en ti no pastoreara. Pero si quien pregunta es la Iglesia, lo que nadie duda, lo que ni ellos contradicen; y oyen algo sobre África: esta, entonces, que pregunta está fuera de África; y porque es la Iglesia, hay Iglesia fuera de África.

CAPÍTULO X.

10. Refutación a los donatistas. He aquí que acepto que en el mediodía está África: aunque más en el mediodía bajo el sol del mediodía está Egipto que África. Pero allí en Egipto, ¿cómo es pastor este, quienes lo saben lo reconocen: quienes no lo saben, pregunten cuán

grande rebaño reúne allí, cuánta multitud de santos y santas tiene despreciando completamente el mundo. Ese rebaño creció tanto, que incluso de allí expulsó las supersticiones. Así que, para omitir cómo de allí toda la superstición de los ídolos, que allí era fuerte, al crecer la expulsó: acepto lo que dicen, oh malos compañeros; acepto completamente, estoy de acuerdo en que África está en el mediodía, y África está significada en lo que se dijo, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? Pero también ustedes igualmente presten atención a que estas palabras aún son de la esposa, no del esposo. Aún la esposa dice, Anúnciame, a quien amó mi alma dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía, no sea que me convierta como cubierta. Sordo, ciego, si en el mediodía ves África, ¿por qué en cubierta no entiendes mujer? Anúnciame, dice, a quien amó mi alma. Sin duda se dirige a un hombre, cuando dice, a quien amó. ¿Cómo si dijera, Anúnciame, a quien amó mi alma; entenderíamos que el esposo habla a la esposa: así cuando escuchas, Anúnciame, a quien amó mi alma dónde pastoreas, dónde descansas; añade allí, a estas palabras pertenecen también las que siguen, al mediodía. Pregunto dónde pastoreas al mediodía, no sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros. Escucho completamente, acepto de África lo que entiendes; al mediodía, está significada. Pero la Iglesia de Cristo, como entiendes, transmarina se dirige a su esposo, temiendo caer en el error africano. Oh a quien amó mi alma, anúnciame, enséñame. Pues escucho que al mediodía, es decir, en África, hay dos partes, o más bien muchas divisiones. Anúnciame, entonces, dónde pastoreas, qué ovejas te pertenecen, qué redil allí me mandas amar, a cuál debo unirme. No sea que me convierta como cubierta. Se burlan de ella como si estuviera oculta, se burlan como si estuviera perdida, como si no existiera en ningún otro lugar. No sea, entonces, como cubierta, como oculta me convierta sobre los rebaños, es decir, sobre las congregaciones de los herejes, de tus compañeros, de los donatistas, maximianistas, rogatistas, y otras plagas que recogen fuera; y por eso dispersan; te ruego, anúnciame, si allí debo buscar a mi pastor, para no caer en el abismo del rebautismo. Les exhorto, les ruego por la santidad de tales bodas, amen a esta Iglesia, estén en tal Iglesia, sean tal Iglesia: amen al buen pastor, esposo tan hermoso, que no engaña a nadie, que no desea que nadie perezca. Oren también por las ovejas dispersas: que vengan también ellas, que reconozcan también ellas, que amen también ellas; para que haya un solo rebaño y un solo pastor. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CXXXIX. De las palabras del Evangelio de Juan, Yo y el Padre somos uno. Cap. X, V. 30.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cómo Cristo es el Unigénito del Padre. El Señor Dios, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido de Dios Padre sin madre alguna, y nacido de madre virgen sin padre humano, han escuchado lo que dijo: Yo y el Padre somos uno. Así reciban esto, así crean, para que merezcan entender. Pues la fe debe preceder al entendimiento, para que el entendimiento sea el premio de la fe. Pues el profeta dijo claramente, Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según LXX). Lo que, por tanto, se predica simplemente, debe creerse: lo que se discute sutilmente, debe entenderse. Primero, entonces, para instruir sus mentes a través de la fe, les predicamos a ustedes a Cristo, el único del Padre. ¿Por qué se añade, Único? Porque aquel de quien es Único tiene muchos hijos por gracia. Por lo tanto, todos los demás santos son hijos de Dios por gracia, solo él por naturaleza. Los que son hijos por gracia, no son lo que es el Padre. De hecho, ninguno de los santos se atrevió a decir lo que dijo aquel Único, Yo y el Padre somos uno. ¿Acaso no es también nuestro Padre? Si no es nuestro Padre, ¿cómo decimos orando, Padre nuestro que estás en los cielos (Mateo VI, 9)? Pero nosotros somos hijos, a quienes nos hizo hijos por su voluntad, no nos engendró como hijos de su naturaleza.

Nos engendró, sí, pero como se dice, adoptados, generados por el beneficio del que adopta, no por naturaleza. De hecho, también se nos ha dicho esto, porque Dios nos llamó a la adopción de hijos (Efesios I, 5): los hombres fuimos adoptados. A él se le llama Único, Unigénito; porque él es lo que es el Padre: nosotros, sin embargo, somos hombres, Dios es el Padre. Porque, entonces, él es lo que es el Padre, dijo, y dijo la verdad, Yo y el Padre somos uno. ¿Qué significa, somos uno? Somos de una naturaleza. ¿Qué significa, somos uno? Somos de una sustancia.

CAPÍTULO II.

2. El Hijo de Dios y el Padre son de una sustancia. Tal vez entiendan menos qué significa de una sustancia. Nos esforzaremos para que entiendan, que Dios ayude tanto a mí hablando, como a ustedes escuchando: a mí, para que diga lo que es verdadero y adecuado para ustedes; a ustedes, ante todo y principalmente para que crean; luego para que, como puedan, entiendan. ¿Qué significa, de una sustancia? Les daré similitudes, para que lo que se entiende menos, se aclare con un ejemplo. Supongamos, el oro es Dios, el oro es también su Hijo. Si no deben darse similitudes de las cosas terrenales a las celestiales, ¿cómo está escrito, Pero la roca era Cristo (I Corintios X, 4)? Por lo tanto, lo que sea que sea el Padre, eso es también el Hijo: como dije, por ejemplo, Oro es el Padre, oro es el Hijo. Pues quien dice, No es de la sustancia de aquel de quien es el Padre: ¿qué otra cosa dice sino, Oro es el Padre, plata es el Hijo? Si oro es el Padre, plata es el Hijo; degeneró del Padre el único Hijo. El hombre engendra al hombre: de qué sustancia es el padre que engendra, de esa sustancia es el hijo que es engendrado. ¿Qué significa, de esa sustancia, Hombre es aquel, hombre es aquel: tiene alma aquel, alma tiene aquel: tiene carne aquel, carne tiene aquel: lo que es aquel, eso es aquel.

3. Objeción de los arrianos. Pero me responde y me dice la herejía arriana. ¿Qué me dice? Presta atención a lo que has dicho. ¿Qué dije? Que el hijo del hombre debe ser comparado con el Hijo de Dios. Claramente debe ser comparado: pero no, como piensas, en cuanto a propiedad; sino en cuanto a semejanza. Pero tú, haz lo que quieras con esto, di. ¿No ves, dice, que el padre que engendra es mayor, y el hijo que es engendrado es menor? ¿Cómo entonces decís vosotros, decidme: cómo entonces decís vosotros que son iguales el Padre y el Hijo, Dios y Cristo; cuando veis que cuando un hombre engendra un hijo, el hijo es menor y el padre es mayor? Hombre sabio, buscas tiempos en la eternidad; donde no hay tiempos, buscas edades. Cuando el padre es mayor, el hijo es menor, ambos son temporales: aquel crece, porque aquel envejece. Pues por naturaleza el hombre es padre, por naturaleza, como dije, no engendró a uno menor; sino por edad. ¿Quieres saber que por naturaleza no engendró a uno menor? Espera, que crezca, y será igual al padre. Pues el niño pequeño o creciendo alcanza la grandeza de su padre. Pero tú dices que el Hijo de Dios nació menor, de modo que nunca crezca y alcance la grandeza de su Padre ni siquiera creciendo. Entonces el hijo del hombre nacido de hombre, nació en mejor condición que el Hijo de Dios. ¿Cómo? Porque él crece y alcanza la grandeza de su padre. Pero Cristo, como decís, nació menor para permanecer menor, y no se espera al menos un aumento de edad. Así dices, que hay una diversidad en la naturaleza. Pero ¿por qué dices esto, sino porque no quieres creer que el Hijo es de la misma sustancia de la que es el Padre? Finalmente, primero confiesa que es de la misma sustancia, y di que es menor. Observa al hombre, es hombre. ¿Cuál es su sustancia? Es hombre. ¿Qué es aquel a quien engendra? Es menor, pero es hombre. La edad es diferente, la naturaleza es igual. Di también tú: Lo que es el Padre, eso es el Hijo, pero el Hijo es menor. Di, haz un paso, di de la misma sustancia, pero menor, y llegarás al igual. Pues no te acercas

poco, no te aproximas poco a la verdad, al confesar que es igual, si confiesas que es de la misma sustancia y menor. Pero no es de la misma sustancia, eso dices. Entonces porque dices esto, es como si dijeras: Oro es y plata: es como si un hombre engendrara un caballo. De una sustancia es el hombre, de otra el caballo. Si entonces el Hijo es de otra sustancia que el Padre, el Padre engendró un monstruo. Pues cuando una criatura, es decir, una mujer da a luz lo que no es hombre, se dice que es un monstruo. Pero para que no sea un monstruo, es decir, el que ha nacido, es lo que es aquel que engendró; es decir, hombre y hombre, caballo y caballo, paloma y paloma, gorrión y gorrión.

CAPÍTULO III.

4. Cuánta blasfemia es decir que el Hijo de Dios es de otra sustancia. A sus criaturas les dio, para que lo que son, eso engendren. Dios dio a sus criaturas, a las criaturas mortales, terrenales, les dio, les concedió, para que lo que son engendren; ¿y piensas que no pudo guardarse esto para sí mismo, que es antes de los siglos? ¿Que no tiene principio de tiempo, engendraría un hijo que no es lo que él es, engendraría un degenerado? Escuchad cuánta blasfemia es decir que el único Hijo de Dios es de otra sustancia. Si es así, es degenerado. Si dices a algún hijo de hombre, Eres degenerado; ¿cuánta injuria es? ¿Y cómo se dice que un hijo de hombre es degenerado? Supongamos, su padre es fuerte, él es tímido y cobarde. Cualquiera que lo vea, y quiera corregirlo, al ver a su padre como un hombre fuerte, ¿qué le dice? Anda, degenerado. ¿Qué es, degenerado? Tu padre fue un hombre fuerte, y tú tiembles de miedo. Aquel a quien se le dice esto, es degenerado por vicio, es igual por naturaleza. ¿Qué es, es igual por naturaleza? Es hombre, lo que es también su padre. Pero aquel es fuerte, aquel es cobarde; aquel es audaz, aquel es tímido: sin embargo, hombre y hombre. Por vicio, pues, es degenerado, no por naturaleza. Cuando dices que el único Hijo, el único Hijo del Padre es degenerado, no dices otra cosa, sino que no es lo que es el Padre: y no dices que ya nacido, se hizo degenerado; sino que fue engendrado. ¿Quién soporta esta blasfemia? Con cualquier tipo de ojos, si pudieran ver esta blasfemia, huirían de ella, y se harían católicos.

CAPÍTULO IV.

5. Los arrianos honran falsamente al Padre a través de la injuria al Hijo. Pero ¿qué diré, hermanos? No nos enojemos con ellos: sino que oremos por ellos para que el Señor les dé entendimiento; porque tal vez nacieron así. ¿Qué es, nacieron así? Esto recibieron de sus padres, lo que sostienen. Anteponen el linaje a la verdad. Que se hagan lo que no son, para que puedan conservar lo que son: esto es, que se hagan católicos, para que puedan conservar lo que son hombres: para que no perezca en ellos la criatura de Dios, que se acerque la gracia de Dios. Pues piensan que honran al Padre a través de la injuria al Hijo. Cuando les dices, Blasfemas: responde, ¿Por qué blasfemo? Porque dices que el Hijo no es lo que es el Padre. Y él a mí: Más bien tú blasfemas. ¿Por qué? Porque quieres igualar al Hijo con el Padre. Quiero igualar al Hijo con el Padre, ¿acaso a un extraño? Se alegra el Padre, cuando igualo al Hijo único: se alegra, porque no envidia. Y Dios, porque no envidia al Hijo único, por eso engendró lo que él es. Tú haces injuria al Hijo, y al mismo Padre, en cuyo honor quieres hacer injuria al Hijo. Ciertamente dices que el Hijo no es de la misma sustancia, para no hacer injuria a su Padre. Yo te muestro rápidamente que haces injuria a ambos. ¿Cómo, dice? Si digo al hijo de alguien, Degenerado, no eres como tu padre: degenerado, no eres lo que es tu padre. Lo oye el hijo, y se enoja, y dice: ¿Entonces nací degenerado? Lo oye el padre, y se enoja más. Y enojado, ¿qué dice? ¿Entonces engendré un hijo degenerado? Entonces si soy otra cosa, engendré otra cosa, engendré un monstruo. ¿Qué es, que cuando quieres honrar a uno a través de la injuria del otro, haces injuria a ambos? Ofendes al Hijo, pero no propicias

al Padre. ¿De quién huyes? ¿A quién huyes? ¿Acaso huyes al Hijo cuando el Padre está enojado contigo? ¿Qué te dice? ¿A quién huyes, a quien hiciste degenerado? ¿Acaso corres al Padre cuando el Hijo está ofendido? Y él también te dice: ¿A quién huyes, a quien dijiste que engendré degenerado? Que os baste; retened esto, encomendar esto a la memoria, escribid esto en vuestra fe. Pero para que lo entendáis, dirigid vuestras oraciones a Dios Padre y al Hijo, que son uno.

SERMON CXL. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, cap. XII, 44-50, Quien cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió. Contra una cierta declaración de Maximino, obispo de los arrianos, que estando con el conde Segisvulto en África blasfemaba.

1. Fe en Cristo. ¿Qué es lo que hemos oído, hermanos, decir al Señor, Quien cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió? Es bueno para nosotros creer en Cristo; especialmente porque él mismo dijo abiertamente lo que habéis oído, esto es, que él mismo era la luz que vino al mundo, y quien cree en él, no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan VIII, 12). Es bueno, pues, creer en Cristo. Es un gran bien creer en Cristo: y un gran mal no creer en Cristo. Pero porque Cristo es el Hijo del Padre, lo que es, el Padre no es del Hijo, sino que el Padre es del Hijo; ciertamente recomienda la fe en sí mismo, pero devuelve el honor al autor.

2. Dos nacimientos de Cristo. Esto es firme y fijo, mantenedlo, si queréis perseverar como católicos, que Dios Padre engendró a Dios Hijo sin tiempo, y lo hizo de la Virgen en el tiempo. Aquel nacimiento excede los tiempos: este nacimiento ilumina los tiempos. Sin embargo, ambos nacimientos son maravillosos: aquel sin madre, este sin padre. Cuando Dios engendró al Hijo, lo engendró de sí mismo, no de madre: cuando la madre engendró al hijo, lo engendró virgen, no de varón. Del Padre nació sin principio: de la madre nació hoy con un principio cierto. Nacido del Padre nos hizo: nacido de la madre nos rehizo. Nacido del Padre, para que existiéramos: nacido de la madre, para que no pereciéramos. Pero el Padre engendró a uno igual a sí mismo, y todo lo que es el Hijo, lo tiene del Padre. Pero lo que es Dios Padre, no lo tiene del Hijo. Por tanto, decimos que el Padre es Dios de nadie, el Hijo es Dios de Dios. Por eso todo lo que el Hijo hace maravillosamente, todo lo que dice verdaderamente, lo atribuye a aquel de quien es; ni puede ser otra cosa que aquel de quien es. Adán fue hecho hombre: pudo ser otra cosa que lo que fue hecho. Pues fue hecho justo, y pudo ser injusto. Pero el Unigénito Hijo de Dios, lo que es, eso no puede cambiarse: no puede convertirse en otra cosa, no puede disminuirse, lo que era no puede no ser, no puede no ser igual al Padre. Pero claramente aquel, que dio todo al Hijo al nacer, lo dio no necesitado; sin duda también dio al Hijo la misma igualdad con el Padre. ¿Cómo dio el Padre? ¿Acaso engendró a uno menor, y le añadió a la forma, para hacerlo igual? Si hubiera hecho esto, habría dado al necesitado. Ya os dije, lo que debéis mantener firmemente, es decir, todo lo que es el Hijo el Padre lo dio, pero al nacer, no al necesitado. Si al nacer lo dio, no al necesitado, sin duda dio la igualdad, y al dar la igualdad engendró al igual. Y aunque aquel es uno, este es otro; sin embargo, no es otra cosa aquel, otra cosa este: sino que lo que es aquel, eso es este. No quien es aquel, este y aquel: sino que lo que es aquel, eso es este.

3. Por qué se llama Cristo el verdadero Hijo de Dios. —Quien me envió, dice, habéis oído: Quien me envió, dice, él mismo me dio un mandato sobre qué decir y qué hablar: y sé que su mandato es vida eterna. Es el Evangelio de Juan, retenedlo. Quien me envió, él mismo me dio un mandato sobre qué decir y qué hablar: y sé que su mandato es vida eterna. Oh, si me concede decir lo que quiero. Pues me angustia mi escasez, y su abundancia. Él, dice, me dio un mandato sobre qué decir y qué hablar: y sé que su mandato es vida eterna. Busca en la

Epístola de este evangelista Juan lo que dijo de Cristo. Creemos, dice, en su verdadero Hijo Jesucristo. Él es el verdadero Dios, y vida eterna (1 Juan V, 20). ¿Qué es, el verdadero Dios, y vida eterna? El verdadero Hijo de Dios, es el verdadero Dios, y vida eterna. ¿Por qué dijo, en su verdadero Hijo? Porque Dios tiene muchos hijos, por eso debía distinguirse, añadiendo que era el verdadero Hijo. No solo diciendo que es Hijo; sino añadiendo, como dije, que es el verdadero Hijo: por eso debía distinguirse, por los muchos hijos que tiene Dios. Nosotros somos hijos por gracia, él por naturaleza. Nosotros hechos por el Padre a través de él: él lo que es el Padre, eso es él: ¿acaso lo que es Dios, somos nosotros?

4. Nadie se atreve a decir que es uno con el Padre, excepto Cristo. Pero alguien de manera desviada, sin saber lo que dice, afirma: Por eso, se dijo, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30), porque tienen entre sí una voluntad concordante, no porque la naturaleza del Hijo sea la misma que la naturaleza del Padre. Pues también los Apóstoles (y esto lo dijo él, no yo), pues también los Apóstoles son uno con el Padre y el Hijo. ¡Horrenda blasfemia! Y los Apóstoles, dice, son uno con el Padre y el Hijo, porque obedecen a la voluntad del Padre y del Hijo. ¿Se atrevió a decir esto? Que diga entonces Pablo: Yo y Dios somos uno. Que diga Pedro, que diga cualquier profeta: Yo y Dios somos uno. No lo dice: lejos esté de decirlo. Sabe que es otra naturaleza, una naturaleza que debe ser salvada: sabe que es otra naturaleza, una naturaleza que debe ser iluminada. Nadie dice: Yo y Dios somos uno. Por mucho que progresa, por mucho que sobresalga en santidad, por mucho que se eleve en la cumbre de la virtud, nunca dice, Yo y Dios somos uno: porque si tiene virtud, y por eso lo dice; al decir esto, lo que tenía, lo perdió.

5. Igualdad del Hijo con el Padre. Creed, pues, que el Hijo es igual al Padre, pero sin embargo del Padre es el Hijo, el Padre no es del Hijo. El origen está en aquel, la igualdad está en este. Pues si no es igual, no es verdadero Hijo. ¿Qué decimos, hermanos? Si no es igual, es menor: si es menor, pregunto a la naturaleza que debe ser salvada, que cree mal, cómo nació menor. Responde: ¿el menor crece, o no? Si crece, entonces también el Padre envejece. Pero si lo que nació, eso será; si nació menor, y será menor: con detrimento suyo será perfecto, con detrimento de la forma del Padre nació perfecto, nunca llegará a la forma del Padre. Así los impíos condenáis al Hijo: así los herejes blasfemáis al Hijo. ¿Qué dice entonces la fe católica? El Hijo es Dios del Padre Dios: el Padre es Dios no del Hijo Dios. Pero el Hijo es Dios igual al Padre, igual nacido, no menor nacido; no igual hecho, sino igual nacido. Lo que es aquel, eso es este que nació. ¿Alguna vez fue el Padre sin el Hijo? Lejos esté. Quitá alguna vez, donde no hay tiempo. Siempre Padre, siempre Hijo. Sin principio de tiempo el Padre, sin principio de tiempo el Hijo: nunca el Padre antes que el Hijo, nunca el Padre sin el Hijo. Pero sin embargo, porque el Hijo es Dios del Dios Padre, el Padre es Dios, pero no del Dios Hijo; no nos desagrada la honorificencia del Hijo en el Padre. Pues la honorificencia del Hijo tributa honor al Padre, no disminuye su divinidad.

6. El Verbo de Dios es el mandato del Padre. Porque decía, lo que había propuesto, Y sé, dice, que su mandato es vida eterna. Atended, hermanos, lo que digo: Sé que su mandato es vida eterna. Y leemos en el mismo Juan sobre Cristo, Él es el verdadero Dios, y vida eterna. Si el mandato del Padre es vida eterna, y Cristo el Hijo es él mismo vida eterna; el mandato del Padre es él mismo el Hijo. Pues ¿cómo no es el mandato del Padre, lo que es el Verbo del Padre? O si el mandato dado por el Padre al Hijo lo tomáis carnalmente, como si el Padre dijera al Hijo, Esto te mando, esto quiero que hagas: ¿con qué palabras habló al único Verbo? Pues porque el mandato del Padre es vida eterna, y él mismo el Hijo es vida eterna, creed y aceptad, creed y entended, porque el Profeta dice, Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según LXX). ¿No lo captáis? ensanchaos. Escuchad al Apóstol: Ensanchaos, no os unáis en

yugo con los infieles (II Cor. VI, 13, 14). Quienes no quieren creer esto antes de comprenderlo, son infieles. Pues porque quisieron ser infieles, permanecerán ignorantes. Creed, pues, para entender. Sin duda el mandato del Padre es vida eterna. Por tanto, el mandato del Padre es él mismo el Hijo, que hoy ha nacido: mandato no dado en el tiempo, sino mandato nacido. El Evangelio de Juan ejercita las mentes, las afina y las pule, para que no pensemos carnalmente, sino espiritualmente sobre Dios. Que os baste, pues, esto, hermanos: no sea que en la longitud de la disertación se infiltre el sueño del olvido.

SERMON CXXI. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Cap. XIV, V. 6.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La verdad encontrada por los filósofos de este mundo, no el camino. Entre otras cosas, cuando se leía el santo Evangelio, escuchasteis lo que dijo el Señor Jesús: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Todo hombre desea la verdad y la vida: pero no todo hombre encuentra el camino. Que Dios es una cierta vida eterna, inmutable, inteligible, inteligente, sabia, que hace sabios, algunos incluso de los filósofos de este mundo lo vieron. La verdad fija, estable, inmutable, donde están todas las razones de todas las cosas creadas, la vieron, pero de lejos; la vieron, pero estando en error: y por eso no encontraron el camino hacia esa posesión tan grande e inefable y beatífica. Pues porque también ellos vieron (en la medida en que puede ser visto por el hombre) al creador por la criatura, al hacedor por la hechura, al fabricante del mundo por el mundo, Pablo apóstol es testigo, a quien ciertamente deben creer los cristianos. Pues dice, cuando hablaba de tales: Se revela la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad. Estas, como reconocéis, son palabras del apóstol Pablo. Se revela la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad con injusticia. ¿Acaso dijo que no detienen la verdad? Sino que, detienen la verdad con injusticia. Es bueno lo que detienen: pero es malo donde lo detienen. Detienen la verdad con injusticia.

CAPÍTULO II.

2. De dónde proviene la verdad que ellos han encontrado. Se le ocurría, sin embargo, que se le dijera: ¿De dónde esos impíos retienen la verdad? ¿Acaso Dios ha hablado a alguno de ellos? ¿Acaso recibieron la ley, como el pueblo de los israelitas por medio de Moisés? ¿De dónde, entonces, retienen la verdad, incluso en su iniquidad? Escuchen lo que sigue, y lo muestra. Porque lo que se conoce de Dios, dice, es manifiesto en ellos: Dios se lo ha manifestado. ¿Se lo manifestó a aquellos a quienes no dio la ley? Escucha cómo se lo manifestó. Las cosas invisibles de Él, por medio de las cosas hechas, se comprenden y se ven. Interroga al mundo, al ornamento del cielo, al resplandor y disposición de las estrellas, al sol suficiente para el día, a la luna consuelo de la noche: interroga a la tierra que fructifica con hierbas y árboles, llena de animales, adornada con hombres: interroga al mar, lleno de cuántos y cuáles seres nadadores: interroga al aire, que se llena de cuántas aves: interroga a todo, y ve si no te responden con su sentido, Dios nos hizo. Esto también lo buscaron los filósofos nobles, y por el arte conocieron al artífice. ¿Qué, entonces? ¿Por qué se revela la ira de Dios sobre esa impiedad? ¿Porque retienen la verdad en la iniquidad? Que venga, que muestre cómo. Ya ha dicho cómo conocieron. Las cosas invisibles de Él, es decir, de Dios, por medio de las cosas hechas, se comprenden y se ven; también su eterna virtud y divinidad; para que sean inexcusables. Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato

corazón se oscureció. Son palabras del Apóstol, no mías: Y su insensato corazón se oscureció; pues diciendo ser sabios, se hicieron necios. Lo que encontraron por curiosidad, lo perdieron por soberbia. Diciendo ser sabios, es decir, atribuyéndose a sí mismos el don de Dios, se hicieron necios. Las palabras, digo, son del Apóstol: Diciendo ser sabios, se hicieron necios.

CAPÍTULO III.

3. La necedad de los que adoran ídolos. Muestra, prueba su necedad. Muestra, Apóstol, y así como nos mostraste de dónde pudieron llegar al conocimiento de Dios, ya que las cosas invisibles de Él, por medio de las cosas hechas, se comprenden y se ven: así ahora muestra cómo diciendo ser sabios, se hicieron necios. Escucha: Porque cambiaron, dice, la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles (Rom. I, 18-23). Los paganos hicieron de las figuras de estos animales sus dioses. Encontraste a Dios, y adoras un ídolo. Encontraste la verdad, y retienes esa misma verdad en la injusticia. Y lo que conociste por las obras de Dios, lo pierdes por las obras del hombre. Consideraste todo; reuniste el orden del cielo, de la tierra, del mar y de todos los elementos: no quieres atender a esto, que el mundo es obra de Dios, el ídolo es obra del artesano. Si el artesano al ídolo, así como le dio figura, le diera también corazón; el mismo artesano sería adorado por el ídolo. Pues así como, oh hombre, tu artesano es Dios, así el hombre es el artesano del ídolo. ¿Quién es tu Dios? Quien te hizo. ¿Quién es el Dios del artesano? Quien lo hizo a él. ¿Quién es el Dios del ídolo? Quien lo hizo. Entonces, si el ídolo tuviera corazón, ¿no adoraría al artesano que lo hizo? He aquí en qué iniquidad retuvieron la verdad, y no encontraron el camino que conduce a la posesión que vieron.

CAPÍTULO IV.

4. Cristo hecho camino. Cristo, sin embargo, porque Él mismo es en el Padre la verdad y la vida, el Verbo de Dios, de quien se dijo, La vida era la luz de los hombres (Juan I, 4): porque Él mismo es en el Padre la verdad y la vida, y no teníamos por dónde ir a la verdad; el Hijo de Dios, que siempre es en el Padre verdad y vida, al asumir al hombre se hizo camino. Camina por el hombre, y llegarás a Dios. Por Él vas, a Él vas. No busques por dónde llegar a Él, sino por Él. Pues si Él no hubiera querido ser el camino, siempre erraríamos. Por tanto, se hizo camino por el cual llegar. No te digo, busca el camino. El mismo camino viene a ti: levántate y camina. Camina con tus costumbres, no con tus pies. Pues muchos caminan bien con los pies, y mal con las costumbres. A veces, incluso los que caminan bien, corren fuera del camino. Encontrarás, en efecto, hombres que viven bien, y no son cristianos. Corren bien: pero no corren en el camino. Cuanto más corren, más yerran; porque se alejan del camino. Pero si tales hombres llegaran al camino, y mantuvieran el camino, ¡oh cuánta seguridad hay, porque caminan bien y no yerran! Pero si no mantienen el camino, por más que caminen bien, ¡ay, cuánto hay que lamentar! Pues es mejor cojear en el camino, que caminar con fuerza fuera del camino. Esto sea suficiente para vuestra Caridad. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CXLII. De las mismas palabras del Evangelio de Juan, Yo soy el camino, etc., cap. XIV, V. 6.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo camino seguro. Las lecturas divinas nos levantan, para que no nos rompamos por la desesperación: y nuevamente nos aterrorizan, para que no nos agitemos por la soberbia.

Mantener el camino medio, verdadero, recto, como entre la izquierda de la desesperación y la derecha de la presunción, sería muy difícil para nosotros, si Cristo no dijera, Yo soy, dice, el camino, y la verdad, y la vida. Como si dijera, ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿A dónde quieres ir? Yo soy la verdad. ¿Dónde quieres permanecer? Yo soy la vida.

Caminemos, pues, seguros en el camino: pero temamos las insidias junto al camino. El enemigo no se atreve a acechar en el camino; porque Cristo es el camino: pero junto al camino ciertamente no cesa. Por eso también en el Salmo se dice: Junto a los senderos pusieron escándalos para mí (Sal. CXXXIX, 6). Y otra Escritura dice: Recuerda que caminas en medio de lazos (Ecli. IX, 20). Estos lazos entre los que caminamos, no están en el camino: pero sin embargo están junto al camino. ¿Qué temes, qué temes, si caminas en el camino? Teme entonces, si abandonas el camino. Pues por eso también se permite al enemigo poner lazos junto al camino, para que no se abandone el camino por la seguridad de la exaltación, y se caiga en las insidias.

CAPÍTULO II.

2. Cristo camino humilde. Fornicar del Señor. Cristo camino humilde: Cristo verdad y vida, Cristo excelso y Dios. Si caminas en lo humilde, llegarás a lo excelso. Si no desprecias al humilde siendo tú débil, permanecerás en lo excelso siendo muy fuerte. ¿Cuál es, en efecto, la causa de la humildad de Cristo, sino tu debilidad? Pues tu debilidad te asediaba de tal manera e irremediamente, y esto hizo que viniera a ti tan gran médico. Pues si estuvieras enfermo de tal manera que pudieras ir al médico, esa misma debilidad podría parecer tolerable. Pero como no podías ir a él, él vino a ti. Vino enseñando la humildad, por la cual regresamos: porque la soberbia no nos permitía regresar a la vida; y ella misma nos había hecho apartarnos de la vida. Pues el corazón humano se había exaltado contra Dios, y negligente en la misma salud de los preceptos saludables, el alma cayó en la debilidad: aprenda a escuchar débil lo que despreciaba fuerte. Escuche para levantarse, quien despreció para caer. Escuche finalmente, enseñada por la experiencia, lo que no quiso obtener por el precepto. Pues su miseria le enseñó qué mal es fornicar del Señor. Pues apartarse de aquel bien simple y singular, hacia esta multitud de placeres, hacia el amor del mundo y la corrupción terrenal, es fornicar del Señor. Y de alguna manera habló a la fornicaria para que regresara: muy a menudo por los Profetas increpa como a una fornicaria, no obstante no desesperada; porque tiene en su mano también la purificación de la fornicaria, quien increpa a la fornicaria.

CAPÍTULO III.

3. Reprensión del pecador, para que se confunda saludablemente. Pues no increpa así para insultar: sino que quiere llevar a la confusión, para sanar. La Escritura clamó vehementemente, y no halagó adulando a quienes quiso reparar sanando. Adúlteros, ¿no sabéis que el amigo de este mundo se constituye enemigo de Dios (Santiago IV, 4)? El amor del mundo adultera el alma, el amor del creador del mundo castifica el alma: pero a menos que se avergüence de la corrupción, no desea regresar a esos abrazos castos. Que se confunda para que regrese, quien se jactaba para no regresar. La soberbia, por tanto, impedía el regreso del alma. Pero quien increpa, no comete pecado, sino que muestra el pecado. Lo que el alma no quería ver, se le pone ante los ojos; y lo que deseaba tener detrás, se le acerca a la cara. Mírate en ti. ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo (Mat. VII, 3)? Se llama al alma a sí misma, que iba de sí. Así como iba de sí, así iba de su Señor. Pues se había mirado a sí misma, y se había complacido en sí misma, y se había hecho amante de su propio poder. Se apartó de Él, y no permaneció en sí: y de sí misma es

rechazada, y de sí misma es excluida, y se desliza hacia lo exterior. Ama el mundo, ama lo temporal, ama lo terrenal: que si se amara a sí misma, descuidando a quien la hizo, ya sería menos, ya decaería amando lo que es menos. Pues es menos ella misma que Dios; y mucho menos, tanto menos, cuanto menos es la cosa hecha que el hacedor. Por tanto, debía amarse a Dios; y debe amarse a Dios de tal manera, que, si es posible, nos olvidemos de nosotros mismos. ¿Quién, entonces, es este tránsito? El alma se olvidó de sí misma, pero amando el mundo: olvídense de sí, pero amando al artífice del mundo. Por tanto, expulsada también de sí, de alguna manera se perdió a sí misma, ni sabe ver sus propias obras: justifica sus iniquidades: se exalta y se enorgullece en la petulancia, en la lujuria, en los honores, en los poderes, en las riquezas, en la potencia de la vanidad. Es reprendida, corregida, se le muestra a sí misma, se desagrada a sí misma, confiesa su fealdad, desea la belleza, y quien iba desbordada, regresa confundida.

CAPÍTULO IV.

4. Odio al pecador con su amor. ¿Ora contra ella, o por ella, quien dice: Llena sus rostros de ignominia? Parece adversario, parece enemigo. Escucha lo que sigue, y ve si puede orar un amigo. Llena, dice, sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, Señor (Sal. LXXXII, 17). ¿Los odiaba, cuyos rostros deseaba llenar de ignominia? Ve cómo ama a aquellos a quienes quiere que busquen el nombre del Señor. ¿Los ama tanto, o los odia tanto? ¿O los odia y los ama? Más bien, los odia y los ama. Odia lo tuyo, te ama a ti. ¿Qué es, Odia lo tuyo, te ama a ti? Odia lo que hiciste, ama lo que hizo Dios. Pues ¿qué son lo tuyo sino los pecados? ¿Y qué eres tú, sino lo que hizo Dios, hombre a su imagen y semejanza? Desprecias lo que fuiste hecho, amas lo que hiciste. Amas fuera de ti tus obras, descuidas en ti la obra de Dios. Con razón vas, con razón te deslizas, con razón también te alejas de ti mismo: con razón escuchas, Espíritu que camina, y no regresa (Sal. LXXVII, 39). Escucha más bien al que llama, y dice, Convertíos a mí, y me convertiré a vosotros (Zac. I, 3). Pues Dios no se vuelve, ni se convierte: permaneciendo corrige, inmutable corrige. Se apartó, porque tú te apartaste. Tú hiciste la caída de Él, no Él hizo la caída de ti. Por tanto, escucha diciéndote, Convertíos a mí, y me convertiré a vosotros. Esto es, Me convierto a vosotros, porque os convertís a mí. Persigue las espaldas del que huye, ilumina el rostro del que regresa. Pues ¿a dónde huirás de Dios huyendo? ¿A dónde huirás huyendo de aquel que no está contenido en ningún lugar, y en ningún lugar está ausente? Quien libera al convertido, castiga al apartado. Tienes juez huyendo, ten padre regresando.

CAPÍTULO V.

5. El tumor de la humildad debe ser sanado con medicamento. Cristo es tanto camino como puerta. Pero la soberbia había hinchado, y con ese mismo tumor no podía regresar por lo angosto. Clama aquel que se hizo camino: Entrad por la puerta angosta (Mat. VII, 13). Intenta entrar, el tumor lo impide: y tanto más perniciosamente intenta, cuanto más lo impide el tumor. Pues la hinchazón lo atormenta en la estrechez; atormentado, sin embargo, se hinchará más; hinchado más, ¿cuándo entrará? Por tanto, que se deshinche. ¿De dónde se deshincha? Tome el medicamento de la humildad: beba contra el tumor una poción amarga, pero saludable; beba la poción de la humildad. ¿Por qué se estrecha? No lo permite la masa, no grande, sino hinchada. Pues la grandeza tiene solidez, el tumor tiene inflación. No se crea grande el hinchado: que se deshinche, para que sea grande, para que sea cierto, para que sea sólido. No desee estas cosas, no se gloríe de esta pompa de cosas pasajeras y corruptibles: escuche a aquel mismo que dijo, Entrad por la puerta angosta, diciendo, Yo soy el camino. Pues como si el hinchado preguntara, ¿Por dónde entraré? Yo soy el camino, dice; por mí

entra: no caminas sino por mí, para que entres por la puerta. Pues así como dijo, Yo soy el camino; así también, Yo soy la puerta (Juan X, 7). ¿Qué buscas por dónde regresar, a dónde regresar, por dónde entrar? Para que no yerres en ningún lugar, Él mismo se te ha hecho todo. Brevemente, pues, dice: Sé humilde, sé manso. Escuchemos esto diciéndolo muy claramente, para que veas cuál es el camino, cuál es el camino, a dónde es el camino. ¿A dónde quieres llegar? Ciertamente, tal vez por avaricia deseas poseer todo. Todo me ha sido entregado por mi Padre, dice (Mat. XI, 27). Tal vez dirás: A Cristo le ha sido entregado, ¿acaso a mí? Escucha al Apóstol diciendo: escucha, como dije hace un momento, para que no te rompas por la desesperación; escucha cómo fuiste amado no siendo digno de ser amado, escucha cómo fuiste amado siendo vil, feo, antes de que hubiera en ti lo que fuera digno de ser amado. Fuiste amado primero, para que fueras digno de ser amado. Pues Cristo, como dice el Apóstol, murió por los impíos (Rom. V, 6). ¿Acaso el impío merecía ser amado? Pregunto, ¿qué merecía el impío? Ser condenado, respondes. Sin embargo, Cristo murió por los impíos. He aquí lo que se te ha concedido siendo impío, ¿qué se reserva para ti siendo piadoso? ¿Qué se concedió al impío? Cristo murió por los impíos. Pero deseabas poseer todo: no lo busques por avaricia; busca esto por piedad, busca esto por humildad. Pues si lo buscas así, lo poseerás. Pues tendrás a aquel por quien fueron hechas todas las cosas, y con Él poseerás todo.

CAPÍTULO VI.

6. Cristo médico bebió el cáliz antes que el enfermo. No decimos esto como razonando. Escucha al mismo Apóstol diciendo: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas (Rom. VIII, 32)? Avaro, he aquí tienes todo. Todo lo que amas, para que no seas impedido por Cristo, desprecia, y ten a Él en quien puedes poseer todo. Por tanto, el médico no necesitando tal medicamento, sin embargo, para exhortar al enfermo, bebió lo que no le era necesario: como si hablara al que se niega, y levantara al que tiembla, bebió primero. El cáliz, dice, que yo he de beber (Mat. XX, 22): que en mí no tengo lo que de ese cáliz se sane, sin embargo, he de beber, para que tú no te niegues a beber, a quien le es necesario beber. Ahora vean, hermanos, si debe enfermar más el género humano habiendo recibido tan gran medicina. ¿Ya humilde Dios y aún soberbio el hombre? Que escuche, que aprenda. Todo me ha sido entregado por mi Padre. Si deseas todo, conmigo lo tendrás: si deseas al Padre, por mí lo tendrás, y en mí lo tendrás. Nadie conoce al Padre, sino el Hijo. No desesperes: ven al Hijo. Escucha lo que sigue: Y a quien el Hijo quiera revelarlo. Decías, No puedo. Me llamas por lo angosto: no puedo entrar por lo angosto. Venid, dice, a mí, todos los que estáis trabajados y cargados. Tu carga es tu tumor. Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí.

CAPÍTULO VII.

7. Cristo quiere que aprendamos de Él, no a hacer maravillas, sino a ser humildes. Clama el maestro de los ángeles, clama el Verbo de Dios, con el cual se alimentan sin defecto todas las mentes racionales, alimento que restaura y permanece íntegro, clama y dice: Aprended de mí. Que el pueblo escuche al que dice: Aprended de mí. Que responda: ¿Qué aprendemos de ti? Pues de un gran artífice esperamos escuchar algo, cuando dice: Aprended de mí. ¿Quién es el que dice: Aprended de mí? El que formó la tierra, el que dividió el mar y la tierra seca, el que creó las aves, el que creó los animales terrestres, el que creó todos los seres acuáticos, el que puso las estrellas en el cielo, el que distinguió el día de la noche, el que afirmó el mismo

firmamento, el que separó la luz de las tinieblas, Él mismo dice: Aprended de mí. ¿Acaso nos dirá esto para que hagamos estas cosas con Él? ¿Quién puede hacer esto? Solo Dios lo hace. No temas, dice, no te sobrecargo. Aprende de mí lo que por ti me he hecho. Aprended de mí, dice, no a formar la criatura, que por mí fue hecha. Ni siquiera digo que aprendáis aquellas cosas que he dado a algunos a quienes quise, no a todos, resucitar muertos, iluminar ciegos, abrir los oídos de los sordos: ni siquiera queráis aprender esto de mí como algo grande. Los discípulos, gozosos y exultantes, regresaron diciendo: Mira, en tu nombre incluso los demonios se nos someten. El Señor les dijo: No os regocijéis en esto, porque los demonios se os someten: regocijaos más bien porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 17, 20). A quienes quiso, les dio el poder de expulsar demonios, les dio a quienes quiso resucitar muertos. Estos milagros ocurrieron incluso antes de la encarnación del Señor: los muertos fueron resucitados, los leprosos fueron limpiados; leemos esto (IV Reg. IV, V). ¿Y quién lo hizo entonces, sino aquel que después fue hombre Cristo después de David, pero Dios Cristo antes de Abraham? Él mismo dio todo esto, Él mismo lo hizo a través de los hombres: sin embargo, no dio esto a todos. ¿Acaso aquellos a quienes no dio deben desesperar y decir que no pertenecen a Él porque no merecieron recibir estos dones? En el cuerpo hay miembros: un miembro puede hacer una cosa, otro otra. Dios compuso el cuerpo, no dio al oído para ver, ni al ojo para oír, ni a la frente para oler, ni a la mano para gustar; no dio esto: pero a todos los miembros les dio salud, les dio cohesión, les dio unidad, vivificó y unió todo con el espíritu. Así, pues, no dio a algunos el poder de resucitar muertos, a otros no dio el poder de argumentar: sin embargo, ¿qué dio a todos? Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 27-29). Porque hemos escuchado al que dice: Soy manso y humilde de corazón: hermanos míos, toda nuestra medicina es esta, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. ¿De qué sirve si hace milagros y es orgulloso, no es manso y humilde de corazón? ¿No será contado entre aquellos que vendrán al final y dirán: ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Pero, ¿qué escucharán? No os conozco. Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad (Mat. VII, 22, 23).

CAPÍTULO VIII.

8. Caridad sin hinchazón. ¿De qué sirve entonces que aprendamos? Porque soy manso, dice, y humilde de corazón. Inserta la caridad, y la caridad más genuina, sin confusión, sin hinchazón, sin altivez, sin engaño: esto inserta el que dice, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. ¿Cuándo puede tener la caridad más sincera el orgulloso y engreído? Es necesario que envidie. ¿Acaso el que envidia ama, y nosotros estamos equivocados? No permita que alguien se equivoque así, que diga que el envidioso tiene caridad. Entonces, ¿qué dice el Apóstol? La caridad no envidia. ¿Por qué no envidia? No se hincha (I Cor. XIII, 4): inmediatamente añadió la causa, de donde quitó la envidia a la caridad. Porque no se hincha, no envidia. Primero dijo, La caridad no envidia: pero como si preguntaras, ¿Por qué no envidia? añadió, No se hincha. Si, por tanto, envidia porque se hincha; si no se hincha, no envidia. Si la caridad no se hincha, y por eso no envidia; inserta la caridad el que dice, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.

9. Sin caridad no sirven otros dones de Dios. Ya cualquiera tenga lo que quiera, se jacte de lo que quiera. Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. ¿Qué hay más sublime que el don de lenguas diversas? Es metal, es címbalo que retiñe, si quitas la caridad. Escucha otros dones: Si supiera todos los misterios. ¿Qué hay más excelente? ¿Qué hay más magnífico? Escucha aún otra cosa: Si tuviera toda profecía y toda fe, de tal manera que trasladara montañas, pero

no tengo caridad, nada soy. Se acercó a cosas más grandes, hermanos. ¿Qué más dijo? Si distribuyera todos mis bienes a los pobres. ¿Qué puede hacerse más perfecto? Ya que al rico por perfección el Señor le mandó esto, diciendo: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres. ¿Ya es perfecto, porque vendió todo lo suyo, y lo dio a los pobres? No: por eso añadió, Y ven, sígueme. Vende todo, dice, da a los pobres, y ven, sígueme. ¿Por qué te sigo? Ya vendí todo, distribuí a los pobres, ¿no soy perfecto? ¿Qué necesidad hay de seguirte? Sígueme, para que aprendas que soy manso y humilde de corazón. Pues alguien puede vender todo lo suyo, y darlo a los pobres, y aún no ser manso, aún no ser humilde de corazón. Ciertamente puede. Pues si distribuyera todos mis bienes a los pobres. Y aún escucha. Pues algunos, dejando todo lo que tenían, ya siguieron al Señor, pero aún no lo siguieron perfectamente (seguir perfectamente es imitar), no pudieron soportar la tentación de la pasión. Ya Pedro, hermanos, era de aquellos que habían dejado todo, y habían seguido al Señor. Pues cuando el rico se fue con tristeza, donde los discípulos perturbados preguntaron quién entonces podría ser perfecto, y el Señor los consoló, dijeron al Señor: Mira, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, nos será dado? (Mat. XIX, 21-29). Y el Señor les dijo qué les daría aquí, qué les reservaría en el futuro. Sin embargo, este ya era de su número, que había hecho estas cosas. Pero cuando llegó el momento de la pasión, a la voz de una criada lo negó tres veces, con quien había prometido morir.

CAPÍTULO IX.

10. A la perfección y a la caridad se llega imitando a Cristo. Preste atención, pues, vuestra Caridad: Ve, dice, vende todo lo que tienes, da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Pedro es perfecto, ya con el Señor sentado en el cielo a la derecha del Padre, entonces es perfecto y maduro. A la pasión, pues, cuando seguía al Señor, no era perfecto: pero cuando comenzó a no estar en la tierra a quien seguir, entonces fue perfecto. Más bien, siempre tienes ante ti a quien seguir: el Señor puso el ejemplo en la tierra, cuando te dejó el Evangelio, en el Evangelio está contigo. Pues no mintió, diciendo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Id. XXVIII, 20). Por tanto, sigue al Señor. ¿Qué es seguir al Señor? Imitar al Señor. ¿Qué es imitar al Señor? Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Porque si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 1-3). Exhorto, pues, a vuestra Caridad a esa misma caridad: pero no exhortaría a la caridad, si no fuera con alguna caridad. Lo que, pues, ha comenzado, exhorto a que se complete; y lo que ha comenzado, ruego que se perfeccione. Y os ruego que oréis por mí, para que en mí se perfeccione lo que os aconsejo. Pues todos somos imperfectos, y allí seremos perfeccionados donde todas las cosas son perfectas. El apóstol Pablo dice: Hermanos, yo no me considero haberlo alcanzado. Él mismo dice: No que ya lo haya recibido, o que ya sea perfecto (Philipp. III, 13, 12). ¿Y se atreve algún hombre a jactarse de perfección? Más bien confesemos nuestra imperfección, para que merezcamos la perfección.

SERMO CXLIII. De las palabras del Evangelio de Juan, En verdad os digo, os conviene que yo me vaya, etc. Cap. XVI V. 7-11.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe en Cristo es necesaria para la justificación. La medicina de todas las heridas del alma, y la única propiciación por los pecados de los hombres, es creer en Cristo: ni nadie puede ser limpiado, ya sea del pecado original, que heredó de Adán, en el cual todos pecaron, y se hicieron hijos de ira por naturaleza; o de los pecados que añadieron al no resistir la

concupiscencia carnal, sino siguiéndola y sirviéndola en vicios y crímenes; a menos que por la fe se unan y se integren al cuerpo de aquel que fue concebido sin ninguna atracción carnal y deleite mortal, ni su madre lo alimentó en el útero en delitos, y no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Petr. II, 22). Pues creyendo en Él, se hacen hijos de Dios; porque nacen de Dios por la gracia de la adopción, que está en la fe de Jesucristo nuestro Señor. Por lo tanto, queridos, con razón el mismo Señor y Salvador nuestro dice que este es el único pecado del que el Espíritu Santo acusa al mundo, porque no creen en Él. En verdad, os digo, os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros: pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, porque no creyeron en mí: de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis: de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado.

CAPÍTULO II.

2. ¿Por qué solo se acusa el pecado de incredulidad en Cristo? Por tanto, quiso que el mundo fuera acusado de este único pecado, que no creen en Él: evidentemente porque creyendo en Él se perdonan todos los pecados, quiso que se imputara solo este, por el cual se retienen los demás. Y porque creyendo nacen de Dios, y se hacen hijos de Dios: Pues dio, dice, a ellos el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en Él (Juan I, 12). Por tanto, el que cree en el Hijo de Dios, en cuanto se adhiere a Él, y también se hace hijo y heredero de Dios por adopción, coheredero de Cristo, en tanto no peca. Por eso dice Juan: El que ha nacido de Dios, no peca (I Juan III, 9). Y por eso el pecado del que el mundo es acusado es este, que no creen en Él. Este es el pecado del que también dice: Si no hubiera venido, no tendrían pecado (Juan XV, 22). ¿Acaso no tenían otros innumerables pecados? Pero con su venida, este único pecado se añadió a los incrédulos, por el cual se retienen los demás. En los creyentes, porque este único faltó, se hizo que todos fueran perdonados a los creyentes. Y no por otra razón el apóstol Pablo dice: Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Rom. III, 23); para que el que crea en Él, no sea confundido (Id. IX, 33): como también dice el Salmo: Acercaos a Él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no serán confundidos (Sal. XXXIII, 6). Por tanto, el que se gloria en sí mismo, será confundido: pues no será hallado sin pecados. Por tanto, solo aquel no será confundido, que se gloria en el Señor. Pues todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. Por tanto, cuando hablaba de la incredulidad de los judíos, no dijo: Pues si algunos de ellos pecaron, ¿acaso su pecado anulará la fidelidad de Dios? Pues, ¿cómo diría, Si algunos de ellos pecaron; cuando él mismo dijo, Pues todos pecaron? Pero dijo, Si algunos de ellos no creyeron, ¿acaso su incredulidad anulará la fidelidad de Dios? (Rom. III, 3). Para mostrar más claramente este pecado, por el cual se cierra contra los demás, para que no sean perdonados por la gracia de Dios. De este único pecado, por la venida del Espíritu Santo, es decir, por el don de la misma gracia que se da a los fieles, el mundo es acusado, diciendo el Señor, De pecado, porque no creyeron en mí.

CAPÍTULO III.

3. El gran don del Espíritu Santo después de la ascensión de Cristo. No sería un gran mérito de los creyentes y una gloriosa bienaventuranza, si el Señor siempre apareciera a los ojos humanos en su cuerpo resucitado. Por tanto, el Espíritu Santo trajo este gran don a los que creerían, para que a quien no verían con los ojos carnales, lo anhelaran con una mente sobria de deseos carnales y embriagada de deseos espirituales. Por eso, aquel discípulo que dijo que no creería, a menos que tocara con su mano las cicatrices de Él, cuando tocó el cuerpo del Señor, como despertando, exclamó: ¡Señor mío y Dios mío! El Señor le dijo: Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron (Juan XX, 25-29). Esta

bienaventuranza la trajo el Espíritu Santo, el Paráclito, para que, removida de los ojos de la carne la forma de siervo, que tomó del vientre de la virgen, se dirigiera la purificada mirada de la mente a la misma forma de Dios, en la cual permaneció igual al Padre incluso cuando se dignó aparecer en la carne: para que, lleno del mismo Espíritu, el Apóstol dijera: Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Porque también la carne de Cristo no la conoce según la carne, sino según el espíritu, quien reconoce la virtud de su resurrección, no tocando con curiosidad, sino creyendo con certeza: no diciendo en su corazón, ¿Quién subirá al cielo? esto es, hacer descender a Cristo; o, ¿Quién descenderá al abismo? esto es, hacer subir a Cristo de entre los muertos. Sino que está cerca, dice, la palabra en tu boca, porque el Señor es Jesús: y si creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 6-10). Estas, hermanos, son palabras del Apóstol, rebosando de la santa embriaguez del mismo Espíritu Santo.

CAPÍTULO IV.

4. La justicia de la fe por el Espíritu Santo después del retiro de Cristo. Pues si no tuviéramos de ninguna manera esta bienaventuranza, por la cual no vemos y creemos, si no la recibiéramos del Espíritu Santo; con razón se dijo: Os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros: pero si me voy, os lo enviaré. Siempre está con nosotros en su divinidad: pero si no se fuera corporalmente de nosotros, siempre veríamos su cuerpo carnalmente, y nunca creeríamos espiritualmente; por cuya fe justificados y bienaventurados, mereceríamos contemplar con el corazón purificado al mismo Verbo Dios con Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y que se hizo carne para habitar entre nosotros. Y si no se cree con la mano tocando, sino con el corazón para justicia; correctamente se acusa al mundo de nuestra justicia, que no quiere creer sino lo que ve. Pero para que tengamos la justicia de la fe, de la cual el mundo es acusado incrédulo, por eso el Señor dijo: De justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis. Como si dijera: Esta será vuestra justicia, que creáis en mí como mediador, a quien resucitado sabréis con certeza que ha ido al Padre, aunque no lo veáis carnalmente; para que reconciliados por Él, podáis ver a Dios espiritualmente. Por eso, a la mujer que llevaba la figura de la Iglesia, cuando después de la resurrección se postró a sus pies, le dijo: No me toques, porque aún no he subido al Padre (Juan XX, 17). Lo cual se entiende dicho mística y espiritualmente. No me creas carnalmente por el contacto corporal: pero me creerás espiritualmente, es decir, me tocarás con fe espiritual, cuando haya subido al Padre. Porque bienaventurados los que no ven, y creen. Y esta es la justicia de la fe, de la cual el mundo, careciendo, es acusado por nosotros que no carecemos de ella: porque el justo vive por la fe (Habac. II, 4; Rom. I, 17). Ya sea porque en Él resucitamos, y en Él venimos al Padre invisiblemente y somos perfeccionados en justificación; o porque no viendo y creyendo vivimos por la fe, porque el justo vive por la fe: por eso dijo, De justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis.

CAPÍTULO V.

5. La infidelidad del mundo es inexcusable. El mundo no puede excusarse diciendo que el diablo le impide creer en Cristo. Porque para los creyentes, el príncipe de este mundo es expulsado (Juan XII, 31), de modo que ya no actúa en los corazones de los hombres que Cristo ha comenzado a poseer por la fe; como actúa en los hijos de la desobediencia (Efesios II, 2), a quienes a menudo incita para tentar y tribular a los justos. Porque ha sido expulsado aquel que dominaba desde dentro, ahora lucha desde fuera. Aunque, por sus persecuciones, el

Señor dirige a los mansos en el juicio (Salmo XXIV, 9); sin embargo, ya ha sido juzgado al ser expulsado. Y de este juicio el mundo es acusado: porque en vano se queja del diablo quien no quiere creer en Cristo, a quien, juzgado, es decir, expulsado, y permitido que nos ataque desde fuera para nuestra ejercitación, no solo hombres, sino también mujeres, niños y niñas mártires han vencido. Pero, ¿en qué han vencido, sino en aquel en quien creyeron, y a quien amaron sin haberlo visto, y bajo cuyo dominio en sus corazones carecieron del peor dominador? Y todo esto por gracia, es decir, por el don del Espíritu Santo. Por tanto, con razón el mismo Espíritu acusa al mundo, de pecado, porque no cree en Cristo; y de justicia, porque quienes quisieron creyeron, aunque no vieron en quien creyeron; y por su resurrección también esperaron ser perfeccionados en la resurrección: y de juicio, porque si quisieran creer, no serían impedidos por nadie, ya que el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Por qué solo se acusa el pecado de incredulidad. El Espíritu Santo se llama gracia de Dios. Cuando nuestro Señor y Salvador Jesucristo hablaba del advenimiento del Espíritu Santo, que prometió enviar y envió, dijo entre otras cosas: Él acusará al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Y no cambió de tema después de decir esto, sino que se dignó explicarlo con más detalle. De pecado, dijo, porque no creyeron en mí; de justicia, porque voy al Padre; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado. Surge entonces en nosotros el deseo de entender por qué el pecado de los hombres parece ser solo no creer en Cristo, de modo que solo de esto dijo que el Espíritu Santo acusaría al mundo: si bien es evidente que además de esta infidelidad hay muchos otros pecados de los hombres, ¿por qué el Espíritu Santo acusa al mundo solo de esto? ¿Acaso porque todos los pecados se mantienen por la infidelidad y se perdonan por la fe; por eso Dios imputa este único pecado sobre los demás, por el cual los demás no se perdonan, mientras el hombre soberbio no cree en el Dios humilde? Pues está escrito: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). La gracia de Dios es el don de Dios. Y el mayor don es el mismo Espíritu Santo; por eso se llama gracia. Porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos III, 23); porque por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, en la cual todos pecaron (Id. V, 12): por eso es gracia, porque se da gratuitamente. Se da gratuitamente porque no se otorga como recompensa tras la evaluación de méritos, sino que se da como don tras el perdón de los delitos.

CAPÍTULO II.

2. Creer en Cristo y creer a Cristo son diferentes. Por tanto, los infieles, es decir, los amantes del mundo, son acusados de pecado: pues ellos son significados por el nombre de mundo. Porque cuando se dice, Acusará al mundo de pecado; no es por otra cosa que porque no creyeron en Cristo. Si este pecado no existiera, no quedaría ningún pecado, porque al justo que vive por la fe todo se le perdona. Pero hay una gran diferencia entre creer que Cristo es y creer en Cristo. Pues los demonios también creyeron que él era Cristo, pero no creyeron en Cristo. Aquel que cree en Cristo es quien espera en Cristo y ama a Cristo. Porque si tiene fe sin esperanza y sin amor, cree que Cristo es, pero no cree en Cristo. Quien cree en Cristo, creyendo en Cristo, Cristo viene a él, y de algún modo se une a él, y se convierte en miembro de su cuerpo. Lo cual no puede suceder sin que también se añadan la esperanza y la caridad.

3. Justicia de la que el mundo es acusado. ¿Qué significa también lo que dice, De justicia, porque voy al Padre? Y primero hay que preguntarse, si el mundo es acusado de pecado, ¿por qué también de justicia? ¿Qué puede ser acusado justamente de justicia? ¿Acaso el mundo es

acusado de su pecado, pero de la justicia de Cristo? No veo qué otra cosa pueda entenderse: ya que, De pecado, dijo, porque no creyeron en mí; de justicia, porque voy al Padre. Ellos no creyeron, él va al Padre. Por tanto, el pecado es de ellos, pero la justicia es de él. Pero, ¿por qué quiso nombrar la justicia solo en que va al Padre? ¿Acaso no es justicia también que vino del Padre aquí? ¿O es más bien misericordia que vino del Padre a nosotros, y justicia que va al Padre?

CAPÍTULO III.

4. Justicia porque Cristo va al Padre, por qué. Así, hermanos, creo que debemos proceder, para que en la profundidad de las Escrituras, donde quizás se oculta algo que debe ser oportunamente revelado, busquemos juntos fielmente, para que merezcamos encontrar saludablemente. ¿Por qué llama justicia a que va al Padre, y no también a que vino del Padre? ¿Acaso porque es misericordia que vino, por eso es justicia que va: para que aprendamos que en nosotros no puede cumplirse la justicia si somos perezosos en otorgar misericordia, no buscando lo nuestro, sino también lo de los demás? Cuando el Apóstol advirtió esto, inmediatamente añadió el ejemplo del mismo Señor: Nada, dijo, por contienda, ni por vana gloria; sino en humildad, considerando cada uno a los demás superiores a sí mismo; no mirando cada uno por lo suyo, sino también por lo de los demás. Luego añadió: Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en condición de hombre: se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Esta es la misericordia por la cual vino del Padre. ¿Cuál es entonces la justicia por la cual va al Padre? Sigue diciendo: Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses II, 3-11). Esta es la justicia por la cual va al Padre.

CAPÍTULO IV.

5. Solo Cristo asciende al cielo. Cristo es uno con la cabeza y los miembros. Cristo es uno con el Padre de una manera, y uno con nosotros de otra. Pero si solo él va al Padre, ¿de qué nos sirve a nosotros? ¿Por qué el Espíritu Santo acusa al mundo de esta justicia? Y sin embargo, si no fuera solo él quien va al Padre, no diría en otro lugar: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Pero también el apóstol Pablo dice: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III, 20). ¿Por qué esto? Porque también dice: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses III, 1-3). ¿Cómo entonces él solo? ¿Acaso por eso solo, porque Cristo es uno con todos sus miembros, como la cabeza con su cuerpo? ¿Y qué es su cuerpo, sino la Iglesia? Como dice el mismo doctor: Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en particular (I Corintios XII, 27). Por tanto, cuando caímos, y por nosotros él descendió, ¿qué significa, Nadie ha subido, sino el que descendió; sino que nadie ha subido, sino aquel que se ha hecho uno con él, y como miembro unido en su cuerpo que descendió? Así también dice a los discípulos: Porque sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Porque de una manera es uno con el Padre, y de otra manera es uno con nosotros. Es uno con el Padre, porque una es la sustancia del Padre y del Hijo: es uno con el Padre, porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Pero se hizo uno con nosotros,

porque se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo: se hizo uno con nosotros, según la descendencia de Abraham, en la cual serán bendecidas todas las naciones. Cuando el Apóstol recordó esto, dijo: No dice, Y a las simientes, como si hablase de muchos; sino como de uno, Y a tu simiente, que es Cristo. Y porque también nosotros pertenecemos a lo que es Cristo, siendo incorporados y adheridos a esa cabeza, Cristo es uno: y porque también nos dice, Entonces sois simiente de Abraham, herederos según la promesa (Gálatas III, 16, 29). Porque si una es la simiente de Abraham, y esa única simiente de Abraham no se entiende sino como Cristo; pero esta simiente de Abraham también somos nosotros: por tanto, todo esto, es decir, la cabeza y el cuerpo, es un solo Cristo.

CAPÍTULO V.

6. Cómo la justicia de Cristo es nuestra. Y por eso no debemos considerarnos separados de aquella justicia que el mismo Señor menciona, diciendo: De justicia, porque voy al Padre. Porque con Cristo también hemos resucitado, y estamos con nuestra cabeza Cristo, por ahora en fe y esperanza: pero nuestra esperanza se completará en la última resurrección de los muertos. Y cuando nuestra esperanza se complete, entonces también se completará nuestra justificación. El Señor, al completar esto, nos mostró qué debemos esperar en su carne (es decir, en nuestra cabeza), en la cual resucitó y ascendió al Padre. Porque así está escrito: Fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación (Romanos IV, 25). Por tanto, el mundo es acusado de pecado, en aquellos que no creen en Cristo: y de justicia, en aquellos que resucitan en los miembros de Cristo. De donde se dijo: Para que nosotros seamos justicia de Dios en él (II Corintios V, 21). Porque si no es en él, de ninguna manera es justicia. Pero si es en él, todo con nosotros va al Padre, y esta justicia perfecta se cumplirá en nosotros. Por esto también el mundo es acusado de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado: es decir, el diablo, príncipe de los inicuos, que en su corazón no habitan sino en este mundo, que aman, y por eso son llamados mundo; como nuestra ciudadanía está en los cielos, si hemos resucitado con Cristo. Por tanto, así como con nosotros, es decir, con su cuerpo, Cristo es uno: así con todos los impíos de los cuales es cabeza, con un cierto cuerpo suyo, el diablo es uno. Por lo tanto, así como no nos separamos de la justicia, de la cual el Señor dijo, Porque voy al Padre: así los impíos no se separan de aquel juicio, del cual dijo, Porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.

SERMO CXLV. De las palabras del Evangelio de Juan, cap. XVI, V. 24, Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Y de las palabras de Lucas, cap. X, V. 17, 20, Señor, he aquí en tu nombre los demonios se nos sujetan.

1. Cómo conciliar el pasaje de Juan con las palabras de Lucas. Cuando se leía el santo Evangelio, escuchamos algo que realmente debe mover a toda alma atenta a buscar, no a desfallecer. Porque quien no se mueve, no cambia. Pero hay un movimiento peligroso, del cual está escrito, No permitas que mis pies resbalen (Salmo LXV, 9). Sin embargo, hay otro movimiento del que busca, llama, pide. Lo que se leyó, todos lo escuchamos: pero creo que no todos lo entendimos. Recuerdo que busquéis conmigo, pidáis conmigo, llaméis conmigo. Porque la gracia del Señor estará presente, como esperamos, para que, cuando quiera ministrarnos, también yo merezca recibir. ¿Qué es, os ruego, lo que escuchamos que el Señor dijo a sus discípulos: Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre? ¿No habla a esos discípulos a quienes, cuando envió, les dio poder para predicar el Evangelio y hacer grandes obras, y regresaron gozosos y le dijeron: Señor, he aquí en tu nombre los demonios se nos sujetan? Reconocéis, recordáis, lo que he mencionado del Evangelio, en todo lugar y en toda sentencia veraz, nunca falso, nunca engañoso. ¿Cómo es entonces verdad, Hasta ahora nada

habéis pedido en mi nombre; y, Señor, he aquí en tu nombre los demonios se nos sujetan? Ciertamente mueve el ánimo, para conocer el secreto de esta cuestión. Por tanto, pidamos, busquemos, llamemos. Esto en nosotros es fiel piedad, no inquietud de la carne, sino sumisión del alma; para que él nos abra, que nos ve llamando.

2. A los que temen se les oculta la dulzura de Dios, a los que esperan se les revela. ¿Qué dará entonces el Señor para ministrarnos, atentos, es decir, hambrientos recibid: lo que cuando diga, sin duda probaréis con sanos sentidos del corazón lo que se os sirva del almacén del Señor. El Señor Jesús sabía de qué puede saciarse el alma humana, es decir, la mente racional hecha a imagen de Dios, como si se saciara con eso mismo. Sabía esto, y sabía que aún carecía de esa plenitud. Sabía que se mostraba, sabía que se ocultaba. Sabía qué se demostraba en él, qué se ocultaba. Sabía esto. Cuán grande, dice el Salmo, es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido a los que te temen, pero has perfeccionado a los que esperan en ti (Salmo XXX, 20). Tu dulzura, tanto grande como abundante, la has escondido a los que te temen. Si la escondes a los que te temen, ¿a quiénes la revelas? La has perfeccionado a los que esperan en ti. Ha surgido una doble cuestión, pero una se resuelve con la otra. Si alguien pregunta, ¿qué es esto, La has escondido a los que te temen, la has perfeccionado a los que esperan en ti? ¿Son unos los que temen, otros los que esperan? ¿No son los mismos los que temen a Dios, los que esperan en Dios? ¿Quién espera en él, que no le teme? ¿Quién le teme piadosamente, y no tiene esperanza en él? Por tanto, primero resolvamos esto. De los que esperan y temen quiero decir algo.

3. Temor bajo la Ley, esperanza bajo la gracia. La Ley tiene temor, la gracia esperanza. ¿Cuál es la diferencia entre la Ley y la gracia, siendo que hay un solo dador de ambas? La Ley aterroriza al que presume de sí mismo, la gracia ayuda al que espera en Dios. La Ley, digo, aterroriza: no la desprecien, porque es breve; considérenla, y es grande. Vean lo que he dicho, tomen lo que ministramos, prueben de dónde lo tomamos. La Ley aterroriza al que presume de sí mismo, la gracia ayuda al que espera en Dios. ¿Qué dice la Ley? Muchas cosas, ¿y quién las enumera? Recuerdo un pequeño y modesto precepto de ella, que el Apóstol recordó, muy pequeño: veamos quién lo soporta. No codiciarás. ¿Qué es esto, hermanos? Hemos escuchado la Ley; si no hay gracia, has escuchado tu condena. ¿Qué me presumes, tú que escuchas esto y presumes de ti mismo, qué me presumes de tu inocencia? ¿Por qué te halagas con ella? Puedes decir: No he robado bienes ajenos: lo escucho, lo creo, tal vez incluso lo veo; no robas bienes ajenos, has escuchado: No codiciarás. No me acerco a la esposa ajena: también lo escucho, lo creo, lo veo. Has escuchado: No codiciarás. ¿Por qué miras afuera y no miras dentro de ti? Mira dentro, y verás otra ley en tus miembros. Mira dentro, ¿por qué te pasas por alto? Desciende en ti. Verás otra ley en tus miembros que lucha contra la ley de tu mente, y te lleva cautivo a la ley del pecado que está en tus miembros. Con razón se te oculta la dulzura de Dios. Te lleva cautivo la ley puesta en tus miembros, que lucha contra la ley de tu mente. De esa dulzura que se te oculta, beben los santos ángeles: no puedes soportar ni gustar la dulzura estando cautivo. No conocías la concupiscencia, si la Ley no dijera: No codiciarás. Has escuchado, temiste; intentaste luchar, no pudiste vencer. Porque tomando ocasión, el pecado, por el mandamiento, obró la muerte. Ciertamente lo reconocen, son palabras del Apóstol: Tomando ocasión, el pecado, por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia. ¿De qué te jactabas, soberbio? He aquí que el enemigo te venció con tus propias armas. Ciertamente buscabas el mandamiento para advertencia: he aquí que por el mandamiento el enemigo encontró ocasión de entrar. Porque tomando ocasión, el pecado, por el mandamiento, me engañó, dice, y por él me mató. ¿Qué es lo que dije, que el enemigo te venció con tus propias armas? Escucha al mismo apóstol que sigue diciendo: Así que la Ley

es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Ahora responde a los que critican la Ley: responde con la autoridad del Apóstol, el mandamiento es santo, la ley es santa, el mandamiento justo y bueno. ¿Entonces lo que es bueno se me ha hecho muerte? De ninguna manera: sino que el pecado, para que aparezca, por lo bueno me obró la muerte (Rom. VII, 7-13, 23). ¿Por qué esto, sino porque al recibir el mandamiento temiste, no amaste? Temiste el castigo, no amaste la justicia. Quien teme el castigo, desea, si es posible, hacer lo que le plazca, y no tener lo que teme. Dios prohíbe el adulterio; codiciaste a la esposa ajena, no te acercas, no lo haces, se te da la ocasión, tienes tiempo, el lugar está abierto, falta un testigo, sin embargo, no lo haces; ¿por qué? Porque temes el castigo. Pero nadie lo sabrá. ¿Acaso tampoco Dios? Así es, porque Dios sabe lo que vas a hacer, no lo haces: pero también a Dios que amenaza temes, no al que manda amas. ¿Por qué no lo haces? Porque si lo haces, serás enviado al infierno. Temes el fuego. Oh, si amaras la castidad, no lo harías, aunque de todos modos debieras quedar impune. Si Dios te dijera: He aquí, hazlo, no te condenaré; no te condenaré al infierno, pero te negaré mi rostro. Si por esta amenaza no lo hicieras, no lo harías por amor a Dios, no por temor al juicio. Pero lo harías, tal vez lo harías así: no es mío juzgar. La gracia ayuda, que hace santos, si no lo haces así, porque aborreces la contaminación del adulterio, porque amas al que manda, para exigir al que promete, no porque temes al que condena: ya es de la gracia, no te lo atribuyas, no lo atribuyas a tus fuerzas. Lo haces por deleite, bien; lo haces por caridad, bien; lo apruebo, lo consiento. La caridad obra en ti, cuando lo haces voluntariamente. Ya gustas la dulzura, si esperas en el Señor.

4. La caridad no es de nosotros, sino de Dios. Pero, ¿de dónde te viene esa caridad? si es que la tienes: temo que aún no la hagas por temor, y te parezcas grande. Ya si no lo haces por caridad, eres verdaderamente grande. ¿Tienes caridad? Tengo, dices. ¿De dónde? De mí mismo. Estás lejos de la dulzura, si la tienes de ti mismo. Te amarás a ti mismo; porque amarás de donde la tienes. Pero te convengo de que no la tienes. Porque lo que crees tener de ti mismo, por eso no creo que lo tengas. Si la tuvieras, sabrías de dónde la tienes. ¿Tienes caridad de ti mismo, como si fuera algo leve, como si fuera algo breve? Si hablaras las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuvieras caridad, serías como un metal que resuena o un címbalo que retiñe. Si supieras todos los misterios y tuvieras toda la ciencia, toda la profecía y toda la fe, de modo que trasladaras montañas, pero no tuvieras caridad, nada te aprovecharía. Si distribuyeras todos tus bienes a los pobres, y entregaras tu cuerpo para ser quemado, pero no tuvieras caridad, nada serías (I Cor. XIII, 1-3). ¿Cuán grande es esa caridad, que si falta, nada aprovecha todo? Compárala no con tu fe, no con tu ciencia, no con tu lengua; compárala con cosas menores, con el ojo de tu cuerpo, con la mano, con el pie, con el vientre, con algún miembro extremo; ¿acaso alguna de estas cosas mínimas se puede comparar con la caridad? Entonces, ¿tienes el ojo y la nariz de Dios, y la caridad de ti mismo? Si la caridad, que supera todo, te la diste a ti mismo, has hecho vil a Dios para ti. ¿Qué más puede darte Dios? Lo que sea que te dé, es menos. Todo lo vence la caridad, que tú te diste. Pero si la tienes, no te la diste. ¿Qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? ¿Quién me la dio a mí, quién te la dio a ti? Dios. Reconoce al dador, para que no sientas al condenador. Creyendo en las Escrituras, Dios te dio la caridad, un gran bien, la caridad que supera todo. Dios te la dio: porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones; ¿acaso de ti? de ninguna manera; por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5).

5. La presunción del hombre por la Ley, la cautividad por la gracia se elimina. Regresen conmigo a aquel cautivo, regresen conmigo a mi proposición. La Ley aterroriza al que presume de sí mismo, la gracia ayuda al que espera en Dios. Mira a aquel cautivo. Ve otra ley

en sus miembros que lucha contra la ley de su mente y lo lleva cautivo a la ley del pecado que está en sus miembros. He aquí que es vencido, he aquí que es arrastrado, he aquí que es cautivado, he aquí que es subyugado. ¿De qué le sirvió, No codiciarás? Escuchó, No codiciarás, para conocer al enemigo, no para vencerlo. Porque la concupiscencia, es decir, su enemigo, no la conocía, si la Ley no dijera, No codiciarás. Ya viste al enemigo; lucha, libérate, afirmate en la libertad; que se reprima la sugestión placentera, que se elimine el deleite ilícito. Ármate, tienes la ley; avanza, vence, si puedes. ¿Qué es lo que con alguna gracia de Dios ya te deleitas en la ley de Dios según el hombre interior? Pero ves otra ley en tus miembros que lucha contra la ley de tu mente: no luchando y sin valer nada, sino llevándote cautivo a la ley del pecado. He aquí por qué se te oculta esa multitud de dulzura: se oculta al que teme, ¿cómo se perfecciona al que espera? Clama bajo el enemigo, porque tienes un adversario, tienes también un ayudador que te espera luchando, te levanta trabajando; pero si encuentra a alguien que espera: porque odia al soberbio. Bajo el enemigo, ¿qué clamas? Miserable de mí. Ya ven, porque han clamado. Sea este su clamor, cuando tal vez bajo el enemigo trabajen, digan, en lo más íntimo de sus corazones digan, con fe sana digan, Miserable de mí. Miserable de mí, por eso miserable porque soy yo. Miserable de mí hombre, y porque soy yo, y porque soy hombre. En vano se turba. Aunque en imagen pase el hombre (Sal. XXXVIII, 7): Miserable de mí hombre, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿Acaso tú? ¿Dónde están tus fuerzas, dónde está tu presunción? Ciertamente callas algo: callas, pero callas de ensalzarte a ti mismo, no de invocar a Dios. Calla y clama. Porque también Dios calla y clama; calla del juicio, no calla del precepto: así también tú calla de la altivez, no de la invocación; no sea que Dios te diga, Callé, ¿acaso callaré siempre (Is. XLII, 14)? Clama entonces, Miserable de mí hombre. Reconóctete vencido, confunde tus fuerzas, y di, Miserable de mí hombre, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿Qué dije? La Ley aterroriza al que presume de sí mismo. He aquí que el hombre presumía de sí mismo, intentó luchar, no pudo vencer; fue vencido, fue postrado, fue subyugado, fue cautivado. Aprendió a presumir de Dios, y a quien la ley aterrorizó por presumir de sí mismo, queda que la gracia ayude al que espera en Dios. Confiando en esto dice, ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). Ya ve la dulzura, gusta, que le sepa: escucha el Salmo, Gustad y ved que el Señor es bueno (Sal. XXXIII, 9). Se te ha hecho bueno, porque te ha liberado. Amargo te fuiste, cuando presumías de ti. Bebe la dulzura, recibe la prenda de tan gran tesoro.

6. Discípulos bajo la Ley aún no libres de concupiscencias. Pidiendo cosas temporales a Dios, no piden nada. Los discípulos del Señor Jesucristo aún bajo la ley del mundo, aún necesitados de ser alimentados, aún corregidos, aún dirigidos. Pues aún codiciaban: cuando la ley dice, No codiciarás (Éxodo XX, 17). Lo digo con respeto a esos santos carneros, líderes del rebaño; lo digo con respeto, porque digo la verdad: el Evangelio habla: discutían quién de ellos sería el mayor (Lucas XXII, 24), y aún estando el Señor en la tierra, los principados fluctuaban en disensión. ¿De dónde esto, sino del viejo fermento? ¿De dónde esto sino de la ley en los miembros, que lucha contra la ley de la mente? Buscaban el rango: ciertamente codiciaban; pensaban quién sería el mayor: por eso su altura se confunde con un niño. Jesús llama a sí a la humilde edad, para domar la hinchada codicia (Marcos IX, 33-36). Con razón, entonces, cuando regresaron y dijeron, Señor, he aquí que los demonios se nos sujetan en tu nombre: (¿Se alegraban de nada: cuánto era, qué era, comparado con lo que Dios prometía)? El Señor, entonces, buen maestro, calmando el temor, edificando la firmeza, les dijo: No se alegren de esto, porque los demonios se les sujetan. ¿Por qué esto? Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo, He aquí en tu nombre echamos demonios; y les diré, No los conozco (Mateo VII, 22, 23). No se alegren de esto, sino alégrense porque sus nombres están escritos en los cielos. Aún no pueden estar allí, y sin embargo ya están escritos allí, Alégrense

entonces. Y aquello, Aún no han pedido nada en mi nombre. Porque lo que pidieron, lo que quiero dar, no es nada. ¿Qué pidieron en mi nombre? ¿Que los demonios se les sujetaran? No se alegren de esto, esto es, no es nada lo que pidieron: porque si fuera algo, les mandaría alegrarse. Entonces no era absolutamente nada, sino que en comparación con esa grandeza de los premios de Dios era pequeño. Porque en verdad el apóstol Pablo no era nada; y sin embargo en comparación con Dios, Ni el que planta es algo, ni el que riega (I Cor. III, 7). Y les decimos a ustedes, y nos decimos a nosotros, y nos decimos a nosotros y a ustedes, cuando pedimos en el nombre de Cristo estas cosas temporales. Ciertamente han pedido. Pues, ¿quién no pide? Uno pide salud, si está enfermo; otro pide liberación, si está en prisión; otro pide puerto, si está en una nave agitada; otro pide victoria, si lucha con el enemigo; y en el nombre de Cristo pide todo, y nada es lo que pide. ¿Qué, entonces, se debe pedir? Pidan en mi nombre. Y no dijo qué, pero en las palabras entendemos qué debemos pedir. Pidan, y recibirán, para que su gozo sea pleno. Pidan, y recibirán, en mi nombre. Pero ¿qué? No nada: ¿pero qué? Para que su gozo sea pleno: es decir, pidan lo que les baste. Porque cuando pides nada: quien beba de esta agua, volverá a tener sed (Juan IV, 13). Envía al pozo el cántaro de la codicia, levanta de donde beber, para volver a tener sed. Pidan para que su gozo sea pleno: es decir, para que se sacien, no para que se deleiten por un tiempo. Pidan lo que les baste: digan la voz de Felipe, Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. El Señor les dice, Tanto tiempo he estado con ustedes, y no me han conocido? Felipe, quien me ve, ve también al Padre (Juan, XIV, 8, 9). Entonces den gracias a Cristo por ustedes que enferman, y preparen sus gargantas para ser saciadas por la divinidad de Cristo. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CXLVI. De las palabras del Evangelio de Juan, Simón de Juan, ¿me amas? etc. Cap. XXI, V. 15-17.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Oficio del pastor y de las ovejas. Nuestra herencia, Dios mismo. En la lectura de hoy, vuestra Caridad ha notado que se le dijo a Pedro por el Señor mediante una pregunta: ¿Me amas? A lo que él respondía: Sabes, Señor, que te amo. Esto en segundo lugar, esto en tercero; y a cada palabra del que respondía, decía el Señor, Apacienta mis corderos. Cristo encomendaba a Pedro sus corderos para que los apacentara, quien también apacentaba a Pedro. ¿Qué podía Pedro ofrecer al Señor, especialmente ya llevando un cuerpo inmortal, y a punto de ascender al cielo? Como si le dijera, ¿Me amas? En esto muestra que me amas, Apacienta mis ovejas. Entonces, hermanos, escuchen con obediencia que ustedes son ovejas de Cristo: porque también nosotros escuchamos con temor, Apacienta mis ovejas. Si nosotros apacentamos con temor y tememos por las ovejas; ¿cómo deben temer por sí mismas las ovejas? Que nos corresponda a nosotros el cuidado, a ustedes la obediencia; a nosotros la vigilancia pastoral, a ustedes la humildad del rebaño. Aunque nosotros que les parecemos hablar desde un lugar superior, con temor estamos bajo sus pies; porque sabemos cuán peligrosa es la cuenta que se rinde desde este lugar aparentemente elevado. Por tanto, amadísimos, brotes católicos, miembros de Cristo, consideren qué cabeza tienen. Hijos de Dios, consideren qué Padre han encontrado. Cristianos, consideren qué herencia se les promete. No tal como la que en la tierra no puede ser poseída por los hijos, sino cuando sus padres han muerto. Nadie en la tierra posee la herencia del padre, sino muerto. Nosotros poseeremos lo que se nos dará con nuestro Padre vivo: porque nuestro Padre no puede morir. Añado más, digo más, y digo la verdad: el mismo Padre será nuestra herencia.

CAPÍTULO II.

2. Ordena a los recién bautizados que se cuiden de los malos cristianos y de los cismáticos. Vivan congruentemente, especialmente ustedes, candidatos de Cristo, recién bautizados, recién regenerados, como les advertí antes, y ahora lo digo, y pronuncio mi preocupación; porque la presente lectura evangélica me ha infundido mayor temor: obsérvense, no imiten a los malos cristianos. No digan: Haré esto, porque muchos fieles lo hacen. Esto no es preparar una defensa para el alma, sino buscar compañeros para el infierno. Crezcan en esta era del Señor: en ella encontrarán buenos, que también les agradarán, si ustedes también son buenos. ¿Acaso son nuestro peculio? Los herejes y cismáticos han hecho peculios de los robos del Señor, y han querido apacentar rebaños no de Cristo, sino suyos contra Cristo. Claro que en esos mismos saqueos han puesto su título, para que sus presas se defiendan como por el título de un poderoso. ¿Qué hace Cristo cuando se convierten tales, que fuera de la Iglesia han recibido el título de su Bautismo? Expulsa al depredador, no quita el título, y posee la casa: porque encuentra allí su título. ¿Qué necesidad hay de cambiar su nombre? ¿Acaso no atienden lo que el Señor dijo a Pedro, Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas? ¿Acaso le dijo, Apacienta tus corderos: o, Apacienta tus ovejas? Pero a los excluidos, ¿qué dijo en el Cantar de los Cantares a la Iglesia? Hablando el esposo a la esposa dice, Si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres, sal tú. Como diciendo, No te expulso, sal tú, si no te conoces a ti misma, hermosa entre las mujeres, si no te conoces en el espejo de la Escritura divina; si no atiendes, oh mujer hermosa, el espejo que no te engaña con falso brillo: si no te conoces porque de ti se ha dicho, Sobre toda la tierra tu gloria (Sal. LVI, 12); porque de ti se ha dicho, Te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra (Sal. II, 8); y otros innumerables testimonios que encomian a la Iglesia católica. Si no te conoces, no tienes parte, no puedes hacerte heredera. Entonces, sal tú en las huellas de los rebaños, no en la sociedad del rebaño: y apacienta tus cabritos (Cant. I, 7), no como se dijo a Pedro, mis ovejas. A Pedro se le dice, mis ovejas; a los cismáticos se les dice, tus cabritos. Aquí ovejas, allí cabritos: aquí mías, allí tuyos. Recuerden la derecha y la izquierda de nuestro juez: recuerden dónde estarán los cabritos, y dónde las ovejas (Mat. XXV, 33): y se les aparecerá dónde la derecha, dónde la izquierda, blanca y negra, luminosa y tenebrosa, hermosa y deforme, que recibirá el reino y encontrará el castigo eterno.

SERMO CXLVII. De las mismas palabras del Evangelio de Juan, Simón de Juan, ¿me amas más que estos? etc. Cap. XXI, V. 15-19.

CAPÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

1. La presunción y negación de Pedro. Recordáis que el apóstol Pedro, el primero de todos los apóstoles, se turbó durante la pasión del Señor. Se turbó por sí mismo, pero fue renovado por Cristo. Primero fue un presuntuoso audaz y luego se convirtió en un negador temeroso. Había prometido morir por el Señor, cuando primero el Señor iba a morir por él. Cuando decía: "Estaré contigo hasta la muerte" y "Pondré mi vida por ti", el Señor le respondió: "¿Pondrás tu vida por mí? En verdad te digo, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces" (Lucas 22, 33-34, 55-61; Juan 13, 37-38, 17, 25-27). Llegó la hora: y porque Cristo era Dios, pero Pedro era hombre, se cumplió la Escritura: "Dije en mi pavor: Todo hombre es mentiroso" (Salmo 115, 11). Y el apóstol dice: "Porque Dios es veraz, pero todo hombre es mentiroso" (Romanos 3, 4). Cristo es veraz, Pedro es mentiroso.

CAPÍTULO II.

2. El verdadero amor de Pedro por Cristo. La unidad de todos los pastores figurada en Pedro. ¿Y ahora qué? El Señor le pregunta, como habéis escuchado cuando se leía el Evangelio, y le dice: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" Él respondió y dijo: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Y el Señor le preguntó esto de nuevo, y por tercera vez. Y al responderle con amor, le encomendó el rebaño. Pues en cada ocasión el Señor Jesús decía a Pedro que decía: "Te amo": "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". En un solo Pedro se figuraba la unidad de todos los pastores, pero de los buenos, que saben apacientar las ovejas de Cristo para Cristo, no para sí mismos. ¿Acaso ahora Pedro era mentiroso, o respondía falsamente que amaba al Señor? Respondía esto con verdad: pues respondía lo que veía en su corazón. Pero cuando había dicho: "Pondré mi vida por ti", quiso presumir de fuerzas futuras. Sin embargo, todo hombre sabe cómo es en el momento en que habla; ¿quién sabe cómo será al día siguiente? Pedro, por tanto, volvía sus ojos a su corazón cuando el Señor le preguntaba, y respondía con confianza lo que veía allí: "Sí, Señor, tú sabes que te amo. Lo que te digo, tú lo sabes: lo que veo aquí en mi corazón, tú también lo ves". Sin embargo, no se atrevió a decir lo que el Señor había preguntado. Pues el Señor no había dicho simplemente: "¿Me amas?", sino que había añadido: "¿Me amas más que estos?", es decir, "¿Me amas más que estos otros?". Hablaba de los otros discípulos: él no pudo decir más que: "Te amo"; no se atrevió a decir: "Más que estos". No quiso ser nuevamente mentiroso. Le bastó dar testimonio de su propio corazón: no debía ser juez del corazón ajeno.

CAPÍTULO III.

3. Pedro abandonado por Cristo y luego fortalecido. ¿Era veraz Pedro, o era veraz Cristo en Pedro? Cuando el Señor Jesucristo quiso, abandonó a Pedro, y se encontró al hombre Pedro: cuando le agradó al Señor Jesucristo, llenó a Pedro, y se encontró a Pedro veraz. La piedra había hecho veraz a Pedro: pues la piedra era Cristo (1 Corintios 10, 4). ¿Y qué le anunció cuando por tercera vez respondió que amaba a Cristo, y por tercera vez el Señor encomendó sus ovejas a Pedro? Le anunció su pasión. "Cuando eras joven", dijo, "te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando envejecas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras". El evangelista nos explicó lo que Cristo dijo. "Esto decía", dice, "significando con qué muerte había de glorificar a Dios": es decir, que iba a ser crucificado por Cristo; esto es, "Extenderás tus manos". ¿Dónde está aquel negador? Luego de esto, el Señor Cristo dijo: "Sígueme" (Juan 21, 15-19). No como antes, cuando llamó a los discípulos. Pues también entonces dijo: "Sígueme": pero entonces para la doctrina, ahora para la corona. ¿Acaso no cuando negó a Cristo, temió ser muerto? Temió sufrir lo que Cristo sufrió. Pero ya no debía temer. Pues veía en la carne al que había visto colgado en el madero. Con su resurrección, Cristo quitó el temor a la muerte: y porque había quitado el temor a la muerte, con razón preguntaba por el amor de Pedro. Tres veces negó el temor, tres veces confesó el amor. La trinidad de la negación, el abandono de la verdad: la trinidad de la confesión, el testimonio del amor.

SERMON CXLVIII. Sobre las palabras de los Hechos de los Apóstoles, capítulo V, versículo 4, "¿No era tuyo mientras permanecía?", etc., dicho el domingo de la octava de Pascua a los santos Mártires veinte.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La corrección no más severa de Ananías y Safira, muerte temporal. Cuando se leía la lección del libro titulado Hechos de los Apóstoles, notasteis lo que les sucedió a aquellos que,

habiendo vendido una propiedad, sustrajeron parte del precio de la propiedad y lo pusieron a los pies de los Apóstoles, como si fuera todo el precio. Inmediatamente, corregidos, expiraron ambos, el hombre y su esposa. A algunos les parece que esta corrección fue demasiado severa, que por el dinero sustraído de su propiedad, murieran. No fue el Espíritu Santo quien lo hizo por avaricia, sino que el Espíritu Santo castigó así la mentira. Pues escuchasteis las palabras del bienaventurado Pedro, diciendo: "¿No era tuyo mientras permanecía, y vendido estaba en tu poder? Si no querías vender, ¿quién te obligaba? Si querías ofrecer la mitad, ¿quién exigía todo? Pues si se debía ofrecer la mitad, se debía decir la mitad. Por la mitad como si fuera todo, esto es la mentira que debe ser castigada. Sin embargo, hermanos, no os parezca severa la corrección, la muerte temporal. Y ojalá hasta aquí haya llegado la venganza. Pues, ¿qué gran cosa les sucedió a los mortales que han de morir en cualquier momento? Pero por el castigo temporal de ellos, Dios quiso que se conociera la disciplina. Sin embargo, se debe creer que después de esta vida Dios les perdonó: pues grande es su misericordia. Sobre las muertes que ocurren por venganza, dice en un lugar el apóstol Pablo, corrigiendo a aquellos que trataban mal el cuerpo y la sangre de Cristo, y diciendo: "Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y duermen suficientes": es decir, lo suficiente para imponer disciplina. "Muchos de vosotros duermen", es decir, mueren. Pues eran corregidos por el azote del Señor; enfermaban y morían. Y añadió después de estas palabras, y dijo: "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor. Pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo" (1 Corintios 11, 30-32). ¿Qué si a este hombre y a su esposa les sucedió algo así? Fueron corregidos con el azote de la muerte, para que no fueran castigados con el suplicio eterno.

CAPÍTULO II.

2. Los votos deben ser cumplidos a Dios. Que vuestra Caridad preste atención a esto, porque si a Dios le desagradó que se sustrajera del dinero que le habían prometido, y ciertamente ese dinero era necesario para los usos de los hombres: ¿cómo se enoja Dios cuando se promete castidad y no se cumple; cuando se promete virginidad y no se cumple? Pues se promete para los usos de Dios, y no para los usos de los hombres. ¿Qué es lo que dije, para los usos de Dios? Porque de los santos Dios se hace una casa, se hace un templo, en el que se digna habitar: y ciertamente quiere que su templo permanezca santo. Por tanto, a una virgen consagrada que se casa se le puede decir lo que Pedro dijo sobre el dinero: "¿Acaso tu virginidad no permanecía en ti, y antes de que la prometieras, estaba en tu poder?" Cualquiera que haga esto, que prometa tales cosas y no las cumpla; no piense que será corregida con muertes temporales, sino condenada con fuego eterno.

SERMON CXLIX. En el que se resuelven cuestiones propuestas de los Hechos de los Apóstoles, capítulo X, y del Evangelio; o sobre cuatro cuestiones: primera, sobre la visión de Pedro. Segunda, sobre las palabras del Evangelio, "Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras", etc. Y poco después, "Cuidaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos", etc. Tercera, sobre las palabras del Evangelio, "Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha". Cuarta, sobre el amor al enemigo. Mateo capítulo V, versículo 16, capítulo VI, versículos 1-4, y capítulo V, versículos 43-48.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuestiones a resolver: primera cuestión, sobre la visión de Pedro. Antes del domingo anterior, recuerdo que me convertí en deudor de vuestra Santidad por ciertas cuestiones propuestas de las Escrituras. Es, sin embargo, según el Señor se digne dar, tiempo de resolverlas, para que no debamos más, salvo la caridad, que siempre se devuelve y siempre se debe. Sobre la visión de Pedro dijimos que se debía preguntar qué significa aquel "vaso" como un lienzo bajado del cielo por cuatro puntas, en el que había todos los cuadrúpedos de la tierra, y reptiles, y aves del cielo: y lo que se dijo a Pedro con voz divina: "Mata y come": y que esto se hizo tres veces y fue recogido.

CAPÍTULO II.

2. No se ordenó a Pedro voracidad. Contra aquellos que piensan que la voracidad fue ordenada por el Señor Dios a Pedro, es fácil argumentar. Primero, porque incluso si quisiéramos tomar literalmente lo que se dijo: "Mata y come", no es pecado matar y comer, sino usar immoderadamente los dones de Dios, que se dan para el uso del hombre.

3. La abstinencia de los judíos de los animales impuros era figurativa. Pues los judíos habían recibido ciertos animales que podían comer, y ciertos de los que debían abstenerse: lo que en la significación de cosas futuras recibieron, lo manifiesta el apóstol Pablo, diciendo: "Por tanto, que nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de luna nueva, o de sábados, que es sombra de lo que ha de venir" (Colosenses 2, 16-17). Así que ya en los tiempos de la Iglesia dice en otro lugar: "Todo es puro para los puros, pero es malo para el hombre que come con ofensa" (Tito 1, 5; Romanos 14, 20). Pues había quienes en ese tiempo, cuando el Apóstol escribía estas cosas, se alimentaban de carnes, para ofensa de algunos débiles. Pues la carne sacrificada de aquellos animales que los arúspices sacrificaban, entonces se vendía en el mercado, y muchos hermanos se abstenían de comer carnes, para no incurrir, incluso sin saberlo, en esas carnes de las que se había hecho sacrificio a los ídolos. Por lo cual en otro lugar el mismo apóstol, para que la conciencia no temiera con miedo, dice: "Todo lo que se vende en el mercado, comedlo, sin preguntar nada por causa de la conciencia. Porque del Señor es la tierra y su plenitud. Y de nuevo: Si alguno de los infieles os invita, y queréis ir; comed todo lo que se os ponga delante, sin preguntar nada por causa de la conciencia. Pero si alguien os dice que es sacrificado a los ídolos, no lo comáis, por causa de aquel que lo indicó, y por causa de la conciencia" (1 Corintios 10, 25-28). Por tanto, en estas cosas, todo, ya sea puro o impuro, no está en el contacto de la carne, sino en la pureza de la conciencia, o en la mancha.

CAPÍTULO III.

4. Los animales prohibidos a los judíos son signos. Pezuña hendida. Rumiar. Por qué se dio licencia a los cristianos, que no se dio a los judíos. Pues todos los animales que se prohibieron a los judíos comer, son signos de cosas, y como se dijo, sombras de lo que ha de venir. Así como aquella circuncisión significa la circuncisión del corazón, que ellos llevaban en la carne, y rechazaban en el corazón: así también aquellas comidas son preceptos de misterios, y signos de lo que ha de venir. Por ejemplo, lo que está escrito para ellos, que los que son rumiantes y de pezuña hendida, esos coman; pero de los que les falta uno o ambos, no coman (Deuteronomio 14): se significan ciertos hombres, que no pertenecen a la sociedad de los santos. Pues la pezuña hendida se refiere a las costumbres, y el rumiar a la sabiduría. ¿Por qué la pezuña hendida se refiere a las costumbres? Porque difícilmente resbala. Pues el resbalón es signo de pecado. Pero el rumiar, ¿cómo se refiere a la doctrina de la sabiduría? Porque dice la Escritura: "El tesoro deseable reposa en la boca del sabio, pero el hombre

necio lo engulle" (Proverbios 21, 20, según la LXX). Por tanto, quien oye y por negligencia se olvida, como si engulle lo que oyó; para que ya no tenga sabor en la boca, sepultando la misma audición en el olvido. Pero quien medita en la ley del Señor día y noche, como si rumia, y se deleita en el sabor de la palabra en el paladar del corazón. Por tanto, lo que se ordenó a los judíos, significa que no pertenecen a la Iglesia, es decir, al cuerpo de Cristo, a la gracia y sociedad de los santos, aquellos que son negligentes oyentes, o tienen malas costumbres, o son reprendidos en ambos vicios.

CAPÍTULO IV.

5. Por qué se leen a los cristianos los preceptos de las observancias judías. Así, las demás cosas que de este modo se ordenaron a los judíos, son significaciones umbráticas de lo que ha de venir. Después de que vino la luz del mundo, nuestro Señor Jesucristo, se leen solo para ser entendidas, no también para ser observadas. Por tanto, se dio licencia a los cristianos para que no hagan según esta vana costumbre, sino que coman lo que quieran, con moderación, con bendición, con acción de gracias. Por tanto, quizás también a Pedro se le dijo así: "Mata y come"; para que ya no mantuviera las observancias de los judíos: sin embargo, no se le ordenó como si fuera un glotón del vientre y una voracidad repugnante.

CAPÍTULO V.

6. La visión de Pedro es figurativa. El vaso. Las cuatro puntas. Pero para que entendáis que esto se mostró en figura, había en aquel vaso reptiles. ¿Acaso podía comer serpientes? ¿Qué significa entonces esta significación? Aquel vaso significa la Iglesia: las cuatro puntas por las que colgaba, las cuatro partes del mundo, por las que se extiende la Iglesia católica, que está difundida por todas partes. Por tanto, cualquiera que quiera ir a una parte y ser separado del todo, no pertenece al sacramento de las cuatro puntas. Si no pertenece a la visión de Pedro, tampoco a las llaves que se dieron a Pedro. Pues de los cuatro vientos dice Dios que se reunirán sus santos al final (Mateo 24, 31): porque ahora por todos estos cuatro puntos se dilata la fe evangélica. Por tanto, aquellos animales son las naciones. Pues todas las naciones que eran impuras, en sus errores y supersticiones y concupiscencias, antes de que viniera Cristo, al venir él, con sus pecados perdonados, fueron hechas puras. Por tanto, después del perdón de los pecados, ¿por qué no habrían de ser recibidas en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia de Dios, cuya persona Pedro representaba?

CAPÍTULO VI.

7. Pedro representa a la Iglesia. Pues Pedro en muchos lugares de las Escrituras aparece representando a la Iglesia; especialmente en aquel lugar donde se dice: "A ti te doy las llaves del reino de los cielos. Lo que ates en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desates en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 16, 19). ¿Acaso Pedro recibió estas llaves, y Pablo no las recibió? ¿Pedro las recibió, y Juan y Santiago no las recibieron, y los demás apóstoles? ¿O no están estas llaves en la Iglesia, donde los pecados se perdonan diariamente? Pero porque en la significación Pedro representaba a la Iglesia, lo que se le dio a él solo, se dio a la Iglesia. Por tanto, Pedro representaba a la Iglesia; la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Por tanto, reciba ya las naciones purificadas, a las que se les han perdonado los pecados; de donde Cornelio, un hombre gentil, y los que estaban con él, habían enviado a él. Las limosnas de este hombre habían sido aceptadas y lo habían purificado de alguna manera: quedaba que como alimento puro se incorporara a la Iglesia, es decir, al cuerpo del Señor. Pero Pedro temía entregar el Evangelio a los gentiles: porque aquellos que habían creído de la

circuncisión prohibían a los apóstoles entregar la fe cristiana a los incircuncisos; y decían que no debían acercarse a la participación del Evangelio, a menos que recibieran la circuncisión, que había sido entregada a sus padres.

CAPÍTULO VII.

8. La recepción de los gentiles dentro de la Iglesia. Por tanto, aquel vaso eliminó esta duda: y por eso después de aquella visión fue advertido por el Espíritu Santo para que descendiera y fuera con aquellos que habían venido de Cornelio, y fue. Pues Cornelio y los que estaban con él, se consideraban como de aquellos animales que se habían mostrado en el vaso: a quienes, sin embargo, Dios ya había purificado, porque había aceptado sus limosnas. Por tanto, debían ser matados y comidos, es decir, que se extinguiera en ellos la vida pasada, en la que no conocían a Cristo; y pasaran al cuerpo de él, como a una nueva vida de la sociedad de la Iglesia. Pues el mismo Pedro cuando llegó a ellos, recordó brevemente lo que se le había mostrado en aquella visión. Pues dijo: "Y vosotros sabéis cuán ilícito es para un hombre judío unirse o acercarse a un extranjero: pero Dios me mostró que no llamara a ningún hombre común o impuro". Lo cual ciertamente Dios mostró entonces, cuando aquella voz sonó: "Lo que Dios ha purificado, no lo llames impuro". Y después, viniendo a los hermanos en Jerusalén, cuando algunos se alborotaban porque se entregaba el Evangelio a los gentiles, reprimiendo su conmoción, también recordó la misma visión (Hechos 11): lo cual, si no perteneciera a la misma comprensión, no se habría recordado.

CAPÍTULO VIII.

9. El lienzo. Quizás se pregunte también por qué era un lienzo en el que estaban aquellos animales. No sin causa, ciertamente. Pues sabemos que el lienzo no es consumido por la polilla, que corrompe otras vestiduras. Que cada uno excluya de su corazón las corrupciones de las malas concupiscencias, y así se afirme incorruptiblemente en la fe, para que no sea penetrado por pensamientos perversos como por polillas, si quiere pertenecer al sacramento de aquel lienzo, que figura la Iglesia.

CAPÍTULO IX.

10. La triple bajada. ¿Por qué se bajó tres veces del cielo? Porque todas las naciones, que pertenecen a las cuatro partes del mundo, por las que se difunde la Iglesia, que significaban las cuatro puntas por las que se conectaba aquel vaso, son bautizadas en el nombre de la Trinidad. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, los creyentes son renovados, para que pertenezcan a la sociedad y comunión de los santos. Por tanto, las cuatro puntas y la triple bajada, también muestran el número de los doce apóstoles: como si se asignaran de tres en tres por cuatro. Pues cuatro veces tres, son doce. Suficiente, creo, se ha tratado sobre esta visión.

CAPÍTULO X.

11. Segunda cuestión, del Evangelio. Otra cuestión que habíamos pospuesto era por qué el Señor, en el mismo sermón que dio en el monte, dijo a sus discípulos: "Luzcan vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Y poco después, en ese mismo sermón, dice: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos"; y, "Que tu limosna sea en

secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará". A menudo, el que actúa vacila entre estos dos preceptos y no sabe a cuál obedecer: cuando, en efecto, quiere obedecer al Señor, quien mandó ambos. ¿Cómo brillarán nuestras obras delante de los hombres para que vean nuestras buenas obras, y cómo, a su vez, será nuestra limosna en secreto? Si quiero observar esto, fallo en aquello; si observo aquello, pecco aquí. Por lo tanto, cada pasaje de la Escritura debe ser armonizado de tal manera que se muestre que los preceptos divinos no pueden ser contrarios entre sí. Pues esta aparente contradicción en las palabras busca la paz del que entiende. Que cada uno tenga en su corazón concordia con la palabra de Dios, y no hay discordia en la Escritura.

CAPÍTULO XI.

12. Discordia por mala interpretación de los pasajes. Las vírgenes que no llevan aceite. Imagina, entonces, a una persona que hace limosna de tal manera que nadie lo sepa, si es posible, ni siquiera aquel a quien se le da; evitando incluso sus ojos, prefiere dejar lo que encuentra antes que entregar lo que recibe. ¿Qué más puede hacer para ocultar su limosna? Este, sin duda, incurre en aquella sentencia y no hace lo que el Señor dijo: "Luzcan vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras". Nadie ve sus buenas obras, no invita a la imitación. Los demás serán estériles, en la medida en que depende de él, mientras piensan que nadie hace lo que Dios manda, si los hombres actúan de tal manera que sus buenas obras no se vean: cuando se hace mayor misericordia con aquel a quien se le propone un ejemplo de buena imitación, que con aquel a quien se le ofrece alimento para el cuerpo. Imagina a otro que alardea y se jacta de sus limosnas ante el pueblo, sin otro deseo que ser alabado: sus obras lucen delante de los hombres. Veis que no ofende en aquel precepto, pero ofende en el otro del Señor que dice: "Que tu limosna sea en secreto". Quien es así, incluso se desanima si hay algunos impíos que tal vez critiquen lo que hace. Depende de la lengua de los que alaban: es semejante a las vírgenes que no llevan aceite consigo. Sabéis que las cinco vírgenes necias no llevaron aceite consigo; pero las otras, las prudentes, sí lo llevaron. Todas las lámparas brillaban, pero algunas no tenían con qué alimentar esa luz, y se distinguían de las que sí tenían, de modo que aquellas eran llamadas necias y estas prudentes (Mateo 25, 1-13). ¿Qué es, entonces, llevar aceite consigo, sino tener la conciencia de agradar a Dios con las buenas obras, y no poner allí el fin de su alegría, si los hombres alaban, quienes no pueden ver la conciencia? Porque el hombre puede ver lo que hace, pero con qué intención lo hace, Dios lo ve.

CAPÍTULO XII.

13. Se concilian los pasajes aparentemente contradictorios. Proponemos, entonces, a alguien que guarda ambos preceptos, obedeciendo a ambos. Ofrece pan al hambriento, y lo ofrece delante de aquellos a quienes quiere hacer sus imitadores; imitando también al Apóstol que dice: "Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo" (1 Corintios 4, 16; 11, 1). Ofrece, pues, pan al pobre, manifiesto en la obra, devoto en el corazón. Si busca allí su alabanza o la gloria de Dios, ningún hombre lo ve, ningún hombre lo juzga; pero aquellos que están preparados con buena voluntad para imitar, creen que lo que ven que se hace bien, también se hace con buena intención; y alaban a Dios, cuyo precepto y don ven que se realizan tales cosas. Así, su obra aparece para que los hombres vean y glorifiquen al Padre que está en los cielos: pero el efecto de su obra está en el corazón, para que su limosna esté en secreto, y el Padre que ve en lo secreto le recompense. Este ha guardado el modo que debía, no despreciador de ningún precepto, sino cumplidor de ambos. Ha tenido cuidado de que su justicia no se haga delante de los hombres, es decir, que no tenga allí su fin, para ser alabado

por los hombres, cuando no quiso que se le alabara a él mismo, sino a Dios en su buena obra. Y como esa voluntad está dentro, en la misma conciencia, esa limosna se ha hecho en secreto, para que aquel a quien nada se le oculta, le recompense. ¿Quién puede mostrar su corazón a los hombres cuando hace algo, para mostrar con qué intención lo hace?

CAPÍTULO XIII.

14. El sentido legítimo de ambos pasajes se extrae de las mismas palabras de Cristo. Pues también las mismas palabras, hermanos, fueron dichas con suficiente reflexión por el Señor. Prestad atención a cómo dice: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos", dice, "por ellos". Si puso el fin allí, donde dijo "para ser vistos por ellos", ese fin es reprehensible y culpable, querer hacer el bien hasta la alabanza de los hombres, sin buscar nada más. Cualquiera que, por tanto, hace solo para ser visto por los hombres, es reprendido por el Señor en esta sentencia. Pero allí donde manda que se vean nuestras buenas obras, no puso el fin en que solo los hombres vean al hombre y lo alaben: sino que pasa a la gloria de Dios, para que la intención del que actúa se lleve hasta allí. "Luzcan", dice, "vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras": pero no debes buscar esto. ¿Qué, entonces? Añade y dice: "y glorifiquen", dice, "a vuestro Padre que está en los cielos". Si buscas esto, que Dios sea glorificado, no temas ser visto por los hombres. Aun así, tu limosna está en secreto; donde solo aquel cuya gloria buscas, te ve buscar esto. De donde el apóstol Pablo, después de haber sido derribado como perseguidor del Evangelio y levantado como predicador, dice: "Era desconocido de rostro para las Iglesias de Judea que están en Cristo. Solo oían decir que el que antes nos perseguía, ahora predica la fe que antes devastaba; y en mí, dice, magnificaban a Dios". No se alegraba porque el hombre que había recibido fuera conocido; sino porque el Dios que había dado, era alabado. Él mismo dijo: "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gálatas 1, 22-24, 10). Y sin embargo, en otro lugar dice: "Como también yo complazco a todos en todo". Y esta es una cuestión similar. Pero ¿qué añade? "No buscando", dice, "lo que me conviene, sino lo que es de muchos, para que sean salvos" (1 Corintios 10, 33). Esto es lo que dice en aquel lugar: "Y en mí magnificaban a Dios": lo que también dice el Señor: "Para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Entonces son salvos, cuando en las obras que ven hacerse por los hombres, glorifican a aquel de quien los hombres han recibido estas cosas.

CAPÍTULO XIV.

15. Tercera cuestión, del Evangelio, que la izquierda no sepa lo que hace la derecha. Quedan dos cuestiones: pero temo ser una carga para los que ya están cansados, y también temo defraudar a los que aún tienen hambre. Sin embargo, recuerdo lo que he resuelto y lo que debo. Queda por ver qué significa "Que tu izquierda no sepa lo que hace tu derecha": y sobre el amor al enemigo, por qué a los antiguos se les parecía haber dado licencia para odiar a los enemigos, a quienes se nos manda amar. Pero ¿qué hago? Si hablo brevemente sobre esto, tal vez no se entienda como debe; si hablo más extensamente, temo que os cargue más con el peso del discurso que os alivie con el fruto de la exposición. Pero ciertamente, si entendéis menos de lo que es suficiente, aún me tendréis como deudor, para que en otro momento se discutan estas cosas más plenamente. Sin embargo, ahora no deben dejarse de tal manera que no se diga nada de ellas. La izquierda es la codicia carnal del alma, la derecha es la caridad espiritual del alma. Sí, por tanto, cuando alguien hace limosna, mezcla la codicia de los bienes temporales, para buscar algo así en esa obra; mezcla la conciencia de la izquierda con las obras de la derecha. Pero si ayuda al hombre con simple caridad y pura conciencia ante

Dios, sin mirar otra cosa que agradar a aquel que manda estas cosas, la izquierda no sabe lo que hace la derecha.

CAPÍTULO XV.

16. Cuarta cuestión, sobre el amor y el odio al enemigo. Sobre el amor al enemigo, la cuestión es más difícil y no puede resolverse con brevedad. Pero cuando escuchéis, orad por nosotros; y tal vez el Señor Dios pronto dará lo que creemos que es difícil. Pues vivimos de un mismo granero; porque estamos en una misma familia. Lo que, por tanto, creemos que está muy dentro, en lo oculto, tal vez aquel que promete lo pone en el umbral, para que pueda darse fácilmente a los que lo piden. El mismo Señor Cristo amó a sus enemigos: colgado en la cruz dijo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34). Esteban siguió su ejemplo, cuando le arrojaban piedras; y dijo: "Señor, no les imputes este pecado" (Hechos 7, 59). El siervo imitó al Señor, para que ninguno de los siervos sea perezoso y piense que esto fue hecho solo por el Señor. Si, por tanto, es mucho para nosotros imitar al Señor, imitemos al consiervo. Porque todos hemos sido llamados a la misma gracia. ¿Por qué, entonces, se dijo a los antiguos: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo"? Porque tal vez también a ellos se les dijo la verdad; pero a nosotros más claramente, según la distribución de los tiempos, por su presencia que veía qué debía ser ocultado o revelado a cada uno. Pues si tenemos un enemigo al que nunca se nos manda amar; es, sin embargo, el diablo: "Amarás a tu prójimo", al hombre; "y odiarás a tu enemigo", al diablo. Pero porque en los mismos hombres a menudo existen enemistades, en las almas de aquellos que por la infidelidad dan lugar al diablo, y se convierten en sus instrumentos, para que obre en los hijos de la desobediencia; puede suceder que el hombre abandone su maldad y se convierta al Señor; y mientras aún es violento, mientras aún persigue, debe ser amado, y se debe orar por él, y hacerle bien: así cumplirás el primer precepto, amarás a tu prójimo, al hombre, y odiarás a tu enemigo, al diablo; y el segundo, amarás a tus enemigos, a los hombres, y orarás por los que te persiguen.

CAPÍTULO XVI.

17. Orar por los perseguidores. A menos que tal vez pienses que los cristianos no oraron en aquel tiempo por Saulo, perseguidor de los cristianos. Tal vez la voz de Esteban mártir fue escuchada para su conversión. Pues él estaba en el número de sus perseguidores, y guardó las vestiduras de los que apedreaban (Hechos 7, 57). El mismo, escribiendo a Timoteo, dice: "Exhorto, ante todo, a que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias, por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y apacible" (1 Timoteo 2, 1-2). Mandaba, por tanto, orar por los reyes: y entonces los reyes perseguían a las Iglesias. Pero aquellos a quienes entonces perseguían, ahora defienden, habiendo sido escuchadas sus oraciones.

CAPÍTULO XVII.

18. El enemigo también debe ser amado bajo el nombre de prójimo. ¿Quieres, entonces, guardar también aquel precepto de los antiguos? Ama a tu prójimo, es decir, a todo hombre. Pues de los dos primeros padres todos nacieron, todos somos, sin duda, prójimos. Ciertamente, el mismo Señor Jesucristo que manda amar a los enemigos, testificó que toda la Ley y los Profetas dependen de esos dos preceptos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente"; y, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22, 37-40). No mandó allí nada sobre el amor al enemigo. ¿No contienen, entonces,

estos dos preceptos todo? De ninguna manera. Porque cuando dice: "Amarás a tu prójimo", allí están todos los hombres, incluso si fueran enemigos: porque incluso según la proximidad espiritual no sabes qué es para ti en la presciencia de Dios el hombre que te parece enemigo por un tiempo. Porque si la paciencia de Dios lo lleva al arrepentimiento, tal vez reconocerá y seguirá al que lo guía. Pues si el mismo Dios que sabe quiénes perseverarán en el pecado, quiénes abandonarán la justicia y caerán irrevocablemente en la iniquidad, sin embargo, hace que su sol salga sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos, invitando, sin duda, al arrepentimiento por medio de la paciencia, para que quienes descuiden su bondad, experimenten al final su severidad; ¿con cuánta solicitud debe el hombre ser apacible, no sea que, sin saber qué será, al considerar sus enemistades presentes, odie a aquel con quien reinará en la felicidad eterna? Cumple, pues, el primer precepto, ama a tu prójimo, a todo hombre; y odia a tu enemigo, al diablo. Cumple también el segundo. Ama a tus enemigos, pero a los hombres: ora por los que te persiguen, pero por los hombres: haz el bien a los que te odian, pero a los hombres.

CAPÍTULO XVIII.

19. Se explica el pasaje del Apóstol sobre amontonar carbones sobre la cabeza del enemigo. Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: porque haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza (Romanos 12, 20). Y aquí hay una cuestión. Pues ¿cómo ama alguien a quien quiere quemar con carbones? Pero si se entiende, no hay contienda. Pues se dice de aquellos carbones devastadores que se dan al hombre contra la lengua engañosa (Salmo 119, 3-4). Pues cuando alguien ha hecho bien al enemigo, y no vencido por su mal, ha vencido el mal con el bien; a menudo se arrepentirá de sus enemistades, y se enojará consigo mismo por haber herido a un hombre tan bueno. Esa misma quemadura es el arrepentimiento, que como carbones de fuego consume sus enemistades y maldades.

SERMON CL. De las palabras de los Hechos de los Apóstoles, "Algunos de los filósofos epicúreos y estoicos discutían con él", etc. capítulo XVII, v. 18-34. Predicado en Cartago.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Pablo predicando entre los atenienses. Observó con nosotros vuestra Caridad, cuando se leía el libro de los Hechos de los Apóstoles, que Pablo habló a los atenienses, y de aquellos que se burlaban de la predicación de la verdad, se dijo que era sembrador de palabras. Fue dicho por los que se burlaban, pero no debe ser rechazado por los creyentes. Pues en verdad era sembrador de palabras, pero cosechador de costumbres. Y nosotros, aunque tan pequeños y de ninguna manera comparables a su excelencia, en el campo de Dios, que es vuestro corazón, sembramos las palabras de Dios, y esperamos una abundante cosecha de vuestras costumbres. Sin embargo, de lo que se nos advierte hablar a vuestra Caridad, que está contenido en esa lectura, os exhortamos a que prestéis atención, si de alguna manera, con la ayuda del Señor nuestro Dios, decimos algo que no puede ser fácilmente entendido por todos a menos que se diga; ni, cuando se haya entendido, debe ser despreciado por nadie.

2. La fe de los cristianos. Hablaba en Atenas. Los atenienses gozaban de gran fama entre otros pueblos en toda literatura y doctrina. Esa era la patria de grandes filósofos. De allí se había difundido por otras tierras de Grecia y del mundo una doctrina variada y múltiple. Allí hablaba el Apóstol, allí anunciaba a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo, poder de Dios y

sabiduría de Dios (1 Corintios 1, 23-24). Anunciar esto entre los orgullosos y doctos, cuán peligroso fue, es cosa vuestra pensar. Finalmente, al terminar el discurso, al oír la resurrección de los muertos, que es la principal fe de los cristianos, algunos se burlaban; pero otros decían: "Te oiremos sobre esto otra vez". Y no faltaron quienes creyeron, y entre ellos se nombra a un tal Dionisio Areopagita, es decir, un principal de los atenienses (pues Areópago era el tribunal de los atenienses); y una mujer noble, y otros. Así que, al hablar el Apóstol, se formó aquella multitud tripartita, dispuesta en ciertos grados con maravillosa distinción; de los que se burlaban, de los que dudaban, de los que creían. Pues algunos, como hemos oído que está escrito, se burlaban; algunos decían: "Te oiremos sobre esto otra vez"; estos eran los que dudaban: algunos creyeron. Entre los que se burlaban y los que creían, estaban en medio los que dudaban. El que se burla, cae: el que cree, permanece: el que duda, fluctúa. "Te oiremos sobre esto otra vez", dicen: incierto si caerían con los que se burlaban, o permanecerían con los que creían.

CAPÍTULO II.

¿Acaso trabajó en vano aquel sembrador de palabras? Si él temiera a los que se burlaban, no llegaría a los que creían: como aquel sembrador evangélico, que el Señor menciona (pues sin duda eso era Pablo), si temiera lanzar las semillas, no sea que unas caigan en el camino, otras entre espinas, otras en lugares pedregosos; nunca podría la semilla llegar también a la buena tierra. Y nosotros sembremos, esparzamos: preparad los corazones, dad fruto.

3. Epicúreos y estoicos discutiendo con el Apóstol. Esto también, si vuestra Caridad lo recuerda, lo oímos cuando se leía, que algunos de los filósofos epicúreos y estoicos discutían con el Apóstol. Quiénes son o fueron los filósofos epicúreos y estoicos, es decir, qué pensaban, qué creían que era verdad, qué seguían al filosofar, sin duda muchos de vosotros no lo sabéis: pero como hablamos en Cartago, muchos lo saben. Ayúdenos, pues, ahora los que van a decirlo a vosotros. Porque lo que creo que debe decirse es muy relevante. Escúchenos tanto los que no saben como los que saben: los que no saben, que sean instruidos; los que saben, que sean recordados; aquellos que no conocen, que conozcan; aquellos que conocen, que reconozcan.

CAPÍTULO III.

4. La vida bienaventurada es deseada por todos. Primero, escuchen en general el estudio común de todos los filósofos, en el cual tuvieron cinco divisiones y diferencias de sus propias opiniones. Comúnmente, todos los filósofos, estudiando, buscando, discutiendo, viviendo, desearon alcanzar la vida bienaventurada. Esta fue una causa de filosofar: pero creo que también los filósofos tienen esto en común con nosotros. Si les pregunto por qué han creído en Cristo, por qué se han hecho cristianos; verdaderamente cada persona me respondería: Por la vida bienaventurada. Por lo tanto, el deseo de la vida bienaventurada es común a los filósofos y a los cristianos. Pero la cuestión es dónde se puede encontrar algo tan deseado, y luego la distinción. Pues desear la vida bienaventurada, querer la vida bienaventurada, anhelar, desear, seguir la vida bienaventurada, creo que es propio de todos los hombres. Por eso veo que he dicho poco al afirmar que este deseo de la vida bienaventurada es común a los filósofos y a los cristianos: debí haber dicho, de todos los hombres, absolutamente de todos, buenos y malos. Pues el que es bueno, es bueno para ser bienaventurado; y el que es malo, no sería malo, si no esperara poder ser bienaventurado de esa manera. Sobre los buenos, la cuestión es fácil, ya que buscan la vida bienaventurada, por eso son buenos. Sobre los malos,

algunos podrían dudar si también ellos buscan la vida bienaventurada. Pero si pudiera interrogar a los malos separados y distinguidos de los buenos y decirles, ¿Quieren ser bienaventurados? nadie diría, No quiero. Por ejemplo, pongamos a un ladrón: le pregunto, ¿Por qué robas? Para tener, dice, lo que no tenía. ¿Por qué quieres tener lo que no tenías? Porque es miserable no tener. Si, por lo tanto, es miserable no tener, considera bienaventurado tener. Pero en esto es imprudente y se equivoca, porque quiere ser bienaventurado a partir del mal. Pues es bueno para todos ser bienaventurado. ¿De dónde, entonces, está pervertido? Porque busca el bien y hace el mal. ¿Qué busca entonces? ¿Qué aspira la codicia de los malos a la recompensa de los buenos? La vida bienaventurada es la recompensa de los buenos: la bondad es la obra, la bienaventuranza es la recompensa. Dios ordena la obra, propone la recompensa: dice, Haz esto, y recibirás esto. Pero el malo nos responde: Si no hago el mal, no seré bienaventurado. Como si alguien dijera: No llego al bien, a menos que sea malo. ¿No ves que el bien y el mal son contrarios? Buscas el bien, y haces el mal? Corres en dirección contraria; ¿cuándo llegas?

CAPÍTULO IV.

5. Opinión de los epicúreos y estoicos sobre la vida bienaventurada. Dejemos, pues, a estos; tal vez sea oportuno volver a ellos, cuando hayamos terminado lo que hemos propuesto sobre los filósofos. No creo que sin razón, por ignorancia, se haya hecho algo grande bajo la disposición de la misma providencia divina, que cuando había muchas sectas de filósofos en la ciudad de Atenas, no discutieran con el apóstol Pablo sino los estoicos y epicúreos (Hechos XVII, 18). Pues cuando escuchen lo que piensan en sus sectas, verán que no fue en vano que de todos los filósofos solo ellos discutieran con Pablo. Pues él no pudo elegir con quiénes respondería en la disputa; sino que la sabiduría divina, que todo lo gobierna, le presentó a estos, en quienes casi toda la causa de la disensión de los filósofos consistía. Brevemente, entonces, digo: los indoctos crean en nosotros, los doctos juzguen sobre nosotros. Creo que no me atrevo a mentir a los indoctos, con los doctos como jueces; especialmente porque digo algo donde tanto los doctos como los indoctos pueden juzgar verdaderamente. Esto, pues, digo primero, que el hombre consta de alma y cuerpo. Aquí no pido que crean, sino que también les pido que juzguen. No temo, pues, que en esta afirmación alguien juzgue mal de mí, quien se reconoce a sí mismo. El hombre, pues, lo que nadie duda, consta de alma y cuerpo. Esta sustancia, esta cosa, esta persona que se llama hombre, busca la vida bienaventurada: y ustedes lo saben; no insisto en que crean, sino que les recuerdo que lo reconozcan. El hombre, digo, es decir, esta cosa no pequeña, que precede a todos los animales, todas las aves, todos los peces, y todo lo que lleva carne y no es hombre: el hombre, pues, consta de alma y cuerpo; pero no de cualquier alma, pues también el animal consta de alma y cuerpo: el hombre, pues, consta de alma racional y carne mortal, busca la vida bienaventurada. Lo que hace la vida bienaventurada, cuando el hombre lo conoce, a menos que lo tenga, lo siga, lo reclame para sí, lo asuma si tiene el poder, lo pida si hay dificultad, no puede ser bienaventurado. Toda la cuestión, pues, es qué hace la vida bienaventurada. Pongan ahora ante sus ojos a los epicúreos, estoicos y al apóstol: lo que también podría haber dicho así, epicúreos, estoicos, cristianos. Preguntemos primero a los epicúreos, qué hace la vida bienaventurada. Responden: El placer del cuerpo. Aquí ya pido que crean, porque tengo jueces. Pues si dicen esto, si sienten esto los epicúreos, no lo saben, porque no han leído esas letras; pero hay aquí quienes las han leído. Volvamos a preguntarles. ¿Qué dicen, epicúreos, qué hace la vida bienaventurada? Responden: El placer del cuerpo. ¿Qué dicen, estoicos, qué hace la vida bienaventurada? Responden: La virtud del alma. Atienda conmigo su Caridad, somos cristianos, discutimos entre filósofos. Vean por qué solo esas dos sectas fueron dispuestas para discutir con el apóstol. No hay nada en el

hombre que pertenezca a su sustancia y naturaleza, aparte del cuerpo y el alma. De estos dos en uno, es decir, en el cuerpo, los epicúreos pusieron la vida bienaventurada: en el otro, es decir, en el alma, los estoicos pusieron la vida bienaventurada. En cuanto al hombre se refiere, si de él mismo es la vida bienaventurada, no queda nada más que el cuerpo y el alma. O el cuerpo es la causa de la vida bienaventurada, o el alma es la causa de la vida bienaventurada: si buscas más, te alejas del hombre. Estos, pues, que pusieron la vida bienaventurada del hombre en el hombre, no pudieron ponerla en ningún otro lugar, sino en el cuerpo o en el alma. De estos, quienes la pusieron en el cuerpo, los epicúreos tuvieron el liderazgo: de estos, quienes la pusieron en el alma, los estoicos tuvieron el liderazgo.

CAPÍTULO V.

6. Opinión de los epicúreos reprobada por el apóstol. Lo que los epicúreos piensan del alma. Algunos cristianos son epicúreos en sus costumbres. Aquí están, discuten con el apóstol; ¿tiene el apóstol algo más? ¿O debería necesariamente consentir en una de estas dos sectas, para que él también pusiera la causa de la vida bienaventurada, ya sea en el cuerpo o en el alma? Nunca pondría Pablo en el cuerpo: pues eso no es grande; ya que ellos mismos no ponen la causa de la bienaventuranza en el cuerpo, quienes sienten mejor sobre el cuerpo. Pues los epicúreos piensan lo mismo del cuerpo y del alma, que ambos son mortales. Y lo que es más grave y detestable, dicen que el alma se disuelve antes de la muerte que el cuerpo. "Aún," dicen, "después de exhalar el espíritu, permaneciendo el cadáver, y con los contornos de los miembros aún intactos durante algún tiempo, el alma tan pronto como sale, se disuelve como humo dispersado por el viento." No nos extrañemos, pues, que hayan puesto el sumo bien, es decir, la causa de la bienaventuranza en el cuerpo, que sintieron que se encontraba mejor que el alma. ¿Haría esto el apóstol? Lejos de poner en el cuerpo el sumo bien. Pues el sumo bien es la causa de la bienaventuranza: más bien, el apóstol se dolió de que algunos del número de los cristianos eligieran la opinión de los epicúreos, no de hombres, sino de cerdos. De este número eran aquellos que corrompían las buenas costumbres con malas conversaciones, y decían: Comamos y bebamos; porque mañana moriremos (1 Cor. XV, 32). Los epicúreos discutieron con el apóstol Pablo: también hay cristianos epicúreos. ¿Qué son, pues, sino aquellos que dicen diariamente, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos? ¿A qué se refiere, No habrá nada después de la muerte, pues nuestra vida es el paso de una sombra? Dijeron entre sí, pensando incorrectamente entre otras cosas: Coronémonos con rosas, antes de que se marchiten: que no haya prado que nuestra lujuria no atraviese, dejemos señales de alegría en todas partes, porque esta es nuestra parte, y esta es nuestra suerte.

CAPÍTULO VI.

7. Ayuno con oración y limosna. Si reprendemos esto más severamente, si resistimos más vehementemente a estos deseos, dirán también lo que sigue: Oprimamos al pobre justo (Sab. II, 8-10). Y sin embargo, no tememos decir, incluso en este lugar, No sean epicúreos. Consideren, pues, lo que fue dicho por aquellos que no hablaban correctamente, Porque mañana moriremos: pero no moriremos de cualquier manera; pues después de la muerte queda lo que sigue a la muerte. Acompañante del moribundo será o la vida, o el castigo. Que nadie diga: ¿Quién ha regresado de allí? Aquel rico vestido de púrpura quiso regresar tarde, y no se le permitió. Pidió una gota de agua, quien despreció al pobre hambriento (Luc. XVI, 19-24). Que nadie diga, Comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Si quieren decir, Porque mañana moriremos: no lo prohíbo; pero digan algo antes. Los epicúreos, como si no fueran a vivir después de la muerte, como si no tuvieran nada más que lo que deleita la carne, dicen, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos. Los cristianos, en cambio, que

vivirán después de la muerte, y más felices vivirán después de la muerte, no digan, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos: sino mantengan lo que se dice, Porque mañana moriremos; y digan, Ayunemos y oremos; porque mañana moriremos. Agrego claramente otra cosa, agrego una tercera, y no omito lo que debe observarse especialmente, para que del ayuno de ustedes se sacie el hambre del pobre, o si no pueden ayunar, alimenten más, cuya saciedad les conceda el perdón. Digan, pues, los cristianos, Ayunemos y oremos y demos; porque mañana moriremos. O si quieren decir dos cosas, yo elijo que digan, Demos y oremos, en lugar de, Ayunemos y no demos. Lejos esté, pues, que el apóstol ponga en el cuerpo el sumo bien del hombre, es decir, la causa de la bienaventuranza.

CAPÍTULO VII.

8. Opinión de los estoicos no aprobada por el apóstol. Pero con los estoicos tal vez hay una lucha no indecorosa. Pues al preguntarles dónde ponen la causa eficiente de la vida bienaventurada, es decir, lo que hace la vida bienaventurada en el hombre: responden, no el placer del cuerpo, sino la virtud del alma. ¿Qué dice el apóstol? ¿Asiente? Si asiente, asentimos. Pero no asiente: pues la Escritura revoca a aquellos que confían en su propia virtud (Sal. XLVIII, 7). Así que el epicúreo, poniendo el sumo bien del hombre en el cuerpo, pone su esperanza en sí mismo. Pero el estoico, poniendo el sumo bien del hombre en el alma, ciertamente lo puso en la mejor parte del hombre; pero también él puso su esperanza en sí mismo. Sin embargo, tanto el epicúreo como el estoico son hombres. Maldito, pues, todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). ¿Qué, entonces? Ya que hemos puesto ante nuestros ojos a tres, el epicúreo, el estoico, el cristiano, preguntemos a cada uno. Dime, epicúreo, ¿qué hace bienaventurado? Responde: El placer del cuerpo. Dime, estoico. La virtud del alma. Dime, cristiano. El don de Dios.

CAPÍTULO VIII.

9. Rechazo de las opiniones de los epicúreos y estoicos sobre la felicidad. Así que, hermanos, como si los epicúreos y estoicos hubieran discutido con el apóstol ante nuestros ojos, y con su discusión nos enseñaron qué deberíamos rechazar y qué deberíamos elegir. La virtud del alma es una cosa loable, la prudencia que discierne lo malo y lo bueno, la justicia que distribuye lo suyo a cada uno, la templanza que cohibe las pasiones, la fortaleza que soporta las molestias con ecuanimidad. Gran cosa, cosa loable: alaba, estoico, cuanto puedas; pero di, ¿De dónde la tienes? No la virtud de tu alma te hace bienaventurado, sino quien te dio la virtud, quien te inspiró el querer, y te dio el poder (Filip. II, 13). Sé que tal vez te burlarás de mí, y estarás entre aquellos de quienes está escrito que se burlaban de Pablo. Si tú eres el camino, yo siembro, pues soy sembrador de palabras según mi medida. Lo que fue tu burla, es mi oficio. Yo siembro: cae en ti lo que siembro, como en tierra dura. No soy perezoso; y encuentro tierra buena. ¿Qué puedo hacer por ti? Has sido reprendido, y has sido reprendido por un oráculo divino. Estás entre aquellos que confían en su propia virtud: estás entre aquellos que ponen su esperanza en el hombre. La virtud te deleita; una buena cosa te deleita: lo sé, tienes sed; pero no puedes manar virtud para ti mismo. Estás seco; si te muestro la fuente de la vida, tal vez te burlas. Pues dices para ti: ¿De esta roca beberé? Se acerca la vara, y mana agua. Pues los judíos piden señales; pero tú, estoico, no eres judío: lo sé, eres griego; y los griegos buscan sabiduría. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado. El judío se escandaliza, el griego se burla. Pues para los judíos es escándalo, para los gentiles es necesidad: pero para los mismos llamados judíos y griegos, es decir, para el mismo Pablo de Saulo, y para Dionisio el Areopagita, y para tales como estos, tales y aquellos, Cristo es el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (1 Cor. I, 22-24). Ya no te burlas de la roca: reconoce la vara como la cruz, a Cristo

como la fuente; y si tienes sed, bebe virtud. Sé saciado por la fuente, tal vez eructarás acciones de gracias: lo que tienes de él, ya no te lo darás a ti mismo, sino que en el eructo exclamarás, Amaré, Señor, mi fortaleza (Sal. XVII, 2). Ya no dirás: La virtud de mi alma me hace bienaventurado. No estarás entre aquellos que, conociendo a Dios, no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció: profesando ser sabios, se hicieron necios (Rom. I, 21 y 22). Pues, ¿qué es profesando ser sabios, sino tener de sí mismos, ser suficientes para sí mismos? Se hicieron necios: con razón necios. La verdadera necedad es la falsa sabiduría. Pero estarás entre aquellos de quienes se dice: Señor, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán exaltados; porque tú eres la gloria de su fortaleza (Sal. LXXXVIII, 16-18). Buscabas virtud; di, Señor, mi fortaleza (Sal. XCIII, 12). Buscabas la vida bienaventurada; di, Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor. Pues bienaventurado es el pueblo, cuya no es la voluptuosidad de la carne, cuya no es la propia virtud; sino, bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Sal. CXLIII, 15). Esta es la patria de la bienaventuranza, que todos desean; pero no todos la buscan correctamente. Nosotros, sin embargo, hacia tal patria no nos inventemos un camino con nuestro corazón, y no fabriquemos senderos erráticos: vino de allí y es el camino.

10. Bienaventuranza y el camino hacia la bienaventuranza es Cristo. Pues, ¿qué quiere el bienaventurado, qué quiere, sino no ser engañado, no morir, no sufrir? ¿Y qué busca? ¿Comer más, y más? ¿Qué, si es mejor no tener hambre? Nadie es bienaventurado, sino quien vive eternamente sin temor alguno, sin engaño alguno. Pues el alma odia ser engañada. Cuánto odia naturalmente el alma ser engañada, se puede entender de aquí, ya que aquellos que ríen con la mente alienada, son llorados por los sanos: y el hombre elige ciertamente reír, que llorar. Si se proponen estos dos, ¿Quieres reír, o llorar? ¿quién es el que responde, sino, Reír? Nuevamente, si se proponen estos dos, ¿Quieres ser engañado, o tener la verdad? todo hombre responde, Tener la verdad. Y elige reír, y tener la verdad: de esos dos, risa y llanto, Reír; de estos dos, engaño y verdad, Tener la verdad. Pero tanto prevalece la invicta verdad, que el hombre elige con mente sana llorar, que con mente alienada reír. Allí, pues, en aquella patria habrá verdad, engaño y error en ninguna parte. Pero habrá verdad, y no habrá llanto. Pues habrá risa verdadera, y gozo de la verdad, porque allí habrá vida. Pues si hay dolor, no habrá vida: pues no se debe llamar vida al tormento eterno e inmortal. Por eso el Señor no llama vida a lo que tendrán los impíos, aunque vivirán en el fuego: no terminan la vida, para no terminar el castigo: Pues su gusano no morirá, y su fuego no se apagará (Isaías LXVI, 24): sin embargo, no quiso llamarla vida, sino que llamó vida a la que es bienaventurada y eterna (Mateo XXV, 41, 46). Por eso, cuando aquel rico preguntó al Señor, ¿Qué bien haré para obtener la vida eterna? y él ciertamente no llamaba vida eterna, sino bienaventurada. Pues los impíos tendrán vida eterna, pero no bienaventurada, porque está llena de tormentos. Entonces él dijo, Señor, ¿qué bien haré para obtener la vida eterna? El Señor le respondió sobre los mandamientos. Él dijo, Todo esto he hecho. Pero cuando respondió sobre los mandamientos, ¿qué dijo? Si quieres entrar en la vida (Id. XIX, 16, 17). No le dijo bienaventurada; porque la miserable ni siquiera se debe llamar vida. No le dijo eterna; porque donde hay temor a la muerte, ni siquiera se debe llamar vida. Por lo tanto, la vida, que es digna de este nombre, para ser llamada vida, no es sino bienaventurada; y no es bienaventurada, sino eterna. Esta la quieren todos, esta la queremos todos, la verdad y la vida: pero hacia tan gran posesión, hacia tan gran felicidad, ¿cómo se va? Los filósofos se inventaron caminos de error: unos dijeron, Por aquí; otros, No por aquí, sino por aquí. La vía les fue oculta, porque Dios resiste a los soberbios (Santiago IV, 6). También nos habría sido oculta, si no hubiera venido a nosotros. Por eso el Señor: Yo, dice, soy el camino. Viajero perezoso, no querías venir al camino; el camino vino a ti. Buscabas por dónde ir: Yo soy el camino. Buscabas a dónde ir: Yo soy la

verdad y la vida (Juan XIV, 6). No errarás cuando vas a él, por él. Esta es la doctrina de los cristianos, no para ser comparada, sino para ser incomparablemente preferida a las doctrinas de los filósofos, a la inmundicia de los epicúreos, a la soberbia de los estoicos.

SERMO CLI. De las palabras del Apóstol, No hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago, etc., Rom. cap. VII, V. 15-25.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El lugar del Apóstol es peligroso para los que entienden mal. La lectura divina que se recita de la Epístola del apóstol Pablo, cada vez que se lee, es de temer que, si se entiende mal, dé ocasión a los hombres que buscan ocasión. Los hombres son proclives a pecar y apenas se contienen. Por tanto, cuando oyen al Apóstol decir: No hago el bien que quiero, sino el mal que odio, lo hacen mal, y como si se desagradasen a sí mismos por hacer el mal, piensan que son semejantes al Apóstol, quien dijo: No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. A veces, por tanto, se lee, y entonces nos impone la necesidad de discutir, para que los hombres, tomando mal el alimento saludable, no lo conviertan en veneno. Que vuestra Caridad esté atenta, hasta que lo que el Señor me conceda, os lo diga: para que, si me veis trabajar en la dificultad de alguna oscuridad, me ayudéis con afecto de piedad.

2. La vida de los justos aquí es guerra, no triunfo aún. Voz de triunfo. Primero, recordad, lo que soléis oír con la ayuda de Dios, que la vida del justo en este cuerpo es aún guerra, no triunfo. Sin embargo, de esta guerra habrá algún día triunfo. Por eso el Apóstol dijo, tanto voces de guerra como voces de triunfo. Ahora hemos oído voces de guerra: No hago el bien que quiero, sino el mal que odio, eso hago. Si hago lo que odio, consiento en que la Ley es buena. Querer está presente en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien. Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¿Cuándo oyes que lucha, cuándo oyes que lleva cautivo, no reconoces la guerra?

CAPÍTULO II.

La voz de triunfo aún no está: pero porque será futura, el mismo apóstol te enseña, diciendo: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad: allí está la voz de triunfo: entonces se cumplirá la palabra que está escrita, La muerte ha sido absorbida en victoria. Digan los triunfantes: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (1 Cor. XV, 53-55). Lo diremos, pues; lo diremos algún día; y ese algún día no estará lejos. No queda tanto del siglo, como ya ha pasado. Esto, pues, lo diremos entonces. Ahora, en esta guerra, para que la lectura no sea trompeta del enemigo para los que entienden mal, no nuestra, de donde él se incite, no de donde sea vencido; prestad atención, os ruego, hermanos míos, y los que lucháis, luchad. Porque los que aún no lucháis, no entenderéis lo que digo: los que ya lucháis, lo entenderéis. Mi voz será en público, la vuestra será en silencio. Primero recordad lo que escribió a los Gálatas, de donde esto puede exponerse bien. Dice, hablando a los fieles, hablando a los bautizados, a quienes ciertamente en el santo lavacro les fueron perdonados todos los pecados: hablando, sin embargo, a los que luchan, dice: Digo, pues, andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. No dijo, no hagáis; sino, no satisfagáis. ¿Por qué esto? Sigue y dice: Porque la carne desea contra el

espíritu, y el espíritu contra la carne. Y estos se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley (Gál. V, 16-18): ciertamente, sino bajo la gracia. Si sois guiados por el Espíritu: ¿qué es ser guiado por el Espíritu? Consentir al Espíritu de Dios que manda, no a la carne que desea. Sin embargo, desea y resiste; y quiere algo, y tú no quieres: persevera, para que no quieras.

CAPÍTULO III.

3. La destrucción de los deseos debe ser un deseo. La locura de los maniqueos. Sin embargo, tu deseo debe ser tal hacia Dios, que no haya deseo al que resistir. Ved lo que he dicho: Digo, tu deseo debe ser tal hacia Dios, que no haya deseo al que debas resistir. Resistes, y venciendo al no consentir: pero es mejor no tener enemigo que vencer. Este enemigo algún día no existirá. Lleva tu mente a la voz de triunfo, y ve si existirá. ¿Dónde está, muerte, tu agujón? No existirá. ¿Dónde está, muerte, tu agujón? Buscarás su lugar, y no lo encontrarás. No es que esto, que debéis escuchar especialmente: no es que esto sea como otra naturaleza, como deliran los maniqueos. Es nuestra debilidad, es nuestro vicio. No estará separado en otro lugar, sino que no estará en ninguna parte porque será sanado. Por tanto, no satisfagáis los deseos de la carne. Mejor sería cumplir lo que la Ley dice, No codiciarás (Rom. VII, 7). Esa es la plenitud de la virtud, la perfección de la justicia, la palma de la victoria, No codiciarás. Esto, porque ahora no puede cumplirse, al menos cúmplase lo que la Sagrada Escritura también dice: No sigas tus deseos (Eclo. XVIII, 30). Es mejor no tenerlos: pero como los hay, no los sigas. No quieren seguirte: no los sigas. Si quisieran seguirte, no existirían; porque no se rebelarían contra tu mente. Se rebelan, rebélate; luchan, lucha; atacan, ataca: solo cuida de que no te venzan.

CAPÍTULO IV.

4. Cómo resistir a los deseos y a la mala costumbre. He aquí que pondré algo de lo que podréis entender lo demás. Sabéis que hay hombres sobrios: son menos, pero los hay. Sabéis que hay también borrachos: abundan. Un sobrio ha sido bautizado: en cuanto a la embriaguez, no tiene con qué luchar: tiene otros deseos con los que luchar. Pero para que entendáis de los demás, pongamos en medio la lucha de un solo enemigo. Un borracho ha sido bautizado: ha oído, y con temor ha oído, entre otros males, que a los hombres que viven mal se les cierra el reino de Dios, y se ha mencionado también la embriaguez: porque donde se dijo, Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones; allí se añadió, Ni los borrachos, etc., heredarán el reino de Dios (1 Cor. VI, 9, 10). Ha oído, y ha temido. Ha sido bautizado, le han sido perdonados todos los pecados con los que se embriagó: queda la costumbre adversaria. Por tanto, tiene con qué luchar el renacido. Todos sus pecados pasados le han sido perdonados: vigile, vele, luche, para que no se embriague alguna vez. Surge, pues, ese deseo de beber, titila el ánimo, provoca sequedad en la garganta, acecha los sentidos: quiere incluso, si puede, penetrar el muro, llegar al encerrado, llevarlo cautivo. Lucha, resiste. ¡Oh, si no existiera! Si ha llegado por mala costumbre, morirá por buena costumbre: solo no le satisfagas, no la sacies cediendo, sino máatala resistiendo. Sin embargo, mientras exista, es un enemigo. Si no consientes, y nunca te embriagas, será cada día menor y menor. Pues sus fuerzas son tu sumisión. Si le cedes, y te embriagas, le das fuerzas. ¿Acaso contra mí, y no contra ti? Yo desde un lugar superior aconsejo, digo, predico: anuncio de antemano qué mal será para los borrachos. No hay excusa para decir, No lo oí: no hay excusa para decir, Dios exige mi alma de la mano de aquel que me lo ocultó. Pero trabajas, porque tú mismo hiciste fuerte al adversario con mala costumbre. No trabajaste para nutrirlo: trabaja para vencerlo. Y si eres

menos capaz contra él, ruega a Dios. Sin embargo, si no te vence, aunque esa mala costumbre tuya haya luchado contigo, si no te vence, has hecho lo que dice el apóstol Pablo, No satisfagáis los deseos de la carne. Se ha hecho el deseo titilando; pero no se ha satisfecho bebiendo.

CAPÍTULO V.

5. El deseo innato en nosotros y originado en el primer pecado. Pecado original por el deseo. Cristo concebido sin pecado, para resolver el pecado. Lo que dije sobre la embriaguez, esto sobre todos los vicios, esto sobre todas las codicias. Pues con algunas nacemos, otras las hacemos por costumbre. Porque por aquellas con las que nacemos, se bautizan los niños, para ser liberados de la culpa de la propagación, no de la mala costumbre que no tuvieron. Por tanto, siempre hay que luchar, porque ese deseo con el que nacemos no puede terminar mientras vivamos: puede disminuir cada día, pero no puede terminar. Por él se dijo este nuestro cuerpo de muerte. De él dice el Apóstol: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. Pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. Esta ley nació cuando se transgredió la primera ley. Esta ley, digo, nació cuando se despreció y transgredió la primera ley. ¿Cuál es la primera ley? La que el hombre recibió en el paraíso. ¿No estaban desnudos y no se avergonzaban? ¿Por qué estaban desnudos y no se avergonzaban, sino porque aún no había ley en los miembros que luchara contra la ley de la mente? El hombre hizo un acto punible, y encontró un movimiento vergonzoso. Comieron contra el mandato, y se abrieron sus ojos. ¿Qué, acaso antes en el paraíso andaban con los ojos cerrados o ciegos? De ninguna manera. Pues, ¿de dónde Adán impuso nombres a las aves y a las bestias, cuando todos los animales le fueron llevados? (Gén. II, 25, 19, 20). ¿A quiénes imponía nombres, si no veía? Luego se dijo, La mujer vio que el árbol era agradable a los ojos para ver. Por tanto, tenían los ojos abiertos; y estaban desnudos, y no se avergonzaban. Pero se abrieron sus ojos a algo que nunca habían sentido, que nunca habían temido en el movimiento de su cuerpo. Se abrieron sus ojos para mirar, no para ver: y porque sintieron vergüenza, se preocuparon por cubrirse. Cosieron, dice, hojas de higuera, y se hicieron delantales (Gén. III, 1-7). Lo que tejieron, allí lo sintieron. He aquí de dónde se deriva el pecado original, he aquí por qué nadie nace sin pecado. He aquí por qué el Señor no quiso ser concebido así, a quien concibió una virgen. Lo resolvió quien vino sin él: lo resolvió quien no vino de él. De ahí uno y uno: uno para muerte, uno para vida. El primer hombre para muerte, el segundo hombre para vida. Pero, ¿por qué para muerte ese hombre? Porque solo hombre. ¿Por qué para vida este hombre? Porque Dios y hombre.

CAPÍTULO VI.

6. La lucha del Apóstol contra el deseo se nos propone para que no desesperemos. Por tanto, el Apóstol no hace lo que quiere; porque quiere no desear, y sin embargo desea; por eso no hace lo que quiere. ¿Acaso ese mal deseo arrastraba al Apóstol sometido a la fornicación y al adulterio? De ninguna manera. No suban tales pensamientos a nuestro corazón. Luchaba, no estaba sometido. Pero porque no quería ni siquiera tener esto contra lo que luchar, por eso decía: No hago lo que quiero. No quiero desear, y deseo. Por tanto, no hago lo que quiero; pero, sin embargo, no consiento al deseo. Pues de otro modo no diría, No satisfagáis los deseos de la carne; si él mismo los satisficiera. Pero te puso ante los ojos su lucha, para que no temieras la tuya. Pues si el bienaventurado Apóstol no hubiera dicho esto, cuando vieras moverse el deseo en tus miembros, al que no consientes; sin embargo, al verlo moverse, quizás desesperarías de ti mismo y dirías: Si perteneciera a Dios, no me movería así. Ve al

Apóstol luchando, y no te hagas desesperar. Veo otra ley, dice, en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente. Y porque no quiero que luche: pues es mi carne, yo mismo soy, es parte de mí: No hago lo que quiero; sino lo que odio, eso hago; porque deseo.

CAPÍTULO VII.

7. Hacer y no perfeccionar ya sea el bien o el mal, qué significa. ¿Qué bien hago, entonces? Porque no consiento al mal deseo: Hago el bien, y no perfecciono el bien: y mi enemigo, el deseo, hace el mal, y no perfecciona el mal. ¿Cómo hago el bien y no perfecciono el bien? Hago el bien, cuando no consiento al mal deseo: pero no perfecciono el bien, para no desear en absoluto. Entonces, ¿cómo mi enemigo hace el mal, y no perfecciona el mal? Hace el mal, porque mueve el mal deseo: no perfecciona el mal, porque no me arrastra al mal. Y en esta guerra está toda la vida de los santos. ¿Qué diré ya de los impuros, que ni siquiera luchan? Subyugados son arrastrados: ni siquiera son arrastrados, porque siguen de buena gana. Esta, digo, es la lucha de los santos; y en esta guerra siempre el hombre está en peligro, hasta que muera. Pero al final, es decir, en el triunfo de esa victoria, ¿qué se dice? más bien, ¿qué dice el Apóstol ya premeditando el triunfo? Entonces se cumplirá la palabra que está escrita, La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Voz de los triunfantes. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado: por cuya punzada se hizo la muerte. El pecado es como un escorpión: nos picó, y morimos. Pero cuando se dice, ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿con qué aguijón se hizo, no el que hiciste? cuando, pues, se dice, ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ciertamente no existirá; porque el pecado no existirá. El aguijón de la muerte es el pecado. Contra el pecado se dio la Ley. Pero la fuerza del pecado es la Ley (1 Cor. XV, 54-56). ¿Cómo la fuerza del pecado es la Ley? Se introdujo para que abundara el delito. ¿Cómo es esto? Porque antes de la Ley el hombre era pecador; dada la Ley y transgredida, se hizo también transgresor. Los hombres eran culpables por el pecado: dada la Ley, más culpables se hicieron por la transgresión.

CAPÍTULO VIII.

8. La gracia de Cristo para destruir algún día el deseo. Qué deben hacer ahora los fieles. ¿Dónde está la esperanza, sino en lo que sigue: Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20)? Por eso este soldado y de algún modo en esta guerra muy ejercitado, tan ejercitado, que era también líder, cuando trabajaba en esta guerra contra el enemigo, y decía: Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros, ley fea, ley miserable, herida, corrupción, debilidad; añadió, Miserable de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? Y al que gime se le ha ayudado. ¿Cómo se le ha ayudado? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Te librá de la ley de esta muerte, es decir, de este cuerpo de muerte, la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. ¿Cuándo tendrás un cuerpo donde no quedará ningún deseo? Cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, y esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y se dirá a la muerte, ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? y no existirá: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? y no estará en ninguna parte. ¿Qué ahora? Escucha: Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Con la mente sirvo a la ley de Dios, no consintiendo: pero con la carne a la ley del pecado, deseando. Y con la mente a la ley de Dios, y con la carne a la ley del pecado. Y me deleito en esta, y allí deseo; pero no soy vencido: titila, acecha, golpea, intenta arrastrar: Miserable de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? No quiero siempre vencer: sino que quiero alguna vez llegar a la paz. Ahora, pues, hermanos, mantened este modo: con la mente servid a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado; pero por necesidad, porque deseáis, no porque

consentís. Alguna vez este deseo acecha tanto a los santos, que hace a los que duermen lo que no puede a los que están despiertos. ¿Por qué todos aclamasteis, sino porque todos reconocisteis? Da vergüenza detenerse aquí, pero no os avergoncéis de orar a Dios por ello. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CLII. Sobre las palabras siguientes del Apóstol, Rom. VII, y VIII, 1-4; hasta, Envió Dios a su Hijo en semejanza de carne de pecado, etc.

1. No hay dificultad en los sentidos oscuros, cuando el Espíritu ayuda. Debe recordar vuestra Caridad, que discutí con vosotros sobre una cuestión muy difícil de la Epístola del apóstol Pablo (En el sermón anterior), donde dice: No hago lo que quiero, sino lo que odio, eso hago. Los que estuvisteis presentes, recordad: estad ahora atentos, para que confirméis lo que habéis oído. Pues sigue la lectura que hoy se ha recitado, que el lector comenzó de allí: Envió Dios a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado en la carne: para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el espíritu. Pero aquellas palabras que se leyeron entonces, y no se trataron, son estas que siguen: Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Por tanto, ninguna condenación hay ahora para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la Ley, en lo que se debilitaba por la carne. Y sigue lo que hoy se ha leído: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. No hay dificultad en los sentidos oscuros, cuando el espíritu ayuda. Que nos ayude, pues, con vuestras oraciones; porque ese mismo deseo que queréis entender, es oración a Dios. Por tanto, de Él debéis esperar ayuda. Pues nosotros, como rústicos en el campo, trabajamos externamente. Pero si no hubiera quien trabajara internamente, ni la semilla se fijaría en la tierra, ni en el campo surgiría la cima, ni se fortalecería la vara y llegaría a la viga: ni nacerían ramas, ni frutos, ni hojas. Por eso dijo el mismo Apóstol, discerniendo la operación de los obreros y del Creador: Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Y añadió: Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento (1 Cor. III, 6 y 7). Si Dios no da el crecimiento internamente, es vano este sonido a vuestros oídos. Pero si lo da, vale algo lo que plantamos y regamos, y no es vano nuestro trabajo.

2. Se trata del mismo argumento. Ya os he dicho que debe entenderse lo que dice el Apóstol: "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado", de manera que no permitáis a la carne más que los deseos, sin los cuales no puede existir. Pero si consentís en los malos deseos y no lucháis contra ellos, lloraréis derrotados: y es de desear que lloréis, para no perder también el sentido del dolor. Por tanto, en nuestros deseos, en nuestra voluntad, en nuestra oración, cuando decimos: "No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal" (Mateo VI, 13), deseamos que no existan esos malos deseos en nuestra carne. Pero mientras vivamos aquí, no podemos lograrlo. Por eso dice: "No encuentro cómo hacer el bien". ¿Qué encuentro hacer? No consentir en el mal deseo. No encuentro cómo perfeccionar: no tener mal deseo. Queda, pues, en esta lucha, que con la mente no consintiendo en las malas concupiscencias, sirvas a la ley de Dios; pero con la carne concupiscente, aunque no consientas, sirvas a la ley del pecado. La carne actúa según sus deseos, actúa tú también según los tuyos. No oprimes, no extingués sus deseos; que no extinga los tuyos: para que en la lucha trabajes, no seas arrastrado vencido.

3. El mal de la concupiscencia en los bautizados sin culpa. Sigue diciendo el Apóstol: "Por tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús". Y si tienen deseos de la

carne, a los que no consienten; y si la ley en sus miembros se opone a la ley de su mente y quiere cautivar la mente: sin embargo, porque por la gracia del Bautismo y el lavacro de la regeneración ha sido disuelta también la culpa, con la que naciste, y todo lo que antes consentiste a la mala concupiscencia, ya sea en cualquier delito, ya sea en cualquier crimen, ya sea en cualquier mal pensamiento, ya sea en cualquier mala locución, todo ha sido borrado en aquella fuente, en la que entraste como siervo, de donde saliste libre: porque así son las cosas, "Ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús". No hay ahora, antes la hubo. "Por uno todos a condenación" (Rom. V, 16). Este mal lo hizo la generación, pero este bien lo hizo la regeneración. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. Está en los miembros, pero no te hace culpable. Has sido liberado de ella; lucha libre; pero cuida de no ser vencido y volver a ser siervo. Trabajas luchando, pero te alegrarás triunfando.

4. Error de los maniqueos a evitar. Os he dicho, y debéis recordarlo especialmente, no sea que por esta lucha, sin la cual el hombre no puede existir, incluso quien vive justamente; más bien, está en ella quien vive justamente; pues ni siquiera lucha, sino que es arrastrado, quien no vive justamente: por tanto, no penséis que por esto hay dos naturalezas de diferentes principios, como deliran los maniqueos, que como si la carne no fuera de Dios. Es falso, ambas son de Dios. Pero la naturaleza humana mereció esto en sí misma por el pecado. Por tanto, es una enfermedad: se sana, y no es. La discordia que ahora hay en el espíritu y la carne, trabaja por la concordia; el espíritu trabaja para que la carne concuerde con él. Así como si en una casa el hombre y la mujer tuvieran una disputa entre sí; el hombre debe trabajar para domar a la mujer. Doma a la mujer, sométase al hombre; sometida la mujer al hombre, haya paz en la casa.

5. Tres leyes: ley del pecado, ley de la fe, ley de las obras. Cuando dijo: "La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte", nos propuso entender esas leyes. Míralas y discierne: esta distinción te es muy necesaria. Dice: "La ley del Espíritu de vida", he aquí una ley: "te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte", he aquí otra ley. Y sigue: "Porque lo que era imposible para la ley, en lo que se debilitaba por la carne", he aquí una tercera ley. ¿O tal vez esta es de dos? Indaguemos y con la ayuda del Señor veamos. ¿Qué dijo de aquella buena ley? "La ley del Espíritu de vida te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte". No dijo que esta fuera inválida para realizar: "Te ha liberado", dice, "la ley del Espíritu de vida de la ley del pecado y de la muerte". ¿Cuál es la ley mala? "Ve otra ley en mis miembros que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros". ¿Por qué también se llama ley? Muy correctamente. Porque es muy legítimo que el hombre que no quiso obedecer a su Señor, no le sirviera su carne. Tu Señor está sobre ti, tu carne está debajo de ti. Sirve al mejor, para que te sirva el inferior. Despreciaste al superior, eres atormentado por el inferior. Esta es, por tanto, la ley del pecado, es también la de la muerte. Porque por el pecado, la muerte. "El día que comáis, moriréis" (Gén. II, 17). Esta ley del pecado arrastra al espíritu y trata de someterlo. Pero me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. Y por tanto, se produce esa lucha, y en esa contienda se dice: "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado". La ley del Espíritu de vida te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. ¿Cómo te liberó la ley del Espíritu de vida? Primero de todo, dio el perdón de los pecados. Esa es la ley, de la que en el Salmo se dice a Dios: "Y de tu ley ten misericordia de mí" (Sal. CXVIII, 29). Ley de misericordia, ley de fe, no de obras. ¿Cuál es, entonces, la ley de las obras? Ya habéis oído la buena ley de la fe: "La ley del Espíritu de vida te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte". También habéis oído otra ley del pecado y de la muerte. "Porque lo que era imposible para la ley, en lo que se debilitaba por la carne". Esta ley, por

tanto, que se nombra en tercer lugar, no sé qué es lo que no cumple: pero la ley del Espíritu de vida lo cumplió; porque te liberó de la ley del pecado y de la muerte. Por tanto, esta ley, que se nombra en tercer lugar, es la Ley que fue dada al pueblo por Moisés en el monte Sinaí, se llama ley de las obras. Ella sabe amenazar, no socorrer; sabe mandar, no ayudar. Es la que dijo: "No codiciarás". De donde dice el Apóstol: "No conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera: No codiciarás". ¿Y de qué me sirvió que la Ley dijera: "No codiciarás"? "Tomando ocasión el pecado, por el mandamiento me engañó, y por él me mató". Fui prohibido de codiciar, y no cumplí lo mandado, sino que fui vencido. Antes de la ley fui pecador: recibida la ley, me hice transgresor. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató.

6. La ley de Moisés defendida contra los maniqueos. Por tanto, dice: "La ley es santa". Es buena, por tanto, también esta ley (porque también la reprenden los maniqueos, como la carne). De ella dice el Apóstol: "Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno". ¿Lo que es bueno, me ha sido hecho muerte? De ninguna manera. Sino que el pecado, para que aparezca como pecado, por lo bueno me produjo la muerte. Son palabras del Apóstol; ved y atended. Así que la ley es santa. ¿Qué hay tan santo como "No codiciarás"? No sería mala la transgresión de la ley, si ella misma no fuera buena. Porque si no fuera buena, no sería malo transgredir una cosa mala. Pero como es malo transgredirla, por tanto, es buena. ¿Qué hay tan bueno como "No codiciarás"? La ley, por tanto, es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Cómo lo repite? ¿Cómo lo inculca? Casi clama contra los calumniadores. ¿Qué dices, maniqueo? ¿La ley que fue dada por Moisés es mala? Mala, dicen. ¡Oh prodigios! ¡Oh desvergüenza! Tú dijiste una vez: Mala; escucha al Apóstol diciendo: "La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno". ¿Callas alguna vez? ¿Lo que es bueno, dice, me ha sido hecho muerte? De ninguna manera. Sino que el pecado, para que aparezca como pecado, por lo bueno me produjo la muerte. Y aquí, por lo bueno: así acusa al culpable, sin apartarse de la alabanza de la Ley. Por lo bueno, dice, me produjo la muerte. ¿Por qué bueno? El mandamiento. ¿Por qué bueno? La ley. ¿Cómo me produjo la muerte? Para que aparezca el pecado; para que se haga en extremo pecaminoso, pecando por el mandamiento. Por eso, en extremo. Cuando pecaba sin mandamiento, era menos: cuando peca por el mandamiento, excede el límite. Porque cuando no se prohíbe a alguien, piensa que hace bien. Prohibido, comienza a no querer hacer: es vencido, es arrastrado, es sometido: ya le queda invocar la gracia; porque no pudo guardar la ley.

7. Tres leyes. Por tanto, aquella ley, de la que se dijo: "La ley del Espíritu de vida te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte", es la ley de la fe, es la ley del Espíritu, es la ley de la gracia, es la ley de la misericordia. Pero aquella ley del pecado y de la muerte, no es la ley de Dios, sino del pecado y de la muerte. Pero aquella otra de la que dice el Apóstol: "La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno", es la ley de Dios, pero de las obras, ley de las obras: ley de las obras, que manda pero no ayuda: ley que te muestra, no quita el pecado. Por una ley se te muestra el pecado, por otra se quita. Hay dos Testamentos, el viejo y el nuevo. Escucha al Apóstol diciendo: "Decidme, los que queréis estar bajo la Ley, ¿no habéis leído la Ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; pero el de la libre, por la promesa: lo cual es una alegoría. Porque estas son dos Testamentos, uno ciertamente en el monte Sinaí que engendra para servidumbre, que es Agar, esclava de Sara, que fue dada a Abraham, y engendró a Ismael, siervo. Es, por tanto, el Testamento viejo perteneciente a Agar, que engendra para servidumbre. Pero la Jerusalén de arriba es libre, que es nuestra madre" (Gál. IV, 21-26). Por tanto, los hijos de la gracia son hijos de la libre: los hijos de la letra son hijos de la esclava. Busca a los hijos de la esclava: "La letra mata". Busca a los hijos de la libre:

"El Espíritu vivifica" (II Cor. III, 6). La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte, de la que no te pudo liberar la ley de la letra. Porque lo que era imposible para la Ley, en lo que se debilitaba por la carne. Porque tu carne se rebelaba, tu carne te sometía; escuchaba la Ley, y más incitaba tu concupiscencia. Por tanto, la ley de la letra se debilitaba por la carne: y por tanto, era imposible para la ley de la letra liberar de la ley del pecado y de la muerte.

8. La carne de Cristo sola no es carne de pecado. Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado: no en carne de pecado. En carne, ciertamente, pero no en carne de pecado. Por tanto, la carne de todos los demás hombres es carne de pecado: solo la suya no es carne de pecado; porque no lo concibió la madre por concupiscencia, sino por gracia: sin embargo, teniendo semejanza de carne de pecado; por lo cual pudo ser alimentado, y tener hambre, y sed, y dormir, y fatigarse, y morir. En semejanza de carne de pecado envió Dios a su Hijo.

9. Cómo fue condenado el pecado en Cristo. Y por el pecado condenó el pecado en la carne. ¿Por qué pecado? ¿Qué pecado? Por el pecado condenó el pecado en la carne: para que la justicia de la ley se cumpla en nosotros. Ya se cumpla en nosotros aquella justicia de la ley; ya se cumpla en nosotros aquella justicia que se manda, por el Espíritu que ayuda: es decir, la ley de la letra se cumpla en nosotros por el espíritu de vida: que no andamos según la carne, sino según el espíritu. ¿Por qué pecado, entonces, el Señor condenó el pecado? Veo, veo ciertamente que condenó el pecado, lo veo claramente: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29). ¿Qué pecado? Todo pecado, todo nuestro pecado lo condenó. Pero, ¿por qué pecado? Él no tenía pecado: de él se dijo: "El que no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca" (I Pedro II, 22). Ninguno en absoluto, ni por herencia, ni por adición: no tuvo pecado, ni de origen, ni de iniquidad propia. La virgen demuestra el origen; su santa conversación muestra suficientemente que no hizo nada por lo que fuera digno de muerte. Por eso dice: "He aquí viene el príncipe de este mundo" (significando al diablo), "y en mí no encontrará nada. No encontrará por qué me mate el príncipe de la muerte. ¿Y por qué, entonces, mueres? Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, vamos de aquí" (Juan XIV, 30 y 31). Y fue a la pasión de la muerte, muerte voluntaria, no de necesidad, sino de elección. "Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que yo la pongo, y la vuelvo a tomar" (Juan X, 17, 18). Si te maravillas del poder, entiende la majestad. Como Dios habla, Cristo habla.

10. Opinión de algunos sobre el lugar del Apóstol. ¿Por qué pecado, entonces, condenó el pecado? Algunos entendieron, y llegaron a un sentido no impropio. Pero, sin embargo, lo que dijo el Apóstol, según me parece, no pudieron indagarlo. Sin embargo, no dijeron algo malo: primero os digo esto, y luego lo que me parece a mí, y lo que la misma Escritura divina muestra ser lo más verdadero. Cuando se turbaron: ¿Por qué pecado condenó el pecado? ¿Tenía pecado? dijeron esto: "Por el pecado condenó el pecado", no por su pecado; sin embargo, "por el pecado condenó el pecado". Si, por tanto, no por el suyo, ¿por el de quién? Por el pecado de Judas, por el pecado de los judíos. ¿De dónde derramó sangre para la remisión de los pecados? Porque fue crucificado por los judíos. ¿Por quién entregado? Por Judas. Los judíos cuando lo mataron, Judas lo entregó. ¿Hicieron bien, o pecaron? Pecaron. He aquí por qué pecado condenó el pecado. Bien dicho, y verdaderamente dicho, porque también por el pecado de los judíos Cristo condenó todo pecado, porque ellos persiguiéndolo derramó sangre, con la que borró todo pecado. Sin embargo, en otro lugar ve lo que dice el Apóstol: "Por Cristo, dice, ejercemos el ministerio, como si Dios exhortara por nosotros: os rogamos por Cristo", es decir, como si Cristo os rogara, por él os rogamos, "reconciliaos con Dios". Y sigue: "A aquel que no conoció pecado. Dios, a quien os rogamos que os

reconciliéis, a aquel que no conoció pecado, es decir, a Cristo Dios, a ese Cristo, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros seamos justicia de Dios en él" (II Cor. V, 20, 21). ¿Acaso aquí se puede entender el pecado de Judas, el pecado de los judíos, el pecado de cualquier otro hombre: cuando escuchas: "A aquel que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros"? ¿Quién? ¿a quién? Dios a Cristo. Dios hizo a Cristo por nosotros pecado. No dijo, Lo hizo por nosotros pecador; sino, lo hizo pecado. Si es un sacrilegio decir que Cristo pecó, ¿quién soportará que Cristo sea pecado? Y, sin embargo, no podemos contradecir al Apóstol. No podemos decirle: ¿Qué es lo que dices? Porque si esto le decimos al Apóstol, se lo decimos al mismo Cristo. Dice, en efecto, en otro lugar: "¿O queréis recibir prueba de aquel que habla en mí, Cristo?" (II Cor. XIII, 3).

11. Interpretación más verdadera del Apóstol. Cómo Cristo fue hecho pecado. ¿Qué es, entonces? Atienda vuestra Caridad un gran y profundo misterio. Seréis felices si amáis el entendimiento, y llegáis al amado. En verdad, en verdad, Cristo nuestro Señor, Jesús nuestro Salvador, nuestro Redentor fue hecho pecado, para que nosotros fuéramos justicia de Dios en él. ¿Cómo? Escuchad la Ley. Los que saben, saben lo que digo: y los que no saben, lean, o escuchen. En la Ley se llamaban pecados también los sacrificios que se ofrecían por los pecados. Tienes, cuando se traía la víctima por el pecado, dice la Ley: "Pongan sus manos los sacerdotes sobre el pecado" (Lev. IV); es decir, sobre la víctima por el pecado. ¿Y qué es otra cosa que Cristo sacrificio por el pecado? Como también Cristo, dice, "os amó, y se entregó a sí mismo por vosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad" (Efes. V, 2). He aquí por qué pecado condenó el pecado: por el sacrificio que fue hecho por los pecados, de ahí condenó el pecado. Esa es la "Ley del Espíritu de vida", que "te liberó de la ley del pecado y de la muerte". Porque aquella otra ley, la ley de la letra, la ley que manda, es buena; "El mandamiento, santo, y justo, y bueno": pero "se debilitaba por la carne"; y lo que mandaba, no podía cumplirse en nosotros. Por tanto, otra ley, como comencé a decir, te muestra el pecado, otra lo quita: te muestra el pecado la ley de la letra, lo quita la ley de la gracia.

SERMO CLIII. De las palabras del Apóstol, Rom. VII, 5-13, Cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte, etc. Contra los maniqueos abiertamente, y tácitamente contra los pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La dificultad de explicar el lugar del Apóstol. Hemos escuchado, y hemos respondido unánimemente, y con voz concordante hemos cantado a nuestro Dios: Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y le enseñas de tu ley (Salmo XCIII, 12). Si guardáis silencio, escucharéis. No encuentra lugar la sabiduría donde no hay paciencia. Nosotros hablamos, pero Dios instruye: nosotros hablamos, pero Dios enseña. No es bienaventurado aquel a quien enseña el hombre, sino aquel a quien tú instruyes, Señor. Nosotros podemos plantar y regar, pero el crecimiento lo da Dios (I Cor. III, 7). Quien planta y quien riega, trabaja externamente: quien da el crecimiento, ayuda internamente. Qué lectura de la Epístola del santo Apóstol se nos ha propuesto para hablar, cuán difícil, cuán oscura, cuán (si no se entiende o se entiende mal) peligrosa; creo, hermanos, más bien sé, que cuando se recitó con nosotros, escuchasteis; y os turbasteis, si prestasteis atención; o si algunos entendisteis, visteis cuán arduo es sin duda. Por tanto, hemos asumido, con la ayuda de la misericordia de Dios, exponer discurriendo esta lectura y todo ese lugar molesto y oscuro, pero saludable para

los entendidos, de la Epístola del Apóstol. Sé que somos deudores de vuestra caridad, siento que sois acreedores. Así como nosotros oramos para que comprendáis estas cosas, así también orad vosotros para que podamos explicároslas. Pues si nuestra oración es concordante; Dios os hará oyentes idóneos, y a nosotros fieles pagadores de esta deuda.

CAPÍTULO II.

2. Los maniqueos abusan de este lugar.---Porque cuando estábamos en la carne, dice el Apóstol, las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Aquí parece (lo cual es un gran peligro para los que no entienden) que el Apóstol reprende y culpa la ley de Dios. Alguien dirá, ¡Lejos esté esto del ánimo de cualquier cristiano!: ¿quién se atrevería a sospechar esto del Apóstol, ni siquiera un loco? Y sin embargo, hermanos míos, estas palabras mal entendidas han proporcionado combustible para la locura de los maniqueos. Los maniqueos dicen que la ley de Dios dada por Moisés no fue dada por Dios, y sostienen que es contraria al Evangelio. Y cuando se discute con ellos, intentan convencer con estos testimonios del apóstol Pablo que no entienden, ¿qué diré?, a los católicos que no entienden, y no más bien a los negligentes. No es mucho, si alguien quiere ser diligente, después de escuchar las calumnias de un hereje, al menos considerar en el código la circunstancia de la lectura. Si lo hace; allí encontrará de inmediato de dónde refutar al locuaz adversario, de dónde derribar a los enemigos de la Ley y a los rebeldes. Pues aunque sea lento para entender las palabras del Apóstol, allí está expresada claramente la alabanza de la ley de Dios.

3. La calumnia de los maniqueos debe refutarse con lo que sigue. Ved primero y prestad atención. Porque cuando estábamos en la carne, dice, las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban. Aquí ya el maniqueo levanta la cabeza, exalta los cuernos, te ataca, hace un ataque: He aquí, dice, las pasiones de los pecados que son por la Ley. ¿Cómo es buena la Ley, por la cual en nosotros están las pasiones de los pecados, y operan en nuestros miembros, para que lleven fruto para muerte? Lee, avanza un poco, escucha todo pacientemente, y si no inteligentemente. Pues lo que dice, Las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, es mucho para que lo entiendas: pero primero sé conmigo un alabador de la Ley, y entonces merecerás ser un entendedor. Tienes el corazón cerrado, ¿y acusas la llave? He aquí, por ahora lo que no entendemos, dejémoslo un poco de lado, vayamos a la alabanza de la Ley que está abierta. Las pasiones, dice, de los pecados, que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Ahora, pues, hemos sido liberados de la Ley de muerte, en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra. Aún parece que acusa, culpa, reprueba, detesta la Ley: pero no a los que entienden. Pues cuando dice, Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Ahora, pues, hemos sido liberados de la Ley de muerte, en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra, parece ciertamente que acusa y culpa la Ley. Él mismo lo vio, lo vio, sintió que no se le entendía, y que las mentes de los hombres se agitaban contra la oscuridad de sus palabras: sintió lo que podrías decir, sintió lo que podrías contradecir; y quiso decirlo primero, para que no encontraras qué decir.

CAPÍTULO III.

4. El mismo Apóstol condena a los que reprenden la Ley.---¿Qué diremos, dice? Esto sigue. ¿Qué diremos? ¿La Ley es pecado? ¡Lejos esté! Con una palabra absolvió la Ley, condenó al

acusador de la Ley. Presentabas la autoridad del Apóstol contra mí, oh maniqueo, y me decías, cuando reprendías la Ley, He aquí, escucha al Apóstol, lee al Apóstol: Las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Ahora, pues, hemos sido liberados de la Ley de muerte, en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra. Te jactabas, clamabas, decías, Escucha, lee, mira: habías dicho estas cosas, y ya deseabas irte de espaldas. Espera, te escuché, escúchame: más bien ni yo a ti, ni tú a mí; sino que ambos escuchemos al Apóstol, quien se libera a sí mismo, y te ata a ti. ¿Qué diremos, dice? ¿La Ley es pecado? Esto decías, La Ley es pecado, esto decías. He aquí, escuchaste lo que decías, escucha lo que debes decir. Decías que la Ley de Dios era pecado, cuando ciego e imprudente la reprendías. Erraste: Pablo vio tu error. Lo que decías, él mismo lo dijo. ¿Qué diremos? ¿La Ley es pecado? ¿Lo que decías, eso decimos? ¿La Ley es pecado? ¡Lejos esté! Si seguías la autoridad del Apóstol, pesa la palabra, y toma de allí el consejo. Escucha, ¿La Ley es pecado? ¡Lejos esté! Escucha, ¡Lejos esté! Si sigues al Apóstol, si valoras mucho su autoridad, escucha, ¡Lejos esté!: y lo que sentías, que esté lejos de ti. ¿Qué diremos? ¿Qué diremos? porque dije, Las pasiones de los pecados que son por la Ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte; porque dije, Hemos sido liberados de la Ley de muerte, en la cual estábamos detenidos; porque dije, Sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra: ¿La Ley es pecado? ¡Lejos esté! ¿Por qué, entonces, Apóstol, dijiste tantas cosas?

CAPÍTULO IV.

5. La Ley que prohíbe desear el mal, no es mala. ¡Lejos esté que la Ley sea pecado!: Pero el pecado, dice, no lo conocí, sino por la Ley. Pues no conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás. Ahora te pregunto, maniqueo, ahora te pregunto, respóndeme. ¿Es mala la Ley que dice, No codiciarás? Esto ni siquiera un lujurioso y malvado me respondería. Pues incluso esos hombres viciosos cuando son reprendidos, se avergüenzan; y cuando están entre castos, no se atreven a ser lascivos. Si dices que es mala la Ley que dice, No codiciarás; quieres codiciar impunemente; acusas a la Ley, porque golpea la lujuria. Hermanos míos, si no escucháramos al Apóstol diciendo, ¿La Ley es pecado? ¡Lejos esté!; sino solo recordando las palabras de la Ley, donde se dice, No codiciarás: incluso sin que él alabe la Ley, nosotros deberíamos alabarla: alabarla, acusarnos a nosotros mismos. He aquí la Ley, he aquí que desde arriba la trompeta divina clama al hombre, No codiciarás. No codiciarás, reprende si puedes; hazlo, si no puedes reprender. Has escuchado, No codiciarás, no te atreves a reprender. Porque es bueno lo que dijo, No codiciarás; es malo codiciar. La Ley culpa el mal, la Ley te prohíbe tu mal. Por tanto, la Ley culpa el mal de codiciar, la Ley te prohíbe tu mal. Por tanto, haz lo que manda la Ley, no hagas lo que prohíbe la Ley, no codicies.

CAPÍTULO V.

6. El mal de la concupiscencia desconocido antes de la Ley. Pero ¿qué dice el Apóstol? No conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás. Pues iba tras mi concupiscencia, y corría adonde me arrastraba, y sus halagos blandos, y por la suavidad carnal agradables, los consideraba una gran felicidad. Pues el pecador es alabado, dice la Ley, en los deseos de su alma; y quien hace iniquidad, es bendecido (Salmo IX, 3). Encuentras a un hombre siguiendo sus concupiscencias carnales, entregándose completamente a ellas como siervo, buscando placeres por todas partes, fornicando, embriagándose; no digo más; fornicando, digo, embriagándose. He dicho estas cosas que se cometen lícitamente, pero no según las leyes de Dios. Pues ¿quién ha sido llevado alguna vez ante un juez, porque entró en

el burdel de una prostituta? ¿Quién ha sido alguna vez acusado en los tribunales públicos, porque se entregó lascivo e impuro a sus bailarinas? ¿Quién alguna vez teniendo esposa, porque violó a su esclava, encontró crimen? Pero en el foro, no en el cielo; en la ley del mundo, no en la ley del Creador del mundo. Sin embargo, el lujurioso, impuro y lascivo es llamado feliz por abundar en placeres, disfrutar de delicias. Y si además se embriaga con vino, si bebe medidas sin medida; no solo no encuentra crimen, sino que también recibe el nombre de hombre fuerte: tanto más malvado, cuanto más invicto bajo la copa. Cuando se alaban estas cosas, y se dice, Es feliz, es grande, le va bien; y no solo no se considera pecado, sino que también se considera o un don de Dios, o ciertamente un bien suave, blando y lícito: sale la ley de Dios, y dice, No codiciarás. Aquel hombre que pensaba que era un gran bien, y consideraba una gran felicidad no negar a su concupiscencia lo que pudiera, seguir adonde lo lleva; escucha, No codiciarás; y reconoce que es pecado. Dios dijo, el hombre escuchó, creyó a Dios, vio su pecado; lo que consideraba bueno, reconoció que era malo: quiso frenar la concupiscencia, no ir tras ella, se contuvo, lo intentó, fue vencido. Quien antes era ignorante de sus males, se hizo sabio, y peor fue vencido: comenzó a ser no solo pecador, sino también transgresor. Pues pecador ya era antes: pero antes de escuchar la Ley, no sabía que era pecador. Escuchó la Ley, vio el pecado; intentó vencer, fue superado y derribado; se hizo transgresor de la Ley, quien antes era ignorante pecador. Esto dice el Apóstol: ¿La Ley es pecado? ¡Lejos esté! Pero el pecado no lo conocí, sino por la Ley. Pues no conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás.

7. La concupiscencia aumentada por la Ley, no vencida.---Pero tomando ocasión, el pecado por el mandamiento operó en mí toda concupiscencia. Era menor la concupiscencia, cuando antes de la Ley pecabas seguro, ahora, sin embargo, con los obstáculos de la Ley puestos ante ti, el río de la concupiscencia como frenado un poco, no se ha secado: pero con el ímpetu creciente que te llevaba sin obstáculos, te abrumó con los obstáculos rotos. Tu concupiscencia era menor, cuando movía tu lujuria, pero es toda cuando trasciende también la Ley. ¿Quieres saber cuán grande es? Mira qué rompió: No codiciarás. No lo dijo un hombre, lo dijo Dios, lo dijo el Creador, lo dijo el Juez eterno, no lo dijo cualquiera. Haz, por tanto, lo que dijo. ¿No lo haces? observa al juez que lo dijo. Pero ¿qué harás, oh hombre? No venciste, porque presumiste de ti mismo.

CAPÍTULO VI.

8. Quien presume de sí mismo es vencido. Atiende, por tanto, ahora a las palabras anteriores, que parecían oscuras: Porque cuando estábamos en la carne. Las palabras que dijimos antes, de donde comenzó la lectura que parecía oscura, prestad atención: Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados que son por la Ley. ¿De dónde son por la Ley? Porque estábamos en la carne. ¿Qué significa, porque estábamos en la carne? Presumíamos de la carne. ¿Acaso quien hablaba el Apóstol, ya había salido de esta carne, o a quienes hablaba ya habían salido por la muerte de esta carne? No ciertamente; sino que según el modo de esta vida, tanto quien hablaba, como a quienes hablaba, estaban en la carne. ¿Qué significa, Porque estábamos en la carne; sino, cuando presumíamos de la carne, es decir, de nosotros mismos? Pues al hombre se le dijo, y de los hombres se dijo, Verá toda carne la salvación de Dios (Isaías XL, 5; Lucas III, 6). ¿Qué significa, Verá toda carne; sino, verá todo hombre? Y ¿qué significa, El Verbo se hizo carne (Juan I, 14); sino, el Verbo se hizo hombre? Pues no era el Verbo y carne, y no había alma allí: sino que con el nombre de carne se significó al hombre, en lo que se lee, El Verbo se hizo carne. Por tanto, Porque estábamos en la carne, es decir, en las concupiscencias de la carne nos movíamos, y allí poníamos toda nuestra esperanza como en nosotros mismos: las pasiones de los pecados, que son por la ley,

fueron aumentadas por la ley. Pues prohibiendo hicieron transgresor de la ley; porque aquel que se hizo transgresor, no tuvo a Dios como ayudador. Operaban, por tanto, en nuestros miembros, para que llevasen fruto, ¿a quién, sino a la muerte? Si el pecador debía ser condenado, ¿qué esperanza tiene el transgresor?

CAPÍTULO VII.

9. No confiar en uno mismo, sino en Dios. Por tanto, oh hombre, te venció tu concupiscencia; te venció, porque te encontró en un mal lugar: te encontró en la carne, por eso te venció. Migra de allí: ¿por qué temes? No te dije que murieras. No temas, porque dije, Migra de la carne. No te dije que murieras, más bien me atrevo a decir, te dije que murieras. Si habéis muerto con Cristo, buscad las cosas de arriba. Viviendo en la carne, no estés en la carne. Toda carne es heno, pero la Palabra del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6). Que el Señor sea tu refugio. La concupiscencia te acecha, te urge, ha recibido grandes fuerzas contra ti, hecha mayor por la prohibición de la Ley, sufres un enemigo mayor: que el Señor sea tu refugio, torre de fortaleza ante el enemigo (Salmo LX, 4). No estés, por tanto, en la carne, está en el espíritu. ¿Qué significa estar en el espíritu? Pon tu esperanza en Dios. Pues si pones tu esperanza en el mismo espíritu que los hombres, de nuevo tu espíritu recae en la carne, porque no lo diste a aquel de quien debe depender. No se contiene, si no es contenido. No permanezcas en ti, trasciende también a ti: ponlo en aquel que te hizo. Pues si tienes esperanza en ti, habiendo recibido la Ley serás transgresor. Te encontró el enemigo desnudo de refugio, te invade: mira que no te arrebate, como león, y no haya quien libre (Salmo XLIX, 22). Atiende a las palabras del Apóstol alabando la Ley, acusándose a sí mismo, haciéndose reo bajo la Ley, y tal vez transfigurando tu persona en él, y diciéndote: No conocí el pecado, sino por la Ley. Pues no conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás. Pero tomando ocasión, el pecado por el mandamiento operó en mí toda concupiscencia. Pues sin la ley el pecado está muerto. ¿Qué significa, está muerto? Está oculto, no aparece en absoluto, como sepultado es ignorado. Pero al venir el mandamiento, el pecado revivió. ¿Qué significa, revivió? Comenzó a aparecer, comenzó a sentirse, comenzó a rebelarse contra mí.

CAPÍTULO VIII.

10. Deleite de la ley de Dios, y deleite de la concupiscencia.---Pero yo morí. ¿Qué significa, morí? Me hice transgresor, Y se encontró en mí el mandamiento que era para vida. Ved que se alaba la Ley, el mandamiento que era para vida. Pues ¿qué vida es, no codiciar? ¡Oh vida dulce! Dulce es ciertamente el placer de la concupiscencia: es verdad, y los hombres no la seguirían, si no fuera dulce. El teatro, el espectáculo, la prostituta lasciva, la canción más vil, son dulces para la concupiscencia; dulces ciertamente, suaves, deleitables: pero, Me contaron los injustos deleites, pero no como tu ley, Señor (Salmo CXVIII, 85). Son suaves, dulces, deleitables: pero escucha mejores, Me contaron los injustos deleites, pero no como tu ley, Señor. Feliz el alma que se deleita con tales deleites, donde ninguna torpeza la mancha, y con la serenidad de la verdad se purifica. Pero a quien le deleita la ley de Dios, y le deleita de tal manera, que vence todos los deleites de la lascivia, no se atribuya a sí mismo este deleite: El Señor dará suavidad (Salmo LXXXIV, 13). ¿Cuál diré? Señor, dame esa suavidad, o aquella? Eres dulce, Señor, y en tu suavidad enséñame tus justicias (Salmo CXVIII, 68). En tu suavidad enséñame, y me enseñas. Entonces aprendo para hacer, si en tu suavidad me enseñas. Sin embargo, mientras la iniquidad halaga y es dulce la iniquidad, amarga es la verdad. En tu suavidad enséñame: para que la verdad sea dulce, con tu dulzura se desprezie la iniquidad. Mucho mejor y más dulce es la verdad, pero el pan es dulce para los sanos. ¿Qué

mejor y más excelente que el pan celestial? Pero si la iniquidad no embota los dientes. Pues la Escritura dice: Como la uva agria es nociva para los dientes, y el humo para los ojos; así es la iniquidad para los que la usan (Prov. X, 26). ¿De qué sirve que alabéis el pan, si vivís mal? Lo que alabáis no lo coméis. Por tanto, cuando escuchas la palabra, cuando escuchas la palabra de justicia y verdad, y la alabas; mucho más loable es, si lo haces. Haz, por tanto, lo que alabas. ¿O dirás: Quiero, pero no puedo? ¿Por qué no puedes? Porque no hay salud. ¿De dónde perdiste la salud, sino porque pecando ofendiste al Creador? Por tanto, para que su pan, que alabas, lo comas con suavidad, es decir, con salud, dile: Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo XL, 5). Por tanto, dice, se encontró en mí el mandamiento que era para vida, esto ser para muerte. Pues era antes para él un pecador desconocido, se hizo manifiesto transgresor. He aquí se encontró en él para muerte, lo que era para vida.

CAPÍTULO IX.

11. El hombre orgulloso asesinado por su propia espada. — Pero, dice, aprovechando la ocasión, el pecado me engañó por el mandamiento, y por él me mató. Así sucedió primero en el paraíso: Me engañó, dice, aprovechando la ocasión por el mandamiento. Mira a la serpiente susurrando a aquella mujer. Le preguntó qué había dicho Dios: ella respondió, Dios nos dijo: De todo árbol que está en el paraíso comeréis; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comeréis. Si coméis de él, moriréis. Este es el mandamiento de Dios. Contra la serpiente: No, dice, no moriréis. Porque sabía Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses (Gén. III, 2-5). Por lo tanto, aprovechando la ocasión, el pecado me engañó por el mandamiento, y por él me mató. Con la espada que llevabas, el enemigo te mató; con tus armas te venció, con tus armas te destruyó. Recibe el mandamiento: sabe que es un arma, no con la que te mata, sino con la que el enemigo es matado por ti. Pero no presumas de tus fuerzas. Mira al pequeño David contra Goliat, mira al pequeño contra el gigante; pero confiando en el nombre del Señor. Tú vienes a mí, dice, con escudo y lanza; yo en el nombre del Señor omnipotente (I Sam. XVII, 45). Así, así; de otra manera no: de ninguna manera de otra manera el enemigo es derribado. Quien presume de sus fuerzas, antes de luchar él mismo es derribado.

CAPÍTULO X.

12. El Apóstol, una y otra vez, el más claro defensor de la Ley. Ved, sin embargo, amadísimos, ved una y otra vez al apóstol Pablo ser el más claro defensor de la ley divina contra la furia de los maniqueos, ved lo que añade: Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Puede ser alabada más abundantemente? Poco antes, con aquella palabra que dijo, ¡De ninguna manera!, la defendió de la acusación, no la alabó. Una cosa es defender de una acusación, otra es proclamar con el debido elogio. La acusación fue, ¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley pecado? Defensa, ¡De ninguna manera! Con una palabra se defiende la verdad; porque grande es la autoridad del Apóstol que defiende. ¿Por qué defender mucho tiempo? Basta. ¡De ninguna manera! ¿O queréis, dice, recibir la prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Pero ahora: Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.

13. Se trata el mismo argumento. ¿Lo que es bueno, se me ha hecho muerte? ¡De ninguna manera! Porque lo bueno no es la muerte. Sino que el pecado, para que aparezca como pecado, por lo bueno me ha obrado la muerte. La muerte no es la ley, sino que el pecado es la

muerte. Ya había dicho antes. Sin la ley el pecado está muerto. Donde os había advertido, porque dijo muerto, está oculto, no aparece. Ahora ved cuán verdaderamente se ha dicho así: El pecado, dice, para que aparezca como pecado. No dijo, Para que sea; porque era incluso cuando no aparecía. El pecado para que aparezca como pecado. ¿Qué es, para que aparezca como pecado? Porque no conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás. No dijo, No tenía concupiscencia; sino, no conocía la concupiscencia. Así también aquí no dijo, Para que sea pecado; sino, para que aparezca como pecado, por lo bueno me ha obrado la muerte. ¿Qué muerte? Para que se haga en extremo pecador o pecado por el mandamiento. Atiende, en extremo pecador. ¿Por qué en extremo? Porque ya es también transgresión. Donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Rom. IV, 15).

CAPÍTULO XI.

14. El pecado derivado del primer hombre. Ved, pues, hermanos, ved que el género humano ha fluido de la muerte de aquel primer hombre. Porque el pecado entró en este mundo por el primer hombre, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres (Rom. V, 12). Pasó, prestad atención a la palabra que habéis oído: considerad, ved qué es, pasó. Pasó: de ahí que incluso el niño pequeño es culpable; no ha cometido pecado, pero lo ha heredado. Porque aquel pecado no permaneció en la fuente, sino que pasó: no en este o aquel, sino que pasó a todos los hombres. El primer pecador, el primer transgresor, engendró pecadores sujetos a la muerte. Vino el Salvador a sanar de una virgen. Porque vino a ti no como tú viniste, no vino de la concupiscencia del hombre y la mujer, no de aquel vínculo de concupiscencia. El Espíritu, dice, Santo vendrá sobre ti. Esto fue dicho a la virgen, fue dicho a la fe ferviente, no a la concupiscencia de la carne ardiente: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). ¿Cómo podría tener tal sombra quien ardiera con el calor de la lujuria? Porque, por lo tanto, no como viniste a ti vino, te libera. ¿Dónde te encontró? Vendido bajo el pecado, yaciendo en la muerte del primer hombre, arrastrando el pecado del primer hombre, teniendo culpa antes de poder tener libre albedrío. He aquí dónde te encontró, cuando te encontró pequeño. Pero has superado la edad de niño: he aquí que has crecido, al primer pecado has añadido muchos; has recibido la ley, te has convertido en transgresor. Pero no te preocupes: Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20). Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLIV. Sobre las palabras del Apóstol, Rom. VII, Sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, etc. Contra los pelagianos, que dicen que el hombre puede estar sin pecado en esta vida. Pronunciado en la mesa de San Mártir Cipriano.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Para qué fue dada la Ley. La lectura de ayer de la Epístola del santo apóstol Pablo, quienes asistieron al sermón, la escucharon: sigue la lectura que hoy se ha recitado. Aún se trata de ese lugar difícil y peligroso, que con la ayuda de nuestro Señor, en la medida en que me ayudáis con devoción religiosa, según las fuerzas que se digna darme, hemos asumido exponer y aclarar. Que vuestra Caridad me conceda paciencia, para que si tengo una discusión difícil debido a la oscuridad de los temas, al menos tenga una voz clara. Porque si ambas cosas son difíciles, se trabaja mucho: y ojalá no se trabaje en vano. Para que nuestro trabajo sea útil, que vuestra escucha sea paciente. Porque el Apóstol no culpa a la Ley, ayer, a los oyentes, según creo, les satisfacimos. Allí dijo: ¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley pecado? ¿De ninguna manera! Pero el pecado no lo conocí, sino por la ley. Porque no conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás. Pero aprovechando la ocasión, el pecado

por el mandamiento obró en mí toda concupiscencia. Porque sin la ley el pecado está muerto; es decir, está oculto, no aparece. Yo vivía alguna vez sin la ley: pero al venir el mandamiento, el pecado revivió. Yo, sin embargo, morí, y se encontró que el mandamiento que era para vida (¿qué hay más pertinente a la vida que, No codiciarás?), esto es para muerte. Porque el pecado, aprovechando la ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató: aterrorizó la concupiscencia, no la extinguió; aterrorizó, no la oprimió; hizo temor al castigo, no amor a la justicia. Así que, dice, la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, se me ha hecho muerte? ¡De ninguna manera! Porque la ley no es muerte, sino que el pecado es muerte. ¿Qué, entonces, por la ocasión del mandamiento? Pero el pecado, para que aparezca como pecado —pues estaba oculto cuando se decía muerto—: por lo bueno me obró la muerte; para que, añadida la transgresión, se haga en extremo pecador o pecado por el mandamiento; porque la transgresión no se añadiría al pecado, si no hubiera mandamiento. Pues en otro lugar dice claramente el mismo apóstol: Donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Rom. IV, 15). ¿Qué, entonces? ¿Qué dudamos de que la Ley fue dada para que el hombre se encontrara a sí mismo? Porque cuando Dios no prohibía el mal, el hombre se ocultaba a sí mismo: no encontró sus fuerzas débiles, sino cuando recibió la ley de la prohibición. Se encontró, pues, a sí mismo, se encontró a sí mismo en el mal. ¿A dónde huye de sí mismo? Porque a dondequiera que huya de sí mismo, se sigue a sí mismo. ¿Y de qué le sirve el conocimiento de sí mismo encontrado, que hiere la conciencia?

CAPÍTULO II.

2. Si el Apóstol habla aquí de sí mismo. Habla, pues, también en esta lectura, que hoy se ha recitado, aquel que se encontró a sí mismo. Sabemos, dice, que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido bajo el pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo. Porque no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Se pregunta en este lugar con gran diligencia quién se entiende, si el mismo Apóstol que hablaba; o si en sí mismo transfiguró a otro, a quien tocara en sí mismo, como dijo en algún lugar: Pero todo esto lo he transfigurado en mí y en Apolo por vosotros, para que en nosotros aprendáis (I Cor. IV, 6). Si, pues, el Apóstol habla (lo que nadie duda), y cuando dice, No hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago, no lo dice de otro, sino de sí mismo: ¿qué hemos de entender, hermanos míos? ¿Acaso el apóstol Pablo no quería, por ejemplo, cometer adulterio, y cometía adulterio? ¿No quería ser avaro, y era avaro? ¿Quién de nosotros se atrevería a vestirse con tal blasfemia, para pensar esto del Apóstol? Tal vez, entonces, es otro: tal vez eres tú, o eres tú, o es él, o soy yo. Si, pues, es alguno de nosotros, escuchemos como si fuera de él mismo, y no enojados nos corriamos. Pero si es él mismo, tal vez también es él mismo; no entendamos así lo que dijo, No hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago, como si quisiera ser casto, y fuera adúltero; o quisiera ser misericordioso, y fuera cruel; o quisiera ser piadoso, y fuera impío. No lo tomemos así, No hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago.

CAPÍTULO III.

3. El Apóstol tampoco sin concupiscencia. ¿Pero para qué? Quiero no desear, y deseo. ¿Qué dijo la Ley? No codiciarás. El hombre oyó la Ley, reconoció el vicio: declaró la guerra, encontró la cautividad. Pero tal vez algún hombre, no el Apóstol. ¿Qué, pues, decimos, hermanos míos? ¿No tenía el Apóstol ninguna concupiscencia en su carne, que no quisiera tener; a la cual, sin embargo, existente, titilante, sugiriendo, solicitando, ardiente, tentando no consentía? Digo a vuestra Caridad, si creemos que el Apóstol no tenía absolutamente ninguna debilidad de concupiscencia a la que resistir, creemos mucho de él: y ojalá así sea. No debemos envidiar a los Apóstoles, sino imitar a los Apóstoles. Sin embargo, amadísimos,

escucho al mismo Apóstol confesando, que aún no había llegado a tal perfección de justicia como creemos que hay en los Ángeles: cuya igualdad de Ángeles esperamos, si llegamos a lo que queremos. ¿Qué otra cosa nos promete el Señor en la resurrección, donde dice: En la resurrección de los muertos ni se casarán, ni se darán en matrimonio; porque no comenzarán a morir, sino que serán iguales a los Ángeles de Dios (Mat. XXII, 30, y Luc. XX, 35, 36)?

4. El Apóstol habla de su propia imperfección. Dice, pues, alguno: ¿Y tú cómo sabes que el apóstol Pablo aún no había alcanzado la justicia y perfección de un ángel? No hago injuria al Apóstol, no creo sino al Apóstol, no busco otro testigo; no escucho al que sospecha, no me importa el que alaba demasiado. Dime, santo Apóstol, de ti mismo, donde nadie duda que hablas de ti mismo. Porque donde dijiste, No hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago; existen quienes dicen, que transfiguraste en ti a otro que no sé quién, luchando, desfalleciendo, vencido, cautivo. Dime de ti, donde nadie duda que hablas de ti. Hermanos, dice el Apóstol, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. ¿Y qué haces? Pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, según la intención, dice, no según la perfección; según la intención sigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Ya había dicho antes: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto (Filip. III, 12-14). Aún se contradice y se dice: Decía estas cosas el Apóstol, porque aún no había llegado a la inmortalidad; no porque aún no había llegado a la perfección de la justicia. Ya, pues, era tan justo como son los Ángeles, pero aún no inmortal como son los Ángeles. Así, dicen, así es ciertamente. Ahora dijiste: Ya era tan justo como son los Ángeles, pero aún no inmortal como son los Ángeles. Por lo tanto, ya tenía la perfección de la justicia, pero siguiendo la meta suprema, buscaba la inmortalidad.

CAPÍTULO IV.

5. El Apóstol confiesa la debilidad de su ánimo. Dinos, santo Apóstol, otro lugar más manifiesto, no donde buscas la inmortalidad, sino donde confiesas la debilidad. Y aquí ya se murmura, ya se contradice. Me parece oír las cogitaciones de algunos, y aquí se me dice: Es verdad, sé lo que vas a decir: confiesa la debilidad, pero de la carne, no del ánimo; confiesa la debilidad, pero del cuerpo, no del alma: pero en el alma hay perfecta justicia, no en el cuerpo. Porque ¿quién ignora que ciertamente el Apóstol era frágil en el cuerpo, mortal en el cuerpo, como dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7)? ¿Qué tienes, pues, con el vaso de barro? Habla algo del tesoro. Si tuvo algo menos, si había algo que añadirle al oro de la justicia, encontremos. Escuchémosle a él mismo, para que no seamos considerados injuriosos. Y para que no me ensalce por la grandeza de mis revelaciones, dice el Apóstol: En la grandeza de mis revelaciones para que no me ensalce. Sin duda aquí reconocéis al Apóstol teniendo grandeza de revelaciones, y temiendo el precipicio de la soberbia. Para que sepas, pues, que incluso el mismo Apóstol, que quería salvar a otros, aún era curado: para que sepas que incluso él aún era curado; si valoras mucho su honor, escucha qué le aplicó el médico para el tumor: escucha no a mí, escúchale a él mismo. Escucha confesando, para que sientas enseñando. Escucha: Y para que no me ensalce por la grandeza de mis revelaciones. He aquí que ya puedo decir al apóstol Pablo: ¿Para que no te ensalces, santo Apóstol? ¿Para que no te ensalces, aún hay que tener cuidado? ¿Para que no te ensalces, aún hay que temer? ¿Para que no te ensalces, aún hay que buscar medicina para esta debilidad?

CAPÍTULO V.

6. El epítome del tumor dado al Apóstol. ¿Qué me dices, dice, tú? Y tú escucha qué soy; y no seas altivo, sino teme. Escucha cómo el cordero pequeño entra, donde el carnero así peligra.

Para que no me ensalce, dice, por la grandeza de mis revelaciones, me fue dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee. ¿Qué tipo de tumor temió, que recibió un epítome tan mordaz? Ahora, pues, di que tanta justicia había en él, cuanta hay en los Ángeles santos. ¿O acaso también un ángel santo en el cielo, para que no se ensalce, recibe un aguijón, un ángel de Satanás, por el cual sea abofeteado? Lejos de nosotros sospechar esto de los santos Ángeles. Somos hombres, reconozcamos a los santos Apóstoles como hombres; vasos elegidos, pero aún frágiles; aún peregrinando en esta carne, no aún triunfando en la patria celestial. Por lo tanto, porque el Señor le rogó tres veces, para que le fuera quitado este aguijón; y no fue escuchado según su voluntad, porque fue escuchado para su salud (II Cor. XII, 7-9); tal vez no indebidamente él mismo habla, donde dice, Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal.

7. Todo santo en esta vida es carnal y espiritual. ¿Es, pues, carnal el Apóstol, que decía a otros, Vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre? ¿A otros como espirituales se dirige, y él mismo es carnal? Pero ¿qué dijo también a esos espirituales, porque aún no estaban en la perfección celestial y angélica, aún no estaban en la seguridad de aquella patria, sino en la preocupación de esta peregrinación? ¿Qué les dijo? Ciertamente los llamó espirituales: Vosotros, dice, que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gál. VI, 1). He aquí, a quien ya llamó espiritual, temió para él la fragilidad de la tentación, de donde pudiera ser tentado el espiritual, aunque no de la mente, ciertamente de la carne. Porque espiritual, porque vive según el espíritu; pero aún en parte mortal carnal: el mismo espiritual, y el mismo carnal. He aquí espiritual: Con la mente sirvo a la ley de Dios. He aquí carnal: pero con la carne a la ley del pecado. Por lo tanto, el mismo es espiritual y carnal? El mismo ciertamente, mientras viva aquí, así es.

CAPÍTULO VI.

8. Quién es completamente carnal, quién es en parte o completamente espiritual. No te asombres, quienquiera que seas, si cedes y consientes a las concupiscencias carnales, si las consideras buenas para satisfacer la lujuria, o si ya las ves malas pero aún así cedes y consientes, y sigues a donde te llevan, y cometes lo que sugieren como malo; eres completamente carnal. Tú, tú quienquiera que seas así, eres completamente carnal. Pero si concupiscas lo que la Ley prohíbe, cuando dice, No codiciarás (Éxodo XX, 17); pero guardas lo que también la Ley ordena, No sigas tus concupiscencias (Eclesiástico XVIII, 30): eres espiritual en mente, carnal en carne. Porque una cosa es no codiciar; otra, no seguir tus concupiscencias. No codiciar es de los completamente perfectos; no seguir tus concupiscencias es de quien lucha, de quien combate, de quien trabaja. ¿Por qué desesperar de la victoria donde arde la lucha? ¿Cuándo será la victoria? Cuando la muerte sea absorbida en victoria. Entonces será la voz del triunfante, no el sudor del combatiente. ¿Cuál será esa voz del triunfante, cuando esto corruptible se revista de incorrupción, y esto mortal se revista de inmortalidad? Ves al vencedor, escucha al que exulta, espera al que triunfa. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita, La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? (I Cor. XV, 53-55). ¿Dónde está? He aquí que estaba, y ya no está. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? He aquí la lucha de la muerte: No hago lo que quiero. He aquí la lucha de la muerte: Sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal. Si el Apóstol lo dice de sí mismo; si lo digo, no lo confirmo: si el Apóstol dice, Sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal: en mente espiritual, en cuerpo carnal: ¿cuándo completamente espiritual? Cuando se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo

espiritual (I Cor. XV, 44). Ahora, pues, cuando arde la lucha de la muerte, no hago lo que quiero: en parte espiritual, en parte carnal; en la mejor parte espiritual, en la inferior carnal. Aún lucho, no he vencido: es mucho para mí no ser vencido. No hago lo que quiero; lo que odio, eso hago. ¿Qué haces? Codicio. Aunque no consiento a la concupiscencia, aunque no sigo mis concupiscencias; sin embargo, aún codicio: y ciertamente también en esa parte soy yo.

CAPÍTULO VII.

9. El mismo carnal y espiritual a la vez. No soy yo en la mente, y otro en la carne. ¿Pero qué? Entonces yo mismo: porque yo en la mente, yo en la carne. No son dos naturalezas contrarias, sino de ambas un solo hombre: porque un solo Dios, por quien fue hecho el hombre. Entonces yo mismo, yo mismo, sirvo con la mente a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Con la mente no consiento a la ley del pecado: pero sin embargo no quisiera que hubiera en mis miembros ninguna ley de pecado. Porque no quisiera, y sin embargo está; no hago lo que quiero: porque codicio, y no quiero, no hago lo que quiero; sino lo que odio, eso hago. ¿Qué odio? Codiciar. Odio codiciar, y sin embargo lo hago con la carne, no con la mente: Lo que odio, eso hago.

10. Consintiendo con la ley.---Pero si hago lo que no quiero, consiento con la ley, porque es buena. ¿Qué es esto, Si hago lo que no quiero, consiento con la Ley, porque es buena? Consentirías con la ley, si hicieras lo que quiere: haces lo que la ley odia, ¿cómo consientes con la ley? En verdad, Si hago lo que no quiero, consiento con la ley, porque es buena. ¿Cómo? Porque la ley ordena, No codiciarás, ¿Qué quiero yo? no codiciar? Queriendo lo que quiere la ley, consiento con la ley, porque es buena. Si la ley dijera, No codiciarás, y yo quisiera codiciar; no consentiría con la ley, y ciertamente sería diferente de esa perversidad de voluntad. Porque diciendo la ley, No codiciarás, y yo quisiera codiciar; no consiento con la ley de Dios. ¿Qué ahora? ¿qué dices, oh ley? No codiciarás. Y yo no quiero codiciar, y yo no quiero; lo que no quieres, no quiero: por eso consiento, porque lo que no quieres, no quiero. Mi debilidad no cumple la ley: pero mi voluntad alaba la Ley. Entonces si hago lo que no quiero; por eso consiento con la ley, porque no quiero lo que no quiere, no porque hago lo que no quiero. Porque hacer eso es codiciar, no consentir a la concupiscencia: para que nadie busque ya en el Apóstol un ejemplo para pecar, y dé un mal ejemplo. No hago lo que quiero. ¿Qué dice la ley? No codiciarás. Y yo no quiero codiciar, y sin embargo codicio; aunque no doy mi consentimiento a mi concupiscencia, aunque no la sigo. Resisto, aparto la mente, niego las armas, retengo los miembros; y sin embargo, sucede en mí lo que no quiero. Lo que la ley no quiere, no quiero con la ley; lo que no quiere, no quiero: por eso consiento con la ley.

CAPÍTULO VIII.

11. Ignorar el pecado. Pero porque yo estoy en la carne, yo estoy en la mente; pero más yo estoy en la mente, que en la carne. Porque yo estoy en la mente, yo estoy en el que gobierna: la mente gobierna, la carne es gobernada: y más estoy yo en lo que gobierna, que en lo que soy gobernado. Porque más yo en la mente: Ahora bien, ya no soy yo quien lo hace. Ahora bien, ¿qué es? Ahora bien, ya redimido, que antes fui vendido bajo el pecado, ya recibida la gracia del Salvador, para que con la mente me deleite en la ley de Dios, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que no habita en mí. De nuevo, en mí: escucha lo que sigue, esto es en mi carne el bien. Querer está a mi alcance. Sé. ¿Qué sabes? Que no habita en mí, esto es en mi carne, el bien. Ya habías dicho, Lo que hago, no lo

entiendo. Si no entiendes, ¿cómo sabes? Ahora dices, No entiendo; ahora dices, Sé: yo cómo entender, no sé. ¿Es esto lo que entiendo? Porque donde dice, Lo que hago, no lo entiendo; dijo no entiendo, no apruebo, no acepto, no me agrada, no consiento, no alabo. Porque tampoco Cristo ignorará a aquellos a quienes dirá, No os conozco (Mateo VII, 23). En verdad también entiendo esto, Porque lo que hago, no lo entiendo: porque lo que no hago, no lo entiendo. Porque no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Por eso no entiendo: porque no soy yo quien lo hace, como se dijo del Señor, Al que no conoció pecado (II Cor. V, 21). ¿Qué es, no conoció? ¿Entonces no conoció lo que acusaba? ¿no conoció lo que castigaba? Si entonces no conoció lo que castigaba, injustamente castigaba. Porque verdaderamente castigaba justamente, conocía lo que castigaba. Y sin embargo, no conoció el pecado, porque no cometió pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo: porque no hago lo que quiero; sino lo que odio, eso hago. Pero si hago lo que no quiero; consiento con la ley, porque es buena. Ahora bien, ya recibida la gracia, no soy yo quien lo hace: la mente es libre, la carne cautiva. No soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que no habita en mí, esto es en mi carne, el bien.

CAPÍTULO IX.

12. No se concede a los santos cumplir la ley en esta vida.---Querer está a mi alcance, pero hacer el bien no está a mi alcance. Querer está a mi alcance, pero hacer no está a mi alcance. No dijo, hacer; sino, cumplir. Porque no haces nada. La concupiscencia se rebela, y no consientes; te deleita la mujer ajena, y no accedes, apartas la mente, entras en el santuario de la mente. Ves fuera la concupiscencia que bulle, dictas sentencia contra ella, limpiando la conciencia. No quiero, dices, no hago. Supón que te deleita, no hago, tengo a quien me deleite. Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. ¿Por qué te agitas en tu carne? ¿Por qué sugieres tumultuosamente deleites tontos, temporales, efímeros, vanos, nocivos, y me los narras como charlatán? Me narraron los injustos deleites. De ahí viene también esta concupiscencia. Me narra deleites, pero no como tu ley, Señor (Salmo CXVIII, 85). Me deleito en la ley de Dios: no de mí, sino de la gracia de Dios. Tú, concupiscencia, te agitas en la carne, no sometes la mente. En Dios confiaré; no temeré lo que me haga la carne (Salmo LV, 5). Yo, yo, esto es, con la mente no consintiendo, la carne se agita. En Dios, dice, confiaré; no temeré lo que me haga la carne. Ni ajena, ni mía. ¿Quién entonces hace estas cosas en sí mismo, no hace nada? Hace mucho: hace algo grande, pero sin embargo no lo cumple. ¿Qué es cumplir? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Entonces, Querer está a mi alcance, pero hacer el bien no.

13. Se trata el mismo argumento.---Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago. Y repite, Pero si hago lo que no quiero, es decir, codicio; ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Encuentro entonces una ley para mí que quiero hacer el bien. Encuentro la ley buena; la ley es buena, algo bueno es la ley. ¿Cómo lo pruebo? Porque quiero cumplirla. Encuentro entonces una ley para mí que quiero hacer el bien; porque el mal está a mi alcance. Y esto para mí. Porque no es mi carne, ni de otra sustancia la carne, ni de otro principio la carne, ni el alma de Dios, y la carne de la gente de las tinieblas. De ninguna manera. La enfermedad se opone a la salud. Semivivo yace en el camino (Lucas X, 30), aún se cura, se sanan todas sus enfermedades (Salmo CII, 3). No hago lo que quiero; sino lo que odio, eso hago. Pero si hago lo que no quiero; encuentro entonces una ley para mí que quiero hacer el bien, porque el mal está a mi alcance. ¿Qué mal?

CAPÍTULO X.

14. Se trata el mismo argumento.---Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros: cautivo, pero de la carne; cautivo, pero en parte. Porque la mente se opone, y se deleita en la ley de Dios. Así debemos entenderlo, si el Apóstol habla de sí mismo. Entonces, si la mente no consiente al pecado que seduce, sugiere, halaga; si la mente no consiente, porque tiene otras deleites interiores, incomparables con los deleites de la carne: si entonces no consiente, y hay en mí algo muerto, y algo vivo, la muerte aún lucha, pero la mente viva no consiente. ¿Acaso esa muerte no está en ti? ¿Acaso lo que está muerto no te pertenece? Aún tienes contienda. ¿Qué se puede esperar de eso?

15. Se trata el mismo argumento.---Miserable de mí: aunque no en la mente, sin embargo en la carne miserable hombre. Porque no en la mente hombre, y en la carne no hombre. ¿Quién alguna vez odió su propia carne? (Efesios V, 29). Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿Qué es esto, hermanos? Como si quisiera carecer del cuerpo. ¿Por qué te apresuras? Si solo tu intención es carecer del cuerpo; la muerte vendrá algún día, y el día último te libraré sin duda de este cuerpo de muerte. ¿Por qué gimes por algo grande? ¿Por qué dices, ¿Quién me libraré? Hablas como mortal, hablas como quien va a morir. La separación de la mente del cuerpo vendrá algún día: por la brevedad de la vida nunca está lejos; por los casos cotidianos no sabes cuándo será. Entonces, ya sea que te apresures, ya sea que te demores, toda vida humana es breve: ¿por qué gimes por algo grande, y dices, ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?

CAPÍTULO XI.

16. En la resurrección solo los justos son liberados del cuerpo de muerte. Y añade: La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Porque los paganos que no tienen la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, ¿no morirán? ¿no serán algún día en el último día de la vida liberados del cuerpo de muerte? ¿no serán liberados de este cuerpo de muerte? ¿Qué es lo que quieres atribuir por algo grande a la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, porque serás liberado de este cuerpo de muerte? El Apóstol te responde, si hemos captado su sentido, más bien porque con la ayuda del Señor, sin duda lo hemos captado; el Apóstol te responde, y dice: Sé de qué hablo. Dices que los paganos son liberados de este cuerpo de muerte, porque vendrá el último día de esta vida, y serán liberados temporalmente de este cuerpo de muerte. Vendrá también el día, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y saldrán los que hicieron el bien, a la resurrección de vida: he aquí liberados de este cuerpo de muerte. Los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28, 29): he aquí que regresaron al cuerpo de muerte. El cuerpo de muerte regresa al impío, y nunca será liberado de él. Entonces no habrá vida eterna, sino muerte eterna, porque el castigo es eterno.

CAPÍTULO XII.

17. El cuerpo de los santos después de la resurrección es inmortal. Pero tú, oh cristiano, ruega cuanto puedas, clama y di: Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? Se te responde: serás seguro, no de ti, sino de tu Señor; serás seguro de tu prenda. Espera con Cristo el reino de Cristo, ya tienes la prenda de la sangre de Cristo. Di, di, ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? para que se te responda, La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Porque no serás liberado de este cuerpo de muerte, para que no tengas este cuerpo. Lo tendrás, pero ya no de esta muerte. Será el mismo, pero no será el mismo. Será el mismo, porque será la misma carne: no será el mismo, porque no será mortal. Así, así serás liberado de este cuerpo de muerte, para que esto mortal se revista de inmortalidad, y esto corruptible

se revista de incorrupción. ¿Por quién? ¿por quién? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor. Porque por un hombre la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren: de ahí es que gimes. En Adán todos mueren: de ahí es que gimes, de ahí es que luchas con la muerte, de ahí es este cuerpo de muerte. Pero así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 21, 22). Vivificado con el cuerpo inmortal recibido, donde digas, ¿Dónde está, muerte, tu agujón? serás liberado de este cuerpo de muerte: no obstante por tu virtud, sino por la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLV. De las palabras del Apóstol, Rom. VIII, 1-11, No hay, pues, ahora condenación para los que están en Cristo Jesús, etc., Contra los Pelagianos. Predicado en la basílica de los Santos Mártires de Scillium.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Por qué la concupiscencia se llama pecado. Cómo el pecado pierde su reino. La lectura de ayer del santo Apóstol terminó donde se dijo: Entonces yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. En esta conclusión el Apóstol demostró, para esto dijo lo que había dicho antes, Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Rom. VII, 25, 20); porque no lo hacía con la mente consintiendo, sino con la carne codiciando. Esto es lo que llama pecado, de donde surgen todos los pecados, es decir, de la concupiscencia carnal. Porque todo lo que es pecado en palabras, en hechos, en pensamientos, no surge sino de la mala codicia, no surge sino de la deleitación ilícita. A esta deleitación ilícita si resistimos, si no consentimos, si no ministramos los miembros como armas; el pecado no reina en nuestro cuerpo mortal. Porque el pecado antes pierde su reino, y así perece. En esta vida, en cuanto a los santos se refiere, pierde su reino, en la otra perece. Aquí pierde su reino, cuando no seguimos nuestras concupiscencias: allí perece, cuando se dirá, ¿Dónde está, muerte, tu agujón?

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO II

2. Cómo en los santos no hay condenación aquí. Así que cuando el Apóstol dijo: "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado", no entregando los miembros a cometer iniquidades, sino solo deseando, y sin embargo no dando manos a la concupiscencia ilícita: así que cuando dijo: "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado", añadió y dijo: "Por lo tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús" (Rom. VIII, 1). Para los que están en la carne hay condenación: para los que están en Cristo Jesús no hay condenación. Para que no pienses que esto será después, añadió "ahora". Espera después aquello, para que no haya en ti concupiscencia contra la cual luches, con la que pelees, a la que no consentas, que frenes y domines: espera después, porque ni siquiera existirá. Pues si lo que lucha con nosotros del cuerpo mortal también existirá después; "¿Dónde está, muerte, tu contienda?" será falso. Sepamos, pues, qué será después. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿Dónde está, muerte, tu agujón?" Porque el agujón de la muerte es el pecado; pero la fuerza del pecado es la ley (I Cor. XV, 54-56). Porque por la prohibición se aumentó el deseo, no se extinguió. La ley dio fuerza al pecado, solo ordenando por la letra, no ayudando por el espíritu. Entonces, eso no será, pero

¿qué ahora? ¿Qué es ahora, preguntas? Lo que dijo poco antes: "Ahora ya no soy yo quien lo hace": y allí "ahora". ¿Qué significa "no soy yo quien lo hace"? No consiento, no apruebo, no decido, siempre me desagrada: mantengo mis miembros. Y esto es grande: aunque la concupiscencia sea de la carne, y los miembros del cuerpo pertenezcan a la carne, cuando no reina el pecado, es decir, la concupiscencia de la carne; la mente tiene más derecho a mantener los miembros de la carne, para que no se entreguen como armas de iniquidad, que la misma concupiscencia de la carne para mover los miembros de la carne. Así que la concupiscencia es de la carne, y los miembros de la carne: sin embargo, la mente porque tiene dominio: si es ayudada desde arriba, para que no demos demasiada resistencia a la gracia de Dios, no hagamos un rey, sino un tirano: tanto vale la mente, así gobierna cuando es gobernada, que de los miembros de la misma carne, contra la concupiscencia de la misma carne, puede hacer lo que dice el Apóstol: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos; ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado" (Rom. VI, 12, 13).

CAPÍTULO III

3. Nadie es liberado de la ley del pecado sino por la gracia.---Por lo tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. No se preocupen, si son tentados por concupiscencias ilícitas: no se preocupen, porque parece que todavía hay una ley en los miembros que se opone a la ley de la mente. Porque no hay condenación. Pero ¿para quiénes? ¿Incluso ahora para quiénes? Para los que están en Cristo Jesús. ¿Y dónde está aquella sentencia, de la que decía poco antes: "Veo otra ley en mis miembros que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Rom. VII, 23)? Pero decía "yo" desde la carne, no desde la mente. Entonces, ¿dónde está esa ley, si no hay condenación para los que están en Cristo Jesús? Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús. Porque la ley, no aquella en el monte Sinaí por la letra: la ley, no aquella en la antigüedad de la letra; sino la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. Pues para que te deleites en la ley de Dios según el hombre interior, ¿de dónde lo tendrías, si la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús no te liberara de la ley del pecado y de la muerte? Por eso, mente humana, no te atribuyas, no te enorgullezcas demasiado; más bien, no te enorgullezcas en absoluto, oh mente humana, porque no consientes los deseos de la carne, porque la ley del pecado no te derriba de la cima: la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. No te liberó aquella ley, de la que se dijo antes: "Para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la antigüedad de la letra" (Rom. VII, 6). ¿Por qué no te liberó aquella? ¿Acaso no fue escrita también por el dedo de Dios? ¿Acaso no se entiende el Espíritu Santo como el dedo de Dios? Lee el Evangelio, y ve que donde un evangelista dice, con el Señor diciendo: "Si yo expulso demonios por el Espíritu de Dios" (Mat. XII, 28); otro dice: "Si yo expulso demonios por el dedo de Dios" (Luc. XI, 20). Si, por lo tanto, aquella ley también fue escrita por el dedo de Dios, es decir, por el Espíritu de Dios; por el cual los magos del faraón vencidos dijeron: "Este es el dedo de Dios" (Éxodo VIII, 19): si, por lo tanto, también aquella, más bien, cuando también aquella fue escrita por el Espíritu de Dios, es decir, por el dedo de Dios, ¿por qué no se dice de ella: "La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús"?

CAPÍTULO IV

4. Qué es la ley del pecado y de la muerte. Por qué se dio la ley de Moisés. La ley de la muerte no se llama a sí misma, la ley del pecado y de la muerte no se llama a sí misma la ley que se dio en el monte Sinaí. La ley del pecado y de la muerte se llama aquella de la que,

gimiendo, dice: "Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente". Pero aquella ley, es la que se dice: "Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno". Y añadió: "¿Entonces lo que es bueno se me hizo muerte? De ninguna manera. Sino que el pecado, para que aparezca como pecado, por lo bueno me produjo la muerte; para que el pecado se haga extremadamente pecador por el mandamiento". ¿Qué significa "extremadamente"? Para que se añada la transgresión. Por lo tanto, se dio aquella ley, para que se encontrara la debilidad. Esto es poco, no solo para que se encontrara, sino también para que se aumentara, y aun así se buscara al médico. Porque si la enfermedad fuera leve, se despreciaría: si la enfermedad se despreciara, no se buscaría al médico: si no se buscara al médico, la enfermedad no terminaría. Por eso, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20): que borró todos los pecados que encontré, y proporcionó ayuda a nuestra voluntad que intenta no pecar; para que nuestra misma voluntad no se alabe en sí misma, sino en Dios. Porque en Dios seremos alabados todo el día (Sal. XLIII, 9): y, "En el Señor se alabará mi alma; oigan los mansos, y se alegren" (Sal. XXXIII, 3). Oigan los mansos: porque los soberbios y litigiosos no oyen. Entonces, ¿por qué no es la misma ley escrita por el dedo de Dios, que da esta ayuda de la gracia, de la que hablamos? ¿Por qué? Porque está escrita en tablas de piedra, no en tablas de corazones carnales (II Cor. III, 3).

CAPÍTULO V

5. Concordia de la Ley antigua y nueva. Finalmente, hermanos míos, en un gran misterio vean la concordia, vean la distancia; la concordia de la Ley, la distancia del pueblo. Se celebra la Pascua en el pueblo antiguo, como saben, con la matanza del cordero con ázimos: donde la matanza del cordero significa a Cristo, y los ázimos la vida nueva, es decir, sin la antigüedad de la levadura. De donde el Apóstol nos dice: "Limpien la vieja levadura, para que sean una nueva masa, como son ázimos: porque nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolido" (I Cor. V, 7). Por lo tanto, se celebró la Pascua en aquel pueblo antiguo, aún no en la luz resplandeciente, sino en la sombra significativa se celebró: y después de cincuenta días de la celebración de la Pascua, como quien quiera contar encontrará, se da la Ley en el monte Sinaí, escrita por el dedo de Dios. Viene la verdadera Pascua, se inmola Cristo: hace el paso de la muerte a la vida. Porque paso se interpreta en hebreo como Pascua: lo que expresó el evangelista diciendo: "Cuando llegó la hora para que Jesús pasara de este mundo al Padre" (Juan XIII, 1). Por lo tanto, se celebra la Pascua, el Señor resucita, hace el paso de la muerte a la vida, que es la Pascua; y se cuentan cincuenta días, y viene el Espíritu Santo, el dedo de Dios.

CAPÍTULO VI

6. Diferencia de esas leyes. Pero vean allí cómo, y aquí cómo. Allí el pueblo estaba lejos, había temor, no había amor. Pues tanto temieron, que dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y no nos hable el Señor, para que no muramos". Entonces descendió, como está escrito, Dios en Sinaí en fuego; pero aterrizando al pueblo que estaba lejos, y escribiendo con su dedo en piedra (Éxodo XIX, XX, y XXXI, 18), no en el corazón. Pero aquí cuando vino el Espíritu Santo, los fieles estaban reunidos en uno: no aterrizó en el monte, sino que entró en la casa. De hecho, se hizo de repente un sonido del cielo, como de un viento impetuoso: sonó, pero nadie se asustó. Oíste el sonido, ve también el fuego; porque en el monte había ambos, fuego y sonido; pero allí también humo, aquí fuego sereno. Porque se les aparecieron, dice la Escritura, lenguas divididas, como de fuego. ¿Acaso aterrizando desde lejos? De ninguna manera. Porque se posó sobre cada uno de ellos, y comenzaron a hablar en lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen (Hechos II, 1-4). Escucha la lengua

hablando, y entiende al Espíritu, no escribiendo en piedra, sino en el corazón. Por lo tanto, la ley del Espíritu de vida, escrita en el corazón, no en piedra; en Cristo Jesús, en quien se celebró la Pascua más verdadera; te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. Porque para que conozcas esa diferencia clarísima del Antiguo y Nuevo Testamento; de donde también dice el Apóstol. No en tablas de piedra, sino en tablas de corazones carnales (II Cor. III, 3). El Señor dice por el profeta: "He aquí vienen días, dice el Señor, y consumaré sobre la casa de Jacob un nuevo testamento, no según el testamento que hice con sus padres, el día que tomé su mano, y los saqué de la tierra de Egipto. Luego mostrando claramente esa diferencia: Dando, dice, mis leyes en sus corazones; en sus corazones, dice, las escribiré" (Jeremías XXXI, 31-33). Si, por lo tanto, se escribe la ley de Dios en tu corazón, no te aterrorice desde fuera, sino que te acaricie desde dentro; entonces la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.

CAPÍTULO VII

7. La debilidad de la ley por la carne. Cristo en semejanza de carne de pecado.---Porque lo que era imposible para la ley. Esto sigue en la lectura del Apóstol, "Porque lo que era imposible para la ley". Y para que no se culpara a la misma, ¿qué añadió? En lo que se debilitaba por la carne. Porque la ley ordenaba, y no se cumplía; porque la carne, donde no había gracia, resistía invenciblemente. Y la ley se debilitaba por la carne: porque la ley es espiritual; pero yo soy carnal. ¿Cómo, entonces, me ayudaría la ley ordenando por la letra, y no dando gracia? Se debilitaba por la carne. ¿Qué hizo Dios, cuando esto era imposible para la ley, y se debilitaba por la carne? Dios envió a su Hijo. ¿Por qué se debilitaba la ley, y por qué era esto imposible para la ley? Se debilitaba por la carne. ¿Qué hizo, entonces, Dios? Contra la carne envió carne: más bien, incluso por la carne envió carne. Porque el pecado de la carne mató, liberó la sustancia de la carne. Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. En carne verdadera, pero no en carne de pecado. ¿Qué, entonces, en semejanza de carne de pecado? Es decir, que era carne, carne verdadera. ¿Y de dónde la semejanza de carne de pecado? Porque de pecado la muerte: la muerte está ciertamente en toda carne de pecado; de la que dice el Apóstol: "Para que se anule el cuerpo del pecado" (Rom. VI, 6). Porque, entonces, la muerte está en toda carne de pecado: pero allí están ambos, muerte y pecado en la otra carne. En la carne de pecado están la muerte y el pecado: en semejanza de carne de pecado estaba la muerte, y no el pecado. Porque si fuera carne de pecado, y por el mérito del pecado pagara la pena de muerte, no diría el mismo Señor: "He aquí viene el príncipe del mundo, y en mí no encontrará nada" (Juan XIV, 30). ¿Por qué, entonces, me mata? Porque "lo que no robé, entonces lo devolvía" (Sal. LXVIII, 5). Precisamente lo que hizo con el tributo, lo hizo con la muerte. Se exigía el tributo, el didracma: "¿Por qué", dice, "tú y tus discípulos no pagan el tributo?" Llamó a Pedro, y le dijo: "¿Los reyes del mundo de quién exigen tributo? ¿De sus hijos, o de los extraños?" Se respondió: "De los extraños". Entonces, dice, "los hijos son libres. Sin embargo, para no escandalizarlos, ve al mar, lanza el anzuelo, y el que primero salga, es decir, el primogénito de los muertos; abre, dice, su boca, y encontrarás allí un estatero, es decir, dos didracmas, cuatro dracmas: porque el didracma, es decir, dos dracmas, se exigía por cabeza. Encontrarás allí un estatero, es decir, cuatro dracmas, dales por mí y por ti" (Mat. XVII, 23-25). ¿Qué significa "Por mí y por ti"? El mismo Cristo, Pedro, la Iglesia de Cristo, los cuatro Evangelios de la Iglesia. El misterio estaba oculto: sin embargo, Cristo pagaba un tributo no debido. Así pagó también la muerte: no la debía, y la pagaba. Si él no hubiera pagado lo indebido, nunca nos habría liberado de la deuda.

CAPÍTULO VIII

8. Cristo hecho pecado.---Por lo tanto, lo que era imposible para la ley, que hacía al transgresor, porque aún no la mente convencida había buscado al Salvador; en lo que se debilitaba por la carne, Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado en la carne. ¿Cómo, entonces, no tenía pecado, si por el pecado condenó al pecado? Ya alguna vez les hemos explicado esto: pero quienes lo recuerdan, reconozcan; quienes no lo han oído, escuchen; quienes lo han olvidado, recuerden. Pecado se llamaba en la Ley al sacrificio por el pecado. La Ley lo menciona constantemente: no una vez, no dos veces, sino muchísimas veces se llamaban pecados a los sacrificios por los pecados. Tal pecado era Cristo. ¿Qué diremos entonces? ¿Tenía pecado? De ninguna manera. No tenía pecado, y era pecado. Era pecado, dije, según esa inteligencia, porque era sacrificio por el pecado. Escucha porque de esta manera era pecado, escucha al mismo Apóstol. Hablando de él dice: "Aquel que no conoció pecado". Estaba exponiéndoles esa sentencia cuando decía estas cosas: "Aquel", dice, "que no conoció pecado", es decir, nuestro Señor Jesucristo, Dios Padre "aquel que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado" (II Cor. V, 21): "aquel mismo Cristo que no conoció pecado, Dios Padre por nosotros lo hizo pecado, para que seamos justicia de Dios en él". Veán dos cosas, justicia de Dios no nuestra; en él, no en nosotros. De ahí aquellos grandes santos, de los que dice el Salmo: "Tu justicia como los montes de Dios". Y como si se dijera en el mismo Salmo, donde se dijo: "Tu justicia": no es la justicia de ellos, sino "Tu justicia como los montes de Dios: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda; pero no de los montes: porque mi ayuda viene del Señor; que hizo el cielo y la tierra" (Sal. CXX, 1, 2): entonces cuando dijo: "Tu justicia como los montes de Dios"; como si se preguntara, ¿Por qué entonces nacen otros que no pertenecen a la justicia de Dios? añadió: "Tus juicios como un gran abismo" (Sal. XXXV, 7). ¿Qué significa "como un gran abismo"? Es profundo, impenetrable, inaccesible a la intención humana. Porque las riquezas de Dios son inescrutables: sus juicios son inescrutables, sus caminos son ininvestigables (Rom. XI, 33). Entonces también aquí, "Dios envió a su Hijo", por los predestinados, y predestinados, llamados, justificados, glorificados: para que los montes de Dios digan: "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rom. VIII, 29-31). Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros. No se cumplía por sí misma, se cumplió por Cristo. Porque no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17).

CAPÍTULO IX

9. Caminar según la carne y según el Espíritu. Cómo se cumple ahora la justicia de la ley. Pero ¿cómo se cumpliría la justicia de la ley en nosotros, o cómo se cumple en nosotros, o en quiénes nosotros? ¿Quieres escuchar en quiénes nosotros? Los que no caminamos según la carne, sino según el espíritu. ¿Qué significa caminar según la carne? Consentir a las concupiscencias carnales. ¿Qué significa caminar según el espíritu? Ser ayudado por el espíritu en la mente, y no obedecer a las concupiscencias de la carne. Así, entonces, se cumple en nosotros la ley, se cumple en nosotros la justicia de Dios. Ahora, por el momento, se cumple: "No sigas tus concupiscencias" (Ecli. XVIII, 30). No sigas tus concupiscencias, cuando escuchas, toma las ilícitas. No sigas tus concupiscencias, debe cumplirse por nuestra voluntad ayudada por la gracia de Dios; debe cumplirse: "No sigas tus concupiscencias". Porque todo lo que esa concupiscencia de la carne hizo en nosotros de pecados pasados, ya sea en hechos, ya sea en palabras, ya sea en pensamientos; todo fue borrado por el santo Bautismo: todas las deudas fueron borradas por una sola indulgencia. Queda, entonces, el conflicto con la carne: porque la iniquidad fue borrada, pero la debilidad permanece. Está presente, titila la delectación de la concupiscencia ilícita: lucha, resiste, no consientas; y se

cumple aquí: "No sigas tus concupiscencias": porque incluso si a veces se infiltran, y se apropian del ojo, del oro, de la lengua, del pensamiento volátil, ni así desesperemos de nuestra salvación. Por eso decimos todos los días: "Perdona nuestras deudas" (Mat. VI, 12). La justicia, dice, de la ley se cumpliría en nosotros.

CAPÍTULO X.

10. Prudencia de la carne y del espíritu. Pero, ¿en quiénes nosotros? Los que no caminamos según la carne, sino según el espíritu. Porque los que son según la carne, piensan en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del espíritu. Porque la prudencia de la carne es muerte; pero la prudencia del espíritu es vida y paz. Porque la prudencia de la carne es enemiga de Dios. Porque no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo. ¿Qué significa, ni tampoco puede? No es que el hombre no pueda, no es que el alma no pueda, ni siquiera la carne misma, porque es criatura de Dios, no puede; sino que la prudencia de la carne no puede, el vicio no puede, no la naturaleza. Como si dijeras, la cojera no está sujeta a la marcha recta: ni tampoco puede. El pie puede, pero la cojera no puede. Quita la cojera, y verás la marcha recta. Pero mientras haya cojera, no puede; así mientras haya prudencia de la carne, no puede. Que no haya prudencia de la carne, y el hombre puede. La prudencia del espíritu es vida y paz. Por lo tanto, lo que dice, la prudencia de la carne es enemiga de Dios, no lo tomes como si esta enemistad pudiera dañar a Dios. Es enemiga resistiendo, no matando. Pero le hace daño a aquel en quien está la prudencia de la carne: porque el vicio daña a la naturaleza en la que está. Sin embargo, la medicina fue inventada para expulsar el vicio y sanar la naturaleza. Por lo tanto, vino el Salvador al género humano, no encontró a nadie sano, por eso vino un gran médico.

11. Error de los maniqueos. Esto lo dijo porque los maniqueos, queriendo introducir otra naturaleza del mal contra Dios, piensan que su error es algo apoyado por este testimonio del Apóstol, y creen que se dice como si fuera natural, porque se dijo, no puede, es enemiga de Dios: Porque no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede: y no han atendido a que no se dijo de la carne, no puede; no se dijo del hombre, no puede; no se dijo del alma, no puede; sino de la prudencia de la carne. Esta prudencia es un vicio.

CAPÍTULO XI.

¿Quieres saber qué es pensar según la carne? Es muerte. Pero ese mismo hombre, y la misma naturaleza creada por el verdadero y buen Señor Dios, ayer pensaba según la carne, hoy piensa según el espíritu: el vicio ha sido expulsado, la naturaleza ha sido sanada. Porque mientras existiera esa prudencia de la carne, de ninguna manera podría estar sujeta a la ley de Dios. Porque mientras haya cojera por el vicio, de ninguna manera puede haber marcha recta. Sanado el vicio, la naturaleza ha sido restaurada. Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efesios V, 8).

12. No estar en la carne. Mirad, pues, lo que sigue: Los que están en la carne; es decir, los que confían en la carne, los que siguen sus concupiscencias, los que habitan en ellas, los que se deleitan en sus placeres, los que en sus deleites constituyen una vida bienaventurada y feliz, esos están en la carne; no pueden agradar a Dios. Porque no se dijo así, Los que están en la carne, no pueden agradar a Dios; como si se dijera, Mientras los hombres están en esta vida, no pueden agradar a Dios. ¿Acaso no agradaron los santos Patriarcas? ¿Acaso no agradaron los santos Profetas? ¿Acaso no agradaron los santos Apóstoles? ¿No agradaron los

santos mártires, que antes de dejar el cuerpo sufriendo, confesando a Cristo, no solo despreciaban el placer, sino que también soportaban pacientemente los dolores? Agradaron, pero no estaban en la carne. Llevaban la carne, no eran llevados por la carne. Ya se le había dicho al paralítico, Toma tu camilla (Marcos II, 11). Por lo tanto, los que están en la carne, como dije, como ya expliqué, no viviendo en este mundo, sino consintiendo en las concupiscencias de la carne, no pueden agradar a Dios.

CAPÍTULO XII.

13. No estar en la carne, sino en el espíritu. Finalmente, escuchadlo a él mismo, resolviendo la cuestión sin ninguna duda. Hablaba viviendo en este cuerpo: y sin embargo añadió, Pero vosotros no estáis en la carne. ¿Crees que hay alguien aquí entre nosotros a quien se le dijo esto? He aquí, se lo dijo al pueblo de Dios, se lo dijo a la Iglesia: escribía a los romanos; pero se lo dijo a toda la Iglesia de Cristo; se lo dijo al trigo, no a la paja; se lo dijo a la masa oculta, no a la paja visible. Que cada uno lo reconozca en su corazón. Nosotros hablamos a los oídos, no vemos las conciencias: sin embargo, según lo que hemos hablado anteriormente, creo que en el nombre de Cristo hay en el pueblo de Cristo aquellos a quienes se les dijo, Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu: si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. No estáis en la carne, porque no hacéis las obras de la carne consintiendo en las concupiscencias de la carne; sino que estáis en el Espíritu, porque según el hombre interior os deleitáis en la ley de Dios: y esto es, Si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Porque si confiáis en vuestro propio espíritu, todavía estáis en la carne. Si, por lo tanto, no estáis en la carne, para que estéis en el Espíritu de Dios; entonces no estáis en la carne. Porque si el Espíritu de Dios se aparta, el espíritu del hombre, por su propio peso, se revierte a la carne, vuelve a las obras carnales, vuelve a las concupiscencias mundanas: y el último estado de ese hombre será peor que el primero (Lucas XI, 26). Así, pues, tened libre albedrío, para que imploréis ayuda. No estáis en la carne, ¿y esto por vuestras propias fuerzas? De ninguna manera. ¿De dónde, entonces?

CAPÍTULO XIII.

Si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Por lo tanto, no se extienda, no se jacte, no se atribuya virtud propia, la naturaleza necesitada y viciada. ¡Oh naturaleza humana! ¡Oh Adán, cuando estabas sano, no te mantuviste, y te levantaste por tus propias fuerzas! Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo: porque el mismo Espíritu de Dios, que es el Espíritu de Cristo; y es del Padre y del Hijo: Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no se engañe, no es de él.

14. Qué esperar de la carne. He aquí, con la ayuda de su misericordia, tenemos el Espíritu de Cristo: por el mismo amor a la justicia, con fe íntegra, con fe católica, reconocemos que el Espíritu de Dios está en nosotros. Pero, ¿qué de esa carne mortal? ¿Qué de la ley en nuestros miembros que lucha contra la ley de la mente? ¿Qué de aquel gemido, Miserable de mí? Escucha, Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Entonces, ¿del cuerpo muerto a causa del pecado, ya no hay esperanza? ¿No hay esperanza? ¿Está dormido de tal manera que no se añadirá para que resucite (Salmo XL, 9)? De ninguna manera. El cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Queda la tristeza por nuestro cuerpo. Pero nadie odió jamás su propia carne (Efesios V, 29). Vemos cuán cuidadosamente se cuida la sepultura de los muertos. El cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Ya decías para consuelo, Quisiera

que también mi cuerpo estuviera en vida: pero como no puede, que al menos esté mi espíritu, que al menos esté mi alma. Espera, no te preocupes.

CAPÍTULO XIV.

15. Restitución de la carne e inmortalidad prometida a los piadosos.---Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales. ¿Por qué teméis? ¿Por qué estáis preocupados incluso por la carne misma? Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Lucas XXI, 18). Adán, al pecar, condenó a muerte vuestros cuerpos; pero Jesús, si su Espíritu está en vosotros, vivificará también vuestros cuerpos mortales; porque dio su sangre por vuestra salvación. ¿Dudas de que se cumpla la promesa, teniendo tal prenda? Así, pues, hombre, no habrá esa contienda de muerte, así se cumplirá lo que se dijo, Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte (Romanos VII, 24)? Porque Cristo Jesús, si su Espíritu habita en vosotros, vivificará también vuestros cuerpos mortales. Así serás liberado de este cuerpo de muerte, no por no tener cuerpo, o por tener otro; sino por no morir más. Porque si no añadiera, de esta muerte, y dijera, ¿Quién me libraré del cuerpo? tal vez se sugeriría el error al pensamiento humano, y se diría: Ves que Dios no quiere que estemos con cuerpo. Del cuerpo, dice, de esta muerte. Quita la muerte, y el cuerpo es bueno. Que se quite la última enemiga, la muerte, y mi carne será amiga mía para siempre. Porque nadie odió jamás su propia carne. Aunque el espíritu desea contra la carne, y la carne desea contra el espíritu (Gálatas V, 17); aunque ahora hay contienda en esta casa, el esposo litigante no busca la perdición, sino la concordia de su esposa. De ninguna manera, hermanos míos, de ninguna manera el espíritu deseando contra la carne odia la carne. Odia los vicios de la carne, odia la prudencia de la carne, odia la contienda de la muerte. Que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Corintios XV, 53, 44); y verás la plena y perfecta concordia, verás a la criatura alabar al Creador. Si, pues, el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el Espíritu que habita en vosotros: no por vuestros méritos, sino por sus dones. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLVI. De las palabras del Apóstol, Romanos VIII, 12-17, Por tanto, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne, etc. Contra los Pelagianos. Predicado en la basílica de Graciano, en el día natal de los mártires de Bolitano.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En las Escrituras algunas cosas están cerradas, otras abiertas. La profundidad de la palabra de Dios ejercita el estudio, no niega el entendimiento. Porque si todo estuviera cerrado, no habría de dónde revelar lo oscuro. Nuevamente, si todo estuviera cubierto, no habría de dónde el alma pudiera recibir alimento, y tener fuerzas con las que pudiera golpear a lo cerrado. En las lecturas apostólicas anteriores, que a vuestra Caridad, tanto como el Señor se ha dignado ayudar, hemos expuesto, hemos pasado mucho trabajo y preocupación. Nos compadecíamos de vosotros, y estábamos preocupados tanto por nosotros como por vosotros. Sin embargo, creo que el Señor nos ayudó a nosotros y a vosotros; y lo que parecía sumamente difícil, se dignó desentrañarlo a través de nosotros, de modo que no quedara ninguna cuestión que perturbe la mente piadosa. Porque la mente impía odia incluso el entendimiento mismo; y el hombre a veces, con mente muy perversa, teme entender, para no verse obligado a hacer lo que ha entendido. De tales dice el Salmo: No quisieron entender,

para actuar bien (Salmo XXXV, 4). Pero vosotros, amadísimos, porque es bueno pensar bien de vosotros, exigís entendimiento, Dios exige fruto. Porque el entendimiento, como está escrito, es bueno para todos los que lo hacen (Salmo CX, 10). Sin embargo, lo que queda y se ha leído hoy, aunque no tiene tanta dificultad como las lecturas anteriores, que ya, como hemos podido, con la ayuda del Señor, hemos superado, requiere sin embargo vuestra atención: porque es como una conclusión, debido a lo que se dijo en las lecturas anteriores, donde se trabajaba, no sea que el Apóstol fuera constituido culpable de todos los pecados de alguna manera diciendo, Porque no hago lo que quiero (Romanos VII, 15). Luego, para que la ley no pareciera o poder ser suficiente para el hombre que tiene libre albedrío, incluso si no se le ofreciera ninguna ayuda divina adicional, o ciertamente se creyera que fue dada en vano, se dijo también la razón por la cual se dio la ley, porque también ella fue dada como ayuda, pero no como la gracia.

CAPÍTULO II.

2. Por qué se dio la ley. Necesidad de la gracia medicinal. Porque se dio, como ya hemos expuesto, y debéis recordar, y debemos recomendaros con más vehemencia y diligencia; se dio para que el hombre se encontrara a sí mismo, no para que se sanara la enfermedad, sino para que, al crecer la enfermedad con la transgresión, se buscara al médico (Arriba, en Serm. 155, n. 4). ¿Y quién es este médico, sino el que dijo: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mateo IX, 12). Por lo tanto, quien no confiesa al Creador, niega con soberbia al autor. Pero quien niega su enfermedad, juzga superfluo al Salvador. Por lo tanto, tanto en nuestra naturaleza alabemos al Creador; y por el vicio que nos hemos infligido, busquemos al Salvador. ¿Y cómo buscamos al Salvador? ¿Para que dé la ley? Es poco: Porque si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, en verdad la justicia sería por la ley. Si, por lo tanto, no se ha dado una ley que pueda vivificar, ¿por qué se dio? Sigue, y muestra por qué se dio: porque incluso así se dio como ayuda, para que no te creyeras sano. Si, pues, se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, en verdad la justicia sería por la ley. Y como si preguntáramos, ¿Por qué, entonces, se dio? Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo se diera a los creyentes (Gálatas III, 21, 22). Cuando escuchas al prometedo, espera al hacedor. La naturaleza humana fue idónea por el libre albedrío para herirse a sí misma: pero ya herida y lastimada, no es idónea por el libre albedrío para sanarse a sí misma. Porque si quisieras vivir intemperantemente para enfermar, para esto no necesitas médico: para la caída te bastas a ti mismo. Pero cuando, actuando intemperantemente, comienzas a estar enfermo, no puedes liberarte de la enfermedad de la misma manera que pudiste precipitarte en la enfermedad por la intemperancia. Y sin embargo, el médico también prescribe la templanza al sano. Un buen médico hace esto, no quiere ser necesario para el enfermo. Así también el Señor Dios se dignó prescribir la templanza al hombre creado sin vicio: que si la hubiera guardado, no habría deseado al médico después por su enfermedad. Pero como no la guardó, se hizo débil, cayó; el enfermo creó a los enfermos, es decir, el enfermo engendró a los enfermos. Y sin embargo, en todos los que nacen enfermos, Dios obra lo que es bueno, formando el cuerpo, vivificando el cuerpo, proporcionando alimentos, dando su lluvia y su sol sobre buenos y malos: no hay de qué acusar al bueno, ni los malos. Además, incluso al género humano condenado por su justo juicio no quiso dejarlo en la perdición eterna: sino que envió también al médico, envió al Salvador, envió a aquel que sanara gratuitamente; poco es que sanara gratuitamente, que también diera recompensa a los sanados. Nada puede añadirse a esta benevolencia. ¿Quién es el que dice: Te sano, y te doy recompensa? Lo hizo muy bien. Porque sabía que venía rico al pobre: y sana a los enfermos, y a los sanados les da, y no otra cosa que a sí mismo les da. El Salvador es la ayuda del enfermo, el mismo Salvador es la recompensa del sanado.

CAPÍTULO III.

3. Usar la ley legítimamente. La ley pedagogo.---Por lo tanto, hermanos, lo que hoy se os ha advertido, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne. Para esto hemos sido ayudados, para esto hemos recibido el Espíritu de Dios, para esto también en nuestros trabajos pedimos ayuda diaria. La ley a quien amenaza por no cumplir lo que ordena, lo hace estar bajo ella: estos están bajo la ley, no bajo la gracia. La ley es buena, si alguno usa de ella legítimamente (I Timoteo I, 8). ¿Qué es, entonces, usar legítimamente la ley? Reconocer a través de la ley su enfermedad, y buscar la ayuda divina para sanar. Porque, como dije, y debe decirse a menudo, Si la ley pudiera vivificar, en verdad la justicia sería por la ley: ni se buscaría al salvador, ni vendría Cristo, ni con su sangre buscaría a la oveja perdida. Porque así dice en otro lugar el mismo apóstol: Porque si la justicia es por la ley, entonces Cristo murió en vano (Gálatas II, 21). ¿Cuál es, entonces, la utilidad de la ley, y qué ayuda? Porque la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo se diera a los creyentes. Por lo tanto, la ley, dice, era nuestro pedagogo en Cristo Jesús (Gálatas III, 24). A partir de esta similitud, prestad atención al asunto del que hablo. El pedagogo no lleva al niño a sí mismo, sino al maestro: pero cuando el niño bien instruido ya ha crecido, no estará bajo el pedagogo.

CAPÍTULO IV.

4. Utilidad de la ley. El Apóstol, tratando sobre estos temas también en otro lugar: porque lo recomienda muy asiduamente; pero ojalá no a sordos. Sin embargo, lo recomienda asiduamente, recomendando la fe a los gentiles; porque por la fe obtienen ayuda, para que cumplan la ley, no por la ley, sino obteniendo las fuerzas para cumplirla por la fe: para esto lo dice y lo recomienda asiduamente el Apóstol, por los judíos, que se gloriaban en la ley, y pensaban que su libre albedrío era suficiente para la ley: y por lo tanto, porque pensaban que su libre albedrío era suficiente para la ley, Ignorando la justicia de Dios, es decir, la justicia dada por Dios por la fe, y queriendo establecer la suya propia, como si fuera cumplida por sus propias fuerzas, no clamando por la fe obtenida, no se sometieron a la justicia de Dios, como dice, Fin de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Romanos X, 3, 4). Por lo tanto, cuando trata sobre estos temas, se opuso a sí mismo, ¿Qué, pues, la ley? Como si dijera, ¿Cuál es la utilidad de la ley? Respondió: Fue puesta por causa de la transgresión. Esto es lo que dice en otro lugar, La ley se introdujo para que abundara el delito. Y allí, ¿qué añadió? Pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Romanos V, 20). Porque en una enfermedad más leve se despreciaba la ayuda de la medicina: la enfermedad creció, y se buscó al médico. ¿Qué, pues, la ley? Fue puesta por causa de la transgresión: para que se humillara el cuello de los soberbios que se atribuían mucho a sí mismos, y que arrogaban tanto a su voluntad, que pensaban que su libre albedrío era suficiente para la justicia: que entonces, cuando estaba en plena libertad, es decir, en el paraíso, mostró sus fuerzas, mostró cuánto podía, pero para caer, no para levantarse. La ley, pues, fue puesta por causa de la transgresión, hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa, dispuesta por los ángeles en la mano del Mediador.

CAPÍTULO V.

5. La necesidad del Mediador. Qué es la fe loable.---El mediador no es de uno solo: pero Dios es uno (Gálatas III, 19, 20). ¿Qué significa que el mediador no es de uno solo? Porque el

mediador está entre dos. Si Dios es uno, y el mediador no es de uno solo; ¿entre qué y Dios buscamos un mediador? Porque el mediador no es de uno solo, pero Dios es uno. Encontramos entre qué y qué es mediador, cuando el mismo Apóstol dice: Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Timoteo II, 5). Si no estuvieras caído, no necesitarías un mediador: pero como estás caído y no puedes levantarte, Dios de alguna manera te ha extendido su brazo como mediador. ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). Que nadie diga, entonces: Como no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia; entonces pequemos, entonces hagamos lo que queramos. Quien dice esto, ama la enfermedad, no la salud. La gracia es medicina. Quien desea estar siempre enfermo, es ingrato con la medicina. Por lo tanto, hermanos, habiendo recibido ayuda, con el auxilio divino extendido hacia nosotros desde lo alto, el brazo del Señor, y con el mismo brazo del Señor extendido hacia nosotros con la ayuda del Espíritu Santo, somos deudores, no a la carne, para que vivamos según la carne. Porque la fe no puede obrar bien, sino por el amor. Esa es la fe de los fieles, para que no sea la fe de los demonios: porque también los demonios creen, y tiemblan (Santiago II, 19). Esa es, por tanto, la fe loable, esa es la verdadera fe de la gracia, que obra por el amor (Gálatas V, 6). Pero para que tengamos amor, y de él podamos tener buena obra, ¿acaso no podemos dárnoslo a nosotros mismos, cuando está escrito, El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5)? El amor es tan don de Dios, que se llama Dios, como dice el apóstol Juan, Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él (I Juan IV, 16).

CAPÍTULO VI.

6. Vivir según la carne es malo. El alma viva según Dios, la carne según el alma.---Por lo tanto, hermanos, somos deudores, no a la carne, para que vivamos según la carne. Porque si vivís según la carne, moriréis. No porque la carne sea mala: pues también es criatura de Dios, y creada por Él al igual que el alma; ni una ni otra es parte de Dios, sino que ambas son criaturas de Dios. Por lo tanto, la carne no es mala: pero vivir según la carne es malo. Dios es sumamente bueno, porque es el que dijo, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). Dios, por lo tanto, es sumamente bueno: el alma es un gran bien, pero no el sumo bien. Pero cuando escuchas que Dios es sumamente bueno, no pienses que se dice solo del Padre, sino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta Trinidad es una, y uno es Dios, y es sumamente bueno. Así que, ciertamente, uno es Dios, para que cuando se te pregunte sobre esta Trinidad, respondas esto: no sea que cuando escuches que Dios es uno, pienses que Él es el Padre, Él es el Hijo, Él es el Espíritu Santo. No es así: sino que quien es Padre en esa Trinidad, no es el Hijo: quien es Hijo en esa Trinidad, no es el Padre: quien es Espíritu Santo en esa Trinidad, no es ni el Hijo ni el Padre; sino el Espíritu del Padre, y también el Espíritu del Hijo. Él es, en efecto, un solo Espíritu Santo del Padre y del Hijo, coeterno con el Padre y el Hijo, consustancial, igual. Toda esta Trinidad es un solo Dios sumamente bueno. El alma, como dije, creada por el sumo bien, no obstante no es el sumo bien, sino un gran bien. Asimismo, la carne no es el sumo bien, ni un gran bien; pero sí un pequeño bien. El alma, por lo tanto, es un gran bien, pero no el sumo bien: viviendo entre el sumo bien y el pequeño bien, es decir, entre Dios y la carne, inferior a Dios, superior a la carne; ¿por qué no vive según el sumo bien, sino que vive según el pequeño bien? Esto se dice más claramente: ¿Por qué no vive según Dios, sino que vive según la carne? Porque no es deudora a la carne, para que viva según la carne. La carne debe vivir según ella, no ella según la carne. Ella debe vivir según ella misma, que vive de ella misma. Ciertamente, cada una debe vivir según aquello de lo que vive. ¿De qué vive tu carne? De tu alma. ¿De qué vive tu alma? De tu Dios. Cada una de estas debe vivir según su vida. Porque la carne no es vida para sí misma; pero el alma es la

vida de la carne. El alma no es vida para sí misma: pero Dios es la vida del alma. El alma, por lo tanto, que debe vivir según Dios; no es deudora a la carne, para que viva según la carne: por lo tanto, la que debe vivir según Dios, si vive según ella misma, decae; ¿vive según la carne y progresa? Pero entonces la carne vive correctamente según el alma, si el alma vive según Dios. Porque si el alma, no digo según la carne, sino según ella misma, como dije, quisiera vivir; os diré qué es vivir según ella misma: es bueno, para que lo sepáis, y muy saludable.

CAPÍTULO VII.

7. Epicúreos viviendo según la carne, y estoicos según el alma. Hubo filósofos de este siglo, algunos pensaron que no había felicidad, sino vivir según la carne, y colocaron el bien del hombre en el placer del cuerpo. Estos filósofos fueron llamados epicúreos, por un tal Epicuro, su autor, su maestro, y otros similares a ellos. Sin embargo, surgieron otros orgullosos, como apartándose de la carne, y colocando toda la esperanza de su felicidad en su alma, pusieron el sumo bien en su virtud. La voz del Salmo reconoció en vosotros el afecto de la piedad: sabéis, conocéis, habéis reconocido cómo fueron ridiculizados en el santo Salmo, que confían en su propia fuerza (Salmo XLVIII, 7). Tales fueron los filósofos, que fueron llamados estoicos. Aquellos viviendo según la carne, estos viviendo según el alma, ni aquellos ni estos viviendo según Dios. Por eso, cuando el apóstol Pablo llegó a la ciudad de los atenienses, donde estas disciplinas de los filósofos hervían con estudio y contienda, como se lee en los Hechos de los Apóstoles; donde me alegra que reconozcáis y recordéis nuestro discurso, como está escrito allí, Algunos de los filósofos epicúreos y estoicos discutieron con él (Hechos XVII, 18): discutieron con él los que vivían según la carne, discutieron con él los que vivían según el alma, discutió con ellos el que vivía según Dios. Decía el epicúreo: Para mí, disfrutar de la carne es bueno. Decía el estoico: Para mí, disfrutar de mi mente es bueno. Decía el Apóstol: Pero para mí, adherirme a Dios es bueno (Salmo LXXII, 28). Decía el epicúreo: Bienaventurado aquel cuyo fruto es el placer de su carne. Decía el estoico: Más bien, bienaventurado aquel cuyo fruto es la virtud de su alma. Decía el Apóstol: Bienaventurado aquel cuyo nombre del Señor es su esperanza. Se equivoca el epicúreo: pues es falso que el hombre sea bienaventurado, cuyo fruto es el placer de su carne. Se engaña también el estoico: pues es falso, y completamente erróneo, que el hombre sea bienaventurado, cuyo fruto es la virtud de su alma. Bienaventurado, por lo tanto, aquel cuyo nombre del Señor es su esperanza. Y porque ellos son vanos y mienten: Y no miró, dice, a vanidades y locuras engañosas (Salmo XXXIX, 5).

CAPÍTULO VIII.

8. El alma que vive según sí misma es carnal.---Por lo tanto, hermanos, no somos deudores a la carne, para que vivamos según la carne, como los epicúreos. Pero incluso si el alma quisiera vivir según sí misma, será carnal; piensa en la carne, no se levanta de la carne. Pues no hay manera de levantarse de allí, quien no sostiene el brazo extendido al caído. Porque si vivís según la carne. Donde se dijo, ¿Qué puede hacerme el hombre? allí se dijo, ¿Qué puede hacerme la carne? (Salmo LV, 5, 11). Porque si vivís según la carne, moriréis. No con esta muerte, cuando se sale del cuerpo; pues esta muerte la sufriréis, incluso si vivís según el espíritu: sino con aquella muerte, de la que el Señor dice terriblemente en el Evangelio, Temed a aquel que tiene poder para perder tanto el alma como el cuerpo en el infierno de fuego (Mateo X, 28). Por lo tanto, si vivís según la carne, moriréis.

CAPÍTULO IX.

9. Nuestra obra en esta vida, la mortificación de la carne.---Pero si por el espíritu mortificáis las acciones de la carne, viviréis. Esta es nuestra obra en esta vida, mortificar las acciones de la carne por el espíritu; afligir, disminuir, frenar, eliminar diariamente. Pues cuántas cosas ya no deleitan a los que progresan, que antes deleitaban. Cuando, por lo tanto, deleitaba, y no se consentía, se mortificaba: porque ya no deleita, está mortificado. Pisa al muerto, pasa al vivo: pisa al que yace, lucha con el que resiste. Pues un deleite ha muerto, pero otro vive: y a ese, mientras no consientes, lo mortificas; cuando comienza a no deleitar en absoluto, lo has mortificado. Esta es nuestra acción, esta es nuestra milicia. En esta lucha, cuando combatimos, tenemos a Dios como espectador: en esta lucha, cuando trabajamos, pedimos a Dios como ayudador. Pues si Él no nos ayuda, no digo vencer, sino ni siquiera podremos luchar.

10. La presunción de sí mismo debe evitarse en la mortificación de la carne. Por lo tanto, cuando el Apóstol dijo, Pero si por el espíritu mortificáis las acciones de la carne, viviréis; es decir, aquellas concupiscencias de la carne, a las que no consentir es un gran elogio, no tenerlas es perfección: si mortificáis estas acciones morbosas de la carne, que tienen contienda con la muerte, por el espíritu, viviréis. Aquí ya se debe temer, no sea que alguien presuma de nuevo mortificar las acciones de la carne por su propio espíritu. Pues no solo Dios es espíritu: sino también tu alma es espíritu, y tu mente es espíritu. Y cuando dices, Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Romanos VII, 25): porque el espíritu desea contra la carne, y la carne contra el espíritu (Gálatas V, 17). Por lo tanto, no presumas de mortificar las acciones de la carne por tu propio espíritu, y perezcas por la soberbia, y se te resista en tu soberbia, no se te conceda la gracia en tu humildad: pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6).

CAPÍTULO X.

No sea que, por lo tanto, surja en ti esta soberbia, mira lo que sigue. Pues cuando dijo, Pero si por el espíritu mortificáis las acciones de la carne, viviréis; no sea que aquí se enaltezca el espíritu humano, y se jacte de ser idóneo y firme para esta obra, añadió, y dijo, Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. ¿Por qué, entonces, ya querías enaltecerte, cuando escuchaste, Pero si por el espíritu mortificáis las acciones de la carne, viviréis? Pues ibas a decir: Esto lo puede mi voluntad, esto lo puede mi libre albedrío. ¿Qué voluntad? ¿Qué libre albedrío? Si Él no te guía, caes: si Él no te levanta, yaces. ¿Cómo, entonces, por tu espíritu, cuando escuchas al Apóstol decir, Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios? ¿Quieres guiarte a ti mismo, quieres ser guiado por ti mismo para mortificar las acciones de la carne? ¿De qué te sirve que no seas epicúreo, y seas estoico? Ya sea que seas epicúreo, ya sea que seas estoico, no serás contado entre los hijos de Dios. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. No los que viven según su carne, no los que viven según su espíritu; no los que son guiados por el placer de la carne, no los que son guiados por su propio espíritu: sino, porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios.

CAPÍTULO XI.

11. Para el bien, tanto somos guiados como guiamos. Alguien me dice: Entonces somos guiados, no guiamos. Respondo: Más bien, tanto guías como eres guiado; y entonces guías bien, si eres guiado por el bien. Pues el Espíritu de Dios que te guía, es ayudador para ti. El mismo nombre de ayudador te prescribe, porque tú también haces algo. Reconoce lo que

pides; reconoce lo que confiesas, cuando dices: Sé mi ayudador, no me abandones (Salmo XXVI, 9). Invocas a Dios como ayudador. Nadie es ayudado, si no hace nada por sí mismo. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios: no por la letra, sino por el Espíritu: no por la Ley que manda, amenaza, promete; sino por el Espíritu que exhorta, ilumina, ayuda. Sabemos, dice el mismo apóstol, que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien (Romanos VIII, 28). Si no fueras operador, Él no sería cooperador.

12. Nada bueno sin la ayuda de Dios. Qué es la libertad sin gracia. Pero aquí vigilad fuertemente, no sea que vuestro espíritu diga: Si se retira la cooperación de Dios y la ayuda de Dios, mi espíritu hace esto: aunque con trabajo, aunque con alguna dificultad puede, sin embargo, cumplirlo. Como si alguien dijera: Llegamos con remos, pero con algún trabajo, oh si tuviéramos viento, llegaríamos más fácilmente. No es así la ayuda de Dios, no es así la ayuda de Cristo, no es así la ayuda del Espíritu Santo. Si falta, no podrás hacer nada bueno. Actúas, en efecto, sin su ayuda con libre voluntad, pero mal. Para esto es idónea tu voluntad, que se llama libre, y al actuar mal se convierte en esclava condenable. Cuando te digo, Sin la ayuda de Dios no haces nada, digo nada bueno. Pues para actuar mal tienes libre voluntad sin la ayuda de Dios: aunque no es libre. Porque de quien uno es vencido, a este también es esclavo (II Pedro II, 19); y, Todo el que hace pecado, es esclavo del pecado; y, Si el Hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 34, 36).

CAPÍTULO XII.

13. La gracia no solo es necesaria para hacer más fácil, sino para poder hacer en absoluto. Creed esto firmemente, que así actuáis con buena voluntad. Porque vivís, ciertamente actuáis. Pues no es ayudador si no hacéis nada: no es cooperador si no operáis nada. Así, sin embargo, sabed que actuáis bien, para que el Espíritu sea vuestro ayudador : que si falta, no podréis hacer nada bueno en absoluto. No como algunos comenzaron a decir, que alguna vez se vieron obligados a confesar la gracia: y bendecimos a Dios, porque al menos alguna vez dijeron esto; pues al acercarse podrán progresar , y llegar a lo que es verdaderamente recto. Ya, por lo tanto, dicen que la gracia de Dios es ayudadora, para hacer más fácilmente lo que se manda hacer por el libre albedrío. Estas son, en efecto, sus palabras: Para esto, dicen, Dios dio su gracia a los hombres, para que lo que se les manda hacer por el libre albedrío, puedan cumplirlo más fácilmente por la gracia. Con vela más fácilmente, con remo más difícilmente: sin embargo, también con remo se avanza. Con jumento más fácilmente, con pies más difícilmente: pero sin embargo, también con pies se llega. No es así. El verdadero Maestro que no adula a nadie, no engaña a nadie, el verdadero Doctor y también Salvador, a quien nos condujo el pedagogo más molesto; cuando hablaba de las buenas obras, es decir, de los frutos de las ramas y sarmientos, no dijo, Sin mí ciertamente podéis hacer algo, pero más fácilmente por mí: no dijo, Podéis hacer vuestro fruto sin mí, pero más abundante por mí. No dijo esto. Leed lo que dijo: el Evangelio es santo, todos los cuellos soberbios se someten. No lo dice Agustín, lo dice el Señor. ¿Qué dice el Señor? Sin mí no podéis hacer nada (Juan XV, 5). Ahora, cuando escucháis , Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios, no os desaniméis. Pues Dios no edifica su templo de vosotros como de piedras que no tienen su propio movimiento: son levantadas, son colocadas por el constructor. No son así las piedras vivas: Y vosotros, como piedras vivas, sois edificados en templo de Dios (Efesios II, 22, y I Pedro II, 5). Sois conducidos, pero también corred vosotros: sois conducidos, pero seguid: porque cuando sigáis, será verdad aquello, porque sin Él no podéis hacer nada. Pues no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos IX, 16).

CAPÍTULO XIII.

14. La ley antigua y la nueva. El espíritu de servidumbre y de libertad. Tal vez dirían ustedes: Y la Ley nos basta. La Ley dio temor: y vean lo que el Apóstol añade a esto, cuando dice: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios", porque cuando son guiados por el Espíritu de Dios, son guiados por el amor: "Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5, 5); y añade: "Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor". ¿Qué significa "otra vez"? Como cuando un pedagogo muy severo aterroriza. ¿Qué significa "otra vez"? Como cuando en el monte Sinaí recibieron el espíritu de servidumbre. Alguien podría decir: Un espíritu es el de servidumbre, otro el de libertad. Si fuera otro, el Apóstol no diría "otra vez". Es el mismo espíritu, pero en tablas de piedra con temor, en tablas del corazón con amor. Hace tres días, los que estuvieron presentes escucharon cómo el pueblo, que estaba lejos, se aterrorizaba con las voces, el fuego, el humo en el monte (Éxodo 19, 20, y 31, 18); y cómo el Espíritu Santo, el mismo dedo de Dios, vino el quincuagésimo día después de la sombra de la Pascua, y se posó sobre cada uno de ellos con lenguas de fuego (Hechos 2, 1-4). Ya no es en temor, sino en amor; para que no seamos siervos, sino hijos. Porque quien aún obra bien por temor al castigo, no ama a Dios, aún no está entre los hijos: ojalá al menos tema el castigo. El temor es siervo, el amor es libre; y, por así decirlo, el temor es siervo del amor. Para que el diablo no posea tu corazón, que el siervo preceda en tu corazón y guarde el lugar para la señora que vendrá. Haz, haz al menos por temor al castigo, si aún no puedes por amor a la justicia. Vendrá la señora, y el siervo se irá: porque "el amor perfecto echa fuera el temor" (1 Juan 4, 18), "Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor". Es el Nuevo Testamento, no el viejo. Las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas son hechas nuevas: todas son de Dios (2 Cor. 5, 17, 18).

CAPÍTULO XIV.

15. Abba y Padre, porque dos pueblos en Cristo. Finalmente, ¿qué sigue? ¿Qué hemos recibido, como si dijeras: "Pero habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre". El Señor es temido, el padre es amado. Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre. Este clamor es del corazón, no de la garganta, no de los labios: suena dentro, suena a los oídos de Dios. Con la boca cerrada y los labios inmóviles, Susana clamaba con esta voz (Dan. 13). Pero habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre. Que el corazón clame: "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mat. 6, 9). Entonces, ¿por qué no solo "Padre"? ¿Qué significa "Abba, Padre"? Si preguntas qué es "Abba", se te responde "Padre". Abba en hebreo significa padre. ¿Por qué quiso el Apóstol poner ambos? Porque veía la piedra angular, que los constructores rechazaron, y se ha convertido en la cabeza del ángulo (Sal. 117, 22), no sin razón llamada angular, sino porque recibe en un beso a ambas paredes que vienen de diferentes direcciones. De aquí la circuncisión, de allá el prepucio, tan lejos entre sí como del ángulo: pero tan cerca del ángulo, y ciertamente cerca entre sí; en el ángulo están unidos entre sí. Porque él es nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efes. 2, 11-22). Así que de allí la circuncisión, de allá el prepucio, la concordia de las paredes, la gloria del ángulo. Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre.

CAPÍTULO XV.

16. El Espíritu es arras más que prenda. ¿Qué cosa es, si tal es la prenda? No debe llamarse prenda, sino arras. Porque cuando se da una prenda, cuando se devuelve la cosa misma, la prenda se retira. Pero las arras se dan de la misma cosa que se promete dar; para que cuando se devuelva la cosa, se cumpla lo que se dio, no se cambie. Cada uno, por tanto, examine su corazón, si desde lo más íntimo de su corazón y con amor sincero dice "Padre". No se pregunta ahora cuán grande es ese amor, si es grande, pequeño o mediano: pregunto si al menos existe. Si ha nacido, creciendo en secreto, se perfeccionará, y una vez perfecta, permanecerá. Porque lo perfecto no envejece, y de la vejez no vendrá la muerte: se perfeccionará para que permanezca eterna. Mira lo que sigue. Clamamos, Abba, Padre. El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. No nuestro espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios: sino el Espíritu de Dios, las arras dan testimonio de la cosa que nos ha sido prometida. El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

17. Herencia de los hijos de Dios.---Si somos hijos, también herederos. No en vano hijos. Esta es la recompensa: "Y herederos". Esto es lo que decía antes, que nuestro médico no solo nos da salud, sino que además se digna otorgarnos una recompensa. ¿Cuál es esa recompensa? La herencia. Pero no como es la herencia de un padre humano. Porque deja a sus hijos, no posee con sus hijos: y sin embargo se engrandece, y desea que se le agradezca, porque quiso dar lo que no puede quitar. Porque muriendo, ¿se lo llevaría consigo? Creo que si pudiera, no dejaría nada aquí a sus hijos. Los herederos de Dios son tales, que el mismo Dios es nuestra herencia, a quien el Salmo dice: "El Señor es la porción de mi herencia" (Sal. 15, 5). Herederos de Dios: si esto es poco para ustedes, escuchen para que se alegren más: "Herederos de Dios, coherederos con Cristo". Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLVII. Sobre las palabras del Apóstol, "En esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza". Rom. cap. VIII, V\ V\ 24, 25.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Esperanza de los cristianos en lo eterno. Se cree en el mundo engañoso, no en Dios. Como recuerda vuestra Santidad que dijo el Apóstol, hermanos carísimos, "En esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos". De aquí nos exhorta y consuela el mismo Señor nuestro Dios, a quien se dice en el Salmo: "Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes" (Sal. 141, 6). Él mismo, digo, que es nuestra esperanza en la tierra de los vivientes, nos manda que os hablemos en esta tierra de los moribundos; para que no miréis lo que se ve, sino lo que no se ve. Porque lo que se ve es temporal; pero lo que no se ve es eterno (2 Cor. 4, 18). Porque, por tanto, esperamos lo que no vemos, y con paciencia lo aguardamos; con razón se nos dice en el Salmo: "Espera en el Señor, actúa con valentía, y se fortalecerá tu corazón, y espera en el Señor" (Sal. 26, 14). Porque las promesas del mundo siempre engañan; pero las promesas de Dios nunca engañan. Pero porque el mundo promete dar aquí, es decir, en esta tierra de los moribundos, en la que ahora estamos; pero Dios promete darnos en la tierra de los vivientes: muchos se cansan de esperar al veraz, y no se avergüenzan de amar al engañoso. De tales dice la Escritura: "¡Ay de aquellos que han perdido la paciencia, y se han desviado por caminos perversos!" (Eclo. 2, 16). Cuando incluso a los que actúan con valentía y con el corazón fortalecido esperando al Señor, los hijos de la muerte eterna no cesan de insultar, jactándose de sus delicias temporales, que por un tiempo endulzan sus gargantas, pero después las encontrarán más amargas que la hiel. Dicen, en efecto, a nosotros: ¿Dónde está lo que se os promete después

de esta vida? ¿Quién ha regresado de allí y ha indicado que son verdaderas las cosas que creéis? He aquí que nosotros nos deleitamos en la saciedad de nuestros placeres, porque lo que vemos, esperamos: pero vosotros os atormentáis en los trabajos de la continencia, creyendo lo que no veis. Luego añaden lo que el Apóstol recordó: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos". Pero vean lo que él mismo advirtió que se debe evitar: "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Sed sobrios y no pequéis" (1 Cor. 15, 32-34).

CAPÍTULO II.

2. Necesidad de paciencia y mansedumbre. Cuídense, pues, hermanos, de que tales conversaciones no corrompan vuestras costumbres, se destruya la esperanza, se debilite la paciencia, y os desviéis por caminos perversos. Más bien, mansos y humildes, mantengan los caminos rectos que el Señor os enseña: de los cuales el Salmo dice: "Dirigirá a los mansos en el juicio, enseñará a los humildes sus caminos" (Sal. 24, 9). Porque la paciencia en los trabajos de esta vida, sin la cual no se puede guardar la esperanza de la vida futura, nadie puede retenerla perpetuamente, sino el manso y humilde; que no resiste a la voluntad de Dios, cuyo yugo es suave y su carga ligera, sino que cree en Dios, y espera en él, y lo ama. Así, pues, mansos y humildes, no solo amaréis sus consolaciones, sino que también soportaréis sus castigos como buenos hijos; para que, ya que esperáis lo que no veis, lo aguardéis con paciencia. Así actúen, así caminen. Porque caminan en Cristo, quien dijo: "Yo soy el camino" (Juan 14, 6). Aprendan cómo se debe caminar en él, no solo por su palabra, sino también por su ejemplo. Porque a este su propio Hijo no perdonó el Padre, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. 8, 32): no ciertamente contra su voluntad, ni reacio, sino queriendo igualmente; porque una es la voluntad del Padre y del Hijo según la igualdad de la forma de Dios, en la cual, siendo, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: y singularmente obediente, según que se vació a sí mismo tomando forma de siervo (Filip. 2, 6, 7). Porque él mismo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad (Efes. 5, 2). Así, pues, el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, para que el mismo Hijo se entregara por nosotros.

CAPÍTULO III.

3. Vemos en nuestra cabeza lo que esperamos. Entregado, pues, aquel excelso, por quien fueron hechas todas las cosas, entregado por la forma de siervo en oprobio de los hombres y desprecio del pueblo, en afrenta, en azotes, en muerte de cruz, nos enseñó con el ejemplo de su pasión con cuánta paciencia debemos caminar en él: y nos confirmó con el ejemplo de su resurrección lo que debemos esperar pacientemente de él. Porque si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Lo que no vemos, en efecto, lo esperamos: pero somos cuerpo de aquella cabeza, en la cual ya se ha perfeccionado lo que esperamos. Porque de él se ha dicho que él es "la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el primogénito, él tiene el primado" (Col. 1, 18). Y de nosotros está escrito: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros" (1 Cor. 12, 27). Si, pues, esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos, seguros; porque quien resucitó es nuestra cabeza, guarda nuestra esperanza. Y porque antes de resucitar, fue azotada nuestra cabeza, fortaleció nuestra paciencia. Porque está escrito: "Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe" (Heb. 12, 6). No desfallezcamos, pues, en el azote, para que en la resurrección nos regocijemos. Porque es tan cierto que azota a todo hijo que recibe, que ni siquiera a su Unigénito perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros. Mirando, pues, a él, que sin mérito de pecado fue azotado, que

murió por nuestras ofensas, y resucitó por nuestra justificación (Rom. 4, 25), no temamos ser rechazados azotados; sino más bien confiemos en que seremos recibidos justificados.

CAPÍTULO IV.

4. Tampoco ahora estamos sin gozo. Placeres efímeros del pecado. Aunque aún no ha llegado la plenitud de nuestro gozo: tampoco ahora estamos sin gozo; porque en esperanza fuimos salvados. Por eso el mismo Apóstol, que dice: "Si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos"; dice en otro lugar: "Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Rom. 12, 12). Teniendo, pues, tal esperanza, usemos de mucha confianza (2 Cor. 3, 12); y que nuestra palabra esté sazonada con gracia, para que sepamos cómo debemos responder a cada uno (Col. 4, 6). Porque se debe decir a aquellos que, habiendo perdido, o nunca habiendo recibido la paciencia, a nosotros que esperamos al Señor (porque esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos) se atrevan incluso a insultarnos, cuando deberían imitarnos: ¿Dónde están vuestros placeres, por los cuales camináis por caminos perversos? No decimos, ¿dónde estarán, cuando esta vida haya pasado; sino ahora, ¿dónde están? Cuando el día de ayer ha sido quitado por el de hoy, y el de hoy será quitado por el de mañana, ¿qué de lo que amáis no pasa y vuela? ¿Qué no huye casi antes de ser capturado, cuando de este mismo día de hoy no se puede retener ni una hora? Porque así como la segunda es excluida por la tercera, así la primera fue excluida por la segunda. De esa misma hora, que parece presente, nada es presente: porque todas sus partes, y todos sus momentos son fugitivos.

CAPÍTULO V.

5. Vanidad de lo temporal. ¿Por qué peca el hombre, si no está cegado cuando peca, o cuando pecare, que lo considere? Podría ver que el placer pasajero se desea sin prudencia; o cuando ha pasado, se piensa con arrepentimiento. Nos ridiculizan porque esperamos lo eterno, que no vemos; cuando vosotros, sometidos a las cosas temporales que se ven, no sabéis qué tipo de día os amanecerá mañana: que a menudo, esperando que sea bueno, lo encontráis malo; ni, si fuera bueno, podréis retenerlo para que no huya. Nos ridiculizan porque esperamos lo eterno: que cuando venga, no pasará; porque ni siquiera viene, sino que siempre permanece: pero nosotros vendremos a ello, cuando por el camino del Señor hayamos pasado estas cosas que pasan. Pero de vosotros, las cosas temporales ni siquiera dejan de ser esperadas, y sin embargo a menudo os engañan cuando las esperáis: ni dejan de inflamaros cuando están por venir, corromperos cuando llegan, atormentaros cuando pasan. ¿No son estas las que, deseadas, arden; obtenidas, se vuelven despreciables; perdidas, se desvanecen? Nosotros también las usamos según la necesidad de nuestra peregrinación: pero no fijamos en ellas nuestras alegrías, para que al desvanecerse no seamos derribados. Porque usamos de este mundo como si no usáramos (1 Cor. 7, 31), para que lleguemos a aquel que hizo este mundo, y en él permanezcamos, disfrutando de su eternidad.

CAPÍTULO VI.

6. Certeza de nuestra esperanza. Pero, ¿qué es lo que decís, quién ha venido de allí, y quién ha indicado a los hombres lo que sucede en el infierno? Y aquí os cerró la boca, quien resucitó a un muerto al cuarto día (Juan 11, 39-44), y resucitó al tercer día para no morir más, y antes de morir, como aquel a quien nada se le oculta, narró qué tipo de vida espera a los moribundos, tanto en el pobre que descansa como en el rico que arde (Luc. 16, 19-31). Pero no creen estas cosas aquellos que dicen, ¿quién ha regresado de allí? Quieren parecer que

creerían si alguno de sus padres resucitara. Pero maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jer. 17, 5). Por eso, pues, Dios hecho hombre, quiso morir y resucitar; para que también lo que sucederá al hombre, en la carne del hombre se mostrara, y sin embargo se creyera en Dios, no en el hombre. Y ciertamente la Iglesia de los fieles difundida por todo el mundo, ya está ante sus ojos. Lean que fue prometida a un solo hombre hace tantos siglos, quien contra toda esperanza creyó en esperanza, para que fuera padre de muchas naciones (Rom. 4, 18). Lo que, pues, fue prometido a un solo Abraham creyente, ya lo vemos cumplido; y lo que se promete a todo el mundo creyente, ¿desesperamos que vendrá? Vayan ahora y digan: "Comamos y bebamos; porque mañana moriremos". Ellos aún dicen que morirán mañana, pero la verdad los encuentra ya muertos cuando dicen estas cosas. Pero vosotros, hermanos, hijos de la resurrección, ciudadanos de los santos ángeles, herederos de Dios, y coherederos de Cristo, cuidense de imitar a aquellos que mañana al expirar mueren, y hoy al beber se entierran. Pero como dice el mismo apóstol, que no corrompan vuestras buenas costumbres las malas conversaciones; "sed sobrios y no pequéis" (1 Cor. 15, 32-34): caminando por el camino angosto, pero seguro, que conduce a la amplitud de la Jerusalén celestial, que es nuestra madre eterna; esperen firmemente lo que no ven, aguarden pacientemente lo que aún no tienen; porque retienen fielmente a Cristo, el veraz prometedor.

SERMO CLVIII. Sobre las palabras del Apóstol, Rom. 8, 30, 31, "A los que predestinó, a estos también llamó; a los que llamó, a estos también justificó", etc. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Contra los pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. A los predestinados nadie puede dañar. Hemos escuchado al bienaventurado Apóstol exhortándonos y confirmándonos, cuando nos decía: "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" Pero, ¿por quién está Dios? Lo mostró anteriormente, cuando dijo: "A los que predestinó, a estos también llamó; a los que llamó, a estos también justificó; a los que justificó, a estos también glorificó. ¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" Dios está por nosotros, para predestinarnos; Dios está por nosotros, para llamarnos; Dios está por nosotros, para justificarnos; Dios está por nosotros, para glorificarnos. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Predestinó, antes de que existiéramos; llamó, cuando estábamos apartados; justificó, cuando éramos pecadores; glorificó, cuando éramos mortales. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? A los predestinados por Dios, llamados, justificados, glorificados, quien quiera adversarse, prepárese, si puede, a luchar contra Dios. Porque donde escuchamos, "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" a menos que quien vence a Dios, no nos daña. ¿Y quién es el que vence al Omnipotente? Cualquiera que quiera resistir, se daña a sí mismo. Esto es lo que Cristo clamó desde el cielo a Pablo, aún Saulo: "No te conviene dar coces contra el agujón" (Hechos 9, 5). Que se enfurezca, que se enfurezca cuanto pueda; quien lanza patadas contra el agujón, ¿no se enfurece contra sí mismo?

CAPÍTULO II.

2. Dios se ha convertido en nuestro deudor por sus promesas. En estas cuatro cosas notables que el Apóstol ha recomendado, que pertenecen a aquellos para quienes es Dios, es decir, la predestinación, la vocación, la justificación, la glorificación; en estas cuatro cosas debemos considerar qué ya tenemos y qué aún esperamos. En lo que ya tenemos, alabemos a Dios como dador; en lo que aún no tenemos, mantengamos a Dios como deudor. Se ha convertido

en deudor, no al recibir algo de nosotros, sino al prometer lo que le agradó. De manera diferente decimos a un hombre: "Me debes porque te di", y de otra manera decimos: "Me debes porque me prometiste". Cuando dices: "Me debes porque te di", el beneficio procede de ti, pero es prestado, no dado. Pero cuando dices: "Me debes porque me prometiste", no diste nada, y sin embargo exiges. La bondad de quien prometió dará, para que la fe no se convierta en malicia. Porque quien engaña es malo, pero ¿acaso decimos a Dios: "Devuélveme porque te di"? ¿Qué le hemos dado a Dios, cuando todo lo que somos y todo lo bueno que tenemos lo tenemos de Él? No le hemos dado nada. No hay manera de exigir a Dios como deudor con esta voz, especialmente cuando el Apóstol nos dice: "¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que se le retribuya?" (Rom. XI, 34, 35). De esta manera podemos exigir a nuestro Señor, diciendo: "Devuelve lo que prometiste, porque hicimos lo que ordenaste: y esto lo hiciste tú, porque ayudaste a los que trabajan".

CAPÍTULO III.

3. Fuimos llamados y predestinados gratuitamente. Que nadie diga: "Dios me llamó porque adoré a Dios". ¿Cómo habrías adorado si no hubieras sido llamado? Si Dios te llamó porque adoraste a Dios, entonces le diste primero y Él te retribuyó. ¿No te quita el Apóstol esta voz cuando dice: "¿O quién le dio primero, para que se le retribuya?" Pero he aquí que cuando fuiste llamado, ya existías. ¿Cómo habrías sido predestinado si no existías? ¿Qué le diste a Dios cuando no existías para darle algo? ¿Qué hizo Dios cuando predestinó a quien no existía? Lo que dice el Apóstol: "Llama a las cosas que no son como si fueran" (Rom. IV, 17). Si ya existieras, no habrías sido predestinado; si no estuvieras apartado, no habrías sido llamado; si no fueras impío, no habrías sido justificado; si no fueras terrenal y despreciable, no habrías sido glorificado. ¿Quién, pues, le dio primero a Él, para que se le retribuya? Porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas. ¿Qué, pues, le devolvemos? A Él sea la gloria (Rom. XI, 36). Porque no existíamos cuando fuimos predestinados; porque estábamos apartados cuando fuimos llamados; porque éramos pecadores cuando fuimos justificados: demos gracias a Dios, para que no permanezcamos ingratos.

CAPÍTULO IV.

4. Si ya hemos sido justificados. La lucha que permanece en los justificados. Nos propusimos considerar de estas cuatro cosas qué ya hemos conseguido y qué aún esperamos alcanzar. Porque ya fuimos predestinados antes de que existiéramos. Fuimos llamados cuando nos convertimos en cristianos. Ya, pues, tenemos esto. ¿Justificados, qué? ¿Qué significa, justificados? ¿Nos atrevemos a decir que ya tenemos este tercer aspecto? ¿Habrá alguno de nosotros que se atreva a decir: "Soy justo"? Pues creo que esto es, "Soy justo", lo que significa, "No soy pecador". Si te atreves a decir esto, te enfrenta Juan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan I, 8). ¿Qué, pues? ¿No tenemos nada de justicia? ¿O tenemos algo, pero no lo tenemos todo? Busquemos esto. Porque si tenemos algo y algo no tenemos; que crezca lo que tenemos, y se completará lo que no tenemos. Pues he aquí que los hombres han sido bautizados, todos sus pecados les han sido perdonados, han sido justificados de sus pecados; no podemos negarlo: sin embargo, queda la lucha con la carne, queda la lucha con el mundo, queda la lucha con el diablo. Pero quien lucha, a veces golpea, a veces es golpeado; a veces vence, a veces es vencido: se observa cómo sale del estadio. Pues si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Asimismo, si decimos que no tenemos nada de justicia, mentimos contra los dones de Dios. Porque si no tenemos nada de justicia, tampoco tenemos fe: si no tenemos fe, no somos cristianos. Pero si tenemos fe, ya

tenemos algo de justicia. ¿Quieres saber cuánto es ese algo? El justo vivirá por la fe (Habacuc II, 4; Rom. I, 17): el justo, digo, vivirá por la fe; porque cree lo que no ve.

CAPÍTULO V.

5. Alguna justificación verdaderamente por la fe. Los padres, los santos carneros, los apóstoles líderes, cuando anunciaron, no solo vieron con los ojos, sino que también tocaron con las manos: y sin embargo, el Señor, guardándonos el don de la fe, a uno de sus discípulos que tocaba, palpaba, buscaba la verdad con los dedos y la encontraba, exclamando, "¡Señor mío y Dios mío!"; el mismo Señor y Dios dijo: "Porque has visto, has creído". Y mirando hacia nosotros en el futuro: "Bienaventurados", dijo, "los que no vieron y creyeron" (Juan XX, 28 y 29). No hemos visto, hemos oído y creído. ¿Hemos sido llamados bienaventurados y no tenemos nada de justicia? El Señor vino carnalmente a los judíos y fue asesinado: no vino a nosotros y fue aceptado. Un pueblo que no conocí me sirvió, al oír con el oído me obedeció (Salmo XVII, 45). ¿Somos nosotros, y no tenemos nada de justicia? En absoluto, tenemos. Seamos agradecidos por lo que tenemos: para que se añada lo que no tenemos, y no perdamos lo que tenemos. Así que este tercer aspecto ya se está llevando a cabo en nosotros. Hemos sido justificados: pero esa misma justicia, a medida que progresamos, crece. Y cómo crece, lo diré, y de alguna manera lo compartiré con ustedes; para que cada uno de ustedes, ya establecido en esa justificación, habiendo recibido la remisión de los pecados por el lavamiento de la regeneración, habiendo recibido el Espíritu Santo, progresando día a día, vea dónde está, avance, progrese y crezca, hasta que se complete, no para terminar, sino para perfeccionarse.

CAPÍTULO VI.

6. La fe justificante se distingue de la fe de los demonios por la esperanza y la caridad. Esperanza. Caridad. El hombre comienza con la fe: ¿qué pertenece a la fe? Creer. Pero aún esta fe debe distinguirse de los espíritus inmundos. ¿Qué pertenece a la fe? Creer. Pero dice el apóstol Santiago: "También los demonios creen, y tiemblan" (Santiago II, 19). Si solo crees, y vives sin esperanza, o no tienes amor: "También los demonios creen, y tiemblan". ¿Qué gran cosa es si dices que Cristo es el Hijo de Dios? Esto lo dijo Pedro, y escuchó: "Bienaventurado eres, Simón Bar Jona": esto lo dijeron los demonios, y escucharon: "Calla". A él se le dice bienaventurado: "Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo XVI, 17). Pero a ellos se les dice: "Calla" (Marcos I, 25): y dicen lo mismo, y son rechazados. Una misma voz: pero el Señor pregunta por la raíz, no por la flor. Por eso se dice a los Hebreos: "No sea que alguna raíz de amargura brote y moleste, y por ella muchos sean contaminados" (Hebreos XII, 15). Primero, pues, distingue tu fe de la fe de los demonios. ¿Cómo la distingues? Los demonios lo dijeron por temor, Pedro por amor. Añade, pues, a la fe la esperanza. ¿Y qué es la esperanza, sino alguna bondad de conciencia? Y a esa esperanza añade la caridad. Tenemos un camino eminente, dice el Apóstol: "Os muestro un camino más excelente: Si hablo lenguas de hombres y de ángeles, y no tengo caridad, soy como metal que resuena, o címbalo que retiñe": y narra otros bienes, y confirma que sin caridad nada aprovecha. Permanezcan, pues, estas tres: fe, esperanza, caridad: pero la mayor de ellas es la caridad (1 Cor. XII, 31 y XIII). Seguid la caridad. Distinguid, pues, vuestra fe. Ya sois de los predestinados, llamados, justificados. El apóstol Pablo dice: "Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión; sino la fe". Di aún, Apóstol, añade, distingue; porque "También los demonios creen y tiemblan": así que añade y distingue, porque "los demonios creen y tiemblan lo que odian". Distingue, Apóstol, y circuncida mi fe, y distingue

mi causa de la gente no santa (Salmo XLII, 1). Claramente distingue, discierne, circuncida. Y dice: "La fe que obra por el amor" (Gálatas V, 6).

CAPÍTULO VII.

7. Culto gratuito a Dios. Él solo sacia el alma. Cada uno, pues, hermanos míos, examínese a sí mismo interiormente, pésele, pruébese en todas sus obras, en sus buenas obras, que haga con caridad, no esperando retribución temporal, sino la promesa de Dios, la faz de Dios. Porque nada de lo que Dios te promete vale algo aparte de Él mismo. En absoluto me saciaría Dios, si no me prometiera a Él mismo. ¿Qué es toda la tierra? ¿Qué es todo el mar? ¿Qué es todo el cielo? ¿Qué son todas las estrellas? ¿Qué es el sol? ¿Qué es la luna? ¿Qué es el ejército de ángeles? Tengo sed del Creador de todos estos: tengo hambre de Él, tengo sed de Él, a Él le digo: "Porque contigo está el manantial de la vida" (Salmo XXXV, 10). Él me dice: "Yo soy el pan que descendió del cielo" (Juan VI, 41). Que mi peregrinación tenga hambre y sed, para que mi presencia sea saciada. El mundo sonrío con muchas cosas, hermosas, fuertes, variadas: más hermoso es aquel que las hizo, más fuerte y más claro es aquel que las hizo, más dulce es aquel que las hizo. Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Salmo XVI, 15). La fe, pues, que obra por el amor, si está en vosotros, ya pertenecéis a los predestinados, llamados, justificados: así que crezca en vosotros. Porque la fe que obra por el amor no puede estar sin esperanza. Pero cuando lleguemos, ¿habrá allí fe? ¿Se nos dirá, "Cree"? No, en absoluto. Lo veremos, lo contemplaremos. Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Porque aún no se ha manifestado, por eso la fe. Somos hijos de Dios, predestinados, llamados, justificados: somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Ahora, pues, la fe, antes de que se manifieste lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él. ¿Acaso porque creemos? No. ¿Por qué, entonces? Porque lo veremos tal como es (1 Juan III, 2).

CAPÍTULO VIII.

8. La esperanza, consuelo en esta peregrinación. ¿Qué es la esperanza? ¿Estará allí? La esperanza ya no será, cuando la cosa sea. Porque la misma esperanza es necesaria para la peregrinación, es la que consuela en el camino. El viajero, cuando se cansa caminando, soporta el trabajo porque espera llegar. Quítale la esperanza de llegar, y de inmediato se rompen las fuerzas para caminar. Así que la esperanza que está aquí pertenece a la justicia de nuestra peregrinación. Escucha al mismo Apóstol: "Esperando la adopción, gemimos en nosotros mismos aún. Donde hay gemido, ya no se puede decir que es aquella felicidad de la que la Escritura dice: 'Pasó el trabajo y el gemido'" (Isaías XXXV, 10). "Aún", dice, "gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Aún gemimos. ¿Por qué? Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza. Porque si alguien ve, ¿qué espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos". En esta paciencia los mártires eran coronados; deseaban lo que no veían, despreciaban lo que soportaban. En esta esperanza decían: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿O angustia? ¿O persecución? ¿O hambre? ¿O desnudez? ¿O espada? Porque por ti. ¿Y dónde está por quien? Porque por ti, dice, somos muertos todo el día" (Rom. VIII, 23, 24, 25, 35, 36). Por ti. ¿Y dónde está, "Bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Juan XX, 29)? He aquí dónde está, está en ti, porque también la misma fe está en ti. ¿Nos engaña el Apóstol, que dice que Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Efesios III, 17)? Ahora por la fe, entonces por la visión: ahora por la fe, mientras estamos en el camino, mientras estamos en la peregrinación. Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: porque por fe andamos, no por vista (II Cor. V, 6 y 7).

CAPÍTULO IX.

9. Dios será todo en todos para los bienaventurados. Solo la caridad permanece siempre. Si esto es fe, ¿qué será la visión? Escucha qué será: "Para que Dios sea todo en todos" (I Cor. XV, 28). ¿Qué es "todo"? Todo lo que aquí buscabas, todo lo que aquí tenías por grande, Él mismo te será. ¿Qué querías aquí, qué amabas? Comer y beber? Él mismo te será alimento, Él mismo te será bebida. ¿Qué querías aquí? ¿Salud del cuerpo frágil, pasajera? Él mismo te será inmortalidad. ¿Qué buscabas aquí? ¿Riquezas? Avaro, ¿qué te basta, si Dios mismo no te basta? Pero ¿qué amabas? ¿Gloria, honores? Dios te será gloria: a quien ahora se le dice, "Mi gloria, y el que exalta mi cabeza" (Salmo III, 4). Ya ha exaltado mi cabeza. Nuestro cabeza es Cristo. Pero ¿por qué te maravillas? Porque la cabeza y los demás miembros serán exaltados; entonces Dios será todo en todos. Ahora creemos, ahora esperamos: cuando lleguemos, lo tendremos; y ya será visión, no fe: cuando lleguemos, lo tendremos, y ya será cosa, no esperanza. ¿Y la caridad qué? ¿Acaso ahora está, y entonces no estará? Si amamos creyendo y no viendo; ¿cómo amaremos viendo y teniendo? Así que la caridad estará, pero será perfecta: como dice el Apóstol, "Fe, esperanza, caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad" (I Cor. XIII, 13). Teniéndola, y nutriéndola en nosotros, seguros con su ayuda perseverando en Él, digamos: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? hasta que Él mismo tenga misericordia, Él mismo lo perfeccione. ¿Tribulación? ¿O angustia? ¿O hambre? ¿O desnudez? ¿O peligro? ¿O espada? Porque por ti somos muertos todo el día, considerados como ovejas de matadero. ¿Y quién soporta? ¿Quién lo tolera todo? Pero en todas estas cosas vencemos. ¿De dónde? Por aquel que nos amó (Rom. VIII, 36, 37). Así que, "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?"

SERMON CLIX. Sobre las mismas palabras del Apóstol, Rom. VIII, 30, 31, o sobre la justificación: así como sobre las palabras de Santiago I, 2-4, "Consideradlo todo gozo, hermanos míos, cuando os encontréis en diversas tentaciones", etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Justificación aquí en nosotros imperfecta. Justificación perfecta en los mártires. Es una injuria orar por un mártir. Ayer, sobre nuestra justificación, que nos viene del Señor nuestro Dios, se pronunció un sermón, ministrándonos, dándonos Él, escuchándoos vosotros. Y aunque estamos en esta vida cargados con el peso de la carne corruptible, no sin pecado; porque si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8): sin embargo, quedó claro, creo, para vuestra Caridad, que estamos justificados según el modo de nuestra peregrinación, viviendo por fe hasta que disfrutemos de la visión. Se comienza, pues, con la fe, para llegar a la visión: se corre el camino, se busca la patria. En la peregrinación dice nuestra alma: "Porque delante de ti está todo mi deseo, y mi gemido no está oculto de ti" (Salmo XXXVII, 10). En la patria, sin embargo, no habrá lugar para orar, sino solo para alabar. ¿Por qué no habrá lugar para orar? Porque nada faltará. Lo que aquí se cree, allí se ve; lo que aquí se espera, allí se tiene; lo que aquí se pide, allí se recibe. Sin embargo, hay una perfección en esta vida a la que llegaron los santos mártires. Por eso tiene la disciplina eclesiástica, que los fieles conocen, que cuando los mártires son mencionados en el altar de Dios, no se ora por ellos: pero por los demás difuntos mencionados se ora. Porque es una injuria orar por un mártir, a cuyas oraciones debemos encomendarnos. Porque luchó contra el pecado hasta la sangre. A algunos, sin embargo, aún imperfectos, y sin embargo en parte justificados, el Apóstol dice a los Hebreos: "Aún no habéis resistido hasta la sangre, luchando contra el pecado" (Hebreos XII, 4). Si, pues, ellos

aún no hasta la sangre, sin duda algunos hasta la sangre. ¿Quiénes hasta la sangre? Sin duda los santos mártires; de quienes se ha escuchado ahora la lectura del santo apóstol Santiago. "Consideradlo todo gozo, hermanos míos, cuando os encontréis en diversas tentaciones". Se dice ya a los perfectos, que también pueden decir: "Pruébame, Señor, y examíname" (Salmo XXV, 2). "Sabido", dice, "que la tribulación produce paciencia; y la paciencia tiene una obra perfecta".

2. El amor a la justicia admite varios grados. Primer grado. Placeres sensoriales lícitos e ilícitos. La justicia debe ser amada; y en este amor a la justicia hay grados de progreso. Primero, que nada de lo que deleita se anteponga al amor por la justicia. Este es el primer grado. ¿Qué significa lo que he dicho? Que entre todas las cosas que deleitan, la justicia te deleite más; no que otras cosas no deleiten, sino que la justicia deleite más. Ciertas cosas deleitan naturalmente nuestra debilidad, como la comida y la bebida deleitan a los hambrientos y sedientos; como nos deleita esta luz que se derrama del cielo con el sol naciente, o la que brilla de las estrellas y la luna, o la que se enciende en la tierra con luces que consuelan las tinieblas de los ojos: deleita una voz melodiosa y una canción muy suave, deleita un buen olor; también deleitan nuestro tacto todas aquellas cosas que pertenecen a algún placer de la carne. Y todas estas cosas que nos deleitan en los sentidos del cuerpo, algunas son lícitas. Como dije, los grandes espectáculos de la naturaleza deleitan los ojos: pero también los espectáculos de los teatros deleitan los ojos. Estos son lícitos, aquellos ilícitos. Un salmo sagrado cantado suavemente deleita el oído: pero también las canciones de los actores deleitan el oído. Esto lícitamente, aquello ilícitamente. Las flores y los aromas, que son creación de Dios, deleitan el olfato: también el incienso en los altares de los demonios deleita el olfato. Esto lícitamente, aquello ilícitamente. La comida no prohibida deleita el gusto; también los banquetes de sacrificios sacrílegos deleitan el gusto. Esto lícitamente, aquello ilícitamente. Los abrazos conyugales deleitan: también los de las prostitutas. Esto lícitamente, aquello ilícitamente. Veis, pues, carísimos, que hay en estos sentidos del cuerpo placeres lícitos e ilícitos. Que la justicia deleite de tal manera que supere incluso los placeres lícitos; y a ese placer con el que lícitamente te deleitas, antepón la justicia.

CAPÍTULO III.

3. Deleite de la mente en la justicia y la fe. Pongamos ante nuestros ojos, por lo que he dicho, un ejemplo de lucha. Pregunto si amas la justicia: responderás, Amo. No responderías esto con verdad, a menos que de alguna manera te deleitara. Pues no se ama sino lo que deleita. La Escritura dice: Deleítate en el Señor (Salmo XXXVI, 4). Pero el Señor es justicia. No debes imaginar a Dios como un ídolo. Dios es semejante a las cosas invisibles; y en nosotros son mejores las cosas que son invisibles. La fe es mejor que la carne, la fe es mejor que el oro, y la fe es mejor que la plata, que el dinero, que las propiedades, que la familia, que las riquezas; y todas estas cosas se ven, la fe no se ve. ¿A qué, pues, consideraremos más semejante a Dios, a las cosas visibles o a las invisibles? ¿A las preciosas o a las viles? Hablaré de las más viles. Tienes dos siervos, uno deforme de cuerpo, otro muy hermoso; pero aquel deforme es fiel, el otro infiel. Dime a cuál amas más: y veo que amas las cosas invisibles. ¿Qué, entonces, cuando amas más al siervo fiel, aunque deforme de cuerpo, que al hermoso infiel, te has equivocado y has preferido lo feo a lo hermoso? Ciertamente no: sino que has preferido lo más hermoso a lo feo. Has despreciado los ojos de la carne y has elevado los ojos del corazón. Has interrogado a los ojos de la carne, y ¿qué te han respondido? Este es hermoso, aquel es feo. Los has rechazado, has reprobado su testimonio: has elevado los ojos

del corazón al siervo fiel y al siervo infiel: has encontrado a este feo de carne, a aquel hermoso; pero has pronunciado y dicho, ¿Qué hay más hermoso que la fe? ¿Qué hay más deforme que la infidelidad?

CAPÍTULO IV.

4. La justicia debe ser amada sobre todos los placeres lícitos. Por tanto, sobre todos los placeres, es decir, incluso sobre los placeres lícitos, debe ser amada la justicia. Pues si tienes sentidos interiores, todos esos sentidos interiores se deleitan con el deleite de la justicia. Si tienes ojos interiores, ve la luz de la justicia: Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). De esa luz dice el Salmo: Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte (Salmo XII, 4). Asimismo, si tienes oídos interiores, escucha la justicia. Tales oídos buscaba quien decía: El que tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Si tienes olfato interior, escucha al Apóstol: Somos el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Cor. II, 15). Si tienes gusto interior, escucha: Gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). Si tienes tacto interior, escucha lo que canta la esposa sobre el esposo: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cantar de los Cantares II, 6).

5. El deleite de la justicia debe anteponerse a los demás deleites. Por tanto, el ejemplo de esta lucha, como comencé a decir, propongámoslo. Veamos, hermanos míos, quién es; pregunto, y que responda, lo que voy a decir, si se deleita tanto en la justicia que la anteponga a los demás placeres que pertenecen a estos sentidos del cuerpo. He aquí que te deleita tu oro, deleita tus ojos: es un metal hermoso, muy brillante, deleita. Es hermoso, no lo niego: pues si niego que es hermoso, hago injuria al Creador. Viene, pues, el tentador y te dice: Te quito el oro, a menos que digas un falso testimonio por mí: si lo dices, te añado más. Dos deleites luchan en ti: ahora te pregunto qué antepones, qué te deleita más, el oro o la verdad; el oro o el verdadero testimonio. ¿Acaso esto brilla y aquello no brilla? Se busca la fe en el verdadero testimonio. ¿El oro brilla, la fe no brilla? Avergüénzate, ten ojos: lo que amabas en tu siervo, devuélvelo a tu Señor. Pues hace un momento, cuando preguntaba sobre tus dos siervos, uno deforme y fiel, otro hermoso e infiel, a cuál amabas más; me respondías justamente y anteponías lo que debía ser antepuesto. Vuelve a ti, porque ahora se trata de ti mismo. Ciertamente amabas al siervo fiel: ¿es indigno tu Señor de tenerte como siervo fiel? ¿Y qué gran cosa prometías a tu siervo fiel? Para amarlo mucho, el supremo premio de la libertad. ¿Qué gran cosa prometías a tu siervo fiel? Libertad temporal. ¿Acaso no vemos a muchos siervos que no carecen de nada y a libres mendigando? Y exigías de él fidelidad, a quien prometías libertad: y no guardas fidelidad a quien te promete eternidad.

CAPÍTULO V.

6. La justicia debe ser buscada con amor y deleite. Es largo recorrer cada uno de los sentidos del cuerpo: pero lo que dije sobre los ojos, entiéndelo sobre los demás; y antepón el deleite de la mente al deleite de la carne. Pues a vuestra carne le deleitan los placeres ilícitos: que a vuestra mente le deleite la justicia invisible, hermosa, casta, santa, melodiosa, dulce, para que no seáis forzados a ella por temor. Pues si sois forzados a ella por temor, aún no deleita. No debes pecar, no por temor al castigo, sino por amor a la justicia. De esto dice el Apóstol: Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne. Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad para iniquidad; así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia para santificación (Rom. VI, 19). ¿Qué dije? Hablo en términos humanos: digo lo que podéis soportar. Cuando presentasteis vuestros

miembros a la iniquidad para cometer delitos, ¿fuisteis llevados por temor o invitados por el deleite? ¿Qué decís? Respondeidnos, porque incluso quienes vivís bien, tal vez alguna vez vivisteis mal. Cuando pecabais, os deleitabais en vuestros pecados; ¿os llevaba el temor a pecar, o la suavidad del pecado? Responderéis, La suavidad. ¿La suavidad lleva al pecado, y el temor empuja a la justicia? Probaos, examinaos. Que quite el oro quien amenaza: la justicia es más suave, la justicia es más luminosa. Que no dé el oro quien promete: la justicia debe ser antepuesta al oro, debe ser antepuesta deleitándose; es más brillante, más luminosa, más suave, más dulce. Así pues, si alguien se prueba a sí mismo y en esta lucha ha vencido, ha escuchado al Apóstol diciendo, Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne. Sin duda tuvo compasión de la debilidad: y no sé qué cosa más grata intentó decir a los menos capaces.

CAPÍTULO VI.

7. Por la justicia no solo debe despreciarse el placer, sino también soportarse el dolor. He aquí, dice, esto digo lo que podéis comprender: presentasteis vuestros miembros a los deleites ilícitos, fuisteis llevados por la suavidad de los pecados para hacerlos; que la suavidad y dulzura de la justicia os lleve a las obras rectas: amad la justicia, como amasteis la iniquidad. La justicia es digna de que obtenga de vosotros que le presentéis lo que presentasteis a la iniquidad: esto es Hablo en términos humanos, esto es, lo que vuestra debilidad aún puede soportar. ¿Qué, pues, suspendió el Apóstol? ¿Qué dejó de decir? ¿Qué dejó de decir, diré, si puedo? Compara la justicia y la iniquidad: ¿es la justicia tan digna como lo fue la iniquidad? ¿Debe ser amada esta como fue amada aquella? Dios no lo quiera que así sea, pero ojalá al menos así. ¿Entonces más? Más, sin duda. En la iniquidad seguiste el placer, por la justicia soporta el dolor. En la injusticia, digo, seguiste el deleite, por la justicia soporta el dolor: esto es más. He aquí un joven impúdico de edad inestable, llevado por la suavidad, ha puesto sus ojos en la esposa ajena, la ha amado, desea alcanzarla; sin embargo, busca ocultarse: pues ama tanto el placer que teme más el dolor. ¿Por qué busca ocultarse? Teme ser atrapado, atado, llevado, encerrado, expuesto, torturado, asesinado. Temiendo todo esto, en ese deseo su suavidad busca un escondite: acecha la ausencia del marido, teme encontrarlo como cómplice de su delito, porque teme involucrarse con él como testigo. Y vemos que es llevado por la suavidad: pero esa suavidad no es tanta que supere incluso el temor y el dolor y el temor de los castigos. Dame la hermosa justicia, dame la belleza de la fe: que salga a la luz, que se muestre a los ojos del corazón, que inspire fervor a sus amantes. Ya se te dice: ¿Quieres disfrutar de mí? Desprecia todo lo que te deleita, desprecia por mí. He aquí que has despreciado, es poco para ella: Esto es humano, a causa de la debilidad de vuestra carne. Es poco que desprecies todo lo que te deleitaba: desprecia todo lo que te aterraba; desprecia las cárceles, desprecia las cadenas, desprecia el potro, desprecia los tormentos, desprecia la muerte. Has vencido estas cosas, me has encontrado. En ambos grados, probad a vosotros mismos como amantes de la justicia.

CAPÍTULO VII.

8. Los mártires son perfectos amantes de la justicia. Tal vez encontramos a algunos que anteponen el deleite de la justicia a los placeres y al deleite de su cuerpo: pero, ¿quién desprecia por ella los castigos, los dolores y la muerte, crees que hay alguno entre vosotros? Al menos pensemos en lo que no nos atrevemos a profesar. ¿Qué pensamos? ¿Dónde pensamos? Miles de mártires yacen ante nuestros ojos, ellos son los verdaderos y perfectos amantes de la justicia. De ellos se ha dicho: Consideradlo todo gozo, hermanos míos, cuando caigáis en diversas tentaciones; sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia; y la

paciencia tiene una obra perfecta. ¿Qué se puede añadir para que tenga una obra perfecta? Ama, arde, hierve; pisa todo lo que deleita y pasa: llega a lo áspero, horrible, cruel, amenazante; pisa, rompe y pasa. ¡Oh amar, oh ir, oh perderse a sí mismo, oh llegar a Dios! Quien ama su vida, la perderá; y quien pierda su vida por mí, la encontrará para vida eterna. Así debe armarse el amante de la justicia, así debe armarse el amante de la belleza invisible. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados (Mat. X, 39, 27). ¿Qué significa, lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz? Lo que digo y oís con la mente, decidlo con confianza. Y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados. ¿Qué significa, lo que oís al oído? Lo que oís en secreto; porque aún teméis profesarlo y confesarlo. ¿Qué significa, entonces, predicadlo desde los tejados? Vuestras casas, vuestros cuerpos; vuestras casas, vuestras carnes. Sube al tejado, pisa la carne y predica la palabra.

CAPÍTULO VIII.

9. Si tenemos algo de justicia, es de Dios. Pero primero, hermanos míos, lamentad lo que erais, para que podáis ser lo que aún no sois. Esto que hablo es grande. ¿Y de dónde es grande para nosotros? Es supremo, perfecto, óptimo: ¿de dónde es para nosotros? Escuchad de dónde es para nosotros: Todo buen regalo y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación (Santiago I, 17). De allí es lo que tenemos de bueno, de allí es lo que aún no tenemos. ¿No lo tenéis? Pedid, y recibiréis. Si vosotros, dice el Salvador, si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos; cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que le piden (Mat. VII, 7, 11). Examínese, pues, cada hombre, y cualquier cosa buena que encuentre en sí mismo, que pertenezca a nuestra justificación, dé gracias a quien lo dio; y dando gracias a quien lo dio, pida de él lo que aún no ha dado. Pues no es que tú prograses en recibir, y él decaiga en dar. Por más que traigas una garganta capaz, un vientre capaz; la fuente supera al sediento.

SERMON CLX. Sobre las palabras del Apóstol, I Cor. cap. I, 31, Quien se gloria, gloriése en el Señor. Y sobre el verso del Salmo LXX, 2, En tu justicia, líbrame y rescátame.

1. El hombre debe gloriarse en el Señor, no en su propia justicia. Hemos sido advertidos por el Apóstol, que quien se gloria, gloriése en el Señor; y a ese Señor le hemos cantado, En tu justicia, líbrame y rescátame. Esto es, pues, gloriarse en el Señor, no gloriarse en su propia justicia, sino en la de él. Pero esta justicia ha pasado desapercibida para aquellos que se glorían en su propia justicia. Y este vicio se ha manifestado especialmente en los judíos que rechazan el Nuevo Testamento y permanecen en el hombre viejo. En vano y sin fruto han leído y cantado en sus códices, En tu justicia, líbrame. Pues ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios. Que nadie, pues, se gloríe como si fuera de su propia justicia, incluso si es justo. Pues a quien se gloria de su propia justicia se le ha dicho: ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Por tanto, quien se gloria, gloriése en el Señor. ¿Qué hay más seguro, que gloriarse en aquel de quien nadie puede ser confundido? Pues si te glorías en un hombre, puede encontrarse algo en el hombre, o más bien muchas cosas pueden encontrarse en el hombre, de las que se avergüence quien se gloria en él. Pero cuando oyes que no debes gloriarte en el hombre, ciertamente tampoco en ti mismo: pues tú también eres hombre. Si, pues, te glorías en ti mismo, te glorías en el hombre: y ¿dónde está, Quien se gloria, gloriése en el Señor? Guarda lo que se te ha dado, pero reconoce al dador. Cuando el Señor prometía dar su Espíritu: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37, 38). ¿De dónde en ti este río? Recuerda tu antigua sequedad. Pues si no hubieras estado seco,

no habrías tenido sed: si no hubieras tenido sed, no habrías bebido. ¿Qué significa, si no hubieras tenido sed, no habrías bebido? Si no te hubieras encontrado vacío, no habrías creído en Cristo. Antes de decir, de su interior correrán ríos de agua viva; primero dijo, Si alguno tiene sed, venga y beba. Por eso tendrás un río de agua viva, porque bebes: no bebes, si no tienes sed: pero si tenías sed, ¿por qué querías gloriarte como si fuera de tu propio río? Por tanto, quien se gloria, gloriase en el Señor.

3. Conocer a Cristo crucificado es gran sabiduría. La soberbia impide al hombre tener fe en Cristo. —Y yo, dice, hermanos, al venir a vosotros no vine con elocuencia de palabras o de sabiduría, anunciándoos el misterio de Dios. También dice: ¿Acaso dije saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado? (1 Cor. II, 1, 2). Y si solo esto sabía, no hay nada que no supiera. Es grande conocer a Cristo crucificado: pero ante los ojos de los pequeños puso el tesoro como envuelto. Cristo, dice, crucificado. ¿Cuánto tiene dentro este tesoro? Luego, en otro lugar, temiendo que algunos fueran seducidos por la filosofía y el engaño vano, prometió el tesoro de la ciencia y la sabiduría de Dios en Cristo. Cuidaos, dice, que nadie os seduzca por la filosofía y el engaño vano, según los elementos del mundo, no según Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia (Col. II, 8, 3). Cristo crucificado, tesoro de sabiduría y ciencia escondido. No os dejéis, pues, engañar por el nombre de sabiduría. A este envoltorio os invito, para que se os desenvuelva, orad. Filósofo necio de este mundo, lo que buscas no es nada: a quien no buscas. ¿De qué sirve que tengas mucha sed y pases por encima de la fuente? Desprecias la humildad porque no entiendes la majestad. Pues si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor. II, 8). A Jesucristo, dice, crucificado. No dije saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado: su humildad, que los soberbios ridiculizan, para que se cumpla en ellos, Reprendiste a los soberbios; malditos los que se desvían de tus mandamientos (Sal. CXVIII, 21). ¿Y cuál es su mandamiento, sino que creamos en él y nos amemos unos a otros? ¿En quién creeremos? En Cristo crucificado. Lo que la soberbia no quiere oír, que lo oiga la sabiduría. Su mandamiento es que creamos en él. ¿En quién? En Cristo crucificado. Este es su mandamiento, que creamos en Cristo crucificado. Esto es todo: pero este soberbio, con el cuello erguido, la garganta hinchada, la lengua altiva, las mejillas infladas, se burla de Cristo crucificado. Malditos, pues, los que se desvían de tus mandamientos. ¿Por qué se burlan, sino porque ven una vestidura vil externamente cubierta, pero no ven el tesoro oculto dentro? Ven la carne, ven al hombre, ven la cruz, ven la muerte, y desprecian estas cosas. Detente, no pases de largo, no desprecies, no insultes. Espera, investiga: tal vez haya algo dentro que te deleite mucho. Si encuentras lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (1 Cor. II, 9). El ojo ve la carne: hay algo bajo la carne que el ojo no ve. Tu oído oye la voz: hay allí algo que el oído no oyó. Sube a tu corazón, como de pensamientos terrenales, el hombre crucificado y muerto: hay allí algo que no subió al corazón del hombre. Pues suben a nuestro corazón pensamientos habituales: Subió, dice, al corazón de Moisés visitar a sus hermanos (Éxodo II, 11); esta es la condición humana. Y cuando los discípulos dudaban del mismo Señor, y entre ellos decían, al verlo resucitado de repente, Es él, no es; es carne, es espíritu: él les dice, ¿Por qué suben pensamientos a vuestro corazón? (Lucas XXIV, 38).

4. La humildad de la cruz es el camino a la grandeza. Busquemos, pues, si podemos, no lo que pueda subir a nuestro corazón, sino a dónde nuestro corazón merezca subir. Pues merecerá ser glorificado en el que reina, quien haya aprendido a gloriarse en el crucificado. Por eso, viendo el mismo Apóstol, no solo a dónde subir, sino también por dónde subir: muchos vieron a dónde, pero no vieron por dónde: amaron la patria de la grandeza, pero

ignoraron el camino de la humildad: sabiendo, pues, el Apóstol, y pensando y premeditando, no solo a dónde, sino también por dónde, A mí, dice, no me sea gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Podría haber dicho, En la sabiduría de nuestro Señor Jesucristo; y diría la verdad: podría, En la majestad; y diría la verdad: podría, En el poder; y diría la verdad: pero dijo, en la cruz. Donde el filósofo del mundo se avergonzó, allí el Apóstol encontró el tesoro: no despreciando el vil envoltorio, llegó al precioso contenido. A mí, dice, no me sea gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Buena carga has levantado, allí está todo lo que buscabas; y mostraste qué grande cosa estaba oculta allí. ¿Qué ayuda? Por quien a mí, dice, el mundo está crucificado y yo al mundo (Gálatas VI, 14). ¿Cuándo se crucificaría el mundo para ti, si no fuera por ti crucificado aquel por quien fue hecho el mundo? Por tanto, quien se gloria, gloriarse en el Señor. ¿En qué Señor? En Cristo crucificado. Donde hay humildad, hay majestad; donde hay debilidad, hay poder; donde hay muerte, hay vida. Si quieres llegar a aquellas cosas, no desprecies estas.

5. Los hijos de Zebedeo, deseando grandeza, son llamados al camino. Has oído en el Evangelio a los hijos de Zebedeo. Buscaban altura, diciendo que uno de ellos se sentara a la derecha de tan gran padre de familia, y el otro a la izquierda. Realmente buscaban una gran altura, grande: pero como posponían el camino, Cristo los llama de a dónde querían ir, a aquel por donde debían ir. Pues a los que buscaban tal grandeza, ¿qué les respondió? ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mateo XX, 22). ¿Qué cáliz, sino el de la humildad, el de la pasión? quien, bebiéndolo y transformando en sí nuestra debilidad, dijo al Padre: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Id. XXVI, 39). Transformando en sí a estos mismos, que rehusaban beber tal cáliz y buscaban la altura, descuidaban el camino de la humildad, ¿Podéis beber, dice, el cáliz que yo he de beber? Buscáis a Cristo excelso; volved al crucificado. Queréis reinar y gloriaros en los asientos de Cristo; primero aprended a decir, A mí no me sea gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Esta es la doctrina cristiana, el precepto de la humildad, la recomendación de la humildad, para que no nos gloriemos, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues no es grande gloriarse en la sabiduría de Cristo: es grande gloriarse en la cruz de Cristo: de donde te insulta el impío, de allí se glorie el piadoso; de donde insulta el soberbio, de allí se glorie el cristiano. No te avergüences de la cruz de Cristo: por eso en la frente, como en el asiento de la vergüenza, recibiste el mismo signo. Recuerda tu frente, para que no temas la lengua ajena.

6. La circuncisión del Antiguo Testamento, la cruz signo del nuevo. El signo del Antiguo Testamento es la circuncisión en la carne oculta: el signo del Nuevo Testamento es la cruz en la frente libre. Allí hay ocultación, aquí revelación: aquello está bajo un velo, esto en la cara. Pues mientras se lee Moisés, el velo está puesto sobre su corazón. ¿Por qué? Porque no han pasado a Cristo. Pues cuando pases a Cristo, se quitará el velo: para que quien tenía la circuncisión en oculto, lleve la cruz en la frente. Pero nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen, dice, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 15, 16, 18). No te atribuyas esto, no lo consideres tuyo, no ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la tuya, no estés sujeto a la justicia de Dios. Pasa, pues, a Cristo, oh tú que te glorías en la circuncisión. Pues de allí quieres tener gloria, de lo que te avergüenzas de mostrar. Es un signo, es verdad, fue mandado por Dios: pero es un signo de ocultación. El Nuevo Testamento estaba velado en el antiguo: el Antiguo Testamento se revela en el nuevo. Por eso el signo pase de lo oculto a lo manifiesto, y comience a estar en la frente lo que estaba oculto bajo la vestidura. Pues ¿quién duda que en ese signo se preanunciaba a Cristo? De allí el cuchillo de piedra: pero la piedra era Cristo (1 Cor. X, 4). De allí el octavo día de la circuncisión, y el domingo de la resurrección. Por eso el Apóstol, pasando de allí, viniendo de allí, pasando a Cristo, para que

se quite el velo, sabe de dónde gloriarse. Pero a mí no me sea gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues ¿qué había dicho antes? Porque ni los que están circuncidados guardan la ley; sino que quieren que os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne (Gálatas VI, 14, 13). ¿Y tú qué, Apóstol? Transfiere el signo a la frente. Pero a mí no me sea gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Aquí tengo, dice, lo que ignoraba. Vino el Nuevo Testamento, se reveló lo que estaba oculto. A los que estaban sentados en sombra de muerte, les ha amanecido la luz (Isaías IX, 2). Se les reveló lo que estaba oculto: lo que estaba escondido, está a la vista. Vino la misma Piedra, nos circuncidó a todos en espíritu, y fijó el signo de su humildad en la frente de los redimidos.

7. La gloria sea en la cruz de Cristo, no en nuestra justicia. Ya la gloria sea en la cruz de Cristo: no nos avergoncemos de la humildad del Altísimo. ¿Hasta cuándo la distinción de alimentos, y la circuncisión de la carne? Cuyo dios es el vientre, y su gloria en sus vergüenzas (Filipenses III, 19). A ellos se les preanunciaban cosas futuras, ya se crean hechas. No seamos ingratos a quien vino, si esperábamos que viniera. Pero ¿por qué los judíos están excluidos de esta gracia, ajenos, fugitivos? Porque tienen celo de Dios, pero no según ciencia. ¿Qué ciencia? Ignorando, dice, la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya: no teniendo a Dios sino en los preceptos, y pensando que pueden cumplir los preceptos con sus propias fuerzas, evitaron la ayuda. Pues el fin de la ley es Cristo, la perfección de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 2-4). ¿Y qué hace Cristo? Justifica al impío. Pues creyendo en aquel que justifica al impío, no al piadoso, sino al impío; haciendo piadoso al que encontró impío: creyendo, pues, en aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe por justicia. Pues si Abraham fue justificado por las obras, como si él mismo lo hubiera hecho, como si él mismo se lo hubiera procurado; tiene gloria, pero no ante Dios (Id. IV, 5, 2). Pero quien se gloria, gloriése en el Señor; y diga seguro, En tu justicia líbrame, y sálvame. Pues libra y salva a los que esperan en él; no atribuyéndose a sus fuerzas lo que han recibido. Pues esto mismo es de la sabiduría, saber de quién es el don (Sab. VIII, 21). ¿Quién dijo esto? Quien rogó a Dios que le diera continencia. ¿Qué justicia, qué parte de la justicia puede cumplirse, sin alguna continencia? Pues deleita pecar: porque si no deleitara, no se haría. Pero menos deleita la justicia, o no deleita, o menos de lo que es digno, deleita. ¿De dónde esto, sino de las enfermedades del alma? El pan está en desdén, y deleita el veneno. ¿De dónde se sanará esta enfermedad, os ruego? ¿Acaso de nosotros mismos y por nosotros mismos? Que todos fuimos capaces de herirnos, ¿quién de nosotros es capaz de curar lo que hizo? Así también en los mismos delitos, ¿quién no se hiere cuando quiere? Pero no cualquiera se sana cuando quiere. Sea, pues, el ánimo piadoso, sea fielmente cristiano, no sea ingrato a la gracia. Reconózcase al médico: nunca se sana el enfermo a sí mismo.

SERMO CLXI. De las palabras del Apóstol, No os engaños: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres... poseerán el reino de Dios. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? etc. I Cor. cap. VI, V. 9, 10, 15, 19.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fornicación debe ser evitada. El fornicador injuria a Cristo. Oímos al Apóstol, cuando se leía, corrigiendo y reprimiendo las pasiones humanas; y diciendo: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y haré miembros de una prostituta? De ningún modo. Por tanto, dijo que nuestros cuerpos son miembros de Cristo; porque Cristo es nuestra cabeza, ya que se hizo hombre por nosotros: la cabeza de la que se dijo, Él mismo es el Salvador de nuestro cuerpo (Efesios V, 23). Pero su cuerpo es la

Iglesia (Colosenses I, 18). Si, pues, nuestro Señor Jesucristo solo hubiera asumido el alma humana; sus miembros no serían sino nuestras almas: pero como también asumió el cuerpo, por el cual también es cabeza para nosotros, que consistimos de alma y cuerpo; ciertamente sus miembros son también nuestros cuerpos. Si, pues, cada uno deseado fornicar, se despreciaba a sí mismo, y en sí mismo se despreciaba; no desprecie en sí a Cristo: no diga, Lo haré, no soy nada: Toda carne es hierba (Isaías XL, 6). Pero tu cuerpo es miembro de Cristo. ¿A dónde ibas? Regresa. ¿A dónde querías precipitarte? Perdona en ti a Cristo, reconoce en ti a Cristo. ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y haré miembros de una prostituta? Pues prostituta es la que consiente contigo en el adulterio: y tal vez ella misma, siendo cristiana, toma los miembros de Cristo y hace miembros de un adúltero. Mutuamente os despreciáis a Cristo, ni reconocéis a vuestro Señor, ni pensáis en vuestro precio. ¿Qué clase de Señor es aquel que hizo a sus siervos sus hermanos? Pero no era suficiente hacerlos hermanos suyos, si no los hacía sus miembros. ¿Acaso tal dignidad se ha vuelto vil? Porque se ha concedido tan benignamente, ¿no se le retribuye honor? Si no se hubiera concedido, se desearía: porque se ha concedido, se desprecia.

CAPÍTULO II.

2. El fornicador es injurioso al Espíritu Santo. Pero estos cuerpos nuestros, que el Apóstol dice que son miembros de Cristo, por el cuerpo de Cristo, que asumió de la misma naturaleza de nuestro cuerpo; estos cuerpos nuestros, dice el mismo apóstol, son templo en nosotros del Espíritu Santo, que tenemos de Dios. Por el cuerpo de Cristo nuestros cuerpos son miembros de Cristo: por el Espíritu de Cristo que habita en nosotros, nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo. ¿Cuál de estas cosas desprecias en ti? ¿A Cristo, de quien eres miembro? ¿O al Espíritu Santo, de quien eres templo? A la misma prostituta, que consiente contigo en el mal, tal vez no te atreves a introducirla en tu habitación, donde tienes tu lecho conyugal: pero buscas algún lugar despreciable en tu casa, un lugar vil, donde te revuelcas vilmente. Concedes, pues, honor a la habitación de tu esposa, y no concedes al templo de tu Dios? No introduces a la impúdica donde duermes con tu esposa, y tú mismo vas a la impúdica, siendo templo de Dios? Creo que el templo de Dios es mejor que la habitación de tu esposa. Pues a donde quiera que vayas, Jesús te ve; quien te hizo, y te redimió perdido, y por ti muerto murió. Tú no te reconoces: pero él no aparta sus ojos de ti, no para ayudarte, sino para castigarte. Pues los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones. Inmediatamente añadió, y aterrorizó a aquellos que se daban una falsa seguridad, que se decían a sí mismos, Lo haré: pues Dios no se digna mirar a quien hace cosas tan viles. Escucha lo que sigue, de quién eres atiende; pues a donde quiera que vayas, Jesús te ve: Pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal. XXXIII, 16, 17). Pero ¿de qué tierra? Donde se dice, Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6).

CAPÍTULO III.

3. La fornicación excluye del reino de Dios. Pues tal vez el malvado, el iniquo, el adúltero, el impúdico, el fornicario se alegra porque lo hace, y envejece en lo que la lujuria no envejece, y dice para sí: Ciertamente es verdad, Pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria. He aquí que ya he envejecido, yo que desde mi juventud hasta el día de hoy cometo tantas cosas, he enterrado a muchos castos antes que yo, he llevado los funerales de muchos jóvenes castos al sepulcro, y siendo impúdico he sobrevivido a los castos. ¿Qué es lo que se dice, que el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria? Hay otra tierra donde no hay impúdico, hay otra tierra en

el reino de Dios. No os engaños: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes poseerán el reino de Dios. Esto es, borraré de la tierra su memoria. Pues muchos cometiendo tales cosas, ponen su esperanza: por aquellos que viviendo perdidamente ponen su esperanza en el reino de Dios, al que no accederán, se dijo, Borraré de la tierra su memoria. Pues habrá un cielo nuevo, y una tierra nueva, que habitarán los justos. Allí los impíos, allí los malos, allí los más nefastos no serán permitidos habitar. Elija ahora quien es tal, dónde desea habitar, mientras hay tiempo para cambiar.

CAPÍTULO IV.

4. Dos moradas, en el fuego o en el reino. Cuánto se teme por el cuerpo. Hay, en efecto, dos moradas: una en el fuego eterno, otra en el reino eterno. Supón que en el fuego eterno uno será atormentado de una manera, otro de otra: sin embargo, allí estarán todos, allí todos serán torturados; uno menos, otro más. Porque será más tolerable para Sodoma en el día del juicio que para otra ciudad (Mat. X, 15): y algunos recorren mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando lo han hecho, lo convierten en hijo del infierno el doble que ellos mismos (Id. XXIII, 15). Supón que unos el doble, otros la mitad; supón que unos más, otros menos: no hay región donde puedas elegir tu lugar. Cualesquiera que sean los tormentos más suaves allí, son peores que los que temes en este mundo. Piensa en cómo tiemblas si alguien te acusa falsamente, para que no te envíen a la cárcel: ¿y tú mismo vives mal contra ti, para que te envíen al fuego? Tiemblas, te turbas, palideces, corres a la iglesia, deseas ver al obispo, te postras a sus pies. Pregunta, ¿por qué? Líbrame, dices. ¿Qué sucede? He aquí que él me acusa falsamente. ¿Y qué te hará? Señor, estoy temblando; Señor, me envían a la cárcel; ten piedad de mí, líbrame. He aquí cómo se teme la cárcel, cómo se teme el encierro; ¡y no se teme la quema del infierno! Finalmente, cuando la calamidad aumenta, y la opresión se vuelve más atroz, y se extiende hasta la muerte, cuando parece bueno para el hombre no morir, no ser asesinado, todos claman que se debe ayudar, se imploran todas las ayudas; socorred, corred por el alma. Toda la exageración de la calamidad es porque se dice, por el alma. Se debe socorrer, ciertamente, y no se debe negar ayuda a este temor: se debe hacer lo que se pueda, por quien pueda.

CAPÍTULO V.

5. La muerte del alma más temida que la del cuerpo. Sin embargo, quiero interrogar al que está en peligro, y que con este nombre conmueve mis entrañas; porque dice, Corre por el alma. Fácilmente le respondo: Yo corro por tu carne; ojalá tú corrieras por tu alma. Y tú sabes que corro por tu cuerpo, no por tu alma. Prefiero escuchar a Cristo diciendo la verdad, que a ti murmurando con falso temor. Porque el mismo Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mat. X, 28). Ciertamente quieres que corra por tu alma: he aquí que a quien temes, y bajo cuyas amenazas palideces, no puede matar tu alma: hasta el cuerpo se ensaña, tú no te ensañas contra tu alma. No puede ser matada por él, pero sí por ti; no con lanza, sino con lengua. El enemigo que te golpea, termina esta vida: Pero la boca que miente, mata el alma (Sab. I, 11). Por lo tanto, de lo que los hombres temen en este tiempo, deduzcan lo que deben temer. ¿Teme la cárcel, y no teme el infierno? ¿Teme a los torturadores inquisidores, y no teme a los ángeles infernales? ¿Teme el tormento temporal, y no teme las penas del fuego eterno? Finalmente, ¿teme morir por un momento, y no teme morir eternamente?

6. De dónde viene la vida del alma y del cuerpo. La vida del alma es Dios. Aquel que va a matarte, a quien temes, a quien aborreces, de quien huyes, por cuyo temor no te dejan dormir, y si lo ves en sueños, cuando duermes, te asustas, ¿qué te va a hacer? Va a expulsar de tu carne a tu alma: mira a dónde va tu alma expulsada. Porque no puede matar tu carne de otra manera, sino expulsando de ella a tu alma, por la cual vive tu carne. Porque por la presencia de tu alma vive tu carne, y mientras tu alma esté presente en tu carne, es necesario que viva tu carne. Pero aquel que busca tu muerte, quiere expulsar de tu carne tu vida, por la cual vive tu carne.

CAPÍTULO VI.

¿Crees que no hay alguna vida por la cual viva tu alma misma? Porque el alma es una cierta vida, por la cual vive tu carne. ¿Crees que no hay otra vida por la cual viva tu alma misma; o cómo tiene tu carne vida, el alma por la cual vive tu carne, se convierte en tu alma misma, para que tenga alguna vida suya? ¿Y cómo la carne, cuando muere, exhala su alma, su vida; así también el alma, cuando muere, exhala alguna vida suya? Si encontramos cuál es esta vida, no de tu cuerpo, que es tu alma; sino la vida de la vida de tu cuerpo, es decir, la vida de tu alma: si la encontramos, de esta muerte, que temes que tu alma sea expulsada de la carne, creo que debes temer más esa muerte, que la vida de tu alma sea expulsada de tu alma. Brevemente, entonces, diré: ¿y por qué me detengo en muchas cosas? La vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios. El Espíritu de Dios habita en el alma, y a través del alma en el cuerpo, para que nuestros cuerpos sean templo del Espíritu Santo, que tenemos de Dios. Porque el Espíritu viene a nuestra alma: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5); y quien posee lo principal, posee todo. En ti, ciertamente, gobierna aquello que es mejor. Dios, teniendo lo mejor, es decir, tu corazón, tu mente, tu alma, ciertamente posee también lo inferior, que es tu cuerpo. Que el enemigo se ensañe, amenace con la muerte, haga si se le permite, expulse de la carne a tu alma: que tu alma no expulse de sí a su vida. Si lloras correctamente, y crees que dices miserablemente a tu poderoso enemigo, No golpees, perdona mi sangre: ¿no te dice Dios, Ten misericordia de tu alma agradando a Dios (Ecli. XXX, 24)? Tu alma tal vez dice: Ruega a él, para que no golpee; porque te dejo. Si golpea, no puedo quedarme contigo. Ruega para que no golpee, si quieres que no te deje. ¿Qué te dice, si quieres que no te deje? Tú mismo: porque tú que hablas, eres el alma. Si, por lo tanto, golpea la carne, tú huyes, tú sales, tú emigras, la tierra yace en la tierra. ¿Dónde estará lo que animó la tierra? lo que te fue dado por el aliento de Dios, ¿dónde estará? Si no exhaló su vida, es decir, su Dios, estará en aquel a quien no perdió, estará en aquel a quien no expulsó de sí. Pero si obedeces a la debilidad de tu alma, diciéndote, Golpea, y te dejo; ¿no temes a Dios diciéndote, Pecas, y te dejo?

CAPÍTULO VII.

7. Temor vano y temor útil. Del temor vano tomemos el temor útil. El temor vano es de todos los hombres que temen perder lo temporal, que alguna vez han de partir, y temen partir, queriendo siempre posponer lo que no pueden evitar. Este temor de los hombres es vano: y sin embargo, existe, y es vehemente, y no se le puede resistir. De aquí deben ser reprendidos, de aquí deben ser amonestados, de aquí deben ser llorados, de aquí deben ser lamentados los hombres, temiendo morir, y no haciendo nada más que morir más tarde. ¿Por qué no hacen para no morir? Porque hagan lo que hagan, no logran no morir. ¿Pueden hacer algo para lograr no morir nunca? De ninguna manera. Ciertamente, hagas lo que hagas, por mucho que vigiles, a donde quiera que huyas, cualquier fortaleza que busques, con cualquier riqueza que te redimas, con cualquier astucia que engañes al enemigo; no engañas a la fiebre. Porque no

haces otra cosa que no morir pronto por el enemigo, sino morir más tarde alguna vez por la fiebre. Tienes algo que hacer para no morir nunca. Si temes la muerte, ama la vida. Tu vida es Dios, tu vida es Cristo, tu vida es el Espíritu Santo. No le agradas actuando mal. Un templo ruinoso no habita, un templo sucio no entra. Pero gime a él, para que limpie el lugar para sí; gime a él, para que edifique un templo para sí: lo que tú destruiste, él lo construya; lo que tú exterminaste, él lo reforme; lo que tú derribaste, él lo levante. Clama a Dios, clama interiormente, clama donde escucha: porque también pecas donde ve; clama allí, donde escucha.

8. No es digno de alabanza quien no hace el mal por temor al castigo. ¿Para qué es útil el temor al infierno? Y cuando hayas corregido el temor, y comiences a temer útilmente, no los tormentos temporales, sino los castigos del fuego eterno, y por eso no seas adúltero: de esto hablábamos, por el Apóstol, que dijo, Vuestros cuerpos son miembros de Cristo: cuando, por lo tanto, no comiences a ser adúltero porque temes arder en el fuego eterno, aún no eres digno de alabanza; no, ciertamente, tan lamentable como antes, pero aún no digno de alabanza.

CAPÍTULO VIII.

¿Qué es grande, temer el castigo? Es grande, pero amar la justicia. Te pregunto, y te encuentro. Tú observa mi pregunta sonando, y haz de ti mismo una pregunta silenciosa. Entonces te digo: Con la lujuria vencida tienes consentimiento, ¿por qué no cometes adulterio? Y responderás: Porque temo el infierno, temo el castigo del fuego eterno, temo el juicio de Cristo, temo la compañía del diablo, no sea que sea castigado por él, y arda con él. ¿Qué? ¿diré, Mal temes? ¿cómo te decía del adversario, porque buscaba matar tu cuerpo? Allí, ciertamente, decía correctamente, Mal temes, tu Señor te ha hecho seguro, diciendo: No temáis a los que matan el cuerpo. Ahora, cuando me dices, Temo el infierno, temo arder, temo ser castigado eternamente: ¿qué diré? ¿Mal temes? ¿vanamente temes? No me atrevo, ya que el mismo Señor, quitado el temor, impuso el temor; y dijo, donde dijo, No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer: sino temed a aquel que tiene poder para matar el cuerpo y el alma en el infierno de fuego: así os digo, a este temed (Luc. XII, 4, 5). Cuando, por lo tanto, el Señor ha infundido temor, y lo ha infundido vehementemente, y repitiendo la palabra ha duplicado la amenaza, ¿diré yo, Mal temes? No diré eso. Claro que teme, nada mejor temes; no hay nada que debas temer más. Pero te pregunto: Si Dios no te viera cuando haces, y nadie te convenciera en su juicio, ¿lo harías? Mírate a ti mismo. Porque no puedes responder a todas mis palabras, obsérvate a ti mismo. ¿Lo harías? Si lo harías, entonces temes el castigo, aún no amas la castidad, aún no tienes caridad: temes servilmente; es el miedo al mal, aún no el amor al bien. Pero teme, sin embargo, para que este miedo te guarde, para que te lleve al amor. Porque este temor, por el cual temes el infierno, y por eso no haces el mal, te contiene; y así no permite que el alma interior que quiere pecar. Porque hay un cierto guardián del temor, como un pedagogo de la ley; es la letra amenazante, aún no la gracia ayudante. Sin embargo, que este temor te guarde, mientras no haces por temor, y vendrá la caridad; entra en tu corazón, y cuanto más entra, tanto más sale el temor. Porque el temor hacía que no hicieras: la caridad hace que no quieras hacer, incluso si puedes cometer impunemente.

CAPÍTULO IX.

9. La caridad expulsa un temor e introduce otro. Temor servil. Temor casto. He dicho que temáis, he dicho que deseáis. Seguid la caridad, que entre la caridad; admitidla, temiendo pecar, admitid el amor que no peca, admitid el amor que vive bien. Ella, como comencé a

decir, entrando, comienza a salir el temor. Cuanto más entra ella, tanto menor será el temor. Cuando ella haya entrado completamente, no habrá temor: porque la caridad perfecta expulsa el temor (I Juan IV, 18). Entra, por lo tanto, la caridad, expulsa el temor. Pero no entra ella misma sin compañía. Tiene consigo su temor, que ella misma introduce; pero ese temor casto, que permanece por los siglos de los siglos (Sal. XVIII, 10). El temor servil es aquel por el cual temes arder con el diablo: el temor casto es aquel por el cual temes desagradar a Dios. Considerad, queridos, e interrogad los mismos afectos humanos. El siervo teme ofender a su señor, no sea que ordene que lo azoten, ordene que lo pongan en grilletes, ordene que lo encierren en la cárcel, ordene que lo trituren en el molino. Temiendo esto, el siervo no peca: pero cuando siente que los ojos de su señor están ausentes, y no tiene testigo que pueda convencerlo, lo hace. ¿Por qué lo hace? Porque temía el castigo, no amaba la justicia. Pero el hombre bueno, el hombre justo, el hombre libre (porque solo el justo es libre; porque todo el que comete pecado, es esclavo del pecado [Juan VIII, 34]), se deleita en la misma justicia: y si puede pecar sin testigo, teme al testigo y a Dios: y si puede escuchar a Dios diciéndole, Te veo cuando pecas, no te condenaré, pero me desagradas: él, no queriendo desagradar a los ojos del padre, no del juez temible, teme, no para no ser condenado, no para no ser castigado, no para no ser torturado; sino para no ofender el gozo paterno, para no desagradar a los ojos del amante. Porque si él ama, y siente a su señor amante de él, no hace lo que desagrada al amante de él.

CAPÍTULO X.

10. La fuerza del amor impuro. Observad a los amantes lascivos e impuros; si alguien, por amor a una mujer, se viste de manera diferente a como le agrada a ella, se viste de manera diferente a como le agrada a su amada, o se adorna de manera diferente a como le agrada a ella. Ella dice, No quiero que tengas tal capa; no la tiene: si en invierno ella dice, Te amo con una capa; elige temblar, antes que desagradar. ¿Acaso ella a quien desagrada, lo va a condenar? ¿acaso lo va a enviar a la cárcel? ¿acaso va a aplicar torturadores? Lo único que se teme allí es, No te veré: lo único que se estremece allí es, No verás mi rostro. Si eso dice una impúdica, y aterra; ¿Dios lo dice, y no aterra? Ciertamente mucho; pero si amamos. Pero si no amamos, no nos aterra; pero nos aterra como siervos, del fuego, del infierno, de las amenazas más atroces del tártaro, de los ángeles del diablo más exagerados, y de sus castigos? Al menos temamos eso. Si amamos menos aquello, al menos temamos eso.

CAPÍTULO XI.

11. El amor hace a las vírgenes sagradas. Adornos de las mujeres. No se cometan, por lo tanto, fornicaciones. Sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros. Si alguno corrompe el templo de Dios, Dios lo corromperá a él (I Cor. III, 16, 17). Los matrimonios son lícitos, no busquéis más. No se ha impuesto una gran carga. A las vírgenes, un mayor amor les impuso una mayor carga. Las vírgenes no quisieron lo que era lícito, para agradar más a aquel a quien se consagraron. Ambicionaron esa mayor belleza de su corazón. ¿Qué ordenas? Como si dijeran, ¿Qué ordenas? ¿Que no seamos adúlteras, eso ordenas? Amándote, hacemos más de lo que ordenas. De las vírgenes, dice el Apóstol, no tengo mandamiento del Señor. Entonces, ¿por qué lo hacen? Pero doy consejo (I Cor. VII, 25). Pero ellas, amando, a quienes las bodas terrenales les parecieron despreciables, que no desearon los abrazos terrenales, aceptaron tanto el mandamiento, que no rechazaron el consejo: para agradar más, se adornaron más. Porque los adornos de este cuerpo, es decir, del hombre exterior, cuanto más se desean, tanto mayores son los detrimentos del interior: pero cuanto menos se desean los adornos del hombre exterior, tanto más se adorna el hombre interior con buenas costumbres.

Por eso dice también Pedro: Adornándose no con trenzas de cabello. Porque cuando dijo, Adornándose; ¿qué otra cosa se pensaría por los carnales, que estos adornos visibles? Inmediatamente quitó a la mente lo que la codicia buscaba. No, dice, en trenzas de cabello, ni oro, ni perlas, ni vestido costoso; sino el hombre oculto del corazón, que es ante Dios rico (I Pedro III, 3, 4, y I Tim. II, 9, 10). Porque Dios no daría riquezas al hombre exterior, y dejaría pobre al interior: dio riquezas invisibles al invisible, y adornó al invisible invisiblemente.

CAPÍTULO XII.

12. El amor de las vírgenes sagradas. Estudiando estos adornos, las doncellas de Dios, las santas vírgenes, ni desearon lo que era lícito, ni consintieron en lo que eran obligadas. Porque muchas también superaron los esfuerzos contrarios de sus padres con el fuego del amor celestial. Se enojó el padre, lloró la madre: no le importó a ella, a quien se le presentaba ante los ojos el más hermoso en apariencia entre los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3). Porque deseó ser adornada para él, para que toda su atención fuera para él. Porque la que está casada, se preocupa por las cosas del mundo, cómo agradar a su marido: pero la que no está casada, se preocupa por las cosas de Dios, cómo agradar a Dios (I Cor. VII, 34). Ved qué es amar. No dijo, Se preocupa por no ser condenada por Dios. Porque este temor aún es servil, ciertamente guardián de los malos, para que se abstengan de los males, y absteniéndose sean dignos de admitir la caridad. Pero ellas no se preocupan por cómo no ser castigadas por Dios, sino por cómo agradar a Dios, con belleza interior, con el decoro del hombre oculto, con el decoro del corazón, donde están desnudas ante sus ojos: desnudas por dentro, no por fuera; íntegras por dentro y por fuera. Que las vírgenes enseñen a los casados y casadas a no ir al adulterio. Ellas hacen más de lo que es lícito; ellos no hagan lo que no es lícito.

SERMO CLXII. De las palabras del Apóstol, Todo pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. I Cor. cap. VI, V. 9-20.

FRAGMENTO.

1. Una cuestión difícil a partir de las palabras del Apóstol. La cuestión de la Epístola a los Corintios del bienaventurado apóstol Pablo, donde dice: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo; no sé si puede resolverse completamente, aunque, con la ayuda del Señor, se pueda decir algo al respecto de manera probable: pues es muy profunda. Porque cuando anteriormente en la misma Epístola el Apóstol decía: No os engañéis: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios; y poco después, dice: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo! ¿O no sabéis que el que se une a una ramera es un solo cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con Él. Huid de la fornicación: y allí añadió: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo: cuando, por tanto, enumeró antes en este capítulo muchos y horribles pecados de los hombres, a los cuales no se les dará el reino de Dios, los cuales, sin embargo, no pueden ser perpetrados por los hombres sino a través del cuerpo; el cual cuerpo, ciertamente ya de los fieles, dice que es templo del Espíritu Santo, que tenemos de Dios; y

afirma que los mismos miembros de nuestro cuerpo son miembros de Cristo: sobre los cuales, argumentando y de algún modo interrogando, dice: ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? y responde a sí mismo: ¡De ningún modo!; añade aún y dice: ¿No sabéis que el que se une a una ramera es un solo cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne; pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con Él; y concluye: Huid de la fornicación: sin embargo, él mismo sigue y dice: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicación, peca contra su propio cuerpo; como si aquellos pecados que enumeró, diciendo: No os engaños: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios; ¿acaso no pueden ser cometidos o ejercidos sino a través del cuerpo? ¿Quién en su sano juicio lo negaría? Todo este pasaje el Apóstol lo trataba y defendía por el mismo cuerpo ya comprado a gran precio, es decir, con la preciosa sangre de Cristo, hecho templo del Espíritu Santo por el Señor, para que no se contaminara con tales abominaciones, sino que más bien se conservara inviolado como morada de Dios. ¿Por qué, entonces, quiso añadir esto, de donde nacería una cuestión difícil; es decir, que dijera: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicación, peca contra su propio cuerpo: cuando ya sea la misma fornicación, ya sean otros pecados de este tipo, que no pueden ser cometidos sino a través del cuerpo, pecados muy similares a la deshonestidad y la fornicación, no pueden ser llevados a cabo y ejercidos sino a través del mismo cuerpo? ¿Qué? ¿Podría alguien (para no mencionar los otros pecados mencionados anteriormente) ser ladrón, o borracho, o maldiciente, o rapaz, sin la operación de este cuerpo? Aunque ni la misma idolatría ni la misma avaricia pueden llegar a su uso y fruto sin el servicio de este cuerpo. ¿Qué significa, entonces, Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicación, peca contra su propio cuerpo? Primero, porque estando el hombre constituido en este cuerpo, cualquier cosa que pueda desear injustamente solo con el alma, no se puede decir que lo haga fuera de este cuerpo, ya que está claro que lo hace con sentido carnal y prudencia carnal, aún rodeado por este cuerpo. Pues también lo que está escrito en el Salmo: Dijo el impío en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII, 1): el mismo bienaventurado apóstol Pablo no pudo separarlo de la obra corporal, en aquel lugar donde dice: Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10). Porque evidentemente no pudo el impío decir: No hay Dios, sino estando constituido en el cuerpo. Sin mencionar que en otra Epístola el mismo Doctor de los Gentiles dice: Manifiestas son las obras de la carne: y prosigue: Que son fornicaciones, inmundicias, lujurias, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, y cosas semejantes a estas; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gál. V, 19-21). ¿Acaso no nos parece que se hacen fuera del cuerpo aquellas otras cosas que allí intercaló, celos, iras, disensiones, envidias, herejías? y sin embargo, el Doctor de los Gentiles en fe y verdad atribuye estas cosas a las obras de la carne. ¿Qué significa, entonces, Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; y nombrando solo el pecado de fornicación, dice: Pero el que fornicación, peca contra su propio cuerpo?

2. Solución de la dificultad. Por qué solo la fornicación se dice que es pecado contra el propio cuerpo. Por lo tanto, parece evidente para cualquiera, aunque sea lento y obtuso, cuán difícil es esta cuestión: que el Señor, si se digna iluminar y revelar algo a nuestra piadosa intención, podremos decir algo razonablemente. Pues parece que el bienaventurado Apóstol, en quien hablaba Cristo, quiso exagerar el mal de la fornicación sobre todos los demás pecados, que aunque se cometan a través del cuerpo; sin embargo, no atan y someten tanto el alma humana a la concupiscencia carnal, como en la sola obra de la fornicación corporal, la fuerza inmensa

de la lujuria hace que el alma se mezcle con el mismo cuerpo, y de algún modo se una y quede ligada a él; tanto que en el momento y experiencia de este gran vicio, al hombre no le es permitido pensar o atender a otra cosa que no sea lo que la misma sumersión y de algún modo absorción de la lujuria y concupiscencia carnal le impone a la mente, que queda cautiva; de modo que esto parece ser lo que se ha dicho: Pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo: porque entonces el corazón del hombre fornicador se convierte propiamente y familiarmente en esclavo del cuerpo, especialmente en el tiempo de la operación más malvada: tanto que el mismo Apóstol, queriendo inculcar más intensamente a los hombres que deben evitar este mal, dijo: ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? y exclamando y detestando respondió: ¡De ningún modo! ¿No sabéis, dice, que el que se une a una ramera es un solo cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. ¿Acaso esto podría decirse de otros y cualesquiera crímenes de los hombres? Pues el alma humana es libre en otros crímenes cualesquiera, y puede realizar uno de ellos, y al mismo tiempo estar distraída en otro pensamiento: lo cual no es permitido al alma en la obra y tiempo mismo de la fornicación, ser libre para pensar en otra cosa. Pues así todo el hombre es absorbido por el mismo y en el mismo cuerpo, que ya no se puede decir que el alma sea suya; sino que todo el hombre puede decirse que es carne, y espíritu que va y no vuelve (Sal. LXXVII, 39). Así, pues, podemos entender que todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo: para que parezca, como he dicho, que el Apóstol quiso exagerar tanto el mal de la fornicación, que en comparación con esta fornicación, consideró que los demás pecados deben tenerse como fuera del cuerpo; y solo este mal de la fornicación dijo que se peca contra el propio cuerpo, porque con mayor ardor de lujuria, que no hay superior, la voluptuosidad del mismo cuerpo mantiene al siervo, y lo hace cautivo.

3. Fornicación general, por la cual no se adhiere a Dios. Estas cosas se han dicho sobre la fornicación especial de este cuerpo. Pero porque no solo la fornicación se reprende y nombra especialmente en las Sagradas Escrituras, sino también de manera general; intentemos, con la ayuda de Dios, decir algo al respecto de manera probable. La fornicación general se manifiesta abiertamente en el Salmo, donde se dice: Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; has destruido a todo el que fornicar apartándose de ti. Donde subsecuentemente, cómo se puede evitar y huir de esta fornicación general, añadió diciendo: Pero para mí, el bien es adherirme a Dios (Sal. LXXII, 27, 28). Para que de allí fácilmente advirtamos que esa es la fornicación general del alma humana, por la cual no adhiriéndose alguien a Dios, se adhiere al mundo. De donde el bienaventurado apóstol Juan dice: Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (I Juan II, 15). Y el apóstol Santiago dice: Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad de este mundo es enemistad contra Dios? (Santiago IV, 4). Brevemente, pues, se ha definido que no puede tener el amor de Dios quien tenga el amor del mundo; y que es enemigo de Dios quien quiera ser amigo del mundo. A esto también pertenece lo que el Señor dice en el Evangelio: Nadie puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno y amará al otro; o se dedicará al uno y despreciará al otro. Y concluye: No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mat. VI, 24). Esta es, pues, la fornicación general, como se ha dicho, del alma, que contiene en sí todo en absoluto, por la cual no se adhiere a Dios, mientras se adhiere al mundo: para que así también podamos entender, según esta fornicación general, lo que dice el Apóstol: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. Porque si el alma humana no fornicar, adhiriéndose a Dios, ni adhiriéndose al mundo, cualesquiera otros pecados, completamente ajenos a la concupiscencia carnal, que pueda incurrir por la misma fragilidad de la mortalidad, ya sea por ignorancia, negligencia, olvido o falta de entendimiento, esto es lo que se ha dicho: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo: porque aquí no se podrá encontrar ningún

pecado de concupiscencia corporal o temporal; por lo cual con razón se dice que cualquier pecado de este tipo está fuera del cuerpo. Pero si adhiriéndose al mundo, el hombre mundano se aleja de Dios, fornicando de Dios mismo, peca contra su propio cuerpo: porque con concupiscencia corporal hacia las cosas temporales y carnales, el alma humana es arrastrada y distraída con sentido y prudencia carnal, sirviendo a la criatura más que al Creador, que es bendito por los siglos.

4. Doble interpretación del Apóstol. Así, pues, según me parece, puede entenderse, salvando la fe, el mal de ambas fornicaciones, tanto la especial como la universal, en este único capítulo de tan grande y tan gran doctor, donde dice: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo: para que o bien se haya hecho una exageración por parte del Apóstol de esta fornicación especial, en la cual se entiende correctamente que se peca contra el propio cuerpo; porque en ninguna parte el hombre entero se entrega tanto a la voluptuosidad del mismo cuerpo, y se adhiere de manera inefable o inevitable, que en comparación con este gran mal, los demás pecados parecen estar fuera del cuerpo, aunque se ejerzan a través del cuerpo. De la misma manera que la fuerza de la lujuria imperiosa de la fornicación somete a su condición, y hace al hombre el peor esclavo del mismo cuerpo, especialmente en el tiempo de la operación más inmunda; de modo que no es libre para la mente humana pensar o atender a otra cosa que lo que hace en el mismo cuerpo. Pero si también quiso el Apóstol significar la fornicación general, por la cual parece haber dicho: Todo pecado que cometa el hombre es fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo: así debe ser entendido y comprendido, que cualquiera que no adhiriéndose a Dios, adhiriéndose al mundo, amando y deseando todas las cosas temporales, con razón se dice que peca contra su propio cuerpo, es decir, entregado y sometido a toda concupiscencia carnal, como si fuera un siervo de la criatura, ajeno al mismo Creador, por aquella soberbia que es el principio de todo pecado, cuyo principio de soberbia es, como está escrito, apartarse de Dios (Eclo. X, 15, 14). De este mal de la fornicación general, cualquiera que esté ajeno, cualquier otro pecado que pueda incurrir como hombre corruptible y mortal, esto se entiende que está fuera del cuerpo; es decir, fuera del mal de toda concupiscencia corporal y temporal, se dice que está fuera del cuerpo, como se ha dicho a menudo. Pues solo por el mal de la concupiscencia carnal y general, el alma fornicar de Dios, como ligada y unida a deseos y deleites corporales y temporales, peca contra su propio cuerpo, sirviendo universalmente a la concupiscencia, se inclina al mundo y se aleja de Dios: lo cual es, como se ha dicho, el principio de la soberbia del hombre, apartarse de Dios. Por lo cual, para evitar el mal de la fornicación general, el bienaventurado Juan advierte, diciendo: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo; porque lo que está en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre, como Él permanece para siempre (I Juan II, 15-17). Esta, pues, es la fornicación general, que contiene en sí la concupiscencia universal del mundo, por la cual se peca contra el propio cuerpo; porque con todos los deseos y placeres corporales, visibles y temporales, el alma humana sirve incesantemente, desolada y abandonada por el mismo Creador de todas las cosas.

SERMO CLXIII. Sobre las palabras del Apóstol, Caminad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Gálatas cap. V, V. 16-21. Predicado en la Basílica Honoriana el 24 de septiembre.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Dedicación de un templo antes profano. Si consideramos, hermanos, lo que éramos antes de la gracia del Señor, y lo que hemos comenzado a ser por la gracia del Señor; ciertamente encontramos que así como los hombres se transforman para mejor, también los lugares de la tierra que antes estaban en contra de la gracia de Dios, ahora se dedican a la gracia de Dios. Porque nosotros, como dice el Apóstol, somos templo del Dios vivo; por lo cual dice Dios: Habitaré en ellos, y andaré entre ellos. Pero los ídolos que aquí había, sabían ser fijados, no sabían andar. Sin embargo, Él anda en nosotros con la presencia de su majestad, si encuentra la amplitud de la caridad. A esto nos exhorta el Apóstol diciendo: Dilataos, no os unáis en yugo desigual con los infieles (II Cor. VI, 16, 13, 14). Si nos dilatamos, Dios anda en nosotros: pero para que nos dilatemos, que Dios mismo obre. Pues si la amplitud la hace la caridad, que no conoce estrecheces; ved que Dios se hace amplitud en nosotros, como dice el mismo Apóstol: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Por esta amplitud, digo, Dios anda en nosotros.

CAPÍTULO II.

2. En nosotros, como en un templo profano, hay cosas que deben ser derribadas, otras consagradas. Ahora, cuando se recitaba la Epístola del Apóstol, hemos oído: Caminad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis. Hablaba a los bautizados: pero aún edificaba el templo de Dios, no lo dedicaba todavía. Ved, hermanos míos, cómo cuando los mismos lugares terrenales se transforman para mejor, unas cosas se derriban y rompen, otras se transforman para mejores usos; así somos nosotros. Las obras de la carne estaban en nosotros. Las habéis oído cuando se mencionaban: Manifiestas son, dice, las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, idolatría, hechicerías, no beneficios, es decir, no de los buenos, sino de los venenos; contiendas, enemistades, herejías, envidias, borracheras, y cosas semejantes a estas; deben ser derribadas, no transformadas: de las cuales os advierto, dice, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Estas en nosotros, como ídolos, deben ser quebradas. Pero los mismos miembros de nuestro cuerpo deben ser transformados para mejores usos, para que los que servían a la inmundicia de la codicia, sirvan a la gracia de la caridad.

CAPÍTULO III.

3. Edificación por la fe, dedicación por la resurrección. Pero ved lo que ha dicho, y prestad atención diligente. Somos obreros de Dios, aún se edifica el templo de Dios. En su cabeza ya ha sido dedicado; porque el Señor resucitó de entre los muertos, vencida la muerte, consumida la mortalidad, ascendió al cielo: porque estaba escrito de Él el Salmo de la dedicación de la casa. Por eso, después de la pasión dice: Has cambiado mi luto en gozo para mí, has rasgado mi saco, y me has ceñido de alegría; para que mi gloria te cante, y no me duela (Sal. XXIX, 12, 13). Por tanto, aquella dedicación se hizo después de la pasión en la resurrección. Así también ahora se hace nuestra edificación por la fe, para que se haga también la dedicación por la última resurrección. De hecho, después de este salmo de la dedicación de la casa, donde se muestra la resurrección de nuestra cabeza, hay otro salmo después de este, no antes de este, cuyo título es: Cuando la casa se edificaba después de la cautividad. Recordad la cautividad, donde antes estábamos, cuando el diablo poseía todo el mundo como una masa de infieles. Por esta cautividad vino el Redentor; derramó su sangre como nuestro precio: derramando su sangre, borró los documentos de nuestra cautividad. La ley, dice el Apóstol, es espiritual; pero yo soy carnal, vendido bajo el pecado (Rom. VII, 14). Antes vendidos bajo el pecado, pero después liberados por la gracia. Después de aquella

cautividad, ahora se edifican las casas; y para que se edifique, se evangeliza. Así comienza el mismo Salmo: Cantad al Señor un cántico nuevo. Y para que no pienses que esta casa se edifica en un solo rincón, como edifican los cismáticos o herejes; atiende a lo que sigue: Cantad al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1).

CAPÍTULO IV.

4. Un cántico nuevo. Cristo, la salvación de Dios, anhelado por los antiguos.---Cantad al Señor un cántico nuevo: en contraposición al cántico viejo, el Nuevo Testamento, porque antes era el Antiguo Testamento: el hombre nuevo, para que se deposite el hombre viejo. Despojaos, dice, del hombre viejo con sus actos; y vestíos del nuevo, que ha sido creado según Dios en justicia y santidad de la verdad (Colosenses III, 9, 10, y Efesios IV, 22-24). Por tanto, Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad, y edificad; cantad, y cantad bien. Anunciad día tras día su salvación: anunciad día tras día a su Cristo. ¿Qué es su salvación, sino su Cristo? Por esta salvación orábamos en el Salmo: Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación (Salmo LXXXIV, 8). Los justos antiguos deseaban esta salvación, de quienes el Señor decía a los discípulos: Muchos quisieron ver lo que vosotros veis, y no pudieron (Lucas X, 24). Y danos tu salvación. Esto decían los justos antiguos, Danos tu salvación: que veamos a tu Cristo mientras vivimos en esta carne. Veamos en la carne a quien nos libere de la carne: que venga la carne purificando la carne; que sufra la carne, y redima el alma y la carne. Y danos tu salvación, Señor. En este deseo estaba aquel santo anciano Simeón: en este deseo, digo, estaba aquel anciano santo y bien merecido de Dios, Simeón; sin duda él también decía, Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación. En este deseo, en tales oraciones recibió la respuesta de que no probaría la muerte, hasta que viera al Cristo del Señor. Nació Cristo, él venía, él iba: pero hasta que él viniera, él no quería irse. Ya la madura vejez lo excluía, pero la sincera piedad lo retenía. Pero cuando vino, cuando nació, cuando lo vio ser llevado en las manos de su madre, y la pía vejez reconoció la divina infancia; lo tomó en sus manos, y dijo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz; porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II, 26-30). He aquí de dónde decía, Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación. Se cumplió el deseo del anciano, con la vejez del mundo declinando. Él vino al anciano hombre, quien encontró al mundo viejo. Por tanto, si encontró al mundo viejo, que el mundo escuche: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Que se destruya la vejez, que surja la novedad.

CAPÍTULO V.

5. La predicación de Cristo.---Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor. Ved la lucha de los que edifican. Cantad al Señor, bendecid su nombre. Anunciad bien, lo que en griego es evangelizado. ¿Qué? Día tras día. ¿Qué día tras día? Su salvación. ¿Qué día tras día? Luz de luz, el Hijo del Padre, su salvación. Anunciad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. He aquí cómo se edifica la casa después de la cautividad. Es temible sobre todos los dioses. ¿Sobre qué dioses? Porque todos los dioses de las naciones son demonios; pero el Señor hizo los cielos (Salmo XCV, 1-5). Hizo a los santos, hizo a los Apóstoles. Porque los cielos cuentan la gloria de Dios. No hay lenguas ni palabras, cuyas voces no se oigan. Por toda la tierra salió su sonido (Salmo XVIII, 2, 4, 5): porque toda la tierra canta un cántico nuevo.

6. Lucha de la carne y el espíritu. Escuchemos, pues, también al Apóstol, arquitecto del maestro: Como sabio, dice, arquitecto puse el fundamento. Escuchemos, pues, a este arquitecto, construyendo algunas cosas nuevas, derribando algunas viejas. Andad en el Espíritu, dice, esta es la nueva construcción: y no cumpláis los deseos de la carne, esta es la destrucción de lo viejo. Porque la carne, dice, desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Porque estas cosas se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis. Porque aún estáis siendo edificados, aún no estáis dedicados. Para que no hagáis lo que queréis.

CAPÍTULO VI.

¿Qué queréis? Que no haya en absoluto deseos de malas y ilícitas delectaciones. ¿Qué santo no querría esto? Pero no lo logra: mientras se vive aquí, esto no se cumple. Porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Porque estas cosas se oponen entre sí; para que no podáis hacer lo que queréis, es decir, que no haya en vosotros en absoluto deseos de cosas ilícitas. ¿Qué queda entonces? Andad en el Espíritu; y, como no podéis lograr consumir los deseos de la carne, no cumpláis los deseos de la carne. Debéis querer consumirlos y acabarlos, y extirparlos por completo de todas las maneras: pero mientras estén en vosotros, y haya otra ley en vuestros miembros que se opone a la ley de vuestra mente, no cumpláis los deseos de la carne. ¿Qué queréis? Que no haya en absoluto deseos de la carne. No os permiten cumplir lo que queréis; no permitáis que ellos cumplan lo que quieren. ¿Qué queréis? Que no haya en absoluto. Pero están. La carne desea contra el espíritu: que el espíritu desee contra la carne. Para que no hagáis lo que queréis, es decir, que no haya en vosotros esos deseos de la carne; ni ellos hagan lo que quieren, para que cumpláis su obra. Si no se te cede por completo, no cedas tú tampoco. Primero iguala la lucha, para que alguna vez haya victoria.

CAPÍTULO VII.

7. Victoria después de la resurrección. Por qué se difiere la victoria. Porque sin duda, hermanos míos, habrá: creamos, esperemos, amemos, habrá alguna vez victoria, en la dedicación de la casa, que ahora se edifica después de la cautividad. Porque el último enemigo que será destruido es la muerte, cuando esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal se vista de inmortalidad. Preparaos para las palabras de los triunfantes: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 26, 53, 54, 55). Esta es la voz de los triunfantes, no de los que luchan. Pero la voz de los que luchan es, Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy débil: sáname, Señor, porque mis huesos están turbados, y mi alma está muy turbada; y tú, Señor, ¿hasta cuándo? (Salmo VI, 3, 4). Ve al que lucha en el combate. Y tú, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Qué significa, Hasta cuándo? Hasta que pruebes que yo auxilio. Porque si auxiliara pronto, no sentirías la lucha: si no sintieras la lucha, te enorgullecerías como si fuera por tus fuerzas; y por ese orgullo nunca llegarías a la victoria. Se ha dicho, Aún hablando tú diré. He aquí que estoy (Isaías LVIII, 9): pero Dios, incluso cuando difiere, está presente, y lo que difiere está presente, y difiriendo está presente; para que al cumplir apresuradamente tu voluntad, no cumpla perfectamente tu sanidad.

CAPÍTULO VIII.

8. El remedio de la soberbia en Pablo. Porque, hermanos míos, no es que el apóstol Pablo no tuviera a quien temer, cuando luchaba, para no enorgullecerse. En la magnitud, dice, de mis revelaciones para que no me enorgullezca. Ved al que lucha en la contienda, aún no en la seguridad del triunfo. En la magnitud de mis revelaciones para que no me enorgullezca.

¿Quién dice, Para que no me enorgullezca? ¡Oh terror, oh temblor! ¿Quién dice, Para que no me enorgullezca? Aunque sus palabras son tan contundentes contra la soberbia, reprimiendo la hinchazón, y dice, Para que no me enorgullezca. No es suficiente que diga. Para que no me enorgullezca: ved el remedio que dice que se le ha aplicado. Para que no me enorgullezca, dice, se me ha dado un agujijón en mi carne, un ángel de Satanás. ¡Oh veneno, que no se cura sino con veneno! Se me ha dado un agujijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee. La cabeza era golpeada, para que la cabeza no se levantara. ¡Oh antídoto, que se confecciona como de serpiente, y por eso se llama triaca! Porque aquella serpiente persuadió la soberbia. Gustad, y seréis como dioses (Génesis III, 5): esta es la persuasión de la soberbia. De donde cayó, de allí derribó. Con razón, pues, el veneno de la serpiente se cura con la serpiente. ¿Qué dice el Apóstol? Por lo cual tres veces rogué al Señor, que lo apartara de mí. ¿Dónde está, Aún hablando tú diré, He aquí que estoy? Por lo cual, no una vez, sino dos y tres veces rogué al Señor. ¿No decía entonces también él, Y tú, Señor, ¿hasta cuándo? Pero, ¿acaso porque difería, no estaba presente, y era falso, Aún hablando tú diré, He aquí que estoy? ¿Qué, pues? ¿el médico cuando da lo que deseas, está presente; cuando corta, no está presente? ¿No clamas bajo el bisturí del médico para que tenga piedad; y porque está más presente, corta más? Finalmente, para que sepas que estaba presente, ved lo que respondió al que rogó tres veces. Dijo, dice, a mí: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (I Cor. XII, 7-9). Yo, dice, sé: el mejor médico, Yo, dice, sé hacia qué tumor se dirige lo que quiero sanar. Tranquilízate, aplicaré lo que sé. Bástate mi gracia: no te basta tu voluntad. Estas eran ciertamente palabras del que lucha, y en el combate está en peligro, y pide auxilio divino.

CAPÍTULO IX.

9. La victoria se obtiene con humildad. Pero, ¿cuáles serán las palabras del que triunfa? Palabras del que lucha, mientras se edifica la casa: palabras del que triunfa, cuando la casa se dedica al final. ¿Dónde está, muerte, tu agujijón? ¿dónde está, muerte, tu agujijón? Pero el agujijón de la muerte es el pecado. Así decía el Apóstol, como si ya estuviera allí. Finalmente, después de estas palabras, que se sabe que son de la futura percepción, no del presente combate; ya que dice, Entonces será: no es ahora, sino entonces será. ¿Qué será entonces? La palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu agujijón? ¿dónde está, muerte, tu agujijón? Entonces será que en ninguna parte estará el agujijón de la muerte, en ninguna parte se podrá encontrar el pecado. ¿Por qué te apresuras? Entonces será, entonces será. Que la humildad en ti lo merezca, para que entonces se haga en ti; no sea que la soberbia no permita que ni siquiera entonces se haga en ti. Entonces será. Ahora, mientras luchas, mientras trabajas, mientras estás en peligro, di, di, Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12). Di siempre mientras luchas, di, di la verdad, di desde el corazón: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (I Juan I, 8). Serás tu propio diablo. Nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Porque no decimos la verdad, diciendo que no tenemos pecado; cuando aquí no estamos sin pecado. Digamos, pues, la verdad, para que alguna vez encontremos seguridad. Que haya verdad en la lucha, para que se adquiera seguridad en la victoria. Entonces será, ¿Dónde está, muerte, tu agujijón? Porque el agujijón de la muerte es el pecado.

CAPÍTULO X.

10. La ley sin gracia. Pero presumes de la ley, porque se te ha dado la ley, y se te ha dado el mandamiento. Es bueno para ti que el Espíritu te vivifique, para que la letra no mate. Quiero que quieras; pero no basta que quieras. Necesitas ayuda para querer plenamente, y cumplir lo

que quieres. Porque, ¿quieres ver qué vale la letra que ordena sin el Espíritu que ayuda? Allí dijo. Cuando se dijo, ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Pero el aguijón de la muerte es el pecado; inmediatamente añadió, Pero la fuerza del pecado es la ley (I Cor. XV, 54-56). ¿Qué significa, La fuerza del pecado es la ley? No ordenando el mal, o prohibiendo el bien: sino más bien prohibiendo el mal, y ordenando el bien. Pero la fuerza del pecado es la ley: porque, La ley entró, dice, para que abundara el delito. ¿Qué significa, para que abundara el delito? Porque donde no había gracia, la prohibición aumentó el deseo: y cuando se presume de la propia virtud, se hizo un gran vicio. Pero, ¿qué hizo la gracia? Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Romanos V, 20). Vino el Señor: todo lo que trajiste de Adán, todo lo que añadiste con tus malos hábitos, todo lo perdonó, todo lo borró; enseñó la oración, prometió la gracia; impuso la lucha, auxilió al que trabaja, coronó al vencedor. Así que, dice el Apóstol, La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, me ha sido hecho muerte? De ninguna manera. Sino el pecado, para que aparezca pecado. Porque cuando no se te prohibía, existía; pero no aparecía. Porque la concupiscencia, dice, no la conocía, si la Ley no dijera, No codiciarás. Así que, tomando ocasión, el pecado por el mandamiento me engañó, y por él me mató (Romanos VII, 7-13). He aquí lo que significa, La letra mata (II Cor. III, 6).

CAPÍTULO XI.

11. La necesidad de la ayuda divina. Si quieres, pues, escapar de la ley que amenaza, huye al Espíritu que ayuda. Porque lo que la ley manda, la fe espera. Clama a tu Dios, que te ayude. No permanezcas bajo la letra como culpable, sino que Dios te ayude con su Espíritu: no seas como el soberbio judío. Porque cuando el aguijón de la muerte era el pecado, y la fuerza del pecado era la ley; ¿qué haría la debilidad humana, en la que se fatigaba la voluntad? Querer, dice, está a mi alcance; pero el bien no lo encuentro para hacerlo (Romanos VII, 18). ¿Qué haría entonces? He aquí el aguijón de la muerte, el pecado, he aquí la fuerza del pecado, la ley. Pero la ley entró, para que abundara el delito. Porque si la ley pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la ley. Pero la Escritura encerró todo bajo pecado. ¿Cómo encerró? Para que no vagaras, no te precipitaras, no te hundieras; la ley te hizo cancelas, para que no encontrando por dónde salir, volaras a la gracia. Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa. Quien promete, promete lo que hace, no lo que tú haces. Si tú lo fueras a hacer, Dios sería anunciador, no prometedor. Pero encerró, dice, la Escritura todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo se diera a los creyentes (Gálatas III, 21 y 22). Escucha, se diera. ¿Por qué te enorgulleces? Escucha, se diera. ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Por tanto, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley; y esto por la buena providencia de Dios, para que los hombres fueran encerrados bajo pecado, y buscaran al ayudador, buscaran la gracia, buscaran a Dios, no presumieran de su propia virtud; por eso también aquí, cuando dijo, Pero el aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley: ¿qué temes? ¿qué trabajas? ¿qué sudas? Escucha lo que sigue: Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo (Id. XV, 56, 57). ¿Acaso te das tú la victoria? Gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO XII.

12. Invocar la ayuda de Dios. Por tanto, cuando comiences a trabajar luchando contra los deseos de la carne, anda en el Espíritu, invoca al Espíritu, busca el don de Dios. Y si la ley en los miembros se opone a la ley de tu mente desde la parte inferior, es decir, desde la carne, te mantiene cautivo bajo la ley del pecado: y esto se corregirá, y esto pasará a los derechos de la

victoria. Tú solo clama, tú solo invoca. Es necesario orar siempre, y no desmayar (Lucas XVIII, 1). Invoca siempre, invoca la ayuda. Aún hablando tú, dice, He aquí que estoy. Después entiende, y oyes decir a tu alma, Yo soy tu salvación (Salmo XXXIV, 3). Por tanto, cuando la ley de la carne comience a oponerse a la ley de tu mente, y te lleve cautivo en la ley del pecado, que está en tus miembros: orando di, confesando di, Miserable de mí. Porque, ¿qué es el hombre? ¿Qué es el hombre, sino que te acuerdas de él? (Salmo VIII, 5). Di, Miserable de mí: porque si no hubiera venido el Hijo del hombre, el hombre habría perecido. Clama en la angustia, ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? donde la ley en mis miembros se opone a la ley de mi mente. Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Si esto lo dices fielmente, si humildemente lo dices; se responde muy verdaderamente, La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Romanos VII, 22-25). Convertidos al Señor, etc.

SERMON CLXIV. Sobre las palabras del Apóstol, Gálatas cap. VI, 2-5, Llevad los unos las cargas de los otros: y sobre estas, Cada uno llevará su propia carga. Pronunciado contra los Donatistas, poco después de la Conferencia de Cartago.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La ley de Cristo se cumple llevando los unos las cargas de los otros. La verdad nos amonesta a todos por medio del Apóstol, para que llevemos los unos las cargas de los otros: y en el mismo hecho de amonestarnos para que llevemos los unos las cargas de los otros, muestra con qué fruto lo hacemos, añadiendo y diciendo, Y así cumpliréis la ley de Cristo: que no se cumplirá, a menos que llevemos los unos las cargas de los otros. Cuáles son estas cargas, y cómo deben llevarse, ya que todos debemos esforzarnos según nuestras fuerzas para cumplir la ley de Cristo, con la ayuda del Señor intentaré mostrar. Recordad que he propuesto demostrar esto, para que lo exijáis: y cuando lo haya entregado, no lo pidáis. He propuesto demostrar esto, con la ayuda del Señor mi intención y vuestras oraciones por mí, cuáles son las cargas que el Apóstol nos manda llevar los unos de los otros, y cómo deben llevarse. Si hacemos esto, aquello donde puso el fruto, seguirá por sí mismo, para que cumplamos la ley de Cristo.

2. Las cargas deben distinguirse. Alguien dice: ¿Acaso el apóstol habló oscuramente, para que tú intentes exponer cuáles son estas cargas, o cómo deben llevarse los unos de los otros? Hay una cuestión allí, que nos obliga a distinguir las cargas. Y en el mismo capítulo de la lectura tienes allí puesto, Pero cada uno llevará su propia carga. Ya, pues, se presenta a vuestros sentidos, Si cada uno llevará su propia carga, ¿cómo dice, Llevad los unos las cargas de los otros? A menos que las cargas deban distinguirse, para que no se piense que el Apóstol habla cosas contrarias. Porque no está lejos, no está en otra Epístola, no está en esta misma lejos arriba o abajo; sino en ese mismo lugar, de modo que las mismas palabras están contiguas, puso ambas cosas, tanto que cada uno llevará su propia carga, como que amonestó y exhortó a que llevemos los unos las cargas de los otros.

CAPÍTULO II.

3. Dos tipos de cargas. Hay, por tanto, cargas en las que cada uno lleva la suya propia, sin que otro la lleve con él ni la arroje sobre otro; y hay otras cargas en las que correctamente le dices a tu hermano: "Llevo contigo" o "Llevo por ti". Si, por tanto, se necesita distinción, no es fácil de entender. Contra aquellos que pensaban que un hombre podía contaminarse con los

pecados ajenos, el Apóstol respondió: "Cada uno llevará su propia carga". Asimismo, contra aquellos que, por esto, podrían caer en la negligencia, pensando que no se contaminarían con los pecados ajenos y no se preocuparían por corregir a nadie, dijo: "Llevad los unos las cargas de los otros". Se ha dicho brevemente y se ha distinguido brevemente: y, según creo, no ha impedido la manifestación de la verdad. Pues lo habéis escuchado brevemente y lo habéis entendido rápidamente. No he visto vuestros corazones, pero he escuchado las voces de los testigos de vuestro corazón. Ahora, pues, como seguros de lo entendido, discutamos un poco más ampliamente; no para insinuar lo que debe entenderse, sino para recomendar lo que se ha entendido.

4. Las cargas de cada uno, los pecados. Cristo, el predicador del mundo. Las cargas que cada uno lleva son sus pecados. A los hombres que llevan estas cargas detestables y sudan en vano bajo ellas, el Señor les dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". ¿Cómo alivia a los cargados de pecados, sino con el perdón de los pecados? El predicador del mundo exclama desde una atalaya de alta autoridad: "Escucha, género humano; escuchad, hijos de Adán; escucha, género laborioso e infructuoso: veo vuestro trabajo, ved mi don. Sé que trabajáis y estáis cargados; y lo que es más miserable, lleváis cargas perniciosas atadas a vuestros hombros: además, lo que es peor, pedís que se os añadan cargas, no que se os quiten".

CAPÍTULO III.

5. La carga de la avaricia. La carga de la pereza. ¿Quién de nosotros puede, en poco tiempo, disertar sobre la multiplicidad y variedad de estas cargas? Sin embargo, recordemos algunas de ellas y conjeturemos sobre las demás. Mira al hombre cargado con la carga de la avaricia, míralo sudar bajo esta carga, jadear, tener sed, y al trabajar añadir más carga. ¿Qué esperas, oh avaro, abrazando tu carga y atando con cadenas de codicia la mala carga bajo tus hombros? ¿Qué esperas? ¿Qué trabajas? ¿Qué ansías? ¿Qué codicias? ¿Acaso saciar la avaricia? ¡Oh deseos vanos y hechos malvados! ¿Esperas, entonces, saciar la avaricia? Ella puede oprimirte, tú no puedes saciarla. ¿O acaso no es pesada? ¿Has perdido tanto el sentido bajo esta carga? ¿No es pesada la avaricia? ¿Por qué, entonces, te despierta del sueño, si a veces ni siquiera te deja dormir? Y tal vez tienes con ella otra carga de pereza, y estas dos cargas malvadas y en conflicto te oprimen y te desgarran. No mandan lo mismo, no ordenan lo mismo. La pereza dice: "Duerme"; la avaricia dice: "Levántate". La pereza dice: "No soportes los días fríos"; la avaricia dice: "Tolera incluso las tempestades en el mar". Una dice: "Descansa"; la otra no te deja descansar. Ordena no solo: "Avanza", sino también: "Navega más allá del mar, busca tierras que no conoces". Las mercancías deben ser llevadas a la India: no conoces el idioma de los indios, pero el lenguaje de la avaricia parece comprensible. Llegarás desconocido a un desconocido; das, recibes, compras, llevas; llegaste con peligro, regresas con peligros, clamas en el mar agitado por la tempestad: "Dios, líbrame". No escuchas la respuesta: "¿Por qué? ¿Te envié yo? La avaricia te ordenó adquirir lo que no tenías: yo te ordené que sin esfuerzo dieras al pobre en tu puerta lo que tenías. Ella te envió a los indios a traer oro: yo puse a Cristo en tu puerta, de quien comprarías el reino de los cielos. Trabajas en la orden de la avaricia, en mi orden no trabajas. Ambos ordenamos; no me escuchaste a mí: que te libere aquel a quien obedeciste".

CAPÍTULO IV.

6. En lugar de las cargas de la codicia, deben tomarse las cargas de la caridad. ¿Cuántos llevan estas cargas? ¿Cuántos, ahora, bajo estas cargas, claman contra ellas mientras hablo?

Entraron con cargas, salen con cargas: avaros entraron, avaros se van. Yo he trabajado hablando contra estas cargas. Si clamáis, dejad lo que lleváis. Finalmente, no me escuchéis a mí; escuchad a vuestro Emperador clamando: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados". No vendréis, a menos que dejéis de trabajar. Queréis correr hacia mí, pero con cargas pesadas no podéis. "Venid", dice, "a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Concedo el perdón de los pecados pasados, quitaré lo que oscurecía vuestros ojos, sanaré lo que dañó vuestros hombros. Quitaré las cargas, pero no os dejaré vacíos de cargas: quitaré las malas cargas y pondré buenas. Pues después de haber dicho: 'Y yo os haré descansar'; añadió: 'Tomad mi yugo sobre vosotros'. La codicia te había subyugado malamente, que la caridad te subyugue saludablemente".

7. Qué quiere Cristo, el maestro, que se aprenda de él. La carga de Cristo es ligera. "Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí". Si os ha parecido vil cualquier enseñanza humana, "aprended de mí". Cristo clama como maestro, el único Hijo de Dios, el único veraz, verdadero, la verdad clama: "Aprended de mí". ¿Qué? ¿Que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, y todas las cosas fueron hechas por él (Juan 1, 1-3)? ¿Acaso podremos aprender de él a fabricar el mundo, llenar el cielo de luces, ordenar las vicisitudes del día y la noche, mandar que los tiempos y las edades transcurran, dar poder a las semillas, llenar la tierra de animales? Ninguna de estas cosas nos manda aprender el maestro celestial: él las hace como Dios.

CAPÍTULO V.

Pero porque este Dios se dignó ser hombre, en lo que es Dios, escucha para recrearte; en lo que es hombre, escucha para imitarlo. "Aprended", dice, "de mí"; no a fabricar el mundo y crear naturalezas: ni siquiera aquellas otras cosas que, siendo Dios oculto, como hombre manifiesto, realizó; ni siquiera dice: "Aprended de mí a expulsar fiebres de los enfermos, a ahuyentar demonios, a resucitar muertos, a mandar a los vientos y las olas, a caminar sobre las aguas": no dice esto, "Aprended de mí". Pues estas cosas las dio a algunos de sus discípulos, a algunos no las dio: pero esto, "Aprended de mí", lo dice a todos; de este precepto nadie se excusa, "Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón". ¿Por qué dudas en llevar esta carga? ¿Es pesada esta carga, la humildad y la piedad? ¿Es pesada esta carga, la fe, la esperanza, la caridad? Pues estas hacen humilde, estas hacen manso. Y mira que no serás cargado, si le escuchas a él. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mateo 11, 28-30). ¿Qué significa, es ligera? ¿Qué si tiene peso, pero menos? ¿La avaricia tiene más, la justicia menos? No quiero que lo entiendas así. Esta carga no es un peso de carga, sino alas para volar. Pues también las aves tienen las cargas de sus plumas. ¿Y qué decimos? Las llevan, y son llevadas por ellas. Las llevan en la tierra, son llevadas por ellas al cielo. Si quisieras mostrar misericordia a un ave, especialmente en verano, y dijeras: "A esta pobre avecilla la cargan las plumas", y le quitaras esta carga; permanecerá en la tierra, a la que quisiste ayudar. Lleva, pues, las plumas de la paz, toma las alas de la caridad. Esta es la carga, así se cumplirá la ley de Cristo.

CAPÍTULO VI.

8. Cada uno lleva la carga de su propia codicia o caridad. Las cargas están distinguidas. Mira ahora, no sé quién entra avaro: lo conoces como avaro, está contigo, y tú no eres avaro; sino también misericordioso, das al pobre lo que tienes, no ansías lo que no tienes; escuchas al Apóstol diciendo: "Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas

en abundancia para que las disfrutemos: que sean ricos en buenas obras, que den fácilmente, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la vida verdadera" (1 Timoteo 6, 17-19). Has escuchado, has reconocido, has aprendido, has retenido, has hecho. Haz lo que haces, no te vuelvas perezoso, no ceses. El que persevera hasta el fin, este será salvo (Mateo 10, 22). Has hecho bien al hombre, el hombre es ingrato: no te arrepientas de haber hecho el bien, no derrames arrepentimiento por lo que has llenado de misericordia: di en tu corazón: "Este a quien hice el bien no lo ve, lo ve aquel por quien lo hice; porque si este lo viera, si no fuera ingrato, se beneficiaría más a sí mismo que a mí. Me aferro a Dios, a quien no le pasa desapercibido lo que hago; no solo lo que hago, sino también lo que hago de corazón: espero en él como retribuidor, que no busca testigo de mi hecho". Eres así, y tal vez en el pueblo de Dios está junto a ti un avaro ladrón, ansioso de las cosas ajenas. A quien conoces así, y es fiel, o más bien se llama fiel, no puedes expulsarlo de la iglesia, no tienes acceso para corregirlo castigando y reprendiendo, se acercará contigo al altar: no temas; "Cada uno llevará su propia carga". Recuerda al Apóstol, para que te acerques seguro: "Cada uno llevará su propia carga". Solo que no te diga: "Lleva conmigo". Pues si quisieras compartir con él la avaricia, la carga no se disminuirá, sino que dos serán cargados. Que lleve, pues, su carga, y tú la tuya: porque cuando el Señor tuyo quitó tal carga de tus hombros, puso otra; quitó la de la codicia, puso la de la caridad. Así que, según las malas codicias, cada uno lleva su propia carga, el malo la mala, el bueno la buena.

CAPÍTULO VII.

9. Cargas que deben compartirse. La pobreza, carga. Las riquezas, carga. Vuélvete ahora a aquel precepto: "Llevad los unos las cargas de los otros". Pues tienes la carga de Cristo; de donde llevas con otro su propia carga. Es pobre, eres rico: su carga es la pobreza; tú no tienes tal carga. Mira no sea que cuando el pobre te interpela, tú digas: "Cada uno llevará su propia carga". Aquí escucha otro precepto: "Llevad los unos las cargas de los otros". La pobreza no es mi carga, pero es la carga de mi hermano. Mira no sea que las riquezas sean una carga mayor para ti. Pues no tienes la carga de la pobreza, pero tienes la carga de las riquezas. Si lo consideras bien, es una carga. Él tiene una carga, tú otra. Lleva con él, y que él lleve contigo, para que llevéis los unos las cargas de los otros. ¿Cuál es la carga de la pobreza? No tener. ¿Cuál es la carga de las riquezas? Tener más de lo necesario. Y él está cargado, y tú estás cargado. Lleva con él no tener, que él lleve contigo tener más; para que vuestras cargas sean iguales. Pues si das al necesitado, disminuyes para él la carga de no tener, que era no tener: si le das, comienza a tener; se ha disminuido para él la carga, que se llama no tener: y él también disminuye tu carga, que se llama tener más. Dos camináis el camino de Dios en la peregrinación de este siglo: tú llevabas grandes gastos superfluos; él no tenía gastos: se adhirió a ti, deseando ser tu compañero; no lo descuides, no lo desprecies, no lo dejes. ¿No ves cuánto llevas? Da algo de lo que llevas a quien no lleva y no tiene, y ayudarás a tu compañero, y te aliviarás a ti mismo. La sentencia apostólica está suficientemente, según creo, expuesta.

10. Los donatistas en el cisma después de la Conferencia, pertinaces. No os vendan humo quienes dicen: "Somos santos, no llevamos vuestras cargas, por eso no os comunicamos". Estos llevan mayores cargas de división, mayores cargas de separación, cargas de cisma, cargas de herejía, cargas de disensión, cargas de animosidad, cargas de falsos testimonios, cargas de calumniosas acusaciones. Hemos intentado y seguimos intentando quitar estas cargas de los hombros de nuestros hermanos. Ellos aman esas cargas, aferrándose a ellas, no quieren ser menores, porque con esas cargas se han hinchado. Pues también quien quita una carga que llevaba en el cuello, se hace como menor; pero ha dejado el peso, no la estatura.

11. Quien tolera a los malos no por eso mismo participa de sus pecados. Pero yo, dices, no participo de los pecados ajenos. Como si te dijera esto: Ven, participa de los pecados ajenos. No digo esto, sé lo que dice el Apóstol: pero digo aquello. Por los pecados ajenos, si fueran verdaderos, y no más bien tuyos, no abandonarías el rebaño de Dios mezclado de ovejas y cabritos; no dejarías la era del Señor mientras se trilla la paja; no romperías las redes del Señor mientras arrastran a la orilla peces buenos y malos. ¿Y cómo, dices, soportaría a quien conozco como malo? ¿No sería mejor soportarlo a él, que llevarte a ti mismo fuera? He aquí cómo lo soportarías: si atendieras al Apóstol diciendo: "Cada uno llevará su propia carga"; esta sentencia te liberaría. Pues no compartirías con él la avaricia, sino que compartirías con él la mesa de Cristo. ¿Y qué te perjudicaría, si compartieras con él la mesa de Cristo? El Apóstol dice: "Porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí" (1 Corintios 11, 29). Para sí, no para ti. Ciertamente, si eres juez, si has recibido el poder de juzgar, según la regla eclesiástica, si es acusado ante ti, si es convencido con verdaderos documentos y testigos, coércelo, corrígelo, excomúlcalo, degrádalo. Que la tolerancia vigile, para que la disciplina no duerma.

CAPÍTULO VIII.

12. Ceciliano condenado ausente e inocente. Leyes de los emperadores contra los donatistas. Ceciliano absuelto tres veces. Primiano. Pero, dicen, Ceciliano fue condenado. ¿Condenado? ¿Por quiénes? Primero ausente, luego inocente por los Traditores. Estas cosas fueron alegadas, insertadas en los Hechos, probadas. Intentaron debilitar las fuerzas de la verdad, y con las nubes de sus vanas acusaciones oscurecer su claridad, tanto como pudieron, se esforzaron. El Señor estuvo presente, la claridad de él venció sus nubes. Y ved cómo, sin saberlo, absolvieron a la Iglesia del orbe entero, de cuya comunión nos alegramos, sea cual sea nuestra condición en ella. No nos defendemos a nosotros mismos, sino a ella, defendemos, mantenemos, defendemos la era del Señor, clamo por la era del Señor. No quiero que te preocupes por quién soy en ella: espero el aventador (Mateo 3, 12). No quiero, digo, que te preocupes por esto: o si quieres preocuparte, no lo hagas con litigio, para que puedas sanar al hermano. Cuida la paja, si puedes: pero no dejes el trigo, si no puedes cuidar la paja. A veces se sacuden de la era del Señor incluso las pajas; a veces también los granos, pero no lejos. Pero hay buenos trabajadores, recorren la era, y lo que ha sido sacudido fuera, con ciertos instrumentos de limpieza lo arrastran y lo devuelven a la era, ya sea arrastrando, ya sea obligando. Los instrumentos de limpieza son estas leyes mundanas. Devuelve, incluso con tierra arrastra el trigo, para que no perezca el trigo por la tierra. Lleva, pues, las plumas de la paz, toma las alas de la caridad. Esta es la carga, así se cumplirá la ley de Cristo.

CAPÍTULO IX.

13. Los donatistas condenados por su propia sentencia. ¿Qué creéis que respondieron en esta angustia? ¿Qué dirían? ¿Cómo escaparían encerrados en las redes de la verdad? Para romper violentamente estas redes, ¿qué dijeron brevemente y absolutamente a nuestro favor? Y ciertamente muchas cosas, y casi todas a nuestro favor, como indicarán los Hechos, que vuestra Caridad ya está por leer. Pero en este lugar os ruego, y os suplico por Cristo, que lo retengáis, lo digáis, lo tengáis siempre en la boca. Pues no pudo darse una sentencia más breve, más cierta, más clara a nuestro favor. ¿Qué dijo, entonces, cuando objetamos esto: Así no prejuzgan estos a Ceciliano, como tampoco aquellos a Primiano? Y aquel defensor de ellos: "Ni la causa prejuzga a la causa, ni la persona a la persona" (Brevic. Collationis cum Donatistis, die 3, cap. 16, n. 28). ¡Oh respuesta breve, clara, verdadera! Pues no supo lo que

dijo; pero, semejante a Caifás, siendo sumo sacerdote, profetizó (Juan 11, 49): "Ni la causa prejuzga a la causa, ni la persona a la persona". Si ni la causa prejuzga a la causa, ni la persona a la persona, entonces cada uno lleva su propia carga. Que vaya ahora y te objete a Ceciliano: no a ti, cualquier hombre, sino al mismo orbe entero le objete a Ceciliano. Porque cuando lo hace, objeta al inocente a los inocentes. Los Hechos lo indicarán clarísimamente. Ceciliano ha sido purgado. Pero haz que no haya sido purgado, haz que haya sido encontrado criminal; escucha tu voz desde el orbe entero: "Ni la causa prejuzga a la causa, ni la persona a la persona". Alma herética, incurable, animosa, cuando tú mismo dictas sentencia sobre ti, ¿por qué acusas al juez? Si yo lo corrompí para que juzgara a mi favor; ¿quién te corrompió a ti para que te condenaras a ti mismo?

CAPÍTULO X.

14. Qué retiene a los donatistas en el error. Ojalá piensen en esto alguna vez, aunque sea tarde, aunque sea con la animosidad disminuida; que vuelvan a sí mismos, se interroguen, se examinen, se respondan, que no teman por la verdad a aquellos a quienes han vendido la falsedad durante tanto tiempo. Pues ciertamente temen ofenderlos; se avergüenzan de la debilidad humana, y no se avergüenzan de la verdad invictísima. Sin duda temen esto, que se les diga: "¿Por qué, entonces, nos engañasteis? ¿Por qué nos sedujisteis? ¿Por qué dijisteis tantas cosas malas y falsas?" Deberían responder, si temieran a Dios: "Fue humano errar, es diabólico permanecer en el error por animosidad. Sería mejor si nunca hubiéramos errado: pero hagamos al menos lo segundo, que es corregir el error alguna vez. Engañamos porque estábamos engañados: predicamos falsedades porque creímos a quienes predicaban falsedades". Que digan a los suyos: "Erramos juntos, salgamos juntos del error. Fuimos guías para vosotros hacia el pozo, y nos seguisteis cuando os llevábamos al pozo; y ahora seguidnos cuando os llevamos a la Iglesia". Podrían decir esto: a los indignados lo dirían, a los enojados lo dirían, alguna vez también ellos dejarían la indignación, amarían aunque sea tarde la unidad.

15. Paciencia que se debe mostrar hacia ellos. Sin embargo, hermanos, seamos pacientes con ellos. Están en el fervor y la hinchazón de los ojos que curamos. No digo que dejemos de curar; sino que no provoquemos amarguras mayores con insultos; demos razón suavemente, no exultemos con soberbia por la victoria. Porque el siervo del Señor no debe litigar, dice el Apóstol, sino ser amable con todos, apto para enseñar, paciente, corrigiendo con modestia a los que piensan diferente: no sea que Dios les conceda el arrepentimiento, y se liberen de los lazos del diablo, por quien están cautivos según su voluntad (II Tim. II, 24-26). Soporten con paciencia, si están sanos, soporten con paciencia, en la medida en que estén sanos. Pues, ¿quién está perfectamente sano? Cuando el Rey justo se sienta en el trono, ¿quién se gloriará de tener un corazón puro, o quién se gloriará de estar limpio de pecado (Prov. XX, 8 y 9)? Por tanto, mientras seamos así, nos debemos esto, que llevemos las cargas los unos de los otros. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLXV. Sobre las palabras del Apóstol, Efesios cap. III, 13-18, Ruego que no se desanimen por mis tribulaciones por ustedes, que son su gloria, etc., y sobre la gracia y el libre albedrío, contra los Pelagianos. Pronunciado en la basílica de los Mayores.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La esperanza debe colocarse en Dios, no en las fuerzas del libre albedrío. Concurrencia de la gracia y el libre albedrío. Hemos escuchado al Apóstol, hemos escuchado el Salmo, hemos escuchado el Evangelio; todas las lecturas divinas concuerdan en que coloquemos nuestra esperanza no en nosotros, sino en el Señor. Ruego, dice el Apóstol, que no se desanimen por mis tribulaciones por ustedes, que son su gloria. Ruego, dice, que no se desanimen, es decir, que no se desanimen cuando escuchen que sufro tribulaciones por ustedes; porque esta es su gloria. Por tanto, les pide que no se desanimen; lo cual no haría si no quisiera despertar su voluntad. Pues si respondieran, ¿Por qué nos pides lo que no está en nuestro poder? ¿no parecería que han dado una respuesta justa? Y sin embargo, el Apóstol, si no supiera que en ellos hay un consentimiento de la propia voluntad, donde ellos mismos también actúan, no diría, Ruego. Y si dijera, Ordeno, si no supiera que pueden aplicar su voluntad a su mandato, esta palabra saldría de su boca en vano. Pero, sabiendo nuevamente que sin la ayuda de Dios la voluntad del hombre es débil, no solo para que no digan, No tenemos libre albedrío, dijo, Ruego; sino también para que no digan, El libre albedrío nos basta, vean lo que añadió: Por esta razón. ¿Por qué razón, sino la que dijo antes, Ruego que no se desanimen por mis tribulaciones por ustedes, que son su gloria? Porque tienen libre albedrío, Ruego. Pero porque el libre albedrío no les basta para cumplir lo que pido, Por esta razón doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra. Para que les conceda. ¿Qué, les conceda? Lo que les pido, ruego que se les conceda. Pues les pido, por el libre albedrío: ruego que se les conceda, por la ayuda de la majestad.

CAPÍTULO II.

2. Se pide a Dios lo mismo que se exige al hombre. Pero hemos anticipado las palabras del Apóstol. Tal vez aún esperan escuchar, quienes no recuerdan el texto de la misma lectura, si realmente el Apóstol dobla sus rodillas ante el Padre por ellos, para que les conceda lo que les dijo, Ruego. Recuerden, entonces, qué les pidió. Ruego que no se desanimen por mis tribulaciones por ustedes: esto les pidió. Ahora vean qué les pide: Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que les conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder. ¿Qué es otra cosa, sino no desanimarse? Ser fortalecidos con poder, dice, por su Espíritu. Este Espíritu de gracia. Veán lo que pide. Pide a Dios lo que exige a los hombres: porque para que Dios quiera dar, también debes acomodar tu voluntad para recibir. ¿Cómo quieres recibir la gracia de la bondad divina, si no abres el seno de tu voluntad? Que les conceda, dice, a ustedes. Pues no tienen, a menos que se les conceda. Que les conceda ser fortalecidos con poder por su Espíritu. Pues si les concede ser fortalecidos con poder, allí les concederá no desanimarse. Que Cristo habite por la fe en sus corazones en el hombre interior. Que todo esto se les conceda. Enraizados y cimentados en el amor, para que puedan comprender con todos los santos. ¿Qué comprender? Que les conceda ser fortalecidos con poder por su Espíritu, y que Cristo habite en su hombre interior por la fe, y así, enraizados y cimentados en el amor, puedan comprender con todos los santos: ¿qué? Cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. La altura en latín significa ambas cosas: lo que está hacia arriba se llama altura; y lo que es profundo se llama altura. Por eso el intérprete respondió bien al decir altura para lo que está arriba, y profundidad para lo que está abajo.

CAPÍTULO III.

3. En las cuatro dimensiones el misterio de la cruz. ¿Qué es, entonces, hermanos míos, explicaré esto a ustedes. Tal vez sea más fácil para alguien, ¿qué entonces? porque la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, estas cuatro cosas que dice el Apóstol, soy menos capaz de comprender o expresar, ¿pasaré de esto? ¿O tal vez llamaré, y para ofrecerles

algo saludable, seré ayudado por sus oraciones? ¿Por qué vas con el corazón, hombre cristiano, por la anchura de la tierra, la longitud de los tiempos, la altura del cielo, la profundidad del abismo? ¿Cuándo comprendes estas cosas ya sea con la mente o con el cuerpo? es decir, ya sea pensando o mirando con los ojos de la carne, ¿cuándo comprendes estas cosas? Escucha al Apóstol diciéndote: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál. VI, 14). Y nosotros en ella nos gloriamos, o porque nos apoyamos en ella. En ella nos gloriamos todos, oh buenos hermanos, en ella nos gloriamos. Allí tal vez encontraremos también la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. Pues con estas palabras del Apóstol, la cruz de alguna manera se nos ha puesto ante los ojos. Tiene anchura, donde se fijan las manos: tiene longitud, que se extiende hasta la tierra el madero; tiene también altura, que sobresale un poco desde el travesaño donde se fijan las manos, donde se coloca la cabeza del crucificado: tiene también profundidad, que es lo que se fija en la tierra y no se ve. Vean el gran sacramento. Desde esa profundidad que no ves, surge todo lo que ves.

CAPÍTULO IV.

4. Anchura, longitud y altura de la cruz. ¿Dónde está, entonces, la anchura? Compárate con la vida y las costumbres de los santos, que dicen, Lejos esté gloriarse, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Encontramos en sus costumbres la anchura de la caridad; de donde el mismo Apóstol los amonesta, diciendo, Ensánchense, no sean yugo con los infieles. Y porque él mismo era amplio, quien los exhortaba a la anchura, escucha lo que dice: Nuestra boca está abierta a ustedes, oh corintios; nuestro corazón está ensanchado (II Cor. VI, 11-14). La anchura, entonces, es la caridad, que sola obra bien. La anchura hace que Dios ame al dador alegre (Id. IX, 7). Pues si ha sufrido estrechez, dará con tristeza: si da con tristeza, se perderá lo que da. Por tanto, es necesario la anchura de la caridad, para que no se pierda cualquier bien que hagas. Pero porque el Señor dice. Donde abunda la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos; dame también la longitud. ¿Qué es la longitud? El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12, 13). Esta es la longitud de la cruz, donde se extiende todo el cuerpo: donde de alguna manera se está, y estando se persevera. Si, entonces, buscas, tú que te glorias en la cruz, tener la anchura de la cruz; ten la virtud de obrar bien. Si quieres tener la longitud de la cruz; ten la longanimidad de perseverar. Pero si quieres tener la altura de la cruz; conoce lo que escuchas, y dónde escuchas, Arriba el corazón. ¿Qué es, Arriba el corazón? Espera allí, ama allí: de allí pide la virtud, allí espera la recompensa. Pues si obras bien, y das con alegría, pareces tener anchura. Si en esas mismas buenas obras perseveras hasta el fin, pareces tener longitud. Pero si no haces todas estas cosas por la recompensa celestial, no tendrás altura; y ya no será ni anchura ni longitud. ¿Qué es tener altura, sino pensar en Dios, amar a Dios; y amar a Dios gratuitamente como ayudador, como espectador, como coronador, como dador de la recompensa; finalmente considerar a Él mismo como la recompensa, no esperar otra cosa de Él que a Él mismo? Si amas, ama gratuitamente: si verdaderamente amas, que Él sea la recompensa a quien amas. ¿O acaso todas las cosas te son queridas, y es vil aquel que creó todas las cosas?

CAPÍTULO V.

5. Profundidad de la cruz. Para que podamos hacer esto, el Apóstol dobló sus rodillas por nosotros, ciertamente para que se nos conceda. Pues también el Evangelio aterra: A ustedes se les ha dado conocer el misterio del reino, pero a ellos no se les ha dado. Porque al que tiene, se le dará. ¿Quién tiene a quien se le dará, sino a quien se le ha dado? Pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (Mat. XIII, 11, 12). ¿Quién no tiene, sino a quien no se le

ha dado? ¿Por qué, entonces, a este se le ha dado, y a aquel no se le ha dado? No me avergüenza decir, esto es la profundidad de la cruz. De una profundidad desconocida de los juicios de Dios, que no podemos escrutar ni contemplar, procede todo lo que podemos. De la profundidad, digo, desconocida de los juicios de Dios, que no podemos contemplar ni escrutar, procede todo lo que podemos. Lo que puedo, lo veo: de dónde puedo, no lo veo; salvo que hasta aquí veo, que sé que es de Dios. ¿Por qué a este, y no a aquel: es mucho para mí, es un abismo, es la profundidad de la cruz; puedo exclamar con admiración, no puedo demostrar con disputa. ¿Qué puedo exclamar de esta profundidad? ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Las naciones son iluminadas, los judíos son cegados. Algunos pequeños son lavados en el sacramento del Bautismo, pero algunos pequeños son dejados en la muerte del primer hombre. ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! ¡Tus pensamientos se han hecho muy profundos! Y sigue: El hombre imprudente no lo conoce, y el necio no entiende esto (Sal. XCI, 6, 7). ¿Qué no entiende el necio y el imprudente? Que es profundo. Pues si el necio no lo entiende, y el sabio lo entiende, no es demasiado profundo. Pero si el sabio entiende que es profundo, el necio no entiende que es profundo.

6. Error sobre el pecado de las almas antes del cuerpo, de dónde. Por eso muchos, buscando dar razón de esta profundidad, se han desviado en fábulas de vanidad. Algunos dijeron que las almas pecan arriba en el cielo, y según sus pecados son dirigidas a los cuerpos por sus méritos, y allí son encerradas en prisiones dignas. Se fueron tras sus pensamientos; queriendo disputar sobre la profundidad de Dios, se sumergieron en la profundidad. Pues se les presentó el Apóstol, queriendo recomendar la gracia, y eligió a esos gemelos en el vientre de Rebeca, y dice: Pues aún no nacidos, ni habiendo hecho algo bueno o malo (Rom. IX, 11). Vean cómo quitó a los hombres vanos las fantasías de la conversación de las almas antes del cuerpo en el cielo. Pues si ya han conversado allí, ya han hecho algo bueno o malo, y por sus méritos han sido arrojados a los cuerpos terrenales. Si te place, contradigamos al Apóstol, que dijo, Aún no nacidos, ni habiendo hecho algo bueno o malo. Pero esto, porque por la evidente sentencia del Apóstol la fe católica rechaza, que las almas vivan y conversen primero en los cielos, y allí asuman los méritos de los cuerpos que recibirán, ahora estos nuevos no se atreven a decir.

CAPÍTULO VI.

7. La muerte no es sino por el pecado. La muerte de los pequeños por el pecado del primer hombre. Pero, ¿qué dicen? Algunos, como hemos oído, así disputan: Ciertamente, dicen, todos los hombres mueren por sus méritos, porque han pecado; pues no habría muerte, si no viniera del pecado. Muy bien y verdaderamente se ha dicho, No habría muerte, si no viniera del pecado. Pero yo, cuando escucho esto, lo alabo porque miro esa primera muerte y el pecado de ese primer hombre. Pues escucho al Apóstol: Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). Pues todos eran uno. ¿Así te escucho diciendo que la muerte del hombre es por el pecado? No, dice. ¿Y qué dices? Dios crea ahora a todo hombre inmortal. Maravillosa novedad. ¿Qué dices? Ciertamente, dice, Dios crea a todo hombre inmortal. ¿Por qué, entonces, mueren los pequeños infantes? Pues si digo, ¿Por qué mueren los hombres grandes? me dirás, Pecaron. Por tanto, no discutiré sobre la edad mayor: citaré contra ti la infancia de los pequeños. No hablan, y te convencen: callan, y prueban lo que digo. He aquí los infantes en sus obras ciertamente inocentes, no tienen nada consigo sino lo que han traído del primer hombre: para quienes por eso es necesaria la gracia de Cristo, para que en Cristo sean vivificados, quienes en Adán murieron; para que, porque fueron manchados por la generación, sean purificados por la regeneración. A ellos, entonces, los citaré como testigos.

Respóndeme: ¿Por qué mueren, si todos los hombres nacen inmortales, y porque pecan, por eso mueren? ¿Qué creen que se pudo haber dicho? ¿Qué oídos lo soportan? También ellos, dice, pecaron. ¿Dónde pecaron? Te ruego, ¿cuándo pecaron? ¿cómo pecaron? No saben qué es el bien y el mal. ¿Reciben pecado, quienes no comprenden el precepto? Prueba para mí que los infantes son pecadores: lo que dijiste, verdaderamente porque olvidaste lo que fuiste, prueba para mí los pecados de los infantes. ¿O porque lloran, pecan? porque con movimientos como de animales mudos, repelen molestias, reciben placeres, ¿por eso pecan? Si estos movimientos son pecados, se vuelven mayores pecadores en el Bautismo; porque cuando son bautizados, se resisten vehementemente. ¿Por qué no se les imputa pecado en tanta resistencia, sino porque aún no hay libre albedrío?

8. Pequeños extinguidos en el vientre. Pero digo otra cosa: Estos porque nacieron, como piensas, pecaron. Pues si no pecaran, dices, no morirían. ¿Qué dices de aquellos que mueren en el vientre? ¡Oh angustia! También ellos, dice, pecaron, por eso mueren. ¿Mientes, o te engañas? El Apóstol contradice: Aún no nacidos, ni habiendo hecho algo bueno o malo. Prefiero escuchar al Apóstol que a ti: prefiero creer al Apóstol que a ti. Aún no nacidos, ni habiendo hecho algo bueno o malo. Si no los acusas en el cielo, ¿por qué los acusas en el vientre? A ambos responde el Apóstol, y responde a quienes dicen, Pecaron en el cielo; y responde a quienes dicen, Pecaron en el vientre, porque a ambos valen esas palabras que dicen, antes de nacer, no hicieron nada bueno o malo. ¿Por qué, entonces, mueren? ¿Y aquí te escucharé a ti, y no más bien al Maestro de los Gentiles?

CAPÍTULO VII.

9. La gracia que socorre a pequeños y mayores. El misterio de la gracia inescrutable. Dime, Pablo apóstol, ¿por qué mueren? Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron. He aquí el primer hombre hizo toda la masa condenable: venga, venga nuestro Señor, el segundo hombre; venga, venga; venga por otro camino, venga por la virgen; venga vivo, encuentre muertos: muera, para socorrer al que muere, transfiera a los muertos a la vida, redima a los muertos de la muerte, preserve la vida en la muerte, mate la muerte con la muerte. Esta es la única gracia de los pequeños, la única de los mayores: sola libera a los pequeños con los grandes. ¿Por qué a este, y por qué a aquel; por qué no a este y a aquel; no me lo preguntes a mí. Soy hombre: advierto la profundidad de la cruz, no la penetro; me espanto, no la escruto. Sus juicios son inescrutables, sus caminos son ininvestigables (Rom. XI, 33). Soy hombre, eres hombre: era hombre quien decía, Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios (Id. IX, 20)? Hombre decía, a hombre decía. Escuche el hombre, para que no perezca el hombre, por quien Dios se hizo hombre. En esta profundidad de la cruz, en esta gran oscuridad de las cosas, mantengamos lo que hemos cantado: no presumamos de nuestra virtud, no nos arrogemos algo en esta cuestión por las fuerzas de nuestro ingenio: digamos el Salmo, con el Salmo digamos, Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí. ¿Por qué? ¿Porque tengo virtud para merecerte? No. ¿Por qué? ¿Porque tengo libre albedrío, de modo que mi mérito preceda a tu gracia? No. Pero, ¿por qué? Porque en ti confía mi alma (Sal. LVI, 2). Gran conocimiento, esta confianza. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLXVI. Sermón sobre las palabras del Apóstol, Efesios cap. IV, 25, Dejando la mentira, hablen la verdad: y del Salmo CXV, 11, Todo hombre es mentiroso.

CAPÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

1. La mentira prohibida al hombre. Esta sentencia, que dijo el Apóstol, "Deponiendo la mentira, hablad la verdad", no es contraria a aquella sentencia que se dice en el Salmo, "Todo hombre es mentiroso", si el Señor da entendimiento, lo explicaremos brevemente. ¿Qué significa entonces "Deponiendo la mentira, hablad la verdad" y "Todo hombre es mentiroso"? ¿Acaso Dios manda imposibles a través del Apóstol? No. ¿Qué manda entonces? Me atrevo a decir: pero aceptadlo sin ofensa, porque también lo digo de mí mismo: esto manda Dios, que no seamos hombres. Pues si dijera, Dios manda que no seáis hombres, tal vez lo aceptaríais con dureza: y por eso me incluyo, para que nadie se enoje.

CAPÍTULO II.

2. Por qué se reprende a los hombres por ser hombres. En el hombre viejo está la mentira, en el nuevo la verdad. Digo más a vuestra Santidad: encontramos que el Apóstol reprochó a los hombres como un crimen, porque eran hombres: pues al reprenderlos dijo esto. Así como nosotros, enojados, decimos a alguien, "Eres un animal", así él, corrigiendo con el látigo de la disciplina del Señor, reprochó a los hombres porque eran hombres. ¿Qué quería que fueran aquellos para quienes era un crimen ser hombres? Pues cuando hay entre vosotros, dice, envidia y contienda, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? Pues cuando uno dice, Yo soy de Pablo; y otro, Yo de Apolo: ¿no sois hombres? (1 Cor. III, 3 y 4). Reprochando y reprendiendo dice, ¿No sois hombres? ¿Qué quería que fueran, sino lo que se dice en el Salmo, "Yo dije, dioses sois y todos vosotros hijos del Altísimo"? Esto lo dijo Dios: pues a esto llama. Pero ¿qué añade? "Pero como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis" (Sal. LXXXI, 6 y 7). Y allí se les reprocha cuando se dice, "Pero como hombres moriréis". Hombre es Adán, y no hijo de hombre: Cristo, sin embargo, es hijo de hombre y Dios. La mentira pertenece al hombre viejo, es decir, a Adán; la verdad al hombre nuevo, hijo de hombre, esto es, Cristo Dios. Si depones la mentira, despoja a Adán; si hablas la verdad, vístete de Cristo: y no te serán contrarias las cosas que ahora están puestas en las Escrituras. Porque también el Apóstol, advirtiendo que se debe despojar al hombre viejo y revestirse del nuevo, dice, "Deponiendo la mentira, hablad la verdad": y el Salmo advertía y lamentaba a aquellos que, no queriendo despojarse de Adán y revestirse de Cristo, no querían ser hombres nuevos, sino solo hombres; a quienes se les dice, "¿No sois hombres?" Y en vosotros cae lo que se ha dicho, "Todo hombre es mentiroso".

CAPÍTULO III.

3. Cómo lo que es de Dios se hace nuestro. Si quieres ser hombre, serás mentiroso. No quieras ser hombre, y no serás mentiroso. Vístete de Cristo, y serás veraz: para que lo que hables no sea tuyo como propio, y establecido por ti, sino de la verdad que te ilumina y esclarece. Pues si te despojas de la luz, permanecerás en tus tinieblas, y no podrás sino hablar mentiras. Porque el mismo Señor dice, "El que habla mentira, de lo suyo habla" (Juan VIII, 44): porque "todo hombre es mentiroso". El que habla la verdad, no habla de lo suyo, sino de Dios. No de tal manera que digamos que habla cosas ajenas: se hacen tuyas cuando ama lo que recibe y da gracias a quien se lo dio. Pues si se le quita al hombre la iluminación de la verdad, quedará como desnudo del vestido de la luz, y no podrá sino hablar mentiras. Porque en él permanecerá lo que está escrito en el Salmo, "Todo hombre es mentiroso".

CAPÍTULO IV.

4. Has sido llamado para no ser hombre, sino hijo de Dios. No hay, pues, motivo para que alguien se queje y me diga: Mentiré, porque soy hombre. Pues yo también diré con toda confianza: No quieras ser hombre, para que no mientas. Entonces, dice, ¿no seré hombre? No, en absoluto. Pues para que no seas hombre, a esto has sido llamado por aquel que por ti se hizo hombre. No te enojas. No se te dice que no seas hombre para que seas un animal, sino para que estés entre aquellos a quienes dio poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Porque Dios quiere hacerte dios: no por naturaleza, como es aquel a quien engendró; sino por su don y adopción. Pues así como él, por la humanidad, se hizo partícipe de tu mortalidad; así te hace partícipe de su inmortalidad por la exaltación. Da gracias, pues, y abraza lo que se te ha dado para que merezcas disfrutar de lo que has sido llamado. No seas Adán, y no serás hombre. Si no eres hombre, no serás mentiroso: porque "todo hombre es mentiroso". Y cuando comiences a no mentir, no te atribuyas a ti mismo y te ensalces, como si fuera de tu propia cosecha: no sea que por el viento de la soberbia, como una lámpara que se enciende de otro lugar, te apagues, y vuelvas a permanecer en tu mentira. No mintáis, pues, hermanos. Ya erais hombres viejos: os acercasteis a la gracia de Dios, os hicisteis hombres nuevos. La mentira pertenece a Adán, la verdad a Cristo. Deponiendo, pues, la mentira, hablad la verdad, para que también esta carne mortal que aún tenéis de Adán, precedida por la novedad del espíritu, merezca también ella la renovación y transformación en el tiempo de su resurrección: y así todo el hombre deificado se adhiera a la verdad perpetua e inmutable.

SERMON CLXVII. Sobre las palabras del Apóstol, "Mirad cómo andáis con cautela; no como insensatos, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos". Efesios cap. V, V. 15, 16.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. De dónde vienen los días malos. Habéis escuchado al Apóstol cuando se leía; más bien, todos hemos escuchado, diciéndonos: "Mirad cómo andáis con cautela; no como insensatos, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos". Hermanos, dos cosas hacen malos los días, la malicia y la miseria. Por la malicia de los hombres y la miseria de los hombres se conducen los días malos. Por lo demás, estos días, en cuanto a la duración de las horas, están ordenados: cumplen sus ciclos, marcan los tiempos; sale el sol, se pone el sol, pasan los tiempos. ¿A quién le molestan los tiempos, si los hombres no se molestan a sí mismos? Así que, como dije, dos cosas hacen malos los días, la miseria de los hombres y la malicia de los hombres. Pero la miseria de los hombres es común: la malicia no debe ser común. Desde que Adán cayó y fue expulsado del paraíso, nunca ha habido días que no sean malos. Preguntemos a estos niños que nacen, por qué comienzan con llanto, si también pueden reír. Nace, y de inmediato llora: después de no sé cuántos días ríe. Cuando lloraba al nacer, era profeta de su propia calamidad: pues las lágrimas son testigos de la miseria. Aún no habla, y ya profetiza. ¿Qué profetiza? Que estará en trabajo o en temor. Y si vive bien y es justo, ciertamente, puesto en medio de las tentaciones, siempre temerá.

CAPÍTULO II.

2. Los justos aquí nunca sin persecución. ¿Qué dice el Apóstol? "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución" (II Tim. III, 12). He aquí que los días son malos, los justos no pueden vivir aquí sin persecución. Los que viven entre los malos sufren persecución. Todos los malos persiguen a los buenos, no con hierro y piedras, sino con vida y costumbres. ¿Acaso alguien perseguía al santo Lot en Sodoma? Nadie le molestaba: y sin

embargo, viviendo entre impíos y entre inmundos, soberbios, blasfemos, sufría persecución, no recibiendo golpes, sino viendo a los malos. Cualquiera que me escuche, y aún no viva piadosamente en Cristo, comience a vivir piadosamente en Cristo, y probará lo que digo. Finalmente, cuando el Apóstol enumeraba sus peligros: "Peligros", dice, "en el mar, peligros en los ríos, peligros en el desierto, peligros entre ladrones, peligros entre falsos hermanos" (II Cor. XI, 26). Los demás peligros pueden cesar, los peligros de los falsos hermanos no saben cesar hasta el fin del mundo.

3. Redimir el tiempo. Redimamos el tiempo; porque los días son malos. Tal vez esperáis de mí saber qué es redimir el tiempo. Diré algo que pocos escuchan, pocos soportan, pocos emprenden, pocos hacen: sin embargo, lo diré, porque esos pocos que me van a escuchar, viven entre los malos. Redimir el tiempo, esto es, cuando alguien te impone un pleito, pierde algo, para que puedas dedicarte a Dios, no a los pleitos. Pierde, pues: de lo que pierdes, es el precio del tiempo. Ciertamente, cuando sales por tus necesidades al público, das monedas, y te compras pan, o vino, o aceite, o leña, o algún utensilio: das y recibes, pierdes algo, adquieres algo; esto es comprar. Pues si no pierdes nada, y tienes lo que no tenías; o lo encontraste, o lo recibiste como don, o lo adquiriste por herencia. Pero cuando pierdes algo para tener algo, entonces compras: lo que tienes, es comprado; lo que pierdes, es el precio. Así como pierdes monedas para comprarte algo; así pierde monedas para comprarte tranquilidad. He aquí lo que es redimir el tiempo.

CAPÍTULO III.

4. Proverbio púnico que concuerda con el precepto de Cristo. Hay un proverbio púnico conocido, que os diré en latín, porque no todos conocéis el púnico. Pues es un antiguo proverbio púnico: "La peste busca una moneda; dale dos, y que se vaya". ¿Acaso no parece que este proverbio nació del Evangelio? Pues ¿qué otra cosa dijo el Señor, sino "Redimiendo el tiempo", cuando dijo, "Si alguien quiere pleitear contigo y quitarte la túnica, déjale también el manto" (Mat. V, 40)? Quiere pleitear contigo y quitarte la túnica, quiere apartarte de tu Dios con pleitos: no tendrás el corazón tranquilo, no tendrás el ánimo sereno, te perturbarás con tus pensamientos, te irritarás contra tu adversario. He aquí que perdiste el tiempo. ¿Cuánto mejor es perder una moneda y redimir el tiempo? Hermanos míos, en vuestras causas y en vuestros negocios, cuando vienen a nosotros para ser juzgados, si a un cristiano le digo que pierda algo suyo para redimir el tiempo; ¿con cuánta mayor diligencia y confianza debo decirle que devuelva lo ajeno? Pues escucho a ambos como cristianos. Ya el calumniador, que quiere hacerle causa al otro y quitarle algo por composición, se alegra con estas palabras. El Apóstol dijo, "Redimiendo el tiempo, porque los días son malos". Hago, pues, calumnia al cristiano, quiera o no, me da algo para redimir el tiempo, porque escuchó al obispo. Dime, si le digo a él, Dale algo para que se aleje de la calumnia; ¿dónde estarás tú, que tendrás dinero de la calumnia? Aquel que redime el tiempo de ti para evitar la calumnia, aquí soporta días malos: pero tú que te alimentas de calumnias, aquí tendrás días malos, y después de estos tendrás peores en el día del juicio. Pero tal vez te ríes de esto, porque robas dinero. Ríe, ríe, y desprecia: yo doy, vendrá quien exija.

SERMON CLXVIII. Sobre las palabras del apóstol, Efesios, cap. VI, 23, "Paz a los hermanos, y caridad con fe". O sobre la gracia de Dios, según la confesión y doctrina del Vaso de elección, porque la fe es un don de la misericordia de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Hace hijos de la fe de Abraham, quien prometió. Con lecturas, cánticos y sermones divinos, y lo que es principal, con su gracia, edifique el Señor vuestro corazón; para que lo que escucháis como verdad, no lo escuchéis para juicio, sino para premio. Lo hará, porque quien prometió es poderoso para hacerlo. Así creyó Abraham, dando gloria a Dios, creyendo plenamente que lo que prometió es poderoso para hacerlo (Rom. IV, 20, 21). Gran es nuestro gozo: nosotros fuimos prometidos a Abraham; nosotros somos hijos de la promesa (Gál. IV, 28). Pues cuando se dijo a Abraham, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gen. XXII, 18), nosotros fuimos prometidos. Por tanto, él mismo nos hizo hijos de la fe de Abraham, quien es poderoso para hacer lo que prometió. Nadie diga: Yo lo hice. Pues Dios no promete, y tú haces. Pero puede decirse correctamente que lo que tú prometes, Dios lo hace. Pues tú eres débil, tú no eres omnipotente. Cuando prometes, si Dios no lo hace, tu promesa es vana. Pero la promesa de Dios no depende de ti, sino de él. Pero yo, dices, creí. Lo concedo. Dices la verdad: tú creíste, pero no te diste a ti mismo la fe. ¿De dónde creíste, sino de la fe? La fe en ti es un don de Dios.

CAPÍTULO II.

2. La fe de los cristianos es diferente de la fe de los demonios. La fe de los hijos de Dios, con caridad. La fe es el inicio de la salvación. La paz verdadera. Escucha al mismo Apóstol, el defensor de la fe y gran defensor de la gracia: escúchalo decir, "Paz a los hermanos, y caridad con fe". Dijo tres grandes cosas, Paz, caridad, fe. Comenzó por el final, terminó por el inicio. Pues el inicio es en la fe, el fin en la paz. Porque por lo que creemos, esa es la fe. Pero la fe debe ser de los cristianos, no de los demonios. Pues, como dice el apóstol Santiago, "También los demonios creen y tiemblan" (Santiago II, 19). Y los demonios dijeron a Cristo, "Tú eres el Hijo de Dios". Confesaban los demonios lo que no creían los hombres. Ellos temblaron, ellos mataron. Pues ¿qué porque dijeron los demonios, "Tú eres el Hijo de Dios, sabemos quién eres" (Marcos III, 12, y I, 24); por eso reinarán con el Hijo de Dios? De ninguna manera. Por tanto, debe distinguirse la fe de los demonios de la fe de los santos. Claro que debe distinguirse vigilante y diligentemente. Pues también Pedro dijo esto al Señor cuando dijo, "¿Quién decís que soy yo? Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". Y el Señor: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona" (Mat. XVI, 15-17). Oh Señor, esto te lo dijeron también los demonios: ¿por qué ellos no son bienaventurados? ¿Por qué? Porque los demonios lo dijeron por temor, Pedro por amor. Por eso el inicio es en la fe. Pero ¿qué fe? La que definió el Apóstol: "Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe". Di qué fe. "La que obra por el amor" (Gál. V, 6). Esta fe no la tienen los demonios, que obra por el amor: sino solo los siervos de Dios, solo los santos de Dios, solo los hijos de la fe de Abraham, solo los hijos del amor, hijos de la promesa; por eso se dijo "y caridad". Esas tres cosas dijo el Apóstol, "Paz a los hermanos, y caridad con fe". Paz a los hermanos. ¿De dónde la paz? Y caridad. ¿De dónde la caridad? Con fe. Pues si no crees, no amas. Dijo, pues, el Apóstol, comenzando así por el fin, y llegando al inicio: "Paz, caridad, con fe". Nosotros digamos, Fe, caridad, paz. Cree, ama, reina. Pues si crees y no amas, aún no has distinguido tu fe de la de aquellos que temblaban y decían: "Sabemos quién eres, el Hijo de Dios". Por tanto, ama: porque la caridad con fe te lleva a la paz. ¿Qué paz? La paz verdadera, la paz plena, la paz sólida, la paz segura; donde no hay peste, no hay enemigo. Esa paz es el fin de todos los deseos buenos. Caridad con fe: y si así lo dices, bien dices, Fe con caridad.

CAPÍTULO III.

3. Todos los bienes, e incluso la fe misma, son de Dios. Fe plena. Grandes bienes, pues, mencionó el Apóstol, "Paz a los hermanos, y caridad con fe": grandes bienes. Pero diga de

dónde son esos bienes: ¿de nosotros, o de Dios? Si dices, De nosotros; te glorías en ti, no en Dios. Pero si has aprendido lo que dice el mismo Apóstol, "Para que el que se gloria, se gloríe en el Señor" (1 Cor. I, 31); confiesa que la paz, la caridad con fe, no son tuyas sino de Dios. Pero me respondes: Tú dices esto, prueba lo que dices. Lo pruebo: llamaré al mismo Apóstol como testigo. He aquí que tenéis: el Apóstol dijo, "Paz a los hermanos, y caridad con fe". Él lo dijo. ¿Qué dijo él? Mira, sigue, "Paz a los hermanos, y caridad con fe, de Dios Padre nuestro y del Señor Jesucristo". ¿Qué tienes, pues, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. IV, 7). Pues si Abraham se glorió, se glorió por la fe. ¿Cuál es la fe plena y perfecta? La que cree que todos nuestros bienes son de Dios, e incluso la misma fe. De nuevo dice el Apóstol, "Alcancé misericordia". ¡Oh confesión! No dice, Alcancé misericordia, porque era fiel; sino, "para que fuera fiel, alcancé misericordia" (Id. VII, 25).

CAPÍTULO IV.

4. Gracia otorgada al infiel y cruel perseguidor. Vayamos a sus comienzos, veamos a Saulo enfurecido, contemplemos su furia, contemplemos su odio jadeante y su sed de sangre. Contemplemos, hermanos, a él; un gran espectáculo. He aquí, después de la muerte de Esteban, después de que la sangre del testigo de Dios fuera derramada por las piedras, donde guardaba las vestiduras de los que apedreaban, para que también en sus manos apedreara, entonces se dispersaron los hermanos que estaban congregados en Jerusalén; y él, enfurecido, a quien le parecía poco haber visto y derramado la sangre de Esteban, recibió cartas de los príncipes de los sacerdotes para ir a Damasco y traer encadenados a todos los cristianos que encontrara allí. Y se fue. Este era el camino de Pablo, cuyo camino aún no era Cristo; todavía Saulo, no Pablo. Iba. ¿Qué tenía en el corazón? ¿Qué, sino maldad? Dadme sus méritos. Si buscas méritos, son de condenación, no de liberación. Iba, pues, a ensañarse con los miembros de Cristo, iba a derramar sangre, iba como un lobo que sería pastor: así iba. No podía ir de otra manera a aquello para lo que iba. Y mientras así camina, piensa, jadea por matanzas; mientras sus pies son guiados por la ira, sus miembros son movidos por el odio, mientras avanza y camina, obedece como esclavo a la crueldad: y he aquí una voz del cielo, "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" He aquí por qué dijo, "Alcancé misericordia para ser fiel." Era infiel; poco es decirlo, era cruel en su misma infidelidad: pero alcanzó misericordia para ser fiel (Hechos VII-IX). ¿Qué dirás a Dios que dice, "Esto quiero"? Entonces, Señor, ¿aquel que hizo tanto, que deseaba hacer tanto mal a tus santos, lo consideras digno de tal misericordia? "Esto quiero." ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? (Mateo XX, 15).

CAPÍTULO V.

5. Tanto la fe como la oración provienen de la gracia de Dios. Objeción pelagiana. Tened fe: pero para tener fe, orad con fe. Pero no podríais orar con fe si no tuvierais fe. Pues no ora sino la fe. ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que alguien les predique? ¿O cómo predicarán si no son enviados? (Romanos X, 14, 15). Por eso hablamos, porque hemos sido enviados. Escuchadnos, escuchadlo a Él a través de nosotros. Entonces, dice alguien, invocamos a Dios para que nos conceda perseverar en los bienes que tenemos y añada los bienes que no tenemos. Por tanto, precedió la fe que ruega. Ciertamente, Dios da todo. Pues para que me diera, rogué: para rogar, primero creí. Entonces, ¿me di a mí mismo lo que creí, y Dios dio lo que oré creyendo? Resuélvase la cuestión: pues no es pequeña. Te veo decir esto, porque tú primero diste algo a Dios para que te diera lo demás. Le diste tu fe y tu oración. ¿Y dónde

está lo que dice el Apóstol: "¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado?" (Romanos XI, 34, 35). He aquí cómo quieres ser. Entonces, ¿primero diste a Dios, y diste lo que Dios no te dio? ¿Encontraste de dónde dar, hombre mendigo, de dónde tuviste? Entonces, ¿de dónde darías? ¿Tenías algo? Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? Entonces, das a Dios de lo que Dios te dio: de lo que te dio, Él recibe de ti. Pues tu mendicidad, si Él no hubiera dado primero, permanecería vacía.

CAPÍTULO VI.

6. La fe como don de Dios probada por la oración hecha por el infiel Saulo. Escuchad de dónde podéis probar esto más claramente. He aquí que vosotros, porque creísteis, recibisteis: ¿qué decimos de aquellos que aún no han creído, como era Saulo, que aún no había creído? Pero recibió para creer: después de que creyó en Cristo, entonces comenzó a invocar a Cristo. De Él recibió para creer, y creyendo invocó, invocando recibió lo demás. ¿Qué pensamos, hermanos? ¿Oraban por Saulo antes de que creyera, aquellos que ya creían, o no oraban? Decídmelo, si no oraban por él, ¿por qué dijo Esteban, "Señor, no les tomes en cuenta este pecado"? (Hechos VII, 59). Se oraba por él y por otros infieles para que creyeran. He aquí que aún no tenían fe, y por las oraciones de los fieles recibían la fe. Aún no tenían qué ofrecer a Dios; porque aún no habían alcanzado misericordia para ser fieles. Finalmente, después de que este Saulo se convirtió, con una sola voz derribado y levantado, derribado como perseguidor, levantado como predicador: después de que comenzó a evangelizar la fe que alguna vez devastó, ¿qué dijo de sí mismo? "Pero no era conocido de vista por las iglesias de Judea que están en Cristo: solo oían decir que el que antes nos perseguía, ahora predica la fe que antes devastaba; y glorificaban a Dios en mí" (Gálatas I, 22-24). ¿Acaso dijo, "y me glorificaban a mí"? "Y en mí, que evangelizaba la fe que antes devastaba, no me glorificaban a mí, sino a Dios." Entonces, Él hizo que Saulo, despojado de la vieja túnica, raída por los pecados, ensangrentada por las matanzas, al despojarse de esa túnica, recibiera la túnica de la humildad, y de Saulo se hiciera Pablo.

CAPÍTULO VII.

7. Pablo, es decir, pequeño, predicador de la gracia conferida en él. ¿Qué es Pablo? El más pequeño. "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles." He aquí qué es Pablo. Pues Pablo en latín es pequeño. Así hablamos cuando decimos, "Te veo después de un poco," "Hago eso después de un poco." ¿Qué es, "después de un poco"? Después de un pequeño tiempo: después de un poco, después de un pequeño tiempo. ¿Por qué entonces Pablo? Porque pequeño. Pequeño, porque el último. "Porque yo soy," dice, "el último de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios." Bien dices: de donde debiste ser condenado, de allí recibiste para ser coronado. ¿De quién recibiste para ser coronado? ¿Queréis oír de quién recibió? No me escuchéis a mí, escuchadlo a Él: "No soy," dice, "digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios; pero por la gracia de Dios soy lo que soy." Entonces, lo que eras, eras por tu iniquidad: lo que eres, eres por la gracia de Dios. "Y su gracia," dice, "no fue en vano en mí." He aquí que evangeliza la fe que alguna vez devastó: y esa gracia no es vana en él, quien dice, "En mí no fue en vano, sino que trabajé más que todos ellos." Observa, comenzaste a erguirte. ¿Dónde estás, Pablo? Ciertamente eras pequeño. "Trabajé más que todos ellos." Di de dónde. Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? Inmediatamente se corrigió: y cuando dijo, "Trabajé más que todos ellos," como si temiera sus propias palabras, inmediatamente se sometió como el humilde Pablo, "No yo, sino la gracia de Dios conmigo" (I Corintios XV, 9, 10).

8. Se ora por los infieles para que crean. Entonces, hermanos míos, para que sepáis que incluso la fe es de nuestro Señor Dios, orad por aquellos que aún no han creído. Si alguien tiene un amigo que tal vez sea infiel, le aconsejo que ore por él. ¿Realmente es necesario que yo le aconseje? El esposo es cristiano, la esposa es infiel: ¿no ora por su esposa para que crea? La esposa es cristiana, el esposo es infiel: ¿no ora la mujer religiosa por su esposo para que crea? Cuando ora quien ora; ¿qué ora, sino que Dios le dé la fe? Entonces, la fe es un don de Dios. Nadie se ensalce, nadie se atribuya a sí mismo, como si se hubiera dado algo a sí mismo. "El que se gloria, gloriése en el Señor" (I Corintios I, 31).

SERMON CLXIX. Sobre las palabras del Apóstol, Filipenses, capítulo III, 3-16, "Porque nosotros somos la circuncisión, que servimos al espíritu de Dios," etc. Contra los Pelagianos. Pronunciado en la mesa del mártir San Cipriano.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Servir a Dios en espíritu, qué significa. Que vuestra Santidad preste atención con oídos y mente a la lectura apostólica, ayudándonos con vuestro afecto ante nuestro Señor Dios, para que lo que Él se digna revelarnos, podamos exponerlo a vosotros de manera adecuada y saludable. Entonces, cuando se leía, escuchasteis al apóstol Pablo diciendo, "Porque nosotros somos la circuncisión, que servimos al espíritu de Dios." Sé que muchos códices tienen, "Que servimos a Dios en espíritu." Sin embargo, en cuanto hemos podido observar, muchos griegos tienen, "Que servimos al espíritu de Dios." Pero no hay cuestión allí. Pues ambas cosas son manifiestas y congruentes con la regla de la verdad, porque servimos al espíritu de Dios, y no en la carne, sino en espíritu servimos a Dios. Pues sirve a Dios en la carne quien espera agradar a Dios con cosas carnales. Pero cuando incluso la carne se somete a buenas obras al espíritu, servimos a Dios en espíritu: porque el espíritu gobierna, la carne es gobernada: ni el espíritu gobierna bien si no es gobernado.

2. Cómo somos la circuncisión y la justicia. Nuestra justicia es un don de Dios. Entonces, cuando dice, "Nosotros somos la circuncisión," ved lo que quiso entender en aquella circuncisión, que fue dada en sombra significativa, que fue removida con la llegada de la luz. ¿Por qué no dijo, "Nosotros tenemos la circuncisión," sino, "Nosotros somos la circuncisión"? Así aceptad que el Apóstol quiso decir, "Nosotros somos justicia." Pues la circuncisión es justicia. Más bien, al decir que somos justicia, lo que dice es más encomiable que decir que somos justos: pero entendamos que cuando dice que somos justicia, se refiere a los justos. Pues no somos aquella justicia inmutable, de la cual hemos sido hechos partícipes: pero así como se dice, "Allí hay una gran juventud," por muchos jóvenes; así se dice justicia, para que se entiendan los justos. Escuchad esto mismo más claramente, diciendo el mismo Apóstol, "Para que seamos justicia de Dios en Él" (II Corintios V, 21). Seamos justicia, no nuestra, sino de Dios; recibida de Él, no asumida por nosotros; impartida, no usurpada; donada, no arrebatada. Pues para alguien era un robo ser igual a Dios: y porque buscó el robo, encontró la ruina. Pero nuestro Señor Jesucristo, "siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse." Pues para quien la igualdad con Dios era por naturaleza, no era un robo. Pero "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo" (Filipenses II, 6, 7), para que seamos justicia de Dios en Él. Pues si Él hubiera evitado la pobreza, no estaríamos libres de pobreza. Pues Él se hizo pobre, siendo rico; para que con su pobreza, como está escrito, nos enriqueciera (II Corintios VIII, 9). ¿Qué harán por nosotros las riquezas de Aquel cuya pobreza nos enriquece? El Apóstol, por tanto, no te negó la circuncisión, sino que la expuso; presentó la luz, removió la sombra.

CAPÍTULO II.

3. La circuncisión espiritual de los que se glorían en Cristo. Por qué la circuncisión se hacía al octavo día. El día del Señor.---"Nosotros somos," dice, "la circuncisión, que servimos al espíritu de Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, y no confiamos en la carne." Miró a algunos que confiaban en la carne: ellos eran los que se gloriaban en la circuncisión de la carne. De los cuales en otro lugar dice, "Cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su vergüenza" (Filipenses III, 19). Entiende tú la circuncisión, y sé circuncisión: entiende, y sé, "Pues el buen entendimiento es para todos los que lo hacen" (Salmo CX, 10). No en vano se ordenó que el niño fuera circuncidado al octavo día (Génesis XVII, 12; Levítico XII, 3), sino porque la roca, por la cual somos circuncidados, era Cristo. Pues el pueblo fue circuncidado con cuchillos de piedra (Josué V, 2): pero la roca era Cristo (I Corintios X, 4). ¿Por qué entonces al octavo día? Porque en las semanas es el mismo primero que octavo. Pues completados los siete días, se regresa al primero. Se termina el séptimo, el Señor sepultado: se regresa al primero, el Señor resucitado. Pues la resurrección del Señor nos prometió el día eterno y nos consagró el día del Señor. Que se llama dominical parece pertenecer propiamente al Señor: porque en ese día el Señor resucitó. Se ha devuelto la roca, que se circunciden los que quieren decir, "Porque nosotros somos la circuncisión." Pues "fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación" (Romanos IV, 25). Tu justificación, tu circuncisión, no es de ti. "Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras" (Efesios II, 8, 9). No sea que digas, "Lo merecí, y por eso lo recibí." No pienses que recibiste mereciendo, quien no merecerías si no hubieras recibido. La gracia precedió a tu mérito: no la gracia del mérito, sino el mérito de la gracia. Pues si la gracia es del mérito; compraste, no recibiste gratis. "Por nada," dice, "los salvarás" (Salmo LV, 8). ¿Qué es, "Por nada los salvarás"? No encuentras en ellos nada de donde salvar, y sin embargo salvas. Das gratis, salvas gratis. Precedes a todos los méritos, para que tus dones sigan a mis méritos. Realmente das gratis, salvas gratis, quien no encuentras nada de donde salvar, y encuentras mucho de donde condenar.

CAPÍTULO III.

4. Confiar en la carne.---"Nosotros," dice, "somos la circuncisión, que servimos al espíritu de Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús. El que se gloria, gloríese en el Señor" (I Corintios I, 31). "Y no confiamos en la carne." ¿Y qué es confiar en la carne? Escuchad, dice. "Aunque yo," dice, "tengo confianza también en la carne. Si alguno piensa que tiene confianza en la carne, yo más." No penséis, dice, que desprecio esto porque no lo tengo. ¿Qué grande es si un hombre despreciable, plebeyo, ignoble, desprecia la nobleza, y entonces exhibe la verdadera humildad? "Aunque yo," dice, "tengo confianza también en la carne. Por eso os enseño, dice, a despreciar, porque veis que tengo lo que desprecio. Si alguno piensa que tiene confianza en la carne, yo más."

5. Cuál fue la causa de Pablo para gloriarse en la carne. Y escucha la confianza en la carne: "Circuncidado al octavo día;" es decir, no prosélito, no extranjero al pueblo de Dios, no circuncidado mayor, sino nacido de padres judíos, tengo la circuncisión del octavo día. "De la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos, según la Ley fariseo." Algunos eran principales, y como segregados a la nobleza judía, no mezclados con la plebe despreciable, que se llamaban fariseos. Pues se dice que esta palabra significa segregación, como en la lengua latina se dice egregio, como separado del rebaño. Sin embargo, hubo israelitas, es decir, de la raza de Israel, incluso aquellos que fueron separados del templo.

Pero permaneció con el templo la tribu de Judá, y la tribu de Benjamín. La tribu de Leví en los sacerdotes, la tribu de Judá real, y la tribu de Benjamín, esto solo permaneció en Jerusalén y en el templo de Dios, cuando se hizo aquella separación en el siervo de Salomón (III Reyes XII). No toméis, pues, a la ligera lo que dice, "tribu de Benjamín:" adherido a Judá, no alejándose del templo. "Hebreo de hebreos, según la ley fariseo, según el celo persiguiendo la Iglesia." Entre sus méritos menciona que fue perseguidor: "según el celo," dice. ¿Qué celo? No era, dice, un judío perezoso: cualquier cosa que pareciera adversaria a mi Ley, la soportaba impacientemente, la perseguía con acritud. Esta era la nobleza entre los judíos: pero en Cristo se busca la humildad. Por eso allí este Saulo, aquí Pablo. Saulo deriva su nombre de Saúl. Sabéis quién fue Saúl: su estatura fue elegida por ser alta. Así lo describe la Escritura, que era sobresaliente entre todos, cuando fue elegido para ser ungido como rey (I Reyes IX, 2). No fue así Pablo, sino hecho Pablo. Pues Pablo significa pequeño, por eso Pablo modesto. Entonces, "según el celo," dice, "persiguiendo la Iglesia." De aquí entiendan los hombres, cómo era entre los judíos, quien perseguía la Iglesia de Cristo con el celo de las tradiciones paternas.

CAPÍTULO IV.

6. Caminar en la ley sin reproche. Añade, "Según la justicia que es en la ley, irreprochable." Vuestra Caridad sabe que se dijo que Zacarías y Elisabet caminaron sin reproche en todas las justificaciones del Señor. "En todas," dice la Escritura, "las justificaciones del Señor caminando sin reproche" (Lucas I, 6). He aquí que esto era también nuestro Pablo, cuando era Saulo. Caminaba sin reproche en la ley: y lo que en él era sin reproche, eso hacía de él una gran queja. ¿Qué, pues, pensamos, hermanos, que ser sin reproche según la justicia que es en la ley, es malo? Si es malo, según la justicia que es en la ley, ser sin reproche; entonces, ¿hay algo malo en la ley? Pero tenemos al mismo apóstol diciendo, "Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Romanos VII, 12). Si la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno; según la justicia que es de la ley santa, caminar sin reproche, ¿cómo puede no ser bueno? ¿cómo puede no ser santo? ¿O acaso es santo? Escuchemos al mismo Apóstol; ved lo que dice: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo." Llama pérdidas a sus ganancias, y entre sus pérdidas cuenta que en la justicia que es en la ley, fue sin reproche. "Sin embargo," dice, "y estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor." Considero, dice, mis alabanzas, las comparo con la excelencia de nuestro Señor Jesucristo. Eso deseo, esto desprecio. Esto es poco: "Por quien estimo," dice, "todas las cosas no solo como pérdida, sino como estiércol, para ganar a Cristo."

CAPÍTULO V.

7. La justicia de la Ley, ¿por qué aparta de Cristo? ¡Una gran cuestión ha surgido, oh Pablo! Si según la justicia que está en la ley vivías sin reproche, y esto lo consideras como pérdida, como daño, como estiércol para ganar a Cristo, ¿acaso esa justicia te prohibía acercarte a Cristo? Te ruego, explícalo un poco. Más bien pidamos a Dios que nos ilumine, como iluminó a quien escribió esta Epístola para nosotros, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo. Veis, queridos, cuán arduo, cuán difícil es entender esto: cuando está claro que la ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno; y está claro entre los fieles católicos, de modo que nadie disiente, salvo quien no quiere ser católico, que esta ley no fue dada sino por nuestro Señor Dios: según esa justicia que está en la ley, vivir sin reproche fue un impedimento para el Apóstol para llegar a Cristo; y no llegó a Cristo hasta que lo que era

según la justicia que está en la ley, sin reproche, lo consideró como pérdida, daño y estiércol. Sigamos, pues, y acerquémonos un poco, no sea que en las mismas palabras del Apóstol se nos ilumine algo que disipe y resuelva esta oscuridad. "Consideré todo esto como pérdida", dice, "y lo estimé como estiércol, para ganar a Cristo". Prestad atención, os ruego. "Consideré como pérdida, daño, estiércol", en lo que también recuerdo que fui sin reproche según la justicia que está en la ley. "Consideré, pues, todo esto como pérdida y estiércol, para ganar a Cristo y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia que es de la ley". Vosotros que habéis anticipado la comprensión de la exposición, pensáis que camináis como veloces en el camino con los más lentos. Que la rapidez se modere un poco, no sea que el compañero más lento sea abandonado. "Para ganar a Cristo", dice, "y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es de la ley". Si dijo "mi propia", ¿por qué añadió "de la ley"? Pues si es de la ley, ¿cómo es tuya? ¿Acaso tú te impusiste la ley? Dios dio la ley, Dios impuso la ley, Dios te mandó obedecer su ley. Si la ley no te enseñara cómo deberías vivir, ¿cómo podrías tener justicia sin reproche según la ley? Si la tienes según la ley, ¿cómo dices, "No teniendo mi propia justicia, que es de la ley, sino la que es por la fe de Cristo, que es de Dios"?

CAPÍTULO VI.

8. Aborda la solución de la cuestión. Justicia de la ley, cuando se obedece a la ley por temor. El temor al castigo no elimina la concupiscencia. El deleite en la justicia es un don de Dios. Ahora diré como pueda: que revele mejor quien os posee, y os conceda entendimiento y afecto. Pues dará el efecto si da el afecto. Esto es lo que quiero decir: con la ley de Dios propuesta, pues ella dijo, "No codiciarás" (Éxodo 20, 16): con la ley de Dios propuesta, exceptuando aquellos sacramentos carnales que fueron sombras de lo futuro: con la ley de Dios propuesta, quien la tema y piense que puede cumplirla con sus propias fuerzas, y haga lo que la ley manda, no amando la justicia, sino temiendo el castigo; fue ciertamente según la justicia que es de la ley, un hombre sin reproche; no roba, no adultera, no da falso testimonio, no comete homicidio, no codicia la propiedad de su prójimo: puede hacer esto, tal vez puede; ¿de dónde? Del temor al castigo. Aunque quien no codicia por temor al castigo, creo que codicia. Con el gran terror de las armas y lanzas, y tal vez de la multitud que rodea o se enfrenta, incluso el león se retira de la presa: y sin embargo, el león viene, el león regresa; no tomó la presa, no dejó la malicia. Si eres así, aún es justicia, con la cual te aconsejas para no ser atormentado. ¿Qué grande es temer el castigo? ¿Quién no lo teme? ¿Qué ladrón, qué criminal, qué malvado? Pero esto es lo que diferencia tu temor; y el temor del ladrón, que el ladrón teme las leyes de los hombres, y por eso comete el robo, porque espera engañar las leyes de los hombres: pero tú temes sus leyes, temes su castigo, a quien no puedes engañar. Pues si pudieras engañar, ¿qué no harías? Por tanto, tu mala concupiscencia no la elimina el amor, sino que la reprime el temor. Viene el lobo al redil; por el ladrido de los perros y el clamor de los pastores, el lobo se retira del redil: sin embargo, siempre es lobo. Que se convierta en oveja. Pues también esto lo hace el Señor: pero esa es su justicia, no la tuya. Pues mientras tengas la tuya, puedes temer el castigo, no amar la justicia.

CAPÍTULO VII.

Por tanto, hermanos míos, ¿tiene la iniquidad sus deleites, y la justicia no los tiene? ¿Deleita el mal, y no deleita el bien? Deleita ciertamente: pero, "El Señor dará dulzura, y nuestra tierra dará su fruto" (Salmo 84, 13). Si Él no da primero la dulzura, nuestra tierra no tendrá sino esterilidad. Esta justicia, pues, la deseó el Apóstol, se deleitó: recordó a Dios, y se deleitó (Salmo 76, 4): su alma deseó, y ardió en los atrios del Señor (Salmo 83, 3); y todo lo que tenía por grande se volvió vil, se convirtió en pérdida, daño, estiércol.

9. Saulo, perseguidor de la Iglesia, porque establecía su propia justicia. De ahí venía también que perseguía a la Iglesia según el celo de las tradiciones paternas (Gálatas 1, 14); de ahí venía, porque establecía su propia justicia, no buscaba la justicia de Dios. Ved, pues, que de ahí perseguía a la Iglesia. ¿Qué diremos entonces? dice el mismo Apóstol en otro lugar: "Que los gentiles que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia. Pero, ¿cuál? La justicia que es por la fe. Pero los gentiles que no seguían la justicia, que es de la ley, como si fuera propia, que se hace por temor al castigo, no por amor a la justicia; porque no seguían la justicia, alcanzaron la justicia; la justicia que es por la fe. Pero Israel, persiguiendo la ley de justicia, no llegó a la ley de justicia. ¿Por qué? Porque no era por fe. ¿Qué es, porque no era por fe? No esperó en Dios, no la pidió a Dios, no creyó en aquel que justifica al impío (Romanos 4, 5): no fue como el publicano que bajaba los ojos a la tierra, golpeaba su pecho, y decía, "Señor, sé propicio a mí, pecador" (Lucas 18, 13). Por tanto, persiguiendo la ley de justicia, no llegó a la ley de justicia. ¿Por qué? Porque no era por fe, sino como por obras. Tropezaron en la piedra de tropiezo (Romanos 9, 30, 32). He aquí de dónde Saulo perseguía a la Iglesia. Pues cuando perseguía a la Iglesia, tropezaba en la piedra de tropiezo. Cristo humilde yacía en la tierra: en los cielos ciertamente también estaba, levantado con su carne resucitada de entre los muertos; pero si Cristo no yaciera también en la tierra, no habría clamado a Saulo, "¿Por qué me persigues?" Por tanto, Él yacía, porque mostraba humildad: él tropezaba, porque no veía. Y todo esto de no ver, ¿de dónde venía? De la hinchazón del orgullo. ¿Qué es, de la hinchazón del orgullo? Como de su propia justicia. De la ley ciertamente, pero suya. ¿Qué es, de la ley? Porque en los mandamientos de la ley. ¿Qué es, de suya? Como de sus propias fuerzas. Faltaba el amor, el amor a la justicia, el amor a la caridad de Cristo. ¿Y de dónde le vendría el amor? Solo lo poseía el temor, pero guardaba lugar en el corazón para la caridad verdadera. Cuando se ensañaba erguido, jactancioso, gloriándose entre los mismos judíos de que según el celo de las tradiciones paternas perseguía a la Iglesia; cuando se consideraba elevado, oyó desde arriba la voz de nuestro Señor Jesucristo, ya sentado en el cielo, y aún recomendando la humildad, "Saulo", dice, "Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el agujón" (Hechos 9, 4 y 5). Podría dejarte: pues tú serías atormentado por mis punzadas, no yo quebrado por tus coces: pero no te dejo. Te ensañas, y tengo misericordia. ¿Por qué me persigues? No te temo, no sea que me crucifiques de nuevo: pero quiero que me reconozcas, no sea que te mates, no a mí, sino a ti.

CAPÍTULO VIII.

10. Pablo aborrece su propia justicia para tener la justicia de Dios. Por tanto, el Apóstol, golpeado y postrado, erguido e instruido, aborreció. Pues se cumplió en él: "Yo heriré, y yo sanaré" (Deuteronomio 32, 39). No dijo, "Sanaré, y heriré"; sino, "Heriré, y sanaré". Te heriré, y te daré a mí. Así postrado aborreció su propia justicia, en la que ciertamente estaba sin reproche, laudable, grande, como glorioso entre los judíos: lo consideró pérdida, lo creyó daño, lo estimó estiercol, para ser hallado en Él no teniendo su propia justicia, que es de la ley; sino la que es por la fe de Cristo, que es, dice, de Dios. Pero aquellos que tropezaron en la piedra de tropiezo, ¿qué dice de ellos el mismo Apóstol? Porque no, dice, por fe, sino como por obras. Porque ellos, como su propia justicia, tropezaron en la piedra de tropiezo: como está escrito, "He aquí pongo en Sion una piedra de tropiezo, y una roca de escándalo; y el que creyere en Él, no será confundido" (Romanos 9, 32, 33). Pues el que creyere en Él, no tendrá su propia justicia, que es de la ley, aunque la ley sea buena; sino que cumplirá la misma ley, no con su propia justicia, sino con la dada por Dios. Así no será confundido. Pues la caridad es el cumplimiento de la ley (Romanos 13, 10). ¿Y de dónde se ha difundido esta caridad en nuestros corazones? No ciertamente de nosotros, sino por el Espíritu Santo que

nos ha sido dado (Romanos 5, 5). Por tanto, tropezaron en la piedra de tropiezo, y en la roca de escándalo. Y dice de ellos: "Hermanos, ciertamente la buena voluntad de mi corazón, y mi oración a Dios por ellos es para salvación". El Apóstol ora por los no creyentes, para que crean; por los apartados, para que se conviertan. Veis que ni siquiera esa conversión es sin la ayuda de Dios. "Mi oración", dice, "a Dios por ellos es para salvación. Pues doy testimonio de que tienen celo de Dios". Así lo tenía él también: tenía celo de Dios. Pero, ¿cómo lo tenía él? Como ellos lo tenían: "Pero no según ciencia". ¿Qué es esto, "no según ciencia"? "Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia". De ahí que este corregido diga, "No teniendo mi propia justicia". Ellos quieren establecer la suya, aún les deleita yacer en el estiércol. Yo no tengo mi propia justicia, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia de Dios; la justicia, digo, de Dios, que justifica al impío.

CAPÍTULO IX.

11. La verdadera justicia para nosotros no es sino por gracia. Quita de ti, quita, digo, de ti a ti mismo, te impides: si tú te edificas, edificas una ruina. Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican (Salmo 126, 1). No quieras, pues, tener tu propia justicia. Ciertamente es de la ley, sin duda es de la ley: ciertamente Dios dio la ley, y porque la justicia es de la ley, no sea tuya. Habla el apóstol Pablo: que no me calumnien los que aman su propia justicia. He aquí donde lo tienes: abre, lee, escucha, ve. No quieras tener tu propia justicia: el Apóstol la estima estiércol, aunque sea de la ley, sin embargo porque es suya. "Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios" (Romanos 10, 1-3). No pienses que porque te llamas cristiano, no puedes tropezar en la piedra de tropiezo. A quien le quitas la gracia, en Él tropiezas. Es menos tropezar en Cristo colgado en la cruz, que en el cielo sentado. Que sea justicia, pero que sea por gracia, que sea de Dios para ti; no sea tuya. "Tus sacerdotes", dice, "se vistan de justicia" (Salmo 132, 16). La vestidura se recibe, no nace con el cabello: los animales se visten de lo suyo. Esto predica el apóstol Pablo: que sea de Dios para ti. Gime para que lo obtengas, llora para que lo obtengas, cree para que lo obtengas. "Quien", dice, "invoque el nombre del Señor, será salvo" (Joel 2, 32). ¿O pensáis que se dijo así, "Quien invoque el nombre del Señor, será salvo"; porque de la fiebre, o de la peste, o de la gota, o de algún dolor del cuerpo? No así, sino "será salvo", será justo. Porque "no necesitan médico los sanos, sino los que están mal". Explicó cuando dijo, "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (Mateo 9, 12, 13).

CAPÍTULO X.

12. Es grande conocer el poder de la resurrección de Cristo. Nuestra resurrección es más maravillosa. Ved, pues, lo que sigue. "Y ser hallado", dice, "en Él, no teniendo mi propia justicia, que es de la ley"; aunque de la ley, sin embargo mía: "sino la que es por la fe de Cristo"; que se obtiene de Dios, "que es de Dios, justicia en la fe, para conocerle a Él, y el poder de su resurrección". Algo grande es conocer el poder de la resurrección de Cristo. ¿Pensáis que esto es grande, porque resucitó su carne? ¿Dijo ese poder de su resurrección? ¿No será también nuestra resurrección al final del siglo? ¿No se vestirá también nuestra corrupción de incorrupción, y nuestra mortalidad de inmortalidad? ¿No será como Él resucitó de entre los muertos, y ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre Él (Romanos 6, 9)?; así también nosotros, más maravillosamente, por así decirlo? Pues su carne no vio corrupción, la nuestra se reparará del polvo. Es grande ciertamente, porque precedió en ejemplo, y nos dio qué esperar: pero no es solo eso para quien hablaba de justicia no suya, sino la que es de Dios, y allí nombró el poder de la resurrección de Cristo: reconoce allí tu

justificación. Pues de su resurrección somos justificados, como si fuéramos circuncidados de la roca. Por eso comenzó de allí, "Nosotros somos la circuncisión". ¿De dónde la circuncisión? De la roca. ¿Qué roca? Cristo. ¿Cómo? Al octavo día. ¿Cómo resucitó el Señor el día del Señor?

CAPÍTULO XI.

13. Nuestra justificación es por gracia, no sin nuestra voluntad. Esta, pues, hermanos míos, justificación, tengámosla en cuanto la tenemos, y aumentémosla en cuanto somos menores, y perfeccionémosla cuando lleguemos allí, donde se dirá: "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" (1 Corintios 15, 53-55). Pero todo de Dios: no obstante, no como dormidos, no como si no nos esforzáramos, no como si no quisiéramos. Sin tu voluntad no habrá en ti justicia de Dios. La voluntad ciertamente no es sino tuya, la justicia no es sino de Dios. Puede haber justicia de Dios sin tu voluntad, pero en ti no puede estar sin tu voluntad. Se te ha mostrado qué debes hacer: la ley ha mandado, no hagas esto, no aquello; haz esto y aquello. Se te ha mostrado, se te ha mandado, se te ha abierto, si tienes corazón, has entendido qué hacer: ruega para que lo hagas, si conoces el poder de la resurrección de Cristo. Pues fue entregado por nuestras ofensas, y resucitó para nuestra justificación (Romanos 4, 25). ¿Qué es, para nuestra justificación? Para justificarnos, para hacernos justos. Serás obra de Dios, no solo porque eres hombre, sino también porque eres justo. Pues es mejor ser justo que ser hombre. Si Dios te hizo hombre, y tú te haces justo; haces algo mejor que lo que hizo Dios. Pero sin ti te hizo Dios. Pues no diste ningún consentimiento para que Dios te hiciera. ¿Cómo consentías si no eras? Quien, pues, te hizo sin ti, no te justifica sin ti. Por tanto, te hizo sin saberlo, te justifica queriéndolo. Sin embargo, Él justifica, para que no sea tu justicia, para que no vuelvas a las pérdidas, a los daños y al estiércol, para ser hallado en Él no teniendo tu propia justicia, que es de la ley, sino la justicia por la fe de Cristo, que es de Dios: justicia de la fe, para conocerle a Él, y el poder de su resurrección, y la comunión de sus sufrimientos. Y esa será tu virtud; la comunión de los sufrimientos de Cristo, será tu virtud.

14. La comunión de los sufrimientos de Cristo por caridad. ¿Qué será, pues, en las comuniones de los sufrimientos de Cristo, si no hay caridad? ¿No se encuentran ladrones torturados con tanta fortaleza de cuerpo, que algunos de ellos no solo no quisieron delatar a sus cómplices, sino que ni siquiera se dignaron confesar sus nombres; entre torturas, entre tormentos, con los costados desgarrados, y casi perdidos los miembros, permaneció el ánimo en la obstinación más perversa? Mira, pues, qué amaban. Sin embargo, no podían hacer estas cosas sin gran amor. Pero no así el amante de Dios. Dios no se ama, sino de Dios. Aquel amó no sé qué otra cosa de la carne, como hombre. Amara lo que amara, amó a sus compañeros, amó la conciencia de sus crímenes, amó la gloria en sus fechorías; amara lo que amara, amó mucho, quien pudo ser torturado, no pudo desfallecer. Si, pues, aquel no pudo, quien pudo ser torturado, no pudo desfallecer; si, pues, aquel no pudo soportar tanto sin amor; tampoco tú podrás comunicarte en los sufrimientos de Cristo sin amor.

CAPÍTULO XII.

15. Caridad y expansión del corazón por el Espíritu Santo. Pero pregunto, ¿con qué amor? Que no sea codicia, sino caridad. Pues si, dice, entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3). Para que te beneficie la participación en las pasiones de Cristo, que haya caridad. ¿De dónde te viene la caridad? Oh debilidad

mendicante, ¿de dónde te viene la caridad de Dios? ¿Quieres que te muestre de dónde te viene? Pregunta al granero del Señor. Pues si en ti está la caridad de Dios, participarás de las pasiones de Cristo y serás un verdadero mártir. En quien se corona la caridad, ese será el verdadero mártir. ¿De dónde, entonces, te viene? Tenemos este tesoro en vasos de barro, dice el mismo Apóstol, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros (II Cor. IV, 7). ¿De dónde, entonces, te viene la caridad, sino porque ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5)? He aquí a qué debes gemir. Desprecia tu espíritu, recibe el Espíritu de Dios. No tema tu espíritu, no sea que cuando el Espíritu de Dios comience a habitar en ti, sufra estrechez en tu cuerpo. Cuando el Espíritu de Dios comience a habitar en tu cuerpo, no excluirá de allí a tu espíritu: no temas. Si acoges a un rico en tu casa, sufres estrechez; no encuentras dónde quedarte tú, dónde preparar la cama para él, dónde la esposa, dónde los hijos, dónde la familia. ¿Qué hago, dices? ¿A dónde voy? ¿A dónde me mudaré? Acoge al rico Espíritu de Dios: te expandirás, no te estrecharás. Has ensanchado mis pasos debajo de mí (Sal. XVII, 37): dices. Dirás a tu huésped, Has ensanchado mis pasos debajo de mí. Cuando no estabas aquí, sufría estrechez: llenaste mi celda, y no me excluiste, sino mi estrechez. Pues cuando dice, La caridad de Dios ha sido derramada, esa difusión significa amplitud. No temas, entonces, la estrechez, recibe a este huésped: y no sea un huésped como de los que pasan. Pues no tiene que dar al irse: Viniendo, habite en ti, y dio. Sé de él, no te abandone, no se mude de allí: reténlo por completo, y dile, Señor Dios nuestro, poseenos (Isai. XXVI, 13, según LXX).

CAPÍTULO XIII.

16. El Apóstol se confiesa imperfecto. Por tanto, dice, tengamos la justicia que es de Dios, para conocerlo a él, y el poder de su resurrección, y la participación de sus sufrimientos, conformados a su muerte. Pues hemos sido sepultados con Cristo por el Bautismo en la muerte; para que así como Cristo resucitó de los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI, 4). Muere, para que vivas: sepúltate, para que resucites. Pues cuando hayas sido sepultado, y resucitado; entonces será verdad, Arriba el corazón. Saboreó lo que dije. ¿Acaso este discurso sabría, si no hubiera en vosotros una dulzura interna? Conformado, dice, a su muerte, si de alguna manera llego a la resurrección de los muertos. Hablaba de la justicia, la justicia que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios, y así lo ejecutó todo. Y cuando buscaba la justicia diciendo, Para que sea hallado en él no teniendo mi justicia, que es de la Ley, sino la justicia que es por la fe de Cristo, que es de Dios; dice ahora, Si de alguna manera llego a la resurrección de los muertos. ¿Por qué dijiste, Si de alguna manera llego? No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto: pero sigo adelante, si de alguna manera logro alcanzar, en lo que también fui alcanzado por Cristo Jesús. Me precedió su justicia, que la siga la mía. Pero entonces la mía lo seguirá, si no es mía. Si de alguna manera llego. No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto. Comenzaron a maravillarse, quienes escuchaban al Apóstol decir esto: No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto. ¿Qué es lo que aún no había recibido? Tenía fe, tenía poder, tenía esperanza, ardía en caridad, obraba virtudes, predicaba invenciblemente, soportaba todas las persecuciones, en todo paciente, amando a la Iglesia, llevando en su corazón la preocupación por todas las Iglesias: ¿qué no había recibido aún? No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto. ¿Qué es lo que dices? Dices, y nos maravillamos; dices, y nos asombramos. Sabemos qué escuchamos: ¿qué dices? Hermanos, dice. ¿Qué es lo que dices? ¿Qué dices? Yo no me considero haberlo alcanzado. No os engaños conmigo, dice: me conozco más a mí mismo que vosotros. Si no sé qué me falta; no sé qué tengo. Yo no me considero haberlo alcanzado. Una cosa, sin embargo: esto no me considero haberlo alcanzado. Tengo muchas cosas, y una no la he alcanzado aún. Una cosa pedí al Señor, esto buscaré. ¿Qué pediste, o

qué buscas? Que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Para qué? Para contemplar la delicia del Señor (Sal. XXVI, 4). Eso es lo único que el Apóstol decía no haber alcanzado aún: y cuanto le faltaba, en tanto no era perfecto.

CAPÍTULO XIV.

17. Oficios de Marta y María. Contemplación. Recordáis, hermanos míos, aquella lectura evangélica, donde dos hermanas recibieron al Señor, Marta y María. Ciertamente lo recordáis: Marta se ocupaba en mucho servicio y estaba ocupada en el cuidado de la casa; pues había recibido al Señor y a sus discípulos en su hogar. Se afanaba con todo cuidado religiosísimo, para que los santos no sufrieran ninguna injuria en su casa. Mientras estaba ocupada en mucho servicio, su hermana María se sentaba a los pies del Señor y escuchaba su palabra. Ella, en su labor, se molestaba al ver a su hermana sentada, sin preocuparse de sus labores, e interpeló al Señor: ¿Te parece bien, Señor, que mi hermana me haya dejado sola, y yo estoy trabajando tanto en el servicio? Y el Señor: Marta, Marta, estás ocupada en muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Luc. X, 38-42). Tú has elegido una buena, pero ella la mejor. Tú has elegido una buena (pues es bueno servir a los santos), pero ella la mejor. En definitiva, lo que tú has elegido, pasará. Sirves a los hambrientos, sirves a los sedientos, sirves camas para los que duermen, ofreces casa a los que quieren habitar: todo eso pasará. Habrá un tiempo en que nadie tendrá hambre, nadie tendrá sed, nadie dormirá. Por tanto, tu cuidado te será quitado. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada. No le será quitada: ha elegido contemplar, ha elegido vivir de la palabra. ¿Cómo será la vida del Verbo sin palabra? Ahora ella vivía del Verbo, pero con el Verbo sonando. Habrá vida del Verbo, sin palabra sonando. El mismo Verbo es vida. Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Eso era lo único, para contemplar la delicia del Señor. Esto en la noche de este siglo no podemos. Por la mañana estaré ante ti, y contemplaré (Sal. V, 5). Por tanto, Yo, dice, no me considero haberlo alcanzado. Una cosa, sin embargo.

CAPÍTULO XV.

18. Siempre progresar en el camino hacia Dios. ¿Qué hago entonces? Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome hacia lo que está adelante, sigo según la intención. Aún sigo: hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús. Aún sigo, aún progreso, aún camino, aún estoy en el camino, aún me extendiendo, aún no he llegado. Por tanto, si tú también caminas, si te extiendes, si piensas en lo que ha de venir; olvida lo pasado, no mires hacia ello, no sea que te quedes donde miraste. Recordad a la esposa de Lot (Luc. XVII, 32). Por tanto, todos los que somos perfectos, pensemos esto. Había dicho, No soy perfecto, y dice, Todos los que somos perfectos, pensemos esto. Yo no me considero haberlo alcanzado. No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto: y dice, Todos los que somos perfectos, pensemos esto. Perfectos, y no perfectos: perfectos caminantes, aún no perfectos poseedores. Y para que sepáis que llama perfectos a los caminantes; quienes ya caminan en el camino, son perfectos caminantes: para que sepas que los llamó caminantes, no habitantes, no poseedores; escucha lo que sigue: Por tanto, todos los que somos perfectos, pensemos esto. Y si en algo pensáis de otra manera, no sea que se os infiltre, porque sois algo. Pero el que se cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo (Gál. VI, 3). Y el que se cree saber algo, aún no sabe como debe saber (I Cor. VIII, 2). Por tanto, Y si en algo pensáis de otra manera, como niños; eso también os lo revelará Dios. Sin embargo, en lo que hemos llegado, caminemos en ello. Para que Dios nos revele también lo que pensamos de otra manera, en lo que hemos llegado, no permanezcamos en ello, sino caminemos en ello. Veis que somos caminantes. Decís, ¿Qué es

caminar? Brevemente digo, Progresar; no sea que no entendáis, y caminéis más perezosamente. Progresad, hermanos míos, examinaos siempre sin engaño, sin adulación, sin halago. Pues no hay nadie dentro de ti, ante quien te avergüences, y te jactes. Está allí, pero a quien le agrada la humildad, él te pruebe. Pruébate a ti mismo tú mismo. Que siempre te desagrade lo que eres, si quieres llegar a lo que aún no eres. Pues donde te complaciste, allí te quedaste. Pero si dices, Basta; y periclitaste: Siempre añade, siempre camina, siempre progresa: no te quedes en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Se queda, quien no progresa; retrocede, quien vuelve a lo que ya había dejado; se desvía, quien apostata. Mejor va el cojo en el camino, que el corredor fuera del camino. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLXX. De las mismas palabras del Apóstol, Filipenses, cap. III, 6-16, Según la justicia que es de la Ley, que fui sin reproche, etc., y de las palabras del Salmo CXLII, 1, 2, Escúchame en tu justicia, etc., y finalmente de la lectura del Evangelio de Juan, cap. VI, 39, La voluntad del Padre es que todo lo que me ha dado, no se pierda, etc.

CAPÍTULO I.

1. La justicia de la Ley parece pérdida al Apóstol. Todas las lecturas divinas están tan conectadas entre sí, como si fueran una sola lectura: porque todas proceden de una sola boca. Hemos escuchado la lectura apostólica, y tal vez a alguien le sorprenda lo que allí está escrito: Según la justicia que es de la ley, que fui sin reproche. Lo que para mí eran ganancias, lo consideré pérdida por Cristo. Luego sigue diciendo: No solo pérdida, sino también estiércol consideré que era, para ganar a Cristo, y ser hallado en él no teniendo mi justicia que es de la ley, sino la justicia que es por la fe de Jesucristo. ¿Cómo consideró estiércol y pérdida, según la justicia que es de la ley, comportarse sin reproche? ¿Quién dio la ley? ¿No fue él mismo quien dio la ley, quien después vino con indulgencia a los reos de la ley? Pero creemos que vino con indulgencia a aquellos a quienes la ley tenía como reos. ¿Acaso la ley tenía como reos a aquellos que según la justicia que es de la ley se comportaron sin reproche? Si, por tanto, el Señor trajo indulgencia y perdón de pecados a los reos de la ley, no lo trajo al apóstol Pablo, quien dice que se comportó sin reproche en la ley. Pero escuchemos a él mismo en otro lugar: No por obras, dice, que nosotros hayamos hecho, sino según su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración (Tit. III, 5). Y de nuevo, Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso: pero alcancé misericordia (I Tim. I, 13), y lo demás. Así se constituyó comportándose en la ley sin reproche, así confiesa haber sido pecador, para que ningún pecador desespere de sí mismo, porque Pablo mereció indulgencia.

CAPÍTULO II.

2. La afirmación del Apóstol debe entenderse de manera que se evite el error de los maniqueos sobre la ley antigua. ¿Para qué se dio la ley? Pecado original. Ved, hermanos, y observad la fuerza de este discurso, cómo el apóstol Pablo considera pérdida y estiércol, donde dice que se comportó sin reproche. Así cumplidor de la ley, así reo de la ley, al mismo tiempo, antes del Bautismo, antes de la gracia. Pero no sin razón dice que es pérdida: no sea que entren pensamientos nocivos, que el apóstol Pablo dijo esto porque otro dio la ley que fue dada por Moisés, y otro el donador de la gracia evangélica; aquel Dios malo, y este Dios bueno. ¿Qué nos sorprende, hermanos? En la oscuridad de la ley, como en puertas cerradas, sufrieron oscuridad; porque no llamaron con piedad. Encontramos alguna vez al mismo Pablo diciendo abiertamente que la ley es buena (Rom. VII, 12): que sin embargo dice que fue dada para que abundara el pecado; y por eso abundó el pecado, para que sobreabundara la gracia

(Id. V, 20). Pues los hombres presumían de sus fuerzas, y haciendo lo que creían que les era lícito, pecaban contra la ley oculta de Dios. Por eso se promulgó esta ley manifiesta a aquellos que en absoluto se veían como reos. Se dio la ley, no para sanar, sino para probar a los enfermos. La ley precedió al médico, para que el enfermo, que se creía sano, se encontrara enfermo: y dijo: No codiciarás (Rom. VII, 7). Y porque antes de dada la ley aún no había transgresión: Pues donde no hay, dice, ley, tampoco hay transgresión (Id. IV, 15): antes se pecaba sin ley; pero dada la ley, después de que se pecó, se pecó más, porque se pecó con transgresión. El hombre se encontró vencido por sus deseos, que con mala costumbre nutría contra sí mismo; quien también con el vínculo y obligación del pecado había sido propagado desde Adán. De donde dice el Apóstol: Fuimos también nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira (Ephes. II, 3). De ahí es, que ni siquiera un niño de un día dice que está limpio de pecado (Job XIV, 4, según 70): no por lo que cometió, sino por lo que contrajo.

CAPÍTULO III.

3. Ningún pecado en Cristo. Escucha al Salmo diciendo las interioridades, y cantando los secretos de nuestros pecados. Pues se dice a Cristo desde la persona del género humano: A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti. No se dice esto desde la persona de un solo David, sino desde la persona de Adán, de quien es el género humano. Pues escucha lo que sigue: A ti, dice, solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti; para que seas justificado en tus palabras. Se dice a Cristo: ¿de dónde entendemos esto? Escucha lo que sigue: Y venzas cuando seas juzgado (Sal. L, 6). No fue juzgado Dios Padre, no fue juzgado Dios Espíritu Santo: no encontramos sino solo al Hijo en esta carne, que se dignó recibir de nuestra masa, juzgado: no por modo de concupiscencia de hombre y mujer: la virgen creyó, la virgen concibió, la virgen dio a luz, la virgen permaneció. Y por eso se dice, Y venzas cuando seas juzgado. Pues fue juzgado, y venció; porque fue juzgado sin pecado. Fue de paciencia soportar el juicio, no de culpa. Muchos inocentes son juzgados, pero en las mismas causas que llevan. Pues de lo demás, no carecen de pecado; porque así como ante los hombres es hecho, así ante Dios el pecado de pensamiento es. Tu hecho ante los ojos de Dios, es tu pensamiento. Testigo del hecho es el mismo juez: acusadora del hecho es la misma conciencia. Por tanto, él verdaderamente inocente fue juzgado, y por eso venció. Solo él venció, no del juez Poncio Pilato, ni de los judíos enfurecidos; sino del mismo diablo, que examina todos nuestros pecados con diligencia de envidia.

CAPÍTULO IV.

4. Mundo, pecadores y amantes del mundo. Solo Cristo inocente. Pecado original. ¿Y qué dice el Señor Jesús del mismo diablo? He aquí que viene el príncipe de este mundo. Ya se ha dicho a vuestra Caridad, que este mundo se llama pecadores. ¿Y por qué se llaman pecadores con el nombre de mundo? Porque habitan el mundo por amor. Pues quien no ama el mundo, no habita en lo que no ama. Nuestra, dice, conversación está en los cielos (Philipp. III, 20). Si, por tanto, quien ama a Dios, habita en el cielo con Dios; quien ama el mundo, habita en el mundo con el príncipe del mundo. Todos, por tanto, los amantes del mundo, ellos son el mundo: habitantes del mundo, no por la carne, que todos los justos; sino por el ánimo, que solo los pecadores, de quienes el príncipe es el diablo. ¿Cómo se dice casa a los habitantes de la casa: según la sentencia en que decimos que una casa mala es de mármol, y una casa buena es ahumada. Encuentras una casa ahumada, que habitan los buenos, y dices, Buena casa. Encuentras una casa de mármol y artesonada, que poseen los inicuos, y dices, Mala casa: llamando casa no a las paredes y receptáculos de los cuerpos, sino a los mismos habitantes. Así la Escritura llamó mundo a los habitantes del mundo por la concupiscencia del amor, no

por la conversación del cuerpo. Por tanto, He aquí, dice, que viene el príncipe del mundo, y en mí no encuentra nada. Solo en él no encontró nada el diablo. Y como si se le dijera, ¿Por qué entonces mueres? allí sigue, Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 30, 31). Se levanta, y va a la pasión. ¿Por qué? Porque hago la voluntad de mi Padre. Por esta singular inocencia dice el Salmo, A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti; para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado: porque nada malo encontró en ti. ¿Por qué, entonces, encontró en ti, oh género humano? Porque sigue y dice, Pues en iniquidad fui concebido, y en pecado me concibió mi madre (Sal. L, 6, 7). Esto lo dice David. Busca de dónde nació David; encontrarás de esposa legítima, de ningún adulterio. ¿Según qué, entonces, dice, En iniquidad fui concebido; sino porque hay algo de la propagación de la muerte, que arrastra consigo todo el que nace de la unión de hombre y mujer?

CAPÍTULO V.

5. Conversación sin queja según la ley. Teniendo, por tanto, cada uno concupiscencia, atienda a la ley que dice: No codiciarás (Éxodo XX, 16): encuentra en sí mismo lo que la ley prohíbe, y se hace reo de la ley. Pero al encontrar en sí mismo a quien está sujeto, comience ya a decir: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior: pero veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. Reconoció que está enfermo, implora al médico: ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Responda el médico: La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Romanos VII, 22-25). La gracia de Dios, no tus méritos. ¿Por qué, entonces, dijiste que vivías en la ley con justicia sin queja? Prestad atención: dijo sin queja de los hombres. Hay una cierta justicia que el hombre puede cumplir, de modo que ningún hombre se queje de otro hombre. Dice, No codiciarás lo ajeno. Si no robas lo ajeno, no habrá queja de los hombres. Por lo tanto, a veces codicias y no robas. Pero la sentencia de Dios está sobre ti, porque codicias: eres reo de la ley, pero en los ojos del legislador. Vives sin queja: ¿por qué entonces estas pérdidas? ¿por qué estos desechos? Este nudo es algo más apretado: pero lo desatará quien suele hacerlo. Esto, sin embargo, no lo merezco solo con piadosa sumisión, sino todos con piadosa intención. Lo que hacían los judíos, de lo que los hombres no se quejaban, y su conversación era en la ley sin queja, se lo atribuían a sí mismos, y esa justicia según la ley la asignaban a sus fuerzas: no podían cumplirla, pero hacían tanto como podían; atribuyéndoselo a sí mismos, ni siquiera esto lo cumplían piadosamente.

CAPÍTULO VI.

6. Justicia del hombre, si no es de Dios, ninguna. Esto, por tanto, dice cumplir la ley, es decir, no codiciar. ¿Quién de los que vive puede hacerlo? Que nos ayude el Salmo que se cantó hace poco, Escúchame en tu justicia: esto es, no en la mía. Si dijera, Escúchame en mi justicia: como si llamara mérito. En algunos lugares llama también a su justicia: pero aquí lo discierne mejor, porque incluso cuando dice suya, dice que es dada; como decimos, Danos hoy nuestro pan de cada día (Lucas XI, 3). ¿Cómo, nuestro; cómo, da? Por lo tanto, aquí hablando más distintamente dice, Escúchame en tu justicia. Y sigue, Y no entres en juicio con tu siervo. ¿Qué significa, No entres en juicio con tu siervo? No te pongas conmigo en juicio, exigiéndome todo lo que has mandado, exigiendo todo lo que has ordenado. Pues me encontrarás reo, si entras en juicio conmigo. Por lo tanto, dice, necesito más tu misericordia que tu juicio clarísimo. ¿Por qué entonces, No entres en juicio con tu siervo? Sigue, y dice, Porque no se justificará en tu presencia ningún viviente. Pues soy siervo: ¿por qué te pones

conmigo en juicio? Usaré de la misericordia del Señor. ¿Por qué? Porque no se justificará en tu presencia ningún viviente. ¿Qué dijo? Mientras se vive en esta vida, nadie está justificado, sino en la presencia de Dios. No añadió en vano, en tu presencia: sino porque puede estar justificado alguien en la presencia de los hombres, para que también se cumpla aquello, Según la justicia que es de la ley, que fui sin queja, en la presencia de los hombres. Refiera a la presencia de Dios: No se justificará en tu presencia ningún viviente.

CAPÍTULO VII.

7. Justicia de esta vida comparada con la futura, que debe ser considerada nada. ¿Qué haremos entonces? Clamemos, No entres en juicio con tu siervo. Clamemos, ¡Desdichado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Esto, por tanto, escuchamos del Salmo, esto escuchamos del Apóstol; porque cuando sea aquella justicia según la cual viven los Ángeles, cuando sea aquella justicia donde no habrá concupiscencia, entonces cada uno mida qué es ahora, y qué será entonces; y encontrará en comparación con aquella justicia, que esta es pérdida y desecho. Pero quien piense que ahora puede cumplir la justicia, cuando haya vivido bien e inocentemente según la probabilidad de la estimación humana; se quedó en el camino: no desea algo mejor, porque cree haberlo cumplido; y atribuyéndoselo a sí mismo, será soberbio. Y es mejor un pecador humilde, que un justo soberbio. Por eso dice, Y sea hallado en él no teniendo mi justicia, que es de la ley, como pensaban los judíos; sino la justicia que es de la fe de Cristo Jesús. Luego sigue diciendo, Si de alguna manera llego a la resurrección de los muertos. Allí creyó que cumpliría la justicia, es decir, que tendría la justicia plena. En comparación con aquella resurrección, toda la vida que llevamos es desecho. Escucha aún más claramente al Apóstol diciendo, Si de alguna manera llego a la resurrección de los justos: no que ya lo haya recibido, o que ya sea perfecto. Y luego añade, Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. ¿Cómo compara justicia con justicia, salvación con salvación, fe con visión, peregrinación con ciudad?

CAPÍTULO VIII.

8. Deseo de justicia perfecta despreciando la presente justicia. Prestad atención a cómo lo cumple: Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. Una cosa hago. ¿Qué una cosa, sino vivir por la fe, con la esperanza de la salvación eterna, donde habrá justicia plena y perfecta, en comparación con la cual son pérdidas las que pasarán, y desechos los que deben ser rechazados? ¿Qué entonces, Una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús. Y a aquellos que podrían presumir de su perfección, Cuantos somos perfectos, esto pensemos. Ya había dicho antes que era imperfecto, ahora dice que es perfecto. ¿Por qué, sino porque esa es la perfección del hombre, haber encontrado que no es perfecto? Cuantos somos perfectos, esto pensemos. Y si en algo pensáis de otra manera, eso también os lo revelará Dios: es decir, para que si en algún progreso del alma os probáis justificados, leyendo las Escrituras, y encontrando cuál es la verdadera y perfecta justicia, os encontréis reos, y con el deseo de lo futuro condenéis lo presente, viváis por fe y esperanza y caridad; y entendáis que lo que aún creéis, no lo veis; lo que aún esperáis, no lo tenéis; lo que aún deseáis, no lo cumplís. Y si tal es la caridad de los peregrinos, ¿cuál será la de los que ven? Por tanto, aquel que enseñaba la justicia de Dios, y no establecía la suya, clamaba del Salmo, Escúchame en tu justicia. Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará en tu presencia ningún viviente.

CAPÍTULO IX.

9. Justicia perfecta y felicidad cuando se vea a Dios. Según esta vida se dice a Moisés, Nadie verá el rostro de Dios, y vivirá (Éxodo XXXIII, 20). No se debe vivir en esta vida, para ver aquel rostro. Se debe morir al mundo, para vivir a Dios eternamente. Entonces no pecaremos, no solo con hechos, sino ni siquiera con concupiscencias, cuando veamos aquel rostro, que vence todas las concupiscencias. Pues tan dulce es, hermanos míos, tan hermoso, que visto aquel nada más puede deleitar. Será una saciedad insaciable, sin hastío; siempre tendremos hambre, siempre estaremos saciados. Escucha esas dos sentencias de la Escritura: Los que me beben, dice la Sabiduría, aún tendrán sed; y los que me comen, aún tendrán hambre (Eclesiástico XXIV, 29). Pero no pienses que allí habrá indigencia y hambre, escucha al Señor: Quien beba de esta agua, no tendrá sed jamás (Juan IV, 13). Pero dices: ¿Cuándo será? Cuando sea, sin embargo, espera al Señor, aguarda al Señor, actúa con valentía, y se fortalecerá tu corazón (Salmo XXVI, 14). ¿Acaso quedan tantas cosas como las que han pasado? Considera desde Adán hasta el día de hoy, cuántos siglos han transcurrido, y he aquí que ya no son. Quedan pocos días de alguna manera: así debe decirse lo que queda en comparación con los siglos pasados. Exhortémonos mutuamente, nos exhorta aquel que vino a nosotros, que corrió el camino, y dijo, Seguidme: que ascendió primero al cielo, para que la cabeza desde lo alto ayude a los demás miembros que trabajan en la tierra; que dijo desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Por tanto, nadie desespere: se nos devolverá al final lo que se prometió; allí se cumplirá aquella justicia.

CAPÍTULO X.

10. Nuestro día, Cristo. Con todo deseo debemos tender al cielo. Habéis escuchado también el Evangelio concordar con estos discursos. La voluntad, dice, del Padre es que todo lo que me ha dado no se pierda, sino que tenga vida eterna; y yo los resucitaré en el último día. Él mismo el primer día, nosotros el último día. El primer día para la cabeza de la Iglesia. Pues nuestro día el Señor Cristo, no tiene ocaso. El último día, será el fin del mundo. No digas: ¿Cuándo será este? Para el género humano será lejano, para cada uno de los hombres será cercano; porque el último día es el día de la muerte de cada uno. Y cuando salgas de aquí, serás recibido según tus méritos, y resucitarás para recibir lo que hiciste. Entonces Dios coronará, no tanto tus méritos, como sus dones. Todo lo que te donó, si lo guardaste, lo reconocerá. Ahora, por tanto, hermanos, nuestro deseo no sea sino en el cielo; no sea sino hacia la vida eterna. Nadie se complazca a sí mismo, como quien ha vivido justamente aquí, y se compare con aquellos que viven mal, según el fariseo que se justificaba (Lucas XVIII, 11), que no había escuchado al Apóstol, No que ya lo haya recibido, o que ya sea perfecto. Por tanto, no había recibido aún lo que deseaba. Había recibido la prenda, así dijo: Quien nos dio la prenda del Espíritu (II Corintios V, 5). De qué cosa era prenda, a eso deseaba llegar: una cierta participación, pero dista. De manera diferente participamos ahora, de manera diferente participaremos entonces. Ahora por la fe, por la esperanza, en el mismo Espíritu: entonces será la visión, será la realidad; pero el mismo Espíritu, el mismo Dios, la misma plenitud. Quien clama a los ausentes, exhibirá a los presentes: quien llama a los peregrinos, nutrirá y alimentará en la patria.

CAPÍTULO XI.

11. Nuestro camino, Cristo. Cristo se nos ha hecho camino, ¿y desesperamos de llegar? Este camino no puede terminar, no puede ser cortado, no puede ser corrompido, ni por la lluvia, ni por diluvios, ni por ladrones ser asediado. Camina seguro en Cristo, camina; no tropieces, no

caigas, no mires atrás, no te quedes en el camino, no te apartes del camino. Solo cuida de todo esto, y habrás llegado. Cuando llegues, entonces ya glóriate de esto: no de ti. Pues quien se alaba a sí mismo, no alaba a Dios; sino que se aparta de Dios: como quien quiere apartarse del fuego, el fuego caliente permanece, pero él se enfría: como quien quiere apartarse de la luz, si se aparta, la luz en sí misma permanece luminosa, pero él se oscurece. No nos apartemos del calor del Espíritu, de la luz de la verdad. Ahora hemos escuchado la voz, entonces veremos cara a cara. Nadie se complazca a sí mismo, nadie insulte a otro. Todos deseemos progresar de tal manera, que no envidiemos a los que progresan, no insultemos a los que decaen: y se cumplirá en nosotros con gozo lo que se prometió en el Evangelio, Y yo los resucitaré en el último día.

SERMO CLXXI. De las palabras del Apóstol, Alegraos en el Señor siempre, etc. Filipenses, cap. IV, V. 4-6.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Que el gozo sea en el Señor, no en el mundo. El Señor está cerca de nosotros. El Apóstol nos manda alegrarnos, pero en el Señor, no en el mundo. Porque cualquiera que quiera ser amigo de este mundo, como dice la Escritura, será considerado enemigo de Dios (Santiago IV, 4). Así como no puede el hombre servir a dos señores (Mateo VI, 24); así nadie puede alegrarse tanto en el mundo como en el Señor. Estos dos gozos difieren mucho entre sí, y son completamente contrarios. Cuando se goza en el mundo, no se goza en el Señor: cuando se goza en el Señor, no se goza en el mundo. Que venza el gozo en el Señor, hasta que se acabe el gozo en el mundo. Que el gozo en el Señor siempre aumente: que el gozo en el mundo siempre disminuya, hasta que se acabe. No se dicen estas cosas porque en este mundo, mientras estamos, no debemos alegrarnos; sino para que, incluso estando en este mundo, ya nos gocemos en el Señor. Pero dice alguien: Estoy en el mundo; ciertamente si me alegro, me alegro donde estoy. ¿Qué, entonces? porque estás en el mundo, ¿no estás en el Señor? Escucha al mismo apóstol hablando a los atenienses, y diciendo en los Hechos de los apóstoles sobre Dios y sobre nuestro Señor Creador, En él vivimos, nos movemos y somos (Hechos XVII, 28). Porque quien está en todas partes, ¿dónde no está? ¿No nos exhortaba a esto? El Señor está cerca, no estéis ansiosos. Es grande esto, que ascendió sobre todos los cielos, y está cerca de los que habitan en la tierra. ¿Quién es este lejano y cercano, sino quien por misericordia se hizo cercano a nosotros?

CAPÍTULO II.

2. El samaritano socorriendo al hombre herido, Cristo. Pues todo el género humano es aquel hombre que yacía en el camino medio muerto dejado por los ladrones, a quien el sacerdote y el levita despreciaron al pasar, y se acercó a él para curarlo y ayudarlo el samaritano que pasaba. ¿De dónde descendió la causa para narrar esto? A uno que preguntaba cuáles son los mejores preceptos y los más importantes en la Ley, le advirtió que hay dos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero él: ¿Y quién es mi prójimo? Y el Señor narró, Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó. Mostró de alguna manera que era israelita. Y cayó en manos de ladrones. Después de despojarlo, y causarle graves heridas, lo dejaron en el camino medio muerto. Pasó un sacerdote, ciertamente cercano por raza, y pasó de largo al que yacía. Pasó un levita, también cercano por raza, y también él despreció al que yacía. Pasó un samaritano, lejano por raza, cercano por misericordia, e hizo lo que sabéis (Lucas X, 25-37). En ese samaritano quiso entenderse el Señor Jesucristo. Pues samaritano se interpreta como

Guardián. Por eso, resucitando de entre los muertos, ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre él (Romanos VI, 9): porque no duerme, ni dormita el que guarda a Israel (Salmo CXX, 4). De hecho, cuando los judíos lo blasfemaban con tantos insultos, le dijeron: ¿No decimos bien que eres samaritano y tienes demonio? Entonces, cuando se le imputaron dos palabras insultantes al Señor, y se le dijo: ¿No decimos bien que eres samaritano y tienes demonio? podría haber respondido, Ni soy samaritano, ni tengo demonio: pero respondió, Yo no tengo demonio (Juan VIII, 48, 49). Lo que respondió, refutó: lo que calló, confirmó. Negó tener demonio, quien sabía que era el expulsor de demonios: no negó ser el guardián del enfermo. Por tanto, el Señor está cerca; porque el Señor se nos ha hecho cercano.

CAPÍTULO III.

3. Con la encarnación Dios se hizo cercano al hombre. ¿Qué tan lejano, qué tan remoto, que Dios de los hombres, inmortal de los mortales, justo de los pecadores? No lejos en lugar, sino en disimilitud. Pues solemos hablar así también, cuando decimos de dos hombres, cuando sus costumbres son diferentes: Este está lejos de aquel. Aunque estén juntos, aunque habiten más cerca, aunque estén atados por una misma cadena; está lejos el piadoso del impío, está lejos el inocente del culpable, está lejos el justo del injusto. Si esto se dice de dos hombres, ¿qué de Dios y los hombres? Pues cuando estaba lejos de nosotros el inmortal y justo, como de los mortales y pecadores, descendió a nosotros, para hacerse cercano a nosotros aquel lejano. ¿Y qué hizo? Cuando él tenía dos bienes, y nosotros dos males; él dos bienes, justicia e inmortalidad; nosotros dos males, iniquidad y mortalidad: si hubiera asumido ambos males nuestros, se habría hecho nuestro igual, y necesitaría un libertador con nosotros. ¿Qué hizo entonces, para ser cercano a nosotros? Cercano no en lo que somos, sino cerca de nosotros. Atiende a dos cosas: Es justo, es inmortal. En tus dos males, uno es culpa, otro es pena: culpa es que eres injusto, pena es que eres mortal. Él para ser cercano, asumió tu pena, no asumió tu culpa: y si la asumió, la asumió para borrarla, no para hacerla. Justo e inmortal, lejos de los injustos y mortales. Pecador mortal, estabas lejos del justo inmortal. No se hizo él pecador, lo que tú: pero se hizo mortal, lo que tú. Permaneciendo justo, se hizo mortal. Asumiendo la pena y no asumiendo la culpa, borró tanto la culpa como la pena. Por tanto, el Señor está cerca, no estéis ansiosos. Aunque ascendió sobre todos los cielos con su cuerpo, no se alejó con su majestad. Está presente en todas partes, quien hizo todas las cosas.

CAPÍTULO IV.

4. Gozo en el mundo. Alegraos en el Señor siempre. ¿Qué es el gozo en el mundo? Gozarse de la iniquidad, gozarse de la deshonra, gozarse de la vergüenza, de la deformidad. De todas estas cosas se goza el mundo. Todas estas cosas no existirían si los hombres no las quisieran. Hay cosas que los hombres hacen, y otras que sufren, aunque no quieran, las soportan. ¿Qué es entonces este mundo, y cuál es el gozo del mundo? Digo, hermanos, brevemente cuanto puedo, cuanto Dios ayuda; apresuradamente, brevemente lo digo. La alegría del mundo es la iniquidad impune. Los hombres se entregan a la lujuria, fornican, se divierten en espectáculos, se embriagan, se ensucian con la deshonra, no sufren ningún mal: y ved el gozo del mundo. Estos males que he mencionado, no los castiga el hambre, ni el temor de la guerra, ni algún temor, ni alguna enfermedad, ni alguna adversidad; sino que todo está en la abundancia de las cosas, en la paz de la carne, en la seguridad de la mala mente: he aquí el gozo del mundo. Pero Dios no piensa como el hombre: el pensamiento de Dios es diferente al del hombre. Es de gran misericordia no dejar la iniquidad impune: y para no verse obligado a condenar en el extremo del infierno, ahora se digna castigar con el látigo.

CAPÍTULO V.

5. Impunidad, la mayor venganza de Dios. Severidad. Pues quieres saber, ¿cuánto castigo es no tener castigo, no obstante, para el pecador, al que se le da un castigo temporal para que no le suceda uno eterno? ¿Quieres entonces saber cuánto castigo es no tener castigo? Pregunta al Salmo: El pecador irritó al Señor. Exclamó vehementemente, atendió, consideró, exclamó: El pecador irritó al Señor. ¿Por qué, te ruego? ¿Qué viste? Pero quien exclamó esto, vio al pecador lujurioso impunemente, haciendo el mal, abundando en bienes, y exclamó: El pecador irritó al Señor. ¿Por qué dijiste esto? ¿Qué viste? Por la magnitud de su ira no busca (Salmo IX, 4). Entiendan, hermanos cristianos, la misericordia de Dios. Cuando castiga al mundo, no quiere condenar al mundo. Por la magnitud de su ira no busca. Por eso no busca, porque está muy enojado. Grande es su ira. Al perdonar, se enfurece, pero se enfurece justamente. Hay severidad, como una verdad severa. Si alguna vez se enfurece perdonando, es bueno para nosotros que nos ayude castigando. Y sin embargo, si consideramos los hechos del género humano, ¿qué sufrimos? No nos ha hecho según nuestros pecados (Salmo CII, 10). Porque somos hijos. ¿De dónde probamos esto? Murió por nosotros el Único, para que no quedara uno solo. No quiso ser uno solo, quien murió siendo uno solo. Pues el único Hijo de Dios hizo muchos hijos de Dios. Compró para sí hermanos con su sangre, probó siendo reprobado, redimió siendo vendido, honró siendo injuriado, vivificó siendo asesinado. ¿Dudas que te dará sus bienes, quien no desdeñó asumir tus males? Por tanto, hermanos, alegraos en el Señor, no en el mundo: es decir, alegraos en la verdad, no en la iniquidad; alegraos en la esperanza de la eternidad, no en la flor de la vanidad. Así alegraos: y dondequiera que estéis, y por cuanto tiempo estéis aquí, el Señor está cerca, no estéis ansiosos.

SERMON CLXXII. Sobre las palabras del Apóstol, I Tes. cap. IV, 12, No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis, como los demás que no tienen esperanza. Y sobre las obras de misericordia, con las que se ayuda a los muertos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Tristeza por los muertos, qué tipo se prohíbe. Nos advierte el bendito Apóstol, que acerca de los que duermen, es decir, nuestros queridos muertos, no nos entristezcamos, como los demás que no tienen esperanza, esperanza de la resurrección y de la incorruptibilidad eterna. Pues por eso la costumbre veracísima de las Escrituras los llama durmientes, para que cuando oímos durmientes, no desesperemos de que despertarán. De ahí que también se canta en el Salmo: ¿Acaso el que duerme no añadirá para resucitar? (Salmo XL, 9). Hay, por tanto, una cierta tristeza por los muertos que aman, de alguna manera natural. Pues la muerte no la teme la opinión, sino la naturaleza. Y la muerte no le sucedería al hombre, si no fuera por el castigo que precedió a la culpa. Por lo tanto, si los animales que fueron creados de tal manera que mueren cada uno a su tiempo, huyen de la muerte, aman la vida; cuánto más el hombre, que fue creado de tal manera que si hubiera querido vivir sin pecado, viviría sin fin. Por lo tanto, es necesario que estemos tristes cuando nos dejan muriendo aquellos a quienes amamos: porque aunque sabemos que no nos dejan para siempre, sino que nos preceden un poco para seguirlos; sin embargo, la misma muerte que la naturaleza rechaza, cuando ocupa al amado, entristece en nosotros el afecto de ese amor. Por eso el Apóstol no nos advirtió que no nos entristeciéramos; sino, no como los demás que no tienen esperanza. Nos entristecemos, por tanto, en las muertes de los nuestros por la necesidad de perderlos, pero

con la esperanza de recuperarlos. De ahí nos angustiamos, de aquí nos consolamos: de ahí la debilidad afecta, de aquí la fe restaura: de ahí duele la condición humana, de aquí sana la promesa divina.

CAPÍTULO II.

2. Oraciones y sacrificio y limosnas por los difuntos. Por lo tanto, las pompas fúnebres, los cortejos de exequias, la diligencia costosa de la sepultura, la opulenta construcción de monumentos, son consuelos de los vivos, no ayudas para los muertos. No se debe dudar que los muertos son ayudados por las oraciones de la santa Iglesia, y por el sacrificio saludable, y por las limosnas que se distribuyen por sus espíritus; para que con ellos el Señor actúe con más misericordia de lo que sus pecados merecieron. Pues esto, transmitido por los padres, lo observa toda la Iglesia, para que por aquellos que murieron en la comunión del cuerpo y sangre de Cristo, cuando en el mismo sacrificio se les conmemora en su lugar, se ore, y se conmemore que se ofrece por ellos. Y cuando por causa de su recomendación se celebran obras de misericordia, ¿quién duda que les beneficia, por quienes no se elevan en vano oraciones a Dios? No se debe dudar en absoluto que estas cosas benefician a los difuntos; pero a aquellos que vivieron de tal manera antes de la muerte, que estas cosas pueden serles útiles después de la muerte. Pues aquellos que sin la fe que obra por el amor (Gálatas V, 6), y sus Sacramentos, salieron de sus cuerpos, en vano se les ofrecen estos oficios de piedad por parte de los suyos, de los cuales, mientras estaban aquí, carecieron del compromiso, ya sea no recibéndolo, o recibiendo en vano la gracia de Dios, y no atesorando para sí misericordia, sino ira. Por lo tanto, no se adquieren nuevos méritos para los muertos, cuando sus seres queridos hacen algo bueno por ellos, sino que estas cosas consecuentes se les devuelven por sus méritos precedentes. Pues no se hizo, sino mientras vivían aquí, para que estas cosas les ayudaran cuando dejaran de vivir aquí. Y por eso, al terminar alguien esta vida, no podrá tener después de ella sino lo que mereció en ella.

3. Luto y oficios que se deben a los difuntos. Permítanse, por tanto, los piadosos corazones de los queridos entristecerse por las muertes de los suyos con un dolor sanable, y derramen lágrimas consolables por la condición mortal; que pronto las reprima el gozo de la fe, por la cual se cree que los fieles, cuando mueren, se alejan un poco de nosotros, y pasan a cosas mejores. Consuélenlos también los oficios fraternos, ya sea los que se exhiben en los funerales, ya sea los que se aplican a los dolientes, para que no haya una queja justa de quienes dicen: Esperé a quien se entristeciera conmigo, y no hubo; y consoladores, y no encontré (Salmo LXVIII, 21). Que haya, según las fuerzas, cuidado de sepultar y construir sepulcros: porque también estas cosas en las Escrituras santas se consideran entre las buenas obras: no solo en los cuerpos de los Patriarcas y otros santos, y en los cadáveres humanos de quienes yacen; sino también en el mismo cuerpo del Señor fueron alabados y elogiados quienes hicieron estas cosas. Cumplan estas cosas los hombres hacia los suyos como último deber, y como alivios de su dolor humano. Pero aquellas cosas que ayudan a los espíritus de los difuntos, ofrendas, oraciones, distribuciones, mucho más observante, insistente, abundantemente las ofrezcan por ellos, quienes a los suyos muertos en la carne, no en el espíritu, no solo los aman carnalmente, sino también espiritualmente.

SERMON CLXXIII. Sobre las mismas palabras del Apóstol, I Tes. cap. IV, V. 12-17.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué recordar en las exequias de los difuntos. Cuando celebramos los días de los hermanos difuntos, debemos tener en mente, tanto lo que se debe esperar, como lo que se debe temer. Según esto, se debe esperar, porque preciosa en la vista del Señor es la muerte de sus santos (Salmo CXV, 15): según esto, se debe temer, porque la muerte de los pecadores es pésima (Salmo XXXIII, 22). Y por eso, por la esperanza, En memoria eterna será el justo: por el temor, No temerá de malas noticias (Salmo CXI, 7). Pues habrá una noticia que no habrá peor, cuando se diga a los de la izquierda, Id al fuego eterno. De esta mala noticia el justo no temerá. Pues estará a la derecha entre aquellos a quienes se les dirá, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino (Mateo XXV, 41, 34). En esta vida, que se lleva a cabo en medio de los mayores bienes y los mayores males, en medio de los bienes y males medios, es decir, en ninguna parte de los mayores; porque cualquier bien que aquí tenga el hombre, en comparación con los bienes eternos no es nada; y cualquier mal que el hombre experimente en esta vida, en comparación con el fuego eterno no es comparable: en esta medianía de vida, debemos mantener lo que hemos oído ahora del Evangelio, El que cree, dice, en mí, aunque muera, vivirá. Y pronuncia vida, y no niega la muerte. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. ¿Qué es, aunque muera, vivirá? Aunque muera en el cuerpo, vivirá en el espíritu. Luego añade: Y el que vive y cree en mí, no morirá eternamente (Juan XI, 26, 25). Ciertamente aunque muera; ¿cómo, si no morirá? Pero aunque muera por un tiempo, no morirá eternamente. Así se resuelve esta cuestión, para que no sean contradictorias las palabras de la verdad, y puedan instruir el afecto de la piedad. Por tanto, aunque estemos destinados a morir en el cuerpo, vivimos si creemos.

CAPÍTULO II.

2. La fe en la resurrección, consuelo en la muerte de los queridos. La muerte es el castigo del pecado. Pero nuestra fe se distingue principalmente de toda fe de los gentiles en la resurrección de los muertos. Pues ellos no la reciben en absoluto: porque no tienen dónde recibirla. Pues la voluntad del hombre es preparada por el Señor, para que sea receptáculo de la fe (Proverbios VIII, 35, según LXX). Dice el Señor a los judíos: Mi palabra no cabe en vosotros (Juan VIII, 37). Por tanto, en aquellos cabe, en quienes encuentra lo que quepa. Pues en ellos encuentra lo que quepa la palabra que cabe, a quienes Dios prometiendo no engaña. Pues aquel que busca la oveja perdida (Lucas XV, 4), y sabe cuál busca, y dónde buscarla, y cómo recoger sus miembros dispersos, y reunirlos en una sola salvación, y así restaurarla para que no la pierda más. Consolémonos, por tanto, mutuamente, y en estos nuestros discursos. Puede no doler el corazón humano por un querido difunto: sin embargo, mejor cuando duele se sana el corazón humano que no doliendo se vuelve inhumano. María se adhería al Señor, y lloraba a su hermano muerto. Pero, ¿qué te sorprende que María llorara entonces, cuando el mismo Señor lloraba? Sin embargo, puede conmover a cualquiera cómo lloraba al muerto, cuando él mismo ordenaba que viviera de inmediato (Juan XI). No lloraba al muerto, a quien él mismo resucitó; sino a la muerte, que el hombre se procuró pecando. Pues si no hubiera precedido el pecado, sin duda no habría seguido la muerte. Por tanto, siguió también la muerte del cuerpo, que precedió la muerte del alma. La muerte del alma precedió al abandonar a Dios, y la muerte del cuerpo siguió al abandonar el alma. Esta la abandonó queriendo, esta fue obligada a abandonar no queriendo. Como si se le dijera: Te apartaste de aquel a quien debiste amar, apártate de aquello que amaste. Pues, ¿quién quiere morir? Absolutamente nadie: y tanto así que al bienaventurado Pedro se le dijo, Otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieres (Juan XXI, 18). Si, por tanto, no hubiera amargura en la muerte, no habría gran fortaleza en los mártires.

CAPÍTULO III.

3. Consuelo en el luto por los muertos. Por eso también el Apóstol dice, Acerca de los que duermen, no quiero que ignoréis, hermanos, para que no os entristezcáis, como los gentiles, que no tienen esperanza. No solo dice, para que no os entristezcáis; sino, para que no os entristezcáis como los gentiles, que no tienen esperanza. Pues es necesario que os entristezcáis: pero donde te entristeces, te consuele la esperanza. Pues, ¿cómo no te entristeces, donde el cuerpo que vive del alma, se convierte en inanimado, al partir el alma? El que caminaba yace, el que hablaba calla, los ojos cerrados no perciben la luz, los oídos no están abiertos a ninguna voz: todos los oficios de los miembros han cesado; no hay quien mueva los pasos para caminar, las manos para trabajar, los sentidos para percibir. ¿No es esta la casa, que no sé qué habitante invisible adornaba? Se fue quien no se veía, quedó lo que con dolor se ve. Esta es la causa de la tristeza. Si esta es la causa de la tristeza, sea esta la consolación de esta tristeza. ¿Qué consolación? Porque el mismo Señor con mandato y con voz de arcángel, y con trompeta final descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros los vivos, que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire. ¿Acaso esto también es temporal? No: sino, ¿qué es? Y así siempre estaremos con el Señor. Que perezca la tristeza, donde hay tanta consolación: que se borre el luto del ánimo, la fe expulse el dolor. En tanta esperanza no conviene que el templo de Dios esté triste. Allí habita el buen consolador, allí quien no engaña, el prometedor. ¿Por qué lloramos tanto tiempo al muerto? ¿Porque la muerte es amarga? Por ella también pasó el Señor. Que estas pocas cosas sean suficientes para vuestra Caridad: que os consuele más abundantemente quien no se aleja de vuestro corazón; sino que se digne habitar, para que también se digne transformarnos al final. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CLXXIV. Sobre las palabras del Apóstol, I Tim. Cap. I, 15, Palabra fiel y digna de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, etc. y sobre la lectura del Evangelio de Lucas, cap. XIX, 1-10, donde sobre Zaqueo. Contra los Pelagianos. Pronunciado en la basílica de Celerina, el domingo.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El advenimiento de Cristo al mundo debe entenderse en razón de la carne. Necesidad de la encarnación. Hemos oído al bendito apóstol Pablo diciendo, Palabra fiel y digna de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Por tanto, palabra fiel y digna de toda aceptación. ¿Por qué humana, y no divina? Sin duda, si esta palabra humana no fuera también divina, no sería digna de toda aceptación. Pero así como esta palabra es humana y divina, así es Cristo hombre y Dios. Si, por tanto, entendemos correctamente que esta palabra no solo es humana, sino también divina; ¿por qué el Apóstol prefirió decir humana, que divina? Sin duda, quien no mentiría si dijera divina, no sin razón prefirió decir humana. Por tanto, eligió esto, por lo cual Cristo vino al mundo. Pues vino por lo que era hombre. Pues por lo que era Dios, siempre estuvo aquí. ¿Dónde no está Dios, quien dijo, Yo lleno el cielo y la tierra (Jeremías XXIII, 24)? Cristo es ciertamente la virtud y sabiduría de Dios; de la cual se dice, Abarca de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad (Sabiduría VIII, 1). Por tanto, en este mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no lo conoció (Juan I, 10). Y aquí estaba, y vino: aquí estaba por la majestad divina, vino por la debilidad humana. Porque vino por la debilidad humana, por eso al predicar su advenimiento dijo, Palabra humana. No se liberaría el género humano, si la palabra de Dios no se dignara ser humana. Pues también se llama humano a aquel hombre, que se muestra humano, y especialmente quien recibe al hombre en su

hospitalidad. Si, por tanto, se llama humano a quien recibe al hombre en su casa, ¿cuán humano es quien en sí mismo recibió al hombre?

CAPÍTULO II.

2. La causa de la Encarnación es el pecado. La debilidad del libre albedrío se observa en Adán. El don de la gracia se percibe en Cristo. Por lo tanto, el discurso humano es digno de toda aceptación, porque Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. Atiende al Evangelio. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Si el hombre no se hubiera perdido, el Hijo del hombre no habría venido. Por lo tanto, el hombre se había perdido, vino Dios hombre, y el hombre fue encontrado. El hombre se perdió por su libre voluntad: Dios hombre vino por gracia liberadora. Preguntas qué vale el libre albedrío para el mal. Recuerda al hombre pecador. Preguntas qué vale la ayuda de Dios y hombre. Observa en él la gracia liberadora. En ninguna parte se pudo mostrar tanto cuánto vale la voluntad del hombre usurpada por el orgullo, para evitar el mal sin la ayuda de Dios; no se pudo expresar más y más claramente que en el primer hombre. Y he aquí que el primer hombre pereció, ¿y dónde estaría si no hubiera venido el segundo hombre? Porque aquel hombre, por eso también este hombre, y por eso el discurso humano. En ninguna parte aparece tan claramente la benignidad de la gracia y la liberalidad de la omnipotencia de Dios como en el hombre mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). ¿Qué decimos, hermanos míos? Hablo a los nutridos en la fe católica, o a los ganados para la paz católica. Sabemos y sostenemos que el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, en cuanto hombre era, es de la misma naturaleza que nosotros. No es de otra naturaleza nuestra carne y su carne, ni de otra naturaleza nuestra alma y su alma. Él asumió esta naturaleza, que juzgó que debía ser salvada. No tenía nada menos en la naturaleza, pero no tenía nada en culpa. Naturaleza pura, pero no solo humana. Allí estaba Dios, allí estaba el Verbo de Dios. Y así como tú eres un solo hombre, alma y carne; así también él es un solo Cristo, Dios y hombre. ¿Se atreverá entonces alguien a decir que nuestra naturaleza en ese Mediador primero mereció a Dios por libre albedrío, y así mereció ser asumida, para que fuera un solo hombre y Dios, Cristo Jesús? He aquí que nosotros podemos decir que por nuestras virtudes, por nuestras costumbres, por la conversación de nuestra vida merecimos ser hechos hijos de Dios: podemos decir, Recibimos el precepto, si lo guardamos y vivimos bien, seremos recibidos en el número de los hijos de Dios. ¿Acaso él primero vivió como hijo del hombre, y viviendo bien fue hecho hijo de Dios? De allí comenzó, y de allí comenzó, y por la ascensión fue hecho. Porque el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros. El Verbo de Dios, el único Hijo de Dios asumió el alma y la carne del hombre, no antes mereciéndolo, ni esforzándose con su propia virtud para alcanzar esa sublimidad, sino completamente gratis. Nada precedió a esa ascensión: fue hecho por la ascensión. La Virgen concibió: ¿antes de la concepción de la virgen el hombre mediador? No fue justo antes. ¿Cómo podría ser justo, quien ni siquiera existía? La Virgen concibió, y con la ascensión del hombre comenzó de allí. Con razón se dijo: Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan I, 14). Amas tu libre voluntad, dirás a tu padre: Dame la parte de la hacienda que me corresponde (Lucas XV, 12). ¿Por qué te confías a ti mismo? Mejor puede guardarte quien pudo crearte antes de que existieras. Reconoce entonces a Cristo, está lleno de gracia. Esto quiere derramar en ti, de lo que está lleno: esto te dice, Busca mis dones, olvida tus méritos; porque si yo buscara tus méritos, no vendrías a mis dones. No te ensalces, sé pequeño, sé Zaqueo.

CAPÍTULO III.

3. El hecho de Zaqueo alegóricamente. Sicomoro, la cruz de Cristo. Cruz en la frente. Pero dirás: Si fuera Zaqueo, no podría ver a Jesús por la multitud. No estés triste, sube al árbol donde Jesús colgó por ti, y verás a Jesús. ¿Y qué tipo de árbol subió Zaqueo? Sicomoro. En nuestras regiones o no nace en absoluto, o rara vez en algún lugar: pero en aquellas partes hay mucho de este tipo de árbol y fruto. Se llaman sicomoros a ciertos frutos similares a los higos: pero sin embargo difieren algo; lo que pueden saber quienes los han visto o probado. Sin embargo, según indican por la interpretación del nombre, los sicomoros se interpretan en latín como higos locos. Ahora mira a mi Zaqueo, míralo, te lo ruego, queriendo ver a Jesús en la multitud, y no pudiendo. Era humilde, la multitud era soberbia: y la misma multitud, para ver bien al Señor, como suele hacer la multitud, se impedía a sí misma: subió de la multitud, y vio a Jesús sin que la multitud lo impidiera. Porque la multitud dice a los humildes, a los que caminan por el camino de la humildad, a los que dejan sus injurias a Dios, a los que no buscan venganza de sus enemigos, la multitud insulta, y dice: Indefenso, que no puedes vengarte. La multitud impide que se vea a Jesús: la multitud se gloria y se exulta cuando puede vengarse, impide que se vea a aquel que colgando dijo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Por lo tanto, queriendo ver a este Zaqueo, en quien se figuraba la persona de los humildes, no atendió a la multitud que impedía; sino que subió al sicomoro, como al árbol de un fruto loco. Porque nosotros, dice el Apóstol, predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo: atiende al sicomoro: pero para los gentiles locura (I Cor. I, 23). De hecho, los sabios de este mundo nos insultan por la cruz de Cristo, y dicen: ¿Qué tipo de corazón tienen, que adoran a un Dios crucificado? ¿Qué tipo de corazón tenemos? No ciertamente el vuestro. La sabiduría de este mundo es locura para Dios (Id. III, 19). No tenemos ciertamente vuestro corazón. Pero decís que nuestro corazón es loco. Decid lo que queráis: nosotros subamos al sicomoro, y veamos a Jesús. Por eso vosotros no podéis ver a Jesús, porque os avergonzáis de subir al sicomoro. Que Zaqueo tome el sicomoro, que el humilde suba a la cruz. Es poco, que suba; para que no se avergüence de la cruz de Cristo, que la fije en su frente, donde está la sede de la vergüenza: allí completamente, allí en el miembro en que se avergüenza, allí se fije de donde no se avergüence. Creo que tú te burlas del sicomoro: y él me hizo ver a Jesús. Pero tú te burlas del sicomoro, porque eres hombre: pero la locura de Dios es más sabia que los hombres (Id. I, 25).

CAPÍTULO IV.

4. La necesidad de la gracia preveniente. Y el Señor vio a Zaqueo. Fue visto, y vio: pero si no hubiera sido visto, no habría visto. Porque a los que predestinó, a esos también llamó (Rom. VIII, 30). Él es quien dijo a Natanael, ya casi ayudando con su testimonio al Evangelio, y diciendo, ¿De Nazaret puede salir algo bueno? El Señor le dijo, Antes que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi (Juan I, 46, 48). Sabéis de qué se hicieron cinturones los primeros pecadores Adán y Eva. Cuando pecaron, se hicieron cinturones de hojas de higuera y cubrieron sus vergüenzas (Gén. III, 7): porque lo que les avergonzaba lo hicieron pecando. Por lo tanto, si los primeros pecadores, de quienes descendemos, en quienes perecimos, para que viniera aquel a buscar y salvar lo que se había perdido, se hicieron cinturones de hojas de higuera para cubrir sus vergüenzas; ¿qué otra cosa se dijo, Cuando estabas bajo la higuera, te vi; sino que no vendrías al purificador del pecado, si primero no te hubiera visto en la sombra del pecado? Para que viéramos, fuimos vistos; para que amáramos, fuimos amados. Mi Dios, su misericordia me precederá (Sal. LVIII, 11).

5. Recibir a Jesús en el corazón. Ya entonces el Señor, que había recibido a Zaqueo en el corazón, se dignó ser recibido en su casa: y dijo, Zaqueo, baja deprisa, porque hoy debo quedarme en tu casa. Consideraba un gran beneficio ver a Cristo. Quien consideraba un gran e inefable beneficio ver al que pasaba, de repente mereció tenerlo en su casa. Se infunde la gracia, la fe obra por el amor; se recibe a Cristo en la casa, quien ya habitaba en el corazón. Zaqueo dice a Cristo: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, lo devuelvo cuadruplicado. Como si dijera: Por eso me quedo con la mitad, no para tener, sino para devolver. Verdaderamente esto es recibir a Jesús, recibirlo en el corazón. Porque allí estaba Cristo, estaba en Zaqueo, y de él mismo se decía, lo que oía de su boca. Así dice el Apóstol: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (Efes. III, 17).

CAPÍTULO V.

6. Los que se creen sanos, enloquecen contra el médico. La sangre del médico es medicina para su asesino. Ya entonces porque Zaqueo era, porque era jefe de publicanos, porque era muy pecador; como si aquella multitud sana, que impedía ver a Jesús, se admirara, y reprendió que Jesús hubiera entrado en la casa de un pecador. Esto era reprender que el médico entrara en la casa del enfermo. Porque entonces Zaqueo fue ridiculizado como pecador, pero fue ridiculizado por los insanos sanados, el Señor respondió a los que se burlaban: Hoy ha llegado la salvación a esta casa. He aquí por qué entré, hoy ha llegado la salvación. Ciertamente si el Salvador no hubiera entrado, la salvación no habría llegado a esa casa. ¿Por qué te admiras, enfermo? Llama también tú a Jesús, no te creas sano. Con esperanza enferma, quien recibe al mendigo: desesperadamente enferma, quien por locura golpea al médico. ¿Qué clase de locura es entonces la de quien mata al médico? Pero cuánta bondad y poder del médico, que de su sangre hizo medicina para su asesino insano. Porque aquel que vino a buscar y salvar lo que se había perdido, colgando no decía en vano, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Están locos, soy médico: que se ensañen, lo soporto pacientemente; cuando me hayan matado, entonces los sanaré. Seamos entonces entre aquellos a quienes sana. El discurso humano es digno de toda aceptación, porque Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores: grandes, pequeños, para salvar a los pecadores. Vino el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que se había perdido.

CAPÍTULO VI.

7. Se prueba el pecado original. Cristo es también Jesús para los niños. Bautismo y comunión de los pequeños. Quien dice que la edad infantil no tiene nada que salvar Jesús, niega a Cristo ser Jesús para todos los niños fieles. Quien dice, digo, que la edad infantil no tiene nada que salvar Jesús en ella, no dice otra cosa que Cristo el Señor no es Jesús para los niños fieles, es decir, para los niños bautizados en Cristo. ¿Qué es Jesús? Jesús se interpreta como Salvador. Jesús es Salvador. A quienes no salva, no teniendo en ellos qué salvar, no es Jesús para ellos. Ya si vuestros corazones toleran que para algunos bautizados Cristo no sea Jesús, no sé si vuestra fe puede ser reconocida en la regla sana. Son niños, pero se convierten en sus miembros. Son niños, pero reciben sus Sacramentos. Son niños, pero participan de su mesa, para que tengan en sí vida. ¿Qué me dices, Está sano, no tiene defecto? ¿Por qué corres con él al médico, si no tiene defecto? ¿No temes que te diga, Llévate de aquí a quien crees sano? El Hijo del hombre no vino, sino a buscar y salvar lo que se había perdido. ¿Por qué lo traes a mí, si no se había perdido?

CAPÍTULO VII.

8. La razón por la que Cristo vino. Razón del nombre de Jesús. Los pequeños necesitan al Salvador. La fe de los que responden por ellos en el Bautismo debe ser recta.---El discurso humano es digno de toda aceptación, porque Cristo Jesús vino al mundo. ¿Por qué vino al mundo? Para salvar a los pecadores. No hubo otra causa por la que viniera al mundo. No lo trajeron del cielo a la tierra nuestros méritos buenos, sino los pecados. Esta es la causa por la que vino, para salvar a los pecadores. Y llamarás, dice, su nombre Jesús. ¿Por qué llamarás su nombre Jesús? Porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 21). Llamarás su nombre Jesús. ¿Por qué Jesús? ¿Cuál es la razón de este nombre? Escucha por qué: Porque él salvará a su pueblo. ¿De qué? De sus pecados. A su pueblo de sus pecados. ¿Acaso no pertenecen a este pueblo los pequeños, a quienes salvará Jesús de sus pecados? Claro que pertenecen, pertenecen, hermanos míos. Tenedlo así en el corazón, creed así, llevad a los pequeños a la gracia de Cristo con esta fe; no sea que si no tenéis esta fe en el corazón, matéis con vuestra lengua a aquellos por quienes respondéis. En verdad, hermanos, quien no corre con esta fe con el pequeño, finge. Está sano, no tiene nada malo, no tiene defecto; pero lo llevaré al médico. ¿Por qué? Porque así se suele hacer. ¿No temes que te diga el médico, Llévatelo contigo; no necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Id. IX, 12).

CAPÍTULO VIII.

9. Todos los pequeños deben ser considerados como pupilos. La regeneración es necesaria para los pequeños. Objeción contra el pecado original. Antigua regla de fe, bautizar a los pequeños. Recomendaría a vuestra Caridad la causa de aquellos que no pueden hablar por sí mismos. Todos los pequeños deben ser considerados como pupilos, incluso los que aún no han perdido a sus propios padres. Todo el número de los predestinados de los pequeños busca al pueblo de Dios un tutor, que espera al Señor salvador. El veneno golpeó a toda la masa del género humano en el primer hombre; nadie pasa del primero al segundo, sino por el sacramento del Bautismo. En los pequeños nacidos y aún no bautizados se reconoce a Adán: en los pequeños nacidos y bautizados y por eso renacidos se reconoce a Cristo. Quien no reconoce a Adán en los pequeños nacidos, tampoco podrá reconocer a Cristo en los renacidos. Pero ¿por qué, dicen, ya bautizado el hombre fiel, ya perdonado el pecado, engendra a quien está con el pecado del primer hombre? Porque lo engendra en la carne, no en el espíritu. Lo que nace de la carne, carne es (Juan III, 6). Y si nuestro hombre exterior, dice el Apóstol, se corrompe, pero el interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16). De lo que en ti se renueva, no engendras al pequeño: de lo que en ti se corrompe, engendras al pequeño. Tú naciste para no morir eternamente, y renaciste: él aún nacido, no ha renacido. Si tú vives renaciendo, deja que él también renazca y viva; deja, digo, que renazca, deja que renazca. ¿Por qué contradices? ¿Por qué con nuevas disputas intentas romper la antigua regla de fe? ¿Qué es lo que dices, Los pequeños no tienen en absoluto ni siquiera el pecado original? ¿Qué es lo que dices, sino que no se acerquen a Jesús? Pero Jesús te clama, Deja que los pequeños vengan a mí (Marc. X, 14). Convertidos al Señor, etc.

SERMO CLXXV. De las mismas palabras del Apóstol, Discurso fiel y digno de toda aceptación, etc. I Tim. cap. V V. 15, 16.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Causa de la Encarnación de Cristo. Lo que se leyó ahora del santo Evangelio, esto también dice el apóstol Pablo, cuyas palabras son estas: Discurso fiel y digno de toda aceptación, porque Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. No hubo ninguna causa para que viniera Cristo el Señor, sino para salvar a los

pecadores. Quita las enfermedades, quita las heridas, y no hay causa para la medicina. Si vino del cielo un gran médico, un gran enfermo yacía por todo el orbe de la tierra. Ese enfermo es el género humano. Pero no todos tienen fe (II Tes. III, 2). El Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Los judíos se enorgullecían, se ensalzaban, pensaban en cosas altas, se creían justos, y además acusaban al Señor que recogía a los pecadores. Por lo tanto, los que se enorgullecían y pensaban en cosas altas, fueron dejados en los montes, pertenecen a los noventa y nueve (Mat. XVIII, 12). ¿Qué significa, fueron dejados en los montes? Fueron dejados en el temor terrenal. ¿Qué significa, pertenecen a los noventa y nueve? Están a la izquierda, no a la derecha. Porque noventa y nueve se cuentan a la izquierda; añade uno, se pasa a la derecha. Por lo tanto, vino, como él mismo dice en otro lugar, Vino el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). Porque todo se había perdido: desde que pecó uno, donde estaba todo, todo pereció. Pero vino uno sin pecado, que salvaría del pecado. Pero estos, al enorgullecerse, lo que es peor, estaban enfermos, y creían estar sanos.

CAPÍTULO II.

2. Enfermedad más peligrosa de los judíos. Judíos enloquecidos contra el médico. Enferman más peligrosamente los que han perdido la mente por las fiebres. Ellos ríen, y los sanos lloran. Porque el frenético ríe; pero no está sano. Sin embargo, quien tiene la mente sana, llora al frenético que ríe. Primero, si propones estos dos, ¿Qué es mejor, reír o llorar? ¿quién no elegiría reír? De hecho, por el dolor saludable del arrepentimiento, el Señor puso el oficio en el llanto, en el risa el beneficio. ¿Cómo? Cuando dice en el Evangelio, Bienaventurados los que lloran, porque reirán (Luc. VI, 21). Por lo tanto, en el llanto está el oficio, en la risa está la recompensa de la sabiduría. Porque puso la risa por el gozo, no la carcajada, sino la exultación. Por lo tanto, si propones estos dos, y preguntas cuál de ellos es mejor, reír o llorar; todo hombre no quiere llorar, y quiere reír. Pero si añades personas a estos afectos, y así lo propones con personas, ¿Qué es mejor, reír frenético, o llorar sano? elige para sí el hombre el llanto con salud, que la risa con locura. Tanto vale la salud de la mente, que incluso con llanto se elige. Por lo tanto, estos que se creían sanos, enfermaban mucho más peligrosamente y desesperadamente; y con esa misma enfermedad con la que habían perdido la mente, incluso golpeaban al médico. Poco es, lo golpeaban: diré todo; no solo lo golpeaban, sino que también lo mataban. Pero él, incluso cuando era matado, era médico, era golpeado, y curaba; soportaba al frenético, y no abandonaba al enfermo: era retenido, era atado, era golpeado con bofetadas, recibía golpes con una caña, era ridiculizado, se le insultaba, finalmente era escuchado, era condenado, era colgado en un madero, era rodeado por todas partes con furia; y era médico.

CAPÍTULO III.

3. Cristo prepara un remedio para sus asesinos con su propia sangre. Reconoces a los frenéticos, reconoce también al médico. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Id. XXIII, 34). Ellos, con la mente perdida, actuaban con furia, y derramaban la sangre del médico al actuar con furia: pero él, incluso de su propia sangre, preparaba remedios para los enfermos. No en vano dijo verdaderamente: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. ¿Ora un cristiano y es escuchado; ora Cristo y no es escuchado? Pues quien escucha con el Padre, porque es Dios, ¿cómo no es escuchado como hombre, que se hizo por nosotros? Sin duda fue escuchado. Allí estaban, allí actuaban con furia: eran de aquellos que lo reprendían y decían: Mira, come con publicanos y pecadores (Marc. II, 16). Estaban en el mismo pueblo,

por el cual el mismo médico era asesinado, y en su sangre también se preparaba un antídoto para ellos. Pues cuando el Señor no solo derramaba su sangre, sino que también ofrecía su propia muerte para la confección del remedio; resucitó para mostrar el ejemplo de la resurrección. Sufrió con paciencia para enseñar nuestra paciencia; y en su resurrección mostró la recompensa de la paciencia. Asimismo, como sabéis, y todos confesamos, ascendió al cielo, luego de lo cual fue enviado el Espíritu Santo, prometido anteriormente. Pues había dicho a sus discípulos: Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto (Luc. XXIV, 49). Entonces vino su promesa, vino el Espíritu Santo, llenó a los discípulos, comenzaron a hablar en las lenguas de todas las naciones: en ellos se manifestaba el signo de la unidad. Pues entonces un solo hombre hablaba en todas las lenguas; porque la unidad de la Iglesia iba a hablar en todas las lenguas. Se asombraron los que escuchaban. Pues sabían que eran hombres sin instrucción, de una sola lengua; y se maravillaban y asombraban de que hombres de una sola lengua, o a lo sumo de dos, hablaran en las lenguas de todas las naciones: quedaron suspendidos en asombro, perdieron la altivez, de montes se hicieron valles. Ya si son humildes, son valles; lo que se vierte en ellos lo retienen, no lo dejan ir. Si el agua llega a una altura, corre y se derrama: si el agua llega a un lugar cóncavo y humilde, es retenida y permanece. Así eran ya ellos; se asombraban, se maravillaban, habían perdido la ferocidad.

CAPÍTULO IV.

4. Conversión de los asesinos de Cristo. Finalmente, al hablarles Pedro, se compungieron, y se cumplió en ellos lo que el Salmo había predicho: Me convertí en aflicción, cuando se clavó la espina (Sal. XXXI, 4). ¿Qué es la espina? La compunción del arrepentimiento. Así tienes también las mismas palabras de la Escritura en los Hechos de los Apóstoles: Se compungieron de corazón, y dijeron a los Apóstoles, ¿Qué haremos? ¿Por qué dijeron, ¿Qué haremos? Sabemos lo que hicimos: ¿qué haremos? En cuanto a nuestro hecho, es desesperación de salvación: que esté en vuestro consejo, si es posible, alguna esperanza de sanidad. Sabemos lo que hicimos, decidnos qué haremos. ¿Qué es lo que hicimos? No matamos a cualquier hombre; y habríamos hecho mucho mal si hubiéramos matado a cualquier hombre inocente. Elegimos a un ladrón, matamos a un inocente; elegimos a un muerto, matamos a un médico: decidnos, ¿qué haremos? Y Pedro: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; para que paséis de noventa y nueve a cien: porque cuando erais noventa y nueve, no considerabais necesaria la penitencia, y al Señor que recogía a los pecadores y quería hacerlos penitentes, además le insultabais. Ahora, pues, compungidos, porque reconocisteis vuestro pecado, arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; bautícese en su nombre a quien matasteis sin crimen: y se os perdonarán vuestros pecados. Fueron llevados a la esperanza: se dolieron, gimieron, se convirtieron, fueron sanados (Hech. II). Eran ellos mismos; Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

CAPÍTULO V.

5. Cristo ama a los pecadores para que no sean siempre pecadores. Por tanto, cada uno, amadísimos, cuando oye que el Señor Jesucristo no vino por los justos, sino por los pecadores, no ame ser pecador: no sea que diga en su corazón, Si soy justo, Cristo no me ama; si soy pecador, me ama: porque vino por los pecadores, no por los justos. Pues te responde: Si reconociste al médico, ¿por qué no temiste la fiebre? Ciertamente el médico viene al enfermo, está claro: pero el médico viene al enfermo para que no sea siempre enfermo. ¿Qué decimos entonces? ¿qué pronunciamos? ¿qué definimos? ¿Ama el médico al

enfermo, o al sano? Ama lo que quiere hacer; no lo que encuentra. Ciertamente viene al enfermo, no viene al sano: no atiendas a que viene a aquel, no viene a este; pues ama más al sano que al enfermo. Porque, para que sepáis que ama más al sano que al enfermo; ¿acaso haría lo que odia?

6. Cómo Pablo es el primero de los pecadores. Por tanto, observa al apóstol Pablo: Fiel es el dicho y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Dijo, de los cuales yo soy el primero. ¿Cómo era el primero? ¿No hubo antes de él tantos pecadores entre los judíos? ¿No hubo antes de él pecadores en el género humano? ¿No estaba antes de él entre todos los hombres nadie sujeto al pecado? ¿No fue Adán antes que él, quien primero pecó, y nos precipitó a todos en la muerte? ¿Qué significa, De los cuales yo soy el primero? ¿A los que vino, yo soy el primero? Pero ni esto es verdad. Primero fue elegido Pedro, primero Andrés (Mat. IV, 18), primero otros apóstoles; tú eres el último apóstol: ¿cómo dices, De los cuales yo soy el primero? Por tanto, el último apóstol, el primer pecador. ¿Y cómo el primer pecador? Antes de ti pecó Pedro, cuando negó tres veces al mismo Señor (Id. XXVI, 70-74). No quiero decir que si él mismo no hubiera sido encontrado pecador, no habría pasado de la izquierda a la derecha.

CAPÍTULO VI.

7. El primero de los pecadores, porque es peor que todos. ¿Qué significa entonces, De los cuales yo soy el primero? Porque soy peor que todos. Por tanto, quiso que se entendiera peor como primero. Así como en los artesanos, quienquiera que quiera construir, ¿qué dice? ¿Quién es aquí el primer constructor? ¿quién es el primer artesano? O si quiere ser curado, ¿Quién es aquí el primer médico? Ciertamente no pregunta quién es el primero en edad, o quién es el primero en profesión; sino quién es el primero en habilidad. Así como ellos son los primeros en habilidad, así este es el primero en iniquidad. ¿Por qué Pablo es el primero en iniquidad? Recordad a Saulo, y lo encontraréis. Observáis a Pablo, habéis olvidado a Saulo: observáis al pastor, habéis olvidado al lobo. ¿No es él quien, para lapidar a Esteban, no le bastaba una mano, y guardaba las vestiduras de otros? ¿No es él quien perseguía a la Iglesia por todas partes? ¿No es él quien había recibido cartas de los príncipes de los sacerdotes? Porque le parecía poco perseguir a los cristianos que estaban en Jerusalén; sino que quería ir a otros lugares, donde los encontrara, y atarlos, y llevarlos para ser castigados. ¿No es él quien, mientras viajaba respirando y anhelando muertes, fue golpeado desde el cielo, y escuchó la voz del Señor para su salvación, fulminado? Mientras caminaba, fue derribado; para que viera, fue cegado. Por tanto, él es quien era el primer perseguidor, no hubo peor que él.

CAPÍTULO VII.

8. Conversión de Pablo. Escuchad para que entendáis más. El mismo Señor Cristo hablaba a Ananías, ya derribado, ya levantado: y le decía, Ve a esa calle, allí encontrarás a Saulo de Tarso de Cilicia, háblale. Porque ha visto a un hombre, Ananías, entrando a él, y bautizándolo. Él escuchó el nombre de Saulo, y tembló en las manos del mismo médico. Pero lo que es más dulce, de dónde era llamado Saulo, creo que recordáis, y para aquellos que no recuerdan, lo mencionaré. Saúl era aquel perseguidor de David. En David estaba Cristo, en David se prefiguraba a Cristo, en Saúl se prefiguraba a Saulo: como si David dijera a Saúl desde el cielo, Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Ananías se interpreta como Oveja: el pastor hablaba a la oveja, y la oveja temía al lobo. Tan grande era la fama de este lobo que no se consideraba segura la oveja, ni siquiera en las manos del pastor. Y el Señor le dijo, como a una oveja temblorosa. Pues cuando escuchó esto, dijo: Señor, he oído de este hombre cuántos

males ha hecho a tus santos en Jerusalén, y ahora se dice que ha recibido cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que a quienes encuentre, los lleve atados. ¿A dónde me envías? ¿una oveja al lobo? Pero él no escuchó esta excusa. Pues ya había dicho a sus pocas ovejas: He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos (Mat. X, 16). Si las ovejas fueron enviadas en medio de lobos, ¿por qué temes ir, Ananías, a quien ya no es lobo? Temías al lobo: pero te responde el Señor tu Dios, Del lobo hice una oveja; hago de la oveja un pastor.

CAPÍTULO VIII.

9. El arte del médico Cristo recomendado en la curación de Pablo. ¿Cómo entonces el mismo Saulo, después Pablo, se regocija de haber alcanzado la misericordia de Dios, porque fue encontrado el primero, es decir, excelente en pecados: Y sin embargo, alcancé misericordia, para que en mí mostrara Cristo Jesús toda su longanimidad, para aquellos que han de creer en él para vida eterna: para que todos digan a sí mismos, Si Pablo fue sanado, ¿por qué yo desespero? Si de un médico tan grande un enfermo tan desesperado fue sanado, ¿por qué no aplicaré mis heridas a esas manos? ¿por qué no apresurarme a esas manos? Para que los hombres dijieran esto, por eso Saulo fue hecho apóstol de perseguidor (Hech. VII-IX). Porque donde viene el médico, busca allí a alguien desesperado, y lo sana: y si encuentra a alguien muy pobre, sin embargo, encuentra a alguien desesperado; no busca allí una recompensa, sino que recomienda su arte. Diré entonces lo que había comenzado. ¿Cómo entonces Saulo se regocija de haber sido asumido y sanado por Cristo, porque era pecador, y no dijo, Permaneceré en el pecado, porque Cristo vino por mí, no por el justo: así también tú, que habías oído que Cristo vino por los pecadores, no te duermas en un lecho dulce; sino escucha al mismo Pablo diciendo, Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo (Efe. V, 14). No ames el lecho del pecado. Todo su lecho lo volviste en su enfermedad (Sal. XL, 4), se dijo antes. Levántate, sé sano, ama la salud, y no vuelvas a ir por soberbia de la derecha a la izquierda, del valle al monte, de la humildad a la hinchazón. Cuando hayas sido sanado, es decir, cuando comiences a vivir justamente, atribúyelo a Dios, no a ti. Pues no te salvaste alabándote a ti mismo; sino pronunciando en contra de ti. Pues si te alabas a ti mismo por soberbia, enfermarás más gravemente. Porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Luc. XVIII, 14). Convertidos al Señor, etc.

SERMON CLXXVI. De tres lecturas del Apóstol, I Tim. cap. I, 15, 16, Fiel es el dicho y digno de toda aceptación, etc. Salmos XCIV, 6, 2, Venid, adoremos y postrémonos ante él, etc., y del Evangelio de Lucas, cap. XVII, 12-19, donde se trata de los diez leprosos limpiados por el Señor. Contra los Pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Lecturas y cantos en la Iglesia. De las lecturas divinas que el Señor se digna advertirnos, escuchad atentos, hermanos, él dando, yo ministrando. Escuchamos la primera lectura del Apóstol: Fiel es el dicho y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por eso alcancé misericordia, para que en mí mostrara Cristo Jesús toda su longanimidad, para instrucción de aquellos que han de creer en él para vida eterna. Esto hemos percibido de la lectura apostólica. Luego cantamos el Salmo, exhortándonos mutuamente, con una sola voz, un solo corazón diciendo, Venid, adoremos y postrémonos ante él, y lloremos ante el Señor que nos hizo: y allí anticipemos su rostro en confesión, y en salmos jubilemos ante él. Después de esto, la lectura evangélica nos mostró a diez leprosos limpiados, y a uno de ellos, extranjero, dando gracias a

su limpiador. Estas tres lecturas, cuanto podamos por el tiempo, tratémoslas, diciendo poco de cada una; y cuanto podamos esforzarnos, con la ayuda del Señor, no deteniéndonos en alguna de ellas de tal manera que impidamos a las otras dos.

CAPÍTULO II.

2. Acción de gracias debida por todos al médico. Pecado original en los niños. Los obispos tutores de los huérfanos. El Apóstol nos propone el conocimiento de la acción de gracias. Recordad lo que resuena en la última lectura evangélica, cómo Jesús el Señor alaba al que da gracias, reprueba a los ingratos, limpiados en la piel, leprosos en el corazón. ¿Qué dice entonces el Apóstol? Fiel, dice, es el dicho y digno de toda aceptación. ¿Cuál es este dicho? Que Cristo Jesús vino al mundo, ¿Para qué? Para salvar a los pecadores. ¿Y tú? De los cuales yo soy el primero. Quien dice, o No soy pecador, o No fui, es ingrato al Salvador. Ningún hombre en esta masa mortal que fluye de Adán, ningún hombre en absoluto no está enfermo, ninguno ha sido sanado sin la gracia de Cristo. ¿Qué de los niños pequeños, si están enfermos por Adán? Pues también ellos son llevados a la Iglesia: y si no pueden correr allí con sus pies, corren con los pies de otros, para ser sanados. La madre Iglesia les presta los pies de otros para que vengan, el corazón de otros para que crean, la lengua de otros para que confiesen: para que, puesto que están enfermos por el pecado de otro, así cuando son sanos, por la confesión de otro sean salvados. Nadie, pues, os susurre doctrinas ajenas. Esto la Iglesia siempre ha tenido, siempre ha mantenido: esto ha recibido de la fe de los mayores; esto lo guarda perseverantemente hasta el fin. Porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. ¿Qué necesidad tiene entonces el niño de Cristo, si no está enfermo? Si está sano, ¿por qué busca al médico por medio de quienes lo aman? Si cuando se llevan a los niños, se dice que no tienen ningún pecado de la propagación, y vienen a Cristo; ¿por qué no se les dice en la Iglesia a quienes los traen, Llevad de aquí a estos inocentes: no necesitan médico los sanos, sino los que están mal; no vino Cristo a llamar a justos, sino a pecadores (Mat. IX, 12, 13)? Nunca se ha dicho: pero tampoco se dirá jamás. Por tanto, cada uno lo que pueda, hermanos, hable por aquel que no puede hablar por sí mismo. Se encomiendan grandemente a los obispos los patrimonios de los huérfanos, ¿cuánto más la gracia de los pequeños? El obispo protege al huérfano, para que no sea oprimido por extraños tras la muerte de sus padres. Clame más por el pequeño, a quien teme que sea asesinado por sus padres: clame con el Apóstol, Fiel es el dicho y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo, por ninguna otra causa, sino para salvar a los pecadores. Quien viene a Cristo, tiene algo que en él sea sanado: quien no tiene, no hay razón para que sea ofrecido al médico. Que los padres elijan uno de dos: o confiesen que en sus pequeños se sana el pecado, o dejen de ofrecerlos al médico. Esto no es otra cosa que querer ofrecer al médico a alguien sano. ¿Qué ofreces? ¿A quién bautizar? ¿A un niño? ¿A quién ofreces? ¿A Cristo? ¿A él ciertamente que vino al mundo? Sí, dice. ¿Por qué vino al mundo? Para salvar a los pecadores. Entonces, ¿a quién ofreces, tiene algo que en él sea salvado? Si dices, Tiene; confesando lo borras: si dices, No tiene; negando lo mantienes.

CAPÍTULO III.

3. Cómo Pablo es el primero de los pecadores. ---Para salvar a los pecadores, dice, de los cuales yo soy el primero. ¿Antes de Pablo no había pecadores? Ciertamente incluso el mismo Adán antes que todos, y la tierra llena de pecadores destruida por el diluvio, y después cuántos más. ¿Dónde es verdad, yo soy el primero? Se llamó a sí mismo primero, no en el orden de los pecadores, sino en la magnitud del pecado. Consideró la magnitud de su pecado, de donde se llamó a sí mismo el primero de los pecadores; así como se dice entre los

abogados, por ejemplo, primeros: este es el primero, no porque tenga más años desde que litiga; sino porque desde que comenzó, ha superado a los demás. Que el Apóstol diga entonces en otro lugar de dónde es el primero de los pecadores: Yo, dice, soy el último de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Nadie más feroz entre los perseguidores: por tanto, nadie más primero entre los pecadores.

CAPÍTULO IV.

4. En la curación de Pablo se trajo esperanza de salvación a los desesperados. — Pero, dice, he alcanzado misericordia. Y explica la razón por la cual ha alcanzado misericordia: Para que en mí, dice, Cristo Jesús mostrara toda su longanimidad, como ejemplo para aquellos que habrían de creer en Él para vida eterna. Cristo, dice, dispuesto a perdonar a los pecadores que se convierten a Él, incluso a sus enemigos, me eligió primero a mí, el enemigo más acérrimo; de modo que al sanarme a mí, nadie desesperara por los demás. Los médicos hacen esto: cuando llegan a lugares donde son desconocidos, eligen primero a los desesperados para curarlos; para que en ellos ejerzan benevolencia y recomienden su doctrina; para que cada uno en ese lugar diga a su vecino: Ve a ese médico, ten confianza, te sanará. Y aquel dirá: ¿Me sanará a mí? ¿No ves lo que sufro? Yo sé algo similar: lo que tú padeces, yo también lo padecí. Así dice Pablo a cada enfermo, y a quien quiera desesperar de sí mismo: Quien me curó, me envió a ti, y me dijo: Ve a aquel que desespera, y dile qué tenías, qué sané en ti, cuán rápido te sané. Te llamé del cielo, con una voz te golpeé y derribé, con otra te levanté y elegí, con una tercera te llené y envié, con una cuarta te liberé y coroné (Hechos IX). Ve, di a los enfermos, clama a los desesperados: Fiel es el dicho, y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. ¿Qué temen? ¿Por qué tiemblan? De los cuales yo soy el primero. Yo, dice, les hablo a ustedes, sano a los enfermos, de pie a los caídos, seguro a los desesperados. Por eso he alcanzado misericordia, para que en mí Cristo Jesús mostrara toda su longanimidad. Soportó mi enfermedad por mucho tiempo, y así la quitó; como un buen médico soportó pacientemente al frenético, me soportó golpeándolo, me concedió ser golpeado por Él. Mostró, dice, toda su longanimidad en mí, como ejemplo para aquellos que habrían de creer en Él para vida eterna.

CAPÍTULO V.

5. Nuestra salvación proviene de Dios, no de nosotros. Beneficios de la gracia. Doble confesión. No desesperen, entonces. Están enfermos, acérquense a Él y sean sanados; están ciegos, acérquense a Él y sean iluminados. Y los que están sanos, denle gracias; y los que están enfermos, corran a Él para ser sanados: digan todos, Vengan, adoremos y postrémonos ante Él, y lloremos ante el Señor que nos hizo, tanto hombres como salvos. Pues si Él nos hizo hombres, y nosotros mismos nos hicimos salvos; hicimos algo mejor que Él. Porque mejor es el hombre salvo que cualquier hombre. Si, entonces, Dios te hizo hombre, y tú te hiciste buen hombre; lo que tú hiciste es mejor. No te exaltes sobre Dios: sométete a Dios, adora, postérnate, confiesa a Aquel que te hizo: porque nadie recrea, sino quien crea; nadie restaura, sino quien hizo. Esto también en otro salmo: Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos (Salmo XCIX, 3). Ciertamente, cuando te hizo, no tenías qué hacer: pero cuando ya eres, tienes también tú mismo qué hacer; corre al médico, implora al médico, que está en todas partes. Y para que imploraras, Él despertó tu corazón, y te concedió poder implorar; porque Dios es, dice, quien obra en ustedes tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses II, 13). Porque para que tuvieras buena voluntad, su llamado te precedió.

Clama, Dios mío, su misericordia me precederá (Salmo LVIII, 11). Para que existieras, para que sintieras, para que oyeras, para que consintieras, su misericordia te precedió. Te precedió en todo: precede tú también en algo su ira. ¿En qué, preguntas, en qué? Confiesa que todo lo bueno que tienes lo tienes de Dios, y lo malo de ti. No desprecies a Él en tus bienes, ni te alabes a ti mismo; no acuses a Él en tus males, ni te excuses a ti mismo: esa es la verdadera confesión. Aquel que en tantos bienes te precedió, vendrá a ti, y examinará sus dones y tus males; cómo has usado su bien, te examina. Por tanto, porque en todos estos dones te precedió, mira en qué tú precedas su rostro venidero: escucha el Salmo, Precedamos su rostro con confesión. Precedamos su rostro: antes de que venga, sea propicio; antes de que esté presente, sea aplacado. Tienes un sacerdote por medio del cual puedes aplacar a tu Dios, y Él mismo con el Padre es Dios para ti, quien es hombre por ti. Así jubilarás en los Salmos, precediendo su rostro con confesión. Júbilo en el Salmo: precediendo su rostro con confesión, acúsate; jubilandos en el Salmo, alábalo. Acusándote a ti, y alabándolo a Él que te hizo; vendrá quien murió por ti, y te vivificará.

CAPÍTULO VI.

6. Doctrina variada e inconstante, lepra de la mente. Mantengan esto, persistan en esto. Que nadie varíe, que nadie sea leproso. La doctrina inconstante, que no tiene un solo color, significa la lepra de la mente: y Cristo limpia esta. Tal vez en algo has variado, y has reflexionado, y has cambiado tu opinión para mejor; y lo que era variado, se ha hecho de un solo color. No te atribuyas a ti mismo, no seas como los nueve que no dieron gracias. Uno dio gracias: los demás eran judíos: aquel era extranjero, significaba a las naciones extranjeras, ese número dio a Cristo las décimas. A Él le debemos lo que somos, lo que vivimos, lo que entendemos: que somos hombres, que hemos vivido bien, que hemos entendido correctamente, a Él se lo debemos. Nada nuestro, sino el pecado que tenemos. ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Ustedes, entonces, especialmente los que saben qué escuchan, curados de la enfermedad, limpios de la variedad, eleven su corazón y den gracias a Dios.

SERMON CLXXVII. Sobre las palabras del Apóstol, Nada trajimos a este mundo, y tampoco podemos llevarnos nada, etc. I Tim. cap. VI, V. 7-19.

1. La avaricia es condenada con palabras por todos, no con hechos. La proposición de nuestro sermón, la lectura apostólica. Nada, dice, trajimos a este mundo, y tampoco podemos llevarnos nada: teniendo sustento y abrigo, contentémonos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y en lazo, y en muchos deseos nocivos, que hundan a los hombres en destrucción y perdición. Porque la raíz de todos los males es la avaricia: la cual algunos, al desearla, se han desviado de la fe, y se han traspasado a sí mismos con muchos dolores. Es una cosa digna que los haga atentos a escuchar, y a nosotros dispuestos a hablar. Con estas palabras se presenta ante nuestros ojos la avaricia: se acusa, no se defiende; más bien, acusada, sea condenada, para que su defensor no sea condenado con ella. Sin embargo, no sé de qué manera la avaricia actúa en los corazones de los hombres, de modo que todos, o para ser más veraz y cauteloso, casi todos la constituyen culpable con palabras, y con hechos quieren tenerla acogida. Muchos han dicho muchas cosas, grandes, graves y verdaderas sobre ella; poetas, historiadores, oradores, filósofos, y toda clase de letras y profesiones han dicho mucho sobre la avaricia. Sin embargo, es grande no tenerla, y mucho más es no tenerla, que no callar sobre sus vicios.

2. La doctrina cristiana sobre la avaricia que debe evitarse. Pero, ¿cuál es la diferencia entre los filósofos, por ejemplo, que acusan la avaricia, y los Apóstoles que acusan la misma? ¿Cuál es la diferencia? Si prestamos atención, aprendemos algo que es propio solo de la escuela de Cristo. He aquí lo que acabo de mencionar, Nada trajimos a este mundo, ni podemos llevarnos nada: teniendo sustento y abrigo, contentémonos con esto, muchos lo han dicho. También esto, La raíz de todos los males es la avaricia, hubo quienes lo dijeron. Lo que sigue, ninguno de ellos lo dijo: Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas; sigue la justicia, la fe, la caridad, con aquellos que invocan el nombre del Señor con un corazón puro. Ninguno de ellos dijo tales cosas. Está lejos de los que hacen ruido con sus bocas la solidez de la piedad. Por lo tanto, queridos, ya que hay quienes fuera de nuestra sociedad han acusado y despreciado la avaricia; no nos parezcan grandes ni hombres de Dios, por eso, Pero tú, hombre de Dios. Si de alguna manera se compararan, primero debemos discernir y mantener que hacemos lo que hacemos por Dios. Porque si se trae el verdadero culto a Dios, cualquier amante de la avaricia es reprobado. Sin embargo, la regla de la piedad debe infundirnos mayor cuidado. Es vergonzoso, y demasiado vergonzoso y doloroso, si los adoradores de ídolos son encontrados como domadores de la avaricia, y el adorador del único Dios es subyugado por la avaricia, y se convierte en esclavo de la avaricia, cuyo precio es la sangre. El Apóstol añadió, y dijo a Timoteo: Te encargo delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús que dio testimonio ante Poncio Pilato, la buena confesión (esto está lejos de ellos, mira), que guardes el mandamiento sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo: el cual a su debido tiempo mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de reyes y Señor de señores; quien solo tiene inmortalidad y habita en luz inaccesible; a quien ningún hombre ha visto ni puede ver; a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Hemos sido hechos de esta familia, hemos sido adoptados en esta familia; somos hijos de Él no por nuestros méritos, sino por su gracia. Es demasiado grave y demasiado horrible que la avaricia nos retenga en la tierra; cuando le decimos, Padre nuestro, que estás en los cielos (Mat. VI, 9), cuyo deseo hace que todo sea vil; ni nacieron para nosotros las cosas entre las que nacimos, porque por Él hemos renacido. Que estas cosas sean para el uso de la necesidad, no para el afecto de la caridad: sean como el establo del viajero, no como la propiedad del poseedor. Refréscate, y sigue adelante. Estás en un viaje, presta atención a quién has llegado; porque grande es quien ha venido a ti. Al partir de esta vida, haces lugar para el que viene: esta es la condición del establo: cedes, para que otro acceda. Pero si deseas llegar al lugar más seguro, que Dios no se aleje de ti, a quien decimos, Me has guiado por las sendas de tu justicia, por amor de tu nombre (Salmo XXII, 3): no por mi mérito.

3. Las necesidades de este viaje de la vida deben tenerse sin codicia. Por lo tanto, es diferente el viaje de la mortalidad, y el viaje de la piedad. El viaje de la mortalidad es común; porque allí caminan todos los nacidos: allí, solo los renacidos. A eso pertenece nacer, crecer, envejecer, morir. Por esto es necesario el sustento y el abrigo. Que sean suficientes los gastos de este viaje. ¿Por qué te cargas? ¿Por qué llevas tanto en un camino breve, no para ayudar a terminar este camino, sino para que más bien te cargues más pesadamente para terminar este camino? Es realmente asombroso lo que deseas que te suceda: te cargas, llevas mucho, te oprime en este camino el dinero, y en este camino te oprime la avaricia. Porque la avaricia es la inmundicia del corazón. No te llevas nada de este mundo, que amaste: pero te llevas el vicio que amaste. Si amas el mundo persistentemente; quien hizo el mundo, no te encuentra puro. Si, entonces, para el uso temporal el dinero moderado es el viático, en ese fin establecido que está escrito, Sin amor, dice, al dinero, el modo suficiente es para lo presente (Hebreos XIII, 5). Mira ante todo lo que ha prefigurado: Sin amor, dice: así extiende la mano, para que el corazón se libere de ello. Porque si deseas atar el corazón al dinero por amor, te insertas en muchos dolores: y ¿dónde estará, Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas?

Porque no dijo, Deja, y abandona; sino, Huye como de un enemigo. Buscabas huir con oro, huye del oro: que tu corazón huya, y sea tu siervo. Que no haya codicia, pero que no falte la piedad; hay algo que hacer con el oro, si eres el señor del oro, no su siervo. Si eres el señor del oro, haces con él lo que es bueno: si eres su siervo, hace de ti lo que es malo. Si eres el señor del oro, el vestido de ti alaba al Señor: si eres el siervo del oro, el despojado de ti blasfema. Pero te hace siervo la codicia, libre la caridad. Eres siervo, si no huyes. Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas. En este caso, si no quieres ser siervo, sé fugitivo.

4. Las riquezas interiores deben buscarse. Has escuchado qué debes huir, tienes también qué seguir. Porque no huyes en vano, ni dejas así sin alcanzar. Sigue, entonces, la justicia, la fe, la piedad, la caridad. Que estas te hagan rico. Que estas riquezas estén dentro: el ladrón no se acerca a ellas, a menos que la mala voluntad le dé lugar. Protege el arca interior, es decir, la conciencia. Estas riquezas no te las puede quitar el ladrón, ni cualquier enemigo poderoso, ni el enemigo invasor o bárbaro, ni siquiera el naufragio, de donde si sales desnudo, sales lleno. Porque no estaba realmente vacío, aunque exteriormente parecía no tener nada, quien decía: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I, 21). Esta plenitud es digna de alabanza, grandes riquezas; vacío de oro, lleno de Dios; vacío de toda facultad transitoria, lleno de la voluntad de su Señor. ¿Por qué buscan el oro con tantos trabajos y peregrinaciones? Amen estas riquezas, y ahora llénense: la fuente de ellas no está oculta, si el corazón está abierto: la llave de la fe abre el corazón, y lo abre y limpia donde lo pongas. No te parezca estrecho: tus riquezas, tu Dios; cuando entró, Él mismo lo ensanchó.

5. La excusa inadecuada de quienes quieren acumular tesoros aquí. Sursum cor. Entonces, Sin amor al dinero, el modo suficiente es para lo presente: ¿por qué para lo presente? porque, Nada trajimos a este mundo, ni podemos llevarnos nada: por eso para lo presente, no para lo futuro. Pero, ¿qué engaña al hombre en el cálculo de la avaricia? ¿Qué, si vivo mucho tiempo? Quien da la vida, da de dónde se sustente la vida. Finalmente, que haya ingresos, ¿por qué se busca también el tesoro? Algo regresa del negocio, algo regresa del arte, algo regresa del precio: que sea suficiente, no se acumule; para que donde pongas tu tesoro, allí permanezca también tu corazón, y para que esté arriba, en vano escuches, y falsamente respondas. Porque cuando respondes a esa palabra sacratísima y suscribes con tu voz, ¿no te acusa desde dentro tu corazón? Aunque tu corazón esté presionado y oprimido, ¿no te dice desde dentro, Me pones bajo tierra, por qué mientes? ¿No te dice entonces: ¿No estoy allí, donde está tu tesoro? Entonces mientes. ¿O acaso miente Aquel que dijo: Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mat. VI, 21)? Tú dices: No estará allí. La Verdad dice: Estará allí. Pero no estará allí, porque no amo. Prueba con hechos. No amas, pero eres rico. Bien te das cuenta, y te distingues: te distingues de aquel que es rico, de aquel que quiere ser rico. Entre ser rico, y querer ser rico, no se puede negar una justa distinción. Allí está la facultad, aquí la codicia.

6. La codicia de las riquezas es insaciable. Porque el mismo Apóstol no dice, Los que son ricos; sino, Los que quieren enriquecerse, caen en tentación y lazo, y en muchos deseos nocivos: queriendo ser, no siendo. Por eso dice, deseos. Porque el deseo es en el hombre, por el cual quiere llegar. Porque nadie desea lo que tiene. La avaricia es insaciable; sin embargo, en los mismos que tienen mucho, no se debe llamar deseo a lo que tienen, sino a lo que quieren añadir. Tiene esta villa, desea tener también aquella que no tiene; pero cuando la tenga, deseará otra; sin embargo, no deseará lo que tuvo, sino lo que no tuvo. Queriendo, entonces, ser rico, desea, arde, tiene sed; y como en la enfermedad de la hidropesía, cuanto más bebe, más sed tiene. Esta semejanza es maravillosa en la enfermedad del cuerpo, el avaro

en el corazón es completamente un hidrópico. Porque el hidrópico en la carne, está lleno de humor, pelagra por el humor, y no se sacia de humor: así el hidrópico en el corazón, cuanto más tiene, más necesita. Cuando tenía menos, quería menos, se alegraba con menos, se regocijaba con pequeños bocados: porque se ha llenado, se ha hecho distendido, se ha hecho abundantísimo de herencia. Bebe diariamente, viene y tiene sed. Si tengo esto, podré aquello; poco puedo, porque poco tengo. Cuando también tengas esto, más tienes que querer: la necesidad ha aumentado, no el poder.

7. Si las riquezas se poseen sin avaricia, no son censurables. El pobre debe evitar el deseo de riquezas. El rico debe evitar la soberbia. Pero no amo, dices, lo que tengo, para tener el corazón elevado. Estoy de acuerdo; si no amas, tu corazón puede estar elevado. ¿Por qué no habría de estar elevado un corazón libre? Pero examina si realmente no amas, confíesatelo a ti mismo fielmente, no acusado por mí, sino interrogado por ti mismo. Claramente, dices, no amo: soy rico, pero ya lo soy, no quiero serlo, para no caer en tentación y en lazo, y en muchos deseos nocivos que hundan al hombre en la perdición. Un mal grave, horrendo, peligroso, destructivo. Ya soy rico, dices, no quiero serlo. Ya eres rico, ya dices, no quieres serlo. No, dices. Si no lo fueras, ¿no querrías serlo? No querría, dices. Entonces, ya que lo eres, y la palabra de Dios te encontró rico por fuera, te hizo rico por dentro; acepta lo que se dice a los ricos. Pues lo que se decía con estas palabras, Nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos: teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación, y demás. Los que quieren, dice, enriquecerse; como si se hablara a los pobres. ¿Estas palabras del Apóstol te encontraron pobre? Dilo, y eres rico: di en el corazón desde el corazón, Nada traje a este mundo, y nada puedo llevarme: teniendo sustento y abrigo, estoy contento con esto. Porque si quisiera enriquecerme, caería en tentación y lazo. Di, y permanece donde fuiste encontrado. No te metas en muchos dolores; no sea que cuando quieras despojarte, te desgaren. Pero, ¿fuiste encontrado rico? Hay otras palabras que recitamos: no piense que no se dijo nada para él quien fue encontrado rico. A Timoteo le dice, el mismo Apóstol le dice, pero le dice a Timoteo, que era pobre: Timoteo era pobre, como Pablo. ¿Qué le dirá entonces a Timoteo sobre esto, a un hombre pobre, que concierne a aquellos que fueron encontrados ricos? Escucha qué: Manda, dice, a los ricos de este mundo: porque hay también ricos de Dios; y verdaderamente ricos no son sino los ricos de Dios, como lo era el mismo Pablo, quien dijo, Porque he aprendido a contentarme con lo que tengo (Filipenses IV, 11). Pero al avaro no le basta. Por tanto, Manda, dice, a los ricos de este mundo. ¿Qué les diré? ¿No quieran ser ricos? Ya fueron encontrados ricos: escuchen lo que se les dijo, donde está la cabeza, no sean altivos. Aún se tienen riquezas, y se aman mucho. Se recoge el nido de la soberbia, donde se nutre y crece; lo que es peor, no querrá, sino que permanecerá. Por tanto, ante todo, no sean altivos. Que entienda, que sea sabio, que piense que es mortal, y los pobres mortales sus iguales. Porque la tierra recibió a ambos desnudos, la muerte espera a ambos, la fiebre no teme a ninguno. El pobre la tiene en su lecho de tierra, pero ni el rico la asusta en su lecho de plata. Por tanto, Manda a los ricos de este mundo, no sean altivos. Reconozcan a sus pobres: los pobres son hombres y hombres; diferente vestimenta, pero igual piel: y si el rico muerto es embalsamado con aromas, no será que no haya putrefacción, sino tardía; se pudre más tarde, ¿acaso no se pudre? Pero supongamos que no ambos se pudren: ¿acaso no ambos no sienten? Manda a los ricos de este mundo no ser altivos. No sean altivos; y verdaderamente serán tales como quieren parecer ser; poseerán sin amor, no serán poseídos.

8. No se debe poner la esperanza en las riquezas. Disfrutar y usar. Pero mira lo que sigue: No sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas. Amas el oro; haz, si

puedes, que sea seguro, para que no temas perderlo. Has acumulado bienes; date, si puedes, seguridad. Ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas. Quitá de ahí la esperanza, donde la has fijado. Pero en el Dios vivo. Ahí fija la esperanza, ahí el ancla de tu corazón, para que la tempestad del mundo no te arranque de ahí: en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para disfrutarlas. Si todas las cosas, ¿cuánto más a sí mismo? Y verdaderamente para disfrutar él mismo será para nosotros todo. Pues no me parece que se diga, Que nos dio todas las cosas abundantemente para disfrutarlas, sino a sí mismo. Parece que es diferente usar y disfrutar. Usamos por necesidad, disfrutamos por placer. Por tanto, estas cosas temporales las dio para usarlas, a sí mismo para disfrutar. Si entonces a sí mismo, ¿por qué se dijo todas las cosas, sino porque está escrito, Para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28)? Por tanto, ahí el corazón para disfrutar, para que esté elevado el corazón. Desátate de aquí, pero átate allá: es peligroso para ti permanecer sin vínculo en estas tentaciones.

9. Al hombre le basta solo Dios. Crimen y castigo de la avaricia.---No pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas: no obstante, no en ninguna parte; sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas abundantemente para disfrutarlas. ¿Qué tan todo, como quien hizo todo? Pues no habrían sido hechas todas estas cosas por él, si no las conociera. ¿Quién se atrevería a decir, Esto hizo Dios, lo que no conocía? Lo que conocía hizo. Por tanto, lo tenía antes de hacerlo: pero lo tenía de maneras maravillosas, no como lo hizo, como hizo las cosas temporales y pasajeras, sino como lo hace un artífice. Tiene dentro lo que obra fuera. Ahí, por tanto, están todas las cosas principales, inmortales, inagotables, permanentes, y él mismo Dios todo en todos: pero a sus santos él mismo será todo en todos. Por tanto, él solo basta, él solo basta, de quien se dijo, Muéstranos al Padre, y nos basta. Pero, Tanto tiempo, dice, he estado con vosotros, y no me habéis conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 8, 9). Todo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Con razón él solo basta. Si somos avaros, amémoslo a él. Si deseamos riquezas, solo él nos podrá saciar de quien se dijo, Que sacia de bienes tu deseo (Salmo CII, 5). ¿Esto no le basta al pecador? ¿Este bien tan grande no le basta al pecador? Queriendo tenerlo todo, perdió más todo: porque, La raíz de todos los males es la avaricia. Con razón increpa por el profeta al alma pecadora y fornicadora de él, y dice: Pensaste que si te apartabas de mí, tendrías algo más. Pero como aquel hijo menor, he aquí que alimentaste cerdos (Lucas XV, 15): he aquí que perdiste todo; he aquí que quedaste necesitado, y tarde cansado regresaste. Ya entiende que lo que el padre te daba, él mismo lo guardaba más seguro. Pensaste que si te apartabas de mí, tendrías algo más. Oh alma pecadora y llena de fornicaciones, hecha vil, hecha descolorida, hecha inmunda, y así amada! Vuelve, pues, al hermoso, para que vuelvas a la hermosura: vuelve, y dile a aquel que solo te basta: Has destruido a todo el que se aparta de ti. ¿Qué, pues, basta, sino lo que sigue, Pero para mí, el acercarme a Dios es el bien (Salmo LXXII, 27, 28)? Por tanto, el corazón elevado, no en la tierra, no en el tesoro más mentiroso, no en el lugar de putrefacción. Porque la raíz de todos los males es la avaricia. Y en el mismo Adán la raíz de todos los males fue la avaricia. Pues quiso más de lo que recibió, porque Dios no le bastó.

10. Las riquezas deben ser gastadas en obras piadosas. Con las riquezas se debe comprar la verdadera vida. ¿Qué, pues, harás con lo que tienes, rico, atiende. Ya no eres altivo: bien. No esperas en la incertidumbre de las riquezas, sino que esperas en el Dios vivo, que nos da todas las cosas abundantemente para disfrutarlas: laudablemente. No seas, pues, perezoso en lo que sigue. Sean ricos en buenas obras. Veamos esto; y lo que no vemos, creamos. Decías, Tengo oro, pero no amo: pero no amar es algo interno; si merezco algo de ti, pruébalo también a mí; lo que no escondes a tu Dios, pruébalo a tu hermano. ¿De dónde, dices, lo probaré? De lo que sigue, Sean ricos en buenas obras, que den con facilidad. Para esto sé

rico, para que des con facilidad. Pues el pobre quiere dar, y no puede: en él hay dificultad, en ti facilidad. Que te aproveche ser rico, porque cuando quieras hacer, inmediatamente haces. Que den con facilidad, que compartan. ¿Acaso pierden? Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro. Y para que no deseemos también allí el oro y la plata y las propiedades, y lo que parece hermoso en las posesiones de los hombres, cuando se nos dice, Trasládense allí, pongan su tesoro allí: nos advirtió contra los pensamientos carnales, y añadió, Para que tomen la verdadera vida: no el oro, que quedó en la tierra, no las posesiones de putrefacción, no los bienes pasajeros, sino la verdadera vida. De alguna manera, pues, migramos, cuando esto pasa allá, ni tendremos allí lo que transferimos de aquí. De alguna manera nuestro Señor Dios quiere que seamos comerciantes, hace un intercambio con nosotros; lo que abunda aquí damos, lo que abunda allí recibimos: como muchos hacen comercio de mercancías, dan algo en un lugar, y donde llegan reciben otra cosa. Por ejemplo, dice a su amigo, Toma aquí de mí oro, y dame en África aceite: y migra y no migra; ya ha recibido lo que desea. Tal es este intercambio, como, hermanos míos, nuestro comercio. ¿Qué damos, y qué recibimos? Damos lo que no podemos llevar con nosotros, aunque quisiéramos. ¿Por qué, pues, perece? Que se dé lo que es menos, para que se encuentre allí lo que es más. Damos tierra, y recibimos cielo; damos cosas temporales, y recibimos eternas; damos cosas que se pudren, y recibimos inmortales: finalmente damos lo que Dios dio, y recibimos al mismo Dios. No seamos, pues, perezosos en este intercambio de cosas, en este comercio óptimo e inefable. Que nos aproveche estar aquí, que nos aproveche haber nacido, que nos aproveche peregrinar. No quedemos indigentes.

11. La polilla del mal pensamiento que impide hacer limosnas. No entre en el arca del corazón la polilla del mal pensamiento: no se diga, No daré, para que mañana no me falte. No pienses mucho en el futuro: más bien piensa mucho en el futuro; pero en el futuro lejano: Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que tomen la verdadera vida. Esto así, como dijo el Apóstol, No para que haya alivio para otros, y para vosotros estrechez, sino por igualdad (II Cor. VIII, 13). Ten: solo no ames, guardes, atesores, te acuestes sobre lo guardado; esto es esperar en lo incierto. ¡Cuántos ricos durmieron, pobres se levantaron! Por este pensamiento, cuando dijo, Sin amor, la cantidad de dinero es suficiente para lo presente. Por los malos pensamientos, que dicen, Si no tengo tesoro, ¿quién me dará, cuando empiece a necesitar? Luego, Tengo suficiente para vivir, me basta para vivir: pero, ¿qué si me cae una calumnia? ¿de dónde me redimiré? ¿Qué, si necesito litigar? ¿de dónde gastaré? Mientras no puedas narrar y contar todos los males que pueden suceder al género humano, a menudo una calamidad turba el cálculo del que cuenta, y todo lo que se contaba, no solo se pierde, sino que ni en los dedos quedará. Por eso, contra este gusanillo del pensamiento, contra la polilla maligna, Dios puso en su Escritura, como suelen ponerse ciertos perfumes a las vestiduras, para que no se apolillen. ¿Qué? ¿pensabas calamidades para ti? ¿no temías una grande? Atiende lo que sigue, Sin amor, la cantidad de dinero es suficiente para lo presente. Pues él dijo: No te dejaré, no te abandonaré (Hebr. XIII, 5). Temías males no sé cuáles, por eso guardabas dinero: ten al fiador; esto te dice Dios, No te dejaré, no te abandonaré. Si un hombre lo prometiera, creerías; Dios lo promete, ¿y dudas? Prometió, escribió, hizo fianza: está seguro. Lee lo que tienes, tienes la fianza, has tenido al mismo deudor, de quien pediste que se te perdonaran tus deudas.

SERMO CLXXVIII. De las palabras del Apóstol, Tit. cap. I, 9, Para que sea capaz de exhortar en la sana doctrina, y de convencer a los que contradicen. Contra los ladrones de cosas ajenas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La carga de los obispos. La Epístola del bienaventurado Apóstol, al ser leída sobre la constitución de los obispos, nos recordó sin duda mirarnos a nosotros mismos: y os recordó no juzgarnos; especialmente porque todos escuchamos la última sentencia del capítulo reciente del Evangelio: No juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio (Juan VII, 24). Por tanto, nadie juzga la persona de otro, si no juzga la suya. El bienaventurado Apóstol dice en un lugar: No lucho como quien golpea el aire: sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea hallado reprobado (I Cor. IX, 26, 27). Nos aterrorizó con su temor. ¿Qué hará el cordero donde tiembla el carnero? Entre muchas cosas, pues, que escribió el Apóstol, sobre cómo debe ser el obispo, también escuchamos aquello de lo que ahora quizás baste hablar y discutir. Pues si intentamos discutir cada cosa, y discutir dignamente sobre cada una, ni nuestras fuerzas bastan para hablar, ni las vuestras para escuchar. ¿Qué, pues, quiero decir, si me ayuda quien me aterrorizó? Entre otras cosas, dice que el obispo debe ser poderoso en la sana doctrina, para que pueda convencer a los que contradicen. Gran obra es, pesada carga, cuesta empinada. Pero esperaré, dice, en Dios, porque él me librára del lazo de los cazadores, y de la palabra áspera (Salmo XC, 2, 3). Pues no hay causa que más haga al hombre dispensador de Dios más perezoso para convencer a los que contradicen, que el temor de la palabra áspera.

CAPÍTULO II.

2. El avaro que guarda lo suyo es condenado. Primero, pues, qué es, convencer a los que contradicen, como el Señor lo conceda, os expondré. Los que contradicen no deben ser entendidos de una sola manera. Muy pocos nos contradicen hablando: pero muchos viviendo mal. ¿Cuándo se atreve a decirme un cristiano, que es bueno robar cosas ajenas; cuándo no se atreve a decir, que es bueno guardar tenazmente lo suyo? ¿Acaso aquel rico, a quien le había prosperado la región, y no encontraba dónde poner sus frutos, y se alegraba de haber encontrado el consejo de destruir los viejos graneros, y construir nuevos más amplios, para llenarlos, y decir a su alma, Alma, tienes muchos bienes para mucho tiempo, alégrate, regocíjate, sacia: acaso este rico buscaba cosas ajenas? Disponía recoger sus frutos, consultaba dónde ponerlos, no de los campos de algún vecino, no perturbando el límite, no despojando al pobre, no engañando al simple, sino que solo pensaba en recoger lo suyo. Escuchad lo que oyó, quien guardaba tenazmente lo suyo; y de aquí entendáis lo que esperan, quienes roban lo ajeno. Cuando, pues, se creía haber encontrado el consejo más prudente, de derribar los viejos graneros estrechos, y construir nuevos más amplios, y recoger y guardar todos sus frutos, no codiciando ni robando lo ajeno; Dios le dijo, Necio: donde te pareciste sabio, allí necio. Necio, dice, esta noche te pedirán tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será (Lucas XII, 16-20)? Si lo guardas, no será tuyo: si lo distribuyes, será tuyo. ¿Por qué, dice, guardas, lo que vas a dejar? He aquí que fue reprendido el necio que guardaba mal. Si es necio quien guarda lo suyo, encontrad el nombre para quien toma lo ajeno. Si es mezquino el guardador de lo suyo, es ulceroso el ladrón de lo ajeno. Pero no como aquel ulceroso, que yacía ante la puerta del rico, y cuyos perros lamían las llagas. Pues aquel era ulceroso en el cuerpo; el ladrón, en el corazón.

CAPÍTULO III.

3. El rico es castigado por ser inmisericorde. Tal vez alguien responda, y diga: No era muy grande el castigo para aquel hombre, a quien Dios dijo, Necio. No dice Dios, Necio, como lo dice el hombre. Tal palabra de Dios a alguien, es juicio. ¿Acaso Dios dará el reino de los cielos a los necios? Pero a quienes no dará el reino de los cielos, ¿qué les queda, sino el

castigo de las llamas del infierno? Parecemos conjeturarlo: veámoslo clara y manifestamente. Pues aquel rico, ante cuya puerta yacía el pobrísimo ulceroso, no es llamado ladrón de cosas ajenas. Había un hombre rico, dice, que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. Rico, dice, era: no dijo, Calumniador; no dijo, Opressor de los pobres; no dijo, Ladrón de cosas ajenas, ni delator, ni receptor; no dijo, Despojador de huérfanos; no dijo, Perseguidor de viudas; nada de esto: sino, Había un hombre rico. ¿Qué es grande? Era rico, de lo suyo era rico. ¿A quién le había quitado algo? ¿Acaso él quitaba, y el Señor callaba sobre él, y tomaba su persona, si ocultaba sus crímenes, quien nos dice, No juzguéis según la apariencia? Si quieres, pues, oír el crimen de aquel rico, no busques más de lo que oyes de la Verdad. Era rico; se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. ¿Cuál, pues, su crimen? Yacía ante la puerta un ulceroso, y no era ayudado. Pues esto claramente se dijo de él, que era inmisericorde. ¿Acaso, carísimos, si aquel pobre que yacía ante la puerta recibiera suficiente pan del rico, se diría de él que deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico? Por esta sola inhumanidad, con la que despreciaba al pobre que yacía ante su puerta, y no lo alimentaba adecuadamente y dignamente, murió y fue sepultado; y estando en tormentos en el infierno, alzó sus ojos, y vio al pobre en el seno de Abraham. ¿Y por qué detenerme más? Deseó una gota, quien no dio una migaja: no recibió justa sentencia, quien no dio por cruel avaricia (Lucas XVI, 19-26). Si este, pues, es el castigo de los avaros, ¿cuál es el castigo de los ladrones?

CAPÍTULO IV.

4. La limosna del ladrón no es aceptada por Dios. Pero me dice el ladrón de cosas ajenas: Yo no soy como aquel rico. Hago ágapes, envío alimento a los encarcelados, visto a los desnudos, recibo a los peregrinos. ¿Crees que das? No robes, y habrás dado. A quien das, se alegra; a quien quitas, llora: ¿a cuál de estos dos escuchará el Señor? Dices a quien das: Da gracias porque has recibido. Pero el otro te dice desde otro lado: Yo gimo porque me has quitado. Y casi todo lo retuviste, y poco le diste. Si, por tanto, lo que quitaste a otro lo hubieras dado a los necesitados, ni tales obras ama Dios. Dios te dice: Necio, te mandé que dieras, pero no de lo ajeno. Si tienes, da de lo tuyo: si no tienes de lo tuyo para dar, es mejor que no des a nadie, que despojar a otros. Dirá el Señor Cristo, cuando se siente en su juicio, y separe a unos a la derecha y a otros a la izquierda, a los que hicieron el bien: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino; pero a los estériles, que no hicieron nada bueno por los pobres: Id al fuego eterno. ¿Y qué dirá a los buenos? Porque tuve hambre, y me disteis de comer, y lo demás. Y ellos responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? Y Él a ellos: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Entiende, pues, necio, que quieres hacer limosna de lo robado, que cuando alimentas a un cristiano, alimentas a Cristo; cuando despojas a un cristiano, despojas a Cristo. Atended a lo que dirá a los de la izquierda: Id al fuego eterno. ¿Por qué? Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; estuve desnudo, y no me vestisteis (Mat. XXV, 34, etc.). Id. ¿A dónde? Al fuego eterno. Id, sin duda. ¿Por qué? Porque estuve desnudo, y no me vestisteis. Si, por tanto, irá al fuego eterno a quien Cristo dirá: Estuve desnudo, y no me vestiste; ¿qué lugar en el fuego eterno tendrá a quien dirá: Estuve vestido, y me despojaste?

CAPÍTULO V.

5. No está permitido robar a los paganos. Aquí tal vez, para evitar esta sentencia, que Cristo no te diga: Estuve vestido, y me despojaste; cambiando de costumbre, piensas despojar a un

pagano y vestir a un cristiano. Y aquí Cristo te responderá, o más bien ahora te responderá a través de su siervo, cualquier ministro suyo: Cristo te responderá y dirá, También aquí perdona mis daños. Pues cuando despojas a un pagano, impides que se haga cristiano. Y aquí tal vez aún responderás: No inflijo castigo por odio, sino más bien por amor a la disciplina: por eso despojo al pagano, para que a través de esta disciplina áspera y saludable lo haga cristiano. Lo escucharía y creería, si lo que quitaste al pagano, se lo devolvieras al cristiano.

6. Reprende a los ladrones. Hemos hablado contra un vicio de los robos, por el cual las cosas humanas son devastadas por doquier: hemos hablado, y nadie nos contradice. ¿Quién se atreve a contradecir hablando la verdad más evidente? No hacemos, pues, lo que el Apóstol aconsejó, no reprendemos a los que no contradicen; hablamos a los obedientes, instruimos a los que alaban; no reprendemos a los que no contradicen. Así, en verdad, no contradicen con la lengua, sino con la vida. Aconsejo, roba; enseño, roba; ordeno, roba; reprendo, roba: ¿cómo no contradice? Diré, pues, lo que considero suficiente sobre este asunto. Absteneos, hermanos, absteneos, hijos, absteneos de la costumbre de robar: y vosotros que gemís bajo las manos de los ladrones, absteneos de la codicia de robar. Otro es poderoso, y roba: tú gimes en la mano del ladrón; porque no puedes robar, por eso no lo haces. Ten la capacidad, y allí alabaré la codicia domada.

CAPÍTULO VI.

7. La cosa encontrada debe ser devuelta. La Sagrada Escritura llama bienaventurado al que no va tras el oro; al que pudo transgredir, y no transgredió; al que pudo hacer el mal, y no lo hizo (Ecli. XXXI, 8, 10). Pero tú dices, Nunca he negado una cosa ajena. Porque tal vez nadie te la confió; o tal vez te la confió, pero bajo testigos. Dime, ¿devolviste cuando solo, solo, donde Dios estaba entre vosotros, recibiste? Si entonces devolviste, si al hijo ignorante del que confió, devolviste al muerto; entonces te alabaré, porque no fuiste tras el oro; porque pudiste transgredir, y no transgrediste; porque pudiste hacer el mal, y no lo hiciste. Si tal vez encontraste en el camino una bolsa ajena de monedas, donde nadie te vio, y sin demora la devolviste a quien pertenecía. Vamos, hermanos, volved a vosotros, examinaos, interrogaos, responded verdaderamente a vosotros mismos, y juzgaos no según la persona, sino juzgad con justo juicio. He aquí que eres cristiano, frecuentas la iglesia, escuchas la palabra de Dios, te conmueves alegremente con la lectura de la palabra de Dios. Tú alabas al que trata, yo busco al que hace: tú, digo, alabas al que dice, yo busco al que hace. Eres cristiano, frecuentas la iglesia, amas la palabra de Dios, y la escuchas con gusto. He aquí lo que propongo, en eso examínate, en eso pésate, en eso sube al tribunal de tu mente, y colócate ante ti, y júzgate: y si encuentras algo torcido, corrígete. Propongo, pues. Dios dice en su ley, que lo encontrado debe ser devuelto (Deut. XXII, 3): Dios en su ley dice, que dio primero al pueblo, por quienes Cristo aún no había muerto, que lo encontrado debe ser devuelto como ajeno; si alguien, por ejemplo, encuentra en el camino una bolsa ajena de monedas, debe devolverla. Pero no sabe a quién. No se excusa por ignorancia, si no domina la avaricia.

CAPÍTULO VII.

8. Ejemplo excelente de devolver lo ajeno. Diré a vuestra Caridad, porque son dones de Dios; y hay en el pueblo de Dios quienes no escuchan en vano la palabra de Dios: diré lo que hizo un hombre paupérrimo, estando nosotros en Milán; tan pobre, que era un aprendiz de gramático: pero claramente cristiano, aunque el gramático era pagano; mejor en el velo que en la cátedra. Encontró una bolsa, a menos que el número me engañe, con casi doscientos sólidos: recordando la ley, publicó un aviso públicamente. Sabía que debía devolverlo; pero

no sabía a quién. Publicó un aviso públicamente: "Quien haya perdido sólidos, venga a tal lugar, y busque a tal hombre." Aquel que vagaba llorando por todas partes, al encontrar y leer el aviso, vino al hombre. Y para que no buscara lo ajeno, preguntó por las señales, interrogó sobre la calidad de la bolsa, el sello, incluso el número de sólidos. Y cuando aquel respondió fielmente a todo, devolvió lo que había encontrado. Pero aquel, lleno de alegría, y buscando devolver el favor, le ofreció como diezmo veinte sólidos: quien no quiso aceptar. Ofreció al menos diez: no quiso aceptar. Al menos rogó que aceptara cinco: no quiso aquel. El hombre, molesto, arrojó la bolsa: No he perdido nada, dijo; si no quieres aceptar algo de mí, tampoco yo he perdido nada. ¡Qué contienda, hermanos míos, qué contienda! ¿Qué lucha, qué conflicto? El mundo es el teatro, Dios el espectador. Finalmente, aquel aceptó lo que se le ofrecía: inmediatamente lo distribuyó todo a los pobres, no dejó un solo sólido en su casa.

CAPÍTULO VIII.

9. Se trata el mismo argumento. ¿Qué es? Si he hecho algo en vuestros corazones, si la palabra de Dios ha echado raíces en vosotros, si ha encontrado descanso en vosotros, haced esto, hermanos míos: no penséis que sufrís una pérdida si lo hacéis; es una gran ganancia si hacéis lo que digo. Perdí veinte sólidos, perdí doscientos, quinientos. ¿Qué perdiste? Se perdieron de tu casa: otro los perdió, no tú. La tierra es común, estáis en una casa, en este mundo ambos sois viajeros, habéis entrado en una misma posada de esta vida. Aquel lo puso, aquel lo olvidó; se le cayó, tú lo encontraste en otro lugar. ¿Quién lo encontró? Un cristiano. ¿Quién lo encontró? Quien escuchó la ley, un cristiano que escuchó la ley. ¿Quién lo encontró? Quien cuando escuchó muchas cosas alabó, tú lo encontraste. Si, pues, verdaderamente alabaste, devuelve lo que encontraste. Si, pues, no devolviste lo que encontraste; cuando alabaste, diste testimonio contra ti. Sed fieles descubridores, y entonces vituperad a los ladrones inicuos. Pues lo que encontraste y no devolviste, lo robaste. Hiciste cuanto pudiste: porque no pudiste más, por eso no hiciste más. Quien niega lo ajeno, si puede, lo toma. Lo que no tomas, el temor lo prohíbe: no haces el bien, sino que temes el mal.

CAPÍTULO IX.

10. El temor servil no impide la maldad del corazón. ¿Qué es grande, temer el mal? Grande es, no hacer el mal: grande es, amar el bien. Pues también el ladrón teme el mal; y donde no puede, no lo hace: y sin embargo, es ladrón. Dios interroga el corazón, no la mano. El lobo viene al redil de las ovejas, busca invadir, busca degollar, busca devorar: los pastores vigilan, los perros ladran: no puede nada, no se lleva nada, no mata; pero sin embargo, el lobo viene, el lobo regresa. ¿Acaso porque no se llevó una oveja, por eso vino el lobo, y regresa la oveja? El lobo vino temblando, el lobo regresa temblando: sin embargo, es lobo y ruge y tiembla. Interrógate, pues, quien quiera que seas que deseas juzgar; y ve si entonces no haces el mal, cuando puedes hacerlo y no ser castigado por el hombre: entonces teme a Dios. No hay nadie allí, sino tú y aquel a quien haces el mal, y Dios que ve a ambos: mira, teme allí. Es poco lo que digo, Mira, teme allí el mal: ama allí el bien. Pues aunque por temor al infierno no haces el mal, aún no eres perfecto. Me atrevo a decir, si por temor al infierno no haces el mal, hay en ti fe, porque crees que habrá juicio de Dios: me alegro de tu fe, pero aún temo tu malicia. ¿Qué es lo que dije? Porque si por temor al infierno no haces el mal, no haces el bien por amor a la justicia.

CAPÍTULO X.

11. El amor a la justicia se prueba castamente. Una cosa es temer el castigo; otra cosa es amar la justicia. El amor casto debe estar en ti, con el cual deseas ver, no el cielo y la tierra, no los campos líquidos del mar, no espectáculos vanos, no fulgores y brillos de gemas: sino desear ver a tu Dios, amar a tu Dios; porque se ha dicho: Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: pero sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan III, 2). He aquí por qué visión haz el bien, he aquí por qué no hagas el mal. Pues si amas ver a tu Dios, si en esta peregrinación suspiras con ese amor; he aquí que el Señor tu Dios te prueba, como si te dijera: He aquí, haz lo que quieras, cumple tus deseos, extiende tu maldad, dilata tu lujuria, lo que te plazca, considéralo lícito; no te castigo por esto, no te envío al infierno, solo te negaré mi rostro. Si te espantaste, amaste; si lo que se dijo, Dios te negará su rostro, tu corazón tembló, en no ver a tu Dios consideraste un gran castigo; amaste gratuitamente. Si, pues, mi sermón ha encontrado en vuestros corazones alguna chispa de amor gratuito de Dios, alimentadla: para aumentar esta, invocaos con oración, humildad, dolor de penitencia, amor a la justicia, buenas obras, gemidos sinceros, conversación loable, amistad fiel. Soplad en vosotros esta chispa de buen amor, alimentadla en vosotros: cuando crezca, y haga una llama dignísima y amplísima, consumirá el heno de todas las codicias carnales.

SERMON CLXXIX. Sobre las palabras del Apóstol Santiago, Sea cada uno de vosotros rápido para escuchar, pero lento para hablar. Y sobre aquellas allí, Sed hacedores de la palabra, y no solo oyentes, etc. Cap. I, V\ V\ 19, 22.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Debe hablarse sobre el deber de ambos, oyentes y predicadores de la palabra de Dios. El bienaventurado apóstol Santiago reprende a los oyentes asiduos de la palabra de Dios, diciendo: Sed hacedores de la palabra, y no solo oyentes, engañándoos a vosotros mismos. Pues no engañáis a aquel de quien es la palabra, ni a través de quien se dice la palabra; sino que os engañáis a vosotros mismos. De esta sentencia, pues, que mana de la fuente de la verdad, por la boca del apóstol veracísimo, nos atrevemos también nosotros a exhortaros: y cuando os exhortamos, nos miramos a nosotros mismos. Pues el predicador externo de la palabra de Dios es vano, quien no es oyente interno. Ni estamos tan alejados de la humanidad y de la consideración fiel, que no entendamos nuestros peligros, quienes predicamos la palabra de Dios a los pueblos. Sin embargo, nos consuela, porque donde nos arriesgamos en nuestros ministerios, somos ayudados por vuestras oraciones. Pues para que sepáis, hermanos, cuán más seguro estáis que nosotros, traigo otra sentencia del mismo apóstol que dice, Sea cada uno de vosotros rápido para escuchar, pero lento para hablar. Primero, pues, hablaré de este nuestro deber, por esta sentencia, que nos advierte ser más rápidos para escuchar, más lentos para hablar: para que cuando haya excusado nuestro deber, que a menudo hablamos, entonces venga a lo que primero propuse.

CAPÍTULO II.

2. Escuchar la palabra de Dios es más seguro que predicar. Debemos exhortaros, para que no seáis solo oyentes de la palabra, sino también hacedores. Por tanto, lo que a menudo os hablamos, ¿quién no, poco considerando nuestra necesidad, nos juzga, cuando lee, Sea cada uno rápido para escuchar, lento para hablar? He aquí que vuestro afán no nos permite guardar esta sentencia. Debéis, pues, orar, levantar a quien obligáis a arriesgarse. Sin embargo, hermanos míos, os diré, lo que quiero que creáis; porque esto en mi corazón no lo veis. Yo, que os hablo asiduamente, por mandato de mi señor y hermano vuestro obispo, y por vuestras

exigencias, entonces me alegro sólidamente, cuando escucho. Mi alegría, digo, es sólida, cuando escucho, no cuando predico. Entonces, en verdad, me deleito seguro. Ese placer no tiene inflación. No se teme allí el precipicio de la altivez, donde está la roca de la verdad sólida. Y para que sepáis que es así, escuchad donde se dijo, A mi oído darás gozo y alegría. Allí me alegro, donde escucho. Luego añadió, Se regocijarán los huesos humillados (Sal. L, 10). Donde escuchamos, pues, somos humildes: pero donde predicamos, y si no nos arriesgamos por altivez, ciertamente al menos nos frenamos. Y si no me ensalzo, me arriesgo a ensalzarme. Pero donde escucho, disfruto sin engañador, me deleito sin testigo. Conocía este gozo también aquel amigo del esposo, que decía: Quien tiene a la esposa, es el esposo: pero el amigo del esposo está, y lo escucha. Y por eso está, porque lo escucha. Pues también el primer hombre, escuchando a Dios, se mantuvo, escuchando a la serpiente cayó. Por tanto, el amigo del esposo está, y lo escucha: y se goza, dice, por la voz del esposo (Juan III, 29). No por su voz, sino por la voz del esposo. Sin embargo, la voz del esposo que escuchaba dentro, no la cerraba fuera a los pueblos.

CAPÍTULO III.

3. Oficios de María y Marta. La parte de Marta es buena. El bien de la hospitalidad. Esta parte también había elegido aquella María, que mientras su hermana estaba ocupada y preocupada con mucho servicio, se sentaba a los pies del Señor, y ociosa escuchaba su palabra. Juan estaba de pie, ella estaba sentada: pero ella estaba de pie en el corazón, y él estaba sentado en humildad. Pues la estación significa permanencia; la sesión, humildad. Y para que sepáis que la estación significa permanencia, se dice que el diablo no tuvo esta permanencia; de quien se dijo: Él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44). Asimismo, porque la sesión significa humildad, lo muestra aquel salmo, donde advierte sobre la penitencia, y dice: Levantaos después de haber estado sentados, los que coméis el pan del dolor (Sal. CXXVI, 2). ¿Qué es, Levantaos después de haber estado sentados? Quien se humilla, será exaltado (Luc. XIV, 11). Pero ¿qué bien tiene la audición, el mismo Señor es testigo, hablando de María que se sentaba a sus pies, y escuchaba su palabra. Pues cuando su hermana, muy ocupada con el servicio, se quejaba de ser abandonada por su hermana, escuchó del Señor interpelado: Marta, Marta, estás ocupada con muchas cosas; pero una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Id. X, 38-42). ¿Acaso era malo lo que hacía Marta? ¿Quién de nosotros puede explicar suficientemente con palabras, cuán bueno es ministrar hospitalidad a los santos? Si a cualquier santo, cuánto más a la cabeza y a los principales miembros, a Cristo y a los Apóstoles. ¿No dice cada uno de vosotros teniendo este bien de la hospitalidad, cuando escucha lo que hacía Marta, dice para sí mismo: Oh bienaventurada, oh feliz, que mereció recibir al Señor; cuyos huéspedes fueron los Apóstoles caminando en la carne! Ni tú desfallezcas, porque no puedes lo que Marta, recibir a Cristo en tu casa con sus Apóstoles: te hace seguro él mismo: Cuando lo hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Por tanto, es una gran obra, muy grande, lo que el Apóstol manda diciendo: Compartiendo las necesidades de los santos, siguiendo la hospitalidad (Rom. XII, 13). Alabándola en la Epístola a los Hebreos dice: Por esta algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles (Hebr. XIII, 2). Gran ministerio, gran don. Y sin embargo, María eligió la mejor parte; porque mientras su hermana estaba preocupada, trabajando, cuidando muchas cosas, ella estaba libre, sentada, escuchando.

CAPÍTULO IV.

4. La parte de María es mejor, porque no se le quitará. La obra de Marta se quita, no la recompensa. Sin embargo, el Señor muestra por qué esa parte es mejor. Pues inmediatamente después de haber dicho, "María ha elegido la mejor parte", como si preguntáramos, deseando saber por qué es mejor, añadió y dijo, "que no se le quitará". ¿Qué entendemos, hermanos míos? Si por eso eligió la mejor parte, porque no se le quitará; sin duda Marta había elegido la parte que se le quitaría. Claramente se quitará de todo hombre que sirve a los santos lo que es necesario para el cuerpo, se le quitará lo que hace. Pues no siempre servirá a los santos. ¿A quién sirve, sino a la debilidad? ¿A quién sirve, sino a la mortalidad? ¿A quién sirve, sino al hambriento y sediento? Todas estas cosas no existirán cuando lo corruptible se vista de incorrupción, y lo mortal se vista de inmortalidad. Pues cuando pase esa necesidad, no habrá ministerio de necesidad. Se quitará el trabajo, pero se devolverá la recompensa. ¿A quién se servirá comida entonces, donde nadie tiene hambre? ¿A quién bebida, donde nadie tiene sed? ¿A quién hospedaje, donde nadie es extranjero? El Señor, por tanto, con sus discípulos, para poder devolver la recompensa de esta obra, se dignó necesitar. Él mismo tenía hambre y sed: no porque fuera obligado, sino porque se dignaba. Pues era bueno que por quien fueron hechas todas las cosas, tuviera hambre: así sería feliz quien lo alimentara. Y cuando alguien alimentaba al Señor, ¿qué daba? ¿quién daba? ¿de dónde daba? ¿a quién daba? ¿Qué daba? Daba comida al pan. ¿Quién daba? Sin duda, quien más quería recibir. ¿De dónde daba? ¿acaso de lo suyo? ¿qué tenía que no hubiera recibido? ¿A quién daba? ¿No a quien había creado tanto lo que recibía como de quien recibía? Gran ministerio, gran obra, gran don. Y sin embargo, María eligió la mejor parte, que no se le quitará. La parte de Marta pasa: pero, como dije, la recompensa por ella dada no pasa.

CAPÍTULO V.

5. Cómo la parte de María no pasa. La parte de María no pasa. Veán cómo no pasa. ¿De qué se deleitaba María cuando escuchaba? ¿Qué comía? ¿qué bebía? ¿Sabían qué comía, qué bebía? Preguntemos al mismo Señor, quien prepara tal mesa para los suyos, preguntemos a Él. "Bienaventurados", dice, "los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mat. V, 6). De esta fuente, de este granero de justicia, la santa María sentada a los pies del Señor, recibía algunas migajas hambrienta. Pues el Señor daba tanto como ella podía recibir. Sin embargo, ni los mismos discípulos, ni los mismos Apóstoles podían recibir todo lo que Él daría en su futura mesa, cuando les decía: "Aún tengo muchas cosas que deciros; pero ahora no las podéis soportar" (Juan XVI, 12). ¿De qué, entonces, como dije, se deleitaba María? ¿Qué comía, qué bebía con las fauces ávidas de su corazón? Justicia, verdad. Se deleitaba con la verdad, escuchaba la verdad: anhelaba la verdad, suspiraba por la verdad. Hambrienta de verdad, comía; sedienta, bebía: y ella misma se restauraba, y de lo que se alimentaba no se disminuía. ¿De qué se deleitaba María? ¿qué comía? Me detengo, porque me deleito. Me atrevo a decir, comía al mismo que escuchaba. Pues si comía la verdad, ¿no dijo Él mismo, "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6)? ¿Y qué más diré? Era comida, porque era pan: "Yo soy", dice, "el pan que descendió del cielo" (Juan VI, 41). Este es el pan que restaura, y no se agota.

CAPÍTULO VI.

6. Alimentarse de la verdad, la parte de María que no pasa. Deleite de la luz de la verdad. Preste atención, pues, vuestra Caridad. He aquí que decimos servir a los santos, preparar comida, servir bebida, poner la mesa, lavar los pies, hacer la cama, recibir bajo techo; ¿no pasará todo esto? Pero, ¿quién se atreve a decir que ahora nos alimentamos de la verdad, y que no nos alimentaremos cuando lleguemos a la inmortalidad? ¿No es cierto que si ahora

nos alimentamos de migajas, entonces tendremos una mesa plena? Pues de ese mismo alimento espiritual hablaba el Señor cuando alabó la fe del Centurión, y dijo: "En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel. Y por eso os digo, que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mat. VIII, 10, 11). Lejos esté de nuestros pensamientos imaginar en esa mesa del reino alimentos de los que dice el Apóstol: "La comida es para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas" (I Cor. VI, 13). ¿Por qué los destruirá? Porque allí no habrá hambre. Lo que se comerá, no se acabará. Pues prometiendo este premio a sus santos en ese reino, dice: "En verdad os digo, que los hará sentarse; y pasará, y les servirá" (Luc. XII, 37). ¿Qué significa "los hará sentarse", sino que los hará descansar, los hará estar libres? ¿Qué significa "pasará, y les servirá"? Después de este paso, les servirá. Aquí Cristo hizo el paso: llegaremos a donde Él pasó, allí ya no pasa. Pues también Pascua en hebreo se interpreta como Paso. Esto mostró el Señor, o más bien el evangelista, cuando dijo del Señor: "Cuando llegó la hora de pasar de este mundo al Padre" (Juan XIII, 1). Si aquí nos alimenta, y así nos alimenta; allí, ¿cómo nos alimentará? Lo que María eligió, crecía, no pasaba. Pues el deleite del corazón humano de la luz de la verdad, de la abundancia de la sabiduría, el deleite del corazón humano, del corazón fiel, del corazón santo, no se encuentra placer que pueda compararse en alguna parte, para decir que es menor. Pues lo que dices, "Es menor", como si creciendo fuera igual. No quiero decir, "Menor": no comparo; es de otro género, es algo muy diferente. ¿Qué es ahora lo que todos atienden, todos escuchan, todos se excitan, y cuando se dice algo verdadero, se deleitan? ¿Qué han visto? ¿Qué han sostenido? ¿Qué color apareció a sus ojos? ¿Qué forma, qué figura, qué estatura, qué líneas de los miembros, qué belleza del cuerpo? Nada de esto. Y sin embargo, aman. Pues, ¿cuándo alabarían así, si no amarán? ¿Cuándo amarían, si no vieran nada? Así que, sin mostrar yo la forma del cuerpo, las líneas, el color, los bellos movimientos, sin mostrar yo, ustedes sin embargo ven, aman, alaban. Si este deleite de la verdad es dulce ahora, mucho más dulce será entonces. María eligió la mejor parte, que no se le quitará.

CAPÍTULO VII.

7. Debemos ser hacedores de la palabra tanto dentro como fuera. He mostrado, como he podido, cuanto el Señor se ha dignado ayudarme, a vuestra dulcísima Caridad, en qué lugar más seguro están ustedes escuchando, que nosotros predicando. Pues de esta manera ustedes hacen lo que todos haremos entonces. No habrá entonces ningún maestro de la palabra, sino el Verbo maestro. Por tanto, sigue lo que les corresponde hacer, a nosotros advertir. Ustedes son oyentes de la palabra, nosotros predicadores. Pero dentro, donde nadie ve, todos somos oyentes: dentro en el corazón, en la mente, donde les enseña aquel que les exhorta a alabar. Pues yo hablo externamente, Él excita internamente. Por tanto, todos somos oyentes dentro; y todos, tanto fuera como dentro, en la presencia de Dios debemos ser hacedores. ¿De dónde hacedores dentro? Porque quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. V, 28). Y puede ser adúltero, sin que ningún hombre lo vea, pero siendo castigado por Dios. ¿Quién es, entonces, hacedor dentro? Quien no mira para codiciar. ¿Quién es hacedor fuera? Parte tu pan con el hambriento (Isaías LVIII, 7). Pues cuando esto se hace, lo ve también el prójimo: pero con qué ánimo se hace, solo lo ve Dios. Sean, por tanto, hermanos míos, hacedores de la palabra, y no solo oyentes, engañándose a ustedes mismos: no a Dios, no a quien predica. Pues yo, o quienquiera que les predique la palabra, no ve su corazón: no puede juzgar lo que hacen dentro en sus pensamientos. Porque el hombre no puede, Dios lo contempla, a quien el corazón humano no puede ocultarse. Él ve con qué diligencia escuchas, qué piensas, qué retienes, cuánto progresas con sus suplementos, cuán fervientemente oras, cómo suplicas a Dios por lo que no tienes, cómo das gracias por lo que

tienes: Él lo sabe, quien lo exigirá. Nosotros podemos distribuir el dinero del Señor: vendrá el cobrador que dijo, "Siervo malo, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y yo al venir lo habría exigido con intereses".

CAPÍTULO VIII.

8. Oyentes de la palabra edificando unos sobre la roca, otros sobre la arena. No se engañen, por tanto, hermanos míos, a ustedes mismos, porque han venido con diligencia a escuchar la palabra, si no hacen lo que escuchan fallando. Consideren si es hermoso escuchar, cuánto más hacer. Si no escuchas, descuidas lo escuchado, no edificas nada. Si escuchas y no haces, edificas una ruina. De esta cuestión el Señor Cristo propuso una similitud muy adecuada: "El que oye", dice, "estas palabras mías, y las hace, le compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. Descendió la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y no cayó. ¿Por qué no cayó? Porque estaba fundada sobre la roca. Por tanto, escuchar y hacer, es edificar sobre la roca. Pues escuchar es edificar. Pero el que", dice, "oye estas palabras mías, y no las hace, le compararé a un hombre insensato que edificó. Y él también edifica. ¿Qué edifica? He aquí que edifica su casa: pero porque no hace lo que escucha, y escuchando edifica sobre la arena. Por tanto, sobre la arena, quien escucha y no hace, edifica: sobre la roca, quien escucha y hace: ni sobre la arena, ni sobre la roca edifica, quien no escucha en absoluto. Pero vean lo que sigue: "Descendió la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y cayó; y fue grande su ruina" (Mat. VII, 24-27). ¡Espectáculo miserable!

CAPÍTULO IX.

9. No escuchar, como no edificar, es malo. Dice, por tanto, alguien: ¿Qué necesidad tengo de escuchar lo que no voy a hacer? Pues escuchando, dice, y no haciendo, edificaré una ruina. ¿No es más seguro no escuchar nada? El mismo Señor no quiso tocar esa parte en su similitud propuesta, sino que la dejó para ser entendida. Pues en este mundo, la lluvia, los vientos, los ríos no cesan. ¿No edificas sobre la roca, para que vengan, y no te derriben? ¿No edificas sobre la arena, para que cuando vengan, no derriben la casa? Entonces, sin ningún techo, porque no escuchas nada, así permanecerás. Viene la lluvia, vienen los ríos: ¿acaso estarás seguro porque te arrastran desnudo? Considera, por tanto, qué parte has elegido para ti. No serás, como piensas, seguro no escuchando: es necesario que seas cubierto sin ningún techo, arrastrado, sumergido. Si, por tanto, es malo edificar sobre la arena, es malo no edificar nada; queda que no sea bueno sino edificar sobre la roca. Por tanto, es malo no escuchar: es malo escuchar y no hacer: queda escuchar y hacer. Sean, por tanto, hacedores de la palabra, y no solo oyentes, engañándose a ustedes mismos.

CAPÍTULO X.

10. El oyente negligente no debe culpar los vicios del predicador. Después de esta exhortación temo no levantar con la palabra, sino romper con la desesperación. Pues tal vez alguien, o uno, o dos, o ciertamente más, en esta vuestra frecuente presencia me juzga, y dice: Quisiera saber si este que me habla, hace todo lo que él mismo escucha, o lo que dice a los demás. A este le respondo: "Para mí es de poca importancia ser juzgado por ustedes, o por juicio humano. Pues yo mismo en alguna parte puedo saber lo que soy ahora; lo que seré mañana, no lo sé. Pero a ti sobre mí, oh quien así te mueves, el Señor te ha dado seguridad. Pues si hago lo que digo o lo que escucho, "sean imitadores de mí, como yo de Cristo" (I Cor. IV, 3, 16). Pero si digo, y no hago; escuchen al Señor: "Lo que dicen, háganlo; pero lo que

hacen, no lo hagan". Por tanto, si piensas bien de mí, me alabas: si piensas mal de mí, me acusas, pero no te excusas. Pues, ¿cómo te excusarás, si en un mal predicador de la verdad, torces la acusación al que te dice la palabra de Dios, y hace sus malas obras; cuando tu Señor, tu redentor, el derramador del precio, quien te agrega a su milicia, y te hace de su siervo su hermano, no cesa de advertirte, y dice, "Lo que dicen, háganlo; pero lo que hacen, no lo hagan"? Pues dicen, dice, y no hacen (Mat. XXIII, 3). Dicen cosas buenas, hacen cosas malas: tú escucha lo bueno, y no hagas lo malo. Aquí responderás: ¿Cómo escucho lo bueno de un hombre malo? ¿Acaso se recogen uvas de los espinos? (Mat. VII, 16).

SERMO CLXXX. De las palabras del apóstol Santiago, "Sobre todo, no juren", etc., cap. V, v. 12.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Advertencia sobre evitar el juramento. La primera lectura que hoy se nos ha recitado del apóstol Santiago, se nos ha ofrecido para disertar, y de algún modo se nos ha impuesto. Pues los ha hecho atentos, advirtiendo sobre todo que no juren. Es una cuestión difícil. ¿A quién no hace culpable este pecado, si jurar es pecado? Pues nadie duda que el perjurio es pecado, y gran pecado. Pero no dijo el Apóstol, de cuya lectura tratamos, "Sobre todo, hermanos míos, no perjuren"; sino, "no juren". También precedió una advertencia similar del mismo Señor Jesucristo en el Evangelio: "Oísteis", dice, "que fue dicho a los antiguos, No perjurarás: pero yo os digo, no juréis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por tu cabeza jurarás, porque no tienes poder para hacer un cabello blanco o negro. Sea, pues, vuestro hablar, Sí, sí; No, no: lo que es más de esto, de mal procede" (Mat. V, 33-37). A esta advertencia del Señor se ajusta completamente la lectura del Apóstol mencionada, como si Dios no hubiera mandado otra cosa: porque ningún otro dijo esto, que aquel que por el Apóstol dijo: "Sobre todo", dice, "hermanos míos, no juren, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por cualquier otro juramento. Sea, pues, vuestro hablar, Sí, sí; No, no". Excepto que este añadió, "Sobre todo": lo cual hizo que estuvieran muy atentos, y aumentó la dificultad de la cuestión.

CAPÍTULO II.

2. Aunque el juramento es usado por Dios, el hombre debe evitarlo. De cuántas maneras ocurre el perjurio. Pues encontramos que los santos han jurado, que el mismo Señor ha jurado, en quien no hay pecado alguno. Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Prometió con juramento la eternidad del sacerdocio a su Hijo. También tienes, "Por mí mismo juro, dice el Señor" (Gén. XXII, 16). Y eso también es juramento, "Vivo yo, dice el Señor" (Núm. XIV, 28). Así como el hombre por Dios, así Dios por sí mismo. ¿No es, por tanto, pecado jurar? Es duro decir esto: y puesto que hemos dicho que Dios ha jurado, ¿cuán blasfemo es decir esto? Jura Dios que no tiene pecado: por tanto, no es pecado jurar; pero más bien es pecado perjurar. Tal vez alguien diga que no debe proponerse el ejemplo de juramento de Dios. Pues Él es Dios, y tal vez solo a Él le corresponde jurar, quien no puede perjurar. Pues los hombres juran falsamente, ya sea cuando engañan, o cuando son engañados. O el hombre cree que es verdad lo que es falso, y jura temerariamente: o sabe o cree que es falso, y sin embargo jura como si fuera verdad, y no obstante jura con maldad. Pero estos perjurios que he mencionado son diferentes. Haz que jure quien cree que es verdad lo que jura: cree que es verdad, y sin embargo es falso. No perjura de corazón; se engaña, tiene por verdadero lo que es falso; no interpone juramento sabiendo que es falso. Da a otro que sabe que es falso, y dice que es

verdad; y jura como si fuera verdad, lo que sabe que es falso. Ven cuán detestable es esta bestia, y debe ser exterminada de los asuntos humanos. ¿Quién querría que esto sucediera? Todos los hombres detestan tales cosas. Haz a otro, cree que es falso, y jura como si fuera verdad, y tal vez es verdad. Por ejemplo, para que entiendan, ¿Llovió en ese lugar? preguntas a un hombre; y cree que no llovió, y le conviene a su negocio decir, Llovió: pero cree que no llovió; se le dice, ¿De verdad llovió? De verdad, y jura: y sin embargo llovió allí, pero él no lo sabe, y cree que no llovió; es perjurio. Importa cómo procede la palabra del corazón. La lengua no se hace culpable, sino por una mente culpable. Pero, ¿quién es el que no se engaña, aunque no quiera engañar? ¿Quién es el hombre a quien no se le desliza el engaño? Y sin embargo, el juramento no se aparta de la boca, se frecuenta: a menudo hay más juramentos que palabras. Si el hombre examina cuántas veces jura en todo el día, cuántas veces se hiere, cuántas veces se golpea y se atraviesa con la espada de la lengua, ¿qué parte de él se encuentra sana? Porque, por tanto, es grave pecado perjurar, la Escritura te dio un atajo, No jures.

CAPÍTULO III.

3. El peligro del perjurio en el juramento. ¿Qué te diré, hombre? Jura la verdad. He aquí, jura la verdad, no pecas: si juras la verdad, no pecas. Pero el hombre, puesto entre tentaciones, envuelto en carne, pisando la tierra bajo la tierra, mientras el cuerpo que se corrompe agobia al alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15); entre esos muchos pensamientos tuyos inciertos, volátiles, conjeturas humanas, falacias humanas, ¿cuándo no se te desliza lo falso, estando en la región de la falsedad? ¿Quieres, pues, estar lejos del perjurio? No jures. Porque quien jura, a veces puede jurar la verdad; pero quien no jura, nunca puede jurar la mentira. Jure, pues, Dios, quien jura seguro, a quien nada engaña, a quien nada se le oculta, quien en absoluto no sabe engañar, porque tampoco puede ser engañado. Pues cuando jura, se toma a sí mismo como testigo. Así como tú, cuando juras, tomas a Dios como testigo; así él, cuando jura, se toma a sí mismo como testigo. Tú, cuando lo tomas a él como testigo, tal vez sobre tu mentira, tomas en vano el nombre del Señor tu Dios (Éxodo XX, 7). No jures, pues, la mentira, no jures. Esa es la angustia. El perjurio es un precipicio. Quien jura, está cerca: quien no jura, está lejos. Peca gravemente quien jura en falso: no peca quien jura la verdad: pero tampoco peca quien no jura en absoluto. Pero quien no jura, y no peca, está lejos del pecado: quien jura la verdad, no peca, pero está cerca del pecado. Haz que camines en algún lugar, donde a la derecha la tierra sea espaciosa, y no sufras estrecheces en ningún lugar; a la izquierda el lugar es un precipicio. ¿Dónde eliges caminar? ¿Sobre el borde de la tierra en el borde del precipicio, o lejos de allí? Creo que lejos de allí. Así también quien jura, camina en el borde; y camina con pies débiles, porque son humanos. Si tropiezas, caes; si resbalas, caes. ¿Y qué te espera? La pena del perjurio. Así que querías jurar la verdad: escucha el consejo de Dios, No jures.

CAPÍTULO IV.

4. Es lícito jurar la verdad; no jurar, más seguro. Si el juramento fuera pecado, no se diría en la antigua Ley, No perjurarás; sino que cumplirás al Señor tus juramentos (Levítico XIX, 12). No se nos mandaría pecar. Pero tu Dios te dice, Si juras, no te condenaré: si juras la verdad, no te condenaré. Pero, ¿acaso te condenaré si no juras? Hay dos cosas, dice, que nunca condeno; el juramento verdadero, y el no jurar: pero condeno el juramento falso. El juramento falso es destructivo, el juramento verdadero es peligroso, el no jurar es seguro. Sé que es una cuestión difícil, y confieso a vuestra Caridad, siempre la he evitado. Pero ahora,

cuando en el día del Señor se recitó la misma lectura en el deber de predicar, creí que me fue inspirado divinamente tratar sobre ello. Dios quiso que hablara de esto: que ustedes escucharan. Les ruego que no lo desprecien, les ruego que estabilicen su corazón, que cambien las inconstancias de la lengua. No es en vano en absoluto, no es sin razón que, como dije, siempre quise evitar esa cuestión, se me impuso como necesidad, para que también se imponga a vuestra Caridad.

CAPÍTULO V.

5. Juramento utilizado por el Apóstol. Para que sepan que jurar la verdad no es pecado, encontramos que también el apóstol Pablo juró: Cada día muero por vuestra gloria, hermanos, que tengo en Cristo Jesús nuestro Señor (I Cor. XV, 31). Por vuestra gloria, es un juramento. No es como si dijera, Por vuestra gloria muero, como si vuestra gloria me hiciera morir; como si dijera, Murió por veneno, murió por espada, murió por bestia, murió por enemigo; es decir, por obra del enemigo, por obra de la espada, por obra del veneno, y similares: no dijo así, Por vuestra gloria. La ambigüedad se disuelve en el idioma griego. Se examina en la Epístola griega, y se encuentra allí un juramento que no es ambiguo, *Νῆ τὴν ὑμετέραν καύχησιν. Νῆ τὸν Θεόν*, donde dice el griego, jura. Escuchan a los griegos todos los días, y quienes saben griego, *Νῆ τὸν Θεόν*: cuando dice, *Νῆ τὸν Θεόν*, es un juramento, Por Dios. Por lo tanto, nadie dude que el Apóstol juró, cuando dijo, Por vuestra gloria, hermanos, (y para que no pensemos que juró por la gloria humana) que tengo en Cristo Jesús nuestro Señor. Hay en otro lugar un juramento completamente claro y expreso: Invoco como testigo sobre mi alma. El Apóstol dice, Invoco a Dios como testigo sobre mi alma, que por consideración a ustedes no he ido aún a Corinto (II Cor. I, 23). Y en otro lugar a los Gálatas: Lo que os escribo, he aquí delante de Dios, que no miento (Gálatas I, 20).

CAPÍTULO VI.

6. Diversas formas de jurar. Presten atención, por favor, y adviertan: y si el discurso no les resulta tan agradable, debido a la dificultad de la cuestión; sin embargo, es útil, si llega a sus entrañas. He aquí que el Apóstol juró. No se dejen engañar por aquellos que, no sé cómo, queriendo discernir los juramentos, o más bien no entenderlos, dicen que no es un juramento cuando alguien dice, Dios lo sabe, Dios es testigo, Invoco a Dios sobre mi alma para decir la verdad. Invocó, dicen, a Dios, hizo a Dios testigo: ¿acaso juró? Quienes dicen esto, no quieren otra cosa que mentir con Dios como testigo invocado. ¿Es así, de verdad, quienquiera que seas de corazón torcido y perverso, si dices, Por Dios, juras; si dices, Dios es testigo, no juras? ¿Qué es, pues, Por Dios, sino, Dios es testigo? ¿O qué es, Dios es testigo, sino, Por Dios?

7. Qué es jurar. ¿Qué es, pues, jurar, sino rendir justicia a Dios, cuando juras por Dios; rendir justicia a tu salvación, cuando juras por tu salvación; rendir justicia a tus hijos, cuando juras por tus hijos? Pero, ¿qué justicia debemos a nuestra salvación, a nuestros hijos, a nuestro Dios, sino la de la caridad, la verdad, y no la falsedad? Pero sobre todo cuando se hace por Dios, ese es el verdadero juramento: porque incluso cuando alguien dice, Por mi salvación, compromete su salvación a Dios: cuando dice, Por mis hijos, empeña a Dios sus hijos, para que eso venga sobre ellos, que sale de su boca: si es verdad, verdad; si es falso, falso. Por lo tanto, cuando alguien nombra a sus hijos, o su cabeza, o su salvación en un juramento, lo que nombra lo compromete a Dios; cuánto más cuando jura en falso por el mismo Dios. Pues teme jurar en falso por su hijo, y no teme jurar en falso por su Dios. Tal vez diciendo esto en su mente, Temo jurar en falso por mi hijo, no sea que muera: pero a Dios, que no muere,

aunque se jure en falso por él, ¿qué mal le sucede? Bien dices, en verdad, nada malo le sucede a Dios, cuando juras en falso por Dios: pero te sucede mucho mal a ti, que engañas al prójimo, a quien tomas a Dios como testigo. Si hicieras algo con tu hijo como testigo, y a un amigo o vecino o a cualquier hombre le dijeras, No lo hice, y tocaras la cabeza de tu hijo, quien fue testigo de que lo hiciste, y dijeras, Por la salvación de este, que no lo hice: tal vez tu hijo, temblando bajo la mano paterna, pero no temblando ante la mano paterna, sino ante la divina, exclamaría, No, padre, no te sea vil mi salvación; invocaste a Dios sobre mí, yo te vi, lo hiciste, no perjures: te tengo como padre, pero temo más al Creador tuyo y mío.

CAPÍTULO VII.

8. El perjurio, mortal para el alma. La vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios. Pero porque Dios, cuando juras por él, no te dice, Yo te vi, no jures, lo hiciste: sino que temes que te mate, tú te matas antes: porque no dice, Yo te vi, ¿piensas que no vio? ¿Y dónde está lo que dice: Callé, callé; ¿acaso callaré siempre? (Isaías XLII, 14). Y sin embargo, a menudo dice, Yo te vi: pero de otra manera cuando castiga al perjurio. Pero no castiga a todos: por eso los hombres se edifican con el ejemplo. Yo sé, él me juró en falso, y vive. ¿Te juró en falso, y vive? Juró en falso, y vive: él juró en falso. Tú te engañas. Si tuvieras ojos para ver su muerte, si no te engañaras en lo que es morir y no morir, verías su muerte. Y ahora atiende a la Escritura; y allí encontrarás yacente a quien crees vivo. Porque camina con los pies, porque toca con las manos, porque ve con los ojos, y oye con los oídos, usa suficientemente los demás oficios de los miembros, lo crees vivo. Vive, pero su cuerpo: pero su alma está muerta, lo que es mejor de él está muerto. Vive la morada, el habitante está muerto. ¿Cómo, dices, si vive el cuerpo, está muerta el alma; si el cuerpo no viviría, si no fuera vivificado por el alma? ¿Cómo, pues, está muerta el alma, de la cual vive el cuerpo? Escucha, pues, y aprende: el cuerpo del hombre es criatura de Dios, y el alma del hombre es criatura de Dios. Dios vivifica la carne con el alma; y vivifica el alma de sí mismo, no de sí misma. La vida del cuerpo es el alma; la vida del alma es Dios. Muere el cuerpo, cuando el alma se retira: muere, pues, el alma, si Dios se retira. El alma se retira, cuando el cuerpo es herido por la espada: ¿y piensas que Dios no se retira, cuando el alma misma es herida por el perjurio? ¿Quieres ver que está muerto, de quien hablas? Lee la Escritura: La boca que miente, mata el alma (Sab. I, 11). Pero tú piensas que Dios, vengador presente, si aquel que te engañó con un juramento falso, expira inmediatamente. Si expira ante tus ojos, expiró su carne. ¿Qué es, expiró su carne? Expulsó el espíritu por el cual era vivificada. Esto es, expiró expulsando el espíritu por el cual vivía la carne. Perjuró, expulsó el espíritu por el cual vivía el alma. Expiró, pero no lo sabes; expiró, pero no lo ves. Porque ves la carne yacente sin alma, no puedes ver el alma miserable sin Dios. Cree, pues, aplica los ojos de la fe. Ningún perjurio queda impune; absolutamente ninguno, con él está su castigo. Si tuviera en su habitación un torturador de carne, sería castigado: tiene en el secreto de su corazón un torturador de su conciencia, ¿y se le llama impune? Y sin embargo, ¿qué dices? Vive, se alegra, se entrega al lujo quien me juró mentira: ¿qué es lo que me envías a lo invisible? Porque también el mismo Dios, por quien juró, es invisible. Juró por el invisible, es herido por un castigo invisible. Pero vive, dice, y de alguna manera brota y hierve en lujos. Si esto es así, lo que brota en lujos, lo que hierve en lujos, son gusanos del alma muerta. De hecho, todo hombre prudente, que observa a tales perjuros lujuriosos, con sano olfato del corazón, se aparta, no quiere ver, no quiere oír. ¿De dónde se aparta esta salud, sino porque huele a alma muerta?

CAPÍTULO VIII.

9. Por qué se dice que hay que abstenerse del juramento ante todo. Escuchen brevemente, hermanos míos, concluiré el discurso, fijando en sus corazones un cuidado saludable: Ante todo, no juren. ¿Por qué, Ante todo? Si es un gran crimen perjurarse, pero no hay culpa en jurar la verdad, ¿por qué, Ante todo, no juren? Debería haber dicho, Ante todo, no perjuren. Ante todo, dice, no juren. ¿Es peor jurar que robar? ¿Es peor jurar que adulterar? No digo jurar en falso; digo jurar: ¿es peor jurar que matar a un hombre? De ninguna manera. Matar a un hombre, adulterar, robar, es pecado: jurar no es pecado; pero jurar en falso, es pecado. ¿Por qué, entonces, Ante todo? Con esta palabra que dice, Ante todo, nos hizo cautos contra nuestra lengua. Ante todo, dice, para que presten atención sobre todo, para que vigilen que no se les deslice la costumbre de jurar. Como en una atalaya te puso contra ti: Ante todo, te levantó sobre las demás cosas, desde donde te observes. Considera que juras, Por Dios, por Cristo lo mato: ¿y cuántas veces al día, cuántas veces por hora? No abres la boca, sino para tal juramento. ¿No querrías que te dijera, Ante todo, para hacerte más atento contra la costumbre, para que inspecciones todo lo tuyo, para que custodies diligentemente todos los movimientos de tu lengua, para que seas guardián de tu mala costumbre, para restringirla? Escucha, Ante todo. Dormías, te pincho, Ante todo, te acerco espinas. ¿Qué es, Ante todo? Ante todo vigila, ante todo estate atento.

CAPÍTULO IX.

10. Agustín, a veces sujeto a la costumbre de jurar. Condición bajo la cual debe hacerse el juramento. También nosotros hemos jurado indiscriminadamente, hemos tenido esa costumbre tan detestable y mortal. Digo a vuestra Caridad: desde que comenzamos a servir a Dios, y vimos cuán grande es el mal en el perjurio, temimos vehementemente, y frenamos la costumbre más arraigada con temor. Frenada se restringe, restringida languidece, languideciendo muere, y a la mala costumbre sucede la buena. De hecho, no les decimos, no juramos. Si decimos esto, mentimos. En cuanto a mí, juro; pero en cuanto me parece, impulsado por una gran necesidad. Cuando veo que no se me cree a menos que lo haga, y a quien no me cree no le conviene no creer, con esta razón ponderada y consideración equilibrada, con gran temor digo, Delante de Dios; o, Dios es testigo; o, Cristo sabe que así está en mi ánimo: y veo que es más, es decir, que es más que Sí, sí; No, no: pero lo que es más, es del mal; y si no del mal del que jura, es del mal del que no cree. De hecho, no dice, Si hace más, es malo: y, Sea en vuestra boca, Sí, sí; No, no; si alguien hace más, es malo: sino, Sea en vuestra boca, Sí, sí; No, no: pero lo que es más, es del mal (Mateo V, 37). Pero busca de quién. Sin embargo, la costumbre humana tiene otra cosa. Y cuando se te cree, juras; y cuando nadie lo exige, juras; y a personas horrorizadas juras; no callas jurando, apenas estás sano no perjurando. A menos que tal vez piensen, hermanos, que si el apóstol Pablo supiera que los Gálatas le creían, añadiría el juramento y diría, Lo que os escribo, he aquí delante de Dios, que no miento (Gálatas I, 20). Veía allí a quienes creían; veía también a otros que no creían. Por lo tanto, no digas, No juro, si acaso se exige. Porque lo que haces es del mal; pero del que lo exige. Pues tú, ¿cómo te excusas, no tienes cómo, cómo satisfaces el asunto que urge, no encuentras? Pero es una cosa cuando se exige el juramento; otra, cuando se ofrece: y esto mismo que se ofrece, es una cosa cuando se ofrece al que no cree; otra cuando se ventila y al que cree.

CAPÍTULO X.

11. Cómo peca quien exige un juramento de otro. Por lo tanto, controla tu lengua y costumbre, tanto como puedas: no como algunos, cuando se les dice, ¿Dices la verdad? no creo. ¿No lo hiciste? no creo: Dios juzgue, júrame. Y el mismo que exige el juramento, hay

mucha diferencia si no sabe que jurará en falso, o si lo sabe. Pues si no lo sabe, y por eso dice, Júrame, para que se le dé fe; no me atrevo a decir que no es pecado, sin embargo, es una tentación humana. Pero si sabe que lo hizo, sabe que lo hizo, lo vio hacerlo, y lo obliga a jurar, es un homicida. Pues él mismo se destruye con su perjurio: pero este apretó y presionó la mano del asesino. Cuando un ladrón malvado escucha, Júrame si no lo tomaste, júrame si no lo hiciste, de quien no sabe si lo hizo: entonces, Cristiano no puede jurar; cuando se le exige el juramento, no puede jurar; soy cristiano, no puedo. Captura a tal, apártate de él, disimula el asunto del que hablabas; mezcla otras historias, y lo encontrarás jurando mil veces, quien no quiso jurar una vez. Por lo tanto, esta costumbre diaria, frecuente, sin causa, sin que nadie lo exija, sin que nadie dude de tus palabras, de jurar, apártenla de ustedes, córtenla de sus lenguas, circuncídenla de su boca.

CAPÍTULO XI.

12. Resistir más laboriosamente a la costumbre de jurar. Pero es costumbre, se suele decir. Se suele decir, cuando no digo. Esto es, Ante todo. ¿Qué es, Ante todo? Sé más cauteloso que con las demás cosas, más atento a esto que a otras. Una mayor costumbre exige una mayor atención, no es una costumbre de cosa ligera. Si hicieras algo con la mano, más fácilmente le ordenarías a tu mano que no lo hiciera; si hubiera que ir a algún lugar con los pies, la pereza retardante te animaría a levantarte y a ir. La lengua tiene facilidad de movimiento, está puesta en lo húmedo, fácilmente resbala en lo resbaladizo. Cuanto más rápido y fácilmente se mueve, tanto más firme debes estar contra ella. La domarás, si vigilas; vigilarás, si temes; temerás, si piensas que eres cristiano. Pues tanto mal tiene el juramento, que quienes adoran piedras, temen jurar en falso por las piedras: ¿no temes tú a Dios presente, a Dios viviente, a Dios sabiendo, a Dios permaneciendo, a Dios vengando al despreciador? Aquel cierra el templo sobre la piedra, y va a su casa: él mismo cerró sobre su dios, y sin embargo, cuando se le dice, Jura por Júpiter, teme los ojos del presente.

CAPÍTULO XII.

13. Jurar falsamente por ídolos es perjurio. Y he aquí que digo a vuestra Caridad, que quien jura por una piedra falsa, es perjuro. ¿De dónde digo esto? Porque muchos se equivocan en esto, y piensan que, como no es nada por lo que juran, no están sujetos al crimen de perjurio. Sin duda eres perjuro, porque juras falsamente por lo que consideras sagrado. Pero yo no considero eso sagrado. Lo considera sagrado aquel a quien juras. Pues cuando juras, no juras para ti, ni juras a la piedra; sino que juras al prójimo. Juras al hombre ante la piedra: pero, ¿acaso no ante Dios? La piedra no te escucha hablar: pero Dios te castiga por engañar.

14. Cómo se desarraiga la costumbre de jurar. Ante todo, hermanos míos, os ruego, que Dios no me haya obligado a hablar de esto sin razón. Digo ante Él lo que he dicho, que muchas veces he evitado esta cuestión: temí que al advertir y ordenar, hiciera más culpables a los que no iban a escuchar: pero hoy temí más no hablar, cuando se me ordenaba hablar. Como si fuera poco el fruto de mi esfuerzo, si todos los que me aclamaron, claman también contra sí mismos, para no jurar falsamente contra ellos: si tantas personas que me escucharon atentamente, están atentas contra su costumbre, y se advierten hoy, cuando lleguen a sus casas, cuando repitan su costumbre por un desliz de la lengua; que el prójimo advierta al prójimo: Esto es lo que hoy escuchamos, esto es a lo que estamos obligados. Que no se haga hoy, ciertamente cuando el sermón es reciente, hablo por experiencia: que no se haga hoy, se hará con más pereza mañana. Si tampoco se hace mañana, quien lo guarda trabaja menos;

pues es ayudado por la costumbre del día anterior. En tres días muere la plaga de la que sufrimos: y nos alegraremos de vuestro fruto; porque abundaréis en un gran bien, si os libráis de un gran mal. Convertíos al Señor, etc.

SERMO CLXXXI. Sobre las palabras de la Epístola I de Juan, cap. I, 8, 9, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Contra los Pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Nadie vive aquí sin pecado. El beatísimo apóstol Juan, escribiendo de manera saludable y veraz, entre otras cosas dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Con estas palabras enseñó el beato Juan, o más bien el mismo Señor Jesús, no callando a través de Juan, que nadie en esta carne, en este cuerpo corruptible, en esta tierra, en este siglo maligno, en esta vida llena de tentaciones, nadie vive aquí sin pecado. Es una sentencia absoluta, y no necesita intérprete: Si decimos que no tenemos pecado. ¿Quién es el que no tiene pecado? Como dice la Escritura, Ni siquiera el niño cuya vida es de un día sobre la tierra (Job XIV, 4, según LXX). Tal pequeño no ha cometido pecado, pero lo ha heredado de sus padres. Por lo tanto, de ninguna manera puede alguien decir que no ha tenido pecado. Pero el hombre fiel se acercó por la fe al baño de la regeneración, y todo le fue perdonado; ya vive bajo la gracia, vive en la fe, se ha hecho miembro de Cristo, se ha hecho templo de Dios: y sin embargo, así como se ha hecho miembro de Cristo y templo de Dios, si dice que no tiene pecado, se engaña a sí mismo, y la verdad no está en él; sin duda miente, si dice, Soy justo.

CAPÍTULO II.

2. Error de los pelagianos, que los justos se encuentran aquí sin pecado. Argumento de los pelagianos. Hay algunos que son odres inflados, llenos del espíritu de soberbia, no grandes por magnitud, sino hinchados por la enfermedad del orgullo, que se atreven a decir que se encuentran hombres sin pecado. Dicen, por tanto, que los justos en esta vida no tienen pecado alguno. Son herejes los pelagianos, los mismos que los celestianos, quienes dicen esto. Y cuando se les responde, ¿Qué es lo que decís? ¿Acaso vive aquí un hombre sin pecado, y no tiene absolutamente ningún pecado, ni de hecho, ni de palabra, ni de pensamiento? Responden con ese viento de soberbia, del cual están llenos: ojalá terminaran con ese viento, se desinflaran y callaran, es decir, se hicieran humildes, no altivos: responden, digo, Estos hombres santos, fieles de Dios, no pueden tener pecado alguno ni de hecho, ni de palabra, ni de pensamiento. Y cuando se les dice, ¿Quiénes son esos justos que están sin pecado? Responden y dicen, Toda la Iglesia. Me habría sorprendido si hubiera encontrado uno, dos, tres, diez, cuantos buscaba Abraham. Abraham descendió de cincuenta a diez (Gén. XVIII, 24-32): tú, hereje, respondes y me dices toda la Iglesia. ¿De dónde pruebas esto? Lo pruebo, dices. Prueba, te lo ruego. Me traes una gran alegría, si pudieras enseñar que toda la Iglesia en cada uno de sus fieles no tiene pecado alguno. Lo pruebo, dices. ¿De dónde? Habla el Apóstol. ¿Qué dice el Apóstol? Cristo, dice, amó a la Iglesia. Lo escucho, y reconozco que son palabras del Apóstol. Purificándola con el lavamiento del agua en la palabra, para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (Efes. V, 25-27). Hemos escuchado de la gran nube los truenos. Pues el Apóstol es la nube de Dios. Estas palabras resonaron, y nos hicieron temblar.

CAPÍTULO III.

3. Refutados por su propia profesión sobre sí mismos. Los herejes están fuera de la Iglesia. Pero decidnos, antes de que busquemos cómo dijo el Apóstol estas palabras; decidnos, digo, si sois justos, o no. Responden, Somos justos. ¿Entonces no tenéis pecado? ¿Por todos los días, por todas las noches no hacéis nada malo, no decís nada malo, no pensáis nada malo? No se atreven a decir, Nada. Pero, ¿qué responden? Nosotros somos pecadores; pero hablamos de los santos, no de nosotros. Esto os pregunto: ¿Sois cristianos? No digo, ¿Sois justos? ¿Sois cristianos? No se atreven a negar: Somos cristianos, dicen. Entonces, ¿sois fieles? ¿Habéis sido bautizados? Bautizados, dicen. ¿Os han sido perdonados todos los pecados? Perdonados, dicen. ¿Cómo entonces sois pecadores? Me basta con esto para repeleros. Vosotros sois cristianos, habéis sido bautizados, sois fieles, sois miembros de la Iglesia, y tenéis manchas y arrugas. ¿Cómo entonces es la Iglesia en este tiempo sin mancha y arruga, cuando vosotros sois su arruga y mancha? O si no queréis ser la Iglesia, sino aquella que está sin mancha y arruga, con vuestras arrugas y manchas cortad vosotros mismos de sus miembros, cortad vosotros mismos de su cuerpo. Pero, ¿qué más diré para que se separen de la Iglesia, cuando ya lo han hecho? Pues son herejes, ya están fuera: con toda su pureza permanecieron fuera. Regresad, y escuchad; escuchad, y creed.

4. La falsa humildad de los pelagianos. Quizás diréis en vuestro corazón hinchado e inflado: ¿Acaso podríamos decir que somos justos? Era necesario, ciertamente, por humildad, que dijéramos que somos pecadores. ¿Por humildad, entonces, mientes? Eres justo, estás sin pecado: pero por humildad dices que eres pecador. ¿Cómo te aceptaré como testigo cristiano en otro caso, cuando te tengo como falso testigo contra ti mismo? Eres justo, estás sin pecado, y dices que tienes pecado. Por tanto, eres falso testigo contra ti mismo. Dios no acepta tu falsa humildad. Examina tu vida, mira tu conciencia. Entonces, ¿eres justo, pero no puedes sino decir que eres pecador? Escucha a Juan; él te repite lo que también antes dijo verazmente: Si decimos, dice, que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Tú no tienes pecado, y dices que tienes pecado; la verdad no está en ti. Porque Juan no dijo, Si decimos que no tenemos pecado, no hay humildad en nosotros: sino que dijo, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Por tanto, mentimos, si decimos que no tenemos pecado. Si Juan temió la mentira, ¿tú no temes la mentira, para que siendo justo, digas que eres pecador? ¿Cómo entonces te aceptaré como testigo en un caso ajeno, cuando mientes en tu propio caso? Constituyes a los santos como culpables, mientras das falso testimonio contra ti mismo. ¿Qué harás al otro, que te difamas a ti mismo? ¿Cómo evitará otro tu calumnia, cuando te haces culpable con la mentira de tu lengua?

CAPÍTULO IV.

5. La mentira bajo apariencia de humildad es pecado. Te interrogo de nuevo de otra manera: ¿Eres justo, o pecador? Respondes, Pecador. Mientes, porque no dices con la boca lo que crees en el corazón. Por tanto, si no eras pecador antes de mentir, al mentir te haces lo que evitabas. La verdad no está en ti, a menos que te digas pecador, como también te reconozcas. La verdad misma es que digas lo que eres. Pues, ¿cómo hay humildad, donde reina la falsedad?

6. Que la Iglesia aquí no está sin pecado, es evidente por la oración del Señor. Finalmente, dejemos las palabras de Juan: he aquí en el cuerpo de la Iglesia, que dices que no tiene mancha ni arruga ni cosa semejante, y que está sin pecado, he aquí que vendrá la hora de la

oración, toda la Iglesia va a orar: y tú, aunque estés fuera, ven a la oración del Señor, ven a la balanza, ven, di, Padre nuestro, que estás en los cielos. Sigue: Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Sigue, y di: Perdona nuestras deudas. Responde, hereje, ¿cuáles son tus deudas? ¿Acaso tomaste dinero prestado de Dios? No, dice. No te interrogaré más sobre esto: pues el mismo Señor va a exponer cuáles son las deudas que pedimos que nos sean perdonadas. Digamos, pues, lo siguiente: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Que el Señor explique esto: Si perdonáis a los hombres sus pecados (por tanto, vuestras deudas son pecados), vuestro Padre os perdonará también vuestros pecados. Vuelve, pues, hereje, a la oración, si te has vuelto sordo contra la verdadera razón de la fe. Dices, Perdona nuestras deudas, o no lo dices? Si no lo dices, aunque estés presente en cuerpo, sin embargo, estás fuera de la Iglesia. Pues la oración de la Iglesia es, es una voz que viene de la enseñanza del Señor. Él dijo, Así orad (Mat. VI, 9-14): dijo a los discípulos, Así orad: dijo a los discípulos, a los Apóstoles, y a nosotros, cualesquiera que seamos corderos, nos dijo; a los carneros del rebaño les dijo, Así orad. Ved quién lo dijo, y a quiénes lo dijo. La Verdad a los discípulos, el Pastor de los pastores a los carneros: Así orad, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. El Rey a los soldados, el Señor a los siervos, Cristo a los Apóstoles, la verdad a los hombres, la sublimidad a los humildes hablaba. Sé lo que se hace en vosotros: yo os peso, yo renuncio desde mi balanza, sin duda digo lo que se hace en vosotros. Pues esto lo sé más que vosotros. Decid, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

CAPÍTULO V.

7. Toda la Iglesia aquí pide que se le perdonen los pecados. Aquí se trata de que la Iglesia esté en los cielos sin mancha y arruga. Te interrogo, hombre justo, santo, hombre sin mancha y arruga; te interrogo, digo: ¿Es esta oración de la Iglesia, de los fieles, o de los catecúmenos? Ciertamente es de los regenerados, es decir, de los bautizados: finalmente, lo que supera todo, es de los hijos. Pues si no es de los hijos, ¿con qué frente se dice, Padre nuestro, que estás en los cielos? ¿Dónde estáis, pues, oh justos y santos? ¿Estáis en los miembros de esta Iglesia, o no estáis? Allí estabais, pero ya no estáis allí. Y ojalá ya cortados, acepten la razón, escuchen y crean. Por tanto, si toda la Iglesia dice, Perdona nuestras deudas, es reprobable quien no lo dice. Y nosotros, cuando decimos, nuestras deudas, mientras lo que pedimos no lo recibimos, somos reprobables, porque somos pecadores: pero lo que vosotros no hacéis, nosotros haciéndolo, es decir, confesando nuestros pecados, somos limpiados; si, sin embargo, hacemos lo que decimos, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¿Dónde estás, pues, hereje pelagiano o celestiano? He aquí que toda la Iglesia dice, Perdona nuestras deudas. Por tanto, tiene manchas y arrugas. Pero con la confesión la arruga se extiende, con la confesión la mancha se lava. La Iglesia está de pie en oración, para ser limpiada con la confesión: y mientras se vive aquí, así está de pie. Y cuando cada uno salga del cuerpo, se le perdonará todo lo que tenía de tal manera que se le perdonaran las deudas; porque también con las oraciones diarias se le perdonan: y entonces sale limpio, y la Iglesia se atesora en los tesoros del Señor como oro puro; y por tanto, en los tesoros del Señor la Iglesia está sin mancha y arruga. Y si allí está sin mancha y arruga, ¿qué se debe orar aquí? Para que se reciba el perdón. Quien da el perdón, borra la mancha: quien perdona, extiende la arruga. ¿Y dónde se extiende nuestra arruga? Como en el telar de un gran batanero, en la cruz de Cristo. Pues en esa misma cruz, es decir, en ese mismo telar, derramó su sangre por nosotros. Y vosotros, fieles, sabéis qué testimonio dais a la sangre que recibisteis. Ciertamente decís, Amén. Sabéis cuál es la sangre que fue derramada por muchos para el perdón de los pecados. He aquí cómo la Iglesia se hace sin mancha y arruga, como bien limpiada en el telar de la

cruz se extiende: pero aquí se puede hacer esto. El Señor se presenta a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga. Hace esto aquí, la presenta allí. Pues hace esto, para que no tengamos mancha ni arruga. Es grande quien lo hace, cuida bien, es un artífice muy hábil. Extiende en el madero, y nos hace sin arruga, a quienes lavando nos había hecho sin mancha. Él mismo que vino sin mancha y sin arruga, fue extendido en el telar; pero por nosotros, no por sí mismo, para hacernos sin mancha y arruga. Roguémosle, pues, que lo haga, y después de que lo haya hecho, nos lleve a los graneros, y allí nos deposite, donde no habrá prensa.

CAPÍTULO VI.

8. Remedios para los pecados sin los cuales no se puede vivir.---El cristiano de buena fe y buena esperanza no comete pecados mortales. Condición por la cual se nos perdonan los pecados cotidianos. Tú, pues, que hablabas, ¿estás sin mancha y arruga? ¿Qué haces aquí en la Iglesia, que dice, Perdona nuestras deudas? Confiesa que tiene deudas, para que le sean perdonadas. Quienes no confiesan, no por eso no tienen: pero por eso no se les perdonarán. La confesión nos sana, y la vida cauta, la vida humilde, la oración con fe, la contrición del corazón, las lágrimas no fingidas que brotan de la vena del corazón, para que se nos perdonen los pecados, sin los cuales no podemos estar. La confesión, digo, nos sana, dice el apóstol Juan, Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Pero no porque digo que no podemos estar aquí sin pecado, debemos cometer homicidios, o adulterios, o los demás pecados mortales, que matan de un solo golpe. Tales cosas no hace el cristiano de buena fe y buena esperanza: sino solo aquellas que se limpian con el pincel diario de la oración. Humildes y devotos digamos cada día, Perdona nuestras deudas: pero si hacemos lo que sigue, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Esta promesa con Dios, es una verdadera promesa y una condición fija. Tú eres hombre, y tienes un deudor, y también tú eres deudor. Te acercas a Dios, que tiene deudores, y no es deudor, para pedir que te sean perdonadas las deudas. Pero esto te dice: Yo no tengo deudas, tú tienes deudas; me debes: pero también tu hermano te debe. Eres mi deudor, y también tienes un deudor. Eres mi deudor, porque pecaste contra mí: tienes un deudor, tu hermano, porque pecó contra ti. Lo que hagas con tu deudor, hago yo con el mío: es decir, si perdonas, perdono; si retienes, retengo. Tú te retienes contra ti mismo, que no perdonas al otro. Nadie, pues, diga que está sin pecado: pero no por eso debemos amar el pecado. Odiémoslo, hermanos; y aunque no estemos sin pecados, odiémoslo: y sobre todo abstengámonos de los crímenes; abstengámonos, en cuanto podamos, de los pecados leves. Yo, dice alguien, no tengo pecados. Se engaña a sí mismo, y la verdad no está en él. Sin duda oremos, para que Dios perdone: pero hagamos lo que se dice, perdonemos también nosotros a nuestros deudores. Cuando perdonamos, se nos perdona. Cada día decimos esto, y cada día lo hacemos, y cada día se hace en nosotros. No estamos aquí sin pecado, pero saldremos de aquí sin pecado.

SERMO CLXXXII. Sobre las palabras de la Epístola I de Juan, cap. IV, 1-3, Amados, no creáis a todo espíritu; sino probad los espíritus, si son de Dios, etc. Contra los Maniqueos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. No se debe creer a cualquier espíritu. Cuando se leía el apóstol Juan, escuchamos al Espíritu Santo hablar a través de él, diciendo: Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios. Repito, porque es necesario que lo repita, y esto en vuestras mentes, tanto como el Señor ayude, lo inculco vehementemente. Amados, no creáis a todo

espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios. Porque muchos falsos profetas han salido al mundo. El Espíritu Santo ordenó que no creamos a todo espíritu: y dijo la razón por la cual lo ordenó. ¿Cuál es esa razón? Porque muchos, dice, falsos profetas han salido al mundo. Por tanto, quien desprecie estos preceptos y piense que se debe creer a todo espíritu, necesariamente caerá en los falsos profetas, y lo que es peor, blasfemaré contra los verdaderos profetas. CAPÍTULO II.

2. No es de Dios quien niega que Cristo ha venido en carne. Aquí ya, a partir de este precepto, un hombre cauteloso me dirá: He escuchado, entiendo, deseo obedecer, porque tampoco quiero caer en los falsos profetas. ¿Quién querría ser engañado por mentirosos? Pues un falso profeta es un profeta mentiroso. Dame un hombre religioso, no quiere engañar: dame un hombre impío, sacrílego, quiere engañar, no quiere ser engañado. Entonces, como los buenos no quieren engañar, y ni los buenos ni los malos quieren ser engañados, ¿quién es el que quiere caer en un falso profeta? Hablo de las palabras de quien me consulta: pero ciertamente nadie cae en un falso profeta sino a su pesar. He escuchado el precepto de Juan, más bien del Señor a través de Juan, No creáis a todo espíritu. He aquí que lo acepto, así lo quiero. Añade, y dice, Pero probad los espíritus, si son de Dios. ¿Cómo pruebo? Quisiera probar, si no pudiera errar. Ciertamente, si no pruebo los espíritus que son de Dios, necesariamente caeré en los espíritus que no son de Dios, y por esto seré seducido por los falsos profetas. ¿Qué hago? ¿Cómo observo? ¡Oh, si el santo Juan, así como nos dijo, No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios; se dignara decirnos cómo se prueban los espíritus que son de Dios! No te inquietes, y escucha esto también. En esto se conoce el espíritu de Dios: esto ciertamente esperabas escuchar, para probar los espíritus que son de Dios. En esto se conoce el espíritu de Dios: Juan lo dijo, no yo: esto sigue en la lectura que trato. Pues cuando nos hizo solícitos y cautelosos para que no creamos a todo espíritu, sino que probemos los espíritus que son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido al mundo; inmediatamente vio lo que deseábamos, respondió a la expectativa, captó el pensamiento silencioso. Gracias a Dios, porque también se dignó hablar esto a través de él. En esto se conoce el espíritu de Dios.

Escuchad, escuchad, entended, discernid; adheríos a la verdad, resistid a la falsedad. En esto se conoce el espíritu de Dios. ¿De dónde, te ruego? Esto es lo que deseaba escuchar. Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios: y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios (1 Juan 4, 1-3). Por lo tanto, amados, rechazad de vuestros oídos a todo disputador, predicador, escritor, murmurador, que niega que Jesucristo ha venido en carne. Por tanto, rechazad a los maniqueos de vuestras casas, de vuestros oídos, de vuestros corazones. Los maniqueos, en efecto, niegan abiertamente que Cristo ha venido en carne. Por tanto, sus espíritus no son de Dios.

3. Las insidias de los maniqueos en el mismo lugar de Juan. Error sobre las dos naturalezas. Aquí veo de dónde quiere el lobo infiltrarse; lo reconozco, y en cuanto puedo, demuestro que debe evitarse. Aquí, en lo que dije, o más bien en lo que recordé dicho por el Apóstol; porque Todo espíritu que niega que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; el maniqueo acecha en esta palabra, y me dice: He aquí el espíritu que niega que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; ¿de dónde es entonces? Si no es de Dios, dice, ¿de dónde es? ¿Acaso puede ser, sino de otro lugar? Si, por tanto, dice, no es de Dios, y es de otro lugar, ves que hay dos naturalezas. Hemos encontrado al lobo: tendamos redes saludables, cazemos, capturemos, y una vez capturado, lo destruyamos. Destruyémoslo ciertamente; que muera el error, que viva el hombre. He aquí en lo que dije, Capturemos, destruyamos; que muera el error, que viva el hombre; ahí se resuelve la cuestión. Pero recordad lo que propuse, para que no olvidéis la

cuestión y no entendáis la solución. Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios.

CAPÍTULO III.

Y el maniqueo inmediatamente: ¿Y de dónde es? Si no es de Dios, es de otro lugar. Si es de otro lugar, he demostrado que hay dos naturalezas. Mantened esta cuestión, y llevad vuestras mentes a mis palabras, donde dije, Capturemos, destruyamos; que muera el error, que viva el hombre. El error no es de Dios, el hombre es de Dios. Volved a la cuestión: Todo espíritu que no confiesa que Jesús ha venido en carne, no es de Dios. Yo también digo, Todas las cosas fueron hechas por él (Juan 1, 3). Todo espíritu alabe al Señor (Salmo 150, 6). Pero si no todo espíritu es de Dios, ¿cómo el espíritu que no es de Dios alaba al Señor? Sin duda, todo espíritu alabe al Señor. Veo ambas cosas, entiendo la debilidad; que el vicio sea sanado, que la naturaleza sea liberada. El vicio no es naturaleza, sino que es enemigo de la naturaleza. Sana de donde enfermas, permanece de donde alabas. La medicina persigue los vicios, no la naturaleza. Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios. En cuanto no confiesa que Cristo ha venido en carne, en tanto no es de Dios; porque este error que no confiesa que Cristo ha venido en carne, no es de Dios. Hermanos, ¿qué es que renacemos? Si hemos nacido bien, ¿qué es que renacemos? La naturaleza que había sido corrompida, se repara; la naturaleza que había caído, se levanta; la naturaleza que yacía deforme, se reforma por la gracia. Solo el Creador, Padre, Hijo y Espíritu Santo; trina unidad, una trinidad; solo esa naturaleza inmutable, inalterable, no sujeta ni a defecto ni a progreso, no cae, para ser menos; ni trasciende, para ser más; perfecta, sempiterna, de todo modo inmutable, solo esa naturaleza. La criatura, en cambio, es buena, pero muy inferior al Creador. ¿Quieres adherirte al diablo desertor, si te esfuerzas por igualar lo creado al Creador?

CAPÍTULO IV.

4. El error de los maniqueos, que el alma es parte de Dios, es refutado. Reconozca el alma su condición: no es Dios. Cuando el alma se cree Dios, ofende a Dios: no encuentra salvador, sino que encuentra condenador. Porque cuando Dios condena a las almas malas, no se condena a sí mismo: pero si el alma es lo que Dios, se condena a sí misma. Demos honor a nuestro Dios, hermanos, a quien clamamos, Líbranos del mal (Mateo 6, 13). Y si te susurra, para que encuentres tentación en la oración, y te dice, ¿Qué es lo que clamaste, Líbranos del mal? ¿Acaso no hay mal? Respóndele: Yo soy malo; y si me libera del mal, seré bueno del mal: líbrame de mí, para que no caiga en ti. Di esto al maniqueo: Si Dios me libera de mí, no caeré en ti: porque si Dios me libera de mi mal, seré bueno; si seré bueno, seré sabio; si seré sabio, no erraré; si no erraré, no podré ser engañado por ti. Que Dios me libere de mí, y no caeré en ti. Es mi vicio errar y creerte: porque mi alma está llena de ilusiones (Salmo 37, 8). No soy mi propia luz: pues si lo fuera, nunca erraría. Por eso no soy parte de Dios, porque la sustancia de Dios, la naturaleza de Dios, no puede errar: pero yo yerro; pues tú mismo confiesas, te dices sabio, intentas liberarme del error. ¿De dónde, entonces, yerro, si soy naturaleza de Dios? Avergüénzate, da honor a Dios. Yo digo que aún erras mucho: pero como tú mismo confiesas, habías errado. ¿Erró, entonces, la naturaleza de Dios? ¿Fue a la inmundicia la naturaleza de Dios? ¿Cometía adulterios la naturaleza de Dios? ¿Cometía fornicaciones ilícitas la naturaleza de Dios? ¿Ciega, no sabía a dónde iba la naturaleza de Dios? ¿Era sepultada por crímenes y flagelos la naturaleza de Dios? Avergüénzate, da honor a Dios.

CAPÍTULO V.

5. El hombre no puede ser su propia luz. Los males no son de la naturaleza, sino del vicio de la naturaleza. No puedes ser tu propia luz; no puedes, no puedes. Era la luz verdadera. En comparación con Juan se dijo, Era la luz verdadera. ¿Acaso no es Juan también una lámpara? Él era la lámpara ardiente y luminosa, dijo el Señor (Juan 5, 35). ¿Acaso la lámpara no es luz? Pero era la luz verdadera. La lámpara puede encenderse y apagarse: la luz verdadera puede encender, no puede apagarse. Era, por tanto, la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9). Debemos ser iluminados, no somos luz. Despierta, clama conmigo: El Señor es mi luz. ¿Qué es, entonces, lo que dices? ¿No hay males? Hay males, pero se transforman; y ellos mismos serán buenos: porque esos males, son males por el vicio, no por la naturaleza. ¿Qué es, Líbranos del mal? ¿Acaso no podríamos y podemos decir estas palabras, Líbranos de las tinieblas? ¿De qué tinieblas? De nosotros mismos, si hay en nosotros restos de tinieblas, hasta que en su totalidad seamos luz, no teniendo en nosotros nada que resista a la caridad, que se oponga a la verdad, que esté sujeto a la debilidad, que por la condición de mortalidad falle. Entonces ved qué será todo, cuando sea, Esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita, La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado (1 Corintios 15, 53-56). ¿Dónde está el mal?

CAPÍTULO VI.

6. Los males del hombre son dos, el error y la debilidad. Ahora, ¿cuáles son los males de los hombres? El error y la debilidad. O no sabes qué hacer, y errando caes; o sabes qué debe hacerse, y eres superado por la debilidad. Por tanto, todo mal del hombre es error y debilidad. Contra el error clama, El Señor es mi luz. Contra la debilidad añade, Y mi salvación (Salmo 26, 1). Cree, sé bueno: tú eres malo, tú serás bueno. No dividas. La naturaleza en ti debe ser sanada, no separada. ¿Quieres saber qué eres? Tinieblas. ¿Por qué tinieblas? Hombre que dices, ¿Se corrompe Dios, puede haber algo más profundo que estas tinieblas? Cree, reconoce que Cristo ha venido en carne, ha tomado lo que no era, no ha perdido lo que era; ha transformado al hombre en sí, no ha sido transformado en hombre. Reconoce, y tú mismo serás de malo bueno, de tinieblas serás luz. ¿Miento, y no hay de dónde convencer? Aceptas al Apóstol, si no finges aceptarlo; lees al Apóstol, y te engañas, y engañas. ¿De dónde te engañas? Errando por tu propio mal. Pero si creyeras, y disiparas el error, escucharás del Apóstol, Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; ahora sois luz. Pero añadió, luz, pero ¿dónde? En el Señor (Efesios 5, 8). Por tanto, tinieblas en ti, luz en el Señor. Porque no puedes iluminarte a ti mismo, acercándote te iluminas, alejándote te oscureces: porque no eres tú mismo tu luz, te iluminas de otro. Acercaos a él, y seréis iluminados (Salmo 33, 6).

CAPÍTULO VII.

7. Otra cuestión del mismo lugar de Juan se difiere para el siguiente sermón. Sé, amados, que en esta lectura del santo Juan me he detenido mucho en un solo asunto, y no veo que debáis ser fatigados más allá, o llenados más allá de vuestra capacidad; y nuestra debilidad debe ser considerada. Pues estas palabras del santo Juan aún tienen grandes profundidades. Por ahora, rechazad a quienes niegan que Cristo ha venido en carne. Es evidente que no son de Dios. En cuanto erran, en cuanto pecan, en cuanto blasfeman, no son de Dios: sean sanados, y serán de Dios; porque también por naturaleza eran de Dios. De esto, cuanto he disputado, atended a las Escrituras. No creáis a quienes niegan que Cristo ha venido en carne. Pero ciertamente me

dirás: Entonces, ¿quien dice que Cristo ha venido en carne, es de Dios? Escuchemos a los donatistas, porque confiesan que Cristo ha venido en carne; escuchemos a los arrianos, porque confiesan que Cristo ha venido en carne; escuchemos a los eunomianos, porque confiesan que Cristo ha venido en carne; escuchemos a los fotinianos, porque confiesan que Cristo ha venido en carne. Pues si todos los espíritus que confiesan que Cristo ha venido en carne, son de Dios, cuántas son las herejías mentirosas, engañosas, insanas, sin embargo confiesan que Cristo ha venido en carne. ¿Qué diremos entonces? ¿Cómo resolveremos esta cuestión? Como sea que deba resolverse, hoy no puede resolverse. Mantenedme como deudor: pero orad a Dios por mí y por vosotros como ayudador. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CLXXXIII. Nuevamente sobre las palabras de la Epístola I de Juan, cap. IV, 2, Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuestión a tratar. La expectativa de vuestra Caridad es la exigencia de mi deuda. No dudo que recordéis lo que en la ayuda del Señor prometí sobre la lectura del santo Juan. Cuando, por tanto, escuchasteis al Lector, creo que pensasteis que debo ser el pagador de la deuda. Pues una gran cuestión, al prolongarse el discurso, pospusimos, cómo puede entenderse correctamente lo que dice en su Epístola el bienaventurado Juan, no el Bautista, sino el Evangelista: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios. Pues vemos muchas herejías que confiesan que Cristo ha venido en carne, y sin embargo no podemos decir que son de Dios. El maniqueo niega que Cristo ha venido en carne. No es necesario esforzarse, ni persuadirnos más tiempo, que este error no es de Dios. Pero el arriano confiesa que Cristo ha venido en carne, el eunomiano, el sabelliano, el fotiniano. ¿Qué testigos buscamos para convencer a estos? ¿Quién cuenta tantas plagas? Pero por ahora tratemos las que son más conocidas. Pues muchas de esas herejías que nombré son desconocidas para muchos, y esta ignorancia es más segura. Ciertamente lo que conocemos, el donatista confiesa que Cristo ha venido en carne: y sin embargo, lejos esté que este error sea de Dios. Para hablar de los herejes más recientes, el pelagiano confiesa que Cristo ha venido en carne: sin embargo, de ninguna manera este error es de Dios.

CAPÍTULO II.

2. Los herejes coinciden en esto, en negar que Cristo ha venido en carne. Por tanto, amados, consideremos diligentemente, porque no dudamos que es verdadera la sentencia, Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios: deben ser convencidos estos de que no confiesan que Cristo ha venido en carne. Pues si les concedemos esta confesión, admitiremos que son de Dios. ¿Cómo os prohibimos o disuadimos de sus errores, o defendemos contra ellos con el escudo de la verdad? Que el Señor nos ayude, porque vuestra expectativa es oración por nosotros, para que estos sean convencidos de que no confiesan que Cristo ha venido en carne.

3. El arriano, ¿cómo niega que Cristo ha venido en carne? El arriano escucha, y predica el parto de la virgen María. ¿Confiesa, por tanto, que Cristo ha venido en carne? No. ¿Cómo lo probamos? Si el Señor ayuda a vuestras inteligencias, muy fácilmente. ¿Qué es lo que exigimos? Si confiesa que Jesucristo ha venido en carne. ¿Cómo puede confesar que Jesucristo ha venido en carne, quien niega al mismo Cristo? Pues, ¿quién es Cristo? Preguntemos al bienaventurado Pedro. Ahora, cuando se leía el Evangelio, escuchasteis, cuando el mismo Señor Jesucristo preguntó, quién decían los hombres que era el Hijo del

Hombre; los discípulos respondieron con opiniones ajenas, y dijeron: Unos, Juan el Bautista, otros, Elías, otros, Jeremías, o uno de los profetas. Quienes confesaban o confiesan esto, no conocían a Jesucristo más que como hombre. Si, sin embargo, no conocían a Jesucristo más que como hombre, ciertamente no conocían a Jesucristo. Pues si es solo hombre, y nada más, no es él mismo Jesucristo. Vosotros, por tanto, dijo, ¿quién decís que soy yo? Respondió Pedro, uno por todos, porque la unidad en todos: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mateo 16, 13-16).

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

4. Se trata el mismo argumento. Aquí tienes una confesión verdadera, una confesión plena. Debes unir ambas cosas: lo que Cristo dice de sí mismo y lo que Pedro dice de Cristo. ¿Qué dice Cristo de sí mismo? ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? ¿Qué dice Pedro de Cristo? Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Une ambas cosas, y Cristo viene en la carne. Esto es lo que Cristo dice de sí mismo, que es menos; esto es lo que Pedro dice de Cristo, que es más. La humildad respondió sobre la verdad, y la verdad sobre la humildad: esto es, de la verdad de Dios la humildad, y de la humildad del hombre la verdad. ¿Quién dicen los hombres que soy, dice, el Hijo del Hombre? Digo lo que me he hecho por vosotros: di, Pedro, quién es el que os hizo. Quien confiesa que Jesucristo ha venido en carne, ciertamente confiesa que el Hijo de Dios ha venido en carne. Que diga ahora el arriano si confiesa que Cristo ha venido en carne. Si confiesa que el Hijo de Dios ha venido en carne, confiesa que Cristo ha venido en carne. Si niega que el Hijo de Dios es Cristo, no conoce a Cristo: dice uno por otro, no dice a él mismo. ¿Qué es el Hijo de Dios? Así como preguntábamos qué es Cristo; y escuchábamos que es el Hijo de Dios: preguntemos qué es el Hijo de Dios. He aquí el Hijo de Dios: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; esto estaba en el principio con Dios. En el principio era el Verbo. ¿Qué dices, arriano? En el principio, como dice Génesis, Dios creó el cielo y la tierra (Gén. I, 1); pero tú dices, En el principio Dios creó el Verbo. Dices que el Verbo fue hecho, dices que el Verbo es una criatura. Tú dices, En el principio Dios creó el Verbo: pero el Evangelista dice, En el principio era el Verbo. Y por eso en el principio Dios creó el cielo y la tierra, porque el Verbo existía. Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 1-3). Dices que fue hecho. Si dices que fue hecho, niegas al Hijo.

CAPÍTULO V.

5. Se trata el mismo argumento. Buscamos al Hijo por naturaleza, no por gracia; al Hijo único, unigénito, no adoptado. Buscamos tal Hijo, buscamos tan verdadero Hijo, que siendo en forma de Dios, son palabras del Apóstol, lo recuerdo para los rudos, para que no se piense que son mis palabras: buscamos a ese Hijo, que siendo en forma de Dios, como dice el Apóstol, no consideró el ser igual a Dios como usurpación. No usurpación, porque es naturaleza. Era naturaleza, no era usurpación. No consideró el ser igual a Dios como usurpación. No era usurpación para él, era naturaleza: así era desde la eternidad, así era coeterno al que lo engendra, así era igual al Padre, así era. Se despojó a sí mismo: para que confesemos que Jesucristo ha venido en carne. Se despojó a sí mismo. ¿Cómo? ¿Perdiendo lo que era, o asumiendo lo que no era? Que siga el Apóstol; escuchemos: Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7). Así se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, no perdiendo la forma de Dios. La forma de siervo se añadió, no se apartó la forma

de Dios. Esto es confesar que Cristo ha venido en carne. Pero el arriano que no confiesa que es igual, no confiesa al Hijo. Si no confiesa al Hijo, no confiesa a Cristo. Si no confiesa a Cristo, ¿cómo confiesa que Cristo ha venido en carne?

CAPÍTULO VI.

6. Eunomiano. Así también el eunomiano, su par, su compañero, no muy diferente. Pues se dice que los arrianos confesaron que el Hijo es al menos semejante al Padre; y si no dijeron que es igual, pero sí semejante, Aquel, ni siquiera semejante. Y este, por tanto, niega a Cristo. Pues si Cristo verdadero es igual y semejante al Padre, ciertamente quien niega que es igual, niega a Cristo; quien niega que es semejante, niega a Cristo. Por tanto, quien niega que es igual y semejante, niega que Cristo ha venido en carne. Pregunta: ¿Vino Cristo en carne? Responde: Vino. Y pensamos que confiesa. Pregunta: ¿Qué Cristo vino en carne? ¿Igual al Padre, o desigual? Responde: Desigual. Dices, por tanto, que un desigual al Padre vino en carne: niegas que Cristo ha venido en carne, porque Cristo es igual al Padre.

7. Sabeliano. Escucha al sabeliano. Él es el Hijo, que es también el Padre. Esto dice, de aquí hiere, de aquí difunde veneno. Él es, dice, el Padre. Cuando quiere, es Hijo: cuando quiere, es Padre. No es él mismo Cristo. Y tú erras, si dices que este Cristo ha venido en carne: porque este no es Cristo, niegas que Cristo ha venido en carne.

8. Fotino. ¿Qué dices, Fotino? Dice Fotino: Cristo es solo hombre, no es Dios. Confiesas la forma de siervo, niegas la forma de Dios. Y Cristo en forma de Dios es igual al Padre, en forma de siervo es consorte nuestro. Y tú niegas que Cristo ha venido en carne.

9. Donatista. ¿Qué hay del donatista? Muchos donatistas confiesan esto del Hijo que nosotros, que el Hijo es igual al Padre, y de la misma sustancia: pero otros de ellos confiesan que es de la misma sustancia, pero niegan que es igual. ¿Qué necesidad hay de discutir sobre aquellos que niegan que es igual? Pues si niegan que es igual, niegan al Hijo. Si niegan al Hijo, niegan a Cristo. Si niegan a Cristo, ¿cómo confiesan que Cristo ha venido en carne?

CAPÍTULO VII.

10. Se trata el mismo argumento. La discusión es más sutil sobre aquellos que confiesan lo mismo que nosotros, que el Hijo unigénito es igual al Padre, de la misma sustancia, coeterno al eterno; y sin embargo son donatistas. Digámosles: Confiesan con palabras, niegan con hechos. Pues alguien niega con hechos. No todos los que niegan, niegan con palabras. Claramente hay hombres que niegan con hechos. Preguntemos al Apóstol: Todo, dice, es puro para los puros; pero para los impuros e infieles nada es puro, sino que están contaminadas su mente y su conciencia. Confiesan conocer a Dios, pero con hechos lo niegan (Tito I, 15, 16). ¿Qué es negar con hechos? Ser soberbio, y hacer cismas; no gloriarse en Dios, sino en el hombre. Así se niega a Cristo con hechos: pues Cristo ama la unidad. Finalmente, he aquí cómo ellos mismos niegan a Cristo, para hablar más claramente. Nosotros decimos que él es Cristo, de quien dijo Juan el Bautista: El que tiene la esposa, es el esposo (Juan III, 29). Buen matrimonio, santas nupcias. El esposo es Cristo, la esposa es la Iglesia. Conocemos a la esposa por el esposo. Que nos diga el mismo esposo, qué esposa tiene: que lo diga, no sea que erremos, y perturbemos los santos votos invitados a las bodas: que lo diga, que nos muestre primero a sí mismo como esposo.

CAPÍTULO VIII.

11. Se trata el mismo argumento. Después de la resurrección dijo a sus discípulos: ¿No sabíais que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí? Entonces, sigue el Evangelista y dice, Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día. He aquí el esposo, a quien confesó Pedro, esto es, el Hijo del Dios vivo, era necesario que padeciera, y resucitara al tercer día. Y se había hecho: veían cumplido, tenían la cabeza, buscaban el cuerpo. ¿Qué es la cabeza? El mismo Cristo: padeció, resucitó al tercer día: es la cabeza de la Iglesia. ¿Qué es el cuerpo? La misma Iglesia. Veían, por tanto, los discípulos la cabeza, no veían el cuerpo. Por tanto, a ellos que no veían el cuerpo, que les enseñe la cabeza. Di, Señor Jesús; di, santo esposo, instrúyenos sobre tu cuerpo, sobre tu esposa, sobre tu amada, sobre tu paloma, a la que dotaste con tu sangre, di: Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día. He aquí el esposo: di sobre la esposa, llena las tablas matrimoniales. Escuchad a la esposa: Y predicar, dice. Esto es lo que sigue. Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y predicar en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones. ¿Dónde te escondes? A todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 44-47). Así se ha hecho. Leemos la promesa, vemos el cumplimiento. He aquí mi luz; ¿dónde está tu oscuridad? Por tanto, Cristo es el esposo de esta Iglesia, que se predica en todas las naciones, y brota y crece hasta los confines de la tierra, comenzando desde Jerusalén: de esta es esposo Cristo. ¿Tú qué dices? ¿De quién es esposo Cristo? ¿De la parte de Donato? No es él, no es él. Hombre bueno, no es él: más bien hombre malo, no es él. Venimos a las bodas, leamos las tablas, y no discutamos. Por tanto, si tú dices, Cristo es el esposo de la parte de Donato; yo leo las tablas, y encuentro que Cristo es el esposo de la Iglesia difundida por todo el orbe. Si dices, Él es, y no es él, niegas que Cristo ha venido en carne.

CAPÍTULO IX.

12. Pelagianista. Resta el pelagianista, no de todas las herejías, sino de las que he mencionado por poco tiempo. Pues ya he dicho, ¿Quién cuenta tantas pestes? ¿Qué dices, pelagianista? Escuchad lo que dice. Parece confesar que Cristo ha venido en carne: pero al ser examinado se encuentra que lo niega. Pues Cristo vino en carne, que era semejanza de carne de pecado, no era carne de pecado. Son palabras del Apóstol: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3). No en semejanza de carne, como si la carne no fuera carne; sino en semejanza de carne de pecado, porque era carne, pero no era carne de pecado. Este Pelagio, sin embargo, intenta igualar la carne de todo niño a la carne de Cristo. No es así, queridos. No se recomendaría en gran medida en Cristo la semejanza de carne de pecado, si toda la demás carne no fuera carne de pecado. ¿De qué sirve, entonces, que digas que Cristo ha venido en carne, y trates de igualarlo a la carne de todos los niños? Y te digo esto que a los donatistas: No es él. He aquí veo a la Iglesia madre dando testimonio con sus mismos pechos. Las madres acuden con sus pequeños hijos, los presentan al Salvador para ser salvados, no para ser condenados por Pelagio. Cualquiera madre, mujer piadosa, corriendo con su pequeño hijo dice: Que sea bautizado, para que sea salvado. Pelagio en contra: ¿Qué será salvado? No hay nada que salvar en él; no tiene defecto alguno, no ha atraído nada de la condenación heredada. Si es igual a Cristo, ¿por qué busca a Cristo? He aquí te digo: El esposo, el Hijo de Dios que vino en carne, es salvador tanto de mayores como de menores, es salvador tanto de grandes como de niños, y él es Cristo: pero tú dices que Cristo es salvador de mayores, no de menores: no es él. Si no es él, también tú niegas que Cristo ha venido en carne.

CAPÍTULO X.

13. Es común a los herejes y a los malos católicos negar la encarnación de Cristo. Y si examinamos todas las herejías, encontramos que niegan que Cristo ha venido en carne. Todos los herejes niegan que Cristo ha venido en carne. ¿Qué os sorprende, si los paganos niegan que Cristo ha venido en carne? ¿Qué os sorprende, si los judíos niegan que Cristo ha venido en carne? ¿Qué os sorprende, si los maniqueos niegan abiertamente que Cristo ha venido en carne? Pero digo a vuestra Caridad, incluso todos los malos católicos confiesan con palabras que Cristo ha venido en carne; pero con hechos lo niegan. No os sintáis, por tanto, seguros en la fe. Añadid a la fe recta una vida recta, para que confeséis que Cristo ha venido en carne, tanto diciendo la verdad con palabras, como viviendo bien con hechos. Pues si confesáis con palabras, y negáis con hechos; la fe de tales malos se acerca a la fe de los demonios.

Escuchadme, queridos, escuchadme, no sea que mi sudor aquí sea testigo contra vosotros; escuchadme. El apóstol Santiago, cuando hablaba de la fe y las obras contra aquellos que pensaban que la fe les bastaba, y no querían tener buenas obras, dijo: Tú crees que hay un solo Dios; bien haces: también los demonios creen, y tiemblan (Santiago II, 19). ¿Acaso por eso los demonios serán liberados del fuego eterno, porque creen, y tiemblan? He aquí lo que habéis escuchado en el Evangelio, lo que dijo Pedro, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo: leed, y encontraréis que los demonios dijeron, Sabemos quién eres, el Hijo de Dios. Sin embargo, Pedro es alabado, el demonio es reprimido. Una voz, hechos diferentes. ¿De dónde se separan estas dos confesiones? Se alaba el amor, se condena el temor. Pues no decían esto los demonios por amor, Tú eres el Hijo de Dios. Lo decían por temor, no por amor. De hecho, en la confesión decían: ¿Qué tenemos contigo? (Marcos I, 24, 25). Pero Pedro: Estoy contigo hasta la muerte (Lucas XXII, 33).

CAPÍTULO XI.

14. Y la fe recta y la buena vida son de Dios. Pero también el mismo Pedro, ¿de dónde, hermanos míos, de dónde le vino decir por amor, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo? ¿De dónde le vino? ¿Acaso de sí mismo? De ninguna manera. Bien, porque ese mismo capítulo del Evangelio demuestra ambas cosas, lo que Pedro tiene de Dios, lo que tiene de sí mismo. Tienes ambas cosas allí: lee, no esperes oírlo de mí. Recuerdo el Evangelio: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Y el Señor le dice: Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona. ¿Por qué? ¿Bienaventurado de lo tuyo? No. Porque no te lo reveló carne ni sangre: pues eso eres tú. No te lo reveló carne ni sangre; sino mi Padre que está en los cielos. Y sigue, y dice otras cosas que sería largo de recordar. Poco después el Señor allí, después de estas palabras tuyas, con las que aprobó la fe de Pedro, y mostró que esa es la roca, comenzó a mostrar a sus discípulos que era necesario que él fuera a Jerusalén, y sufriera mucho, y fuera rechazado por los ancianos y escribas y sacerdotes, y fuera muerto, y resucitara al tercer día. Allí Pedro de lo suyo temió, y se horrorizó de la muerte de Cristo, temió el enfermo su medicina. Lejos de ti, Señor, dice: Sé propicio contigo, no suceda esto. ¿Y dónde está, Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla? (Juan X, 18). ¿Lo olvidaste, Pedro? ¿Olvidaste, Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos? (Juan XV, 13). Lo olvidaste. Ese olvido era de él mismo; el temor, el horror y el miedo a la muerte, todo era de Pedro: más bien de Simón, no de Pedro. Y el Señor: Apártate de mí, Satanás. Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona: Apártate de mí, Satanás. Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona; pero de Dios. Apártate de mí, Satanás; ¿de dónde? Recordad de dónde bienaventurado. Ya lo dije: Porque no te lo reveló carne ni sangre; sino mi Padre que está en los cielos. ¿De dónde Satanás? Que lo diga el Señor: Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mateo XVI, 16-23).

15. Debemos confesar que Cristo ha venido en carne tanto creyendo como viviendo bien. Esperad en el Señor, y unid a la verdadera fe buenas obras. Confesad que Cristo ha venido en carne, tanto creyendo, como viviendo bien, y mantened ambas cosas recibidas de él, esperad que sean aumentadas y perfeccionadas por él. Pues maldito es todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5). Y es bueno para el hombre que quien se gloríe, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Convertidos al Señor Dios Padre todopoderoso, con corazón puro, en cuanto puede nuestra pequeñez, démosle máximas y verdaderas gracias; rogando con todo el alma su singular mansedumbre, para que se digne escuchar nuestras oraciones en su beneplácito; que también expulse al enemigo de nuestros actos y pensamientos con su poder, que nos multiplique la fe, que guíe nuestra mente, que nos conceda pensamientos espirituales, y nos conduzca a su bienaventuranza: por Jesucristo su Hijo. Amén.